

TORRES DE MEDIANOCHE

LA RUEDA DEL TIEMPO -13

ROBERT JORDAN

BRANDON SANDERSON

La Última Batalla ha comenzado. El sol de la tercera era inicia el declive hacia el ocaso. Los Capas Blancas, un asesino de lobos y las responsabilidades del liderazgo acosan a Perrin Aybara. Debe buscar respuestas en el *Tel'aran'rhiod* a fin de superar estos obstáculos y controlar al lobo que lleva dentro y no perder para siempre su condición humana.

Entre tanto, Matrim Cauthon se dispone a afrontar el reto más difícil de su vida: los seres del otro lado de los marcos de piedra, los alfinios y los elfinios. Confiaba en que ésta sería la última confrontación, pero la Rueda gira según sus designios. Se acerca el momento en que tendrá que vérselas de nuevo con las serpientes y los zorros, y participar en un juego en el que nunca se gana. La Torre de Ghenjei espera y sus secretos revelarán el destino de una persona amiga que lleva perdida mucho tiempo. *Dovie'andi se tovya sagain*. Es hora de lanzar los dados.

Robert Jordan y Brandon Sanderson

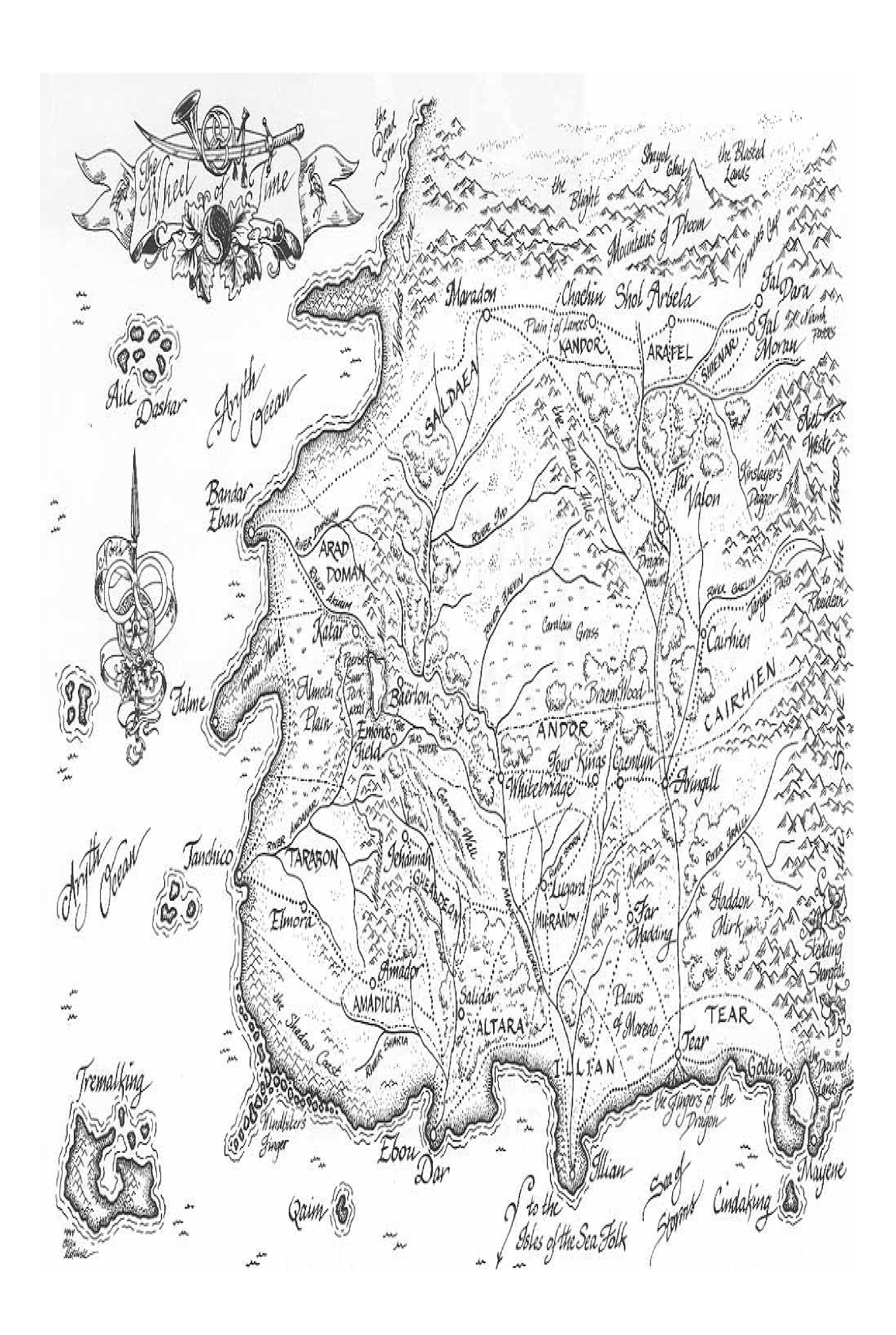
Torres de medianoche

La Rueda del Tiempo - 13

ePUB v1.5

Siwan 27.01.12

Para Jason Denzel, Melissa Craib, Bob Kluttz, Jennifer Liang, Linda Taglieri, Matt Hatch, Leigh Butler, Mike Mackert, y a todos los lectores que a lo largo de los años han hecho a La Rueda del Tiempo parte de sus vidas, y al hacerlo, han hecho de la vida de los demás mejor.


The Wheel of Time
the Blight
Shayol Ghul
the Blasted Lands
Mountains of Dhoom
Maradon
Chachin
Shol Arbela
Fal Dara
Fal Moran
Plain of Lances
KANDOR
ARAFEL
SHIENAR
SALDAEA
Aile Dashar
Aryth Ocean
Bandar Eban
ARAD DOMAN
Tar Valon
Kinslayer's Dagger
Dragonmount
Caralain Grass
Cairhien
CAIRHIEN
Katar
Almoth Plain
Baerlon
Falme
Emond's Field
Braem Wood
ANDOR
Four Kings
Caemlyn
Aringill
Whitebridge
Tanchico
TARABON
Jehannah
GHEALDAN
Aryth Ocean
Lugard
MURANDY
Far Madding
Haddon Mirk
Elmora
Stedding Shangtai
Amador
AMADICIA
Salidar
ALTARA
Plains of Maredo
TEAR
Tear
ILLIAN
Godan
Tremalking
Ebou Dar
Illian
Mayene
Qaim
to the Isles of the Sea Folk
Sea of Storms
Cindaking

En seguida se hizo evidente, incluso dentro del *stedding*, que el Entramado se estaba debilitando. El cielo se oscureció. Aparecieron nuestros muertos plantados en círculos alrededor de los límites del *stedding*, mirando hacia adentro. Y el mayor desasosiego lo causó que los árboles enfermaron y ninguna canción los sanaba.

Fue en esa época de pesares cuando subí al Gran Tocón. Al principio me lo vetaron, pero mi madre, Covril, exigió que se me permitiera hablar. Ignoro qué desencadenó ese cambio de actitud, puesto que ella misma había argumentado con resuelta determinación a favor del grupo opositor. Las manos me temblaban. Sería el postrer Orador y, en apariencia, la mayoría ya había decidido abrir el Libro de Traslación. Me consideraban una intervención intrascendente de última hora.

Y comprendí que, a menos que hablara con el corazón en la mano, la humanidad se quedaría sola para enfrentarse a la Sombra. En ese momento, el nerviosismo que me atenazaba se disipó y sólo sentí serenidad, una sensación de sosegada determinación. Respiré hondo y empecé a hablar.

De *El Dragón Renacido*,
escrito por Loial, hijo de Arent, nieto de Halan,
del *stedding* Shangtai

PRÓLOGO

Distinciones

Los cascos de *Mandarb* marcaban un ritmo familiar en el terreno accidentado. Lan Mandragoran cabalgaba hacia su muerte. El aire seco le provocaba escozor en la garganta y el suelo estaba salpicado de cristales de sal que salían a la superficie después de desecarse bajo tierra. La infección se hacía patente en las manchas de unas formaciones rocosas de color rojizo que se alzaban hacia el norte. Eran marcas de la Llaga, provocadas por un oscuro liquen que se iba propagando.

Siguió cabalgando hacia el este, en paralelo a la Llaga. Todavía estaba en Saldaea, donde su mujer lo había dejado cumpliendo así —por un mínimo margen— su promesa de llevarlo a las Tierras Fronterizas. La calzada por la que marchaba se extendía ante él desde hacía mucho tiempo. Le había dado la espalda veinte años atrás, cuando había accedido a ir con Moraine, pero siempre supo que regresaría. Eso era lo que significaba llevar el nombre de sus padres, la espada que le colgaba de la cintura y el *hadori* ceñido a la frente.

Aquella parte del norte de Saldaea se conocía como Landas de Proska, y era un sitio lúgubre por el que viajar, un lugar donde no crecía una sola planta. Soplaba un viento del norte que arrastraba consigo un hedor repulsivo, como el de una profunda y sofocante ciénaga henchida de cadáveres. En lo alto, el cielo tormentoso estaba oscuro, encapotado.

«Esa mujer», pensó Lan al tiempo que meneaba la cabeza. Qué deprisa había aprendido Nynaeve a hablar y pensar como una Aes Sedai. El hecho de que estuviera cabalgando hacia su muerte no lo afligía, pero saber que ella temía por su suerte... Eso sí que dolía. Muchísimo.

Hacía días que no veía a nadie. Los saldaeninos tenían fortificaciones más al sur, pero la zona que atravesaba estaba surcada por barrancos quebrados que dificultaban los asaltos a los trollocs, y éstos preferían atacar en las cercanías de Maradon. Lo cual no era motivo para relajarse. Uno no debía bajar nunca la guardia estando tan cerca de la Llaga. Se fijó en la cumbre de una colina; aquél sería un buen sitio para tener un apostadero. Lo observó con atención, pendiente de cualquier indicio de movimiento. Sin apartar la mano del arco, dio un rodeo a una depresión del terreno, en prevención de que hubiera atacantes emboscados. Cuando estuviera viajando un poco más hacia el este, cortaría a través de Saldaea y cruzaría Kandor por las estupendas calzadas que había por allí. Después...

Un poco de grava rodó ladera abajo en alguna colina cercana.

Con mucho cuidado, Lan sacó una flecha de la aljaba que llevaba colgada en la

silla de montar. ¿De dónde provenía el sonido?

«De la derecha», decidió para sus adentros. Del sur. De la colina que se encontraba en aquella dirección; alguien se aproximaba por detrás del cerro.

Lan no frenó a *Mandarb*, porque hacer cambiar el ritmo de los cascos sería tanto como poner sobre aviso a quien se acercaba. Notando el sudor de los dedos dentro de los guantes de piel de cervato, alzó el arco sin hacer movimientos bruscos. Encajó la flecha y tensó la cuerda a la par que la subía hasta la mejilla, aspirando el olor a resina y a plumas de ganso...

Alguien apareció rodeando la falda de la colina. El hombre se quedó petrificado, y el viejo rocín de carga que lo seguía —con la crin enmarañada— llegó junto a él, lo sobrepasó, y sólo se detuvo cuando el ronzal que lo sujetaba por el cuello se puso tirante.

El hombre vestía una camisa marrón claro cerrada con lazos y unos pantalones polvorientos. Llevaba espada a la cintura y tenía los brazos fuertes y musculosos, pero su aspecto no era amenazador. De hecho, a Lan le resultaba familiar.

—¡Lord Mandragoran! —exclamó el hombre, que echó a andar con premura y tiró del ronzal del caballo para que lo siguiera—. Por fin os encuentro. ¡Había dado por hecho que viajaríais por la calzada de Kremer!

—¿Te conozco? —inquirió Lan, que bajó el arco e hizo parar a *Mandarb*.

—¡Traigo víveres, milord! —El cabello oscuro y la piel curtida del hombre sugerían que tenía ascendencia fronteriza. Siguió adelante, en exceso ansioso y dando tirones al sobrecargado jamelgo con la mano de gruesos dedos—. Imaginé que no llevaríais suficiente comida. Y tiendas, traigo cuatro, por si acaso. También algo de agua. Forraje para los caballos, y...

—¿Quién eres? —inquirió Lan con brusquedad—. ¿Y cómo sabes quién soy yo?

El hombre se frenó en seco.

—Soy Bulen, milord. De Kandor, ¿recordáis?

De Kandor... A Lan le vino a la memoria la imagen de un joven y desgarbado chico de los recados. Para su sorpresa, advirtió el parecido.

—¿Bulen? ¡De eso hace veinte años, hombre!

—Lo sé, lord Mandragoran, pero en palacio corrió la voz de que la Grulla Dorada ondeaba de nuevo y supe lo que tenía que hacer. He aprendido a manejar bien la espada, milord. Vengo para cabalgar con vos y...

—¿Dices que la noticia de mi viaje ha llegado hasta Aesdaishar?

—Sí, milord. El'Nynaeve se presentó ante nosotros, ¿sabéis? Y nos contó lo que habíais hecho. Hay más gente reuniéndose, pero yo me adelanté porque sabía que necesitaríais provisiones.

«Condenada mujer», pensó Lan. ¡Y encima le había hecho jurar que aceptaría a aquellos que quisieran cabalgar con él! Bien, pues, si ella hacía malabarismos con la

verdad, él también sabía hacerlos. Había dicho que aceptaría a quien deseara "cabalgar" con él; ese hombre no iba montado y, en consecuencia, no incumplía su promesa si rechazaba su compañía. Una diferencia insignificante, pero los veinte años pasados con las Aes Sedai le habían enseñado un buen número de cosas en cuanto a ser prudente con lo que uno decía y cómo lo decía.

—Regresa a Aesdaishar y explícales que mi esposa se equivocó, que no he enarbolado la Grulla Dorada —declaró.

—Pero...

—No te necesito, hijo. Vete.

Lan tocó con los talones los ijares de *Mandarb* para que reanudara la marcha, y dejó plantado al hombre en la calzada. Durante unos segundos creyó que éste obedecería su orden, aunque eludir un juramento le producía remordimientos de conciencia.

—Mi padre era malkieri —dijo Bulen a su espalda.

Lan no se detuvo.

—Murió cuando yo tenía cinco años —añadió Bulen, alzando la voz—. Se casó con una kandoresa. Los dos murieron a manos de unos forajidos. Apenas los recuerdo, pero sí me acuerdo de que mi padre me dijo que algún día lucharíamos por la Grulla Dorada. Eso es todo cuanto me queda de él.

Lan miró atrás sin poder evitarlo, aunque no frenó a *Mandarb*. Bulen sostenía en alto una fina tira de cuero, el *hadori* que llevaba ceñido a la frente cualquier malkieri comprometido bajo juramento a luchar contra la Sombra.

—Me pondría el *hadori* de mi padre —prosiguió Bulen, que alzó más aún la voz—, pero no tengo a quién preguntarle si puedo. Tal es la tradición, ¿verdad? Alguien ha de darme permiso para llevarlo. Bien, pues, lucharé contra la Sombra mientras viva. —Bajó la vista hacia el *hadori* y después levantó de nuevo los ojos y gritó—: ¡Combatiré contra la oscuridad, al'Lan Mandragoran! ¿Vais a decirme que no puedo?

—Ve con el Dragón Renacido —contestó Lan—. O con el ejército de tu soberana. Cualquiera de ellos te aceptará.

—¿Y vos? ¿Pensáis hacer todo el recorrido hasta las Siete Torres sin provisiones?

—Las buscaré.

—Con el debido respeto, milord, ¿habéis visto la zona en la actualidad? La Llaga avanza más y más hacia el sur. No crece nada, ni siquiera en las tierras que antaño eran fértiles. Apenas queda caza.

Lan vaciló y tiró de las riendas para frenar a *Mandarb*.

—En aquellos años casi no sabía quién erais —continuó Bulen, que echó a andar seguido por el animal de carga—. Aunque sí sé que perdisteis a alguien de entre nosotros muy importante para vos. Durante años, me he maldecido por no haberos servido mejor y me juré que algún día combatiría a vuestro lado.

Por fin llegó junto a Lan.

—Os lo pido porque no tengo padre: ¿puedo ceñirme el *hadori* y luchar junto a vos, al'Lan Mandragoran, mi rey?

Lan soltó el aire muy despacio para sosegarse.

«Nynaeve, cuando vuelva a verte...» Pero no volvería a verla. Trató de no darle vueltas a esa idea.

Había hecho un juramento. Las Aes Sedai sorteaban sus promesas, pero ¿con qué derecho iba a hacer él lo mismo? No. Un hombre era su honor. No podía rechazar a Bulen.

—Viajaremos en el anonimato. No enarbolaremos la Grulla Dorada ni le dirás a nadie quién soy.

—Sí, milord.

—Entonces, lleva ese *hadori* con orgullo. Demasiados pocos conservan las tradiciones. Y sí, puedes venir conmigo —concedió Lan.

Acto seguido espoleó con suavidad a *Mandarb* para que reanudara la marcha y Bulen lo siguió a pie. Y, de uno, pasaron a ser dos.

Perrin descargó el martillo contra el trozo de hierro al rojo vivo. Las chispas saltaron en el aire como insectos incandescentes. El sudor le perlaba la cara.

Había gente a la que el repique de metal contra metal le resultaba molesto, pero no era el caso de Perrin. Para él, ese sonido era relajante. Alzó el martillo y lo dejó caer con fuerza.

Chispas. Partículas luminosas que rebotaban en el chaleco de cuero y en el mandil. Con cada golpe, las paredes del cuarto —de maciza madera de cedro— "runruneaban" en respuesta al choque de metal contra metal. Perrin estaba soñando, aunque no se encontraba en el Sueño del Lobo. Sabía que era así, si bien ignoraba cómo tenía tal certeza.

Las ventanas se hallaban a oscuras; la única luz era el brillo rojo intenso del fuego que ardía a la derecha. Esperando su turno en la forja, dos barras de hierro se calentaban en las ascuas. Perrin descargó de nuevo el martillo.

Esto era la paz. Esto era el hogar.

Estaba haciendo algo importante. Algo muy, muy importante. Era una parte de algo más grande. El primer paso para crear algo era comprender las distintas partes que lo componían. Maese Luhhan le había enseñado eso el primer día que Perrin fue a la forja. Uno no podía hacer una espada sin entender la forma en que la hoja encajaba con la empuñadura. Uno no podía hacer una bisagra sin saber cómo se moverían en el eje las dos piezas articuladas. Ni siquiera se podía hacer un clavo sin conocer sus partes: cabeza, caña y punta.

Comprende las partes, Perrin.

En un rincón del cuarto yacía un lobo. Era un animal grande, con canas en el pelaje de un color gris claro semejante al de un canto rodado de río, y lleno de cicatrices tras toda una vida de luchas y cacerías. El lobo, apoyada la cabeza en las patas delanteras, lo observaba. Esto no era nada fuera de lo normal. Pues claro que había un lobo en el rincón. ¿Por qué no iba a estar allí? Era *Saltador*.

Mientras trabajaba, Perrin disfrutaba del intenso calor de la forja, de la sensación del sudor resbalándole por los brazos, del olor del fuego. Daba forma al trozo de hierro descargando un martillazo cada dos latidos del corazón. El metal no se enfriaba nunca, sino que conservaba la maleabilidad del rojo amarillento.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó. Alzó el trozo de hierro incandescente con las tenazas y se produjo una distorsión en el aire alrededor del metal.

Dale que dale y dale. Como un cachorro persiguiendo mariposas, proyectó *Saltador*.

El lobo no entendía qué sentido tenía modelar metal y le parecía divertido que los hombres hicieran cosas así. Para un lobo, una cosa era lo que era. ¿Para qué esforzarse tanto en transformarla en otra diferente?

Perrin dejó a un lado el trozo de hierro, que se enfrió de inmediato y de amarillo pasó a ser anaranjado y después carmesí, para acabar en un negro opaco. A fuerza de martillazos, lo había convertido en una masa informe del tamaño aproximado de dos puños. Maese Luhhan se avergonzaría al ver un trabajo tan mal hecho. Perrin tenía que descubrir enseguida qué estaba haciendo, antes de que volviera su maestro.

No. Eso no era así. El sueño fluctuó y las paredes se tornaron brumosas, inconsistentes.

«No soy un aprendiz. Ya no estoy en Dos Ríos. Soy un hombre. Un hombre casado.» Alzó la mano protegida por un grueso guante y se la llevó a la cabeza.

Luego retomó con las tenazas el trozo informe de hierro y volvió a ponerlo en el yunque. El hierro irradió calor de golpe, como si reviviera.

«Todo sigue estando mal. —Descargó un martillazo—. ¡Tendría que haber mejorado ahora! Pero, de algún modo, parece haber empeorado.»

Siguió martilleando. Detestaba esos rumores que corrían de boca en boca por el campamento. Se había puesto enfermo, y Berelain lo había cuidado. Eso era todo. Sin embargo, los chismorreos no cesaban.

Golpeó con el martillo una y otra vez. Las chispas saltaban en el aire como salpicaduras de agua, demasiadas para que procedieran de un trozo de hierro. Dio un último martillazo antes de respirar hondo.

El trozo de metal no había cambiado. Perrin soltó un gruñido y asió las tenazas para apartar a un lado el pegote informe y sacar de las ascuas otra barra nueva. Tenía que acabar esa pieza. Hacerlo era muy, muy importante, pero ¿qué era lo que estaba forjando? Comenzó a martillear de nuevo.

«He de pasar más tiempo con Faile para resolver las cosas y acabar con la sensación de incomodidad que hay entre nosotros. ¡Pero no queda tiempo!»

Los muy necios que lo rodeaban no sabían cuidar de sí mismos, así los cegara la Luz. En Dos Ríos jamás había habido nadie que necesitara tener un señor.

Estuvo trabajando un rato y después levantó la segunda pieza de hierro. Al enfriarse, el metal se convirtió en un trozo aplastado y deforme, tan largo como su antebrazo. Otra chapucería. La apartó a un lado.

Si aquí te sientes desdichado, ve a buscar a tu hembra y marchaos. Si no quieres dirigir la manada, otro lo hará.

La proyección del lobo le llegó como imágenes de correr a través de campos abiertos, con tallos de cereales rozándole el hocico. El cielo espacioso, la brisa fresca, la excitación y el ansia de aventuras. El aroma de lluvia reciente, de pastos silvestres.

Perrin acercó las tenazas a las ascuas para sacar la última barra de hierro. El metal ardía con una tonalidad amarilla, hostil y peligrosa.

—No puedo irme. Significaría rendirme a la naturaleza del lobo y perder la mía, y eso no lo haré.

Sostuvo entre los dos la barra de metal, casi derretida, de forma que apuntaba al lobo con ella. *Saltador* la observó, y los ojos del lobo reflejaron unos puntos amarillos de luz. Qué sueño tan extraño. Antes, los sueños normales de Perrin y el Sueño del Lobo eran independientes. ¿Qué significado tenía que se mezclaran ahora?

Tenía miedo. Había llegado a una tregua inestable con el lobo que llevaba dentro. Sentirse demasiado próximo a los lobos era peligroso, pero tal cosa no había constituido un obstáculo para recurrir a ellos cuando tuvo que buscar a Faile. Por ella, todo lo que fuera necesario. Y al actuar así casi se había vuelto loco, incluso había intentado matar a *Saltador*.

No tenía tan controlada la situación como había supuesto. Todavía existía la posibilidad de que prevaleciera el lobo que llevaba dentro.

Saltador bostezó, y la lengua le colgó entre las fauces. Emitía un olor dulzón a regocijo.

—No tiene gracia —espetó Perrin.

Dejó a un lado la última barra sin haber trabajado en ella. El metal se enfrió y tomó la forma de un fino rectángulo que recordaba un gozne en las primeras fases de forjado.

Los problemas nunca son divertidos, Joven Toro. Pero no dejas de saltar atrás y adelante la misma valla, una y otra vez. Ven. Corramos.

Los lobos vivían el momento presente; aunque recordaban el pasado y parecían tener una extraña percepción del futuro, eso tampoco les preocupaba. No como les ocurría a los hombres. Los lobos corrían libres, cazando al viento. Unirse a ellos significaría pasar por alto el dolor, la pesadumbre, la frustración. Ser libre...

Pero tendría que pagar un precio muy alto por esa libertad. Perdería a Faile y se perdería a sí mismo. No quería ser un lobo. Quería ser un hombre.

—¿Hay algún modo de deshacer lo que me ha ocurrido?

¿Deshacer? El lobo ladeó la cabeza. Dar marcha atrás no era algo que hicieran los lobos.

—¿Puedo...? —A Perrin no le resultaba fácil explicar lo que quería decir—. ¿Puedo correr tan lejos que los lobos no me oigan?

La pregunta pareció desconcertar a *Saltador*. *No*. "Desconcertar" no transmitía las proyecciones angustiadas que le llegaban del lobo: la nada, el efluvio a carne podrida, lobos aullando de dolor. Quedarse incomunicado era un concepto inconcebible para *Saltador*.

Un estado de confusión se apoderó de Perrin. ¿Por qué había dejado de forjar? Tenía que acabar. ¡Maese Luhhan se sentiría defraudado! Esos pegotes metálicos eran horribles. Los escondería. Crearía otra cosa, demostraría que era competente. Él sabía forjar, ¿verdad?

A su lado sonó un burbujeo; Perrin se volvió hacia el ruido y se sorprendió al ver que hervía el agua de uno de los barriles de enfriar que había junto al fogón.

«Pues claro —pensó—. Eché ahí las primeras piezas que terminé.»

Acuciado por una repentina ansiedad, Perrin asió las tenazas y las sumergió en el agua hirviente, con el vapor envolviéndole la cara. Encontró algo en el fondo y lo sacó con las tenazas: era un trozo de metal al rojo blanco.

El brillo se apagó. Resultó que el trozo metálico era una estatuilla de acero que representaba a un hombre alto y delgado con una espada colgada a la espalda. Cada trazo de la figurilla era muy preciso, como las chorreras de la camisa o las tiras de cuero que forraban la empuñadura de la diminuta espada. Pero tenía el gesto del rostro descompuesto, la boca desencajada en un grito.

«Aram. Se llamaba Aram», pensó Perrin.

¡No podía enseñar aquello a maese Luhhan! ¿Por qué habría creado semejante cosa?

La boca de la figurilla se abrió más aún y gritó sin hacer ruido. Perrin chilló y la dejó caer de las tenazas al tiempo que retrocedía de un salto. La figurilla se hizo añicos al estrellarse en el suelo.

Abriendo las mandíbulas al máximo y con la lengua enroscada hacia atrás, *Saltador* soltó un gran bostezo lobuno.

¿Por qué piensas tanto en ése? Es normal que un joven cachorro desafíe al líder de la manada. Era un necio, y tú lo derrotaste.

—No, ése no es un comportamiento normal entre humanos. Y menos entre amigos —susurró Perrin.

La pared de la forja desapareció de repente y se convirtió en humo, pero no le

extrañó que ocurriera tal cosa. En el exterior, Perrin vio una calle despejada, iluminada por luz diurna. Era una ciudad con comercios que tenían los escaparates rotos.

—Malden —identificó Perrin.

Una imagen de sí mismo, etérea y traslúcida, se hallaba fuera. No llevaba puesta chaqueta y se le marcaban los músculos en los brazos desnudos. Tenía la barba recortada, pero ésta lo hacía parecer mayor, más severo. ¿De verdad su aspecto era tan imponente? Sólido como una fortaleza, resplandecientes los ojos dorados; cargaba con un hacha de brillante hoja en forma de media luna, grande como la cabeza de un hombre.

Había algo raro en esa hacha. Perrin salió de la herrería y pasó a través de la etérea versión de sí mismo. Al hacerlo, se convirtió en esa imagen, con la pesada hacha asida en la mano y la ropa de trabajo sustituida por la indumentaria de batalla.

Echó a correr. Sí, se hallaba en Malden. Había Aiel en las calles. Ya había participado en esa batalla, si bien en esta ocasión se sentía mucho más tranquilo. La vez anterior se encontraba sumido en la excitación del combate y la búsqueda de Faile. Se paró en seco.

«Esto no era así. Entré en Malden con el martillo. Me deshice del hacha.»

Cuerno o pezuña, joven Toro. ¿Importa acaso cuál utilizas para cazar? A su lado estaba *Saltador*, sentado al sol en la calle.

—Sí, importa. A mí me importa.

Y, sin embargo, los usas del mismo modo.

Dos Aiel Shaido doblaron una esquina y observaron algo a su izquierda, algo que Perrin no alcanzaba a ver. Corrió hacia ellos para atacarlos.

A uno le hendió la barbilla con la hoja del hacha y, haciendo un amplio y rápido movimiento, golpeó el pecho del otro con la punta recurvada del contrafilo. Fue un ataque terrible, brutal, y los tres acabaron en el suelo. Tuvo que asestar varios golpes más con la púa del contrafilo al segundo Shaido para matarlo.

Perrin se levantó. Recordaba haber matado a esos dos Aiel, aunque lo había hecho con el martillo y un cuchillo. No lamentaba sus muertes. A veces un hombre tenía que luchar, punto. La muerte era terrible, pero eso no quitaba que fúera necesaria. De hecho, el enfrentamiento con los Aiel había sido maravilloso. Se había sentido como un lobo durante una cacería.

Cuando luchaba, estaba mucho más cerca de convertirse en alguien distinto. Y eso era peligroso.

Dirigió una mirada acusadora a *Saltador*, que se había arrellanado en una esquina de la calle.

—¿Por qué me haces soñar estas cosas?

¿Hacerte? Este no es mi sueño, Joven Toro. ¿Acaso ves que te sujete el cuello con

los dientes para obligarte a pensar en eso?

El hacha chorreaba sangre. Perrin sabía lo que venía a continuación. Giró sobre sí mismo y vio que Aram se acercaba con una mirada asesina en los ojos. La mitad del rostro del otrora gitano estaba cubierta de sangre, que le goteaba por la barbilla y le manchaba la chaqueta a rayas rojas.

Aram blandió la espada con un golpe dirigido al cuello de Perrin; la hoja siseó en el aire, y Perrin dio un paso atrás. No quería luchar otra vez contra el chico.

La versión etérea de sí mismo se desprendió de él y dejó al Perrin real atrás, con su indumentaria de herrero. La sombra intercambió golpes con Aram.

El Profeta me lo explicó... En realidad eres un Engendro de la Sombra... He de rescatar a lady Faile de ti...

El Perrin etéreo se transformó de forma repentina en un lobo de pelaje casi tan oscuro como el de un Hermano de la Sombra; saltó sobre Aram y le desgarró la garganta de una dentellada.

—¡No! ¡No ocurrió así!

Sólo es un sueño, proyectó *Saltador*.

—Pero yo no lo maté —protestó Perrin—. Unos Aiel le dispararon flechas justo antes de que...

De que Aram lograra su propósito de matarlo a él.

Cuerno, pezuña o diente, ¿qué más da? Los muertos, muertos están. Por lo general, cuando los dos patas mueren no vienen aquí. No sé a qué lugar van.

Tras proyectar esa idea, *Saltador* se dio la vuelta y se encaminó sin prisa hacia un edificio. La pared se desvaneció y dejó a la vista el interior de la herrería de maese Luhhan.

Perrin miró el cuerpo de Aram.

—Debería haberle quitado esa estúpida espada en el momento en que la empuñó. Debería haberlo mandado de vuelta con su familia.

¿Es que un joven cachorro no está en su derecho de tener colmillos? ¿Por qué se los quitarías?

El desconcierto de *Saltador* era genuino.

—Es una cosa de hombres.

Cosas de los dos patas, de hombres. Para ti, siempre son cosas de hombres. ¿Y qué pasa con las cosas de lobos?

—Yo no soy un lobo.

Saltador entró en la forja y Perrin lo siguió, aunque de mala gana. El agua del barril aún borbotaba. La pared reapareció, y Perrin se encontró de nuevo vestido con el mandil y el chaleco de cuero, sosteniendo las tenazas.

Se adelantó un paso y sacó otra figurilla. Ésta tenía la forma de Tod al'Caar. Al enfriarse, Perrin comprobó que el rostro no estaba contraído como el de Aram,

aunque la mitad inferior de la estatuilla no tenía forma alguna, continuaba siendo un trozo de metal. La figura siguió emitiendo un débil brillo rojizo después dé que Perrin la hubo dejado en el suelo. Volvió a meter las tenazas en el agua y extrajo una figura de Jori Congar, y acto seguido, una de Azi al'Thone.

Perrin continuó sacando figurilla tras figurilla del agua en ebullición. Al modo de los sueños, sacarlas todas le llevó lo que le pareció un breve instante y, a la vez, horas. Cuando acabó, había centenares de estatuillas colocadas ante él, como si lo miraran. Observándolo. Todas las piezas de acero estaban iluminadas por un minúsculo fuego interior, como si esperaran sentir el martillo del forjador.

No obstante, figurillas como ésas no se forjarían, sino que se moldearían.

—¿Qué significa esto? —Perrin se sentó en una banqueta.

Saltador abrió las fauces en una risa lobuna.

¿Que qué significa? Significa que hay muchos hombrecillos en el suelo y no puedes comerte ninguno. A tu especie le gustan demasiado las rocas y lo que hay en su interior.

Las figurillas parecían mirarlo con gesto acusador. A su alrededor yacían esparcidos los fragmentos rotos de Aram. De pronto dio la impresión de que los fragmentos se hacían más grandes. Las manos fracturadas empezaron a impulsarse por el suelo clavando las uñas. Todos los pedazos rotos se convirtieron en manos pequeñas que se arrastraban hacia Perrin para asirlo.

Perrin ahogó un grito alarmado y pegó un brinco. Oyó una risa a lo lejos que sonó más y más cerca, hasta retumbar en el edificio. *Saltador* también brincó y chocó contra él. Y entonces...

Perrin se despertó sobresaltado. De nuevo se encontraba en su tienda, en la pradera donde llevaban acampados varios días. La semana anterior habían topado con una burbuja maligna que había hecho aparecer por todo el campamento enfurecidas serpientes de color rojo y piel untuosa que salían retorciéndose de la tierra. Las picaduras de esas sierpes habían enfermado a varios centenares de personas; las Aes Sedai habían salvado la vida a la mayoría con la Curación, pero no lograron que los afectados se recuperaran por completo.

Faile dormía a su lado, sosegada. Fuera, uno de sus hombres dio golpecitos en un poste para tocar la hora. Tres golpes. Todavía faltaban horas para el amanecer.

Perrin notó el suave latido de su corazón y se llevó la mano al torso desnudo. Casi esperaba ver aparecer un ejército de diminutas manos de metal reptando por debajo del petate.

Por último, se obligó a cerrar los ojos e intentó relajarse. En esta ocasión, el sueño fue muy esquivo.

Graendal bebió un sorbo del vino que brillaba en la copa, decorada con una

filigrana de plata alrededor del borde. El recipiente se había adornado con gotas de sangre que formaban un anillo de diminutas burbujas de un intenso color rojo, petrificadas para siempre dentro del cristal.

—Deberíamos hacer algo —dijo Aran'gar, que se hallaba reclinada en un diván; aprovechó que pasaba una de las mascotas de Graendal para echarle una mirada de ansia predatoria—. No sé cómo soportas estar tan alejada de acontecimientos importantes, como un estudioso encerrado en un rincón polvoriento.

Graendal enarcó una ceja. ¿Un estudioso? ¿En un rincón polvoriento? Refugio de Natrin podía considerarse una construcción modesta si se lo comparaba con algunos palacios que había visto en la era anterior, pero distaba de ser una casucha. El mobiliario era refinado, las paredes lucían arquerías talladas de recias y oscuras maderas nobles, el mármol de los suelos relucía con incrustaciones de madreperla y oro.

Sin duda Aran'gar buscaba provocarla, de modo que Graendal rechazó la incipiente irritación que sentía. En el hogar ardía un fuego bajo, pero la doble puerta —por la que se salía a una galería fortificada y suspendida en el vacío a tres pisos de altura del suelo— estaba abierta y dejaba pasar la vivificante brisa de la montaña. Rara vez tenía abierta una ventana o una puerta, pero ese día le apetecía el contraste: por un lado la calidez del fuego, y una fresca brisa por el otro.

La vida era la capacidad de sentir, por ejemplo, diferentes roces en la piel, unos ardientes y otros gélidos. Cualquier cosa que no fuera una temperatura templada, normal y corriente.

—¿Me estás escuchando? —inquirió Aran'gar.

—Siempre lo hago —respondió Graendal, que soltó la copa al tiempo que tomaba asiento.

Lucía un vestido dorado, envolvente y translúcido, aunque abotonado hasta el cuello. Qué modas tan maravillosas tenían esas domani, ideales para encubrir y revelar a la vez.

—Oh, cómo detesto estar tan lejos de los acontecimientos —reiteró Aran'gar—. Esta era es excitante. Esta gente primitiva puede resultar tan interesante... —La voluptuosa mujer de piel marfileña arqueó la espalda y estiró los brazos hacia la pared—. Nos estamos perdiendo todo lo emocionante.

—Lo emocionante es mejor verlo de lejos. Imaginé que comprenderías eso.

Aran'gar se quedó callada. Al Gran Señor no le había gustado que hubiera perdido el control que ejercía sobre Egwene al'Vere.

—En fin. —Aran'gar se puso de pie—. Si ésa es tu idea al respecto, buscaré otro entretenimiento mejor para la velada.

Habló con voz fría; a lo mejor la alianza entre ambas estaba llegando a su fin. Graendal se abrió para aceptar el dominio del Gran Señor y experimentó el éxtasis

estremecedor de su poder, su pasión, su propia sustancia. Ese embravecido torrente de fuego era mucho más embriagador que el Poder Único.

Amenazaba con arrollarla y consumirla, y, a despecho de estar henchida de Poder Verdadero, sólo podía encauzar un hililllo de esa fuerza. Un regalo de Moridin. No, un regalo del Gran Señor. Más valía que no empezara a asociarlos a los dos al pensar en ellos. De momento, Moridin era *Nae'blis*. Sólo de momento.

Graendal tejió un cordón de Aire. Trabajar con el Poder Verdadero era similar a hacerlo con el Poder Único, aunque no idéntico. Un tejido del Poder Verdadero a menudo funcionaba de un modo un tanto distinto o tenía un efecto secundario imprevisto. Y había algunos tejidos que sólo podían llevarse a cabo con el Poder Verdadero.

La esencia del Gran Señor forzaba el Entramado, atirantándolo y dejándolo marcado con cicatrices. Con el empleo de las energías del Oscuro podía destejerse incluso algo diseñado por el Creador para ser eterno. Ello ponía de manifiesto una verdad eterna, lo más parecido a lo que Graendal estaba dispuesta a aceptar como sagrado: todo cuanto el Creador construyera, el Oscuro podía destruirlo.

Hizo que el cordón de Aire serpenteara a través del cuarto, en dirección a Aran'gar. La otra Elegida había salido a la galería, ya que Graendal tenía prohibido abrir accesos dentro para no dañar a sus mascotas o estropear el mobiliario. Graendal levantó el cordón hacia la mejilla de Aran'gar y la rozó con delicadeza, como una caricia.

Aran'gar se quedó petrificada. Después se volvió, recelosa, pero no tardó ni un segundo en abrir los ojos de par en par. No había notado la piel de gallina en los brazos que indicara que Graendal estaba encauzando: el Poder Verdadero no daba ninguna indicación, ni la menor señal. Varón o mujer, nadie podía ver ni percibir los tejidos, a menos que a esa persona se le hubiera concedido el privilegio de encauzar Poder Verdadero.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó la mujer—. Moridin es...

—El *Nae'blis*, sí —dijo Graendal—. Pero hubo un tiempo en que el favor del Gran Señor respecto a esto no estaba limitado al *Nae'blis*. —No dejó de acariciar la mejilla de Aran'gar, y ésta enrojeció.

Ella, como los otros Elegidos, anhelaba el Poder Verdadero a la vez que lo temía por ser peligroso, delectable, incitante. Cuando Graendal retiró el cordón de Aire, Aran'gar entró de nuevo en el cuarto y volvió a sentarse en el diván, tras lo cual mandó a uno de los juguetes de Graendal que fuera a buscar a su Aes Sedai marioneta. El deseo todavía hacía que le ardieran las mejillas; seguramente usaría a Delana para distraerse. A Aran'gar parecía divertirle obligar a la poco agraciada Aes Sedai a actuar con servilismo.

Delana llegó enseguida; siempre andaba cerca. La shienariana tenía el cabello

claro y era fornida, con las extremidades gruesas. El gesto desdeñoso de Graendal le inclinó las comisuras de los labios hacia abajo. Qué cosa tan fea. No como Aran'gar, que habría resultado una mascota ideal. Tal vez, algún día, a Graendal se le presentaría la oportunidad de convertirla en una.

Aran'gar y Delana empezaron a intercambiar arrumacos en el diván. Aran'gar era insaciable, y de ello Graendal se había aprovechado en numerosas ocasiones, la más reciente de las cuales era la utilización del señuelo del Poder Verdadero. Ni que decir tiene que Graendal gozaba de placeres, pero se aseguraba de que la gente la creyera mucho más esclava de su lascivia de lo que era en realidad. Si uno sabía lo que la gente esperaba que fuera, podía sacar provecho de esas expectativas. Se...

Graendal se quedó inmóvil cuando le llegó a los oídos una alarma, el sonido de olas rompiendo entre sí. Aran'gar siguió con sus placeres, incapaz de oírlo. Era un tejido muy específico, situado donde sus servidores podían hacerlo saltar para ponerla sobre aviso.

Se levantó del asiento y caminó despacio por la habitación, sin dar señales de tener prisa. Al llegar a la puerta, mandó entrar a unos cuantos de sus juguetes para que distrajeran a Aran'gar. Sería mejor descubrir el alcance del problema antes de involucrarla a ella.

Recorrió un pasillo iluminado por candelabros y adornado con espejos. Estaba a mitad de camino de un rellano de la escalera cuando Garumand —el capitán de su guardia de palacio— apareció subiendo los escalones con apresuramiento. Era un saldaenino, primo lejano de la reina, y lucía un poblado bigote en el rostro descarnado y atractivo. La Compulsión lo había hecho totalmente leal, por supuesto.

—Insigne Señora —empezó entre jadeos—, se ha capturado a un individuo que se acercaba a palacio. Mis hombres lo han identificado como un noble de segunda fila de Bandar Eban, un miembro de la casa Ramshalan.

Graendal frunció el entrecejo y, haciendo un ademán a Garumand para que la siguiera, se dirigió a una de sus salas de audiencias. Era una estancia pequeña y sin ventanas, decorada con distintos tonos carmesí. Tejió una salvaguardia contra oídos indiscretos y ordenó a Garumand que condujera al intruso a su presencia.

Poco después, el capitán regresó con varios guardias y un hombre domani vestido con ropa de chillones tonos verdes y azules, con un lunar de adorno en forma de campana pegado en la mejilla. Llevaba diminutas campanillas prendidas en la barba corta y bien arreglada, las cuales tintinearon cuando los guardias le propinaron un empujón para que se adelantara. El hombre se sacudió de encima las manos de los soldados, a los que lanzó una mirada iracunda, tras lo cual se colocó la camisa desarreglada.

—¿He de entender que he sido conducido a presencia de...?

Se interrumpió de golpe y emitió un sonido ahogado cuando Graendal lo envolvió

en tejidos de Aire y se introdujo en su mente. El hombre balbució al tiempo que la mirada se le desenfocaba.

—Soy Piqor Ramshalan —dijo con voz monótona—. Me envía el Dragón Renacido para forjar una alianza con la familia de mercaderes residente en esta fortificación. Puesto que soy más avispado y más listo que al'Thor, me necesita para establecer alianzas en su nombre. Sobre todo, le preocupan los que viven en este palacio, cosa que me parece ridicula, ya que está alejado y carece de importancia.

»Salta a la vista que el Dragón Renacido es un hombre débil. Creo que, si me gano su confianza, podría elegirme para ser el próximo rey de Arad Doman. Deseo que hagáis una alianza conmigo, no con él, y os prometo mis favores una vez que sea rey. Me...

Graendal hizo un gesto con la mano, y el hombre enmudeció sin terminar lo que iba a decir. Graendal se cruzó de brazos y sintió que el cabello se le erizaba al tiempo que la recorría un escalofrío.

El Dragón Renacido la había encontrado.

Había enviado a ese hombre como una maniobra de distracción. Creía que podía manipularla.

De inmediato tejió un acceso a uno de sus escondrijos más seguros. Entró una bocanada de aire frío procedente de una zona del mundo donde era por la mañana, no primera hora de la tarde. Más valía ser prudente. Más valía huir. Y, no obstante... Vaciló.

Tiene que sentir dolor en el alma... Debe conocer la frustración... Debe experimentar la angustia. Hazle llegar todo eso y serás recompensada.

Aran'gar había tenido que huir de su puesto asignado entre las Aes Sedai por cometer la necedad de permitir que descubrieran que encauzaba *Saidin*, y todavía sufría el castigo por su fracaso. Si ella se marchaba ahora, desperdiciando la ocasión de volver la maniobra de al'Thor contra sí mismo, ¿recibiría un castigo parecido?

—¿Qué pasa? —se oyó la voz de Aran'gar en el pasillo—. Dejadme pasar, necios. Graendal, ¿qué haces?

Graendal soltó un quedo siseo antes de cerrar el acceso, recobrada ya la compostura. Asintió con la cabeza para que dejaran entrar a Aran'gar en la sala de estar. La esbelta mujer cruzó el umbral y, al ver a Ramshalan, le dirigió una mirada evaluadora. No tendría que haber mandado sus mascotas a Aran'gar; lo más probable era que ese gesto hubiera despertado las sospechas de la mujer.

—Al'Thor me ha encontrado —contestó, lacónica—. Ha enviado a este tipo para establecer una "alianza" conmigo, pero no le dijo quién soy. Seguramente quiere que piense que este hombre dio conmigo por casualidad.

Aran'gar frunció los labios.

—Entonces, ¿vas a huir? —preguntó—. ¿Volverás de nuevo al centro de la

acción?

—¿Y eso me lo preguntas tú?

—Estaba rodeada de enemigos. Huir era mi única opción. —Sonaba a palabras ensayadas.

Además de sonar como un reto. Quizá podría servirse de Aran'gar...

—Esa Aes Sedai tuya, ¿conoce la Compulsión?

—Se la entrenó en su uso —respondió Aran'gar mientras se encogía de hombros —. Es aceptablemente diestra.

—Tráela aquí.

Aran'gar enarcó una ceja, pero hizo una inclinación de cabeza con deferencia y desapareció a toda prisa para hacer el encargo en persona. Y, casi con toda seguridad, con el propósito de ganar tiempo para pensar.

Graendal mandó a un sirviente a las jaulas de palomas, y el hombre volvió con el ave antes de que Aran'gar hubiera regresado. Graendal tejió con cuidado el Poder Verdadero —estremecida de nuevo por el arrebato de encauzarlo— y empezó a ejecutar un tejido complejo de Energía. ¿Se acordaría de cómo se realizaba? Había pasado tanto tiempo...

Revistió con el tejido la mente del ave y tuvo la impresión de que la vista se le "dividía". Un instante después, veía ante sí dos imágenes: el mundo tal como lo percibía ella, y una versión nebulosa de lo que veía el ave. Si enfocaba, era capaz de centrar la atención en una o en otra.

Le hacía daño en el cerebro. La vista de un ave era por completo diferente de la de un ser humano; tenía un campo de visión mucho mayor y los colores eran tan vividos que casi cegaban, pero se veía borroso y costaba trabajo calcular las distancias.

Se introdujo la vista del ave en el fondo de la mente. Una paloma resultaría poco llamativa, aunque era más difícil de utilizar que un cuervo o una rata, los ojos preferidos por el Oscuro. El tejido funcionaba mejor en esos animales que con otros. Sin embargo, casi todas las alimañas que espiaban para el Oscuro tenían que regresar para informar, y sólo entonces se sabía lo que habían visto. No estaba segura de por qué ocurría tal cosa; nunca había encontrado mucho sentido a las complejidades de los tejidos especiales del Poder Verdadero. Al menos, no tanto como el que habían tenido para Aginor.

Aran'gar regresó con su Aes Sedai, que en los últimos días parecía mostrarse más retraída. La mujer hizo una profunda reverencia a Graendal y permaneció en una postura servicial. Graendal retiró con cuidado su Compulsión a Ramshalan, dejándolo aturdido y desorientado.

—¿Qué deseáis que haga, Insigne Señora? —preguntó Delana, que miró a Aran'gar para después volver la vista hacia Graendal.

—Compulsión —contestó— Tan intrincada y compleja como seas capaz de hacerla.

—¿Para que tenga qué efecto, Insigne Señora?

—Que sea capaz de actuar por sí mismo —pidió Graendal—. Pero que se le borren todos los recuerdos que tenga de aquí. Sustitúyelos por uno de haber hablado con una familia de mercaderes y haber forjado su alianza. Agrega al azar unos cuantos requisitos más, cualesquiera que se te ocurran.

Delana frunció el entrecejo, pero había aprendido a no cuestionar a los Elegidos. Graendal se cruzó de brazos y dio golpecitos con un dedo mientras observaba el trabajo de la Aes Sedai. Cada vez estaba más nerviosa. Al'Thor sabía dónde se encontraba. ¿Atacaría? No, él no hacía daño a las mujeres. Esa flaqueza en particular era importante. Significaba que disponía de tiempo para reaccionar, ¿verdad?

¿Cómo se las había arreglado para seguirle la pista hasta este palacio? Había cubierto su rastro a la perfección. Los únicos acólitos que había dejado fuera del alcance de su vista se hallaban sometidos a una Compulsión tan fuerte que quitársela los mataría. ¿Sería que la Aes Sedai que seguía con él, la tal Nynaeve, una mujer dotada para la Curación, habría conseguido socavar e interpretar sus tejidos?

Graendal necesitaba tiempo y necesitaba descubrir lo que sabía al'Thor. Si Nynaeve al'Meara tenía la destreza requerida para interpretar las Compulsiones, quizá corría peligro. Graendal necesitaba dejarle un rastro falso que lo retrasara; de ahí su requerimiento para que Delana creara una Compulsión compleja con disposiciones raras.

Hacerle pasar un suplicio. Eso estaba a su alcance.

—Ahora tú —le dijo a Aran'gar cuando Delana acabó—. Algo enrevesado. Quiero que al'Thor y su Aes Sedai encuentren el toque de un hombre en la mente. —Eso los desconcertaría más si cabe.

Aran'gar se encogió de hombros, pero hizo lo que le pedía y colocó una Compulsión densa y compleja en la mente del infortunado Ramshalan. Era guapo en cierto modo. ¿Habría creído al'Thor que ella lo querría para que fuera una de sus mascotas? ¿Recordaría lo suficiente de lo que había sido Lews Therin para saber eso sobre ella? Los informes que tenía respecto a cuánto recordaba de su antigua vida eran contradictorios, pero al parecer cada vez recordaba más y más cosas. Eso la preocupaba. Quizá Lews Therin podría haberla rastreado hasta este palacio. En ningún momento imaginó que al'Thor sería capaz de hacer lo mismo.

Aran'gar terminó.

—Bien —dijo Graendal, que soltó los tejidos de Aire y habló a Ramshalan—. Regresa y cuéntale al Dragón Renacido que has tenido éxito en tu misión.

Ramshalan parpadeó y sacudió la cabeza.

—Eh... Sí, mi señora. Sí, creo que los compromisos que hemos acordado hoy

serán muy beneficiosos para ambos. —Sonrió.

Estúpido mentecato.

—Quizá deberíamos cenar y brindar por el éxito, ¿no, lady Basene? La caminata para venir hasta aquí a veros ha sido extenuante, y yo...

—Vete —lo interrumpió con frialdad.

—Como digáis. ¡Seréis recompensada cuando sea rey!

Los guardias lo condujeron fuera de la sala, y el muy necio se puso a silbar con aire de suficiencia. Graendal se sentó y cerró los ojos; varios de sus soldados se acercaron para montar guardia a su alrededor, sin apenas hacer ruido con las botas en la gruesa alfombra.

Miró a través de los ojos de la paloma y se fue acostumbrando a la extraña visión del ave. Obedeciendo su orden, un sirviente la tomó en las manos y la llevó a una ventana del pasillo, fuera de la sala. La paloma saltó al alféizar, y Graendal la azuzó con un pequeño estímulo para que alzara el vuelo. Pero no tenía suficiente práctica para controlarla del todo, y volar era mucho más difícil de lo que parecía.

La paloma aleteó y saltó de la ventana. El sol se metía detrás de las montañas y las perfilaba con intensos matices rojos y anaranjados; abajo, el lago tenía un profundo color azul oscuro, casi negro. La vista era imponente y le provocó náuseas cuando la paloma se elevó en el aire y se posó en una de las torres.

Por fin Ramshalan salió por las puertas, allá abajo. Graendal azuzó a la paloma, que saltó de la torre y se zambulló hacia el suelo. Graendal apretó los dientes para aguantar la impresión del veloz picado que redujo a una mancha borrosa las piedras del palacio. La paloma enderezó el vuelo y aleteó en pos de Ramshalan. Parecía que el hombre rezongaba entre dientes, aunque Graendal sólo percibía sonidos rudimentarios a través de los oídos del ave.

Lo siguió durante un tiempo a través de los bosques que iban oscureciendo de forma paulatina. Un buho habría sido mejor, pero no tenía ninguno capturado; se reprendió por ese descuido. La paloma volaba de rama en rama; el suelo del bosque era una desordenada maraña de monte bajo y agujas de pino caídas. Le resultaba muy desagradable.

Había una luz más adelante. Era tenue, pero los ojos de la paloma demarcaban con facilidad luz y sombra, movimiento y quietud. Azuzó al ave para que se adelantara a investigar, dejando atrás a Ramshalan.

La luz procedía de un acceso abierto en medio de un pequeño claro e irradiaba un brillo cálido. Delante había unas figuras de pie. Una de ellas era al'Thor.

Graendal tuvo un momento de pánico. Él estaba allí. Mirando desde la cresta de un cerro, en su dirección. ¡Por la más negra oscuridad! Hasta ese momento no había sabido con seguridad si él se encontraría allí, en persona, o si Ramshalan viajaría a través de un acceso para presentarle su informe. ¿A qué jugaba al'Thor? Hizo que la

paloma se posara en una rama. Oía protestar a Aran'gar y preguntarle que qué pasaba. Había visto la paloma y debía de haberse dado cuenta de lo que se traía entre manos.

Se concentró más. El Dragón Renacido, el hombre que en otra era había sido Lews Therin Telamon. Y sabía dónde estaba ella. Por aquel entonces la había odiado con todas sus fuerzas; ¿cuánto de lo ocurrido antaño guardaría en la memoria? ¿La recordaría como la asesina de Yanet?

Los Aiel domados de al'Thor llevaron a Ramshalan ante él, y Nynaeve lo examinó. Sí, esa mujer parecía capaz de interpretar la Compulsión. Al menos, sabía lo que debía buscar. Tendría que morir. Al'Thor dependía de ella; y su muerte le ocasionaría dolor. Y, después de ella, la amante morena de al'Thor.

Graendal azuzó a la paloma para que bajara a otra rama más cerca del suelo. ¿Qué medidas tomaría al'Thor? El instinto le decía a Graendal que él no haría nada hasta que desentrañara su confabulación. Ahora actuaba igual que había hecho durante su era; le gustaba planificar las cosas, dedicar tiempo a desarrollar un asalto hasta alcanzar un crescendo.

Frunció el entrecejo. ¿Qué decía al'Thor? Se esforzó en tratar de entender los sonidos. Malditos oídos de las aves... Las voces sonaban como graznidos. ¿*Callandor*? ¿Por qué hablaba de *Callandor* y de un arcón...

Tenía en la mano algo luminoso. La llave de acceso. Graendal ahogó un grito de sorpresa. ¿Había llevado eso con él? Era casi tan malo como el fuego compacto.

Y, de repente, lo entendió. Se la había jugado.

Helada, aterrorizada, liberó a la paloma y abrió los ojos de golpe. Seguía sentada en el pequeño cuarto sin ventanas; Aran'gar estaba apoyada en el marco de la puerta, cruzada de brazos.

Al'Thor había enviado a Ramshalan allí para que fuera capturado, para que le pusiera una Compulsión. El único propósito de Ramshalan era confirmar a al'Thor que ella se encontraba en palacio.

«¡Luz! Qué listo se ha vuelto.»

Soltó el Poder Verdadero y abrazó el menos poderoso *Saidar*. ¡Tenía que darse prisa! Era tal su perturbación que casi no logró abrazar la Fuente. Y sudaba.

Huir. Tenía que salir de allí.

Abrió otro acceso. Aran'gar se volvió y se quedó mirando fijamente a través de las paredes hacia donde se encontraba al'Thor.

—¡Cuánto poder! ¿Qué está haciendo? —preguntó.

Aran'gar. Ella y Delana habían creado los tejidos de Compulsión.

Al'Thor tenía que creer que ella había muerto. Si destruía el palacio y las Compulsiones se mantenían, al'Thor sabría que había fallado y que ella seguía con vida.

Graendal creó dos escudos y los utilizó, uno para Aran'gar y otro para Delana.

Las mujeres dieron un respingo. Graendal trabó los tejidos y las ató a las dos con Aire.

—Graendal, ¿qué estás...? —empezó a decir Aran'gar con voz despavorida.

Ya llegaba. Graendal saltó hacia el acceso, rodó a través de él dando tumbos y desgarrándose el vestido con una rama. Una luz cegadora surgió a su espalda. Mientras se afanaba en cerrar el acceso captó un atisbo de la aterrada Aran'gar antes de que todo lo que había dejado atrás se consumiera en una blancura pura, bellísima.

El acceso desapareció dejando a Graendal en la oscuridad.

Con el corazón latiéndole desbocado, permaneció tendida en el suelo, casi cegada por el resplandor. Había hecho el acceso más rápido que había podido, uno que sólo llevaba a una corta distancia. Yacía en el sucio terreno de monte bajo, en lo alto de un cerro situado detrás del palacio.

Una onda "aberrante" pasó sobre ella, una distorsión en el aire, el propio Entramado ondulándose. Se llamaba "grito de quebranto", un momento en que la mismísima creación aullaba de dolor.

Inhaló y exhaló aire, temblorosa. Pero tenía que cerciorarse. Tenía que saber. Al ponerse de pie descubrió que tenía un esguince en el tobillo izquierdo. Fue cojeando hasta la línea de árboles y miró hacia abajo.

Refugio de Natrin, el palacio al completo, había desaparecido. Consumido, borrado del Entramado. No alcanzaba a ver a al'Thor a tanta distancia, pero sabía que se encontraba allí.

—Maldito —bramó—. Te has vuelto muchísimo más peligroso de lo que creía.

Centenares de hermosos hombres y mujeres, los más sublimes que había logrado reunir, perdidos. Su plaza fuerte, docenas de objetos de Poder, su principal aliada entre los Elegidos... Perdidos. Aquello era un desastre.

«No. Estoy viva.» Le había ganado por la mano, aunque sólo por escasos segundos. Ahora creería que estaba muerta.

De pronto se sentía más a salvo de lo que había estado desde que había escapado de la prisión del Oscuro. Excepto por el hecho de que acababa de ocasionar la muerte de uno de los Elegidos. Y eso no iba a gustarle al Gran Señor.

Renqueante, planeando ya su siguiente movimiento, abandonó la cima. Era un asunto que debía manejar con mucho, muchísimo cuidado.

Galad Damodred, capitán general de los Hijos de la Luz, sacó de un tirón el pie atorado en el barro que le llegaba hasta el tobillo; sonó un ruido de succión.

En el aire bochornoso zumbaban los bitemes, y el hedor a fango y agua estancada amenazaba con provocarle arcadas cada vez que respiraba mientras conducía su caballo hacia el terreno más seco del camino. Detrás de él avanzaba penosamente una larga y sinuosa columna de hombres de cuatro en fondo, todos ellos tan embarrados,

sudorosos y cansados como él.

Se hallaban en la frontera de Ghealdan con Altara, en una zona pantanosa en la que los robles y las linderas aromáticas habían dado paso a los laureles y los cipreses araña, cuyas raíces nudosas se extendían a semejanza de patas finas y largas. Además del olor apestoso, la atmósfera estaba cargada y resultaba bochornosa a pesar de la sombra y del cielo encapotado. Era como respirar en una sopa infecta. Galad sudaba debajo del peto y la cota; llevaba el yelmo cónico colgado en la silla, y la piel le picaba por la suciedad y el sudor salobre.

Aun cuando tuviera el ánimo por los suelos, esa ruta era el mejor camino porque Asunawa no contaría con eso. Galad se enjugó la frente con el dorso de la mano y procuró caminar con la cabeza bien alta por mor de quienes lo seguían. Siete mil hombres, Hijos que lo habían elegido a él en vez de escoger a los invasores seanchan.

El musgo, de un tono verde apagado, colgaba de las ramas con apariencia de pingajos de carne que se desprendieran de cadáveres en descomposición. Aquí y allá, el luminoso despliegue rosa o violeta de flores menudas aliviaba los verdes y grises enfermizos. Las repentinas pinceladas de color sorprendían por inesperadas, como si alguien hubiese salpicado gotas de pintura por el suelo.

Era raro encontrar belleza en ese lugar. ¿Podría él encontrar también la Luz en su situación personal? Mucho se temía que no iba a ser tan sencillo.

Tiró de las riendas de *Tenaz*. De atrás le llegaban conversaciones en tono preocupado, salpicadas de alguna que otra maldición. Ese lugar, con el hedor y los picotazos de los insectos, pondría a prueba al mejor de los hombres. Los que lo seguían estaban tensos por lo que le estaba pasando al mundo. Un mundo en el que el cielo estaba encapotado y oscuro de continuo, en el que los buenos hombres morían víctimas de extrañas alteraciones en el Entramado y en el que Valda —el capitán general que lo había precedido en el puesto— había resultado ser un asesino y un violador.

Galad sacudió la cabeza. La Última Batalla llegaría enseguida.

El tintineo de una cota de malla anunció que alguien se aproximaba columna arriba. Galad miró hacia atrás justo a tiempo de ver llegar a Dain Bornhald; éste saludó al llegar junto a él.

—Damodred, quizá deberíamos dar media vuelta. —Hablaba en voz baja, casi apagada por el ruido del chapoteo de las botas en el fango.

—Volver atrás sólo conduce al pasado —respondió Galad mientras escudriñaba el camino al frente—. He reflexionado mucho sobre esto, Hijo Bornhald. Este cielo, la degradación de la tierra, el hecho de que los muertos caminen... Ya no hay tiempo para encontrar aliados y luchar contra los seanchan. Hemos de marchar hacia la Última Batalla.

—Pero esta ciénaga... —empezó Bornhald, que miró a un lado cuando una

serpiente grande reptó para escabullirse entre la maleza—. Nuestros mapas indican que a estas alturas deberíamos haber salido de ella.

—En ese caso, sin duda debemos de estar cerca de la orilla.

—Puede ser —dijo Bornhald.

Una gota de sudor le resbaló por la frente y, al deslizarse por la enjuta mejilla, ésta se le contrajo con un tic. Por suerte, se le había acabado el brandy hacía unos cuantos días.

—A no ser que el mapa esté mal —añadió.

Galad no contestó. Mapas que antes eran precisos, en la actualidad resultaban incorrectos. Praderas abiertas se convertían en colinas quebradas; pueblos que desaparecían; campos aptos para el cultivo un día, y poblados de enredaderas y liquenes al siguiente. No sería de extrañar que el pantano se hubiera extendido.

—Los hombres están exhaustos —comentó Bornhald—. Son buenos soldados, tú lo sabes. Pero empiezan a protestar. —Se encogió, como si esperara una reprimenda por parte de Galad.

Tal vez en otro tiempo sí lo habría hecho. Los Hijos debían soportar con orgullo sus aflicciones. Sin embargo, el recuerdo de las lecciones que Morgase le había enseñado, lecciones que él no había entendido siendo joven, ahora lo corroían. Dirigir con el ejemplo. Exigir fortaleza, sí, pero demostrarla antes.

Galad asintió con la cabeza. Se aproximaban a un claro.

—Reúne a los hombres. Hablaré con los que están delante. Que se tome nota de lo que digo y después se lea a los de atrás.

Bornhald parecía perplejo, pero hizo lo que le ordenaba. Galad se apartó a un lado y se encaramó a una pequeña elevación del terreno. Apoyó la mano en la empuñadura de la espada e inspeccionó a sus hombres mientras las compañías de la parte delantera se agrupaban alrededor de la prominencia. Los hombres —con los hombros hundidos, cabizbajos— tenían las piernas embarradas y espantaban los bitemes a manotazos o se rascaban el cuello.

—Somos Hijos de la Luz —empezó Galad cuando estuvieron situados en derredor—. Éstos son los días más aciagos de la humanidad. Tiempos en que la esperanza es frágil, tiempos en que reina la muerte. Pero en las noches más negras es cuando la luz brilla más gloriosa. Durante el día, una almenara resplandeciente puede parecer tenue. Pero, cuando todas las demás se apagan, ¡su luz es la que guía!

»Nosotros somos esa almenara. Este cenagal es un tormento, pero somos Hijos de la Luz y las aflicciones nos fortalecen. Nos persiguen para darnos caza quienes deberían amarnos, y otros caminos conducen a nuestra tumba. Así pues, seguiremos adelante. ¡Por aquellos a quienes debemos proteger, por la Última Batalla, por la Luz!

»¿Que dónde está la victoria en este pantano? En que me niego a sentir sus tarascadas, porque estoy orgulloso. Orgulloso de vivir en estos tiempos. Orgulloso de

ser parte de lo que va a acontecer. Todos los que vivieron en esta era antes que nosotros esperaban con ansia este momento, el momento en que los hombres serán puestos a prueba. Que otros lamenten su suerte. Que otros clamen y giman. Nosotros no lo haremos, porque afrontaremos esa prueba con la cabeza bien alta. ¡Y demostraremos que somos fuertes!

No era una arenga extensa; Galad no quería alargar más de la cuenta la permanencia de sus tropas en aquel terreno pantanoso. No obstante, pareció servir a su propósito. Los hombres enderezaron la espalda y asintieron con la cabeza. Los que habían sido elegidos para escribir el discurso, cumplieron su cometido y retrocedieron por la columna para leérselo a aquellos que no lo habían oído.

Cuando la tropa reanudó la marcha, los hombres ya no caminaban arrastrando los pies ni con los hombros hundidos. Galad permaneció en el montículo para que los Hijos lo vieran mientras avanzaban.

Cuando el último de los siete mil hombres hubo pasado ante él, Galad reparó en un grupo reducido que estaba parado al pie del montículo. El Hijo Jaret Byar se encontraba entre esos hombres, con la vista alzada hacia Galad y los hundidos ojos relucientes por el fervor. Era un tipo delgado, de rostro alargado.

—Hijo Byar —saludó Galad al llegar al final del declive.

—Ha sido un buen discurso, capitán general —afirmó Byar con actitud ferviente —. La Última Batalla, sí. Es el momento de ir a ella.

—Es nuestra carga. Y nuestro deber.

—Cabalgaremos hacia el norte —continuó Byar—. Los hombres se unirán a nosotros y nuestra tropa crecerá. Una fuerza enorme de Hijos, de decenas de miles. De cientos de miles. Arrollaremos a nuestro paso. Quizá reuniremos hombres suficientes para abatir la Torre Blanca y a las brujas, en lugar de tener que aliarnos con ellas.

Galad negó con la cabeza.

—Necesitaremos a las Aes Sedai, Hijo Byar. La Sombra contará con Señores del Espanto, Myrddraal, Renegados.

—Sí, supongo que sí. —Byar habló con renuencia.

En fin, no era la primera vez que se mostraba renuente con esa idea, pero al final la había aceptado.

—Recorremos un camino difícil, Byar, pero los Hijos de la Luz serán líderes en la Última Batalla.

Con sus fechorías, Valda había desprestigiado a toda la orden. Lo que es más, Galad estaba cada vez más convencido de que Asunawa había desempeñado un papel muy importante en el maltrato infligido a su madrastra y su posterior muerte. Lo cual significaba que el propio Inquisidor Supremo era corrupto.

Lo más importante en la vida era hacer lo correcto, y requería cualquier sacrificio.

En aquel momento, lo aconsejado era huir, porque era imposible hacer frente a Asunawa. El Inquisidor Supremo contaba con el respaldo de los seanchan. Además, la Última Batalla tenía prioridad.

Galad echó a andar a paso vivo y se dirigió a través del barro hacia la cabeza de la columna de Hijos. Viajaban ligeros, con pocos animales de carga; los hombres llevaban puesta la armadura, ya que sus monturas transportaban vituallas y suministros.

Al frente de la columna, Galad encontró a Trom hablando con unos cuantos hombres que llevaban gorros de cuero y capas marrones, en lugar de tabardos blancos y cascos de acero. Los exploradores. Trom le hizo una respetuosa inclinación de cabeza; el capitán era uno de los hombres que le merecían más confianza a Galad.

—Los exploradores dicen que hay un pequeño inconveniente más adelante, mi capitán general —informó Trom.

—¿Qué inconveniente?

—Será mejor que vengáis a verlo, señor —respondió el Hijo Barlett, jefe de los exploradores.

Galad le indicó con un gesto de la cabeza que lo condujera allí. Más adelante, el bosque pantanoso parecía que empezaba a ralear. Gracias a la Luz. ¿Significaría que estaban a punto de librarse de la ciénaga?

No. Al acercarse, Galad descubrió a varios exploradores que contemplaban otro bosque muerto. Casi todos los árboles del pantano tenían follaje, aunque reseco, pero los que había más adelante eran esqueléticos y cenicientos, como si hubiesen ardido. Había una especie de liquen o moho de un blanco enfermizo que lo cubría todo. Los troncos parecían consumidos.

La zona se encontraba inundada por la lenta corriente de un río poco profundo, pero ancho. El agua había engullido las bases de muchos árboles, y las ramas de ejemplares muertos asomaban en la sucia corriente pardusca semejando brazos que se alzaban al cielo.

—Hay cadáveres, capitán general —indicó uno de los exploradores mientras señalaba río arriba—. Bajan flotando. Parecen el vestigio de alguna batalla lejana.

—¿Aparece este río en nuestros mapas? —preguntó Galad.

Los exploradores, uno tras otro, negaron con la cabeza.

—¿Y se puede vadear? —planteó Galad, prietos los dientes.

—Es somero, capitán general, pero hemos de ir con cuidado para evitar hoyas ocultas.

Galad tiró de una rama larga del árbol que tenía al lado y la madera se partió con un fuerte chasquido.

—Iré delante. Y que los hombres se quiten capas y armaduras.

Las órdenes se transmitieron a lo largo de la columna. Galad se despojó de la

armadura, que envolvió en la capa, y se ató el bulto a la espalda. A continuación se recogió los pantalones todo lo posible, hecho lo cual bajó por el suave declive de la orilla y empezó a abrirse paso a través de la turbia corriente. Se puso en tensión al adentrarse en la helada escorrentía de primavera. Las botas se le hundieron varias pulgadas en el arenoso cauce, se le llenaron de agua y levantaron remolinos de barro. Detrás de él, *Tenaz* entró en el río con un ruidoso chapoteo.

El agua sólo le llegaba a las rodillas a Galad y vadear la corriente no era difícil, ya que se valía de la rama cortada para encontrar el mejor sitio donde pisar. Los esqueléticos árboles muertos que asomaban a la superficie resultaban inquietantes. No se apreciaban signos de podredumbre en ellos y, ahora que se encontraba más cerca, Galad alcanzó a distinguir una pelusilla gris cenicienta entre el liquen que cubría los troncos y las ramas.

El chapoteo de los Hijos que iban detrás de él se hizo más ruidoso a medida que entraban más en la ancha corriente. Cerca, unos bultos hinchados flotaban río abajo hasta atascarse en las piedras. Algunos eran cadáveres de hombres, pero muchos otros eran más grandes, y comprendió que eran mulas al fijarse en un hocico que asomaba en el agua.

«Son docenas», se dijo. Hombres y animales debían de llevar muertos cierto tiempo, a juzgar por la hinchazón.

Lo más probable era que hubiera atacado a algún pueblo situado corriente arriba para apoderarse de la comida. Aquél no era el primer grupo de cadáveres que encontraban.

Galad llegó a la otra orilla del río y subió el suave declive. Mientras se desenrollaba las perneras del pantalón y se ponía la armadura y la capa, sintió dolor en el hombro a causa de los golpes que Valda le había infligido. También notaba punzadas en el muslo.

Giró y continuó por una vereda abierta por animales de caza que llevaba hacia el norte, encabezando la marcha de los Hijos que iban llegando a la orilla. Ansiaba subir a lomos de *Tenaz*, pero no se atrevió. Aunque hubieran salido del río, el terreno seguía siendo blando, húmedo y accidentado, repleto de invisibles hoyos subterráneos socavados por el agua. Si montaba, no sería de extrañar que *Tenaz* acabara con una pata quebrada, y él con la crisma rota.

Así pues, sudorosos a causa del terrible calor, sus hombres y él reanudaron la caminata rodeados por aquellos árboles grises. Oh, qué ganas tenía de darse un buen baño.

Un rato después, Trom se acercó a él corriendo.

—Todos los hombres han cruzado sin incidentes —informó. Alzó la vista al cielo —. Malditas nubes. Así no hay forma de calcular qué hora es.

—Han pasado cuatro horas desde mediodía.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y no íbamos a hacer un alto a mediodía para discutir el curso de acción que seguiríamos?

Esa reunión tendría que haberse celebrado después de haber salido del pantano.

—De momento, tenemos pocas opciones. Conduciré a los hombres hacia el norte, a Andor —contestó Galad.

—Allí los Hijos hemos encontrado... hostilidad.

—Poseo unas tierras en una zona aislada, al noroeste. Allí no se me rechazará, sea quien sea la persona que ocupe el trono.

Quisiera la Luz que fuera Elayne la que ocupaba el solio. Quisiera la Luz que hubiera escapado de los enredos de las Aes Sedai, aunque Galad se temía lo peor. Había muchos que la utilizarían como rehén, al'Thor el primero. Su hermanastra era tozuda y eso hacía fácil manipularla.

—Necesitaremos provisiones. Avituallarse es difícil, y más en pueblos que están deshabitados —comentó Trom.

Galad asintió con la cabeza. Era una preocupación muy justificada.

—Pero es un buen plan —dijo Trom, que después bajó la voz para añadir—: Confieso que me preocupaba que no quisieras aceptar el liderazgo, Damodred.

—No podía negarme. Abandonar ahora a los Hijos, después de haber matado a su cabecilla, no sería justo.

—Para ti es tan sencillo como eso, ¿verdad? —dijo Trom, sonriendo.

—Debería serlo para cualquiera. —Galad se sintió en la obligación de ocupar el puesto que le había sido entregado. No tenía otra opción—. La Última Batalla está en puertas y los Hijos de la Luz lucharán. Aunque para ello tengamos que aceptar alianzas con el mismísimo Dragón Renacido, lucharemos.

Durante un tiempo, Galad no había estado seguro respecto a al'Thor. Ni que decir tiene que el Dragón Renacido habría de combatir en la Última Batalla, mas, ese hombre, al'Thor, ¿era un títere de la Torre Blanca en lugar del Dragón Renacido? El cielo estaba demasiado oscuro y la tierra demasiado quebrantada. Al'Thor tenía que ser el Dragón Renacido. Lo cual, por supuesto, no quería decir que no fuera asimismo un títere de las Aes Sedai.

Poco después de dejar atrás los esqueléticos árboles grises, llegaron a otros que eran más normales. Aun así, éstos tenían las hojas amarillentas y demasiadas ramas muertas, pero eso era mejor que la pelusilla blanca.

Alrededor de una hora más tarde, Galad vio acercarse de nuevo al Hijo Barlett. El explorador era un hombre delgado, con cicatrices en una mejilla. Galad alzó una mano cuando el hombre estuvo cerca.

—¿Qué novedades hay?

Barlett saludó llevándose la diestra al pecho.

—El pantano se seca y los árboles ralean a una milla más o menos, mi capitán general. El campo que se extiende más allá es un terreno abierto y despoblado, con el camino hacia el norte despejado.

«¡Gracias a la Luz!», pensó Galad. Hizo un gesto de asentimiento a Barlett, y el hombre se apresuró a volver sobre sus pasos entre los árboles.

Galad echó un vistazo hacia atrás, a la columna de hombres. Estaban embarrados, sudorosos y fatigados. Pese a ello, ofrecían una estampa imponente, de nuevo con las armaduras puestas, el ademán decidido. Lo habían seguido a través de ese agujero que era el pantanal. Eran buenos hombres.

—Haz correr la voz a los otros capitanes, Trom —ordenó—. Que les digan a sus tropas que habremos salido de este sitio en menos de una hora.

El hombre mayor sonrió con un gesto que denotaba tanto alivio como el que Galad sentía. Éste tuvo que apretar los dientes para aguantar el dolor de la pierna, pero continuó vereda adelante. La herida estaba bien cerrada y no había peligro de que empeorara. Era dolorosa, pero soportable.

¡Por fin libres de aquel cenagal! Tendría que planear el siguiente paso con cuidado para mantenerse lejos de ciudades, calzadas principales o predios pertenecientes a nobles influyentes. Repasó mentalmente los mapas, unos mapas que tenía aprendidos de memoria desde antes de cumplir los diez años.

Estaba sumido en esas reflexiones cuando el dosel de hojas amarillentas aclaró, dejando pasar entre las ramas un poco de luz que llegaba del cielo nublado. Enseguida vio a Barlett esperando al borde de la línea de árboles. El bosque acababa de repente, casi con tanta precisión como un trazo dibujado en un mapa.

Galad soltó un suspiro de alivio, valorando la idea de encontrarse en terreno abierto. Salió de los árboles. Y sólo en ese momento una enorme fuerza de tropas empezó a aparecer por encima de una elevación que se alzaba justo a su derecha.

Sonó el tintineo de armaduras y el relincho de caballos cuando miles de soldados se alinearon en lo alto de la cresta. Algunos eran Hijos, con sus petos, cotas y yelmos cónicos bruñidos a la perfección. Los prístinos tabardos y las capas relucían, la insignia del sol llameante brillaba en los torsos, las lanzas se alzaban en hileras. Los más numerosos eran soldados de infantería que no vestían el blanco de los Hijos, sino sencilla ropa de cuero marrón. Amadicienses proporcionados por los seanchan, casi con toda seguridad. Muchos tenían arcos.

Galad reculó a trompicones mientras llevaba la mano a la espada, pero supo de inmediato que estaba atrapado. No pocos Hijos lucían en el uniforme el rojo báculo de pastor de la Mano de la Luz: interrogadores. Si los Hijos corrientes eran una llama para destruir el mal, los interrogadores eran una hoguera rugiente.

Galad hizo un rápido cálculo. Tres o cuatro mil Hijos y, al menos, entre seis y

ocho mil soldados de infantería, la mitad de ellos con arcos. Una fuerza de diez mil hombres descansados. Se le cayó el alma a los pies.

Detrás de Galad, Trom, Bornhald y Byar salieron con rapidez del bosque junto con un grupo de Hijos. Trom masculló una maldición entre dientes.

—¿Así que eres un traidor? —increpó Galad, volviéndose hacia el explorador, Barlett.

—Vos sois el traidor, Hijo Damodred —replicó el explorador con un gesto duro en el semblante.

—Sí, supongo que podría entenderse así.

La marcha a través del pantano se la habían sugerido sus exploradores. Ahora lo entendía Galad; había sido una táctica para retrasarlos, una forma de que Asunawa se le adelantara. La marcha también había dejado agotados a sus hombres, en tanto que la fuerza de Asunawa estaba descansada y lista para la batalla.

Una espada chirrió al deslizarse en la vaina. Sin volverse, Galad alzó una mano.

—Paz, Hijo Byar.

Tenía que ser él quien hubiese desenvainado el arma; para descargarla contra Barlett, casi con seguridad. Tal vez todavía podía salvarse algo en este desastre. Galad tomó una decisión con rapidez.

—Hijo Byar e Hijo Bornhald, quedaos conmigo. Trom, tú y los otros capitanes haced que los hombres salgan en filas a campo abierto.

Un grupo numeroso de hombres del frente de la fuerza de Asunawa había emprendido galope, colina abajo. Muchos lucían el báculo de pastor de los interrogadores. Podrían haber atacado en la emboscada y matar al grupo de Galad con rapidez. Sin embargo, enviaban un grupo para parlamentar. Era una buena señal.

Reprimiendo un gesto de dolor por la pierna herida, Galad montó. Byar y Bornhald hicieron lo propio y lo siguieron hacia campo abierto, con el ruido de los cascos ahogado por la espesa y amarillenta hierba. Asunawa en persona se encontraba en el grupo que se aproximaba. Tenía las cejas espesas y canosas, y estaba tan delgado que parecía un muñeco hecho con palos y tela atirantada sobre ellos para imitar piel.

Asunawa no sonreía. Rara vez lo hacía.

Galad frenó el caballo delante el Inquisidor Supremo. Asunawa se encontraba rodeado por una reducida guardia de sus interrogadores, pero también lo acompañaban cinco capitanes, con todos los cuales Galad había tenido trato o a cuyas órdenes había servido durante el corto tiempo que llevaba en la asociación de los Hijos.

Asunawa se inclinó hacia adelante en la silla de montar y entrecerró los ojos hundidos.

—Tus rebeldes forman en filas. Diles que se retiren u ordenaré a mis arqueros que

disparen.

—Imagino que debes conocer las reglas de un combate formal. ¿Dispararás flechas sobre hombres mientras forman en filas? ¿Dónde dejas el honor? —instó Galad.

—Los Amigos Siniestros no merecen trato de honor. Ni piedad —barbotó el Inquisidor Supremo.

—¿Así que nos acusas de Amigos Siniestros? —preguntó Galad mientras hacía girar un poco a su montura—. ¿A la totalidad de los siete mil hombres que estaban a las órdenes de Valda? ¿Hombres junto a los que han servido, comido y combatido hombro con hombro tus soldados? ¿Hombres por los que velabas tú mismo hace menos de dos meses?

Asunawa vaciló. Tachar de Amigos Siniestros a siete mil hombres sería ridículo, significaría que, de los Hijos que quedaban, dos de cada tres se habían pasado a la Sombra.

—No. Quizá sólo los han... guiado mal. Es posible que incluso un buen hombre se desvíe a caminos tenebrosos si sus cabecillas son Amigos Siniestros.

—Yo no soy Amigo Siniestro. —Galad le sostuvo la mirada al Inquisidor Supremo.

—Sométete a mi interrogatorio y demuéstralo.

—El capitán general no se somete a nadie. En nombre de la Luz, te ordeno que capitules.

Asunawa se echó a reír.

—¡Hijo, te tenemos con un cuchillo al cuello! ¡Esta es tu oportunidad de rendirte!

—Golever —dijo Galad, dirigiéndose al capitán situado a la izquierda de Asunawa; era un hombre larguirucho, barbudo, un tipo duro donde los hubiera, pero justo—, dime, ¿los Hijos de la Luz se rinden?

—No lo hacemos —respondió el capitán al tiempo que negaba con la cabeza—. La Luz nos hará salir victoriosos.

—¿Y si nos enfrentamos a un enemigo en clara desventaja?

—Seguimos luchando.

—¿Aunque estemos cansados y doloridos?

—La Luz nos protegerá. Y, si ha llegado nuestra hora, que así sea. Llevémonos por delante a tantos enemigos como sea posible —dijo Golever.

Galad se volvió de nuevo hacia Asunawa.

—Verás que me encuentro en un dilema. Luchar es permitir que nos taches de Amigos Siniestros, pero rendirnos es faltar a nuestros juramentos. Por mi honor como capitán general, me es imposible aceptar cualquiera de esas dos opciones.

La expresión del Inquisidor Supremo se tornó sombría.

—Tú no eres el capitán general. Él está muerto.

—A mis manos —ratificó Galad mientras desenvainaba la espada y la sostenía ante sí de forma que las garzas brillaron con la luz—. Y empuñó su espada. ¿Niegas que tú mismo presenciaste mi enfrentamiento con Valda en justo combate, tal como lo prescribe la ley?

—Según la ley, quizá, pero yo no llamaría a eso un combate justo. Recurriste a los poderes de la Sombra; te vi envuelto en oscuridad a pesar de que lucía el sol, y te vi marcado en la frente el Colmillo del Dragón. Valda no tenía la menor oportunidad.

—Dime, Harnesh, ¿la Sombra es más fuerte que la Luz? —preguntó Galad, que se volvió hacia el capitán situado a la derecha de Asunawa.

Era un hombre bajo y calvo al que le faltaba una oreja, perdida durante un enfrentamiento con Juramentados del Dragón.

—Por supuesto que no —respondió el hombre, que escupió hacia un lado.

—Si la causa del capitán general hubiera sido honorable, ¿habría salido derrotado por mí en un combate teniendo la Luz por testigo? Si yo fuera un Amigo Siniestro, ¿habría estado a mi alcance matar al mismísimo capitán general?

Harnesh no respondió, pero era tan evidente lo que opinaba que fue como si Galad pudiera leerle el pensamiento. La Sombra podría mostrarse fuerte en ocasiones, pero la Luz siempre ponía al descubierto sus artimañas y las destruía. Sí, era posible que todo un capitán general cayera a manos de un Amigo Siniestro; eso era factible que le ocurriera a cualquier hombre. Pero ¿en un duelo delante de otros Hijos? ¿En un duelo de honor, con la Luz como testigo?

—A veces, la Sombra despliega astucia y fuerza, y mueren hombres buenos —interrumpió Asunawa antes de que Galad tuviera ocasión de hacer más preguntas.

—Todos sabéis lo que hizo Valda. Mi madre está muerta. ¿Alguna objeción a mi derecho a desafiarlo?

—¡Como Amigo Siniestro que eres no tienes derechos! No parlamentaré más contigo, asesino.

Asunawa agitó una mano y varios de sus interrogadores desenvainaron las espadas. De inmediato, los compañeros de Galad hicieron lo mismo. A su espalda, el joven capitán general oyó a sus cansadas tropas cerrar filas con premura.

—¿Qué será de nosotros, Asunawa, si luchan Hijos contra Hijos? No me rendiré y tampoco te atacaré, pero quizá podríamos reunificarnos. No como enemigos, sino como hermanos que han estado separados durante un tiempo —dijo en voz queda Galad.

—Jamás me asociaré con Amigos Siniestros —fue la respuesta del Inquisidor Supremo, aunque sus palabras sonaron indecisas.

Mientras observaba a los hombres de Galad, Asunawa comprendió que ganaría la batalla, pero si los hombres de Galad se mantenían firmes, la victoria sería muy costosa en vidas. Ambos bandos perderían miles de hombres.

—Me rendiré, con ciertas condiciones —manifestó Galad.

—¡No! —exclamó Bornhald tras él, pero Galad levantó una mano y lo hizo callar.

—¿Qué condiciones? —inquirió Asunawa.

—Jurarás por la Luz, y con los capitanes aquí presentes como testigos, que no harás daño, no interrogarás ni condenarás de otra manera a los hombres que me han seguido. Sólo hicieron lo que creían que era correcto.

Asunawa entrecerró los ojos y apretó los labios hasta reducirlos a una fina línea.

—Eso incluye a mis compañeros, aquí presentes —agregó Galad, mientras señalaba con la cabeza a Byar y a Bornhald—. Todos los hombres, Asunawa. Ninguno de ellos ha de ser sometido a interrogatorio.

—¡No puedes poner semejantes cortapisas a la Mano de la Luz! ¡Eso les daría carta blanca para buscar a la Sombra!

—¿Quieres decir que sólo es el miedo al interrogatorio lo que nos mantiene en la Luz, Asunawa? ¿Los Hijos no son valerosos y fieles?

Asunawa se quedó callado y Galad, sintiendo el peso del liderazgo, cerró los ojos. Cada instante que el Inquisidor Supremo se quedara sin saber qué decir, aumentaba las posibilidades de negociación en favor de sus hombres. Abrió los ojos.

—La Última Batalla se aproxima, Asunawa. No hay tiempo para andar con altercados. El Dragón Renacido camina por el mundo.

—¡Herejía! —clamó Asunawa.

—Sí. Y también verdad —apuntó Galad.

Asunawa rechinó los dientes, aunque pareció tomar en consideración la oferta.

—Galad, no lo hagas, podemos luchar —pidió en voz baja Bornhald—. ¡La Luz nos protegerá!

—Si luchamos, mataremos a hombres buenos, Hijo Bornhald —respondió sin volverse a mirarlo—. Cada golpe de nuestras espadas será un golpe a favor del Oscuro. Los Hijos son la única institución fiable que le queda al mundo. Se nos necesita. Si es mi vida lo que se exige a cambio de la unidad, que así sea. Creo que tú harías lo mismo.

Galad buscó los ojos de Asunawa y le sostuvo la mirada. El Inquisidor Supremo parecía insatisfecho y vaciló un instante antes de hablar:

—Prendedlo. Informad a las tropas que termina el estado de alerta y que he tomado bajo mi custodia al falso capitán general para interrogarlo a fin de determinar la magnitud de sus delitos. Corred también la voz de que quienes lo han seguido no serán castigados ni interrogados.

Después, Asunawa hizo volver grupas a su caballo y se alejó.

Galad dio vuelta a la espada y se la entregó a Bornhald.

—Regresad con mis hombres y contadles lo que ha ocurrido aquí. Y no los dejéis luchar ni que intenten rescatarme. Es una orden.

Bornhald lo miró a los ojos y después, despacio, tomó la espada. Por último, saludó.

—Sí, milord capitán general.

Tan pronto como dieron media vuelta para alejarse, unas manos bruscas asieron a Galad y lo desmontaron con violencia de *Tenaz*. Soltó un gemido ahogado al golpearse en el suelo con el hombro herido, lo que le ocasionó una punzada en el torso. Trató de incorporarse, pero varios interrogadores desmontaron y volvieron a derribarlo.

Uno lo obligó a seguir tendido en el suelo pisándolo en la espalda, y Galad oyó el chirrido metálico que hizo un cuchillo al salir de la vaina. Le arrancaron la armadura y la ropa cortándolas.

—No te cubrirás con el uniforme de un Hijo de la Luz, Amigo Siniestro —le dijo al oído un interrogador.

—No soy un Amigo Siniestro —refutó Galad con la cara pegada contra la hierba —. Jamás diré tal mentira. Yo camino en la Luz.

Esa afirmación le valió una patada en el costado, a la que siguió otra, y una tercera. Galad se hizo un ovillo mientras gemía, pero siguieron cayéndole golpes.

Por fin, se sumió en la inconsciencia.

El ser que en otro tiempo había sido Padan Fain caminó colina abajo. Los matojos parduscos crecían en rodales irregulares, como el vello en las mejillas de un mendigo.

El cielo estaba negro. Una tempestad. Eso le gustaba, aunque detestaba al causante.

Odio. Era la prueba de que seguía vivo, la emoción que le quedaba. La única. No podía quedar nada más.

Consumidor. Estimulante. Hermoso. Cálido. Violento. Odio. Maravilloso odio. Era la tormenta la que le daba fuerzas, el propósito que lo motivaba. Al'Thor moriría. A sus manos. Y después, quizá, el Oscuro. Maravilloso.

El ser que había sido Padan Fain toqueteó su hermosa daga y tanteó los relieves del labrado en la exquisita empuñadura dorada. Un enorme rubí remataba el pomo; llevaba el arma desenvainada en la mano derecha, sujeta de manera que la hoja se extendía entre los dedos pulgar e índice. Los lados de esos dedos tenían docenas de cortes.

La sangre goteaba por la punta de la hoja y caía en los matojos. Puntos carmesí para animarlo. Abajo, rojo; arriba, negro. Perfecto. ¿Sería su odio lo que causaba esa tormenta? Tenía que serlo. Sí.

Las gotas de sangre caían al lado de las manchas oscuras que aparecían en hojas muertas y tallos a medida que avanzaba más y más al norte, adentrándose en la Llaga.

Estaba loco. Eso era una buena cosa. Cuando uno aceptaba la locura dentro de sí,

la abrazaba y la bebía como si fuera luz del sol o agua o el propio aire, entonces se convertía en parte de uno. Como una mano o un ojo. Uno veía gracias a la locura. Uno asía cosas con la locura. Era maravilloso. Liberador.

Por fin era libre.

El ser que había sido Mordeth llegó al pie de la colina y no volvió la cabeza para mirar la masa grande y purpúrea que había dejado en lo alto del cerro. Resultaba muy complicado matar a los Gusanos como era debido, pero algunas cosas había que hacerlas de forma correcta. Era el principio fundamental del asunto.

Saliendo de la tierra, arrastrándose, la niebla había empezado a seguirlo. ¿Esa niebla era producto de su locura o lo era de su odio? Le resultaba muy familiar. Se le enroscaba alrededor de los tobillos y le lamía los talones.

Algo se asomó por detrás de otra colina cercana y después reculó con rapidez. Los Gusanos morían haciendo mucho ruido. Los Gusanos lo hacían todo con mucho ruido. Una manada de Gusanos era capaz de destruir un ejército entero. Cuando uno los oía, lo mejor era marcharse por el lado contrario, deprisa. Claro que podría ser beneficioso enviar exploradores a fin de observar la dirección que llevaba la manada para no seguir adelante y tropezarse otra vez con ellos en otra parte.

Así pues, el ser que había sido Padan Fain no se sorprendió cuando, al girar por la ladera de la colina, se topó con un nervioso grupo de trollocs dirigidos por un Myrddraal.

«Mis amigos», se dijo con una sonrisa. Cuánto tiempo hacía.

Tuvieron que pasar unos segundos hasta que sus cerebros bestiales llegaron a la conclusión obvia, aunque errónea: si un hombre deambulaba por allí, entonces los Gusanos no podían andar cerca. Habrían olido su sangre y habrían ido por él. A los Gusanos les gustaban más los humanos que los trollocs. Lo cual tenía sentido. El ser que había sido Mordeth había probado la carne de ambos, y la de los trollocs era poco recomendable.

Los trollocs se abalanzaron hacia él con precipitación en una variopinta confusión de plumas, picos, garras, dientes, colmillos. El ser que había sido Fain se quedó inmóvil, con la niebla lamiéndole los pies descalzos. ¡Qué maravilla! Al final del grupo, el Myrddraal, con la mirada ciega fija en él, vaciló. Quizá percibió que algo iba muy, muy mal. Y asimismo bien, por supuesto. No podía haber una cosa sin la otra. Lo contrario no tendría sentido.

El ser que había sido Mordeth —pronto necesitaría un nombre nuevo— sonrió de oreja a oreja.

El Myrddraal giró sobre sus talones y echó a correr.

La niebla atacó.

Se desplazó por encima de los trollocs con rápidas volutas, como los tentáculos de un leviatán del Océano Aricio. Prolongaciones brumosas se proyectaron con

violencia a través de los torsos de los trollocs. Un zarcillo largo chasqueó por encima de las cabezas y a continuación se disparó hacia adelante en un manchón borroso que alcanzó al Fado en el cuello.

Los trollocs chillaron y se desplomaron en el suelo, sacudidos por espasmos. La pelambrera se les desprendió en manojos, y la piel empezó a hervirles. Ampollas y excrecencias que, cuando se desprendían del pellejo de los Engendros de la Sombra, dejaban pústulas que semejaban cráteres, cual burbujas en la superficie de un metal al rojo vivo que se enfría con demasiada rapidez.

El ser que había sido Padan Fain abrió la boca en una mueca de gozo, alzó la cabeza hacia al tumultuoso cielo negro con los ojos cerrados y entreabiertos los labios para disfrutar del festín. Cuando hubo pasado, suspiró y asió la daga con más fuerza, de forma que se cortó la carne.

Rojo abajo, negro arriba. Rojo y negro, rojo y negro, cuánto rojo y cuánto negro. Maravilloso.

Siguió adelante, a través de la Llaga.

Detrás de él, los trollocs contagiados se levantaron y se pusieron en movimiento, con la baba colgándoles de las fauces. Ahora tenían los ojos apagados, muertos; pero, cuando él quisiera, responderían con una frenética avidez de batallar que superaría cuanto habían conocido en vida.

Dejó atrás al Myrddraal. Ése no se levantaría, como ocurría según los rumores. El contacto del ser que había sido Padan Fain provocaba la muerte instantánea a uno de su especie. Una pena. Tenían ciertos recursos que, de haber ocurrido de otro modo, él habría sabido aprovechar bien.

A lo mejor debería conseguir unos guantes. Pero, si se los ponía, sería imposible cortarse la mano. ¡Qué problema!

Bah, qué más daba. Adelante. Había llegado el momento de matar a al'Thor.

Lo entristecía que la caza tuviera que terminar. Aunque ya no había razón para seguir con ella. Uno no cazaba algo cuando sabía con exactitud dónde iba a estar. Uno se limitaba a aparecer para encontrarse con la presa. Como con un viejo amigo. Un apreciado, amado, viejo amigo al que uno iba a apuñalar en un ojo, a sacarle las tripas y consumirlas a puñados al tiempo que bebía su sangre. Ése era el modo apropiado de tratar a los amigos. Era un honor.

Malenarin Rai rebuscó entre los informes de suministros. Esa maldita contraventana que había detrás de su escritorio chascó y volvió a abrirse dejando entrar el calor húmedo de la Llaga.

A pesar de llevar diez años prestando servicio como comandante de Torre Heeth, no se había acostumbrado al calor de las tierras altas. Ni a la humedad. A menudo, el aire bochornoso llegaba cargado de olores putrefactos.

El viento silbante sacudió la hoja de madera. El comandante se levantó, se acercó a la contraventana, la cerró y enrolló un trozo de bramante alrededor del tirador para mantenerla atrancada.

Regresó al escritorio y echó un vistazo a la lista de los soldados recién llegados. Cada nombre iba acompañado de una especialidad; allí arriba, todos los soldados tenían que ocuparse de dos o más tareas. Habilidad para vendar heridas. Piernas rápidas para llevar mensajes. Buen ojo con el arco. La habilidad de hacer que las gachas de siempre tuvieran un gusto nuevo. Malenarin siempre pedía hombres con especialidad en ese último grupo. Cualquier cocinero capaz de lograr que los soldados estuvieran deseosos de ir al comedor valía su peso en oro.

El comandante apartó a un lado el informe actual y lo sujetó con el cuerno de trolloc relleno de plomo que utilizaba de pisapapeles. La siguiente hoja del montón era una carta de un hombre llamado Barriga, un mercader que conducía su caravana hacia la torre para negociar. Malenarin sonrió; ante todo era un soldado, pero lucía a través del pecho las tres cadenas plateadas que lo señalaban como un maestro mercader. Si bien su torre recibía gran parte de los suministros directamente de la reina, a ningún comandante kandorés se le negaba la oportunidad de negociar con mercaderes.

Si tenía suerte, conseguiría emborrachar a ese comerciante forastero en la mesa de negociaciones. Malenarin había obligado a más de un mercader a prestar un año de servicio militar como castigo por entrar en tratos que no podía cumplir. A menudo, un año de entrenamiento con las fuerzas de la reina les venía muy bien a los orondos mercaderes extranjeros.

Dejó la hoja debajo del cuerno de trolloc, y vaciló al ver el último tema del que tenía que ocuparse, al final del montón de papeles. Era un recordatorio de su mayordomo. A Keemlin, su hijo mayor, le faltaba poco para cumplir los catorce años. ¡Como si a Malenarin se le fuera a olvidar tal cosa! No necesitaba un recordatorio.

Sonrió y plantó el cuerno de trolloc encima de la nota, no fuera a ocurrir que la contraventana se abriera de nuevo en cualquier momento; él en persona había matado al trolloc al que había pertenecido el cuerno. A continuación se dirigió hacia un lado del despacho y abrió el maltrecho baúl de roble. Entre otros efectos personales que guardaba en él había una espada envuelta en tela, con la vaina marrón conservada en buen estado y bien impregnada de sebo, aunque había perdido algo de color con el paso del tiempo. Era la espada de su padre.

Dentro de tres días se la entregaría a Keemlin. Un muchacho se convertía en hombre al cumplir los catorce años, el día en que se le daba su primera espada y se hacía responsable de sí mismo. Keemlin se había esforzado mucho para prepararse bien siguiendo las enseñanzas de los instructores más severos que Malenarin logró conseguir. Su hijo se convertiría en un hombre dentro de poco. ¡Qué deprisa pasaban

los años!

Exhalando un suspiro enorgullecido, Malenarin cerró el baúl, se indcorporó y salió del despacho para hacer su ronda diaria. La torre, un bastión defensivo que vigilaba la Llaga, albergaba doscientos cincuenta soldados.

Tener una responsabilidad era tener orgullo, del mismo modo que soportar una carga significaba acrecentar la fortaleza. Vigilar la Llaga era su responsabilidad y su fortaleza; en la actualidad eso había pasado a ser aún más importante, con la extraña tormenta que amenazaba por el norte y habiendo partido la reina y la mayoría del ejército kandorés en busca del Dragón Renacido. Cerró la puerta del despacho, tras lo cual tiró del picaporte oculto que la atrancaba por fuera. Era una de varias puertas semejantes que había en el vestíbulo; cualquier enemigo que entrara al asalto en la torre no sabría cuál de ellas conducía a la escalera que subía a los otros niveles. De esta forma, el pequeño despacho tenía una doble función al ser también parte de las defensas de la torre.

Se dirigió hacia la escalera. Estos niveles altos no eran accesibles desde la planta baja; los cuarenta pies de la planta baja de la torre constituían una trampa. El enemigo que entrara por abajo y subiera los tres primeros niveles de los alojamientos de la guarnición descubriría que no había forma de subir al cuarto nivel. El único camino para llegar allí era subir por una estrecha rampa plegable que había en el exterior de la torre, y que llevaba del segundo nivel hasta el cuarto. Salir a esa rampa dejaba a los atacantes expuestos a las flechas que les dispararían desde arriba. Entonces, una vez que algunos de ellos estuvieran arriba, pero no los demás, los kandoreses plegarían la rampa y así dividirían la fuerza enemiga, de forma que los que habían subido acabarían muertos mientras intentaban encontrar las escaleras interiores.

Malenarin subió a buen paso. En los lados de los escalones, a intervalos, se abrían aspilleras que se asomaban a los tramos inferiores para que los arqueros pudieran disparar a los invasores. Cuando Malenarin se encontraba más o menos a mitad de camino del nivel superior, oyó unos pasos que bajaban con precipitación. Unos segundos después, Jargen, el sargento de guardia, aparecía por el recodo del hueco de escalera. Como la mayoría de los kandoreses, Jargen lucía la barba partida en dos; el negro cabello estaba salpicado de hebras grises.

Jargen se había unido a la Guardia de Vigilancia de la Llaga al día siguiente de su decimocuarto cumpleaños. En el cordón que llevaba atado alrededor del hombro del uniforme marrón tenía un nudo por cada trolloc que había matado. En la actualidad, debía de haber unos cincuenta nudos en ese cordón.

Jargen saludó llevándose el brazo al pecho y después bajó la mano para ponerla en la espada como señal de respeto a su comandante. En muchos países, asir el arma de ese modo sería un insulto, pero los sureños tenían fama de irascibles y suspicaces. ¿Es que no se daban cuenta de que era un honor asir la espada para dar a entender que

uno consideraba a su comandante un oponente digno?

—Milord —saludó con voz áspera el sargento—. Un destello de aviso de Torre Rena.

—¿Qué? —exclamó Malenarin.

Los dos hombres subieron al trote los escalones.

—Fue muy clara, señor. Yo mismo la vi, seguro. Sólo un destello, pero lo hubo.

—¿Enviaron una rectificación?

—Puede que lo hayan hecho a estas alturas, pero antes quise ir a buscaros para poneros sobre aviso.

Si hubiese habido otras noticias, Jargen las habría compartido, así que Malenarin no malgastó saliva en hacerle más preguntas. Poco después llegaban a lo alto de la torre, donde había un gran mecanismo de espejos y lámparas. Con aquel mecanismo, la torre podía enviar mensajes al este o al oeste —donde otras torres se alineaban a lo largo de la Llaga— o hacia el sur, a lo largo de otra línea de torres que llegaba hasta el palacio Aesdaishar, en Chachin.

Las vastas y onduladas tierras altas kandoresas se extendían a partir de su torre. Algunas de las colinas meridionales todavía aparecían cubiertas en parte por la tenue bruma matinal. Esa área hacia el sur, libre del calor anormal de las tierras altas, no tardaría en verdear, y los pastores kandoreses subirían a las praderías altas para que pacieran sus ovejas.

Hacia el norte estaba la Llaga. Malenarin había leído cosas de otros tiempos en que la Llaga casi no se divisaba desde esta torre. Pero ahora llegaba cerca de la base de la construcción de piedra. Torre Rena se encontraba también al noroeste. Su comandante, lord Niach, de la casa Okatomo, era un primo lejano, además de un buen amigo. No habría lanzado el destello de aviso sin un buen motivo, y también habría mandado una anulación si hubiese ocurrido de forma accidental.

—¿Alguna novedad? —inquirió el comandante.

Los soldados de guardia negaron con la cabeza. Jargen dio golpecitos con el pie en el suelo, y Malenarin se cruzó de brazos a la espera de que llegara una rectificación.

No llegó nada. Torre Rena se encontraba más al norte que Torre Heeth, dentro de la Llaga en la actualidad. Por lo común, su posición en la Llaga no tenía mayor importancia. Hasta los seres más temibles de la Llaga sabían que lo mejor era no atacar una torre kandoresa.

La anulación no llegó. No hubo más destellos.

—Manda un mensaje a Rena —ordenó Malenarin—. Pregunta si el destello de aviso ha sido un error. Después, pregunta a Torre Farmay si allí han notado algo fuera de lo normal.

Jargen puso en marcha a los hombres, pero lanzó una mirada circunspecta a

Malenarin, como si preguntara: «¿Cree que no lo he hecho ya?»

Lo cual significaba que ya se habían enviado mensajes, pero sin que se hubiera recibido respuesta alguna. El viento sopló en lo alto de la torre; chirrió el acero del mecanismo de espejos mientras los hombres que lo manejaban enviaban otra serie de destellos. Ese viento era húmedo. Y demasiado caliente. Malenarin miró hacia el cielo, a la misma tormenta oscura que rebullía y se agitaba. Era como si se hubiera establecido allí de forma permanente. Cosa que despertaba una profunda incomodidad en Malenarin.

—Enviad un mensaje a las torres de tierra adentro —ordenó el comandante—. Informad de lo que hemos visto; decidles que estén preparados por si surgen problemas.

Los hombres se pusieron a ello.

—Sargento, ¿quién es el siguiente mensajero en la lista? —preguntó Malenarin.

Las dotaciones de las torres incluían un grupo pequeño de muchachos que eran excelentes jinetes. De peso ligero, podían viajar en caballos rápidos si un comandante decidía no hacer uso de los espejos. Los destellos luminosos eran veloces, pero cabía la posibilidad de que los viera el enemigo. Además, si la línea de comunicación entre las torres estaba cortada, o si el mecanismo de alguna se había estropeado, les haría falta contar con otro medio de llevar noticias a la capital.

—El siguiente en el turno de servicio... —Jargen repasó la lista clavada a un lado de la puerta que daba al tejado—. Sería Keemlin, milord.

Keemlin. Su hijo.

Malenarin echó una ojeada hacia el noroeste, en dirección a la torre silenciosa que había lanzado un destello tan ominoso.

—Informadme si llega alguna noticia, la menor señal de respuesta de las otras torres —ordenó el comandante a los soldados—. Jargen, acompáñame.

Los dos hombres bajaron la escalera deprisa.

—Hemos de enviar un mensajero al sur —empezó Malenarin, que vaciló acto seguido—. No. Tenemos que enviar varios mensajeros. Hay que doblar los servicios, por si acaso las torres caen. —Reanudó la marcha escaleras abajo.

Los dos hombres salieron del hueco de escalera y entraron en el despacho de Malenarin. Este tomó la mejor pluma de las que había en la estantería de la pared. La maldita contraventana volvía a mecerse y a matraquear; los papeles del escritorio crujieron al sacar una hoja en blanco.

—Rena y Far may no responden a las señales de espejos. Quizá los han invadido o tienen serias dificultades que les impiden contestar. Daos por informados. Heeth presentará resistencia.

Dobló la hoja y se la tendió a Jargen. El sargento la tomó en la curtida mano, la leyó y después preguntó:

—¿Dos copias, pues?

—Tres. Moviliza a los arqueros y mándalos al tejado. Adviérteles que el peligro puede llegar de arriba.

Si no era cosa de su imaginación haciéndole que se le antojaran los dedos huéspedes, si las torres situadas a ambos lados de Heeth habían caído con tanta rapidez, entonces cabía la posibilidad de que ocurriera lo mismo con las del sur. Y si hubiera sido él quien preparara un asalto, habría hecho todo lo posible para esquivar los puestos de vigía con un rodeo y tomar en primer lugar una de las torres meridionales. Quizás el mejor modo de cerciorarse de que no llegaran mensajes a la capital.

Jargen saludó golpeando el torso con el puño y después salió. El mensaje se enviaría de inmediato: tres veces a lomos de caballos, y una a lomos de la luz. Malenarin se permitió experimentar un atisbo de alivio con la idea de que su hijo era uno de los que cabalgaban a terreno seguro. No había deshonor en ello; había que mandar los mensajes, y Keemlin era el siguiente en la lista de servicio.

Malenarin echó un vistazo por la ventana. Daba al norte, en dirección a la Llaga. Como las de todos los comandantes. La agitada tormenta, con sus nubes plateadas. A veces parecían adoptar precisas figuras geométricas. Había prestado atención a lo que contaban los mercaderes que pasaban por la torre. Se aproximaban tiempos difíciles. La reina no se habría marchado al sur a buscar a un falso Dragón por muy astuto o influyente que fuera. Ella creía que era el verdadero.

Llegaba el momento del Tarmon Gai'don y, contemplando aquella tormenta, Malenarin creyó ver el mismísimo límite del propio tiempo. Un límite que no estaba muy lejos. De hecho, parecía que cada vez era más oscuro. Y debajo, hacia el norte, en la tierra había oscuridad.

Una oscuridad que avanzaba.

El comandante salió del despacho con precipitación y subió la escalera corriendo; arriba, el viento se agitaba contra los hombres y empujaba y movía los espejos.

—¿Se ha enviado el mensaje al sur? —demandó.

—Sí, señor, pero aún no hay respuesta —respondió el teniente Landalin, al que habían despertado para que se pusiera al frente de los soldados apostados en lo alto de la torre.

Malenarin echó una ojeada hacia abajo y vio que tres jinetes salían de la torre a galope tendido: los mensajeros partían. Pararían en Barklan, si no la habían atacado. El capitán de allí los mandaría hacia el sur, por si acaso. Y, si Barklan no había resistido, los chicos seguirían adelante, hasta la capital misma si era preciso.

Malenarin se volvió otra vez de cara a la tormenta. Esa creciente oscuridad le tenía los nervios de punta. Se acercaba.

—Haz que carguen las reservas de provisiones. Que suban todo lo que haya

almacenado y vacíen las bodegas —ordenó a Landalin—. Que los cargadores recojan todas las flechas y preparen apostaderos para reabastecer a los arqueros, y sitúa a éstos en todos los puntos de contención, todas las saeteras y todas las ventanas. Que preparen los tarros de sustancias incendiarias y que los hombres estén listos para plegar las rampas exteriores. Preparaos para un asedio.

A medida que Landalin bramaba órdenes, los hombres se alejaban corriendo a cumplir los encargos. Malenarin oyó el roce de unas botas en la piedra, a su espalda, y miró hacia atrás. ¿Es que Jargen volvía otra vez?

No. Era un muchacho de casi catorce años, demasiado joven para tener barba, con el cabello oscuro despeinado y la cara manchada de churretes de sudor debido, era de suponer, a subir corriendo los siete niveles de la torre.

Keemlin. Malenarin sintió una punzada de miedo que al instante fue reemplazada por la cólera.

—¡Soldado! ¡Tenías que partir llevando un mensaje!

Keemlin se mordió el labio inferior.

—Bueno, señor, es que Tian, que estaba cuatro turnos detrás de mí, pesa cinco o diez libras menos que yo. Y eso influye mucho, señor. Cabalga mucho más deprisa, e imaginé que se trataba de un mensaje importante. Así que pedí que lo mandaran en mi lugar.

Malenarin frunció el entrecejo. Los soldados se movían alrededor de los dos, bajaban la escalera a toda velocidad o se agrupaban al borde de la torre armados con arcos. El viento aullaba en el exterior y empezó a sonar el apagado retumbo de truenos a lo lejos, pero con insistencia. Keemlin le sostuvo la mirada.

—La madre de Tian, lady Yabeth, ha perdido cuatro hijos por la Llaga —añadió Keemlin en voz lo bastante queda para que sólo lo oyera su padre—. Tian es el único hijo que le queda. Si alguno de nosotros tiene una oportunidad de conseguirlo, señor, imaginé que sería él.

Malenarin mantuvo la vista prendida en los ojos de su hijo. El chico había adivinado lo que se avecinaba. La luz lo amparara. Lo sabía. Y había hecho que fuera otro en su lugar.

—Kralle —bramó Malenarin, mirando a uno de los soldados que pasaban por allí.

—¿Sí, milord comandante?

—Baja a toda prisa a mi despacho. Hay una espada en mi baúl de roble. Tráemela.

El hombre saludó y corrió a llevar a cabo la orden.

—Padre, faltan tres días para mi cumpleaños —dijo Keemlin.

Malenarin esperó con los brazos enlazados a la espalda. Su principal tarea en aquel momento era que lo vieran dirigiéndolo todo para dar confianza a sus tropas. Kralle regresó con la espada; la desgastada vaina estaba adornada con la imagen de

un roble en llamas: el emblema de la casa Rai.

—Padre, faltan... —intentó repetir Keemlin.

—Esta arma se le ofrece a un muchacho cuando se convierte en un hombre —empezó Malenarin—. Por lo visto llega demasiado tarde, hijo, porque ante mí veo a un hombre.

Sostuvo el arma en la mano derecha y con el brazo extendido. En el tejado de la torre, todos los hombres se volvieron hacia él: los arqueros con los arcos prestos, los soldados encargados de hacer funcionar los espejos, los vigías de guardia. Como fronterizos, todos ellos habían recibido su espada en su decimocuarto cumpleaños. Todos habían sentido la emoción estrujándoles el pecho, la sensación maravillosa de hacerse adultos. Les había pasado a todos, pero eso no hacía que esta ocasión fuera menos especial.

Keemlin hincó una rodilla en el suelo.

—¿Para qué desenvainas tu espada? —preguntó Malenarin en voz alta a fin de que todos los que estaban en la torre oyeran sus palabras.

—En defensa de mi honor, de mi familia o de mi patria —respondió Keemlin.

—¿Hasta cuándo lucharás?

—Hasta que mi último aliento se mezcle con los vientos del norte.

—¿Cuándo dejarás de vigilar?

—Jamás —musitó Keemlin.

—¡Habla más alto!

—¡¡Jamás!!

—Una vez que esta espada se desenvaina, te conviertes en guerrero, siempre con ella cerca de ti, preparado para luchar contra la Sombra. ¿Desenvainarás este acero y te unirás a nosotros, como un hombre?

Keemlin alzó los ojos; después asió la empuñadura del arma con mano firme y liberó la espada de la vaina.

—¡Ponte en pie, ahora como un hombre, hijo mío! —declaró Malenarin.

Keemlin se incorporó sosteniendo el arma en alto, de forma que la resplandeciente hoja reflejó la difusa luz del sol. Los hombres que estaban en el tejado de la torre prorrumpieron en vítores.

No era vergonzoso que hubiera lágrimas en los ojos de uno en un momento como aquél. Malenarin parpadeó para librarse de ellas y después se inclinó sobre una rodilla para abrochar a la cintura de su hijo el talabarte del arma. Los hombres siguieron lanzando aclamaciones y vítores, y el comandante comprendió que no eran sólo por su hijo. Gritaban en desafío a la Sombra. Durante un instante, las voces resonaron con más fuerza que los truenos.

Malenarin se puso de pie y posó la mano en el hombro de su hijo al tiempo que el joven envainaba el arma. Juntos, se dieron media vuelta para mirar de frente a la

Sombra que se acercaba.

—¡Allí! —gritó uno de los arqueros, que señaló hacia arriba—. ¡Hay algo en las nubes!

—¡Draghkar! —bramó otro.

Las monstruosas nubes estaban muy cerca ahora y la sombra que arrojaban ya no bastaba para ocultar la horda ondulante de trollocs que avanzaba allá abajo. Algo apareció volando en el cielo, pero una docena de arqueros disparó. El ser chilló y se precipitó a tierra mientras las alas oscuras batían con torpeza.

Jargen se abrió paso entre los hombres y llegó junto a Malenarin.

—Milord —saludó y echó una rápida ojeada a Keemlin—, el chico debería estar abajo.

—Ya no es un muchacho, sino un hombre —respondió el comandante, enorgullecido—. ¿Qué información traes?

—Todo está preparado. —Jargen miró por encima de la almena y observó el avance de los trollocs con la misma flema con que inspeccionaría un establo de caballos—. Descubrirán que este árbol no es tan fácil de echar abajo como piensan.

Malenarin asintió con la cabeza. Notó tensión en el hombro de Keemlin.

Aquel mar de trollocs parecía infinito. Contra semejante enemigo, la torre acabaría cayendo. Los trollocs seguirían llegando, oleada tras oleada.

Pero todos los hombres que estaban en lo alto de esa torre sabían cuál era su obligación. Matarían Engendros de la Sombra mientras pudieran hacerlo, con la esperanza de dar tiempo a que los mensajeros llegaran y el aviso sirviera de algo.

El comandante era un hombre de las Tierras Fronterizas, como lo había sido su padre, como lo era el hijo que estaba a su lado. Sabían cuál era su cometido. Uno aguantaba hasta que lo relevaban o lo liberaban de su carga.

De eso se trataba, nada más.

CAPÍTULO 1

Las manzanas primero

La Rueda del Tiempo gira, y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene en mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento por encima de los picos brumosos de Imfaral. El viento no fue un inicio, pues no existen ni comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

Tenue y con un frescor vivificante, el viento jugueteó a través de los altos prados de montaña, con la hierba nueva tiesa por la escarcha. A pesar de haber quedado atrás las primeras luces del día, esa escarcha persistía debido a las omnipresentes nubes suspendidas en el cielo como una máscara mortuoria. Habían pasado semanas sin que las nubes se hubiesen movido, y la hierba amarilla y macilenta daba prueba de ello.

Desplazándose hacia el sur, el viento agitó la bruma matinal y dejó encogida y temblorosa a una pequeña manada de torm. Los animales descansaban reclinados en una plataforma de granito salpicada de liquen, a la espera de disfrutar la calidez del sol matinal que no asomaría. El viento rodó sobre la plataforma y descendió veloz por una ladera cubierta de raquíticos árboles mura, de corteza con aspecto de soga y copas de penachos verdes de gruesas agujas.

Al pie de las colinas, el viento viró hacia el este y pasó sobre una extensa zona que las hachas de los soldados habían despejado por completo de árboles y maleza. La franja de la muerte se extendía alrededor de trece fortificaciones altas, construidas exclusivamente con mármol negro en bruto, los bloques tallados con tosquedad para darles un aspecto primitivo de solidez natural. Eran torres pensadas para la guerra. Por tradición se mantenían desocupadas, aunque estaba por ver hasta cuándo seguirían así o durante cuánto tiempo se recordaría dicha tradición en un continente sumido en el caos.

El viento siguió hacia el este y poco después jugueteaba con los mástiles de naves medio quemadas en los muelles de Takisrom. En la Rada Dormida pasó por encima de los atacantes, grandes navios llenos de tropas, con velas pintadas en rojo sangre, que navegaban hacia el sur una vez concluida su espeluznante tarea.

El viento sopló de nuevo sobre tierra, pasó por encima de ciudades y pueblos, por amplias llanuras repletas de tropas y muelles abarrotados de barcos de guerra. Humo, gritos de combate y estandartes planeaban sobre la hierba moribunda y bajo un sombrío cielo de jefe de puerto.

Los hombres no susurraban que quizá fuera el final de los tiempos: lo gritaban. Los Campos de Paz se encontraban en llamas, la Torre de los Cuervos había sido destruida, como estaba profetizado, y un magnicida mandaba en Seandar a cara descubierta. Era el momento de enarbolar la espada y elegir un bando; y después derramar sangre para poner un último toque de color en la tierra moribunda.

El viento se alejó aullando hacia el este por encima de los Acantilados Esmeralda y salió rumbo al océano. Detrás, el humo parecía alzarse por doquier en el continente de Seanchan.

En su deriva durante horas creó las corrientes alisias —que en otra era se habrían llamado "vientos de comercio"— y serpenteó entre blancas crestas de espuma y misteriosas olas oscuras. Por fin, el viento topó con otro continente, éste silencioso como un reo que contiene la respiración antes de que caiga el hacha del verdugo.

Para cuando el viento llegó a la inmensa montaña con el pico quebrado conocida como Monte del Dragón, había perdido casi todo su empuje. Pasó alrededor de la base de la montaña y después entró a través de un gran plantío de manzanos iluminado por la luz de primera hora de la tarde. Las hojas, que antes habían estado verdes, se habían puesto amarillentas. El viento se deslizó junto a una cerca baja de madera, atada en las uniones con un cordaje de cáñamo retorcido.

Almen Bunt no sabía mucho de manzanales. Oh, había plantado unos cuantos árboles allá, en su granja de Andor, sí. ¿Quién no tenía un árbol o dos para llenar huecos en la mesa a la hora de comer? Había plantado un par de nogales el día que se había casado con Adrinne. Le gustaba verlos allí, al otro lado de la ventana, después de que ella hubiera muerto.

Pero ocuparse de un manzanal era algo completamente diferente. Había casi trescientos árboles en ese campo. Era el plantío de su hermana; él estaba de visita mientras sus hijos dirigían su granja, cercana a Carysford.

Almen llevaba una carta de sus hijos en el bolsillo de la camisa, una misiva desesperada en que suplicaban ayuda. Pero él no podía acudir a su llamada. Lo necesitaban aquí. Además, era un buen momento para estar fuera de Andor. Era un hombre de la reina y, recientemente, había habido momentos en que ser un hombre de la reina podía traerle a uno tantos problemas como tener vacas de más en los pastos.

—¿Qué hacemos, tío? —preguntó Adim—. Los árboles... En fin, se supone que eso no tendría que ocurrir.

El chico tenía trece años y había heredado el cabello dorado de su familia paterna.

Almen se frotó la barbilla y se rascó un par de pelos de la barba que no había rasurado al afeitarse. Hahn, el hermano mayor de Adim, se acercó a ellos. El muchacho había tallado un juego de dientes de madera para Almen como regalo de llegada, a principios de primavera. Era algo maravilloso, con las piezas sujetas con alambres, así como huecos para los pocos dientes que le quedaban. Sin embargo, si

masticaba muy fuerte, se deformaban.

Los manzanos crecían en hileras paralelas muy rectas y separadas en perfectos espacios uniformes. Graeger —su cuñado— había sido siempre muy meticuloso. Pero había muerto, razón por la que él se encontraba allí ahora. Las filas impecables de manzanos —podados, fertilizados y regados con esmero— se extendían a lo largo de espanes y espanes.

Y durante la noche todos ellos, del primero al último, habían tirado los frutos, unas manzanas minúsculas que apenas igualaban el pulgar de un hombre. Se habían marchitado esa noche y después se habían caído. La totalidad de la cosecha echada a perder.

—No sé qué decir, muchachos —admitió por fin Almen.

—¿Que tú te has quedado sin palabras? —comentó Hahn. El hermano mayor de Adim tenía el cabello más oscuro, como su madre, y era alto para sus quince años—. ¡Tío, por lo general hablas tanto como un juglar que le ha estado dando al brandy la mitad de la noche!

Ahora que era el hombre de la casa, Hahn quería mostrar una actitud confiada por mor de su hermano, pero a veces convenía estar preocupado.

Y Almen lo estaba. Muchísimo.

—Nos queda el grano justo para una semana. Y lo que tenemos es a cuenta de la cosecha. Ahora nadie nos dará nada. Nadie tiene nada —dijo con suavidad Adim.

El manzanal era uno de los mayores productores de la región; la mitad de los hombres del pueblo trabajan allí durante una época u otra. Dependían de la plantación. La necesitaban, con tanta comida que se estropeaba y las provisiones casi gastadas durante el invierno, excepcionalmente largo y frío.

Y, además, estaba el extraño incidente que había causado la muerte de Graeger. Este había desaparecido al doblar una esquina en Puente Negin. Cuando la gente salió a buscarlo, lo único que encontró fue un árbol retorcido, deshojado y con el tronco de un color gris blanquecino que olía a azufre.

Esa noche había aparecido pintado el Colmillo del Dragón en unas cuantas puertas. La gente se mostraba cada vez más nerviosa. En cualquier otro momento, Almen los habría tildado de majaderos que se asustaban de su propia sombra y veían puñeteros trollocs hasta debajo de las piedras.

Ahora... Bueno, ahora ya no estaba tan seguro. Echó un vistazo hacia el este, en dirección a Tar Valon. ¿Sería culpa de las brujas que la cosecha se hubiera estropeado? Detestaba encontrarse tan cerca de su nido, pero Alysa necesitaba que la ayudara.

Habían talado aquel árbol y lo habían quemado. Todavía quedaba olor a azufre en la plaza.

—Tío, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Hahn.

—Pues... —Sí, ¿qué iban a hacer?—. Diantre, creo que todos deberíamos ir a Caemlyn. Estoy seguro de que la nueva reina ya ha desenredado todo ese lío a estas alturas. Resolveremos mi problema con la ley. ¿Cuándo se ha oído que le pongan precio a la cabeza de uno por hablar en favor de la reina?

Enmudeció al darse cuenta de que divagaba. Los chicos lo miraban sin pestañear.

—No. Así me abrase, muchachos, pero eso no estaría bien. No podemos irnos. Tenemos que seguir trabajando. Esto no es peor que cuando perdí todo el campo de mijo por una helada tardía, hace veinte años. Conseguiremos superar esto, tan cierto como que hay luz.

Los árboles en sí tenían buen aspecto. Ni un solo insecto los mordisqueaba, las hojas estaban un poco amarillentas, pero en buen estado. Sí, los brotes de primavera habían sido tardíos y las manzanas habían crecido despacio, pero habían ido medrando.

—Hahn, ¿recuerdas el hacha de talar de tu padre, esa que tiene mellas en la hoja? ¿Por qué no te pones a afilarla? Adim, ve a buscar a Uso y a Moor; y que traigan los carros. Haremos una criba en esas manzanas caídas para sacar las que no estén muy podridas. A lo mejor los cerdos quieren comérselas.

Todavía les quedaban dos cochinos, aunque esa primavera no habían nacido crías.

Los muchachos siguieron plantados allí, vacilantes.

—Vamos, moveos. Que hayamos tenido un contratiempo no es motivo para que perdamos el tiempo.

Por fin los chicos obedecieron y se alejaron a buen paso. Unas manos que no hacían nada dejaban la mente desocupada. Trabajar un poco evitaría que pensaran en el futuro que les aguardaba.

Pero eso no le funcionaría a él. Se apoyó en la cerca y notó bajo los brazos las vetas de las toscas tablas sin desbastar. El viento volvió a sacudirle los faldones de la camisa; Adrinne siempre había hecho que los metiera por dentro, pero ahora que ella no estaba... En fin, nunca le había gustado llevarlos así.

De todos modos, se remetió la camisa en el pantalón.

Había algo en el aire que olía raro. Viciado, como dentro de una ciudad. Las moscas empezaban a zumbar alrededor de las bolitas arrugadas que antes habían sido manzanas.

Almen había vivido mucho tiempo. Nunca llevaba la cuenta de cuántos años; Adrinne lo había hecho por él. No tenía importancia. Sabía que había visto pasar muchos, y no había más que decir.

Había visto insectos atacando cosechas; había visto cultivos perdidos por inundaciones, por sequías o por negligencia. Pero en todos esos años jamás había visto nada semejante. Era algo maligno. En el pueblo ya se pasaba hambre; no hablaban de ello, sobre todo si había niños o muchachos cerca. Los adultos cedían en

silencio lo que tenían a los jóvenes y a las mujeres que estaban criando. Pero las vacas se quedaban sin leche, las provisiones se estropeaban, las cosechas morían.

En la carta que llevaba en el bolsillo le explicaban que su propia granja había sido saqueada por mercenarios que iban de paso. No le habían hecho daño a nadie, pero se había llevado hasta la última migaja de comida. Sus hijos sobrevivían sacando las patatas sembradas que aún estaban sin hacerse y cociéndolas. De cada veinte encontraban diecinueve pudriéndose en la tierra, repletas —inexplicablemente— de gusanos a pesar del verde que crecía en la superficie.

Docenas de pueblos de los alrededores se encontraban en la misma situación de precariedad. No había nada que llevarse a la boca. Hasta la propia Tar Valon tenía problemas para alimentar a sus ciudadanos.

Contemplando aquellas filas de inútiles manzanos, ordenadas y perfectas, Almen sintió el peso aplastante de la realidad, de tratar de mantener una actitud positiva, de ver irse al garete todo aquello por lo que su hermana había trabajado. Esas manzanas... Se suponía que tenían que salvar al pueblo y a sus hijos.

Le sonó el estómago. Le pasaba con mucha frecuencia últimamente.

«Entonces, ¿esto es todo? ¿Se da uno por vencido y ya está?» Dirigió la mirada hacia la hierba demasiado amarillenta.

Se encorvó, sintiendo un peso en los hombros. Adrinne... Hubo un tiempo en que él reía con facilidad y charlaba por los codos. Ahora se sentía acabado, consumido, como un poste al que habían lijado y lijado y lijado hasta dejar sólo un palo, una astilla. Quizás había llegado el momento de dejar de luchar.

Sintió algo en la nuca. Una cálida caricia.

Titubeó y después alzó los ojos cansados al cielo. El sol le bañó el rostro. Ahogó un grito de sorpresa, porque le parecía que había pasado mucho tiempo desde que no veía la pura luz del sol... El astro brillaba a través de un gran hueco abierto en las nubes, reconfortante como el calorcillo del horno donde Adrinne cocía una gran hogaza de densa masa fermentada.

Almen se puso erguido y alzó la mano para resguardar los ojos del sol. Hizo una inhalación, profunda, larga, y olió... ¿manzanos en flor? Dio un respingo y giró sobre sí mismo.

Los manzanos estaban floreciendo.

Era simple y llanamente absurdo. Se frotó los ojos, pero hacerlo no tuvo por resultado que desapareciera la imagen. Estaban floreciendo, todos ellos; flores blancas que se abrían entre las hojas. Las moscas zumbaron en el aire y se alejaron a toda velocidad. Las bolitas oscuras de manzana caídas en el suelo se derritieron como cera al acercarle la llama. En cuestión de segundos, no quedó ni rastro, ni siquiera el jugo. El suelo lo había absorbido todo.

¿Qué estaba pasando? Los manzanos no florecían dos veces. ¿Se estaría

volviendo loco?

Unos pasos sonaron con suavidad en el camino que discurría junto al manzanal. Almen giró sobre sí mismo y vio a un hombre joven, alto, que bajaba de las estribaciones. Tenía el cabello rojizo y llevaba ropa sencilla: un largo chaquetón marrón de mangas amplias y una simple camisa de lino blanco debajo. El pantalón era de mejor calidad, negro y con un delicado bordado de oro en los bajos.

—Vaya, forastero —saludó Almen, alzando una mano, sin saber qué más decir, sin estar siquiera seguro de haber visto lo que había visto—. ¿Te has perdido en las estribaciones?

El hombre se paró y se volvió hacia él con brusquedad. Pareció sorprendido de encontrar allí a Almen. Con un respingo, el granjero advirtió que el brazo izquierdo del hombre acababa en un muñón.

El desconocido echó una ojeada en derredor y después respiró hondo.

—No, no estoy perdido. Por fin. Es como si hubiera pasado muchísimo tiempo desde que dejé de entender el camino que tengo ante mí.

Almen se rascó la mejilla. Diantres, tenía otro poco de barba que no se había afeitado. La mano le había temblado tanto que quizá no se había afeitado bien nada.

—¿Que no estás perdido? Hijo, este camino sólo lleva a las vertientes de Monte del Dragón. La zona está esquilmada de caza, si esperabas encontrar algún animal. Allí no hay nada aprovechable.

—Yo no diría eso —respondió el forastero mientras echaba una ojeada hacia atrás —. Siempre hay cosas de utilidad si se busca bien, pero no puedes quedarte mirándolas con fijeza mucho tiempo. Aprender, pero sin agobiarte, ése es el punto justo de equilibrio.

Almen cruzó los brazos. Las palabras de ese hombre... Era como si estuvieran sosteniendo dos conversaciones diferentes. Quizá el chico no estaba bien de la cabeza. Pero tenía algo especial. Su actitud, la forma en que aquellos ojos lo miraban con una intensidad sosegada. A Almen le entraron ganas de ponerse erguido y sacudir el polvo de la camisa para estar más presentable.

—¿Te conozco? —preguntó, porque el joven tenía algo que le resultaba familiar.

—Sí —contestó el chico, que a continuación señaló con la cabeza hacia el manzanal—. Reúne a tu gente y recolectad esas manzanas. Harán falta en días venideros.

—¿Las manzanas? Pero...

Giró sobre sí mismo y enmudeció. Los árboles estaban cargados a reventar con nuevas manzanas rojas, maduras. Las flores que había visto antes se habían desprendido de las ramas y alfombraban de blanco el suelo, como si hubiera nevado.

Esas manzanas parecían relucir. No había docenas en cada árbol, sino centenares. Más de las que un árbol debería tener, y todas en el punto justo de sazón.

—Me estoy volviendo loco —musitó Almen, que se volvió hacia el joven.

—No eres tú el loco, amigo. Es el mundo entero. Recolecta esas manzanas enseguida. Mi presencia lo frenará durante un tiempo, creo, y todo lo que recojas ahora debería conservarse sano, a salvo de su influencia.

Esa voz... Esos ojos, como gemas grises talladas y engarzadas en el rostro.

—Sí, te conozco —dijo Almen al recordar a un par de muchachos extraños a los que había llevado en su carro, años atrás—. ¡Luz! Eres él, ¿verdad? Ese del que hablan.

El joven sostuvo la mirada a Almen. Mirando aquellos ojos, el granjero experimentó una extraña sensación de paz.

—Es probable. Los hombres hablan de mí a menudo. —El joven sonrió antes de dar la vuelta y continuar camino abajo.

—Espera, ¿adonde vas? —llamó Almen, que alzó la mano hacia el hombre que no podía ser otro que el Dragón Renacido.

El joven lo miró e hizo una ligera mueca.

—A hacer algo que he ido posponiendo. Dudo que a ella le complazca lo que voy a decirle.

Almen bajó la mano y observó al forastero mientras se alejaba camino abajo, entre las cercas de dos plantíos con los árboles cargados con manzanas rojas como la sangre. Almen tuvo la impresión de que, durante un fugaz instante, vio alrededor del hombre una claridad en el aire que se alabeaba y ondulaba.

Lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista y después corrió hacia la casa de Alysa. El viejo dolor de la cadera había desaparecido, y Almen se sentía con fuerzas para correr una docena de leguas. A mitad de camino de la casa se encontró con Adim y los dos jornaleros, que se dirigían hacia el manzanal. Lo miraron con preocupación, y el granjero dejó de correr.

Incapaz de hablar, Almen se volvió y señaló hacia la plantación de manzanos. En las copas, las manzanas eran puntos rojos que salpicaban el verde como pecas.

—¿Qué es eso? —preguntó Uso mientras se frotaba el rostro alargado.

Moor entrecerró los ojos y después echó a correr hacia el manzanal.

—Id a buscar a todo el mundo —dijo Almen entre jadeos—. A toda la gente del pueblo y de los pueblos vecinos, a la gente que pase por la calzada de Shyman. A todo el mundo. Que vengan para hacer la recolección.

—¿Recolección de qué? —preguntó Adim, fruncido el entrecejo.

—De manzanas. ¿Qué otra cosa crece en los manzanos? Escuchadme, es necesario que todas se hayan recolectado antes de que acabe el día, ¿me habéis oído? ¡Id, daos prisa! ¡Haced correr la voz! ¡Al final resulta que tenemos cosecha!

Y se alejaron corriendo, sí, pero hacia el manzanal para echar antes un vistazo. No se lo reprochaba. Almen siguió hacia la casa y, en el camino, reparó por primera

vez en que la hierba que crecía alrededor parecía más verde, más sana.

Miró hacia el este y sintió como un tirón. Como si algo lo arrastrara con suavidad en la dirección por la que había desaparecido el forastero.

«Las manzanas primero», pensó. Después... En fin, ya vería.

CAPÍTULO 2

Cuestión de liderazgo

El retumbo del trueno sonó apagado y amenazador como el gruñido lejano de una bestia. Perrin alzó los ojos hacia el cielo. Unos pocos días antes, el omnipresente manto de nubes que encapotaba el cielo se había ennegrecido como si fuera el heraldo de una terrible tormenta, pero sólo habían caído chaparrones.

Otro retumbo atronador sacudió el aire. No había relámpagos. Perrin palmeó el cuello de *Recio*—, el caballo olía a nerviosismo y se lo notaba agitado, sudoroso. El animal no era el único que estaba tenso; ese olor flotaba sobre la inmensa multitud de tropas y refugiados mientras avanzaba despacio a través del embarrado terreno. La muchedumbre producía su propio retumbo de pasos, ruido de cascos, chirridos de ruedas de carreta girando, llamadas de hombres y mujeres.

Casi habían llegado a la calzada de Jehannah. Al principio, Perrin había planeado cruzar esa vía y continuar hacia el norte, en dirección a Andor. Pero habían perdido muchísimo tiempo a causa de la enfermedad que había azotado el campamento; de hecho, los dos Asha'man habían estado al borde de la muerte. Y, por si fuera poco, ese espeso barro los había retrasado más aún. Entre unas cosas y otras, había transcurrido más de un mes desde que habían emprendido viaje en Malden y sólo habían recorrido la distancia que, según sus primeros cálculos, Perrin había confiado cubrir al cabo de una semana.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para tocar el pequeño rompecabezas de herrero que guardaba allí. Lo habían encontrado en Malden y había tomado por costumbre buscar la forma de resolverlo. Hasta el momento no había discurrido cómo separar las piezas. Era el rompecabezas más complicado que había visto nunca.

Ni maese Gill ni las otras personas que Perrin había mandado por delante con provisiones habían dado señales de vida. Grady había conseguido abrir unos cuantos accesos pequeños en puntos más avanzados de la ruta para enviar exploradores a buscarlos, pero éstos habían regresado sin haber encontrado a nadie y Perrin empezaba a preocuparse por ellos.

—Milord... —dijo un hombre que se hallaba de pie junto al caballo de Perrin.

Turne era un tipo pelirrojo y larguirucho que se ataba el rizoso cabello y la barba con cordones de cuero. Colgada al cinto llevaba un hacha de guerra, un objeto atroz con una larga púa en el contrafilo.

—No podemos pagaros mucho. ¿Tus hombres tienen caballos? —preguntó Perrin.

—No, no, milord. —El hombre echó una ojeada a sus doce compañeros—. Jarr

tenía uno, pero nos lo comimos hace unas cuantas semanas.

Turne apestaba a suciedad y sudor, una mezcla que acentuaba un extraño olor a desganada apatía. ¿Se le habrían embotado las emociones a ese hombre?

—Si no os importa, milord, lo del salario puede esperar. Si tenéis comida... En fin, que con eso bastaría por ahora.

«Debería rechazarlos. Ya tenemos demasiadas bocas que alimentar», pensó Perrin. Luz, pero si lo que tendría que hacer era librarse de gente, no admitir a más. Con todo, esos tipos parecían ser duchos en el manejo de sus armas, y si los rechazaba, lo más probable era que recurrieran al pillaje.

—Id columna abajo y buscad a un hombre que se llama Tam al Thor. Es un tipo robusto, vestido con ropa de granjero. A cualquiera que preguntéis sabrá deciros por dónde anda. Decidle que hablasteis con Perrin y que he dicho que os dé trabajo a cambio de comida.

Los desaseados hombres se relajaron, y su larguirucho cabecilla desprendió un efluvio a agradecimiento, nada menos. Mercenarios —tal vez bandidos— agradecidos porque los hubiera contratado sólo por la comida. Así andaban las cosas en el mundo.

—Decidme, milord, ¿de verdad tenéis comida? —preguntó Turne mientras su grupo echaba a andar columna de refugiados abajo.

—Sí, es verdad. Acabo de decírtelo.

—¿Y no se estropea si pasa una noche sin haberla consumido?

—Pues claro que no. Conservándola como es debido no tiene por qué estropearse —replicó Perrin en tono seco.

Quizá parte del grano tuviera gorgojos, pero se podía comer. El hombre parecía sorprendido, como si le resultara increíble o como si le hubiera dicho que a sus carretas les crecerían alas dentro de poco y saldrían volando por encima de las montañas.

—Anda, ve con tus hombres. Y no olvides advertirles que en este campamento rige una estricta disciplina, así que nada de peleas y nada de hurtos. A la primera señal de que causáis problemas, os doy la patada, de modo que si no queréis ver las orejas al lobo, ya sabéis.

—Sí, milord —contestó Turne, que se apresuró a ir en pos de sus hombres.

Olía a sinceridad. A Tam no le haría gracia tener otros cuantos mercenarios a los que vigilar, pero los Shaido seguían por ahí fuera, en alguna parte. La mayoría parecía haber virado hacia el este; pero, habida cuenta de la lentitud con que viajaban ellos, a Perrin le preocupaba que los Aiel pudieran cambiar de opinión e ir tras él.

Azuzó con suavidad a *Recio* para que se pusiera en movimiento; dos hombres de Dos Ríos lo flanquearon. Por desgracia, ahora que Aram ya no estaba, los hombres de Dos Ríos habían asumido la tarea de servirle de guardias personales. Los dos

incordios de ese día eran Wil al'Seen y Reed Soalen. Perrin había tratado de hacerlos cambiar de idea y los había abroncado, pero ellos insistieron, así que lo dejó estar. No quería calentarse la cabeza más; ya tenía bastantes preocupaciones, de las cuales no era la menos importante los extraños sueños que lo acosaban de noche. Visiones inquietantes de estar trabajando en una forja y ser incapaz de crear nada que valiera la pena.

«¡Deja de pensar en eso! Bastantes pesadillas tienes despierto. Más vale que te ocupes primero de ellas.»

Cabalgó columna arriba, seguido por al'Seen y Soalen. La pradera por la que se desplazaban era un paraje abierto donde la hierba amarilleaba, y Perrin reparó con desagrado en varias ringleras grandes de flores silvestres muertas, pudriéndose. Las lluvias primaverales habían convertido muchas zonas como ésta en trampas de barro. Desplazar a tantos refugiados era de por sí una tarea lenta, aun cuando no hubieran surgido burbujas malignas y barrizales. Todo requería más tiempo de lo que había esperado, incluida la partida de Malden.

La multitud levantaba barro al avanzar; el fango manchaba los pantalones de casi todos los refugiados, y el aire estaba cargado del pegajoso olor. Perrin se aproximó a la cabecera de la columna pasando jinetes con petos rojos y yelmos semejantes a ollas con reborde, que sostenían las lanzas en alto. La Guardia Alada de Mayene. Lord Gallenne cabalgaba al frente, con el yelmo de penacho rojo sujeto al costado. El porte del mayor era tan formal que cualquiera habría dicho que estaba desfilando, pero tenía una vista penetrante a pesar de faltarle un ojo y examinaba el entorno con atención. Era un buen soldado. Había buenos soldados a montones en aquel ejército, aunque a veces la tarea de evitar que se enzarzaran unos con otros era tan trabajosa como curvar una herradura.

—¡Lord Perrin! —gritó una voz.

Arganda, primer capitán de Ghealdan, se abrió paso entre la filas mayenienses montado en un ruano castrado, un animal de considerable altura. Sus tropas cabalgaban en una ancha columna junto a los mayenienses. Desde el regreso de Alliandre, Arganda había pedido con empeño recibir un trato igual; con frecuencia protestaba porque la Guardia Alada cabalgaba al frente. De modo que, en lugar de avivar más la discusión, Perrin había ordenado que ambas columnas cabalgaran una junto a la otra.

—¿Era ésa otra cuadrilla de mercenarios? —demandó Arganda, que situó su caballo junto al de Perrin.

—Un pequeño grupo, sí. Lo más probable es que en otro tiempo fuera la guardia de un señor de una ciudad comarcal.

—Desertores. Deberíais haberme mandado llamar. —Arganda escupió hacia un lado—. ¡Mi reina habría querido ahorcarlos! No olvidéis que ahora estamos en

Ghealdan.

—Tu reina es mi vasalla —respondió Perrin en el momento en que llegaban a la cabeza de la columna—. No ahorcaremos a nadie a menos que haya prueba de sus delitos. Cuando todo el mundo haya regresado sano y salvo donde le corresponde, podrás hacer indagaciones sobre los mercenarios y ver si puedes incriminar a alguno de ellos. Hasta entonces, sólo son hombres hambrientos que buscan a alguien a quien seguir.

Arganda emitió un tufillo a frustración. Perrin había conseguido que hubiera buenas relaciones entre él y Gallenne a raíz del éxito obtenido en el ataque a Malden, pero las viejas rencillas habían reaparecido en el barrizal inacabable, bajo un cielo surcado de relámpagos y truenos.

—No te preocupes. Tengo hombres que vigilan a los recién llegados —lo tranquilizó Perrin.

También tenía otros que vigilaban a los refugiados. Algunos se mostraban tan dóciles que casi no iban a las letrinas sin que se les ordenara que lo hicieran; otros no dejaban de echar ojeadas hacia atrás, como si temieran que en cualquier momento los Shaido aparecieran de repente en la lejana línea de robles y estoraques. La gente con un olor a terror tan intenso podía resultar problemática, y varias facciones del campamento se movían ya como si caminaran entre yerba de ballestero.

—Puedes enviar a alguien para que hable con los recién llegados, Arganda. Sólo a hablar. Investiga de dónde son, a qué señor han servido, y a ver si pueden añadir algún detalle más a los mapas.

No tenían ningún mapa bueno de la zona y, para dibujar algunos, se habían visto obligados a recurrir a lo que los ghealdanos —incluido Arganda— recordaban.

Arganda se alejó a caballo, y Perrin se dirigió a la cabeza de la columna. La comandancia tenía sus cosas buenas; allí adelante, los efluvios a cuerpos desaseados y el olor pungente a barro no eran, ni de lejos, tan fuertes. A la cabeza de la marcha, por fin alcanzó a divisar la calzada de Jehannah como una larga cinta de cuero que se extendía hacia el noroeste, a través de la llanura mesetaria.

Perrin cabalgó absorto en sus pensamientos durante un rato. Al cabo llegaron a la calzada, donde no parecía haber tanto barro como en los prados; aunque, si ésta era como cualquier otra calzada por la que Perrin había viajado, también habría tramos embarrados y degradados. Llegaba al camino, cuando advirtió que Gaul se aproximaba. El Aiel se había adelantado para hacer un reconocimiento del terreno y, al entrar con el caballo en la calzada, Perrin advirtió que alguien se acercaba a caballo detrás de Gaul.

Era Fennel, uno de los herradores que Perrin habían enviado por delante con maese Gill y los otros. Sintió una oleada de alivio al verlo, pero enseguida esa sensación dio paso a la preocupación. ¿Dónde estaban los demás?

—¡Lord Perrin! —llamó el hombre, que galopó hacia él mientras Gaul se apartaba a un lado.

Fennel era un hombre ancho de hombros que llevaba sujeta a la espalda un hacha de mango largo, adecuada para trabajar con ella. Olía a alivio.

—Gracias a la Luz. Creía que no llegaríais nunca aquí. Vuestro hombre me ha dicho que el rescate salió bien.

—En efecto, Fennel. ¿Dónde están los otros? —preguntó.

—Se adelantaron, milord. —El hombre le hizo una reverencia desde el caballo—. Me ofrecí voluntario para quedarme y esperar a que nos alcanzarais. Alguien tenía que explicarlo, ¿comprendéis?

—¿Explicar qué?

—Que los demás se dirigieron a Lugard, calzada adelante —respondió Fennel.

—¿Qué? ¡Di órdenes de que se siguieran hacia el norte! —exclamó Perrin con frustración.

—Milord, nos cruzamos con viajeros que venían de esa dirección y nos dijeron que las vías que llevan al norte estaban casi intransitables para carros y carretas por culpa del barro. Maese Gill decidió que lo mejor sería dirigirse a Caemlyn a través de Lugard para cumplir vuestras órdenes. Lo siento, milord, por eso tenía que quedarse uno de nosotros —se disculpó el herrador, cariacontecido.

¡Luz! No era de extrañar que los exploradores no hubieran encontrado a Gill y a los demás. Habían ido en otra dirección. En fin, la verdad era que, después de avanzar a trancas y barrancas por el barro durante semanas —a veces teniendo que hacer un alto y acampar a la espera de que pasaran las tormentas—, Perrin comprendía que maese Gill hubiera decidido tomar esa calzada. Lo cual no significaba que no se sintiera frustrado.

—¿Cuánto retraso llevamos con ellos? —quiso saber Perrin.

—Hace cinco días que estoy aquí, milord.

Así que Gill y los otros también habían avanzado despacio. Bueno, ya era algo que el grupo no les llevara demasiada ventaja.

—Ve y que te den algo de comer, Fennel. Y gracias por esperar aquí para informarme de lo ocurrido. Has sido muy valiente quedándote solo tanto tiempo.

—Alguien tenía que hacerlo, milord. —Titubeó un poco antes de añadir—: La mayoría temía que no... Bueno, que las cosas hubieran ido mal, milord. Imaginamos que avanzaríais más deprisa que nosotros puesto que llevábamos los carros, ¿sabéis? ¡Pero, por lo que veo, decidisteis traer con vos a toda la ciudad!

Por desgracia, no andaba muy desencaminado. Hizo un gesto con la mano a Fennel dándole permiso para marcharse.

—Lo encontré en la calzada, más o menos a una hora de camino, junto a una colina. Sería un excelente sitio para acampar, con bastante agua potable y buena vista

del área en derredor —informó Gaul en voz baja.

Perrin asintió con la cabeza. Tendrían que decidir qué hacer: esperar hasta que Grady y Neald estuvieran en condiciones de abrir accesos más grandes; o seguir por la calzada a maese Gill y los demás; o enviar a la mayoría de las personas hacia el norte y que sólo unos pocos se dirigieran hacia Lugard. Se decidiera lo que se decidiese, era aconsejable acampar el resto del día para considerar la situación.

—Haz correr la voz, por favor —le pidió a Gaul—. Iremos calzada adelante hasta el lugar que has encontrado y allí debatiremos qué hacer a continuación. Y pregunta a algunas Doncellas si pueden explorar la calzada en dirección opuesta para estar seguros de que no nos sorprenderá alguien que viaje por detrás de nosotros.

Gaul asintió con la cabeza y se alejó para transmitir las órdenes. Perrin siguió montado en *Recio*, pensativo. Se sentía tentado de mandar de inmediato a Arganda y a Alliandre hacia el noroeste, con la idea de ponerlos en camino a Jehannah. Pero las Doncellas habían observado que algunos exploradores Shaido vigilaban la columna. Seguramente lo hacían para estar seguros de que Perrin no representaba una amenaza, pero su presencia lo inquietaba. Corrían tiempos peligrosos.

Lo mejor sería que Alliandre y los suyos siguieran con ellos por ahora, tanto por la seguridad de la mujer como por la suya propia. Al menos hasta que Grady y Neald se recuperaran. Las picaduras de las serpientes surgidas de la burbuja maligna los habían afectado mucho más a ellos dos y a Masuri —la única Aes Sedai a la que picaron— que a los demás.

Aun así, Grady empezaba a recuperarse y dentro de poco estaría en condiciones de abrir un acceso lo bastante grande para que el ejército pasara por él. Entonces podría mandar a casa a Alliandre y a los hombres de Dos Ríos. El mismo estaría en condiciones de Viajar para reunirse con Rand, fingir que hacían las paces (eran muchos los que todavía pensaban que Rand y él se habían enfadado y que cada cual se había ido por su lado) y por último se libraría de Berelain y su Guardia Alada. De ese modo, las cosas volverían a sus cauces normales.

Quisiera la Luz que todo se solucionara así de fácil. Sacudió la cabeza para disipar el remolino de colores y las imágenes que veía cada vez que pensaba en Rand.

Cerca, Berelain y su tropa salieron a la calzada; parecían muy complacidos de pisar suelo compacto. La hermosa mujer morena lucía un elegante vestido verde ceñido con un cinturón de gotas de fuego; el escote era lo bastante bajo para que Perrin se sintiera incómodo. Durante la ausencia de Faile, él había empezado a confiar en la Principal una vez que dejó de tratarlo como un oso de gran valor al que dar caza para desollarlo.

Ahora Faile había vuelto y, por lo visto, la tregua con Berelain se había acabado. Como siempre, Annoura cabalgaba cerca de ella, aunque ya no se pasaba todo el tiempo charlando con la Principal, como ocurría antes. Perrin había sido incapaz de

colegir la razón de que la Aes Sedai hubiera estado reuniéndose con el Profeta, y no creía probable que lo dedujera nunca.

Un día después de haber salido de Malden, los exploradores de Perrin se habían topado con unos cuantos cadáveres a los que habían matado a flechazos, además de robarles los zapatos, los cinturones y cualquier otra cosa de valor. A pesar de que los cuervos le habían arrancado los ojos, Perrin identificó el olor de Masema entre el hedor a putrefacción.

El Profeta había muerto, asesinado por asaltantes. Quizá había sido un final apropiado para él, aunque Perrin todavía tenía la sensación de haber fracasado. Rand le había pedido que le llevara a Masema. Los colores se arremolinaron de nuevo. En cualquier caso, había llegado el momento de reunirse con él. En el remolino de colores vio a Rand de pie ante un edificio con la fachada quemada, la mirada prendida con fijeza en el oeste. Había llevado a cabo la tarea encomendada al ocuparse del Profeta y asegurarse la lealtad de Alliandre. Sólo que Perrin todavía tenía la sensación de que había algo que iba muy mal. Toqueteó el rompecabezas de herrero que llevaba en el bolsillo. Para entender algo, uno tenía que comprender las partes que lo componían.

Olió a Faile antes de que ella llegara a su lado y oyó las pisadas del caballo en la blanda tierra.

—¿Así que Gill se dirige hacia Lugard? —preguntó su mujer cuando se detuvo junto a él.

Perrin asintió con la cabeza.

—Quizás haya sido una decisión acertada. Tal vez deberíamos ir también en esa dirección. ¿Los últimos que se nos han unido son también mercenarios?

—Sí.

—Debemos de haber recogido unas cinco mil personas en las últimas semanas, puede que más —comentó ella, pensativa—. Qué raro, en una región tan desolada como ésta.

Era preciosa, con ese cabello negro como ala de cuervo y los rasgos tan firmes, como esa buena nariz saldaenina entre los ojos rasgados. Vestía un atuendo apropiado para cabalgar, de color rojo intenso, como el vino. La amaba mucho y daba gracias a la Luz por haber logrado recuperarla. ¿Porqué se sentiría ahora tan incómodo cuando la tenía cerca?

—Estás preocupado, esposo —comentó ella.

Qué bien lo conocía. Casi como si fuera capaz de captar e interpretar los olores. No obstante, debía de tratarse de una cualidad relacionada con ser mujer, porque Berelain también tenía esa habilidad.

—Hemos reunido mucha gente. Debería empezar a rechazarlos —gruñó él.

—Sospecho que encontrarían la forma de regresar a nuestro ejército de todas

formas.

—¿Por qué iban a hacerlo? Podría dar órdenes para que se lo impidieran.

—El Entramado no obedece órdenes, esposo. —Echó una ojeada a la columna de gente que iba entrando en la calzada.

—¿A qué te...? —Se interrumpió al pillar lo que había querido decir—. ¿Crees que soy yo? ¿Por mi condición de *ta'veren*?

—En cada parada a lo largo del viaje has ido reuniendo más seguidores. A pesar de las pérdidas en la batalla contra los Aiel, salimos de Malden con una fuerza mayor que la que teníamos al principio. ¿No te ha asombrado que tantos de los que eran *gai'shain* se hayan aficionado al adiestramiento en el manejo de armas que imparte Tam?

—Pasaron mucho tiempo sometidos y maltratados, y querrán evitar que vuelva a pasarles lo mismo.

—Y por eso los toneleros aprenden a luchar con espada y descubren que tienen cualidades para ello. O los constructores, a quienes ni se les paso por la cabeza la idea de luchar contra los Shaido, ahora se entrenan con la vara de combate. Y los mercenarios y hombres de armas que afluyen a nuestro ejército —expuso Faile.

—Es coincidencia.

—¿Coincidencia? ¿Con un *ta'veren* a la cabeza del ejército? —Parecía divertida por la idea.

Su mujer tenía razón, así que guardó silencio y olió la satisfacción en Faile por haber ganado la discusión. No es que él considerara una discusión ese intercambio de pareceres, pero ella sí. Si acaso, le habría dado rabia que él no hubiese alzado la voz.

—Todo esto acabará dentro de unos días, Faile. Cuando volvamos a disponer de accesos, enviaré a estas gentes a donde les corresponde. No reúno un ejército, sino que ayudo a unos refugiados a regresar a casa.

Sólo le faltaba que hubiera más gente llamándolo "milord" con tanta reverencia y ceremonia.

—Ya veremos —dijo su mujer.

—Faile. —Suspiró y bajó la voz—. Un hombre ha de ver las cosas como son. No tiene sentido llamar bisagra a una hebilla o llamar herradura a un clavo. Te lo he dicho: no soy un buen líder, y lo he demostrado.

—Yo no lo veo así.

Apretó los dedos en torno al rompecabezas de herrero que tenía en el bolsillo. Habían hablado de ese asunto durante las semanas transcurridas desde su partida de Malden, pero ella se negaba a enfocar las cosas con sentido común.

—¡El campamento fue un desastre durante tu ausencia, Faile! Ya te he contado que Arganda y las Doncellas estuvieron a punto de matarse unos a otros. Y Aram... Masema lo corrompió delante de mis narices y no me di cuenta. Las Aes Sedai se

traían entre manos enredos que yo ni siquiera alcanzaba a imaginar, y los hombres de Dos Ríos... Ya te habrás fijado que me miran como si los hubiera avergonzado.

El olor de Faile se volvió punzante por la cólera cuando Perrin dijo eso último, y su mujer se volvió bruscamente hacia Berelain.

—No es culpa suya —se apresuró a aclararle Perrin—. Si hubiera estado en condiciones de pensarlo, habría frenado los rumores de raíz, pero no fue así. Ahora tengo que dormir en la cama que yo mismo me preparé. ¡Luz! ¿Qué puede esperarse de un hombre si ni sus propios vecinos tienen buena opinión de él? No soy un noble, Faile, y no hay más que hablar. Lo he demostrado de forma manifiesta.

—Pues sí que es raro. He hablado con los demás y cuentan una historia diferente. Dicen que lograste refrenar a Arganda y atajar los conatos de pelea en el campamento. Además, está la alianza con los seanchan; cuanto más detalles voy descubriendo sobre eso, más impresionada estoy. Actuaste con determinación en un momento de gran incertidumbre, conseguiste concentrar los esfuerzos de todo el mundo y lograste lo imposible al tomar Malden. Esos son actos propios de un cabecilla.

—Faile... —empezó, reprimiendo un gruñido.

¿Por qué no lo escuchaba? Cuando estaba cautiva, lo único que le preocupaba a él era recuperarla, nada más. Lo traía sin cuidado quién necesitaba su ayuda o qué órdenes había dado. Aunque hubiera empezado el mismísimo Tarmon Gai'don, él lo habría pasado por alto con tal de encontrarla.

Era consciente de cuán peligrosas habían sido sus acciones. Lo peor, sin embargo, era que volvería a hacer lo mismo. No lamentaba lo que había hecho, ni por un instante. Un líder no podía ser así.

Para empezar, no habría tenido que permitirles que enarbolaran el estandarte con la cabeza de lobo. Ahora que ya había llevado a cabo las tareas encomendadas, ahora que Faile había vuelto, era el momento de dejar atrás todas esas tonterías. Él era un herrero. Daba igual que Faile lo vistiera con una ropa o con otra, ni qué títulos le diera la gente. Uno no podía convertir una cuchilla desbastadora de carpintero en una herradura pintándola o llamándola por otro nombre distinto.

Se volvió de lado, hacia donde Jori Congar cabalgaba al frente de la columna, con esa condenada bandera de la roja cabeza de lobo ondeando orgullosamente en la punta de un mástil más alto que la lanza de un soldado de caballería. Perrin abrió la boca para gritarle que la arriara, pero Faile habló en ese momento.

—Pues, sí. He pensado en esto durante las últimas semanas y, por extraño que pueda parecer, creo que quizá mi cautividad haya sido justo lo que nos hacía falta. A los dos.

¿Qué? Perrin se volvió hacia ella y percibió el olor a profunda reflexión. Estaba convencida de que era cierto lo que acababa de decir.

—Bien, tenemos que hablar de... —añadió Faile.

—Vuelven las exploradoras Aiel —la interrumpió, quizá con más brusquedad de lo que era su intención.

Faile miró hacia donde él señalaba y, como era de esperar, no alcanzó a ver nada. Pero estaba enterada de las peculiaridades de los ojos de su marido; era una de las pocas personas que lo sabían.

La llamada llegó cuando otros divisaron las tres figuras vestidas con *cadin'sor* en la calzada, las Doncellas que Perrin había mandado a investigar. Dos de ellas se dirigieron presurosas hacia las Sabias, y una corrió a largas zancadas en dirección a Perrin.

—Hay algo al lado de la calzada, Perrin Aybara. —La mujer olía a preocupación, y eso era mala señal—. Es algo que querrás ver.

Galad se despertó con el chasquido del faldón de una tienda sacudido por el aire. Sentía fuertes punzadas en el costado, por las numerosas patadas recibidas; casi igualaban en intensidad a los dolores más sordos del hombro, del brazo izquierdo y del muslo, donde lo había herido Valda. Pero el feroz martilleo de la cabeza era lo bastante agudo para ahogar todo lo demás.

Gimió y rodó sobre la espalda. Todo era oscuridad a su alrededor, aunque en el cielo brillaban puntos luminosos. ¿Estrellas? El cielo llevaba mucho tiempo encapotado.

No, esos puntos tenían algo raro. La cabeza le palpitaba de dolor, y parpadeó para librarse de las lágrimas que tenía en el rabillo de los ojos. Esas estrellas parecían tan débiles, tan lejanas... No se agrupaban en figuras familiares. ¿Dónde lo habría llevado Asunawa que hasta las estrellas eran diferentes?

Al aclarársele la mente empezó a distinguir lo que lo rodeaba. Se encontraba en una tienda de dormir, fabricada con un material grueso para que dentro estuviera oscuro durante las horas diurnas. Los puntos de luz que había en lo alto no eran estrellas, ni mucho menos, sino la luz del sol colándose por algunos agujeros diminutos en la desgastada lona.

Todavía estaba desnudo y, al tantearse la cara con los dedos, notó que tenía sangre reseca proveniente de un largo corte en la frente. Si no se lavaba pronto la herida, se le infectaría. Yació boca arriba y respiró con cuidado: si inhalaba demasiado aire de una sola vez, el costado le daba un fuerte pinchazo.

Galad no le tenía miedo a la muerte ni al dolor. Había hecho las elecciones correctas. Era cuestión de mala suerte haber tenido que entregar el mando a los interrogadores, ya que éstos se hallaban bajo el control de los seanchan. Sin embargo, no le había quedado otra opción después de caer en manos de Asunawa.

No estaba furioso con los exploradores que lo habían traicionado. La hermandad

de los interrogadores constituía una autoridad legítima entre los Hijos y, sin duda, sus mentiras habían sido convincentes. No, con quien estaba furioso era con Asunawa, que cogía lo que era verdad y lo enturbiaba. En el mundo había muchos que lo hacían, pero entre los Hijos debería ser diferente.

Los interrogadores no tardarían en ir a buscarlo y entonces se cobrarían con sus ganchos y cuchillos el verdadero precio que debía pagar por salvar a sus hombres. Había sido muy consciente de ese precio al tomar la decisión. En cierto modo, había ganado porque había sacado el mejor partido posible a la situación.

La otra medida para asegurar su victoria era mantenerse firme en la verdad cuando lo interrogaran, negar que fuera un Amigo Siniestro hasta su último aliento. No sería fácil, pero sí lo correcto.

Se obligó a incorporarse para sentarse, esperando —y aguantando estoicamente— que pasaran el mareo y la náusea. Tanteó a su alrededor. Tenía las piernas atadas con una cadena, y ésta se encontraba sujeta a una estaca bien clavada en el suelo, a través de la tosca lona del suelo de la tienda.

Intentó sacarla a tirones, por si acaso. Tiró con tanta fuerza que los músculos le fallaron y estuvo a punto de desmayarse. Tras recuperarse, gateó hacia el costado de la tienda; la cadena era lo bastante larga para permitirle llegar a los faldones de la entrada. Tomó una de las ataduras de tela que se utilizaban para sujetar los faldones cuando estaban abiertos, y escupió en ella. Después, de forma metódica, se limpió la suciedad y la sangre de la cara.

Limpiarse le daba un propósito: mantenerse activo y no pensar en el dolor. Con cuidado, restregó la costra de sangre adherida a la mejilla y la nariz. No le resultó fácil, ya que tenía la boca seca. Se mordió la lengua para provocar la salivación. Las cintas no eran de lona, sino de un tejido más ligero, y olían a polvo.

Escupió de nuevo en una parte limpia de la cinta y extendió la saliva en la tela. La herida de la cabeza, la tierra de la cara... Esas cosas eran pruebas de la victoria de los interrogadores. No les daría esa satisfacción. Iría a la tortura con la cara limpia.

Fuera se oyeron voces fuertes. Hombres que se preparaban para batir tiendas. ¿Retrasaría eso su interrogatorio? Lo dudaba. Levantar el campamento podía costar horas. Galad siguió limpiándose y manchó las dos tiras de tela haciendo del trabajo una especie de ritual, una pauta acompasada que le diera un punto de enfoque para la meditación. La jaqueca se replegó, los dolores del cuerpo perdieron importancia.

No huiría. Aunque pudiera escapar, evadirse invalidaría su trato con Asunawa. Afrontaría a sus enemigos con dignidad.

Terminaba de limpiarse cuando oyó hablar fuera de la tienda. Venían por él. Reculó sin hacer ruido hasta la estaca clavada en el suelo. Respirando hondo a pesar del dolor, rodó sobre un costado para arrodillarse. Después apoyó la mano izquierda en la cabeza de la estaca y empujó para incorporarse y ponerse de pie.

Se tambaleó, pero enseguida recobró el equilibrio y se puso erguido. Ahora los dolores no eran nada. Había sentido picaduras de insectos que resultaban más dolorosas. Puso los pies separados, en una pose de guerrero, con las manos delante, cruzadas por las muñecas. Bien recta la espalda, abrió los ojos y miró con fijeza los faldones de la entrada. No era la capa ni el uniforme ni los símbolos heráldicos ni la espada los que hacían a un hombre lo que era, sino cómo se conducía.

Los faldones crujieron y se abrieron a continuación. La luz de fuera era cegadora, pero Galad no parpadeó aunque le hirió los ojos. No hizo ninguna mueca de dolor.

Las siluetas que se movían a contraluz, recortadas contra un cielo encapotado, vacilaron. Galad se daba cuenta de que les había sorprendido encontrarlo de pie.

—¡Luz! —exclamó uno—. Damodred, ¿cómo es que estás despierto?

De pronto, aquel acento le sonó familiar.

—¿Trom? —preguntó con la voz quebrada.

Los hombres entraron en la tienda. A medida que los ojos se le acostumbraban a la luz, Galad distinguió al robusto Trom, así como a Born— hald y a Byar. Trom toqueteó con torpeza un manojo de llaves.

—¡Un momento! Os di unas órdenes a vosotros tres. ¡Bomhald, tienes sangre en la capa! ¡Os ordené que no intentarais liberarme! —increpó Galad.

—Tus hombres han obedecido las órdenes, Damodred —dijo una nueva voz.

Galad alzó la vista y vio a otros tres hombres que entraban en la tienda: Berab Golever, alto y barbudo; Alaabar Harnesh, con la calva cabeza atezada y una oreja de menos; Brandel Vordarian, un tipo gigantesco y rubio, también oriundo de Andor, como Galad. Capitanes los tres; y los tres habían estado con Asunawa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Galad.

Harnesh abrió un saco y dejó caer un bulto al suelo, delante de Galad. Una cabeza. La de Asunawa.

Los tres hombres desenvainaron las espadas y se arrodillaron ante él de forma que las puntas de las hojas se clavaron en la lona del suelo. Trom abrió los grilletes que aprisionaban los tobillos de Galad.

—Entiendo —dijo éste—. Habéis alzado la espada contra otros Hijos compañeros vuestros.

—¿Y qué querías que hiciéramos? —inquirió Brandel, que siguió arrodillado.

—No lo sé. —Galad negó con la cabeza—. Quizá tenéis razón; no debería reprocharos esta decisión. A lo mejor ha sido la única que podíais tomar, pero ¿por qué cambiasteis de parecer?

—Hemos perdido dos capitanes generales en menos de medio año —respondió Harnesh con aspereza—. La Fortaleza de la Luz se ha convertido en un patio de recreo para los seanchan. El mundo está sumido en el caos.

—Y, sin embargo —terció Golever—, Asunawa nos hizo marchar todo el camino

hasta aquí para que combatiéramos contra nuestros compañeros de armas. Eso no estaba bien, Damodred. Todos vimos cómo te presentaste, todos vimos cómo impediste que nos matáramos unos a otros. Ante un ejemplo así y con el Inquisidor Supremo tachando de Amigo Siniestro a un hombre que todos sabemos que es honorable... En fin, ¿cómo no íbamos a volvernos contra él?

—¿Me aceptáis, pues, como capitán general?

Los tres hombres inclinaron la cabeza.

—Todos los capitanes están de tu parte —dijo Golever—. Nos hemos visto obligados a matar a un tercio de los que llevan el cayado rojo de pastor, símbolo de la Mano de la Luz. Algunos se han unido a nosotros, y otros intentaron huir. Los amadicienses no se inmiscuyeron, y muchos han dicho que prefieren unirse a nosotros que volver con los seanchan. Hemos reducido a punta de espada a los otros amadicienses y a los interrogadores que intentaron escapar.

—Liberad a los que quieran irse —ordenó Galad—. Pueden volver con sus familias y con sus amos. Para cuando quieran reunirse con los seanchan, estaremos fuera de su alcance.

Los hombres asintieron en silencio.

—Acepto vuestra lealtad —agregó Galad—. Reunid a los otros capitanes y traedme informes de los suministros. Levantad el campamento. Marchamos hacia Andor.

Ninguno de ellos preguntó si quería descansar, aunque Trom parecía preocupado. Galad se puso el uniforme blanco que un Hijo le ofreció y después se sentó en una silla que habían llevado a toda prisa mientras otro, el Hijo Candeiar, un hombre experto en heridas, entró para examinar las de Galad.

Este no se consideraba lo bastante sabio ni fuerte para ostentar el título que llevaba. Pero los Hijos habían tomado una decisión. Que la Luz los amparara.

CAPÍTULO 3

La cólera de la Amyrlin

Egwene flotaba en la oscuridad. Era incorpórea, no tenía sustancia ni forma física. Los pensamientos, las fantasías, las preocupaciones, las esperanzas y las ideas de todo el mundo se extendían en la eternidad a su alrededor.

Aquél era el lugar existente entre los sueños y el mundo de vigilia, una negrura plagada de millares y millares de puntos luminosos, singulares e inconfundibles, todos y cada uno de ellos más enfocados e intensos que las estrellas del cielo. Eran sueños y Egwene sabía cómo entrar en ellos, pero no lo hizo. Los que querría ver estaban protegidos, y casi todos los demás eran enigmas para ella.

Había uno en el que anhelaba meterse. Se contuvo. Aunque sus sentimientos por Gawyn seguían siendo muy intensos, en los últimos días se había empañado la opinión que tenía de él. Perderse en sus sueños no sería una ayuda.

Se volvió para examinar el espacio en derredor. De un tiempo a esta parte, había tomado por costumbre ir allí para pensar mientras flotaba. Los sueños de todo el mundo en aquel lugar —algunos de su mundo, otros de reflejos de él— le recordaban por qué luchaba. Nunca debía olvidar que había todo un mundo al otro lado de los muros de la Torre Blanca, y que el propósito de las Aes Sedai era servir a ese mundo.

El tiempo pasó mientras yacía bañada por la luz de los sueños. Por fin, ejerció la voluntad de moverse y localizó un sueño que identificó, aunque no estaba segura de cómo lo había hecho. El sueño se deslizó hacia ella y ocupó su campo visual.

Presionó con la voluntad contra el sueño y envió un pensamiento hacia el interior.

Nynaeve, va siendo hora de que dejes de esquivarme. Tenemos cosas que hacer y he de darte algunas noticias. Reúnete conmigo dentro de dos noches en la Antecámara de la Torre. Si no vas, me veré obligada a tomar medidas. Tu empeño en darme largas es un peligro para todos.

Dio la impresión de que el sueño se estremecía, y Egwene se retiró al mismo tiempo que desaparecía el punto de luz. Ya había hablado con Elayne. Esas dos actuaban un poco por libre; era preciso ascenderlas al chal como era debido, con la aplicación de los Juramentos.

Aparte de eso, Egwene necesitaba que Nynaeve le diera información. Con suerte, la amenaza junto con la promesa de noticias la harían acudir a la cita. Y eran noticias importantes: la Torre Blanca reunificada por fin; la Sede Amyrlin afianzada; Elaida capturada por los seanchan.

Los puntos luminosos de los sueños se movían a gran velocidad alrededor de Egwene, que se planteó la posibilidad de entrar en contacto con las Sabias, pero por

último decidió no hacerlo. ¿Cómo debería abordarlas? Ante todo, debía evitar que pensaran que las estaba "encarrilando". Todavía no tenía decidido su plan para ellas.

Se deslizó de vuelta al cuerpo, satisfecha de pasar el resto de la noche en sus propios sueños. Ahí no podía impedir que le llegaran pensamientos de Gawyn, aunque lo cierto era que tampoco quería evitarlo. Entró en su sueño y en el abrazo del hombre. Se encontraban en un cuarto pequeño, con paredes de piedra, semejante a su estudio de la Torre, sólo que la decoración era como la sala común de la posada de su padre. Gawyn estaba vestido con la tosca ropa de paño de Dos Ríos y no llevaba espada. Una vida más sencilla. Una vida que ya no era para ella, pero bien podía soñar...

De pronto, todo se sacudió y dio la impresión de que la habitación del pasado y el presente se despedazaba, se evaporaba en humo arremolinado. Dando un respingo, Egwene retrocedió mientras Gawyn se deshacía como si fuera de arena. A su alrededor, todo era polvo; trece torres negras se erguían a lo lejos bajo un cielo con apariencia de alquitrán.

Una se derrumbó, seguida de otra, y se hicieron añicos en el suelo. Al mismo tiempo, las que quedaban se volvieron más y más altas. El suelo tembló al desplomarse más torres. Otra se sacudió y se resquebrajó; empezó a desmoronarse hasta casi venirse abajo, pero entonces se recompuso y se elevó hasta ser más alta que todas las demás.

Al acabar el terremoto quedaban seis torres que se alzaban imponentes ante ella. Egwene había caído al suelo, que se había transformado en tierra blanda cubierta de hojas marchitas. La visión cambió. Ahora miraba desde arriba a un nido en el que un grupo de aguiluchos chillaba al cielo llamando a su madre. Uno de los aguiluchos se "desenroscó" y quedó patente que no era un águila en absoluto, sino una serpiente. Atacó a los pollos de uno en uno y fue tragándoselos enteros. Los aguiluchos seguían mirando el cielo con fijeza y haciendo como si la serpiente fuera su hermano mientras ésta los devoraba.

La visión cambió. Vio una esfera enorme hecha del cristal más delicado. Resplandecía con la luz de veintitrés estrellas enormes que brillaban sobre ella, en la oscura cima donde se encontraba. La esfera tenía fisuras, pero unas cuerdas la mantenían unida.

Allí estaba Rand; subía ladera arriba, con un hacha de leñador en la mano. Al llegar arriba enarboló el hacha y cortó las cuerdas de una en una, soltándolas. Al partirse la última, la esfera empezó a resquebrajarse hasta que el hermoso objeto se partió en pedazos. Rand meneó la cabeza.

Egwene dio un grito ahogado, se despertó y se sentó en la cama. Se hallaba en sus aposentos de la Torre Blanca. El dormitorio estaba casi vacío, ya que había mandado sacar las pertenencias de Elaida, pero todavía no habían acabado de amueblarlo. Sólo

tenía un palanganero, una alfombra gruesa y tupida de fibra marrón, y un lecho con columnas y colgaduras. Las contraventanas estaban cerradas, y la luz del sol se colaba por las rendijas.

Inhaló y exhaló varias veces. Rara vez tenía sueños que la alteraran tanto como había ocurrido con éste.

Tras calmarse un poco, bajó la mano por el costado de la cama y recogió un libro encuadernado en cuero que guardaba allí por costumbre a fin de poder anotar los sueños que tenía. De los de esa noche, el de enmedio era el más claro para ella. Podría decirse que "sentía" su significado y lo interpretaba como hacía a veces. La serpiente era uno de los Renegados, una mujer oculta en la Torre Blanca que se hacía pasar por Aes Sedai. Egwene ya sospechaba que tal era la situación, y Verin le había dicho que ella creía que era así.

Mesaana seguía en la Torre Blanca, pero ¿cómo había conseguido pasar por una Aes Sedai? Todas las hermanas habían repetido los Juramentos. Por lo visto, Mesaana sabía cómo vencer la esencia de la Vara Juratoria. Mientras anotaba con minuciosidad los sueños, Egwene evocó las imponentes torres que amenazaban con destruirla y supo también parte del significado de ese sueño.

Si no daba con Mesaana y la detenía, algo terrible iba a pasar. Podía ser la caída de la Torre Blanca; quizá la victoria del Oscuro. Los Sueños no eran como las Predicciones: no mostraban lo que pasaría, sino lo que podía pasar.

«Luz, como si no tuviera ya bastantes preocupaciones», pensó al acabar las anotaciones.

Se levantó para llamar a sus doncellas, pero un toque de nudillos en la puerta se le adelantó. Llevada por la curiosidad, cruzó el cuarto a través de la gruesa alfombra —vestida sólo con el camisón— y abrió la puerta una rendija suficiente para ver a Silviana de pie en la antecámara. De rostro cuadrado y vestida de rojo, la mujer llevaba el pelo recogido en un moño alto, como tenía por costumbre, y la estola roja de Guardiana echada sobre los hombros.

—Madre, os pido disculpas por despertaros —dijo.

—No estaba dormida. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Está aquí, madre. En la Torre Blanca.

—¿Quién?

—El Dragón Renacido. Quiere veros.

—Vaya, esto es un guiso de pescador hecho sólo con cabezas —sentenció Siuan mientras caminaba con paso majestuoso por un pasillo de la Torre Blanca—. ¿Cómo ha logrado pasar por la ciudad sin que nadie lo viera?

El mayor Chubai se encogió como si hubiera recibido un puñetazo.

«Hace bien en encogerse», pensó Siuan.

El hombre de pelo negro azabache vestía el uniforme de la Guardia de la Torre: tabardo blanco sobre la cota, adornado con la llama de Tar Valon. Caminaba con la mano en la empuñadura de la espada. Había corrido el rumor de que quizá sería reemplazado en el puesto de mayor ahora que Bryne se encontraba en Tar Valon, pero Egwene, siguiendo el consejo de Siuan, no lo había hecho. Bryne no quería ocupar ese cargo, aparte de que lo necesitarían como general de campo en la Última Batalla.

Bryne se encontraba fuera, con sus hombres; localizar alojamiento y víveres para cincuenta mil hombres estaba resultando una tarea que rayaba en lo imposible. Siuan le había mandado aviso y ahora lo sentía cada vez más cerca. Aunque fuera más seco que un puñado de yesca, Siuan sabía que habría sido estupendo tener cerca la firmeza del hombre en ese momento. ¿El Dragón Renacido? ¿Dentro de Tar Valon?

—No es tan sorprendente que haya llegado tan lejos, Siuan —intervino Saerin.

La Marrón de tez olivácea se encontraba con Siuan cuando vieron al capitán pasar corriendo con el rostro demudado. Saerin tenía canas en las sienes, lo cual —para una Aes Sedai— daba la medida de su edad; una cicatriz le cruzaba una mejilla, aunque Siuan había sido incapaz de sonsacarle qué la había causado.

—Cientos de refugiados entran a raudales en la ciudad todos los días, y a cualquier hombre que demuestre la más mínima predisposición a la lucha lo mandan a reclutarse en la Guardia de la Torre —continuó Saerin—. No es pues de extrañar que nadie haya detenido a al'Thor.

Chubai asintió con la cabeza a lo dicho por la Marrón.

—Se había plantado en la Puerta del Ocaso antes de que alguien le hiciera preguntas. Y entonces lo que hizo fue... En fin, dijo que era el Dragón Renacido y que deseaba ver a la Amyrlin. No gritó, ni nada por el estilo. Habló con la calma de una lluvia primaveral.

Los pasillos de la Torre estaban muy transitados, aunque daba la impresión de que la mayoría de las mujeres no sabían qué deberían hacer e iban al buen tuntún de aquí para allá con precipitación, como peces dentro de una red.

«Déjate de tonterías —se exhortó Siuan—. Ha entrado en la sede de nuestro poder. Es él quien está atrapado en una red.»

—¿Qué juego crees que se trae entre manos? —preguntó Saerin.

—Que me aspen si lo sé. A estas alturas debe de haber perdido el juicio. Quizás está asustado y ha venido a entregarse de forma voluntaria.

—Lo dudo.

—Yo también —reconoció Siuan a regañadientes.

Durante los últimos días había descubierto —para su sorpresa— que Saerin le caía bien. Como Amyrlin, Siuan no había tenido tiempo para entablar amistades; había sido demasiado importante fomentar la rivalidad entre los Ajahs. Había considerado a Saerin obstinada e irritante. Ahora que no se daban topetazos tan a

menudo, esas peculiaridades le resultaban atrayentes.

—Quizá se ha enterado de que Elaida no está y pensó que se encontraría a salvo aquí, con una vieja amiga sentada en la Sede —sugirió Siuan.

—Eso no encaja con lo que he oído contar del chico. Los informes lo tildan de receloso y mudable, con un carácter autoritario y un gran empeño en evitar a las Aes Sedai.

Era lo mismo que Siuan había oído decir, aunque habían pasado dos años desde que había visto al chico. De hecho, la última vez que había estado ante ella, aún era la Amyrlin y él un simple pastor. Casi todo lo que sabía sobre él a partir de entonces le había llegado a través de los informadores del Ajah Azul. Se necesitaba mucha habilidad para separar lo que era pura conjetura de lo que era verdad, pero casi todos coincidían en que al'Thor era temperamental, desconfiado, arrogante.

«¡Así la Luz abrase a Elaida! De no haber sido por ella, hace mucho tiempo que lo tendríamos a salvo, custodiado por las Aes Sedai.»

Bajaron tres rampas espirales y entraron en otro pasillo de paredes blancas que conducía hacia la Antecámara de la Torre. Si la Amyrlin iba a recibir al Dragón Renacido, lo haría allí. Tras doblar en otras dos esquinas y dejar atrás lámparas de pie con espejos y señoriales tapices, entraron en un último corredor y se pararon en seco.

Las baldosas eran rojas como la sangre. Eso no era correcto. Las de allí deberían ser blancas y amarillas. Estas brillaban, como si estuvieran húmedas.

Chubai inhaló con brusquedad y llevó la mano hacia la empuñadura de la espada. Saerin enarcó una ceja. Siuan estuvo tentada de salir disparada como una flecha corredor adelante, pero los sitios donde la mano del Oscuro tocaba el mundo podían ser peligrosos. Cabía la posibilidad de que se encontrara de pronto hundiéndose a través del suelo o siendo el blanco del ataque de unos tapices.

Las dos Aes Sedai dieron media vuelta y regresaron por donde habían llegado. Chubai se demoró un instante, pero después fue deprisa en pos de ellas. La tensión se reflejaba con claridad en el rostro del mayor. Primero los seanchan, y ahora el Dragón Renacido en persona, aparecían en la Torre para atacarla durante su turno de servicio.

Mientras recorrían los pasillos, se encontraron con otras hermanas que iban en la misma dirección. La mayoría llevaba puesto el chal. Uno podría argumentar que se debía a la noticia del día, pero lo cierto era que muchas seguían desconfiando de los otros Ajahs. Una razón más para maldecir a Elaida. Egwene había trabajado de firme para reconstruir la Torre, pero uno no podía recomponer en un mes los desperfectos de años en unas redes rotas.

Por fin llegaron a la Antesala de la Torre. Las hermanas se apelotonaban en el ancho corredor, separadas por Ajahs. Chubai se acercó con premura a los guardias apostados en la puerta para hablar con ellos, y Saerin entró en la Antesala propiamente dicha, donde esperaría con las otras Asentadas. Siuan permaneció de pie

fuera, junto a las demás docenas de hermanas.

Las cosas estaban cambiando. Egwene tenía una nueva Guardiana para reemplazar a Sheriam. La elección de Silviana había sido un gran acierto; la mujer tenía fama de sensata —para ser Roja—, y elegirla había contribuido a que las dos mitades de la Torre se fusionaran de nuevo. Aun así, Siuan había albergado una mínima esperanza de ser ella la elegida. Egwene tenía tantas ocupaciones ahora —y estaba demostrando ser tan competente sin la ayuda de nadie— que cada vez contaba menos con ella.

Eso era una gran cosa. Pero al mismo tiempo resultaba exasperante.

Los familiares corredores, el olor a pisos recién fregados, el eco de pisadas... La última vez que había estado allí, mandaba ella. Ya no.

No tenía interés en ascender de nuevo a una posición preeminente. Se les echaba encima la Última Batalla, y no quería dedicar el tiempo a resolver las disputas del Ajah Azul conforme las hermanas se reincorporaban a la Torre. Quería encargarse de lo que se había propuesto hacer tantos años atrás, con Moraine: guiar al Dragón Renacido a la Última Batalla.

A través del vínculo percibió la proximidad de Bryne antes de que le llegara su voz.

—Vaya, tienes cara de preocupación —le oyó decir por encima de los susurros de docenas de conversaciones mientras se acercaba por detrás.

Siuan se volvió hacia él. Era un hombre de porte majestuoso y extraordinariamente sosegado, sobre todo si se tenía en cuenta que Morgase Trakand lo había traicionado y que después se había visto envuelto en la política Aes Sedai, para ser informado a continuación de que iba a dirigir sus tropas en primera línea durante la Última Batalla. Pero así era Bryne. Dueño de sí hasta la exageración. El mero hecho de que el hombre se encontrara allí hizo que se sintiera menos preocupada.

—No creía que pudieras venir tan deprisa —dijo Siuan—. Y no tengo "cara de preocupación", Gareth Bryne. Soy Aes Sedai. Está en mi naturaleza controlarme a mí misma y controlar lo que me rodea.

—Sí. No obstante, cuanto más tiempo paso cerca de las Aes Sedai, más me lo cuestiono. ¿Tienen controladas las emociones? ¿O es que esas emociones no cambian nunca? Si uno está preocupado siempre, tendrá la misma expresión siempre.

Siuan le asestó una mirada intensa.

—Mentecato.

El sonrió y se volvió para mirar el pasillo lleno de Aes Sedai y de Guardianes.

—Venía hacia la Torre con un informe cuando el mensajero me encontró. Gracias.

—No hay de qué —respondió Siuan con no poca aspereza.

—Están nerviosas. Creo que nunca he visto así a las Aes Sedai.

—Es comprensible, ¿no? —espetó ella.

Él la miró y a continuación le puso una mano en el hombro. Los dedos fuertes y encallecidos le rozaron el cuello.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bryne.

Siuan respiró hondo y desvió la vista hacia Egwene, que por fin había llegado y se dirigía a la Antecámara, enfrascada en una conversación con Silviana. Como era habitual, el sombrío Gawyn Trakand iba detrás como una sombra distante. Sin ser tomado en cuenta por Egwene, sin haberlo vinculado como su Guardián y, aun así, sin haberlo expulsado tampoco de la Torre. Desde la reunificación, se había pasado todas las noches guardando la puerta de Egwene, a pesar de que ese hecho despertaba la cólera de ésta.

Conforme Egwene caminaba hacia las puertas de la Antecámara, las hermanas se retiraban hacia atrás para abrirle paso, algunas de mala gana y otras con actitud reverente. Había puesto a la Torre de rodillas desde dentro, mientras recibía palizas a diario y la atiborraban con tanta horcaria que casi no podía encender una vela con el Poder. Tan joven. Con todo, ¿qué significaba la edad para una Aes Sedai?

—Siempre pensé que sería yo la que estaría ahí —musitó Siuan para que sólo la oyera Bryne—. Yo la que lo recibiría y lo guiaría. Yo la que habría tenido que sentarse en esa silla.

Los dedos de Bryne apretaron un poco más fuerte.

—Siuan, yo...

—Oh, no seas así —gruñó al tiempo que lo miraba—. No me arrepiento de nada.

El hombre frunció el entrecejo.

—Ha sido para bien —dijo Siuan, aunque admitirlo hacía que se le retorcieran las entrañas—. A pesar de su tiranía y estupidez, fue beneficioso que Elaida me destituyera, porque esa maniobra nos condujo a Egwene. Ella lo hará mejor de lo que yo lo habría hecho. Cuesta aceptarlo, sí... Realicé un buen trabajo como Amyrlin, pero no habría sido capaz de llevar a cabo lo que ella ha logrado. Dirigir por inspirar respeto, en lugar de por la fuerza. Unir en lugar de dividir. Y por ello me alegro de que sea Egwene quien lo recibe.

Bryne sonrió y le apretó el hombro con cariño.

—¿Qué? —preguntó Siuan.

—Estoy orgulloso de ti.

Ella puso los ojos en blanco.

—Bah. Tu sentimentalismo va a hacer que me ahogue un día de éstos.

—No puedes ocultarme tu bondad, Siuan Sanche. Veo tu corazón.

—Eres un bufón de primera.

—Aun así. Tú nos trajiste hasta aquí, Siuan. Por muy alto que llegue esa joven, lo hará porque tú labraste los escalones para ella.

—Sí, y después le pasé el cincel a Elaida.

Siuan desvió los ojos hacia Egwene, que había cruzado el umbral de la Antecámara. La joven Amyrlin miró a las mujeres reunidas fuera y saludó a Siuan con una leve inclinación de cabeza. Puede que incluso con un poco de respeto.

—Ella es lo que necesitamos ahora, pero tú eres lo que necesitábamos entonces. Lo hiciste bien, Siuan. Ella lo sabe y la Torre lo sabe —dijo Bryne.

Ese era el tipo de cosas que a una le gustaba oír y la hacían sentirse bien.

—En fin, ¿lo has visto cuando entraste? —preguntó a Bryne.

—Sí. Espera abajo, vigilado al menos por un centenar de guardianes y veintiséis hermanas, dos círculos completos. Sin duda, debe de estar escudado, pero las veintiséis mujeres parecían a punto de ser presas del pánico. Nadie se atreve a tocarlo ni amarrarlo.

—Mientras esté escudado, eso da igual. ¿Parecía asustado? ¿Altanero? ¿Furioso?

—Ninguna de esas cosas.

—Pues, entonces, ¿qué aspecto tenía?

—¿De verdad, Siuan? Su aspecto era como el de una Aes Sedai.

Siuan cerró la boca de golpe. ¿Le estaba tomando el pelo otra vez? No, Bryne parecía serio. Entonces, ¿a qué se refería?

Egwene entró en la Antecámara, y un instante después una novicia vestida de blanco salió corriendo a pasos cortos, seguida de dos soldados de Chubai. Egwene había mandado llamar al Dragón. Parado en el pasillo, justo detrás de Siuan, Bryne no le quitó la mano del hombro, y ella hizo un esfuerzo para mantener la calma.

Por fin, vio movimiento al final del pasillo. A su alrededor, las hermanas empezaron a irradiar el brillo del *Saidar* cuando abrazaron la Fuente. Siuan se resistió a caer en esa muestra de inseguridad.

Poco después se acercó una comitiva de Guardianes que caminaban en una formación cuadrada alrededor de una figura alta, vestida con un desgastado chaquetón marrón, y veintiséis Aes Sedai cerrando la marcha. La figura situada dentro de la formación resplandecía a los ojos de Siuan; tenía el Talento de ver a los *ta'veren*, y al'Thor era uno de los más poderosos de cuantos habían existido.

Se exhortó a hacer caso omiso del brillo para mirar a al'Thor en sí. Al parecer, el muchacho se había convertido en un hombre. Cualquier indicio de la suavidad juvenil había desaparecido, reemplazado por los rasgos endurecidos. Había perdido la postura inclinada, con los hombros hundidos, que muchos jóvenes adoptaban de forma inconsciente, sobre todo los que eran altos. En cambio, asumía de buena gana su altura, como haría un hombre, y caminaba con un porte que infundía respeto. Siuan había visto falsos Dragones durante sus años como Amyrlin. Curioso, lo mucho que este hombre debería parecerse a ellos. Era...

Se quedó paralizada al mirarlo a los ojos. Había algo indefinible en ellos, como

un peso, una edad. Como si el hombre que había tras ellos viera a través de la luz de un millar de vidas combinadas en una. Y claro que tenía un rostro semejante al de una Aes Sedai. Al menos, esos ojos eran ajenos al transcurso del tiempo.

El Dragón Renacido alzó la mano derecha —el brazo izquierdo lo llevaba doblado a la espalda— e hizo que la comitiva se parara.

—Si hacéis el favor —dijo a los Guardianes mientras pasaba entre ellos.

Los Guardianes, pasmados, lo dejaron pasar; la suave voz del Dragón hizo que se apartaran. Tendrían que haber comprendido que ocurriría algo así. Al'Thor caminó en dirección a Siuan, y ella se armó de valor. No iba armado y estaba escudado. No podía hacerle daño. Aun así, Bryne se adelantó para ponerse junto a ella y bajó la mano hacia la espada.

—Paz, Gareth Bryne —lo tranquilizó al'Thor—. No haré daño a nadie. Presumo que habéis dejado que os vincule. Qué curioso. A Elayne le interesará esto. Y vos, Siuan Sanche, habéis cambiado desde la última vez que nos vimos.

—Los cambios nos llegan a todos mientras gira la Rueda.

—Una respuesta Aes Sedai donde las haya. —Al'Thor sonrió. Era una sonrisa relajada, suave, y eso la sorprendió—. Me pregunto si alguna vez me acostumbraré a esos cambios. Una vez os hirió una flecha disparada contra mí. ¿Os di las gracias?

—Que yo recuerde, no lo hice de forma intencionada —respondió con sequedad.

—Os lo agradezco, de cualquier modo. —Se volvió hacia las puertas de la Antecámara de la Torre—. ¿Qué clase de Amyrlin es?

«¿Por qué me lo pregunta a mí?» Era imposible que supiera la familiaridad que había habido entre Egwene y ella.

—Una Amyrlin increíble —respondió—. Una de las más grandes que ha habido a pesar de que lleva en el puesto muy poco tiempo.

—No habría esperado menos de ella —respondió el Dragón con otra sonrisa—. Qué extraño. Presiento que verla de nuevo será doloroso, aunque ésa es una herida que ha sanado bien y por completo. Será que todavía recuerdo el dolor de entonces, supongo.

¡Luz, este hombre estaba poniendo patas arriba todas sus expectativas! La Torre Blanca era un sitio que debería poner nervioso a cualquier hombre capaz de encauzar, fuera o no fuese el Dragón Renacido. Pero él no daba muestras de estar preocupado lo más mínimo.

Siuan abrió la boca para hablar, pero la interrumpió una Aes Sedai que se abrió paso entre el grupo a empujones. ¿Tiana?

La mujer sacó algo que llevaba guardado en la manga y se lo tendió a Rand: una carta pequeña lacrada con un sello rojo.

—Es para vos —dijo.

La voz le sonaba tensa y los dedos le temblaban, aunque era un temblor tan leve

que habría pasado inadvertido para la mayoría de la gente. Sin embargo, Siuan había aprendido a buscar señales de emociones en las Aes Sedai.

Al Thor enarcó una ceja y después alargó la mano y aceptó la carta.

—¿Qué es? —preguntó.

—Prometí que la entregaría. Habría rehusado, pero jamás imaginé que vendríais de verdad a... Me refiero... —La mujer cerró la boca sin acabar de terminar la frase, tras lo cual se metió de nuevo entre la multitud.

Al'Thor se guardó la nota en el bolsillo, sin leerla.

—Haced todo lo posible para tranquilizar a Egwene cuando me haya marchado —le pidió a Siuan.

A continuación, respiró hondo y echó a andar haciendo caso omiso de los Guardianes. Estos se apresuraron a ir tras él con aire avergonzado, pero nadie se atrevió a tocarlo cuando cruzó las puertas y entró en la Antesala de la Torre.

El vello de los brazos se le puso de punta a Egwene cuando Rand entró en la sala, solo. Fuera, las Aes Sedai se apiñaron en el umbral intentando aparentar que no estaban aturdidas. Silviana miró a Egwene. ¿Debería declararse esta reunión sellada para la Antecámara?

«No. Han de verme plantándole cara —pensó Egwene—. Luz, pero es que no me siento preparada para esto.»

Era inevitable, así que se armó de valor mientras repetía para sus adentros las mismas palabras que había repasado durante toda la mañana. Ése no era Rand al'Thor, el amigo de su infancia, el hombre con el que había pensado que se casaría algún día. Con Rand al'Thor podía mostrarse indulgente, pero la indulgencia en este caso podría desembocar en el fin del mundo.

No. Ese hombre era el Dragón Renacido. El hombre más peligroso que jamás había visto este mundo. Alto, mucho más seguro de sí mismo de como ella lo recordaba. Vestía ropa sencilla.

Él se encaminó directamente al centro de la antesala, con su escolta de Guardianes quedándose atrás. Se paró sobre la Llama del suelo, rodeado de Asentadas que ocupaban sus bancos.

—Egwene —saludó Rand de forma que la voz resonó en la cámara, e hizo una ligera inclinación de cabeza, como en señal de respeto—. Has cumplido con tu parte, por lo que veo. Te sienta bien la estola de Amyrlin.

Después de lo que había oído contar sobre Rand recientemente, no había esperado que actuara con tanta calma. Quizás era la tranquilidad del delincuente que por fin se daba por vencido.

¿Era así como pensaba en él? ¿Como en un delincuente? Había llevado a cabo cosas que, sin lugar a dudas, tenían toda la apariencia de ser transgresiones: había destruido, había conquistado. La última vez que había pasado cierto tiempo con él,

había sido en el viaje por el Yermo de Aiel. Se había convertido en un hombre duro a lo largo de esos meses, y aún veía en él esa dureza. Pero había algo más, algo más profundo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó por fin Egwene mientras se echaba hacia adelante en el solio de la Sede.

—Estaba roto —contestó Rand, que cruzó las manos a la espalda—. Y entonces, cosa sorprendente, me rehíce. Creo que casi me atrapó, Egwene. Fue Cadsuane quien me empujó a hacer esa recomposición, aunque por casualidad. Con todo, tendré que derogar su exilio, imagino.

Hablaba en un tono deferente, con una formalidad ceremoniosa que a Egwene le resultaba nueva. En otro hombre, lo habría atribuido a la educación cultivada que recibiría alguien criado en un ambiente refinado. Pero no era así en el caso de Rand. ¿Habrían logrado instruirlo con tanta rapidez unos tutores?

—¿Por qué acudes ante la Sede Amyrlin? —preguntó—. ¿Vienes a hacer una petición o vienes a ponerte en manos de la Torre Blanca para acogerte a su custodia?

Él la observó, todavía con las manos a la espalda. Justo detrás de él, trece hermanas entraron en silencio en la Antecámara, envueltas en el brillo del *Saidar* con el que mantenían el escudo de Rand.

A éste no pareció importarle el movimiento de las mujeres. Examinó la sala y contempló a varias Asentadas. La mirada se le demoró en los asientos de las Rojas, dos de los cuales se hallaban vacíos. Pevara y Javindhra no habían vuelto todavía de su misión desconocida. Sólo Barasine, recién elegida para reemplazar a Duhara, se hallaba presente. El hecho de que la Roja le sostuviera la mirada con sosiego dijo mucho en su favor.

—Antes os odiaba —dijo Rand mientras se volvía hacia Egwene—. He experimentado un cúmulo de emociones en los últimos meses. Da la impresión de que, desde el instante en que Moraine apareció en Dos Ríos, he estado debatiéndome para eludir los hilos de control de las Aes Sedai. Sin embargo, he permitido que otros hilos, mucho más peligrosos, se enroscaran a mi alrededor, invisibles.

»Se me ocurre que quizá lo he intentado con excesivo empeño. Me inquietaba pensar que, si os prestaba oídos, me controlaríais. No era un deseo de independencia lo que me impulsaba a actuar así, sino un temor a la irrelevancia. Un temor a que las acciones que llevara a cabo serían vuestras, no mías. —Dudó antes de continuar—. Debería haber deseado disponer de tan conveniente montón de espaldas en las que descargar la responsabilidad de mis actos.

Egwene arrugó la frente. ¿El Dragón Renacido había acudido a la Torre Blanca a entablar una insustancial charla filosófica? Quizá se había vuelto loco.

—Rand, voy a hacer que algunas hermanas hablen contigo para decidir si te... pasa algo —dijo, empleando una voz muy suave—. Intenta entenderlo, por favor.

Cuando supieran más sobre su estado, podrían decidir qué hacer con él. El Dragón Renacido necesitaba libertad para cumplir lo que se decía en las profecías, pero ¿iban a dejar que se marchara, sin más, ahora que lo tenían?

Rand sonrió.

—Oh, lo entiendo, Egwene, lo entiendo. Y siento llevarte la contraria, pero tengo muchas cosas que hacer. Hay gente que se muere de hambre por mi culpa, otros viven aterrados por lo que he hecho y un amigo cabalga solo hacia la muerte, sin aliados. Queda muy poco tiempo para hacer todo lo que debe hacerse.

—Rand, tenemos que estar seguras.

Él asintió con la cabeza, como si lo comprendiera.

—Eso es lo que lamento. No quería venir a tu centro de poder, que con tanto acierto has alcanzado, y desafiarte. Pero va a ser imposible evitarlo. Debes saber qué planes tengo para que puedas prepararte.

»La última vez que intenté sellar la Brecha, me vi obligado a hacerlo sin la ayuda de mujeres encauzadoras. Eso es parte de lo que nos condujo al desastre, aunque tal vez fueron sensatas al negarme su fuerza. En fin, la culpa ha de repartirse de forma equitativa, pero no cometeré los mismos errores por segunda vez. Creo que los dos, *Saidin* y *Saidar*, deben utilizarse. Aún no tengo todas las respuestas.

Egwene se echó hacia adelante y lo escrutó. No parecía haber indicios de locura en los ojos. Ella los conocía bien. Conocía a Rand.

«Luz, me estoy equivocando. No puedo pensar en él sólo como el Dragón Renacido. Estoy aquí por alguna razón. Él está aquí por alguna razón. Para mí ha de ser Rand, porque en Rand se puede confiar, mientras que al Dragón Renacido hay que temerlo.»

—¿Cuál de ellos eres? —musitó, sin ser consciente, pero él la oyó.

—Los dos, Egwene. Lo recuerdo. A Lews Therin. Puedo ver toda su vida, cada instante desesperado. Lo veo como un sueño, pero no borroso, sino con claridad. Mi propio sueño. Es parte de mí.

Las palabras eran las de un demente, pero Rand hablaba sin que se le alterase la voz. Lo miró y recordó al joven que había sido. Al muchacho serio. No solemne como Perrin, pero tampoco alocado como Mat. Íntegro, honesto. El tipo de hombre al que uno puede confiar cualquier cosa.

Incluso el destino del mundo.

—Dentro de un mes —empezó a decir Rand en ese momento— viajaré a Shayol Ghul y romperé los sellos que quedan de la prisión del Oscuro. Quiero vuestra ayuda.

¿Romper los sellos? Vio la visión de su sueño, a Rand cortando las cuerdas que mantenían en una pieza la esfera cristalina.

—Rand, no —dijo.

—Os necesitaré, a todas vosotras —continuó él—. Quiera la Luz que esta vez me

deis vuestro apoyo. Quiero que os reunáis conmigo el día antes de partir hacia Shayol Ghul. Y entonces... En fin, entonces discutiremos mis condiciones.

—¿Tus condiciones?

—Ya verás —contestó Rand, que hizo ademán de dar la vuelta para marcharse.

—¡Rand al'Thor! —llamó Egwene al tiempo que se levantaba—. ¡No te atrevas a darle la espalda a la Sede Amyrlin!

Él se quedó inmóvil y luego se volvió hacia ella.

—No puedes romper los sellos —dijo Egwene—. Te arriesgarías a dejar libre al Oscuro.

—Es un riesgo que debemos correr. Hay que limpiar los escombros. La Brecha ha de abrirse por completo otra vez antes de poder sellarla.

—Tenemos que hablar de esto. Hacer planes —sugirió ella.

—Por eso vine a verte. Para dejar que los hicieras.

Su expresión parecía divertida. ¡Luz! Volvió a sentarse, furiosa. Esa tozudez suya era igual que la de su padre.

—Hay cosas de las que hemos de hablar, Rand. No sólo de esto, sino de otros asuntos... Y el de las hermanas que tus hombres han vinculado no es el menos importante de ellos.

—Hablaremos de eso la próxima vez que nos reunamos.

Egwene lo miró ceñuda.

—Y eso es todo de momento. —Rand le hizo una reverencia tan, tan mínima, que más parecía un ligero asentimiento con la cabeza—. Egwene al'Vere, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, ¿tengo tu permiso para retirarme?

Lo preguntó con tanta amabilidad que Egwene no sabía si se burlaba de ella o no. Lo miró a los ojos. «No me obligues hacer algo que luego lamentaría», parecía decir su expresión.

¿De verdad estaba en posición de confinarlo en la Torre? ¿Después de lo que le había dicho a Elaida de que él necesitaba estar libre?

—No te dejaré que rompas los sellos. Eso es una locura —dijo.

—En ese caso, reúnete conmigo en el lugar conocido como Campo de Merrilor, justo al norte. Hablaremos antes de dirigirnos a Shayol Ghul. Mientras tanto, no quiero desafiarte, Egwene, pero he de marcharme.

Ninguno de los dos apartó la vista. El resto de las personas presentes parecía contener el aliento. El silencio en la sala era tal que Egwene oía la débil brisa que hacía gemir el rosetón de la ventana en el arco circular que lo enmarcaba.

—De acuerdo, pero esto no ha acabado, Rand —contestó por fin.

—No existen finales, Egwene —respondió él.

Después la saludó de nuevo con la cabeza y se dio la vuelta para salir de la Antecámara. ¡Luz! ¡Le faltaba la mano izquierda! ¿Cómo habría ocurrido?

Las hermanas y los Guardianes se apartaron de mala gana para abrirle un paso. Egwene se llevó la mano a la cabeza; se sentía mareada.

—¡Luz! ¿Cómo habéis sido capaz de pensar en medio de eso, madre? —le preguntó Silviana, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Egwene recorrió la Antesala con la mirada. Saltaba a la vista que muchas Asentadas estaban hundidas en los asientos, sin fuerzas.

—Algo me asió el corazón y apretó —dijo Barasine, que se llevó la mano al pecho—. No osé decir nada.

—Y yo intenté hablar, pero no conseguí mover los labios —confesó Yukiri.

—*Ta'veren* —sentenció Saerin—. Pero un efecto tan intenso como ése... Sentí como si fuera a aplastarme desde dentro.

—¿Cómo lo habéis resistido, madre? —preguntó Silviana.

Egwene frunció el entrecejo. Ella no se había sentido así, tal vez porque pensó en él como Rand.

—Hemos de hablar de lo que ha dicho. La Antesala de la Torre reanudará la sesión dentro de una hora para debatir este asunto. —Sería una sesión cerrada para la Antecámara—. Y que alguien vaya tras él para asegurarse de que se marcha de verdad.

—Gareth Bryne se está encargando de eso —informó Chubai desde fuera.

Las Asentadas se levantaron de los asientos con esfuerzo, conmocionadas. Silviana se inclinó hacia Egwene.

—Tenéis razón, madre. No se le puede permitir que rompa los sellos, mas ¿qué opciones hay? Si no queréis tenerlo cautivo...

—Dudo que estuviera en nuestro poder retenerlo —manifestó Egwene—. Había algo en él que... Tuve la sensación de que habría sido capaz de romper ese escudo sin el menor esfuerzo.

—Entonces, ¿cómo? ¿De qué forma se lo impedimos?

—Necesitamos aliados. —Egwene hizo una profunda inspiración—. Quizá podríamos persuadirlo a través de personas en las que confía.

O quizá obligarlo a cambiar de parecer reuniendo un grupo lo bastante grande que le plantara cara para impedírselo.

Si antes era importante hablar con Elayne y Nynaeve, ahora se había vuelto una cuestión vital.

CAPÍTULO 4

Quejidos del Entramado

—¿Qué ocurre?— preguntó Perrin, que intentó no hacer caso del intenso hedor a carne podrida. No veía cadáveres, pero, de guiarse por el olfato, el suelo tendría que estar sembrado de ellos.

Se encontraba con un grupo de avanzadilla junto a la calzada de Jehannah; desde su posición oteaba hacia el norte a través de una ondulada planicie casi desprovista de árboles. La hierba estaba entre parda y amarillenta, como en otros sitios; pero, cuanto más lejos de la calzada, el color se oscurecía de forma gradual, como si la hubiera atacado alguna plaga.

—Esto ya lo he visto antes —comentó Seonid.

La diminuta Aes Sedai de tez pálida se había agachado al borde del camino y daba vueltas a un hierbajo entre los dedos. Vestía un atuendo de paño verde, de buena calidad pero sin adornos; la única joya que lucía era el anillo de la Gran Serpiente.

En lo alto retumbó un trueno. Seis Sabias estaban detrás de Seonid cruzadas de brazos, el rostro impasible. Perrin ni siquiera se había planteado decirles a las Sabias —o a sus dos aprendizas Aes Sedai— que no fueran con la avanzadilla. Tal vez tenía que considerarse afortunado porque ellas le hubieran permitido acompañarlas.

Los brazaletes de Nevarin tintinearon cuando ésta se agachó para tocar la hierba que tenía Seonid.

—Sí —corroboró la Sabia—. Visité la Llaga una vez, de adolescente. Mi padre consideraba importante que yo la conociera. Esto se parece mucho a lo que vi allí.

Perrin sólo había estado una vez en la Llaga, pero el aspecto de esas motas oscuras era característico. Un cardenal rojo aleteó para posarse en uno de los lejanos árboles y se puso a picotear ramas y hojas, pero al no encontrar nada interesante alzó de nuevo el vuelo.

Lo preocupante era que aquí las plantas parecían encontrarse en mejor estado que muchas de las que habían visto a lo largo del viaje. Estarían plagadas de motas, pero seguían vivas e incluso medraban.

«Luz, ¿en qué clase de mundo puede darse el caso de que la Llaga sea una buena alternativa?», pensó Perrin mientras aceptaba la hoja que Nevarin le tendía. Olía a podredumbre.

—Mori ha rodeado el área por completo —comentó Nevarin, que señaló con la cabeza a una Doncella Lancera que se encontraba a corta distancia—. Se oscurece más cerca del centro. Ni siquiera logró ver lo que había allí.

Perrin tocó a *Recio* con las rodillas para que saliera de la calzada. Faile lo siguió;

en su olor no había el menor atisbo de miedo, aunque los hombres de Dos Ríos vacilaron.

—Lord Perrin... —llamó Wil.

—No creo que sea peligroso —respondió él—. Los animales todavía entran y salen de esa zona.

La Llaga era peligrosa precisamente por las criaturas que vivían en ella. Y, si esas bestias habían logrado de algún modo avanzar hacia el sur, tenían que saberlo. Los Aiel fueron tras él al trote, sin decir palabra. Y, puesto que Faile se había unido a él, Berelain no tuvo más remedio que seguirlo también, con Annoura y Gallene pisándole los talones. Por suerte, Alliandre había accedido a quedarse al frente del campamento y de los refugiados mientras Perrin se encontrara ausente.

Los caballos ya estaban inquietos, y el entorno no contribuía a calmar el nerviosismo de los animales. Perrin respiraba por la boca a fin de amortiguar el hedor a podrido y a muerte. También allí el suelo se hallaba húmedo —ojalá esas nubes se alejaran para que dejaran pasar la bendita luz del sol y así se secara el terreno— y los caballos caminaban con riesgo de pisar mal y quebrarse una pata, razón por la que avanzaban con lentitud. Casi toda la pradera estaba cubierta de pasto, trébol y hierbajos. Cuanto más se adentraban en la zona, más abundantes se hacían las manchas oscuras. En cuestión de minutos, eran muchas más las plantas parduscas que las amarillas o verdes.

Por fin llegaron a un pequeño claro rodeado por tres colinas. Perrin sofrenó a *Recio*—, los demás se apelotonaron a su alrededor. En el calvero había una extraña aldea. Los edificios eran chozas construidas con una clase de madera rara, como cañas grandes, y los tejados estaban cubiertos con plantas, pero no era bálago, sino unas hojas enormes, anchas como dos palmas de las manos de un hombre juntas.

Allí no había hierba, arbustos ni matas, sólo un suelo muy arenoso. Perrin desmontó, se agachó para tocarlo y frotó los menudos granos entre los dedos. Miró a los demás; olían a sentirse confusos.

Condujo a *Recio* con cuidado hacia el centro de la aldea. La Llaga irradiaba desde ese punto, pero el pueblo en sí no mostraba señales de estar afectado. Veladas, las Doncellas se adelantaron y se desplegaron, con Sulin a la cabeza. Hicieron una inspección rápida de las chozas, intercambiaron unos cuantos signos con las manos y después regresaron.

—¿Nadie? —preguntó Faile.

—No. Este lugar se encuentra desierto —contestó Sulin, que se bajó el velo con cautela.

—¿Quién construiría un pueblo así? Y nada menos que en Ghealdan —comentó Perrin.

—No se construyó aquí —dijo Masuri.

Perrin se volvió hacia la esbelta Aes Sedai.

—La aldea no es originaria de esta zona —explicó Masuri—. Nunca había visto una madera como ésa, distinta de cualquiera de las que conozco.

—El Entramado gime. Los muertos caminan. Se producen muertes extrañas. En las ciudades hay habitaciones que desaparecen, y los alimentos se echan a perder —musitó Berelain.

Perrin se rascó la mejilla recordando el día en que su hacha había intentado matarlo. Si pueblos enteros se desvanecían y aparecían en otros sitios, si la Llaga crecía en fallas donde el Entramado se deshilachaba... ¡Luz! ¿A qué punto de deterioro estaban llegando las cosas?

—Quemad la aldea —ordenó mientras se daba media vuelta—. Utilizad el Poder Único. Acabad con todas las plantas infectadas que podáis. A lo mejor así impedimos que se propague. Entretanto, nosotros conduciremos al ejército a esa zona situada a una hora de camino y acamparemos. Nos quedaremos allí mañana si necesitáis más tiempo.

Por una vez, ni las Sabias ni las Aes Sedai articularon una sola protesta ni resoplaron por la nariz con desdén por recibir una orden directa.

Caza con nosotros, hermano.

Perrin se encontraba en el Sueño del Lobo. Recordaba de forma vaga estar sentado junto a la mortecina luz de un candil, a la espera de oír el informe de las encargadas de acabar con la extraña aldea; recordaba haberse quedado amodorrado con el titileo de la temblorosa llamita de una vela. Había estado leyendo un ejemplar de *Los viajes de Jain el Galopador* que Gaul había encontrado entre los objetos rescatados de Malden.

Ahora, Perrin yacía boca arriba en medio de un gran campo de hierba tan alta que le llegaría a un hombre a la cintura. Miró hacia arriba en tanto que los temblorosos tallos mecidos por el viento le acariciaban las mejillas y los brazos. En el cielo seguía fraguándose la misma tormenta que se preparaba en el mundo de vigilia, aunque aquí era más violenta.

Contemplándola con fijeza, enmarcada por los tallos verdes y pardos de la hierba y el mijo silvestre, casi percibió la aproximación de la tempestad. Como si se descolgara del cielo con sigilo para engullirlo.

¡Joven Toro! ¡Ven! ¡Vamos a cazar!

Era la voz de un lobo, y el instinto hizo que Perrin la reconociera como la de una hembra llamada *Danzarina del Roble* por la forma en que correteaba y saltaba entre los arbolillos cuando era cachorra. Había otros: *Susurrante*, *Luz Matutina*, *Chispas*, *Desvinculado*. Una docena o más de lobos lo llamaban. Algunos de ellos, lobos vivos que dormían; otros, los espíritus de lobos que habían muerto.

Lo llamaban con una mezcla de efluvios, imágenes y sonidos. El olor de un cérvido abriendo hoyos en el suelo con sus saltos. Hojas caídas que se desmenuzaban bajo las zarpas de lobos en plena carrera. Los aullidos de victoria, la excitación de la manada cazando junta.

Las invitaciones despertaron algo en lo más profundo de Perrin: el lobo que él intentaba dejar encerrado. Pero a un lobo no se lo podía retener durante mucho tiempo. O escapaba, o moría; no aguantaría la cautividad. Anhelaba incorporarse y proyectar su gozosa respuesta a la llamada, perderse en la manada. Era Joven Toro y allí era bienvenido.

—¡No! —Perrin se sentó, sujetándose la cabeza con las manos—. No me perderé en tu esencia.

Saltador se encontraba sentado en la hierba, a su derecha. El enorme lobo gris lo contemplaba sin pestañear con los ojos amarillos, en los que se reflejaban destellos de relámpagos que saltaban allá arriba. La hierba le llegaba hasta el cuello.

Perrin apartó una mano de la cabeza y la bajó. El aire estaba tan cargado de humedad que era sofocante, y olía a lluvia. Por encima del olor que anunciaba agua y el del campo seco, percibió el efluvio a paciencia de *Saltador*.

Estás invitado, Joven Toro, proyectó el lobo.

—No puedo cazar con vosotros. Ya hemos hablado de esto, *Saltador*. Pierdo mi identidad. Cuando entro en batalla, me enfurezco. Como un lobo —explicó Perrin.

¿Como un lobo? Joven Toro, tú eres lobo. Y hombre. Ven a cazar.

—¡Te he dicho que no puedo! No dejaré que esto me consuma. —Recordó a un hombre joven de ojos dorados encerrado en una jaula, desaparecida toda huella de humanidad en él. Su nombre había sido Noam, y Perrin lo había visto en un pueblo llamado Jarra.

«Luz, eso no está lejos de aquí.»

O, al menos, no lo estaba de donde su cuerpo yacía en el mundo real. Jarra pertenecía a Ghealdan. Una extraña coincidencia.

«Habiendo un *ta'veren* cerca, las coincidencias no existen.»

Frunció el entrecejo y se puso de pie para recorrer con la mirada el paisaje. Moraine le había dicho que dentro de Noam no quedaba ni rastro de humanidad. Ese era el destino que aguardaba a un *Hermano Lobo* si permitía que el lobo que llevaba dentro consumiera por completo su condición humana.

—He de aprender a controlar esto o tendré que erradicar al lobo que hay en mí. No hay tiempo para llegar a un compromiso, *Saltador*.

El lobo olía a inconformidad. No le gustaba lo que él llamaba la tendencia humana a querer controlar las cosas.

Saltador se puso de pie en la hierba.

Ven. Cacemos.

—Yo...

Ven a aprender. La Última Cacería se acerca.

Se notaba la frustración en el lobo gris. En sus proyecciones había la imagen de un lobo joven dando muerte a su primera presa. Eso y también preocupación por el futuro, un concepto que no era propio de un lobo. La Última Cacería traía el cambio.

Perrin vaciló. En visitas previas al Sueño del Lobo le había exigido a *Saltador* que le enseñara a dominar aquel sitio. Una actitud inapropiada en un lobo joven —una especie de desafío a la posición del mayor—, pero ésta era la respuesta a su demanda. *Saltador* había acudido para enseñarle, pero lo haría como enseñaba un lobo.

—Lo siento —se disculpó Perrin—. Cazaré contigo... sin perder mi identidad.

Notó el desagrado del lobo gris.

Esas cosas que piensas, ¿cómo consigues proyectar semejantes imágenes de nada?

La proyección iba acompañada por imágenes de negrura, un cielo vacio, una madriguera deshabitada, un campo desolado.

Eres Joven Toro. Siempre lo serás. ¿Cómo vas a perder a Joven Toro? Mira hacia abajo y verás sus patas. Muerde, y sus dientes matarán. Es imposible perder eso.

—Son cosas de humanos.

Las mismas palabras vacías una y otra vez.

Perrin hizo una profunda inhalación, aspirando y exhalando el aire húmedo en exceso.

—De acuerdo. Vámonos —dijo, y un martillo y un cuchillo aparecieron en sus manos.

¿Cazas animales con las pezuñas?

Le llegó la imagen de un toro que hacía caso omiso de sus cuernos e intentaba saltar sobre un ciervo para pisotearlo en el suelo.

—Tienes razón.

De pronto, Perrin sostenía en las manos un buen arco largo de Dos Ríos. No era tan buen tirador como Jondyn Barran o Rand, pero se defendía bien.

Saltador proyectó la idea de un toro espetando a un ciervo. Perrin gruñó y respondió con otra imagen de las garras de un lobo disparándose de las patas y alcanzando a un ciervo en la distancia; aunque, por lo visto, con ello sólo consiguió que *Saltador* se divirtiera más. A pesar de la irritación, Perrin no tuvo más remedio que admitir que era una imagen bastante ridicula.

El lobo gris la proyectó hacia los otros, lo que tuvo por resultado un coro de aullidos regocijados, aunque parecía que a la mayoría le gustaba más la del toro brincando una y otra vez sobre el ciervo. Perrin gruñó y persiguió a *Saltador* en dirección al lejano bosque, donde esperaban los demás lobos.

Mientras corría, tuvo la impresión de que la hierba crecía y se hacía más tupida. Lo entorpecía, obstaculizándolo como una maraña de matorrales. *Saltador* lo dejó atrás enseguida.

¡Corre, Joven Toro!

Eso intento, proyectó Perrin en respuesta.

¡No como lo hacías antes!

Perrin siguió abriéndose paso a través de la hierba con gran esfuerzo. Este sitio extraño, este mundo maravilloso por donde los lobos corrían, podía resultar embriagador. Y peligroso. *Saltador* se lo había advertido en más de una ocasión.

Deja los peligros para mañana. Olvídalos ahora. La preocupación es para los dos patas, proyectó *Saltador*, que cada vez se alejaba más.

¡No puedo hacer caso omiso de mis problemas!, pensó en respuesta Perrin.

Y, sin embargo, lo haces a menudo.

Cuánta razón tenía. Quizá más de lo que el lobo pensaba. Perrin salió a un claro y se paró de golpe. Allí, tirados en el suelo, estaban los tres trozos de metal que había forjado en su anterior sueño. El más grande, un bulto informe del tamaño de dos puños; la barra aplanada; el delgado rectángulo. Éste emitía un tenue brillo amarillo rojizo, y chamuscaba la hierba corta que había a su alrededor.

Los trozos desaparecieron de inmediato, aunque el candente rectángulo dejó una marca requemada. Perrin alzó la vista del suelo y buscó a los lobos. Al frente, en el cielo que asomaba por encima de los árboles, se abría un gran agujero de negrura. Le era imposible calcular a qué distancia se hallaba, pero dominaba todo cuanto se divisaba sin dejar de estar lejano al mismo tiempo.

Mat se encontraba allí. Combatía contra sí mismo, una docena de hombres distintos que tenían su cara, todos ellos vestidos con diferente clase de fina ropa. Mat giró su lanza sin percatarse de la figura borrosa que se acercaba a hurtadillas tras él, armada con un puñal ensangrentado.

—¡Mat! —gritó Perrin, pero sabía que era inútil.

Lo que estaba viendo era algún tipo de sueño o visión del futuro. Hacía tiempo que no había tenido ninguno. Casi había empezado a pensar que no volverían a aparecer.

Se dio la vuelta y otra negrura se abrió en el cielo. De repente, vio un rebaño de ovejas que corrían hacia el bosque. Los lobos las perseguían, y una bestia terrible aguardaba entre los árboles, oculta. Sintió que él se encontraba allí, en ese sueño. Pero ¿a quién andaba cazando y por qué? Había algo muy raro en esos lobos.

Una tercera negrura apareció a un lado. Faile, Grady, Elyas, Gaul... Todos caminaban hacia un precipicio, seguidos por millares más.

La visión cesó. *Saltador* apareció de pronto en el aire, aterrizó al lado de Perrin y resbaló de lado hasta detenerse. El lobo no habría visto los agujeros de negrura; en

ningún momento habrían aparecido en su visión. En cambio, observó la marca requemada con desdén y proyectó una imagen de Perrin desaseado, con los ojos cansados, revueltos la barba y el pelo, la ropa desarreglada. Perrin recordaba cuándo había sido eso; al principio de la cautividad de Faile.

¿De verdad había tenido tan mal semblante? Luz, qué aspecto más desharrapado. Casi como si fuera un mendigo. O... como Noam.

—¡Deja ya de querer confundirme! ¡Tenía ese aspecto porque estaba volcado en encontrar a Faile, no porque me rindiera a la llamada de los lobos!

Los cachorros más jóvenes siempre culpan a los mayores de la manada.

El lobo gris se alejó brincando a través de la hierba otra vez. ¿Qué habría querido decir? Los olores y las imágenes lo desconcertaban. Gruñendo, Perrin corrió y dejó atrás el claro para reentrar en la hierba. Por segunda vez, los tallos ofrecieron resistencia. Era como luchar contra una corriente. *Saltador* se alejaba como un rayo.

—¡Maldita sea, espérame! —gritó Perrin.

Si esperamos, perderemos la presa. ¡Corre, Joven Toro!

Perrin rechinó los dientes. Para entonces, *Saltador* era una mota en la distancia, cerca ya de los árboles. Perrin quería reflexionar sobre las visiones que había tenido, pero no había tiempo para eso. Si perdía de vista a *Saltador*, sabía que no volvería a encontrarlo esa noche.

Vale, pensó con resignación. Entonces, la tierra se movió a bandazos a su alrededor, la hierba le pasó como un relámpago por los lados. Era como si Perrin hubiera saltado cien pasos en una zancada. Dio otra, y salió disparado hacia adelante, dejando tras de sí un tenue borrón.

La hierba se apartaba a su paso, el viento le soplaba en la cara con un agradable rugido. El lobo primitivo que llevaba dentro de su ser pareció despertar de golpe. Perrin llegó al bosque y redujo la velocidad. Ahora, cada paso lo trasladaba de un salto sólo unos diez pies. Los otros lobos se encontraban allí; se agruparon en formación y corrieron con él, excitados.

¿A dos patas, Joven Toro?, preguntó *Danzarina del Roble*. Era una joven hembra con el pelaje tan claro que casi parecía blanco y un mechón negro que se extendía a lo largo del costado derecho.

Él no respondió, aunque sí se permitió correr con la manada a través de los árboles. Lo que le había parecido un pequeño soto se había convertido en una floresta de gran extensión. Perrin iba dejando atrás troncos y helechos, sin sentir apenas el suelo bajo los pies.

Así era como había que correr. Con potencia. Con energía. Saltó por encima de árboles caídos, y los saltos lo llevaban tan alto en el aire que el cabello le rozaba en la parte inferior de las ramas. Caía con suavidad en el suelo. El bosque era suyo. Le pertenecía, y él lo comprendía.

Las preocupaciones empezaron a quedar atrás, a desaparecer. Se permitió aceptar las cosas tal como eran, no como temía que podrían llegar a ser. Esos lobos eran sus hermanos y hermanas. Un lobo corriendo en el mundo real era una obra maestra de equilibrio y control. Pero aquí, donde las reglas de la naturaleza se rendían a sus deseos, era mucho, muchísimo más. Los lobos saltaban hacia los lados y rebotaban en los troncos de los árboles, sin que nada los retuviera en el suelo. De hecho, algunos se subieron a las ramas y treparon de unas a otras.

Era una sensación estimulante. ¿Se había sentido alguna vez tan vivo como en ese momento? ¿Ser parte del mundo que lo rodeaba y, no obstante, tan dueño y señor de sí al mismo tiempo? Los rugosos y regios cedros se intercalaban con tejos y alguna que otra lindera aromática ornamental en plena floración. Dio un gran salto al pasar junto a una de ésas, y el aire levantado a su paso arrastró un torbellino de capullos carmesí arrancados de las ramas. Se arremolinaron a su alrededor, atrapados en las corrientes, arropándolo en su dulce aroma.

Los lobos empezaron a aullar. Para los hombres, un aullido no se diferenciaba del otro. Para Perrin, cada cual era distinto. Y éstos eran aullidos de placer al dar comienzo a la caza.

—Esperad. ¡Esto es lo que yo temía! No puedo permitir que me deje atrapado. Soy un hombre, no un lobo.

Pero en ese momento captó el efluvio de un ciervo. Un animal poderoso, digno de ser cazado. Había pasado por allí hacía poco.

Perrin intentó reprimirse, pero el anhelo resultó ser demasiado impetuoso. Echó a correr por la vereda, siguiendo el olor. Los lobos, incluido *Saltador*, no corrían delante de él, sino con él, y emitían un olor complacido al cederle la dirección de la manada.

Él era el heraldo, la punta del ataque. La partida de caza cargaba con estruendo tras él. Era como si estuviera dirigiendo las olas rompientes del propio océano. Pero también las contenía.

«No debo retrasarlos por mi culpa», pensó.

Y entonces se encontró en el suelo a cuatro patas, el arco tirado a un lado y olvidado, las manos y pies convertidos en zarpas. Los que iban detrás aullaron de nuevo con el gozo del glorioso momento. Joven Toro se había unido de verdad a ellos.

El ciervo estaba un poco más adelante. Joven Toro lo localizó entre los árboles; tenía el pelaje de un blanco brillante y una cornamenta de veintiséis puntas como poco, tirada ya la aterciopelada capa invernal. Y era enorme, más grande que un caballo. El ciervo se volvió y contempló a la manada. Se encontró con los ojos de Perrin y éste olió el miedo en el animal. Entonces, con un fuerte impulso de las patas traseras —tensos los músculos de los flancos— el ciervo salió de la vereda de un

salto.

Joven Toro lanzó un aullido de desafío mientras corría entre la maleza en persecución de la pieza. El gran ciervo blanco huía dando saltos, y con cada uno de ellos cubría veinte pasos de distancia. En ningún momento tocó una rama ni perdió pie, a pesar de lo peligroso que era el suelo del bosque, tapizado de musgo resbaladizo.

Joven Toro lo persiguió con precisión, plantando las patas donde las pezuñas del ciervo habían tocado pocos segundos antes, repitiendo cada zancada con exactitud. Oía jadear al ciervo, veía el sudor espumando el pelaje, olía su pánico.

Pero no. Joven Toro no aceptaría una victoria menor como sería acosar a la presa hasta extenuarla. Saborearía la sangre de la garganta, bombeada con la fuerza de un corazón sano. Vencería a la presa en toda su plenitud.

Empezó a cambiar los saltos, sin seguir el camino exacto del ciervo. ¡Tenía que ponerse delante, no seguirlo! El olor del animal se volvió más alarmado. Eso impulsó a Joven Toro a aumentar la velocidad de la carrera. El ciervo se lanzó hacia la derecha, y Joven Toro saltó en el aire y golpeó con las cuatro patas en el tronco de un árbol, empujándose de lado para cambiar de dirección. El giro le valió para ganar una fracción de segundo.

Enseguida se encontró corriendo pegado a la grupa del ciervo; cada zancada lo acercaba a escasas pulgadas de las pezuñas. Aulló. Y sus hermanos y hermanas le respondieron justo detrás. Esta cacería era de todos ellos. Como uno solo.

Pero quien la dirigía era Joven Toro.

El aullido dio paso a un gruñido de triunfo cuando el ciervo hizo otro giro. ¡Había llegado su oportunidad! Joven Toro saltó por encima de un tronco y apresó el cuello del ciervo con las mandíbulas. Paladeó el sudor, el pelaje, la dulce y cálida sangre que se derramaba alrededor de sus colmillos. Su peso derribó al ciervo, y los dos rodaron por el suelo. Sin aflojar su presa, Joven Toro obligó al ciervo a permanecer en tierra, la piel manchada con el rojo escarlata de la sangre.

Los lobos lanzaron un aullido de victoria, y él aflojó las mandíbulas un instante con la intención de morder la garganta por delante y matar al animal. No había nada más. El bosque había desaparecido. Sólo quedaba la matanza. La dulce matanza.

Una forma chocó contra él y lo lanzó de costado contra la maleza. Aturdido, Joven Toro sacudió la cabeza y enseñó los dientes. Otro lobo lo había detenido. ¡*Saltador*! ¿Por qué?

El ciervo se incorporó de un salto y enseguida se alejó a través del bosque. Joven Toro aulló de rabia y se dispuso a seguir al animal. *Saltador* brincó de nuevo e impulsó todo su peso contra él.

Si muere aquí, será la última vez que muera, proyectó el lobo gris. Esta cacería ha terminado, Joven Toro. Volveremos a cazar en otro momento.

Joven Toro estuvo a punto de revolverse y atacar a *Saltador*. Pero no. Eso ya lo había intentado otra vez y había sido un error. Él no era un lobo. Él era...

Paladeando una sangre que no era suya, Perrin yacía en el suelo, con la cara empapada de sudor; inhaló y exhaló hondo. Se incorporó sobre las rodillas con esfuerzo y después se sentó, jadeante, todavía tembloroso por aquella hermosa, aterradora cacería.

Los otros lobos se sentaron, pero no hablaron. *Saltador* se había tumbado junto a Perrin, con la gris cabeza apoyada en las envejecidas patas.

—Eso es lo que me da miedo que pase —dijo por fin Perrin.

No, no te da miedo.

—¿Vas a decirme tú lo que siento?

No hueles a miedo, transmitió *Saltador*.

Perrin se tumbó boca arriba en el suelo y contempló las ramas que tenía encima, mientras sentía los palitos y las hojas quebrándose debajo de él. El corazón aún le latía desaforado por la cacería.

—Bien, pues eso es lo que me preocupa.

La preocupación no es igual que el miedo. ¿Por qué hablas del uno y sientes la otra? Preocupación, preocupación, preocupación. Es lo único que haces, preocuparte.

—No, también mato. Si vas a enseñarme a dominar el Sueño del Lobo, ¿va a ser como esto?

Sí.

Perrin miró hacia un lado. La sangre del ciervo había manchado un tronco seco, y el líquido oscuro se empapaba en la madera. Aprender así lo empujaría al mismo borde de convertirse en lobo.

Pero había estado evitando este asunto demasiado tiempo, haciendo herraduras en una forja mientras dejaba apartadas a un lado las piezas más difíciles y que exigían más esfuerzo, sin tocarlas. Había contado con los poderes olfativos que le habían sido otorgados para rastrear olores y había buscado a los lobos cuando los había necesitado; pero, aparte de eso, no había hecho uso de ellos.

Uno no podía hacer una cosa hasta que entendía todas sus partes. Nunca sabría cómo entenderse con el lobo que llevaba dentro —o rechazarlo— hasta que no comprendiera el Sueño del Lobo.

—De acuerdo. Que así sea —aceptó.

Galad llevaba a *Tenaz* a medio galope por el campamento. Por todas partes había Hijos montando tiendas y abriendo hoyos de cocinar, preparándose para acampar hasta el día siguiente. Sus hombres marchaban todos los días hasta casi caer la noche y se levantaban temprano por la mañana. Cuanto antes llegaran a Andor, mejor.

Aquellos pantanales malditos de la Luz habían quedado atrás; ahora viajaban a través de praderas abiertas. Quizás habrían avanzado más deprisa cortando hacia el este para entrar en una de las grandes calzadas que iban al norte, pero no habría sido seguro. Lo mejor era mantenerse alejados de los ejércitos en movimiento del Dragón Renacido y de los seanchan. La Luz brillaría sobre los Hijos, pero más de un valiente héroe había muerto en el seno de esa Luz. Si no se corriera el peligro de morir, no existiría la valentía, pero Galad prefería que la Luz brillara sobre él mientras seguía respirando.

Habían acampado cerca de la calzada de Jehannah y la cruzarían al día siguiente para continuar hacia el norte. Había enviado una patrulla para que vigilara la vía. Quería saber qué tipo de tráfico discurría por ella, además de que necesitaban reabastecerse con urgencia.

Haciendo caso omiso del dolor de las diversas heridas, Galad siguió con la ronda a través del campamento, acompañado por un puñado de ayudantes montados. El campamento estaba bien organizado y limpio. Las tiendas se agrupaban por compañías, de manera que formaban anillos concéntricos, sin caminos rectos. La intención de disponerlas así era confundir y frenar a los posibles atacantes.

Un sector del campamento, cerca del centro, se encontraba vacío. Era un hueco en la formación, el lugar donde los interrogadores habían levantado otrora sus tiendas. Galad había ordenado que éstas se repartieran, asignando dos a cada compañía. Si a los interrogadores no se los mantenía separados del resto, quizás empezarían a sentir más afinidad con los demás Hijos. Galad tomó nota de instalar el campamento con otro esquema a fin de eliminar ese hueco.

Sus compañeros y él siguieron a través del campamento. La ronda la hacía para que lo vieran, y los hombres saludaban a su paso. Recordaba bien las palabras que Gareth Bryne había dicho en una ocasión: «La mayor parte del tiempo, la función más importante que desempeña un general no es tomar decisiones, sino recordarles a los hombres que hay alguien que las tomará llegado el momento.»

—Milord capitán general —dijo uno de sus compañeros, Brandel Vordarian. Era un hombre entrado en años, el mayor de los que estaban a las órdenes de Galad—. Querría que considerases la idea de no enviar esa misiva.

Vordarian cabalgaba a un lado de Galad, con Trom situado al otro. Los capitanes Golever y Harnesh iban detrás, lo bastante cerca para oír la conversación, y Bornhald cerraba la marcha; servían como guardia personal de Galad ese día.

—La carta ha de enviarse —respondió.

—Me parece temerario, capitán general —continuó Vordarian.

Pulcramente afeitado, con hebras de plata surcándole el cabello rubio, el andoreño era un hombretón. Galad recordaba de forma vaga a la familia de Vordarian, nobles de segunda fila que habían estado metidos en los asuntos de la corte de su madre.

Sólo un necio rechazaba prestar atención a los consejos de quienes eran mayores y más sabios que él. Pero sólo un tonto seguía todos los consejos que le daban.

—Puede que sea temerario, pero es lo que debe hacerse —respondió.

La carta iba dirigida a los restantes interrogadores e Hijos que se hallaban bajo el dominio de los seanchan; habría algunos que no habían acompañado a Asunawa. En la carta, Galad explicaba lo que había pasado y les ordenaba que se presentaran ante él con la mayor brevedad. No era probable que acudieran, pero tenían derecho a saber lo ocurrido.

Lord Vordarian suspiró y después se apartó para dejar el sitio a Harnesh, que se situó junto a Galad. El hombre calvo se rascó con gesto ausente el tejido cicatrizado donde antes tenía la oreja y rezongó:

—Dejemos ya el tema de esa carta, Vordarian. Tu insistencia pone a prueba mi paciencia.

En opinión de Galad, había muchas cosas que ponían a prueba la paciencia del murandiano.

—Deduzco que tienes otros asuntos de los que quieres hablar.

Galad hizo un gesto con la cabeza a un par de Hijos que cortaban troncos, y que interrumpieron el trabajo para saludarlo.

—¡Dijiste al Hijo Bornhald, al Hijo Byar y a otros que tenías intención de aliarte con las brujas de Tar Valon!

Galad asintió.

—Comprendo que la idea pueda resultar perturbadora —explicó—. Pero, si lo piensas, verás que es la única decisión correcta.

—¡Pero las brujas son malvadas!

—Tal vez.

En otros tiempos habría negado eso, pero al escuchar la opinión de otros Hijos y considerar lo que esas mujeres de Tar Valon le habían hecho a su hermana, no podía sino pensar que quizás era demasiado tolerante con las Aes Sedai.

—Sin embargo, lord Harnesh —continuó Galad—, si tal cosa es cierta, en comparación con la maldad del Oscuro la de ellas es insignificante. Se acerca la Última Batalla. ¿Vas a negar eso?

Harnesh y los otros alzaron la vista al cielo. Esos lúgubres nubarrones lo tenían encapotado desde hacía semanas. El día anterior, otro hombre había caído víctima de una extraña enfermedad; al toser, le habían salido escarabajos por la boca. Las reservas de víveres estaban menguando a pasos agigantados ya que cada vez se estropeaba más comida.

—No, claro que no lo niego —masculló Harnesh.

—En tal caso, deberías regocijarte, porque el camino que hemos de seguir está claro. Debemos luchar en la Última Batalla. Nuestro liderazgo allí quizá muestre la

Luz a muchos que nos han despreciado. Pero, aunque no fuera así, combatiremos a pesar de todo porque es nuestro deber. ¿Niegas esto, capitán?

—De nuevo he de decir que no. Pero ¿las brujas, mi capitán general?

Galad sacudió la cabeza.

—No se me ocurre otra solución. Necesitamos aliados. Mira a tu alrededor, lord Harnesh. ¿Cuántos Hijos tenemos? Ni siquiera con los recientes reclutamientos llegamos a los veinte mil. Nuestra fortaleza ha sido tomada. No tenemos ayuda ni alianzas, y las grandes naciones del mundo nos vituperan. ¡No, no lo niegues! Sabes que es verdad.

Galad sostuvo la mirada de los hombres que tenía a su alrededor, y de uno en uno fueron asintiendo con un cabeceo.

—Es por culpa de los interrogadores —rezongó Harnesh.

—En parte tienen la culpa, sí —convino Galad—. Pero también es porque los que cometerían vilezas ven con resentimiento y desagrado a quienes defienden lo que es justo.

Los otros asintieron en silencio.

—Hemos de andar con pies de plomo. En el pasado, la audacia, y quiza un celo excesivo, nos ha enemistado a los Hijos con quienes deberían ser nuestros aliados. Mi madre decía siempre que no se ha obtenido una victoria diplomática cuando todo el mundo tiene lo que desea, que de ese modo todos dan por hecho que te han aventajado, lo cual los anima a pedir cosas más extravagantes. El truco no está en satisfacerlos a todos, sino en dejar a todo el mundo con la sensación de haber logrado el mejor resultado posible. Han de sentirse lo bastante satisfechos para que hagan lo que quieres y, sin embargo, lo bastante insatisfechos para que sean conscientes de que eres tú el que los ha superado.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —preguntó Golever desde su posición retrasada—. No servimos a ningún monarca.

—Así es, y eso los asusta. Crecí en la corte de Andor y sé lo que allí opinaban de los Hijos. En todas las negociaciones que mi madre tuvo con ellos, o acababa frustrada o decidía que debía suprimirlas por completo. ¡No podemos permitirnos provocar ninguna de esas dos reacciones! Los monarcas de estas tierras han de respetarnos, no odiarnos.

—Amigos Siniestros —masculló Harnesh.

—Mi madre no era Amiga Siniestra —proclamó Galad sin alzar la voz.

Harnesh enrojeció.

—Excepto ella, claro.

—Hablas como un interrogador, sospechando que todo aquel que se nos oponga ha de ser un Amigo Siniestro. Habrá muchos que están bajo el influjo de la Sombra, pero dudo que sea de forma consciente. Ahí es donde la Mano de la Luz se equivocó.

A menudo, los interrogadores eran incapaces de distinguir a un implacable Amigo Siniestro de una persona que está influenciada por Amigos Siniestros o de otra que, simplemente, está en desacuerdo con los Hijos.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Vordarian—. ¿Doblegarnos al capricho de los monarcas?

—Todavía no sé qué hacer —confesó Galad—. Lo pensaré. Daré con el buen camino que debemos seguir. No podemos convertirnos en los perros falderos de reyes y reinas. Pero pensad en lo que lograríamos dentro de las fronteras de un país si pudiésemos actuar sin necesitar una legión entera para intimidar al dirigente de esa nación.

Los otros asintieron, pensativos.

—¡Milord capitán general! —llamó una voz.

Galad se volvió y vio a Byar cabalgando a medio galope en su semental blanco. El caballo había pertenecido a Asunawa y Galad había rehusado quedárselo, prefiriendo su bayo. Mandó parar al grupo mientras Byar se acercaba, prístino el tabardo blanco y el rostro descarnado. No sería uno de los hombres más simpáticos del campamento, pero había demostrado su lealtad.

Sin embargo, se suponía que Byar no tendría que estar allí.

—Te mandé ir a vigilar la calzada de Jehannah, Hijo Byar. Ese servicio no tendría que acabar hasta dentro de cuatro horas —dijo con firmeza Galad.

Byar saludó al tiempo que sofrenaba el caballo.

—Milord capitán general, hemos capturado a un grupo sospechoso de viajeros en la calzada. ¿Qué quieres que hagamos con ellos?

—¿Que los capturasteis? Te envié a vigilar el camino, no a tomar prisioneros.

—Milord capitan general, ¿cómo vamos a saber la condición de quienes pasan a menos que hablemos con ellos? Querías que estuviésemos atentos por si aparecían Amigos Siniestros.

Galad soltó un suspiro.

—Quería que vigilaseis por si había movimiento de tropas o aparecían mercaderes con lo que podríamos tratar, Hijo Byar.

—Estos Amigos Siniestros tienen víveres. Creo que podrían ser mercaderes —explicó Byar.

Galad suspiró otra vez. Nadie negaría la dedicación de Byar, que había cabalgado con él para que se enfrentara a Valda cuando eso podría haber significado el final de su carrera. Pero también existía lo que se llamaba exceso de celo.

El delgado oficial parecía mortificado. En fin, la verdad es que tampoco había dado la orden con bastante precisión. Tendría que recordarlo en el futuro, sobre todo con Byar.

—Paz, Hijo Byar, no has hecho nada malo. ¿Cuántos prisioneros son?

—Docenas, milord capitán general. —Byar parecía aliviado—. Acompáñame.

Hizo volver grupas a su montura y se puso a la cabeza. Las lumbres de cocinar ya chisporroteaban en los hoyos y el olor de yesca al arder se propagaba en el aire. Galad captó fragmentos de conversaciones mientras pasaban entre los soldados: ¿Qué harían los seanchan con los Hijos que se habían quedado con ellos? ¿De verdad había sido el Dragón Renacido quien había conquistado Illian y Tear o era un falso Dragón? Se comentaba que una roca gigantesca procedente del cielo se había estrellado en una zona al norte de Andor y había destruido una ciudad entera, dejando un cráter en el suelo.

Los temas de las charlas entre los hombres ponían de manifiesto sus preocupaciones. Tendrían que haber entendido que la preocupación no servía para nada. Nadie podía saber lo que la Rueda tejía en sus giros.

Los cautivos de Byar resultaron ser un grupo de gente con un número sorprendente de carros, quizá un centenar o más, cargados hasta los topes. La gente estaba apiñada alrededor de los vehículos y miraba a los Hijos con hostilidad. Galad frunció el entrecejo mientras hacía una rápida inspección.

—Vaya, menuda caravana —le dijo en voz baja Bornhald—. ¿Mercaderes?

—No —respondió Galad, también en voz queda—. Ese mobiliario es de viaje, fíjate en las clavijas a los lados para poder transportarlo desmontado. Sacos de cebada para los caballos. Y ésas son herramientas de herrero envueltas en lona, en la parte trasera del carro de la derecha. ¿Ves los martillos que asoman?

—¡Luz! —exclamó Bornhald.

Ahora lo veía. Estos eran seguidores de campamento de un ejército de tamaño considerable. Pero ¿dónde estaban los soldados?

—Prepárate para separarlos —instruyó Galad a Bornhald mientras desmontaba. Se dirigió a la carreta que iba a la cabeza.

El hombre que la conducía era grueso, de cara rubicunda, y el cabello peinado en un intento malogrado de disimular la creciente calvicie. Hacía girar un sombrero de fieltro marrón entre las manos, con nerviosismo; llevaba un par de guantes sujetos debajo del cinturón de la recia chaqueta. Galad no vio que llevara ningún arma.

Junto al carro había otras dos personas bastante más jóvenes. Uno era un tipo musculoso y corpulento con aspecto de luchador, aunque no de soldado, que podría ocasionar problemas. Una mujer bonita se aferraba a su brazo mientras se mordía el labio inferior.

El hombre del carro dio un respingo cuando se fijó en él.

«Vaya, así que sabe lo suficiente para reconocer al hijastro de Morgase», pensó Galad.

—Bien, viajeros. Mi hombre me comunica que le habéis dicho que sois mercaderes —empezó con cuidado.

—Sí, buen caballero —contestó el conductor.

—Apenas conozco esta comarca. ¿Estáis familiarizados con ella?

—No mucho, señor —contestó el conductor sin dejar de dar vueltas al sombrero en las manos—. De hecho también nos encontramos lejos de casa. Soy Basel Gill, de Caemlyn. Vine al sur para negociar con un mercader de Ebou Dar, pero esos invasores seanchan han hecho imposible que realice mi negocio.

Parecía muy nervioso. Al menos no había mentido respecto a su procedencia.

—¿Cómo se llama ese mercader? —preguntó Galad.

—Falin Deborsha, mi señor. ¿Conocéis Ebou Dar?

—He estado allí —contestó Galad con calma—. Tienes aquí una gran caravana. Interesante colección de mercancías.

—Habíamos oído que están movilizando ejércitos aquí en el sur, mi señor. Le compré muchas de estas mercancías a una tropa mercenaria que se estaba disolviendo, y pensé que podría venderlas aquí abajo. Quizá vuestro propio ejército necesita mobiliario de campamento. Tenemos tiendas, equipo de herrería portátil, todo lo que los soldados podrían utilizar.

«Muy listo», pensó Galad.

Habría aceptado por buena la mentira de no ser por que el "mercader" tenía demasiados cocineros, lavanderas y herradores, pero ni con mucho los guardias suficientes para una caravana tan valiosa.

—Entiendo. Bien, resulta que me hacen falta suministros, víveres sobre todo.

—¡Lástima, mi señor! No podemos prescindir de las vituallas. Cualquier otra cosa os la venderé, pero la comida se la prometí a través de mensajero a alguien de Lugard.

—Pagaré más.

—Hice una promesa, mi buen señor —dijo el hombre—. No puedo romperla, sea cual sea el precio.

—Entiendo.

Galad hizo una seña a Bornhald, que impartió unas órdenes, y los Hijos de blancos tabardos se adelantaron, desenvainadas las armas.

—¿Qué...? ¿Qué vais a hacer? —preguntó Gill.

—Separar a tu gente —contestó Galad—. Hablaremos con todos ellos, por separado, y veremos si coinciden en lo que cuentan. Me preocupa que hayas sido poco... comunicativo con nosotros. Después de todo, lo que a mí me parece es que sois seguidores de campamento de un gran ejército. Si ése es el caso, entonces me encantaría saber de quién es el ejército, y no digamos ya dónde se encuentra.

A Gill empezó a sudarle la frente mientras los soldados separaban a los cautivos con eficacia. Galad estuvo esperando un rato, observando a Gill. Por fin, Bornhald y Byar se acercaron corriendo hacia él, con las manos en las espadas.

—Milord capitán general —empezó Bornhald en tono urgente.

Galad le dio la espalda a Gill.

—Quizá tengamos aquí una situación comprometida.

Bornhald tenía la cara congestionada por la rabia. A su lado, los ojos de Byar estaban desorbitados en un gesto casi frenético.

—Algunos de los prisioneros han hablado. Es justo lo que tú temías. Hay un gran ejército cerca. Han tenido una escaramuza con Aiel... De hecho, esos tipos de allí, con ropa blanca, son también Aiel.

Byar escupió a un lado.

—¿Has oído hablar alguna vez de un hombre llamado Perrin Ojos Dorados?

—No. ¿Debería conocerlo?

—Sí. El mató a mi padre —dijo Bornhald.

CAPÍTULO 5

Escritos

Gawyn caminaba deprisa por los pasillos de la Torre Blanca; las botas pisaron sobre una alfombra azul intenso que cubría el suelo de baldosas carmesí y blancas. Lámparas de pie con espejos reflejaban la luz, cada cual semejante a un centinela a lo largo del camino.

Sleete caminaba a zancadas junto a él. A pesar de la iluminación de las lámparas, el rostro de Sleete parecía medio sumido en sombras. Quizá se debía a la barba de dos días que le crecía en las mejillas —una excentricidad, en un Guardián—, o el cabello largo, limpio pero sin cuidar. O tal vez eran sus rasgos asimétricos, como un dibujo sin acabar, con líneas marcadas, la barbilla hendida, la nariz ganchuda a costa de una rotura, los pómulos prominentes.

Poseía los movimientos ágiles de un Guardián, pero con un cariz más primitivo que la mayoría. En lugar del cazador moviéndose por el bosque, era el depredador silencioso, oculto en las sombras, invisible para las presas hasta que llegaba la fulgurante dentellada.

Llegaron a una intersección donde varios soldados de Chubai hacían guardia en uno de los pasillos. Llevaban espadas al costado y vestían tabardos blancos adornados con la Llama de Tar Valon. Uno de ellos alzó una mano.

—Tengo permiso para entrar —dijo Gawyn—. La Amyrlin ha...

—Las hermanas no han acabado todavía —lo interrumpió el guardia con aire hostil.

Gawyn rechinó los dientes, pero no había nada que hacer, así que Sleete y él se retiraron unos pasos hasta que, por fin, tres Aes Sedai salieron por la puerta custodiada. Parecían preocupadas. Se marcharon a buen paso, seguidas por un par de soldados que llevaban algo envuelto en un paño blanco. El cuerpo.

Por fin, los dos guardias se apartaron de mala gana y dejaron que Gawyn y Sleete pasaran. Recorrieron con premura el pasillo y entraron en un pequeño cuarto de lectura. Gawyn vaciló al llegar a la puerta y echó una ojeada hacia atrás, al pasillo. Vio que algunas Aceptadas se asomaban por una esquina y cuchicheaban.

Con esta muerte eran ya cuatro las hermanas asesinadas. Egwene estaba muy atareada tratando de evitar que los Ajahs volvieran a desconfiar unos de otros. Había advertido a todo el mundo que estuviera alerta, y les había dicho a las hermanas que no anduvieran solas por ahí. El Ajah Negro conocía bien la Torre Blanca, puesto que sus miembros habían vivido en ella durante años. Con los accesos, podían colarse con sigilo por los pasillos y cometer asesinatos.

Al menos, ésa era la explicación oficial de las muertes, aunque Gawyn no estaba tan seguro. Entró en el cuarto, seguido de Sleete.

El propio Chubai se encontraba allí. El apuesto mayor echó una ojeada a Gawyn, con un rictus de crispación en la boca.

—Lord Trakand —saludó.

—Mayor —respondió Gawyn mientras examinaba la habitación.

Tenía unos tres pasos cuadrados; dentro sólo había un escritorio colocado contra la pared del fondo y un brasero de carbón sin encender, así como una lámpara de pie, en bronce, y una alfombra circular que casi ocupaba todo el cuarto. Esa alfombra estaba manchada con un líquido oscuro, debajo del escritorio.

—¿De verdad creéis que encontraréis algo que no hayan visto las hermanas, Trakand? —preguntó Chubai, cruzado de brazos.

—Busco cosas diferentes —dijo Gawyn, que se internó en la habitación y se arrodilló para examinar la alfombra.

Chubai resopló con gesto desdeñoso antes de salir al pasillo. La Guardia de la Torre vigilaría el cuarto hasta que los criados vinieran a limpiarlo, así que Gawyn disponía de unos pocos minutos.

Sleete se acercó a uno de los guardias apostados en el umbral. No se mostraban tan hostiles con él como con Gawyn, el cual aún no entendía por qué actuaban así con él.

—¿Se encontraba sola? —le preguntó Sleete al otro hombre con su voz grave.

—Sí. —El guardia sacudió la cabeza—. No tendría que haber pasado por alto la advertencia de la Amyrlin.

—¿Quién era?

—Kateri Nepvue, del Ajah Blanco. Hermana desde hace veinte años.

Con un gruñido, Gawyn siguió desplazándose a gatas por el suelo para examinar la alfombra. Cuatro hermanas de diferentes Ajahs. Dos habían apoyado a Egwene; otra de ellas, a Elaida; la cuarta había sido neutral y había regresado a la Torre hacía poco. Las habían matado en distintos niveles de la Torre a distintas horas del día.

Desde luego, aquello tenía toda la apariencia de un trabajo del Ajah Negro. No buscaban blancos específicos, sino los más convenientes. Pero había algo que a Gawyn no le encajaba. ¿Por qué no Viajar a los aposentos de las hermanas durante la noche y matarlas mientras dormían? ¿Por qué nadie había percibido que se encauzaba en los sitios donde habían asesinado a las mujeres?

Sleete examinó la puerta y el cerrojo con sumo cuidado. Cuando Egwene le había dicho a Gawyn que tenía permiso para visitar las escenas de los crímenes si quería, él le había preguntado si podía acompañarlo Sleete. En interacciones previas de Gawyn con el Guardián, Sleete había demostrado que, además de ser meticuloso, también era discreto.

Gawyn siguió buscando. Egwene estaba nerviosa por algo, de eso no le cabía duda. No era del todo sincera respecto a aquellas muertes. No encontró hendiduras en la alfombra ni en las baldosas, ni cortes en los muebles del diminuto cuarto.

Egwene aseguraba que los asesinos llegaban a través de accesos, pero Gawyn no había descubierto evidencia de ello. Sí, cierto, aún no sabía mucho sobre accesos y, por lo visto, había gente capaz de abrirlos por encima del suelo, para no cortar nada. Pero seguro que al Ajah Negro eso no le importaría en lo más mínimo. Además, ese cuarto era tan pequeño que, en su opinión, habría sido muy difícil entrar sin dejar rastro alguno.

—Gawyn, ven aquí —llamó Sleete, que seguía arrodillado junto al umbral de la puerta.

Gawyn se reunió con él, y Sleete deslizó y echó el cerrojo de seguridad unas cuantas veces.

—Es posible que se haya forzado esta puerta —dijo en voz baja—. ¿Ves el arañazo que hay ahí, en el pasador? Se puede abrir este tipo de cerrojo deslizando un gancho fino y metiéndolo en el cerrojo, tras lo cual se ejerce presión en el pomo. Se puede hacer sin meter ruido.

—¿Y para qué iba el Ajah Negro a forzar una puerta?

—Tal vez Viajaron al pasillo y luego caminaron hasta que vieron luz por debajo de la puerta —sugirió Sleete.

—¿Por qué no hacer el acceso al otro lado?

—Encauzar habría alertado a la mujer que estaba dentro.

—Eso es cierto —admitió Gawyn.

Observó la mancha de sangre oscura. El escritorio estaba colocado de manera que la ocupante estaría de espaldas a la puerta. Ese arreglo hizo que Gawyn sintiera un hormigueo entre los omóplatos. ¿A quién se le ocurriría colocar así un escritorio? A una Aes Sedai que creía estar completamente a salvo y que quería sentarse aislada de las distracciones de fuera. Las Aes Sedai, a pesar de su astucia, a veces daban la impresión de tener atrofiado el instinto de conservación.

O quizá se debía a que no pensaban como un soldado. Sus Guardianes se ocupaban de ese tipo de cosas.

—¿Tenía Guardián?

—No. Yo la conocía de antes y no lo tenía —contestó Sleete, que titubeó y después añadió—: Ninguna de las hermanas asesinadas tenía Guardián.

Gawyn lo miró con la ceja enarcada.

—Tiene sentido. Quienquiera que esté cometiendo los asesinatos no querría alertar a los Guardianes —concluyó Sleete.

—Pero ¿por qué matar con un puñal? —se preguntó Gawyn. Las cuatro mujeres habían muerto así—. Las hermanas del Ajah Negro no están obligadas a cumplir los

Tres Juramentos, de modo que podrían haber utilizado el Poder para matar. Un método mucho más directo, más sencillo.

—También correrían el riesgo de alertar a la víctima o a quienes anduvieran cerca —señaló Sleete.

Otro buen argumento. Aun así, había algo en esos asesinatos que no encajaba.

O quizá no había nada extraño, y él se empeñaba en ver cosas donde no las había en su afán por encontrar algo que ayudara en la investigación. En su fuero interno, Gawyn creía que si conseguía ayudar a Egwene con esto, tal vez se ablandaría en el trato con él. Quizá lo perdonaría por rescatarla en la Torre durante el ataque seanchan.

Poco después, Chubai entraba en el cuarto.

—Confío en que Su Señoría haya tenido tiempo suficiente, porque el servicio de limpieza ya está aquí —anunció con frialdad.

«¡Qué hombre tan insufrible! ¿Tiene que ser tan desdeñoso conmigo? Debería...»

No. Gawyn se obligó a controlar el genio. Antes no le costaba tanto esfuerzo.

¿Por qué Chubai se mostraba tan hostil con él? Gawyn se preguntó como manejaría su madre a un hombre como ése. No pensaba mucho en ella, porque hacerlo era recordar a al'Thor. ¡A ese asesino se le había permitido marcharse sin más de la propia Torre Blanca! Egwene lo había tenido en su poder y lo había dejado ir.

Sí, cierto, al'Thor era el Dragón Renacido. Pero, en el fondo, lo que Gawyn deseaba era enfrentarse a al'Thor espada en mano y atravesarlo con el acero, tanto si era el Dragón Renacido como si no.

«Al'Thor te haría trizas con el Poder Único —se dijo para sus adentros—. No seas estúpido, Gawyn Trakand.»

De todos modos, el odio por al'Thor siguió latente dentro de él.

Uno de los guardias de Chubai se acercó y dijo algo mientras señalaba hacia la puerta. Al mayor pareció molestarle que a ellos se les hubiera pasado por alto el cerrojo forzado. La Guardia de la Torre no era un cuerpo policial; las hermanas no lo necesitaban, aparte de que ellas estaban más capacitadas para ese tipo de investigación. Sin embargo, Gawyn se daba cuenta de que Chubai deseaba detener a los asesinos. Proteger la Torre y a sus ocupantes era parte de sus obligaciones.

En consecuencia, él y Gawyn trabajaban por la misma causa. No obstante, Chubai actuaba como si aquello fuera algo personal entre los dos y ambos compitieran para alzarse con la victoria.

«Aunque su bando, en resumidas cuentas, fue derrotado por el de Bryne en la división de la Torre. Y, que él sepa, soy uno de los que gozan del favor del general.»

Él no era Guardián y, sin embargo, era amigo de la Amyrlin. Comía con Bryne. ¿Qué pensaría Chubai de eso, sobre todo ahora, que le habían dado potestad para investigar los asesinatos?

«¡Luz! Cree que me propongo ocupar su puesto —pensó, al ver que Chubai le lanzaba una mirada hostil—. Cree que quiero ser el mayor de la Guardia de la Torre!»

La idea era irrisoria. Él podría haber sido Primer Príncipe de la Espada —debería haberlo sido—, el comandante del ejército de Andor y protector de la reina. Era hijo de Morgase Trakand, una de las soberanas más influyentes y poderosas que había tenido Andor. No sentía el menor deseo de ocupar el puesto de ese hombre.

Pero no sería así como Chubai lo veía. Deshonrado por el devastador ataque seanchan, debía de pensar que su posición corría peligro.

—Mayor, ¿puedo hablar con vos en privado? —pidió Gawyn.

Chubai lo observó con suspicacia, pero enseguida señaló con la cabeza hacia el pasillo. Los dos hombres salieron del cuarto y se encontraron con unos criados de la Torre que esperaban fuera, muy nerviosos, para limpiar la sangre.

Chubai se cruzó de brazos y le dirigió una mirada escrutadora.

—¿Qué queréis de mí, milord?

Con frecuencia, el hombre ponía énfasis en el título, pero Gawyn se exhortó a mantener la calma. Todavía se avergonzaba por la forma intimidatoria que había empleado para entrar en el campamento de Bryne, como un matón. Él no era así. Convivir con los Cachorros soportando la confusión, y después la vergüenza de los acontecimientos que rodearon la división de la Torre, lo había cambiado. No podía seguir por ese camino.

—Mayor —empezó—, agradezco que me dejaseis examinar el cuarto.

—Tenía pocas alternativas.

—Soy consciente de ello. Pero, a pesar de todo, os lo agradezco. Para mí es muy importante que la Amyrlin vea que estoy ayudando. Si descubro algo que a las hermanas se les haya pasado por alto, significaría mucho para mí.

—Sí, imagino que sí —respondió Chubai, que estrechó los ojos.

—Tal vez así accediera a tomarme como su Guardián.

El mayor parpadeó, sorprendido.

—¿Su... Guardián?

—Sí. Hubo un tiempo en que parecía seguro que lo haría, pero ahora... En fin, si puedo ayudaros con esta investigación, tal vez sirva para aplacar su enfado conmigo. —Alzó una mano y la puso en el hombro de Chubai—. No olvidaré vuestra ayuda. Me llamáis milord, pero mi título apenas significa nada para mí ahora. Lo único que quiero es ser Guardián de Egwene para protegerla.

Chubai frunció el entrecejo; después asintió con la cabeza y pareció relajarse.

—Os oí hablar. Buscáis marcas de accesos. ¿Por qué?

—No creo que esto sea obra del Ajah Negro —contestó Gawyn—. Sospecho que se trata de un Hombre Gris o algún otro tipo de asesino. ¿Un Amigo Siniestro entre el personal de palacio, tal vez? Lo digo por la forma en que han matado a las mujeres.

Con un puñal.

—También había indicios de forcejeo —comentó Chubai, al tiempo que asentía con la cabeza—. Las hermanas que se ocupan de la investigación lo mencionaron. Los libros estaban caídos en el suelo. Creen que la mujer los tiró al revolverse mientras moría.

—Qué extraño. Si yo fuera una hermana Negra utilizaría el Poder Único, sin reparar en que las otras pudieran notarlo. En la Torre hay mujeres encauzando todo el tiempo, y no creo que eso despertara sospechas. Inmovilizaría a mi víctima con tejidos, la mataría con el Poder y después escaparía antes de que, por cualquier motivo, despertara sospechas en alguien. Nada de forcejeos.

—Es posible. Pero la Amyrlin parece estar convencida de que esto es obra de las hermanas Negras.

—Hablaré con ella y veré por qué cree que es así —dijo Gawyn—. De momento, quizá deberíais sugerir a quienes se encargan de la investigación que sería aconsejable entrevistar a la servidumbre de palacio, haciendo este razonamiento.

—Eh... Sí, creo que lo haré. —El mayor asintió con la cabeza; al parecer ya no se sentía tan amenazado.

Los dos se separaron, y Chubai llamó con un ademán a los criados para que entraran a limpiar. Sleete salió del cuarto con gesto pensativo. Sujetaba algo en alto, entre los dedos.

—Seda negra —dijo—. Imposible saber si procede del atacante.

—Qué raro —dijo Chubai al recoger las fibras.

—No es probable que una hermana Negra proclamara su presencia vistiendo de negro —comentó Gawyn—. Por el contrario, un asesino normal y corriente se pondría ropa oscura para ocultarse.

Chubai puso los hilos entre los pliegues de un pañuelo y se guardó éste en el bolsillo.

—Llevaré esto a Seaine Sedai. —Parecía impresionado.

Gawyn hizo un gesto a Sleete y los dos se marcharon.

—Hoy día, la Torre Blanca está en ebullición con las hermanas que regresan y los nuevos Guardianes —comentó en voz queda Sleete—. ¿Cómo podría nadie, por muy sigiloso que sea y vaya o no vaya vestido de negro, subir a los niveles altos sin llamar la atención?

—Los Hombres Grises son especialistas en no llamar la atención —dijo Gawyn —. Lo cual, creo, es una prueba más. Me refiero a que es muy extraño que nadie haya visto a esas hermanas Negras. Estamos dando por sentado muchas cosas sin tener en qué basarnos.

Sleete asintió con la cabeza sin quitar ojo a tres novicias que se habían reunido para mirar embobadas a los guardias. Al darse cuenta de que Sleete las observaba,

cotorrearon entre ellas antes de salir corriendo.

—Egwene sabe más de lo que dice —afirmó Gawyn—. Hablaré con ella.

—Siempre y cuando acceda a recibirte.

Gawyn soltó un gruñido de irritación. Bajaron por una serie de rampas hasta el nivel del estudio de la Amyrlin. Sleete no se separó de él; su Aes Sedai, una Verde llamada Hattori, rara vez tenía encargos para Sleete. La Verde seguía con la idea de hacer de Gawyn su Guardián. Habida cuenta del comportamiento exasperante de Egwene, había estado tentado de aceptar que Hattori lo vinculara.

Bueno, no. En realidad no. Amaba a Egwene, aunque estuviera frustrado con ella. No le había sido fácil renunciar a Andor —y no digamos ya a los Cachorros— por ella. Aun así, seguía negándose a vincularlo.

Llegó al estudio y abordó a Silviana. La mujer se encontraba sentada ante el organizado escritorio de Guardiana, en la antesala por la que se accedía al estudio de Egwene. Silviana lo examinó con una mirada indescifrable tras la máscara Aes Sedai. Gawyn sospechaba que no le caía bien a esa mujer.

—La Amyrlin está redactando una carta de cierta importancia. Tendréis que esperar —dijo Silviana.

Gawyn abrió la boca.

—Ordenó que no se la interrumpiera —se adelantó Silviana—. Tendréis que esperar.

La Aes Sedai puso de nuevo la atención en el papel que estaba leyendo cuando él entró.

Gawyn suspiró, pero asintió con la cabeza. Mientras tomaba asiento, Sleete le hizo un gesto para indicarle que se marchaba. ¿Por qué lo habría acompañado hasta allí, para empezar? Era un tipo raro. Gawyn se despidió con un ademán, y Sleete desapareció en el pasillo.

La antesala era una estancia magnífica con una alfombra de color rojo intenso y las paredes de piedra decoradas con madera. Gawyn sabía por experiencia que ninguna de las sillas era cómoda. Había una única ventana, así que se acercó a ella para respirar aire fresco y apoyó el brazo en el hueco de la piedra; recorrió con la mirada los jardines de la Torre. A esa altura, el aire era más fresco, más vigorizante.

Abajo vio el nuevo campo de entrenamiento de los Guardianes. Los antiguos se habían levantado y excavado por orden de Elaida para empezar a construir allí su palacio. Nadie tenía claro qué haría Egwene con esa construcción.

Había mucho movimiento en los campos de práctica, donde unas figuras bullían ejecutando ataques y paradas. Con la afluencia de refugiados, soldados y mercenarios, había muchos que creían tener madera para ser Guardianes. Egwene había abierto el recinto de la Torre a cualquiera que deseara entrenarse y demostrar su valía, ya que tenía intención de ascender a tantas mujeres como estuvieran preparadas

en el transcurso de las próximas semanas.

Gawyn había estado entrenándose unos cuantos días, pero los fantasmas de los hombres que había matado parecían estar más presentes allí. El recinto de entrenamiento era parte de su vida pasada, antes de que todo fuera mal. Otros Cachorros habían regresado sin problemas —y con alegria— a esa vida. Jisao, Ragar, Durrent y la mayoría de sus otros oficiales ya habían sido elegidos para Guardianes. Dentro de poco, no quedaría nada de su grupo. A excepción de él.

El pasador de la puerta que daba al estudio chascó y se oyeron voces apagadas. Gawyn se dio la vuelta y vio a Egwene, vestida en tonos verdes y amarillos, que se acercaba a hablar con Silviana. La Guardiana miró hacia él, y a Gawyn le pareció advertir un asomo de ceño en la cara de la mujer.

Egwene lo vio, pero mantuvo la expresión serena en su rostro Aes Sedai —qué pronto lo había aprendido— y él se encontró sintiéndose torpe.

—Hubo otra muerte esta mañana —dijo en voz baja mientras se acercaba a ella.

—En teoría fue anoche —lo corrigió Egwene.

—Tengo que hablar contigo —barbotó.

Egwene y Silviana intercambiaron una mirada.

—De acuerdo —accedió Egwene, que se deslizó de vuelta al estudio.

Gawyn fue tras ella, sin mirar a la Guardiana. El estudio de la Amyrlin era una de las estancias más impresionantes de la Torre. Las paredes estaban revestidas con entrepaños de madera pálida y extraño veteado, trabajada con tallas que representaban criaturas fabulosas, realizadas con increíble minuciosidad. La chimenea era de mármol, y el suelo de color rojo oscuro, con baldosas en forma de rombo. El escritorio de Egwene, grande y tallado, estaba equipado con dos lámparas. Éstas tenían la forma de dos mujeres con las manos alzadas en el aire, y la llama ardía entre las palmas unidas.

En una pared había estanterías llenas de libros ordenados —al parecer— por color y tamaño, en lugar de por materias. Eran ornamentales, y se habían puesto para adornar el estudio de la Amyrlin hasta que Egwene tuviera tiempo de hacer una selección a su gusto.

—¿Qué es eso que consideras tan necesario hablar conmigo? —Egwene se sentó tras el escritorio.

—Es sobre los autores de las muertes.

—¿De qué se trata?

Gawyn cerró la puerta.

—Maldita sea, Egwene. ¿Es que siempre has de mostrarme a la Amyrlin cada vez que hablamos? ¿No puedo ver a Egwene de vez en cuando?

—Te muestro a la Amyrlin porque te niegas a aceptarme como tal. Cuando lo hagas, quizá podamos ir más allá.

—¡Luz! Has aprendido a hablar como una de ellas.

—Eso se debe a que soy una de ellas —replicó Egwene—. Las palabras que eliges para hablar te traicionan. A la Amyrlin no puede servirla quien no reconoce su autoridad.

—Yo la reconozco. De verdad, Egwene. Mas ¿no es importante tener cerca personas que te conocen por quien eres y no por tu título?

—Siempre y cuando sepan que hay un lugar y un momento para la obediencia. —La expresión del rostro de Egwene se suavizó—. Aún no estás preparado, Gawyn. Lo siento.

Él apretó los dientes. «No dramatices», se exhortó.

—De acuerdo. Entonces, respecto a los asesinatos, hemos caído en la cuenta de que ninguna de las mujeres asesinadas tenía Guardián.

—Sí, me han pasado un informe sobre eso.

—Sea como sea, eso me llevó a pensar en un asunto de más alcance. No tenemos suficientes Guardianes.

Egwene frunció el entrecejo.

—Nos estamos preparando para la Última Batalla, Egwene —continuó Gawyn—. Pero todavía hay hermanas sin Guardianes. Muchas hermanas. Algunas tuvieron uno, pero después de muerto este no vincularon a nadie más. Otras no han querido uno nunca, para empezar. Creo que no puedes permitirte ese lujo.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que ordene a las mujeres que tomen uno? —inquirió, cruzándose de brazos.

—Sí.

Ella se echó a reír.

—Gawyn, la Amyrlin no tiene esa clase de poder.

—Entonces, que lo haga la Antecámara.

—No sabes lo que dices. La elección de un Guardián y la relación con él es una decisión muy personal e íntima. A ninguna mujer se la debería obligar a tomarla.

—Bien, la elección de ir a la guerra también es muy "personal" y muy "íntima" y, sin embargo, a todo lo largo y ancho del continente se emplaza a los hombres para participar en ella —respondió, sin dejarse intimidar—. A veces, los sentimientos no son tan importantes como la supervivencia.

»Los Guardianes mantienen con vida a las hermanas, y todas y cada una de las Aes Sedai van a ser de importancia capital dentro de poco. Habrá legiones y legiones de trollocs. Cada hermana en el campo de batalla será más importante que un centenar de soldados, y cada hermana realizando la Curación tendrá en sus manos salvar docenas de vidas. Las Aes Sedai son recursos que pertenecen a la humanidad. No puedes permitirte el lujo de dejar que vayan de aquí para allá sin protección.

Tal vez a causa del fervor de sus palabras, Egwene se echó hacia atrás. Entonces,

de modo inesperado, asintió con la cabeza.

—Tal vez haya... sensatez en lo que dices, Gawyn.

—Plantéaselo a la Antecámara. En el fondo, Egwene, que una hermana no vincule a un Guardián es un acto de egoísmo. Ese vínculo hace a un hombre un mejor soldado, y vamos a necesitar todas las ventajas que podamos encontrar. Esto también ayudará a prevenir los asesinatos.

—Veré qué puede hacerse.

—¿Puedes enseñarme los informes que han pasado las hermanas? Me refiero a los asesinatos.

—Gawyn, te he permitido tomar parte en la investigación porque creí que sería conveniente tener otro par de ojos revisando las cosas desde una perspectiva distinta. Pasarte sus informes sólo serviría para influir en ti y que sacaras las mismas conclusiones que ellas —contestó Egwene.

—Al menos, contéstame una pregunta: ¿Las hermanas han planteado la posibilidad de que esto no sea obra del Ajah Negro?, ¿de que el asesino podría ser un Hombre Gris o un Amigo Siniestro?

—No, no lo han hecho, porque sabemos que el asesino no es ninguna de esas dos cosas.

—Pero anoche forzaron la puerta. Y a las mujeres las han matado con un puñal, no con el Poder Único. No hay marcas de accesos abiertos ni...

—Las personas responsables de esas muertes tienen acceso al Poder Único —explicó Egwene, que eligió las palabras con cuidado—. Y quizá no utilizan accesos.

Gawyn entrecerró los ojos. Aquello sonaba como las frases de una mujer que da un rodeo a su juramento de no mentir.

—Guardas secretos que no me dices, y no sólo a mí, sino a toda la Torre.

—A veces, los secretos son necesarios, Gawyn.

—¿No me los puedes confiar? —Gawyn vaciló un instante—. Me preocupa que el asesino vaya por ti, Egwene. No tienes Guardián.

—No cabe duda de que ella vendrá por mí, a la larga.

Egwene jugueteó con algo que tenía encima del escritorio. Parecía una correa de cuero desgastada, de las que se utilizaban para castigar a un delincuente. Qué extraño.

«¿Ella?», cayó de pronto en la cuenta.

—Por favor, Egwene, ¿qué está pasando? —preguntó.

Egwene lo observó con atención y después suspiró.

—Está bien. Esto se lo he dicho a las mujeres encargadas de la investigación, así que quizá debería contártelo a ti también. Una de las Renegadas está en la Torre Blanca.

—¿Qué? —Gawyn llevó la mano a la espada—. ¿Dónde? ¿La tienes cautiva?

—No. Ella es la asesina.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé que Mesaana se encuentra aquí. He Soñado que es cierto. Se oculta entre nosotras. ¿Y justo ahora mueren cuatro Aes Sedai? Tiene que ser ella, Gawyn. Es la única explicación que tiene sentido.

Él se tragó las preguntas que iba a hacerle. Sabía poco sobre el Sueño, pero era un Talento semejante a la Predicción, por lo que había oído.

—No se lo he contado a todas. Me preocupa que si saben que una de las hermanas que está en la Torre es una Renegada infiltrada, volveremos a dividirnos como cuando Elaida mandaba. Sospecharíamos unas de otras.

»Bastante mal están ya las cosas ahora, pensando que las hermanas Negras Viajan a la Torre para cometer asesinatos, pero así, al menos, no desconfían entre ellas. Y tal vez Mesaana crea que no estoy enterada de que ella es la culpable. Bien, pues, ahí tienes el secreto que deseabas saber. No vamos a la caza de una hermana Negra, sino de una Renegada.

Era desalentador pensarlo, pero no más que la idea de que el Dragón Renacido caminara por el mundo. ¡Luz, le costaba menos asimilar la presencia de una Renegada en la Torre que el hecho de que Egwene fuera la Sede Amyrlin!

—Lo solucionaremos —dijo, dando una sensación de seguridad mayor de la que sentía.

—Tengo hermanas examinando el historial de todo el mundo que está en la Torre. Y otras están atentas a cualquier actitud o palabra sospechosa. La encontraremos, pero no veo cómo proporcionar más seguridad a las mujeres sin que se desate un pánico que sería más peligroso.

—Con Guardianes —insistió Gawyn con firmeza.

—Lo pensaré, Gawyn. De momento, necesito que hagas algo por mí.

—Si está en mi mano, Egwene, lo haré. Lo sabes —contestó mientras daba un paso hacia ella.

—¿De veras? —preguntó la joven con sequedad—. Muy bien. Quiero que dejes de guardar mi puerta por la noche.

—¿Qué? ¡Egwene, no!

—¿Ves? —Sacudió la cabeza—. Tu primera reacción es discutirme.

—¡Es deber de un Guardián discutir, en privado, todo aquello que concierne a su Aes Sedai!

Eso se lo había enseñado Hammar.

—Tú no eres mi Guardián, Gawyn.

Eso lo hizo enmudecer.

—Además, poco puedes hacer tú para detener a una Renegada. Esta batalla han de librarla las hermanas, y estoy teniendo mucho cuidado con las salvaguardas que preparo. Quiero que mis aposentos parezcan tentadoramente accesibles. Si intenta

atacarme, quizá la sorprenda con una emboscada.

—¿Poniéndote tú de cebo? —Gawyn casi no podía articular las palabras—. ¡Egwene, esto es una locura!

—No, es desesperación. Gawyn, están muriendo mujeres cuya seguridad es responsabilidad mía. Asesinadas en plena noche y en un momento en que, como tú mismo has dicho, las necesitamos a todas.

Por primera vez, la fatiga asomó a través de la máscara de impasibilidad en el cansancio de la voz y la ligera curvatura de la espalda. Enlazó las manos sobre el escritorio; de repente parecía exhausta.

—Tengo hermanas buscando todo cuanto podamos tener sobre Mesaana —continuó Egwene—. No es una guerrera, Gawyn, sino una organizadora, una planificadora. Si llegamos a enfrentarnos las dos, puedo derrotarla. Pero antes tenemos que dar con ella. Exponerme sólo es uno de mis planes. Y tienes razón, es peligroso. Pero he tomado muchas precauciones.

—No me gusta en absoluto.

—No necesito tu aprobación. —Lo miró a los ojos—. Tendrás que confiar en mí.

—Confío en ti.

—Lo único que pido es que, por una vez, lo demuestres.

Gawyn rechinó los dientes. Después le hizo una reverencia y abandonó el estudio intentando —sin conseguirlo— que la puerta no se cerrara con un golpe seco cuando tiró de ella. Silviana le asestó una mirada reprobadora cuando pasó por delante.

Desde allí, Gawyn se dirigió hacia el campo de entrenamiento a pesar de sentirse tan incómodo en él. Necesitaba ejercitarse con la espada.

Egwene soltó un largo suspiro y, cerrando los ojos, se recostó en el respaldo. ¿Por qué le costaba tanto contener sus sentimientos cuando surgía un enfrentamiento con Gawyn? Sólo cuando hablaba con él, tenía la sensación de ser una mala caricatura de Aes Sedai.

En su interior se agitaba un remolino de emociones, como si varias clases de vino se derramaran y se mezclaran: ira por la tozudez de él; un deseo ardiente de estar en sus brazos; desconcierto ante su propia incapacidad de dar prioridad a unas u otras.

Gawyn tenía la habilidad de abrirse paso a través de su piel y llegarle al corazón. La pasión del hombre resultaba arrebatadora, y le preocupaba que la contagiara si lo vinculaba. ¿Es que era así como funcionaba? ¿Qué se sentiría al percibir las emociones de la persona con quien se estaba vinculada?

Deseaba ese vínculo con él, esa conexión que otros disfrutaban. Además, era importante tener personas de confianza que le llevaran la contraria, en privado. Personas para las que fuera Egwene, en vez de la Amyrlin.

Empero, Gawyn aún se mostraba demasiado descontrolado, demasiado receloso.

Bajó la vista a la carta que había escrito al nuevo rey de Tear en la que le explicaba que Rand amenazaba con romper los sellos. Su plan de impedírselo dependía de obtener el apoyo de personas en las que él confiaba. Tenía informes contradictorios sobre Darlin Sisnera. Algunos decían que era uno de los principales partidarios de Rand, en tanto que otros afirmaban que era uno de sus mayores detractores.

De momento apartó la misiva a un lado y escribió algunas ideas sobre cómo abordar el tema de los Guardianes en la Antecámara. Gawyn había planteado un argumento excelente, aunque se excedió y dio por sentado más de la cuenta. Hacer un llamamiento a las mujeres que no tenían Guardianes para que eligieran uno, explicando todas las ventajas y haciendo notar que esa medida podría salvar vidas y contribuir a la derrota de la Sombra... Eso estaría bien.

Se sirvió un poco del té con menta que había en la tetera, a un lado del escritorio. Cosa curiosa, las infusiones ya no se estropeaban tanto últimamente, y esa taza le sabía muy bien. No le había dicho a Gawyn la razón de haberle pedido que no vigilara su puerta por las noches. Le costaba trabajo dormirse sabiendo que él estaba ahí fuera, a pocos pasos de distancia. Tenía miedo de ser débil e ir a buscarlo.

La correa de Silviana jamás había logrado quebrantar su voluntad, pero Gawyn Trakand... Empezaba a estar peligrosamente cerca de conseguirlo.

Graendal advirtió la llegada del mensajero con antelación. Incluso allí, en su refugio más secreto, esa llegada no era inesperada. Los Elegidos no podían esconderse del Gran Señor.

El refugio no era un palacio ni una elegante residencia ni una antigua fortaleza. Era una gruta en una isla que no interesaba a nadie, situada en una zona del Océano Arido que no visitaba nadie. Que ella supiera, no había nada notorio ni de interés que estuviera más o menos cerca.

El alojamiento era atroz, sin paliativos. Seis de sus mascotas menos valiosas se encargaban del mantenimiento del refugio, que contaba sólo con tres estancias. Había cegado la entrada con piedra y la única forma de entrar o salir era a través de accesos. El agua potable la obtenía de un manantial natural, y la comida de los depósitos que había preparado tiempo atrás; el aire penetraba a través de grietas. Era un lugar insalubre y modesto.

En otras palabras: era justo el tipo de sitio en el que nadie imaginaría encontrarla. Todos sabían que ella no soportaba carecer de lujos. Y era cierto. Pero lo mejor de ser alguien con un comportamiento tan previsible era que le permitía a una hacer lo inesperado.

Por desgracia, nada de eso era aplicable al Gran Señor. Graendal observó el acceso que se abría ante ella mientras se relajaba en el diván tapizado de seda

amarilla y azul. El mensajero era un hombre de rasgos insulsos y piel atezada que vestía un atuendo negro y rojo. No fue necesario que dijera nada: su presencia era el mensaje. Una de sus mascotas —una hermosa mujer de cabello negro con grandes ojos castaños, otrora una Gran Señora teariana— contemplaba el acceso de hito en hito. Parecía aterrada. Más o menos como se sentía ella.

Cerró la copia encuadernada en madera de *Arder en la nieve* que tenía en las manos y se puso de pie. Llevaba un vestido de fina seda negra con cintas de camalina a todo lo largo de la prenda. Cruzó el acceso procurando aparentar seguridad.

Moridin se encontraba en su palacio de piedra negra. El cuarto no estaba amueblado, aunque en la chimenea ardía un buen fuego. ¡Gran Señor! ¿Un fuego, en un día tan cálido? Mantuvo la compostura y evitó empezar a sudar.

Moridin se volvió hacia ella; las motas negras del *saa* le flotaban a través de los ojos.

—Sabes por qué te he hecho venir.

No era una pregunta.

—Lo sé.

—Aran'gar ha muerto, perdida para siempre... Y después de que el Gran Señor transmigrara su alma la última vez. Se diría que estás tomando por costumbre hacer la misma jugada, Graendal.

—Vivo para servir, *Nae'blis* —dijo.

¡Seguridad! Tenía que dar la impresión de sentirse segura. Él titubeó un instante. Estupendo.

—No querrás dar a entender con eso que Aran'gar se había vuelto una traidora.

—¿Qué? No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo prestaste un "servicio"?

Graendal plasmó en el rostro una expresión de preocupada perplejidad.

—Pues, ¿cómo va a ser? Ejecutando las órdenes que se me dieron. ¿No he venido para recibir un galardón?

—En absoluto —replicó Moridin con sequedad—. Tu fingido desconcierto no funcionará conmigo, mujer.

—No es fingido —protestó, preparando la mentira—. Aunque no esperaba que al Gran Señor le complaciera perder a uno de sus Elegidos, la ventaja obtenida merecía pagar el precio.

—¿Qué ventaja? —gruñó él—. ¡Te dejaste pillar por sorpresa y dejaste que uno de los Elegidos perdiera la vida de la forma más estúpida! Habríamos dado por cierto que tú, precisamente, eras capaz de evitar un encontronazo con al'Thor.

Así que él ignoraba que había escudado a Aran'gar y la había abandonado a su suerte para que muriera; creía que se trataba de un error. Estupendo.

—¿Sorprenderme desprevenida? —repitió en un tono dolido—. Yo no... Moridin,

¿cómo puedes pensar que iba a permitirle que me encontrara por un descuido?

—¿Es que lo hiciste a propósito?

—Por supuesto. Casi tuve que llevarlo de la mano hasta Refugio de Natrin. A Lews Therin nunca se le dio bien ver cosas que tenía delante de las narices. ¿Es que no lo entiendes, Moridin? ¿Cómo reaccionará Lews Therin a lo que ha hecho? Destruir una fortaleza entera, casi una ciudad en miniatura, con centenares de ocupantes. Matar inocentes para lograr su objetivo. ¿Crees que le será fácil digerir lo que ha hecho?

Moridin vaciló. No, claro que no lo había tenido en cuenta. Graendal sonrió para sus adentros. Para él, la maniobra de al'Thor habría tenido sentido. Era la forma más lógica de actuar y, en consecuencia, la más atinada para alcanzar un objetivo.

Pero para al'Thor... Tenía la cabeza llena de ideas románticas sobre el honor y la virtud. Aquel suceso no lo encajaría nada bien, y referirse a él como Lews Therin al contárselo a Moridin reforzaría tal idea. Esos actos destrozarían a al'Thor, le desgarrarían el alma y le azotarían el corazón hasta dejarlo en carne viva y sangrando. Tendría pesadillas, cargaría con la culpabilidad sobre sus hombros como el yugo de una carreta cargada hasta reventar.

Recordaba de forma vaga lo que se sentía dando los primeros pasos hacia la Sombra. ¿Alguna vez había experimentado ese absurdo dolor? Sí, por desgracia. No ocurría lo mismo con todos los Renegados. Semirhage estaba corrupta hasta la médula desde el principio. Pero algunos de los otros habían tomado caminos diferentes hasta llegar a la Sombra, incluido Ishamael.

Percibió esos recuerdos, tan lejanos, en los ojos de Moridin. Hubo un tiempo en que no estaba segura de quién era ese hombre, pero ahora lo sabía. El rostro era distinto, pero el alma era la misma. Sí, sabía exactamente lo que al'Thor estaba sintiendo.

—Me dijiste que le hiciera daño —continuó Graendal—. Me dijiste que debía experimentar la angustia. Bien, pues ésta era la mejor forma de conseguirlo. Aran'gar me ayudó, si bien no huyó cuando yo lo sugerí. Esa siempre arrastró los problemas con demasiada agresividad. Pero estoy segura de que el Gran Señor puede encontrar otras herramientas. Corrimos un riesgo, y no fue de balde. Pero lo que hemos ganado... Además, ahora Lews Therin me da por muerta, y eso es una gran ventaja.

Sonrió, aunque sin mostrar demasiada complacencia. Sólo una pequeña satisfacción. Moridin frunció el entrecejo y entonces titubeó. Miró hacia un lado, al vacío.

—Te dejaré ir sin recibir un castigo, de momento —dijo por fin, aunque no parecía complacido.

¿Habría sido eso una comunicación directa del Gran Señor? Que ella supiera, todos los Elegidos en esta era habían de presentarse ante él en Shayol Ghul para

recibir órdenes. O al menos sufrir una visita de esa criatura horrenda, Shaidar Haran. Ahora, al parecer, el Gran Señor le hablaba al *Nae'blis* de forma directa. Interesante. Y preocupante.

Significaba que el fin estaba muy cerca. Se acababa el tiempo para disimulos y dobleces. Ella se convertiría en *Nae'blis* y gobernaría el mundo como dueña y señora una vez que la Última Batalla hubiera acabado.

—Creo que debería... —empezó.

—No te acerques a al'Thor —la interrumpió Moridin—. No se te va a castigar, pero tampoco hay motivos para felicitarte. Sí, puede que al'Thor lo esté pasando mal, pero eso no quita que hayas hecho una chapucería que nos ha costado la pérdida de una herramienta útil.

—Por supuesto —accedió, hecha mieles—. Serviré como guste el Gran Señor. De todos modos, no iba a sugerir un posible movimiento contra al'Thor. Me da por muerta, así que mejor será que siga en la ignorancia mientras me ocupo de un trabajo en otra parte, de momento.

—¿Qué trabajo?

Graendal necesitaba una victoria, una decisiva. Repasó los diferentes planes que había urdido y seleccionó el que tenía más probabilidades de salir bien. ¿Que no podía hacer nada contra al'Thor? Bien, pues entregaría al Gran Señor algo que deseaba hacía mucho tiempo.

—Perrin Aybara —contestó.

Revelar su intención a Moridin hacía que se sintiera al descubierto. Prefería guardar para sí sus maquinaciones, pero dudaba de su capacidad para salir de esta reunión sin contárselo.

—Te traeré su cabeza.

Moridin se volvió hacia la chimenea y enlazó las manos a la espalda. Se quedó contemplando las llamas.

Graendal se sobresaltó al notar que una gota de sudor le resbalaba por la frente. ¿Qué? Ella era capaz de esquivar el calor y el frío. ¿Qué estaba pasando? Se centró en conseguirlo... No funcionó. Allí no. No cerca de él.

Eso la inquietó lo indecible.

—Es importante. Las profecías... —dijo.

—Conozco las profecías —la interrumpió Moridin con suavidad, sin volverse—. ¿Cómo has pensado hacerlo?

—Mis espías han localizado su ejército. Ya había puesto en marcha algunos planes relacionados con él, por si acaso. Aún tengo un grupo de Engendros de la Sombra que me fueron entregados para desatar el caos, y he preparado una trampa. Si pierde a Aybara, al'Thor se desmoronará, será un golpe demoledor.

—Será mucho más que eso —musitó Moridin—. Pero no lo conseguirás. Sus

hombres disponen de accesos. Se te escapará.

—Yo...

—Se te escapará —reiteró Moridin con suavidad.

La gota de sudor siguió deslizándose mejilla abajo y llegó a la barbilla. Graendal se la limpió con fingida despreocupación, pero la frente aún le sudaba.

—Ven —dijo Moridin, que se apartó de la chimenea y se dirigió hacia el pasillo.

Graendal lo siguió, despierta la curiosidad, pero temerosa. Moridin la condujo hasta una puerta cercana, encastrada en las mismas paredes de piedra negra, y la abrió.

Graendal lo siguió al interior de un cuarto estrecho revestido de baldas. En ellas había docenas —quizá centenares— de objetos de Poder. «¡Por la suerte del Oscuro! —pensó—. ¿Dónde ha conseguido tantos?»

Moridin llegó al fondo del cuarto y allí rebuscó entre los objetos del estante. Graendal entró, sin salir de su asombro.

—¿Es eso una lanza de descarga? —preguntó, y señaló un trozo de metal largo y fino—. ¿Tres varas vinculares? ¿Un *rema'kar*? Esas piezas de...

—No tiene importancia —la interrumpió Moridin al tiempo que elegía un objeto.

—Si pudiera...

—Estás a punto de caer en desgracia, Graendal. —Se volvió hacia ella. En la mano sostenía una pieza metálica larga, con aspecto de pincho, plateada y coronada con una gran cabeza de metal engarzada en un engaste dorado—. Sólo he encontrado dos de éstos. Al otro se le está dando un buen uso. Puedes utilizar éste.

—¿Un clavo de sueños? —Abrió los ojos de par en par. ¡Cuánto había deseado tener uno de ésos!—. ¿Encontraste dos?

Moridin dio un golpecito con el dedo en la cabeza del clavo de sueños, y éste desapareció de su mano.

—¿Sabrás dónde encontrarlo?

—Sí —respondió ella, con creciente anhelo. Aquél era un objeto de gran Poder, útil para muchísimos usos diferentes.

Moridin se acercó a ella y le retuvo la mirada con la suya.

—Graendal —empezó en ese tono suave, peligroso—, conozco la clave de éste. No ha de utilizarse contra mí ni contra otros Elegidos. El Gran Señor lo sabrá si lo haces. No quiero que vuelvas a darte el gusto de satisfacer esa práctica tuya que al parecer has cogido por costumbre usar. No hasta que Aybara haya muerto.

—Eh... Sí, por supuesto. —De repente sintió frío. ¿Cómo podía sentir frío allí? ¿Y cuando aún sudaba?

—Aybara es capaz de caminar por el Mundo de los Sueños —señaló Moridin—. Te prestaré otra herramienta, el hombre con dos almas. Pero él me pertenece, del mismo modo que ese clavo es mío. Igual que lo eres tú. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza, asustada sin poder remediarlo. De repente, el cuarto pareció oscurecerse más y más. Esa voz del hombre... Aunque sólo ligeramente, sonaba como la del Gran Señor.

—Te diré algo, sin embargo. —Moridin alargó la mano derecha para asirle la barbilla—. Si tienes éxito, el Gran Señor se sentirá complacido. Mucho. Lo que se te ha concedido con parvedad, se derramará sobre ti con esplendidez.

Graendal se lamió los labios. Frente a ella, la expresión del hombre se tornó más y más distante.

—Moridin... —llamó, vacilante.

Él hizo caso omiso, le soltó la barbilla y caminó hasta el fondo del cuarto. De una mesa recogió un grueso tomo encuadernado en cuero color ocre claro. Lo abrió por una página y la examinó unos instantes. A continuación le hizo un gesto a Graendal para que se acercara.

Ella lo hizo, recelosa. Cuando leyó lo que ponía en la página, se quedó atónita.

«¡Por la suerte del Oscuro!», exclamó para sus adentros.

—¿Qué es este libro? —consiguió articular por fin—. ¿De dónde salen estas profecías?

—Hace mucho tiempo que las conozco —respondió en voz queda él, sin dejar de examinar el libro—. Son pocos los que saben de ellas, incluso entre los Elegidos. A las mujeres y los hombres que las anunciaron se los dejó incomunicados, a solas. La Luz jamás debe descubrir estas palabras. Nosotros conocemos sus profecías, pero ellos nunca sabrán todas las nuestras.

—Pero esto... —Graendal releyó el pasaje—. ¡Esto dice que Aybara morirá!

—Se pueden hacer muchas interpretaciones de cualquier profecía. Pero sí. Esta Predicción promete que Aybara morirá a nuestras manos. Me traerás la cabeza de este lobo, Graendal. Y, cuando lo hagas, cualquier cosa que pidas será tuya. —Cerró el libro de golpe—. Pero escucha bien lo que voy a decirte: si fracasas, perderás todo lo que has ganado. Y mucho más.

Abrió un acceso para ella con un ligero gesto de la mano; la minúscula capacidad de tocar el Poder Verdadero —que no le había sido arrebatada—, le permitió a Graendal ver tejidos retorcidos que hendían el aire y lo rasgaban hasta abrir un agujero en el tejido del Entramado. Allí el aire rieló. Sabía que el acceso la conduciría de vuelta al refugio de la gruta.

Lo cruzó sin pronunciar palabra. No confiaba en ser capaz de hablar sin que la voz le temblara.

CAPÍTULO 6

Ideas por debatir

Morgase Trakand, en otro tiempo reina de Andor, servía el té pasando de una persona a otra en el amplio pabellón que Perrin había rescatado en Malden. Los costados se podían enrollar hacia arriba y no tenía lona en el suelo.

A pesar de lo grande que era la tienda, casi no cabían todos los que habían querido asistir a la reunión. Perrin y Faile se encontraban presentes, desde luego, sentados en el suelo. Los acompañaba otro hombre de ojos dorados, Elyas, así como Tam al'Thor, un sencillo granjero de anchos hombros y actitud sosegada. ¿De verdad ese hombre sería el padre del Dragón Renacido? Morgase había visto una vez a Rand al'Thor, y el muchacho también tenía aspecto de ser un campesino.

Al lado de Tam estaba sentado el evasivo secretario de Perrin, Sebban Balwer. ¿Cuánto sabría Perrin del pasado de ese hombre? Jur Grady también se hallaba presente, con la negra chaqueta y el alfiler de la espada plateada en el cuello. El curtido rostro de granjero del hombre mostraba los ojos hundidos y la tez aún pálida por la enfermedad que había pasado hacía poco. Neald —el otro Asha'man— no había asistido porque aún no se había recuperado de las mordeduras de las serpientes.

Las tres Aes Sedai sí habían acudido. Seonid y Masuri estaban sentadas con las Sabias, mientras que Annoura lo hacía al lado de Berelain y, de vez en cuando, echaba ojeadas a las seis Sabias. Gallenne se hallaba al otro lado de Berelain. Enfrente de ellos se encontraban Alliandre y Arganda.

Los oficiales trajeron a Morgase el recuerdo de Gareth Bryne. Hacía mucho tiempo que no lo veía, desde que lo había exiliado por razones que todavía era incapaz de explicar. Pocas cosas sobre esa época de su vida tenían sentido para ella ahora. ¿De verdad había estado tan encaprichada de un hombre como para desterrar a Aemlyn y Ellorien?

Fuera como fuese, esos días habían quedado atrás. Se movió con cuidado entre la gente para asegurarse de que todas las tazas estuvieran llenas.

—Habéis tardado en acabar vuestro trabajo más tiempo de lo que esperaba —comentó Perrin.

—Nos diste una tarea de la que ocuparnos, Perrin Aybara —replicó Nevarin—. La hemos realizado. Le dedicamos todo el tiempo que hizo falta para acabarla como es debido. Confío en que tu comentario no implique que no lo hemos hecho así. —La Sabia de cabello dorado como la arena estaba sentada justo enfrente de Seonid y Masuri.

—Déjalo ya, Nevarin —gruñó Perrin.

Este desenrolló un mapa en el suelo, delante de él; lo había dibujado Balwer siguiendo las instrucciones de los ghealdanos.

—No ponía en duda vuestro trabajo. Preguntaba si hubo problemas para que se quemara.

—El pueblo ya no existe —repuso Nevarin—. Y todas las plantas que encontramos con el menor atisbo de la infección han sido reducidas a cenizas. Y suerte que lo hicimos. Vosotros, los habitantes de las tierras húmedas, habríais tenido muchos problemas para ocuparos de algo tan mortífero como la Llaga.

—Creo que te sorprenderías —intervino Faile.

Morgase la miró de reojo y vio que la Sabia y ella tenían trabadas las miradas. Faile tenía el porte de una reina, vestida de nuevo de acuerdo con su posición con un elegante vestido verde y violeta, plisado por los costados y dividida la falda para montar a caballo. Lo curioso era que la facultad de mando innata en Faile se había reforzado tras el tiempo pasado con los Shaido.

Morgase y Faile habían retomado enseguida la relación señora y criada. De hecho, la vida de Morgase era increíblemente similar a la que había llevado en el campo de los Shaido. Sí, cierto, algunas cosas eran diferentes; por ejemplo, no era probable que a Morgase la azotaran aquí. Pero eso no cambiaba el hecho de que —durante un tiempo— las otras cuatro mujeres y ella habían sido iguales. Ya no.

Se detuvo junto a lord Gallene y le llenó de nuevo la taza utilizando las mismas técnicas que había desarrollado estando al servicio de Sevanna. En ocasiones, tenía la impresión de que ser criada requería tanto sigilo como ser exploradora. Debía pasar desapercibida, no representar una distracción. ¿Sus criados habían actuado de ese modo con ella?

—Bien —intervino Arganda—, si alguien se estaba preguntando hacia dónde habíamos ido, el humo de ese incendio es un claro indicador.

—Somos demasiados para creer en la posibilidad de que no se nos localice —contestó Seonid.

En los últimos tiempos, Masuri y ella habían empezado a tener permiso para hablar sin recibir una reprimenda de las Sabias, si bien la hermana Verde todavía miraba de reojo a las Aiel antes de abrir la boca. A Morgase la exasperaba ver aquello. ¿Unas hermanas de la Torre, convertidas en aprendizas de un puñado de espontáneas? Se comentaba que habían llegado a esa situación por orden de Rand Al'Thor, pero ¿cómo podía cualquier hombre, incluso el Dragón Renacido, ser capaz de hacer algo así?

El hecho de que dos Aes Sedai no parecieran ser capaces de rebelarse ante su situación la incomodaba. La posición social de una persona podía sufrir cambios drásticos. Gaebril —y después Valda— le habían enseñado esa lección. La cautividad con los Aiel sólo había sido otra fase más del proceso.

Cada una de esas experiencias la había alejado un poco más de la reina que había sido. Ahora no echaba de menos cosas refinadas ni su trono; sólo deseaba tener cierta estabilidad. Algo que, por lo visto, era un producto básico más valioso que el oro.

—Eso no importa —sentenció Perrin, que dio golpecitos con el índice en el mapa —. Bien, ¿estamos de acuerdo? De momento, vamos a pie en pos de Gill y los demás, y enviamos exploradores por accesos para encontrarlos, si es posible. Con suerte, los alcanzaremos antes de que lleguen a Lugard. ¿Cuánto tiempo calculas que se tarda hasta la ciudad, Arganda?

—Depende del barro —respondió el enjuto militar—. No llamamos la embarradura a esta época del año por capricho. Los hombres inteligentes no viajan durante el deshielo de primavera.

—La inteligencia es para quienes pueden recrearse en ella —masculló Perrin, que contó la distancia en el mapa con los dedos.

Morgase fue hacia Annoura para llenarle la taza otra vez. Servir té era mas complicado de lo que siempre había dado por supuesto. Tenía que saber a quién debía apartarle la taza para llenarla, así como a quiénes debía llenársela mientras la sostenían en la mano. Tenía que saber con exactitud hasta dónde llenar una taza para que no se derramara y cómo verter el té sin que la porcelana tintineara y sin que salpicara. Sabía cuándo no debía dejarse ver y cuándo hacer una pequeña puesta en escena del acto de llenar tazas por si acaso había pasado por alto a alguien, lo había olvidado o había juzgado mal sus deseos.

Recogió con cuidado la taza que Perrin tenía en el suelo, a su lado. Le gustaba gesticular cuando hablaba y cabía la posibilidad de que el hombre le tirara la taza de la mano si no estaba atenta. En definitiva, que la tarea de servir té era un arte excepcional, todo un mundo en el que Morgase la reina nunca se había tomado la molestia de fijarse.

Llenó de nuevo la taza de Perrin y se la colocó al lado. Perrin hizo más preguntas sobre el mapa, como cuáles eran las ciudades cercanas y los puntos donde había posibilidad de reabastecerse. Poseía cualidades que hacían de él una gran promesa como líder. Quizá si lo asesoraba un poco...

Morgase rechazó la idea. Perrin Aybara era un rebelde. Dos Ríos formaba parte de Andor y se había proclamado señor de la comarca haciendo ondear ese estandarte con la cabeza de lobo. Por lo menos habían quitado la bandera de Manetheren. Enarbolarla había sido nada menos que una declaración de guerra abierta.

Morgase ya no se encrespaba cada vez que alguien lo llamaba señor, pero tampoco estaba dispuesta a ofrecerle ayuda. No hasta que resolviera cómo llevarlo de nuevo bajo el manto de la monarquía andoreña.

«Además —admitió de mala gana—, Faile tiene sagacidad de sobra para darle cualquier consejo que le daría yo.»

De hecho, Faile era el complemento perfecto para Perrin. Donde él era una lanza en ristre lanzada al ataque, ella era un arco ligero de caballería. La combinación de ambos —con los vínculos de Faile al trono saldaenino— era lo que de verdad preocupaba a Morgase. Sí, Perrin había hecho arriar la bandera de Manetheren, pero también había ordenado antes que ese estandarte con la cabeza de lobo se guardara. A menudo, prohibir algo era el mejor modo de garantizar que se haría lo censurado.

Morgase vio la taza de Alliandre medio vacía, y se acercó para llenarla; como muchas damas de alta alcurnia, Alliandre siempre esperaba tener llena la taza. La reina ghealdana la miró, y hubo un ligero vislumbre de incomodidad en aquellos ojos. Alliandre no estaba segura de cómo debería ser su relación, lo cual resultaba curioso habida cuenta de lo altanera que la dama había sido durante la cautividad de todas ellas. La persona que Morgase había sido en otros tiempos, la reina, deseaba hablar a solas con ella para darle una extensa explicación de cómo sustentar mejor su grandeza.

Tendría que aprenderlo por sí misma; Morgase ya no era la persona que había sido otrora. No sabía con certeza quién era, pero aprendería cómo realizar su tarea como doncella de una dama. Conseguirlo se estaba convirtiendo en una pasión para ella. Era un modo de demostrarse a sí misma que seguía siendo fuerte, que aún era útil.

En cierto modo resultaba aterrador que se preocupara por eso.

—Lord Perrin —dijo Alliandre mientras Morgase se retiraba—, ¿es cierto que planeáis enviar a mi gente de vuelta a Jehannah después de que encontréis a Gill y su grupo?

Morgase pasó de largo junto a Masuri; a la Aes Sedai le gustaba que le llenaran la taza sólo cuando daba unos golpecitos en ella con la uña.

—Sí, lo es —contestó Perrin—. Para empezar, todos sabemos que, en realidad, no deseabais uniros a nuestra fuerza. Si no os hubiésemos llevado con nosotros, los Shaido no os habrían capturado. Masema ha muerto. Es hora de que regreséis para gobernar vuestro país.

—Con el debido respeto, milord. ¿Por qué reclutáis a mis compatriotas si no es con intención de reunir un ejército para su futuro uso?

—No estoy reclutando a nadie —negó Perrin—. Que no rechace a quienes piden que los acepte no significa que quiera ampliar más este ejército.

—Milord, a buen seguro es atinado conservar lo que se tiene —dijo Alliandre.

—En eso tiene razón, Perrin —agregó con suavidad Berelain—. Sólo hay que mirar al cielo para saber que la Última Batalla es inminente. ¿Por qué mandar de vuelta a sus tropas? Estoy segura de que el lord Dragón necesitará a todos los soldados de todas las naciones que le son leales.

—Existe la opción de emplazarlos cuando él lo decida —insistió Perrin con

testarudez.

—Milord, yo no le juré lealtad a él, sino a vos —indicó Alliandre—. Si Ghealdan ha de marchar al Tarmon Gai'don, será siguiendo vuestra bandera.

Perrin se puso de pie, con lo que sobresaltó a varias personas presentes en la tienda. ¿Es que se iba? Se dirigió al lado abierto del pabellón sin decir palabra y asomó la cabeza.

—Wil, ven aquí —llamó.

Un tejido de Poder Único impedía que la gente que se encontraba fuera escuchara lo que se decía en el interior. Morgase veía los tejidos de Masuri, atados y salvaguardando el pabellón. La complejidad de esos tejidos parecía burlarse de su mínimo talento.

Masuri dio golpecitos en su taza, y Morgase se apresuró a rellenarla. A la Aes Sedai le gustaba beber té cuando estaba nerviosa.

Perrin regresó a la tienda, seguido de un apuesto joven que llevaba un envoltorio de tela.

—Desenróllalo —indicó Perrin.

Con aire aprensivo, el joven lo hizo. En la tela se veía el emblema de la cabeza de lobo que era el símbolo de Perrin.

—Yo no hice esta bandera —dijo—. Jamás la he querido, pero, siguiendo un consejo, dejé que se izara. Bien, las razones para hacerlo han quedado atrás. He ordenado que se arríe, pero al parecer no ha surtido mucho efecto. —Miró al joven—. Wil, que esto se comunique a todo el campamento. Estoy dando una orden directa. Quiero que todas y cada una de las copias de esta maldita bandera se quemen. ¿Lo has entendido?

—Pero... —Wil se puso pálido.

—Hazlo. Alliandre, prestaréis juramento a Rand tan pronto como nos encontremos con él. No marcharéis bajo mi bandera, porque yo no tengo una. Soy un herrero y no se hable más. He aguantado esta estupidez demasiado tiempo.

—Perrin, ¿crees que esto es atinado? —Faile parecía sorprendida.

Qué necio. Al menos tendría que haberlo hablado antes con su esposa. Pero los hombres eran así. Les gustaban sus secretos y sus planes.

—No sé si es atinado, pero es lo que estoy haciendo —repuso antes de sentarse de nuevo—. Márchate, Wil. Quiero que esas banderas se hayan quemado antes de que caiga la noche. Y no quiero demoras, ¿entendido?

Wil se puso rígido y luego giró sobre sus talones y salió de la tienda sin responder nada. Daba la impresión de que el muchacho se sintiese traicionado. Cosa extraña, Morgase se sorprendió sintiendo algo parecido. Qué necedad. Esto era lo que ella quería, era lo que Perrin debía hacer. Y, sin embargo, la gente sentía temor, y con razón. Ese cielo, las cosas que estaban pasando en el mundo... En fin, que en tiempos

como los que corrían quizá se podía disculpar que un hombre decidiera tomar el mando.

—Eres un necio, Perrin Aybara —sentenció Masuri. La Aes Sedai tenía un punto de brusquedad en su modo de comportarse.

—Hijo, los chicos han puesto mucha fe en esa bandera —intervino Tam.

—Demasiada —espetó Perrin.

—Tal vez. Pero es bueno tener algo en lo que creer. Cuando mandaste quitar el otro estandarte, fue un mal trago para ellos. Esto será peor.

—Ha de hacerse —reiteró Perrin—. Los hombres de Dos Ríos se han encariñado demasiado con ella, han empezado a hablar como si fueran a quedarse conmigo en lugar de regresar con sus familias, donde deben estar. Cuando volvamos a tener accesos, Tam, te los llevarás. —Miró a Berelain—. Supongo que no puedo librarme de vos ni de vuestros hombres. Vendréis conmigo para reuniros con Rand.

—No me había dado cuenta de que necesitaseis "libraros" de nosotros —respondió con tirantez la Principal—. No os mostrasteis tan reacio a aceptar mi ayuda cuando pedisteis los servicios de mi Guardia Alada para rescatar a vuestra esposa.

Perrin hizo una profunda respiración.

—Agradezco vuestra ayuda, a todos. Lo que conseguimos en Malden estuvo bien, y no sólo por Faile y Alliandre. Era algo que tenía que hacerse. Pero, diantres, eso ya ha quedado atrás. Si queréis seguir a Rand, estoy seguro de que os aceptará. Pero mis Asha'man están agotados y las tareas que me fueron encomendadas se han llevado a cabo. En mi interior noto esos ganchos que tiran de mí hacia Rand. Pero, antes de que lo haga, necesito cortar con todos vosotros.

—Esposo, ¿puedo sugerir que empecemos con los que quieren ser enviados a su casa? —Las palabras de Faile sonaron tensas.

—Sí, algunos refugiados serían muy felices si regresaran a sus hogares —dijo Aravine.

La antigua *gai'shain* se encontraba sentada casi al fondo de la tienda, un buen sitio donde pasar inadvertida, aunque se había convertido en una pieza importante en la administración del campamento de Perrin. Actuaba para él como una especie de administrador extraoficial.

—Preferiría enviar a todo el mundo, si puedo. Grady... —dijo Perrin.

El Asha'man se encogió de hombros.

—Abrir los accesos para los exploradores no me ha agotado en exceso y creo que podría hacer unos más grandes. Todavía sigo un poco débil, pero casi me he recobrado de la enfermedad. Sin embargo, Neald necesitará más tiempo.

—Milord. —Balwer tosió con discreción—. Dispongo de algunas cifras curiosas que querría mencionaros. Desplazar tanta gente como la que tenéis ahora a través de accesos llevaría horas, puede que días. No será una tarea que se realice con rapidez,

como cuando nos aproximamos a Malden.

—Va a ser muy trabajoso, milord —abundó Grady—. No creo que pueda mantener abierto un acceso durante tanto tiempo. Y menos si queréis que esté en condiciones de luchar, si llega el caso.

Perrin se acomodó para inspeccionar el mapa de nuevo. La taza de Berelain estaba vacía, y Morgase se apresuró a llenarla.

—Está bien, pues. Empezaremos a enviar a grupos más reducidos de refugiados, de los que quieren marcharse antes —decidió Perrin.

—Asimismo, quizá va siendo hora de enviar mensajeros que se pongan en contacto con el lord Dragón —intervino Faile—. Tal vez esté dispuesto a enviar más Asha'man.

—Sí —asintió Perrin.

—Según las últimas noticias que tuvimos de él, se encontraba en Cairhien —intervino Seonid—. El mayor número de refugiados es de allí, así que podríamos empezar por enviar algunos de ellos a su casa, junto con exploradores que se reúnan con el lord Dragón.

—No está allí —dijo Perrin.

—¿Cómo lo sabes? —Edarra dejó la taza en el suelo.

Morgase se desplazó por el perímetro de la tienda y la recogió para volver a llenarla. Edarra, la mayor de las Sabias y quizá la de más rango entre ellas —cosa difícil de averiguar con esas mujeres—, parecía increíblemente joven para la edad que tenía según los rumores. La minúscula capacidad de Morgase con el Poder Único bastaba para descubrirle que esa mujer era fuerte. Puede que la más fuerte de las presentes en la tienda.

—Yo... —Perrin titubeó. ¿Acaso contaba con alguna fuente de información que no compartía con ellos?—. Rand tiene por costumbre estar donde menos te lo esperas. Dudo que se haya quedado en Cairhien, pero Seonid tiene razón. Es el mejor sitio para empezar a buscarlo.

—Milord, me preocupa lo que podríamos... ejem... provocar si no tenemos cuidado —intervino Balwer—. ¿Multitudes de refugiados que regresan a través de accesos de forma inesperada? Llevamos tiempo sin estar en contacto. Tal vez, además de ponernos en contacto con el Dragón, podríamos enviar exploradores para recopilar información, ¿no?

—Me parece una gran idea. —Perrin asintió con la cabeza.

Balwer se echó hacia atrás con aire complacido, y eso que el hombre era muy bueno en lo tocante a disimular las emociones. ¿Por qué tenía tanto interés en enviar alguien a Cairhien?

—Lo admito, me preocupa tener que mover a toda esta gente —dijo Grady—. Incluso cuando Neald se encuentre bien, va a ser agotador mantener abiertos los

accesos el tiempo suficiente para que los crucen todos.

—Perrin Aybara, puede que haya una forma de solucionar este problema —manifestó Edarra.

—¿Cómo?

—Estas aprendizas nos han hablado sobre algo. ¿Un círculo, se llama? Si nos coligamos los Asha'man y algunas de nosotras, entonces quizá podamos darles fuerza para crear accesos mayores.

Perrin se rascó la barba, pensativo.

—¿Qué opinas, Grady? —preguntó al Asha'man.

—Nunca nos hemos coligado en un círculo, milord. Pero si conseguimos descifrar cómo hacerlo... Bueno, unos accesos más grandes podrán trasladar a más gente en menos tiempo. Eso sería una gran ayuda.

—De acuerdo —accedió Perrin. Se volvió hacia la Sabia—. ¿Qué me costaría que lo intentaseis?

—Has trabajado demasiado tiempo con Aes Sedai, Perrin Aybara —le reprochó Edarra con gesto desdeñoso—. No todo ha de hacerse a cambio de un precio. Esto será en beneficio de todos nosotros. Me he estado planteando sugerírtelo desde hace un tiempo.

—¿Desde cuándo sabes que esa variante podría funcionar? —Perrin tenía el entrecejo fruncido.

—El tiempo suficiente.

—Maldita sea, mujer, ¿por qué no me hablaste de ello antes?

—La mayoría del tiempo no parecías muy interesado en tu posición como jefe —replicó Edarra con frialdad—. El respeto es algo que ha de ganarse, Perrin Aybara, no exigirlo.

Morgase contuvo la respiración ante el insolente comentario. Muchos señores responderían con aspereza por el tono empleado. Perrin se quedó paralizado, pero después asintió con la cabeza, como si aquélla fuera la respuesta que debía esperar.

—Tus Asha'man estaban enfermos cuando se me ocurrió esta idea la primera vez —continuó Edarra—. Antes no habría funcionado, pero éste momento era el justo para plantearla. En consecuencia, lo he hecho.

«Insulta a las Aes Sedai en cierto momento y al siguiente actúa como si fuera una de ellas», pensó Morgase.

Con todo, estar cautiva en Malden le había servido a Morgase para empezar a entender las maneras Aiel. Todo el mundo afirmaba que era imposible entender a ese pueblo, pero ella no le daba mucho crédito a ese tipo de habladurías. Los Aiel eran una sociedad, como cualquier otra. Tenían costumbres extrañas y peculiaridades culturales extravagantes, pero también las tenían todos los pueblos. Una reina debía ser capaz de entender a todos los pueblos de su reino, así como a todos los enemigos

potenciales.

—Muy bien, pues —dijo Perrin—. Grady, no te fatigues mucho, pero empieza a practicar con ellas. Prueba a ver si consigues formar un círculo.

—Sí, milord. —El Asha'man se mostraba siempre algo distante—. Sería conveniente involucrar a Neald en esto. Se marea cuando se pone de pie, pero está deseoso de hacer algo con el Poder, y éste sería un buen modo de que reanudara las prácticas.

—De acuerdo —accedió Perrin.

—No hemos acabado de hablar sobre los exploradores que enviamos a Cairhien —le recordó Seonid—. Me gustaría estar con el grupo.

Perrin se rascó la barbuda mejilla.

—Supongo que sí. Que vayan vuestros Guardianes, dos Doncellas y Pel Aydaer. Y sed discretos, si es posible.

—Irá también Camaille Nolaisen —dispuso Faile.

Por supuesto. Tenía que incluir a una *Cha Faile* en el grupo.

Balwer carraspeó para llamar la atención de Perrin.

—Milord, necesitamos urgentemente papel y péñolas nuevas para escribir, y no digamos otros materiales delicados.

—Sin duda, eso podrá esperar —argüyó Perrin, ceñudo.

—No —intervino Faile—. No, esposo, creo que es una buena sugerencia. Deberíamos enviar a alguien para que adquiriera suministros. Balwer, ¿querrás ir tú para traer esas cosas?

—Con gusto, mi señora. Hace tiempo que tengo muchas ganas de visitar esa escuela que el Dragón ha abierto en Cairhien. Ellos tendrán los suministros que necesitamos.

—Supongo que puedes ir tú, entonces —convino Perrin—. Pero nadie más. ¡Luz! Si nos descuidamos un poco, enviamos al puñetero ejército al completo.

Balwer inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento, satisfecho a juzgar por su expresión. Era evidente que ese hombre ahora hacía de espía para Perrin. ¿Le diría a Aybara quién era ella en realidad? ¿Se lo habría dicho ya? Perrin no actuaba como si lo supiera.

Morgase recogió más tazas; la reunión empezaba a disgregarse. Era normal que Balwer se hubiera ofrecido a espiar para Aybara; ella habría tenido que abordar antes al hombrecillo para ver qué pedía a cambio de guardar silencio. Errores como ése le podían costar el trono a una reina. Se quedó paralizada, con la mano tendida hacia una taza, sin llegar a ella.

«Ya no eres reina. ¡Tienes que dejar de pensar como si lo fueras!»

Durante las primeras semanas que siguieron a su abdicación secreta, había esperado hallar una forma de volver a Andor para poner su experiencia al servicio de

Elayne. Sin embargo, cuanto más lo había pensado, más claro vio que tenía que mantenerse al margen. Todo el mundo en Andor debía dar por sentado que ella había muerto. Cada reina debía hacer las cosas a su manera, y Elayne podría dar la imagen de ser una marioneta de su propia madre si regresaba. Por si fuera poco, se había ganado muchos enemigos antes de marcharse. ¿Por qué habría hecho cosas así? El recuerdo que guardaba de esos días era borroso, pero su vuelta sólo serviría para reabrir viejas heridas.

Siguió recogiendo tazas. Quizá tendría que haber hecho caso a la expresión "nobleza obliga" y haberse dado muerte. Si los enemigos del trono descubrían quién era, la utilizarían contra Elayne del mismo modo que los Capas Blancas lo habrían hecho. Pero, de momento, ella no representaba una amenaza para su hija. Además, estaba convencida de que Elayne no pondría en riesgo la seguridad de Andor, ni siquiera para salvar a su madre.

Perrin despidió a los asistentes y dio algunas instrucciones básicas para acampar esa noche. Morgase se arrodilló y usó un trapo para limpiar la tierra que manchaba un lado de una taza que se había volcado. Niall le había dicho que Gaebril había muerto y que al'Thor controlaba Caemlyn. Eso tendría que haber impelido a Elayne a regresar con prontitud, ¿verdad? ¿Sería la reina? ¿Las casas le habrían otorgado su apoyo o habían actuado contra su hija por lo que ella había hecho?

El grupo de exploradores podría volver con noticias que aguardaba con ansiedad. Tendría que encontrar el modo de estar presente en cualquier reunión donde se presentaran los informes, quizá ofreciéndose a servir el té. Cuanto más mejorara en su trabajo como doncella de Faile, más probabilidades habría de que se enterara de los acontecimientos importantes.

Al tiempo que las Sabias salían de la tienda, Morgase atisbó a alguien fuera. Tallanvor, tan cumplidor como siempre. El hombre, alto y ancho de hombros, llevaba la espada a la cintura; en los ojos tenía una expresión de intensa preocupación.

La había seguido prácticamente de continuo desde Malden, y aunque ella protestara por cuestión de principios, no le importaba. Después de dos meses separados, Tallanvor quería aprovechar todas las ocasiones que se le presentaban de estar juntos. Mirando aquellos hermosos ojos del hombre, Morgase era incapaz de considerar la idea del suicidio, ni siquiera por el bien de Andor. Y por ello se sentía como una estúpida. ¿Es que aún no eran bastantes las veces que había permitido que su corazón la metiera en problemas?

Malden la había cambiado, sin embargo. Había echado muchísimo de menos a Tallanvor. Y entonces, él había ido a su rescate, cuando no tendría por qué haberse arriesgado. Estaba más consagrado a ella que al propio Andor. Y, por alguna razón, eso era justo lo que ella necesitaba. Echó a andar hacia él haciendo equilibrios con ocho tazas que llevaba sujetas en el doblez del brazo, en tanto que sostenía los platos

en la mano.

—Maighdin —llamó Perrin cuando ella salía de la tienda.

Morgase vaciló, y se volvió a mirar. Todo el mundo excepto Perrin y su esposa había abandonado ya el pabellón.

—Vuelve, por favor —dijo Perrin—. Tallanvor, puedes entrar también. Te he visto andar al acecho ahí fuera. En serio, ¡como si alguien pudiera abatirse sobre ella desde el aire y llevársela encontrándose en una tienda llena de Sabias y Aes Sedai!

Morgase enarcó una ceja. Que ella supiera, el propio Perrin había seguido a Faile de aquí para allá tanto o más desde que habían vuelto.

Tallanvor le lanzó una sonrisa al entrar. Le quitó algunas tazas del brazo y después los dos se presentaron ante Perrin. Tallanvor hizo una reverencia formal, cosa que despertó irritación en Morgase. Él seguía siendo miembro de la guardia de la reina; el único miembro leal, que ella supiera, así que no debería hacer reverencias a ese rústico arribista.

—Nada más uniros a nosotros, muy al principio, me hicieron una sugerencia —empezó Perrin con brusquedad—. Pues bien, creo que ya es hora de que la tenga en cuenta. Últimamente, vosotros dos sois como jóvenes de pueblos diferentes que se miran embobados en la hora previa a que acabe el Día Solar. Ya va siendo hora de que os caséis. Podríamos pedir a Alliandre que celebre la boda o tal vez podría hacerlo yo. ¿Tenéis alguna tradición para esa ceremonia?

Morgase parpadeó con sorpresa. ¡Maldita Lini por meter esa idea en la cabeza de Perrin! De pronto le entró pánico, aunque Tallanvor la miraba de manera inquisitiva.

—Ve a cambiarte si quieres llevar algo más bonito —sugirió Perrin—. Reunid a quienes queráis de testigos y volved dentro de una hora. Así pondremos fin a esta bobería.

Morgase notó que el rostro le enrojecía de rabia. ¿Bobería? ¡Cómo osaba! ¡Y con esos modales! ¡Despacharla como si fuera una chiquilla, como si sus emociones, su amor, fueran sólo una molestia para él!

Se había puesto a enrollar el mapa; pero, cuando la mano de Faile se posó en su brazo, hizo que él alzara la vista y comprobara que sus órdenes no se habían seguido.

—¿Y bien? —preguntó.

—No —dijo Morgase.

Le sostuvo la mirada a Perrin porque no quería ver la inevitable decepción y el rechazo en el rostro de Tallanvor.

—¿Qué? —preguntó Perrin.

—No, Perrin Aybara —repitió—. No estaré de vuelta aquí dentro de una hora para casarme.

—Pero...

—Si queréis que os sirva un té o que os limpie la tienda o que empaquete algo,

entonces mandad llamarme. Si deseáis que os lave la ropa, os complaceré. Pero soy vuestra criada, Perrin Aybara, no una subdita vuestra. Soy leal a la reina de Andor. Carecéis de autoridad para darme una orden así.

—Yo...

—¡Ni siquiera la propia reina impondría esto a nadie! ¿Obligar a dos personas a casarse por estar cansado de la forma en que se miran uno al otro? ¿Como si fueran dos perros de caza que os proponéis cruzar para después vender los cachorros?

—Mi intención no era ésa en absoluto.

—Pues lo pareció, en cualquier caso. Además, ¿cómo estáis seguro de las intenciones del joven? ¿Habéis hablado con él, le habéis preguntado, le habéis consultado como un señor debería hacer en un asunto como éste?

—Pero, Maighdin, él está pendiente de ti, le importas. Tendrías que haber visto cómo actuó cuando te raptaron. ¡Luz, mujer, pero si es obvio!

—Las cosas del corazón nunca son obvias. —Poniéndose tan erguida como le fue posible, Morgase casi volvió a sentirse como una reina—. Si elijo casarme con un hombre, esa decisión la tomaré yo. Para ser un hombre que afirma no gustarle tener el mando, desde luego os encanta dar órdenes. ¿Por qué pensáis que anhelo el amor de este joven? ¿Sabéis lo que siento?

A su lado, notó que Tallanvor se ponía tenso y, acto seguido, le hacía una reverencia formal a Perrin y se alejaba a zancadas de la tienda. A ese hombre lo podían las emociones. Bueno, tenía que saber que a ella no podían avasallarla. Ya no. Primero, Gaebril. Después, Valda. ¿Y ahora Perrin Aybara? Flaco favor le harían a Tallanvor si tomaba a una mujer que se casaba con él porque le habían dicho que lo hiciera.

Morgase observó a Perrin, que se había puesto colorado, y suavizó el tono de voz.

—Sois joven aún en esto, así que os daré un consejo. Hay cosas en las que un señor debería involucrarse, pero hay otras que siempre debería dejar pasar de largo sin implicarse. Aprenderéis la diferencia con la práctica, pero tened la gentileza de no hacer demandas como ésta hasta que, al menos, os haya asesorado vuestra esposa.

Dicho esto, hizo una reverencia —todavía cargada con las tazas— y se retiró. No debería haberle hablado así. ¡Sí, bien, pero es que él no tendría que haber dado esa orden! Por lo visto todavía le quedaba una chispa de empuje, después de todo. No se había sentido tan firme ni tan segura de sí misma desde... ¡En fin, desde antes de la llegada de Gaebril a Caemlyn! Aunque ahora tendría que encontrar a Tallanvor y apaciguar su orgullo. A su alrededor, criados y trabajadores se ocupaban de sus tareas. Muchos de los antiguos *gai'shain* se comportaban todavía como si siguieran entre los Shaido, con tanta reverencia y tanta ceremonia cada vez que alguien los miraba, aunque no hiciera nada más. Los de Cairhien eran los peores; los habían tenido prisioneros más tiempo, y los Aiel eran expertos en dar lecciones.

Desde luego, había unos cuantos *gai'shain* Aiel. Qué costumbre tan extraña. A algunos de los *gai'shain* que estaban allí, por lo que había logrado discernir, los habían capturado los Shaido y después habían sido liberados en Malden. Seguían con ropa blanca, lo cual significaba que ahora actuaban como esclavos de sus propios familiares y amigos.

Se podía entender a cualquier pueblo, pero tenía que admitir que quizás entender a los Aiel costaría un poco más que con los otros. Por ejemplo, ese grupo de Doncellas que recorrían a zancadas el campamento. ¿Por qué tenía que apartarse todo el mundo de su camino? No había...

Morgase vaciló. Esas Doncellas iban directas hacia la tienda de Perrin. Debían de traer noticias. La curiosidad la pudo y Morgase las siguió. Las Doncellas dejaron dos guardias junto a los faldones de la entrada, pero la salvaguarda para que no se oyera fuera lo que se hablaba dentro se había quitado. Morgase dio un rodeo a la tienda; procurando aparentar que hacía algo más que escuchar a escondidas, reprimió una punzada de remordimiento por dejar a Tallanvor solo con su dolor.

—Capas Blancas, Perrin Aybara —se oyó dentro la voz firme de Sulin—. Hay una fuerza numerosa en la calzada, justo delante de nosotros.

CAPÍTULO 7

Más liviana que una pluma

El aire soplaba más calmado por la noche, aunque los truenos aún advertían a Lan que no todo iba bien. Durante las semanas de viaje con Bulen, esa tormenta cernida en lo alto se había vuelto más oscura de forma progresiva.

Tras cabalgar hacia el sur un tiempo, viraron hacia el este; a veces se encontraban más o menos cerca de la frontera entre Kandor y Saldaea, en el llano de las Lanzas. A su alrededor se encumbraban altos y erosionados montes de paredes cortadas a pico, como fortalezas.

Quizá se les había pasado por alto la frontera. A menudo no existían mojones en estas calzadas secundarias, y a las montañas las traía sin cuidado qué nación pretendía atribuirse su propiedad.

—Maese Andra —llamó Bulen desde atrás.

Lan había adquirido una montura para que Bulen no fuera a pie, una yegua de pelaje blanco agrisado, aunque todavía llevaba de la rienda al caballo de carga, *Explorador*.

Bulen lo alcanzó y se puso a su altura. Lan había insistido en que lo llamara "Andra". Ya era bastante malo tener un seguidor. Así, si nadie sabía quién era, no le pediría que lo dejara ir con él. Gracias a Bulen —aunque lo hubiera hecho sin darse cuenta— estaba apercibido de la maniobra de Nynaeve. Por ello, se hallaba en deuda con él.

De todos modos, a Bulen le encantaba hablar.

—Maese Andra, si me permite una sugerencia, podríamos girar hacia el sur en la Encrucijada de Berndt, ¿no? Conozco una posada a mitad de camino en esa dirección en la que sirven una codorniz exquisita. Y luego podríamos torcer hacia el este de nuevo, por la calzada que lleva a Mettler del Sur. Es un camino mucho más fácil.

—Seguiremos por aquí —contestó Lan.

—¡Pero la de Mettler del Sur es una calzada mucho mejor!

—Y, en consecuencia, mucho más transitada también, Bulen.

Bulen suspiró, pero guardó silencio. Le quedaba bien el *hadori* ceñido a la frente; además, había demostrado tener una sorprendente habilidad con la espada. Hacía mucho que Lan no veía un alumno tan capacitado.

Estaba oscureciendo; allí se hacía de noche pronto a causa de las montañas. Comparado con las áreas próximas a la Llaga, hacía frío. Por desgracia, esa comarca también estaba bastante poblada. De hecho, alrededor de una hora después de pasar el cruce de caminos llegaron a una posada por cuyas ventanas salía luz a raudales.

Bulen miró hacia allí, anhelante, pero Lan pasó de largo. Casi siempre viajaban de noche; era la mejor forma de que no los vieran.

Delante de la posada había tres hombres sentados, fumando una pipa en la oscuridad. Los zarcillos del aromático humo serpenteaban en el aire y llegaban más arriba de las ventanas. Lan apenas les prestó atención hasta que —todos a una— dejaron de fumar y desataron los caballos de la valla que para ese propósito había al lado de la posada.

«Estupendo», rezongó Lan para sus adentros. Asaltantes de caminos que acechaban de noche en la calzada para caer sobre los fatigados viajeros. En fin, tres hombres no tendrían que ser demasiado peligrosos. Los oyó cabalgar al trote en pos de ellos, pero no atacarían hasta encontrarse más lejos de la posada. Lan alargó la mano para aflojar el cordón que sujetaba la espada en la vaina.

—Milord —llamó en tono urgente Bulen, que miraba hacia atrás—, dos de esos hombres llevan *hadori*.

Lan se volvió con tal rapidez que la capa ondeó a su espalda. Los tres hombres se acercaron pero, sin parar, se desplegaron alrededor de los dos y los adelantaron. Lan los observó mientras pasaban.

—¡Andere! —llamó—. ¿Se puede saber lo que estás haciendo?

Uno de los tres jinetes —un tipo enjuto, de aspecto peligroso— miró hacia atrás; llevaba el largo cabello sujeto con el *hadori*. Hacía años que Lan no había visto a Andere. Al parecer, había prescindido por fin de su uniforme kandorés; ahora llevaba una capa negra y debajo ropa de caza hecha con cuero.

—Ah, Lan. No me di cuenta de que erais vos —dijo Andere, mientras los tres hombres frenaban sus monturas.

—Seguro que no —respondió Lan con voz inexpresiva—. Y tú, Nazar. Renunciaste a tu *hadori* cuando eras un muchacho. ¿Y ahora te pones uno?

—Si me place, sí —replicó Nazar.

Se estaba haciendo viejo —debía de haber cumplido los setenta o más— y tenía el pelo blanco, pero llevaba una espada en la silla.

El tercer hombre, Rakim, no era malkieri. Tenía los ojos rasgados típicos de un saldaenino, y miró a Lan a la par que se encogía de hombros, un tanto azorado.

Lan se llevó los dedos a la frente y cerró los ojos cuando los tres siguieron cabalgando calzada adelante. ¿Qué absurdo juego se traían ésos entre manos?

«Qué más da.» Abrió los ojos.

Bulen empezó a decir algo, pero Lan lo hizo enmudecer con una mirada enojada, tras lo cual viró hacia el sur y salió de la calzada a un sendero estrecho y tan poco transitado que apenas se distinguía.

Poco después oyó el golpeteo apagado de cascos a su espalda. Se volvió con rapidez y, al ver a los tres hombres cabalgando tras él, sofrenó a *Mandarb*.

—¡No voy a enarbolar la Grulla Dorada! —bramó, prietos los dientes.

—No hemos dicho que vayáis a hacerlo —respondió Nazar.

De nuevo, los tres se abrieron a los lados para pasarlos y los dejaron atrás. Lan espoleó a *Mandarb* y les dio alcance.

—En ese caso, dejad de seguirme —espetó.

—La última vez que miré, íbamos delante de vos —comentó Andere.

—Disteis la vuelta y me seguisteis por este sendero —acusó Lan.

—No sois dueño de los caminos, Lan Mandragoran —replicó Andere, que miró a Lan, el rostro velado en la oscuridad de la noche—. Por si no lo habéis notado, ya no soy el chico al que vejó el héroe de Salmarna. Me he convertido en un soldado, y los soldados hacen falta. De modo que cabalgaré por este sendero si así me place.

—¡Os ordeno que deis media vuelta y os marchéis! —dijo Lan—. Encontrad otro camino que vaya hacia el este.

Rakim se echó a reír. Todavía se le notaba la voz rasposa a pesar de los años transcurridos.

—Ya no sois mi capitán, Lan. ¿Por qué iba a obedecer vuestras órdenes?

Los otros rieron también.

—A un rey sí lo obedeceríamos, por supuesto —dijo Nazar.

—Sí —abundó Andere—. Si nos diera órdenes, a lo mejor las cumpliríamos. Pero no veo ningún rey aquí. A no ser que esté equivocado.

—No puede haber un rey de una nación desaparecida —contestó Lan—. Ni un rey sin reino.

—Y, sin embargo, cabalgáis. —Nazar dio un golpecito a las riendas—. Cabalgáis para encontrar la muerte en una tierra que afirmáis que no es un reino.

—Es mi destino.

Los tres se encogieron de hombros y a continuación lo adelantaron.

—No seáis necios. Este camino conduce a la muerte —musitó en voz queda Lan, que tiró de la rienda para frenar a *Mandarb*.

—La muerte es más liviana que una pluma, Lan Mandragoran —citó Rakim con la cabeza vuelta hacia atrás—. ¡Si sólo cabalgamos hacia la muerte, entonces el camino será más fácil de lo que pensaba!

Lan rechinó los dientes, mas ¿qué podía hacer? ¿Golpear a los tres hasta dejarlos inconscientes y abandonarlos a un lado de la calzada? Azuzó con las rodillas a *Mandarb* para que reemprendiera la marcha.

Y los dos pasaron a ser cinco.

Galad no dejó de desayunar, aunque advirtió que el Hijo Byar había ido a hablar con él. Era un refrigerio sencillo: gachas de avena con un puñado de pasas mezcladas. Que todos comieran lo mismo evitaba que alguien sintiera envidia. Algunos capitanes

generales se habían alimentado mucho mejor que sus hombres, pero eso no era aplicable a Galad, sobre todo cuando tanta gente en el mundo pasaba hambre.

El Hijo Byar siguió parado firme junto a los faldones de la entrada, esperando a que Galad se diera por enterado de su presencia. El hombre flaco, de mejillas hundidas, llevaba la capa blanca sobre el tabardo que cubría la cota.

Por fin Galad dejó la cuchara a un lado e hizo un gesto con la cabeza a Byar. El soldado se adelantó hasta la mesa y esperó, todavía firme. En la tienda de Galad no había enseres muy recargados. Su espada —la que antes perteneció a Valda— descansaba encima de la sencilla mesa, detrás del cuenco que era de madera y estaba adornado con un mínimo dibujo. Las garzas de la hoja asomaban debajo de la vaina, y la figura de Byar se reflejaba en el pulido acero.

—Habla —dijo Galad.

—Tengo más noticias sobre el ejército, milord capitán general. Se encuentra cerca de donde los cautivos dijeron que estaría, a pocos días de aquí.

Galad asintió con la cabeza.

—¿Ondean la bandera de Ghealdan? —preguntó.

—Junto con la de Mayene. —El celo fanático brilló en los ojos de Byar—. Y la cabeza de lobo, aunque los informes indican que arriaron ésa ayer a última hora. Ojos Dorados se encuentra allí. Nuestros exploradores están seguros.

—¿Es cierto que mató al padre de Bornhald?

—Sí, milord capitán general. Conozco un poco a ese ser. Él y sus tropas proceden de un lugar llamado Dos Ríos.

—¿Dos Ríos? —repitió Galad—. Es curioso con cuánta frecuencia oigo nombrar ese lugar últimamente. ¿No es de allí al'Thor?

—Es un lugar siniestro, milord capitán general. El Hijo Bornhald y yo pasamos allí un tiempo el año pasado. Está plagado de Amigos Siniestros.

—Hablas como un interrogador —dijo Galad con un suspiro.

—Milord capitán general —continuó Byar con afán—, por favor, creedme, milord, no es una simple suposición. Esto es distinto.

Galad frunció el entrecejo. Luego señaló hacia el otro taburete que había junto a la mesa, y Byar se sentó en él.

—Explícate. Y cuéntame todo lo que sabes del tal Perrin Ojos Dorados —ordenó Galad.

Perrin recordaba aquellos días en que un sencillo desayuno de pan y queso lo satisfacía. Ya no era el caso. Quizá se debía a su relación con los lobos, o tal vez sus gustos habían cambiado con el tiempo. Ahora ansiaba la carne, sobre todo por la mañana. No siempre podía tomarla, y lo aceptaba. Pero, por lo general, no tenía ni que pedirla.

Y eso fue lo que ocurrió ese día. Se había levantado y se estaba lavando, cuando una criada entró con una enorme tajada de pernil, humeante y suculenta. Nada de alubias ni verduras. Ni salsa. Sólo el pernil, frotado con sal y hecho a la brasa en la lumbre, con un par de huevos cocidos. La criada lo puso en la mesa y se retiró.

Perrin se secó las manos, cruzó la alfombra de la tienda y olfateó el aroma del pernil. Una parte de él pensaba que debería rechazarlo, pero se sentía incapaz. Imposible, teniéndolo allí mismo. Se sentó, asió cuchillo y tenedor, y empezó a comer con entusiasmo.

—Sigo sin entender cómo puedes comerte eso para desayunar —comentó Faile, que salió de la zona de aseo de la tienda, secándose las manos con un paño.

El amplio pabellón tenía varias cortinas divisorias que aislaban distintos espacios. Faile llevaba puesto uno de sus discretos vestidos grises. Perfecto, porque así no lo distraería su belleza. Acentuaba su figura un recio cinturón negro; había desechado todos sus cinturones dorados, por magníficos que fueran. Él le había sugerido buscarle uno que fuera más de su agrado; pero, en respuesta, la expresión de Faile se tornó enfermiza, como si se le revolviera el estómago.

—Es comida —contestó Perrin.

—Eso ya lo veo —resopló con sorna ella mientras se miraba en el espejo—. ¿Qué crees que suponía que era? ¿Un trozo de piedra?

—Lo que quiero decir es que la comida es comida —dijo entre bocado y bocado —. ¿Por qué habría de importarme lo que como para desayunar o lo que tomo de comida a otra hora?

—Porque es raro.

Faile se ciñó al cuello un cordón del que colgaba una pequeña piedra azul. Se contempló en el espejo y después se dio la vuelta, de forma que las holgadas mangas del vestido de corte saldaenino susurraron. Se paró cerca del plato y puso cara de asco.

—Voy a desayunar con Alliandre. Mándame llamar cuando haya noticias.

Él asintió con la cabeza y tragó. ¿Por qué una persona tomaría para comer a mediodía algo que rechazaría para desayunar? No tenía sentido.

Había decidido que seguirían acampados junto a la calzada de Jehannah. ¿Qué otra cosa podía hacer, con un ejército de Capas Blancas justo un poco más adelante, entre Lugard y él? Sus exploradores necesitaban tiempo para evaluar el peligro. Había pasado mucho tiempo pensando en las extrañas visiones que había tenido sobre los lobos que acosaban ovejas para conducirlas hacia una bestia y sobre Faile que se dirigía hacia un precipicio. Había sido incapaz de encontrarles sentido, pero ¿tendrían algo que ver con los Capas Blancas? La aparición de esa gente lo incomodaba más de lo que quería admitir, pero albergaba una mínima esperanza de que su presencia careciera de importancia y que no lo retrasaran demasiado.

—Perrin Aybara... —llamó alguien desde el exterior—. Con tu permiso, ¿puedo entrar?

—Adelante, Gaul, mi sombra es tuya —invitó Perrin.

El alto Aiel entró en la tienda.

—Gracias, Perrin Aybara. Menudo festín —añadió al echar una ojeada a la carne —. ¿Celebras algo?

—Nada, aparte de desayunar.

—Tremenda victoria —dijo Gaul, riendo con ganas.

Perrin sacudió la cabeza. El humor Aiel... Ya había dejado de querer encontrarle sentido. Gaul se acomodó en el suelo, y Perrin suspiró para sus adentros antes de recoger el plato para ir a sentarse en la alfombra, enfrente de Gaul. Apoyó el desayuno encima de las piernas cruzadas y siguió comiendo.

—No tienes que sentarte en el suelo por mí —comentó el Aiel.

—No lo hago por obligación, Gaul.

El Aiel asintió con la cabeza.

Perrin cortó otro trozo. Sería mucho más fácil si asiera todo el pernil con los dedos y empezara a darle mordiscos. Para los lobos, ingerir la comida era una tarea sencilla. Utensilios, ¿para qué?

Esos pensamientos lo hicieron pararse a pensar. Él no era un lobo, y no quería pensar como uno de ellos. Quizá debería empezar a tomar fruta para que fuera un desayuno de verdad, como decía Faile. Frunció el entrecejo y se puso a comer otra vez.

—En Dos Ríos luchamos contra trollocs —dijo Byar, que bajó la voz—. Varias docenas de hombres que tenemos en el campamento pueden confirmarlo. Yo maté a varias bestias con mi propia espada.

Galad había olvidado las gachas, ahora frías en la mesa.

—¿Trollocs en Dos Ríos? ¿A tantos centenares de millas de las Tierras Fronterizas? —se extrañó Galad.

—Allí estaban, sin embargo —ratificó Byar—. El capitán general Niall debía de sospecharlo, ya que fuimos allí siguiendo sus órdenes. Sabéis que Pedron Niall no era de los que hacían nada llevado por un impulso.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero ¿en Dos Ríos?

—Está lleno de Amigos Siniestros —afirmó Byar—. Bornhald os habló de Ojos Dorados. En Dos Ríos, el tal Perrin Aybara tenía izada la antigua enseña de Manetheren y reunió un ejército entre los granjeros. Soldados bien adiestrados pueden poner en ridículo a unos granjeros a los que se obliga a servir; pero, si uno reúne los suficientes, entonces pueden representar un peligro. Algunos son diestros con la vara de combate o con el arco.

—Lo sé bien —repuso Galad en tono inexpresivo; recordaba una lección bochornosa que había recibido en una ocasión.

—Que ese hombre, Perrin Aybara, es un Amigo Siniestro, está tan claro como el agua. Lo llaman Ojos Dorados porque tiene el iris de los ojos de ese color, un tono que nunca se ha visto en una persona. Estamos convencidos de que fue Aybara el que llevó los trollocs allí y los utilizó para obligar a la gente de Dos Ríos a unirse a su ejército. Al final consiguió echarnos de allí. Y ahora lo tenemos aquí, delante de nosotros.

¿Una coincidencia o era algo más?

Saltaba a la vista que Byar se planteaba la misma pregunta.

—Milord capitán general, tal vez debí mencionar esto antes, pero lo de Dos Ríos no fue mi primera experiencia con ese ser, Aybara. Hace dos años, mató a dos Hijos en una calzada remota de Andor por la que apenas hay tránsito. Yo viajaba con el padre de Bornhald. Encontramos a Aybara acampado en un sitio alejado del camino. ¡Corría con lobos como un salvaje! Mató a dos hombres antes de que pudiéramos reducirlo. Después, a la noche siguiente de haberlo capturado, huyó. ¡Milord, íbamos a colgarlo!

—¿Hay otros que puedan confirmar esto? —preguntó Galad.

—El Hijo Oratar. Y el Hijo Bornhald puede confirmar lo que vimos en Dos Ríos. Ojos Dorados también se encontraba en Falme. Sólo por lo que hizo allí, debería llevárselo ante la justicia. Es evidente que la Luz nos lo ha puesto al alcance de las manos.

—¿Estás seguro de que los nuestros se hallan con los Capas Blancas? —preguntó Perrin.

—No distinguí las caras —dijo Gaul—, pero Elyas Machera tiene una vista muy penetrante. Dice que está seguro de haber divisado a Basel Gill.

Perrin asintió con la cabeza. Los ojos dorados de Elyas debían de ser tan agudos como los suyos.

—Los informes de Sulin y sus exploradoras son similares —añadió Gaul, que aceptó una copa de cerveza que Perrin le sirvió de la jarra—. El ejército de los Capas Blancas tiene un gran número de carretas y son muy semejantes a las que nosotros mandamos por delante. Sulin lo descubrió esta mañana temprano, pero me pidió que te pasara esta información cuando te despertaras, ya que sabe que los habitantes de las tierras húmedas son muy temperamentales si se los molesta por la mañana.

Era evidente que Gaul no tenía ni idea de que sus palabras podrían ser ofensivas. Él era de las tierras húmedas, y los habitantes de las tierras húmedas eran temperamentales, al menos en opinión de los Aiel. De modo que Gaul sólo exponía un hecho reconocido por todos.

Perrin meneó la cabeza y probó uno de los huevos. Estaba demasiado hecho, pero se podía comer.

—¿Sulin vio a alguien que conociera? —preguntó.

—No, aunque vio algunos *gai'shain*. Pero Sulin es una Doncella, de modo que quizá deberíamos enviar a alguien para confirmar lo que dice, alguien que no exigirá tener la oportunidad de lavar nuestra ropa interior.

—¿Problemas con Bain y Chiad? —inquirió Perrin.

—Esas mujeres van a volverme loco, lo juro —respondió Gaul con una mueca irritada—. ¿A qué hombre creen capaz de soportar tales cosas? Casi sería mejor tener al Cegador de la Vista como *gai'shain* que a esas dos.

Perrin rió sin poderlo evitar.

—Sea como sea, los cautivos parecen estar sanos y salvos —continuó el Aiel—. Y hay otra cosa que añadir al informe. Una de las Doncellas vio una bandera ondeando en el campamento que parecía distintiva, así que la copió para tu secretario, Sebban Balwer. Él dice que esa bandera significa que el capitán general en persona cabalga con ese ejército.

Perrin se quedó observando el último bocado de carne. Ésa no era una buena noticia. Nunca había visto al capitán general, pero, en una ocasión, sí había conocido a uno de los capitanes Capas Blancas. Ocurrió la noche que murió *Saltador*, una noche que lo había obsesionado durante dos años.

Fue la noche en que él había matado por primera vez.

—¿Qué más pruebas necesitáis? —Byar se acercó, inclinándose hacia adelante, los ojos hundidos encendidos por el fanatismo—. ¡Tenemos testigos que vieron a ese hombre asesinar a dos de los nuestros! ¿Vamos a permitir que pase de largo ante nuestras narices, como si fuera inocente?

—No —dijo Galad—. Por la Luz, no. Si lo que cuentas es cierto, entonces no podemos dar la espalda a ese hombre. Nuestro deber es hacerles justicia a las víctimas.

Byar sonrió con gesto ansioso.

—Los prisioneros revelaron que la reina de Ghealdan le ha jurado fidelidad.

—Eso podría plantear un problema.

—O una oportunidad. Quizás Ghealdan es justo lo que necesitan los Hijos. Un nuevo hogar, un sitio que reconstruir. Habláis de Andor, mi lord capitán general, mas ¿cuánto tiempo nos tolerarán? Habláis de la Última Batalla, aunque para eso aún podrían faltar meses. ¿Y si liberásemos a toda una nación de las garras de un terrible Amigo Siniestro? A buen seguro que la reina, o su sucesor, se sentiría en deuda con nosotros.

—Eso dando por sentado que podemos derrotar al tal Aybara.

—Podemos. Nuestras fuerzas son menos numerosas que su ejército, pero muchos de sus soldados son granjeros.

—Unos granjeros que, según tú mismo acabas de señalar, pueden ser peligrosos. No se los debería subestimar.

—Sí, pero sé que podemos derrotarlos. Serán peligrosos, pero se vendrán abajo ante el poderío de los Hijos. Esta vez, por fin, Ojos Dorados no podrá esconderse detrás de las fortificaciones de su aldea o de la chusma de sus aliados. Se acabaron los subterfugios.

¿Sería esto parte de ser *ta'veren*? ¿Es que no podía dejar atrás lo ocurrido aquella noche, hacía años? Apartó el plato a un lado, con la sensación de tener revuelto el estómago.

—¿Te encuentras bien, Perrin Aybara? —se interesó Gaul.

—Sí, sólo estaba pensando.

Los Capas Blancas no lo dejarían en paz, y el Entramado —¡así se abrasara!— iba a seguir poniéndolos en su camino una y otra vez hasta que se enfrentara a ellos.

—¿Qué tamaño tiene su ejército? —preguntó.

—Hay veinte mil soldados de los suyos —respondió el Aiel—. Y varios miles más que, casi con toda seguridad, jamás han blandido una lanza.

Sirvientes y seguidores de campamento. Gaul evitó que el regocijo se le notara en la voz, pero Perrin lo captó en su olor. Entre los Aiel, casi todos los hombres —todos excepto los herreros— empuñaban una lanza si alguien los atacaba. El hecho de que muchos habitantes de las tierras húmedas fueran incapaces de defenderse a sí mismos, o dejaba atónitos a los Aiel o los enfurecía.

—La suya es una fuerza grande, pero la nuestra es mayor —prosiguió Gaul—. Además no tienen *algai'd'siswai* ni Asha'man ni encauzadoras de ningún tipo, si Sebban Balwer está en lo cierto. Parece que sabe mucho de esos Capas Blancas.

—No se equivoca. Los Capas Blancas odian a las Aes Sedai y creen que cualquiera que esté capacitado para hacer uso del Poder Único es un Amigo Siniestro.

—¿Vamos a atacarlo, pues? —preguntó Byar.

—No tenemos elección. —Galad se puso de pie—. La Luz nos lo ha puesto en las manos. Pero necesitamos más información. Quizá debería ir a ver a ese Aybara para informarle que tenemos a sus aliados, y después pedirle que su ejército se enfrente a nosotros en el campo de batalla. Prefiero sacarlo a campo abierto para poner en juego a mi caballería.

—¿Qué quieres hacer, Perrin Aybara? —preguntó Gaul.

¿Que qué quería? Ojalá tuviera respuesta a esa pregunta.

—Envía más exploradores. Que encuentren un lugar mejor para acampar. Habrá que parlamentar, pero la Luz sabe que no voy a dejar a Gill y a los demás en manos de los Capas Blancas. Daremos a los Hijos la oportunidad de que nos entreguen a los nuestros. Si no lo hacen... En fin, entonces veremos.

CAPÍTULO 8

La chica de siete rayas

Mat se encontraba sentado en un viejo taburete, con los brazos apoyados en el oscuro mostrador de madera de una taberna. En el aire flotaba un buen olor: a cerveza, a humo y al trapo de limpiar con que se había repasado el mostrador hacía poco. Eso le gustaba. Había algo tranquilizador en una buena y ruidosa taberna a la que, además, mantenían limpia. Es decir, tan limpia como era razonable en un sitio así. A nadie le gustaba que una taberna estuviera demasiado limpia, porque daba la impresión de ser un sitio nuevo. Como una chaqueta que uno no se ha puesto nunca o una pipa en la que nunca se ha fumado.

Mat tenía una carta doblada en la mano derecha y se puso a voltearla entre dos dedos. Esa carta, de papel grueso, estaba sellada con un pegote de cera roja como la sangre. Aunque la llevaba encima hacía poco tiempo, para él era ya una fuente de irritación, como cualquier mujer. Bueno, quizás tanto como una Aes Sedai no, pero casi como cualquier otra mujer. Y eso era un montón.

Dejó de darle vueltas a la carta y se puso a golpearla con suavidad en el mostrador. ¡Condenada Verin! ¿Por qué había tenido que hacerle esto a él? Lo tenía tan atrapado con el juramento que le había obligado a prestar como un pez enganchado a un anzuelo.

—¿Y bien, maese Quermes? —preguntó la tabernera. Ése era el nombre que utilizaba desde hacía unos días. Más valía ir con cuidado.

—¿Quiere que se la llene otra vez? —ofreció la mujer.

La tabernera se inclinó delante de él, con los brazos cruzados encima del mostrador. Melli Craeb era una mujer bonita, de cara redonda y cabello castaño rojizo que se le rizaba de un modo muy atractivo. Mat le habría dedicado la mejor de sus sonrisas —no conocía a una sola mujer que no se derritiera con esa sonrisa suya—, pero ahora era un hombre casado. No podía ir por ahí rompiendo corazones; no estaría bien.

Ni siquiera aunque, al estar inclinada de esa forma en el mostrador, mostrara parte del generoso busto. Era baja, pero el piso de la zona situada detrás del mostrador estaba más alto que el de la sala. Sí, un busto bonito de verdad. Mat se figuraba que la tabernera sería una buena compañía para intercambiar unos cuantos besos, tal vez dentro de uno de los cubículos que había al fondo de la taberna. Por supuesto, él ya no miraba a las mujeres; no de esa forma. No pensaba en Melli para besarla él; quizá para Talmanes, que era tan ceremonioso que un buen beso y unos buenos mimos le sentarían bien.

—¿Y bien? —reiteró Melli.

—¿Qué harías si fueras yo, Melli?

Tenía la jarra vacía a su lado, con un poco de espuma reseca en el borde.

—Pedir otra ronda —respondió ella sin vacilar un instante—. Para toda la taberna. Sería una obra de caridad en toda regla. A la gente le gustan los tipos caritativos.

—Me refería a la carta.

—¿Prometisteis no abrirla?

—Bueno, no exactamente. Prometí que, si la abría, haría exactamente lo que dice dentro.

—Disteis vuestra palabra, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

La mujer le quitó la carta de un tirón y Mat soltó un grito. Alargó la mano para recuperarla, pero Melli la puso fuera de su alcance y le dio vueltas entre los dedos. Mat reprimió las ganas de lanzarse por ella otra vez; había jugado a muchas y muy distintas versiones del pillo-pillo y no le apetecía quedar como un tonto. Lo que más le gustaba a una mujer era hacer rabiar a un hombre, y si uno le seguía el juego, ella no paraba hasta cansarse.

Aun así, empezó a sudar.

—Oye, Melli...

—Si queréis, la abro yo —ofreció la tabernera, que se apoyó de nuevo al otro lado del mostrador mientras observaba la misiva.

Cerca, un hombre pidió otra jarra de cerveza, pero Melli lo hizo callar con un gesto de la mano. De todos modos, el hombre de nariz enrojecida parecía haber bebido ya más de la cuenta. La taberna de Melli era un establecimiento muy frecuentado, tanto como para tener media docena de camareras ocupándose de los parroquianos, así que, al final, alguna de ellas lo atendería.

—Podría abrirla y deciros lo que hay dentro —le ofreció de nuevo.

¡Maldición! Si la mujer hacía eso, él tendría que llevar a cabo lo que ponía en la misiva. ¡Cualquier puñetería que pusiera! Sólo tenía que esperar unas pocas semanas y estaría libre. Podía esperar ese tiempo. De verdad que sí.

—Así no serviría —le dijo a la tabernera.

Dio un brinco en el taburete al ver que Melli metía el pulgar entre las dos mitades de la carta, como si fuera a romper el sello.

—Tendría que hacer lo que dice, Melli. Vamos, no la abras. ¡Ten cuidado!

Ella le sonrió. Su taberna, La Chica de Siete Rayas, era una de las mejores en el Caemlyn occidental. Cerveza con cuerpo y de rico sabor, juegos de dados cuando a uno le apetecía, y además no se veía ni una sola rata por allí. Lo más probable es que no quisieran correr el riesgo de tener que vérselas con Melli. Luz, esa mujer era capaz

de hacérselas pasar moradas a un hombre por poco que lo intentara.

—No me habéis dicho de quién es —comentó Melli que le dio la vuelta a la carta —. De una amante, ¿verdad? ¿Os tiene enredado en los hilos que maneja?

La tabernera había dado en el clavo en cuanto a la segunda parte, pero ¿una amante? ¿Verin? La idea era lo bastante ridicula para hacerlo reír, aunque se contuvo. Besar a Verin habría resultado más o menos tan divertido como besar a un león. De los dos, habría elegido al felino. A buen seguro que con él sería menos probable que intentara morderlo.

—Di mi palabra, Melli. No se te ocurra abrirla, ¿vale? —repitió Mat, que procuró que no se le notara el nerviosismo.

—Pero yo no juré nada. A lo mejor la leo y no os digo lo que pone. Sólo os daré pistas de vez en cuando, como aliciente.

La mujer lo miró con una sonrisa en los carnosos labios. Sí, era muy bonita. No tanto como Tuon, claro, con esa piel maravillosa y los ojos enormes. Pero Melli era bonita, en especial los labios. Estar casado significaba que no podía mirar esos labios de hito en hito, pero Mat le ofreció la mejor de sus sonrisas porque, aunque podría romperle el corazón, esta vez la situación lo requería. No iba a dejar que abriera la carta.

—Es lo mismo, Melli —dijo, desplegando todo su encanto—. Si abres esa carta y no hago lo que dice, mi promesa valdría menos que un cobre falso.

Suspiró al caer en la cuenta de que sólo había una forma de lograr que le devolviera la misiva.

—La mujer que me la dio era Aes Sedai, Melli. No querrás enojar a una Aes Sedai, ¿verdad?

—¿Una Aes Sedai? —De repente, la expresión de la tabernera se tornó anhelante —. Siempre he fantaseado con la idea de ir a Tar Valon para ver si me dejaban unirme a ellas.

Melli bajó la vista a la carta, como si sintiera más curiosidad por el contenido.

¡Luz! Esta mujer era boba. Y él que la había considerado una persona con sentido común. Tendría que haberlo visto venir. Empezó a sudar otra vez. ¿Podría quitarle la carta? Ahora la sostenía bastante cerca...

Melli la dejó encima del mostrador y le puso el índice encima, justo en el centro del sello de cera.

—Me presentaréis a esta Aes Sedai cuando volváis a verla —manifestó.

—Si la veo mientras estoy en Caemlyn, te prometo que lo haré.

—¿Puedo fiarme de que mantendréis vuestra palabra?

Él le asestó una mirada de exasperación.

—¿Y de qué ha versado toda esta maldita conversación, Melli?

Ella se echó a reír y se dio media vuelta, dejando la carta en el mostrador; fue a

atender al hombre de la nariz enrojecida —al que además le faltaban dientes—, que no dejaba de pedir más cerveza. Mat se apoderó de la carta y se la guardó con cuidado en el bolsillo de la chaqueta. Condenada mujer. El único modo de mantenerse libre de los enredos de las Aes Sedai era no abrir jamás esa carta. Bueno, libre exactamente no. Tenía a su alrededor montones de Aes Sedai intrigando; le salían por las orejas. Pero sólo un hombre con serrín en la cabeza en lugar de cerebro querría tener más.

Mat suspiró y se dio la vuelta en el taburete. Una muchedumbre variopinta atestaba *La Chica de Siete Rayas*. En la actualidad, Caemlyn estaba más atiborrada que una escorpina en un naufragio; tanto que parecía a punto de hacer estallar las costuras. Eso mantenía atareadas a las tabernas. En un rincón, unos granjeros que vestían ropa de trabajo desgastada en el cuello jugaban a los dados. Mat había jugado con ellos unas cuantas partidas hacía un rato, y se había pagado la bebida con las monedas de esos hombres, pero detestaba jugar por unos pocos cobres.

El tipo de rostro campechano sentado en el rincón seguía bebiendo —debía de haber unas catorce jarras vacías a su lado—, y sus compañeros aplaudían y lo jaleaban para que continuara. Había unos cuantos nobles instalados aparte de los demás, y le habría gustado jugar una partida de dados con ellos, pero la expresión de los rostros habría espantado a unos osos. A buen seguro que habían estado en el bando perdedor de la guerra de Sucesión.

Mat llevaba una chaqueta negra con puntillas en los puños. Sólo un poco; y nada de bordados. Aunque de mala gana, había dejado el sombrero negro de ala ancha en el campamento y se había dejado crecer un poco la barba en el mentón. Le picaba como si tuviera pulgas y le hacía parecer un puñetero idiota. Pero esa barba de días dificultaba que fuera reconocido. Con todos los rateros de la ciudad llevando un retrato suyo, lo mejor era ser precavido. Esperaba que el hecho de ser *ta'veren* lo ayudara por una vez, pero más valía no contar con ello. Ser *ta'veren* no le había servido para nada, que él recordara.

Llevaba el pañuelo metido debajo del cuello de la chaqueta, tan alto que le llegaba casi a la barbilla, y la chaqueta abotonada hasta arriba. Ya se había muerto una vez —estaba bastante seguro de eso— y no tenía ni pizca de ganas de repetir la experiencia.

Una bonita camarera, esbelta, ancha de caderas y con el largo cabello oscuro suelto, pasó a su lado. Mat se movió hacia un lado con el propósito de hacer patente la soledad de la jarra vacía en el mostrador. Sonriente, la chica se acercó para rellenarla. Él sonrió también y le dio un cobre de propina. Era un hombre casado y no podía permitirse cautivarla, pero sí estar ojo avizor por sus amigos. A lo mejor a Thom le gustaba. Una chica podría conseguir que, al menos, dejara de actuar como un alma en pena. Mat observó la cara de la camarera durante un tiempo para

asegurarse de que la reconocería si la volvía a ver.

Dio un sorbo a la cerveza mientras con una mano toqueteaba la carta guardada en el bolsillo. No quería hacer conjeturas sobre lo que decía, porque hacerlo lo pondría a un paso de romper el sello y leerla. Se sentía un poco como un ratón que contemplara con fijeza una trampa con un trozo de queso mohoso. No quería catar ese queso. Por él, que se pudriera.

Lo más probable era que la carta llevara instrucciones para que hiciera algo peligroso. Y humillante. Las Aes Sedai tenían debilidad por hacer pasar por idiotas a los hombres. Luz, ojalá Vérin no le hubiera dejado instrucciones para que ayudara a alguien con problemas. Si fuera ése el caso, seguro que ella misma habría podido ocuparse del asunto, ¿no?

Suspiró y echó otro trago de cerveza. En el rincón, el hombre que bebía por fin se había desplomado de bruces. Dieciséis jarras. No estaba mal. Él retiró a un lado la suya, dejó unas cuantas monedas para pagar la consumición y se despidió de Melli con un gesto de la cabeza. En el rincón había un tipo de dedos largos; Mat fue hacia él y recogió las ganancias de su apuesta por el hombre bebedor. Había apostado que se tomaría diecisiete, que era un número lo bastante aproximado para ganar algo.

Después, recogiendo el bastón de paseo del bastonero que había junto a la puerta, abandonó la taberna.

Berg, el encargado de mantener el orden en el local, lo miró. Berg tenía una cara tan fea que hasta su propia madre se encogería al verlo. Al portero no le caía bien Mat y, a juzgar por la forma que miraba a Melli, seguro que pensaba que él quería tontear con su chica. Daba igual si Mat había explicado que estaba casado y que ya no hacía esas cosas. Siempre había hombres que se ponían celosos, les dijera lo que les dijese uno.

Las calles de Caemlyn estaban concurridas, incluso a una hora tan avanzada. El reciente chaparrón había mojado los adoquines, si bien las nubes habían pasado y, cosa sorprendente, el cielo se había despejado. Mat se encaminó hacia el norte, calle adelante, de camino a otra taberna que conocía, una en la que los parroquianos jugaban partidas de dados apostando plata y oro. Mat no tenía una tarea específica esa noche, sólo prestar atención a los rumores, sondear el ambiente de Caemlyn. Habían cambiado muchas cosas desde la última vez que había estado allí.

Mientras caminaba, no pudo evitar echar ojeadas a su espalda. Esos condenados dibujos lo tenían con los nervios de punta. Mucha gente que iba por la calle le parecía sospechosa. Pasaron unos cuantos murandianos con aspecto de estar tan borrachos que seguro que habría podido prenderles el aliento. Mantuvo las distancias con ellos. Después de lo que le había pasado en Hinderstap, por mucho cuidado que llevara nunca le parecería excesivo. Luz, pero si había oído hablar de adoquines que atacaban a las personas, nada menos. Si un hombre no podía fiarse ni del suelo que pisaba, ¿en

qué iba a confiar?

Por fin llegó a la taberna que buscaba, un establecimiento por demás acogedor, llamado *El Aliento del Muerto*. Había dos porteros a la entrada y sostenían garrotes con los que se daban golpes en la enorme palma de la otra mano. En la actualidad, se contrataban muchos más matones de taberna. Mat tendría que ir con pies de plomo y no ganar demasiado. A los taberneros no les gustaban los que ganaban más de la cuenta, ya que eso podría provocar una pelea. A menos que ese hombre gastara las ganancias en comida y bebida. En ese caso, que ganara lo que quisiera, muchas gracias.

Dentro de la taberna estaba más oscuro que en el interior de *La Chica de Siete Rayas*. Los parroquianos estaban inclinados sobre las bebidas o los juegos, y no se servía mucha comida. Sólo tragos fuertes. El mostrador tenía clavos cuyas cabezas sobresalían de la madera más o menos del grosor de una uña, de forma que lo pinchaban a uno en los brazos. Mat se figuraba que intentaban abrirse paso a través de la madera para soltarse y huir hacia la puerta.

El tabernero, Bernherd, era un teariano de cabello graso, con una boca tan pequeña que parecía que se hubiera tragado los labios en un descuido.

Olía a rábanos, y Mat no lo había visto sonreír nunca, ni siquiera cuando le daban propina. La mayoría de los taberneros le sonreirían al Oscuro en persona a cambio de la propina.

Mat detestaba jugar y beber en un sitio donde uno tenía que mantener la mano en la bolsa. Pero esa noche estaba empeñado en ganar algo de dinero, dinero de verdad, y había partidas de dados en marcha y sonaba el tintineo de monedas, así que, en cierto modo, se sintió como en casa. La puntilla de su chaqueta atrajo miradas. Pero ¿por qué le había dado por llevar esos adornos? Encargaría a Lopin que quitara la puntilla de los puños cuando volviera al campamento. Bueno, no del todo. Quizá un poco.

Encontró una partida en el fondo de la sala en la que participaban tres hombres y una mujer que llevaba pantalón. La mujer tenía el cabello dorado y unos ojos bonitos; Mat se fijó en esos detalles sólo pensando en Thom. De todos modos, tenía los senos grandes y, en los últimos tiempos, a él le atraían más las mujeres de busto más esbelto.

En cuestión de minutos jugaba con ellos a los dados y eso lo tranquilizó bastante. Con todo, tenía la bolsa del dinero a la vista, puesta en el suelo, delante de él. Poco después, el montón de monedas —la mayoría de plata— al lado de su bolsa había crecido.

—¿Habéis oído lo que ha pasado en Prado del Herrador? —preguntó uno de los hombres a sus compañeros mientras Mat hacía su tirada—. Fue algo horrible.

El que hablaba era un tipo alto, de cara tan estrecha que daba la impresión de que

se la hubiera pillado varias veces al cerrar la puerta. Se hacía llamar Perseguidor, y Mat suponía que era porque las mujeres huían de él tras echarle una ojeada a la cara y él tenía que ir en su persecución.

—¿Qué? —preguntó Clare, la mujer de cabello dorado.

Mat le sonrió. No solía jugar contra mujeres, ya que casi todas afirmaban que jugar a los dados les parecía inapropiado. Eso sí, nunca protestaban si un hombre les compraba algo bonito con lo que había ganado. En cualquier caso, jugar a los dados con mujeres no era justo, ya que una de sus sonrisas podía hacer que el corazón les palpitara deprisa y que las rodillas les temblaran. Pero él ya no sonreía a las chicas de ese modo. Además, la mujer no había respondido a las que le había echado.

—A Jowdry lo encontraron muerto esta mañana —contestó Perseguidor mientras Mat tiraba—. Le habían arrancado la cabeza. Y no quedaba una gota de sangre en el cuerpo, como si fuera un pellejo de vino lleno de agujeros.

Mat sufrió tal sobresalto que tiró los dados pero no miró lo que había salido.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Qué acabas de decir?

—Eh, vamos, sólo era un conocido nuestro —respondió Perseguidor, que miró a Mat—. Y me debía dos coronas, vaya si me las debía.

—¿Sin gota de sangre? ¿Estás seguro? —insistió—. ¿Viste el cuerpo?

—¿Qué? —Perseguidor hizo un gesto de asco—. ¡Pero qué puñetas dices, hombre! ¿Qué te pasa?

—Yo...

—Perseguidor, ¿quieres echar un vistazo a esto? —intervino Clare.

El hombre delgado miró hacia abajo; y Mat también. Los dados que había lanzado —los tres— se habían quedado inmóviles, en equilibrio sobre un vértice. ¡Luz! Había lanzado monedas que habían caído de canto, pero nunca había hecho algo así.

Justo entonces, de repente, los dados se pusieron a repicar dentro de su cabeza. Dio un salto que faltó poco para que llegara al techo.

«¡Por todos los Engendros del Oscuro!» Los dados dentro de la cabeza nunca anunciaban algo bueno. Sólo se paraban cuando algo cambiaba, algo que, por lo general, eran malas nuevas para el pobre Matrim Cauthon.

—En mi vida había... —balbució Perseguidor.

—Lo tomaremos como una tirada perdedora —se adelantó Mat, que echó unas cuantas monedas y recogió el resto de sus ganancias.

—¿Qué sabes tú sobre Jowdry? —demandó Clare.

La mujer se llevaba la mano a la cintura, y Mat habría apostado oro contra cobre a que tenía un cuchillo, a juzgar por la mirada hostil que le asestó.

—Nada. Disculpadme.

«Nada y demasiado al mismo tiempo.» Atravesó la taberna a paso rápido. En el

camino advirtió que uno de los porteros, pertrechado con no pocas armas, hablaba con Bernherd el tabernero y señalaba una hoja de papel que tenía en la mano. Mat no veía lo que había en esa hoja, pero lo suponía: su rostro.

Maldijo y salió a la calle. Torció en el primer callejón que vio y echó a correr.

Los Renegados iban tras él, todos los ladrones tenían un dibujo de su cara en el bolsillo, y había un cadáver degollado y desangrado hasta la última gota. Eso sólo podía significar una cosa: el *gholam* estaba en Caemlyn. Parecía imposible que hubiera llegado allí tan deprisa. Claro que él había visto a ese ser escurrirse a través de un agujero de menos de dos palmos. Era como si esa cosa no tuviera una noción clara de lo que era posible y lo que no.

«¡Rayos y centellas!», exclamó para sus adentros mientras agachaba la cabeza. Tenía que recoger a Thom y regresar al campamento de la Compañía, en las afueras de la ciudad. Avanzó deprisa por la calle oscura, resbaladiza por la lluvia. Los adoquines reflejaban la luz de las farolas de aceite. Elayne tenía bien alumbrado el Paseo de la Reina por la noche.

Le había enviado un recado, pero todavía no había recibido respuesta. Menuda forma de mostrarle gratitud. Según sus cuentas, había salvado la vida de esa mujer dos veces. En otros tiempos, eso habría bastado para que se deshiciera en lágrimas y besos con él, pero no había recibido ni un beso en la mejilla. Tampoco es que quisiera que se lo diera; no de una persona de la realeza. Lo mejor que podía hacer con éstas era evitarlas.

«Estás casado con una puñetera Augusta Señora de los seanchan. Hija de la mismísima emperatriz.»

¡Ya no era posible escabullirse de la realeza! Para él no. Por lo menos, Tuon era bonita. Y jugaba muy bien a las guijas. Y era muy inteligente, y buena conversadora, aunque la mayor parte del tiempo resultara puñeteramente frustrante...

No. Nada de pensar en Tuon ahora.

En fin, fuera como fuese, no había recibido respuesta de Elayne. Tendría que mostrarse más firme. Ahora ya no era sólo por Aludra y sus dragones. El maldito *gholam* se encontraba en la ciudad.

Salió a una avenida ancha, concurrida, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. En su prisa por abandonar *El Aliento del Muerto* se había dejado el bastón de paseo. Rezongó para sus adentros; se suponía que esos días tendría que dedicarlos a relajarse, las noches a jugar a los dados en posadas agradables, y por las mañanas dormir hasta tarde mientras esperaba que pasara el plazo de treinta días exigido por Verin. Y ahora, esto.

Tenía muchas cuentas que saldar con ese *gholam*. Los inocentes que había asesinado mientras acechaba por Ebou Dar ya era bastante malo, y Mat tampoco se había olvidado de Nalesean y los cinco Brazos Rojos que había matado. Maldición,

ese ser tenía cuentas más que de sobra por las que responder. Además, había asesinado a Tylin.

Mat sacó una mano del bolsillo para tocar el medallón de cabeza de zorro que, como siempre, descansaba sobre su pecho. Estaba cansado de huir de ese monstruo. Un plan empezó a cobrar forma en su mente, acompañado por el tintineo de los dados. Trató de olvidar la imagen de la reina, sujeta por los lazos que él mismo había atado y con la cabeza separada del tronco. Debía de haber habido mucha sangre. El *gholam* vivía de sangre fresca.

Con un escalofrío, volvió a meter la mano en el bolsillo cuando se aproximaba a las puertas de la ciudad. A pesar de la oscuridad, identificó señales de la batalla que se había librado allí. Una punta de flecha clavada en una puerta de un edificio que había a su izquierda; una mancha oscura en la pared del cuarto de guardia que ensuciaba la madera debajo de la ventana. Un hombre había muerto allí, tal vez mientras disparaba una ballesta, y se había desplomado sobre el alféizar de la ventana, derramando el fluido vital en la madera. Ese asedio ya había quedado atrás, y una nueva reina —la reina legítima— ocupaba el trono. Por una vez, había habido una batalla y él se la había perdido. Recordar eso le mejoró un tanto el humor. Se había librado toda una guerra por el Trono del León, y ninguna flecha, espada o lanza del conflicto había ido en pos del corazón de Matrim Cauthon.

Giró a la derecha, a lo largo de la parte interior de la muralla. Había un montón de posadas allí. Siempre las había cerca de las puertas de la ciudad. No eran las más bonitas, pero casi siempre sí eran las más provechosas.

La luz que salía a raudales por puertas y ventanas pintaba de dorado la calle a tramos. Figuras oscuras se amontonaban en los callejones, excepto donde las posadas tenían contratados hombres para ahuyentar a los pobres. Caemlyn estaba llena a reventar. El flujo de refugiados, los recientes combates... y los otros temas. Abundaban las historias sobre muertos que caminaban, de comida que se echaba a perder, de paredes recién encaladas que de repente se ponían mugrientas.

La posada que Thom había elegido para actuar era un edificio con fachada de ladrillo y tejado a dos aguas con las cubiertas muy inclinadas. El letrero de la entrada mostraba dos manzanas, una de ellas comida hasta el corazón —lo cual la hacía resaltar blanca por completo— y la otra, roja del todo: los colores de la bandera andoreña. Mat oyó la música desde fuera. Entró y vio a Thom sentado en un pequeño estrado, al fondo de la sala común; tocaba la flauta y llevaba la capa multicolor de juglar. Tenía los ojos cerrados mientras tocaba y el bigote le caía, largo y blanco, a ambos lados del instrumento. Se trataba de una tonada cautivadora, *La boda de Cindy Wade*. Mat la había aprendido como *Elige siempre el caballo adecuado*, y todavía no se había acostumbrado a escucharla a un ritmo tan lento como Thom la interpretaba.

Había una pequeña cantidad de monedas esparcidas en el suelo delante de Thom.

La posada le permitía actuar a cambio de propinas. Mat se paró cerca de la puerta y se apoyó para escuchar. Nadie hablaba en la sala común a pesar de que se hallaba tan atestada que Mat habría reunido media compañía de soldados sólo con los hombres que había dentro. Todas las miradas estaban prendidas en Thom.

Ahora Mat había viajado por todo el mundo, recorriendo buena parte a pie. Casi se había quedado sin piel en una docena de ciudades diferentes y se había albergado en posadas por todas partes. Había oído a juglares, intérpretes y bardos. Thom hacía que todos ellos parecieran niños golpeando ollas con palos.

La flauta era un instrumento sencillo. Muchos nobles preferirían oír el arpa; un hombre en Ebou Dar le había dicho a Mat que el arpa era más "sublime". Mat imaginaba que ese tipo se habría quedado boquiabierto y con los ojos desorbitados si hubiese oído tocar a Thom. El juglar hacía que la flauta sonara como una extensión de su alma. Suaves trinos, escalas menores y notas sostenidas, poderosas, largas, enérgicas. Qué melodía tan compungida. ¿Por quién se afligía Thom?

La multitud observaba. Caemlyn era una de las ciudades más grandes del mundo, pero aun así la variedad de la gente resultaba increíble. Había bruscos illianos sentados junto a melosos domani, astutos cairhieninos, recios tearianos y unos cuantos fronterizos. Caemlyn estaba considerada como uno de los pocos sitios donde uno podía estar a salvo tanto de los seanchan como del Dragón. Y también había algo de comida.

Thom acabó la pieza y pasó a otra sin abrir los ojos. Mat suspiró; detestaba tener que interrumpir la actuación de su amigo. Por desgracia, era hora de emprender camino de vuelta al campamento. Tenían que hablar del *gholam,* y él necesitaba hallar un modo de llegar hasta Elayne. Tal vez Thom podría ir a hablar con ella en su nombre.

Hizo un gesto con la cabeza a la posadera, una mujer imponente, de cabello oscuro, llamada Bromas. Ella le respondió con el mismo gesto, y los pendientes brillaron al captar la luz. Era un poco mayor para su gusto; claro que Tylin había tenido la edad de esta otra mujer. La tendría en cuenta. Para uno de sus hombres, por supuesto. Tal vez Vanin.

Mat llegó al escenario y empezó a recoger las monedas. Dejaría terminar a Thom y...

La mano de Mat sufrió una sacudida y, de pronto, tenía el brazo inmovilizado en el escenario por el puño, con un cuchillo atravesando la tela; la fina hoja temblequeaba. Mat alzó la vista y encontró a Thom todavía tocando, aunque había abierto el ojo una rendija antes de arrojar el arma.

Thom alzó de nuevo la mano y siguió tocando, con una leve sonrisa en los labios fruncidos. Mat rezongó y se soltó el puño de un tirón, dispuesto a esperar a que el juglar acabara esa canción, que no era tan triste como la anterior. Cuando el

larguirucho juglar bajó la flauta, el salón estalló en una salva de aplausos de los parroquianos de la posada.

—Maldita sea, Thom. ¡Ésta es una de mis chaquetas preferidas! —Mat lanzó al juglar una mirada ceñuda.

—Da gracias de que no apuntara a la mano —respondió Thom.

El juglar limpió la flauta y respondió a los vítores y los aplausos con inclinaciones de cabeza. Le pidieron que continuara, pero él hizo un pesaroso gesto de negación y guardó su instrumento en la caja.

—Casi querría que lo hubieras hecho —comentó Mat mientras alzaba el puño y metía un dedo por los agujeros—. La sangre no se habría notado tanto en el negro, pero las puntadas saltarán a la vista. Sólo porque tú lleves más parches que capa no quiere decir que yo quiera imitarte.

—Y eres tú el que no deja de jurar y perjurar que no eres un señor —repuso Thom, que se inclinó para recoger las ganancias.

—¡No lo soy! Y da igual lo que diga Tuon, maldita sea. No soy un jodido noble.

—¿Alguna vez has oído a un campesino protestar porque se notara un zurcido en su chaqueta?

—No hace falta ser un señor para querer ir vestido con cierto estilo —rezongó.

Thom se echó a reír y le dio una palmada en la espalda antes de bajar del escenario de un salto.

—Lo siento, Mat. Actué de forma instintiva, sin ser consciente de que eras tú hasta que vi la cara pegada al brazo. Para entonces, el cuchillo ya había salido de mis dedos.

Mat suspiró.

—Thom, un viejo amigo está en la ciudad. Uno que deja a la gente muerta y con la cabeza arrancada de cuajo —anunció con voz lúgubre.

Thom asintió en silencio, el gesto preocupado.

—Me enteré por algunos guardias mientras hacía un descanso. Y estamos atorados aquí, en la ciudad, a menos que decidas...

—No voy a abrir la carta. Verin podría haber dejado instrucciones para que hiciera todo el camino a Falme caminando sobre las manos, ¡y tendría que obedecer! Sé que detestas la tardanza, pero esa carta podría significar un retraso mucho mayor.

Thom asintió con la cabeza, aunque de mala gana.

—Regresemos al campamento —dijo Mat.

El campamento de la Compañía se encontraba a una legua de Caemlyn. Thom y Mat no habían ido a caballo, porque los caminantes llamaban menos la atención y Mat no pensaba llevar caballos a la ciudad hasta que hubiera encontrado un establo que le mereciera confianza. El precio de una montura buena estaba alcanzando cifras irracionales. Había confiado en que eso quedaría atrás una vez que hubieran

abandonado las tierras conquistadas por los seanchan, pero los ejércitos de Elayne estaban comprando todos los animales buenos que encontraban, así como la mayoría de los que no eran tan buenos. Aparte de eso, había oído que, de un tiempo a esta parte, los caballos estaban desapareciendo. La carne era carne, y la gente casi se moría de hambre, incluso en Caemlyn. A Mat se le puso piel de gallina al pensarlo, pero ésa era la verdad.

Thom y él aprovecharon el paseo de vuelta para hablar del *gholam*, aunque casi no tomaron decisiones aparte de poner sobre aviso a todos y que Mat empezara a dormir en una tienda diferente cada noche.

Mat echó una ojeada por encima del hombro cuando los dos llegaban a lo alto de una loma. Caemlyn resplandecía con la luz de antorchas y farolas. Flotando sobre la urbe como niebla, el reflejo del alumbrado iluminaba grandes torres y chapiteles. Los antiguos recuerdos que albergaba en la mente le evocaban esta ciudad, su asalto antes de que Andor fuera siquiera una nación. Caemlyn nunca había propiciado una lucha fácil; no envidiaba a las casas que habían intentado arrebatársela a Elayne.

Thom acabó de remontar la cuesta y se paró a su lado.

—Parece que ha pasado una eternidad desde que nos fuimos de aquí, ¿verdad, Mat?

—Y tanto que lo parece. ¿Qué nos indujo a ir tras esas estúpidas chicas? La próxima vez, que se salven ellas mismas.

Thom lo miró de soslayo.

—¿Acaso no estás a punto de volver a hacer lo mismo? Me refiero a cuando vayamos a la Torre de Ghenjei.

—Eso es diferente. No podemos dejarla con ellos, esos zorros y serpientes...

—No protesto, Mat, sólo era una reflexión en voz alta.

En los últimos tiempos, Thom parecía ensimismarse mucho en sus reflexiones. Andaba cabizbajo, acariciando la ajada carta de Moraine. Sólo era una carta.

—Vamos. —Mat echó a andar de nuevo—. ¿Me decías algo sobre conseguir entrar para ver a la reina?

Thom se reunió con él en la oscura calzada.

—No me sorprende que no te haya contestado, Mat. Lo más probable es que esté ocupadísima. Se habla de que los trollocs han invadido en masa las Tierras Fronterizas, y Andor aún está fragmentado por la Sucesión. Elayne...

—¿Tienes alguna buena noticia, Thom? De tenerla, cuéntamela. Estoy deseoso de oírla.

—Ojalá que *La Bendición de la Reina* siguiera abierta. Gill siempre tenía noticias interesantes que compartir.

—Buenas noticias —reiteró Mat.

—Vale, de acuerdo. Bien, pues, la Torre de Ghenjei se encuentra justo donde

Domon decía. Me lo han confirmado otros tres capitanes de barco. Está pasada una llanura abierta, unas cientos de millas al noroeste de Puente Blanco.

Mat asintió mientras se frotaba la barbilla. Tenía la sensación de recordar algo de la torre. Una estructura plateada, insólita, avistada a lo lejos. Un viaje por río, el chapoteo del agua lamiendo los costados de la embarcación. El marcado acento illiano de Bayle Domon...

Eran unas imágenes vagas; sus recuerdos de aquellos días tenían más agujeros que una coartada de Jori Congar. Bayle Domon había sabido indicarles dónde hallar la torre, pero Mat quería confirmación. El servilismo mostrado por Domon con Leilwin le provocaba comezón. Ninguno de esos dos sentía mucho afecto por él, a pesar de que les había salvado la vida. Tampoco es que él quisiera tener muestras de afecto de Leilwin. Besarla sería más o menos tan divertido como besar la corteza de un roble.

—¿Crees que la descripción de Domon será suficiente para que alguien nos abra uno de esos accesos allí? —le preguntó a Thom.

—No lo sé. Aunque ése es un problema secundario, diría yo. ¿Dónde vamos a dar con alguien capaz de abrir accesos? Verin ha desaparecido.

—Encontraré el modo.

—Si no lo consigues, tendremos que viajar durante semanas para llegar allí —comentó Thom—. No me gusta...

—Conseguiré que alguien abra un acceso para nosotros —interrumpió Mat con firmeza—. A lo mejor Verin vuelve y me libera de este puñetero juramento.

—Mejor que ésa se mantenga lejos. No me fío de ella. Hay algo en esa mujer que no me encaja.

—Es Aes Sedai. Hay algo en todas ellas que no encaja, como con los dados en que los puntos no suman. Aunque, para ser una Aes Sedai, me cae bien en cierta medida. Y se me da bien juzgar a la gente, tú lo sabes.

Thom enarcó una ceja, y Mat le respondió frunciendo el entrecejo.

—Sea como sea, creo que deberíamos empezar a ponerte una escolta de guardias cuando visites la ciudad —dijo Thom.

—Los guardias no servirán de nada contra el *gholam*.

—No, pero ¿qué me dices de los maleantes que se te echaron encima cuando volvías al campamento hace tres noches?

Mat se estremeció.

—Ésos al menos eran unos ladrones como es debido, normales y corrientes. Sólo querían mi bolsa. Ninguno de ellos llevaba un dibujo mío en el bolsillo. Y tampoco estaban tocados por el poder del Oscuro ni se volvieron majaretas al caer el sol ni nada por el estilo.

—Aun así.

Mat no discutió. Maldición. En realidad debería llevar soldados con él. Brazos Rojos, en todo caso.

El campamento se encontraba un poco más adelante. El jefe amanuense de Elayne, un hombre llamado Norry, había dado permiso a la Compañía para que acampara en las proximidades de Caemlyn. Tuvieron que acceder a que no fueran más de cien hombres a la ciudad en un día determinado y que el campamento se instalara al menos a una legua de distancia de las murallas, fuera del paso de cualquier pueblo y del labrantío de nadie.

Haber hablado con ese amanuense significaba que Elayne sabía que él se encontraba allí. Tenía que saberlo. Pero no le había mandado saludos ni se había dado por enterada de que él le había salvado el pellejo.

En el recodo de la calzada, la luz de la linterna de Thom cayó sobre un grupo de Brazos Rojos repantigados a un lado del camino. Gufrin, sargento de un pelotón, se puso de pie y saludó. Era un tipo robusto, de hombros anchos. No muy lúcido, pero con una vista envidiable.

—¡Lord Mat!

—¿Alguna novedad, Gufrin? —preguntó Mat.

El sargento se quedó pensativo y arrugó la frente.

—Bueno... Creo que hay algo que querríais saber —contestó.

¡Luz! El hombre hablaba más despacio que un seanchan ebrio.

—Las Aes Sedai han regresado al campamento hoy, mientras estabais ausente, milord —acabó.

—¿Las tres?

—Sí, milord.

Mat suspiró. Si hubiera habido la menor esperanza de que el día resultara ser cualquier cosa aparte de desagradable, ahora se había desvanecido. Había confiado en que esas tres se quedaran en la ciudad unos cuantos días más.

Thom y él siguieron adelante y salieron de la calzada a un camino que atravesaba un campo de ortigas avispas negras y cortaderas. Las malas hierbas crujían al pisarlas; la linterna de Thom alumbraba los tallos marrones. Por un lado, era bueno estar de nuevo en Andor; casi era como volver a casa, con esos sotos de cedros y túpelos. Sin embargo, resultaba descorazonador regresar para encontrarlo con un aspecto tan muerto.

¿Qué hacer respecto a Elayne? Las mujeres eran problemáticas. Las Aes Sedai, más que problemáticas. Y las peores del lote, las reinas. Y ella era las tres puñeteras cosas al mismo tiempo. ¿Cómo iba a conseguir que le dejara sus fundiciones? ¡En parte había aceptado la oferta de Verin porque así llegaría antes a Andor y, por consiguiente, empezaría a trabajar en el asunto de los dragones de Aludra!

Un poco más adelante, el campamento de la Compañía se extendía por una serie

de pequeñas elevaciones, atrincherado alrededor de una colina más grande que había en el centro. La fuerza de Mat se había encontrado con Estean y los demás que se habían adelantado de camino a Andor, y la Compañía volvía a estar reunida al completo. Las lumbres se habían encendido; en la actualidad no era un problema encontrar madera muerta para hacer fuego. Los zarcillos de humo se quedaban flotando en el aire. Se oía a los hombres charlar y llamarse. Todavía no era muy tarde y Mat no había impuesto un toque de queda. Si él no podía relajarse, que al menos lo hicieran sus hombres. Quizás ésta fuera la postrera ocasión que tendrían antes de la Última Batalla.

«Trollocs en las Tierras Fronterizas. Necesitamos esos dragones cuanto antes», pensó.

Mat respondió a los saludos que le dirigían desde algunos puestos de guardia y se separó de Thom con intención de encontrar un catre y consultar con la almohada los problemas durante la noche. Mientras estaba en ello, cayó en la cuenta de que convenía hacer unos cuantos cambios en el campamento. Por la forma en que se hallaban dispuestas las laderas de las colinas, una carga de caballería ligera podría llegar a galope a través del corredor formando entre ellas. Sólo alguien muy osado intentaría esa táctica, pero él lo había hecho durante la Batalla del Valle de Marisin, en la antigua Coremanda. En fin, no él, Mat, sino alguien de esos recuerdos de antaño.

Cada vez con más frecuencia, se limitaba a asumir como suyas esas imágenes del pasado que tenía en la memoria. No las había pedido —daba igual lo que afirmaran esos jodidos zorros—, pero había pagado por ellas con la cicatriz que tenía alrededor del cuello. Le habían sido útiles en más de una ocasión.

Por fin llegó a su tienda, donde se proponía recoger una muda limpia de ropa interior antes de encontrar otra tienda para pasar la noche, cuando oyó la voz de una mujer que lo llamaba:

—¡Matrim Cauthon!

«Maldita sea.» Casi lo había conseguido. Se dio la vuelta de mala gana.

Teslyn Baradon no era una mujer bonita, aunque como árbol de la corteza de papel habría sido pasable con aquellos dedos nudosos, esos hombros estrechos y esa cara huesuda. Vestía de rojo y, con el paso de las semanas, casi había perdido la nerviosa expresión huidiza que tenía en los ojos desde que había pasado un tiempo prisionera como *damane*. La de ahora, practicada hasta la saciedad, era tan penetrante que podría haber ganado a un poste en un concurso de mirar de hito en hito.

—Matrim Cauthon, necesito hablar contigo —dijo mientras se acercaba a él.

—Bien, pues, parece que ya lo estáis haciendo.

Mat soltó el faldón de entrada a su tienda. Sentía cierto aprecio por Teslyn, a sabiendas de que era un error, pero tampoco estaba dispuesto a invitarla a pasar.

Como tampoco invitaría a un zorro a entrar en su gallinero, por muy buena opinión que tuviera del zorro en cuestión.

—Eso parece. ¿Has oído las noticias que hay de la Torre Blanca?

—¿Noticias? No, no sé nada. En cambio, rumores... Me traen tantos que me levantan dolor de cabeza. Algunos dicen que la Torre Blanca se ha reunificado, que probablemente sea a lo que os referís. Pero también he oído otras tantas afirmaciones de que los dos bandos están en guerra. Y que la Amyrlin libró la Última Batalla en lugar de Rand, y que las Aes Sedai han decidido crear un ejército dando a luz a los soldados, y que monstruos alados atacaron la Torre Blanca. Lo más probable es que ese último chisme sólo se base en comadreos sobre *raken* volando desde el sur, dejándose llevar por las corrientes. Pero creo que ese que habla de las Aes Sedai creando un ejército de bebés suena convincente.

Teslyn lo miró con total inexpresividad, pero él no apartó los ojos. Por suerte, su padre tenía razón cuando repetía que era más rebelde y testarudo que un puñetero tocón. Maravilla de maravillas, Teslyn suspiró y suavizó el gesto del semblante.

—Eres escéptico, y con razón. Sin embargo, tampoco podemos pasar por alto las noticias. Incluso Edesina, tan atolondrada como para unirse a las rebeldes, desea regresar. Planeamos irnos por la mañana, y como por costumbre duermes hasta muy tarde, quería venir a verte esta noche para darte las gracias.

—¿Cómo decís?

—Darte las gracias, maese Cauthon —repitió la Roja con sequedad—. Este viaje no ha sido fácil para ninguno de nosotros. Ha habido momentos de... tensión. No diré que estoy de acuerdo con todas las decisiones que has tomado. Pero eso no quita que, de no ser por ti, todavía me encontraría en manos de los seanchan. —La sacudió un escalofrío—. En momentos en que me sentía más segura de mí misma, he fingido que me habría resistido a sus deseos y que al final habría logrado escapar por mis propios medios. Es conveniente mantener algunas ilusiones sobre uno mismo, ¿no crees?

—Quizá, Teslyn. —Mat se frotó la mejilla—. Es muy posible, sí.

Sorprendiéndolo de nuevo, la Roja le tendió la mano.

—Si alguna vez vas a la Torre Blanca, recuerda que allí hay mujeres que están en deuda contigo, Matrim Cauthon. Yo no olvido nada.

Él le tomó la mano; al tacto, resultaba tan huesuda como aparentaba, pero era más cálida de lo que había esperado. A algunas Aes Sedai les corría hielo por las venas, sin la menor duda; pero no era así con otras.

Teslyn le hizo una inclinación de cabeza. Con respeto, nada menos. Casi una reverencia. Mat le soltó la mano. Se sentía como si alguien le hubiera hecho una zancadilla y lo hubiera tirado al suelo patas arriba. La Roja se dio media vuelta para regresar hacia su tienda.

—Os harán falta caballos —dijo Mat—. Si esperáis a que me levante por la

mañana, os daré algunos. Y provisiones. No sería lógico que a estas alturas os murieseis de hambre antes de llegar a Tar Valon y, por lo que hemos visto en estas últimas semanas, los pueblos por los que pasaréis no tendrán nada de sobra.

—Le dijiste a Joline que...

—He contado mis caballos otra vez. —Los condenados dados seguían rodando dentro de su cabeza—. Hice un recuento de las monturas de toda la Compañía y resulta que nos sobran algunos. Podéis llevároslos.

—No he venido a verte esta noche con intención de manipularte para que me des caballos. Lo digo en serio.

—Es lo que me ha parecido —dijo Mat, que se volvió para alzar el faldón de la entrada de la tienda—. Por eso os los he ofrecido.

Entró en la tienda. Y se quedó paralizado. Ese olor... Sangre.

CAPÍTULO 9

Sangre en el aire

Mat se agachó de inmediato. Esa reacción instintiva le salvó la vida; notó algo que le pasaba por encima de la cabeza, sesgando el aire. Rodó sobre sí mismo hacia un lado y al tocar el suelo con la mano notó algo húmedo.

—¡Asesinato! —bramó—. ¡Un asesinato en el campamento! ¡Se ha cometido un jodido asesinato!

Algo se movió hacia él. La tienda se hallaba completamente a oscuras, pero lo oía. Se escabulló con torpeza, pero la suerte le era propicia porque, una vez más, algo le pasó cerca, silbando.

Mat se tiró al suelo de nuevo y giró sobre sí mismo al tiempo que echaba la mano hacia un lado. Se había dejado...

¡Sí, allí estaba! Se detuvo junto al catre y aferró el largo mango que había encima. Se echó hacia atrás y se levantó de un salto blandiendo la *ashandarei* al tiempo que giraba sobre sí mismo para asestar un tajo con el arma... Pero no contra la figura que se desplazaba por la tienda hacia él, sino contra la pared de lona.

La lona se rasgó con facilidad y Mat saltó al exterior, sin soltar la lanza de larga moharra. Con la otra mano, asió el cordón de cuero que llevaba al cuello; la precipitación hizo que se arañara el pecho con las uñas. Se sacó el medallón con cabeza de zorro de debajo de la camisa y se volvió al llegar a los arbustos, fuera de la tienda.

A la luz tenue procedente de una linterna encendida en un poste cercano, en la intersección de los caminos del campamento, Mat vislumbró la figura que se deslizaba por la raja de la lona. Una figura que había temido ver. El *gholam* tenía el aspecto de un hombre esbelto, de pelo rubio y rasgos poco notorios. Lo único peculiar en esa cosa era la cicatriz que le surcaba la mejilla.

Lo habían creado para que aparentara ser inofensivo, para que fuera fácil olvidarse de él. La mayoría de la gente que lo viera entre la multitud haría caso omiso de él. Justo hasta un instante antes de que les arrancara la cabeza.

Mat retrocedió. Su tienda estaba cerca de la falda de una loma, y se replegó hacia el declive, a la vez que tiraba hacia arriba del medallón para sacarlo por la cabeza y lo sujetaba a la hoja de la *ashandarei* enrollando el cordón con fuerza. Distaba de ser un arreglo perfecto, pero ya había practicado ese movimiento. Que él supiera, el medallón era lo único que podía hacer daño al *gholam*. Realizó todo con rapidez sin dejar de gritar pidiendo ayuda al mismo tiempo. Los soldados no servirían de nada con ese ser, pero el *gholam* había dicho tiempo atrás que le habían ordenado no

llamar mucho la atención. Tal vez eso lo haría escabullirse.

El *gholam* vaciló y echó ojeadas hacia el campamento. Después se volvió hacia Mat y avanzó. Se movía con la ligereza de una cinta de seda ondeando en el aire.

—Deberías sentirte orgulloso —susurró aquella cosa—. El que ahora me controla te desea por encima de todo. He de hacer caso omiso de cualquiera de los otros hasta que haya saboreado tu sangre.

En la mano izquierda, el ser sostenía una daga larga. La derecha le goteaba sangre. Un escalofrío helador estremeció a Mat. ¿A quién había matado ese monstruo? ¿Quién más había muerto en lugar de Matrim Cauthon? La imagen de Tylin surgió de nuevo en su mente. No había visto el cadáver, así que la composición de la escena quedaba a su imaginación. Por desgracia, imaginación no le faltaba.

Con esa imagen en la mente y oliendo la sangre en el aire, hizo lo más estúpido que cabía esperar: atacó.

Gritando en la oscuridad, Mat arremetió al tiempo que hacía girar la *ashandarei*. El ser era rapidísimo; dio la impresión de ondear en el aire, apartándose del arma.

El *gholam* lo rodeó como un lobo al acecho, las pisadas sin apenas hacer ruido en las hierbas secas. Como un borrón en el aire, lo atacó, y sólo gracias a dar un salto hacia atrás, dictado por sus reflejos, Mat se salvó. Luego se revolvió de forma atropellada mientras blandía la lanza. El ser parecía mostrarse precavido con el medallón. ¡Luz, sin él ahora estaría muerto y desangrándose en el suelo!

El *gholam* se lanzó de nuevo contra él, como una oscuridad líquida.

Mat giró sobre sí mismo con frenesí y, más por suerte que por cualquier otra razón, le hizo un pequeño corte. El medallón soltó un siseo al rozar la mano del ser. El olor a carne quemada se propagó en el aire, y el *gholam* reculó a trompicones.

—No tenías por qué matarla, maldito —le gritó Mat—. ¡Podrías haberla dejado vivir! ¡No la querías a ella, sino a mí!

El ser se limitó a sonreír; la boca era un espantoso agujero negro con dientes retorcidos.

—Un pájaro debe volar. Un hombre tiene que respirar. Yo he de matar.

De nuevo avanzó con sigilo, al acecho, y Mat supo que estaba en apuros. Ahora, los gritos de alarma resonaban con fuerza. Sólo habían transcurrido unos segundos, pero dentro de unos pocos más tendría ayuda. Sólo unos instantes más...

—Me han dicho que los mate a todos —dijo con suavidad el *gholam*—. Para hacerte salir y dar la cara. Al hombre con bigote, al viejo que se entrometió la última vez, a la mujercita de piel oscura que es dueña de tu afecto. A todos ellos, a no ser que te mate ahora.

Así la Luz abrasara a ese *gholam*, ¿cómo sabía ese ser lo de Tuon? ¿Cómo? ¡Era imposible!

Estaba tan conmocionado que apenas reaccionó a tiempo de levantar la

ashandarei cuando el *gholam* saltó hacia él. Mat barbotó una maldición y giró hacia un lado, pero ya era tarde. El arma del ser centelleó en el aire; entonces, pareció que la daga daba un tirón, y se desprendió de los dedos del *gholam*. Con un sobresalto, Mat notó que algo se enroscaba a su alrededor y tiraba de él hacia atrás, fuera del alcance del tajo propinado por el *gholam*.

Tejidos de Aire. ¡Teslyn! La Aes Sedai se encontraba delante de la tienda, el rostro una máscara de concentración.

—¡No podréis tocarlo con los tejidos de forma directa! —gritó Mat, mientras el flujo de Aire lo depositaba a corta distancia del *gholam*. Si la Roja hubiera sido capaz de alzarlo a bastante altura, habría sido estupendo. Pero nunca había visto que una Aes Sedai levantara a alguien a más de un paso del suelo.

Se escabulló hacia un lado dando trompicones, con el *gholam* cargando tras él. Entonces, algo grande pasó volando entre ellos y obligó al *gholam* a hacer un quiebro con gráciles movimientos. El objeto —¡nada menos que una silla!— se estrelló contra la ladera, cerca de los dos. El *gholam* giró sobre sí mismo cuando un banco grande chocó contra él y lo lanzó hacia atrás.

Mat recuperó el equilibrio y miró a Teslyn, que rebuscaba en el interior de su tienda con hilos invisibles de Aire.

«Qué lista», pensó. Los tejidos no podían tocar a esa cosa, pero algo lanzado por los tejidos sí.

Pero eso no lo detendría. Mat había visto al *gholam* arrancarse de un tirón un cuchillo clavado en el pecho; el desinterés que había demostrado igualaría al de un hombre que se hubiera quitado un abrojo enganchado en la ropa. Pero ahora llegaban soldados corriendo por los senderos, armados con picas o espadas y escudos. El campamento entero se había iluminado.

El ser lanzó una mirada feroz a Mat y después salió disparado hacia la oscuridad que envolvía el campamento. Mat se dio la vuelta y entonces se quedó paralizado al ver a dos Brazos Rojos apuntar con las picas al *gholam* que se les aproximaba. Eran Gorderan y Fergin; ambos habían sobrevivido a los días de Ebou Dar.

—¡No! —les gritó—. Dejad que se...

Demasiado tarde. El *gholam* se deslizó entre las picas con indiferencia, aferró la garganta de cada uno de los hombres con una mano y después apretó los dedos. Con un giro, les desgarró la carne y los dejó caer al suelo. Un instante después se había perdido en la oscuridad.

«¡Maldito seas! —gritó Mat para sus adentros, y echó a correr tras el ser—. ¡Te destriparé y...!»

Se paró en seco. Olor a sangre en el aire. Procedente del interior de la tienda. Casi lo había olvidado.

"¡Olver!"

Mat retrocedió y entró a trompicones en la tienda. Dentro estaba oscuro, aunque la tufarada a sangre lo asaltó de nuevo.

—¡Luz! Teslyn, ¿podéis...?

Una esfera luminosa apareció detrás de él.

La luz era suficiente para alumbrar la terrible escena del interior. Lopin, el sirviente de Mat, yacía muerto y un gran charco negro de su sangre oscurecía el suelo de la tienda. Otros dos hombres —Riddem y Will Reeve, Brazos Rojos que habían montado guardia a la puerta— estaban apilados en el catre. Tendría que haberse dado cuenta de que no se encontraban en su puesto. ¡Necio!

Mat sintió una punzada de pesar por los muertos. Lopin, que parecía haberse recuperado de la muerte de Nalesean hacía tan poco. ¡Maldición, había sido un buen hombre! Ni siquiera era soldado, sólo un criado, satisfecho de tener alguien de quien ocuparse. Mat se sentía fatal ahora por haberse quejado de él. Sin la ayuda de Lopin, no habría podido escapar de Ebou Dar.

Y los cuatro Brazos Rojos, dos de los cuales habían sobrevivido a Ebou Dar y el ataque previo del *gholam*.

«Tendría que haber mandado aviso. Tendría que haber puesto en alerta a todo el campamento.»

¿Y habría servido de algo hacerlo? El *gholam* había demostrado ser prácticamente imparable. Mat barruntaba que esa cosa habría acabado con toda la Compañía para llegar hasta él, si hubiera sido necesario. Sólo la orden de su amo de que evitara llamar la atención le impedía hacerlo así.

No vio señal alguna de Olver, aunque el chico tendría que haber estado durmiendo en su catre del rincón. La sangre de Lopin se había acumulado cerca de éste, y la manta de Olver había quedado empapada en la parte inferior. Mat respiró hondo y empezó a buscar entre la carnicería, levantando mantas y mirando detrás del mobiliario de viaje, preocupado por lo que podría encontrar.

Llegaron más soldados mascullando juramentos. El campamento estaba en alerta, sonaban los toques de alarma de los cuernos, se encendían faroles, resonaba el repique metálico de las armaduras.

—¿Alguno de vosotros ha visto a Olver? —les preguntó a los soldados que se amontonaban a la puerta, después de buscar por toda la maldita tienda.

—Creo que está con Noal. Ellos... —contestó Slone Maddow, un Brazo Rojo con orejas de soplillo.

Dejándolo con la palabra en la boca, Mat se abrió paso a empujones y corrió por el campamento hacia la tienda de Noal. Llegó justo en el momento en que el hombre de pelo cano se asomaba y miraba en derredor, alarmado.

—¿Y Olver? —preguntó Mat al llegar junto al hombre mayor.

—Está a salvo, Mat —respondió Noal con una mueca—. Lo siento, no era mi

intención alarmarte. Jugábamos a serpientes y zorros y el chico se quedó dormido en el suelo. Saqué una manta para taparlo; estas últimas noches se ha quedado despierto hasta tan tarde para esperarte que pensé que lo mejor sería no despertarlo. Debí mandarte un recado.

—¿Que lo sientes, dices? Oh, qué hombre tan puñeteramente maravilloso. ¡Le has salvado la vida!

Mat estrechó a Noal en un fuerte abrazo.

Una hora después, Mat se hallaba con Thom y Noal en la pequeña tienda del juglar. Una docena de Brazos Rojos montaba guardia fuera, y a Olver lo habían llevado a dormir a la tienda de Teslyn. El chico no sabía lo cerca que había estado de que el *gholam* lo matara. Y, con suerte, no lo sabría nunca.

Mat llevaba puesto el medallón, aunque habría que buscar un cordón de cuero nuevo. La *ashandarei* había cortado el otro de tal forma que no tenía arreglo. Tendría que encontrar un modo mejor de atarlo a la lanza.

—Thom, ese ser te amenazó, y a ti también, Noal. No mencionó a Olver, pero sí se refirió a Tuon —informó en voz queda.

—¿Y cómo sabía esa cosa lo de Tuon? —preguntó el juglar.

—Los guardias encontraron otro cadáver fuera del campamento. Era Derry —respondió Mat.

Derry era un soldado que había desaparecido hacía unos cuantos días, y Mat había creído que el hombre había desertado. A veces ocurría, aunque la deserción era algo inusitado en la Compañía.

—Llevaba muerto varios días —añadió Mat.

—¿Lo atrapó hace tanto tiempo? —Noal frunció el entrecejo.

El hombre mayor tenía los hombros hundidos y la nariz parecía un pimiento grande y torcido que le hubiera crecido en medio de la cara. A Mat siempre le había dado la impresión de que estaba consumido. Tenía las manos tan nudosas que parecían estar hechas de nudillos.

—Tiene que haberlo interrogado —comentó Mat—. Para enterarse de con quién pasaba tiempo, o dónde estaba mi tienda.

—¿Esa cosa es capaz de actuar así? —se sorprendió Thom—. A mí me parece más un sabueso que te sigue el rastro para darte caza.

—Sabía dónde encontrarme en el palacio de Tylin. Incluso después de haberme ido yo, ese ser entró en sus aposentos. Así que o interrogó a alguien o estaba observando. Nunca sabremos si Derry fue torturado o si se topó con el *gholam* cuando éste acechaba por el campamento y espiaba. Pero esa cosa es lista.

En realidad no iría por Tuon, ¿verdad? Lo más probable es que amenazar a sus amigos fuera una forma de desquiciarlo a él. Después de todo, esa cosa había demostrado que todavía tenía órdenes de no llamar la atención demasiado. Lo cual no

era un gran consuelo para Mat. Si ese monstruo le hacía daño a Tuon...

Sólo había una forma de asegurarse de que eso no ocurriera.

—Bien, pues, ¿qué hacemos? —preguntó Noal.

—Vamos a cazarlo —respondió Mat en voz queda—. Vamos a matar a ese jodido monstruo.

Noal y Thom se quedaron callados.

—No consentiré tener a ese ser pegado a los talones todo el camino hasta la Torre de Ghenjei —manifestó Mat.

—Pero ¿acaso se lo puede matar? —preguntó Thom.

—Se puede matar cualquier cosa. Actuando con ingenio, Teslyn demostró ser capaz de hacerle daño utilizando el Poder Único. Tendremos que inventarnos algo parecido.

—¿Como qué? —preguntó Noal.

—Aún no lo sé. Quiero que vosotros dos sigáis con los preparativos; tenedlo todo preparado para ir a la Torre de Ghenjei tan pronto como mi juramento a Verin nos lo permita. Así me abrase, aún tengo que hablar con Elayne. Quiero que empiece la fabricación de los dragones de Aludra. Tendré que escribirle otra carta. Esta vez, con más contundencia.

»De momento, haremos algunos cambios. Voy a empezar a dormir en la ciudad, en una posada diferente cada noche. Se lo haremos saber a la gente de la Compañía para que así se entere el *gholam*, si está escuchando. Y tampoco habrá necesidad de que ataque a los hombres.

»Vosotros dos también tendréis que trasladaros a la ciudad hasta que esto haya acabado, hasta que ese ser haya muerto o haya muerto yo. La cuestión es qué hacer con Olver. Esa cosa no lo mencionó, pero...

En los ojos de Thom y de Noal vio que entendían sus razones. Él había dejado atrás a Tylin, y ahora la mujer estaba muerta. No le haría lo mismo a Olver.

—Tendremos que llevarnos al chico con nosotros —sugirió Thom—. O hacemos eso o lo mandamos a otro sitio.

—Antes oí hablar a las Aes Sedai —intervino Noal mientras se frotaba la mejilla con un nudoso dedo—. Planean marcharse. ¿Qué tal mandarlo con ellas?

Mat torció el gesto. Considerando la lascivia con que Olver miraba a las mujeres, las Aes Sedai lo habrían colgado por los dedos de los pies justo al cabo de un día. A Mat le extrañaba que no hubiera ocurrido ya, de hecho. Si alguna vez descubría cuál de los Brazos Rojos estaba enseñando al chico a actuar así con las mujeres...

—Dudo que fuéramos capaces de conseguir que se marchara —dijo Mat—. Se les escaparía y lo tendríamos aquí de vuelta la primera noche que pasaran fuera.

Thom asintió con la cabeza para indicar que estaba de acuerdo.

—Tendremos que llevarlo con nosotros, pues —concluyó Mat—. Y hacer que se

quede en las posadas, dentro de la ciudad. Tal vez eso...

—¡Matrim Cauthon!

La estridente llamada sonó fuera de la tienda de Thom. Mat suspiró; después hizo un gesto de asentimiento a los dos hombres y se puso de pie. Salió de la tienda y se encontró con Joline y sus Guardianes; se había abierto paso a la fuerza entre los Brazos Rojos, además de que casi había arrancado los faldones de la tienda para colarse dentro. La aparición de Mat la hizo pararse en seco.

Varios de los Brazos Rojos se mostraban avergonzados por haberla dejado pasar, pero Mat no podía reprochárselo. Las puñeteras Aes Sedai harían siempre lo que les viniera en gana.

La Verde era todo lo que no era Teslyn. Esbelta y bonita, llevaba un vestido blanco con un escote bastante pronunciado y sonreía a menudo, aunque esa sonrisa se volvía tirante cuando iba dirigida a él. Tenía los ojos grandes y castaños, de esos capaces de tirar de un hombre e intentar arrastrarlo a sus profundidades.

Por muy bonita que fuera, Mat no pensaba en ella como pareja para ninguno de sus amigos. No querría a Joline con alguien que le cayera bien. De hecho, era demasiado caballeroso para deseársela a casi ninguno de sus enemigos. Mejor que siguiera con Fen y Blaeric, sus Guardianes; un par de chiflados, en su opinión.

Los dos eran fronterizos, uno saldaenino y el otro shienariano. Los ojos rasgados de Fen eran duros. Daba la impresión de que siempre estuviera buscando a alguien a quien matar; cada conversación con él era como una entrevista para ver si uno encajaba en sus criterios. El copete de Blaeric iba creciendo, pero aún era muy corto. Mat le habría comentado que parecía como si llevara una cola de tejón pegada a la coronilla; pero, como no le apetecía que lo asesinara ese día, se calló. Ya había tenido una nochecita muy movida.

Joline se cruzó de brazos.

—Por lo visto tu información sobre ese... ser que te persigue era correcta —dijo con aparente escepticismo.

Mat había perdido a cinco buenos hombres, y esa mujer hablaba en tono escéptico. Condenadas Aes Sedai.

—¿Y? —preguntó—. ¿Sabéis algo sobre el *gholam*?.

—Nada en absoluto. Aun así, he de regresar a la Torre Blanca. Partiré mañana. —Titubeó un instante—. Querría pedirte que nos prestaras algunos caballos para el viaje. Da igual cómo sean, de los que puedas prescindir. No te pondré pegas.

—Es decir, que nadie en la ciudad ha querido venderos ninguno, ¿verdad? —respondió él con un gruñido.

El semblante de la mujer se tornó aún más sereno.

—En fin, está bien —accedió Mat—. Al menos, esta vez lo habéis pedido de buenas maneras, aunque me doy cuenta de lo difícil que es para vos. Ya le he

prometido varios a Teslyn. Vos podréis tener también algunos. Merecerá la pena con tal de quitarme de encima a unas puñeteras mujeres.

—Gracias —contestó ella, controlada la voz—. Sin embargo, acepta un consejo. Considerando la clase de personas con que tratas a menudo, tal vez querrías aprender a controlar tu lenguaje.

—Considerando la clase de personas con que trato en demasía, es jodidamente sorprendente que no suelte más palabras malsonantes. Idos, Joline. He de escribir una carta a Su jodida y remilgada Majestad, la reina Elayne.

Joline hizo un gesto de desdén encogiendo la nariz.

—¿Y también vas a dirigirte a ella con palabras malsonantes? —dijo.

—Por supuesto —rezongó Mat, que se volvió para entrar en la tienda de Thom—. ¿Cómo, si no, iba a estar segura de que soy yo de verdad quien se la envía?

CAPÍTULO 10

Después de la infección

Coincido con esas cifras —dijo Elyas.

Caminaba a un lado de Perrin, y Grady, con la chaqueta negra, iba al otro, pensativo. Montem al'San y Azi al'Thone —los dos hombres que actuaban ese día como su guardia personal— los seguían detrás.

Aún era temprano por la mañana. En apariencia, Perrin hacía la ronda por los puestos de guardia pero, en realidad, sólo quería caminar. Habían trasladado el campamento a una pradera alta, lindante con la calzada de Jehannah. Había un buen suministro de agua potable y estaba lo bastante cerca de la calzada para tenerla controlada, pero lo suficientemente lejos para que el campamento resultara defendible.

A un lado de la pradera, una antigua estatua aparecía tendida delante de una arboleda. Se había caído sobre un costado mucho tiempo atrás, y ahora estaba enterrada en su mayor parte, pero un brazo se alzaba de la tierra sosteniendo la empuñadura de una espada. La hoja se hundía en el suelo.

—Hice mal mandando a Gill y los otros por delante —dijo Perrin—. Eso los dejó en manos de la primera fuerza que pasara por donde iban ellos.

—Era imposible que previeras que ocurriría esto —argumentó Elyas—. Y tampoco podías prever el retraso. ¿Dónde ibas a dejarlos? Los Shaido se acercaban por detrás, y si nuestra batalla en Malden no hubiera ido bien, Gill y los demás se habrían quedado atrapados entre dos grupos enemigos de Aiel.

Perrin gruñó para sí. Las botas se le quedaban un poco atascadas en el suelo embarrado. Odiaba el olor de ese lodo pisoteado y estancado que se mezclaba con plantas muertas. No era ni de lejos tan malo como la plaga de la Llaga, pero a él le daba la impresión de que toda la tierra estuviera a sólo unos pasos de llegar a eso.

Se acercaron a un puesto de guardia. Dos hombres —Hu Barran y Darl Coplin— hacían su turno en él. Habría más exploradores, por supuesto: hombres de Dos Ríos subidos a los árboles y Doncellas patrullando por el suelo. Pero Perrin había aprendido que unos pocos hombres encargados de los puestos alrededor del campamento daban una sensación de orden a todos los que se encontraban dentro.

Los guardias saludaron, aunque el saludo de Darl fue negligente. Ambos emitían una mezcla de efluvios: pesar, frustración, desilusión. Y vergüenza. Ese último era débil, pero estaba presente. El supuesto coqueteo de Perrin con Berelain seguía fresco en su memoria y el reciente regreso de Faile parecía aumentar la incomodidad de los hombres. En Dos Ríos, uno no superaba con facilidad una reputación de infidelidad.

Perrin los saludó con un gesto de la cabeza y siguió adelante. No hacía una inspección formal. Si los hombres sabían que pasaría por allí a diario, se mantenía el orden. En su mayor parte. La noche anterior había tenido que dar un empujón con la bota al dormido Berin Thane para que se despertara; además, estaba siempre muy pendiente de captar el olor a bebidas fuertes entre ellos. Creía muy capaz a Jori Congar de echar un traguito o dos estando de guardia.

—Muy bien. Los Capas Blancas tienen a los nuestros y nuestras provisiones. —A Perrin se le agrió el gesto al pensar en que el grano comprado en So Habor iría a llenarles la tripa a los Capas Blancas—. ¿Podríamos entrar a hurtadillas y liberarlos?

—No veo qué necesidad tenemos de entrar a hurtadillas —dijo Grady desde atrás—. Mis disculpas, milord, pero parece que hacéis de esto un problema más grande de lo que es.

Perrin miró al hombre de tez curtida.

—Son Capas Blancas, Grady. Ellos siempre representan un gran problema.

—No tendrán a nadie que encauce Poder Único —dijo Grady con un encogimiento de hombros.

El Asha'man enlazó las manos a la espalda mientras caminaba. Con la chaqueta negra, el alfiler del cuello y la actitud crecientemente soldadesca, cada vez recordaba menos a un granjero.

—Neald se siente mejor —agregó después—. Él y yo podemos machacar a esos Hijos hasta que nos den lo que queremos.

Perrin asintió. Detestaba la idea de dejar que los Asha'man atacaran con impunidad. El olor a carne quemada en el aire, la tierra desgarrándose y saltando en pedazos. Eran los olores de los pozos de Dumai. Sin embargo, no podía permitirse otra distracción como la de Malden. Si no quedaba más remedio, daría la orden.

Pero no lo haría aún. «Con los *ta'veren* no existen las coincidencias.» Los lobos, los Capas Blancas. Cosas que había dejado atrás hacía tiempo, volvían para acosarlo. Había expulsado a los Hijos de Dos Ríos. Muchos de los hombres que habían estado con él entonces, ahora se encontraban aquí.

—Quizá recurramos a eso, pero tal vez no —le contestó a Grady sin dejar de caminar—. Tenemos una fuerza más numerosa que ellos, y con esa condenada bandera de la cabeza de lobo arriada por fin, tal vez no se den cuenta de quiénes somos. Izaremos la bandera de la reina de Ghealdan, y ellos están atravesando el territorio de Alliandre. Es muy probable que al ver los suministros en las carretas de los nuestros decidieran "protegerlos". Con un poco de discusión y quizás otro poco de intimidación puede que sea suficiente para persuadirlos de que nos entreguen a nuestra gente.

Elyas asintió en silencio y Grady pareció estar de acuerdo, pero a él no lo convencían sus propias palabras. Los Capas Blancas lo habían perseguido desde

aquellos días en Dos Ríos. Tratar con ellos nunca había sido sencillo.

Parecía que había llegado el momento de hacerlo. El momento de poner fin a sus problemas con ellos, de un modo u otro.

Siguió con la ronda y llegaron al sector Aiel del campamento. Saludó con la cabeza a un par de Doncellas que hacían guardia arrellanadas en un estado de alerta relajado. No se pusieron de pie ni lo saludaron —lo cual le parecía muy bien—, aunque sí hicieron una ligera inclinación de cabeza. Por lo visto, a los ojos de esas mujeres había ganado mucho *ji* por la forma en que había planeado —y después llevado a buen término— el ataque a los Shaido.

Los Aiel establecían sus propios puestos de guardia, y Perrin no tenía por qué inspeccionarlos. De todos modos, los incluía en su ronda. Era de la opinión de que, si pasaba por los demás sectores del campamento, también debía hacerlo allí.

Grady se paró de repente y se volvió hacia las tiendas de las Sabias.

—¿Qué? —inquirió Perrin en tono de urgencia mientras escudriñaba el campamento en derredor, pero no vio nada.

—Creo que lo han conseguido —respondió Grady, sonriente.

Y echó a andar hacia el campamento Aiel pasando por alto las miradas furiosas que le lanzaron varias Doncellas. De no haber estado Perrin allí, era muy probable que lo hubieran echado, ni que fuera Asha'man ni que no.

«Neald ha estado practicando con las Aes Sedai para descubrir cómo hacer un círculo», pensó Perrin.

Si Grady había notado algo en los tejidos... Fue tras el Asha'man y enseguida llegaron al anillo de tiendas de las Sabias, en el centro del campamento Aiel, con el área de alrededor seca —tal vez con tejidos— y la tierra compacta. Neald, Edarra y Masuri se encontraban sentados allí. Fager Neald era un joven murandiano con las guías del bigote enroscadas en punta. No llevaba alfileres en el cuello de la chaqueta negra, aunque lo más seguro era que lo ascendieran tan pronto como el grupo regresara. Había crecido en Poder desde que habían emprendido viaje.

Aún estaba pálido como consecuencia de los picotazos recibidos de las serpientes, pero tenía mucho mejor aspecto que unos pocos días atrás. Sonreía con la mirada prendida en el vacío, y olía a euforia.

Un enorme acceso hendía el aire. Perrin gruñó. Parecía conducir de vuelta al lugar en el que habían acampado varias semanas antes, un campo abierto sin detalles dignos de mención.

—¿Funciona? —preguntó Grady mientras se arrodillaba al lado de Neald.

—Es maravilloso, Jur —respondió el joven con suavidad. En la voz no le quedaba ni rastro de la bravuconería que solía mostrar a menudo—. Puedo sentir el *Saidar*. Es como si ahora me sintiera más completo.

—¿Lo estás encauzando? —se interesó Perrin.

—No. No hace falta. Puedo usarlo.

—¿Usarlo cómo? —quiso saber Grady, anhelante.

—Es... Es difícil de explicar. Los tejidos son *Saidin*, pero parece que soy capaz de reforzarlos con *Saidar*. Mientras sea capaz de abrir un acceso propio, por lo visto me es posible incrementar el Poder y el tamaño con lo que me prestan las mujeres. ¡Luz! Es maravilloso. Deberíamos haber hecho esto hace meses.

Perrin miró a las dos mujeres, Masuri y Edarra. Ninguna parecía tan exultante como Neald. Incluso daba la impresión de que Masuri se sentía un poco enferma, y olía a miedo. El efluvio de Edarra era una mezcla de curiosidad y precaución. Grady había mencionado que, para crear un círculo así, era necesario que los hombres tomaran el control sobre las mujeres.

—Entonces, enseguida enviaremos al grupo de exploradores a Cairhien —dijo Perrin al tiempo que toqueteaba el rompecabezas de herrero que llevaba en el bolsillo —. Grady, arregla con los Aiel esta misión y organiza los accesos como te lo pidan.

—Sí, milord. —Grady se frotó la curtida mejilla—. Creo que debería aprender esta técnica en vez de continuar con la ronda. Aunque hay algo de lo que quiero hablar con vos primero. Si tenéis tiempo.

—Como quieras —accedió Perrin, que se apartó del grupo.

A un lado, unas cuantas Sabias se adelantaron y le dijeron a Neald que era su turno de intentar crear el círculo con él. No actuaban en absoluto como si el joven tuviera el mando, y él se apresuró a obedecer. Había andado con mucho ojo entre los Aiel desde que le dijo alguna picardía a una Doncella y acabó jugando al Beso de las Doncellas.

—¿Qué pasa, Grady? —preguntó cuando estuvieron un tanto apartados.

—Bueno, los dos, Neald y yo, estamos bastante bien para abrir accesos, al parecer. Me preguntaba si podría... —Vaciló un momento—. En fin, que si tendría permiso para ir a la Torre Negra una tarde, para ver a mi familia.

«Es cierto. Tiene mujer y un hijo», pensó Perrin. El Asha'man apenas hablaba de ellos. De hecho, casi no hablaba de nada.

—No sé, Grady. —Perrin alzó la vista hacia el cielo oscuro—. Tenemos delante Capas Blancas y aún no está descartado que esos Shaido no den media vuelta e intenten emboscarnos. Soy reacio a no tenerte aquí hasta que nos encontremos en algún sitio seguro.

—No hace falta que sea mucho tiempo, milord —insistió con empeño el Asha'man.

Perrin olvidaba a veces lo joven que era ese hombre; sólo tendría seis o siete años más que él. Grady parecía mucho mayor con la chaqueta negra y la tez curtida por el sol.

—Encontraremos el momento. Pronto —prometió Perrin—. No quiero trastocar

nada hasta que tengamos noticias de lo que ha ocurrido desde que nos marchamos.

La información podía ser un instrumento de poder; eso se lo había enseñado Balwer. Grady asintió con la cabeza, apaciguado, aunque no le había prometido nada definitivo. ¡Luz! Hasta los Asha'man empezaban a oler como gente que lo consideraba su señor. Con lo distantes y fríos que habían sido al principio.

—Nunca te has preocupado por esto hasta ahora, Grady. ¿Ha cambiado algo? —preguntó con curiosidad.

—Todo —susurró Grady, y a Perrin le llegó una vaharada de su efluvio. Optimismo—. Cambió hace unas pocas semanas. Pero, por supuesto, vos no lo sabéis. Nadie lo sabe. Fager y yo no estábamos seguros al principio, y no sabíamos si decírselo a alguien por miedo a que sonara ilusorio.

—¿Saber qué?

—Milord, la infección ha desaparecido.

Perrin frunció el entrecejo. ¿Era la locura la que hablaba por él? Pero Grady no olía a demencia.

—Ocurrió aquel día, cuando vimos algo hacia el norte. Milord, sé que parece increíble, pero es verdad.

—Parece el tipo de cosas en las que Rand debe de haber estado metido —comentó Perrin, con lo que los colores arremolinados aparecieron delante de él, pero los desechó—. Si tú lo dices, te creo, Grady. Pero ¿qué tiene eso que ver con la Torre Negra y tu familia? ¿Quieres ir a ver si otros Asha'man están de acuerdo?

—Oh, lo estarán —dijo Grady con convicción—. Es... En fin, mi lord, soy un hombre sencillo. Sora ha sido siempre la que piensa. Hago lo que se tiene que hacer, y nada más. Bien, unirme a la Torre Negra era algo que tenía que hacer. Sabía lo que iba a pasar cuando me hicieran la prueba. Sabía que estaba en mí. Lo estaba en mi padre, ¿comprendéis? Los que lo tenemos no hablábamos de ello, pero estaba ahí. Las Rojas lo encontraron de joven, justo después de nacer yo.

»Cuando me uní al lord Dragón, sabía lo que me pasaría. Unos cuantos años más, y moriría. Así que, ¿por qué no emplearlos luchando? El lord Dragón me dijo que era un soldado, y un soldado no puede abandonar su servicio. Por eso no había pedido regresar hasta ahora. Porque me necesitabais.

—¿Y eso ha cambiado?

—Milord, la infección ha desaparecido. No voy a volverme loco. Eso significa... En fin, siempre tuve una razón para luchar, pero ahora también tengo una razón para vivir.

Al mirar al hombre a los ojos, Perrin lo entendió. ¿Cómo habría sido lo de antes? ¿Saber que al final uno perdería la razón y tendrían que ejecutarlo? Probablemente a manos de amigos, que lo llamarían un acto de misericordia.

Eso era lo que Perrin había percibido en los Asha'man siempre, la razón de que se

mantuvieran aparte y de que a menudo se mostraran tan sombríos. Todos los demás luchaban para vivir. Los Asha'man... luchaban para morir.

«Así es como se siente Rand», pensó, de nuevo con los colores arremolinándose para después concretarse en la figura de su amigo. Cabalgaba en un enorme caballo negro a través de una ciudad de calles embarradas; hablaba con Nynaeve, que cabalgaba a su lado.

Meneó la cabeza para que se borrara la imagen.

—Te irás a casa, Grady —prometió—. Pasarás un tiempo con ella antes de que llegue el fin.

El Asha'man asintió en silencio y miró al cielo en el momento en que un apagado retumbo llegaba del norte.

—Sólo quiero hablar con ella, ¿comprendéis? Necesito ver una vez más al pequeño Gadren. No reconoceré al chiquillo.

—Seguro que es un crío agraciado, Grady.

El Asha'man se echó a reír. Resultaba extraño, pero grato, oír reír a ese hombre.

—¿Agraciado? ¿Gadren? No, milord, puede que esté grande para su edad, pero tiene más o menos el mismo atractivo que un tocón. Aun así, lo quiero con delirio. —Movió la cabeza con aire divertido—. He de irme para aprender este tejido con Neald. Gracias, milord.

Perrin sonrió y lo siguió con la mirada; una Doncella entró corriendo en el campamento y fue a informar a las Sabias, aunque habló en voz lo bastante alta para que Perrin oyera lo que decía.

—Por la calzada viene un desconocido que se dirige a caballo hacia el campamento. Lleva ondeando una bandera de paz, pero viste la ropa de esos Hijos de la Luz.

Perrin asintió en silencio y reunió a sus guardias. Se encaminaba con rapidez hacia la parte delantera del campamento, cuando Tam apareció y se puso a su lado. Llegaron justo en el momento en que el Capa Blanca se acercaba al primer puesto de guardia. El hombre montaba un hermoso castrado blanco y sostenía un asta larga con una bandera asimismo blanca. El atuendo —cota con un tabardo debajo de la capa— lucía en el pecho un sol radiante de color amarillo.

Perrin sintió una repentina sensación de ansiedad. Conocía a ese hombre. Dain Bornhald.

—Vengo a hablar con el criminal Perrin Aybara —anunció Bornhald en voz alta mientras sofrenaba el caballo.

—Estoy aquí, Bornhald —respondió Perrin al tiempo que se adelantaba.

El Capa Blanca lo miró.

—Sí, eres tú. La Luz te ha traído a nuestras manos.

—A no ser que también os haya traído un ejército tres o cuatro veces mayor que

el que tenéis ahora, dudo mucho que eso tenga importancia —respondió Perrin.

—Tenemos en nuestro poder gente que afirma serte leal, Aybara.

—Bien, podéis dejarlos que regresen a nuestro campamento y nos pondremos en camino.

El joven Capa Blanca, ceñudo, hizo que su montura se pusiera de lado.

—Tenemos asuntos pendientes, Amigo Siniestro.

—No hay necesidad de que este encuentro se torne desagradable, Bornhald. Tal como yo lo veo, todavía podemos irnos cada cual por su lado.

—Los Hijos prefieren morir antes que dejar sin cumplir la ley —respondió Dain, que después escupió hacia un lado—. Pero eso lo dejo al capitán general para que él lo explique. Desea verte en persona. Tengo órdenes de venir y decirte que te espera junto a la calzada, a poca distancia a caballo. Le gustaría que te reunieses con él.

—¿Crees que voy a meterme en una trampa tan obvia? —inquirió Perrin.

Bornhald se encogió de hombros.

—Puedes venir o no. Mi capitán general es un hombre de honor y promete bajo juramento que regresarás sano y salvo... Que es más de lo que yo le concedería a un Amigo Siniestro. Puedes traer a tus Aes Sedai, si las tienes, para sentirte seguro.

Dicho esto, Bornhald hizo volver grupas a su montura y partió a galope.

Perrin permaneció en silencio, pensativo, observando cómo se alejaba a caballo.

—No estarás pensando en serio ir, ¿verdad, hijo? —preguntó Tam.

—Prefiero saber con seguridad a quién me enfrento. Y pediremos parlamentar. Tal vez llegar a un acuerdo para recuperar a los nuestros. Maldita sea, Tam, al menos he de intentarlo antes de atacarlos.

Tam suspiró, pero asintió con la cabeza.

—Habló de Aes Sedai, pero no de Asha'man —comentó Perrin—. Apuesto a que no saben mucho sobre ellos. Ve a buscar a Grady y haz que se vista como un hombre de Dos Ríos. Dile que se presente ante mí, junto con Gaul y Sulin. Pregunta a Edarra si quiere unirse a nosotros. Pero no le digas nada a mi esposa sobre esto. Los cinco iremos por la calzada y veremos si es verdad que los Capas Blancas se reúnen con nosotros de forma pacífica. Si algo va mal, tendremos preparado a Grady para que nos saque de allí por un acceso.

Tam asintió con la cabeza y se marchó deprisa. Perrin esperó con nerviosismo hasta que Tam regresó con Gaul, Sulin y Edarra. Grady llegó pocos minutos después vestido con una capa de paño marrón y ropa marrón y verdes que le había prestado uno de los hombres de Dos Ríos. Empuñaba un arco largo, pero caminaba como un soldado, recta la espalda y los ojos alerta al mirar en derredor. Había un aire de peligro en él que no desprendería un aldeano corriente. Con suerte, eso no echaría a perder el disfraz.

Los seis salieron del campamento y, por fortuna, no parecía que Faile hubiera

oído lo que estaba pasando. Perrin la llevaría consigo si había más reuniones para parlamentar o discutir cosas, pero su intención era que ese encuentro fuera breve y necesitaba moverse sin estar preocupado por ella.

Iban a pie y encontraron a los Capas Blancas a corta distancia, un poco mas adelante en la calzada. Parecía que eran alrededor de doce hombres, apostados cerca de una tienda pequeña que se había instalado junto al camino. Estaban contra el viento, lo cual relajó algo a Perrin, que captó efluvios de cólera y desagrado, pero no percibió nada que indicara que era una trampa.

Al aproximarse los otros y él, alguien vestido de blanco salió de la pequeña tienda. El hombre era alto, tenía rasgos distinguidos y el cabello oscuro y corto. La mayoría de las mujeres lo consideraría apuesto. Olía... mejor que los otros Capas Blancas, que emitían un olor salvaje, como el de un animal rabioso. Por el contrario, su cabecilla olía a tranquilidad, y a nada enfermizo.

Perrin miró a sus compañeros.

—Esto no me gusta, Perrin Aybara —dijo Edarra, que miró a un lado y a otro—. Estos Hijos hacen que perciba una sensación de malevolencia.

—Desde esos árboles podrían alcanzarnos unos arqueros —gruñó Tam mientras señalaba hacia un soto que había a lo lejos.

—Grady, ¿ases el Poder? —preguntó Perrin.

—Por supuesto.

—Estate preparado, por si acaso —instruyó Perrin.

A continuación se adelantó hacia el reducido grupo de Capas Blancas. El cabecilla lo observó con las manos enlazadas a la espalda.

—Ojos dorados. Así que es cierto —dijo el hombre.

—¿El capitán general? —preguntó Perrin.

—Sí, soy yo.

—¿Qué pediríais a cambio de liberar a la gente de mi grupo que retenéis?

—Mis hombres me han dicho que intentaron hacer ese intercambio una vez —respondió el cabecilla—. Y que los engañaste y los traicionaste.

—Habían secuestrado inocentes —replicó Perrin—. Y exigían mi vida a cambio. Bien, pues, recuperé a los míos. No me obligues a hacer lo mismo ahora.

El cabecilla Capa Blanca estrechó los ojos. Olía a reflexión.

—Haré lo que sea justo, Ojos Dorados. El precio por pagar es irrelevante. Mis hombres me contaron que mataste a varios Hijos hace unos años, y que nunca te has sometido a la justicia por esa acción. Que dirigías trollocs para atacar pueblos.

—Tus hombres no son muy de fiar —gruñó Perrin—. Quiero mantener una reunión más formal para sentarnos a parlamentar y discutir, no algo improvisado como esto.

—Dudo que tal cosa sea necesaria. No estoy aquí para negociar. Sólo quería verte

en persona. ¿Quieres que libere a tu gente? Enfréntate a mi ejército en el campo de batalla. Hazlo y soltaré a los cautivos, sea cual sea el desenlace. Salta a la vista que no son soldados. Los dejaré marchar.

—¿Y si me niego?

—Entonces, eso no presagiará nada bueno... para su salud.

Perrin rechinó los dientes.

—Tus tropas se enfrentarán a las nuestras bajo la Luz, ésas son nuestras condiciones —concluyó el cabecilla Capa Blanca.

Perrin miró hacia un lado. Grady le sostuvo la mirada; en los ojos del Asha'man era palpable la pregunta. Podía tomar cautivo al cabecilla allí mismo, en un abrir y cerrar de ojos.

Perrin estuvo tentado de hacerlo. Pero habían acudido allí con la promesa de los Capas Blancas de que estarían a salvo. No sería él quien rompería la tregua. En cambio, se volvió y condujo a los suyos de vuelta al campamento.

Galad observó la marcha de Aybara. Esos ojos dorados eran inquietantes. Había descartado la insistencia de Byar de que ese hombre no sólo era un Amigo Siniestro, sino un Engendro de la Sombra. Sin embargo, al mirar aquellos ojos, Galad ya no estaba seguro de poder desestimar tal afirmación.

A un lado, Bornhald soltó el aire que había estado conteniendo.

—No puedo creer que hayáis querido hacer esto. ¿Y si hubiera traído Aes Sedai? No habríamos podido detener el Poder Único.

—No me habrían hecho daño —argumentó Galad—. Y, además, si Aybara tuviera la capacidad de matarme aquí con el Poder Único, podría haber hecho lo mismo en mi campamento. Pero si es como tú y el Hijo Byar decís, entonces le preocupa mucho dar buena imagen, ya que no dirigió trollocs contra Dos Ríos directamente, sino que fingió defender a su gente.

Un hombre así actuaría con astucia, de modo que él no había corrido peligro. Había querido ver a Aybara y se alegraba de haberlo hecho. Esos ojos... Casi eran una condena por sí mismos. Y Aybara había reaccionado ante la mención de los Hijos asesinados, se había puesto tenso. Aparte de eso, estaba lo que contaba su gente de una alianza con los seanchan y de tener hombres capaces de encauzar.

Sí, ese Aybara era un hombre peligroso. A Galad le había preocupado comprometer a sus tropas a luchar aquí, pero la Luz se encargaría de que salieran con bien de la contienda. Mejor derrotar a ese Aybara ahora que esperar y hacerle frente en la Última Batalla. Y por ello, sin dudar, tomó una decisión. La correcta. Lucharían.

—Vamos, regresemos al campamento —ordenó a sus hombres con un gesto de la mano.

CAPÍTULO 11

Una carta inesperada

—Es imposible que crean que voy a firmar esto —dijo Elayne, que tiró el puñado de papeles al suelo, junto a la silla.

—No es probable —contestó Dyelin.

El cabello dorado de la noble estaba perfecto; el rostro de gesto firme, controlado; y el delgado cuerpo, con elegante porte. ¡Esa mujer era perfecta! A Elayne no le parecía justo que tuviera un aspecto tan prístino mientras que ella se sentía como una cerda cebada y lista para la matanza.

En la chimenea de la salita de estar el fuego chisporroteaba de forma acogedora. Había vino en una jarra, encima de uno de los aparadores pegados a la pared; pero, por supuesto, a ella no le estaba permitido nada de eso. Como se le ocurriera a alguien más ofrecerle esa puñetera leche de cabra...

Birgitte se había quedado cerca de la pared del fondo; la dorada trenza le caía sobre el hombro derecho, en contraste con la chaqueta roja de cuello blanco y el pantalón azul cielo. Se sirvió una taza de té y sonrió, divertida por la irritación de Elayne. ¡Y ella lo percibía a través del vínculo!

Las tres eran las únicas que se encontraban en el cuarto. Elayne se había retirado a la salita después de aceptar la propuesta del mensajero de Ellorien respecto a que quizá le gustaría "considerar" la oferta en privado. ¡Bien, pues, ya la había considerado! ¡La consideraba basura, porque no era más que eso, basura!

—Esto es un insulto —dijo, señalando las páginas.

—¿Es que te propones tenerlas encarceladas para siempre, Elayne? —Dyelin enarcó una ceja—. No pueden permitirse pagar un rescate, sobre todo después de lo que gastaron en financiar sus aspiraciones a la Sucesión. Lo cual te deja una decisión pendiente de tomar.

—Por mí, que se pudran —dijo Elayne, que se cruzó de brazos—. ¡Levantaron ejércitos contra mí y sitiaron Caemlyn!

—Sí, creo recordar que yo estaba allí —contestó Dyelin en tono inexpresivo.

Elayne maldijo para sus adentros; después se levantó y empezó a pasear. Birgitte la miró; las dos sabían que Melfane había sugerido que Elayne evitara fatigarse. Sostuvo la mirada de su Guardiana con aire obstinado y después siguió paseando de un lado a otro de la sala. ¡Rayos y centellas, así se abrasara esa puñetera comadrona! Caminar no era fatigoso.

Ellorien era una de las últimas voces disidentes, minoritarias pero ruidosas, contra la soberanía de Elayne; a excepción, quizá, de Jarid Sarand. Estos meses marcaban el

inicio de un largo período de prueba para Elayne. ¿Qué postura tomaría respecto a ciertos asuntos? ¿Sería sencillo ejercer presión sobre ella? ¿Hasta qué punto seguiría el ejemplo de su madre?

Deberían saber que no era tan fácil intimidarla. Pero la infausta verdad era que se encontraba encaramada a una alcándara muy precaria, construida con tazas de té apiladas a gran altura. Cada una de esas tazas era una casa noble andoreña; algunas la habían apoyado de forma voluntaria, y otras, a regañadientes. Muy pocas de ellas eran tan sólidas como a Elayne le habría gustado que fueran.

—Las nobles cautivas son un recurso —dijo—. Se las debería ver como tal.

Dyelin asintió con la cabeza. La noble sabía cómo aguijonearla para obligarla a llegar a las respuestas que ambas sabían que necesitaba encontrar.

—Un recurso carece de utilidad a menos que al final se haga uso de él —apuntó Dyelin, que se estaba tomando un vaso de vino. Condenada mujer.

—Sí, pero vender un recurso a bajo precio sería tanto como establecer una reputación de negligencia.

—A no ser que uno venda algo justo antes de que su valor caiga en picado —argumentó Dyelin—. A muchos comerciantes los han tildado de necios por vender cerecillas con descuento, pero después los han considerado inteligentes cuando los precios se desplomaron más aún.

—¿Y estas cautivas? ¿Consideras que su valor va a caer pronto?

—Sus casas están en apuros —respondió Dyelin—. Cuanto más fuerte se hace tu posición, Elayne, más bajo es el valor de esas presas políticas. No debes malbaratar tu ventaja, pero tampoco deberías guardarlas bajo llave hasta que a nadie le importe ni poco ni mucho.

—Podrías ejecutarlas —sugirió Birgitte.

Las dos miraron de hito en hito a la Guardiana.

—¿Qué pasa? —preguntó Birgitte—. Es lo que se merecen, y eso establecería una reputación de mano dura.

—No sería lícito —respondió Elayne—. No se las puede ejecutar porque apoyaran a otra candidata para ocupar el trono. No existe traición mientras no hubiera reina.

—¿De modo que nuestros soldados mueren, pero los jodidos nobles se van de rositas? —preguntó Birgitte, que alzó una mano antes de que Elayne tuviera tiempo de protestar—. Ahórrate el sermón, Elayne. Lo entiendo. No estoy de acuerdo, pero lo entiendo. Siempre ha sido así.

Elayne se puso a pasear otra vez. No obstante, dejó de hacerlo para pisotear la propuesta de Ellorien al pasar junto a los papeles. Al verla, Birgitte puso los ojos en blanco, pero a ella le sentó muy bien hacerlo. La "propuesta" era una lista de promesas vacías que concluía con la exigencia de que Elayne soltara a las cautivas

por "el bien de Andor". Ellorien afirmaba que, puesto que las cautivas no tenían fondos, la corona debería perdonarlas y liberarlas para que colaborasen en la reintegración.

A decir verdad, Elayne se había planteado hacer justo eso. ¡Pero si ahora las liberaba, las tres considerarían a Ellorien su salvadora! La deuda de gratitud derivada de tal acción la tendrían con su rival, en lugar de con ella. ¡Rayos y centellas!

—Las Detectoras de Vientos empiezan a preguntar por la tierra que les prometiste —apuntó Dyelin.

—¿Ya?

La mujer de más edad asintió con la cabeza.

—Esa petición todavía me preocupa —comentó luego—. ¿Por qué quieren una pequeña franja de tierra?

—Se lo han ganado —respondió Elayne.

—Quizás. Aunque eso significa que eres la primera reina en cinco generaciones que cede una parte de Andor, por pequeña que sea, a una organización extranjera.

Elayne respiró hondo y, cosa curiosa, se sintió más sosegada. ¡Malditos cambios de humor! ¿No había prometido Melfane que se irían haciendo menos marcados a medida que avanzara el embarazo? Sin embargo, a veces todavía se sentía como si sus emociones botaran de aquí para allá como una pelota en un juego de niños. Elayne recobró la compostura y se sentó.

—No puedo permitir esto. Las casas fuerzan las cosas para aprovechar cualquier oportunidad que les dé más poder.

—Tú harías lo mismo de estar en su lugar, te lo aseguro —contestó Dyelin.

—No si supiera que la Última Batalla se aproxima —barbotó Elayne—. Hemos de hacer algo para orientar a los nobles hacia asuntos más importantes. Algo que los aúne dándome respaldo o, al menos, que los convenza de que no voy a permitir que jueguen conmigo.

—¿Y cuentas con medios para lograrlo?

—Sí. Ha llegado el momento de tomar posesión de Cairhien —contestó, mirando hacia el este.

Birgitte se atragantó con el té y Dyelin se limitó a enarcar una ceja.

—Un movimiento audaz —dijo la noble.

—¿Audaz? —repitió Birgitte al tiempo que se limpiaba la mejilla—. Es una puñetera locura. Elayne, apenas tienes control sobre Andor.

—Razón de más para intervenir en este momento. Aún conservamos suficiente empuje para volver a entrar en acción. Además, si vamos por Cairhien ahora, demostraré que mi intención es ser algo más que una reina grávida y pretenciosa.

—Dudo que haya alguien que crea eso de ti —comentó Birgitte—. Y, si lo hay, es que durante la batalla recibió un golpe de más en la cabeza.

—Tiene razón, por ramplona que sea su exposición —se mostró de acuerdo Dyelin.

La noble miró a Birgitte, y Elayne percibió una punzada de desagrado a través del vínculo con su Guardiana. ¡Luz! ¿Qué haría falta para lograr que esas dos se llevaran bien?

—Nadie duda de tu firmeza como reina, Elayne —añadió Dyelin—. Pero eso no impedirá que las otras procuren hacerse con todo el poder que puedan; saben que no es probable que estén en condiciones de conseguirlo más adelante.

—No dispongo de quince años para estabilizar mi soberanía, como hizo mi madre. Mirad, todos sabemos lo que Rand no deja de repetir respecto a que yo ocupe el Trono del Sol. Allí gobierna ahora un administrador nombrado por él, esperando que yo tome posesión, y después de lo que le ocurrió a Colavaere nadie se atreve a desobedecer los edictos de Rand.

—Al ocupar ese trono, te arriesgas a dar la imagen de que has permitido que al'Thor te lo conceda.

—¿Y qué? Tenía que tomar Andor por mí misma, pero no hay nada malo en aceptar su regalo de Cairhien. Fueron sus Aiel los que lo pacificaron. Le estamos haciendo un favor a Cairhien al evitar una Sucesión turbulenta. Mi aspiración al trono es sólida, al menos tanto como la de cualquier otro, y los leales a Rand me apoyarán.

—¿Y no te estarás arriesgando a expandirte en demasía?

—Es posible —admitió Elayne—. Pero creo que merece la pena el riesgo. De una tacada podría convertirme en uno de los monarcas más poderosos desde Artur Hawkwing.

Una discreta llamada a la puerta impidió que se prolongara la discusión. Elayne miró a Dyelin y la expresión pensativa de la mujer la hizo comprender que la noble estaba rumiando lo que les había expuesto. Bien, pues, iría por el Trono del Sol, con su ayuda o sin ella. Dyelin se estaba haciendo cada vez más útil como su consejera —¡gracias a la Luz que la noble no había querido el trono para sí!—, pero una reina no podía permitirse el lujo de caer en la trampa de depender demasiado de una única persona, fuera quien fuese.

Birgitte acudió a la puerta y dejó pasar a maese Norry, el jefe amanuense con aspecto de cigüeña. Vestía de rojo y blanco y en la cara alargada mostraba su habitual expresión taciturna. Al reparar en que el hombre llevaba su portafolio de cuero debajo del brazo, Elayne ahogó un gemido.

—Creía que habíamos acabado por hoy —dijo.

—También lo creía yo, majestad, pero han surgido varios asuntos nuevos. Pensé que quizá os parecerían... hummm... interesantes.

—¿A qué os referís?

—Bueno, majestad, ya sabéis que no... simpatizo mucho con cierto tipo de

trabajos. Pero en vista de las recientes incorporaciones a mi personal, me pareció lógica la idea de ampliar mis funciones.

—Habláis de Hark, ¿no es así? —intervino Birgitte—. ¿Cómo está ese despreciable saco de mierda?

Norry se volvió a mirarla.

—Está... eh... mugriento, diría yo.

De nuevo volvió la vista hacia Elayne.

—Pero es bastante competente, una vez que alguien le da las motivaciones adecuadas. Por favor, perdonad si me he tomado ciertas libertades, pero tras las recientes confrontaciones, así como el alojamiento de las invitadas en vuestras mazmorras como consecuencia de ellas, me pareció una medida prudente.

—¿De qué estáis hablando, maese Norry? —preguntó Elayne.

—De la señora Basaheen, majestad. La primera orden que di a nuestro buen maese Hark fue vigilar el lugar de residencia de la Aes Sedai, cierta posada conocida como El Recibidor.

Asaltada por un repentino interés, Elayne se sentó erguida. Duhara Basaheen había intentado de forma repetida conseguir audiencia con ella mediante intimidaciones a varios miembros del servicio de palacio. Sin embargo, todos sabían ahora que no debían admitirla. Ni que fuera Aes Sedai ni que no, actuaba como representante de Elaida, y Elayne estaba decidida a no tener nada que ver con ella.

—Hicisteis que la vigilaran —dedujo, anhelante—. Por favor, decidme si habéis descubierto algo que pueda usar en contra de esa mujer insufrible para quitármela de encima.

—¿Queréis decir que no soy merecedor de vuestra condena? —preguntó maese Norry con precaución, tan inmóvil, seco e imperturbable como siempre. Todavía era inexperto en lo tocante al espionaje.

—Luz, claro que no. Debería haber dado la orden yo misma. Me habéis ayudado al remediar ese descuido, maese Norry. Si lo que habéis descubierto son noticias buenas, incluso es probable que quisiera besaros.

Eso sí que tuvo eco en el jefe amanuense; los ojos del hombre se desorbitaron, aterrados. La reacción de Norry bastó para que Elayne prorrumpiera en carcajadas, coreada por Birgitte, si bien a Dyelin no pareció hacerle gracia. En fin, por lo que a Elayne concernía, la noble podía irse a chuparle la pezuña a una cabra.

—Eh... Bien, eso no será necesario, majestad —empezó Norry—. Había pensado que, si había Amigas Siniestras fingiendo ser Aes Sedai en la ciudad... —Él, como los demás, había aprendido a no referirse a Falion y a las otras como "Aes Sedai" en presencia de Elayne—, a lo mejor nos interesaría tener bien vigiladas a quienes pretenden pertenecer a la Torre Blanca.

Elayne asintió con la cabeza, expectante. ¡Luz, qué forma de andarse por las

ramas, este Norry!

—Me temo que voy a decepcionaros, majestad, si lo que esperáis es tener pruebas de que esa mujer es una Amiga Siniestra —aclaró el jefe amanuense al percatarse del entusiasmo de Elayne.

—Oh.

—No obstante, hay razones para creer que Duhara Sedai podría haber intervenido en la redacción del documento que, al parecer, tratáis con un miramiento... hummm... desacostumbrado.

Echó una ojeada a las páginas que Elayne había tirado al suelo. Una de ellas tenía marcada con claridad la suela del zapato.

—¿Que Duhara se ha estado reuniendo con Ellorien? —preguntó Elayne, haciendo hincapié en el nombre de la noble.

—Desde luego que sí. Y las visitas se han vuelto más frecuentes. También han dejado un tanto de lado la cautela para mantenerlo en secreto.

—¿Por qué quiere Duhara liberar a mis rivales? —inquirió Elayne, mirando a Dyelin.

La expresión de la noble era preocupada.

—No puede ser tan necia para dar por hecho que es capaz de organizar un levantamiento contra ti, sobre todo a través de un grupo de lores y damas arruinados.

—Majestad, si se me permite hacer un comentario... —intervino el jefe amanuense.

—Por supuesto, maese Norry.

—Quizá la Aes Sedai intenta congraciarse con lady Ellorien. No sabemos con certeza si conspiran; sólo parece probable, a juzgar por la frecuencia y la oportunidad de las visitas de la Aes Sedai. Pero también es posible que no tenga tantos motivos para apoyar a vuestros enemigos como los que tiene para congraciarse con algunos miembros de la nobleza de la ciudad.

Era posible, sí. Y no parecía probable que Duhara volviera a la Torre Blanca, por mucho que Elayne le hubiera sugerido que lo hiciera. A ninguna Aes Sedai se la disuadía con tanta facilidad. Regresar ahora sería presentarse ante Elaida con las manos vacías y un Andor hostil. Sin embargo, si al volver contaba con la lealtad de parte de la nobleza andoreña, eso sería un punto a su favor.

—Cuando Duhara salió de la posada para visitar a Ellorien en su casa, ¿cómo iba vestida? —preguntó Elayne.

Aunque Ellorien había hablado por encima de regresar a sus posesiones, no lo había hecho, quizá por ser consciente de que todavía no era políticamente útil hacerlo. Así que, de momento, residía en su mansión de Caemlyn.

—Con capa, majestad. Echada la capucha —contestó Norry.

—¿Una prenda buena o pobre?

—No lo sé —contestó Norry con aire azorado—. Podría mandar a buscar a maese Hark...

—No hace falta. Pero, decidme, ¿iba ella sola?

—No. Creo que siempre la acompaña un gran contingente de ayudantes.

Elayne asintió con la cabeza. Apostaría a que, aun cuando Duhara llevara la capa con la capucha echada, se dejaría puesto el anillo de la Gran Serpiente y elegiría una capa de calidad notoria, así como la compañía de los ayudantes, por mor del subterfugio.

—Maese Norry, me temo que os la han jugado —dijo Elayne.

—¿Perdón, majestad?

—Deseaba que la vieran visitar a Ellorien —convino Dyelin al tiempo que asentía con la cabeza—. No le convenía que fueran visitas oficiales, para no oponerse a tu soberanía de forma tan evidente. Pero quería que supieras lo que está haciendo.

—Alterna de forma descarada con mis enemigos. Es una advertencia. Ya me amenazó con anterioridad al decir que no me gustaría estar en oposición a Elaida y a ella.

—Oh, así que mi iniciativa no ha sido tan sutil, después de todo —se lamentó Norry.

—Ah, pero es que sigue siendo información valiosa —le dijo Elayne—. Si no la hubieseis mandado vigilar, esto se nos habría pasado por alto, lo cual habría resultado... embarazoso. Si alguien es capaz de tomarse tantas molestias para insultarme, entonces al menos quiero estar enterada de ello. Aunque sólo sea para saber a quién he de mandar decapitar después.

El jefe amanuense palideció.

—Es una forma de hablar metafórica, maese Norry —lo tranquilizó Elayne.

A pesar de que le encantaría hacerlo. ¡También a Elaida! ¿Cómo se atrevía a enviar a un perro guardián para "aconsejarla"? Elayne movió la cabeza en un gesto de negación o de fastidio.

«Apresúrate, Egwene. Te necesitamos en la Torre. El mundo te necesita allí.»

Suspiró y se volvió hacia Norry.

—¿Dijisteis que había varios asuntos nuevos que requerían mi atención? —le preguntó al jefe amanuense.

—Desde luego, majestad.

El hombre abrió el horrible cartapacio de cuero y sacó un papel, un documento al que dedicó una mirada que distaba mucho de expresar tanta reverencia como la dedicada a la mayoría de los papelotes que acumulaba. De hecho, lo sujetó sólo con las puntas de dos dedos y lo sostuvo en alto, como si fuera un bicho muerto que se hubiera encontrado en un desagüe.

—Supongo que recordaréis las órdenes que disteis respecto a los grupos

mercenarios —empezó Norry.

—Sí —respondió Elayne con un rictus de fastidio.

Empezaba a tener sed y lanzó una mirada taciturna a la taza de leche de cabra caliente que había en la mesita que tenía junto al sillón. Las noticias de batallas atraían bandas de mercenarios, ansiosos de ofrecer sus servicios.

Por desgracia para la mayoría de esos soldados a sueldo, el asedio había sido corto. Las noticias se propagaban con rapidez, pero los soldados cansados y hambrientos viajaban despacio. Esas bandas seguían llegando a la ciudad en un flujo constante, y los hombres que las componían se llevaban una desilusión al constatar que sus armas ya no eran necesarias.

Al principio, Elayne les ordenaba que se marcharan, pero enseguida se dio cuenta de que hacer eso era una necedad. Todos los hombres harían falta para el Tarmon Gai'don, y si Andor tenía a su alcance participar con cinco o diez mil soldados más en el conflicto, quería hacerlo.

No tenía dinero para pagarles ahora, pero tampoco quería perderlos. En consecuencia, había ordenado a maese Norry y al capitán Guybon que dieran a todos los mercenarios las mismas instrucciones; de hecho, sólo extenderían permisos para que fueran a Caemlyn al mismo tiempo un número máximo de hombres, y tenían que acampar a una legua como mínimo de la ciudad.

Eso les daría la idea de que, al final, Elayne acabaría recibiéndolos para ofrecerles trabajo. Cabía la posibilidad de que lo hiciera así, ahora que había decidido ocupar el Trono del Sol. Por supuesto, de las últimas bandas de mercenarios que había contratado, la mayoría era pura canalla.

A sabiendas de que cometía un error, asió la taza de leche y dio un sorbo. Birgitte asintió con satisfacción, pero Elayne puso cara de asco. ¡Mejor pasar sed!

—Bien —continuó Norry, mirando el papel que tenía entre los dos dedos—, pues, uno de los capitanes mercenarios se ha tomado la libertad de enviaros una carta en exceso... confianzuda. No os la habría traído, pero tras leerla por segunda vez me pareció que había algo que deberíais ver. Los asertos de este rufián son grotescos, pero no quería ser yo quien no los tomara en cuenta y que al final resultaran ser... hummm... ciertos.

Elayne alargó la mano hacia la hoja con curiosidad. ¿Asertos grotescos? No conocía a ningún capitán mercenario. La letra de la misiva era desigual, había muchas palabras tachadas y la ortografía de otras era... creativa. Fuera quien fuese ese hombre, no...

Parpadeó con sorpresa al llegar al pie de la carta y, acto seguido, volvió a leerla:

A Su Real Majestad y molesta roncha en el trasero:

Estamos aquí esperando para hablar con Vos y nos estamos ~~cabreando~~

poniendo nerviosos. (Eso significa cabreándonos, puñetas). Thom dice que ahora sois reina, pero creo que eso no cambia nada, llaque, de todos modos, habéis actuado como una reina todo el tiempo. No olvidéis que ~~extragí~~ saqué a rastras vuestro pequeño y bonito trasero por un agujero en Tear, y pues que entonces ya actuabais como una reina, no sé por qué me pasma que ahora actuéis como una, que sois reina de verdad.

Así que estaba pensando que debería trataros como una jodida reina y enviaros una jodida misiva y todo eso, usando un lenguaje de altos vuelos y así llamar vuestra atención. Incluso he utilizado mi anillo como sello, como sería ~~impertinente~~ pertinente. He aquí mi salutación formal.

Así que DEJA DE DARME LARGAS para que podamos hablar. Necesito a tus campaneros. Es muy importante, ¡joder!

Mat

P.D. Salutación quiere decir saludos.

P.P.D. No hagas caso de las palabras tachadas ni de las faltas de ortografía. Iba a pasar la carta a limpio, pero Thom se está partiendo el cu meándose de risa a mi costa y quiero acabar de una vez.

P.P.D. No te tomes a mal que haya dicho que tienes un bonito trasero. Casi ni lo miré, pues sabía que me arrancarías los ojos si me hubieras pillado. Además, ahora soy un hombre casado, así que todo eso ha quedado en agua de borrajas.

Elayne no sabía si sentirse indignada o eufórica. ¡Mat se encontraba en Andor y Thom estaba vivo! Habían huido de Ebou Dar. ¿Habrían encontrado a Olver? ¿Cómo habían escapado de los seanchan?

Tantas emociones e interrogantes la colmaron. Birgitte se puso de pie, ceñuda, al percibir lo que sentía.

—¿Elayne? ¿Qué pasa? ¿Ese hombre te ha insultado?

Elayne se sorprendió al asentir con la cabeza mientras le brotaban lágrimas de los ojos.

Birgitte soltó una maldición y se acercó a ella en dos zancadas. Maese Norry se había quedado atónito, y parecía lamentar haberle llevado la carta.

Elayne prorrumpió en carcajadas.

—¡Elayne! —dijo Birgitte, sin salir de su sorpresa.

—Estoy bien —la tranquilizó mientras se enjugaba las lágrimas y tomaba una profunda respiración—. Oh, Luz, cómo necesitaba esto. Toma, lee.

Birgitte tomó la misiva con brusquedad y, a medida que leía, el semblante le cambió. También rompió a reír al final.

—¿Que tienes un bonito trasero? Mira quién habla. Mat tiene uno de los mejores culos que he visto en un hombre.

—¡Birgitte! —exclamó Elayne.

—Bueno, es cierto —contestó la Guardiana, que le tendió la carta—. Para mi gusto es demasiado guapo, pero eso no significa que no sepa apreciar un buen trasero cuando lo veo. ¡Luz, qué fantástico tenerlo de vuelta! Por fin habrá alguien con quien podré ir a beber sin que me vea como su puñetero jefe militar.

—Contente, Birgitte. —Elayne dobló la carta.

Norry parecía escandalizado por el intercambio entre ellas. Dyelin no dijo nada. Esa mujer no se azoraba así como así; además, había oído a Birgitte decir cosas peores.

—Habéis hecho bien, maese Norry —dijo Elayne—. Gracias por informarme sobre esto.

—Entonces, ¿es verdad que conocéis a estos mercenarios? —preguntó el jefe amanuense con un dejo de sorpresa en la voz.

—No son mercenarios. De hecho, no sé bien qué son. Amigos. Y aliados, espero.

¿Por qué habría conducido Mat a la Compañía de la Mano Roja a Andor? ¿Serían leales a Rand? ¿Podría sacar partido de ellos? Mat era un bribón, pero, cosa curiosa, tenía muy buen ojo para tácticas militares. Un soldado que estuviera a su mando valdría por diez mercenarios de la chusma que se había visto obligada a contratar en los últimos tiempos.

—Os pido perdón por mi equivocación, majestad —se disculpó Norry—. Debería habérosla traído antes. Mis informadores me dijeron que ese grupo estuvo contratado hace poco al servicio de la corona de Murandy, así que descarté la insistencia de su cabecilla afirmando que no era un mercenario.

—Habéis hecho lo correcto, maese Norry. —Elayne todavía se sentía regocijada y molesta al mismo tiempo. Era curioso con qué frecuencia una se movía entre esas dos emociones cuando Matrim Cauthon estaba involucrado—. La Luz sabe que he estado muy ocupada. Pero, por favor, si alguien afirma que me conoce personalmente, al menos transmitídselo a Birgitte.

—Sí, majestad.

—Concertad un encuentro con maese Cauthon —ordenó, deseando haber tenido tiempo para responderle con otra carta tan insultante como la que él le había enviado —. Decidle que Thom ha de acompañarlo para... que lo mantenga a raya.

—Como ordenéis, majestad. —Norry hizo su estirada reverencia de costumbre—. Si dais vuestro permiso para retirarme...

Ella inclinó la cabeza en aquiescencia, y el jefe amanuense se marchó y cerró la puerta tras de sí. Elayne recogió la carta de Mat con dos dedos, absorta. ¿Podría valerse de Mat de algún modo para que la ayudara con los problemas que Ellorien

estaba ocasionando, igual que se había valido de los fronterizos? ¿O sería demasiado obvio?

—¿Por qué crees que menciona a los campaneros? —preguntó Birgitte.

—Podría ser por algo tan nimio como que necesita una campana nueva con la que dar las horas en su campamento.

—Pero no crees que sea por eso.

—Mat está metido en algo —contestó Elayne—. Tiene inclinación a complicar las cosas, y la forma en que ha redactado esa línea me huele a uno de sus planes.

—Cierto. Y si sólo quisiera una campana, se procuraría el dinero suficiente para comprarla con una hora de juego.

—Vamos, no tiene tanta suerte —comentó Elayne.

Birgitte resopló en la taza de té.

—Tendrías que prestar más atención, Elayne —aconsejó la Guardiana—. Ese hombre podría jugar a los dados con el Oscuro y ganarle.

Elayne meneó la cabeza. Los soldados, incluida Birgitte, eran una pandilla de supersticiosos.

—Asegúrate de reforzar el número de Guardias femeninas en servicio cuando venga Mat. A veces puede mostrarse exaltado y no querría que montara una escena.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Dyelin, que parecía desconcertada.

—Uno de los otros dos *ta'veren* que crecieron con Rand al'Thor —repuso Birgitte.

La Guardiana se tomó el té de golpe. Había dejado de beber alcohol desde que Elayne se había quedado embarazada. Por lo menos, alguien más sufría las consecuencias, aparte de ella.

—Mat es... un tipo particularmente vital y activo —añadió Elayne—. Puede ser muy útil si se sabe aprovechar como es debido su energía y sus recursos. Cuando no es así, cosa que ocurre la mayoría de las veces, puede resultar un completo desastre. Pero aparte de todo lo que se pueda decir sobre ese hombre, lo indiscutible es que su Compañía y él saben combatir.

—Vas a utilizarlos, ¿verdad? —dijo Birgitte, que la miró con admiración.

—Por supuesto. Y, por lo que recuerdo que dijo Mat, tiene un montón de cairhieninos en la Compañía. Son oriundos de allí. Si llego con ese sector de la Compañía como parte de mi ejército, quizá la transición sea más fácil.

—¿Así que tienes intención de llevar a término esa idea? —preguntó Dyelin—. ¿Ocupar el Trono del Sol? ¿Ahora?

—Hace falta unidad en el mundo. —Elayne se puso de pie—. Con Cairhien, empiezo a unirnos a todos. Rand ya controla Illian y Tear, y tiene a los Aiel vinculados a él. Estaremos conectados todos.

Miró hacia el oeste, donde percibía el núcleo de emociones que era Rand. Lo

único que había notado en él últimamente era una fría cólera enterrada en lo más profundo de su ser. ¿Estaría en Arad Doman?

Lo amaba, pero no estaba dispuesta a permitir que Andor se convirtiera en una parte más del imperio del Dragón. Asimismo, si Rand iba a morir en Shayol Ghul, ¿quién gobernaría ese imperio? Podría fragmentarse, pero le preocupaba que alguien, quizá Darlin, fuera lo bastante fuerte para mantenerlo unido. En tal caso, Andor se encontraría solo, con el agresivo imperio seanchan al sudoeste, el sucesor de Rand al noroeste y al sudeste, y los fronterizos unidos al norte y el noreste.

No podía dejar que ocurriera tal cosa. La mujer que había en ella se encogió al pensar que hacía planes para cuando ocurriera la muerte de Rand, pero la reina no debía ser tan escrupulosa.

—Me doy cuenta de que será difícil administrar dos reinos, pero he de controlar Cairhien. Por el bien de ambos tronos.

Se volvió y sostuvo la mirada de Dyelin; la noble asintió con la cabeza, despacio.

—Parece que estás entregada a la causa —dijo.

—Lo estoy, aunque creo que necesitaré tener asegurado el uso del Viaje si quiero conseguirlo. Concertemos una cita de Sumeko y Alise conmigo. Hemos de discutir el futuro de las Allegadas.

CAPÍTULO 12

Un tintero vacío

Sentada en el alféizar de una de las ventanas de la Ciudadela de Tear, Min disfrutaba de la cálida temperatura.

La brisa de mediodía era refrescante, aunque estaba cargada de humedad y de los olores de la ciudad que se extendía allá abajo. Los tearianos decían que el tiempo era frío, cosa que la hacía sonreír. ¿Cómo reaccionaría esta gente a un buen invierno andoreño, con nieve apilada contra las paredes de los edificios y carámbanos colgando de los tejados?

Lo único que podía achacarse al clima de Tear es que era menos bochornoso de lo habitual en esta estación. Sin embargo, la calidez que disfrutaba Min no tenía nada que ver con la temperatura ambiente.

El sol brillaba sobre la ciudad. En los patios de la Ciudadela, los Defensores, vestidos con sus uniformes de mangas de rayas y los pantalones bombachos, no dejaban de pararse y mirar el cielo despejado. Las nubes seguían acechando en el horizonte, pero se habían abierto sobre la ciudad en un anillo anormal. Un círculo perfecto.

El calor que sentía Min no se debía a los rayos del sol.

—¿Cómo puedes sentarte ahí? —preguntó Nynaeve.

Min giró la cabeza. Tenía la ventana abierta de par en par y los muros de la Ciudadela eran gruesos. Estaba sentada en el alféizar, con las rodillas dobladas y los pies descalzos apoyados en el muro opuesto del vano. Había dejado las botas y las medias en el suelo, junto a un montón de libros apilados.

Nynaeve caminaba sin parar por la habitación. La Ciudadela de Tear había resistido asedios y tormentas, guerras y desolación, pero Min se preguntaba si alguna vez habría sobrevivido a algo parecido a un ataque de cólera de Nynaeve al'Meara. La Aes Sedai de pelo oscuro se había pasado los tres últimos días recorriendo los pasillos como una enorme nube de tormenta desatada, intimidando a los Defensores y aterrando a los sirvientes.

—¡Tres días! —gritó Nynaeve—. ¡Hace tres días que se fue! La Última Batalla se cierne sobre nosotros, y el Dragón está en paradero desconocido.

—No ha desaparecido —respondió Min con suavidad—. Rand sabe dónde está.

—Y tú también lo sabes —replicó Nynaeve con sequedad.

—No te conduciré hasta él, Nynaeve.

—¿Y por qué no? No me digas que no vas a...

—Necesita estar solo.

Nynaeve no dijo nada más. Se dirigió hacia la mesa que había en una esquina de la habitación y se sirvió una taza de té negro de Tremalking, helado. Té helado. Qué extraño resultaba eso. Se suponía que el té ayudaba a entrar en calor en los días fríos.

Min volvió a mirar hacia el norte, a la lejana y sofocante masa nubosa. Por lo que notaba a través del vínculo, estaba mirando directamente hacia él. ¿Estaría en Andor, tal vez? ¿O en las Tierras Fronterizas? Estuvo tentada de utilizar el vínculo para localizarlo al principio, cuando a Rand lo asaltó una angustia terrible, y un dolor más intenso que el de las heridas en el costado. Sufrimiento, ira y desesperación. En aquel momento, Rand le había parecido mucho más peligroso de lo que lo había sido jamás. Ni siquiera aquella noche, cuando se arrodilló sobre ella y casi la estranguló con la mano, le había parecido tan aterrador.

Y entonces...

Min sonrió. Entonces llegó la calidez. Una calidez que irradiaba a través del vínculo como el acogedor fuego de un hogar en invierno. Estaba ocurriendo algo maravilloso, algo que ella había esperado sin saberlo.

—Todo irá bien, Nynaeve —dijo.

—¿Cómo puedes decir eso? —La mujer tomó un sorbo de té—. Que no destruyera Ebou Dar no quiere decir que no sea peligroso. Ya oíste lo que estuvo a punto de hacerle a Tam. A su propio padre, Min.

—No se tendría que condenar a un hombre por lo que estuvo a punto de hacer, Nynaeve. Se contuvo.

—No se contuvo en Refugio de Natrin.

—Eso fue necesario.

—No pensaste que lo fuera en aquel momento.

Min respiró hondo. En los últimos días, Nynaeve había buscado provocarla para que discutieran. A decir verdad, no le faltaban razones para estar tensa. Su esposo cabalgaba hacia la muerte. El Dragón Renacido, un hombre al que aún consideraba bajo su tutela, vagaba solo —la Luz sabía por dónde— y ella no podía hacer nada al respecto. Y si había una cosa que Nynaeve odiaba era sentirse impotente.

—Nynaeve —dijo Min—, si esta situación se prolonga mucho más, te llevaré hasta él. Te lo prometo.

—¿"Mucho más"? —repitió la Aes Sedai con los ojos entrecerrados.

—Unos pocos días.

—En unos pocos días podría arrasar Cairhien.

—¿De verdad crees que haría eso, Nynaeve? —preguntó Min con suavidad—. ¿Lo crees en serio?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —replicó Nynaeve, que sujetaba la taza con fuerza, perdida la mirada en el té—. Hubo un tiempo en que me habría reído de semejante idea. Conocía a Rand al'Thor, al chico que aún había en él. Pero me asusta

el hombre en que se ha convertido. Siempre le dije que tenía que madurar y... Bueno, lo ha hecho.

Un escalofrío estremeció a Nynaeve.

Min se disponía a contestarle, pero un movimiento le llamó la atención. Las dos Doncellas que guardaban la puerta abierta al pasillo, Surial y Lerian se volvieron para observar a alguien que se acercaba. De un tiempo a esta parte, siempre había Doncellas alrededor de Min.

Sarene Nemdahl entró en la pequeña habitación poco después. Los aposentos de Min en la Ciudadela no eran muy amplios. Rara vez los usaba, pues solía estar junto a Rand. En la sala de estar había una alfombra gruesa en azul y blanco, así como una pequeña mesa de madera de cerezo. Nada más.

Como de costumbre, Sarene llevaba el oscuro cabello tejido en trencillas con cuentas entretejidas que le enmarcaban el rostro casi perfecto.

—Cadsuane Sedai os necesita —anunció.

—¿De veras? —respondió Nynaeve—. Bien, pues, Cadsuane Sedai puede...

—Alanna no está —continuó Sarene sin que se le alterase la voz—. Ha desaparecido de sus aposentos. Los Defensores no la vieron marchar y no hay indicios de ningún acceso.

—Oh. Bien, vayamos pues.

Nynaeve salió a toda prisa de la habitación.

—Pues yo no he notado nada —dijo Córele, que sonrió y se dio unos golpecitos en la nariz con aire enterado—. No sé cómo habrá salido. A no ser que penséis que, de alguna manera, se las ha ingeniado para volar. A mi parecer, una idea nada descabellada si se tiene en cuenta lo que está ocurriendo de un tiempo a esta parte.

«Necia», pensó Cadsuane mientras fulminaba con la mirada a la Amarilla. A decir verdad, era preferible el desparpajo y la actitud frivola de la mujer a la petulancia de que hacían gala otras Aes Sedai, pero ese día Cadsuane no estaba de humor para tonterías.

Córele se encogió de hombros sin dejar de sonreír, pero no dijo nada más. Puesta en jarras, Cadsuane examinó con mirada escrutadora el pequeño cuarto. Había espacio para un baúl en el que guardar la ropa, un catre y un escritorio. Habría esperado que una Aes Sedai exigiera algo más, incluso en Tear. Por supuesto, Alanna no tenía por costumbre revelar el estrecho lazo que la unía con el Dragón. Casi nadie lo sabía.

Otras dos Aes Sedai —Rafela Cindal y Bera Harkin— estaban de pie a un lado de la habitación. Bera afirmaba haber notado encauzar a Alanna, aunque no algo tan laborioso como requeriría abrir un acceso.

¡Así se abrasara esa mujer! Cadsuane había creído tener a Alanna bien controlada,

a pesar de la terquedad que ponía de manifiesto de un tiempo a esta parte. Era obvio que se había marchado a propósito. No había ropa en el baúl y el escritorio estaba casi desocupado. Sólo quedaba un tintero vacío.

—¿Te dijo algo? —preguntó Cadsuane.

—No, Cadsuane Sedai —respondió Bera—. Sólo hemos cruzado unas palabras de pasada durante semanas. Yo... Bueno, a menudo la oía llorar en su habitación.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó una voz desde la puerta.

Cadsuane miró hacia allí justo a tiempo de ver entrar a Nynaeve; ésta le sostuvo la mirada.

—Es sólo una mujer y, que yo sepa, estaba en su derecho de marcharse cuando quisiera —continuó la antigua Zahori.

—¡Bah! Esa chica no es "sólo una mujer". Es un instrumento. Y muy importante —respondió Cadsuane, que se dirigió hacia el escritorio y alzó una hoja de papel que habían encontrado en la habitación. Se notaban las marcas de dobleces, y había estado lacrada con un sello de cera roja como la sangre—. ¿Te resulta familiar?

—No —negó Nynaeve con el entrecejo fruncido—. ¿Debería?

¿Mentía o decía la verdad? Cadsuane detestaba no poder confiar en lo que decía alguien que se llamaba a sí misma Aes Sedai. Pero Nynaeve al'Meara jamás había sostenido en las manos la Vara Juratoria.

Los ojos de la chica denotaban un desconcierto que no era fingido.

Nynaeve debería ser de fiar, puesto que se enorgullecía de su sinceridad. A menos que fuera una tapadera. A menos que fuera Negra.

«Cuidado —se dijo Cadsuane—. Acabarás siendo tan desconfiada como el muchacho.»

Por tanto, Nynaeve no le había entregado la nota a Alanna, hecho que eliminaba su última teoría sobre el origen de la misiva.

—¿Qué ocurre, pues, Cadsuane Sedai? —preguntó Nynaeve.

Faltó poco para que Cadsuane la reprendiera por el tono de voz. Pero, al menos, la chica había utilizado el título honorífico. A decir verdad, se sentía tan frustrada como Nynaeve. En ocasiones, tener ese tipo de emociones estaba justificado. Afrontar el fin del mundo con el Dragón Renacido completamente fuera de control era una de ellas.

—No estoy segura —respondió Cadsuane—. El sobre se abrió con prisas, porque el papel está roto. Luego se tiró al suelo y no hay rastro de la nota, ni de la ropa ni de sus objetos personales.

—Pero ¿por qué es importante? —volvió a preguntar Nynaeve.

A su espalda, Min entró en la habitación y dos Doncellas tomaron posiciones junto a la puerta. ¿Acaso Min conocería ya la razón por la que la seguían las Aiel?

—Porque es una manera de llegar hasta él, Nynaeve —dijo Min.

—No ha sido de más utilidad que tú, Min —resopló la antigua Zahori.

—No sé cuán persuasiva puedes ser, Nynaeve, pero la Sombra tiene medios para hacer que la gente sea más locuaz —la atajó Cadsuane con sequedad.

Nynaeve enrojeció de rabia y empezó a refunfuñar. Alanna podía indicar el camino hacia el Dragón Renacido. Si los seguidores del Oscuro se la habían llevado, no habría un solo lugar donde Rand pudiera esconderse. Sus trampas ya habían resultado bastante mortíferas, cuando habían tenido que atraerlo con señuelos para que cayera en ellas.

—Hemos sido unas necias —dijo Nynaeve—. Debió haber tenido una guardia de cien Doncellas con ella.

—Los Renegados han sabido dónde encontrarlo con anterioridad y él ha sobrevivido —replicó Cadsuane, a pesar de que en su fuero interno estaba de acuerdo con el comentario. Tendría que haber hecho que la vigilaran mejor—. Esto es sólo una cosa más que hemos de tener en cuenta. —Suspiró—. ¿Alguien puede traer té?

Bera se dirigió a buscarlo a pesar de que Cadsuane no se había tomado el trabajo de ejercer influencia en ella. Al parecer, la reputación servía para algo.

Bera regresó poco después. Cadsuane, que había salido al vestíbulo, aceptó la taza y se preparó para soportar el gusto amargo que tendría el té.

En parte lo había pedido porque necesitaba pensar, y una mujer con las manos vacías solía dar una imagen de nerviosismo.

Se llevó la taza a los labios. ¿Qué hacer a continuación? ¿Preguntar a los Defensores de la puerta de la Ciudadela? Anoche, después de mucho insistirle, Alanna confirmó que al'Thor seguía en el mismo lugar. Al norte, quizá en Andor. Desde hacía tres días. ¿En qué estaba metido ese estúpido chico...?

Cadsuane se quedó petrificada. El té sabía bien.

De hecho, sabía de maravilla: endulzado con miel a la perfección, un punto de amargor y un aroma relajante. Hacía semanas, quizá meses, que no tomaba un té que no se hubiera echado a perder.

Min sofocó un grito y giró con rapidez hacía el cuadrante norte de la ciudad. Las Doncellas que estaban en la puerta salieron disparadas por el pasillo. Se confirmaban las sospechas de Cadsuane: vigilar tan de cerca a Min no tenía tanto que ver con su seguridad como con el propósito de observar alguna señal de...

—Ha vuelto —dijo Min con suavidad.

CAPÍTULO 13

Para lo que ha sido forjado

Min salió como un rayo por la puerta del Muro del Dragón, en el lado este de la Ciudadela, y corrió a través del patio. Tras ella se desbordó lo que, por la afluencia, parecía un clan Aiel al completo; la pasaron rodeándola como una manada de ciervos que se divide para esquivar un roble. Zigzagueando entre sobresaltados Defensores y caballerizos, se dirigieron hacia la muralla con movimientos gráciles y veloces.

Era exasperante la facilidad con que la dejaron atrás; unos cuantos años antes ella se había enorgullecido de ser capaz de ganar a cualquier chico de los que conocía en una carrera limpia. Ahora... En fin, quizás era por pasar muchos meses metida entre libros.

Aun así, dejó atrás a las Aes Sedai, frenadas por la necesidad de comportarse con corrección. Hacía mucho tiempo que Min había dejado a un lado todo sentido del decoro por lo que se refería a su altísimo pastor. En consecuencia, dando gracias por llevar pantalón y botas, corrió hacia la puerta.

Y allí estaba él. Se paró con brusquedad y —a través de una columna abierta de Aiel vestidos con *cadin'sor*— contempló al hombre que hablaba con dos Defensores de la guardia de la puerta. Él le dirigió una mirada mientras Min se acercaba a donde se había parado para hablar; había percibido que se aproximaba del mismo modo que lo había sentido ella.

Rand había encontrado en alguna parte una especie de capote largo y usado, de color marrón. Tenía mangas como una chaqueta, aunque le caía flojo desde los hombros. Debajo llevaba una camisa y un pantalón negro de buena calidad.

Ahora que lo tenía cerca, la calidez percibida a través del vínculo resultaba apabullante. ¿Es que los demás no lo notaban? La hacía desear alzar el brazo y protegerse los ojos aunque, en realidad, no había nada que ver. La intensa sensación se debía al vínculo. Sólo que... el aire parecía sufrir una distorsión a su alrededor. ¿Sería un efecto ilusorio de la luz del sol? Nuevas visiones surgieron en su mente, como un remolino. Por regla general hacía caso omiso de ésas, pero ahora le fue imposible. Una caverna abierta como una boca bostezando. Rocas manchadas de sangre. Dos hombres muertos en el suelo, rodeados por hordas de trollocs, una pipa de la que salía un zarcillo de humo.

Rand le sostuvo la mirada y —a pesar del vínculo— lo que vio en él la llenó de estupor. Aquellos ojos grises como piedras preciosas eran más profundos; y se percibía alrededor de ellos unas finas arrugas. ¿Las tenía antes? Era demasiado joven para eso.

Sólo que tampoco los ojos parecían jóvenes. Min experimentó un momento de pánico al quedar los suyos prendidos en los de él. ¿Era éste el mismo hombre? ¿Le habían quitado al Rand que amaba, reemplazado por una arcaica fuerza concretada en un hombre al que jamás podría conocer ni entender? ¿Lo habría perdido a la postre?

Entonces, él sonrió y, a pesar de la profundidad adquirida, los ojos fueron de nuevo los suyos. Esa sonrisa era algo que Min había esperado volver a ver durante muchísimo tiempo. Ahora era mucho más segura que la que le había mostrado en aquellos primeros tiempos, al principio de estar juntos; aun así, seguía denotando vulnerabilidad. Le permitía percibir una parte de él que a los demás nunca les sería dado ver.

Esa parte era la juventud todavía inocente de algún modo. Corrió hacia él y lo abrazó.

—¡Atolondrado cabeza de chorlito! ¡Tres días! ¿Qué has estado haciendo durante tres días?

—Existir, Min —respondió Rand al tiempo que la rodeaba con los brazos.

—Ignoraba que hacer eso fuera tan difícil.

—Para mí lo ha sido a veces.

Se quedó callado y ella gozó de la alegría de tenerlo abrazado. Sí, éste era el mismo hombre. Cambiado —para bien— pero sin dejar de ser Rand. Se apretó contra él. Le daba igual que cada vez hubiera más gente a su alrededor. Que miraran. Por fin exhaló un profundo suspiro y, de mala gana, se apartó de él.

—Rand, Alanna se ha ido. Desapareció hoy, a primera hora.

—Sí, noté que se marchaba. Hacia el norte, en alguna parte. A las Tierras Fronterizas, quizás a Arafel.

—Podrían utilizarla contra ti, para descubrir dónde estás.

Rand sonrió. ¡Luz, qué sensación tan grata volver a ver esa expresión en su cara!

—La Sombra no la necesita para localizarme, Min, ni volverá a necesitar a nadie. Todos sus ojos están fijos en mí y lo estarán hasta que se los ciegue.

—¿Qué? Pero, Rand...

—No pasa nada, Min. El momento en que podía silenciarme con discreción y, en consecuencia, vencer, ha quedado atrás. El enfrentamiento está garantizado y el grito que provocará el alud se ha lanzado.

Parecía esplender de vida. La emoción de percibirlo así era embriagadora. Rand dejó un brazo rodeándola —el del muñón— y se volvió a mirar a los Aiel.

—He incurrido en *toh* —les dijo.

Aunque el patio detrás de ellos era un caos, los Aiel permanecieron en silencio.

«Estaban preparados para esto», pensó Min. No es que se mostraran hostiles exactamente, pero no compartían el entusiasmo de los Defensores. Los tearianos creían que Rand había regresado para conducirlos a la Última Batalla.

—En el Yermo hay un animal, el parcolín —dijo Rhuarc, que se adelantó—. Se parece bastante a una rata, sólo que es mucho más estúpido. Si le pones cerca un poco de grano, irá directamente hacia él, sin tener en cuenta el peligro. Por muchas veces que caiga en una zanja abierta entre la comida y él, repetirá la misma acción si vuelves a ponerlo en la línea de partida. Los niños Aiel se divierten jugando a eso. —Miró de hito en hito a Rand—. Nunca habría imaginado que serías como un parcolín, Rand al'Thor.

—Prometo que nunca volveré a dejaros —dijo Rand—. No por mi voluntad, y no sin informar y, si ellas aceptan, llevando una escolta de Doncellas.

El Aiel no cedió.

—Eso evitará que tengas más *toh* —dijo Rhuarc—. Pero no cambia lo que ha pasado. Y ya se hicieron promesas antes.

—Eso es cierto —admitió Rand, que le sostuvo la mirada al Aiel—. Saldaré mi *toh*, pues.

Algo pasó entre ellos, algo que Min no entendió, y el Aiel se retiró con aire de estar más relajado. Veinte Doncellas se adelantaron y rodearon a Rand para actuar como su escolta. Rhuarc se reunió con los demás y se sumó a un grupo pequeño de Sabias que observaban desde la periferia.

—Rand... —dijo Min.

—Todo irá bien —contestó él, aunque había un punto de gravedad en sus emociones—. Ésta era una de las cosas que tenía que arreglar. Una de muchas.

Retiró el brazo con que la rodeaba y recorrió el patio con la mirada, un tanto vacilante, como si buscara algo. Fuera lo que fuese, no lo vio, así que echó a andar hacia el rey Darlin, que acababa de llegar a toda prisa.

El rey Darlin saludó con una reverencia, apoyada la mano en el pomo de su espada ropera.

—Milord Dragón, ¿nos ponemos en marcha por fin?

—Camina conmigo, Darlin —contestó Rand mientras avanzaba por el patio—. Hay mucho que hacer. ¿Quién más está aquí? Narishma, Flinn. Excelente. —Saludó con una leve inclinación de cabeza a los dos Asha'man que llegaban a la carrera—. ¿Vuestras Aes Sedai? Ah, ahí llegan. Bien, eso será lo siguiente. Kainea, ¿tendrías la amabilidad de traerme unos cuantos mensajeros?

Una de las Doncellas —una mujer con el cabello oscuro, algo muy poco común en un Aiel— corrió a ocuparse del encargo. Min frunció el entrecejo y mantuvo el paso de Rand y Darlin, mientras los dos Asha'man se situaban detrás de ellos.

Nynaeve y Merise encabezaban el grupo de Aes Sedai. Se detuvieron cuando vieron que Rand se aproximaba, como para dejar que fuera él quien acudiera a su encuentro. Se agruparon muy juntas y toquetearon los vestidos con un aire más inquieto de lo que era normal en las Aes Sedai.

Rand cruzó el ajetreado patio caminando a la sombra de las altas fortificaciones de la Ciudadela y después se acercó a ellas.

—Rand al'Thor, eres... —empezó Nynaeve, que se cruzó de brazos.

—¿Un idiota? —terminó Rand por ella en tono divertido—. ¿Un necio arrogante? ¿Un cabeza de chorlito impulsivo al que le harían falta unos buenos bofetones?

—Eh... Sí.

—Todo ello cierto, Nynaeve. Ahora lo veo. Quizás he adquirido, por fin, un poco de sabiduría. Sin embargo, creo que necesitas renovar tus insultos. Los que usas están tan desgastados como unos cordones de hace un año. Que alguien vaya a buscar a Cadsuane. Prometo no ejecutarla.

Las Aes Sedai parecieron conmocionadas por la brusquedad del tono, pero Min sonrió. Había recuperado la seguridad en sí mismo tras la confrontación con los Aiel. Era tremendamente satisfactorio verlo desbaratar las críticas y objeciones de las Aes Sedai, censuras que murieron en los labios de las mujeres antes de que abrieran la boca; Merise mandó a un sirviente a buscar a Cadsuane.

—Narishma. —Rand se volvió hacia los Asha'man—. Necesito que hagas una visita a ese ejército fronterizo que vino buscándome. Deduzco que sigue en Far Madding. Diles a sus cabecillas que acepto sus condiciones y que iré dentro de unos días a reunirme con ellos.

—Milord Dragón, ¿es eso prudente, si se considera la naturaleza de ese lugar?

—¿Prudente? La prudencia es para quienes tienen intención de vivir una larga vida, Narishma. Darlin, que los Grandes Señores y Señoras se presenten para recibirme. Uno de esos mensajeros que llegan ahora bastará para la tarea. Asimismo, que se ponga al corriente a la gente de que la Torre Blanca se ha reunificado y que Egwene al'Vere es la Sede Amyrlin.

—¿Qué? —exclamó Merise.

Otras cuantas Aes Sedai ahogaron un grito de sorpresa.

—Rand, dudo que a la Amyrlin le complazca que hagas pública la división —comentó Min.

—Bien pensado —contestó Rand—. Darlin, redacta una proclamación de que Egwene al'Vere ha sucedido a Elaida a'Roidhan como Sede Amyrlin. Con eso bastará para informar a la gente sin revelar demasiado. La Luz sabe que ya he hecho bastante para que Egwene se ponga furiosa conmigo.

—¿Cómo que bastante? —preguntó Córele, que palideció.

—Sí, ya he ido a la Torre Blanca a verla —soltó Rand de buenas a primeras.

—¿Y os dejaron marchar? —inquirió Córele.

—No les di otra opción. Darlin, ten la amabilidad de traer aquí a las tropas. Los quiero a todos reunidos por la tarde. Flinn, nos harán falta accesos. Grandes. Quizás haga falta un círculo.

—¿Al desfiladero de Tarwin? —preguntó Nynaeve con ansiedad.

Rand la miró y titubeó. Min percibió el dolor del hombre —intenso, punzante, real— cuando habló:

—Aún no, Nynaeve. He echado aceite caliente en la Torre Blanca, y dentro de poco estará hirviendo. Tiempo. ¡No tenemos tiempo! Conseguiré ayuda para Lan, te lo juro, pero ahora mismo he de hacer preparativos para encararme con Egwene.

—¿Encararte? —inquirió Nynaeve, que se adelantó un paso—. Rand, ¿qué has hecho?

—Lo que era preciso hacer. ¿Dónde está Bashere?

—Salió de la ciudad con sus hombres para que los caballos hicieran ejercicio, milord Dragón —informó Flinn—. Volverá pronto.

—Bien. Viene conmigo a Arad Doman. Y tú también, Nynaeve. —Min lo miró, y aquellos ojos insondables parecieron arrastrarla a su inmensidad—. Te necesito, Min.

—Aquí me tienes, pedazo de zopenco.

—*Callandor*. Desempeña un papel importante en esto. Tienes que descubrir cómo. No puedo sellar la Perforación como lo intenté la última vez. Se me está pasando algo por alto, algo importante. Descúbrelo por mí.

—Lo haré, Rand. —Un escalofrío estremecedor la recorrió de la cabeza a los pies —. Te lo prometo.

—Confío en ti. —Alzó la vista cuando una figura, con la capucha de la capa echada de forma que le ocultaba la cara, salió de uno de los numerosos puestos de guardia de la Ciudadela.

—Cadsuane Melaidhrin, os exculpo de los errores pasados y revoco vuestro exilio —manifestó Rand—. Tampoco es que haya sido más que un ligero inconveniente para vos en ningún momento.

La mujer resopló y se quitó la capucha.

—Si crees que llevar capa con este calor es un "ligero inconveniente", muchacho, entonces necesitas una lección en reciprocidad. Confío en que seas consciente del error de tu acción. Para empezar, considero improcedente que haga falta "exculparme" o que se me "revoque" pena alguna.

—Muy bien, pues. Os pido por favor que aceptéis mi perdón junto con mis disculpas. Podría decirse que he estado sometido a una enorme tensión en los últimos tiempos.

—Tú precisamente no te puedes permitir que sean las presiones de la vida las que te motiven —repuso la Aes Sedai con severidad.

—Oh, todo lo contrario. Soy en quien me he convertido gracias a esas presiones, Cadsuane. Al metal no se le puede dar forma sin los golpes del martillo. Pero eso no viene al caso. Intentasteis manipularme y fracasasteis de forma estrepitosa. Sin embargo, merced a ese error, me habéis enseñado algo.

—¿Y ese algo es...?

—Creía que estaba siendo forjado como una espada —respondió Rand, cuya mirada se tornó remota—. Pero me equivocaba. No soy un arma. Jamás lo he sido.

—¿Qué eres, entonces? —preguntó Min con sincera curiosidad.

Él se limitó a sonreír.

—Cadsuane Sedai, tengo una misión para vos, si tenéis a bien aceptarla —dijo en cambio.

—Imagino que eso depende de la misión —repuso ella, cruzándose de brazos.

—Necesito que localicéis a alguien. Alguien dado por desaparecido, alguien que, según sospecho ahora, se encuentra en manos aliadas con buenas intenciones. Me han informado que la Torre Blanca tiene a Mattin Stepaneos, ¿sabéis?

—¿Y lo quieres? —Cadsuane frunció el entrecejo.

—En absoluto. Aún no he decidido qué hacer con él, así que puede seguir siendo un problema para Egwene durante un tiempo. No, la persona que quiero se encuentra, probablemente, en algún punto de los pastos de Caralain. Ampliaré la información cuando estemos en un lugar más reservado.

Los Grandes Señores y Señoras se estaban reuniendo en el patio. Min los observó con escepticismo. Aparte de Darlin, ningún otro le había causado buena impresión nunca. Los nobles reunidos tenían un aspecto desaliñado; al parecer, se los había convocado mientras tomaban un refrigerio o la comida, si bien vestían gran variedad de ricas sedas y encajes. Cosa curiosa, parecían encontrarse fuera de lugar en el patio de la Ciudadela, donde el resto de los presentes se hallaba con un propósito.

«No debería ser tan intolerante con ellos», se dijo Min para sus adentros; se cruzó de brazos. De todos modos, había sido testigo de la frustración que sus complots y sus bellaquerías habían ocasionado a Rand. Además, nunca le había caído bien la gente que se creía más importante que todos los demás.

—Formad en hilera —indicó Rand al tiempo que se acercaba a ellos.

Los nobles lo miraban, desconcertados.

—En hilera —repitió Rand en voz alta y firme—. Ya.

Ellos lo hicieron y se colocaron deprisa. Rand empezó a caminar a lo largo de la línea, empezando por Darlin y mirándolos a todos, hombres y mujeres, directamente a los ojos. Las emociones de Rand eran... curiosas. Tal vez con un asomo de ira. ¿Qué estaba haciendo?

El silencio fue adueñándose del patio. Rand continuó hilera adelante mirando a los nobles de uno en uno, sin hablar. Min miró de soslayo hacia un lado. Cerca del final de la línea, Weiramon no dejaba de echar ojeadas a Rand para, acto seguido, desviar la vista. El hombre alto tenía el ralo cabello canoso y llevaba la barba untada con aceites para que acabara en punta. Por fin, Rand llegó hasta él.

—Mírame a los ojos, Weiramon —ordenó con suavidad.

—Milord Dragón, no creo ser digno de...

—Hazlo.

El noble lo hizo, aunque, curiosamente, le costó trabajo. Daba la impresión de tener prietos los dientes y los ojos llorosos.

—De modo que eres tú —indicó Rand.

Min percibió en él decepción. Rand miró a un lado, donde Anaiyella ocupaba el último lugar de la fila. La bella mujer se había apartado de él y había vuelto la cabeza.

—Sois vosotros dos —dijo Rand.

—Milord... —empezó Weiramon.

—Quiero que transmitáis un mensaje mío —lo interrumpió Rand—. A otros de vuestra... asociación. Decidles que ya no funcionará lo de camuflarse entre mis aliados.

Weiramon intentó protestar, pero Rand se acercó a ellos otro paso. A Weiramon se le desorbitaron los ojos y Anaiyella gritó, eludiendo el rostro.

—Decidles —prosiguió Rand en tono sosegado aunque imperativo— que ya no estoy ciego.

—¿Por qué...? —tartamudeó Anaiyella—. ¿Por qué nos dejáis marchar?

—Porque hoy es un día de reuniones, no un día de muerte. Idos.

Los dos se alejaron dando traspiés y con apariencia de estar exhaustos. Los que se encontraban en el patio los vieron alejarse con aire de sorpresa y desconcierto. Sin embargo, los Aiel empezaron a golpear las lanzas contra las adargas. Caminando por el patio al abrigo de las sombras, Anaiyella y Weiramon se perdieron de vista en el interior de la Ciudadela.

—Leeh —llamó Rand—, ve con otras dos y vigílalos.

Tres Doncellas se separaron de la escolta de Rand y corrieron en pos de los ex nobles. Min se acercó a Rand y lo tomó del brazo.

—Rand, ¿qué ha sido todo eso? ¿Qué viste en ellos?

—El tiempo para el encubrimiento ha quedado atrás, Min. La Sombra intentó ganarme y ha perdido. Ahora es la guerra, no el subterfugio, la que da un giro al día.

—¿Así que son Amigos Siniestros? —preguntó Min, fruncido el entrecejo.

Rand se volvió hacia ella, sonriente.

—Ya no representan una amenaza. He...

Enmudeció de repente y miró hacia un lado. Min se dio la vuelta y sufrió un escalofrío.

Tam al'Thor se hallaba a corta distancia. Acababa de aparecer en el patio por una entrada cercana y se había detenido en lo alto un tramo corto de escalones que bajaban al patio. De nuevo, en las emociones de Rand se entremezclaba la inquietud, y Min comprendió que era a su padre a quien había buscado antes en el patio.

Tam miró a su hijo y se detuvo. Tenía gris el cabello y el rostro surcado de arrugas, pero seguía dando una sensación de estabilidad e integridad como uno encontraba en pocas personas.

Rand hizo un ademán, y la multitud —Aes Sedai incluidas— se apartó. Pasó a través de ellos, seguido por Min, y se dirigió hacia la escalera que llevaba a la Ciudadela. Subió unos cuantos escalones, vacilante. Se hizo el silencio en el patio; hasta las gaviotas dejaron de chillar.

Rand siguió parado en la escalera, y Min percibió su renuencia, su vergüenza, su terror. Qué cosa tan extraña. Rand, que había hecho frente a los Renegados sin temblar, sentía temor ante su padre.

De repente, Rand remontó los últimos escalones en dos zancadas y estrechó a Tam en un fuerte abrazo. Se había parado un escalón más abajo, de forma que la estatura de ambos quedaba más o menos igualada. De hecho, en esa posición, Tam casi parecía un gigante y Rand nada más que un niño aferrado a él.

Allí, abrazado a su padre, el Dragón Renacido se puso a llorar.

Los reunidos —Aes Sedai, tearianos y Aiel— observaron la escena con solemnidad. Nadie rebulló ni se dio la vuelta. Rand apretó los ojos con fuerza.

—Lo siento, padre —susurró en una voz tan queda que Min apenas lo oyó—. Lo siento.

—Está bien, hijo. No te preocupes.

—He hecho tantas cosas horribles...

—Nadie recorre un camino difícil sin tropezar de vez en cuando. No te hundiste al caer y eso es lo importante.

Rand asintió con la cabeza y siguieron abrazados un poco más. Por fin, Rand se apartó y señaló a Min, que estaba al pie de la escalinata.

—Ven, padre. Hay alguien que quiero presentarte.

Tam soltó una risita divertida.

—Han pasado tres días, Rand. Ya nos conocemos.

—Sí, pero no os he presentado. Necesito hacerlo.

Llamó con un gesto a Min, que enarcó una ceja y se cruzó de brazos. Él la miró con gesto suplicante, así que, soltando un suspiro, Min subió los escalones.

—Padre —dijo Rand al tiempo que ponía la mano en la espalda de Min—, ésta es Min Farshaw. Alguien muy especial para mí.

CAPÍTULO 14

Un juramento

Egwene subió por el suave declive de la ladera pisando la verde hierba y disfrutando la grata caricia del aire fresco. Unas mariposas volaban con abandono de flor en flor como niños curiosos echando ojeadas furtivas a una alacena. Egwene hizo que los zapatos le desaparecieran para sentir las briznas de hierba bajo los pies.

Sonriendo, hizo una profunda inhalación y después alzó la vista hacia las negras nubes que se agitaban en lo alto. Impetuosas, violentas, silenciosas a pesar de los destellos amatista de los relámpagos. Arriba, una terrible tormenta; abajo, una pradera tranquila, plácida. Una dicotomía del Mundo de los Sueños.

Cosa extraña, el *Tel'aran'rhiod* le parecía ahora más antinatural de lo que le había parecido durante sus primeras visitas, en las que había utilizado el anillo de Verin. Había tratado aquel lugar como un patio de recreo, cambiando de ropa a capricho, dando por sentado que estaba a salvo. No lo había entendido. El *Tel'aran'rhiod* era tan poco seguro como una trampa para osos pintada en un color bonito. Si las Sabias no la hubieran enderezado para ponerla en su sitio, puede que no hubiera vivido para llegar a Amyrlin.

«Sí, creo que es aquí.» Las suaves colinas verdes, los sotos de árboles. Era el primer lugar en el que había estado hacía ahora más de un año. Tenía algo de significativo encontrarse allí habiendo llegado tan lejos. Y, no obstante, parecía que tuviera que cubrir una distancia igual antes de que todo hubiera acabado, y en mucho menos tiempo.

Cuando había estado cautiva en la Torre se había recordado a sí misma —de forma repetida— que sólo podía centrarse en un problema a la vez. La reunificación de la Torre Blanca debía ser antes que nada. Ahora, sin embargo, tanto los problemas como las posibles soluciones parecían acumularse, innumerables. La abrumaban, ahogándola en todas las cosas que debería estar haciendo.

Por fortuna, durante los últimos días se habían descubierto de improviso varios almacenes de grano en la ciudad. En un caso se trataba de un depósito de almacenamiento cuyo propietario había fallecido durante el invierno. Los otros eran más pequeños, con unos cuantos sacos aquí y allí. Lo sorprendente era que ninguno había sido atacado por plagas ni se había echado a perder.

Esa noche tenía dos reuniones para ocuparse de otros problemas. La mayor dificultad se derivaría de la imagen que de ella tenía la gente con la que iba a reunirse. Ninguno de los grupos la vería como lo que había llegado a ser.

Cerró los ojos y deseó alejarse de allí. Cuando volvió a abrirlos, se encontraba de

pie en una gran sala, muy oscura en el perímetro y con las columnas alzándose en derredor cual recias torres: el Corazón de la Ciudadela de Tear.

En el centro de la estancia y en medio de un bosque de columnas, había dos Sabias sentadas en el suelo. Por encima de las faldas marrón claro y las blusas blancas, las diferencias de los dos rostros eran manifiestas. El de Bair estaba surcado de arrugas por la edad, como un trozo de cuero puesto a curar al sol. A pesar de la severidad que mostraba de vez en cuando, se le marcaban arrugas de expresión alrededor de los labios y los ojos debido a sonreír.

La cara de Amys era tersa y suave como seda, consecuencia de tener el don de encauzar. No es que el rostro fuera intemporal, pero podría haber pasado por el de una Aes Sedai por el gesto hierático.

Las dos llevaban los chales anudados a la cintura y las blusas desatadas. Egwene se sentó enfrente de ellas, pero siguió con la ropa de las tierras húmedas. Amys arqueó una ceja; ¿estaría pensando que había cambiado? ¿O valoraba el hecho de que no hubiera fingido ser algo que no era? Con las Sabias eso no resultaba fácil de colegir.

—La batalla interna por la Torre Blanca ha terminado —anunció Egwene.

—¿Y la mujer Elaida a'Roidhan? —preguntó Amys.

—Secuestrada por los seanchan. He sido aceptada como Amyrlin por quienes me seguían. Mi posición dista mucho de ser segura... En ocasiones siento que me tambaleo en lo alto de una roca que se apoya en equilibrio sobre otra. Pero la Torre Blanca está reunificada.

Amys chasqueó la lengua con suavidad. Alzó la mano, y en el aire apareció una estola de rayas: la de la Amyrlin.

—Entonces, imagino que deberías llevar puesto esto —dijo la Sabia.

Egwene dejó escapar un largo y quedo suspiro. A veces se asombraba de la gran importancia que daba a la opinión de esas mujeres. Tomó la estola y se la puso por encima de los hombros.

—A Sorilea no le gustará esta noticia —intervino Bair al tiempo que meneaba la cabeza a un lado y a otro—. Todavía albergaba la esperanza de que dejarías a esas necias de la Torre Blanca y regresarías con nosotras.

—Por favor, mira bien lo que dices —respondió Egwene al tiempo que hacía aparecer una taza de té—. No sólo soy una de esas necias, amiga mía, sino que soy su cabecilla. La reina de las necias, podrías decir.

—He incurrido en *toh* —admitió Bair tras una fugaz vacilación.

—Por decir la verdad, no —le aseguró Egwene—. Muchas de ellas son unas necias, mas ¿acaso no lo somos todos en algún momento? Vosotras no me abandonasteis a mis fallos cuando me encontrasteis caminando en el *Tel'aran'rhiod*. Del mismo modo, yo no puedo abandonar a su suerte a las mujeres de la Torre

Blanca.

Amys estrechó los ojos.

—Has madurado mucho desde la última vez que nos vimos, Egwene al'Vere —dijo después.

Aquellas palabras le produjeron un estremecimiento de emoción.

—No he tenido más remedio que madurar. En los últimos tiempos, mi vida ha sido muy difícil.

—Enfrentados al derrumbe de un techo, hay quienes se ponen a quitar los escombros y se hacen más fuertes en el proceso. Otros van a visitar el dominio de un hermano y se beben su agua.

—¿Habéis visto a Rand hace poco? —se interesó Egwene.

—El *Car'a'carn* ha abrazado la muerte —contestó Amys—. Ha renunciado a su intento de ser tan duro como las piedras y, en cambio, ha conquistado la resistencia y el ímpetu del viento.

—Casi vamos a tener que dejar de llamarlo niño —asintió Bair, sonriente—. Casi.

Egwene no dejó traslucir la estupefacción que sentía. Había esperado verlas molestas con él.

—Ojalá supieseis cuánto os respeto. Tenéis ganado mucho honor por acogerme como lo hicisteis. Creo que la única razón de que vea más allá que mis hermanas se debe a que me enseñasteis a caminar con la espalda erguida y la cabeza alta.

—Fue algo fácil de hacer. Una tarea que cualquier mujer habría podido realizar —respondió Amys; saltaba a la vista lo complacida que se sentía.

—Hay pocos placeres más satisfactorios que tomar un cordel que se ha hecho nudos y ponerse a desanudarlo hasta que esté desenredado —dijo Bair—. Aun así, si el cordel no es de buen material, por mucho que se desenrede no se salvará. Tú nos diste buen material con el que trabajar, Egwene al'Vere.

—Ojalá hubiera un modo de instruir a más hermanas en las costumbres de las Sabias.

—Puedes enviárnoslas —contestó Amys—. Sobre todo, si hace falta castigarlas. No nos andaríamos con contemplaciones, como pasa en la Torre Blanca.

Egwene se encrespó. ¿Que las tundas que había recibido había sido "andarse con contemplaciones"? Sin embargo, ésa no era una batalla en la que quisiera entrar ahora. Los Aiel siempre darían por sentado que las costumbres de las tierras húmedas pecaban de lenidad, y esa suposición no cambiaría.

—Dudo que las hermanas estén de acuerdo con eso —dijo, midiendo las palabras—. Pero lo que sí podría funcionar sería enviaros a mujeres jóvenes, de las que aún están instruyéndose, para que estudien con vosotras. En parte, la razón de que mi entrenamiento tuviera tan buenos resultados fue que todavía no estaba adaptada a los métodos de las Aes Sedai.

—¿Y accederían a hacerlo? —preguntó Bair.

—Es posible que sí. Si mandáramos Aceptadas. A las novicias se las consideraría demasiado inexpertas y a las hermanas demasiado eminentes, pero las Aceptadas... Podría ser. Tendría que haber una buena razón que pareciera beneficiar a la Torre Blanca.

—Deberías decirles que vengan y que se espera que obedezcan —argüyó Bair—. ¿No tienes el mayor honor entre ellas? ¿Es que no harían caso de tu consejo siendo sensato?

—¿Acaso el clan siempre hace lo que dice el jefe? —preguntó a su vez Egwene.

—Por supuesto que no —repuso Amys—. Pero los habitantes de las tierras húmedas andan siempre adulando a reyes y señores. Parece que les gusta que alguien les diga siempre qué tienen que hacer. Así se sienten seguros.

—Las Aes Sedai son diferentes.

—Las Aes Sedai siguen dando a entender que todas nosotras deberíamos estar instruyéndonos en la Torre Blanca —dijo Amys. El tono de voz de la Sabia dejaba muy claro lo que pensaba de tal idea—. Pían y chirrían de forma tan ruidosa como un gorrión chillón que es ciego y no distingue si es de día o de noche. Tienen que entender que jamás haremos tal cosa.

—Diles que nos mandarás mujeres para que estudien nuestros métodos y así podamos entendernos unas a otras. Eso es cierto, y no hace falta que sepan que también esperas que se hagan más fuertes gracias a vivir esa experiencia.

—Sí, eso podría funcionar. —Egwene se sentía complacida; el plan sólo se desviaba una pizca de lo que deseaba lograr con el tiempo.

—Este es un asunto para considerar en tiempos mejores —intervino Bair—. Percibo que hay algo que te preocupa más que esto, Egwene al'Vere.

—Hay algo que es más preocupante: Rand alThor. ¿Os ha contado lo que dijo cuando visitó la Torre Blanca?

—Comentó que te había encolerizado —contestó Amys—. Su modo de actuar me parece chocante. Después de tanto hablar de las Aes Sedai que lo encerraron y lo metieron en un arcón, ¿va a visitarte?

—Estaba... cambiado cuando vino aquí.

—Porque había abrazado a la muerte —repitió Bair al tiempo que asentía con la cabeza—. Se ha convertido de verdad en el *Car'a'carn*.

—Habló con fuerza, pero sus palabras eran las de un demente —argüyó Egwene —. Dijo que va a romper los sellos de la prisión del Oscuro.

Amys y Bair se quedaron petrificadas.

—¿Estás segura de eso? —preguntó la Sabia mayor.

—Sí.

—Esta es una noticia perturbadora —musitó Amys—. Hablaremos con él sobre

ello. Gracias por informarnos.

—Voy a reunir a todos los que se opongan a que lo haga. —Egwene se relajó. Hasta ese momento no había estado segura de qué dirección tomarían las Sabias—. Quizá Rand atenderá a razones si hay suficientes voces contrarias.

—No tiene por costumbre avenirse a razones —dijo Amys con un suspiro, y se levantó.

Egwene y Bair hicieron otro tanto. Las blusas de las Sabias estuvieron atadas en un visto y no visto.

—Hace mucho tiempo que la Torre Blanca tendría que haber dejado de hacer caso omiso de las Sabias. Y las Sabias, haber dejado de evitar a las Aes Sedai —manifestó Egwene—. Hemos de trabajar juntas, codo con codo, como hermanas.

—Siempre y cuando no se trate de una idea ridicula y enceguecida por el sol respecto a que las Sabias se instruyan en la Torre —dijo Bair, que sonrió para demostrar que bromeaba, aunque sólo consiguió enseñar los dientes un poco.

Egwene sonrió. Quería que las Sabias se entrenaran en la Torre. Había muchos métodos de encauzar que las Aes Sedai realizaban mejor que las Sabias. Por otra parte, las Sabias eran mejores trabajando en equipo y aunque Egwene lo admitiera a regañadientes— también en cuanto a liderazgo.

Los dos grupos podían aprender mucho el uno del otro. Ella encontraría la forma de ligarlos. De algún modo.

Se despidió con afecto de las dos Sabias y las vio desvanecerse del *Tel'aran'rhiod*. Ojalá que su consejo bastara para hacer cambiar de idea a Rand sobre su demente plan. Pero no lo creía probable.

Respiró y, un instante después, se encontraba en la Antecámara de la Torre, plantada justo encima de la Llama de Tar Valon dibujada en el suelo. Siete espirales de colores se desplegaban a partir de ella y giraban en dirección al perímetro de la sala abovedada.

Nynaeve no se encontraba allí. Egwene apretó los labios hasta reducirlos a una línea. «¡Esa mujer!» Ella era capaz de poner de rodillas a la Torre Blanca, hacer que una integrante acérrima del Ajah Rojo se pusiera de su parte, ganarse el respeto de las Sabias. ¡Pero la Luz la ayudara si necesitaba la lealtad de sus amigos! Rand, Gawyn, Nynaeve... Todos ellos exasperantes a su manera.

Se cruzó de brazos mientras esperaba. A lo mejor, Nynaeve aún acudía a la cita. Si no lo hacía, sería la primera vez que la había decepcionado. Un enorme rosetón dominaba la pared del fondo, situada detrás de la Sede Amyrlin. La Llama que tenía el centro del rosetón resplandecía, como si detrás hubiera luz del sol, pero Egwene sabía que los negros y agitados nubarrones cubrían todo el cielo del Mundo de los Sueños.

Se volvió hacia la ventana y se quedó inmóvil.

Allí, incrustado en el cristal debajo de la Llama de Tar Valon, había un gran segmento en forma del Colmillo del Dragón. Eso no formaba parte de la ventana original. Egwene avanzó unos pasos e inspeccionó el cristal.

Existe una tercera constante aparte del Creador y el Oscuro. Hay un mundo que se halla dentro de todos los demás a un tiempo. O quizá los rodea. Los escritores de la Era de Leyenda lo llamaban Tel'aran'rhiod.

Unas palabras recitadas por la voz meticulosa de Verin. Una remembranza de otro tiempo.

¿Representaría esa ventana uno de aquellos otros mundos en el que el Dragón y la Amyrlin gobernaban Tar Valon codo con codo?

—Un ventanal muy interesante —dijo una voz a su espalda.

Sobresaltada, Egwene giró sobre sí misma. Nynaeve se hallaba allí; llevaba un vestido de un amarillo intenso, ribeteado en verde a través del alto corpiño y a lo largo de la falda. Lucía un punto rojo en el centro de la frente y el cabello lo tenía trenzado en su característica coleta.

Egwene sintió una oleada de alivio. ¡Por fin! Habían pasado meses desde que no veía a Nynaeve. Maldiciendo para sus adentros por dejar que la sorprendiera, serenó el semblante y abrazó la Fuente para tejer Energía. Unas salvaguardias invertidas servirían para que no la sobresaltaran otra vez. Se suponía que Elayne llegaría un poco más tarde.

—Yo no elegí ese diseño —aclaró a la par que echaba una ojeada al rosetón—. Ésta es una interpretación del Telaran'rhiod.

—Pero ¿la ventana es real? inquirió Nynaeve.

—Por desgracia. Es uno de los agujeros que dejaron los seanchan cuando atacaron.

—¿Que han atacado los seanchan?

—Sí.

«¡Cosa que sabrías a estas alturas si hubieses respondido a mis llamadas!»

Nynaeve se cruzó de brazos y las dos se miraron a través de la sala, con la Llama de Tar Valon del suelo bajo ellas. Esto habría que llevarlo con muchísimo cuidado; Nynaeve podía mostrarse tan punzante como el peor arbusto espinoso.

—Bueno, sé que estás ocupada y la Luz sabe que yo tengo bastantes cosas pendientes —dijo Nynaeve con un timbre que denotaba su incomodidad de forma manifiesta—. Cuéntame las novedades que crees que he de saber, y me marcharé.

—Nynaeve, no te he hecho venir aquí para darte noticias.

La otra mujer se asió la trenza. Sabía que debería reprenderla por la forma en que la había evitado.

—De hecho, quiero pedirte consejo —prosiguió Egwene.

—¿Consejo sobre qué? —Nynaeve parpadeó, desconcertada.

—Bueno, eres una de las pocas personas que se me ocurren que se ha encontrado en una situación parecida a la mía.

—¿Como Amyrlin? —inquirió Nynaeve con voz inexpresiva.

—Como una cabecilla a la que todos consideran demasiado joven. —Pasó junto a la antigua Zahori y le hizo un gesto con la cabeza para que caminara a su lado—. Alguien que ascendió a su posición de repente. Que se sabe la persona adecuada para el trabajo y, sin embargo, sólo recibe una aprobación a regañadientes por parte de casi todos los que le son cercanos.

—Sí, podrías decir que sé algo sobre lo que es estar en esa situación. —La mirada de Nynaeve se había vuelto remota.

—¿Cómo lo afrontaste? —preguntó Egwene—. Tengo la impresión de que todo lo que hago he de hacerlo yo misma, porque si no, las demás hacen caso omiso en cuanto me pierden de vista. Muchas dan por hecho que doy órdenes sólo para que se me vea ocupada y haciendo ruido, y hay quienes están resentidas porque ocupo una posición que supera la de ellas.

—¿Preguntas que cómo me ocupé de ese tema cuando era Zahori? Egwene, ignoro si lo conseguí. ¡Casi no resistía las ganas de abofetear a Jon Thane un día sí y otro no, y no me hagas hablar de Cenn!

—Pero al final te respetaban.

—Era todo cuestión de no dejar que olvidaran mi posición. No podía dejarles que siguieran pensando en mí como en una jovencita. Establece tu autoridad cuanto antes. Sé firme con las mujeres de la Torre, Egwene, porque si no, empezarán a probar para ver hasta dónde pueden tirar de la cuerda. Y, si dejas que avancen un palmo, recuperar lo que has perdido te resultará más duro que la melcocha en invierno.

—Está bien —dijo Egwene.

—Y no se te ocurra dejar que haraganeen —añadió Nynaeve; salieron de la Antecámara y caminaron por los pasillos—. Acostumbra a todas a recibir órdenes tuyas, pero que sean unas órdenes buenas. Asegúrate de que no te rehúyen. Imagino que les sería más fácil acudir a las Asentadas o a las cabezas de los Ajahs en lugar de a ti; las mujeres de Campo de Emond empezaron a recurrir al Círculo de Mujeres, en vez de a mí.

»Si descubres que las Asentadas están tomando decisiones que deberían someterse a toda la Antecámara, debes organizar un buen jaleo. Hazme caso. Se quejarán de que montas escenas por menudencias, pero lo pensarán dos veces antes de hacer algo importante sin que te hayan informado antes.

Egwene asintió con la cabeza. Era un buen consejo, aunque —por supuesto— enfocado bajo la perspectiva que Nynaeve tenía del mundo.

—Creo que el mayor problema es que tengo pocas partidarias de verdad —dijo.

—Me tienes a mí. Y a Elayne.

—¿En serio? —Egwene se paró en el pasillo y miró a Nynaeve—. ¿De verdad te tengo a ti?

La antigua Zahori se detuvo a su lado.

—Pues claro que sí, no seas tonta.

—¿Y qué imagen daría si aquellas que me conocen mejor no admiten mi autoridad? ¿No pensarían las demás que hay algo que ellas ignoran? ¿Alguna debilidad que sólo mis amigas han sabido ver?

Nynaeve se quedó paralizada. De pronto, su sinceridad se transformó en suspicacia.

—Lo de hacerme venir no tenía nada que ver con pedirme consejo, ¿no es cierto? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Por supuesto que sí. Sólo una necia pasaría por alto el consejo de quienes la apoyan. Mas ¿cómo fueron para ti esas primeras semanas de ejercer como Zahori, cuando todas las mujeres a las que se suponía que tenías que dirigir te miraban sólo como a la muchacha que conocían?

—Terribles —admitió Nynaeve en voz baja.

—¿Y se equivocaban al actuar de ese modo?

—Sí, porque me había convertido en algo más. Ya no era por mí, sino por mi posición.

Egwene sostuvo la mirada de la otra mujer y una comprensión especial surgió entre ellas.

—Luz, me has pillado bien, ¿verdad? —dijo Nynaeve.

—Te necesito, Nynaeve. No sólo porque seas fuerte en el Poder, no sólo porque seas una mujer inteligente y decidida. No sólo porque resulte tan grato que sigas al margen de la política de la Torre, y no sólo porque eres una de las pocas personas que conocía a Rand antes de que todo esto empezara. Sino porque necesito gente en la que confiar absoluta e incondicionalmente. Si es que puedes ser una de ellas.

—Harás que me arrodille en el suelo y te bese el anillo —dijo Nynaeve.

—¿Y? ¿No habrías hecho lo mismo por otra Amyrlin?

—No de buen grado.

—Pero lo habrías hecho.

—Sí.

—Y, con sinceridad, ¿crees que hay otra que lo haría mejor que yo?

Nynaeve vaciló un instante y después negó con la cabeza.

—En tal caso, ¿por qué te cuesta tanto servir a la Amyrlin? No hablo de mí, Nynaeve, sino de la posición.

El semblante de la antigua Zahori adoptó un gesto como si se hubiera bebido algo

amargo.

—Esto no será... fácil para mí.

—Que yo sepa, nunca has rehuido una tarea porque fuera difícil, Nynaeve.

—La posición. De acuerdo. Lo intentaré.

—Entonces, podrías empezar por llamarme madre. —Egwene alzó un dedo para cortar las protestas de la otra mujer—. Para recordártelo, Nynaeve. No tiene que ser en todo momento, al menos no en privado. Pero debes empezar a pensar en mí como la Amyrlin.

—Vale, vale, de acuerdo. Ya me has clavado suficientes espinas. Me siento como si hubiera estado bebiendo todo el día un vino peleón. —Titubeó un instante antes de añadir—: Madre.

Casi se atragantó con la palabra. Egwene le sonrió con gesto alentador.

—No te trataré como aquellas mujeres me hicieron después de que me nombraron Zahori —prometió Nynaeve—. ¡Luz! Ser capaz de sentir lo mismo que ellas. Bueno, eran unas idiotas. Yo lo haré mejor, ya verás. —Otra vacilación—. Madre.

Esta vez no sonó tan forzado y Egwene ensanchó la sonrisa. No había mejor método para motivar a Nynaeve que una competición.

De repente, una campanilla repicó en la mente de Egwene. Casi había olvidado las salvaguardias.

—Creo que Elayne ha llegado.

—Estupendo —dijo Nynaeve con aparente alivio—. Vayamos a su encuentro, pues. —Echó a andar hacia la Antecámara; entonces se paró de golpe y miró hacia atrás—. Si os parece bien, madre.

«Me pregunto si será capaz alguna vez de decirlo sin que suene raro. En fin, mientras lo intente...», pensó Egwene.

—Una excelente sugerencia —convino, y se unió a la otra mujer.

Sin embargo, al llegar a la Antecámara la encontraron vacía. Egwene se cruzó de brazos.

—A lo mejor ha ido a buscarnos —dijo Nynaeve.

—La habríamos visto en el pasillo. Además...

Elayne apareció de pronto en la estancia. Llevaba un regio atuendo blanco en el que resplandecían los diamantes. Al ver a Egwene sonrió de oreja a oreja y corrió hacia ella para tomarla de las manos.

—¡Lo lograste, Egwene! ¡Volvemos a estar unidas!

—Sí —sonrió ella—, aunque la Torre sigue herida. Hay mucho que hacer.

—Hablas como Nynaeve. —Elayne miró a la antigua Zahori, sonriente.

—Gracias —respondió ésta con sequedad.

—Oh, no seas tonta. —Elayne se acercó a ella y la abrazó—. Me alegro de que estés aquí. Me preocupaba que no vinieras y que Egwene quisiera salir a darte caza y

arrancarte los dedos de los pies de uno en uno.

—La Amyrlin tiene cosas mucho más importantes que hacer, no es cierto, ¿madre?

Elayne se quedó parada, con gesto de asombro. Tenía un brillo divertido en los ojos y disimulaba una sonrisa. Por lo visto pensaba que Nynaeve había recibido un buen rapapolvo. Pero, por supuesto, Egwene sabía que eso no habría funcionado con la antigua Zahori. Sería igual que intentar quitarse un abrojo cuando las espinas estaban clavadas a contrapelo.

—Elayne, ¿dónde fuiste antes de que nosotras regresáramos? —preguntó Egwene.

—¿A qué te refieres?

—Cuando entraste la primera vez, no estábamos aquí. ¿Fuiste a buscarnos a algún sitio?

Elayne estaba perpleja.

—Encaucé en mi *ter'angreal*, me quedé dormida, y estabais aquí cuando aparecí.

—Entonces, ¿quién hizo saltar las salvaguardias? —inquirió Nynaeve.

Preocupada, Egwene las restableció y después —con sumo cuidado y atención— tejió una salvaguardia invertida contra oídos indiscretos, pero alterada de forma que permitía que la atravesara una pizca de sonido. Con otro tejido, proyectó esa pizca alrededor de las tres, a cierta distancia.

Alguien que se acercara las oiría como si hablaran en susurros. Se acercaria más, pero seguiría sonando un susurro. Quizás eso indujera a la persona a aproximarse, poco a poco, en un intento de escucharlas.

Nynaeve y Elayne observaron cómo realizaba los tejidos; Elayne con aire de estar impresionada, aunque Nynaeve asintió con la cabeza, como absorta.

—Sentaos, por favor —dijo Egwene, que se acomodó en un sillón que hizo aparecer—. Tenemos mucho de lo que hablar.

Elayne se preparó un trono, aunque era probable que lo hiciera de forma inconsciente, y Nynaeve modeló un asiento igual a los bancos de las Asentadas que había en la estancia. Ni que decir tiene que Egwene cambió el sillón por la Sede Amyrlin.

Nynaeve miró ambos tronos de forma alternativa; saltaba a la vista su insatisfacción. Quizás ésa era la razón de que se hubiera resistido durante tanto tiempo a tener estos encuentros; Elayne y ella habían llegado a niveles tan altos...

Egwene pensó que había llegado el momento de quitar el amargor con un poco de miel.

—Nynaeve, me gustaría mucho que volvieras a la Torre y enseñaras a más hermanas tu nuevo método de Curación —empezó Egwene—. Muchas están aprendiéndolo, pero no les vendría mal recibir más clases. Y hay otras que son reacias

a abandonar los métodos antiguos.

—Cabras tozudas —rezongó Nynaeve—. Enséñales un lugar donde hay cerezas y seguirán comiendo las manzanas podridas si llevan haciéndolo así el tiempo suficiente. No obstante, no estoy segura de que regresar fuera prudente en mi caso. Madre.

—¿Y eso por qué?

—Por Rand. Tiene que haber alguien que no lo pierda de vista. Alguien aparte de Cadsuane, claro. —Curvó las comisuras de los labios al pronunciar el nombre de la mujer—. Ha cambiado de unos días a esta parte.

—¿Cambiado? —repitió Elayne con un dejo de preocupación—. ¿A qué te refieres?

—¿Lo has visto hace poco? —preguntó Egwene.

—No —respondió Elayne de inmediato. Con demasiada rapidez.

Sin duda era cierto, ya que Elayne no podía mentirle, pero había cosas sobre Rand que le estaba ocultando, y Egwene llevaba un tiempo sospechándolo. ¿Lo habría vinculado?

—Pues ha cambiado —insistió Nynaeve—. Y menos mal que lo ha hecho. Madre... no os imagináis lo mal que ha estado. Había veces que me aterrorizaba. Ahora... eso ha desaparecido. Ha vuelto a ser la misma persona, incluso habla como solía hacerlo, con serenidad, sin ira. Antes era como el quedo susurro de un cuchillo al desenvainarse, y ahora es como el sosegado arrullo de la brisa.

—Ha despertado —dijo Elayne de improviso—. Hay más calidez en él ahora.

—¿Y eso qué significa? —Egwene tenía el entrecejo fruncido.

—Pues... En realidad, no lo sé. —Elayne se ruborizó—. Me salió así. Lo siento.

Sí, lo había vinculado. En fin, eso podría ser conveniente. ¿Por qué no quería hablar de ello? En algún momento tendría que hablar a solas con Elayne.

Nynaeve observaba a Elayne con gesto escrutador, entrecerrados los ojos. ¿Lo habría notado también? Los ojos bajaron hacia el pecho de Elayne y, a continuación, hacia el vientre.

—¡Estás embarazada! —acusó de repente Nynaeve, señalándola.

La reina andoreña se puso colorada. Así era. Nynaeve no sabría nada del embarazo, pero Egwene se había enterado a través de Aviendha.

—¡Luz! —clamó Nynaeve—. Creía que no había perdido de vista a Rand el tiempo suficiente para que pasara esto. ¿Cuándo fue?

—Nadie ha dicho que él... —empezó Elayne, sonrojada.

Pero la mirada intensa de Nynaeve la hizo enmudecer y se puso más colorada. Las dos sabían la opinión de la antigua Zahori respecto a lo que era aceptable y decoroso en ese tema. A decir verdad, Egwene estaba de acuerdo con ella. Pero la vida privada de Elayne no era asunto suyo.

—Me alegro por ti, Elayne —dijo—. Y por Rand. No estoy segura de lo que pienso sobre la oportunidad del momento. Debéis saber que Rand tiene planeado romper los sellos que quedan de la prisión del Oscuro y, al hacerlo, se arriesga a dejarlo libre y con acceso al mundo.

—Bueno, sólo quedan tres sellos y están resquebrajándose —argüyó Elayne, que frunció los labios.

—¿Y qué, si corre ese riesgo? —intervino Nynaeve—. El Oscuro quedará libre cuando se rompa el último sello. Mejor será que ocurra cuando Rand se encuentre allí para hacerle frente.

—Sí, pero ¿los sellos? Eso es temerario. Sin duda, Rand puede hacer frente al Oscuro y derrotarlo y encerrarlo sin correr ese riesgo.

—Quizá tengas razón —dijo Nynaeve.

Elayne parecía preocupada.

Esta era una acogida con menos entusiasmo de lo que Egwene había esperado. Creía que las Sabias se opondrían y no la secundarían, mientras que Nynaeve y Elayne verían el peligro de inmediato.

«Nynaeve ha estado con él demasiado tiempo», pensó. A buen seguro estaba atrapada en su naturaleza de *ta'veren*. El entramado se plegaba a su alrededor y los que estaban cerca empezaban a ver las cosas a su modo, actuaban —sin ser conscientes de ello— para lograr que se hiciera su voluntad.

Ésa debía de ser la explicación. Por lo general, Nynaeve era muy sensata con ese tipo de cosas. O... Bueno, en realidad, Nynaeve no era sensata. Pero, por regla general, se daba cuenta de cómo debían hacerse las cosas de forma correcta, siempre y cuando lo correcto no significara que ella se equivocaba.

—Necesito que las dos volváis a la Torre —dijo—. Elayne, sé lo que vas a decir. Y sí, soy consciente de que eres reina y que lo que necesita Andor debe llevarse a cabo. Pero, mientras no hayas prestado los Juramentos, otras Aes Sedai te tendrán por alguien sin derecho a llevar ese título.

—Tiene razón, Elayne —dijo Nynaeve—. No es preciso que estés mucho tiempo, sólo lo suficiente para que te asciendan de modo formal a Aes Sedai y te acepten en el Ajah Verde. Los nobles de Andor no notarán la diferencia, pero otras Aes Sedai, sí.

—Cierto —admitió Elayne—. Pero el momento no es... oportuno. No sé si quiero arriesgarme a prestar los Juramentos estando embarazada. Podría perjudicar a los niños.

Eso dio que pensar a Nynaeve.

—Puede que tengas razón —dijo Egwene—. Haré que alguien busque si los Juramentos son peligrosos o no durante el embarazo. Pero a ti, Nynaeve, te quiero de vuelta aquí, y eso es definitivo.

—Dejaré a Rand sin ninguna vigilancia, madre.

—Me temo que tal cosa es inevitable. —Egwene buscó los ojos de Nynaeve—. No te admitiré como una Aes Sedai libre de los Juramentos. No, cierra la boca. Sé que procuras cumplirlos, pero mientras no los hayas prestado en la Vara Juratoria, otras se preguntarán si podrían estar libres también.

—Sí, supongo que sí —admitió la antigua Zahori.

—Entonces, ¿vas a volver?

Nynaeve apretó los dientes y pareció sostener una lucha interna.

—Sí, madre —dijo luego.

El pasmo hizo que Elayne abriera los ojos como platos.

—Esto es importante, Nynaeve —añadió Egwene—. Dudo que tú sola pudieras hacer algo para frenar ahora a Rand. Necesitamos reunir aliados para formar un frente compacto.

—De acuerdo —aceptó Nynaeve.

—Lo que me preocupa es la prueba —dijo Egwene—. Las Asentadas han empezado a argüir que, aunque fue correcto ascenderos a las dos y a otras en el exilio, aún debéis pasar la prueba, ahora que la Torre Blanca se ha reunificado. Los argumentos que han planteado son muy buenos. Quizá yo pueda alegar que los difíciles retos que habéis afrontado en los últimos tiempos deberían generar el privilegio de la exención. No tenemos tiempo para enseñaros todos los tejidos que necesitaríais.

Elayne asintió con la cabeza, y Nynaeve se encogió de hombros.

—Me someteré a la prueba. Si voy a regresar, entonces más vale que haga esto como es debido.

Egwene parpadeó, sorprendida.

—Nynaeve, son unos tejidos muy complejos. No he tenido tiempo de memorizarlos todos; juro que muchos están recargados más de lo necesario por la mera razón de hacerlos más difíciles.

Egwene no tenía intención de someterse a la prueba y tampoco era necesario que lo hiciera. La ley era muy precisa al respecto: al haberla nombrado Amyrlin había ascendido a Aes Sedai de forma automática. Las cosas no eran tan claras en el caso de Nynaeve y las demás que Egwene había ascendido. Nynaeve se encogió de hombros otra vez.

—Los cien tejidos de la prueba no son tan complejos. Podría enseñároslos aquí mismo, si queréis.

—¿Cuándo has tenido tiempo para aprenderlos? —exclamó Elayne.

—No me he pasado los últimos meses mirando las musarañas y cavilando sobre Rand al'Thor.

—¡Conseguir afianzarme en el trono de Andor no es "mirar las musarañas"!

—Nynaeve, si de verdad tienes memorizados los tejidos, entonces me ayudará

muchísimo que seas ascendida como es debido. Así no dará tanto la impresión de que favorezco a mis amigas.

—La prueba se supone que es peligrosa —dijo Elayne—. ¿Estás segura de tener controlados los tejidos?

—Todo saldrá bien —la tranquilizó Nynaeve.

—Excelente, te espero aquí por la mañana —dijo Egwene.

—¡Tan pronto! —exclamó Nynaeve, consternada.

—Cuanto antes sostengas la Vara Juratoria en la mano, antes dejaré de estar preocupada por ti. Elayne, de todos modos, algo tendremos que hacer respecto a ti.

—El embarazo está interfiriendo en mi capacidad para encauzar, aunque va mejorando. De hecho, fui capaz de llegar aquí, menos mal. Sin embargo, sigue representando un problema. Explica a la Antecámara que sería demasiado peligroso para mí, así como para los bebés, someterme a la prueba mientras sea incapaz de encauzar con consistencia.

—A lo mejor sugieren que esperes —dijo Nynaeve.

—¿Y dejar que me mueva de aquí para allá sin los Juramentos? Aunque me gustaría saber si ya ha habido alguien que haya prestado los Juramentos durante el embarazo, sólo para estar segura.

—Intentaré descubrir lo que pueda —dijo Egwene—. Hasta entonces, tengo otra tarea para ti.

—Estoy muy ocupada gobernando Andor, madre.

—Lo sé. Por desgracia, no puedo recurrir a nadie más. Necesito más *ter'angreal* del sueño.

—Quizá pueda encargarme de ello. Siempre y cuando sea capaz de empezar a encauzar sin fallos.

—¿Qué ha pasado con los *ter'angreal* del sueño que teníamos? —le preguntó Nynaeve.

—Los robaron —respondió Egwene—. Lo hizo Sheriam, quien, por cierto, pertenecía al Ajah Negro.

Las dos soltaron un grito ahogado, estupefactas, y Egwene cayó en la cuenta de que la revelación de las hermanas Negras era un asunto desconocido para ellas. Respiró hondo.

—Preparaos y armaos de valor, porque tengo que contaros algo muy doloroso. Antes del ataque seanchan, Verin vino a...

En ese momento, la campana de alarma sonó de nuevo en su cabeza. Egwene ejerció la voluntad de moverse; la estancia parpadeó a su alrededor y, de repente, se halló fuera, de pie en el pasillo, donde había instalado las salvaguardias.

Se encontró cara a cara con Talva, una mujer delgada, con el cabello dorado recogido en un moño. En otro tiempo había pertenecido al Ajah Amarillo, pero ahora

era una de las hermanas Negras que habían huido de la Torre.

Tejidos de Fuego surgieron de repente alrededor de Talva, pero Egwene ya había empezado a crear un escudo. Lo emplazó entre la otra mujer y la Fuente y, acto seguido, tejió Aire para atraparla.

Un ruido llegó desde atrás y Egwene ni siquiera lo pensó: se dejó llevar por la confianza que le daba su experiencia en el *Tel'aran'rhiod*. Apareció detrás de una mujer que en ese momento lanzaba un chorro de Fuego: Alviarin.

Egwene gruñó y empezó a tejer otro escudo mientras el tejido de Fuego alcanzaba a la desdichada Talva, que gritó mientras su cuerpo ardía. Alviarin giró sobre sus talones, dio un chillido, y desapareció.

«¡Maldita sea!», pensó Egwene. Alviarin encabezaba la lista de personas a las que quería capturar. El pasillo se quedó en silencio; el cadáver de Talva —chamuscado y humeante— yacía tendido en el suelo. Jamás despertaría; si uno moría allí, también moría en el mundo real.

Egwene sintió un escalofrío; aquel tejido mortífero se había proyectado contra ella.

«Recurro demasiado a encauzar —pensó—. El pensamiento es más rápido que crear tejidos. Debería haber imaginado cuerdas alrededor de Alviarin.»

No, Alviarin también habría sido capaz de esquivar unas cuerdas. Egwene no había pensado como una Soñadora. De un tiempo a esta parte, había estado centrada en las Aes Sedai y en sus problemas, por lo que encauzar había sido una reacción natural en ella. Pero no podía permitirse olvidar que, en este sitio, el pensamiento predominaba sobre el Poder Único.

Egwene alzó la vista al tiempo que Nynaeve salía disparada de la Antecámara, seguida por Elayne, aunque ésta lo hacía con más cautela.

—He percibido que alguien encauzaba —dijo Nynaeve, que se fijó entonces en el cadáver calcinado—. ¡Luz!

—Hermanas Negras —explicó Egwene, que se cruzó de brazos—. Por lo visto están sacando provecho de esos *ter'angreal* del sueño. Deduzco que tienen orden de merodear por la Torre Blanca de noche. Tal vez buscarnos o quizá buscar información que utilizar contra nosotras.

Ellas habían hecho lo mismo durante el mandato de Elaida.

—No deberíamos reunirnos aquí —opinó Nynaeve—. La próxima vez nos encontraremos en un sitio distinto. —Hubo una ligera vacilación—. Si os parece bien, madre.

—Tal vez. O tal vez no. Jamás las derrotaremos si no damos con ellas.

—Ir de cabeza a una trampa no parece el mejor modo de derrotarlas, madre —manifestó Nynaeve con voz inexpresiva.

—Eso depende de lo preparada que una esté —replicó Egwene, que frunció el

entrecejo.

¿Acababa de vislumbrar un revoloteo de tela negra desapareciendo detrás de una esquina? Egwene estaba allí un instante después; la imprecación de sobresalto que barbotó Elayne sonó al fondo del pasillo, detrás de ella. Vaya, pero qué deslenguada se estaba volviendo esa mujer.

Allí no había nadie. Resultaba espeluznante, casi demasiado silencioso. Aunque eso era normal en el *Tel'aran'rhiod*. Egwene siguió henchida de poder, aunque regresó junto a las otras dos. Había limpiado la Torre Blanca, pero todavía quedaba un foco de infección en el corazón de la Torre.

«Te encontraré, Mesaana», pensó Egwene.

Hizo un gesto a las otras para que se reunieran con ella. Se trasladaron a la ladera donde ella había estado antes, un lugar donde podría darles una explicación más detallada de los acontecimientos que se habían perdido.

CAPÍTULO 15

Usar un guijarro

Nynaeve apretó el paso por las calles adoquinadas de Tear, con el Asha'man Naeff a su lado. Aún percibía aquella tormenta en el norte, lejana pero terrible. Antinatural. Y se estaba desplazando hacia el sur. Lan se encontraba allí.

—Luz, protégelo —susurró.

—¿Qué decíais, Nynaeve Sedai? —preguntó Naeff.

—Nada.

Nynaeve se estaba acostumbrando a tener cerca a los hombres de chaqueta negra. Ya no sentía un desagradable escalofrío cuando miraba a Naeff. Eso sería absurdo. El *Saidin* se había limpiado; ella había ayudado a Rand a conseguirlo. No había por qué sentirse incómoda. Aunque a veces los Asha'man se quedaran con la mirada perdida en el vacío mientras mascullaban entre dientes. Como Naeff, que observaba la sombra arrojada por un edificio cercano, con la mano en la espada.

—Cuidado, Nynaeve Sedai —advirtió—. Nos sigue otro Myrddraal.

—¿Estás... seguro, Naeff?

El hombre alto, de rostro cuadrado, asintió con la cabeza. Tenía mucho talento para los tejidos, en especial los de Aire, algo poco corriente en un hombre; y era muy educado con las Aes Sedai, a diferencia de algunos de los otros Asha'man.

—Sí, estoy seguro. No sé por qué puedo verlos yo, y otras personas no. Quizá tenga un Talento para eso. Se ocultan en las sombras, como una especie de merodeadores, creo. No han atacado aún; creo que son cautos porque saben que puedo verlos.

Le había dado por recorrer la Ciudadela de Tear de noche para vigilar a los Myrddraal que sólo él veía. Su locura no empeoraba, pero los daños sufridos antes no desaparecían. Siempre había tenido esa lacra. Pobre hombre. Al menos, su locura no era tan grave como la de algunos otros.

Nynaeve caminó por la ancha y pavimentada calle con la mirada fija al frente. Los edificios se sucedían a ambos lados al estilo arbitrario de Tear. Una gran mansión, con dos pequeñas torres y una puerta de bronce, semejante a las de acceso a una ciudad, se alzaba junto a una posada de tamaño modesto. Enfrente de ambos edificios había una hilera de casas con verjas de hierro forjado en puertas y ventanas, pero justo en medio de la fila se había construido una carnicería.

Naeff y ella se dirigían al distrito *Todos los Estíos*, que se encontraba pegado a la parte interior de la muralla occidental. No era el sector más rico de Tear, pero no cabía duda de que era próspero. Por supuesto, en Tear sólo existía una división:

plebeyos y nobles. Muchos nobles todavía consideraban a los plebeyos seres diferentes —e inferiores— por completo.

Se cruzaron con algunos de esos plebeyos; hombres con pantalón amplio ajustado en los tobillos, y la cintura ceñida por fajines de colores vivos, y mujeres con vestidos de cuello alto y delantales claros. Los sombreros de paja con copas planas eran comunes, así como las gorras de paño que colgaban por un lado. Mucha gente llevaba colgados al hombro zuecos unidos por una cuerda, zuecos que volverían a utilizar cuando regresaran al Maule.

La gente con la que se cruzaba Nynaeve tenía ahora el gesto preocupado; algunos echaban ojeadas hacia atrás con temor. Una burbuja maligna había surgido en esa dirección. Quisiera la Luz que no hubiera muchos heridos, porque ella no disponía de mucho tiempo para esos menesteres. Tenía que regresar a la Torre Blanca. La exasperaba tener que obedecer a Egwene, pero lo haría, y se marcharía tan pronto como Rand hubiera regresado. Se había ido a alguna parte por la mañana. Qué hombre tan insufrible. Al menos se había llevado una escolta de Doncellas. Por lo visto había dicho que tenía que recoger algo.

Con Naeff a su lado, Nynaeve apretó tanto el paso que los dos iban casi corriendo. Un acceso habría resultado más rápido, pero no sería seguro; no tenía la certeza de abrirlo en un sitio sin seccionar a alguien.

«Nos estamos volviendo demasiado dependientes de esos accesos. Caminar y usar las piernas parece que ya no nos basta», pensó.

Doblaron en una esquina y entraron en una calle donde un grupo de nerviosos Defensores —vestidos con las chaquetas negras y los petos plateados por los que asomaban las mangas abullonadas en negro y dorado— formaban en fila. Se apartaron para que pasaran Naeff y ella y, aunque denotaron alivio al verlos llegar, siguieron aferrando las alabardas con nerviosismo.

La ciudad que se extendía a su espalda parecía un poco más... inconsistente de lo que debería. Descolorida. Los adoquines tenían un tono gris más suave; las paredes de los edificios de color marrón o gris en matices más tenues de como deberían ser.

—¿Tenéis hombres dentro para buscar a los heridos? —se interesó Nynaeve.

Uno de los Defensores movió la cabeza en un gesto de negación.

—Hemos estado impidiendo que la gente pase, eh..., lady Aes Sedai. No es seguro entrar ahí.

La mayoría de los tearianos aún no se habían acostumbrado a demostrar a las Aes Sedai el debido respeto. Hasta hacía poco, encauzar había estado prohibido en la ciudad.

—Manda a tus hombres a investigar —ordenó Nynaeve con firmeza—. El lord Dragón se disgustará si por vuestra falta de coraje se pierden vidas. Empezad por el perímetro y mandadme llamar si encontráis a alguien a quien pueda ayudar.

Los guardias se pusieron en movimiento. Nynaeve se volvió hacia Naeff y, cuando éste hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, dio un paso hacia el sector de la ciudad afectado. El adoquín del pavimento se pulverizó al rozarlo con el pie, que se le hundió a través de la piedra desmenuzada y pisó en la tierra compacta.

Sacudida por un escalofrío, Nynaeve bajó la vista al suelo, pero siguió adelante mientras los adoquines se deshacían en polvo a medida que los pisaba. Naeff y ella se dirigieron hacia un edificio cercano dejando tras ellos un rastro de piedra pulverizada.

El edificio era una posada con bonitos balcones en el segundo piso, delicados diseños de hierro en las ventanas de cristal, y un porche tiznado de forma enigmática. La puerta estaba abierta y, cuando Nynaeve alzó el pie para subir al porche, las tablas también se deshicieron. Se quedó paralizada, prendida la mirada en el suelo. Naeff se situó a su lado y se arrodilló para tocar con los dedos una pizca de aquel polvo.

—Es suave —dijo en voz baja—. Más fino que cualquier polvo que haya tocado en toda mi vida.

El aire olía fresco —lo que no era natural— en contraste con la calle silenciosa. Nynaeve respiró hondo y a continuación entró en la posada. Le costó cierto trabajo porque tuvo que caminar con el suelo de madera a la altura de las rodillas y los tablones desmenuzándose en el instante en que los tocaba.

Dentro reinaba la oscuridad, pues las lámparas de pie habían dejado de arder. Había gente sentada alrededor de la sala, paralizada en mitad de un movimiento. La mayoría eran nobles vestidos con elegantes ropajes y que lucían barba terminada en punta, untada con aceites. Uno se encontraba sentado a una mesa alta que había cerca, rodeada de sillas de patas altas. Tenía una jarra de cerveza matinal a mitad de camino de los labios. Estaba inmóvil, con la boca abierta para tomar la bebida.

La expresión de Naeff era sombría, aunque había pocas cosas que, al parecer, sorprendieran o alteraran al Asha'man. Cuando Nynaeve vio que daba otro paso, lo sujetó por el brazo. Naeff se volvió a mirarla con la frente arrugada, y ella señaló hacia abajo. Un poco más adelante del Asha'man —apenas visible bajo los tablones del suelo, todavía intactos—, el suelo se desplomaba. Naeff había estado a punto de precipitarse a la bodega de la posada.

—Luz —exclamó el hombre mientras retrocedía.

Se arrodilló y dio golpecitos con el dedo en el tablón que había delante de él. La madera se deshizo y cayó en la oscura bodega como una lluvia de ceniza.

Nynaeve tejió Energía, Aire y Agua para Ahondar al hombre sentado en la silla que había cerca. Por regla general habría tocado a cualquier persona para Ahondarla, pero en esta ocasión dudó. Funcionaría sin tocarlo, aunque la Curación no tendría tan buenos resultados.

Su Ahondamiento no halló nada. Ni vida, ni percepción de que jamás la hubiese habido. El cuerpo ni siquiera era carne. Con una sensación deprimente, Nynaeve

realizó el Ahondamiento a otras personas que había en la lóbrega sala. Una camarera que llevaba el desayuno a tres mercaderes andoreños. Un posadero corpulento que debía de haber tenido problemas para moverse entre las mesas, ya que estaban colocadas bastante juntas. Una mujer ataviada con un rico vestido y sentada al fondo de la sala que leía con actitud remilgada un pequeño libro.

Ni el menor rastro de vida en ninguno de ellos. No eran cadáveres: eran cáscaras huecas. Temblándole los dedos, Nynaeve alargó la mano y rozó el hombro del noble sentado a la mesa alta. De inmediato, el hombre se deshizo en polvo, que cayó al suelo en una nube. La silla y los tablones que había debajo no se pulverizaron.

—Aquí no hay nadie que podamos salvar —dijo Nynaeve.

—Pobre gente. Que la Luz acoja sus almas —musitó Naeff.

A menudo, a Nynaeve le costaba trabajo sentir pena por los nobles tearianos; de todas las gentes que había conocido, ellos parecían estar entre las más arrogantes. Pero nadie se merecía esto. Además, también muchos plebeyos habían sido víctimas de la burbuja.

Naeff y ella salieron del edificio; Nynaeve, cada vez más frustrada, se tiró de la trenza. Odiaba sentirse impotente. Como con el pobre guardia que había dado inicio al incendio en la casona de Arad Doman, o con la gente que perecía abatida por extrañas enfermedades. Ese día, cáscaras huecas de polvo. ¿De qué servía aprender a Curar si no podía ayudar a las personas?

Y ahora tenía que marcharse. Regresar a la Torre Blanca. Era como si huyera. Se volvió hacia Naeff.

—Viento —le dijo.

—¿Perdón, Nynaeve Sedai?

—Lanza una ráfaga de Viento al edificio, Naeff. Quiero ver qué ocurre.

El Asha'man obedeció, y sus tejidos invisibles crearon un chorro de aire. El edificio entero pareció estallar en una nube de polvo que se desperdigó flotando en el aire como vilanos de diente de león. Naeff se volvió hacia ella.

—¿Qué amplitud dijeron que tenía esta burbuja? —preguntó Nynaeve.

—Unas dos calles a lo ancho en todas direcciones.

—Necesitamos más aire —dijo, al tiempo que empezaba a tejer—. Crea una ráfaga tan grande como seas capaz. Así, si hubiera gente herida en esa área, la encontraríamos.

Naeff asintió con la cabeza. Los dos se adelantaron al tiempo que creaban Viento. Deshicieron edificios haciéndolos estallar en polvo que caía al suelo. Naeff era muchísimo más diestro en el proceso que ella, pero Nynaeve era más fuerte con el Poder Único. Juntos, barrieron edificios, piedras y cáscaras vacías que había ante ellos reduciéndolos a una tormenta de polvo.

Era un trabajo extenuante, pero no lo dejaron. Nynaeve confiaba —en contra de

lo que le dictaba la lógica— que tal vez encontrarían a alguien a quien ayudar. Los edificios se pulverizaban ante Naeff y ella, con el polvo atrapado en los remolinos del viento. Fueron empujando el polvo en un círculo mientras se desplazaban hacia adentro, como haría una mujer al barrer el suelo.

Pasaron junto a personas paralizadas en las calles mientras caminaban. Bueyes tirando de un carro. A Nynaeve le partió el corazón ver niños jugando en un callejón. Todo se deshacía en polvo.

No encontraron vivo a nadie. Por fin, Naeff y ella pulverizaron toda la zona destruida de la ciudad y amontonaron el polvo en el centro. Nynaeve lo miró mientras seguía girando en el mismo sitio merced a un pequeño ciclón que Naeff había tejido. Por curiosidad, Nynaeve encauzó una lengua de Fuego dentro del ciclón, y el polvo ardió.

Nynaeve dio un respingo; el polvo se elevó como papel arrojado a una hoguera y creó una crepitante tempestad de llamas. Naeff y ella retrocedieron, pero todo acabó en un visto y no visto. Y no dejó ni rastro de ceniza.

«Si no lo hubiéramos recogido, alguien podría haber tirado una vela en el polvo, y un fuego así podría...» Se estremeció.

Naeff calmó los vientos, y los dos se encontraron en el centro de un círculo abierto de tierra desnuda y salpicada a intervalos con agujeros destinados a bodegas. En los bordes había edificios cortados por la mitad, con estancias abiertas al exterior; algunas de esas estructuras se habían desplomado. Era escalofriante ver toda esa área vacía. Semejaba la cuenca ocular vacía de una cara, por lo demás, sana.

Varios grupos de Defensores se hallaban en el perímetro. Hizo un gesto con la cabeza a Naeff y se encaminaron hacia el grupo más grande.

—¿No encontrasteis a nadie? —demandó.

—No, lady Aes Sedai —repuso el hombre—. Eh... Bueno, encontramos unos cuantos, pero ya estaban muertos.

Otro de los hombres asintió con la cabeza; era un tipo que parecía un barril y el uniforme le quedaba muy ajustado.

—Por lo visto, cualquiera que tuviera aunque sólo fuera un dedo del pie dentro de ese círculo, se desplomó muerto. Encontramos unos pocos a los que sólo les faltaba un pie o parte de un brazo. Pero estaban muertos, de todos modos. —Un escalofrío sacudió al hombre.

Nynaeve cerró los ojos. El mundo entero se estaba haciendo pedazos, y ella no podía hacer nada para Curarlo. Estaba furiosa y tenía el estómago revuelto.

—Quizá lo han provocado ellos —susurró Naeff.

Nynaeve abrió los ojos y lo vio señalando con la cabeza hacia las sombras de un edificio cercano.

—Me refiero a los Fados —añadió el Asha'man—. Ahí hay tres que nos están

observando, Nynaeve Sedai.

—Naeff —empezó, frustrada.

Decirle que los Fados no eran reales no iba a servir de nada.

«He de hacer algo. He de ayudar a alguien.»

—Naeff, quédate quieto.

Agarró al hombre del brazo y lo Ahondó. El Asha'man la miró, sorprendido, pero sin poner reparos.

Nynaeve vislumbraba la locura como una oscura urdimbre reticular de venas que se hundía en la mente del hombre. Daba la impresión de que palpitaba, como un diminuto corazón. Poco tiempo atrás había encontrado una alteración similar en otro Asha'man. Su destreza en el Ahondamiento estaba creciendo, sus tejidos eran más refinados y conseguía descubrir cosas que antes estaban ocultas para ella. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo regenerar esas deficiencias.

«Todo debería ser curable —se dijo para sus adentros—. Todo salvo la muerte.»

Se concentró, tejió los Cinco Poderes y, con cuidado, como si le diera golpecitos suaves, tanteó la urdimbre reticular, teniendo muy presente lo que le había ocurrido al desdichado aprendiz cuando retiró la Compulsión de Graendal. Naef estaría mucho mejor con su demencia de lo que estaría si ella le provocaba un daño mayor en la mente.

Cosa extraña, la oscuridad era semejante a la Compulsión. ¿Sería eso lo que provocaba la infección? ¿Doblegar a los varones que usaban el Poder Único con la Compulsión del Oscuro?

Tejió con mucho cuidado un tejido contrario al de la locura y a continuación lo colocó en la mente de Naeff. Lo único que hizo el tejido fue desvanecerse, sin surtir efecto alguno.

Nynaeve apretó los dientes. Eso tendría que haber funcionado. Pero, como parecía ocurrir con tanta frecuencia de un tiempo a esta parte con muchas cosas, había fallado.

«No. No puedo quedarme cruzada de brazos», pensó. Hizo otro Ahondamiento más profundo. La oscuridad tenía diminutas proyecciones semejantes a espinas clavadas en la mente de Naeff. Haciendo caso omiso de la gente reunida a su alrededor, examinó aquellas espinas y, con cuidado, utilizó tejidos de Energía para desprender una.

La espina salió ofreciendo cierta resistencia, y Nynaeve Curó enseguida el punto en el que había estado clavada en la materia gris de Naeff. Dio la impresión de que el cerebro del hombre palpitaba antes de adquirir un aspecto más sano. Nynaeve fue soltando las demás, una por una. Tuvo que mantener los tejidos para tener retiradas las púas, por miedo a que volvieran a clavarse. Empezó a sudar. Ya estaba cansada antes debido a la limpieza de la zona afectada por la burbuja, y no se encontraba en

condiciones de desviar parte de su concentración en evitar el calor. Qué bochorno hacía en Tear.

Siguió trabajando y preparó otro tejido neutralizador. Una vez que hubo sacado todas las espinas, soltó su propio tejido. La mancha oscura onduló y se agitó como si estuviera viva.

Entonces desapareció.

Nynaeve trastabilló hacia atrás, agotada hasta casi la extenuación. Naeff parpadeó y después miró a su alrededor. Se llevó una mano a la cabeza.

«¡Luz! ¿Le habré causado algún daño? No debería haber hurgado en eso. Podría haberle...»

—Se han ido —dijo Naeff—. Los Fados... Ya no los veo. —El Asha'man parpadeó—. En cualquier caso, ¿por qué iban a estar unos Fados escondidos en las sombras? Si hubiera podido verlos, entonces me habrían matado y... —La miró con fijeza—. ¿Qué habéis hecho?

—Creo... Creo que acabo de Curarte la locura.

Bueno, algo había hecho. Lo que había llevado a cabo no tenía nada que ver con cualquier Curación convencional. Ni siquiera había utilizado tejidos de Curación. Pero, en apariencia, había funcionado.

Naeff sonrió de oreja a oreja, con aire aturullado. Le tomó la mano entre las suyas y luego se arrodilló delante de ella, con los ojos llorosos.

—Durante meses he tenido la sensación de que me estuvieran vigilando en todo momento. Como si fueran a matarme en el instante en que le diese la espalda a las sombras. Y ahora... ¡Gracias! Tengo que ir en busca de Nelavaire.

—Pues ve, anda —lo animó Nynaeve.

Naeff salió disparado, de vuelta hacia la Ciudadela, para encontrar a su Aes Sedai.

«No debo permitirme empezar a pensar que nada de lo que hago es importante. Eso es lo que quiere el Oscuro.»

Mientras seguía con la vista a Naeff, reparó en que las nubes se estaban abriendo en lo alto. Rand había regresado.

Unos trabajadores se pusieron a retirar los escombros de los edificios que se habían pulverizado en parte, y Nynaeve acabó dirigiéndose en tono tranquilizador a los preocupados tearianos que empezaban a agruparse alrededor del perímetro. No quería que el pánico se desatara allí; les aseguró que el peligro había pasado y después pidió reunirse con las familias que hubieran perdido a alguien.

Seguía enfrascada en esa tarea —hablando en tono quedo con una mujer angustiada— cuando Rand la encontró. La mujer era plebeya y llevaba un vestido de cuello alto, con tres delantales y un sombrero de paja. Su marido estaba empleado en la posada en la que Nynaeve había entrado. La mujer no dejaba de echar ojeadas al

agujero del suelo que había sido la bodega.

Al cabo de unos segundos, Nynaeve reparó en Rand, que la observaba, de pie y con los brazos enlazados a la espalda, la mano sujetando el muñón. Llevaba una escolta de dos Doncellas, un par de mujeres llamadas Somma y Kanara. Nynaeve acabó de hablar con la teariana, pero los ojos anegados en lágrimas de la mujer le rompían el corazón. ¿Cómo reaccionaría ella si perdiera a Lan?

"Que la Luz lo guarde. Por favor, por favor, protégelo», rogó. Se desprendió de la bolsa donde llevaba monedas y despidió a la mujer tras entregársela. Quizás eso la ayudaría algo.

Rand se acercó a ella.

—Cuidas de mi gente. Gracias —le dijo.

—Cuido de cualquiera que lo necesite —respondió Nynaeve.

—Como has hecho siempre. Además de cuidar a algunos que no lo necesitaban.

—¿Como tú? —inquirió al tiempo que enarcaba una ceja.

—No, yo siempre lo he necesitado. Eso y más.

Nynaeve vaciló. No había esperado que Rand admitiera algo así. ¿Por qué no se había quitado ese viejo capote? Estaba descolorido y ajado.

—Esto es culpa mía —dijo Rand, que señaló con la cabeza hacia el espacio arrasado de la ciudad.

—No seas necio, Rand.

—Ignoro si hay alguien capaz de evitar ser un necio a veces. Me culpo por los retrasos. Hemos estado aplazando el enfrentamiento con él demasiado tiempo. ¿Qué ha pasado aquí hoy? ¿Los edificios se convirtieron en polvo?

—Sí. Fueron despojados de su sustancia. Todo se deshacía con sólo tocarlo.

—El haría lo mismo con el mundo entero —musitó Rand—. Rebulle. Cuanto más tiempo esperemos, aferrándonos con las uñas, más destruirá él lo que queda. No podemos demorarlo más.

—Pero, Rand, si lo dejas libre, ¿no será empeorar aún más las cosas? —preguntó, fruncido el entrecejo.

—Puede que sea así en el arranque impetuoso y repentino. Abrir la Perforación no lo liberará de inmediato, aunque sí le proporcionará más fuerza. Aun así, ha de hacerse. Piensa en nuestra tarea como escalar una alta pared de piedra. Por desgracia, nos estamos demorando dando vueltas y más vueltas antes de intentar la escalada. Cada paso nos cansa un poco más para la lucha que está por venir. Hemos de hacerle frente mientras seguimos siendo fuertes. Esa es la razón por la que he de romper los sellos.

—Yo... —empezó Nynaeve—. A decir verdad, me parece que te creo. —Darse cuenta de ello la sorprendió.

—¿En serio, Nynaeve? —preguntó él con un dejo que, cosa extraña, sonaba

aliviado—. ¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces, intenta convencer a Egwene. Tratará de detenerme si está en su mano.

—Rand... Me ha llamado para que vuelva a la Torre. Tendré que irme hoy.

Rand parecía apenado.

—En fin, imaginaba que antes o después recurriría a eso —dijo. La asió por el hombro en un gesto poco habitual en él—. No dejes que te echen a perder, Nynaeve. Lo intentarán.

—¿Que me echen a perder?

—Tu pasión es parte de ti. Intenté ser como ellas, aunque jamás lo habría admitido. Frío. Siempre controlando las cosas. Casi acabó conmigo. Para algunas personas, ser así significa ser fuerte, pero ése no es el único tipo de fortaleza. Quizá tengas que aprender a controlarte un poco más, pero a mí me gustas como eres. Te hace franca y auténtica. No me gustaría verte convertida en otra "perfecta" Aes Sedai con una máscara pintada por rostro y ningún interés por los sentimientos y las emociones de otros.

—Ser Aes Sedai es ser imperturbable —repuso ella.

—Ser Aes Sedai es ser lo que tú decidas ser —replicó Rand, que aún mantenía el muñón a la espalda—. Moraine se preocupaba por los demás. Se le notaba, aun cuando se mostrara imperturbable. Las mejores Aes Sedai que he conocido son aquellas a las que otras censuran por no ser como debería ser una Aes Sedai.

Para su sorpresa, Nynaeve asintió con la cabeza; se irritó consigo misma. ¿Ahora se dejaba aconsejar por Rand al'Thor?

Pero es que había algo distinto en él. Una intensidad serena y palabras prudentes. Era la clase de hombre del que uno aceptaría un consejo sin tener la impresión de ser tratado con aire de suficiencia. Como su padre, de hecho. Y no es que ella hubiera admitido tal cosa ante ninguno de los dos.

—Ve con Egwene —dijo Rand, que le soltó el hombro—. Pero me gustaría mucho que volvieras conmigo en cuanto puedas. Necesitaré tu consejo de nuevo. Al menos, querría tenerte a mi lado cuando vaya a Shayol Ghul. No puedo derrotarlo sólo con *Saidin*, y si vamos a utilizar a *Callandor*, necesitaré dos mujeres de mi confianza en el círculo conmigo. Aún no he decidido quién será la otra. Puede que Aviendha o Elayne. Pero tú eres una, sin lugar a dudas.

—Estaré allí, Rand. —Cosa extraña, se sentía orgullosa de sí misma—. Quédate quieto un momento. No voy a hacerte daño, lo prometo.

El enarcó una ceja, pero no hizo nada cuando percibió el Ahondamiento. Nynaeve se sentía muy cansada, pero si iba a dejarlo, necesitaba aprovechar esta oportunidad para Curar su locura. De repente, le parecía lo más importante que podía hacer por él.

Y por el mundo.

Ahondó, sin tocar las heridas del costado del hombre, unos pozos de oscuridad que parecían querer absorberle la energía. Mantuvo la atención en la mente de Rand. ¿Dónde estaba la...?

Se quedó paralizada. La oscuridad era enorme, abarcaba toda su mente. Miles y miles de minúsculas espinas negras hincadas en el cerebro, pero debajo de ellas había una fina trama de un blancor esplendente. Una albura radiante, como Poder líquido. La Luz, encarnada en forma y vida. Dio un respingo. Revestía todas las púas oscuras y se hundía en la mente del hombre junto con ellas. ¿Qué significaría eso?

No tenía la más ligera idea de cómo empezar a trabajar en aquello.

Había tantas púas... ¿Cómo era capaz de pensar siquiera con tal oscuridad presionándole el cerebro? ¿Y qué había creado la blancura? Ya había Curado a Rand en otras ocasiones y no la había visto hasta entonces. Claro que tampoco había visto la oscuridad hasta hacía muy poco tiempo. Lo más probable es que la práctica con el Ahondamiento fuera la razón. Se apartó con renuencia.

—Lo siento, no puedo Curarte —dijo.

—Muchas personas lo han intentado con esas heridas, incluida tú misma. Son incurables, no hay vuelta de hoja. Hoy día apenas pienso en ellas.

—No me refería a las heridas del costado, sino a la locura. Yo...

—¿Puedes Curar la demencia de la infección?

—Creo que lo he conseguido con Naeff.

Rand sonrió de oreja a oreja.

—Nunca dejas de... —empezó a decir—. Nynaeve, ¿te das cuenta de que hasta los más diestros en la Curación durante la Era de Leyenda tenían dificultades a la hora de tratar las enfermedades mentales? Muchos opinaban que era imposible Curar la locura con el Poder Único.

—Curaré a los demás antes de marcharme —dijo ella—. Al menos a Narishma y a Flinn. Es más que probable que todos los Asha'man tengan al menos una pizca de esa infección en el cerebro. Aunque no sé si me será posible ir a la Torre Negra.

«Ni si deseo ir allí», se dijo para sus adentros.

—Gracias. —Rand miró hacia el norte—. Pero no, no deberías ir a la Torre Negra. Tendré que enviar a alguien allí, si bien habrá que llevar ese asunto con sumo cuidado. Les está pasando algo, pero tengo tantas cosas que hacer...

Nynaeve asintió con un gesto y a continuación —sintiéndose como una tonta— le dio un abrazo antes de marcharse deprisa en busca de Narishma y Flinn. Un abrazo. Al Dragón Renacido. Se estaba volviendo tan estúpida como Elayne. Sacudió la cabeza; a lo mejor pasar un tiempo en la Torre Blanca la ayudaría a recobrar el buen juicio.

Las nubes habían vuelto.

Egwene se hallaba en el punto más alto de la Torre Blanca, en el tejado plano y circular, agarrada al antepecho que le llegaba a la cintura. A semejanza de un asqueroso moho progresivo, las nubes se habían cerrado de nuevo sobre Tar Valon cual insectos pululantes. La visita de la luz del sol había sido bienvenida, pero breve.

El té volvía a saber mal. Las reservas de grano que habían descubierto en los almacenes se estaban acabando, y los sacos que llegaron después se habían llenado de gorgojos. «El Dragón forma parte de la tierra, y ésta forma parte de él.»

Inhalando para oler el aire nuevo, contempló desde allá arriba Tar Valon. Su Tar Valon.

Saerin, Yukiri y Seaine —tres de las primeras hermanas que habían emprendido la caza del Ajah Negro en la Torre— esperaban con paciencia a su espalda. Ahora se encontraban entre sus más fervientes seguidoras, así como entre las de mayor utilidad para ella. Todo el mundo esperaba que Egwene favoreciera a las mujeres que se habían separado de Elaida, por lo que el hecho de pasar tiempo con Aes Sedai que habían permanecido en la Torre Blanca era conveniente.

—¿Qué habéis descubierto? —les preguntó.

Saerin movió la cabeza y se reunió con Egwene en el antepecho. La cicatriz de la mejilla y las hebras blancas en las sienes hacían que la Marrón de piel olivácea y rostro franco pareciera un general envejecido.

—Parte de la información que pedisteis ya era ambigua hace tres mil años, madre.

—Cualquier dato que puedas darme será de ayuda, hija —respondió Egwene—. Siempre que no estemos supeditadas del todo a los hechos, el conocimiento incompleto es mejor que la ignorancia absoluta.

Saerin resopló con suavidad, pero era evidente que había identificado la cita de Yasicca Cellaech, una antigua erudita Marrón.

—¿Y vosotras dos? —les preguntó a Yukiri y a Seaine.

—Estuvimos buscando —respondió Yukiri—. Seaine tiene una lista de posibilidades. De hecho, algunas son razonables.

Egwene enarcó una ceja. Preguntar a una Blanca acerca de teorías resultaba siempre interesante, pero no siempre era útil. Tenían tendencia a pasar por alto lo verosímil para centrarse en posibilidades poco probables.

—Empecemos con eso, pues —dijo Egwene—. Seaine...

—Bien, comenzaré diciendo que una Renegada sin duda posee conocimientos que ni siquiera imaginamos. Así pues, es posible que no haya forma de averiguar cómo ha conseguido saltarse la vinculación de la Vara Juratoria. Por ejemplo, podría existir un modo de desactivarla durante un corto período de tiempo, o quizás haya unas palabras especiales que se puedan utilizar para soslayar sus efectos. La Vara es un objeto de la Era de Leyenda y, aunque la hemos utilizado durante milenios, en

realidad no la entendemos. Más o menos como ocurre con la mayoría de los *ter'angreal*.

—Bien, de acuerdo —dijo Egwene.

—Pero —añadió Seaine mientras sacaba una hoja de papel—, teniendo eso presente, he desarrollado tres teorías de cómo sería posible soslayar los Juramentos. La primera, que es posible que esa mujer posea otra Vara Juratoria. Se dice que antaño existieron más, y es probable que una de ellas pudiera liberarla de los juramentos de la otra. Mesaana podría poseer una de ellas en secreto. Habría prestado los Tres Juramentos sosteniendo nuestra Vara, y después, de algún modo, utilizar la otra para invalidarlos antes de jurar que no era una Amiga Siniestra.

—Poco convincente —manifestó Egwene—. ¿Cómo habría podido liberarse sin que nos diéramos cuenta? Es preciso encauzar Energía.

—Lo tuve en cuenta —manifestó Seaine.

—No es de extrañar —dijo Yukiri.

Seaine la miró y luego continuó hablando.

—Esa es la razón por la que Mesaana necesitaría una segunda Vara Juratoria. Podría haber encauzado Energía en ella y a continuación habría invertido el tejido, quedando así vinculada a la segunda Vara.

—Parece poco probable —opinó Egwene.

—¿Poco probable? —repitió Saerin—. Lo que parece es ridículo. Creí oírte decir que algunas de esas hipótesis eran razonables, Yukiri.

—Esta es la menos probable de las tres —dijo Seaine—. El segundo método sería más fácil. Mesaana podría haber enviado a una doble que llevara el Espejo de las Nieblas. Alguna infortunada hermana o una novicia, o incluso alguna mujer sin instruir que fuera capaz de encauzar, sometida a una fuerte Compulsión. Esa mujer podría haberse visto forzada a prestar los Juramentos en lugar de Mesaana. Luego, puesto que esa persona no sería una Amiga Siniestra, no tendría ningún problema para afirmar que no lo era.

Pensativa, Egwene asintió con la cabeza.

—Para llevar eso a cabo se tendrían que haber hecho muchísimos preparativos —comentó.

—Por lo que he conseguido averiguar sobre ella, a Mesaana se le daba muy bien planificar las cosas —dijo Saerin.

La tarea de la Asentada Marrón había sido descubrir todo lo posible sobre la verdadera personalidad de Mesaana. Todas habían oído lo que se contaba sobre ella, pues, ¿quién no se sabía de memoria los nombres de los Renegados y sus actos más terribles? Pero Egwene se fiaba poco de los relatos; de ser posible, quería algo más concluyente.

—¿Dijiste que había una tercera posibilidad? —preguntó.

—Sí —respondió Seaine—. Sabemos que algunos tejidos actúan con sonidos. Las variaciones en tejidos vocales se utilizan para realzar una voz de forma que se proyecte hacia una multitud, o para levantar salvaguardias contra las escuchas a escondidas; y, por supuesto, en diversos trucos utilizados para escuchar lo que se habla a corta distancia. Aplicaciones complejas del Espejo de las Nieblas pueden cambiar la voz de una persona. Con cierta práctica, Doesine y yo fuimos capaces de crear una variación en un tejido que alteraría las palabras que dijéramos. De hecho, decíamos una cosa, pero la otra persona oía algo completamente distinto.

—Un camino peligroso por el que ir, Seaine —intervino Saerin en tono áspero—. Esa es la clase de tejido que se podría utilizar con malos fines.

—No pude usarlo para mentir —aclaró Seaine—. Lo intenté. Los Juramentos aguantaron... Mientras el tejido estaba en funcionamiento, fui incapaz de pronunciar palabras que sabía que otra persona oiría como una mentira, ni siquiera si eran verdad cuando salían de mis labios. No obstante, era un tejido fácil de desarrollar. Atado e invertido, quedó suspendido delante de mí y alteró mis palabras del modo que he indicado antes.

»En teoría, si Mesaana hubiera tenido ese tejido operativo, habría podido asir la Vara Juratoria y prometer cualquier cosa que hubiera querido. «Juro que mentiré siempre que me dé la gana», por ejemplo. La Vara Juratoria habría hecho vincular en ella ese juramento, pero los tejidos habrían cambiado los sonidos en el aire en cuanto le salieran de la boca, de modo que le habríamos oído pronunciar los Juramentos de forma correcta.

Egwene rechinó los dientes. Había dado por hecho que burlar la Vara Juratoria sería difícil y, sin embargo, existía un tejido sencillo capaz de lograrlo. Debería habérselo imaginado... Como solía decir su madre, qué necesidad había de usar una roca cuando serviría un guijarro.

—De ese modo, habrán podido introducir Amigas Siniestras en las filas de Aes Sedai durante años —comentó Egwene.

—No es probable —la contradijo Saerin—. Ninguna de las hermanas Negras que capturamos conocía este tejido. En caso contrario habrían intentado usarlo cuando las obligamos a prestar de nuevo los Juramentos. Sospecho que, si Mesaana conoce ese truco, se lo ha guardado para sí. La utilidad que tiene desaparecería una vez que lo supieran muchas.

—Sea como sea —dijo Egwene—, ¿qué hacemos? Estando al tanto de la existencia del tejido es posible que halláramos el modo de comprobar si se estaba usando. No obstante, dudo que las hermanas estén dispuestas a pasar de nuevo por el proceso de jurar en la Vara.

—¿Y si fuera para atrapar a una Renegada? —sugirió Yukiri—. Podría valer la pena herir susceptibilidades a cambio de cazar a la raposa escondida en el gallinero.

—No conseguiríamos atraparla —manifestó Egwene—. Además, ignoramos si está usando alguno de esos métodos. La lógica de Seaine apunta que es muy posible burlar la Vara Juratoria sin que resulte demasiado complejo. El método que Mesaana utilice para lograrlo es menos importante que la posibilidad en sí de hacerlo.

Seaine miró a Yukiri. Ninguna de las tres había puesto en duda la afirmación de Egwene de que había una Renegada en la Torre Blanca, pero ella sabía que consideraban tal posibilidad con escepticismo. En fin, al menos ahora comprendían que era factible burlar la Vara Juratoria.

—Quiero que sigáis con vuestro trabajo —dijo—. Vosotras y las demás demostrasteis ser eficaces en la captura de varias hermanas Negras, y también en descubrir a las comadrejas. Esto es algo muy parecido.

«Sólo que mucho, muchísimo más peligroso», añadió para sus adentros.

—Lo intentaremos, madre —contestó Yukiri—. Aunque, ¿una hermana entre centenares? ¿Una de las criaturas más arteras y perversas que jamás hayan existido? Dudo que deje muchas pistas. Por ahora, las investigaciones que hemos realizado sobre los asesinatos no han tenido apenas resultados.

—De todos modos, seguid con ello —reiteró Egwene—. Saerin, ¿qué información nos traes?

—Comentarios, rumores, chismes y poco más, madre —respondió la aludida con una mueca de disgusto—. A buen seguro ya conocéis las historias más famosas respecto a Mesaana, de cómo dirigía las escuelas en las tierras conquistadas por la Sombra durante la Guerra del Poder. Por lo que he averiguado, esas leyendas son del todo ciertas. Marsim de Manetheren habla con detalle sobre ello en sus Anales de las Ultimas Noches, y se la tiene por una fuente fidedigna. Alrom realizó un amplio y completo informe sobre la experiencia de estar en una de esas escuelas, y hay fragmentos de éste que han llegado a nuestros días.

»Mesaana deseaba dedicarse a la investigación, pero fue rechazada. Los detalles no son claros. También tuvo a su mando a las Aes Sedai que se pasaron a la Sombra y, en ocasiones, las dirigió en la batalla, si se da crédito al informe de Alrom. Yo no estoy muy convencida de ello, y más bien creo que el liderazgo de Mesaana fue más figurativo.

Egwene asintió despacio con la cabeza.

—¿Y qué tienes sobre su personalidad? ¿Cómo es?

—Para la mayoría, los Renegados son más monstruos nocturnos que "personalidades" reales, madre, y se han perdido muchos datos o se han citado de forma incorrecta —respondió Saerin—. Por lo que he entendido, entre los Renegados se la podría tener por la realista, la práctica, la que, en lugar de sentarse en un trono, toma cartas en el asunto y se mancha las manos. En *Llegar a entender el Desmembramiento*, de Elandria Borndat, se insiste en que, a diferencia de Moghedien

y Graendal, Mesaana estaba dispuesta a tomar las riendas, sin tapujos.

»En ningún momento fue la más hábil ni la más poderosa de los Elegidos, pero era competente en extremo. Elandria explica que hacía lo que fuera preciso hacerse. Mientras que otros se dedicarían a intrigar, ella estaría levantando defensas y entrenando nuevos reclutas. —Saerin titubeó antes de seguir—. La imagen que da es... En fin, algo muy parecido a una Amyrlin, madre. La Amyrlin de la Sombra.

—Luz —musitó Yukiri—. No es de extrañar, pues, que se instalara aquí. —La Gris parecía muy perturbada ante tal idea.

—Sólo he encontrado una cosa más de cierta relevancia, madre —continuó Saerin—. Se trata de una curiosa referencia de la estudiosa Azul, Lannis. Esta indica que, en cuanto a la propensión a la ira, a Mesaana sólo la superaba Demandred.

—Yo daba por hecho que todos los Renegados rebosaban odio —dijo Egwene, fruncido el entrecejo.

—No he dicho odio, sino ira. Lannis opinaba que Mesaana estaba furiosa consigo misma, con el mundo, con los otros Renegados, por no encontrarse entre los de primera fila. Y eso podía convertirla en una persona muy peligrosa.

«Es una organizadora. —Egwene asintió despacio con la cabeza—. Una administradora que detesta encontrarse relegada en esa posición.»

¿Sería la razón por la que se había quedado en la Torre después de que se descubrió a las hermanas Negras? ¿Deseaba obtener un gran logro para el Oscuro? Verin había dicho que los Renegados compartían una característica unificadora: el egoísmo.

«Se proponía entregar al Oscuro una Torre Blanca rota —se dijo Egwene para sus adentros—. Pero ahí ha fracasado. Lo más probable es que estuviera metida también en el rapto de Rand. Otro fiasco. ¿Y quizá también en la idea de enviar a las mujeres a destruir la Torre Negra?»

Mesaana necesitaría tener un gran éxito para contrarrestar tantos fracasos. Matarla a ella podría servir. De ese modo tendría dividida de nuevo a la Torre Blanca.

Gawyn se había sentido mortificado cuando le dijo que podría ponerse a sí misma como cebo. ¿Se atrevería a llevarlo a cabo? Se aferró con fuerza al antepecho, en lo alto de la Torre, por encima de la ciudad que dependía de ella, contemplando un mundo que la necesitaba.

Había que hacer algo; había que conseguir que Mesaana saliera a descubierto. Si lo que decía Saerin era cierto, entonces esa mujer estaría dispuesta a luchar cara a cara, no se escondería para azuzar desde las sombras. En tal caso, Egwene tenía la obligación de tentarla con una buena oportunidad, una que no pareciera demasiado obvia, una a la que no pudiera resistirse.

—Venid. He de hacer algunos preparativos —dijo, y se dirigió hacia la rampa por la que se descendía a la Torre.

CAPÍTULO 16

Shanna'har

Faile recorría el campamento con la menguante luz de la tarde, de camino hacia la tienda de mando. Perrin había enviado los grupos de exploradores a Cairhien a través de los accesos, y regresarían a la mañana siguiente.

Perrin seguía dándole vueltas al tema de los Capas Blancas. Durante los últimos días había habido un intercambio de misivas entre los dos ejércitos, en las cuales Perrin trataba de llegar a otra reunión más formal en la que parlamentar, en tanto que los Capas Blancas insistían en librar la batalla. Faile le había dicho cuatro frescas a Perrin por haberse escabullido para reunirse con los Capas Blancas sin que estuviera ella.

Perrin les daba largas, mientras Elyas y los Aiel exploraban el campamento de los Capas Blancas para tratar de encontrar una forma de sacar a su gente de allí a hurtadillas, pero era muy probable que no la hubiera. Lo había logrado allá, en Dos Ríos, pero en aquella ocasión sólo era un puñado de cautivos, mientras que ahora eran cientos.

Perrin no lo enfocaba bien y se culpaba de lo ocurrido. En fin, dentro de poco lo hablaría con él, se dijo Faile mientras atravesaba el campamento, dejando el sector mayeniense a su izquierda, con las banderas ondeando alto.

«También tendré que encargarme pronto de ese asunto», pensó al tiempo que contemplaba la enseña de Berelain. Los rumores sobre Perrin y ella eran problemáticos. Había sospechado que Berelain intentaría algo en su ausencia, pero llevárselo a su tienda por la noche resultaba bastante descocado.

Tendría que dar los siguientes pasos con extremada cautela. Entre su esposo, su pueblo y sus aliados existía un equilibrio bastante precario. De pronto deseó poder pedirle consejo a su madre.

Aquello la sorprendió tanto que se paró en mitad del camino, que el paso de muchas personas había marcado en la hierba amarillenta y el barro.

«Luz, mira en qué me he convertido», pensó.

Dos años atrás, Faile —por aquel entonces Zarina— había huido de su hogar en Saldaea para convertirse en una Cazadora del Cuerno. Se había rebelado contra sus obligaciones como primogénita y contra el entrenamiento al que su madre quería que se sometiera.

No había huido porque odiara el trabajo y el esfuerzo; de hecho, había resultado estar capacitada para realizar todo lo que le habían pedido. En consecuencia, ¿por qué se había marchado? En parte, por buscar aventuras. Pero en parte —y ahora lo

admitía para sus adentros— debido a que las cosas se daban por supuesto. En Saldaea, uno siempre hacía lo que los demás esperaban de ti. Nadie se preguntaba si cumplirías con tu deber, sobre todo si uno era pariente de la propia reina.

Y por eso se marchó. No porque estuviera en contra de lo que llegaría a ser, sino porque detestaba el hecho de que tal cosa pareciera de todo punto inevitable. Y ahora, aquí estaba, recurriendo a todas las cosas que su madre había insistido en que aprendiera.

Sus reflexiones casi la hicieron reír. Era capaz de darse cuenta de un montón de cosas relacionadas con el campamento por el mero hecho de mirar en derredor. Tendrían que encontrar pronto un buen cuero para los zapateros. Con el agua no habría problemas porque había estado lloviendo chaparrones frecuentes durante los últimos días, pero con la madera seca para las lumbres y las fogatas era otro cantar. Había un grupo de refugiados —antiguos *gai'shain* de las tierras húmedas que miraban a los Aiel de Perrin con manifiesta hostilidad— del que habría que ocuparse enseguida. Mientras caminaba, observaba los detalles para estar segura de que el campamento tenía las medidas de higiene adecuadas y que los soldados cuidaban de sí mismos. Había hombres que mostraban sumo interés por sus monturas, pero que olvidaban hacer una comida como era debido o, como mínimo, sana. Por no sacar a colación la costumbre de pasarse la mitad de la noche de charla junto a las fogatas.

Sacudió la cabeza y siguió adelante; entró en el círculo de aprovisionamiento, donde se habían descargado las carretas con comida para la tropa de cocineros y camareras. El círculo de aprovisionamiento era casi un pueblo en sí mismo, con cientos de personas marcando caminos en su ir y venir por la hierba embarrada. Pasó junto a un grupo de jóvenes con la cara sucia que hacían agujeros en el suelo para lumbres, así como unas cuantas mujeres que charlaban y canturreaban mientras pelaban patatas, y niños que recogían corteza y la echaban a los agujeros para lumbres. No había muchos crios, pero el ejército de Perrin había agrupado a muchas familias de las zonas rurales que, muertas de hambre, habían suplicado que las dejaran ir con ellos.

Hombres de servicio llevaban cestos de patatas peladas a las ollas que unas jóvenes iban llenando de agua poco a poco haciendo viajes al arroyo. Pinches de cocina preparaban el carbón para los asados, y los cocineros de más edad se dedicaban a mezclar especias para salsas que echarían en otros productos; en realidad, era la única forma de dar sabor a cantidades tan ingentes.

Las mujeres mayores —las pocas que había en el campamento— caminaban arrastrando los pies, con la espalda doblada; llevaban en los brazos delgados unos ligeros cestos de mimbre con hierbas, y los chales ondeaban al aire mientras charlaban con voces cascadas. Los soldados iban y venían a toda prisa, cargados con animales cazados. Chicos que estaban entre la adolescencia y la madurez recogían

palos para yesca; Faile pasó cerca de un grupillo de esos muchachos que se habían distraído cazando arañas.

Era un vendaval de confusión y orden en coexistencia, como las dos caras de una moneda. Le pareció curioso lo bien que ella encajaba allí. Recordando cómo era sólo unos pocos años atrás, se sorprendió al comprender que se veía como una cría consentida y egocéntrica. ¿Dejar las Tierras Fronterizas para ser una Cazadora del Cuerno? Había abandonado obligaciones, hogar y familia. ¿En qué habría estado pensando?

Pasó junto a unas mujeres que molían grano y después rodeó un montón de cebolletas silvestres apiladas en una manta, cerca de las mujeres, a la espera de que hicieran sopa con ellas. Se alegraba de haberse ido y haber conocido a Perrin, pero eso no disculpaba sus actos. Con una mueca de disgusto, recordó cómo había obligado a Perrin a viajar por los Atajos en la oscuridad, solos. Ni siquiera recordaba qué había hecho él para encolerizarla, aunque eso jamás lo admitiría ante Perrin.

Su madre le había dicho una vez que era una consentida, y tenía razón. Su madre también insistía en que Faile aprendiera a dirigir los predios y, mientras tanto, ella soñando todo el tiempo con casarse con un Cazador del Cuerno y pasar toda la vida lejos de ejércitos y de las aburridas tareas de los nobles.

«La Luz te bendiga, madre», pensó. ¿Qué habrían hecho ella —o Perrin— sin contar con ese entrenamiento? Sin las enseñanzas de su madre, ella no habría servido para nada. Aravine habría tenido que cargar con la responsabilidad de llevar la administración de todo el campamento de Perrin. Por muy competente que fuera esa mujer, ella sola no habría podido manejar todo aquello. Ni nadie debería esperar que fuera capaz de hacerlo.

Faile llegó a la zona de puesto de mando, un pequeño pabellón que se alzaba en el mismo centro de las lumbres de cocinar. La brisa traía una mezcolanza de aromas: manteca chamuscada por las llamas, patatas cociéndose, salsas sazonadas con pimienta y condimentadas con ajo, el olor húmedo y pegajoso de cascaras de patata transportadas a la pequeña piara de cerdos que habían recogido en Malden.

El intendente, Bavin Rockshaw, era un cairhienino de tez pálida, con el canoso pelo castaño salpicado de hebras doradas, semejante al pelaje de un perro mestizo. Era un tipo larguirucho, delgado como un palo en cuanto a piernas, brazos y pecho, si bien tenía una panza casi perfectamente redonda. Por lo visto había trabajado como intendente allá por la Guerra de Aiel y era un experto en esas lides, un maestro tan experimentado en la supervisión de operaciones de suministro como un maestro ebanista lo era en las obras de carpintería.

Lo cual, por supuesto, significaba que era un experto en aceptar sobornos. Cuando vio a Faile, sonrió e hizo una reverencia lo bastante estirada para ser formal, pero sin adornos. «Sólo soy un simple soldado cumpliendo con su deber», parecía

decir aquella reverencia.

—¡Lady Faile! —exclamó, despidiendo con un gesto de la mano a sus ayudantes —. Presumo que venís a revisar los libros de cuentas, ¿verdad?

—Sí, Bavin —confirmó, aunque sabía que no encontraría nada sospechoso en ellos. El intendente era demasiado cuidadoso para caer en eso.

Aun así, se dispuso a hacer un repaso superficial por todas las anotaciones. Uno de los hombres le llevó un taburete y otro colocó delante una mesa para que apoyara el libro mayor, mientras que un tercero le llevaba una taza de té. Se quedó impresionada por la pulcritud con que estaban reflejadas las columnas. Su madre le había explicado que, a menudo, un intendente haría muchas anotaciones enredadas que hicieran referencia a otras páginas o a otros libros mayores, separando distintos tipos de suministros en diferentes libros contables, todo ello para que resultara difícil rastrear lo que pasaba en realidad. Un cabecilla al que confundiera la complejidad de las anotaciones daría por sentado que el intendente estaba haciendo su trabajo.

En estos libros no había nada de eso. Fueran cuales fuesen los trucos que Bavin utilizara con las cuentas para disimular sus hurtos, tenían que ser como poco producto de la magia. Y estaba robando; o, al menos, siendo creativo en cuanto a la distribución de los víveres. Era algo inevitable. La mayoría de los intendentes ni siquiera lo consideraba un robo; se encargaban de los suministros, y no había más que hablar.

—Qué extraño es todo esto —dijo Faile mientras pasaba las hojas del libro mayor —. Los raros caprichos de la suerte.

—¿Perdón, mi señora? —preguntó Bavin.

—¿Hummm? Oh, nada, nada. Sólo que en el campamento de Torven Rikshan han recibido sus raciones su buena hora antes que los demás campamentos, todas las noches. A buen seguro que sólo es pura casualidad.

—Sin lugar a dudas, mi señora —contestó Bavin tras una ligera vacilación.

Faile siguió hojeando los libros. Torven Rikshan era un lord cairhienino al que se había puesto al mando de uno de los veinte campamentos que acogían a la gran masa de refugiados. Tenía en él a un gran número de nobles, y Aravine había hecho notar esto a Faile; no estaba segura de lo que había dado Torven a cambio de recibir los víveres para las comidas con más rapidez, pero no lo dejaría pasar por alto. Los otros campamentos podrían pensar que Perrin favorecía a uno más que al resto.

—Sí —dijo Faile, que soltó una risita despreocupada—. Mera coincidencia. Estas cosas ocurren en un campamento tan grande como el nuestro. Vaya, pero si el otro día Varkel Tius protestó cuando habló conmigo porque había hecho una petición de lona para reparar tiendas rotas hacía casi una semana, y aún no le había llegado esa lona. Sin embargo, sé con certeza que a Soffi Moraton se le rasgó su tienda durante la travesía del arroyo, pero la tenía reparada esa misma tarde.

Bavin guardó silencio.

Faile no hacía acusaciones. Su madre le había advertido que un buen intendente era demasiado valioso para arrojarlo a una prisión, sobre todo cuando era posible que el siguiente hombre que ocupara el puesto fuera la mitad de competente e igual de corrupto. El deber de Faile era no denunciar ni avergonzar a Bavin, sino conseguir preocuparlo lo suficiente para que se mantuviera a raya.

—Quizá puedas hacer algo respecto a estas irregularidades, Bavin —dijo mientras cerraba el libro mayor—. Detesto cargarte con estos asuntos tan tontos, pero los problemas no deben llegar a oídos de mi esposo. Ya sabes cómo se pone cuando se enfada.

De hecho, que Perrin hiciera daño a un hombre como Bavin era tan improbable como que ella agitara los brazos y echara a volar. Pero el campamento no lo veía así. Se habían propagado rumores sobre la cólera de Perrin durante la batalla, así como las peleas con ella de vez en cuando —provocadas por la propia Faile a fin de sostener una buena discusión, como era debido—, y la gente daba por sentado que Perrin tenía un genio terrible. Eso estaba bien, siempre y cuando también pensaran en él como un hombre honrado y afable. Protector de los suyos y, sin embargo, irascible con quienes lo contrariaban.

Se levantó del taburete y le tendió los libros a uno de los hombres, un tipo de cabello rizado que tenía manchas de tinta en los dedos y en el chaleco. Sonrió a Bavin y después salió del círculo de abastecimiento. Notó con desagrado que el montón de cebolletas silvestres apartadas a un lado del camino se había estropeado en el corto rato que había transcurrido desde que lo había visto al pasar; los tallos estaban deshechos y babosos, como si llevaran semanas pudriéndose al sol. Ese deterioro de los alimentos había empezado a ocurrir en el campamento hacía muy poco; pero, según los informes, pasaba con más frecuencia en parajes agrestes.

No era fácil calcular la hora con el cielo encapotado, aunque por la creciente oscuridad en el horizonte había llegado el momento de reunirse con Perrin. Faile sonrió. Su madre le había advertido lo que pasaría, le había dicho lo que se esperaba de ella, y Faile había temido sentirse atrapada para toda la vida.

Pero lo que Deira no había mencionado era cuán satisfactorio sería. Perrin marcaba la diferencia. No era una trampa en absoluto estar atada a él.

Perrin, con un pie plantado en el tronco de un árbol caído, miraba hacia el norte. Desde la cima de la colina alcanzaba a ver las llanuras que se extendían hacia los despeñaderos del Muro de Garen. Las paredes se alzaban como los nudillos de un gigante adormecido.

Abrió la mente, en busca de lobos. Había algunos a lo lejos, apenas apreciables para percibirlos. Los lobos se mantenían alejados de grandes agrupaciones de

hombres.

El campamento se extendía tras él, con las fogatas de los puestos de guardia titilando en el perímetro. Esta ladera se hallaba lo bastante lejos para no estar a la vista, pero no tanto como para encontrarse aislada. No sabía la razón por la que Faile le había pedido que se reuniera con ella allí al anochecer, pero su olor era excitado, así que no había hecho preguntas. A las mujeres les gustaba tener sus secretos.

La oyó acercarse por la falda de la colina, los pasos suaves sobre la hierba húmeda. Se le daba bien caminar sin hacer apenas ruido, aunque no tanto como a Elyas o a uno de los Aiel, pero mejor de lo que uno podría imaginar de ella. Además, percibió en su efluvio el jabón de espliego. Faile sólo lo usaba los días que consideraba especiales.

Se detuvo en la cima, hermosa, impresionante. Vestía un chaleco violeta sobre una larga blusa de seda del mismo color, aunque un poco más claro. ¿De dónde habría sacado la ropa? No la había visto con esas delicadas prendas hasta ahora.

—Esposo —dijo al llegar ante él.

Percibía la presencia de otros casi al pie de la colina; probablemente eran miembros de *Cha Faile* que ella había dejado atrás.

—Pareces preocupado.

—Es culpa mía que hayan capturado a Gill y los demás, Faile. Mis fallos siguen acumulándose. Es un milagro que todavía haya gente que me siga.

—Perrin, ya hemos hablado de esto. —Le puso la mano en el brazo—. No debes decir esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque nunca te he tenido por un mentiroso —le respondió con un suave dejo de reproche.

Perrin la miró. Estaba oscureciendo, pero todavía distinguía los detalles. A ella le costaría bastante más apreciarlos.

—¿Por qué te sigues resistiendo a esto? —preguntó Faile—. Eres un buen líder, Perrin.

—No me habría entregado a cambio de ellos —manifestó.

—¿Qué tiene eso que ver con...? —empezó ella, ceñuda.

—Allá, en Dos Ríos, estaba dispuesto a hacerlo. —Se dio la vuelta y miró de nuevo hacia el norte—. Cuando los Capas Blancas prendieron a la familia de Mat y a los Luhhan, me habría entregado. Esta vez, no lo habría hecho. Aunque le preguntara a su cabecilla qué quería a cambio, sabía que no me entregaría.

—Porque te estás volviendo un líder mejor.

—¿Cómo puedes decir eso? Lo que me estoy volviendo es más insensible, Faile. Si supieras las cosas que hice para recuperarte, las cosas que habría hecho...

Toqueteó el martillo que llevaba colgado al costado. Colmillo o garra, Joven

Toro, tanto da. Había desechado el hacha, mas ¿acaso era la culpable de su brutalidad? Sólo era un utensilio. Podía usar el martillo para hacer las mismas cosas horribles.

—No es insensibilidad. Ni egoísmo —lo contradijo Faile—. Ahora eres un señor y no puedes permitir que se crea que capturar a tus vasallos socavará tu autoridad. ¿Crees que la reina Morgase renunciaría a su trono porque unos tiranos secuestraran a sus subditos? Ningún líder gobierna de esa forma. Que seas incapaz de detener los actos de gente malvada no te convierte en malvado a ti.

—No quiero la responsabilidad del mando, Faile. Nunca la he querido.

—Lo sé.

—A veces desearía no haber salido jamás de Dos Ríos. Ojalá hubiera dejado que Rand corriera hacia su destino y que la gente normal se hubiera quedado atrás para seguir con sus vidas.

Captó un olor de irritación en su mujer.

—Pero, si me hubiese quedado —añadió con premura—, nunca te habría conocido. Así que me alegro de haberme marchado. Sólo digo que me sentiré feliz cuando todo esto haya quedado atrás y pueda regresar a cualquier sitio sencillo.

—¿Es que crees que Dos Ríos volverá a ser como lo recuerdas?

Perrin vaciló. Ella tenía razón; cuando se marcharon la última vez ya había señales de cambios. Refugiados que llegaban a través de las montañas, los pueblos abarrotados de gente... Y ahora, tantos hombres uniéndose a la guerra, con ocurrencias tan absurdas como que tenían un señor.

—Podría encontrar otro sitio —contestó, consciente de que hablaba con testarudez—. Hay otros pueblos. No cambiarán todos.

—¿Y me arrastrarás a uno de esos pueblos, Perrin Aybara? —preguntó Faile.

—Yo...

¿Qué pasaría si Faile, su hermosa Faile, estuviera confinada en un pueblecito tranquilo? Él insistía en que sólo era un herrero. Pero ¿era Faile la esposa de un herrero?

—Jamás te obligaría a hacer nada, Faile —le dijo, sujetándole la cara con una mano. Siempre se sentía desmañado cuando tocaba las satinadas mejillas con sus gruesos y encallecidos dedos.

—Yo iría si de verdad quisieras que lo hiciera —contestó ella. Eso lo sorprendió. Por regla general esperaría un comentario brusco por su torpe lenguaje—. Pero ¿es eso lo que quieres? ¿Lo es de verdad?

—No sé lo que quiero —respondió con franqueza. No, claro que no deseaba arrastrar a Faile a una aldea cualquiera—. Tal vez... ¿Qué tal trabajar de herrero en una ciudad, en alguna parte?

—Si quieres... —repitió ella—. Claro que hacer eso dejaría a Dos Ríos sin un

señor. Tendrían que buscarse otro.

—No. No necesitan un señor. Ésa es la razón de haberlos obligado a que dejen de tratarme como si lo fuera.

—¿Y crees que han renunciado a ello con tanta rapidez? —preguntó Faile con un ligero olor a guasa—. ¿Después de ver que todos los demás lo hacen? ¿Después de que actuaran servilmente con ese necio de Luc? ¿Después de acoger a todas esas personas del llano de Almoth, acostumbradas a tener señores?

¿Qué harían las gentes de Dos Ríos si él renunciara a ser su señor? En un desalentador instante de comprensión, supo que Faile tenía razón.

«Seguro que elegirían a alguien que lo haría mejor que yo. Tal vez a maese al'Vere.»

Sin embargo, ¿podía confiar en que ocurriría así? Hombres como maese al'Vere o Tam podrían rechazar el puesto. ¿Y no acabarían por elegir a alguien como el viejo Cenn Buie? ¿Tendrían opción de escoger? Si él se retiraba, ¿podría ocurrir que alguien se imaginara como un noble de alta alcurnia y se hiciera con el poder?

«No seas necio, Perrin Aybara. Casi cualquiera lo haría mejor que tú.»

Aun así, la idea de que otro asumiera el mando —imaginar a otro siendo un noble señor— le hizo sentir una gran ansiedad. Y una sorprendente tristeza.

—Vamos, deja de cavilar —le dijo Faile—. Tengo magníficos planes para esta noche.

Dio tres fuertes palmadas, y al pie de la colina empezó a haber movimiento. Poco después, unos criados llegaban a la cima. Perrin los identificó como gente que Faile había tomado a su servicio entre los refugiados, un grupo tan leal a su mujer como lo era *Cha Faile*.

Iban cargados con lonas que extendieron en el suelo. A continuación, las cubrieron con mantas. ¿Y qué era ese olor que le llegaba desde abajo? ¿Jamón?

—¿Qué es todo esto, Faile?

—Al principio di por sentado que tenías planeado algo especial para nuestro *shanna'har*. Pero empecé a ponerme nerviosa cuando no lo mencionaste, así que pregunté. Me enteré de que en Dos Ríos no lo celebráis, por extraño que pueda parecer.

—¿*Shanna'har*? —repitió Perrin mientras se rascaba la cabeza.

—Dentro de unas semanas se cumplirá nuestro primer año como matrimonio. Este es nuestro primer *shanna'har*, nuestra celebración de esponsales. —Se cruzó de brazos y observó a los criados que colocaban viandas sobre la manta—. En Saldaea celebramos el *shanna'har* todos los años, a principios de verano. Es una fiesta para celebrar que seguimos juntos un año más, otro año sin que el esposo ni la esposa hayan perecido a manos de los trollocs. A las parejas jóvenes se les dice que disfruten y saboreen su primer *shanna'har* como saborearían una comida suculenta la primera

vez que se prueba. Esta celebración sólo será algo nuevo para nosotros una vez.

Los criados colocaron la cena, así como varios cuencos de cristal con velas encendidas. Faile despidió a los criados con una sonrisa y un gesto de la mano, y todos se marcharon colina abajo. Era evidente que Faile se había preocupado de que la comida fuera abundante y espléndida. La manta, tal vez conseguida del botín de los Shaido, tenía bordados. Las viandas estaban servidas en bandejas y fuentes de plata, el jamón descansaba sobre una cama de cebada hervida y llevaba alcaparras por encima. Incluso había vino. Faile se acercó más a él.

—Soy consciente de que han pasado muchas cosas este año que no merecen saborearse: Malden, el Profeta, el crudo invierno... Pero si ése ha sido el precio por estar contigo, Perrin, entonces lo pagaría de buen grado multiplicado por doce.

»Si todo fuera normal, pasaríamos el próximo mes haciéndonos regalos el uno al otro, reafirmando nuestro amor, celebrando nuestro primer verano como marido y mujer. Dudo que tengamos el mes de tranquilidad que nos correspondería, pero al menos pasaremos juntos esta noche y la disfrutaremos.

—No sé si podré, Faile. Los Capas blancas, el cielo... ¡Luz! Si casi tenemos encima la Última Batalla. ¡La Última Batalla, Faile! ¿Cómo voy a estar de celebración mientras tienen a los míos retenidos, amenazados con la ejecución, y mientras el propio mundo podría perecer?

—Pues si el propio mundo va a perecer, ¿no es ahora el momento de que un hombre dedique tiempo a valorar lo que tiene? ¿Antes de que le arrebaten todo?

Perrin vaciló. Faile posó la mano en su brazo; qué tacto tan suave. No había alzado la voz. ¿Es que quería que gritara él? Resultaba tan difícil discernir si ella buscaba discutir o no. A lo mejor, Elyas podría darle un consejo.

—Por favor, intenta relajarte una noche. Hazlo por mí —le pidió Faile en voz baja.

—De acuerdo —accedió mientras ponía la mano sobre la de ella.

Faile lo condujo hasta la manta y se sentaron juntos frente al surtido de platos y bandejas de plata. Faile encendió más velas, además de las que habían dejado encendidas los sirvientes. La noche era fría; quizá porque las nubes parecían alejar la calidez del verano.

—¿Por qué has organizado esto al aire libre en lugar de hacerlo en nuestra tienda? —preguntó Perrin.

—Le pregunté a Tam qué hacéis en Dos Ríos para el *shanna'har*. Y, como me temía, descubrí que vosotros no lo celebráis. Estarás de acuerdo en que eso es de pueblos atrasados, así que tendremos que cambiar las costumbres una vez que las cosas se hayan calmado. Con todo, Tam me contó que lo más parecido que había era algo que su esposa y él hacían. Una vez al año preparaban una comida, lo más extravagante que se podían permitir, y hacían una excursión a un sitio nuevo en el

bosque. Allí comían y pasaban juntos el día. —Se acurrucó contra él—. Nuestra boda se celebró al estilo de Dos Ríos, así que quería que este día fuera también siguiendo esta costumbre.

Él sonrió. A despecho de sus protestas de antes, empezaba a sentirse menos tenso. Las viandas olían bien y el estómago le retumbó, lo que indujo a Faile a sentarse derecha, tomar un plato y servírselo.

Perrin se lanzó a comer con entusiasmo. Intentó mantener los buenos modales, pero la comida era excelente y el día había sido muy largo. Se encontró atacando el jamón con ferocidad, aunque procuró que no goteara el jugo en la bonita manta.

Faile comía más despacio; en su olor se mezclaba el efluvio a regocijo con el perfume del jabón.

—¿Qué? —inquirió Perrin, que se limpió la boca. Ahora que el sol se había metido del todo, sólo la luz de las velas iluminaba a su esposa.

—Hay mucho de lobo en ti, esposo mío.

Se quedó paralizado al caer en la cuenta de que se estaba chupando los dedos. Gruñó para sus adentros y se limpió con una servilleta. Por mucho que le gustaran los lobos, no los invitaría a cenar con él a una mesa.

—Querrás decir que hay demasiado.

—Eres lo que eres, esposo. Y resulta que amo lo que eres, de modo que eso está bien.

Él siguió comiendo su trozo de jamón. La noche era tranquila; los criados se habían retirado a suficiente distancia para que él no los oliera ni los viera. A buen seguro que Faile había dado órdenes de que no los molestaran, y con los árboles que había al pie de la colina no tendrían que preocuparse de que los vieran.

—Faile —empezó en voz queda—, tienes que saber lo que me pasó mientras estabas cautiva. Hice cosas que temía que me convirtieran en otra persona a la que ya no querrías. No fue sólo el trato con los seanchan. Había gente en una ciudad, So Habor, en la que no puedo dejar de pensar. Gente a la que tal vez habría podido ayudar. Y había un Shaido, con la mano...

—Todo eso lo sé. Creo que hiciste lo que era necesario.

—Habría llegado mucho más lejos —admitió—. Aunque no dejé de odiarme en todo momento. Decías que un señor ha de ser lo bastante fuerte para resistir que alguien lo manipule. Bien, pues, jamás seré tan fuerte. No si te han llevado lejos de mí.

—En ese caso, tendremos que asegurarnos de que nadie me capture.

—Eso podría acabar conmigo, Faile —musitó—. Me siento capaz de hacer frente a cualquier otra cosa, pero si te utilizan contra mí, no habrá nada que me importe más que tú. Haría cualquier cosa por protegerte, Faile. Cualquier cosa.

—Entonces, quizá deberías envolverme en gasas —repuso con sequedad ella—.

Y meterme en una habitación cerrada a cal y canto.

Lo extraño es que el olor no era de estar ofendida.

—Eso jamás lo haría y tú lo sabes. Pero significa que tengo un punto débil, uno terrible. Uno que un líder no puede permitirse tener.

Faile resopló con sorna.

—¿Es que crees que otros cabecillas no tienen debilidades, Perrin? Todos los monarcas de Saldaea han tenido la suya propia. Nikiol Dianatkhah era un borracho, a pesar de que lo tenemos por uno de nuestros reyes más grandes. Y Belairah encarceló a su esposo cuatro veces. El corazón siempre la metía en problemas. Jonasim tenía un hijo que era un jugador y que casi llevó a la ruina a su casa. Y Lyonford era incapaz de controlar el genio si lo desafiaban. Sin embargo, todos y cada uno de ellos fueron grandes monarcas. Y todos tenían su punto débil.

Perrin siguió comiendo, pensativo.

—En las Tierras Fronterizas tenemos un dicho: «En una espada bruñida se refleja la verdad.» Un hombre puede afirmar que cumple con diligencia sus obligaciones; pero, si su espada no está brillante, cualquiera se da cuenta de que ha estado haraganeando.

»Bien, pues, tu espada reluce, esposo mío. Estas últimas semanas no has dejado de repetir que fuiste un mal líder durante mi cautividad. ¡Es como si quisieras hacerme creer que habías conducido al desastre a todo el campamento! Pero eso no es verdad en absoluto. Mantuviste a la gente centrada; la motivaste merced a mantener una actitud firme, comportándote como un señor.

—Berelain tiene algo que ver en eso —dijo Perrin—. Casi he pensado que esa mujer me habría dado un baño si hubiera estado un día más sin asearme.

—Seguro que hacer tal cosa no habría servido de ayuda para disipar los rumores —fue el seco comentario de su mujer.

—Faile, yo...

—Yo me ocuparé de Berelain. —En la voz de Faile se percibía un timbre peligroso—. Ésa es una de las tareas en las que tú no tienes por qué perder el tiempo.

—Pero...

—Yo me encargaré de ella —repitió con más firmeza.

A menos que quisiera empezar una larga discusión, no era prudente desafiarla cuando olía así. Ella se calmó y comió otro poco de cebada.

—Cuando dije que eras como un lobo, esposo, no me refería a la forma de comer. Hablaba del modo en que centras tu atención. Tienes tesón. Y empuje. Si se te presenta un problema que has de resolver, no pararás hasta resolverlo, por grande que sea. ¿Te das cuenta? Esos son atributos maravillosos en un líder. Es exactamente lo que necesita Dos Ríos. Dando por hecho, claro, que tengas una esposa que se ocupe de los asuntos más triviales. —Frunció el entrecejo—. Ojalá hubieses hablado

conmigo antes de mandar quemar la bandera. Ahora no será fácil izarla de nuevo sin que parezca una estupidez.

—Es que no quiero que vuelva a izarse. Por eso ordené quemarla.

—Pero ¿por qué?

Dio otro bocado al jamón evitando mirarla de forma intencionada. Faile olía a curiosidad, una curiosidad casi desesperada.

«No puedo dirigirlos —pensó—. No hasta que no me sepa capaz de dominar al lobo.» ¿Cómo explicárselo? ¿Cómo exponer que le daba miedo la forma en que el lobo tomaba el control cuando luchaba, cuando deseaba muchísimo algo?

No se libraría de los lobos; ya formaban parte de él, una parte muy importante. Pero ¿en qué posición dejaría a su gente, a Faile, si se perdía en la otra naturaleza que convivía con el hombre que era?

Recordó de nuevo a una criatura que en otros tiempos había sido un hombre, un ser sucio encerrado en una jaula. No hay nada aquí que recuerde haber sido Noam, nada que recuerde a un ser humano.

—Esposo. —Faile le puso la mano en el brazo—. Por favor.

Olía a dolor, y eso le estrujó el corazón.

—Tiene que ver con esos Capas Blancas —le dijo.

—¿Qué? Perrin, creí haberte dicho que...

—Tiene que ver con lo que me ocurrió la primera vez que topé con ellos. Y con lo que había empezado a descubrir los días previos a ese encuentro.

Faile frunció el entrecejo.

—Ya te he contado que maté a dos Capas Blancas antes de conocerte.

—Sí.

—Ponte cómoda. Quiero contártelo todo, la historia completa.

Y así lo hizo. Al principio, titubeante, pero enseguida las palabras le salieron con más facilidad. Habló de Shadar Logoth y de cómo se desperdigó el grupo. De Egwene, que dejó que él se pusiera al mando; quizás ésa había sido la primera vez en que se había visto obligado a hacerlo.

Ya le había hablado de su encuentro con Elyas. Faile sabía muchas cosas sobre él, cosas que no había contado a nadie más, cosas que ni siquiera había comentado con Elyas. Ella sabía lo del lobo. Sabía que le daba miedo perderse en él.

Pero lo que no sabía era lo que él sentía en la batalla. No sabía lo que había experimentado al matar a aquellos Capas Blancas, al saborear su sangre, ya fuera en su propia boca o a través de su vínculo con los lobos. No sabía lo que había sido para él que lo consumieran la ira, el miedo y la desesperación cuando se la llevaron. Ésas eran las cosas que le contó a trompicones.

Le habló del frenesí que lo dominaba cuando la buscaba en el Sueño del Lobo. Le contó lo de Noam y lo que había temido que le pasara a él. Y de cómo lo relacionaba

con la forma en que actuaba cuando luchaba.

Iluminada por la luz de las velas, sentada con las piernas dobladas contra el pecho y los brazos en torno a éstas, Faile escuchaba en silencio. Perrin notaba que procuraba controlar sus efluvios. A lo mejor tendría que haber omitido algunas cosas. A ninguna mujer le gustaría descubrir que su esposo se convertía en una bestia cuando mataba, ¿verdad? Pero, ahora que había empezado a hablar, deseaba librarse de todos sus secretos. Estaba harto de tener que esconderlos.

Con cada palabra pronunciada se relajaba un poco más. Hablar consiguió lo que la cena —por impresionante que hubiera sido— no había logrado. Contar a Faile todas sus luchas internas era como quitarse un peso de encima.

Acabó hablando de *Saltador*. No sabía bien por qué había dejado al lobo para el final; *Saltador* tenía mucho que ver con casi todo lo que había contado antes, como lo de los Capas Blancas o el Sueño del Lobo. Pero le parecía justo reservar a *Saltador* para el final, y así lo hizo.

Al acabar se quedó mirando la llamita de una de las velas. Dos se habían apagado ya, aunque quedaban otras que aún titilaban. Esa luz no era tenue para él. Le costaba trabajo recordar cómo había sido en los tiempos en que sus sentidos eran tan débiles como los de cualquier hombre normal y corriente.

Faile se reclinó contra él e hizo que la rodeara con el brazo.

—Gracias —dijo.

Perrin soltó un profundo suspiro y se recostó en el tronco caído que tenía detrás, disfrutando de la calidez de su esposa.

—Quiero hablarte de Malden —dijo Faile.

—No tienes que hacerlo sólo porque yo haya...

—Chitón. He guardado silencio mientras hablabas. Ahora me toca a mí.

—De acuerdo.

Tendría que haberle preocupado oír el relato de Malden. Se quedó apoyado en el tronco —con el cielo chispeante de energía allá arriba y el Entramado en peligro de deshacerse—, mientras su esposa hablaba de su captura, de las palizas recibidas. Sin embargo, era una de las vivencias más relajantes que jamás había experimentado.

Los sucesos en aquella ciudad habían sido importantes para ella, puede que incluso convenientes. Aunque se enfureció al saber que Sevanna la había dejado atada y desnuda toda una noche. Algún día daría caza a esa mujer.

Pero no ese día. Ahora tenía a su esposa en los brazos, y su voz firme era reconfortante. Tendría que haber imaginado que Faile habría planeado como escapar. De hecho, al oír sus minuciosos preparativos empezó a sentirse como un tonto. Faile había temido que consiguiera que lo mataran al intentar rescatarla; no lo dijo, pero él lo dedujo. Qué bien lo conocía.

Faile dejó fuera algunas cosas, pero a Perrin no le importó. Sin sus secretos, Faile

sería como un animal atrapado y enjaulado en un corral. Aun asi, captó una buena pista de lo que ocultaba. Tenía algo que ver con aquel Sin Hermanos que la había capturado, algo sobre los planes de Faile de embaucar al hombre y a sus amigos para que la ayudaran a huir. Quizás había tomado afecto a ese hombre y no quería que él lamentara haberlo matado. No era así en absoluto. Los Sin Hermanos habían vivido con los Shaido y habían atacado y matado a hombres que él tenía a su cargo. Ningún gesto de bondad redimiría tal hecho. Merecían morir.

Eso le dio que pensar. Era muy probable que los Capas Blancas dijeran cosas similares sobre él. Pero los Capas Blancas habían atacado primero.

Faile acabó de hablar. Para entonces, ya era muy tarde y Perrin acercó un bulto de ropa que los criados habían dejado y sacó una manta.

—¿Y bien? —preguntó Faile mientras él se acomodaba de nuevo y volvía a rodearla con el brazo.

—Me sorprende que no me soltaras un rapapolvo por irrumpir violentamente como un toro salvaje y pisotear todos tus planes.

Eso la hizo oler a satisfacción. No era la emoción que esperaba percibir, pero hacía mucho tiempo que había renunciado a intentar descifrar los cauces por los que discurrían los pensamientos de las mujeres.

—Casi lo he sacado a colación esta noche, y así habríamos tenido una discusión como es debido y la subsiguiente reconciliación.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Decidí que esta noche tenía que hacerse todo al estilo de Dos Ríos.

—¿Y crees que los esposos no discuten en Dos Ríos? —preguntó él, divertido.

—Bueno, puede que lo hagan. Pero tú, esposo mío, siempre pareces incómodo cuando nos gritamos. Me alegro mucho de que hayas empezado a plantarte firme por ti mismo, como tiene que ser. Aunque sé que te he exigido demasiado para que te adaptes a mis costumbres. Decidí que esta noche yo trataría de adaptarme a las tuyas.

Aquéllas eran unas palabras que jamás había esperado oír en boca de Faile. Le parecía lo más personal que le había entregado hasta ahora. Aunque era embarazoso, notó que las lágrimas le humedecían los ojos; estrechó a su mujer contra sí.

—Te lo advierto —dijo ella—, no vayas a pensar ahora que soy una dócil cordera.

—Jamás se me ocurriría pensar tal cosa. Jamás.

De nuevo el olor a satisfacción.

—Lamento que no se me pasara por la cabeza la posibilidad de que podrías escapar por tus propios medios —se disculpó Perrin.

—Te perdono.

Él miró aquellos hermosos ojos oscuros en los que se reflejaba la luz de las velas.

—¿Significa eso que podemos reconciliarnos sin haber discutido?

—Por esta vez, lo permitiré —sonrió Faile—. Y, por supuesto, los criados tienen

órdenes estrictas de impedir que nadie nos moleste.

La besó. Todo era perfecto, y sabía que las preocupaciones que había albergado —así como la incomodidad que surgía a veces entre ellos desde Malden— habían quedado atrás. Tanto si había sido algo real como si sólo había sido producto de su imaginación, había pasado. Tenía de nuevo a Faile con él, real y plenamente.

CAPÍTULO 17

Despedidas y un encuentro

La mañana siguiente al ataque del *gholam*, sintiéndose agarrotado y dolorido, Mat despertó de sueños tan desagradables como huevos podridos desde hacía un mes. Había pasado la noche durmiendo en un hueco que había encontrado debajo de la carreta de materiales de Aludra. Había elegido el lugar por el más puro azar, con una tirada de dados.

Salió de debajo de la carreta, se puso de pie y giró el hombro hasta que lo sintió chascar. Qué puñetas. Una de las mejores cosas de disponer de dinero era no tener que dormir en una cuneta. Había mendigos que pasaban noches mejores que la que había pasado él.

La carreta olía a azufre y a pólvora. Estuvo tentado de echar una ojeada por debajo de la lona alquitranada tensada sobre la parte trasera del vehículo, pero no serviría de nada. Aludra y sus componentes explosivos eran incomprensibles. Con tal que los dragones funcionaran, a Mat no le importaba ignorar cómo lo hacían. En fin, no le importaba mucho. No tanto como para correr el riesgo de irritarla.

Por suerte para él, la mujer no se encontraba en la carreta. Habría protestado otra vez por no haberle conseguido todavía un campanero. Por lo visto pensaba que era su chico de los recados. Uno algo indómito, que se negaba a hacer su trabajo como era debido. Casi todas las mujeres tenían momentos así.

Caminó por el campamento mientras se sacudía el pelo para quitarse las briznas de paja. Estuvo a punto de ir a buscar a Lopin para que le preparase un baño, pero entonces recordó que Lopin había muerto. ¡Maldición! Pobre hombre.

Pensar en el pobre Lopin lo puso aún más taciturno, pero se dirigió hacia donde encontraría algo para desayunar. Juilin lo encontró antes a él. El bajo husmeador teariano llevaba puesto el gorro con forma de cono truncado y la chaqueta azul oscura.

—Mat, ¿es cierto? ¿Has dado permiso para que las Aes Sedai regresen a la Torre?

—No necesitaban mi permiso para marcharse —respondió, con un respingo. Si las mujeres oían a alguien exponerlo de ese modo, le teñirían el pellejo y harían con él cuero para sillas de montar—. Sin embargo, voy a proporcionarles caballos.

—Ya los tienen —respondió Juilin, que miró hacia las hileras de caballos estacados—. Dijeron que les diste permiso.

Mat suspiró. El estómago le protestó de hambre, pero el desayuno tendría que esperar. Se dirigió hacia las hileras de caballos estacados; tendría que asegurarse de que las Aes Sedai no se llevaran sus mejores monturas.

—Estaba pensando en ir con ellas y llevar a Thera a Tar Valon —comentó Juilin, que echó a caminar a su lado.

—Puedes irte cuando gustes —contestó Mat—. No voy a retenerte aquí.

Juilin era un buen tipo, aunque un poco estirado a veces. En fin, muy estirado. Juilin conseguiría que, en comparación, un Capa Blanca pareciera relajado. No era la clase de hombre con el que a uno le gustaba jugar una partida de dados; se pasaría la noche dirigiendo miradas ceñudas a todos los parroquianos de la taberna y rezongando por los delitos que a buen seguro habían cometido. Pero era de fiar, y una buena ayuda si uno estaba en un aprieto.

—Yo quiero volver a Tear, pero los seanchan estarían demasiado cerca y a Thera le preocupa eso. Tampoco le hace mucha gracia la idea de vivir en Tar Valon, pero no tenemos mucho donde elegir y las Aes Sedai me han prometido que si voy con ellas, me conseguirán trabajo allí.

—Así que esto es una despedida, ¿no? —Mat se paró y se volvió hacia el otro hombre.

—De momento —contestó Juilin.

El teariano vaciló, pero luego le tendió la mano y Mat se la estrechó. Acto seguido, el husmeador se marchó para reunirse con su pareja y recoger sus cosas.

Mat se quedó pensativo un momento; luego cambió de opinión y se dirigió hacia la tienda de cocina. Era más que probable que Juilin retrasara la salida de las Aes Sedai, y él quería recoger algo.

Poco después llegó a las hileras de monturas estacadas llevando debajo del brazo un bulto envuelto en tela. Ni que decir tiene que las Aes Sedai habían organizado una caravana desmesuradamente grande con algunos de sus mejores caballos. Por lo visto, Teslyn y Joline habían decidido que también podían apropiarse de algunos animales de carga y algunos soldados para encargarse del trabajo. Mat suspiró y se dirigió hacia el barullo mientras inspeccionaba con detalle los caballos.

Joline estaba montada en Fulgor de luna, una yegua de raza teariana que había pertenecido a uno de los hombres que Mat había perdido durante la lucha para escapar de los seanchan. La más reservada Edesina montaba en Chispa, y echaba ojeadas de vez en cuando a las dos mujeres que estaban de pie a un lado; Bethamin, de tez oscura, y Seta, pálida y de cabello rubio, habían sido *sul'dam*.

Las seanchan procuraban con todas sus fuerzas mostrar una actitud distante y fría mientras el grupo se reunía. Mat se acercó a ellas despacio.

—Alteza, ¿es cierto? —preguntó Seta—. ¿Vais a permitir a éstas que deambulen en libertad, lejos de vuestra alteza?

—Es mejor librarse de ellas —respondió Mat, que se encogió al oír la elección del título utilizado por la mujer.

¿Es que tenían que ir tirando al aire esos tratamientos, como si fueran peniques de

madera? En fin, que aunque las dos seanchan habían cambiado mucho desde que se habían unido al grupo, todavía les sorprendía que Mat no quisiera utilizar a las Aes Sedai como armas.

—¿Queréis iros o queréis quedaros? —les preguntó.

—Nos iremos —contestó con firmeza Bethamin. Por lo visto, estaba decidida a aprender.

—Sí —confirmó Seta—, aunque a veces creo que lo mejor sería dejarnos morir, oponiéndonos a... En fin, lo que somos, lo que simbolizamos, significa que representamos un peligro para el imperio.

—Tuon es una *sul'dam* —dijo Mat, que asintió con la cabeza.

Las dos mujeres bajaron la vista.

—Id con las Aes Sedai. Os daré caballos para vosotras y así no tendréis que depender de ellas. Aprended a encauzar. Eso será mucho más útil que morir. Quizás algún día vosotras dos podréis convencer a Tuon de la verdad. Ayudadme a encontrar el modo de arreglar esto sin provocar que el imperio se desmorone.

Las dos mujeres lo miraron, de repente con un aire más firme, más seguro.

—Sí, alteza —dijo Bethamin—. Es un buen objetivo para nosotras. Gracias, alteza.

¡Pero si Seta tenía los ojos llorosos! Luz, ¿qué creían que acababa de prometerles? Mat se apartó antes de que se imaginaran más ideas raras. Malditas mujeres. Aun así, no pudo evitar sentir lástima por ellas. Sabedoras de ser capaces de encauzar, les asustaba la idea de que tal vez fueran un peligro para quienes tenían a su alrededor.

«Así es como se sentía Rand. Pobre infeliz», pensó. Como siempre, el remolino de colores apareció al pensar en él. Intentaba no hacerlo a menudo; pero, antes de conseguir que los colores desaparecieran, tuvo un atisbo de Rand afeitándose en un elegante espejo dorado que estaba colgado en un bello cuarto para baños.

Mat impartió algunas órdenes a fin de que les proporcionaran caballos a las *sul'dam* y después se dirigió hacia las Aes Sedai. Thom había llegado también y se acercó sin prisas.

—Luz, Mat. Tienes el aspecto de alguien que se ha quedado atorado en un brezal y ha salido hecho unos zorros.

Mat se llevó la mano al pelo, que a buen seguro era todo un espectáculo.

—He sobrevivido a la noche y las Aes Sedai se marchan. Casi estoy por ponerme a bailar una giga, ya ves.

—¿Sabías que iba a haber dos más aquí? —dijo Thom con su resoplido.

—¿Las *sul'dam*? Lo suponía.

—No, me refiero a esos dos —señaló.

Mat se volvió y frunció el entrecejo al ver a Leilwin y Bayle Domon montados a

caballo. Sus pertenencias iban empaquetadas sobre la grupa de las monturas. Leilwin —cuando aún se llamaba Egeanin— había sido una noble seanchan, pero Tuon la había despojado del nombre. La mujer vestía un traje de montar, con la falda dividida, en un color gris apagado. El corto y oscuro cabello le había crecido y le tapaba las orejas. Desmontó y se dirigió hacia Mat.

—Así me abrase. Si también me libro de ella, casi estoy por pensar que la vida ha decidido ser justa conmigo —le dijo Mat a Thom.

Domon siguió a la mujer. Era su *so'jhin*. Aunque, ¿podría seguir siendo *so'jhin* ahora que ella no tenía título? En fin, fuera como fuese, era su marido. El illiano era fuerte y ancho de contorno. No era un tipo demasiado malo, salvo cuando estaba cerca de Leilwin. Es decir, siempre.

—Cauthon —dijo ella, parándose delante.

—Leilwin. ¿También os marcháis vosotros?

—Sí.

Mat sonrió. ¡En serio que iba a ponerse a bailar!

—Siempre tuve intención de ir a la Torre Blanca —continuó la mujer— Lo pensé desde el día que salí de Ebou Dar. Si las Aes Sedai se marchan, me iré con ellas. Siempre es conveniente que un barco se una a un convoy si se presenta la ocasión.

—Lamento que te marches —mintió Mat mientras se tocaba el ala del sombrero.

Leilwin era tan dura como un roble centenario plagado de fragmentos de hacha que habían dejado hombres lo bastante necios para intentar derribarlo. Si a su montura se le caía una herradura de camino a Tar Valon, era probable que se echara el animal al hombro y lo llevara cargado el resto del viaje.

Pero Mat no le caía bien, a pesar de todo lo que él había hecho para salvarle el pellejo. A lo mejor era por no haber dejado que ella se pusiera al mando o por verse obligada a actuar como si fuera su amante. Bueno, esa parte tampoco había sido nada agradable para él. Más bien fue como sostener una espada por la hoja y fingir que no pinchaba.

Aunque había sido divertido verla retorcerse de impotencia.

—Que te vaya bien, Matrim Cauthon —dijo Leilwin—. No envidio en lo que te has metido. En cierto modo, parece muy probable que los vientos que te llevan sean aún más tempestuosos que los que me han azotado a mí en las últimas semanas.

Le hizo una leve inclinación de cabeza y se dio la vuelta para marcharse. Domon se acercó y puso una mano en el brazo de Mat.

—Cumpliste tu palabra. ¡Por mi anciana abuela! Ha sido una travesía con mucho trajín, pero has hecho lo que dijiste que harías. Gracias.

La pareja se alejó, y Mat movió la cabeza. Después llamó con un gesto de la mano a Thom y se encaminó hacia las Aes Sedai.

—Teslyn —saludó—. Edesina. Joline. ¿Todo bien?

—Sí, todo —contestó la Verde.

—Bien, bien. ¿Tenéis suficientes animales de carga?

—Nos las arreglaremos, maese Cauthon —repuso la mujer, que, disimulando una mueca de contrariedad, añadió—: Gracias por dárnoslos.

Mat sonrió de oreja a oreja. ¡Vaya, pero mira que era divertido ver cómo intentaba comportarse con respeto! Saltaba a la vista que había esperado que Elayne las recibiera a ella y a las otras con los brazos abiertos, en lugar de despedirlas sin antes concederles una audiencia, como había ocurrido. Joline lo miró y apretó los exuberantes labios.

—Me habría gustado domarte, Cauthon —dijo—. Aún estoy tentada de volver algún día y ocuparme de hacer el trabajo como es debido.

—En tal caso, aguardaré ese momento con la respiración entrecortada por la emoción —repuso, y le tendió el bulto envuelto en tela que llevaba debajo del brazo.

—¿Qué es esto? —preguntó la Verde con desconfianza, sin hacer intención de recogerlo.

—Un regalo de despedida. —Mat lo sacudió—. De donde soy, uno no permite que un viajero se marche sin darle algo para el camino. Sería una descortesía.

De mala gana, la mujer lo aceptó y echó un vistazo al interior. Fue evidente su sorpresa al descubrir que contenía más o menos una docena de panecillos dulces espolvoreados.

—Gracias —dijo, fruncido el entrecejo.

—Os acompañarán unos soldados de la Compañía —anunció Mat—. Así traerán de vuelta los caballos una vez que hayáis llegado a Tar Valon.

Joline abrió la boca como si fuera a protestar, pero la cerró sin decir nada. ¿Qué habría podido argumentar?

—Es una medida aceptable, Cauthon —intervino Teslyn, que hizo avanzar a su castrado negro.

—Les daré instrucciones para que hagan lo que les digáis. —Mat se volvió hacia la Roja—. Así tendréis a quien dar órdenes y quienes os monten las tiendas. Pero esto lleva una condición anexa.

Teslyn enarcó una ceja.

—Quiero que le digáis algo a la Amyrlin. Si es Egwene, no será difícil. Pero, aunque no sea ella, también tendréis que comunicárselo. La Torre Blanca tiene algo que me pertenece y casi ha llegado el momento de que vaya a reclamarlo. No es que quiera hacerlo, pero de un tiempo a esta parte parece que lo que yo desee no importa ni poco ni mucho. Así pues, iré allí y no dejaré que me despidan con una patada en el culo. —Sonrió—. Usad exactamente esas palabras.

Teslyn tuvo el detalle de soltar una risita contenida.

—Me ocuparé de transmitir tu recado, aunque dudo que los rumores sean ciertos.

Elaida jamás renunciaría a la Sede Amyrlin.

—Puede que os llevéis una sorpresa.

Él se la había llevado cuando encontró mujeres que llamaban Amyrlin a Egwene. No sabía lo que había ocurrido en la Torre Blanca, pero empezaba a preocuparle que las Aes Sedai hubieran enredado a la pobre Egwene en sus artimañas de tal manera que nunca podría escabullirse. Le daban ganas de cabalgar hasta allí él mismo y ver si podía sacarla del atolladero.

Pero debía ocuparse de otros cometidos. Egwene tendría que valerse por si misma de momento. Era una chica muy competente; a buen seguro que sabría manejar la situación sin su ayuda durante un tiempo.

Thom seguía a su lado, pensativo. No sabía con seguridad si Mat había tocado el Cuerno... Al menos, él no se lo había contado, porque procuraba no pensar en el puñetero artefacto. Pero cabía la posibilidad de que Thom lo hubiese adivinado.

—En fin , supongo que debéis poneros en marcha —dijo Mat—. ¿Dónde está Setalle?

—Se queda aquí —informó Teslyn—. Dijo que quería evitar que dieras demasiados pasos en falso.

La Roja enarcó una ceja, y Joline y Edesina asintieron con expresión enterada. Todas daban por sentado que Setalle era una antigua criada fugitiva de la Torre Blanca que quizás había huido de jovencita por culpa de alguna fechoría.

Eso significaba que no se libraría de todo el grupo. Aun así, si hubiera tenido que elegir que se quedara una, ésa habría sido la señora Anan. Lo más probable era que esperara a encontrar un modo de reunirse con su esposo y su familia, que habían huido de Ebou Dar en barco.

Juilin se acercó al grupo, conduciendo a Thera por el brazo. ¿De verdad que esa asustada mujercita había sido la Panarch de Tarabon? Mat había visto ratones que eran menos asustadizos que ella. Los soldados llevaron unos caballos para los dos. Entre unas cosas y otras, esa expedición le iba a costar unos cuarenta caballos y una partida de soldados. Pero merecería la pena. Además, su intención era recuperar tanto a los hombres como a los animales... Junto con información sobre lo que estaba ocurriendo de verdad en Tar Valon.

Hizo un gesto con la cabeza a Vanin. Éste no se había mostrado muy complacido cuando Mat le había ordenado que fuera a Tar Valon y recopilara información. Mat había pensado que se pondría eufórico, habida cuenta de lo embobado que estaba con las Aes Sedai. Bien, pues, se sentiría aún menos contento cuando descubriera que Juilin iba también; el orondo cuatrero tendía a andar con pies de plomo cuando el husmeador estaba cerca.

Vanin montaba un castrado bayo. Que las Aes Sedai supieran, era un Brazo Rojo veterano y uno de los exploradores de campo de Mat, pero nadie de quien sospechar.

Su aspecto no resultaba amenazador, excepto —tal vez— como un peligro para un cuenco de patatas cocidas. Esa característica debía de ser la razón por la que resultaba tan bueno en lo que hacía. Mat no necesitaba conseguir caballos robados, pero el talento de Vanin se podía aplicar en otros campos.

—Bien —dijo Mat, volviéndose hacia las Aes Sedai—. No os entretengo más, pues.

Mat se apartó a un lado y evitó mirar a Joline; la Verde tenía un brillo predatorio en los ojos que le recordaba demasiado a Tylin. Teslyn dijo adiós con la mano y, cosa curiosa, Edesina le dedicó una inclinación respetuosa. Juilin también se despidió de Thom y de él moviendo la mano, y Mat recibió un ligero cabeceo por parte de Leilwin. La mujer masticaba piedras para desayunar y clavos para comer, pero era una persona recta. A lo mejor podría hablar con Tuon para que le restituyera su posición o algo por el estilo.

«No seas idiota —pensó mientras despedía a Bayle Domon con un gesto de la mano—. Lo primero que tienes que hacer es persuadir a Tuon de que no te haga su *da'covale*».

Estaba medio convencido de que ella se proponía verlo como su sirviente, ni que fuera su esposo ni que no. Pensar en ello hacía que le sudara el cuello.

Poco después, el grupo se alejaba levantando una nube de polvo en el camino. Thom se acercó a Mat y siguió con la mirada la marcha de los jinetes.

—¿Panecillos dulces? —preguntó, escueto.

—Una tradición entre la gente de Dos Ríos.

—Es la primera vez que oigo hablar de esa tradición.

—Es muy poco conocida.

—Ah, entiendo. ¿Y qué les hiciste a esos panecillos?

—Espolvorearlos con ciertas raíces molidas. Le pondrán la boca azul durante una semana, puede que dos. Además, no compartirá los panecillos dulces con nadie, salvo, tal vez, con sus Guardianes. A Joline la vuelven loca esos dulces. Debe de haberse comido siete u ocho bolsas desde que llegamos a Caemlyn.

—Genial —dijo Thom, que se atusó el bigote—. Aunque infantil.

—Intento volver a mis raíces —respondió Mat—. Ya sabes, recobrar parte de mi juventud perdida.

—¡Pero si apenas tienes veinte años!

—Claro, pero viví de forma muy intensa en mis años mozos. Vamos. La señora Anan se queda y eso me ha dado una idea.

—Necesitáis un afeitado, Matrim Cauthon. —La señora Anan se cruzó de brazos para mirarlo con fijeza.

Él se llevó la mano a la cara. Lopin se había encargado de eso siempre, todas las mañanas. Ese hombre se ponía tan mohíno como un perro bajo la lluvia cuando Mat

no lo dejaba encargarse de cosas así, aunque en los últimos tiempos Mat se había dejado crecer la barba para evitar ser reconocido. Todavía le picaba como si tuviera roña de una semana.

Había encontrado a Setalle en las tiendas de suministro, donde supervisaba la comida de mediodía. Los soldados de la Compañía estaban en cuclillas picando verduras en trocitos y guisando alubias, con la expresión furtiva de unos hombres a los que se les han impartido instrucciones con firmeza. Setalle no hacía falta allí; los cocineros de la Compañía siempre habían sido capaces de preparar comida sin contar con ella. Pero no había nada que le gustara más a una mujer que encontrar hombres que estuvieran relajados para empezar a darles órdenes. Además, Setalle había sido posadera y —quién lo habría imaginado— Aes Sedai. Mat la encontraba a menudo supervisando cosas que no hacía falta supervisar.

No por primera vez, deseó que Tuon siguiera viajando con él. Por regla general, Setalle se había puesto de parte de Tuon, pero estar con la Hija de las Nueve Lunas la había mantenido muy ocupada. No había nada más peligroso para la salud mental de un hombre que una mujer con mucho tiempo libre.

Setalle todavía vestía al estilo ebudariano, cosa que a Mat le resultaba agradable si se tenía en cuenta la profundidad del escote de los vestidos. Ese tipo de atuendo le iba bien, sobre todo a una mujer tan pechugona como Setalle. Bueno, tampoco es que él se fijara en eso. La mujer llevaba aros dorados en las orejas, tenía hebras grises en el cabello y se conducía con distinción. El Cuchillo de Esponsales enjoyado que llevaba colgado al cuello parecía casi una advertencia por la forma en que quedaba recogido en el canalillo de los senos. Tampoco es que Mat se fijara en eso, desde luego.

—Me estoy dejando crecer la barba a propósito —le respondió—. Quiero que...

—Lleváis la chaqueta sucia —lo interrumpió ella al tiempo que hacía un gesto con la cabeza a un soldado que le llevaba unas cebollas que había pelado. Obedeciendo con mansedumbre, el hombre las echó a una olla, sin mirar a Mat—. Y el pelo hecho un desastre. Parece que hubieseis salido de una reyerta tabernaria y aún no es mediodía.

—Estoy bien. Me asearé después. No os fuisteis con las Aes Sedai.

—Cada paso que diera hacia Tar Valon me alejaría más de donde he de estar. Tengo que avisar a mi esposo. Cuando nos separamos, no me imaginaba que acabaría en Andor, nada menos.

—Es posible que dentro de poco me ponga en contacto aquí con alguien capaz de crear accesos. Y yo...

Mat enmudeció y miró con el ceño fruncido a varios soldados que traían unas cuantas codornices que habían cazado; eran más pequeñas de lo normal, y los soldados parecían avergonzados por la insignificante captura.

Setalle les ordenó desplumar a los animales sin dirigir siquiera una mirada a Mat. Luz, tenía que sacarla del campamento. Las cosas no volverían a la normalidad hasta que todas se hubiesen marchado.

—No me miréis así, lord Mat —dijo la mujer—. Noram fue a la ciudad para ver qué provisiones podía encontrar. Me he fijado en que, cuando el cocinero no anda por aquí para azuzarlos, los hombres tardan una barbaridad en tener preparada la comida. A algunos no nos gusta comer cuando el sol se está poniendo.

—No he dicho nada —se defendió Mat con tranquilidad—. ¿Podríamos hablar un momento?

Setalle vaciló, pero enseguida asintió con la cabeza y se alejó un poco para hacer un aparte con él.

—¿Qué es lo que pasa en realidad? —preguntó en voz baja ella—. Por vuestro aspecto se diría que habéis dormido debajo de un montón de heno.

—De hecho, dormí debajo de una carreta. Y mi tienda está manchada de sangre. Ahora mismo no me apetece mucho ir allí para cambiarme de ropa.

La mirada de la mujer se suavizó.

—Comprendo vuestra pérdida, pero eso no es excusa para andar por ahí como si estuvieseis viviendo en un sucio callejón. Tendréis que contratar a otro criado.

—Nunca he necesitado uno, para empezar —respondió, ceñudo—. Sé cuidar de mí mismo. Veréis, he de pediros un favor. Quiero que cuidéis de Olver durante un tiempo.

—¿Con qué finalidad?

—Esa cosa podría volver. Y podría intentar hacerle daño. Además, dentro de poco he de marcharme con Thom. Supongo que volveré. Debería volver. Pero, si no lo hago, yo... En fin, que preferiría que no se quedara solo.

La mujer lo observó con intensidad.

—No estará solo. Los hombres del campamento parecen sentir mucho afecto por el chico.

—Claro, pero no me gusta lo que le están enseñando. El chico necesita tener mejores ejemplos que esa pandilla.

Por alguna razón, a Setalle pareció hacerle gracia lo que le estaba diciendo.

—Ya he empezado a instruirlo en lenguaje y cultura —le informó la mujer—. Supongo que puedo ocuparme de él durante un tiempo, si es preciso.

—Estupendo. —Mat soltó un suspiro de alivio—. Maravilloso.

A las mujeres las hacía felices tener la oportunidad de educar a un chico cuando era joven; Mat sospechaba que ellas daban por sentado que podían educarlo para que se convirtiera en un hombre si se lo proponían con suficiente empeño.

—Os dejaré algo de dinero, así podréis ir a la ciudad y buscar una posada.

—Ya he ido a la ciudad —contestó Setalle—. Todas las posadas están llenas hasta

los topes.

—Yo encontraré un sitio para los dos —prometió Mat—. Vos cuidad de Olver. Cuando llegue el momento y tenga a alguien que pueda abrir accesos, haré que os envíen a Illian para que podáis encontrar a vuestro esposo.

—Bien, tenemos un trato —aceptó Setalle. Vaciló y miró hacia el norte—. Entonces, ¿las... los demás se han ido?

—Sí. —«¡Y en buena hora!»

Ella asintió con la cabeza, con expresión agradecida. A lo mejor el motivo de que hubiera estado dando órdenes a sus hombres para que hicieran la comida no era que le molestara verlos desocupados. A lo mejor había buscado algo en lo que estar ocupada ella.

—Lo siento. Por lo que quiera que os ocurriera —dijo Mat.

—El pasado, pasado está. Y necesito dejarlo atrás. Ni siquiera debí pediros que me enseñaseis el objeto que lleváis. Estas últimas semanas han hecho que pierda el norte.

Mat asintió con la cabeza, se apartó de la mujer y fue a buscar a Olver. Después tendría que ir a cambiarse de chaqueta, sin falta. Y así se abrasara, pero también iba a afeitarse. Los hombres que lo buscaban podrían matarlo de todas formas si querían, puñetas. Un corte de oreja a oreja en la garganta sería mejor que ese condenado picor.

Elayne paseaba por el Jardín del Amanecer. Situado en la terraza del ala este de palacio, ese pequeño jardín había sido siempre uno de los lugares preferidos de su madre. Lo rodeaba un óvalo de cantería blanca, con un muro más grande y curvado en la parte posterior.

Elayne disfrutaba de una panorámica completa de la ciudad que se extendía a sus pies. Años atrás le gustaba más ir a los jardines de abajo, justo porque eran como un retiro. Había sido en esos jardines donde había visto a Rand por primera vez. Se llevó una mano al vientre. Aunque tenía la sensación de estar enorme, su estado de gestación sólo empezaba a ser perceptible. Lo malo es que había tenido que encargar un montón de vestidos nuevos, y encima tendría que volver a hacer lo mismo en los próximos meses. Qué fastidio.

Siguió paseando por el jardín de la terraza. Pensamientos y campánulas blancas florecían en enormes macetones. Las flores no eran ni mucho menos tan grandes como tendrían que haber sido, y ya empezaban a marchitarse. Los jardineros se quejaban de que nada de lo que hacían mejoraba los resultados. Fuera de la ciudad, la hierba y los matojos se morían en ringleras, como a golpe de guadaña, y el mosaico de los campos sembrados tenía un deprimente aspecto pardusco.

«Se acerca», pensó Elayne. Siguió adelante por un camino de mullida hierba, segada y recortada en los bordes. El esfuerzo de los jardineros tenía como premio

algunos buenos resultados. La hierba estaba verde casi en su totalidad y el aire olía a las rosas que trepaban por los costados del muro. Éstas tenían puntitos marrones, pero al menos habían florecido.

Un regato cantarín corría por el centro del jardín entre piedras de río colocadas con esmero. Ese arroyuelo sólo corría cuando ella iba al jardín, ya que el agua había que subirla a la cisterna.

Elayne se paró en otro punto desde el que tenía una panorámica de la ciudad. Una reina no podía buscar la soledad, como sí estaba en condiciones de hacer una heredera del trono. Birgitte caminaba a su lado. La mujer cruzó los brazos sobre la pechera roja de la chaqueta, sin quitarle ojo.

—¿Qué? —preguntó Elayne.

—Estás a plena vista —dijo Birgitte—. Cualquiera que se encontrara ahí abajo con un arco y buena puntería podría empujar a la nación a otra guerra de Sucesión.

—No corro peligro, Birgitte —protestó, poniendo los ojos en blanco—. No me pasará nada.

—Oh, bien, mis disculpas —replicó la otra mujer en tono seco—. Los Renegados andan sueltos y están furiosos contigo. Y sin duda, las mujeres del Ajah Negro no estarán muy contentas de que hayas capturado a sus agentes. Ni los diversos nobles a los que has humillado por intentar arrebatarte el trono. Es evidente que no corres peligro, en absoluto. En ese caso, me iré a comer.

—Y harías bien —espetó Elayne—. Porque estoy a salvo. Min tuvo una Visión. Mis bebés nacerán sanos, y Min nunca se equivoca, Birgitte.

—Min dijo que tus bebés serían fuertes y sanos, no que tú estarías bien cuando nacieran.

—¿Y cómo, si no, iban a nacer?

—He visto gente recibir un golpe en la cabeza tan fuerte que jamás volvió a ser la misma persona, muchacha. Algunos viven durante años, pero no pronuncian ni una palabra y hay que alimentarlos con caldos y viven con un orinal debajo. Podrías perder un brazo, incluso los dos, y aun así seguirías en condiciones de parir unos niños sanos. ¿Y qué me dices de la gente que te rodea? ¿No te hace pensar el peligro al que puedes empujarla?

—Lo lamento por Vandene y Sareitha —admitió Elayne—. Y por los hombres que murieron para rescatarme. ¡No te atrevas a insinuar que no me siento responsable por lo que les ocurrió! Pero una reina debe estar preparada para aceptar la carga de permitir que otros mueran por ella. Ya hemos discutido esto, Birgitte, y llegamos a la conclusión de que era imposible que yo supiera que Chesmal y las otras llegarían como hicieron.

—La conclusión a la que llegamos fue que no tenía sentido seguir discutiendo —replicó Birgitte, prietos los dientes—. Pero quiero que tengas muy presente que hay

muchas cosas que todavía pueden salir mal.

—No saldrán mal —insistió Elayne, prendida la vista en la ciudad que se extendía allá abajo—. Mis hijos estarán sanos y a salvo, y eso significa que yo también lo estaré. Tenemos esa garantía hasta que nazcan.

Birgitte soltó un suspiro de exasperación.

Cabezota, necia...

Dejó de rezongar entre dientes cuando una de las mujeres de la Guardia que estaba cerca agitó una mano para llamar su atención. Dos de las Allegadas salieron a la terraza. Elayne les había pedido que fueran a reunirse con ella.

Birgitte se situó al lado de uno de los cerezos bajos, cruzada de brazos. Las dos Allegadas llevaban vestidos sin adornos; Sumeko, de color amarillo, y Alise, de azul. Esta —la más baja de las dos— tenía hebras grises en el cabello castaño y era más débil con el Poder, por lo cual el retardo del envejecimiento no había surtido tanto efecto en ella como en Sumeko.

Sólo hacía falta verlas caminar para darse cuenta de que estaban mucho más seguras de sí mismas. Ninguna otra Allegada había desaparecido ni había sido asesinada; Careane había estado detrás de esas muertes todo el tiempo. Una hermana Negra infiltrada entre ellas. ¡Luz, pensar en ello le ponía a Elayne la piel de gallina!

—Majestad —saludó Alise al tiempo que hacía una reverencia. Hablaba con voz sosegada y suave, con un ligero acento tarabonés.

—Majestad —saludó asimismo Sumeko, que imitó la reverencia de su compañera.

Las dos se mostraban deferentes con ella más de lo que hacían con otras Aes Sedai en la actualidad. En general, Nynaeve había animado a las Allegadas para que le echaran valor en lo tocante a su relación con las Aes Sedai y la Torre Blanca, aunque a Elayne no le había parecido en ningún momento que Alise necesitara ese empujón.

Durante el asedio, Elayne había empezado a reaccionar con desagrado ante la actitud de las Emparentadas, como también se hacían llamar a veces. No obstante, de un tiempo a esta parte le había estado dando vueltas al asunto. Esas mujeres habían sido tremendamente útiles. ¿Hasta dónde llegaría su recién descubierta audacia?

Elayne las saludó a las dos con un ligero gesto de la cabeza y después señaló las tres sillas que se encontraban colocadas a la sombra de las ramas inclinadas de unos cerezos. Las tres se sentaron, con el sinuoso regato discurriendo a su izquierda. Había té con hierbabuena. Las otras dos mujeres tomaron una taza cada una, pero no se les pasó por alto echar a la infusión una generosa cantidad de miel. Ultimamente el té tenía un gusto horrible si no se endulzaba.

—¿Cómo están las Allegadas? —preguntó Elayne.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada. Maldición. Había sido formal en

exceso con ellas. Ahora sabían que se preparaba algo.

—Estamos bien, majestad —respondió Alise—. Parece que a la mayoría de las mujeres se les está pasando el miedo. Al menos, es el caso de aquellas que tuvieron el suficiente sentido común para estar asustadas antes. Supongo que las que no lo tenían fueron las que salieron solas y acabaron muertas.

—También ayuda no tener que pasar tanto tiempo usando la Curación —hizo notar Sumeko—. Ya se hacía fatigoso en exceso. Tantos heridos, día tras día —dijo, con un mohín.

Alise estaba hecha de otra pasta. Dio un sorbo de té, sin alterar la placidez del semblante, pero no impávida como una Aes Sedai. Pensativa y afable, aunque reservada. Esta era una ventaja que tenían ellas y de la que carecían las Aes Sedai: no se las vería con tanta desconfianza, ya que no se encontraban vinculadas de forma directa a la Torre Blanca. Claro que tampoco tenían su autoridad.

—Habréis notado que hay algo que tengo que pediros —dijo Elayne, sosteniendo la mirada de Alise.

—¿De veras? —preguntó Sumeko en tono sorprendido. A lo mejor Elayne la había juzgado más sagaz de lo que era.

Alise movió la cabeza en un gesto de asentimiento, con aire digno.

—Nos habéis pedido mucho mientras hemos estado aquí, majestad, aunque no más de lo que creí que estabais en vuestro derecho de pedir. Hasta ahora.

—He intentado daros una buena acogida en Caemlyn, ya que soy consciente de que no podréis regresar nunca a casa, al menos mientras los seanchan gobiernen Ebou Dar.

—Eso es cierto —convino Alise—. Pero mal podemos llamar nuestro hogar a Ebou Dar si sólo era un lugar en el que instalarnos. Más que un hogar, fue una necesidad básica. De todos modos, muchas nos turnábamos en la ciudad, llegábamos o nos marchábamos para evitar llamar la atención.

—¿Habéis pensado dónde os quedaréis ahora?

—Vamos a Tar Valon —se apresuró a contestar Sumeko—. Nynaeve Sedai dijo...

—Estoy convencida de que habrá un sitio allí para algunas de vosotras —la interrumpió Elayne—. Las que deseen hacerse Aes Sedai, porque Egwene estará deseosa de ofrecer una segunda oportunidad a cualquier Allegada que desee hacer otro intento de alcanzar el chal. Pero ¿qué me decís de las demás?

—Hemos hablado sobre este asunto —empezó con mucho tiento Alise, que estrechó los ojos—. Estaremos vinculadas con la Torre, un lugar de retiro para Aes Sedai.

—Pero, sin duda, no os mudaréis a Tar Valon. ¿De qué serviría que las Allegadas dispusieran de un lugar al que retirarse de la política Aes Sedai si se hallan tan cerca de la Torre Blanca?

—Habíamos dado por supuesto que nos quedaríamos aquí —repuso Alise.

—A esa misma conclusión había llegado yo —contestó Elayne con cuidado—. Pero las suposiciones no son bases sólidas, y por ello deseo ofreceros promesas. Después de todo, si os quedaseis en Caemlyn no habría impedimentos para que la corona os apoyara de inmediato.

—¿A cambio de qué? —preguntó Alise.

Sumeko las observaba con la frente arrugada en un gesto de desconcierto.

—De nada gravoso —repuso Elayne—. En realidad, no habría costes. Sólo prestar un favor de vez en cuando, como ya habéis hecho con la corona en el pasado.

Se hizo el silencio en el jardín. Desde abajo, procedentes de la ciudad, llegaban voces apagadas transportadas por el aire; la brisa meció las ramas, que se estremecieron y dejaron caer unas pocas hojas marchitas entre Elayne y las Allegadas.

—Suena peligroso —manifestó Alise, que tomó un sorbo de té—. A buen seguro no sugeriréis que establezcamos una Torre Blanca rival aquí, en Caemlyn.

—En absoluto —se apresuró a negar Elayne—. Yo soy Aes Sedai, después de todo. Y Egwene ha hablado de dejar que las Allegadas sigan igual que antes, siempre y cuando acepten su autoridad.

—No estoy segura de que queramos "seguir igual que antes" —manifestó Alise —. La Torre Blanca dejó que viviéramos nuestras vidas, aunque supeditadas al terror de ser descubiertas en cualquier momento. Pero, mientras tanto, nos utilizaba. Cuanto más reflexionamos sobre ello, menos... gracia nos hace esa posibilidad.

—Habla por ti, Alise —intervino Sumeko—. Yo me propongo someterme a la prueba y volver a la Torre. Me uniré a las Amarillas, que quede muy claro.

—Quizá, pero a mí no me aceptarán —contestó Alise—. Soy demasiado débil con el Poder. Pero no aceptaré un compromiso a medias que me obligue a adular y a hacer reverencias cada vez que una hermana aparezca y quiera que le lave la ropa. Y tampoco renunciaré a encauzar. Egwene Sedai ha hablado de dejar que las Allegadas sigan como antes; pero, si hacemos eso, ¿podremos trabajar con el Poder Único a las claras, sin andarnos con tapujos?

—Es de suponer que podréis hacerlo —contestó Elayne—. Gran parte de esto fue idea de Egwene. Desde luego, no os iba a enviar Aes Sedai en retiro si fueran a tener prohibido encauzar. No, los días de las mujeres encauzando en secreto fuera de la Torre han quedado atrás. Las Detectoras de Vientos y las Sabias Aiel han demostrado que todo eso ha de cambiar.

—Quizá —dijo Alise—. Pero prestar servicio a la corona de Andor es un asunto diferente por completo.

—Podríamos encontrar la forma de no competir con los intereses de la Torre. Y reconoceríais la autoridad de la Amyrlin. Así pues, ¿qué problema hay? Las Aes

Sedai prestan servicios a monarcas a lo largo y ancho del continente.

Alise dio otro sorbo de té antes de contestar:

—Vuestra oferta merece ser tenida en cuenta, pero depende de la naturaleza de los favores que requiriera de nosotras la corona de Andor.

—Sólo os pediré dos cosas —contestó Elayne—. Curar y Viajar. No tendréis que implicaros en nuestros conflictos ni tendréis que tomar parte en la política. Sólo acceder a Curar a mis subditos enfermos y asignar un grupo de mujeres cada día para crear accesos cuando la corona lo desee.

—Eso sigue pareciéndose muchísimo a vuestra Torre Blanca —argumentó Alise. Sumeko estaba ceñuda.

—No, no. La Torre Blanca significa autoridad, política. Vuestro grupo sería algo por completo diferente. Imaginad un lugar en Caemlyn donde cualquier persona pueda acudir a recibir la Curación de forma gratuita. Imaginad una ciudad libre de enfermedades. Imaginad un mundo donde la comida pueda transportarse de forma instantánea a aquellos que la necesiten.

—Y a una reina que pueda enviar tropas a otro lugar siempre que le haga falta —apuntó Alise—. Cuyos soldados puedan combatir un día y estar sin una herida al siguiente. Una reina que pueda sacar un beneficio económico considerable cobrando a mercaderes por el uso de sus accesos. —Dio otro sorbo de té.

—Sí —admitió Elayne. Aunque no estaba segura de cómo iba a convencer a Egwene para que le permitiera encargarse de esa parte.

—Querremos la mitad —dijo Alise—. La mitad de todo lo que cobréis por Viajar o Curar.

—La Curación será gratuita —replicó Elayne con firmeza—. Para cualquiera que acuda a pedirla, sea cual sea su posición. A la gente se la tratará conforme a la gravedad de sus dolencias, no dependiendo de su rango.

—Podría acceder a eso —dijo Alise.

Sumeko se volvió hacia ella con los ojos abiertos de par en par.

—No puedes hablar por nosotras. Tú misma me echaste en cara que el Círculo de Labores de Punto se había disuelto, ahora que hemos abandonado Ebou Dar. Además, según la Regla...

—Hablo sólo en mi nombre, Sumeko —la interrumpió Alise—. Y en el de aquellas que quieran unirse a mí. Las Allegadas, tal como las conociamos, ya no existen. Nos dominaba la necesidad de mantenernos en secreto, pero eso ya ha quedado atrás.

Sumeko guardó silencio.

—Tu intención es unirte a las Aes Sedai, amiga mía —añadió Alise, que puso la mano en el brazo de la otra mujer—. Pero a mí no me aceptarán, ni yo quiero estar con ellas. Necesito otra cosa. Y como yo, también la necesitarán otras personas.

—Pero os ataréis a la corona de Andor...

—Nos atamos a la Torre Blanca —puntualizó Alise—. Pero vivimos en Caemlyn. Ambas cosas tienen ventajas. No somos bastante fuertes para valernos por nosotras mismas. Andor es un sitio tan bueno como el mejor. Goza del favor de la Torre Blanca así como del favor del Dragón Renacido. Casi todo está aquí, y nosotras también.

—Podéis reorganizaros —sugirió Elayne, entusiasmada—. La Regla podría rehacerse del todo. Ahora podéis permitir que las Allegadas se casen, si queréis. Creo que eso sería beneficioso.

—¿Por qué? —inquirió Alise.

—Porque las ataría —explicó Elayne—. Y haría que el grupo pareciera menos peligroso para la Torre Blanca. Ayudaría a diferenciaros. Son pocas las mujeres de la Torre que se casan, y es una peculiaridad que haría más atractiva como opción la agrupación de las Allegadas.

Alise asintió con la cabeza, pensativa; Sumeko parecía estar aceptando lo que se hablaba. Elayne lamentó reconocer que no la echaría de menos cuando se fuera. Su intención era empujarlas a reestructurar la forma de elegir a sus cabecillas. Sería mucho más conveniente si tuviera que trabajar con alguien como Alise, en lugar de quienquiera que resultara ser la de más edad entre ellas.

—Todavía me preocupa la Amyrlin —dijo Alise—. Las Aes Sedai no cobran por prestar servicios. ¿Qué dirá cuando nosotras empecemos a hacerlo?

—Yo hablaré con Egwene —repitió Elayne—. Estoy segura de que puedo convencerla de que las Allegadas y Andor no representan una amenaza.

Con suerte. Era una posibilidad para algo increíble entre las Allegadas, una oportunidad para Andor de tener acceso constante y a precio razonable al Viaje. Eso casi equipararía la ventaja de los seanchan.

Habló otro poco más con las dos mujeres para que se dieran cuenta de que les prestaba la debida atención. Por fin las despidió, pero ella siguió en el jardín, de pie entre dos grandes macetones que tenían jacintos de los bosques, con los ramilletes —de capullos diminutos en forma de jarrón— inclinados y meciéndose con la brisa. Procuró no mirar el macetero que había al lado, que estaba vacío. Los jacintos del bosque que habían florecido allí tenían un color rojo sangre y, de hecho, habían "sangrado" un líquido rojo cuando los cortaron. Los jardineros los habían arrancado.

Los seanchan acabarían yendo contra Andor. Para entonces, era probable que los ejércitos de Rand estuvieran debilitados y destrozados por los combates, y su líder tal vez muerto. De nuevo sintió como si le estrujaran el corazón al tomar en consideración tal posibilidad, pero no podía cerrar los ojos a la verdad.

Andor sería un premio de primera para los seanchan. Las minas y las ricas tierras de su reino los tentarían, al igual que la proximidad a Tar Valon. Aparte de eso,

Elayne sospechaba que los que proclamaban ser descendientes de Artur Hawkcwing jamás estarían satisfechos hasta tener todo lo que antaño había pertenecido a su antecesor.

Elayne contempló la capital de su reino. Su nación. Repleta de quienes confiaban en que ella los protegería y los defendería. Muchos de los que la habían apoyado en su reclamación al trono tenían poca fe en ella. Pero era su mejor opción, su única opción. Les demostraría lo acertado de su elección.

Contar con las Allegadas sería un paso. Antes o después, los seanchan estarían en condiciones de utilizar el Viaje. Lo único que necesitaban era capturar a una mujer que supiera el tejido, y enseguida todas las *damane* con la fuerza requerida serían capaces de crear los portales. Elayne también necesitaba tener acceso a ellos.

Sin embargo, lo que no tenía era encauzadoras para la batalla. Sabía que no podía pedirles tal cosa a las Allegadas. Jamás accederían a ello, como tampoco Egwene. Ni ella misma. Forzar a una mujer a usar el Poder como arma la pondría a la misma altura que los seanchan.

Por desgracia, Elayne sabía de sobra la terrible destrucción que las mujeres que usaban así el Poder eran capaces de causar. Había permanecido atada en una carreta mientras Birgitte dirigía el ataque contra las Negras que la habían secuestrado en Caemlyn, pero había visto las secuelas. Cientos de muertos, centenares más de heridos, docenas abrasados. Cadáveres retorcidos, humeantes.

Necesitaba algo que le diera una posición de ventaja sobre los seanchan. Algo que compensara la superioridad que les daban sus encauzadoras en combate. Lo único que se le ocurría era la Torre Negra. Se encontraba en suelo andoreño. Les había dicho que los consideraba parte de su reino, pero hasta el momento no había ido más allá de enviar grupos de reconocimiento.

¿Qué pasaría con esos hombres si Rand moría? ¿Debería reclamarlos como sus subordinados? ¿Correría el riesgo de que lo hiciera otra persona antes, si demoraba su decisión?

CAPÍTULO 18

La fuerza de este lugar

Perrin corría en la oscuridad. Jirones de acuosa niebla le rozaban la cara y se le condensaban en la barba. Tenía la mente borrosa, distante. ¿Dónde iba? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué corría?

Soltando un rugido, cargó con violencia y desgarró la velada oscuridad; de pronto se encontró al aire libre. Hizo una profunda inhalación y aterrizó en lo alto de una colina escarpada, cubierta de hierba corta e irregular, y con un anillo de árboles alrededor de la base. En el cielo, un manto de nubes retumbaba y se agitaba como si fuera una marmita de brea hirviente.

Se encontraba en el Sueño del Lobo. En el mundo real, él —su cuerpo— descansaba en un sueño profundo junto a Faile, en la cima de esta misma colina. Sonrió al tiempo que respiraba hondo otra vez. Sus problemas no habían menguado. A decir verdad, parecían haber aumentado con el ultimátum de los Capas Blancas. Pero todo iba bien con Faile, y ese simple hecho cambiaba muchas cosas. Con ella a su lado se sentía capaz de lograr cualquier cosa.

Bajó la ladera a zancadas y cruzó el área abierta donde se encontraba acampado su ejército. Llevaban allí el tiempo suficiente para que hubiera señales de su presencia en el Sueño del Lobo. Las tiendas reflejaban el mundo de vigilia, si bien los faldones de entrada estaban en posiciones diferentes cada vez que los miraba. En la tierra había hoyos de lumbres de cocinar y surcos en los caminos; de vez en cuando aparecían restos de basura o herramientas descartadas. Esto último surgía de pronto y enseguida se desvanecía.

Se movió con rapidez a través del campamento; por cada paso que daba, avanzaba diez. En otro tiempo, le habría resultado escalofriante la ausencia de gente en el campamento, pero ya estaba acostumbrado al Sueño del Lobo. Que ocurriera así era lo natural.

Perrin se acercó a la estatua caída que había a un extremo del campamento y alzó la vista hacia la piedra corroída por el paso del tiempo y tapizada con liquenes negros, anaranjados y verdes. La estatua debía de haberse esculpido en una postura extraña, para estar desplomada de esa forma. Casi daba la impresión de que se hubiese tallado así: un brazo enorme irrumpiendo con violencia a través de la marga.

Perrin se volvió hacia el sudeste, en la dirección en la que se encontraba el campamento de los Capas Blancas. Tenía que vérselas con ellos. Cada vez estaba más seguro —incluso convencido— de que no seguiría adelante hasta que hubiera hecho frente a esos fantasmas del pasado.

Había un modo de encargarse de ellos de forma definitiva. Una trampa tendida con cuidado, usando Asha'man y Sabias, y castigaría a los Hijos con tanta dureza que acabarían destrozados. A lo mejor incluso podía destruirlos de forma permanente como grupo.

Tenía los medios, la oportunidad y la motivación. No más temor, no más juicios falsos de los Capas Blancas. Saltó hacia adelante, salvó treinta pies y cayó con ligereza en el suelo. Después saltó de nuevo y corrió hacia el sudeste por la calzada.

Encontró el campamento de los Capas Blancas en una hondonada arbolada, con miles de tiendas blancas colocadas en círculos precisos. Tiendas para unos diez mil Hijos, junto con otros diez mil mercenarios y otros soldados. Balwer calculaba que aquel contingente era el grueso de los Hijos que quedaban, aunque no había sido muy preciso en cuanto a cómo había conseguido ese dato. Con suerte, el odio del ambiguo hombrecillo hacia los Capas Blancas no ofuscaría su buen juicio.

Perrin se desplazó junto a las tiendas por si descubría algo que a Elyas y los Aiel se les hubiera pasado por alto; un hecho harto improbable. Pero, ya que se hallaba allí, se dijo que merecía la pena intentarlo. Además, quería ver el sitio con sus propios ojos. Alzó faldones de lona y se movió entre grupos de tiendas a fin de inspeccionar el sitio, al tiempo que captaba las sensaciones que ese lugar y sus ocupantes le producían. El campamento estaba dispuesto de un modo muy organizado. Lo que había dentro era mas cambiante que las tiendas en sí, pero lo que veía también aparecía arreglado.

A los Capas Blancas les gustaba que las cosas estuviesen en orden, limpias y dobladas con esmero. Asimismo, les gustaba fingir que el mundo entero podía estar clasificado y estructurado del mismo modo, y la gente definida y catalogada con una o dos palabras.

Perrin movió la cabeza y se encaminó hacia la tienda del capitán general. La organización de las tiendas lo condujo allí con facilidad, al círculo central. No era mucho mayor que las demás, y Perrin se agachó para entrar a fin de intentar dar con algo que le fuera útil. Estaba amueblada con sencillez, con un petate para dormir que cada vez que Perrin lo miraba se hallaba en un sitio diferente, junto con una mesa en la que había objetos que aparecían y desaparecían al azar.

Perrin se acercó a la mesa y asió algo que se materializó encima: un sello personal. No reconocía el emblema —una daga alada—, pero lo memorizó justo antes de que el anillo se le esfumara de los dedos, demasiado efímero para permanecer mucho en el Sueño del Lobo. Aunque se había reunido con el cabecilla de los Capas Blancas y había intercambiado misivas con él, no sabía mucho sobre el pasado de ese hombre. Quizás eso le sería de ayuda.

Buscó por la tienda un poco más, aunque sin encontrar nada útil, y después se dirigió a la tienda grande en la que, según había explicado Gaul, tenían a muchos

cautivos. Allí vio a maese Gill, que apareció un instante y enseguida se desvaneció.

Satisfecho, Perrin salió de la tienda. Al hacerlo, se le ocurrió algo que lo incomodó. ¿No tendría que haber intentado hacer algo así cuando raptaron a Faile? Había mandado a numerosos exploradores a Malden. ¡Luz, pero si había tenido que contenerse para no ir él solo a rescatarla! Sin embargo, en ningún momento hizo intención de visitar la ciudad en el Sueño del Lobo.

A lo mejor no habría servido de nada, pero ni siquiera había tenido en cuenta la posibilidad, y eso lo hacía sentirse incómodo.

Se quedó paralizado al pasar junto a un carro parado al lado de una de las tiendas de los Capas Blancas. La parte trasera del vehículo estaba abierta y dentro había tumbado un lobo gris plateado que lo observaba.

—Olvido estar todo lo atento que debería, *Saltador* —dijo Perrin—. Cuando me centro en un propósito, me vuelvo descuidado, y eso puede resultar peligroso. Igual que en una batalla, cuando uno se centra en el adversario que tiene delante y queda expuesto al arquero que hay en el flanco.

Saltador abrió la boca en una sonrisa al estilo de los lobos y se bajó del carro de un salto. Perrin percibió la presencia cercana de otros lobos, los de la manada con los que había corrido con anterioridad: *Danzarina del Roble*, *Chispas* y *Desvinculado*.

—Bien, estoy dispuesto a aprender —le dijo a *Saltador*.

El lobo gris se sentó de nalgas y miró a Perrin.

Sígueme, proyectó *Saltador*.

Y desapareció.

Perrin maldijo mientras miraba en derredor. ¿Dónde se había metido el lobo? Se movió por el campamento para buscarlo, pero no percibió a *Saltador* en ninguna parte. Expandió la mente. Nada.

Joven Toro. De repente, lo tenía detrás de él. *Sígueme*. Desapareció otra vez.

Perrin gruñó y a continuación se desplazó por el campamento en un abrir y cerrar de ojos. Al no encontrarlo, cambió al campo de gramíneas donde se había reunido con *Saltador* la última vez. Tampoco se encontraba allí. Perrin se quedó plantado entre los finos tallos de menudas espigas, frustrado.

Saltador lo encontró unos minutos más tarde. El lobo olía a decepción.

¡Sígueme!, proyectó.

—No sé cómo. *Saltador*, no sé dónde vas.

El lobo se sentó otra vez y proyectó la imagen de un cachorro de lobo uniéndose a otros de la manada. El cachorro observaba a sus mayores y repetía lo que hacían.

—Pero no soy un lobo, *Saltador* —argüyó Perrin—. No aprendo igual que tú. Tienes que explicarme lo que quieres que haga.

Sígueme aquí. El lobo transmitió una imagen de Campo de Emond —quién lo hubiera imaginado— y después desapareció.

Perrin lo siguió y apareció en un lugar conocido, el Prado. Lo bordeaban edificios, cosa que parecía fuera de lugar. Campo de Emond tendría que ser una aldea, no una villa con muralla de piedra y una calzada pavimentada con piedras que pasaba por delante de la posada del alcalde. Había habido muchos cambios en el poco tiempo que llevaba ausente.

—¿Por qué hemos venido aquí? —preguntó.

Lo más perturbador era que el estandarte de la cabeza de lobo aún flameaba en un asta por encima del Prado. Podría tratarse de una ilusión del Sueño del Lobo, pero lo dudaba. Sabía muy bien el entusiasmo con que la gente de Dos Ríos enarbolaba la enseña de "Perrin Ojos Dorados".

Los humanos son raros, proyectó *Saltador*.

Perrin lo miró, sin comprender.

Los humanos cavilan sobre ideas raras, añadió el lobo. Nosotros no pretendemos entenderlas. ¿Por qué el ciervo escapa, el gorrión vuela o el árbol crece? Lo hacen, y ya está.

—Sí, en efecto.

No puedo enseñar a un gorrión a cazar, continuó el lobo. *Y un gorrión no enseña a un lobo a volar*.

—Pero aquí tú sabes volar —argumentó Perrin.

Si. Pero no me enseñaron. Yo sé.

El efluvio de *Saltador* rebosaba emoción y confusión. Los lobos recordaban todo lo que uno de los suyos sabía, y *Saltador* se sentía frustrado Porque quería enseñar a Perrin, pero no estaba acostumbrado a hacer las cosas como las hacía la gente.

—Por favor, trata de explicarme a qué te refieres. Siempre me dices que estoy aquí con "demasiada fuerza" y que es peligroso. ¿Por qué?

Duermes profundamente. El otro tú. No puedes permanecer aquí demasiado tiempo. Noo debes olvidar nunca que aquí eres irreal, que ésta no es tu madriguera.

Saltador se volvió hacia las casas que los rodeaban.

Esa es tu madriguera, la madriguera de tu macho progenitor. Este sitio. Recuérdalo. Evitará que te pierdas. Así es como tu especie lo hizo antaño. Tú lo entiendes.

No era una pregunta, pero aun así tenía algo de súplica. *Saltador* no sabía cómo explicárselo mejor.

«Puedo intentarlo», pensó Perrin, que interpretó la proyección lo mejor que supo. Pero *Saltador* se equivocaba. Este lugar no era su hogar. Su hogar estaba con Faile. Debía recordar eso para evitar entrar en el Sueño del Lobo con "demasiada fuerza".

He visto a tu hembra en tu mente, Joven Toro, transmitió *Saltador* al tiempo que ladeaba la cabeza. *Es como una colmena de abejas, con dulce miel y aguijones punzantes*.

La imagen de Faile que proyectaba *Saltador* era la de una loba muy desconcertante. Una que te podía mordisquear la nariz en broma en cierto momento y al siguiente gruñirte, negándose a compartir su carne.

Perrin sonrió.

El recuerdo es una parte, pero la otra parte eres tú. Debes mantenerte como Joven Toro.

Saltador proyectó en el agua el reflejo de un lobo que ondulaba y se hacía borroso con el movimiento de las ondas.

—No entiendo.

La fuerza de este sitio es tu fuerza. Saltador proyectó la imagen de un lobo tallado en piedra. Se quedó pensativo un momento antes de añadir: *Resiste. Permanece. Sé tú.*

Sin más, el lobo se incorporó y reculó, como si se preparara para abalanzarse sobre Perrin.

Desconcertado, Perrin recordó cómo era y retuvo esa imagen en la mente con todas sus fuerzas.

De un brinco, *Saltador* se echó sobre él y chocó contra su cuerpo. Ya había hecho lo mismo otras veces; era una forma de obligarlo a salir del Sueño del Lobo.

Esta vez, sin embargo, Perrin estaba preparado y a la espera. De forma instintiva, devolvió el empujón. El Sueño del Lobo fluctuó a su alrededor, pero volvió a cobrar solidez y *Saltador* rebotó contra él, aunque el pesado lobo tendría que haberlo derribado en el suelo.

Saltador sacudió la cabeza, como si estuviera aturdido.

Bien. Bien. Aprendes. Otra vez, transmitió. Parecía complacido.

Perrin se afianzó en su posición justo a tiempo de recibir el empellón de *Saltador* por segunda vez. Perrin gruñó, pero aguantó firme.

Aquí, proyectó el viejo lobo a la par que transmitía de nuevo la imagen del campo de gramíneas. *Saltador* desapareció y Perrin lo siguió. No bien había aparecido en el campo, el lobo topó contra él en cuerpo y mente.

Perrin cayó al suelo esta vez y todo fluctuó y rieló. Sintió que lo empujaban, que lo obligaban a salir del Sueño del Lobo a su sueño normal.

«¡No!», se dijo para sus adentros mientras se aferraba a una imagen de sí mismo arrodillado entre los finos tallos de espiguillas de aquel campo. Estaba allí. Lo imaginó como algo sólido y real. Olió las semillas de avena, al aire húmedo, preñado del aroma a tierra y a hojas muertas.

El paisaje cobró solidez. Perrin jadeó, arrodillado en el suelo, pero seguía en el Sueño del Lobo.

Bien. Aprendes deprisa, proyectó *Saltador*.

—No hay más remedio —respondió Perrin mientras se ponía de pie.

La Última Cacería llega, convino el lobo, que a continuación proyectó una imagen del campamento de los Capas Blancas.

Perrin lo siguió, preparándose para otro empellón. No lo hubo. Miró a su alrededor, buscando a *Saltador*.

Algo lo embistió mentalmente. No hubo movimiento, sólo el ataque mental. No fue tan fuerte como antes, pero sí inesperado, y Perrin se las vio y se las deseó para resistir el empellón.

Saltador cayó desde el aire y aterrizó con gracilidad en el suelo.

Estate preparado siempre. Siempre. Pero, sobre todo, cuando te muevas.

Perrin recibió la imagen de un lobo cauteloso que olfateaba el aire antes de salir a una pradera abierta.

—Entiendo.

Pero no vengas con demasiada fuerza, lo reprendió Saltador.

De inmediato, Perrin se obligó a recordar a Faile y el lugar donde dormía. Su hogar. Se... desdibujó un poco. No es que la piel se volviera traslúcida ni que el Sueño del Lobo se alterara, pero se sentía más vulnerable.

Bien, lo animó el lobo. *Siempre dispuesto, pero nunca aferrándote con más fuerza de la debida. Como si llevaras a un cachorro en las fauces.*

—No va a ser fácil conseguir ese equilibrio —comentó Perrin.

Saltador emitió un olor algo desconcertado. Pues claro que no era fácil.

—¿Y ahora qué? —preguntó Perrin con una sonrisa.

Corramos. Después, más práctica, proyectó el lobo.

Saltador salió lanzado como un rayo, un proyectil gris y plata en dirección a la calzada. Perrin lo siguió. Percibía decisión en *Saltador*, un efluvio que le resultaba curiosamente similar al de Tam cuando entrenaba a los refugiados para combatir. Eso lo hizo sonreír de nuevo.

Corrieron calzada adelante, y Perrin practicó el equilibrio de no estar en el sueño con demasiada fuerza y, sin embargo, estar preparado para consolidar su percepción del "yo" en cualquier momento. De vez en cuando, *Saltador* lo atacaba e intentaba echarlo del Sueño del Lobo. Siguieron igual hasta que *Saltador* dejó de correr de forma repentina.

Perrin dio unos cuantos pasos más que lo situaron por delante del lobo antes de frenarse. Había algo frente a él. Un muro translúcido de color violeta que cortaba la calzada. Se alzaba hacia el cielo y se extendía a derecha e izquierda.

—¿Qué es esto, *Saltador*?

Aberración. No debería estar aquí, proyectó el lobo, que emitía un efluvio furioso.

Perrin se adelantó y alzó una mano hacia la superficie, pero vaciló. Parecía cristal. Jamás había visto nada semejante a eso que había en el Sueño del Lobo. ¿Sería algo

parecido a las burbujas malignas? Alzó la vista al cielo.

El muro destelló de repente y desapareció. Perrin parpadeó y reculó a trompicones. Miró a *Saltador*. El lobo se había sentado y observaba con fijeza el lugar donde había estado el muro.

Vamos, Joven Toro. Practicaremos en otro sitio, proyectó por fin el lobo al tiempo que se levantaba.

Se alejó a grandes zancadas. Perrin miró hacia atrás, calzada abajo. Lo que quiera que hubiera sido el muro, no había dejado señales visibles de su existencia.

Preocupado, Perrin fue en pos de *Saltador*.

—¡Así me abrase! ¿Dónde se han metido esos arqueros! —Rodel Ituralde subió a la cima de la colina—. ¡Quería que se presentaran en lo alto de las torres delanteras para relevar a los ballesteros hace una hora!

Ante él, envuelta en un fragor metálico, la batalla resonaba y gritaba y gruñía y aporreaba y bramaba. Una horda de trollocs había surgido al otro lado del río para cruzarlo por el vado en almadías o con un tosco puente flotante, improvisado con plataformas de troncos. Los trollocs detestaban cruzar cualquier corriente de agua, y les estaba costando mucho tiempo salvar el río.

Esa era la razón de que la fortificación fuera tan útil. La ladera de la colina descendía directamente hasta el único vado de tamaño razonable que había en muchas leguas. Al norte, un hervidero de trollocs cruzaba un paso que salía de la Llaga, y desembocaba justo en el río Arinelle. Cuando por fin se veían obligados a cruzar el río, se enfrentaban a la falda de la colina, que estaba sembrada de fosos defensivos, parapetos y torres para arqueros en lo alto. No había otro modo de llegar a la ciudad de Maradon desde la Llaga, salvo pasando por esa colina.

—Dile al capitán Finsas que su jodida sincronización podría mejorar —gruñó el general.

—Lo siento, milord. Los bajaron rodando por el paso antes de que imagináramos lo que se traían entre manos. El lanzamiento inicial alcanzó nuestro puesto de observación. El propio lord Finsas resultó herido.

Ituralde asintió con la cabeza; Rajabi llegaba para ponerse al mando del campamento de arriba y organizar a los heridos. Al pie de la vertiente, también había caído un montón de cadáveres en el campamento de abajo. Los trabuquetes podían conseguir la altitud y el alcance suficientes para lanzar por encima de la colina y que los proyectiles cayeran sobre sus hombres en lo que hasta ahora había sido una zona resguardada. Tendría que desplazar el campamento de abajo hacia atrás en la llanura, más cerca de Maradon, lo cual alargaría el tiempo de respuesta. ¡Qué puñetas!

«Antes no maldecía tanto», pensó. Era ese chico, el Dragón Renacido. Rand al'Thor le había hecho promesas, algunas de palabra y otras implícitas. Promesas de

proteger Arad Doman de los seanchan. Promesas de que tendría posibilidad de vivir, en vez de morir atrapado por los seanchan. Promesas de darle algo que hacer, algo importante, algo vital. Algo imposible.

Contener a la Sombra. Luchar hasta que llegaran refuerzos.

El cielo se oscureció de nuevo e Ituralde se metió en el pabellón de mando, que tenía el techo de madera como precaución contra las máquinas de asedio. Había temido que les lanzaran andanadas de piedras pequeñas, no cadáveres. Los hombres corrían para ayudar a llevar a los heridos a la relativa seguridad del campamento de abajo, y desde allí a la llanura en dirección a Maradon. Rajabi dirigía la operación. El corpulento hombre tenía el cuello tan grueso como un fresno de diez años y los brazos casi igual de anchos. Ahora renqueaba al caminar por la herida sufrida en combate en la pierna izquierda; habían tenido que amputársela por debajo de la rodilla. El Asha'man lo había Curado lo mejor posible, y Rajabi caminaba con la pierna cortada apoyada en una estaca. Se había negado en redondo a retirarse por los accesos junto a los heridos graves, e Ituralde no lo había obligado a marcharse. Uno no se deshacía de un buen oficial porque hubiera sufrido una herida.

Un oficial joven dio un respingo cuando un cadáver hinchado se precipitó sobre la parte superior del pabellón. El oficial —Zhell— no tenía la piel cobriza, aunque llevaba un bigote muy domani y, en la mejilla, un lunar de adorno con forma de flecha.

No estaban en condiciones de resistir allí contra los trollocs mucho más tiempo; no contra el número que se estaba congregando allí abajo. Ituralde tendría que retroceder, palmo a palmo, hacia el interior de Saldaea, en dirección a Arad Doman. Curioso, cómo se desarrollaba todo para que siempre estuviera retrocediendo hacia su tierra natal. Primero, desde el sur, y ahora, desde el nordeste.

Arad Doman acabaría aplastada entre los seanchan y los trollocs. «Más vale que cumplas tu palabra, muchacho.»

Por desgracia, no podía replegarse a Maradon. Los saldaeninos le habían dejado muy claro que los consideraban invasores, tanto al Dragón Renacido como a él. Malditos idiotas. Al menos tenía la oportunidad de destruir esas máquinas de asedio.

Otro cadáver cayó sobre el pabellón de mando, pero el techo aguantó. Por el hedor de esos trollocs muertos —y, en algunos casos, un ruido a chapoteo—, no estaban utilizando a los muertos más recientes para esta ofensiva. Convencido de que los oficiáles se encargaban de sus cometidos y consciente de que no era momento de interferir, Ituralde enlazó las manos a la espalda y siguió en el mismo sitio. Al verlo, los soldados —tanto los que estaban dentro como los que estaban fuera del pabellón — adoptaron una postura más erguida. Los mejores planes sólo aguantaban hasta que la primera flecha acertaba a dar en el blanco, pero un comandante inquebrantable y resuelto tenía en sus manos poner orden en el caos si sabía mantener la compostura.

Arriba, la tormenta rebullía; nubes plateadas y negras que recordaban una olla renegrida suspendida sobre la lumbre, con algunas pizcas de acero brillante asomando entre la costra de hollín. No era natural. Que sus hombres vieran que a él no lo asustaba, aunque les llovieran encima cadáveres.

Se estaba transportando a los heridos, y los hombres del campamento de abajo empezaban a desmontarlo a fin de trasladarlo más atrás. Mantuvo a los arqueros y los ballesteros disparando, y a los piqueros preparados a lo largo de los parapetos. Contaba con un número considerable de jinetes, pero allí no podía utilizar la caballería.

Si no hacía algo con esos trabuquetes, los lanzamientos de cadáveres y grandes piedras acabarían agotando a sus hombres; pero su intención era prenderles fuego antes, ya fuera usando a un Asha'man directamente o mediante la acometida de una fuerza equipada con jodidas flechas incendiarias a través de un acceso.

«Ojalá pudiera ordenar la retirada a Maradon.» Pero el señor saldaenino no se lo permitiría; si se replegaban hacia la ciudad, los trollocs acabarían aplastándolos contra las murallas.

Malditos, malditos necios. ¿Qué clase de idiotas negaban refugio a hombres cuando un ejército de Engendros de la Sombra estaba llamando a su puerta?

—Quiero valoraciones de daños —le dijo al teniente Nils—. Que los arqueros se preparen para un ataque a esas máquinas de asedio, y trae a los Asha'man que estén de servicio. Dile al capitán Creedin que esté atento al asalto de los trollocs a través del vado. Redoblarán sus esfuerzos después de esta andanada, ya que supondrán que estamos desorganizados.

El joven oficial asintió con la cabeza y salió disparado a cumplir las órdenes, al mismo tiempo que Rajabi entraba en el pabellón cojeando y frotándose el ancho mentón.

—De nuevo acertaste respecto a esos trabuquetes. Los montaron para atacarnos a nosotros.

—Siempre procuro acertar, porque cuando me equivoco, perdemos —le respondió Ituralde.

Rajabi asintió con un gruñido. En el cielo, la tormenta rebullía. Ituralde oyó las llamadas de los trollocs a lo lejos. Retumbo de tambores de guerra. Gritos de hombres.

—Algo va mal —dijo.

—Toda esta jodida guerra va mal —opinó Rajabi—. Nosotros no deberíamos estar aquí, sino los saldaeninos. Todo su ejército, no sólo los pocos jinetes que nos facilitó el lord Dragón.

—Es algo más que todo eso. —Escudriñó el cielo—. ¿Por qué cadáveres, Rajabi?

—Para desmoralizarnos.

No es que fuera una táctica insólita, pero ¿cuerpos en los primeros lanzamientos? ¿Por qué no usar piedras cuando podían ocasionar más daño y después pasar a los cadáveres, una vez que la sorpresa hubiera dejado de serlo? Los trollocs no tenían cerebro para planear tácticas, pero los Fados... Eran muy arteros. Eso lo había aprendido de primera mano.

Ituralde observaba el cielo cuando otra andanada masiva se precipitó sobre ellos como si brotara de las oscuras nubes. Luz, ¿de dónde habían sacado tantos trabuquetes? Tantos como para lanzar centenares de cadáveres.

«Según sus cuentas son dieciséis», había dicho el muchacho. No serían ni mucho menos suficientes para lanzar tantos. Por cierto, ¿algunos de esos cuerpos no caían con demasiada estabilidad?

La idea se abrió paso en su mente de golpe, como una tromba de lluvia helada. ¡Qué listos eran esos puñeteros monstruos!

—¡Arqueros! —gritó Ituralde—. ¡Arqueros, atentos al cielo! ¡No son cadáveres!

Demasiado tarde. No había acabado de gritar la advertencia cuando los Draghkar extendieron las alas; bastante más de la mitad de los "cadáveres" de esta andanada eran Engendros de la Sombra vivos que se habían camuflado entre los cuerpos que caían. Después de que los primeros Draghkar habían atacado a su ejército unos pocos días atrás, Ituralde había puesto arqueros que se turnaban de forma permanente en la vigilancia del cielo de día y de noche.

Pero los arqueros no tenían órdenes de disparar contra cadáveres que caían. Ituralde siguió gritando mientras salía a toda carrera del pabellón y desenvainaba la espada de la funda. El campamento de arriba se convirtió en un caos cuando los Draghkar se posaron en medio de los soldados. Un gran número de esas criaturas cayó alrededor del pabellón de mando, con los enormes ojos relucientes y sus dulces cantos atrayendo hacia sí a los hombres.

Ituralde chilló con todas sus fuerzas para llenarse los oídos con su propia voz. Una de las bestias iba hacia él, pero el grito evitó que oyera el canto arrullador del ser. Este pareció sorprendido —o al menos todo lo sorprendido que podía mostrarse algo tan inhumano— cuando Ituralde se dirigió hacia él a trompicones fingiendo que lo arrastraba para, acto seguido, asestar un golpe experto que le atravesó el cuello. Sangre oscura se escurrió por la piel lechosa en tanto que Ituralde liberaba de un tirón la espada, sin dejar de gritar ni un momento.

Vio a Rajabi tropezar y caer al suelo cuando uno de los Engendros de la Sombra saltó sobre él. Ituralde no podía acudir en su ayuda, pues se enfrentaba a otro de esos monstruos. En aquel bendito momento reparó en que unas bolas de fuego se descargaban sobre los Draghkar que aún había en el aire. Los Asha'man.

Pero al mismo tiempo, a lo lejos, oyó los tambores de guerra resonar con más fuerza. Como había predicho, la hormigueante horda de trollocs estaría asaltando el

vado con todos los efectivos que tuviera. Luz, a veces detestaba tener razón.

«Más vale que mantengas tu promesa y me envíes refuerzos, muchacho. ¡Luz, más te vale!» Ituralde se enfrentó al segundo Draghkar chillando con todas sus fuerzas, aunque el grito sonaba más enronquecido por momentos.

Faile caminaba a través del campamento. En el aire resonaba el parloteo de la gente, gruñidos de esfuerzo y voces de hombres que impartían órdenes. Perrin había enviado una última petición de parlamentar a los Capas Blancas y todavía no había llegado respuesta.

Faile se sentía renovada. Había pasado toda la noche acurrucada contra Perrin en lo alto de la colina. Había llevado bastantes mantas y ropa de cama. En cierto modo, la herbosa colina había sido un lecho más cómodo que el de su tienda.

Los exploradores habían regresado de Cairhien por la mañana, y tendrían enseguida el informe. De momento, Faile se había bañado y había desayunado.

Era hora de hacer algo respecto a Berelain.

Cruzó la hierba pisoteada en dirección al sector mayeniense del campamento sintiendo una ira creciente. Berelain había ido demasiado lejos. Perrin afirmaba que los rumores habían partido de las doncellas de esa mujer, no de ella, pero Faile sabía a qué atenerse. La Principal era maestra en el arte de manipular y controlar rumores. Ese era uno de los mejores modos de gobernar desde una posición de relativa debilidad. La Principal actuaba así en Mayene y había hecho lo mismo aquí, en el campamento, cuando ella era el bando más fuerte al ser la esposa de Perrin.

Había un par de soldados de la Guardia Alada en la entrada al sector mayeniense, con los petos pintados en color rojo y los yelmos alados en forma de olla que se extendían hacia abajo por la nuca. Se irguieron al ver que Faile se acercaba, cosa que destacó más su ya imponente altura. Sostenían lanzas que eran más ornamentales que otra cosa, y a lo largo de los pendones azules aparecía esparcido el halcón dorado en vuelo.

Faile tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlos a los ojos.

—Escoltadme ante vuestra señora —ordenó.

Los guardias asintieron con un cabeceo; uno de ellos alzó la mano enfundada en el guantelete y llamó a otros dos hombres para que se quedaran de guardia en la entrada.

—Se nos dijo que esperáramos vuestra llegada —informó uno con voz profunda.

—¿Hoy? —preguntó Faile, enarcando una ceja.

—No. La Principal sólo dijo que debíamos obedeceros si veníais.

—Por supuesto que debéis obedecerme. Éste es el campamento de mi esposo.

Los guardias no se lo discutieron, aunque casi con toda seguridad disentían de ella. A Berelain se le había encomendado que acompañara a Perrin, pero a él no se lo

había puesto al mando de forma expresa respecto a la Principal o sus tropas.

Faile siguió a los soldados. El suelo, de forma milagrosa, empezaba a secarse. Le había dicho a Perrin que no estaba molesta por los rumores, pero sí se sentía frustrada por la osadía de la Principal.

«Esa mujer —pensó—. ¡Cómo se atreve a...!»

No. No podía seguir por ese camino. Una buena bronca haría que se sintiera mejor, pero sólo conseguiría reforzar los rumores. ¿Qué otra conclusión sacaría la gente si la veía dirigirse a la tienda de la Principal y se ponía a gritarle? Tenía que estar tranquila, aunque no iba a ser fácil.

El campamento mayeniense estaba organizado en hileras de hombres que partían de una tienda central, como radios de una rueda. La Guardia Alada no tenía tiendas —las transportaba maese Gill en las carretas— pero los grupos se habían dispuesto de forma muy ordenada. Casi parecían demasiado parejos, con las mantas dobladas, los montones de lanzas, las estacadas de caballos y los agujeros para lumbre a intervalos regulares. El pabellón central de Berelain, rescatado de las ruinas en Malden, era de color violeta y castaño. Faile mantuvo la compostura mientras seguía a los dos altísimos guardias hacia la tienda. Uno de ellos llamó al poste exterior pidiendo permiso para entrar.

La sosegada voz de Berelain respondió, y el guardia apartó el faldón de la entrada para que pasara Faile. Esta se disponía a hacerlo cuando un frufrú en el interior la hizo retroceder un paso, y Annoura salió del pabellón. La Aes Sedai la saludó con una leve inclinación de cabeza, de forma que las trencillas traslapadas que le enmarcaban la cara se mecieron. Parecía descontenta; por lo visto, todavía no había recuperado el favor de su señora.

Faile respiró hondo y entró en el pabellón. Dentro estaba fresco. Una alfombra en tonos castaños y verdes, con dibujos en forma de hiedra, cubría el suelo. Aunque el pabellón daba la impresión de estar vacío sin el habitual mobiliario de viaje de Berelain, la mujer tenía un par de sillones de roble macizo y una pequeña mesa auxiliar, también rescatados en Malden. La Principal se puso de pie.

—Lady Faile —saludó con sosiego.

Ese día lucía la diadema de Mayene. La fina corona poseía un aire de sencilla grandeza, carente de adornos a excepción del halcón dorado alzando el vuelo, como si saltara hacia la luz del sol que penetraba en haces a través del techo de la tienda, donde se habían quitado las coberturas para dejar pasar la luz. La Principal llevaba un vestido verde y dorado, con un cinturón sencillo ceñido al talle y un pronunciado escote.

Faile se sentó en uno de los sillones. La conversación que iba a mantener era peligrosa; podía conducir al desastre, pero tenía que hacerlo.

—Espero que estéis bien —dijo Berelain—. Las lluvias de los últimos días han

sido agobiantes en exceso, ¿no es así?

—Han sido espantosas, pero no he venido a hablar de eso, Berelain.

La Principal frunció los perfectos labios. ¡Luz, mira que era bella esa mujer! En comparación, Faile se sentía absolutamente falta de gracia y atractivo, con la nariz larga y el busto demasiado pequeño. Y, en cuanto a la voz, ni de lejos era tan melodiosa como la de la otra mujer. ¿Por qué el Creador daba vida a personas tan perfectas como Berelain? ¿Para mofarse de los demás?

Perrin no amaba a Berelain, sin embargo. La amaba a ella.

«Tenlo muy presente», se exhortó.

—Como gustéis —aceptó la Principal—. Suponía que íbamos a sostener esta conversación antes o después. Os prometo que los rumores son falsos por completo. Entre vuestro esposo y yo no ha sucedido nada inapropiado.

—Eso ya me lo ha dicho él, y su palabra me merece más confianza que la vuestra.

Su respuesta tuvo como resultado que Berelain frunciera el entrecejo. Esa mujer era una experta en las interacciones políticas y poseía una pericia y una sutileza que ella le envidiaba. Pese a su juventud, Berelain había logrado mantener la independencia de su diminuta ciudad-estado en contra de las aspiraciones anexionistas de Tear, mucho más poderosa y extensa como nación. Faile sólo se hacía una ligera idea de los muchos malabarismos, el doble juego y la pura astucia que habría requerido alcanzar tal logro.

—Bien, pues, ¿para qué habéis venido a verme? —preguntó Berelain, que tomó asiento—. Si vuestro corazón no alberga sospechas y estáis tranquila, entonces no hay ningún problema.

—Las dos sabemos que, tanto si os acostasteis con mi marido como si no lo hicisteis, el problema existe —manifestó Faile, y Berelain abrió mucho los ojos—. Lo que me encoleriza no es lo que ocurriera, sino lo que se da por supuesto que ocurrió.

—Los rumores surgen en cualquier sitio donde se congrega una masa de gente. Sobre todo, allí donde los que chismorrean son hombres.

—Unos rumores de tanto peso y tan persistentes no es probable que surjan sin el acicate necesario —adujo Faile—. Ahora todo el mundo en el campamento, incluidos los refugiados que me juraron lealtad, da por sentado que os acostasteis con mi marido mientras los Shaido me tenían prisionera. Lo cual no sólo me hace parecer una estúpida, sino que arroja una sombra en el honor de Perrin. No podrá dirigir a nadie si la gente lo tiene por uno de esos hombres que se echan en brazos de otra mujer en el instante en que su esposa está ausente.

—Otros líderes han superado rumores semejantes y, en muchos casos, los rumores no eran infundados —argüyó Berelain—. Las monarquías sobreviven a la infidelidad.

—Tal vez ocurra así en Illian o en Tear, pero Saldaea exige más de sus

gobernantes. El modo en que sus hombres lo miran lo está destrozando.

—Creo que lo subestimáis —repuso Berelain—. Lo superará y aprenderá a valerse de los rumores en su provecho. Eso lo hará más fuerte, como hombre y como líder.

Faile observó con intensidad a la otra mujer.

—No lo entendéis en absoluto, ¿verdad? —dijo después.

La Principal reaccionó como si la hubiese abofeteado, echándose hacia atrás. Era obvio que no le gustaba la franqueza con que enfocaba la conversación. Eso quizá le daría cierta ventaja a Faile.

—Entiendo a los hombres, lady Faile —repuso Berelain con frialdad—. Y vuestro esposo no es una excepción. Puesto que habéis decidido ser franca, procederé a la recíproca. Fuisteis lista al tomar a Aybara cuando lo hicisteis, adhiriendo Saldaea al Dragón Renacido, pero no creáis que seguirá siendo vuestro sin discusión.

Faile respiró hondo. Había llegado el momento de hacer su jugada.

—La reputación de Perrin ha quedado seriamente dañada por lo que vos habéis hecho, mi señora Principal. En lo referente a mi honor, tal vez os habría perdonado. Pero por esto no.

—No veo qué podéis hacer al respecto.

—Yo sí. Y estoy convencida de que una de nosotras tendrá que morir.

—¿Perdón? —Berelain no se inmutó.

—En las Tierras Fronterizas, si una mujer descubre que otra se ha acostado con su esposo, tiene la opción de exigir un duelo a cuchillo.

Eso era cierto, aunque se trataba de una tradición muy antigua que rara vez se practicaba en la actualidad.

—El único modo de limpiar mi nombre es que vos y yo luchemos.

—¿Y eso qué demostraría?

—Al menos, si murieseis vos, acabaría con las dudas de la gente de si aún os acostáis con él a mis espaldas.

—¿Me estáis amenazando en mi propia tienda?

—Esto no es una amenaza, sino un desafío —replicó Faile con actitud firme. Luz, esperaba que aquello saliera bien.

Berelain la observó con detenimiento y una expresión calculadora en los ojos.

—Haré un comunicado oficial. Castigaré públicamente a mis doncellas por los rumores propagados e informaré al campamento que no ha ocurrido nada.

—¿De verdad creéis que eso acabará con los rumores? Antes de mi regreso no hicisteis ninguna objeción a lo que se comentaba, lo cual se interpreta como prueba. Y, por supuesto, se esperaría que ahora actuaseis como si nada hubiera ocurrido.

—No podéis hablar en serio de ese... duelo.

—En lo que se refiere al honor de mi esposo, Berelain, siempre hablo en serio.

Miró a la mujer a los ojos y advirtió en ellos preocupación. Berelain no quería luchar con ella. Y, desde luego, ella tampoco quería luchar con Berelain, y no sólo porque no estuviera segura de si la vencería o no. Aunque siempre había querido vengarse de la Principal por aquella vez en que Berelain, quitándole el cuchillo, la había desarmado.

—Presentaré el desafío formalmente esta tarde, ante todo el campamento —añadió con voz tranquila—. Dispondréis de un día para aceptar el reto o para marcharos.

—No tomaré parte en ese disparate.

—Ya estáis metida de lleno. —Faile se puso de pie—. Esto es lo que pusisteis en marcha en el momento en que dejasteis que esos rumores empezaran.

Se dio la vuelta para salir de la tienda. Había realizado un gran esfuerzo para disimular el nerviosismo. ¿Se habría fijado Berelain en que la frente le picaba por el sudor? Se sentía como si hubiese caminado por el filo de una espada. Si lo del desafío llegaba a oídos de Perrin, se pondría furioso. Tendría que confiar en que...

—Lady Faile —dijo Berelain a su espalda. En la voz de la Principal se percibía preocupación—. Sin duda podríamos acordar otro arreglo. No forcéis de este modo la situación.

Con el corazón latiéndole desbocado, Faile se paró y se volvió hacia la otra mujer. La Principal parecía preocupada de verdad. Sí, creía que ella era lo bastante salvaje y sanguinaria para plantear ese duelo.

—Quiero que salgáis de la vida de Perrin, Berelain, y lo conseguiré de un modo u otro —respondió.

—¿Queréis que me vaya? Las tareas que me encomendó el lord Dragón han concluido. Supongo que podría reunir a mis hombres y marcharnos en otra dirección.

No. Faile no quería que se fuera. La desaparición de sus tropas sería un golpe para ellos, teniendo que hacer frente a ese cercano ejército de los Capas Blancas. Y Faile sospechaba que Perrin necesitaría otra vez a la Guardia Alada.

—No es eso lo que quiero. Que os marchéis no serviría de nada para acabar con los rumores, Berelain.

—Más o menos lo mismo que lo que conseguiríais con matarme —replicó la otra mujer con sequedad—. Si luchamos y, por algún azar, os las arregláis para matarme, lo único que habríais logrado sería que la gente dijera que al descubrir la infidelidad de vuestro esposo os habíais puesto furiosa. No entiendo en qué ayudaría eso a mejorar vuestra posición. Por el contrario, daría más pábulo a los rumores.

—Entonces, entenderéis en qué dilema me encuentro —dijo Faile, que dejó que se notara su exasperación—. No parece que haya forma de librarse de esos rumores.

Berelain se quedó mirándola de nuevo. Esa mujer había asegurado una vez que tendría a Perrin. Sólo le había faltado jurarlo. Al parecer, ahora había renunciado a

eso. En parte. Y en sus ojos se apreciaban atisbos de preocupación.

«Ahora se da cuenta de que ha permitido que esto llegue demasiado lejos», comprendió Faile. Pues claro. Berelain no había esperado que ella volviera de Malden. Por eso había decidido hacer un movimiento tan osado.

Ahora era consciente de haberse extralimitado. Y, con toda la razón, pensaba que Faile estaba lo bastante trastornada para batirse en duelo con ella en público.

—Nunca quise que pasara esto, Berelain —dijo, internándose de nuevo en la tienda—. Y tampoco Perrin. Vuestras atenciones son una molestia para los dos.

—Pues vuestro esposo bien poco hizo por disuadirme —comentó Berelain, cruzada de brazos—. En vuestra ausencia hubo puntos en los que me animó de forma directa.

—Qué poco lo entendéis, Berelain. —Asombroso, lo ciega que podía mostrarse una mujer que era tan inteligente en otras cosas.

—Eso es lo que vos decís.

—Ahora mismo sólo tenéis dos opciones, Berelain. —Se acercó a ella—. Podéis optar por luchar conmigo, y una de las dos morirá. Tenéis razón en que eso no pondría fin a los rumores, pero sí acabaría con vuestras posibilidades respecto a Perrin porque, o moriríais, o seríais la mujer que mató a su esposa.

»La otra opción —continuó, mirándola a los ojos— es encontrar el modo de poner fin a los rumores de una vez por todas. Vos sois la causante de este lío. Vos tendréis que solucionarlo.

Y ésa era su apuesta. A ella no se le ocurría ninguna forma de salir de aquella situación, pero Berelain era mucho más experta en esas lides que ella. Por eso se había presentado allí, dispuesta a manipular a la Principal para que creyera que estaba dispuesta a hacer algo irracional. Y después dejar que la agudeza política de la mujer resolviera la situación.

¿Funcionaría?

Buscó los ojos de Berelain y se permitió mostrar su cólera, su indignación por el agravio sufrido. Había sido maltratada, humillada y expuesta a morir congelada por su común enemigo. Y, mientras ocurría todo eso, ¿Berelain había tenido el cinismo de hacer algo así?

Sostuvo con firmeza la mirada de la Principal. No, ella no tendría tanta experiencia política como Berelain, pero sí tenía algo que le faltaba a la otra mujer: amaba a Perrin. Verdadera, profundamente. Haría cualquier cosa por evitar que le hicieran daño. La Principal la observó con detenimiento.

—De acuerdo —accedió después—. Que así sea. Podéis sentiros orgullosa, Faile. Es... poco habitual que renuncie a un trofeo que he deseado conseguir durante tanto tiempo.

—No habéis dicho cómo nos libraremos de los rumores.

—Puede que haya un método, pero será enojoso.

Faile enarcó una ceja.

—Tendremos que actuar como si fuésemos amigas cuando estemos delante de la gente —le explicó la Principal—. Pelearnos, estar enemistadas, sólo servirá para dar más fundamento a los rumores. Pero si nos ven charlar y pasar tiempo juntas, las habladurías cesarán. Además, manifestaré públicamente mi repulsa a los rumores. Lo más probable es que con eso sea suficiente.

Faile se sentó en la silla que había usado antes. ¿Amigas? Detestaba a esa mujer.

—Tendrá que ser una actuación convincente —advirtió Berelain, que se levantó y fue hacia la mesita auxiliar, donde había una bandeja, y se sirvió un poco de vino frío —. Sólo funcionaría así.

—También buscaréis otro hombre, alguien a quien dedicar vuestras atenciones, al menos durante un tiempo —planteó Faile—. Para demostrar que no estáis interesada en Perrin.

—Sí. —Berelain alzó la copa—. Sospecho que eso también ayudaría. ¿Seréis capaz de poner en escena esa pantomima, Faile ni Bashere t'Aybara?

«Creías de verdad que estaba dispuesta a matarte por este embrollo, ¿verdad?», pensó Faile.

—Lo prometo —dijo en voz alta.

Berelain hizo una pausa, con la copa a medio camino de los labios. Entonces sonrió y bebió.

—Veremos, pues, qué resulta de todo esto —dijo, mientras bajaba la copa.

CAPÍTULO 19

Una charla sobre dragones

Mat se puso una recia chaqueta marrón. Los botones eran de latón, pero aparte de eso no llevaba ningún adorno. Hecha con paño grueso, tenía unos cuantos agujeros de flechas que, a decir verdad, lo normal sería que lo hubieran matado. En uno de los rotos había sangre alrededor, pero había salido casi toda con el lavado. Era una chaqueta bonita. Cuando vivía en Dos Ríos habría pagado sus buenas monedas por una prenda como ésa.

Se frotó la cara y se miró en el espejo que había en la tienda nueva. Por fin se había afeitado la maldita barba. ¿Cómo puñetas se las arreglaría Perrin para aguantar el picor? Debía de tener la cara tan áspera como la piel seca de ese tiburón que llamaban lija. En fin, él encontraría otra forma de disfrazarse cuando fuera necesario.

Se había hecho unos cortes pequeños mientras se afeitaba, pero eso no quería decir que hubiera olvidado cómo cuidar de sí mismo. No necesitaba un criado que hiciera cosas de las que él podía encargarse. Asintiendo para sus adentros, se caló el sombrero y recogió la *ashandarei* del rincón de la tienda donde la había dejado; los cuervos grabados en la cuchilla parecían posados en una percha, excitados ante la perspectiva de batallas venideras.

—Y con toda razón las esperáis, diantre —masculló.

Se apoyó la *ashandarei* en el hombro al salir de la tienda. A partir de ese día, pasaría las noches en la ciudad.

Caminó por el campamento y saludó con un gesto de la cabeza a un grupo de Brazos Rojos con el que se cruzó. Había ordenado que se doblara la guardia. Le preocupaba el *gholam*, pero también los numerosos campamentos militares que había en la zona. La mitad era de mercenarios, y la otra mitad de criados de este señor o aquel otro que había ido a presentar sus respetos a la reina y que —detalle por demás sospechoso— habían llegado después de acabada la contienda.

Sin duda, todos y cada uno de ellos declararía su profunda y sincera lealtad a Elayne y explicarían que sus hombres la habían apoyado desde el principio. Puede que esas afirmaciones de los nobles no fueran muy bien recibidas, ya que Mat sabía de buena tinta, a través de tres distintos borrachines con los que había hablado en diferentes tabernas, que Elayne había hecho gran uso del Viaje para reclutar tropas con las que defenderse. Cuando uno respondía a una petición de ayuda por escrito era más fácil fingir una llegada con retraso, pero no era el caso.

—¡Mat! ¡Mat!

Se paró en el camino, fuera de la tienda, al ver a Olver que se acercaba corriendo.

El chico había adquirido la costumbre de lucir una banda roja en el brazo, a semejanza de los Brazos Rojos, pero aún vestía pantalón y chaqueta marrones. Llevaba enrollado debajo del brazo el paño que hacía las veces de tablero para jugar a serpientes y zorros, además de un fardo cargado en el otro hombro.

Setalle se encontraba cerca, junto con Lussin y Edder, dos Brazos Rojos a los que Mat había asignado la tarea de velar por la seguridad del chico y la mujer. Partirían hacia la ciudad dentro de poco.

—Mat, ¿te marchas? —preguntó Olver, jadeante.

—Ahora no tengo tiempo para jugar contigo, Olver —se disculpó Mat, que bajó la *ashandarei* y la apoyó en el doblez del brazo—. He de acudir a una audiencia con la reina.

—Lo sé. Supuse que, como todos vamos a la ciudad, podríamos cabalgar juntos y hacer planes. ¡Se me han ocurrido algunas ideas para derrotar a las serpientes y los zorros! Les vamos a dar una lección, Mat. ¡Así me abrase, pero vaya si se la daremos, puñetas!

—¿Dónde has aprendido ese lenguaje?

—¡Mat, esto es importante! ¡Tenemos que hacer planes! No hemos hablado sobre lo que vamos a hacer.

Para sus adentros, Mat se maldijo por haber hablado sobre la misión de rescatar a Moraine donde Olver podía oírlos. Al chico no iba a gustarle nada que no lo llevaran con ellos.

—Necesito pensar qué voy a decirle a la reina —argumentó Mat, que se frotó el mentón—. Pero supongo que tienes razón, planear las cosas es importante. ¿Por qué no vas a explicarle a Noal tus ideas?

—Ya lo he hecho. Y también a Thom. Y a Talmanes.

¿A Talmanes? ¡Él no iría con ellos a la torre! Luz, ¿de qué había hablado Olver por el campamento y cuánto habría contado de lo que pensaban hacer?

—Olver —Mat se puso en cuclillas para estar cara a cara con el chico—, tienes que ser más discreto. Debemos evitar que mucha gente sepa lo que vamos a hacer.

—No se lo he contado a nadie que no sea de confianza, Mat. No te preocupes. Casi todos eran Brazos Rojos.

«Estupendo», rezongó Mat para sus adentros. ¿Qué pensarían los soldados de un comandante que planeaba ir a luchar contra un puñado de seres de cuentos infantiles? Con suerte, tomarían los comentarios de Olver como fantasías de un muchachito.

—Tú sé prudente —insistió Mat—. Mañana me pasaré por vuestra posada y podremos jugar una partida y hablar de este asunto, ¿vale?

—De acuerdo, Mat —aceptó el chico al tiempo que asentía con un cabeceo—. Pero... ¡Que me aspen, puñetas!

—¡Y deja de maldecir! —gritó Mat mientras lo veía alejarse.

Sacudiendo la cabeza, pensó que esos puñeteros soldados habrían corrompido al chico antes de que cumpliera doce años.

Después, se echó otra vez la lanza al hombro y echó a andar. Encontró a Thom y Talmanes montados a caballo en la entrada del campamento, junto con una tropa de cincuenta Brazos Rojos. Thom llevaba una extravagante chaqueta y un pantalón de un color rojo como el vino, así como una camisa adornada con encaje blanco en los puños y un pañuelo de seda al cuello. Los relucientes botones eran de oro. Se había recortado y peinado el bigote. Todo el atuendo era nuevo, incluida la capa negra con forro dorado.

Mat se quedó parado en seco. ¿Cómo había conseguido ese hombre transformar con tanta perfección a un viejo juglar granuja en un cortesano real? ¡Luz!

—Por tu reacción, veo que mi porte es convincente —dijo Thom.

—¡Que me aspen! —exclamó Mat—. ¿Qué ha pasado? ¿Estaba en mal estado alguna salchicha del desayuno y te has puesto enfermo?

Thom se echó la capa hacia atrás para dejar a la vista el arpa que llevaba al costado, sin la caja. ¡Parecía un bardo de la corte!

—Pensé que, si después de todos estos años iba a aparecer en Caemlyn, debería dar la imagen adecuada —respondió el juglar.

—Ahora entiendo que hayas estado cantando todos los días a cambio de monedas —comentó Mat—. A la gente de esas tabernas debe de sobrarle el dinero.

Talmanes enarcó una ceja, lo que en él era tanto como decir que sonreía con sorna. A veces tenía un gesto tan lóbrego que, en comparación, las nubes de tormenta parecían alegres. También vestía un atuendo elegante, éste en color plateado y azul cobalto. Mat se tocó los puños. Podría haber llevado algo de encaje. Si Lopin hubiera estado allí, le habría preparado el atuendo perfecto sin tener que pedírselo. Un toque de encaje le iba bien a un hombre, le daba un aspecto presentable.

—¿Es eso lo que vas a llevar puesto para visitar a la reina, Mat? —se interesó Talmanes.

—Pues claro que lo es. —Las palabras le salieron de la boca antes de que tuviera tiempo de pensar—. Es una buena chaqueta.

Se dirigió hacia *Puntos* para asir las riendas.

—Buena para participar en una pelea, tal vez —argumentó Talmanes.

—Elayne es ahora reina de Andor, Mat —intervino Thom—. Y las reinas son un poco especiales. Deberías mostrarle respeto.

—Ya se lo estoy mostrando, puñetas —respondió mientras le tendía la lanza a uno de los soldados y montaba. Después la recogió e hizo que *Puntos* se volviera para poder mirar a Thom—. Ésta es una chaqueta bastante buena para un granjero.

—Ya no lo eres, Mat —dijo Talmanes.

—Sí que lo soy —insistió, obstinado.

—Pero Musenge te llamó... —empezó Thom.

—Se equivocó —lo interrumpió Mat—. Sólo porque un hombre se case con alguien no significa que de repente sea un jodido noble.

Thom y Talmanes intercambiaron una mirada.

—Mat, pero es que es exactamente así como funciona. Es una de las contadas formas de convertirse en parte de la nobleza —explicó Thom.

—Puede que aquí sea así, pero Tuon es de Seanchan. ¿Quién sabe cómo lo hacen allí? Todos estamos al tanto de lo raros que son. No sabremos nada hasta que hablemos con Tuon.

—Por lo que ella dijo, estoy seguro de que... —empezó de nuevo Thom, fruncido el entrecejo.

—No sabremos nada hasta que hablemos con Tuon —repitió Mat, esta vez en tono más alto—. Hasta entonces, soy Mat. Nada de esa insensatez de Príncipe de "Loquesea".

Thom parecía desconcertado, pero los labios de Talmanes se curvaron hacia arriba, aunque de un modo apenas perceptible. Maldito hombre. Mat empezaba a pensar que su carácter solemne sólo era una farsa. ¿Se estaría riendo para sus adentros?

—Bueno, Mat —dijo el noble—, la sensatez y tú nunca habéis ido de la mano. ¿Cómo íbamos a imaginar que ahora sí? Adelante, pues. Vayamos a reunirnos con la reina de Andor. ¿Seguro que no quieres rebozarte en el fango antes?

—Así estoy bien —replicó con sequedad, y se caló más el sombrero mientras un soldado ataba su fardo detrás de la silla.

Taloneó a *Puntos*, y la comitiva inició el ya conocido recorrido a Caemlyn. Mat se pasó casi todo el tiempo repasando para sus adentros el plan que tenía. Llevaba los papeles de Aludra guardados en un pequeño portapliegos de piel; entre ellos, iban las listas de lo que pedía la mujer: todos los fundidores de campanas de Caemlyn, bronce y hierro en grandes cantidades, y pólvora por valor de miles de coronas. Y aseguraba que eso era el mínimo de lo que necesitaba.

¿Cómo, por la Luz bendita, iba a convencer a la puñetera Elayne Trakand de que le diera todo eso? Tendría que sonreír a diestro y siniestro. Pero Elayne ya había demostrado que era inmune a sus sonrisas, además de que las reinas no eran como la gente corriente. Casi todas las mujeres le devolverían la sonrisa o le pondrían ceño, y así uno sabía a qué atenerse, pero Elayne parecía de las que le sonreían a uno y a continuación lo arrojaban a una mazmorra.

Sería estupendo que, por una vez, la suerte lo llevara a algún sitio en el que disfrutar de una pipa y una partida de dados, con una camarera bonita sentada en las rodillas y sin otra preocupación que hacer la próxima tirada. En cambio, se había casado con una seanchan de la Alta Sangre y se dirigía a suplicar ayuda a la reina de

Andor. ¿Cómo se las arreglaba para meterse en semejantes complicaciones? A veces pensaba que el Creador tenía que ser como Talmanes: el gesto muy serio, pero, a la chita callando, lo pasaba en grande a su costa.

La comitiva pasó por numerosos campamentos instalados en las llanuras que rodeaban Caemlyn. A todos los mercenarios se les exigía que estuvieran como mínimo a una legua de la ciudad, pero las fuerzas de los señores podían acampar más cerca. Eso dejaba a Mat en un sector harto comprometido. Siempre había tensiones entre mercenarios y mesnaderos leales y, encontrándose los primeros tan lejos de Caemlyn, las peleas eran moneda corriente. La Compañía estaba justo en medio de todo eso.

Hizo una estimación rápida basada en los penachos de humo de las fogatas que veía enroscándose en el aire. Como poco había unos diez mil Mercenarios en la zona. ¿Sabría Elayne que lo que estaba preparando allí era una gran olla burbujeante, a punto de romper a cocer? ¡Un poco más de calor, y todo el jodido invento se le desbordaría!

La comitiva de Mat llamó la atención. Había ordenado a uno de sus soldados que llevara enarbolado el estandarte de la Compañía de la Mano roja, y sus hombres estaban adquiriendo cierta reputación. Según sus estimaciones, la Compañía era el grupo más numeroso de todos los acampados fuera de las murallas de Caemlyn, ya fueran mercenarios o mesnaderos de nobles. Era una fuerza tan organizada y disciplinada como un ejército regular que, además, se hallaba al mando de un amigo personal del Dragón Renacido. Sus hombres no podían evitar jactarse de ello, aunque él habría preferido que no hubieran dicho nada.

Pasaron por grupos de hombres que esperaban al lado de la calzada, con la curiosidad de echar un vistazo a "lord Mat". Mantuvo la mirada fija al frente. ¡Si esperaban ver a un petimetre con una indumentaria cara, se iban a llevar una desilusión! Aunque, tal vez, debería haber elegido otra chaqueta mejor. La que llevaba estaba tiesa y el cuello le rascaba.

Ni que decir tiene que algunos tomaban a Talmanes por "lord Mat", a juzgar por los gestos que hacían al señalarlo; sin duda, se debía a cómo iba vestido. ¡Qué puñetas!

La entrevista con Elayne iba a ser difícil, pero él tenía un as escondido en la manga, uno que esperaba fuera suficiente para conseguir que pasara por alto el desembolso que requería la propuesta de Aludra. Aunque lo que más miedo le daba era que Elayne captara lo que estaba haciendo y quisiera tomar parte en ello. Y cuando una mujer quería "tomar parte" en algo, eso significaba que quería ponerse al mando.

Se acercaron a las puertas de la muralla blanca grisácea de Caemlyn pasando por la ciudad de extramuros, en constante expansión. Los soldados les hicieron un gesto

con la mano para que pasaran. Mat respondió tocando el ala del sombrero, mientras que Thom dedicaba un floreo ostentoso con la mano a la pequeña multitud reunida allí. La gente lo jaleó con vítores. Estupendo. Jodidamente estupendo.

En la marcha a través de la Ciudad Nueva no se produjeron incidentes y resultó tranquila, salvo porque había más aglomeraciones de gente observando el paso de la comitiva. ¿Habría alguien que relacionaría su rostro con los dibujos que circulaban por doquier? Mat habría querido salir de las calles principales, pero las vías secundarias eran un enredijo tortuoso. Un grupo de cincuenta jinetes era demasiado grande para moverse por esas calles.

Por fin traspusieron las relucientes murallas blancas de la Ciudad Interior, donde las vías eran más anchas, los edificios de construcción Ogier se encontraban menos abarrotados y no había tanto hacinamiento de población. Allí se cruzaron con más grupos de hombres armados; entre ellos, los soldados de la Guardia Real con sus uniformes blancos y rojos. Mat vio su campamento un poco más adelante, cubriendo los grises adoquines del patio, con las tiendas y las hileras de caballos atados.

El Palacio Real era en sí mismo una pequeña ciudad en el corazón de la Ciudad Interior, dentro de Caemlyn. Contaba con una muralla baja reforzada y, a pesar del diseño esbelto de torres y torreones que se alzaban en el aire, tenía más aspecto de refugio fortificado que el Palacio del Sol. Qué curioso que no se hubiera fijado en esos detalles cuando era más joven. Si Caemlyn caía, ese palacio resistiría por sí solo al ataque. Sin embargo, hacían falta más cuarteles dentro de ese muro. Era ridículo que los soldados tuvieran que acampar en el patio.

Mat se hizo acompañar por Talmanes, Thom y diez Brazos Rojos como escolta. Un hombre alto, con un peto bruñido y tres galones dorados en la capa, aguardaba a la entrada de palacio. Era joven, pero su actitud de porte relajado, aunque presto para actuar, con la mano en el pomo de la espada— indicaba que era un soldado experimentado. Lástima que fuera tan bien parecido. Casi con toda seguridad, la vida militar daría al traste con eso.

El hombre hizo una ligera inclinación de cabeza a Mat, Thom y Talmanes.

—¿Lord Cauthon? —le preguntó.

—Llámame Mat.

El soldado enarcó una ceja, pero no hizo ningún comentario.

—Me llamo Charlz Guybon. Os conduciré hasta Su Majestad.

Elayne había enviado a Guybon para que escoltara personalmente a Mat. Era un oficial de alto rango en el ejército, un segundo al mando. Eso sí que era inesperado. ¿Elayne le tenía miedo o era un gesto de reconocimiento a su posición? Quizás el propio Guybon había querido verlo. Elayne no lo compensaría con ese gesto, ni mucho menos. ¡Mira que hacerlo esperar tanto tiempo para concederle una audiencia! Menuda bienvenida para un viejo amigo. Sus sospechas se confirmaron cuando

Guybon no los condujo al salón del trono, sino hacia una zona tranquila de palacio.

—He oído hablar mucho de vos, maese Cauthon —dijo Guybon.

Parecía ser uno de esos militares estirados; un tipo responsable, serio, quizá demasiado adusto. Como un arco sin suficiente elasticidad.

—¿Por boca de quién? ¿De Elayne? —preguntó Mat.

—Casi todo procedente de rumores que corren por la ciudad. A la gente le gusta hablar de vos.

«No me digas», pensó Mat.

—No he hecho ni la mitad de lo que cuentan —rezongó en voz alta—. Y la otra mitad no fue culpa mía, puñetas.

Su respuesta hizo que Guybon se echara a reír.

—¿Y qué me decís de esa historia sobre estar colgado de un árbol durante nueve días? —preguntó el oficial.

—Que no ocurrió.

Mat tuvo que resistir el deseo de tirar del pañuelo que llevaba atado al cuello. ¿Nueve días? ¿De dónde había salido eso? ¡No había estado colgado ni siquiera nueve jodidos minutos! Incluso nueve segundos habían sido demasiado largos.

—También dicen que jamás perdéis a los dados ni en el amor y que vuestra lanza nunca yerra el blanco.

—Ojalá esas dos últimas afirmaciones fueran ciertas. Así me abrase, cómo me gustaría que lo fueran.

—Entonces, ¿siempre ganáis a los dados?

—Casi siempre —admitió Mat, que tiró del ala del sombrero y se lo caló un poco más—. Pero no lo propaguéis o no encontraré a nadie que quiera jugar conmigo.

—Dicen que matasteis a uno de los Renegados —hizo notar Guybon.

—No es cierto.

¿De dónde habría salido también eso?

—¿Y lo de batiros en duelo con el rey de los invasores Aiel en una batalla de honor? ¿De verdad que ganasteis la lealtad de los Aiel para el Dragón Renacido?

—Maldita sea —rezongó Mat—. ¡Maté a Couladin, pero no fue en ningún duelo ni nada por el estilo! Me topé con él en el campo de batalla y uno de los dos tenía que morir. No estaba dispuesto a permitir que fuese yo.

—Interesante. Me parecía que eso podría ser verdad. Al menos, es una de las pocas cosas que podría haber ocurrido en realidad. A diferencia de... —Dejó la frase sin acabar.

—¿De qué?

Cruzaron por una intersección de pasillos en los que se agrupaban sirvientes que los observaron pasar, mientras cuchicheaban entre ellos.

—Seguro que también lo habréis oído —contestó Guybon, vacilante.

—Lo dudo.

¡Maldición! ¿Qué sería lo siguiente? ¿Habrían propagado esos rumores miembros de la Compañía? ¡Ni siquiera ellos sabían algunas de esas cosas!

—Bueno, pues, corre un rumor que cuenta que entrasteis en el dominio de la muerte para retarla y le exigisteis que respondiera a vuestras preguntas —explicó el oficial, que parecía cada vez más incómodo—. Y que os entregó esa lanza que lleváis y vaticinó vuestra muerte.

Mat tuvo un escalofrío. Ése se acercaba lo bastante a la verdad para sentirse arredrado.

—Sí, lo sé, es una tontería —dijo Guybon.

—Una tontería, claro.

Mat intentó reírse, pero sonó más como un golpe de tos, y el oficial lo miró con curiosidad.

«¡Luz, cree que soslayo la pregunta!», comprendió.

—Sólo son rumores, por supuesto —se apresuró a negar. Tal vez con demasiada rapidez. ¡Por la Luz bendita!

Guybon asintió con la cabeza, el gesto pensativo.

Mat quería cambiar de tema, pero no se fiaba de lo que podía decir si abría la boca. Advirtió que cada vez había más sirvientes palaciegos que se paraban para observar el paso de la comitiva. Le entraron ganas de ponerse a maldecir, pero entonces se dio cuenta de que muchos de ellos parecían centrados en Thom.

Thom había sido un bardo de la corte allí, en Caemlyn. No hablaba de ello, pero Mat sabía que su relación con la reina había sufrido un revés. Desde entonces, podía decirse que Thom había vivido exiliado y sólo había ido a Caemlyn cuando se vio forzado a hacerlo.

Morgase estaba muerta ahora, así que, al parecer, éste era el regreso de Thom de su exilio. Era probable que por esa razón se hubiera ataviado con ropa tan elegante. Mat se miró de nuevo la chaqueta.

«Maldita sea, tendría que haberme puesto algo más bonito.»

Guybon los condujo hacia una puerta de madera con el emblema del León de Andor tallado. Llamó con suavidad, recibió permiso para entrar, y después hizo un gesto a Mat señalando la puerta.

—La reina os recibirá en su sala de estar.

—Thom, tú entras conmigo —dijo Mat—. Talmanes, tú te quedas vigilando a los soldados.

El noble parecía desilusionado, pero seguro que Elayne iba a avergonzarlo y no quería que Talmanes lo viera.

—Te la presentaré luego —le prometió.

Puñeteros nobles. Creían que una cosa de cada dos que pasaban era una afrenta a

su honor. ¡Él habría estado más que contento de esperar fuera!

Se acercó a la puerta y respiró hondo. Había luchado en docenas de escaramuzas y batallas sin perder los nervios, y ahora las manos le temblaban. ¿Por qué tenía la sensación de ir derecho hacia una emboscada sin llevar puesta una sola pieza de armadura?

Elayne. Como reina. Que lo asparan si este encuentro no iba a ser doloroso. Abrió la puerta y entró.

De inmediato, los ojos de Mat localizaron a Elayne. Estaba sentada junto a la chimenea, con una taza de lo que parecía ser leche. Tenía un aspecto radiante con el vestido rojo intenso y dorado; y unos labios llenos y bonitos que no le habría importado besar si no fuera un hombre casado. El cabello dorado brillaba con el resplandor de la chimenea y las mejillas tenían un color saludable. Había ganado algo de peso, pero era mejor no mencionar eso. ¿O debería hacerlo? A veces, a las mujeres les irritaba que uno les dijera que tenían un aspecto diferente, y otras veces se enfurecían si uno no se fijaba.

Era muy bonita. No tanto como Tuon, claro. Elayne tenía la tez demasiado pálida y era demasiado alta; y tenía demasiado cabello. Su presencia resultaba perturbadora. Aun así, era bonita. Lástima que fuera reina. Habría resultado una camarera excelente. En fin, alguien debía ser reina.

Mat echó una ojeada a Birgitte, la única persona que se hallaba en la sala con Elayne. Ella no había cambiado. Era siempre la misma, con la trenza dorada y las botas altas, como la heroína de las puñeteras leyendas. Es decir, exactamente lo que era. Se alegraba de volver a verla; era una mujer que no le hablaría con aspereza por decir la verdad.

Thom entró con él y Mat se aclaró la garganta. Elayne esperaría que se comportara con formalidad. Bueno, pues, no iba a hacer reverencias ni andarse con pamplinas, y...

Elayne se levantó del sillón de un salto y cruzó corriendo el cuarto mientras Birgitte cerraba la puerta.

—¡Thom, cuánto me alegro de que estés bien!

La joven se abrazó al juglar.

—Hola, querida —contestó Thom, afectuoso—. He oído que lo has hecho muy bien, por ti y por Andor.

¡Elayne estaba llorando! Mat se quitó el sombrero, desconcertado. Sí, claro que Thom y Elayne habían estado muy unidos, pero ahora era la reina. Elayne se volvió hacia él.

—Me alegra volver a verte, Mat. No creas que la corona ha olvidado lo que hiciste por mí. Traer de vuelta a Thom es otra deuda que tenemos contigo.

—Bueno, hummm... —empezó—. En realidad no fue nada, Elayne, ya sabes.

¡Que me aspen! ¡Eres reina! ¿Qué se siente?

Elayne se echó a reír y por fin soltó a Thom.

—Qué labia la tuya, Mat.

—No voy a hacerte reverencias ni nada de eso —advirtió—. Ni nada de esas tonterías de "Su Majestad" o cosas por el estilo.

—Ni yo te lo pediría —dijo ella—. A menos que estemos en público, por supuesto. Quiero decir que he de guardar las apariencias por el pueblo.

—Supongo que tienes razón —convino Mat.

Tenía sentido. Le tendió la mano a Birgitte, pero la mujer rió bajito y le dio un abrazo, además de palmearle la espalda como uno haría con un viejo compañero de jaranas con el que se reúne para tomar una cerveza. En fin, quizá era justo eso lo que hacían. A excepción de lo de tomar una cerveza. No le habría venido mal una jarra.

—Venid, sentaos —invitó Elayne, que gesticuló hacia los sillones que había junto al fuego—. Lamento mucho haberte hecho esperar tanto tiempo, Mat.

—No pasa nada. Estás muy ocupada.

—Es embarazoso. Uno de mis mayordomos te metió con los grupos mercenarios. ¡Es tan difícil seguirles el rastro a todos! Si quieres, te daré permiso para acampar más cerca de la ciudad. Pero no hay sitio para la Compañía dentro de las murallas, me temo.

—No es necesario. —Mat se sentó en un sillón—. Permitir que nos instalemos más cerca es suficiente, gracias.

Thom se sentó, pero Birgitte prefirió seguir de pie, aunque se reunió con ellos cerca de la chimenea y se apoyó en las piedras del hogar.

—Tienes buen aspecto, Elayne —dijo Thom—. ¿Va todo bien con el bebé?

—Bebés —lo corrigió Elayne—. Serán mellizos. Y sí, todo va muy bien. Salvo que me muelen a patadas y a golpes cada dos por tres.

—Un momento —dijo Mat—. ¿Qué? —Miró el vientre de Elayne.

Thom puso los ojos en blanco.

—¿Nunca prestas atención a lo que se cuenta cuando vienes a jugar a la ciudad? —le preguntó a Mat.

—Claro que lo hago —rezongó—. Por lo general. —Miró con expresión acusadora a Elayne—: ¿Esto lo sabe Rand?

—Espero que no se sorprenda demasiado cuando se entere —dijo Elayne riendo.

—¡Que me aspen! ¡El padre es él!

—La identidad del padre de mis hijos es un asunto sobre el que se especula en la ciudad —comentó ella en actitud solemne—. Y la corona prefiere que lo siga siendo durante un tiempo. ¡Pero basta ya de hablar de mí! Thom, tienes que contármelo todo. ¿Cómo escapasteis de Ebou Dar?

—Olvida Ebou Dar —intervino Birgitte—. ¿Cómo está Olver? ¿Lo encontrasteis?

—Lo encontramos, sí —respondió Thom—. Y se encuentra bien, aunque me temo que el chico está destinado a ser soldado profesional.

—No es una mala vida, ¿eh, Mat? —manifestó Birgitte.

—Las hay peores —contestó, todavía sin acabar de salir de su estupefacción.

¿Cómo era posible que convertirse en reina hiciera a Elayne menos altanera y estirada? ¿Se le había pasado algo por alto? ¡Pero si ahora resultaba incluso agradable!

Bueno, eso era injusto. Antes ya se había mostrado agradable en algunas ocasiones. Lo que ocurría era que se mezclaban con esas otras veces que se pasaba todo el tiempo dándole órdenes. Mat se encontró sonriendo con el detallado relato de Thom sobre la huida y la captura de Tuon, así como el viaje con el espectáculo ambulante de maese Luca. Relatada por un narrador de cuentos, la historia resultaba incluso mucho más impresionante que haberla vivido. Mat casi se creyó un héroe al escuchar a Thom.

No obstante, justo antes de que Thom llegara a la parte en que Tuon pronunciaba las palabras de matrimonio, Mat tosió y lo interrumpió:

—Y vencimos a los seanchan y huimos a Murandy, hasta que, por fin, encontramos a una Aes Sedai que nos trajo aquí a través de un acceso. Por cierto, ¿has visto a Verin hace poco?

—No —respondió Elayne.

Thom miró a Mat con expresión divertida.

—¡Maldición!

En fin, eso eliminaba la posibilidad de que les abriera un acceso a la Torre de Ghenjei. Pero ya se ocuparía de eso más adelante. Sacó del cinturón el portapliegos de piel, lo abrió y tomó los papeles de Aludra.

—Elayne, necesito hablar contigo —empezó.

—Sí, hablabas de "campaneros" en tu carta. ¿En qué lío te has metido, Matrim Cauthon?

—Eso no es justo en absoluto —contestó mientras extendía las hojas—. No soy yo el que se mete en líos. Si no hubiera...

—No irás a referirte de nuevo a mi captura en la Ciudadela de Tear, ¿verdad? —lo interrumpió, y puso los ojos en blanco.

—Pues claro que no. Eso ocurrió hace siglos. Casi ni lo recuerdo.

Ella rompió a reír, un sonido bonito que repicó en la estancia. Notó que se ponía colorado.

—Sea como sea, yo no estoy metido en líos. Sólo necesito recursos.

—¿Qué clase de recursos? —se interesó Elayne.

Su curiosidad aumentó conforme Mat extendía los papeles sobre la mesa que había al lado del sillón en el que estaba sentada. Birgitte se agachó un poco para

echar un vistazo.

—Bien —siguió Mat, que se frotó el mentón—, en la ciudad hay tres fundidores de campanas. Voy a necesitarlos. Y también vamos a necesitar algo de pólvora. Todo está en un listado, en esta página. Y... Necesitaremos un poco de metal.

Se encogió al tenderle a Elayne una de las listas de Aludra. Elayne leyó la página y después parpadeó.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó.

—A veces creo que es posible, sí. Pero, así me abrase, creo que esto valdrá la pena el coste.

—¿Qué es? —preguntó Elayne.

Birgitte miraba una de las hojas y se la pasó al acabar de ojearla.

—Aludra los llama dragones —respondió Mat—. ¿Es verdad lo que me dijo Thom sobre que la conoces?

—Sí, la conozco.

—Bien, pues, éstos son tubos lanzadores, como los que usa para sus fuegos de artificio. La diferencia es que son de metal y son grandes. Y en lugar de lanzar flores nocturnas lanzan piezas de hierro del tamaño de una cabeza.

—¿Y para que querría uno lanzar trozos de hierro por el aire? —le preguntó Elayne, con el entrecejo fruncido.

—Al aire no —dijo Birgitte, con los ojos muy abiertos—. Se los lanzaría al ejército de alguien.

Mat asintió con la cabeza.

—Aludra asegura que uno de estos dragones podría lanzar una bola de hierro hasta una milla de distancia —añadió.

—¡Por los pechos de una madre lactante! —exclamó Birgitte—. No lo dirás en serio, ¿verdad?

—Eso afirma ella. Y yo la creo. Deberíais ver lo que ha creado ya, y asegura que esto será su obra maestra. Mira, aquí muestra a los dragones disparando contra la muralla de una ciudad desde una milla de distancia. Con cincuenta dragones y doscientos cincuenta soldados, podría derribar una muralla como la que rodea Caemlyn en pocas horas.

Elayne estaba un poco pálida. ¿Le creía? ¿Se enfadaría con él por hacerle perder el tiempo?

—Sé que no serán muy útiles en la Última Batalla —se apresuró a añadir—. Los trollocs no tienen murallas, pero mira esto. Hice que diseñara un proyectil hueco cargado de esquirlas metálicas. Dispáralo contra una línea de trollocs desde cuatrocientos pasos, y uno de esos dragones hará el trabajo de cincuenta arqueros. Que me aspen, Elayne, pero nos vamos a encontrar en desventaja. La Sombra siempre puede mandar contra nosotros más trollocs que soldados tenemos, y a esas

malditas bestias cuesta matarlas el doble que a un hombre. Necesitamos tener ventaja en algo. Recuerdo la...

Se calló de golpe. Había estado a punto de decir que recordaba la Guerra de los Trollocs, y ésa no era una buena idea. Por algo así, un hombre podía dar pie a rumores embarazosos.

—Mira, sé que esto suena disparatado, pero tienes que darle una oportunidad.

Elayne alzó los ojos hacia él y... ¿Estaba llorando otra vez? ¿Qué había hecho ahora?

—Mat, podría besarte —soltó—. ¡Esto es exactamente lo que necesito!

Mat parpadeó. ¿Qué?

—Primero Norry, y ahora Mat —dijo Birgitte, riendo—. Elayne, vas a tener que controlarte. Rand se pondrá celoso.

Elayne resopló y se enfrascó otra vez en los planos.

—A los campaneros no les va a gustar esto. Casi todos los artesanos estaban deseosos de volver a su trabajo cotidiano después del asedio.

—Oh, no estoy yo tan segura, Elayne —comentó Birgitte—. He conocido a uno o dos artesanos en mis tiempos. Sí, todos protestan por los privilegios reales durante la guerra; pero, mientras la corona los compense, están satisfechos aunque lo disimulen. El trabajo estable es siempre bienvenido. Además, algo como esto despertará su curiosidad.

—Tendremos que guardarlo en secreto —manifestó Elayne.

—Así pues, ¿vas a hacerlo? —preguntó Mat, sorprendido. ¡No le había hecho falta recurrir a su carta en la manga para distraerla!

—Antes necesitaremos la prueba de que uno funciona, claro —repuso Elayne—. Pero si estos artefactos, esos dragones, funcionan la mitad de bien de lo que Aludra afirma... ¡En fin, sería una necia si no pusiera a trabajar en ellos a todos los hombres que podamos!

—Eso es muy generoso de tu parte —dijo Mat, que se rascó la cabeza.

—¿Generoso? —preguntó ella, vacilante.

—Construirlos para la Compañía.

—Para la Compañía... ¡Mat, serán para Andor!

—Eh, un momento. Estos planos son míos.

—¡Y son mis recursos! —replicó Elayne, que se sentó erguida y con más aplomo de repente—. Tienes que entender que la corona está en condiciones de ofrecer un control más estable y útil para el desarrollo de esas armas.

A un lado, Thom sonreía.

—¿Por qué estás tan contento? —le espetó Mat.

—Por nada. Tu madre se sentiría orgullosa de ti, Elayne.

—Gracias, Thom. —Elayne le regaló una sonrisa.

—¿De parte de quién estás? —preguntó Mat.

—De todos.

—Eso es no estar de parte de nadie, puñetas. —Mat se volvió hacia Elayne—. He puesto mucho empeño, mucho trabajo y mucho razonamiento para lograr estos planos de Aludra. No tengo nada contra Andor, pero no me fío de nadie que tenga estas armas, salvo si soy yo.

—¿Y si la Compañía fuera parte de Andor? —preguntó Elayne. De pronto se comportaba en verdad como una reina.

—La Compañía no tiene obligaciones con nadie.

—Eso es admirable, Mat, pero os convierte en mercenarios. Creo que la Compañía merece algo más, algo mejor. Con respaldo oficial, tendríais autoridad y acceso a recursos. Podríamos daros una comisión en Andor, con vuestra propia estructura de mando.

A decir verdad, resultaba tentador. Sólo un poco. Pero eso no importaba. No creía que a Elayne le entusiasmara tenerlo en su reino una vez que se enterara de su relación con los seanchan. Su intención era reunirse con Tuon andando el tiempo, de algún modo. Aunque sólo fuera para descubrir lo que de verdad sentía por él.

No estaba dispuesto a dar a los seanchan acceso a estos dragones, pero tampoco le apetecía dárselo a Andor. Por desgracia, tenía que admitir que no había posibilidad de conseguir que Andor los construyera sin darle también armas al reino.

—No quiero una comisión para la Compañía —dijo—. Somos hombres libres y queremos seguir siéndolo.

Elayne parecía preocupada.

—Sin embargo —añadió Mat—, estoy dispuesto a repartir los dragones contigo. Parte para nosotros, parte para ti.

—¿Y si construyo los dragones y soy dueña de todos, pero prometo que sólo la Compañía podría usarlos? Ninguna otra fuerza militar tendría acceso a ellos.

—Sería muy amable por tu parte, aunque sospechoso —contestó Mat—. Sin ánimo de ofender.

—Para mí sería mejor que las casas nobles no tuvieran esas armas, al menos al principio. Al final acabará teniéndolas todo el mundo. Eso siempre ocurre con las armas. Yo las construyo y prometo dárselas a la Compañía. No tendréis encomienda, sólo un contrato por el que os doy empleo a largo plazo. Podéis marcharos cuando queráis. Pero en ese caso, dejaréis los dragones.

—Es como si me ciñeras al cuello una cadena, Elayne —dijo, fruncido el entrecejo.

—Sólo sugiero soluciones razonables.

—El día en que te vuelvas razonable, me comeré mi sombrero. Sin ánimo de ofender —dijo por segunda vez.

Elayne lo miró enarcando una ceja. Sí, se había convertido en toda una reina. Como quien no quiere la cosa.

—Si nos marchamos, quiero tener derecho a quedarme unos cuantos dragones —apuntó Mat—. Una cuarta parte para nosotros y tres cuartas partes para ti. Pero nos atendremos a tu contrato y, mientras nos tengas como empleados de la corona, sólo nosotros los usaremos. Como dijiste.

Ella frunció más el entrecejo. Diantres, con qué rapidez había captado el poder que tenían los dragones. No podía dejar que ahora dudara. Era necesario que la producción de los dragones empezara de inmediato. Y no estaba dispuesto a dejar pasar de largo la oportunidad que se le presentaba a la Compañía de tenerlos.

Suspirando para sus adentros, Mat alzó la mano y desató el cordón que llevaba atado en la nuca; a continuación sacó el medallón de cabeza de zorro de debajo de la camisa. En el instante en que lo apartó de sí, se sintió más desnudo que si se hubiera quedado en cueros. Lo puso encima de la mesa.

Elayne lo miró, y a él no le pasó inadvertido el destello de deseo que asomó a los ojos de la mujer.

—¿Para qué es esto?

—Digamos que es un... incentivo. —Mat se echó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas—. Lo tendrás durante un día si aceptas empezar la producción del dragón prototipo esta tarde. Me da igual lo que hagas con el medallón, ya sea estudiarlo, escribir un jodido libro sobre él o llevarlo puesto. Pero me lo devuelves mañana. Empeña en ello tu palabra.

Birgitte soltó un quedo silbido. Elayne había querido echar mano a ese medallón desde el instante en que había descubierto que él lo tenía. Claro que todas las puñeteras Aes Sedai que Mat conocía también deseaban lo mismo.

—El contrato de empleo entre la corona y la Compañía tendrá una duración mínima de un año. Renovable —dijo Elayne—. Recibiréis la misma paga que recibisteis en Murandy.

¿Cómo se habría enterado de eso?

—Podrás rescindirlo siempre y cuando lo notifiques con un mes de anticipación —continuó Elayne—, pero yo me quedo con cuatro dragones de cada cinco. Y cualquier hombre que desee unirse al ejército andoreño será libre de hacerlo.

—Quiero uno de cada cuatro —fue la contraoferta de Mat—. Y un nuevo sirviente.

—¿Un qué? —se extrañó Elayne.

—Un criado personal. Ayuda de cámara, creo que se dice. Ya sabes, para que se ocupe de mi ropa. Tú sabrás mucho mejor que yo a quién elegir.

Elayne le miró la chaqueta y después alzó la vista hacia el pelo.

—Esa petición la atenderé, indiferentemente de cómo vayan las otras

negociaciones —dijo después.

—¿Uno de cada cuatro? —insistió Mat.

—Tendré el medallón durante tres días.

Un estremecimiento lo sacudió. Tres días, con el *gholam* en la ciudad. Tal vez tendría que devolvérselo a un muerto. Ya era un riesgo dejárselo durante un día. Sin embargo, no se le ocurría qué otra cosa ofrecerle.

—¿Y qué esperas hacer con él? —le preguntó.

—Copiarlo, si tengo suerte —contestó Elayne, abstraída.

—¿En serio?

—No lo sabré hasta que no lo estudie.

A Mat se le vino de repente a la cabeza la imagen espeluznante de todas las Aes Sedai del mundo llevando uno de esos medallones. Intercambió una mirada con Thom, que parecía tan sorprendido como él.

Pero ¿qué más daba eso? Él no encauzaba. Antes tenía miedo de que, si Elayne estudiaba el medallón, podría encontrar la forma de tocarlo con el poder Único aunque lo llevara puesto. Pero si sólo quería copiarlo, pues... Sintió un gran alivio. Y se sintió muy intrigado.

—Hay algo que también quería mencionarte, Elayne —dijo—. El *gholam* está aquí, en la ciudad. Y está matando gente.

Elayne se mantuvo serena, pero él se dio cuenta de que la noticia la preocupaba a pesar de adoptar una actitud más formal cuando habló:

—En tal caso, me aseguraré de devolverte el medallón en el plazo convenido.

Mat no pudo menos de torcer el gesto.

—De acuerdo, tres días —accedió después.

—Muy bien. Quiero que el contrato con la Compañía entre en vigor de inmediato. Viajaré a Cairhien pronto y tengo la sensación de que allí será una fuerza de apoyo mejor que la Guardia Real.

¡De modo que de eso se trataba! El Trono del Sol era el siguiente objetivo de Elayne. Bien, pues, ése parecía un buen modo de utilizar a sus hombres, al menos hasta que él los necesitara. Mucho mejor que dejarlos sentados, haraganeando y buscando pelea con los mercenarios.

—Estoy de acuerdo en eso —dijo—. Pero, Elayne, la Compañía tiene que estar libre, sin compromisos, para combatir en la Última Batalla del modo que Rand quiera. Y Aludra tiene que supervisar la fabricación de los dragones. Me huelo que va a insistir en quedarse contigo si la Compañía se marcha de Andor.

—No tengo nada que objetar en cuanto a eso —respondió Elayne, sonriente.

—Ya me parecía a mí. No obstante, y sólo para que quede claro, la Compañía tiene control sobre los dragones hasta que nos marchemos. No puedes vender la tecnología a otros.

—Alguien acabará copiándolos, Mat.

—Esas copias no serán tan buenas como los originales de Aludra, eso te lo prometo —afirmó.

Elayne lo observó de hito en hito, evaluándolo con aquellos ojos azules, analizándolo.

—Sigo prefiriendo tener a la Compañía como una fuerza al servicio exclusivo de la corona andoreña.

—Claro, y a mí me gustaría tener un sombrero hecho con oro, una tienda que volara y un caballo que excretara diamantes. Pero ambos habremos de conformarnos con lo que es razonable, ¿verdad?

—A mi entender sería razonable que...

—Tendríamos que hacer lo que tú dijeras, Elayne, y eso no lo toleraré —respondió—. Hay batallas que no merecen librarse, por lo que seré yo quien decida cuándo se ponen mis hombres en peligro. No hay más que hablar.

—No me gusta contar con hombres que pueden dejarme en cualquier momento.

—Sabes que no los retendré sólo para mortificarte. Haré lo correcto.

—Lo que tú entiendes por correcto —lo corrigió ella.

—Todos los hombres deberían tener ese privilegio —replicó.

—Muy pocos hacen uso de él con buen juicio.

—Lo queremos, en cualquier caso. Lo exigimos —dijo de forma rotunda.

Elayne miró de soslayo —casi de un modo imperceptible— los planos y el medallón que estaban en la mesa.

—Concedido —dijo al cabo.

—Trato hecho.

Dicho esto se puso de pie, se escupió en la mano y se la tendió. Ella vaciló, pero enseguida se incorporó, se escupió en la mano y se la asió. Mat sonrió mientras se la estrechaba.

—¿Sabías que tal vez te habría pedido que empuñaseis las armas contra Dos Ríos? —preguntó Elayne—. ¿Es por eso por lo que demandaste el derecho a marcharte si querías?

¿Contra Dos Ríos? ¿Por qué diantre querría hacer tal cosa?

—No tienes por qué luchar contra ellos, Elayne.

—Veremos qué me obliga a hacer Perrin —repuso ella—. Pero no discutamos sobre eso ahora. —Miró a Thom y luego buscó debajo de la mesa y sacó un pliego de papel enrollado y sujeto con una cinta—. Por favor, quiero saber más detalles de lo que ocurrió durante vuestro viaje desde Ebou Dar. ¿Querréis cenar conmigo esta noche?

—Será un placer —aceptó Thom, que se puso de pie—. ¿Verdad, Mat?

—Supongo que sí —contestó—. Si Talmanes puede venir también. Me cortará el

cuello si no os presento al menos, Elayne. Y ya, si cena contigo, irá bailando todo el trecho de vuelta al campamento.

Elayne soltó una risita divertida.

—Como quieras. Haré que unos criados os conduzcan a unos aposentos donde podréis descansar hasta la hora de cenar. —Le tendió a Thom el papel enrollado—. Esto se proclamará mañana, si quieres.

—¿Qué es? —preguntó Thom.

—La corte de Andor no tiene un bardo apropiado. Pensé que podría interesarte.

Thom vaciló un instante antes de contestar:

—Me honras con tu propuesta, pero no me es posible aceptarla. Hay cosas que he de hacer que me ocuparán cierto tiempo y no puedo estar atado a la corte.

—No tienes por qué estarlo —manifestó Elayne—. Tendrás libertad para ir y venir donde desees. Pero, cuando estés en Caemlyn, haré que se te reconozca por lo que eres.

—Yo... —Tomó el papel enrollado—. Lo pensaré, Elayne.

—Excelente. —Hizo una mueca—. Me temo que ahora he de acudir a una cita con mi comadrona, pero os veré en la cena. Aún no he preguntado a Matrim qué quería decir al referirse a sí mismo en su carta como un hombre casado. ¡Espero un informe completo! ¡Nada de expurgaciones! —Miró a Mat y sonrió de manera taimada—. Expurgaciones significa «suprimir o cortar partes», Mat. Por si acaso no estabas enterado, puñetas.

—Lo sabía —dijo, al tiempo que se ponía el sombrero.

¿Cómo era esa palabra? ¿Expiraciones? Luz, ¿por qué habría mencionado lo del matrimonio en esa carta? Porque había esperado despertar la curiosidad de Elayne lo bastante para que quisiera recibirlo.

Elayne se echó a reír y les hizo un gesto señalando hacia la puerta. Thom le dio un beso paternal en la mejilla antes de ir hacia allí... ¡Bien, por lo de paternal! Había oído ciertas cosas sobre esos dos que prefería no creer, si se tenía en cuenta que Thom era lo bastante mayor para ser, como poco, su abuelo.

Mat abrió la puerta con intención de salir.

—Y, Mat —añadió Elayne, haciendo que se parara—, si te hace falta pedir dinero para comprarte una chaqueta nueva, la corona podría prestarte algo. Teniendo en cuenta tu posición, deberías vestir mejor.

—¡No soy un jodido noble! —barbotó, y se dio media vuelta.

—Aún no. No tienes la audacia de Perrin de arrogarse un título, pero me ocuparé de que lleves uno.

—Ni se te ocurra.

—Pero...

—Verás —dijo, mientras Thom se reunía con él en el pasillo—, estoy orgulloso

de ser quien soy. Y me gusta esta chaqueta. Es cómoda. —Tuvo que hacer un esfuerzo y apretar los puños para no rascarse el cuello.

—Si tú lo dices... Te veré en la cena. Tendré que invitar a Dyelin. Siente mucha curiosidad y quiere conocerte.

Dicho esto, indicó a Birgitte que cerrara la puerta. Mat se quedó mirándola durante un instante con expresión resentida y después se volvió hacia Thom. Talmanes y los soldados esperaban a una distancia prudencial, pasillo adelante, para no oír la conversación que se había sostenido dentro. Unos criados de palacio les habían llevado té caliente.

—Ha ido bien —decidió Mat, puesto en jarras—. Me preocupaba que no mordiera el anzuelo, pero la atraje bien con el cebo.

Sin embargo, los malditos dados seguían rodando dentro de su cabeza, Tom rió con ganas y le palmeó el hombro.

—¿Qué? —demandó al juglar.

Thom se limitó a soltar otra risita divertida y después bajó la vista al pergamino enrollado que llevaba en la mano.

—Y esto también ha sido inesperado.

—Bueno, Andor no tiene un bardo de la corte —razonó Mat.

—Sí, pero aquí hay también una amnistía por escrito para todos y cualesquiera delitos, conocidos y desconocidos, que haya podido cometer en Andor o en Cairhien —explicó Thom, sin apartar la vista del pergamino—. Me pregunto quién le dijo...

—¿Le dijo qué?

—Nada, Mat. Nada en absoluto. Disponemos de unas pocas horas hasta la cena con Elayne. ¿Qué te parece si vamos a comprarte una chaqueta nueva?

—De acuerdo. ¿Crees que yo conseguiría también una de esas amnistías si la pidiera?

—¿Acaso la necesitas?

Mat se encogió de hombros y caminó junto al otro hombre pasillo adelante.

—Nunca está de más cubrirse las espaldas —comentó—. Bueno ¿y qué clase de chaqueta vas a comprarme?

—No he dicho que vaya a pagarla yo.

—No seas tan tacaño —le recriminó Mat—. Yo pagaré la cena.

Y así se abrasara si, de algún modo, no sabía que acabaría pagándo. ¡Vaya si lo sabía, puñetas!

CAPÍTULO 20

Una elección

—No debes hablar —le dijo Rosil a Nynaeve. La mujer, esbelta, de cuello largo, llevaba un vestido de color naranja con pinceladas de tono amarillo—. A no ser que se dirijan a ti. ¿Sabes cómo es la ceremonia? Nynaeve asintió con la cabeza; el corazón, traicionero, le latía desbocado mientras se dirigían hacia las entrañas de la Torre Blanca, semejantes a mazmorras. Rosil era la nueva Maestra de las Novicias y, qué casualidad, miembro del Ajah Amarillo.

—Excelente, excelente —dijo Rosil—. ¿Puedo sugerirte que te cambies el anillo al dedo corazón de la mano izquierda?

—Puedes sugerirlo —contestó Nynaeve, que no se cambió el anillo. Ella había sido nombrada Aes Sedai. En eso no cedería.

Rosil frunció los labios, pero no añadió nada más. La mujer se había mostrado extraordinariamente amable con ella durante su corta estancia en la Torre Blanca, lo cual había sido un alivio. Nynaeve se había acostumbrado a esperar que cualquier hermana Amarilla la mirara con desdén al menos, con indiferencia. Oh, sí, pensaban que tenía talento, y muchas insistían en que les enseñara cómo ejecutaba sus tejidos nuevos. Pero no la consideraban una de las suyas. Todavía no.

Esta mujer se comportaba de modo diferente, y ser más punzante que un rojo en su sandalia no era un modo correcto de corresponder a su gentileza.

—Es importante para mí, Rosil, no hacer nada que parezca una falta de respeto hacia la Amyrlin —explicó—. Ella me nombró Aes Sedai. Si actuara como una simple Aceptada parecería que socavaba su autoridad. Esta prueba es importante, y cuando la Amyrlin me ascendió no dijo en ningún momento que no tendría que pasarla. Pero soy Aes Sedai.

Rosil ladeó la cabeza y después asintió.

—Sí —dijo—. Entiendo. Tienes razón.

Nynaeve se paró en el corredor para hablar con la mujer.

—Quiero daros las gracias a ti, así como a Niere y a Meramor, por haberme dado una buena acogida estos últimos días. No había previsto que encontraría reconocimiento entre vosotras.

—Hay quienes se resisten a los cambios, querida —dijo Rosil—. Siempre será así. Pero tus nuevos tejidos son impresionantes. Y, lo que es más importante, son efectivos. Eso te hace merecedora de una cálida acogida por mi parte.

Nynaeve sonrió.

—Y ahora —continuó Rosil, que levantó el índice—, serás una Aes Sedai a los

ojos de la Amyrlin y de la Torre, pero la tradición sigue vigente. Nada de hablar durante el resto de la ceremonia, por favor.

La desgarbada mujer reanudó la marcha pasillo adelante. Tragándose una réplica, Nynaeve la siguió. No permitiría que los nervios la dominaran.

Bajaron más y más a los niveles subterráneos y Nynaeve, a pesar de su determinación de mantener la serenidad, cada vez estaba más nerviosa. Era Aes Sedai, y superaría la prueba. Dominaba los cien tejidos requeridos. No tenía por qué preocuparse.

Sólo que algunas mujeres no regresaban nunca de la prueba.

Esos sótanos tenían una belleza imponente. El pulido suelo de piedra estaba nivelado con esmero. En lo alto de las paredes ardían lámparas; a buen seguro que para encenderlas había hecho falta que una hermana o una Aceptada utilizara el Poder Único. Pocas personas bajaban allí, y la mayoría de los cuartos se usaban como almacenes. Le parecía un desperdicio poner tanto cuidado en un lugar al que se iba en raras ocasiones.

Por fin, llegaron ante una puerta de dos hojas, tan grande que Rosil tuvo que utilizar el Poder Único para abrirla.

«Es una indicación —pensó, cruzándose de brazos—. Los pasillos abovedados, la puerta enorme. Todo eso está aquí para hacer ver a la Aceptada la importancia de lo que está a punto de acometer.»

Los enormes batientes se abrieron, y Nynaeve tuvo que hacer un esfuerzo para controlar el temblor. La Última Batalla se acercaba. Pasaría la prueba. Tenía cosas importantes que hacer.

Con la cabeza alta, entró en la cámara. Era abovedada, con lámparas de pie alrededor del perímetro. Un *ter'angreal* de considerable tamaño dominaba el centro de la estancia. Era un gran óvalo que se estrechaba en los extremos superior e inferior, y se sostenía sin apoyos.

Muchos *ter'angreal* tenían un aspecto normal, pero no era el caso de éste: saltaba a la vista que el objeto ovalado era obra del Poder Único. Estaba hecho de metal, pero la luz mudaba el color al reflejarse en los laterales plateados, de forma que el objeto parecía fulgurar y cambiar.

—Acudid —llamó Rosil con formalidad.

Había más Aes Sedai en la cámara; una de cada Ajah, incluido —por desdicha— el Rojo. Todas eran Asentadas, una rareza, quizá por la notoriedad de Nynaeve en la Torre. Saerin, del Marrón; Yukiri, del Gris; Barasine, del Rojo. Digna de mención era la presencia de Romanda, del Amarillo, quien había insistido en tomar parte de la ceremonia. Hasta el momento, había sido dura con Nynaeve.

La propia Egwene se hallaba presente. Una más de lo que era normal y, por si fuera poco, la Amyrlin. Nynaeve buscó los ojos de Egwene, y ésta asintió con la

cabeza. A diferencia de la prueba para ascender a Aceptada —que se realizaba en su totalidad mediante el *ter'angreal*—, en ésta se involucraban las hermanas, que actuaban de forma activa para poner a prueba a la candidata. Y Egwene se encontraría entre las más duras para demostrar que había actuado bien al ascenderla.

—Llegas en la ignorancia, Nynaeve al'Meara —dijo Rosil—. ¿Cómo te marcharás?

—Con conocimiento de mí misma —respondió.

—¿Por qué razón se te ha convocado aquí?

—Para someterme a la prueba.

—¿Por qué razón habría que probarte?

—Para demostrar que soy digna —contestó Nynaeve.

Varias mujeres, entre ellas Egwene, fruncieron el entrecejo. Esas no eran las palabras establecidas. Se suponía que Nynaeve tendría que decir que era para descubrir si era digna. Pero ella era Aes Sedai, de modo que, por definición, era digna de ello. Sólo tenía que demostrárselo a las demás.

Rosil se trabucó un momento, pero enseguida continuó:

—Y... ¿de qué se te consideraría digna?

—De llevar el chal que me ha sido dado —dijo Nynaeve.

No lo hacía por arrogancia. De nuevo, al añadir la última parte de esa frase se limitaba a manifestar la verdad, como ella la entendía. Egwene la había ascendido. Ya llevaba el chal. ¿Por qué fingir que no era así?

La prueba se realizaba «vestida con la Luz», de modo que empezó a quitarse el vestido.

—Por consiguiente, te daré instrucciones —dijo Rosil—. Verás este símbolo en el suelo.

Alzó los dedos formando tejidos que trazaron un signo en el aire: una estrella de seis puntas formada por dos triángulos invertidos.

Saerin abrazó la Fuente y ejecutó un tejido de Energía. Nynaeve contuvo el deseo urgente de encauzar.

«Sólo un poco más —pensó—. Y entonces nadie podrá dudar de mí.»

Saerin la tocó con el tejido de Energía.

—Recuerda lo que debe recordarse —murmuró.

Ese tejido tenía algo que ver con la memoria. ¿Cuál sería su propósito? La estrella de seis puntas flotaba en el campo visual de Nynaeve.

—Cuando veas ese símbolo, irás inmediatamente hacia él, con paso firme, sin apresurarte ni vacilar, y sólo entonces podrás abrazar el Poder —instruyó Rosil—. El tejido requerido debe empezar de inmediato y no te apartarás de ese símbolo hasta que lo hayas completado.

—Recuerda lo que debe recordarse —repitió Saerin.

—Cuando el tejido esté acabado, volverás a ver ese símbolo señalando hacia dónde has de dirigirte, de nuevo con paso firme, sin vacilación.

—Recuerda lo que debe recordarse.

—Cien veces tejerás, en el orden que se te ha dado y con absoluta serenidad.

—Recuerda lo que debe recordarse —susurró una última vez Saerin.

Nynaeve sintió asentarse en su interior el tejido de Energía. Lo hizo de un modo muy semejante a la Curación. Recogió el vestido y la ropa interior mientras las otras hermanas se arrodillaban alrededor del *ter'angreal* y ejecutaban tejidos de gran complejidad con los Cinco Poderes. A consecuencia de ello, el *ter'angreal* ovalado brilló con intensidad y la superficie reflejó colores cambiantes y movedizos. Rosil carraspeó y Nynaeve, enrojeciendo, le entregó la ropa doblada y después se quitó el anillo de la Gran Serpiente, que puso encima de las prendas; a eso le siguió el anillo de Lan, que normalmente llevaba colgado al cuello.

Rosil se llevó la ropa. Las otras hermanas estaban absortas por completo en la realización de su tarea. En el centro del *ter'angreal* empezó a resplandecer una purísima luz blanca y después el óvalo se puso a girar despacio, sin que se oyera el más leve roce del óvalo contra la piedra.

Nynaeve respiró hondo y avanzó. Se detuvo delante del *ter'angreal*, entró en él y...

¿Dónde se encontraba? Frunció el entrecejo. Eso no se parecía a Dos Ríos. Se hallaba en un pueblo de chozas. A su izquierda, las olas rompían con suavidad en la arena de la playa, mientras que el pueblo ascendía por una pendiente hacia una cornisa rocosa, a su derecha. Por encima se alzaba, imponente, una montaña lejana.

Era algún tipo de isla. El aire estaba cargado de humedad y soplaba una suave brisa. Había personas que se movían entre las cabañas y se habiaban unas a otras con afabilidad. Algunas se pararon para mirarla con interés. Nynaeve bajó la vista para mirarse y, por primera vez, fue consciente de estar desnuda. Se sonrojó hasta la raíz del cabello. ¿Quién le había quitado la ropa? ¡Cuando encontrara al responsable, lo azotaría tan fuerte que no podría sentarse durante semanas!

Cerca, en un tendedero, había colgado un vestido. Se obligó a mantener una calma absoluta mientras echaba a andar y descolgaba la prenda de la cuerda. Ya buscaría a su propietaria y se lo pagaría. No podía andar por ahí en cueros; se metió el vestido por la cabeza.

De repente el suelo se sacudió. Las tranquilas olas se hicieron más ruidosas y rompieron con fuerza en la playa. Nynaeve dio un respingo y se agarró al palo del tendedero para no perder el equilibrio. Allá arriba, la montaña se puso a arrojar humo y cenizas.

Nynaeve se aferró al palo y vio que la cercana cornisa rocosa empezaba a resquebrajarse y grandes piedras rodaban vertiente abajo. La gente chillaba. ¡Tenía

que hacer algo! Al mirar a su alrededor, vio una estrella de seis puntas esculpida en el suelo. Deseó correr hacia ella, pero sabía que debía caminar sin precipitarse.

Conservar la serenidad no era fácil. Mientras caminaba, el corazón le palpitó de terror. ¡Iba a morir aplastada! Llegó al dibujo de la estrella justo en el instante en que una lluvia de grandes rocas se precipitaba sobre unas cabañas, machacándolas, y rodaba hacia ella con estruendo. A despecho del miedo que sentía, realizó el tejido correcto, uno de Aire que creaba un muro. Lo situó delante de ella, y las rocas chocaron contra el aire y rebotaron hacia atrás.

Había personas heridas en el pueblo, de modo que le dio la espalda al símbolo para ir a ayudar. Sin embargo, en ese mismo momento vio la misma estrella de seis puntas realizada con carrizos entretejidos y colgada en la puerta de una choza cercana. Vaciló.

No podía fracasar. Caminó hacia la choza y cruzó el umbral.

Se quedó petrificada. ¿Qué hacía en esa oscura y fría caverna? ¿Y por qué llevaba ese vestido hecho con un tipo de fibras gruesas y ásperas?

Había completado el primero de los cien tejidos. Eso lo sabía, pero nada más. Frunciendo el entrecejo, echó a andar por la caverna. A través de las grietas del techo se colaba la luz del día, y vio que un poco más adelante había un hueco por el que entraba mucha más claridad. La salida.

Salió de la caverna y descubrió que se encontraba en el Yermo. Alzó la mano para resguardarse los ojos del resplandor del sol. No se veía un alma por los alrededores. Echó a andar; pasó sobre hierbajos resecos que crujían al pisarlos y piedras calientes que le abrasaban las plantas de los pies descalzos.

El calor era agobiante. Al poco tiempo, cada paso que daba era un esfuerzo agotador. Por fortuna, se veían unas ruinas un poco más adelante. Deseó correr hacia ellas, pero debía mantener una absoluta serenidad. Caminó hacia las piedras y los pies pisaron roca sobre la que arrojaba sombra un muro resquebrajado. Estaba tan fresca que soltó un suspiro de alivio.

Había unos ladrillos en el suelo, cerca, colocados de manera que formaban una estrella de seis puntas. Por desgracia, la estrella estaba al pleno sol, y Nynaeve, de mala gana, abandonó la sombra y se dirigió hacia el dibujo.

A lo lejos sonaron tambores, y Nynaeve se dio la vuelta. Unos repulsivos seres de pelaje marrón y armados con hachas que chorreaban sangre empezaron a trepar por una colina cercana. Había algo en el aspecto de los trollocs que no cuadraba con los que había visto antes, aunque no recordaba dónde. Éstos eran diferentes. ¿Tal vez una mutación nueva? El pelaje era más espeso y los ojos casi quedaban escondidos en el recóndito fondo del arco ciliar.

Nynaeve caminó más deprisa, pero no echó a correr. Era importante no perder la calma. Qué estupidez tan grande. ¿Por qué iba a evitar —o a no querer— correr

cuando había trollocs cerca? Si moría por no estar dispuesta a apretar el paso, sería culpa suya.

«Guarda la compostura. No camines muy deprisa.»

Mantuvo firme el paso, sin apresurarse, y llegó a la estrella de seis puntas mientras los trollocs se aproximaban. Empezó a realizar el tejido que se le pedía, dividir un filamento de Fuego, y acto seguido despidió una rociada enorme de calor que redujo a cenizas a los monstruos más cercanos.

Apretando los dientes para dominar el miedo, realizó la parte restante del tejido requerido, dividiéndolo media docena de veces, y completó el complejo tejido en cuestión de unos instantes.

Lo fijó y luego asintió con la cabeza. Ea, ya estaba. Otros trollocs se acercaban y los calcinó con un gesto displicente de la mano.

La estrella de seis puntas apareció cincelada en el costado de un arco de piedra. Se encaminó hacia allí procurando no echar ojeadas nerviosas hacia atrás. Llegaban más trollocs. Muchos más de los que estaba a su alcance matar.

Llegó al arco y lo traspuso.

Nynaeve concluyó el cuadragésimo séptimo tejido, que produjo el sonido de campanas en el aire. Estaba exhausta. Había tenido que realizarlo mientras se encontraba de pie en lo alto de una torre increíblemente estrecha —tanto que parecía una columna— a cientos de pies del suelo, zarandeada por el viento que amenazaba con arrojarla al vacío.

Un arco apareció abajo, como si flotara en el aire de la oscura noche. Parecía arrancar a partir del costado del pilar, una docena de pasos por debajo de ella, en paralelo al suelo, con el vano orientado hacia el cielo. en él, se hallaba la estrella de seis puntas.

Rechinando los dientes, saltó de la columna y cayó a través del arco.

Aterrizó en un charco. Desnuda. La ropa que llevaba había desaparecido. Rezongando para sus adentros, se puso de pie. Estaba furiosa. No sabía la razón, pero alguien le había hecho... algo.

Se sentía tan cansada... Pero la culpa era de esas personas, quienesquiera que fuesen. Cuanto más lo pensaba, mayor era su convencimiento. No recordaba qué le habían hecho, pero era indiscutible que tenían la culpa. Tenía cortes en los dos brazos. ¿La habían azotado? Los cortes le dolían muchísimo.

Empapada, miró en derredor. Había completado cuarenta y siete de los cien tejidos. Sabía eso, pero nada más. Aparte de que alguien deseaba con todas sus fuerzas que fracasara.

Pues no dejaría que se salieran con la suya. Abandonó el charco, resuelta a conservar la serenidad, y encontró algo de ropa cerca de allí. Tenía un colorido muy

chillón: rosa y amarillo fuertes, con una generosa parte de rojo. Le parecía denigrante. De todos modos, se lo puso.

Echó a andar a través de la ciénaga evitando las hoyadas y charcas de agua apestosa hasta que encontró una estrella de seis puntas dibujada en el barro. Empezó el siguiente tejido con el que se crearía una estrella flamígera azul lanzada al aire.

Algo la picó en el cuello. Le dio un manotazo y mató a una mosca negra. En fin, no era de extrañar que hubiera tales bichos en esa ciénaga insalubre. Se alegraría de...

Otro picotazo en el brazo y otro manotazo. Fue como si el propio aire empezara a zumbar con el sonido sordo y continuo de más moscas negras. Nynaeve apretó los dientes y continuó con el tejido. Sintió los pinchazos de más y más picotazos en los brazos. No podía matarlas a todas. ¿Podría librarse de ellas con un tejido? Empezó a tejer Aire para crear brisa a su alrededor, pero la interrumpieron unos gritos.

Sonaban apagados por los zumbidos de las moscas, pero parecía ser un chiquillo atrapado en la ciénaga. Nynaeve dio un paso hacia los gritos y abrió la boca para llamar, pero un tropel de moscas negras se le metió en la boca y se atragantó. Se le fueron a los ojos y tuvo que apretar los párpados con todas sus fuerzas.

Ese zumbido. Los gritos. Los picotazos. ¡Luz, las tenía en la garganta! i en los pulmones!

«Acaba el tejido. Tienes que acabar el tejido.»

A saber cómo, a pesar del dolor, continuó. El sonido de los insectos era tan fuerte que apenas alcanzó a oír el veloz silbido de la estrella flamígera que estalló en el aire. Realizó con rapidez un tejido para librarse de las moscas y, una vez hecho, miró a su alrededor. Tosió, temblorosa. Sentía las moscas pegadas en la garganta. No vio a ningún crío en peligro. ¿Se lo habría imaginado?

Entonces reparó en otra estrella de seis puntas, encima de una puerta tallada en un árbol. Caminó hacia allí mientras las moscas volvían a zumbar a su alrededor. Serenidad absoluta. ¡Tenía que mantener la calma! ¿Por qué? ¡No tenía sentido! De todos modos, lo hizo y caminó con los ojos cerrados y las moscas enjambradas en derredor. Alargó la mano a tientas y, al encontrar la puerta, la abrió. Entró por ella.

Se detuvo dentro de un edificio, sin entender por qué tosía tanto. ¿Estaría enferma? Se apoyó en la pared, exhausta, irritada. Tenía las piernas llenas de rasguños y los brazos le escocían por las picaduras de alguna clase de insecto. Gimió al bajar la vista y contemplar su atuendo chillón. ¿Qué chifladura se había apoderado de ella para llevar rojo, amarillo y rosa a la vez?

Se irguió con un suspiro y siguió adelante por el desvencijado pasillo. Los tablones del suelo crujían cuando los pisaba y la pintura de las paredes estaba desconchada, desprendida a trozos.

Llegó a una puerta y se asomó. La reducida estancia tenía cuatro camas pequeñas de latón; en los colchones asomaba paja por las costuras. En cada una de las camas

había un chiquillo arrebujado en una manta desastrada. Dos tosían, y los cuatro estaban pálidos y con aspecto de encontrarse enfermos.

Nynaeve ahogó un grito y entró con precipitación en el cuarto. Se arrodilló al lado de primer crío, un niño de unos cuatro años. Le examinó los ojos y después le dijo que tosiera mientras ella pegaba la oreja al pecho del pequeño. Sufría una intoxicación de cornezuelo del centeno.

—¿Quién os cuida? —preguntó.

—La señora Mala dirige el orfanato —dijo el pequeño con voz débil—. Hace tiempo que no la vemos.

—Por favor, ¿podría darme un poco de agua? —pidió una chiquilla que tiritaba, tendida en la cama de al lado.

Los otros dos estaban llorando. Un sonido débil, lastimero. ¡Luz bendita! No había una sola ventana en el cuarto, y Nynaeve vio cucarachas escabulléndose por debajo de las camas. ¿Quién dejaría a unos niños en semejantes condiciones?

—Callad, yo estoy aquí ahora. Os cuidaré.

Tendría que encauzar para Curarlos. Después...

«No. No puedo hacer eso. No puedo encauzar hasta que llegue a la estrella.»

Entonces, prepararía pociones. ¿Dónde tenía la bolsa de las hierbas? Recorrió el cuarto con la mirada buscando algo donde hubiera agua.

Se quedó paralizada; había otro cuarto al otro lado del pasillo. ¿Se encontraba allí antes? Dentro, una alfombrilla tenía el símbolo de la estrella de seis puntas. Se puso de pie y los niños gimotearon.

—Volveré —dijo y se dirigió hacia aquella habitación, con el corazón en un puño.

Los estaba abandonando. Pero no, sólo tenía que ir a la siguiente habitación, ¿verdad?

Llegó a la alfombrilla y empezó a tejer. Sólo haría ese tejido corto y después podría ayudarlos. Mientras tejía, se puso a llorar sin poder evitarlo.

«Ya he estado antes aquí. O en un sitio similar. En una situación como ésta.»

Estaba poniéndose más y más furiosa por momentos. ¿Cómo era capaz de encauzar estando esos niños llamándola? Se morían.

Completó el tejido y lo vio apagarse con ráfagas de aire que agitaron su vestido. Se llevó la mano a la coleta y la asió mientras una puerta aparecía a un lado del cuarto. En la parte superior tenía un ventanuco, y en el cristal había una estrella de seis puntas.

Tenía que continuar. Oyó el llanto de los niños. Con los ojos arrasados por las lágrimas, desgarrada por la pena, fue hacia la puerta.

Y las cosas fueron a peor. Dejó que se ahogaran personas, que las decapitaran, que las enterraran vivas. Uno de los peores momentos fue cuando tuvo que realizar un tejido mientras unos aldeanos eran devorados por arañas enormes de ojos

vidriosos y cubiertas de pelaje rojo. Ella odiaba las arañas.

A veces aparecía desnuda, pero eso ya había dejado de incomodarla. Aunque no lograba recordar nada específico a excepción del número de tejido que efectuaba, comprendía —de algún modo— que la desnudez no tenía importancia alguna comparada con los horrores que había contemplado.

Atravesó un arco de piedra a trompicones, con los recuerdos de una casa en llamas desvaneciéndose en su memoria. Éste sería el octogésimo primero. Eso sí lo recordaba. Eso y la rabia que sentía.

Llevaba puesto un sayal chamuscado. ¿Cómo se lo había quemado? Irguiendose, mantuvo alta la cabeza a pesar de que los brazos le dolían de un modo horrible y de tener la espalda azotada y las piernas y los pies llenos de cortes y arañazos. Se encontraba en Dos Ríos. Sólo que no era Dos Ríos, o el que ella recordaba. Algunos de los edificios todavía ardían sin llama.

—¡Vienen de nuevo! —gritó una voz.

La de maese al'Vere. ¿Por qué empuñaba una espada? Gente que conocía, a la que quería —Perrin, maese al'Vere, la señora al'Donel, Aeric Botteger— se hallaban junto a un muro bajo, todos ellos armados. Algunos la llamaron con un gesto.

—¡Nynaeve! —gritó Perrin—. ¡Engendros de la Sombra! ¡Necesitamos tu ayuda!

Sombras enormes se movían al otro lado del muro. Engendros de la Sombra de un tamaño horrible, pero no eran trollocs, sino algo mucho peor. Oía los rugidos.

¡Tenía que ayudarlos! Se movió hacia Perrin, pero se detuvo de golpe al ver una estrella de seis puntas pintada en una ladera, justo en dirección contraria, al otro lado del Prado.

—¡Nynaeve! —La voz de Perrin sonaba desesperada.

El joven empezó a golpear algo que asomaba por encima del muro, algo con tentáculos negros como la medianoche. Perrin los cortó con un hacha mientras otro aferraba a Aeric y lo arrastraba —gritando— hacia la oscuridad.

Nynaeve echó a andar hacia la estrella. Absoluta serenidad. A paso mesurado.

Eso era absurdo. Una Aes Sedai tenía que mantener la calma. Eso lo sabía. Pero una Aes Sedai también tenía que ser capaz de actuar, de hacer lo que fuera para ayudar a quienes lo necesitaban. Costara lo que costase. Esa gente la necesitaba.

Así que echó a correr.

Ni siquiera eso le pareció suficiente. Corrió hacia la estrella, pero de todos modos dejaba atrás a personas que quería para que lucharan solas. Sabía que no podía encauzar hasta que llegara a la estrella de seis puntas, pero aquello no tenía el más mínimo sentido. Los Engendros de la Sombra atacaban. ¡Tenía que encauzar!

Abrazó la Fuente y pareció que algo intentaba detenerla. Algo como un escudo. Lo apartó con dificultad y el Poder la hinchió. Lanzó fuego al monstruo y le abrasó un tentáculo con el que asía a Perrin.

Siguió arrojando fuego hasta que llegó a la estrella de seis puntas. Allí, ejecutó el octogésimo primer tejido, que creó tres aros de Fuego en el aire.

Trabajó con frenesí, atacando al mismo tiempo. Ignoraba por qué razón tenía que realizar ese tejido, pero sabía que debía acabarlo. Así que incrementó la fuerza del tejido haciendo los aros ardientes tremendamente grandes. Entonces se los arrojó a los monstruos. Inmensos halos llameantes chocaron contra aquellas criaturas oscuras y las mataron.

Había una estrella de seis puntas en el tejado de la posada de maese al'Vere. ¿Se habría grabado a fuego allí? Nynaeve hizo caso omiso del símbolo y descargó su ira contra los monstruos con tentáculos.

«No. Esto es importante. Más importante que Dos Ríos. He de continuar.»

Sollozando, Nynaeve yacía en el suelo, al lado de un arco derruido. Se encontraba en el último tejido de los cien.

Apenas era capaz de moverse. Tenía la cara sucia de churretes dejados por las lágrimas. Guardaba recuerdos vagos de huir de batallas, de abandonar niños moribundos. O de ser incapaz de hacer lo suficiente en ningún momento.

Le sangraba el hombro. Era el mordisco de un lobo. Tenía las piernas desolladas como si hubiera caminado a través de campos de espinos, y todo el cuerpo cubierto de quemaduras y ampollas. Estaba desnuda.

Se incorporó sobre las rodillas, que estaban arañadas y sangrantes. La trenza terminaba en un muñón chamuscado que le llegaba un palmo por debajo de los hombros. Vomitó a un lado, sacudida por las arcadas.

Se encontraba tan débil, tan enferma... ¿Cómo iba a continuar?

«No. No me vencerán.»

Despacio, poco a poco, se puso de pie. Se hallaba en un cuarto pequeño y la fuerte luz del sol se colaba a través de las grietas que había entre los tablones de la pared. Había un bulto de tela blanca en el suelo. Lo recogió y lo desdobló. Era un vestido blanco que llevaba bandas alrededor del repulgo, una por cada color de los Ajahs. El atuendo de una Aceptada en la Torre Blanca. Lo dejó caer al suelo.

—Soy Aes Sedai —declaró.

Pasó por encima del vestido y abrió la puerta. Mejor ir desnuda que ceder a esa farsa.

Al otro lado de la puerta encontró otro vestido, éste amarillo. Era más apropiado. Se permitió ponérselo sin prisas, aunque no dejaba de temblar; tenía los dedos tan cansados que apenas era capaz de hacer que funcionaran. Manchó la tela con su sangre.

Ya vestida, inspeccionó el entorno. Se hallaba en una ladera de la Llaga, con el suelo cubierto de hierbajos infestados con las típicas manchas oscuras de la plaga.

¿Por qué había una choza en la Llaga y por qué ella había aparecido dentro de esa choza?

Estaba terriblemente cansada. Deseaba dar media vuelta y regresar a la cabaña para dormir.

No. Seguiría adelante. Subió con dificultad la pendiente. Ya en la cima recorrió con la mirada un paisaje cubierto de escombros y estanques de oscuridad. Lagos, si es que los podía llamar así. El líquido daba la impresión de ser denso y aceitoso. Formas oscuras se movían dentro de ellos.

«Malkier —pensó, estupefacta por ser capaz de reconocer el lugar—. Las Siete Torres reducidas a escombros. Los Mil Lagos corrompidos. La tierra que es el legado de Lan.»

Dio un paso, pero golpeó algo con los dedos del pie, una piedra que tenía debajo y en la que se había cincelado un pequeño símbolo: la estrella de seis puntas.

Suspiró con alivio. Todo estaba a punto de acabar. Empezó a ejecutar el tejido.

Abajo, un hombre salió por detrás de un montón de escombros dando un traspié y blandiendo la espada con destreza. Lo reconoció a pesar de la distancia. Esa figura vigorosa, el rostro cuadrado, la capa de colores cambiantes y la peligrosa forma de caminar.

—¡Lan! —gritó.

Estaba rodeado de bestias que parecían lobos, pero demasiado grandes para serlo. Tenían el pelaje negruzco, y los dientes les destellaron al abalanzarse sobre Lan. Sabuesos del Oscuro. La manada al completo.

Nynaeve terminó el centésimo tejido; había seguido realizándolo sin ser consciente de ello. Una lluvia de motitas de colores estallaron en el aire a su alrededor. Sintiéndose extenuada, las miró cómo caían. A su espalda oyó un sonido, pero cuando miró hacia atrás no vio nada. Sólo la choza.

La estrella de seis puntas colgaba sobre una puerta, el símbolo hecho con fragmentos de piedras preciosas. Esa puerta no estaba ahí antes. Dio un paso hacia la choza, pero entonces miró hacia atrás.

Lan blandía la espada a su alrededor de modo que obligaba a los Sabuesos del Oscuro a mantenerse apartados. Una simple pizca de saliva de esas bestias bastaría para matarlo.

—¡Lan, corre! —gritó.

No oyó su grito. La estrella de seis puntas. ¡Tenía que ir hacia el símbolo!

Parpadeó y después bajó la mirada para mirarse las manos. Justo en el centro de cada palma había una minúscula cicatriz. Eran apenas perceptibles. Pero verlas desencadenó un recuerdo en ella.

Nynaeve... Te amo...

Esto era una prueba. Ahora lo recordaba. Era una prueba para obligarla a elegir

entre él y la Torre Blanca. Ya había tomado esa decisión una vez, pero entonces sabía que no era real.

Y esto tampoco era real, ¿verdad? Se llevó una mano a la cabeza, sintiéndose confusa.

«Ese que está ahí abajo es mi esposo —se dijo—. No. ¡No tomaré parte en este juego!»

Gritó al tiempo que encauzaba Fuego y lo lanzaba contra uno de los Sabuesos del Oscuro. La bestia estalló en llamas, pero el fuego no pareció causarle daño alguno. Nynaeve avanzó otro paso y lanzó más fuego. ¡En vano! Las bestias siguieron atacando.

Se resistió a ceder al agotamiento. Lo descartó y recobró la serenidad, el control de sí misma. Hielo. ¿Así que querían presionarla para ver qué hacía? Bien, pues, que así fuera. Buscó y absorbió una cantidad inmensa de Poder Único.

Y entonces tejió fuego compacto.

Distorsionando el aire a su alrededor, la línea de luz pura saltó entre sus dedos. Alcanzó a uno de los Sabuesos del Oscuro, dio la impresión de que pasaba a través de él y continuó hasta tocar la tierra. El paraje entero retumbó y Nynaeve se tambaleó. Lan cayó al suelo. Los Sabuesos del Oscuro saltaron sobre él.

«¡NO!», gritó Nynaeve para sus adentros, y volvió a tejer fuego compacto. Alcanzó a otra de las bestias, y después a otra. Más de esas monstruosidades aparecieron saltando por detrás de formaciones rocosas. ¿De dónde salían tantas? Nynaeve avanzó al tiempo que arremetía con el tejido prohibido.

Cada descarga provocaba temblores en la tierra, como si se quejara. El fuego compacto no debería atravesar el suelo así. Algo no iba bien.

Llegó junto a Lan, que tenía una pierna rota.

—¡Nynaeve! ¡Debes marcharte! —dijo.

Ella hizo caso omiso, se arrodilló y tejió fuego compacto cuando otro Sabueso del Oscuro apareció por detrás de los escombros. Cada vez eran más y ella se sentía tan, tan cansada que, cuando encauzaba, creía que sería la última vez que lo haría.

Pero eso no podía ser. Estando Lan en peligro no. Tejió una compleja Curación poniendo en ella hasta la última brizna de fuerza que le quedaba y le sanó la pierna. Él se incorporó con rapidez, tambaleándose, y asió la espada con el propósito de rechazar a los Sabuesos del Oscuro.

Lucharon juntos, ella con fuego compacto, él con el acero. Pero los golpes de espada se iban haciendo más desfallecidos, más torpes, y ella tardaba unos segundos más cada vez que tejía el fuego compacto. La tierra se sacudía y retumbaba, las ruinas se desplomaban en el suelo con estruendo.

—¡Lan, prepárate para huir! —dijo. ¿Qué?

Con la última pizca de fuerza, tejió fuego compacto y apuntó directamente hacia

abajo, delante de ellos. La tierra se estremeció con convulsiones agónicas, casi como un ser vivo, y se resquebrajó a corta distancia; los sabuesos del Oscuro se precipitaron en la fractura. Nynaeve se desplomó y perdió contacto con el Poder Único. Estaba demasiado cansada para encauzar.

—¡Hemos de irnos! —Lan la asió por el brazo.

Ella se incorporó y le dio la mano. Juntos, corrieron cuesta arriba por la retumbante ladera. Los Sabuesos del Oscuro aullaron detrás; algunas bestias de la manada habían salvado la falla de un salto.

Nynaeve corría a más no poder, aferrada a la mano de Lan. Coronaron la colina. El suelo continuaba sacudiéndose de un modo horrible; no podía creer que la choza siguiera en pie. Lan y ella corrieron a trompicones ladera abajo, hacia la choza.

Lan trastabilló y lanzó un grito de dolor. La mano le resbaló entre los dedos de Nynaeve, que giró sobre sus talones.

Detrás de ellos, una tromba de Sabuesos del Oscuro pasó por la cima de la colina, los dientes centelleantes y soltando saliva por las fauces. Lan, desorbitados los ojos, le hizo un gesto con la mano para que se marchara.

—No. —Lo agarró por el brazo y, tirando de él, lo arrastró colina abajo. Juntos, traspasaron el umbral dando tumbos y...

...Y Nynaeve cayó a través del *ter'angreal*, jadeante. Se desplomó sola en el frío suelo, desnuda, temblando. Tendida allí, recordó. Todos y cada uno de los momentos horribles de la prueba. Cada traición, cada tejido frustrante. La impotencia, los gritos de los niños, las muertes de gente a la que conocía y amaba. Lloró con la cara pegada al suelo, hecha un ovillo.

El cuerpo entero le ardía de dolor. El hombro, las piernas, los brazos y la espalda todavía le sangraban. Tenía todo el cuerpo cruzado por verdugones y lleno de ampollas, y gran parte de la trenza había desaparecido, abrasada. Los mechones sueltos le cayeron sobre la cara mientras intentaba desechar el recuerdo de todo lo que había hecho.

Oyó gemidos cerca y a través de los ojos nublados vio que las Aes Sedai del círculo interrumpían los tejidos y se desplomaban. Las odiaba. Las odiaba a todas y cada una de ellas.

—¡Luz! —oyó la voz de Saerin—. ¡Que alguien la Cure!

Todo se estaba haciendo borroso y las voces, confusas. Como si llegaran de debajo del agua. Sonidos tranquilizadores...

Algo frío la traspasó de la cabeza a los pies. Jadeó y abrió los ojos de par en par a causa de la helada conmoción causada por la Curación. Rosil estaba arrodillada a su lado. Parecía preocupada.

El dolor abandonó su cuerpo, pero el agotamiento aumentó, multiplicado por diez. Y el sufrimiento interior... permaneció. Oh, Luz. Aún oía gritar a los niños.

—Bueno, parece que vivirá —dijo Saerin—. Y ahora, en nombre de la propia creación, ¿quiere explicarme alguien qué ha sido todo eso? —Se notaba que estaba furiosa—. He tomado parte en muchas pruebas, incluso en una en la que la mujer no sobrevivió. Pero jamás, en todos estos años, he visto a una mujer pasar por lo que ésta acaba de soportar.

—Había que someterla a la prueba como es debido —dijo Rubinde.

—¿Como es debido? —repitió Saerin—. En absoluto. ¡Fue total y definitivamente vengativo, Rubinde! Casi cualquiera de esas pruebas superaba con creces lo que he visto exigir a cualquier otra mujer. Debería darte vergüenza. A todas vosotras. ¡Luz, fijaos lo que le habéis hecho!

—Eso carece de importancia —manifestó con frialdad Barasine, la Roja—. No ha superado la prueba.

—¿Qué? —dijo Nynaeve con voz enronquecida.

Abrió los ojos. El *ter'angreal* estaba oscuro y Rosil recogía una manta y su ropa. Egwene se encontraba a un lado, ciñéndose el torso con los brazos. Mantenía el gesto sereno mientras oía lo que decían las otras. Ella no tenía voto, pero las demás sí en cuanto a si había superado la prueba o no.

—Has fallado, pequeña —dijo Barasine, poniendo énfasis en la última palabra. La mirada de la Roja era impávida—. No te comportaste con el debido decoro.

Lelaine, del Azul, asintió con la cabeza; parecía molesta por estar de acuerdo con una Roja, pero manifestó:

—Esto era para probar tu capacidad de mantener la calma como una Aes Sedai. No lo hiciste.

Las otras parecían sentirse incómodas. Se suponía que una no debía referirse a cosas específicas de una prueba. Eso lo sabía Nynaeve. Y también sabía que, casi siempre, fracasar y morir era lo mismo. Aunque tampoco le sorprendían demasiado las afirmaciones de que había fracasado, ahora que lo pensaba.

Había quebrantado las normas de la prueba. Había corrido a fin de salvar a Perrin y a los otros. Había encauzado antes de lo que habría debido hacerlo. Le costaba trabajo sentirse arrepentida. Cualquier otra emoción, de momento, quedaba anulada por el vacío de la pérdida que sentía.

—Barasine tiene razón —admitió de mala gana Seaine—. Al final, tu cólera era manifiesta, y corriste para llegar a muchas de las marcas. Y también está el asunto del tejido prohibido. Muy preocupante. No digo que deberías fracasar, pero existen irregularidades.

Nynaeve intentó incorporarse. Rosil le puso una mano en el hombro para impedírselo, pero Nynaeve se sujetó al brazo de la mujer para ayudarse y consiguió ponerse de pie a pesar de que las piernas le temblaban. Tomó la manta y se la echó sobre los hombros, sujetándola por delante para mantenerla cerrada. Qué agotamiento

sentía.

—Hice lo que tenía que hacer. ¿Quién, entre vosotras, no habría corrido si hubiera visto gente en peligro? ¿Quién, entre vosotras, se prohibiría a sí misma encauzar si viera que atacaban Engendros de la Sombra? Actué como debería haber hecho una Aes Sedai.

—Esta prueba está pensada para garantizar que una mujer es capaz de entregarse a una empresa más noble. Para ver si es capaz de no hacer caso a las distracciones del momento en aras de un bien mayor.

Nynaeve resopló con desdén.

—Completé los tejidos que se me pedían. Mantuve la concentración. Sí, perdí la serenidad, pero logré mantener la cabeza lo bastante fría para completar las tareas. No debería exigirse mantener la calma sólo porque sí, y prohibir que una corra cuando hay gente que la necesita es una necedad.

»Mi objetivo en esta prueba era demostrar que merecía ser Aes Sedai. Bien, pues, puedo argumentar que las vidas de la gente que vi eran más importantes que alcanzar ese título. Si perderlo es lo que se exige por salvar la vida a alguien, y si no hay otras consecuencias, lo haría de nuevo. Siempre. Negarme a salvarlos no sería en aras de un bien mayor; sólo sería un acto de egoísmo.

A Barasine se le desorbitaron los ojos por la ira. Nynaeve se volvió para dirigirse —no sin dificultad— a un lado de la cámara con idea de sentarse en un banco y descansar. Las mujeres se reunieron y hablaron en voz baja. Egwene, todavía serena, se aproximó a ella y se sentó a su lado. Aunque se le había permitido participar en el rito y crear alguna de las experiencias que habían puesto a prueba a Nynaeve, la decisión de ascenderla dependía de las otras.

—Las has encolerizado. Y también las has desconcertado —dijo la Amyrlin.

—Dije la verdad —rezongó Nynaeve.

—Tal vez. Pero no me refería a tu exabrupto. Durante la prueba, desobedeciste las órdenes que se te dieron.

—No podía desobedecerlas, porque no recordaba que me las hubieran dado. Yo... Bueno, en realidad recordaba lo que se suponía que debía hacer, pero no las razones. —Nynaeve torció el gesto—. Por eso rompí las reglas, porque las consideré arbitrarias. No recordaba por qué se suponía que no debía correr y, en consecuencia, tener que caminar mientras veía morir a la gente; me parecía absurdo.

—Se supone que las reglas se mantienen a la fuerza, aun cuando una no las recuerde —dijo Egwene—. Y no tendrías que haber podido encauzar antes de llegar a la marca. Es algo que va implícito en la prueba.

—Entonces, ¿cómo...? —empezó Nynaeve, fruncido el entrecejo.

—Has pasado mucho tiempo en el *Tel'aran'rhiod*. Esta prueba... parece que funciona de manera muy semejante al Mundo de los Sueños. Lo que creamos en la

mente se convierte en tu entorno. —Egwene chasqueó la lengua al tiempo que movía la cabeza—. Les advertí que esto podría ser un peligro. La práctica que tienes en el Mundo de los Sueños te capacita de forma innata para quebrantar la prueba.

Nynaeve no respondió a eso; se sentía enferma. ¿Y si fracasaba? ¿Y si la expulsaban de la Torre ahora, después de estar tan cerca de conseguirlo?

—Sin embargo, creo que las infracciones que has cometido podrían ayudarte —susurró Egwene.

—¿Qué?

—Tienes demasiada experiencia para tener que someterte a esta prueba —explicó Egwene—. En cierto modo, lo ocurrido demuestra que merecías el chal cuando te lo concedí. En especial, me gusta la forma en que utilizaste tejidos "inútiles" en ocasiones para atacar a los enemigos que veías.

—La parte de lucha en Dos Ríos... Ésa era tuya, ¿verdad? Las otras no conocen el pueblo lo bastante bien para recrearlo.

—A veces es posible crear visiones y situaciones basándose en la mente de la mujer que está sometiéndose a la prueba. Es una experiencia extraña, el uso de este *ter'angreal*. Uno que no estoy segura de entender.

—Pero la parte de Dos Ríos fuiste tú.

—Sí —admitió Egwene.

—¿Y la última con Lan?

Egwene asintió con la cabeza.

—Lo siento. Pensé que si no lo hacía, nadie lo...

—Me alegro de que lo hicieras —la interrumpió Nynaeve—. Me mostró algo.

—¿De veras?

Nynaeve asintió con la cabeza, se recostó en la pared y, sujetándose la manta para que no se le cayera, cerró los ojos.

—Comprendí que, si tenía que elegir entre ser Aes Sedai o estar con Lan, lo elegiría a él. El tratamiento que me dé la gente no cambiará nada dentro de mí. Lan, sin embargo... Es más que un título. Aún puedo encauzar, aún puedo ser yo misma, aunque nunca me convierta en Aes Sedai. Pero no volvería a ser la misma persona si lo abandonara.

De algún modo, se sintió... libre al comprender aquello y al decirlo en voz alta.

—Ruega que las otras no se den cuenta de eso —la previno Egwene—, no sería bueno para ellas determinar que antepondrías lo que fuera a la Torre.

—Me pregunto si, a veces, anteponemos la Torre Blanca, como institución, a las personas a las que servimos. Me pregunto si permitimos que se convierta en una consecución en sí misma, en lugar de un medio que nos ayuda a alcanzar logros mayores.

—La devoción es importante, Nynaeve. La Torre Blanca protege y guía al mundo.

—Y, sin embargo, muchas de nosotras lo hacemos sin familias —comentó Nynaeve—. Sin amor, sin pasión más allá de nuestros intereses particulares. Así que, aun cuando intentamos guiar al mundo, nos apartamos de él. Nos exponemos a caer en la arrogancia, Egwene. Siempre damos por sentado que sabemos más que nadie, pero corremos el riesgo de acabar siendo incapaces de llegar a comprender a la gente que decimos servir.

Egwene parecía preocupada.

—No expreses esas ideas mucho, al menos no lo hagas hoy. Ya se sienten bastante frustradas contigo. Pero esta prueba ha sido brutal, Nynaeve, y lo siento. No podía demostrar favoritismo hacia ti, pero quizá debí ponerle fin. Hiciste lo que se suponía que no debías hacer, y eso las condujo a ser cada vez más severas. Vieron el daño que te hacía lo de esos niños enfermos, así que metieron más y más en la prueba. Muchas parecían considerar tus victorias como un insulto personal, una pugna de voluntades. Eso las condujo a ser duras. Incluso crueles.

—Sobreviví —dijo, con los ojos cerrados—. Y aprendí muchísimo. Sobre mí misma. Y sobre nosotras.

Deseaba ser Aes Sedai, ser aceptada como tal absoluta y verdaderamente. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero al final, si esas personas decidían no darle su aprobación, sabía que seguiría adelante y, de todos modos, haría lo que tuviera que hacer.

Por fin, las Asentadas —seguidas por Rosil— se acercaron. Nynaeve se puso de pie en señal de respeto.

—Tenemos que hablar sobre el tejido prohibido que utilizaste —dijo Saerin en tono grave.

—Es la única forma que conozco para destruir a los Sabuesos del Oscuro —argumentó Nynaeve—. Debía hacerlo.

—Tú no tienes derecho a decidir eso —replicó Saerin—. Lo que hiciste desestabilizó el *ter'angreal*. Podrías haberlo destruido, matándote a ti misma y quizás a nosotras. Queremos que jures que jamás volverás a usar ese tejido.

—No voy a jurar eso —contestó, cansada.

—¿Y si no hacerlo significa que obtengas el chal o que lo pierdas para siempre?

—Prestar un juramento así sería absurdo. Podría encontrarme en una situación en la que podría morir gente si no lo utilizara. ¡Luz! Estaré combatiendo en la Última Batalla al lado de Rand. ¿Y si me encuentro en Shayol Ghul y descubro que, sin el fuego compacto, no podría ayudar al Dragón a detener al Oscuro? ¿Querrías que tuviera que elegir entre un absurdo juramento y el destino del mundo?

—¿Crees que irás a Shayol Ghul? —preguntó Rubinde, incrédula.

—Voy a estar allí —respondió con suavidad—. Y no es una suposición. Rand me lo ha pedido, aunque también habría ido aunque no lo hubiera hecho.

Las mujeres intercambiaron una mirada, aparentemente preocupadas.

—Si vais a ascenderme, entonces tendréis que confiar en mi criterio respecto al fuego compacto. Si no confiáis en que sepa cuándo usar un tejido muy peligroso y cuándo no, entonces prefiero que no me ascendáis.

—Yo pensaría bien esa decisión —les dijo Egwene a las Asentadas—. Negarle el chal a la mujer que ayudó a limpiar la mácula del *Saidin*, la mujer que derrotó a Moghedien en combate, la mujer casada con el rey de Malkier, sentaría un precedente muy peligroso.

Saerin miró a las otras. Tres cabeceos de asentimientos: Yukiri, Seaine y, quién lo hubiera dicho, Romanda. Tres negaciones con la cabeza: Rubinde, Barasine, Lelaine. Sólo quedaba Saerin, lo cual le dejaba a ella el voto decisivo. La Marrón se volvió hacia ella.

—Nynaeve al'Meara, declaro que has superado esta prueba. Por poco.

A su lado, Egwene exhaló un suspiro de alivio, suave, casi inaudible. Nynaeve cayó en la cuenta de que ella misma había estado conteniendo la respiración.

—¡Se ha consumado! —dijo Rosil, que dio una fuerte palmada—. Que nadie hable de lo que ha pasado aquí. Que quede entre nosotras para compartirlo en silencio con la que lo ha experimentado. Se ha consumado. —Dio una segunda palmada.

Las mujeres asintieron en señal de conformidad, incluso las que habían votado contra Nynaeve. Nadie sabría que había estado a punto de no superarlo. Seguramente habían sacado a colación el tema del fuego compacto allí —en lugar de buscar un castigo formal— debido a la tradición de no hablar de lo ocurrido en el *ter'angreal*.

—Nynaeve al'Meara —añadió Rosil—, pasarás la noche en oración y contemplación por las obligaciones que cargarás a partir de mañana, cuando te pongas el chal de Aes Sedai. Se ha consumado. —Dio una tercera y última palmada.

—Gracias, pero en realidad ya tengo mi chal y... —empezó Nynaeve.

Se calló al notar la mirada fulminante de Egwene; una mirada serena, pero, aun así, fulminante. Quizás ya había forzado bastante las cosas esa noche.

—Y estaré encantada de seguir las costumbres —añadió, descartando la objeción que iba a hacer—. Siempre y cuando se me permita hacer una cosa muy importante. Después regresaré y cumpliré con la tradición.

Nynaeve necesitó un acceso para llegar a donde iba. No les había dicho exprofeso a las otras que tendría que salir de la Torre para solucionar ese asunto pendiente. Aunque tampoco había dicho que no lo haría.

Caminó a buen paso a través del oscuro campamento de tiendas instalado fuera del muro parcialmente construido. Era una noche oscura, con el cielo nublado, y las hogueras del campamento brillaban alrededor del perímetro. Quizá demasiadas. Los que vivían allí eran cautelosos en extremo. Por fortuna, los guardias le habían permitido entrar en el campamento sin el menor comentario; el anillo de la Gran

Serpiente hacía maravillas cuando se utilizaba en los sitios adecuados. Incluso le habían dicho dónde encontrar a la mujer que buscaba.

A decir verdad, a Nynaeve le había sorprendido encontrar esas tiendas en el exterior, en lugar de dentro de los muros de la Torre Negra. A esas mujeres se las había enviado allí para vincular Asha'man, como Rand había ofrecido. Pero, según los guardias, a las enviadas de Egwene se las había hecho esperar. Los Asháman habían dicho que "otras tenían preferencia para elegir", significara lo que significase eso. Sin duda, Egwene estaría enterada de algo más; había enviado mensajeros, ida y vuelta, a las mujeres reunidas allí, sobre todo para ponerlas sobre aviso respecto a las hermanas Negras que podría haber entre ellas. Aquellas a las que habían descubierto habían desaparecido antes de que llegaran los primeros mensajeros.

Nynaeve no tenía la mente para preguntar más detalles en ese momento. Tenía otro quehacer. Se dirigió hacia la tienda que buscaba; se sentía tan cansada por la prueba que tenía la impresión de que, en cualquier instante, se desplomaría en el suelo como si fuera un bulto de tela amarilla. Unos cuantos Guardianes pasaron caminando por el campamento a corta distancia y la observaron con expresión impasible.

La tienda ante la que se detuvo era sencilla, de color gris. Dentro brillaba una luz tenue y se veían sombras que se movían.

—Myrelle —llamó en voz alta—, quiero hablar contigo.

La sorprendió lo firme que le sonó la voz. No tenía la sensación de que le quedara mucha energía.

Las sombras se pararon y después se movieron de nuevo. Sonó el susurro de los faldones de la entrada y una cara desconcertada se asomó. Myrelle llevaba una bata azul de un tejido casi translúcido, y uno de sus Guardianes —un hombretón grande como un oso y con una poblada barba negra, al estilo illiano— estaba sentado en el suelo de la tienda, sin camisa.

—Pequeña —dijo Myrelle con aire sorprendido—, ¿qué haces aquí?

Era una belleza de tez olivácea, largo cabello negro y curvas pronunciadas. Nynaeve tuvo que hacer un esfuerzo para no llevarse la mano a la trenza; ahora era demasiado corta para tirar de ella. Iba a costarle muchísimo acostumbrarse a eso.

—Tienes algo que me pertenece —dijo.

—Hummm... Eso es discutible, pequeña. —Myrelle frunció el entrecejo.

—He sido ascendida hoy —dijo—. Como es debido. Pasé la prueba. Ahora somos iguales, Myrelle.

Se abstuvo de añadir la segunda parte: que ella era la más fuerte de las dos y, en consecuencia, en realidad no eran iguales.

—Vuelve mañana. Ahora estoy ocupada —dijo la Verde.

Hizo intención de volver dentro de la tienda, pero Nynaeve la asió por el brazo.

—Nunca te he dado las gracias —dijo, aunque tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para pronunciar esas palabras—. Lo hago ahora. El vive por lo que hiciste. Eso lo entiendo ahora. Sin embargo, Myrelle, no es el mejor momento para presionarme. Hoy he visto morir a gente que quería, me he visto obligada a abandonar niños a un tormento en vida. Me han quemado, flagelado y torturado.

»Te juro, mujer, que si no me pasas el vínculo de Lan en este mismísimo instante, entraré en esa tienda y te enseñaré el significado de la palabra obediencia. No me provoques. Por la mañana, prestaré los Tres Juramentos, pero estoy libre de ellos durante toda una noche más.

Myrelle se quedó inmóvil. Después suspiró y salió de la tienda.

—Que así sea —accedió.

Cerró los ojos, tejió Energía y dirigió los tejidos al interior de Nynaeve.

La sensación fue como si le metiera a empujones un objeto sólido en el cerebro. Dio un respingo y todo giró a su alrededor.

Myrelle se dio la vuelta y entró de nuevo en la tienda. Nynaeve se deslizó hacia abajo hasta sentarse en el suelo. Algo florecía dentro de su mente. Una percepción. Bella, maravillosa.

Era él. Y estaba vivo.

«Luz bendita. Gracias», pensó, con los ojos cerrados.

CAPÍTULO 21

Una puerta abierta

—Nos pareció mejor que una de nosotras diera un informe completo, así que he reunido la información de las otras para presentarlo yo.

Perrin asintió con gesto abstraído. Se encontraba sentado en cojines, con Faile a su lado, en el pabellón de reuniones, que de nuevo se hallaba atiborrado de gente.

—Cairhien sigue estando patas arriba, por supuesto —empezó Seonid. La eficiente Verde era una mujer brusca. No antipática ni desagradable, pero hasta el trato con sus Guardianes parecía el de una acomodada granjera con sus jornaleros—. El Trono del Sol lleva mucho tiempo sin estar ocupado. Todos saben que el lord Dragón ha prometido el trono a Elayne Trakand, pero ella ha estado luchando para afianzarse en el suyo propio. Según las informaciones, por fin lo ha conseguido.

Olía a satisfacción y miró a Perrin como esperando un comentario. Él se rascó la barba. Todo esto era importante y debía prestar atención, pero los pensamientos de su entrenamiento en el Sueño del Lobo no dejaban de distraerlo.

—De modo que Elayne ya es reina. Rand se alegrará.

—Se ignora la reacción del lord Dragón —continuó Seonid mientras punteaba otro dato de la lista.

Las Sabias no hicieron comentarios ni plantearon preguntas; se limitaron a seguir sentadas en los cojines en un grupo reducido, como remaches de una bisagra. A buen seguro que las Doncellas ya las habían puesto al corriente de todo.

—Estoy casi segura de que el lord Dragón se encuentra en Arad Doman —añadió Seonid—. Varios rumores lo sitúan allí aunque, por supuesto, hay rumores que lo ubican en muchos otros sitios. Pero que esté en Arad Doman tiene sentido por ser una conquista táctica, además de que el malestar que reina en la zona amenaza con desestabilizar las Tierras Fronterizas. No sé si es cierto o no que haya enviado Aiel allí.

—Lo hizo —dijo de forma lacónica Edarra, que no dio más explicaciones.

—Sí, bien. Muchos rumores afirman que tiene intención de reunirse con los seanchan en Arad Doman. Sospecho que querrá tener los clanes allí para ayudarlo —sugirió Seonid.

Eso hizo que Perrin recordara Malden. Se imaginó a las *damane* y a las Sabias en guerra, el Poder Único causando destrozos entre las tropas, sangre, tierra y fuego girando en el aire. Sería como los pozos de Dumai, sólo que peor. Lo sacudió un estremecimiento. Sea como fuere, merced a las visiones —que habían aparecido mientras Seonid informaba— sabía que Rand estaba donde decía la Verde.

Seonid continuó hablando de comercio y víveres y recursos en Cairhien. Y Perrin se encontró pensando en el extraño muro violeta que había visto en el Sueño del Lobo.

«¡Necio! —se reprendió—. Sigue escuchando.» ¡Luz! En verdad era un líder pésimo. No había tenido ningún problema para correr al frente de los lobos cuando lo habían dejado cazar. ¿Por qué era incapaz de hacer lo mismo con su propia gente?

—Tear está reclutando tropas —dijo Seonid—. Corren rumores de que el lord Dragón ordenó al rey Darlin que agrupara a los hombres para la guerra. Y, a propósito, al parecer ahora hay un rey en Tear. Un suceso curioso. Algunos dicen que Darlin marchará hacia Arad Doman, aunque otros aseguran que esos preparativos son para la Última Batalla. Aun asi, otros insisten en que al'Thor se propone derrotar antes a los seanchan. Cualquiera de las tres opciones es factible y no puedo sacar más conclusiones sin hacer un viaje a Tear.

Miró a Perrin esperanzada, a juzgar por el olor.

—No. Todavía no —contestó él—. Rand no está en Cairhien, pero la situación en Andor parece estable. En mi caso, lo que tiene más sentido es ir allí y hablar con Elayne. Debe de tener información sobre nosotros.

De pronto, Faile olía a preocupación.

—Lord Aybara, ¿creéis que la reina os dará la bienvenida? —planteó Seonid—. ¿Con lo de la bandera de Manetheren y el título de lord que os habéis atribuido...?

—Los dos estandartes se han arriado ya —repuso Perrin, ceñudo—. Y Elayne lo comprenderá todo cuando se lo explique.

—¿Y mis soldados? —intervino Alliandre—. Probablemente tendríais que pedir permiso antes de entrar en suelo andoreño con tropas extranjeras.

—No vendréis —dijo Perrin—. Ya lo he dicho antes, Alliandre. Estaréis en Jehannah. Os trasladaremos allí tan pronto como nos hayamos ocupado del tema de los Capas Blancas.

—¿Se ha tomado ya, pues, una decisión sobre ellos? —preguntó Arganda, que se echó hacia adelante con actitud anhelante y excitada.

—Han exigido que nos enfrentemos en una batalla —contestó Perrin—. Y hacen caso omiso de mis peticiones de parlamentar más a fondo. Me siento inclinado a complacerlos y darles la lucha que quieren.

Empezaron a hablar de ese asunto, aunque enseguida pasaron a analizar lo que significaba tener un rey en Tear. Por fin, Seonid se aclaró la garganta y condujo la conversación de vuelta al informe.

—Los seanchan son un tema del que se habla mucho en Cairhien. Parece que los invasores están centrados en afianzar su dominio en las tierras ocupadas, incluida Altara. Aún se expanden hacia el oeste, sin embargo, y hay batallas campales en el llano de Almoth.

—En expansión hacia Arad Doman —dijo Arganda—. Ahí se está preparando una buena batalla.

—Es lo más probable, sí —confirmó Seonid.

—Si llega la Última Batalla, entonces sería ventajoso forjar una alianza con los seanchan —dijo Annoura, que parecía pensativa, sentada con las piernas cruzadas en el cojín de seda con bordados azules y amarillos.

—Han encadenado Sabias —intervino Edarra, cuyo rostro juvenil se tornó sombrío. El efluvio que emitía era peligroso. Airado pero frío, como el olor de una persona antes de que planeara matar—. No sólo Shaido, que merecen la suerte corrida. Si se pacta una alianza con los seanchan, se terminará en cuanto haya concluido la tarea del *Car'a'carn*. Ya hay muchos entre mi gente que hablan de hostilidades a muerte contra esos invasores.

—Dudo que Rand quiera que estalle una guerra entre vosotros.

—Un año y un día —dijo Edarra—. A las Sabias no se las puede hacer *gai'shain*, pero quizá las costumbres seanchan son diferentes. No obstante, les daremos un año y un día. Si transcurrido ese tiempo no liberan a sus cautivas cuando se lo pidamos, sabrán de nuestras lanzas. El *Car'a'carn* no puede exigirnos nada más.

El silencio se apoderó del pabellón.

—En fin —intervino Seonid, carraspeando—. Después de acabar en Cairhien, nos reunimos con quienes habían ido a Andor para comprobar los rumores de allí.

—Un momento —la interrumpió Perrin—. ¿Andor?

—Las Sabias decidieron enviar Doncellas allí.

—Ése no era el plan —gruñó Perrin, que se volvió a mirar a las Sabias.

—Tú no tienes control sobre nosotros, Perrin Aybara —repuso Edarra con sosiego —. Necesitábamos saber si todavía quedaban Aiel en la ciudad o no, y si el *Car'a'carn* se encontraba allí. Tus Asha'man accedieron a nuestra petición de que abrieran un acceso.

—Podrían haber visto a las Doncellas —rezongó.

Bueno, la verdad es que le había dicho a Grady que hiciera los accesos a petición de los Aiel, aunque a lo que se había referido con eso era a la partida y al regreso. Tendría que haber sido más preciso.

—Sí, bien, pero no las vieron —dijo Seonid con un tono un tanto exasperado, como le hablaría un adulto a un chiquillo tonto—. Al menos nadie con quien no quisieran hablar.

¡Luz! ¿Era cosa suya o esa mujer empezaba a parecerse mucho a una Sabia? ¿Era eso lo que Seonid y las otras hacían en el campamento Aiel? ¿Aprender a volverse más testarudas? Que la Luz los ayudara a todos.

—Sea como sea, fue buena idea visitar Caemlyn —dijo Seonid—. No se debe confiar en los rumores, en especial cuando se dice que un Renegado estuvo operando

en la zona.

—¿Uno de los Renegados? ¿En Andor? —preguntó Gallenne.

Perrin asintió e hizo un gesto para pedir otra taza de té templado.

—Rand dijo que era Rahvin, aunque yo me encontraba en Dos Ríos cuando tuvo lugar la lucha. —Los colores se arremolinaron en su mente—. Rahvin se hacía pasar por un noble andoreño, un hombre llamado Gabral o Gabil o algo por el estilo. Utilizó a la reina, haciendo que se enamorara de él o algo así, y después la mató.

Una bandeja cayó al suelo con un repiqueteo apagado.

Las tazas de porcelana se rompieron y el té salpicó rociadas en el aire. Perrin se giró con rapidez al tiempo que maldecía, y varias de las Doncellas se incorporaron de un salto, con los cuchillos empuñados.

Maighdin estaba plantada de pie, estupefacta, con los brazos caídos a los costados. La bandeja yacía a sus pies.

—¡Maighdin! ¿Te encuentras bien? —se interesó Faile.

La criada de cabello dorado se volvió hacia Perrin, con gesto aturdido.

—Si hacéis el favor, milord, ¿os importa repetir lo que acabáis de decir?

—¿Qué? —preguntó Perrin—. Mujer, ¿qué ocurre?

—Dijisteis que uno de los Renegados se había instalado en Andor —contestó Maighdin con voz tranquila mientras le asestaba una mirada tan penetrante como le habría lanzado cualquier Aes Sedai—. ¿Estáis seguro de lo que oísteis?

Perrin se acomodó en el cojín y se rascó la barba.

—Tan seguro como es posible. Ya ha pasado tiempo, pero sé que Rand estaba convencido. Luchó contra alguien en el palacio con Poder Único.

—Se llamaba Gaebril —intervino Sulin—. Yo estaba allí. Los rayos caían de un cielo despejado y no cabía duda de que se debía al Poder Único. Era un Depravado de la Sombra.

—Había algunos en Andor que afirmaron que el *Car'a'carn* había hablado de esto —abundó Edarra—. Dijo que el tal Gaebril había utilizado tejidos prohibidos en palacio con gente de las tierras húmedas y les había manipulado la mente obligándolos a creer y hacer lo que él deseaba.

—Maighdin, ¿qué te pasa? —preguntó Perrin—. ¡Luz, mujer, ahora está muerto! No tienes nada que temer.

—Con permiso —dijo Maighdin.

La mujer salió del pabellón dejando la bandeja y la blanca porcelana rota esparcida por el suelo.

—Me ocuparé de ella después. La ha perturbado descubrir que ha vivido tan cerca de uno de los Renegados —la disculpó Faile, apurada—. Es de Caemlyn, ya sabéis.

Los otros asintieron con la cabeza y otros criados se pusieron a limpiar y a recoger el desbarajuste. Perrin comprendió que no iba a tomar más té.

«Tonto —pensó—. Si hasta hace poco has vivido sin mandar a nadie que te sirva té, no te morirás ahora que no te van a llenar la taza otra vez con hacer un gesto.»

—Sigamos —dijo, rebullendo en los cojines. Nunca conseguía estar cómodo en esas malditas cosas.

—He acabado con mi informe —contestó Seonid, que hizo caso omiso de la criada que recogía los fragmentos de porcelana delante de ella.

—Mantengo mi decisión de antes —manifestó Perrin—. Ocuparse de los Capas Blancas es importante. Después de eso, iremos a Andor y hablaré con Elayne. Grady, ¿cómo te encuentras?

El envejecido Asha'man vestido de negro alzó la vista en donde se hallaba sentado.

—Estoy recuperado por completo de mi enfermedad, milord, y Neald casi.

—Todavía pareces cansado.

—Lo estoy, así me aspen —contestó el Asha'man—. Pero me siento mejor de lo que estaba muchos días en el campo antes de ir a la Torre Negra.

—Ha llegado la hora de enviar a algunos de los refugiados a su tierra. Con uno de esos círculos, ¿podrás mantener abierto un acceso más tiempo?

—No estoy seguro del todo. Formar parte de un círculo sigue siendo agotador. Quizá más. Pero sí que puedo abrir accesos más grandes con la ayuda de las mujeres, lo bastante anchos para que pasen al tiempo dos carretas.

—Bien. Empezaremos enviando a casa a gente corriente. Cada persona a la que llevemos de regreso al lugar donde pertenece será una piedra menos cargada a mi espalda.

—¿Y si no quiere irse? —preguntó Tam—. Muchos han empezado a adiestrarse, Perrin. Saben lo que se avecina y prefieren afrontarlo aquí, contigo, que acobardados en sus casas.

¡Luz! ¿Es que no había nadie en este campamento que quisiera volver con sus familias?

—A buen seguro que habrá algunos que quieran volver.

—Algunos —dijo Tam.

—Recuerda que los Aiel dejaron marchar a los débiles y los mayores —intervino Faile.

—He observado a esas tropas —comentó Arganda—. Cada vez hay más *gai'shain* que han salido de ese estado de letargo y, cuando lo hacen, son duros. Tanto como muchos soldados que conozco.

—Algunos querrán ir a ver cómo está la familia —dijo Tam—, pero sólo si les permites volver después. Ven ese cielo. Saben lo que se avecina —repitió.

—De momento, mandaremos de vuelta a los que quieren marcharse y quedarse en sus casas —indicó Perrin—. No podré ocuparme de los otros hasta después de que

haya acabado el asunto con los Capas Blancas.

—Excelente. ¿Tenéis un plan de ataque? —inquirió Gallenne, ansioso.

—Bueno, imagino que si van a ser tan amables de alinearse, los contendremos con mis arqueros y encauzadores y los destruiremos.

—Apruebo el plan, siempre y cuando mis hombres puedan cargar para encargarse de la chusma que quede al final —manifestó Gallenne.

—Balwer —llamó Perrin—, escribe a los Capas Blancas. Diles que lucharemos y que escojan ellos el sitio.

Mientras pronunciaba esas palabras sintió una fuerte renuencia. Le parecía una pérdida absurda matar a tantos soldados dispuestos a luchar contra la Sombra. Pero no veía otra salida.

Balwer asintió con la cabeza; el hombrecillo olía a ferocidad. ¿Qué le habrían hecho los Capas Blancas? El huraño secretario estaba obsesionado con ellos.

La reunión empezó a disgregarse. Perrin fue hacia el costado abierto de la tienda y observó la marcha de los grupos separados; Alliandre y Arganda se dirigían a su sector del campamento. Faile caminaba junto a Berelain y, cosa extraña, las dos iban charlando. Los efluvios de ambas indicaban que estaban enfadadas, pero las palabras que pronunciaban sonaban amistosas. ¿Que se traerían entre manos esas dos?

En el suelo de la tienda sólo quedaban unas manchas húmedas de la bandeja caída. ¿Qué le pasaría a Maighdin? Un comportamiento imprevisible como el suyo resultaba perturbador; con frecuencia, lo seguía alguna manifestación del poder del Oscuro.

—Milord... —llamó una voz, precedido de una discreta tosecilla.

Perrin se volvió al caer en la cuenta de que Balwer seguía detrás de él. El secretario tenía las manos enlazadas ante sí. Su aspecto era el de un montón de palos que unos niños hubieran vestido con una camisa y una chaqueta muy usadas.

—¿Sí? —preguntó.

—Resulta que he oído por casualidad algunas noticias de... eh... cierto interés mientras visitaba a los estudiosos de Cairhien.

—Encontraste suministros, ¿verdad?

—Sí, sí. Tenemos existencias suficientes. Un momento, por favor. Creo que os interesará la conversación que oí sin poder evitarlo.

—Bien, cuenta, pues.

Perrin entró de nuevo en el pabellón que en ese momento abandonaba el último de los asistentes a la reunión.

—En primer lugar, milord —empezó Balwer en voz baja—, parece ser que los Hijos de la Luz están confabulados con los seanchan. Ahora lo sabe todo el mundo, y me preocupa que las fuerzas que tenemos cerca estuvieran plantadas ahí para...

—Balwer —lo interrumpió Perrin—, sé que odias a los Capas Blancas, pero ya

me has contado esa noticia media docena de veces.

—Sí, pero...

—No quiero oír nada más de los Capas Blancas —advirtió, alzando una mano—. A menos que sean noticias específicas sobre esa fuerza que tenemos enfrente. ¿Algo nuevo sobre eso?

—No, milord.

—Muy bien, pues. ¿Alguna otra cosa que quieras decirme?

Balwer no dio señales de estar enfadado, pero Perrin olía su descontento. La Luz sabía que los Capas Blancas tenían que dar cuenta de muchas cosas, y comprendía que Balwer los odiara, pero ese asunto empezaba a empacharlo.

—Bien, milord, me atrevo a decir que los rumores de que el Dragón Renacido desea alcanzar una tregua con los seanchan son algo más que simples habladurías. Varias fuentes indican que ha pedido la paz a su cabecilla.

—Pero ¿qué le pasó en la mano? —preguntó Perrin, que apartó otra imagen de Rand en su mente.

—¿Qué habéis dicho, milord?

—No, nada.

—Además, circula un número alarmante de éstos —dijo buscando algo en una manga— entre rateros, ladrones y descuideros de Cairhien.

Sacó una hoja de papel con el dibujo de la cara de Perrin. El gran parecido era preocupante. Perrin tomó el papel, fruncido el entrecejo. No había nada escrito. Balwer le tendió otra hoja, idéntica a la primera. Le siguió una tercera, ésta con el dibujo de la cara de Mat.

—¿Dónde los conseguiste? —preguntó.

—Como he dicho, milord, se están repartiendo en ciertos círculos. Parece ser que se han prometido grandes sumas de dinero a quien entregue vuestro cadáver, aunque no logré determinar quién pagaría esa suma.

—¿Y lo descubriste mientras visitabas a los estudiosos en la escuela de Rand?

La cara afilada del escriba no denotó emoción alguna.

—¿Quién eres en realidad, Balwer?

—Un secretario. Con un poco de habilidad para descubrir secretos.

—¿Un poco? Balwer, no te he preguntado sobre tu pasado. Opino que un hombre merece tener una segunda oportunidad. Pero ahora tenemos aquí a los Capas Blancas y hay algo que te relaciona con ellos. Tengo que saber qué es.

Balwer guardó silencio unos segundos. Los faldones alzados del pabellón susurraron al moverlos el aire.

—Mi anterior patrono era un hombre al que respetaba, milord —dijo el hombrecillo—. Murió a manos de los Hijos de la Luz. Algunos podrían reconocerme.

—¿Eras un espía para esa persona?

Los labios de Balwer se inclinaron por las comisuras de forma notable. Cuando habló, lo hizo en voz más baja.

—Simplemente tengo cabeza para recordar datos, milord.

—Sí, tienes muy buena cabeza para eso. Tu labor me es muy útil, Balwer. Sólo intento dejar eso claro. Me alegro de que estés aquí.

El olor del hombre revelaba que se sentía complacido.

—Si se me permite decirlo, milord, es agradable trabajar para alguien que no ve mi labor de informador como un simple medio para traicionar o comprometer a quienes están a su alrededor.

—Bueno, en cualquier caso, tal vez debería empezar a pagarte algo más.

Sus palabras provocaron un efluvio de pánico en el hombrecillo.

—Eso no es necesario —dijo.

—¡Pero hay un montón de señores o mercaderes con los que ganarías un sueldo más alto trabajando para ellos!

—Hombres insignificantes, sin importancia —manifestó Balwer, que unió los dedos índice y pulgar como si sostuviera un pellizco de algo.

—Sí, pero sigo pensando que deberías cobrar más. Es simple sentido común. Si uno contrata un aprendiz de herrero para la forja y no le paga bien, el aprendiz impresionará a los clientes habituales con su trabajo y después, en cuanto pueda permitírselo, abrirá una forja nueva al otro lado de la calle.

—Ah, pero no os dais cuenta, milord. El dinero no significa nada para mí. La información es lo importante. Hechos y descubrimientos son... como pepitas de oro. Podría dar ese oro a un banquero corriente para que hiciera monedas, pero prefiero dárselo a un maestro artesano para que cree algo bello.

»Por favor, milord, dejad que siga siendo un simple secretario. Veréis, una de las formas más fáciles de discernir si alguien no es lo que aparenta, es comprobar su salario. —Soltó una risita—. He descubierto a más de un asesino o espía de ese modo, oh, sí. No tenéis que pagarme por esto. La oportunidad de trabajar con vos es retribución suficiente.

Perrin se encogió de hombros, pero aceptó con un cabeceo y Balwer se retiró. Perrin salió del pabellón mientras se guardaba los dibujos en el bolsillo. Lo desasosegaban. Apostaría a que esos retratos andaban también por Andor, repartidos por los Renegados.

Por primera vez, se sorprendió a sí mismo preguntándose si iba a necesitar un ejército para estar a salvo. Era una idea inquietante.

La oleada de los bestiales trollocs irrumpió en la cima de la colina y asaltó las últimas fortificaciones. Gruñían y aullaban, mientras las manos de gruesos dedos desgarraban la oscura tierra saldaenina y aferraban espadas, lanzas con forma de

gancho, martillos, garrotes y otras armas abyectas. Las armaduras negras iban decoradas con pinchos.

Los hombres de Ituralde aguantaban firme con él en la base de la ladera posterior de la colina. Había dado orden de desocupar el campamento de abajo y replegarse hacia el sur todo lo posible, a lo largo de la ribera del río. Entretanto, el ejército se había retirado de las fortificaciones. Detestaba rendir el terreno alto, pero que los empujaran cuesta abajo por esa pendiente escarpada durante un ataque habría sido suicida. Tenía espacio para replegarse, de modo que lo utilizó, ahora que las fortificaciones se habían perdido.

Situó a sus fuerzas justo al pie de la colina, cerca de donde había estado el campamento de abajo. Los soldados domani llevaban cascos de acero y habían clavado en tierra las puntas romas de las picas de catorce pies, sosteniéndolas para darles más estabilidad, y con las afiladas moharras de acero apuntadas hacia la creciente oleada de trollocs. Una posición defensiva clásica: tres líneas de piqueros y hombres con paveses, las picas inclinadas hacia lo alto de la vertiente. Cuando cada soldado de la primera fila de picas matara un trolloc, los hombres se retirarían hacia atrás y liberarían sus armas de un tirón, dejando que la segunda fila se adelantara para matar. Una retirada lenta, cuidadosa, de fila en fila.

Dos hileras de arqueros situados detrás empezaron a disparar flechas y lanzaron andanada tras andanada a los Engendros de la Sombra, cuyos cuerpos rodaban ladera abajo, algunos todavía chillando y derramando sangre oscura. Un gran número continuó bajando, pisando a sus hermanos caídos, intentando llegar hasta los piqueros.

Un trolloc con cabeza de ave murió empalado en una pica, delante de Ituralde. Había mellas a lo largo de los bordes del pico del ser, y la cabeza con ojos depredadores se erguía sobre un cuello grueso como el de un toro; las plumas estaban pringadas por los bordes con alguna clase de sustancia oscura y oleosa. El monstruo chilló al morir, una voz baja y un tanto aviar que pronunció sonidos guturales en el lenguaje trolloc.

—¡Aguantad! —gritó Ituralde, dando la vuelta y taconeando al caballo para trotar fila abajo de piqueros.

Sería un respiro transitorio. Había demasiados trollocs, e incluso rotando la triple línea acabarían arrollándolos. Era una táctica dilatoria. A sus espaldas, el resto de las tropas iniciaba la retirada. Una vez que las líneas se hubieran debilitado, los Asha'man asumirían la responsabilidad de la defensa para dar tiempo a los piqueros a replegarse.

Si los Asha'man pudieran dosificar las fuerzas... Los había presionado mucho; puede que demasiado. Sabía el límite de las tropas corrientes, pero ignoraba dónde estaba el de esos hombres. Si fueran capaces de parar el avance de los trollocs, su

ejército se retiraría hacia el sur. Esa retirada los llevaría cerca de la seguridad de Maradon, pero allí no les permitirían entrar. Los que estaban dentro habían rechazado todos los intentos de Ituralde de comunicarse con ellos. «Nosotros no cooperamos con invasores», había sido siempre la respuesta. Malditos estúpidos.

En fin, lo más probable era que los trollocs tomaran posiciones alrededor de Maradon para montar un asedio continuo, y ello daría a Ituralde y a sus hombres tiempo para retirarse a una posición más defendible.

—¡Aguantad! —gritó de nuevo Ituralde.

Cabalgó hacia un área donde la presión de los trollocs empezaba a obtener resultados. En lo alto de una de las fortificaciones de la colina acechaba con cautela una manada de trollocs con cabeza de lobo, a la espera, mientras sus compañeros cargaban por delante de ellos.

—¡Arqueros! —llamó, al tiempo que señalaba hacia allí. Una andanada de flechas llovió sobre los trollocs de cabeza de lobo, o "Ladinos", como habían empezado a llamarlos los Juramentados del Dragón que había en el ejército de Ituralde. Los trollocs tenían sus propias bandas y organización, pero a menudo sus hombres se referían a algunos en particular por los rasgos que presentaban. "Cuernos" a los machos cabríos, "Picos" a los halcones, y "Brazos" a los osos. Los que tenían la cabeza de lobo solían ser los más inteligentes; algunos saldaeninos afirmaban haberles oído hablar el lenguaje humano para negociar con sus adversarios o para engañarlos.

Ituralde sabía ahora mucho sobre los trollocs. Uno debía conocer a su enemigo. Por desgracia, había una gran variedad en cuanto a la inteligencia y la personalidad de esos seres. Y había muchos trollocs que compartían atributos físicos de varios grupos. Ituralde juraría haber visto una horrenda abominación con plumas de halcón y cuernos de macho cabrío.

Los trollocs situados en lo alto de las fortificaciones intentaban escabullirse de las flechas. Montones de bestias enormes que tenían detrás los empujaron colina abajo al tiempo que rugían. A menos que estuvieran hambrientos, los trollocs eran cobardes por regla general; pero, si se los azuzaba hasta ponerlos frenéticos, luchaban bien.

Los Fados vendrían detrás de esa oleada inicial, después de que los arqueros se quedaran sin flechas y los trollocs hubieran debilitado a los hombres de abajo. Ituralde no quería pensarlo siquiera.

«Luz, espero que podamos dejarlos atrás.» Los Asha'man esperaban su orden a lo lejos. Ojalá los tuviera más cerca, pero no podía correr ese riesgo. Eran demasiado valiosos para perderlos en una andanada de flechas.

Con suerte, las filas delanteras de trollocs quedarían seriamente castigadas por los piqueros —los cadáveres retorcidos y amontonados contra las picas—, y los trollocs que venían detrás tropezarían y caerían sobre sus restos sangrantes. Los saldaeninos

que le quedaban a Ituralde cabalgarían como una fuerza de acoso contra cualquiera que superara los ataques de los Asha'man. Entonces los piqueros estarían en posición de replegarse y seguir al resto del ejército en retirada. Una vez pasada Maradon, usarían accesos para trasladarse a la siguiente posición elegida: un paso arbolado que había unas diez leguas al sur.

Sus hombres deberían poder escapar. Deberían. Luz, cómo odiaba verse obligado a ordenar una retirada tan precipitada como ésta.

«Mantente firme —se exhortó—. Ese chico es el Dragón Renacido. Cumplirá su promesa.»

Siguió cabalgando y dio la orden de resistir. Era importante que oyeran su voz.

—¡Milord! —llamó alguien. La guardia de Ituralde abrió un paso para dejar que llegara hasta él un chico, jadeando—. ¡Milord, es el teniente Lidrin!

—¿Ha caído? —demandó Ituralde.

—No, milord. Está...

El muchacho miró hacia atrás. En la cercana formación de picas los soldados cargaban hacia la oleada trolloc, en lugar de retroceder.

—¿Pero qué diantre...? —exclamó Ituralde, que taconeó a *Tejido del Alba* para que se moviera.

El castrado blanco se puso a galope, y la guardia de Ituralde y el muchacho mensajero se unieron a él en medio de una estruendosa trápala.

Ituralde oía los gritos de Lidrin a pesar del fragor de la lucha. El joven oficial domani estaba por delante de las líneas de picas y atacaba a los trollocs con espada y escudo, bramando a voz en cuello. Los hombres de Lidrin se habían abierto paso para defenderlo y con su maniobra dejaron a los piqueros desorientados y confusos.

—Lidrin, necio. —Ituralde sofrenó su caballo.

—¡Venid! —chillaba el joven oficial, enarbolando la espada enfrente de los trollocs. Tenía la cara salpicada de sangre, reía con desatino y la voz sonaba enloquecida—. ¡Venid! ¡Me enfrentaré a todos vosotros! ¡Mi espada está sedienta!

—¡Lidrin! ¡Lidrin! —gritó Ituralde.

El hombre miró hacia atrás. Tenía los ojos desorbitados con una especie de gozo demencial. Ituralde ya había visto esa expresión en los ojos de soldados que luchaban durante demasiado tiempo y con demasiada dureza.

—¡Vamos a morir, Rodel! —le gritó Lidrin—. ¡Así me llevaré a unos cuantos conmigo! ¡Al menos uno o dos! ¡Unete a mí!

—¡Lidrin, retrocede hasta aquí y...!

El domani hizo caso omiso, se dio media vuelta y siguió intentando abrirse camino.

—Haced que esos hombres vuelvan aquí —gritó Ituralde al tiempo que señalaba al grupo—. ¡Cerrad las filas de picas! Deprisa. No podemos...

Los trollocs se lanzaron hacia adelante. Lidrin cayó soltando una rociada de sangre, riendo. Sus hombres lo estaban pasando mal y se dividieron por el centro. Los piqueros formaron de nuevo, pero un pelotón de trollocs chocó con fuerza contra ellos. Algunos trollocs cayeron.

La mayoría no.

Los monstruos que se encontraban cerca aullaron y chillaron al ver la brecha en las defensas. Corrieron hacia allí pasando por encima de los cadáveres amontonados al pie de la colina y se lanzaron contra los piqueros.

Ituralde maldijo y después azuzó a *Tejido del Alba* para que avanzara.

En la guerra, como en la labranza, a veces uno tenía que meterse en el barro hasta las rodillas. Bramó a la par que caía sobre los trollocs. Su guardia se desplazó para rodearlo y la brecha se cerró. El aire se convirtió en una estrepitosa tormenta de acero contra acero y gruñidos de dolor. *Tejido del Alba* resopló y pataleó mientras Ituralde descargaba golpes con la espada. Al caballo de batalla le desagradaba encontrarse cerca de los Engendros de la Sombra, pero estaba bien entrenado. Era un regalo de uno de los hombres de Bashere, el cual había afirmado que, en las Tierras Fronterizas, un general necesitaba una montura que ya hubiera luchado antes con trollocs. Ituralde bendijo al soldado en ese momento.

Realizó *La garza en el tocón* con un amplio movimiento —una maniobra de combate con espada a lomos de un caballo— y alcanzó a un trolloc en la garganta, degollándolo. Saltó una rociada de fétida sangre pardusca, y el ser se desplomó hacia atrás; en la caída, chocó contra otro monstruo con cabeza de jabalí. Un estandarte rojo —en el que se representaba la calavera de un carnero con un fuego detrás— ondeaba en la colina. Era el emblema del clan Ghob'hlin.

Ituralde hizo que el caballo se girara para esquivar el golpe de un hacha horrenda y después azuzó al animal para que se adelantara y hundió la espada en el costado del trolloc. A su alrededor, Whelborn y Lehynen —dos de sus mejores hombres— murieron mientras defendían su flanco. ¡Así la Luz abrasara a los trollocs!

La línea entera se estaba desmoronando. Sus hombres y él eran muy pocos, pero la mayoría de sus tropas ya se había retirado. «¡No, no, no!», pensó mientras trataba de salir de la batalla para retomar el mando. Pero, si retrocedía, los trollocs abrirían brecha por allí.

Tenía que correr ese riesgo. Estaba preparado para afrontar problemas como éste.

Sonó el toque de retirada.

Ituralde se quedó paralizado y escuchó con espanto el angustiado sonido que se propagaba por el campo de batalla. ¡Se suponía que los cuernos no lo tocarían a menos que él o un miembro de su guardia dieran la orden! Era muy pronto, demasiado pronto.

Algunos trompeteros oyeron el toque y lo repitieron, aunque otros no.

Se daban cuenta de que era demasiado pronto. Por desgracia, eso fue peor. Significaba que la mitad de los piqueros empezó a retroceder mientras que la otra mitad mantenía su posición.

Las líneas alrededor de Ituralde se rompieron y los hombres se desperdigaron a medida que la ingente masa de trollocs se les echaba encima.

Era un desastre, el peor en el que Ituralde había tomado parte. Sintió los dedos fláccidos.

«Si caemos, los Engendros de la Sombra destruirán Arad Doman.»

Lanzó un rugido a la par que tiraba de las riendas del caballo y se apartaba de la embestida de los trollocs. Los componentes que quedaban de su guardia personal lo siguieron.

—¡Helmke y Cutaris! —llamó a voces a los dos hombres, unos domani robustos y de piernas largas—. ¡Id hasta la caballería de Durhem y decidle que ataquen el centro tan pronto como aparezca la brecha! Kappre, tú ve a la caballería de Alin. Ordénale que ataque a los trollocs por el flanco occidental. ¡Sorrentin, ve a traer a esos Asha'man! ¡Quiero que los trollocs sean pasto de las llamas!

Los mensajeros partieron a galope en tanto que Ituralde se dirigía hacia el oeste, al punto donde los piqueros todavía aguantaban. Empezó a reunir una de las filas de atrás para conducirla al sector que aguantaba mayor presión. Casi logró que funcionara. Pero entonces, atacando con rapidez, aparecieron los Myrddraal deslizándose como serpientes entre las filas de trollocs, y una bandada de Draghkar descendió al suelo.

Ituralde se encontró luchando para salvar la vida.

A su alrededor, el campo de batalla era un desastre terrible: filas deshechas, trollocs campando a sus anchas y matando a placer, Myrddraal azotándolos para que, en cambio, atacaran a las pocas formaciones de piqueros que quedaban.

El fuego voló en el aire cuando los Asha'man apuntaron hacia los trollocs, pero eran bolas de fuego más pequeñas y más débiles que las de días atrás. Los hombres gritaban, las armas repicaban y las bestias bramaban en el humo bajo un cielo de nubes negras.

Ituralde estaba jadeando. Sus guardias habían caído. Al menos había visto morir a Staven y Rett. ¿Qué habría sido de los otros? No los había visto. Tantas muertes, tantas... El sudor le entraba en los ojos.

«Luz —pensó—. Al menos he presentado batalla. He aguantado más de lo que creía posible.»

Al norte se alzaron columnas de humo. Al menos algo había salido como estaba planeado; ese Asha'man, Tymoth, había hecho bien su trabajo. La segunda tanda de máquinas de asalto estaba ardiendo. Algunos de sus oficiales había dicho que era una locura mandar lejos a uno de sus Asha'man; sin embargo, en este desastre, habría

dado igual tener un Asha'man más. Y, cuando los trollocs atacaran Maradon, que no tuvieran esas catapultas representaría una gran diferencia.

Tejido del Alba cayó. Una jabalina trolloc lanzada contra él había volado baja. El caballo relinchó con el arma alojada en el cuello mientras la sangre se deslizaba por la piel sudorosa. No era la primera montura que Ituralde perdía en combate y sabía cómo rodar hacia un lado, pero esta vez estaba muy desequilibrado en la silla. Oyó el chasquido de la pierna cuando se le rompió al chocar contra el suelo.

Rechinando los dientes, decidido a no morir tirado de espaldas, hizo un esfuerzo sobrehumano para ponerse sentado. Soltó la espada —aunque tuviera la marca de la garza— y asió una pica rota con un grácil movimiento. Clavó el arma en el pecho de un trolloc que se le venía encima.

Sangre oscura y apestosa impregnó el astil y se deslizó hasta las manos de Ituralde al tiempo que el trolloc chillaba y moría.

Sonó un trueno en el aire. No era extraño; a menudo retumbaban truenos en esas nubes, muchas veces misteriosamente desligados de los relámpagos.

Ituralde apartó con gran esfuerzo al trolloc hacia un lado haciendo palanca con la pica. Entonces lo vio, un Myrddraal.

Apretando los dientes, Ituralde alargó la mano hacia la espada, pero comprendió que acababa de ver a su asesino. Uno de esos seres era capaz de acabar con una docena de hombres, de modo que hacerle frente con una pierna rota...

Aun así, intentó ponerse de pie. No lo logró y cayó hacia atrás al tiempo que maldecía. Preparado para morir, enarboló la espada cuando ese monstruo se acercó silencioso, moviéndose como si fuera líquido.

Una docena de flechas se incrustó en el Fado.

Ituralde parpadeó al ver desplomarse a la criatura. Los truenos sonaban con más fuerza. Volvió a incorporarse y se sorprendió al ver miles de jinetes desconocidos cargando en formación a través de las filas trollocs y arremetiendo contra los monstruos que tenían delante.

«¡El Dragón Renacido! ¡Está aquí!»

Pero no. Esos hombres ondeaban la bandera saldaenina. Miró hacia atrás. Las puertas de Maradon se hallaban abiertas, y a los cansados supervivientes de Ituralde les permitían entrar, renqueantes. Desde las almenas volaban bolas de fuego; habían dejado que los Asha'man subieran allí para tener esa ventaja respecto al campo de batalla.

Una fuerza de veinte jinetes se apartó del grupo principal y derribó al Myrddraal arrollándolo con los caballos. El último hombre del grupo saltó de la silla y propinó tajos al ser con un hacha de mano. Por todo el campo de batalla se daba caza a los trollocs, ya fuera a flechazos o lanceados.

No duraría mucho. Más y más de esas bestias se abrían paso entre las

fortificaciones antes defendidas por Ituralde y descendían por la ladera.

Pero la ayuda saldaenina sería suficiente, con esas puertas abiertas y con los Asha'man desencadenando la destructiva venganza del fuego. Los hombres que quedaban de la fuerza de Ituralde huían hacia la seguridad de la ciudad. Se sintió orgulloso de Barettal y Connel —los últimos de su guardia personal— al verlos cruzar el campo de batalla a trompicones e ir hacia él a pie —sus monturas debían de estar muertas—, con los uniformes manchados de sangre.

Deslizó la espada en la vaina y sacó de un tirón la jabalina clavada en el cuello de *Tejido del Alba*. Apoyándose en el arma, se las ingenió para ponerse de pie. Un jinete de la fuerza saldaenina se dirigía hacia él al trote; era un hombre de rostro enjuto, nariz ganchuda y cejas negras muy pobladas. Lucía una barba recortada y saludó a Ituralde alzando su espada ensangrentada.

—Estáis vivo —dijo.

—En efecto. —En ese momento llegaron sus dos guardias—. ¿Tenéis el mando de esta fuerza?

—De momento —contestó el jinete—. Me llamo Yoeli. ¿Podéis cabalgar?

—Mejor eso que quedarme aquí.

Yoeli le tendió la mano y tiró de él para subirlo a la silla, detrás de él.

La pierna de Ituralde protestó con un estallido de dolor, pero no había tiempo para esperar unas parihuelas.

Otros dos jinetes subieron a los guardias de Ituralde a sus caballos, y poco después los tres cabalgaban hacia la ciudad.

—Bendito seáis —dijo Ituralde—, Aunque os costó mucho tiempo decidiros, sin embargo.

—Lo sé. —Cosa extraña, la voz de Yoeli tenía un timbre sombrío—. Espero que lo merezcáis, invasor, porque lo que acabo de hacer hoy es probable que me cueste la vida.

—¿Qué?

El hombre no contestó. Se limitó a conducirlo a galope tendido hacia la seguridad de la ciudad... O toda la seguridad que podía ofrecer, considerando que ahora se iba a encontrar asediada por una fuerza de varios centenares de miles de Engendros de la Sombra.

Morgase salió del campamento. Nadie le dio el alto, aunque algunos le dirigieron miradas raras. Dejó atrás el arbolado perímetro septentrional.

Los árboles eran robles que crecían bastante separados a fin de poder extender las enormes ramas. Caminando por debajo de ellas, inhaló hondo el aire húmedo.

Gaebril había sido uno de los Renegados.

Por fin encontró un sitio donde un minúsculo arroyuelo de montaña corría por una

hendidura entre dos rocas y formaba una charca clara y tranquila. Los peñascos que había alrededor estaban agrupados de forma que semejaban un antiguo y destartalado trono construido para un gigante de quince espanes de altura.

Los árboles tenían hojas, aunque muchos parecían enfermos. Un trozo de nubes más tenues pasó deslizándose por el cielo y permitió que finos haces de sol se colaran hasta el suelo. Aquella luz fracturada brilló en rayos a través del agua y creó formas luminosas en el fondo de la charca. Los pececillos se movían veloces entre ellas, como si investigaran la luz. Morgase rodeó la charca y después se sentó en una piedra lisa. Los sonidos del campamento se oían en la distancia. Llamadas, postes que se clavaban en el suelo, carros que traqueteaban por los senderos.

Se quedó mirando la charca. ¿Había algo más odioso que convertirse en el títere de otro y tener que bailar como si le movieran unos hilos al igual que una marioneta de madera? En su juventud se había visto obligada a tener que ceder a los caprichos de otros. Había sido la única forma de estabilizar su soberanía.

Taringail había intentado manipularla. En realidad, lo había conseguido casi siempre. También había habido otros. Muchos que la habían empujado hacia uno u otro lado. Había pasado diez años complaciendo a la facción más fuerte, fuera la que fuese. Diez años de construir alianzas poco a poco. Había funcionado. Al final había sido capaz de maniobrar por sí misma. Cuando Taringail murió en una cacería, muchos habían murmurado que el fallecimiento de su esposo la había liberado, pero la gente cercana a ella sabía que ya llevaba tiempo procurando quitarle peso a su autoridad.

Recordaba aquel día en que se deshizo del último de los que habían presumido de ser el verdadero poder detrás del trono. Ése fue el día en que, en el fondo del corazón, se convirtió en una reina de verdad. Había jurado que nadie volvería a manipularla jamás.

Y entonces, años después, apareció Gaebril. Y después, Valda, que había sido peor aún. Al menos, con Gaebril no había sido consciente de lo que pasaba y eso había insensibilizado las heridas.

Unos pasos que hicieron chascar ramitas caídas anunciaron la llegada de alguien. La luz menguó al pasar las nubes más tenues. Los haces desaparecieron y los pececillos se dispersaron.

Las pisadas se detuvieron junto a la roca en la que estaba sentada.

—Me marcho —dijo Tallanvor—. Aybara ha dado permiso a su Asha'man para que abra accesos, empezando por algunas ciudades lejanas. Me voy a Tear. Según los rumores, ahora hay un rey. Está reuniendo un ejército para luchar en la Última Batalla y quiero formar parte de él.

Morgase alzó los ojos y se quedó mirando con fijeza hacia los árboles.

En realidad no era un bosque.

—Dicen que te mostrabas tan resuelto a lograr tu propósito como Ojos Dorados —susurró—. Que no descansabas, que apenas dedicabas tiempo a comer, que te pasabas todo el tiempo buscando la forma de liberarme.

Tallanvor no dijo nada.

—Nunca hubo un hombre que hiciera algo así por mí —continuó—. Taringail me veía como un peón al que manejar, Thom como una belleza a la que conquistar y cortejar, y Gareth como una reina a la que servir. Pero ninguno de ellos hizo de mí su vida entera, su corazón. Creo que Thom y Gareth me amaron, pero como algo a lo que cuidar y poseer, y después soltarlo. Creo que tú no lo soltarías nunca.

—No lo haría —repuso él con suavidad.

—Te vas a Tear y, sin embargo, dijiste que nunca te marcharías.

—Mi corazón se queda aquí. Sé muy bien lo que significa amar desde lejos, Morgase. Lo he hecho durante años, antes de que este viaje de locos comenzara, y seguiré haciéndolo más años. Mi corazón es un traidor. Quizás algún trolloc me hará el favor de arrancármelo del pecho.

—Cuánta amargura —musitó ella.

—Has dejado muy claro que no deseabas mis atenciones. Una reina y un simple guardia. Pura necedad.

—Una reina, ya no.

—No de nombre, Morgase. En pensamiento, sí.

Una hoja cayó del árbol a la charca. Con un verdor intenso y borde lobulado, debería haber aguantado viva bastante más tiempo.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —preguntó Tallanvor—. La esperanza. La esperanza que me permití albergar. Viajar contigo, protegerte, me alentó a pensar que quizá te darías cuenta. Que quizá te importaría. Me olvidé de él.

—¿Él?

—Gaebril —barbotó Tallanvor—. Soy consciente de que aún piensas en él. Incluso después de lo que te hizo. Yo dejo aquí mi corazón, pero tú dejaste el tuyo en Caemlyn.

Por el rabillo del ojo vio que Tallanvor se daba la vuelta.

—Fuera lo que fuese lo que viste en él, no lo tengo —añadió—. Sólo soy un simple guardia real, un estúpido que no sabe decir las cosas con las palabras adecuadas. Lo adulabas y él apenas reparaba en ti. Así es el amor.

—Maldita sea, puede decirse que yo he hecho lo mismo contigo.

Morgase siguió callada.

—Bien, pues, ésa es la razón por la que he de irme. Ahora estás a salvo y eso es lo único que importa. ¡La Luz me asista, pero eso sigue siendo todo cuanto me interesa!

Echó a andar y de nuevo chascaron ramitas caídas.

—Gaebril era uno de los Renegados —dijo Morgase.

Los chasquidos cesaron.

—En realidad era Rahvin —continuó—. Se apoderó de Andor valiéndose del Poder Único, obligando a la gente a hacer lo que él quería.

Tallanvor siseó y las ramitas crujieron cuando giró sobre sus talones para regresar junto a ella.

—¿Estás segura?

—¿Segura? No. Pero tiene sentido. No podemos pasar por alto lo que está ocurriendo en el mundo, Tallanvor. El tiempo, la forma en que la comida se estropea en un abrir y cerrar de ojos, los movimientos del tal Rand al'Thor. No es un falso Dragón. Los Renegados deben de estar libres otra vez.

»¿Qué harías si fueras uno de ellos? ¿Reunir un ejército y conquistar? ¿O sencillamente entrar en palacio y tomar a la reina de consorte? Manipularle la mente para que haga lo que quieres. Obtendrías los recursos de una nación entera y todo con el mínimo esfuerzo. Poco más que levantar un dedo...

Alzó la cabeza y miró a lo lejos. Hacia el norte. Hacia Andor.

—Lo llaman Compulsión —prosiguió después—. Un oscuro y abyecto tejido que anula la voluntad de la víctima. Se supone que no debo saber que existe.

»Dices que pienso en él. Es cierto. Pienso en él y lo odio. Me odio a mí misma por permitir que actuara como lo hizo. Y una parte de mi corazón sabe que, si apareciera ahora y me exigiera algo, se lo daría. No podría evitarlo. Pero esto que siento por él, esto que combina mi deseo y mi odio como dos mechones en una trenza, no es amor. —Se volvió hacia Tallanvor.

»Sé lo que es amar, Tallanvor, y Gaebril nunca obtuvo eso de mí. Dudo que un ser como él fuera capaz de comprender tal sentimiento.

Tallanvor le sostuvo la mirada. Los ojos del hombre eran grises, dulces y puros.

—Mujer, vuelves a darme esperanza. Ten cuidado con lo que yace a tus pies.

—Necesito tiempo para pensar. ¿Te abstendrías, de momento, de marcharte a Tear?

Él inclinó la cabeza en una reverencia antes de responder:

—Morgase, si quieres algo de mí, lo que sea, sólo tienes que pedirlo. Creía haber dejado claro eso. Iré a borrar mi nombre de la lista.

Se alejó, y Morgase lo siguió con la mirada. A pesar de la quietud de los árboles y la charca que tenía delante, su mente era un torbellino.

CAPÍTULO 22

El final de una leyenda

De noche, Gawyn no alcanzaba a ver los daños ocasionados en la Torre Blanca.

En la oscuridad, uno no apreciaba la diferencia entre un mural bello en su complejidad y una pared cubierta de baldosines desparejados. Por la noche, los edificios más hermosos de Tar Valon pasaban a ser una mole más envuelta en sombras.

De noche, las cicatrices y los desgarros sufridos por la Torre Blanca quedaban disimulados bajo un vendaje de oscuridad. Por supuesto, en una noche tan oscura como la que esas nubes propiciaban, uno tampoco distinguía el color de la Torre. Blanca o negra; en realidad, de noche daba lo mismo.

Gawyn caminaba por el recinto de la Torre vestido con pantalón y chaqueta en rojo y blanco. Como un uniforme, pero sin reconocer lealtad a nadie en concreto. En la actualidad tenía la impresión de no debérsela a ninguna persona. Casi de forma inconsciente se encontró caminando hacia la entrada oriental, en dirección a la zona donde estaba el dormitorio de Egwene. Apretó los dientes y dio media vuelta.

Debería estar durmiendo; pero, después de hacer guardia a la puerta de Egwene por la noche durante casi una semana, se encontraba —como les gustaba decir a los soldados— en un almuerzo de medianoche. Quizás habría tenido que quedarse en su cuarto para relajarse, pero en los alojamientos del cuartel de la Torre Blanca se sentía confinado. En las inmediaciones, dos pequeños gatos asilvestrados acechaban entre los tallos de hierba, de forma que los ojos reflejaban la luz de la antorcha de un puesto de guardia. Los animalillos se agazaparon y lo observaron como si, durante un fugaz instante, se plantearan si merecía la pena atacarlo o no. Un buho invisible lo sobrevoló sin dejar más evidencia de su paso que una pluma solitaria que bajó flotando en el aire. Por la noche era más fácil camuflarse. Algunos hombres vivían así siempre; preferían la cortina de la oscuridad a las ventanas abiertas a la luz diurna, porque les permitía ver el mundo en sombras.

Ya era verano; pero, aunque había hecho calor de día, la noche era bastante fría. Se estremeció al llegarle un soplo de brisa. No había habido más asesinatos desde la muerte de aquella desventurada Blanca. ¿Cuándo volvería a atacar el asesino? Él —o ella— podría estar recorriendo los pasillos en ese momento, en busca de una Aes Sedai solitaria, igual que esos gatos estaban al acecho de ratones.

Egwene le había ordenado que se alejara de su puerta, pero eso no significaba que no pudiera estar de guardia. No obstante, ¿de qué servía patear los jardines y el recinto de la Torre? Debería encontrarse dentro, donde tenía más oportunidades de

hacer algo útil. Se dirigió hacia una de las entradas de servicio.

Dentro, el pasillo de techo bajo estaba limpio y bien iluminado —como el resto de la Torre—, aunque el suelo era de pizarra gris en lugar de baldosas pulidas. A través de una puerta abierta a la derecha sonaban las risas y la charla de los guardias que no se hallaban de servicio y pasaban el rato con sus compañeros. Gawyn apenas los miró, pero entonces se paró de golpe y volvió hacia atrás al reconocer a algunos de los hombres.

—¡Mazone! ¡Celark! ¡Zang! ¿Qué hacéis por aquí?

Los tres alzaron los ojos con un gesto alarmado que después dio paso a otro de consternación. Se encontraban entre una docena, más o menos, de Cachorros que jugaban a los dados y fumaban en pipas con los guardias de la Torre que no tenían servicio.

Celark, el de más rango entre ellos, se acercó presuroso a Gawyn. Era un tipo flaco, de cabello castaño claro y dedos gruesos.

—Milord —saludó—. Nada importante, milord. Sólo pasamos un rato entretenido, sin más.

—A los Guardianes no les gusta este tipo de comportamiento —dijo—. Tú lo sabes, Celark. Si se corre la voz de que estáis jugando a los dados hasta altas horas, nunca convenceréis a una Aes Sedai de que os acepte.

—Sí, milord. —Celark cambió de expresión. En ese gesto había cierta reticencia.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gawyn—. Vamos, suéltalo, hombre.

—Como digáis, milord. Es que algunos de nosotros no estamos tan seguros de querer ser Guardianes. No todos vinimos aquí por esa razón, ¿sabéis? Algunos, como vos, querían entrenarse con los mejores. En cuanto al resto de nosotros... En fin, que ahora las cosas han cambiado.

—¿Qué cosas?

—Nada, milord, tonterías. —El hombre bajó la vista—. Tenéis razón, por supuesto. Mañana temprano hay entrenamiento. Claro que, en fin, ya hemos visto la guerra. Ahora somos soldados. Ser un Guardián es a lo que un hombre debería aspirar, pero a algunos no nos gustaría dejar atrás esa vida que hemos llevado hasta ahora, ¿sabéis?

Gawyn asintió despacio con la cabeza.

—Cuando vine a la Torre Blanca lo que más deseaba era ser un Guardián —continuó Celark—. Ahora no sé si quiero pasar la vida protegiendo a una mujer, sin contacto apenas con otros, yendo de aquí para allá por campiñas y parajes agrestes.

—Podrías ser el Guardián de una Marrón o una Blanca —sugirió Gawyn—. Y estar en la Torre.

—Con todo respeto, señor, creo que eso sería igual de malo —repuso Celark, ceñudo—. Los Guardianes... no conviven con otros hombres.

—De eso no te quepa duda.

Gawyn alzó los ojos hacia los distantes aposentos de Egwene. No iría pidiendo a esa puerta como un mendigo. Tuvo que hacer un esfuerzo para desviar los ojos y mirar a Celark de nuevo.

—No es deshonroso elegir otro camino —le dijo.

—Pues los otros hacen que lo parezca.

—Los otros se equivocan —afirmó Gawyn—. Reúne a los que quieren quedarse con los Cachorros y os presentáis mañana al mayor Chubai. Yo hablaré con él. Apuesto a que le vendrá bien organizaros como una división de la Guardia de la Torre. Ha perdido un montón de hombres en el ataque seanchan.

—¿Haríais eso, milord? —preguntó Celark, al que se notaba mucho más relajado.

—Por supuesto. Ha sido un honor capitanearos.

—¿Creéis que...? ¿Tal vez podríais uniros a nosotros? —La voz del joven rebosaba esperanza.

—He de seguir otro camino —repuso, negando con la cabeza—. Pero, si la Luz quiere, acabaré estando lo bastante cerca para no perderos de vista. —Señaló el cuarto con la barbilla—. Vuelve con los demás. Hablaré también a Makzim sobre vosotros.

Makzim era un Guardián adusto, de brazos musculosos, que en la actualidad se encargaba de las sesiones de entrenamiento. Celark inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento y volvió presuroso con los otros. Gawyn siguió pasillo adelante; ojalá le resultara tan sencillo elegir como a sus hombres.

Absorto en sus pensamientos, subió la mitad de los niveles que había hasta los aposentos de Egwene antes de pararse y darse cuenta de lo que hacía.

«Necesito algo que me distraiga.» Aún no era demasiado tarde; a lo mejor encontraba a Bryne despierto para charlar un rato.

Se dirigió hacia los aposentos del general. Si él se encontraba en una posición rara entre las Aes Sedai, la de Bryne era casi tan peculiar como la suya: Guardián de una ex Amyrlin derrocada, general del ejército conquistador de Egwene, y renombrado capitán general. La puerta de Bryne estaba entreabierta una rendija por la que se proyectaba una línea de luz a través de las baldosas azules del pasillo. Tenía por costumbre hacer eso cuando se encontraba dentro y despierto, por si alguno de sus oficiales lo necesitaba. Muchas noches Bryne se hallaba ausente porque se quedaba en alguno de los puestos de mando que había alrededor de la isla o en uno de los pueblos aledaños.

Gawyn dio unos golpes suaves con los nudillos.

—Adelante.

La voz de Bryne sonaba firme y familiar. Gawyn entró y después dejó la puerta abierta una rendija, como la había encontrado. Bryne escribía una carta, sentado

detrás de un escritorio de aspecto desvencijado. Alzó la vista hacia Gawyn.

—Espera un momento —dijo.

Gawyn esperó. Las paredes estaban empapeladas con mapas de Tar Valon, Andor, Cairhien y regiones colindantes. En muchos había anotaciones recientes hechas con tiza roja. Bryne se preparaba para la guerra. Las anotaciones dejaban claro que tenía el pálpito de que, antes o después, tendría que defender la propia Tar Valon contra los trollocs. Varios mapas mostraban pueblos a lo ancho de la zona septentrional de la campiña, con una lista de sus fortificaciones —si las había— y su lealtad a Tar Valon. Los utilizaría como depósitos de suministros de puestos avanzados. Otro mapa tenía círculos que marcaban antiguas torres de vigía, fortificaciones y ruinas.

En los cálculos de Bryne había una inevitabilidad metódica y una sensación de urgencia. Su propósito no era construir fortificaciones, sino usar aquellas que ya estaban levantadas. Desplazaba tropas a los pueblos que consideraba más estratégicos; otro mapa señalaba el progreso en el reclutamiento que había en marcha.

Hasta el instante en que puso un pie allí dentro y olfateó el olor mohoso de papel antiguo y el de velas quemándose, Gawyn no había sido consciente de la realidad de una guerra inminente. No tardaría en llegar. El Dragón rompería los sellos de la prisión del Oscuro. El lugar en que le había dicho a Egwene que se reuniera con él, Campo de Merrilor, estaba marcado con un rojo intenso en los mapas. Se encontraba al norte, en la frontera de Shienar.

El Oscuro. Suelto por el mundo. ¡Luz! Eso convertía sus problemas en algo intrascendente.

Bryne terminó de escribir la carta, echó arena en el papel, lo sacudió, dobló la hoja y alargó la mano hacia la cera y el sello.

—Es un poco tarde para hacer visitas, hijo.

—Lo sé, pero pensé que a lo mejor estabais despierto.

—Y así es. —Bryne vertió un poco de cera en la carta—. ¿Qué quieres?

—Consejo. —Gawyn se sentó en un taburete.

—A no ser que esté relacionado con el mejor modo de alojar a un grupo de hombres o cómo fortificar la cima de una colina, mi consejo te parecerá limitado. Pero, dime ¿sobre qué querías hablar?

—Egwene me ha prohibido que la proteja.

—Estoy convencido de que la Amyrlin tendrá sus razones para hacerlo —dijo Bryne mientras sellaba la carta con parsimonia.

—Razones absurdas. No tiene Guardián y hay un asesino que anda suelto por la Torre.

«Uno de los Renegados», pensó.

—Ambas cosas son ciertas —convino Bryne—. Pero ¿qué tiene que ver eso contigo?

—Necesita mi protección.

—¿Te pidió ella que se la dieras?

—No.

—Por supuesto. Que yo recuerde, tampoco te pidió que vinieras con ella a la Torre ni te pidió que empezaras a seguirla a todas partes como un sabueso que ha perdido a su amo.

—¡Pero es que me necesita!

—Interesante. La última vez que pensaste eso, tú, con mi ayuda, diste al traste con el trabajo que había hecho durante semanas para reunificar la Torre Blanca. A veces, hijo, nuestra ayuda no es necesaria. Por mucho que la ofrezcas de buen grado o lo urgente que parezca precisarla quien sea.

Gawyn se cruzó de brazos, si bien no se apoyó en la pared, no fuera a ser que moviera un mapa que indicaba las plantaciones de árboles frutales por toda la campiña del entorno. Por alguna razón, había un pueblo cercano al Monte del Dragón que estaba marcado con cuatro círculos.

—De modo que vuestro consejo es que la deje desprotegida, tal vez expuesta a que le claven un cuchillo en la espalda.

—No te he dado ningún consejo —repuso Bryne, que hojeó algunos informes que había en el escritorio, el rostro de rasgos firmes iluminado por el brillo de las velas—. Sólo he hecho algunas observaciones, aunque me parece curioso que tu conclusión sea que debes dejarla en paz.

—Yo... Bryne, ¡no actúa de forma racional!

Una sonrisa irónica curvó la comisura de la boca de Bryne, que dejó los papeles y se volvió hacia él.

—Te advertí que mi consejo no te sería de mucha utilidad. No estoy seguro de que haya respuestas que te satisfagan. Pero permíteme que te pregunte una cosa: ¿Qué es lo que quieres tú, Gawyn Trakand?

—A Egwene —repuso de inmediato—. Quiero ser su Guardián.

—Vamos a ver, ¿en qué quedamos?

Gawyn lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Quieres a Egwene o quieres ser su Guardián? —preguntó Bryne.

—Ser su Guardián, por supuesto. Y... En fin, casarme con ella. La amo, Bryne.

—A mi entender son dos cosas distintas. Parecidas, pero independientes. Mas, aparte de cosas relacionadas con Egwene, ¿qué es lo que quieres?

—Nada. Ella lo es todo.

—Bien, pues, ése es tu problema.

—¿Cómo va a ser un problema? La amo.

—Eso dices tú.

Bryne se quedó mirándolo, con un brazo en la mesa y el otro apoyado en la

pierna. Gawyn resistió el impulso de rebullir bajo aquella intensa mirada.

—Siempre fuiste apasionado, Gawyn —dijo después el general—. Como tu madre y tu hermana. Impulsivo, nunca calculador, como tu hermano.

—Galad no es calculador. Se limita a actuar —afirmó.

—No. Quizá me he expresado mal. Tal vez Galad no sea calculador, pero desde luego no es impulsivo. Serlo es actuar sin pensar bien las cosas: Galad siempre ha reflexionado mucho sobre todo. Así es como se ha forjado su código moral. Si es capaz de actuar con rapidez y de forma decisiva es porque ya tiene decidido lo que ha de hacer.

»Tú actúas con pasión. No te conduces por lo que piensas, sino por lo que sientes, en un arrebato, con un pronto emocional. Eso te proporciona fuerza. Te da capacidad para actuar cuando has de hacerlo, y luego ya tomarás en cuenta las consecuencias. Tus impulsos suelen ser acertados, igual que le pasaba a tu madre, y gracias a eso nunca has tenido que afrontar cómo reaccionar o qué hacer si esos impulsos te conducen en la dirección errónea.

Gawyn se sorprendió a sí mismo asintiendo con la cabeza.

—Pero, hijo —agregó Bryne, que se echó hacia adelante—, un hombre es algo más que una motivación o un objetivo. Ninguna mujer quiere eso de un varón. A mi entender, quienes ocupan el tiempo en ser hombres de provecho, en lugar de preciarse de su dedicación, son los que llegan a alguna parte. Tanto con las mujeres como con la vida en sí. —Bryne se frotó el mentón—. En consecuencia, si puedo darte un consejo es éste: descubre qué serías tú sin Egwene y, entonces, plantéate cómo integrarla a ella en eso. Creo que es lo que una mujer...

—¿Es que ahora eres un experto en mujeres? —inquirió una nueva voz.

Gawyn se volvió, sorprendido, y vio a Siuan Sanche abriendo la puerta. Bryne no dudó ni un instante.

—Llevas escuchando el tiempo suficiente, Siuan, para saber que la conversación no versaba sobre ese tema.

Siuan resopló con sorna e irrumpió en el cuarto con una tetera.

—Deberías estar en la cama —dijo y, tras echar una ojeada superficial a Gawyn, hizo caso omiso de él.

—Cierto —contestó Bryne de forma despreocupada—. Pero es que, por raro que parezca, las necesidades de Tar Valon no se acomodan a mi capricho.

—Los mapas se pueden estudiar por la mañana.

—Y por la noche. Y a lo largo de la tarde. Cada hora que dedico a esto podría significar leguas de territorio preparadas para la defensa si los trollocs consiguen abrir brecha.

Siuan soltó un sonoro suspiro, le tendió la taza y le sirvió el té, que olía a camemoro. Desde luego no podía resultar más chocante ver a Siuan —con la

apariencia de una mujer de la edad de Gawyn a causa de la neutralización— proporcionando cuidados maternales al canoso general Bryne. Siuan se volvió hacia él mientras Bryne aceptaba la infusión.

—Y tú, Gawyn Trakand, llevo tiempo queriendo hablar contigo. ¿Cómo se te ocurre dar órdenes a la Amyrlin y decirle lo que debería hacer? En serio. A veces los hombres parecen pensar que las mujeres no tienen otra cosa que hacer que traer y llevar sus mensajes. Elucubráis ideas a cuál más ridícula, y luego esperáis que nosotras las realicemos de un modo u otro.

Se quedó mirándolo como si no esperara más respuesta que bajar los ojos con gesto avergonzado. Gawyn lo hizo así y a continuación salió por pies para evitar que le echara más rapapolvos.

No le había sorprendido nada de lo que Bryne había dicho. Ante todo, ese hombre era consecuente, y le había repetido los mismos argumentos en otras ocasiones. Pensar, en lugar de ser impulsivo; ser prudente y no precipitarse. Pero llevaba semanas pensando y las ideas se perseguían unas a otras en círculo, como moscas atrapadas en un tarro. Para no llegar a nada.

Gawyn recorrió los pasillos; se fijó en que los guardias de Chubai estaban apostados a intervalos regulares. Se dijo a sí mismo que no subía hacia el cuarto de Egwene, que sólo inspeccionaba los puestos de guardia. Y, sin embargo, poco después se encontraba en un pasillo próximo a los aposentos de la Amyrlin. Sólo un pasillo más allá. Comprobaría en un momento que todo iba bien y... Gawyn se detuvo en seco.

«Pero ¿qué estoy haciendo?», se preguntó.

Gran parte del nerviosismo que lo atenazaba esa noche se debía a no saber si Egwene estaba protegida como era debido. Sería incapaz de conciliar el sueño hasta que...

«No —se increpó con firmeza—. Esta vez haré lo que ella dijo.» Dio media vuelta para marcharse.

Un ruido lo hizo titubear y echar una ojeada hacia atrás. Pisadas y el frufrú de ropas. Era demasiado tarde para que una novicia anduviera por los pasillos, pero sí cabía la posibilidad de que algún sirviente hubiera subido a llevar alguna cena tardía. Bryne y él no eran los únicos que tenían un horario inusual en la Torre Blanca.

El ruido sonó de nuevo. Muy quedo, apenas audible. Frunciendo el entrecejo, Gawyn se quitó las botas y después avanzó con sigilo para echar un vistazo al otro pasillo desde la esquina.

No vio nada. La puerta de Egwene —adornada con la incrustación de la figura de *Avendesora* en oro— se encontraba cerrada y el pasillo, vacío.

Suspirando, Gawyn movió la cabeza y se apoyó en la pared para ponerse las botas otra vez. Ojalá que Egwene le permitiera a Chubai apostar guardias en la puerta, al

menos. Que estuviera así, sin vigilancia, era...

Algo se movió en la sombra justo un poco más allá de la puerta de Egwene. Gawyn se quedó muy quieto. Allí apenas estaba oscuro, sólo una sombra de unas cuantas pulgadas de ancho creada por un nicho en la pared. Pero, si observaba con fijeza ese tramo, le costaba trabajo mantener la vista en él. La mirada se deslizaba a otro lado, como un pegote de mantequilla encima de un nabo caliente.

Era como si... Como si la oscuridad fuera mayor de lo que le había parecido al principio. ¿Por qué no lograba mirarla sin desviar la vista?

Hubo un movimiento relampagueante y algo giró en el aire. Gawyn se arrojó hacia un lado y el acero golpeó en la piedra. Con sólo una bota puesta, tiró la otra y desenvainó la espada. El cuchillo destinado a clavársele en el corazón se deslizó por las baldosas del suelo.

Se asomó por la esquina, en tensión. Alguien huía pasillo abajo. Alguien encapuchado y vestido de negro.

Gawyn se lanzó en su persecución sosteniendo la espada ante sí; las zancadas eran irregulares a causa de la diferencia de llevar calzado un pie y el otro no. Dio la voz de alarma y el grito resonó en los pasillos silenciosos de la Torre; entonces giró a la izquierda. El asesino tendría que doblar la esquina y entrar por el pasillo de la derecha, hacia donde se dirigía él.

Gawyn entró como un vendaval por otro pasillo y corrió hacia donde le cortaría el paso al asesino. Se deslizó por las baldosas al doblar la esquina y se paró de golpe.

El pasillo estaba vacío. ¿Habría retrocedido el asesino? Maldijo mientras echaba a correr y llegaba al pasillo original, al otro extremo. Vacío.

¿Una puerta, quizá? Todas serían callejones sin salida. Si esperaba hasta que llegara ayuda...

«No —pensó al tiempo que giraba sobre sí mismo—. Oscuridad. Busca la oscuridad.» Percibió una franja de mayor negrura junto al marco de la puerta que había a su izquierda. Demasiado estrecha para esconder a nadie, pero, al mirarla, experimentaba la misma desorientación extraña de antes.

Una persona arremetió contra él de repente, asestando un golpe de espada dirigido a la cabeza. Gawyn movió su arma en la pose *Cortar los juncos* y paró el ataque. El asesino era mucho más bajo, por lo que él debería tener bastante ventaja en cuanto al alcance. Sin embargo, se movía con una rapidez que lo convertía en un borrón y atacó con la espada en una serie de arremetidas realizadas con poses de lucha que le eran desconocidas.

Gawyn pasó a *Enroscar el viento*, ya que se vio obligado a actuar como si estuviera rodeado. Mantuvo al atacante a raya a duras penas. A lo lejos oyó voces de los guardias que respondían a su llamada. Volvió a lanzar el grito de alarma.

Percibió frustración en los movimientos del atacante; el asesino había esperado

derrotarlo con rapidez. Bien, pues, Gawyn también había esperado derrotarlo a él, pero enfocar la atención en ese adversario era harto difícil. Los golpes que asestaba —cuando lograba hacerlo— sólo daban en el aire, en lugar de encontrar un cuerpo.

Se giró hacia un lado y alzó la espada para realizar *El jabalí baja corriendo la montaña*. Pero ese movimiento le proporcionó al asesino un hueco por donde atacar y le arrojó otro cuchillo, de forma que lo obligó a hacer un quiebro hacia un lado para esquivar el arma.

El cuchillo repicó contra la pared, y el asesino huyó pasillo abajo.

Gawyn corrió tras él, pero se quedó retrasado y enseguida el asesino puso tierra por medio y giró a la izquierda. Esa dirección conducía a una serie de intersecciones.

«Qué velocidad —pensó Gawyn; jadeando, se detuvo con las manos apoyadas en las rodillas—. No es normal.»

Dos guardias de Chubai llegaron unos segundos después, prestas las espadas. Gawyn señaló.

—El asesino. Escuchaba en la puerta de Egwene. Se fue por allí.

Uno de ellos corrió hacia donde señalaba y el otro fue a dar la alarma general.

«¡Luz! —se le ocurrió de repente—. ¿Y si no lo interrumpí cuando escuchaba? ¿Y si lo sorprendí cuando ya salía?»

Corrió hacia la puerta de Egwene, evaporada toda la fatiga. Espada en mano probó con el picaporte. ¡La puerta no estaba cerrada!

—¡Egwene! —gritó al tiempo que empujaba los batientes y entraba en la estancia.

Se produjo una inesperada explosión de luz y un ruido ensordecedor.

De pronto, Gawyn se encontró envuelto en algo fuerte, sogas invisibles que lo alzaron en vilo. La espada cayó al suelo y una fuerza invisible le tapó la boca.

Y así fue como se encontró colgando del techo, desarmado, forcejeando sin resultado mientras la Amyrlin en persona salía del dormitorio. Estaba bien despierta y ataviada con un vestido carmesí orlado en oro.

No parecía sentirse complacida.

Mat se hallaba sentado junto a la chimenea de la posada, deseando que el fuego no calentara tanto. Lo sentía a través de la ajada chaqueta y la camisa blanca que hacían juego con un pantalón de tejido burdo. Las botas que llevaba tenían unas buenas suelas, pero los lados estaban rozados. No llevaba puesto el sombrero, y el pañuelo del cuello se lo había subido hasta cubrirse la mitad inferior de la cara antes de recostarse en la silla de roble de montaña.

Elayne aún tenía el medallón y se sentía desnudo sin él. Había dejado una espada corta junto a la silla, pero era más por aparentar que por otra cosa. Al lado descansaba un bastón de paseo en apariencia inofensivo; llegado el caso, preferiría usar eso o los cuchillos escondidos en la chaqueta. Sin embargo, una espada se hacía notar más y

conseguiría que los malhechores que deambulaban por las calles de Baja Caemlyn lo pensaran dos veces.

—Sé por qué preguntas por él —dijo Chet.

Siempre había un hombre como Chet en casi todas las tabernas. Lo bastante viejo para haber visto nacer, crecer y morir a hombres de la edad de Mat, y deseoso de hablar de todos esos años si les daban suficiente bebida. Y, a menudo, incluso sin hacer eso.

La barba de días en la larga cara de Chet estaba salpicada de plata, y el viejo llevaba un gorro ladeado. La chaqueta remendada había sido negra en tiempos, y era imposible leer lo que ponía la desvaída insignia roja y blanca prendida en el bolsillo. La prenda poseía un vago aire militar, y uno no solía tener cicatrices como la gruesa y rojiza que lucía el viejo en la mejilla y el cuello, recibida en una refriega de taberna.

—Oh, sí, muchos preguntan por el cabecilla de esa Compañía —continuó Chet—. En fin, se agradece esta jarra de cerveza, así que permíteme que te dé un consejo. Caminas como quien sabe qué extremo de esa espada es el que te da trabajo, pero serías un necio si lo retaras a ése. Príncipe de los Cuervos, Señor de la Suerte. Se enfrentó a la mismísima muerte y se jugó el futuro a los dados, vaya que sí. Nunca ha perdido una lucha.

Mat permaneció callado, reclinado hacia atrás en la silla. Ésa era la cuarta taberna de la noche y en tres de ellas había dado con rumores sobre Matrim Cauthon. Habladurías sin apenas trazos de verdad en ellas. ¡Por la Luz bendita!

Oh, sí, también había historias sobre otras personas, la mayoría relacionadas con Rand, y cada una de ellas había provocado que apareciera el remolino de colores en su mente cuando se las habían contado: Tear había caído en poder de los seanchan; no, había sido Illian; no, Rand los había derrotado a todos y ahora luchaba en la Última Batalla. ¡No! Visitaba mujeres mientras dormían y las dejaba embarazadas. No, eso lo hacía el Oscuro. ¡No, Mat era el Oscuro!

Puñeteras hablillas. Se suponían que a él deberían dejarlo en paz. Algunas debían de tener su origen entre los hombres de la Compañía, como la historia de aquella villa llena de muertos salidos de la tumba. Pero muchos decían que esas historias se las habían contado un tío o un primo o un sobrino.

Mat le lanzó un cobre a Chet. El hombre se tocó el sombrero en un gesto cortés y fue a pedir otro trago. A Mat no le apetecía beber. Sospechaba que esos dibujos de él tenían parte de culpa en la rapidez con que los cuentos se habían propagado. De hecho, en la anterior taberna que había visitado alguien había sacado una copia doblada y arrugada del dibujo y se la había enseñado. Sin embargo, nadie lo había reconocido hasta ese momento.

El fuego del hogar siguió crepitando. Baja Caemlyn estaba creciendo, y hombres emprendedores se habían dado cuenta de que proporcionar habitación y bebida a los

viajeros que iban de paso podría proporcionarles pingües beneficios. De modo que las chabolas habían empezado a convertirse en tabernas, las cuales, a su vez, habían empezado a convertirse en posadas.

La madera estaba muy solicitada, y muchas tropas mercenarias se habían aficionado a cortar árboles. Algunos trabajaban honradamente y pagaban el impuesto real por disponer de ellos. Otros lo hacían sin tanta legalidad y ya había habido ahorcamientos por ese motivo. Quién lo habría dicho. ¡Hombres colgados por cortar árboles a escondidas! ¿Qué sería lo siguiente? ¿Hombres ahorcados por robar basura?

Baja Caemlyn había cambiado de manera drástica; empezaba a haber calzadas y los edificios se ampliaban. ¡En unos pocos años, sería una ciudad por sí misma! Tendrían que construir otra muralla para circunvalarla.

La sala olía a polvo y sudor, pero no más que en otras tabernas. Las bebidas derramadas se limpiaban enseguida y las camareras parecían ansiosas de tener algo que hacer. Una en particular le dirigió una tranquila sonrisa, le rellenó la jarra y enseñó un poco más el tobillo. Mat tomó nota para no olvidarse de ella; le iría bien a Talmanes.

Mat se levantó un poco el pañuelo para beber. Se sentía como un estúpido por llevarlo puesto de esa forma, pero hacía demasiado calor para ir encapuchado, y dejarse barba había sido una tortura. Incluso con el pañuelo en la cara, lo cierto es que no llamaba mucho la atención en Baja Caemlyn; no era el único pendenciero que iba por las calles con el rostro tapado. La explicación que daba era que tenía una fea cicatriz que no quería que se le viera; otros daban por supuesto que habían puesto precio a su cabeza. Por desgracia, ambas cosas eran ciertas.

Permaneció un rato sentado contemplando las danzarinas llamas del hogar. La advertencia de Chet le había ocasionado un desagradable vacío en el estómago. Cuanto más creciera su reputación, más probabilidades habría de que lo retaran. Matar al Príncipe de los Cuervos daría mucha fama a quien lo lograra. ¿Dónde habrían oído ese nombre? ¡Rayos y centellas!

Alguien se reunió con él junto al fuego. Larguirucho y huesudo, Noal tenía el aspecto de un espantapájaros que se hubiera sacudido el polvo para ir a dar una vuelta por la ciudad. A despecho del cabello blanco y la cara curtida como cuero viejo, Noal era tan ágil como un hombre con la mitad de su edad. Al menos, en lo tocante a manejar un arma. Otras veces parecía más desmañado y perdido que una mula en un salón de té.

—Eres una celebridad —empezó Noal, que acercó las manos a la chimenea—. Cuando nos encontramos por casualidad en Ebou Dar, no se me pasó por la cabeza que me encontraría en tan ilustre compañía. Deja que pasen unos cuantos meses más, y acabarás siendo más famoso que Jain el Galopador.

Mat se pegó más contra la silla, como si quisiera desaparecer en ella.

—Los hombres siempre piensan que debe de ser magnífico que a uno lo conozcan en todas las tabernas de todas las ciudades —comentó Noal en voz queda—. Pero que me aspen si no es más que un quebradero de cabeza.

—¿Y tú que sabes?

—Jain se quejaba de eso —susurró Noal.

Mat soltó un gruñido. El siguiente en llegar fue Thom. Vestía como el criado de un mercader próspero, un atuendo azul que no era demasiado fino, pero que tampoco estaba en mal estado. Contaba que había llegado a Baja Caemlyn para decidir si sería aconsejable para su amo abrir un negocio allí.

Thom lucía el disfraz con aplomo y se retorcía las puntas del bigote mientras hablaba con un ligero acento murandiano. Mat se había ofrecido a desarrollar una trama subyacente para su papel, pero Thom había tosido antes de responder que ya estaba él trabajando en eso. Puñetero juglar mentiroso.

Thom acercó una silla y se sentó con delicadeza, como si fuera un criado que tuviera un alto concepto de sí mismo.

—¡Oh, qué manera de perder el tiempo hoy! ¡Mi amo insiste en que me relacione con esta chusma! ¡Y he ido a topar con lo peor de lo peor!

Noal rió entre dientes.

—¡Oh, ojalá que en cambio me hubiera enviado al campamento del majestuoso, fascinante y famoso Matrim Cauthon! Entonces sí que habría...

—Maldita sea, Thom, deja que un hombre sufra en paz.

Thom se echó a reír e hizo un gesto con la mano a la camarera, a la que encargó que trajera bebida para los tres. Le pagó y le dio una moneda de más al tiempo que le pedía en voz baja que impidiera a cualquier posible fisgón que se acercara demasiado a la chimenea.

—¿Estás seguro de querer mantener aquí la reunión? —preguntó Noal.

—Lo estoy. —Mat no quería que se lo viera de nuevo en el campamento, a menos que el *gholam* lo fuera a buscar allí.

—De acuerdo —dijo Noal—. Sabemos dónde está la torre y es posible llegar allí, si damos por sentado que Mat nos procurará un acceso.

—Lo haré —confirmó éste.

—Algunos cuentan que es un lugar encantado —intervino Thom, que bebió un trago de la jarra—. Otros aseguran que es una reliquia de la Era de Leyenda. Se dice que el exterior es una superficie lisa de acero, sin una sola abertura. Encontré al hijo menor de la viuda de un capitán que una vez oyó relatar la historia de alguien que halló grandes tesoros en la torre. Pero no explicó cómo había entrado esa persona.

—Sabemos cómo entrar —apuntó Mat.

—¿Lo que nos contó Olver? —preguntó Noal con escepticismo.

—Es lo mejor que tenemos —repuso Mat—. Mira, tanto el juego como los versos

están relacionados con los alfinios y los elfinios. La gente sabía de su existencia en otros tiempos. Esos condenados marcos de piedra son prueba de ello. Así que dejaron el juego y los versos como advertencia.

—No se puede ganar a ese juego, Mat —argumentó Noal, que se frotó la curtida mejilla.

—Y de eso se trata. Hay que hacer trampas.

—Pero quizá deberíamos intentar hacer un trato —sugirió Thom, que jugueteó con la punta encerada del bigote—. A ti te dieron respuesta a las preguntas que hiciste.

—Unas respuestas muy frustrantes —puntualizó Mat.

No había querido contarles a Thom y a Noal lo relacionado con sus preguntas; todavía no les había dicho lo que había preguntado.

—Pero respondieron —insistió Thom—. Es como si tuvieran algún tipo de trato con las Aes Sedai. Si supiéramos qué era lo que tenían las Aes Sedai que las serpientes y los zorros deseaban, la razón de que estuvieran dispuestos a hacer un trato, entonces a lo mejor podríamos negociar un trueque por Moraine a cambio de lo que quiera que sea.

—Si es que sigue viva —indicó Noal, sombrío.

—Está viva —afirmó Thom, que se quedó mirando al vacío—. Quiera la Luz que así sea. Tiene que estarlo.

—Sabemos lo que quieren. —Mat desvió la vista hacia las llamas.

—¿Qué? —se sorprendió Noal.

—A nosotros —contestó Mat—. Mira, conocen de antemano lo que va a pasar. Lo hicieron conmigo y lo hicieron con Moraine, si es que esa carta puede considerarse una pista. Sabían que ella te dejaría una carta, Thom. Lo sabían. Y, aun así, respondieron a sus preguntas.

—Tal vez porque tenían que hacerlo —sugirió Thom.

—Sí, pero no han de responder de forma explícita —aclaró Mat—. Conmigo no lo hicieron. A Moraine le respondieron sabiendo que volvería con ellos. Y a mí me dieron lo que me dieron sabiendo que también tendría que regresar forzado por las circunstancias. Me quieren. Nos quieren.

—Eso no lo sabes con certeza, Mat.

Thom soltó la jarra de cerveza en el suelo, entre los pies, y sacó la pipa.

A la derecha de Mat, unos hombres aplaudían y jaleaban en una partida de dados.

—Pueden responder preguntas —continuó el juglar—. Pero eso no significa que lo sepan todo. Podría ser algo parecido a la Predicción de las Aes Sedai.

Mat negó con la cabeza. Esas criaturas le habían metido recuerdos en la mente, recuerdos que —sospechaba— eran de personas que habían tocado la torre o habían entrado en ella. Los alfinios y los elfinios atesoraban esos recuerdos y, así se abrasara,

a buen seguro que también tenían los suyos. ¿Podrían vigilarlo, ver a través de sus ojos?

De nuevo deseó tener el medallón en su poder, aunque no le serviría de nada contra ellos. No eran Aes Sedai; ellos no encauzaban.

—Saben cosas, Thom —reiteró—. Nos vigilan. No los pillaremos por sorpresa.

—En ese caso, vencerlos sería harto difícil —dijo Thom, que prendió una ramita de yesca en el fuego y la usó para encender la pipa—. Es imposible que ganemos.

—A menos que rompamos las reglas —repitió Mat.

—Pero, si lo que dices es cierto, sabrán lo que estamos haciendo —argumentó Thom—. Así que tendríamos que negociar con ellos.

—¿Y qué decía Moraine, Thom? —repuso Mat— En esa carta que lees todas las noches.

Thom dio una chupada a la pipa con aire ausente y llevó una mano hacia el bolsillo del pecho, donde guardaba la misiva.

—Decía que recordáramos lo que sabemos sobre el juego.

—Ella sabe que no hay forma de ganar cuando se hacen tratos con ellos —concluyó Mat—. Nada de negociaciones y nada de acuerdos, Thom. Entramos luchando y no nos marchamos hasta rescatarla.

Thom vaciló un momento y después asintió con un cabeceo; la pipa empezó a echar humo.

—Valor para fortalecer —citó Noal—. Bueno, de eso tenemos bastante, con la suerte de Mat.

—No tienes por qué tomar parte en esto, Noal, lo sabes —dijo Mat—. No tienes por qué correr riesgos en esta empresa.

—Iré —insistió Noal—. He visto un montón de sitios. De hecho, casi todos. Pero nunca he estado en ése. —Vaciló—. Es algo que he de hacer. Y no se hable más del asunto.

—De acuerdo —accedió Mat.

—Fuego para cegar —continuó Noal—. ¿Qué tenemos?

—Linternas y antorchas —repuso Mat, que dio con el pie en un saco que había al lado de su silla—. Y unos cuantos mixtos de Aludra, para poder encenderlas. Y también algunas sorpresas de ella.

—¿Fuegos de artificio? —preguntó Noal.

—Y alguno de esos cilindros explosivos que usamos contra los seanchan. Ahora ya les ha puesto nombre: tronadores.

Thom lanzó un silbido.

—¿Cuántos te dio? —preguntó luego.

—Dos. Cuando le presenté el acuerdo con Elayne se sentía muy inclinada a darme casi cualquier cosa que le pidiera. —Mat torció el gesto—. Quería

acompañarnos para encenderlos. ¡Ella! Así me abrase, pero menuda discusión tuvimos por eso. Sin embargo, disponemos de un montón de flores nocturnas. —Dio unos golpecitos con el borde del pie al saco que había junto a la silla.

—¿Te has traído todo eso? —preguntó Thom.

—Quería tenerlo cerca. Y no me lo ha dado hasta hoy. Nada va a explotar por accidente, Thom. Eso no suele ocurrir casi nunca.

—¡Bien, pero al menos apártalo de la chimenea! —pidió el juglar, que miró la pipa y masculló una maldición, tras lo cual retiró su silla unas cuantas pulgadas para alejarse del saco.

—Lo siguiente es música para aturdir —añadió Noal.

—Disponemos de varias cosas —dijo Thom—. Llevaré el arpa y la flauta, pero he encontrado unos tambores pequeños que se tocan con la mano y unos címbalos. Te los puedes sujetar a un lado de la pierna con las correas y golpearlo con la mano. Ah, sí, y también traje una flauta más. —Miró a Mat— . Una sencilla, diseñada para los que tienen dedos gruesos y lentos.

Mat resopló con sorna.

—Y por último, hierro para encadenar —concluyó Noal, que empujó hacia adelante un fardo que había llevado consigo. El bulto emitió un apagado tintineo mientras lo desataba por arriba; el contenido reflejó la luz anaranjada del hogar—. Dos espadas de hoja corta y un juego de cuchillos de lanzar para cada uno de nosotros. Todo ello de hierro puro, nada de acero. También he conseguido algunas cadenas y un regatón ancho para ceñirlo alrededor de la punta del astil de la lanza de Mat. Aunque es posible que la desequilibre un poco por el peso.

—Lo pondré —dijo Mat.

Noal volvió a atar la boca del saco y los tres se quedaron sentados un rato mirando la chimenea. En cierto modo, esas cosas que habían reunido no eran más que una quimera, construir castillos en el aire, una forma de convencerse de que hacían algo para prepararse.

Pero Mat recordaba aquellos espacios distorsionados que había al otro lado de los marcos de piedra torcidos, los ángulos que no eran como debían ser, el paisaje insólito. Recordaba a los seres a los que se llamaba serpientes y zorros porque era imposible describirlos con una definición convencional.

Ese lugar era otro mundo. Los preparativos que Thom, Noal y él habían hecho podrían serles de ayuda, pero también cabía la posibilidad de que no sirvieran de nada. Y no había forma de saberlo hasta que entraran en esa torre. Era como no saber si uno llevaba el antídoto adecuado hasta que los colmillos de la serpiente se le clavaban en el brazo.

Por fin, se despidió de los otros dos hombres dándoles las buenas noches. Noal quería regresar al campamento de la Compañía, que ahora se encontraba a sólo diez

minutos a caballo desde la ciudad. Thom estuvo de acuerdo en ir con él y recogieron el fardo de Mat lleno de flores de media noche, aunque los dos hombres lo hicieron como si hubieran preferido llevar un saco lleno de arañas.

Mat se ciñó la espada por encima de la chaqueta, recogió el bastón y se dirigió hacia su posada. No fue allí directamente, sin embargo, sino que se sorprendió deambulando con desgana por calles y callejas. Chabolas y tiendas se habían multiplicado junto a sólidos edificios a medida que la ciudad extramuros se extendía a lo largo de la muralla, como moho creciendo en una rodaja de pan.

El cielo estaba oscuro, pero la noche seguía muy animada con las llamadas de los ganchos encargados de atraer clientes desde las puertas iluminadas de las posadas. Mat se aseguró de que se viera bien la espada que llevaba. Había muchos tipos que se plantearían sacar provecho de un transeúnte solitario en la noche, sobre todo fuera de las murallas de la ciudad, donde el brazo de la ley se quedaba más bien corto.

A juzgar por el olor del aire, amenazaba lluvia, pero eso era algo frecuente en la actualidad. Deseó que lloviera hasta que el cielo se viniera abajo o que aclarara de una puñetera vez. Daba la impresión de que el propio aire estuviera conteniendo la respiración, esperando algo, un golpe que no se descargaba nunca, una campana que nunca llegaba a tañer, unos dados que nunca dejaban de rodar. Igual que los que retumbaban dentro de su cabeza.

Tocó la carta de Verin que llevaba en el bolsillo. ¿Dejarían de rodar los dados si la abría? A lo mejor tenía relación con el *gholam*. Si no recuperaba pronto el medallón, era muy probable que esa cosa diera con él y le arrancara las entrañas.

Qué puñetas. Querría ir a beber y olvidar durante un rato quién era... y quién creía la gente que era. Pero, si se emborrachaba, no sería de extrañar que dejara la cara al aire por casualidad. A lo mejor se ponía a hablar de quién era en realidad. Uno no podía adivinar lo que un hombre era capaz de hacer cuando estaba borracho, ni siquiera si ese hombre era uno mismo.

Cruzó las puertas de la muralla y entró en la Ciudad Nueva. El aire empezó a humedecerse con algo que no era del todo lluvia, como si el cielo lo hubiera oído despotricar y hubiera decidido soltar un ligero estornudo para salpicarlo un poco.

«Estupendo. Jodidamente estupendo», pensó.

Los adoquines se pusieron húmedos enseguida con la llovizna que no llegaba a serlo, y las farolas resplandecieron con halos de vaporosa neblina. Mat inclinó los hombros, todavía con el pañuelo cubriéndole la cara como si fuera un puñetero Aiel. ¿No había tenido mucho calor hacía sólo un rato?

Estaba tan ansioso como Thom de ponerse en marcha y encontrar a Moraine. Esa mujer le había embrollado la vida, pero suponía que por eso mismo estaba en deuda con ella. Mejor vivir en este maremágnum que estar atrapado de vuelta en Dos Ríos llevando una vida aburrida y, por si fuera poco, sin ser consciente de cuan aburrida

era. Él no era como Perrin, que ya echaba de menos Dos Ríos antes incluso de que hubieran llegado a Baerlon. Una imagen de Perrin surgió en su mente, pero Mat la rechazó.

¿Y qué sería de Rand? Lo vio sentado en una silla elegante contemplando el suelo ante sí; se encontraba en una habitación casi a oscuras, con una única lamparilla titilando. Parecía consumido y exhausto, tenía los ojos muy abiertos y la expresión sombría. Mat sacudió la cabeza para librarse también de esa imagen. Pobre Rand. El pobre chico seguro que a estas alturas pensaba que era un jodido hurón negro —o cosa por el estilo— jugando a destrozar piñas a mordiscos. Pero casi con seguridad sería un hurón que quería vivir otra vez en Dos Ríos.

No, él no quería regresar. En Dos Ríos no estaba Tuon. Luz, tendría que resolver qué hacer respecto a Tuon. Pero no quería librarse de ella. Si aún estuvieran juntos, dejaría que lo llamara Juguete y no protestaría.

Bueno, no mucho.

Pero Moraine primero. Ojalá supiera más sobre los alfinios y los elfinios y su puñetera torre. Nadie sabía nada de ese sitio, nadie contaba nada aparte de leyendas, nadie tenía nada útil que comentar...

Nadie excepto Birgitte. Mat se paró de golpe en la calle. Birgitte. Había sido ella la que le había dicho a Olver cómo entrar en la torre. ¿Cómo lo sabía?

Maldiciéndose para sus adentros por ser un estúpido, echó a andar en dirección a la Ciudad Interior. Las calles empezaban a estar vacías del ajetreo que las había agobiado antes de que empezara ese remedo de lluvia.

Enseguida tuvo la sensación de disponer de toda la ciudad para él; incluso los rateros y los mendigos se habían retirado.

Por alguna razón, eso lo puso más tenso que si alguien lo estuviera mirando de hito en hito. No era natural. Al menos alguien tendría que haberlo seguido para comprobar si merecía la pena quitarlo de en medio. De nuevo, anheló sentir el tacto del medallón. Había sido un idiota por cederlo como si tal cosa. ¡Más le habría valido cortarse la mano y ofrecérsela a Elayne como pago! ¿Estaría el *gholam* ahí, en esa oscuridad, en alguna parte?

Tendría que haber camorristas por la calle. Las ciudades estaban llenas de esos tipos. Prácticamente era uno de los jodidos requisitos de una urbe.

Una alcaldía, unas cuantas posadas, una taberna y varios tipos de gesto duro cuyo único deseo era aporrearlo a uno hasta dejarlo tirado en el barro y gastarse el dinero robado en bebidas y mujeres.

Pasó delante de un patio y entró en la Ciudad Interior a través de la Puerta del Alarife, cuyo arco blanco casi parecía relucir por el brillo de la lluvia a la luz fantasmagórica de la luna escondida tras las nubes. El bastón de combate resonó contra los adoquines. Los guardias de la puerta estaban arrebujados en las capas,

silenciosos. Más que hombres, parecían estatuas. Toda la zona parecía una tumba. A cierta distancia de la puerta, pasó ante un callejón y vaciló. Le parecía haber visto un grupo de formas oscuras dentro. A ambos lados había edificios altos, obras Ogier espectaculares. Un gruñido sonó en el interior del callejón.

—¿Un robo? —dijo Mat con alivio.

Una figura corpulenta se volvió hacia la salida del callejón. La luz de la luna reveló a un bigardo de ojos oscuros, con capa larga. Parecía sorprendido de verlo allí, plantado en la calle. Lo señaló con la mano de dedos gruesos y tres de sus compinches fueron hacia él.

Mat se relajó y se limpió la lluvia que le mojaba la frente. De modo que sí había asaltantes por las calles esa noche. Menudo alivio. ¡Había estado llevándose sobresaltos sin motivo!

Uno de los matones arremetió contra él con un garrote. Mat llevaba la espada en el lado derecho a propósito; el tipo mordió el anzuelo y dio por hecho que intentaría desenvainar el arma.

En cambio, Mat alzó con rapidez el bastón de combate y golpeó la pierna del hombre con la punta. El asaltante trastabilló, y Mat lo golpeó en la cabeza. La llovizna, que para entonces ya casi era una lluvia de verdad, salpicó cuando el ratero cayó e hizo trompicar a uno de sus compinches.

Mat dio un paso atrás y descargó el extremo superior del bastón en la cabeza del ladrón que se tambaleaba. El tipo cayó encima de su compañero. El tercer hombre miró hacia atrás a su cabecilla, que sujetaba por el cuello a un hombre flacucho al que apenas se distinguía en la oscuridad.

Mat aprovechó la oportunidad para saltar por encima de los rateros caídos en el suelo y atacó al tercer hombre.

El rufián levantó el garrote para protegerse la cabeza, así que Mat descargó el bastón sobre el pie del tipo. A continuación impulsó el bastón en un arco y apartó de un golpe la floja defensa del ladrón, al que derribó con otro golpe, éste dirigido de lleno a la cara.

Con un grácil movimiento, Mat arrojó un cuchillo al líder de la banda, que cargaba contra él. El tipo emitió un gorgoteo y dio un traspié bajo la llovizna, aferrando el cuchillo que tenía clavado en el cuello. A los otros los dejaría inconscientes, pobres necios; a lo mejor escarmentaban con la experiencia y se reformaban.

Mat se apartó para que el cabecilla pasara de largo, trastabillando, antes de desplomarse encima de sus tres compinches. Dándole la vuelta de un puntapié, Mat extrajo el cuchillo y lo limpió. Por fin miró a la víctima del robo.

—Cómo me alegro de veros —dijo.

—¿Os alegráis? —preguntó el desconocido, extrañado.

—Pues claro. —Mat se puso erguido—. Creía que los ladrones no habían salido esta noche. Una ciudad sin rateros es... En fin, es como un campo sin malas hierbas. Y, si no hubiera malas hierbas, ¿para qué iba uno a necesitar a los granjeros? Unos tipos inhospitalarios a más no poder, en serio.

El hombre rescatado se adelantó a trompicones, como si le temblaran las piernas. Parecía desconcertado por lo que Mat había dicho, pero se puso derecho y le estrechó la mano.

—¡Gracias! —dijo con voz nasal—. Muchas, muchas gracias.

A la débil luz de la luna apenas se distinguía una cara ancha con los dientes de arriba salientes y un cuerpo flaco hasta la exageración.

Mat se encogió de hombros, soltó el bastón a un lado y, desatando el pañuelo, que estaba empapado, empezó a retorcerlo.

—En vuestro lugar, yo evitaría salir solo por la noche, amigo —dijo.

El hombre estrechó los ojos para ver mejor en la oscuridad.

—¡Tú! —El grito sonó más como un graznido.

—Oh, tiene puñetas la cosa —protestó Mat, fastidiado—. ¿Es que no puedo ir a ningún sitio sin que...?

Se calló sin acabar la frase cuando el hombre se abalanzó contra él; una daga centelleó a la tenue luz de la luna. Mat soltó una grosería y estiró de golpe el pañuelo ante sí. La daga dio en la tela, en vez de hacerlo en la tripa de Mat, que giró las manos con rapidez de forma que enrolló el arma del asesino en la tela.

El tipo chilló, y Mat soltó el pañuelo y sacó un par de cuchillos, uno en cada mano, que lanzó en un gesto reflejo. Alcanzaron al asesino en la cara, uno en cada ojo. ¡Luz! El no había apuntado a los ojos.

El hombre se desplomó en los adoquines húmedos. Mat jadeaba.

—¡Por los pechos de una madre lactante! ¡Por los puñeteros pechos y la puñetera leche! —asió el bastón de combate y miró a su alrededor, pero la sombría calle estaba desierta—. Acudí en tu ayuda. Te rescaté... ¿e intentas acuchillarme?

Se arrodilló junto al cadáver. Luego, teniendo la seguridad de lo que iba a encontrar, buscó en el bolsillo del hombre. Sacó un par de monedas —de oro— y un papel doblado en cuatro. La luz de la luna reveló el dibujo de su rostro en él. Arrugó la hoja y se la guardó en el bolsillo.

Uno en cada jodido ojo. Mejor de lo que ese hombre merecía. Recuperó el pañuelo, recogió los cuchillos y salió a la calle deseando haber abandonado a su suerte a ese miserable.

Birgitte, apoyada en la columna de mármol, se cruzó de brazos y observó a Elayne, que estaba sentada disfrutando de una actuación vespertina de "intérpretes". Grupos como ése —que representaban historias— se habían hecho muy populares en

Cairhien y ahora trataban de alcanzar el mismo éxito en Andor. Uno de los salones de palacio, donde solían actuar los bardos, había sido adaptado para que los intérpretes representaran su historia.

Birgitte movió la cabeza con desdén. ¿De qué servía personificar historias ficticias? ¿No sería mejor vivir unas cuantas aventuras propias? Además, ella prefería mil veces a un bardo. Con suerte, la moda de ver actuaciones de intérpretes pasaría pronto.

Esa historia en particular era una versión más del matrimonio y la trágica muerte de la princesa Walishen, asesinada por criaturas de la Sombra. Birgitte conocía bien la balada que los intérpretes habían adaptado para montar su historia. De hecho, cantaban partes de ella a lo largo de la representación. Era sorprendente lo poco que esa canción había cambiado con el paso de los años. Algunos nombres distintos, unas cuantas notas diferentes, pero en conjunto era igual.

«Algo muy parecido a mis vidas», pensó. Repetidas una y otra vez con pocas variaciones. Aveces era un soldado. A veces, una habitante del bosque sin una preparación militar seria. Había sido general una o dos veces, por desgracia. Ella prefería dejar ese papel para otros.

Había sido guardia, una magnánima ladrona, una dama, una campesina, una asesina y una valedora. Pero, hasta ese momento, nunca había sido Guardián. La inexperiencia en ese puesto no la incomodaba; en casi todas sus vidas no había tenido conocimiento de lo que había sido antes.

Lo que ahora podía aprovechar al acordarse de sus vidas pasadas era una ventaja, sí, pero no tenía derecho a conservar esos recuerdos.

Lo cual no era óbice para que el corazón se le encogiera cada vez que una de esas remembranzas se desvanecía. ¡Luz! Si esta vez no podía tener cerca a Gaidal, ¿por qué no podía al menos evocarlo? Era como si el Entramado no supiera qué hacer con ella. Se había visto forzada a entrar en esta vida apartando a un lado otros hilos, ocupando un lugar inesperado.

El Entramado intentaba volver a tejerla en su urdimbre. ¿Qué ocurriría cuando se hubieran borrado todos los recuerdos? ¿Recordaría despertar como una persona adulta sin historia? La idea la aterraba más que cualquier campo de batalla en los que había estado.

Respondió con un gesto de cabeza a una de las mujeres de la guardia, Kaila Bent, que pasaba por la última fila del improvisado teatro y saludó.

Birgitte dobló la esquina para hablar con ella.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Nada que informar —respondió Kaila—. Todo en orden.

Era una mujer larguirucha, pelirroja, y se había acostumbrado enseguida a vestir el pantalón y la chaqueta roja de la Guardia Real.

—O todo lo bien que puede esperarse si hay que aguantar la representación de *La muerte de la princesa Walishen* —añadió.

—Déjate de quejas —dijo Birgitte.

Reprimió un respingo cuando la diva —así la llamaban los otros— inició un aria —así llamaban a un solo— más estridente de lo normal. ¿Porqué los intérpretes necesitaban tantos nombres nuevos para las cosas?

—Podrías estar patrullando fuera, bajo la lluvia —quiso animar a la guardia.

—¿De verdad podría? —preguntó Kaila en tono anhelante—. ¿Porqué no me lo dijisteis antes? A lo mejor me cae un rayo encima. Eso sería preferible.

—Vuelve a tu ronda —ordenó Birgitte con un resoplido de sorna.

Kaila saludó y se marchó. Birgitte regresó al teatro y se apoyó de nuevo en la columna. A lo mejor tendría que haber llevado un poco de cera para ponérsela en los oídos. Echó una ojeada a Elayne. La reina guardaba la compostura, sosegada, mientras contemplaba la representación. ¿Cómo se protegía a una mujer que, a veces, parecía tan empeñada en encontrar la muerte?

Y, sin embargo, Elayne era también muy competente. Como esa noche; de algún modo había convencido a su peor enemiga para que asistiera a la función: Ellorien, que estaba sentada en la fila que daba a oriente.

La última vez que esa mujer había estado en palacio hubo tanto resquemor en la despedida que Birgitte no había esperado verla regresar a no ser encadenada. Y, no obstante allí estaba. Cosa que sugería una maniobra política de Elayne, cuya sutilidad se encontraba trece peldaños por encima de lo que ella podía aspirar a llegar.

Movió la cabeza en un gesto resignado. Elayne era una verdadera reina, con su volubilidad y todo. Sería una buena soberana para Andor. Eso, si ella conseguía que conservara esa cabeza de dorada cabellera pegada al cuello.

Tras otro rato de sufrimiento oyendo cantar, Kaila se acercó de nuevo.

Birgitte se puso erguida, despierta la curiosidad al reparar en el paso rápido de la guardia.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

—Parecíais aburrida —dijo la mujer—, así que se me ocurrió venir a contaros esto. Un alboroto en la Puerta del Pruno. —Ésa era la entrada suroriental a los jardines de palacio—. Alguien intentó entrar a hurtadillas.

—¿Otro mendigo buscando sobras? ¿O un espía de uno de los nobles lechuguinos que esperaba pillar algo a escondidas?

—Lo ignoro. La noticia me llegó de tercera mano. Me lo dijo Calison cuando pasábamos en la ronda. Dijo que los guardias tienen al intruso en la puerta, bajo custodia.

Birgitte miró hacia un lado. Parecía que estaba a punto de empezar otro solo.

—Te quedas al mando aquí —ordenó a la mujer—. Permanece en este puesto y

recibe los informes. Iré a estirar las piernas y a comprobar ese altercado.

—Traedme un poco de cera para los oídos cuando regreséis, ¿de acuerdo?

Birgitte ahogó una risita y salió del teatro a un pasillo blanco y rojo de palacio. Aunque tenía a guardias de ambos sexos armados con arcos en los pasillos, ella llevaba espada porque en un intento de asesinato era muy probable que se llegara a la lucha cuerpo a cuerpo.

Birgitte recorrió el pasillo al trote y echó un vistazo fuera al pasar frente a una ventana. El cielo soltaba una llovizna que iba arreciando.

Un panorama lúgubre y frío a más no poder. A Gaidal le habría gustado ese tiempo. Adoraba la lluvia. De vez en cuando, ella le había tomado el pelo diciendo que la llovizna le iba bien a la cara porque así lo hacía parecer menos amedrentador a los crios. Luz, cómo echaba de menos a ese hombre.

La ruta más directa a la Puerta del Pruno la condujo a través de los alojamientos de la servidumbre. En muchos palacios, eso habría significado tener que entrar en un sector del edificio que sería más modesto, apropiado para gente de clase inferior. Pero este palacio era obra de los Ogier, quienes tenían puntos de vista peculiares respecto a esas cosas. La cantería de mármol allí era tan impresionante como en cualquier otro sector, con mosaicos de teselas rojas y blancas.

Las habitaciones, aunque pequeñas para los estándares de aposentos reales, eran lo bastante amplia para albergar a toda una familia en cada una. Por lo general, Birgitte prefería tomar las comidas en el comedor grande de la servidumbre. Cuatro chimeneas separadas crepitaban allí, desafiando la lúgubre noche, y los criados que estaban libres, así como guardias que no se encontraban de servicio, reían y charlaban. Había quienes decían que uno podía juzgar cómo era un monarca por la forma que trataba a quienes lo servían. Si tal era el caso, entonces el palacio andoreño se había diseñado para propiciar que sus reinas sacaran lo mejor de sí mismas.

De mala gana, Birgitte dejó atrás los aromas tentadores de comida y en cambio continuó pasillo adelante hacia la desapacible tormenta veraniega. Hacía frío, pero no para dar diente con diente, sólo para quedarse un poco destemplado. Se subió la capucha de la capa y cruzó el resbaladizo pavimento en dirección a la Puerta del Pruno. La garita estaba iluminada por una luz anaranjada, y los guardias de servicio se hallaban fuera, con las capas mojadas y las alabardas sujetas contra el costado.

Goteándole agua por el borde de la capucha, Birgitte se dirigió hacia el puesto de guardia y golpeó en la sólida puerta de roble. Esta se abrió y asomó la cabeza pelada y el rostro bigotudo de Renald Macer, sargento de guardia. Era un hombre corpulento, de manos anchas y un temperamento tranquilo. Birgitte pensaba siempre que tendría que estar en un taller, haciendo zapatos, pero en la Guardia se admitía a gente de todo tipo, y la formalidad y la habilidad a menudo eran más importantes que la destreza con las armas.

—¡Capitán general! —exclamó el hombre—. ¿Qué hacéis aquí?

—Mojarme con la lluvia —espetó.

—¡Oh, diantre!

El hombre se echó hacia atrás dejándole hueco para que entrara. El puesto de guardia sólo constaba de una habitación y estaba abarrotada.

Los soldados tenían servicio de turnos para tiempo de tormenta, lo que significaba el doble de hombres de los que habría en la casa por regla general, si bien sólo pasarían fuera una hora y luego rotarían con los hombres que entraban en calor dentro del puesto de guardia.

Sentados a la mesa enfrente de una estufa de hierro, en la que ardían troncos y se calentaba té, había tres guardias que jugaban a los dados tirándolos con un cubilete. Jugando con los soldados se encontraba un hombre nervudo que llevaba un pañuelo negro atado de forma que le tapaba la mitad inferior del rostro. Vestía ropa desastrada; una pelambrera mojada de cabello castaño y despeinado le coronaba la cabeza. Los ojos marrones miraron a Birgitte por encima del pañuelo, y el hombre se encogió un poco en el asiento. Ella se quitó la capa y le sacudió el agua de lluvia.

—Éste es el intruso, presumo —dijo.

—Eh... sí —contestó el sargento—. ¿Cómo os habéis enterado?

Birgitte dirigió de nuevo la vista hacia el hombre.

—Así que intentaba colarse a hurtadillas en el recinto de palacio, ¿estáis jugando con él a los dados?

La expresión del sargento y los otros soldados se tornó avergonzada.

—Bueno, mi señora...

—Déjate de tratamientos, no soy una noble. —«Esta vez al menos», pensó—. Trabajo para ganarme la vida.

—Eh... sí —continuó Macer—. En fin, entregó la espada de buen grado, y no parece peligroso. Sólo otro mendigo que quiere algunas sobras de la cocina. Es un tipo agradable, aunque lo hemos dejado que entre un poco en calor antes de echarlo fuera con este tiempo.

—Un mendigo —dijo Birgitte—. ¿Con una espada?

El sargento Macer se rascó la cabeza con incertidumbre.

—Supongo que es un poco raro, sí.

—Con tu encanto eres capaz de conseguir todo lo que te propones, ¿verdad, Mat?

—¿Mat? —repitió el hombre con una voz muy familiar—. No se a qué os referís, mi buena mujer. Me llamo Garard, y soy un pobre mendigo con un pasado bastante interesante, si tenéis a bien escucharlo...

Ella lo miró con expresión muy firme.

—Oh, maldita sea, Birgitte —protestó el hombre, quitándose el pañuelo—. Sólo quería calentarme durante un rato.

—Y ganarles el dinero a mis hombres.

—Una partida amistosa no le hace daño a nadie.

—Salvo si tú participas. A ver, ¿por qué entrabas a palacio a hurtadillas?

—La última vez me costó lo mío entrar, ¿vale? —Mat se sentó más recto en la silla—. Pensé que quizás esta vez podría colarme.

—¿Conocéis a este hombre? —le preguntó el sargento Macer, mirándola.

—Por desgracia —contestó Birgitte—. Podéis dejarlo bajo mi custodia, sargento. Me ocuparé de que maese Cauthon sea atendido como corresponde.

—¿Maese Cauthon? —repitió uno de los soldados—. ¿Queréis decir el Príncipe Cuervo?

—Oh, por todos los... —empezó Mat, que se puso de pie y recogió el bastón—. Gracias —le dijo con sequedad a Birgitte mientras se echaba la capa por los hombros.

Ella hizo lo propio y después abrió la puerta de un empujón mientras uno de los guardias le tendía a Mat la espada y el cinturón. ¿Desde cuándo llevaba Mat una espada de hoja corta? Seguro que era un señuelo para alejar la atención del bastón de combate.

Los dos salieron a la noche lluviosa mientras Mat se abrochaba el cinturón.

—¿El Príncipe Cuervo? —repitió Birgitte.

—No quiero hablar de eso.

—¿Y por qué no?

—Porque me estoy haciendo jodidamente famoso, demasiado para mi propio bien, ése es el porqué.

—Espera que esa fama te siga el rastro durante generaciones y ya me contarás —dijo ella, que alzó la vista al cielo y parpadeó cuando una gota le dio de lleno en el ojo.

—Venga, vayamos a tomar algo —propuso Mat, que se encaminó hacia la puerta.

—Espera, ¿es que no quieres ver a Elayne?

—¿A Elayne? Maldita sea, Birgitte, he venido para hablar contigo. ¿Porqué crees que me dejé atrapar por esos guardias? ¿Quieres un trago o no?

Birgitte vaciló, pero después se encogió de hombros. Al dejar a Kaila de guardia en su puesto, ella se había tomado un descanso de forma oficial. Conocía una taberna bastante decente que estaba a sólo dos calles de palacio.

—De acuerdo —accedió; hizo un gesto con la mano a los guardias y condujo a Mat hacia la lluviosa calle—. Pero tendré que tomar leche o té en lugar de cerveza. No sabemos con seguridad si el hecho de que su Guardián beba alcohol podría perjudicar o no a los bebés. —Sonrió al imaginar a una Elayne ebria intentando hablar con sus aliados después de la función—. Aunque, si la achispo, podría ser una buena venganza por algunas de las cosas que ella me ha hecho a mí.

—No sé por qué dejaste que te vinculara, para empezar —dijo Mat.

La calle se encontraba casi desierta, aunque la taberna que había a corta distancia tenía un aspecto acogedor con la luz dorada que salía por las ventanas a la calle.

—Mi opinión no contaba para nada. Pero no lo lamento. ¿De verdad te colaste en palacio para hablar conmigo?

—Me gustaría preguntarte algo —respondió Mat al tiempo que se encogía de hombros.

—¿Sobre qué?

Mat se puso de nuevo el ridículo pañuelo, y Birgitte se fijó que la tela tenía un corte en el centro.

—Ya sabes, cosas —contestó él.

Mat era uno de los pocos que sabían quién era ella en realidad. No se estaría refiriendo a...

—No —repuso, volviéndose hacia él—. No quiero hablar sobre eso.

—¡Maldita sea, Birgitte! Necesito que me des información. Venga, hazlo por un viejo amigo.

—Convenimos en que guardaríamos los secretos del otro.

—Y yo no voy por ahí aireando los tuyos —se apresuró a aclarar Mat—. Pero, verás, está ese asunto.

—¿Qué asunto?

—La Torre de Ghenjei.

—Ese no es un asunto que haya que tratar. No te acerques a ella y punto.

—No puedo.

—Pues claro que puedes. Es un jodido edificio, Mat. No va a ir tras de ti para darte caza.

—Muy graciosa. Mira, ¿querrás al menos escuchar lo que tengo que decirte mientras tomamos una cerveza? O, hummm..., una taza de leche. Yo invito.

Birgitte se quedó parada un momento y después suspiró.

—Vale, puñetas, tú invitas —rezongó, y le hizo un gesto con la mano para que siguiera adelante. Entraron en una posada conocida como *La Gran Caminata*, que estaba más atestada de lo habitual debido a la lluvia. Sin embargo, el tabernero era amigo de Birgitte e hizo que el vigilante de la puerta echara a un borracho que se había quedado dormido en uno de los cubículos, para que ellos tuvieran dónde sentarse.

Birgitte le dio un par de monedas en agradecimiento, y el feo tabernero —al que le faltaban varios dientes, un ojo y casi todo el pelo— respondió con una ligera inclinación de cabeza. El tío más guapo del establecimiento. Birgitte alzó dos dedos para pedir bebidas —aunque a ella le llevarían leche; allí sabían que era lo único que tomaba últimamente— y con un gesto le indicó a Mat que la siguiera al reservado.

—Creo no equivocarme si digo que nunca había visto un tipo más feo que este

tabernero —dijo Mat cuando se sentaron.

—Eso es porque aún no has vivido el tiempo suficiente —respondió ella. Se recostó en la pared y plantó los pies encima de la mesa; había el hueco justo para hacerlo, sentada como estaba a lo largo del banco—. Si el Viejo Snert fuera unos años más joven y si alguien pensara romperle la nariz por varios sitios, a lo mejor me lo plantearía. Tiene un buen pecho, agradable y cubierto de vello rizado en el que enredar los dedos.

Tales apreciaciones provocaron una mueca de desagrado en Mat, que preguntó:

—¿Alguna vez te he dicho lo raro que es ir a tomar unos tragos con una mujer que habla así de los hombres?

Birgitte se encogió de hombros.

—A ver, Ghenjei —dijo luego—. ¿Por qué, en el nombre de las orejas de Normad, quieres ir allí?

—¿Las orejas de quién?

—Contéstame.

Mat suspiró y tomó con gesto ausente la jarra que la camarera le tendía. Cosa extraña por demás, no le palmeó el trasero, aunque sí le echó —de soslayo— una buena ojeada mientras la joven se alejaba.

—Esos puñeteros zorros y serpientes tienen a una persona a la que aprecio —dijo, y acto seguido se bajó el pañuelo y echó un trago.

—Pues olvida a ese amigo. No puedes salvarlo, Mat. Si fue tan necio de entrar en su reino, merece que lo apresaran.

—Es una mujer.

«Ah —pensó Birgitte—. Pedazo de idiota. Intrépido, pero idiota al fin y al cabo.»

—No puedo abandonarla —continuó Mat—. Se lo debo. Además, un buen amigo mío va a entrar tanto si lo acompaño como si no. Tengo que ayudarlos.

—Entonces se quedarán con los tres. Mira, si entras por esos portales, entonces estás sujeto a los pactos, que te protegen hasta cierto punto, pero que también te limitan. No llegarás a ninguna parte ni sacarás nada en limpio entrando por uno de los portales.

—¿Y entrando por el otro lado? —preguntó Mat—. Tú le dijiste a Olver cómo abrir la Torre.

—¡Porque le narraba un cuento para niños! ¡Luz, jamás imaginé que a uno de vosotros, alma de cántaro, se le pasaría por la cabeza la idea de entrar!

—Pero, si entramos por allí, ¿podemos encontrarla?

—Quizá —contestó—. Pero creo que no. Los tratos no entrarán en vigor y, en consecuencia, alfinios y elfinios pueden derramar sangre. Por lo general, uno sólo tiene que preocuparse de los fosos o de las cuerdas, ya que no pueden... —Se calló sin acabar la frase y lo miró con fijeza—. ¿Cómo acabaste colgado, dicho sea de

paso?

Él se puso colorado y clavó la vista en la jarra.

—Deberían poner al corriente a la gente sobre esos jodidos marcos de piedra con una puñetera nota: «Entra por aquí y podrán colgarte. Y lo harán. Idiota.»

Birgitte resopló. Habían hablado de los recuerdos que tenía, y ella debería de haber atado cabos.

—Si entras por el otro lado, es muy probable que intenten hacer lo mismo. Derramar sangre en su reino puede tener consecuencias raras. Tratarán de romperte los huesos con una caída o drogarte para que te duermas. Y ganarán, Mat. Están en su mundo.

—¿Y si hacemos trampas? Hierro, música, fuego...

—Eso no es hacer trampas. Es ser listo. Cualquiera con dos dedos de frente que entre en la torre llevará esas cosas consigo. Pero sólo uno entre mil consigue regresar.

Mat vaciló y después sacó unas cuantas monedas del bolsillo.

—¿Qué probabilidades crees que hay de que todas salgan cara si las tiro al aire? ¿Una entre un millar? —preguntó.

—Mat...

Él las lanzó por encima de la mesa y cayeron sobre el tablero. Ni una sola rebotó en la mesa ni rodó y cayó al suelo.

Mat no miró las monedas, sino que le sostuvo la mirada a Birgitte mientras giraban y repicaban hasta pararse. Ella las miró. Dos docenas de monedas. Todas y cada una de ellas de cara.

—Una entre un millar es una buena apuesta —dijo Mat—. Para mí.

—Maldita sea. ¡Eres como Elayne! ¿Es que no te das cuenta? Sólo tiene que salir una mala tirada. Incluso tú pierdes de vez en cuando.

—Correré el riesgo. Diantre, Birgitte, sé que es una estupidez, pero voy a hacerlo. De todos modos, ¿cómo sabes tanto sobre la torre? Has estado dentro, ¿verdad?

—Sí —admitió.

—¡Bien, pues, saliste! ¿Cómo te las apañaste? —concluyó Mat, al parecer muy satisfecho de sí mismo.

Birgitte vaciló y por fin levantó la jarra de leche.

—¿He de suponer, pues, que esa leyenda no perduró? —preguntó.

—No lo sé —repuso Mat.

—Entré a pedirles que salvaran la vida a mi amado. Eso ocurrió después de la batalla de Colinas Lahpoint, donde estuvimos al frente de la rebelión Buchaner. Gaidal había sido herido de gravedad; recibió un golpe en la cabeza que lo dejó incapacitado para pensar con normalidad. A veces olvidaba quién era yo. Eso me partía el corazón, así que lo llevé a la torre para que lo Curasen.

—¿Y cómo saliste? ¿Cómo los engañaste?

—No lo hice —susurró.

Mat se quedó paralizado.

—Los elfinios no lo sanaron —continuó Birgitte—. Nos mataron a los dos. No sobreviví, Mat. Así acaba esa leyenda en particular.

—Oh —dijo por fin él, tras guardar silencio unos segundos—. Bueno, pues, es una historia muy triste.

—No todas pueden acabar con una victoria. A Gaidal y a mí no se nos dan muy bien los finales felices, en cualquier caso. Nos va más consumirnos tras arder en la gloria.

Torció el gesto al recordar una reencarnación en la que él y ella se habían visto obligados a envejecer juntos, en paz. La vida más aburrida que había conocido, aunque en su momento —ignorante de su parte más sobresaliente en el Entramado — se había sentido contenta con ella.

—A pesar de todo, voy a ir —dijo él.

—No puedo acompañarte, Mat. —Suspiró—. Tendría que abandonar a Elayne. Su conducta temeraria es tan grande como tu orgullo, y mi intención es procurar que sobreviva.

—No esperaba que vinieras —se apresuró a aclarar Mat—. Que me aspen si era eso lo que quería. Y... —Frunció el entrecejo—. ¿Una conducta temeraria tan grande como mi qué?

—Da igual. —Bebió un trago de leche.

Tenía debilidad por la leche, aunque eso no se lo decía a nadie. Por supuesto que se alegraría cuando pudiera beber algo fuerte otra vez; echaba de menos las espumosas de levadura del Viejo Snert. Le gustaba una cerveza turbia tanto como los hombres feos.

—Acudí a ti porque necesito ayuda.

—¿Qué más puedo decirte? Vas a llevar hierro, fuego y música. El hierro los herirá, los mantendrá alejados y los detendrá. El fuego los atemorizará y los matará. La música los hipnotizará. Pero comprobarás que tanto el fuego como la música pierden la eficacia cuanto más los usas.

»La Torre no es un sitio, sino un portal. Una especie de puerta a la encrucijada entre sus reinos. Allí encontraréis a los alfinios serpientes y a los elfinios zorros. Eso dando por hecho que en la actualidad colaboren. Mantienen una extraña relación entre ellos.

—Pero ¿qué es lo que quieren? —inquirió Mat—. De nosotros, me refiero. ¿Por qué les interesamos?

—Emociones. Ésa es la razón de que construyeran portales a nuestro mundo, por eso nos atraen hacia ellos con engaños. Se alimentan de lo que sentimos. Sobre todo les gustan las Aes Sedai, por alguna razón. Quizá quienes manejan el Poder Único

tienen más sabor, como una cerveza fuerte.

Mat se estremeció de pies a cabeza.

—El interior resultará confuso —continuó Birgitte—. Llegar a un lugar específico allí es difícil. Ir a través de la torre en lugar de hacerlo por los marcos de piedra me puso en peligro, pero sabía que si conseguía llegar a ese gran salón podría hacer un trato. Uno no consigue nada gratis si entra en la torre, por cierto. Te pedirán algo, algo muy preciado para ti.

»En cualquier caso, discurrí un método de hallar el gran salón. Fui dejando polvo de hierro tras de mí en la intersecciones por las que pasaba a fin de saber por qué sitios había pasado ya. No podían tocarlo, ¿comprendes?, y... ¿Seguro que nunca has oído esta historia?

Mat negó con la cabeza.

—Solía ser muy popular por estas tierras —comentó Birgitte, fruncido el entrecejo—. Hace unos cien años, más o menos.

—Pareces ofendida.

—Era una buena historia.

—Si sobrevivo, haré que Thom componga una jodida balada sobre ella, Birgitte. Hablame del polvo. ¿Funcionó tu plan?

Respondió moviendo la cabeza en un gesto de negación.

—Seguía perdiéndome —dijo—. No sé si soplaron el polvo de alguna forma o si el sitio es tan inmenso que nunca pasé por un lugar que hubiera señalado antes. Acabé acorralada, el fuego se me acabó, la lira se rompió, el arco se partió, con Gaidal inconsciente, detrás de mí. Algunos días podía caminar por allí, pero otros se sentía demasiado mareado, así que lo llevaba a rastras en unas angarillas que preparé.

—¿Algunos días? —repitió Mat—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis dentro?

—Llevaba provisiones para dos meses —explicó Birgitte, que hizo una mueca—. Ignoro cuánto más duramos después de que se acabaron.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Mat, que acto seguido dio un buen tiento a la cerveza.

—Te he dicho antes que no entres. Aun cuando lograseis llegar hasta donde esté tu amiga, nunca conseguiréis salir. Podéis pasar semanas deambulando por ese sitio sin torcer nunca a derecha o izquierda, todo recto, pasar una sala tras otra. Todas iguales. El gran salón podría estar a unos minutos de distancia si supieras en qué dirección ir. Pero sigues sin dar con él.

Mat miraba con fijeza la jarra, tal vez deseando haber pedido algo más fuerte.

—¿Lo estás reconsiderando? —le preguntó.

—No. ¡Pero cuando salgamos más vale que Moraine sepa apreciarlo y agradecerlo! ¿Dos meses? —Frunció el entrecejo—. Un momento. Si los dos moristeis allí, ¿cómo se llegó a conocer la historia?

—Nunca lo descubrí —respondió, encogiéndose de hombros—. A lo mejor una de las Aes Sedai utilizó sus preguntas para descubrirlo. Todo el mundo sabía que habíamos entrado. Por entonces yo me llamaba Jethari Danzarina de Luna. ¿Seguro que nunca oíste esta leyenda?

Él negó de nuevo con la cabeza.

Birgitte suspiró y se recostó en la pared. Bueno, no todos los relatos sobre ella podían perdurar para siempre, pero había creído que ése aguantaría durante más generaciones.

Alzó la jarra para apurar la leche que quedaba. No acabó de llevársela a la boca porque se quedó paralizada al percibir una sacudida emocional en Elayne. Rabia, furor, dolor.

Soltó la jarra en la mesa con brusquedad y dejó unas monedas antes de levantarse, al tiempo que maldecía.

—¿Qué pasa? —preguntó Mat, que se incorporó en un visto y no visto.

—Elayne. Está en aprietos. Otra vez. Está herida.

—¡Puñetas! —barbotó Mat mientras recogía la capa y el bastón.

Los dos echaron a correr hacia la puerta.

CAPÍTULO 23

Cabezas de zorro

Elayne dio la vuelta al extraño medallón para seguir con las yemas de los dedos el contorno en relieve de la cabeza de zorro labrada en la parte delantera. Como ocurría con muchos *ter'angreal*, no era fácil discernir qué tipo de metal se había utilizado para crearlo en un principio. Sospechaba que con plata, merced a la percepción de su Talento. Con todo, el medallón ya no era de plata, sino de algo distinto, algo nuevo.

La primera cantante de la Compañía Teatral *El Hombre Afortunado* continuaba con su canción. Era una maravilla, pura e inspiradora. Elayne estaba sentada en un sillón mullido, a la derecha del salón que se había reformado para instalar delante una zona elevada para los intérpretes. Un par de mujeres de la guardia personal de Birgitte se encontraban a su espalda.

El salón se hallaba casi a oscuras, iluminado sólo por una hilera de pequeñas lamparillas colocadas detrás de cristales azules en unos huecos de las paredes. La luminiscencia azulada quedaba amortiguada por las linternas amarillas encendidas alrededor del borde interior de la plataforma elevada.

Elayne apenas prestaba atención a la representación. Había oído muchas veces *La muerte de la princesa Walishen* en balada, y no veía razón para añadirle diálogos y varios intérpretes, en lugar de un único bardo que interpretara toda la obra. Pero era la balada favorita de Ellorien, y los comentarios favorables en Cairhien sobre esos intérpretes —a los que la aristocracia de allí había descubierto hacía poco tiempo— tenían en ascuas a muchos nobles de Andor.

De ahí la celebración de esta velada. Ellorien había acudido en respuesta a su invitación; a buen seguro que estaba intrigada y se preguntaría por qué había tenido la audacia de invitarla. Pronto aprovecharía la ventaja de tener allí a Ellorien. Pero aún no. Que disfrutara antes con la representación. Estaría esperando una emboscada política, y que ella se acercara para sentarse a su lado, o quizá que mandara a un sirviente con una oferta.

Elayne no hizo ninguna de las dos cosas, sino que permaneció sentada en su sitio, analizando el *ter'angreal* de la cabeza de zorro. Se trataba de una obra de arte compleja a despecho de ser un objeto de metal macizo, de una pieza. Percibía los tejidos que se habían utilizado para crearlo. Su complejidad distaba mucho de la simplicidad de los retorcidos anillos del sueño.

En sus intentos de reproducir el medallón estaba haciendo mal algo. Llevaba en la escarcela uno de esos intentos fallidos. Había ordenado a sus plateros que fundieran copias para ella con la precisión y el detalle de que eran capaces esos grandes

artesanos, aunque suponía que el diseño en sí no tenía importancia. Por alguna razón, lo que sí parecía tenerla era la cantidad de plata empleada, pero no la forma dada a esa plata.

Había estado a punto de conseguirlo, aunque la copia que llevaba en la escarcela no funcionaba a la perfección. Tejidos menos potentes resbalaban sobre la copia, pero, por alguna razón, no lograba repeler otros más intensos. Y, lo que era más problemático, le impedía encauzar mientras tocaba la pieza.

Por el contrario, sí podía encauzar aunque sostuviera el original. De hecho, había sentido vértigo cuando descubrió que sostener el medallón no interfería en sus tejidos ni poco ni mucho. Cosa que sí le ocurría debido al embarazo —lo que seguía siendo motivo de frustración para ella—, pero era factible sostener la cabeza de zorro y encauzar.

No ocurría lo mismo con la copia. Había cometido algún error. Y, por desgracia, el plazo que tenía para disponer del medallón estaba a punto de expirar. Mat querría que se lo devolviera dentro de poco.

Sacó la copia fallida y la colocó en el asiento que había al lado, tras lo cual abrazó la Fuente y tejió Energía. Algunas de las Allegadas del grupo que asistía a la representación en unos asientos laterales desviaron la vista hacia ella al notarlo, aunque la mayoría estaba demasiado absorta en el canto.

Elayne alargó la mano y tocó la copia del medallón. De inmediato, los tejidos se deshicieron y la Fuente titiló y desapareció, igual que si la hubieran escudado.

Suspiró al tiempo que el canto llegaba a su punto culminante. La copia era tan parecida al original y, sin embargo, tan frustrante a la vez. Nunca había llevado encima algo que le impidiera tocar la Fuente, ni siquiera a cambio de la protección que hubiera podido ofrecerle.

Aun así, no era del todo inútil. A lo mejor le daba una copia a Birgitte, así como a unos pocos capitanes de la Guardia Real. Más valía que no creara demasiados objetos como ése, habida cuenta del efecto negativo que tenía en encauzadoras.

¿Y qué tal darle una de las copias a Mat? Nunca lo descubriría, puesto que él no encauzaba...

«No», pensó mientras vencía la tentación antes de que fuera demasiado fuerte. Había prometido devolverle el medallón y eso sería lo que haría, no cambiárselo por una copia que no funcionaba igual de bien. Guardó el medallón en el bolsillo del vestido. Ahora que sabía que era posible convencerlo de que se desprendiera del medallón, a lo mejor conseguía coaccionarlo para que se lo dejara un poco más de tiempo. No obstante, la presencia del *gholam* la preocupaba. ¿Cómo enfrentarse a esa cosa? Quizá la idea de hacer copias del medallón para todos sus guardias no era tan mala, después de todo.

La canción terminó con la aguda nota final disminuyendo poco a poco hasta

apagarse por completo, como la llama de una vela tras consumir el pabilo. El final de la obra llegó poco después, con unos hombres que llevaban máscaras blancas surgiendo de golpe de la oscuridad. Hubo un destello intenso —producido al arrojar algo en una de las linternas— y, cuando se apagó, Walishen yacía muerta en el escenario con el cinturón rojo del vestido extendido a su alrededor, de forma que simulaba sangre derramada.

La audiencia se puso de pie y aplaudió. La mayoría eran Allegadas, aunque no pocos eran acompañantes de otros Cabezas Insignes que también habían recibido la invitación. Todos ellos partidarios suyos. Dyelin, por supuesto, así como el joven Conail Northan, y la también joven Catalyn Haevin, aunque el doble de orgullosa.

La otra noble asistente a la representación era Sylvase Caeren. ¿Que pensar de ella? Elayne meneó la cabeza, metió la copia fallida de la cabeza de zorro en la escarcela y ofreció un aplauso comedido a los otros componentes de la compañía ovacionados. Los intérpretes sólo estarían pendientes de ella; de modo que, si no hacía un gesto de aprobación, se pasarían toda la noche preocupados.

Después se dirigió hacia una sala de estar adyacente, amueblada con sillones mullidos y de anchos reposabrazos, en la que sostener una conversación tranquila. Había un mostrador a un lado de la estancia, atendido por un sirviente con uniforme rojo y blanco. El hombre tenía las manos cruzadas a la espalda en una actitud respetuosa, esperando que la gente entrara en la sala. Ellorien no se encontraba allí, por supuesto; era un gesto de cortesía básica por parte de un invitado aguardar a que la anfitriona se retirara primero. Aunque entre Ellorien y ella no había una buena relación, sería un desatino mostrar malos modales.

Poco después de llegar Elayne, Ellorien entró en la sala de estar. La oronda mujer charlaba con una de las Allegadas, sin hacer caso a propósito de los cabezas de casa que se encontraban cerca de ella. La conversación sonaba forzada. Era casi lógico esperar que hubiera evitado ir a la sala de estar, pero Elayne sabía que esa mujer querría asegurarse de dejar bien claro que no había cambiado de opinión respecto a la casa Trakand.

Elayne le dedicó una sonrisa, pero no se acercó a ella; en cambio, se volvió hacia Sylvase cuando ésta entró. De constitución media, a la joven de ojos azules se la podría haber considerado bonita de no ser por el gesto inmutable del rostro. No como el semblante imperturbable de una Aes Sedai, sino inexpresivo por completo. A veces uno tenía la impresión de que Sylvase era un maniquí vestido para exhibir ropa. Claro que, en otras ocasiones, dejaba entrever un fondo oculto, una astucia en lo más recóndito de su ser.

—Gracias por la invitación, majestad —dijo Sylvase sin un altibajo en la voz, una monotonía que resultaba un tanto inquietante—. Ha sido una experiencia muy esclarecedora.

—¿Esclarecedora? —repitió Elayne—. Había confiado en que fuera placentera.

Sylvase no respondió. Miró a Ellorien y entonces, por fin, mostró alguna emoción. Una especie de fría ojeriza, de la clase que produce escalofríos.

—¿Por qué habéis invitado precisamente a esa mujer, majestad?

—Hubo un tiempo en que la casa Caeren también estuvo reñida con la casa Trakand —contestó Elayne—. A menudo, aquellos cuya lealtad cuesta más conseguir son los mejores una vez que te la han concedido.

—No os apoyará, majestad —comentó Sylvase, en el mismo tono en exceso calmoso—. No después de lo que hizo vuestra madre.

—Cuando mi madre ocupó el trono años atrás, hubo algunas casas que dijeron que jamás lo conseguiría y, sin embargo, lo hizo —respondió Elayne, que echó una ojeada a Ellorien.

—¿Y qué? Ya contáis con apoyos de sobra, majestad. Ya tenéis vuestra victoria.

—Una de ellas.

Dejó sin decir lo demás. Había una deuda de honor con la casa Traemane. Buscar la aprobación de Ellorien no era sólo para reforzar su posición en el Trono del León, sino para subsanar las desavenencias causadas por su madre bajo la influencia de Gaebril. Era para recobrar la reputación de su casa, para enmendar los agravios que pudieran remediarse.

Sylvase no podía entenderlo. Elayne se había enterado de la infancia que había tenido la pobre chica; ésta no tendría mucha fe en el honor de cualquier Cabeza Insigne. Al parecer, sólo creía en dos cosas: el poder y la venganza. Mientras la apoyara y fuera posible guiarla, no sería un estorbo. Pero nunca sería el apoyo firme para la casa Trakand que era alguien como Dyelin.

—¿Cómo cumple mi secretario con vuestras necesidades, majestad? —preguntó la joven noble.

—Bien, supongo.

Hasta ese momento no había obtenido ningún resultado de valor, aunque Elayne no le había dado permiso para hacer nada drástico en los interrogatorios. Estaba atrapada en un dilema. Había perseguido a ese grupo del Ajah Negro durante lo que le parecía toda la vida. Por fin estaban en su poder, pero... ¿Qué hacer con ellas?

Birgitte las había capturado vivas con la clara intención de que fueran interrogadas y después entregadas a la Torre Blanca para ser juzgadas. Lo cual significaba que no tenían motivos que las indujeran a hablar; sabían que el resultado final sería la ejecución. Por lo cual, o ella tenía que estar dispuesta a hacer un trato con esas mujeres o tenía que dejar que el encargado de la interrogación tomara medidas extremas.

Una reina debía ser lo bastante dura para permitir ese tipo de cosas. O eso era lo que sus maestros y tutores le habían enseñado. La culpabilidad de esas mujeres era

indiscutible, y ya habían hecho bastante daño para merecer la muerte una docena de veces. Sin embargo, Elayne no sabía con seguridad hasta dónde estaba dispuesta a llegar para sacarles sus secretos a la fuerza.

Además, ¿serviría de algo eso? Ispan había estado sometida a algún tipo de Compulsión o de juramentos que la vinculaban, y era muy probable que a éstas les ocurriera lo mismo. ¿Tendrían la posibilidad de revelar algo útil? Ojalá existiera algún modo de...

Vaciló y se le pasó por alto el comentario que Sylvase le estaba haciendo cuando se le ocurrió una idea. A Birgitte no le gustaría, por supuesto. A Birgitte no le gustaba nada. Pero había notado que la mujer había salido de palacio para ir a algún sitio, tal vez a hacer la ronda por los puestos de guardia del exterior.

—Discúlpame, Sylvase —dijo—. Acabo de acordarme de algo que he de hacer sin más remedio.

—Desde luego, majestad —respondió la chica con aquella voz inexpresiva, casi inhumana.

Elayne se apartó de la joven y a continuación saludó —y dio las buenas noches— a los demás. Conail parecía aburrido. El muchacho había acudido porque era lo que se esperaba que hiciera. Dyelin era la de siempre, agradable, aunque prudente. Elayne evitó a Ellorien. Saludó a todos los demás invitados de relevancia. Una vez que hubo acabado, se encaminó hacia la salida.

—Elayne Trakand —llamó Ellorien.

Elayne se detuvo y sonrió para sus adentros. Se volvió, borrando del rostro cualquier expresión que no fuera una curiosidad calculada.

—¿Sí, lady Ellorien?

—¿Me habéis invitado a venir sólo para hacer caso omiso de mi presencia? —demandó la noble desde el otro lado de la sala.

Todas las conversaciones cesaron.

—En absoluto —contestó Elayne—. Pero tenía la impresión de que disfrutaríais de un rato más agradable si no os obligaba a relacionaros conmigo. Esta velada no tenía propósitos políticos.

—Entonces, ¿para qué era? —inquirió Ellorien, ceñuda.

—Para gozar con una hermosa obra, lady Ellorien. Y, tal vez, para recordaros otros tiempos en que a menudo disfrutabais de espectáculos en compañía de la casa Trakand. —Sonrió e hizo una leve inclinación de cabeza antes de salir.

«Ahora que piense sobre eso», se dijo con satisfacción.

No cabía duda de que Ellorien tenía que haber oído que Gaebril había sido uno de los Renegados. Puede que no lo creyera, pero quizá recordaría los años en que ella y Morgase se habían tratado con respeto. ¿Acaso unos pocos meses bastaban para olvidar años de amistad?

Encontró a Kaila Bent, una de las capitanas de las mujeres de la guardia, al pie de la escalera próxima al salón. La larguirucha pelirroja charlaba de forma amistosa con un par de soldados de la guardia; se notaba que ambos hombres estaban deseosos de ganarse su favor. Los tres se pusieron firmes al reparar en Elayne.

—¿Dónde ha ido Birgitte? —le preguntó a la capitana.

—Fue a investigar un pequeño alboroto que hubo en una de las puertas, majestad —le contestó Kaila—. Me han informado que no era cosa de importancia. Ese capitán mercenario que vino a visitaros hace unos días intentó colarse a hurtadillas en el recinto de palacio, y la capitana Birgitte lo está interrogando.

—¿Te refieres a Matrim Cauthon? —preguntó, enarcando una ceja.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Y dices que lo está "interrogando"?

—Es lo que me han contado, majestad —respondió Kaila.

—Es decir, que los dos se han ido a beber algo —concluyó Elayne con un suspiro. Luz, qué mal momento habían elegido.

¿O sería bueno? Si se había ido con Mat, Birgitte no podría hacer objeciones a su plan sobre el Ajah Negro. Sonrió sin darse cuenta.

—Capitana Bent, vendrás conmigo.

Salió del vestíbulo del teatro y entró en el palacio propiamente dicho. La mujer fue tras ella e hizo un ademán al grupo de mujeres de la guardia que había en el pasillo para que las siguiera.

Sonriendo para sus adentros, Elayne empezó a dar órdenes. Una de las guardias echó a correr para transmitirlas, aunque parecía desconcertada por la extraña lista de peticiones. Elayne se encaminó hacia sus aposentos y allí se sentó a pensar. Tendría que actuar deprisa. Birgitte estaba de un humor pésimo; lo notaba a través del vínculo.

Enseguida llegó una criada con una envolvente capa negra. Elayne se incorporó con presteza y se la puso, tras lo cual abrazó la Fuente. ¡Tuvo que intentarlo tres veces! Qué puñetas. Estar embarazada resultaba frustrante a veces.

Tejió Fuego y Aire a su alrededor para crear el Espejo de las Nieblas y adoptar una apariencia más alta, más imponente. Abrió el joyero y sacó una pequeña talla de marfil de una mujer sentada, envuelta en su propio cabello. Usó el *angreal* para absorber tanto Poder Único como se atrevió. Desde luego, su apariencia sería imponente en verdad para cualquier encauzadora que la mirara.

Miró hacia las mujeres de la guardia que tenía a su espalda, quienes, como era de esperar, parecían desconcertadas y de hecho habían llevado la mano a la espada de forma inconsciente.

—¿Majestad? —preguntó Kaila.

—¿Qué aspecto tengo? —inquirió a su vez Elayne, que retocó los tejidos para que

la voz le sonara más profunda.

Kaila abrió los ojos como platos.

—El aspecto de una amenazadora nube de tormenta que ha cobrado vida, majestad —contestó.

—¿Intimidante, entonces? —preguntó, y dio un ligero respingo por el sonido peligroso, casi inhumano, de su voz. ¡Perfecto!

—Yo diría que sí —aseguró la larguirucha pelirroja, que se frotó la barbilla con la mano—. Aunque los zapatos estropean el resultado.

Elayne bajó la vista y maldijo al reparar en la seda rosa de los zapatos. Tejió un poco más para lograr que le desaparecieran los pies. Ese toque daría la impresión de que flotaba en el aire, envuelta en un palpitante manto de negrura que semejaban tiras de tela negra revoloteando a su alrededor. El rostro quedaba oculto por completo en la oscuridad. Para dar un último toque, creó dos puntos rojos que brillaban un poco donde debería tener los ojos. Como carbones irradiando un brillo granate.

—La Luz nos valga —susurró una de las guardias.

Elayne asintió, complacida; el corazón le latía con rapidez por la excitación. No estaba preocupada. No correría peligro. La visión de Min lo garantizaba. Repasó su plan otra vez. Tenía fundamento. Pero sólo había una forma de comprobarlo.

Elayne invirtió los tejidos y los ató. Entonces se volvió hacia las guardias.

—Apagad las luces —les ordenó—, y quedaos muy quietas, sin moveros. Regresaré enseguida.

—Pero... —empezó Kaila.

—Es una orden, capitana —la interrumpió con firmeza—. Más vale que obedezcas.

La mujer vaciló. Seguro que sabía que Birgitte no permitiría jamás que ocurriera esto. Pero Kaila no era Birgitte, por suerte. De mala gana, la mujer dio la orden y las luces del cuarto se apagaron.

Elayne metió la mano en el bolsillo y sacó el medallón de la cabeza de zorro, el original, y después creó un acceso. La línea de luz brilló en la oscura habitación, resplandeció y las bañó en un fulgor pálido como luz de luna. El acceso se abrió a un cuarto que también estaba a oscuras.

Elayne cruzó y se encontró en las mazmorras de palacio, en una de las celdas. Había una mujer arrodillada al otro lado del calabozo, junto a una puerta maciza que tenía un ventanuco —con barrotes en la parte superior— por el que entraba la única luz que llegaba a la húmeda celda. Elayne vio un jergón pequeño a la derecha, así como un cubo que hacía las veces de orinal, a su izquierda. El reducido espacio olía a moho y a residuos corporales, y se oían con claridad los arañazos de las ratas, cerca. Aun así, parecía un alojamiento demasiado espléndido para la mujer que tenía delante.

Elayne había elegido a Chesmal de forma premeditada. Parecía haber tenido cierta autoridad entre las Negras, y era lo bastante poderosa para que casi todas las demás se inclinaran ante ella. Pero también le había parecido más apasionada que lógica la última vez que se habrían encontrado. Eso sería importante.

La mujer alta y guapa giró sobre sí misma cuando ella entró en la celda. Elayne contuvo el aliento. Menos mal que la farsa funcionó; Chesmal se tiró al suelo cubierto de paja.

—Insigne Señora —musitó la mujer—. He...

—¡Silencio! —gritó Elayne con voz retumbante.

Chesmal se encogió y después echó una ojeada hacia un lado, como si esperase que los guardias se asomaran para ver qué ocurría. Y había Allegadas allí para mantener el escudo de Chesmal; Elayne las percibía. No acudió nadie, a pesar del sonido. Las Allegadas seguirían las órdenes dadas por Elayne, a pesar de lo extrañas que pudieran parecerles.

—Eres menos que una rata —dijo con la voz disfrazada—. Se te envió a trabajar por la gloria del Gran Señor, pero ¿qué has hecho? ¡Dejar que te capturaran esas necias, esas... pequeñas!

Chesmal sollozó y se inclinó más aún.

—Soy polvo, Insigne Señora. ¡No soy nada! Os hemos fallado. ¡Por favor, no me destruyáis!

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —bramó Elayne—. ¡El trabajo de tu grupo ha estado marcado por un fracaso tras otro! ¿Qué has hecho que tenga bastante peso para convencerme de que permita que vivas?

—¡Hemos matado a muchas de esas necias que trabajan en contra del Gran Señor! —gimió Chesmal.

Elayne hizo un gesto de dolor; armándose de valor, creó un látigo de Aire y azotó con él la espalda de la mujer. Era lo que Chesmal se merecía.

—¿Tú? ¡Tú no tienes nada que ver con sus muertes! ¿Me tomas por estúpida? ¿O por una ignorante?

—¡No, Insigne Señora! —sollozó Chesmal, que se iba encogiendo más y más—. ¡Por favor!

—Entonces, dame una razón para que no te mate.

—Tengo información, Insigne Señora —se apresuró a decir la Negra—. Uno de los que nos ordenaron buscar, de los dos hombres a los que hay que matar a toda costa... ¡Uno está en Caemlyn!

—Cuenta —ordenó Elayne tras una ligera vacilación. ¿A qué venía eso?

—Cabalga con un grupo de mercenarios —continuó Chesmal, que parecía aliviada de tener información que quisiera oír—. ¡Es el hombre de ojos penetrantes que lleva sombrero y maneja una lanza marcada con cuervos!

¿Mat? ¿Los Amigos Siniestros iban tras Mat? Era amigo de Rand, sí, y también *ta'veren*, pero ¿qué había hecho para despertar la ira de los mismísimos Renegados? Y más preocupante era el hecho de que Chesmal supiera de la presencia de Mat en la ciudad. ¡Él había llegado después de que habían capturado a las hermanas Negras! Eso significaba que...

Que Chesmal y las otras estaban en contacto con otros Amigos Siniestros. Pero ¿quiénes?

—¿Y cómo has descubierto eso tú? ¿Por qué no se me ha informado antes de esto?

—Lo he sabido hoy mismo, Insigne Señora. —Ahora Chesmal hablaba con seguridad—. Planeamos un asesinato.

—¿Y cómo vais a hacer tal cosa estando prisioneras? —demandó Elayne.

Chesmal alzó la vista un instante; el rostro cuadrado de la Negra mostraba desconcierto. No dijo nada.

«Le he descubierto que no sé tanto como debería», se dijo Elayne, rechinando los dientes tras la máscara de sombras.

—Insigne Señora, he seguido con mucho cuidado las órdenes que recibí. Estamos casi en condiciones de iniciar la invasión, como se ordenó. Dentro de poco, la sangre de nuestros enemigos inundará Andor y el Gran Señor reinará a fuego y ceniza. Nos ocuparemos de que sea así.

¿Qué era esto? ¿Invadir Andor? ¡Imposible! ¿Cómo ocurriría? ¿Cómo era posible que ocurriera? Y, sin embargo, ¿correría el riesgo de hacer esas preguntas? Chesmal parecía sospechar que algo no iba bien.

—No sois la Elegida que me visitaba antes, ¿verdad, Insigne Señora? —preguntó la Negra.

—Tú no eres quién para cuestionar lo que hagamos o dejemos de hacer. —Elayne acompañó sus palabras con otro latigazo de Aire en la espalda de la mujer—. Tengo que comprobar hasta dónde sabes sobre algunas cosas para juzgar lo que has entendido y lo que no. Si ignoras que... En fin, eso está por ver. Primero, explícame lo que sabes sobre la invasión.

—Sé que la fecha señalada está próxima, Insigne Señora —respondió Chesmal—. Si dispusiéramos de más tiempo, quizá podríamos planear las cosas mejor. Si pudieseis sacarme de este lugar de reclusión, entonces me ocuparía de...

La Negra dejó la frase sin acabar y miró de reojo hacia un lado.

La fecha señalada. Elayne abrió la boca para exigir más datos, pero dudó. ¿Qué? Ya no sentía a las Asentadas fuera. ¿Se habrían retirado? ¿Y el escudo de Chesmal?

La puerta traqueteó, el cerrojo giró, y entonces la puerta se abrió de golpe dejando a la vista a un grupo de gente al otro lado. Y no era el grupo de guardias que Elayne esperaba ver. En cabeza iba un hombre de corto cabello negro que clareaba por los

lados y con un gran bigote. Vestía pantalón marrón, camisa negra y chaqueta larga, casi como un ropón abierto por delante.

¡El secretario de Sylvase! Tras él había dos mujeres: Temaile y Eldrith, ambas del Ajah Negro. Ambas abrazando la Fuente. ¡Luz!

Elayne silenció su sorpresa y les sostuvo la mirada, sin ceder terreno. Si había sido capaz de convencer a una hermana Negra de que era una de las Renegadas, entonces quizá podría convencer a tres. Temaile abrió los ojos de par en par y se arrodilló, al igual que hizo el secretario. Por el contrario, Eldrith vaciló. Elayne no sabía si era por su postura, el disfraz o su reacción al ver a los tres recién llegados. O quizás era por cualquier otra cosa. Fuera por el motivo que fuera, el caso es que Eldrith no se dejó engañar. La mujer de cara redonda empezó a encauzar.

Elayne se maldijo para sus adentros mientras creaba sus propios tejidos. Lanzó un escudo sobre Eldrith justo cuando notaba que uno le caía encima. Por suerte, llevaba consigo el *ter'angreal* de Mat. El tejido se deshizo y el medallón, sujeto en la mano, se puso gélido. Por otro lado, su tejido se deslizó entre Eldrith y la Fuente, y la escudó. El brillo del Poder que envolvía a la Negra se apagó.

—¡Qué haces, estúpida! —chilló Chesmal—. ¿Es que intentas derrotar a una Elegida? ¡Conseguirás que nos mate a todos!

—Esa no es una Elegida —gritó a su vez Eldrith.

Elayne pensó con retraso en tejer una mordaza de Aire.

—¡Te ha engañado! Se...

Elayne metió la mordaza en la boca de la Negra y la hizo callar, pero ya era demasiado tarde. Temaile —que siempre había dado la impresión de ser demasiado delicada para pertenecer al Ajah Negro— abrazó la Fuente y alzó los ojos. La expresión de Chesmal pasó de ser aterrada a iracunda.

Elayne se apresuró a atar el escudo de Eldrith y empezó a tejer otro. Un tejido de Aire la golpeó. El medallón de la cabeza de zorro se enfrió y —bendito Mat por su préstamo temporal— Elayne interpuso un escudo entre Chesmal y la Fuente.

Temaile se quedó mirándola boquiabierta, estupefacta al ver que su tejido no surtía efecto. El secretario de Sylvase no era tan lento, por desgracia. Se arrojó hacia adelante de forma inesperada y dio un empellón a Elayne que la lanzó contra la pared con mucha fuerza.

El dolor fue intenso en el hombro, y sintió un chasquido. ¿Se le habría roto el hueso? «¡Los bebés!», fue su pensamiento inmediato, una sacudida de terror primario que desafió toda idea sobre Min y sus visiones. La sorpresa hizo que soltara el tejido del acceso que conducía de vuelta a sus aposentos, arriba. El acceso parpadeó y desapareció.

—Tiene un *ter'angreal* de alguna clase que hace que los tejidos resbalen sobre ella —chilló Temaile.

Elayne se esforzó en incorporarse, empujó al secretario y creó un tejido de Aire para echarlo hacia atrás. Mas, mientras lo hacía, el tipo le asió la mano, tal vez al notar un destello metálico. El secretario metió los largos dedos alrededor del medallón justo cuando el tejido de Aire de Elayne lo golpeaba.

El hombre salió lanzado hacia atrás, aferrado al medallón. Elayne gruñó, todavía rabiosa. Temaile esbozó una sonrisa maliciosa y unos tejidos de Aire se crearon a su alrededor; la Negra los lanzó hacia adelante, pero Elayne los recibió con los suyos propios.

Los dos tejidos de Aire chocaron entre sí y provocaron que el aire se sacudiera en la pequeña celda. Fragmentos de paja salieron volando en un remolino, y a Elayne le dolieron los oídos por la presión. El secretario de cabello oscuro gateó alejándose de la lucha, sin soltar el *ter'angreal*. Elayne lanzó un tejido hacia él, pero sin resultado.

Elayne gritó de rabia; el dolor del hombro donde se había golpeado contra la pared era intenso. La pequeña celda estaba atiborrada con tanta gente, y Temaile se había quedado en la puerta, cerrando de forma impremeditada el paso al secretario, que quería salir. O tal vez fuera a propósito; seguramente querría ese medallón. Las otras dos hermanas Negras se agacharon, envueltas en las ráfagas de aire, todavía escudadas.

A través del *angreal*, Elayne absorbió tanto Poder Único como se atrevió y empujó hacia adelante su tejido de Aire, apartando el que Temaile utilizaba para empujar. Los dos aguantaron un instante; después, el de Elayne se abrió paso y chocó contra Temaile de forma que la sacó de la celda y la estampó contra la pared de fuera. Elayne creó un escudo, aunque parecía que Temaile se había quedado sin sentido por el golpetazo.

El secretario salió disparado hacia la puerta. Elayne tuvo un momento de pánico al verlo e hizo lo único que se le ocurrió: levantó a Chesmal con un tejido de Aire y la arrojó contra el secretario.

Los dos rodaron en un revoltijo de brazos y piernas. Un tintineo metálico sonó en el aire cuando el medallón de cabeza de zorro cayó al suelo, libre de la mano del hombre, y rodó a través de la puerta.

Elayne respiró hondo y sintió un intenso dolor en el pecho; el brazo le colgó, fláccido. Ya no conseguía sujetarlo como era debido. Se lo sujetó con el otro brazo, furiosa, aferrándose a la Fuente. La dulzura del *Saidar* era reconfortante. Tejió Aire y ató a Chesmal, al secretario y a Eldrith, que intentaba arrastrarse hacia ella a hurtadillas.

Respirando para sosegarse, Elayne se abrió paso entre ellos y salió de la pequeña celda para comprobar el estado de Temaile, tirada en el pasillo. La mujer respiraba, pero estaba inconsciente, como había supuesto. También la ató con Aire, para mayor seguridad, y luego recogió con tranquilidad el medallón de cabeza de zorro. Hizo una

mueca de dolor por el otro brazo. Sí, era evidente que se había roto el hueso.

El oscuro pasillo se encontraba vacío, con las cuatro puertas de las celdas a los lados e iluminado por una única lámpara de pie. ¿Dónde estaban los guardias y las Allegadas? De mala gana, deshizo los tejidos del disfraz; no querría que unos soldados llegaran y la tomaran por una de las Amigas Siniestras. ¡Desde luego, alguien tenía que haber oído aquel jaleo! En el fondo de la mente percibía la preocupación que por ella sentía Birgitte, la cual se encontraba cada vez más cerca. Sin duda, su Guardiana había sentido la herida que había recibido.

Elayne casi prefería el dolor del hombro a la charla que le iba a dar Birgitte. Hizo otra mueca al pensarlo mientras se daba la vuelta y echaba una ojeada a sus cautivas. Tendría que comprobar las otras celdas.

Sus bebés estarían bien, desde luego. Y ella también. Había tenido una facción fuerte por el dolor; en realidad no se había asustado. Aun así, lo mejor sería...

—Hola, mi reina —le susurró la voz de un hombre al oído un instante antes de que un dolor nuevo le estallara en el costado.

Dio un respingo y se tambaleó hacia adelante. Una mano le arrebató de un tirón la cabeza de zorro.

Elayne giró sobre sí misma y el pasillo empezó a hacerse borroso. Algo cálido le resbalaba por el costado. ¡Estaba sangrando! La impresión fue tal que perdió contacto con la Fuente.

Doilin Mellar se encontraba detrás de ella en el pasillo; sostenía un cuchillo ensangrentado en la mano derecha y sujetaba el medallón en la izquierda. El rostro enjuto del hombre exhibía una amplia sonrisa, casi una mueca lasciva. Aunque vestía con harapos, se advertía en él tanta seguridad en sí mismo como la que mostraría un rey en su trono.

Elayne siseó y buscó la Fuente. No ocurrió nada. Oyó una risita a su espalda. ¡No había atado el escudo de Chesmal! Tan pronto como había soltado la Fuente, los tejidos se habrían deshecho. Como era de esperar, al mirar encontró tejidos que la aislaban del Poder Único.

Chesmal, con la bonita cara encendida de placer, le sonrió. ¡Luz! Había un charco de sangre a sus pies. Tanta.

Trastabilló hacia atrás, contra la pared del pasillo, con Mellar a un lado y Chesmal al otro.

No podía morir. Min había dicho...

«Quizá lo estamos malinterpretando», pensó. *Hay muchas cosas que todavía pueden salir mal*. La advertencia de Birgitte le vino a la mente.

—Cúrala —dijo Mellar.

—¿Qué? —demandó Chesmal.

A su espalda, Eldrith se sacudía el polvo del vestido dentro de la celda. Había

caído al suelo cuando los tejidos de Aire de Elayne se disiparon, pero el escudo seguía en su sitio. Ése sí lo había atado.

"Piensa —se exhortó mientras la sangre le corría entre los dedos—. Tiene que haber un modo de salir de ésta. ¡Tiene que haberlo! ¡Oh, Luz! ¡Birgitte, date prisa!”

—Cúrala —repitió Mellar—. La herida del cuchillo era para hacer que te soltara.

—Necio —espetó Chesmal—. ¡Si los tejidos hubieran estado atados, una herida no nos habría liberado!

—En ese caso, habría muerto —dijo él, encogiéndose de hombros. Miró a Elayne; los bonitos ojos del hombre brillaron de deseo—. Y habría sido una lástima, porque se me prometió que la tendría, Aes Sedai. No quiero que muera aquí, en estas mazmorras. No morirá hasta que yo haya tenido tiempo de... disfrutar de ella. —Miró a la hermana Negra—. Además, ¿crees que a quienes servimos les agradaría que dejáramos morir a la reina de Andor sin antes sacarle sus secretos?

Chesmal parecía contrariada, pero por lo visto comprendió lo acertado de las palabras del hombre. Tras ellos, el secretario salió de la celda y después de mirar a un lado y a otro— echó a andar pasillo adelante hacia la escalera, deprisa. Chesmal cruzó el corredor para acercarse a Elayne. Por suerte, pues se sentía ya muy mareada. Apoyó la espalda en la pared, casi sin notar el dolor del hombro roto, y se deslizó pared abajo hasta quedarse sentada.

—Muchacha idiota —masculló Chesmal—. Me di cuenta de tu engaño desde el principio, por supuesto. Sólo te seguía la corriente para ganar tiempo hasta que llegara la ayuda que sabía que estaba en camino.

Las palabras sonaban con eco; Elayne yacía tendida en el suelo. La Curación. Necesitaba... esa... Curación. La mente se le embotaba más y más, y la visión se volvía borrosa. Mantuvo la mano contra el costado, aterrada por sí misma, por sus hijos.

La mano se deslizó al suelo. Sintió algo a través de la tela de la escarcela: la copia del medallón de la cabeza de zorro.

Chesmal le puso las manos en la cabeza y realizó el tejido de Curación. A Elayne le dio la impresión de que por las venas le fluía agua helada; una oleada de Poder le asaltó el cuerpo. Hizo una profunda inhalación, desaparecido el dolor del costado y del hombro.

—Ya está —dijo Chesmal—. Ahora, deprisa, tenemos que...

Elayne sacó el falso medallón y lo sostuvo en alto. En un acto reflejo, Chesmal lo aferró. Y quedó incapacitada para encauzar. Sus tejidos desaparecieron, incluido el escudo de Elayne.

Chesmal maldijo y tiró el medallón, que cayó al suelo y rodó mientras la mujer tejía un escudo.

Elayne ni se molestó en hacer otro para la Negra. Esta vez tejió Fuego. Sencillo,

directo, peligroso. Las llamas le prendieron la ropa antes de que la Negra tuviera tiempo de acabar el tejido. Chesmal soltó un aullido.

Elayne se puso de pie. El pasillo osciló y dio vueltas —la Curación la había dejado agotada—; pero, antes de que todo dejara de girar, tejió otro hilo de Fuego y lo lanzó contra Mellar. ¡Ese hombre había puesto en peligro la vida de sus hijos! ¡La había acuchillado! Él...

El tejido se deshizo en el momento en que lo tocó. Mellar le sonrió mientras paraba algo con el pie: el segundo medallón.

—Vaya, vaya —dijo mientras lo recogía—. ¿Otro? ¿Y si te sacudo caerá un tercero?

Elayne masculló. Chesmal seguía gritando, envuelta en fuego; cayó al suelo, pataleando, y el pasillo empezó a llenarse del acre olor a carne quemada. ¡Luz! Su intención no había sido matarla. Pero no había tiempo que perder. Tejió Aire y volvió a levantar en el aire a Eldrith antes de que la mujer tuviera ocasión de escapar. La empujó hacia adelante, entre Mellar y ella, por si acaso. Él observaba la escena con sagacidad y avanzaba poco a poco, sosteniendo los dos medallones en una mano y la daga en la otra. El arma todavía brillaba con la sangre de Elayne.

—Aún no hemos acabado, mi reina —dijo con voz suave—. A estas otras se les prometió poder, pero mi recompensa siempre fuiste tú. Y yo siempre cobro lo que se me debe.

La observaba con atención, esperando alguna treta. ¡Ojalá la tuviera! Pero lo cierto era que apenas conseguía sostenerse en pie. Mantener la conexión con la Fuente no era nada fácil. Retrocedió, manteniendo a Eldrith entre los dos en todo momento. Los ojos del hombre se desviaron un instante hacia la escultural Negra, que tenía los brazos sujetos con Aire contra los costados y flotaba una pulgada por encima del suelo. Con un movimiento brusco, saltó hacia Eldrith y la degolló.

Elayne dio un respingo y retrocedió a trompicones.

—Lo siento —dijo Mellar, y Elayne tardó un instante en darse cuenta de que el hombre le hablaba a Eldrith—. Pero órdenes son órdenes.

Dicho lo cual, se agachó y hundió el cuchillo en la inconsciente Temaile.

¡No podía escapar con los medallones! Con una repentina descarga de energía, Elayne absorbió Poder Único y tejió Tierra. Tiró del techo, por encima de donde se encontraba Mellar. Las piedras se rompieron y los sillares se precipitaron al pasillo; el hombre chilló y se cubrió la cabeza al mismo tiempo que hacía un quiebro. Algo sonó en el aire; metal sobre piedra.

El pasillo tembló y se levantó una polvareda. El desprendimiento de las piedras ahuyentó a Mellar, pero impidió que ella lo persiguiera. El hombre desapareció por el hueco de escalera que había a la derecha. Elayne se dejó caer de rodillas, exhausta. Pero entonces vio algo que brillaba entre los cascotes del techo. Algo de metal

plateado. Uno de los medallones.

Conteniendo la respiración, lo recogió. Gracias a la Luz, no perdió contacto con la Fuente. Por lo visto Mellar había escapado con la copia, pero ella aún tenía el original.

Suspiró y se permitió sentarse y recostar la espalda en la fría pared de piedra. Habría querido dejarse llevar y sumirse en la inconsciencia, pero hizo un esfuerzo para guardar el medallón y permanecer despierta hasta que Birgitte apareció en el pasillo. La Guardiana jadeaba con fuerza por la carrera; la chaqueta roja y la trenza dorada estaban mojadas por la lluvia.

Mat entró en el pasillo a continuación, con un pañuelo que le cubría la parte inferior de la cara y el cabello castaño tan mojado que se le pegaba a la cabeza. Los ojos fueron con rapidez de un lado a otro mientras sostenía el bastón de combate en actitud defensiva. Birgitte se arrodilló al lado de Elayne.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en tono urgente.

Elayne asintió con la cabeza, desmadejada.

—Salí de ésta por mí misma —dijo luego. «Hasta cierto punto», añadió para sus adentros—. ¿Por casualidad no habréis hecho al mundo el favor de matar a Mellar de camino aquí?

—¿Mellar? —preguntó Birgitte, alarmada—. No. ¡Elayne, tienes sangre en el vestido!

—Estoy bien, de verdad. Me han Curado —explicó. Así que Mellar había huido —. Deprisa, buscad por los pasillos. Los hombres de la guardia y las Allegadas que vigilaban aquí...

—Los hemos encontrado —contestó Birgitte—. Amontonados al fondo del hueco de la escalera. Muertos. Elayne, ¿qué ha ocurrido?

A un lado, Mat empujó con la punta del dedo a Temaile y reparó en la herida de arma blanca que tenía en el pecho.

Elayne se llevó las manos al abdomen. Los bebés estarían bien, ¿verdad que sí?

—Hice algo temerario, Birgitte, y sé que me vas a gritar por ello. Pero antes, ¿te importaría llevarme a mis aposentos? Creo que deberíamos pedir a Melfane que me explore. Sólo por si acaso.

Una hora después del fallido intento de asesinato contra Egwene, Gawyn se encontraba solo en un pequeño cuarto que era parte de los aposentos de la Amyrlin. Lo había liberado de los tejidos que lo inmovilizaban y después le había dicho que se quedara allí.

Por fin, Egwene entró en el cuarto caminando con pasos largos y firmes.

—Siéntate —dijo.

Él vaciló, pero la fiera mirada de la Amyrlin habría podido encender velas. El

reducido cuarto tenía varios baúles y cómodas para ropa. La puerta comunicaba con una sala de estar más grande, donde antes lo había inmovilizado con los tejidos; otra puerta de esa sala conducía al dormitorio de Egwene.

Esta cerró la puerta, aislando a ambos de los numerosos guardias, Guardianes y Aes Sedai que se desplazaban, arremolinados, por las estancias contiguas. Egwene vestía de rojo y dorado, y llevaba adornado el oscuro cabello con hilos dorados. Tenía las mejillas encendidas por el enfado que sentía a causa de él. Lo cual sólo conseguía que le pareciera más hermosa que de costumbre.

—Egwene, yo...

—¿Eres consciente de lo que has hecho?

—Vine a comprobar que la mujer a quien amo estaba a salvo, después de descubrir a un asesino delante de su puerta.

Ella se cruzó de brazos, y Gawyn casi sintió el calor de su cólera.

—Tu griterío ha atraído a la mitad de la Torre Blanca. Te han visto capturado. Lo más probable es que el asesino sepa ya que tenía preparados esos tejidos.

—¡Por la Luz, Egwene! Hablas como si lo hubiera hecho a propósito. Sólo trataba de protegerte.

—¡Yo no pedí tu protección! ¡Te pedí obediencia! Gawyn, ¿no te das cuenta de la oportunidad que hemos perdido? ¡Si no hubieses ahuyentado a Mesaana, habría caído en mi trampa!

—No era una de los Renegados. Era un hombre —argumentó Gawyn.

—Dijiste que no te fue posible distinguirle la cara ni la figura porque se veía borroso.

—Bueno, sí. Pero luchó con una espada.

—¿Es que acaso una mujer no sabe usar una espada? La talla de la persona que viste apunta a una mujer.

—Tal vez, pero ¿una Renegada? ¡Luz, Egwene, si hubiese sido Mesaana habría utilizado el Poder para reducirme a polvo!

—¡Razón de más para que no desobedecieras! Quizá tengas razón y fuera uno de los secuaces de Mesaana. Un Amigo Siniestro o un Hombre Gris. De ser ése el caso, lo habría apresado y ahora podría descubrir lo que Mesaana planea. Y Gawyn... ¿qué habría ocurrido si te hubieses encontrado con Mesaana? ¿Qué podrías haber hecho?

Gawyn bajó la vista al suelo.

—Te dije que había tomado precauciones —continuó ella—. ¡Pero aun así desobedeciste! Y ahora, a causa de tu intervención, la asesina sabe que la estaba esperando. La próxima vez actuará con mucha más precaución. ¿Qué precio en vidas crees que pagaremos por lo que acabas de hacer?

Gawyn mantuvo las manos en el regazo para ocultar que había apretado los puños. Tendría que haberse sentido avergonzado, pero la única emoción que notaba

era la rabia. Una cólera que no entendía; y frustración consigo mismo, pero sobre todo con Egwene por convertir en una afrenta personal un error que no había sido deliberado.

—Mi impresión —dijo— es que no quieres en absoluto un Guardián. Porque te diré una cosa, Egwene. Si no soportas que alguien se ocupe de ti, entonces ningún hombre será válido a tus ojos.

—A lo mejor tienes razón —repuso ella con sequedad.

La falda susurró cuando abrió la puerta que daba a la estancia contigua, salió y cerró tras ella. No fue del todo un portazo.

Gawyn se puso de pie con ganas de pegar una patada a la puerta. ¡Luz, qué enredo se había armado con esto!

Oía a Egwene a través de la puerta mandando a los curiosos y fisgones que volvieran a la cama y ordenando a la Guardia de la Torre que redoblara la vigilancia esa noche. A buen seguro que todo eso era para impresionar, nada más. Ella sabía que el asesino no volvería a intentarlo tan pronto.

Gawyn salió del cuarto y se marchó. Egwene advirtió su partida, pero no le dijo nada y, en cambio, se volvió para hablar en voz baja con Silviana. La Roja lo fulminó con una mirada que habría hecho encogerse a una roca.

Pasó junto a varios guardias que —sin excepción— se mostraron respetuosos con él. Que ellos supieran, Gawyn había frustrado un atentado contra la vida de la Amyrlin. Respondió a sus saludos con un gesto de cabeza. Chubai se encontraba cerca; el mayor inspeccionaba el puñal que casi se le había clavado a Gawyn en el pecho. Chubai alzó el arma para mostrársela.

—¿Habíais visto alguna vez algo parecido? —le preguntó.

Gawyn tomó el estrecho y lustroso puñal. Estaba equilibrado para ser usado como arma arrojadiza, con una fina hoja de acero que guardaba semejanza con una alargada llama de vela. Incrustados en el centro, había tres pequeños fragmentos de piedra de color rojo sangre.

—¿Qué tipo de piedra es ésta? —se interesó Gawyn mientras sostenía el puñal en alto para que le diera la luz.

—Jamás la había visto.

Gawyn le dio vueltas al puñal. No había inscripciones ni labrados.

—Esta arma estuvo en un tris de acabar con mi vida —dijo.

—Podéis quedaros con ella, si queréis —ofreció el mayor—. A lo mejor podríais preguntar a los hombres de Bryne si alguna vez han visto un puñal de este estilo. Tenemos otro igual que encontramos pasillo abajo.

—Ése también iba dirigido a mi corazón —comentó Gawyn mientras se guardaba el arma en el cinturón—. Gracias. A cambio, tengo un regalo para vos.

Chubai enarcó una ceja.

—Os habéis quejado de haber perdido muchos hombres —continuó Gawyn—. Bien, pues, hay un grupo de soldados que os recomiendo encarecidamente.

—¿Del ejército de Bryne? —preguntó Chubai con las comisuras de la boca inclinadas en un gesto de desagrado.

Como muchos guardias de la Torre, todavía consideraba una fuerza rival al ejército de Bryne.

—No. Hombres leales a la Torre. Algunos que se entrenaron para ser Guardianes y que lucharon conmigo en el bando de Elaida. Ahora se sienten desplazados y preferirían ser soldados en vez de Guardianes. Agradecería que les dieseis un hogar. Son hombres íntegros y excelentes guerreros.

—Mandádmelos —accedió Chubai con un cabeceo.

—Se presentarán mañana ante vos. Sólo os pido una cosa. Procurad que el grupo no se separe. Han pasado por muchas cosas juntos, y ese vínculo les da fuerza.

—No será difícil —contestó el mayor—. La Décima Compañía de la Torre fue aniquilada casi sin excepción por esos malditos seanchan. Pondré a varios oficiales veteranos con vuestros chicos y formaremos una nueva compañía con ellos.

—Gracias. —Gawyn señaló con la barbilla hacia los aposentos de Egwene—. Vigiladla también por mí, Chubai. Creo que está empeñada en conseguir que alguien la mate.

—Mi deber es defender y respaldar a la Amyrlin siempre. Pero ¿dónde estaréis vos?

—Dejó claro que no quiere un Guardián —repuso Gawyn.

Lo que Bryne le había dicho horas antes le vino a la cabeza. ¿Qué quería él como individuo, sin Egwene? A lo mejor había llegado el momento de descubrirlo.

—Creo que va siendo hora de que vaya a ver a mi hermana —añadió.

Chubai asintió con la cabeza, y Gawyn se marchó. Fue a los dormitorios del cuartel y recogió sus cosas —poco más que una muda y una capa de invierno—, tras lo cual se dirigió a los establos y ensilló a Reto.

Después condujo al caballo hasta la zona de Viaje. Egwene tenía allí a una hermana de guardia a todas horas. La Aes Sedai de esa noche —una Verde menudita con los ojos amodorrados, llamada Nimri— abrió un acceso a la ladera de una colina situada a una hora a caballo de Caemlyn sin hacerle preguntas.

Así dejó atrás Tar Valon... y a Egwene al'Vere.

—¿Qué es eso? —demandó Lan.

El envejecido Nazar, con el blanquecino cabello sujeto con un *hadori*, alzó la vista de sus alforjas. Un cantarín arroyuelo corría cerca del campamento, situado en mitad de un bosque de pinos de alta montaña. Esos pinos no deberían tener ni la mitad de agujas secas que lucían.

Nazar guardaba cosas en las alforjas, y Lan había atisbado por casualidad algo dorado que asomaba.

—¿Esto? —preguntó Nazar.

Sacó una tela, una bandera muy blanca con una grulla dorada bordada en el centro. Faltó poco para que Lan se la arrebatara a Nazar para desgarrarla por la mitad.

—Vaya, veo la expresión de vuestro rostro, Lan Mandragoran —dijo Nazar—. Bueno, pues, no adoptéis esa actitud egocéntrica a costa de esto. Un hombre está en su derecho a llevar consigo la bandera de su país.

—Eres panadero, Nazar.

—Primero soy un fronterizo, hijo —respondió el hombre, que guardó la bandera —. Es mi legado.

—¡Bah! —barbotó Lan, que se dio la vuelta.

Los demás levantaban el campamento. A regañadientes, había permitido que los tres recién llegados se unieran a él; eran cabezotas como mulas y, al final, no le quedó más remedio que sucumbir a su juramento. Había prometido que aceptaría seguidores. Esos hombres, técnicamente, no habían pedido cabalgar con él; lo siguieron sin preguntar, sin más. Era suficiente. Además, si iban a viajar en la misma dirección, no tenía sentido montar dos campamentos.

Lan siguió secándose la cara tras el aseo de la mañana. Bulen preparaba pan para desayunar. Ese pinar se hallaba en la región oriental de Kandor, próximo a la frontera con Arafel. A lo mejor podía...

Se quedó parado de golpe. Había varias tiendas nuevas en el campamento y un grupo de ocho hombres que charlaban con Andere. A juzgar por el contorno de la cintura y el tipo de ropa que vestían tres de ellos, no eran guerreros, aunque sí parecían malkieri. Los otros cinco eran shienarianos; llevaban la cabeza afeitada salvo el mechón de pelo recogido en la coronilla con una tira de cuero, brazaletes de cuero en los brazos y arcos de caballería guardados en estuches colgados a la espalda, junto con largas espadas para asir a dos manos.

—¿Qué es esto? —demandó Lan.

—Weilin, Managan y Gorenellin —dijo Andere a la par que iba señalando a los malkieri—. Esos otros son Qi, Joao, Merekel, Ianor, Kuehn...

—No he preguntado quiénes son —lo interrumpió Lan con voz fría—. He preguntado qué ocurre. ¿Qué habéis hecho?

Andere se encogió de hombros antes de responder:

—Los conocimos antes de encontraros. Les dijimos que nos esperaran a lo largo de la calzada meridional. Rakim fue a recogerlos anoche, mientras dormíais.

—¡Se suponía que Rakim estaba de guardia! —espetó Lan.

—La hice yo en vez de él —aclaró Andere—. Supuse que estos compañeros nos vendrían bien.

Los tres mercaderes metidos en carnes miraron a Lan y después se pusieron de rodillas. Uno de ellos lloraba sin rebozo.

—*Tai'shar Malkier.*

Los cinco shienarianos hicieron un saludo formal a Lan.

—*Dai Shan* —dijo uno.

—Hemos traído lo que hemos podido para la causa de la Grulla Dorada —añadió otro de los mercaderes—. Todo cuanto pudimos reunir en tan poco tiempo.

—No es mucho —continuó el tercero—. Pero también os ofrecemos nuestras espadas. Puede que no estemos en muy buena forma, pero sabemos luchar. Y lucharemos.

—No necesito lo que traéis —contestó Lan, exasperado—. Yo...

—Antes de que digáis algo más, viejo amigo —intervino Andere, que posó una mano en el hombro de Lan—, quizá deberíais echar un vistazo a eso. —Señaló con la barbilla a un lado.

Lan frunció el entrecejo al oír un matraqueo. Echó a andar y dejó atrás un grupo de árboles para mirar el camino que llevaba al campamento. Por él se aproximaban dos docenas de carretas cargadas con suministros: armas, sacos de grano, tiendas. Lan abrió los ojos de par en par. Atada en una hilera, había su buena docena de caballos de guerra; fuertes bueyes tiraban de las carretas. Los conductores de los tiros de carreta y los criados caminaban al lado.

—Cuando dijeron que vendieron cuanto pudieron y compraron suministros, hablaban en serio —agregó Andere.

—¡Va a ser imposible que nos movamos sin llamar la atención con todo esto! —se quejó Lan.

Andere se encogió de hombros. «De acuerdo», dijo Lan para sus adentros. Se las arreglaría.

—De todos modos, parece que pasar inadvertidos no está funcionando, así que, de ahora en adelante, nos haremos pasar por una caravana que lleva suministros a Shienar.

—Pero...

—Vais a prestar un juramento —dijo, volviéndose hacia los hombres—. Todos y cada uno de vosotros juraréis que no vais a revelar quién soy ni a avisar a nadie más que pudiera estar buscándome. Juradlo —acabó, dando énfasis a la última palabra.

Parecía que Nazar iba a hacer objeciones, pero Lan logró que guardara silencio con una mirada severa. Prestaron juramento uno tras otro.

Y los cinco pasaron a ser docenas, pero a partir de allí no habría más.

CAPÍTULO 24

Plantar cara

—Reposo absoluto —anunció Melfane, después de retirar el oído del tubo de madera que había puesto en el pecho de Elayne.

La comadrona era una mujer baja, de cara ancha, que ese día llevaba el pelo recogido con un pañuelo azul de un fino tejido translúcido. El impecable vestido era de color blanco y un azul cielo a juego; como si lo llevara en desafío al perpetuo cielo encapotado.

—¿Qué? —se sorprendió Elayne.

—Una semana —reiteró Melfane a la par que le hacía un gesto admonitorio con el dedo—. No tenéis que levantaros de la cama durante una semana.

Elayne parpadeó, estupefacta, y el cansancio le desapareció de golpe durante un instante. Melfane esbozaba una sonrisa alegre mientras le imponía ese castigo irrealizable. ¿En cama? ¿Durante una semana?

Birgitte observaba la escena desde la puerta; Mat se encontraba en la habitación contigua. Había salido cuando Melfane entró para hacer el examen pero, aparte de eso, se había mostrado casi tan protector como Birgitte. No obstante, por la manera en que hablaban nadie habría dicho que les importaba. Los dos habían intercambiado maldiciones groseras, cada cual intentando superar al otro. Elayne aprendió unas cuantas nuevas. ¿Quién habría imaginado que los ciempiés hicieran esas cosas?

Sus bebés estaban bien, que Melfane supiera. Y eso era lo principal.

—Hacer reposo en cama es de todo punto imposible —respondió Elayne—. Tengo muchas cosas de las que ocuparme.

—Bien, entonces tendréis que hacerlas desde la cama —replicó Melfane con voz agradable, pero sin ceder ni un ápice—. Vuestro cuerpo y vuestros hijos han sido sometidos a una gran tensión. Necesitan tiempo para recuperarse. Yo os atenderé, y cuidaré de que sigáis una estricta dieta.

—Pero...

—No hay peros que valgan —la interrumpió Melfane.

—¡Yo soy la reina! —protestó Elayne, exasperada.

—Y yo la matrona de la reina —respondió Melfane, sin perder la compostura—. No hay un solo soldado o miembro de vuestro séquito que no me ayudaría si determino que vuestra salud, o la de vuestros hijos, corren peligro. —Le sostuvo la mirada a Elayne—. ¿Os gustaría poner a prueba mis palabras, majestad?

Elayne se encogió ante la idea de que sus propios guardias le prohibieran salir de sus aposentos. O peor aún, que la atasen. Miró a Birgitte, pero sólo recibió un

satisfecho cabeceo a modo de respuesta.

«Tienes lo que te mereces», parecía decir aquel gesto de asentimiento.

Elayne se sentó recostada en el cabecero de la cama, frustrada. Era un enorme lecho de columnas, con colgaduras en rojo y blanco. El dormitorio estaba decorado y brillaba con varios objetos hechos con cristales y rubíes. E iba a convertirse en una bonita prisión dorada, desde luego. ¡Luz! ¡No era justo! Se cerró la parte delantera de la bata.

—Veo que no vais a poner en tela de juicio mis comentarios —dijo Melfane desde un lado de la cama—. Es una sabia decisión. —La matrona echó una ojeada a Birgitte—. Os permitiré reuniros con la Capitana General para evaluar los incidentes de la noche. ¡Pero mucho ojito! No más de media hora. ¡No quiero que hagáis esfuerzos!

—Pero...

Melfane volvió a levantar el dedo en un gesto admonitorio.

—Media hora, majestad. Sois una mujer y no una bestia de labranza. Necesitáis descansar y cuidaros. —Se volvió hacia Birgitte y añadió—: No la molestéis más de lo necesario.

—Ni en sueños —respondió Birgitte.

Al final, la ira de su Guardiana comenzaba a aplacarse, reemplazada por el regocijo. ¡Qué mujer más insufrible!

Melfane abandonó el dormitorio. Birgitte se quedó donde estaba, mirándola con los ojos entrecerrados. A través del vínculo, Elayne todavía notaba un poco el bullir de la irritación. Las dos se miraron la una a la otra durante unos instantes muy largos.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Elayne Trakand? —preguntó Birgitte por fin.

—Encerrarme en mi dormitorio, parece —replicó Elayne.

—No es una mala solución.

—¿Acaso me encerrarías aquí de por vida? —preguntó Elayne—. ¿Como a Gelfina, la del cuento, recluida en una torre y olvidada durante mil años?

Birgitte soltó un sonoro suspiro.

—No —dijo luego—. Pero con recluirte seis meses bastaría para calmar mi ansiedad.

—No hay tiempo para eso —respondió Elayne—. Apenas nos queda tiempo. Hay que correr riesgos.

—¿Riesgos como que la reina de Andor vaya sola a enfrentarse a varios miembros del Ajah Negro? ¡Actúas como un energúmeno ebrio de sangre en el campo de batalla que se adelanta a la carga de sus camaradas buscando la muerte, sin un compañero de línea que le cubra las espaldas!

Elayne parpadeó ante la ira de la mujer.

—¿No confías en mí, Elayne? —preguntó Birgitte—. ¿Te librarías de mí si

pudieras?

—¿Qué? ¡No! Claro que confío en ti.

—Entonces, ¿por qué no me dejas ayudarte? Yo no tendría que estar aquí en estos momentos. No tengo otro propósito que aquel al que las circunstancias me han empujado. Me vinculaste, pero ¡no me dejas protegerte! ¿Cómo puedo ser tu Guardián si no me dices cuándo te vas a poner en peligro?

Elayne se sintió tentada de tirar de las sábanas para escudarse tras ellas de aquellos ojos. ¿Por qué era Birgitte la que se sentía tan dolida? ¡Había sido a ella a la que habían herido!

—Por si sirve de algo, no tengo intención de repetirlo —dijo Elayne.

—No, claro. Harás algo aún más insensato.

—Quiero decir que intentaré tener más cuidado. Tal vez tengas razón y la visión no es una garantía total. A decir verdad, no evitó que me entrara el pánico cuando noté un peligro real.

—¿Es que no sentiste un peligro real cuando el Ajah Negro te secuestró e intentó sacarte de la ciudad?

Elayne vaciló. Tendría que haber tenido miedo entonces, pero no había sido así. Y no era sólo por la visión de Min. El Ajah Negro no la habría matado, no en esas circunstancias. Era muy valiosa.

Pero sentir que el cuchillo se le clavaba en el costado, le rasgaba la piel y penetraba hacia el vientre... Eso había sido diferente. El miedo. Recordaba la forma en que el mundo se había oscurecido a su alrededor Mientras el latido del corazón se convertía en un ruido sordo que iba increscendo, como los tambores al final de una representación. Los tambores que sonaban antes de hacerse el silencio.

Birgitte observaba a Elayne, evaluándola; sentía sus emociones. Ella era la reina. No podía evitar los riesgos pero... Quizás debería refrenarse un poco.

—Bueno, ¿descubriste algo al menos?

—Sí —respondió Elayne—. Yo...

En ese momento, una cara medio tapada con un pañuelo se asomó al vano de la puerta. Mat tenía los ojos cerrados.

—¿Estás vestida?

—Sí —respondió Elayne—. Y mucho mejor de lo que estás tú, Matrim Cauthon. Ese pañuelo te queda ridículo.

Mat abrió los ojos y, con el entrecejo fruncido, se quitó el pañuelo y dejó a la vista el rostro anguloso.

—Intenta moverte por la ciudad sin que te reconozcan —se defendió Mat—. Cada carnicero, cada posadero, cada ratero de tres al cuarto parece conocer mi rostro.

—Las hermanas Negras planeaban tu asesinato —le anunció Elayne.

—¿Qué? —exclamó Mat.

Elayne asintió.

—Una de ellas te nombró. Al parecer, los Amigos Siniestros llevan bastante tiempo buscándote con la intención de matarte.

—Son Amigos Siniestros —dijo Birgitte, encogiéndose de hombros—. Nos quieren a todos muertos.

—Lo de Mat es diferente —respondió Elayne—. Sonaba más... apremiante. Te aconsejo que te mantengas alerta durante una temporada. Utiliza el sentido común.

—Visto lo visto, me parece complicado porque de eso no tiene ni pizca —comentó Birgitte.

Mat puso los ojos en blanco.

—¿Acaso me perdí algo de tu explicación sobre qué hacías en los malditos calabozos, tumbada sobre un charco de tu propia sangre y dando la impresión de haberte llevado la peor parte de una escaramuza en el campo de batalla?

—Estaba interrogando a las hermanas del Ajah Negro —respondió Elayne—. Los detalles no son de tu incumbencia. Birgitte, ¿tienes ya los informes de los centinelas?

—Nadie vio irse a Mellar —informó la Guardiana—. No obstante, encontraron el cuerpo del secretario en la planta baja, apuñalado por la espalda. Aún estaba caliente.

—¿Y Shiaine? —preguntó Elayne, con un suspiro.

—Ha desaparecido —respondió Birgitte—. Como también Marillin Gemalphin y Falion Bhoda.

—La Sombra no podía permitir que las tuviéramos en nuestro poder razonó Elayne con un suspiro—. Sabían demasiado. Tenían que rescatarlas o ejecutarlas.

—Bueno —dijo Mat, quien se encogió de hombros—, tú estás viva y esas tres han muerto. A mí me parece que la jugada no ha salido nada mal.

«Pero las que escaparon tienen una copia de tu medallón», pensó Elayne, si bien no lo dijo en voz alta. Tampoco mencionó la invasión a la que había hecho referencia Chesmal. Lo comentaría con Birgitte en breve, por supuesto, pero primero quería reflexionar sobre el tema ella sola.

Mat acababa de decir que la noche no había salido nada mal, pero cuanto más lo pensaba Elayne, menos satisfecha se sentía. Se planeaba la invasión de Andor y ella ignoraba cuándo iba a suceder. La Sombra quería a Mat muerto, pero, como Birgitte había apuntado, eso no era nada nuevo. De hecho, el único resultado de la aventura nocturna del que tenía certeza era la sensación de cansancio que la embargaba. Eso y tener que pasar una semana recluida en sus aposentos.

—Mat, toma —dijo, quitándose el medallón—. Ya es hora de que te lo devuelva. Deberías saber que tal vez me ha salvado la vida hoy.

Mat se adelantó y lo recogió con impaciencia, aunque después vaciló.

—¿Pudiste...? —preguntó a Elayne.

—¿Copiarlo? No del todo, pero sí en parte.

Mat se lo colgó al cuello, con expresión preocupada.

—Es un alivio tenerlo de nuevo. Llevo tiempo queriendo pedirte algo y quizás ahora no sea un buen momento.

—Ya que estamos, dime de qué se trata —respondió Elayne cansada.

—Bueno, tiene que ver con el *gholam*...

—Hemos evacuado a la mayoría de los civiles de la ciudad —comentó Yoeli mientras Ituralde y él cruzaban la puerta de Maradon—. Estamos muy cerca de la Llaga y no es la primera vez que realizamos esta maniobra. Mi hermana, Sigril, capitanea a los Jinetes de Retaguardia. Serán los encargados de observar el desarrollo de la batalla desde las colinas del sureste y llevarán la noticia en caso de que caigamos. Ya habrán enviado correos a los puestos de guardia de todo Saldaea para pedir ayuda. Si vienen, encenderán una almenara. —El hombre de cara enjuta miró a Ituralde con gesto adusto.

»Habrá pocas tropas que puedan venir en nuestra ayuda —agregó—. La reina Tenobia se llevó muchas cuando partió en busca del Dragón Renacido.

Ituralde asintió. Caminaba sin cojear. Antail, uno de los Asha'man, tenia bastante pericia con la Curación. Sus hombres habían levantado aprisa un campamento en un patio interior de las murallas. Los trollocs se habían apoderado de las tiendas que abandonaron en la huida y después les habían prendido fuego por la noche con el propósito de que vieran cómo se comían a los heridos. Ituralde había situado a parte de sus tropas en los edificios vacíos, pero quería que hubiera un grupo cerca de la puerta, en caso de que asaltaran la ciudad.

Los Asha'man habían utilizado la Curación con los hombres de Ituralde, pero sólo se podían centrar en los casos más graves. Ituralde saludó con la cabeza a Antail, que se encontraba con los heridos en una zona acordonada de la plaza. El Asha'man no vio el saludo. Estaba sudoroso, concentrado en su tarea, utilizando un Poder en el que Ituralde prefería no pensar.

—¿Estáis seguro de que queréis verlos? —preguntó Yoeli.

Sostenía sobre el hombro una lanza larga de caballería, de cuya punta colgaba un gallardete triangular, negro y amarillo. Los saldaeninos lo llamaban la Enseña del Traidor.

La ciudad rebosaba hostilidad; diferentes grupos de saldaeninos se miraban los unos a los otros con gesto adusto. Muchos llevaban tiras de tela de color negro y amarillo enroscadas entre sí y atadas a las vainas de las espadas. Ésos saludaron a Yoeli.

«Desya gavane cierto cuendar isain carentin», se dijo para sus adentros Ituralde. Era una frase en la Antigua Lengua que significaba: "Un corazón resuelto vale por diez disputas.”

Imaginaba el significado que tenía el banderín. A veces, un hombre sabía lo que tenía que hacer a pesar de que otros creyeran que se equivocaba. Los dos caminaron por las calles durante un tiempo. Maradon era similar a la mayoría de las ciudades de las Tierras Fronterizas: muros rectos, edificios cuadrados, calles estrechas. Las casas parecían fortalezas, con ventanas pequeñas y recias puertas. Las calles estaban dispuestas en extraños giros y no había ningún tejado de paja, sólo tejas de pizarra incombustibles. En varias intersecciones clave resultaba difícil distinguir la sangre seca en la oscura piedra, pero Ituralde sabía qué buscar. Antes de que Yoeli saliera a rescatar a sus tropas, los saldaeninos se habían enfrentado entre ellos.

Llegaron a un edificio corriente que no destacaba en nada. Ningún extranjero habría adivinado que esa vivienda pertenecía a Vram Torkumen, un primo lejano de la reina al que Tenobia había nombrado administrador de la ciudad en su ausencia. Los soldados que guardaban la puerta lucían las tiras de tela en negro y amarillo. Saludaron a Yoeli.

Ya en el interior, Ituralde y Yoeli se metieron por un estrecho hueco de escalera y subieron tres tramos. Había soldados en casi todas las habitaciones. En la planta alta, cuatro hombres que llevaban la Enseña del Traidor custodiaban una gran puerta con incrustaciones doradas. El pasillo de estrechas ventanas y con una alfombra de color negro, verde y rojo, estaba oscuro.

—¿Alguna novedad, Tarran? —preguntó Yoeli.

—Nada, señor —respondió el hombre con un saludo.

Lucía un largo bigote y tenía las piernas arqueadas propias de quien se siente como en casa cuando está montado en un caballo.

—Gracias, Tarran —respondió Yoeli con un cabeceo de asentimiento—. Por todo lo que haces.

—Estoy con vos, señor. Lo estaré hasta el fin.

—Que tus ojos no pierdan de vista el norte ni tu corazón el sur, amigo mío —deseó Yoeli, que inhaló hondo antes de abrir la puerta.

Ituralde fue tras él.

En el interior de la estancia y sentado junto al hogar, un saldaenino vestido con ricos ropajes de color rojo bebía una copa de vino. En la silla situada enfrente de él había una mujer que bordaba; también llevaba un vestido de buena calidad. Ninguno de los dos alzó la vista hacia la puerta.

—Lord Torkumen —saludó Yoeli—. Os presento a Rodel Ituralde, el comandante del ejército domani.

El hombre sentado junto a la chimenea dejó escapar un suspiro sin apartar la mirada de la copa de vino.

—Entráis sin llamar, no esperáis a que me dirija a vos primero y me molestáis a pesar de haberos hecho saber mi necesidad de dedicar esta hora a una serena

meditación.

—En serio, Vram —dijo la mujer—, ¿acaso esperas que este hombre tenga modales? ¿Después de lo que ha hecho?

Yoeli desplazó la mano a la empuñadura de la espada, despacio. En la estancia había un revoltijo de muebles: varios arcones, armarios roperos y a un lado una cama que, sin duda alguna, no pertenecía a esa habitación.

—Así que vos sois Rodel Ituralde, uno de los grandes capitanes —dijo lord Vram —. Me doy cuenta de que es ofensivo preguntarlo, pero tengo que cumplir las formalidades. ¿Os dais cuenta de que al traer un ejército a nuestro país habéis corrido el riesgo de provocar una guerra?

—Sirvo al Dragón Renacido —respondió Ituralde—. El Tarmon Gai'don se acerca, y todas las leyes, alianzas y fronteras previas están sometidas a la voluntad del lord Dragón.

Lord Torkumen chasqueó la lengua.

—Un Juramentado del Dragón —dijo lord Torkumen—. Había recibido informes al respecto, claro. Y esos hombres que utilizáis son una indicación obvia. No obstante, me resulta tan extraño escuchar algo así.

—¿No os dais cuenta de lo estúpido que os hace parecer hablar de ese modo?

Ituralde miró al hombre a los ojos. No se consideraba un Juramentado del Dragón, pero uno no podía llamar roca a un caballo y esperar que todos los demás le dieran la razón.

—¿No estáis preocupado por la invasión de los trollocs?

—Ya hubo trollocs antes —dijo lord Yram—. Siempre los ha habido.

—La reina... —empezó Yoeli.

—La reina volverá pronto de su expedición para desenmascarar y capturar a ese falso Dragón —lo interrumpió lord Vram—. Y, cuando eso ocurra, hará que os ejecuten, traidor. Y vos, Rodel Ituralde, lo más seguro es que seáis perdonado por vuestra posición, pero no me gustaría ser un miembro de vuestra familia cuando reciban nuestra demanda de rescate. Espero que vuestra riqueza se equipare a vuestra reputación. De lo contrario, pasaréis muchos de los años venideros como el general de las ratas de vuestra celda.

—Entiendo. ¿Cuánto hace que os pasasteis a la Sombra? —preguntó Ituralde.

Lord Torkumen se levantó de la silla con los ojos abiertos de par en par.

—¿Osáis llamarme Amigo Siniestro?

—A lo largo de los años he conocido a varios hombres y mujeres saldaeninos —explicó Ituralde—. A unos los he llamado amigos, y he luchado contra otros. Pero, que yo sepa, jamás hubo uno que no ofreciera su ayuda al ver a otros hombres luchar contra Engendros de la Sombra.

—Si tuviera una espada... —dijo lord Vram.

—Así os abrase la Luz, Vram Torkumen —dijo Ituralde—. Vine a deciros eso de parte de los hombres que he perdido.

El noble se quedó estupefacto al ver que Ituralde le daba la espalda y se marchaba. Yoeli salió de la habitación y cerró la puerta.

—¿No estáis de acuerdo con mi acusación? —le preguntó Ituralde mientras se dirigían a la escalera.

—A decir verdad, no sé discernir si ese hombre es un necio o un Amigo Siniestro —respondió Yoeli—. Tiene que ser lo uno o lo otro para no haber encajado las piezas: el invierno, esas nubes y los rumores de que al'Thor había conquistado la mitad del mundo.

—Entonces, no tenéis nada que temer —dijo Ituralde—. No sereis ejecutado.

—Maté a mis conciudadanos, organicé un levantamiento contra el administrador nombrado por mi reina, me hice con el control de la ciudad... Eso sí, no derramé la sangre de ningún noble —detalló Yoeli.

—Todo eso cambiará una vez que Tenobia regrese, os lo garantizo —afirmó Ituralde—. En verdad os habéis ganado un título.

Yoeli se detuvo en la oscura escalera, que sólo estaba iluminada al inicio y al final.

—Veo que no lo entendéis. He traicionado mis juramentos y he matado a amigos. Pediré ser ejecutado, estoy en mi derecho.

«Malditos fronterizos», pensó Ituralde mientras un escalofrío le recorría la espalda.

—Jurad lealtad al Dragón, pues él invalida todos los juramentos. No desperdiciéis vuestra vida. Luchad a mi lado en la Última Batalla.

—No me escudaré en ninguna excusa, lord Ituralde —dijo el hombre, reemprendiendo el descenso por la escalera—. Del mismo modo que tampoco pude ver cómo morían vuestros hombres. Venid, supervisemos el alojamiento de los Asha'man. Me gustaría mucho ver esos accesos de los que habláis. Si pudiéramos utilizarlos para enviar mensajes y traer suministros, ciertamente sería muy interesante ver cómo nos sitian.

Ituralde dio un suspiro, pero lo siguió. No habían dicho nada de huir a través de los accesos. Yoeli nunca iba a abandonar la ciudad, e Ituralde comprendió que no abandonaría a Yoeli ni a sus hombres. No lo haría después de todo lo que habían sufrido para rescatarlos.

Ése era un lugar tan bueno como cualquier otro para plantar cara. Y, sin duda, mejor que un buen número de las situaciones en las que se había encontrado en los últimos tiempos.

Perrin entró en la tienda y encontró a Faile cepillándose el pelo. Era preciosa.

Aún se maravillaba cada día por tenerla de vuelta.

Ella se volvió y le sonrió con satisfacción. Se peinaba con un nuevo cepillo de plata que él le había dejado sobre la almohada. Lo había obtenido de un trueque con Gaul, que lo había encontrado en Malden. Si esa celebración, el *shanna'har*, era importante para su esposa, él tenía la intención de tomarla tan en serio como Faile.

—Los mensajeros han regresado —dijo Perrin dejando caer los faldones de la entrada—. Los Capas Blancas han elegido el campo de batalla. Luz, Faile, me van a obligar a borrarlos de la faz de la tierra.

—No veo que haya ningún problema en eso —respondió su mujer—. Venceremos.

—Es muy probable —contestó. Se sentó en los cojines, junto al catre que compartían—. Pero, aunque los Asha'man hagan casi todo el trabajo al principio, tendremos que ir y luchar cuerpo a cuerpo. Habrá bajas. Hombres buenos que serán necesarios en la Última Batalla. —Hizo un esfuerzo para aflojar los puños apretados —. La Luz abrase a esos Capas blancas por lo que han hecho y por lo que están haciendo.

—Entonces, ésta es una buena oportunidad para derrotarlos.

Perrin soltó un gruñido a modo de respuesta, pero no explicó el por que de la frustración tan grande que sentía. Fuera cual fuese el resultado de la batalla, él iba a perder. En ambos lados morirían hombres; unos hombres que hacían falta.

Los relámpagos centelleaban fuera y proyectaban sombras sobre el techo de lona. Faile se acercó al baúl y sacó un camisón para ella y una bata para él; era de la opinión de que un noble tenía que tener una bata a mano por si acaso lo necesitaban durante la noche. De momento, las circunstancias habían demostrado un par de veces que Faile tenía razón.

Entonces pasó junto a él y, a pesar de que la expresión de su esposa era placentera, olía a preocupación. Perrin había agotado todas las opciones para resolver de manera pacífica el conflicto con los Capas Blancas, pero dentro de poco —y, a la vista de los hechos, lo quisiera o no— matar sería de nuevo su destino.

Después de quitarse la ropa excepto los calzones, Perrin se acostó y se quedó dormido antes de que Faile hubiera acabado de cambiarse.

Entró en el Sueño del Lobo bajo la gran espada que se clavaba en el suelo. En lontananza distinguía la colina que Gaul había catalogado como un buen lugar desde donde vigilar. Un arroyo fluía por detrás del campamento.

Perrin se dio media vuelta para dirigirse a toda velocidad hacia el campamento de los Capas Blancas; era como el dique de un río que le impedía seguir avanzando por la corriente.

—¡*Saltador*! —llamó.

Deambuló entre las tiendas inmóviles de los Capas Blancas montadas en campo

abierto. No obtuvo respuesta, así que investigó por el campamento un poco más. Balwer no había reconocido el escudo de armas del sello que Perrin le había descrito. ¿Quién estaría al frente de esos Capas Blancas?

Alrededor de una hora más tarde, Perrin aún no había llegado a ninguna conclusión al respecto. Sin embargo, estaba bastante seguro de saber en qué tiendas guardaban las provisiones. Esas tiendas no estarían tan vigiladas como las de los prisioneros y, con accesos, a lo mejor tenían posibilidad de incendiarlas. Tal vez.

Las cartas que había recibido del capitán general estaban llenas de frases como «Otorgo a tu gente el beneficio de la duda respecto a que desconocen tu naturaleza». O «Mi paciencia se acaba con tus dilaciones». Y «Sólo hay dos opciones: ríndete para que se te juzgue como corresponde o trae a tu ejército para afrontar el juicio de la Luz».

Un extraño sentido del honor conducía a ese hombre; así lo había intuido Perrin cuando se había reunido con él y así lo constataban las misivas. Pero ¿quién era? Había firmado todas las cartas como el capitán general de los Hijos de la Luz.

Perrin siguió hasta llegar a la calzada. ¿Dónde se habría metido *Saltador*? Acto seguido, Perrin echó a correr a toda velocidad. Tras unos segundos salió de la calzada a la hierba. La tierra estaba tan blanda que cada paso que daba parecía impulsarlo en el aire.

Proyectó la mente y creyó percibir algo hacia el sur. Echó a correr hacia allí. Deseó ir más rápido, y así lo hizo. Los árboles y las colinas pasaron zumbando junto a él.

Los lobos sabían que se acercaba. Era la manada de *Danzarina del Roble*, con *Desvinculado*, *Chispas*, *Luz Matutina* y otros. Perrin percibía la comunicación que había entre unos y otros, lejanos susurros de imágenes y efluvios. Apretó más el paso, y el viento se tornó un rugido a su alrededor. Los lobos empezaron a alejarse en dirección sur.

¡Esperad!, proyectó Perrin. He de reunirme con vosotros.

Como respuesta, sólo percibió regocijo. De pronto, los lobos se dirigían hacia el oeste, y Perrin se detuvo y giró. Corrió tan rápido como sabía; pero, cada vez que se acercaba a la manada, ésta se encontraba de pronto en otro lugar. Se desplazaban continua y repentinamente, desapareciendo de un punto para aparecer en dirección opuesta.

Perrin gruñó y, de repente, se puso a cuatro patas, con el pelaje agitado por el aire y la boca abierta mientras corría hacia el norte bebiendo el viento que silbaba a su alrededor. Pero los lobos no perdían terreno y se mantenían alejados.

Perrin aulló, y en respuesta le llegaron las burlas de la manada.

Hizo un esfuerzo para correr más rápido, saltando de la cresta de una colina a otra, brincando por encima de los árboles. El suelo era un borrón. En poco tiempo, las

Montañas de la Niebla aparecieron a su izquierda y las dejó atrás en un momento.

Los lobos giraron hacia el este. ¿Por qué no lograba alcanzarlos? Los olía delante de él. Joven Toro les aulló, pero en esa ocasión no obtuvo respuesta alguna.

No entres con tanta fuerza, Joven Toro.

Joven Toro se detuvo en seco, aunque el mundo a su alrededor tardó unos instantes más en hacerlo. La manada seguía alejándose hacia el este, pero *Saltador* se encontraba sentado sobre los cuartos traseros junto a una anchurosa y serpenteante corriente de agua. No era la primera vez que Joven Toro veía ese sitio, un lugar cercano a la guarida de sus progenitores. Había viajado Por el río, encima de uno de esos troncos flotantes de los humanos. Él...

No... no... ¡Ten presente a Faile!

Su pelaje se convirtió en ropa. Con las manos y las rodillas clavadas en el suelo, le lanzó una mirada furibunda a *Saltador*.

—¿Por qué huíste? —demandó Perrin.

Deseas aprender, le trasmitió el lobo. *Te has vuelto más diestro. Más rápido. Alargaste las patas y corriste. Eso es bueno.*

Perrin miró hacia atrás, hacia el camino por el que había venido mientras pensaba en su velocidad. Había saltado de la cima de una colina a otra. Había sido maravilloso.

—Pero me tuve que convertir en un lobo para hacerlo —dijo—. Y eso me puso en riesgo de estar aquí con "demasiada fuerza". ¿De qué me sirve aprender si hago cosas que me has prohibido?

Eres rápido en culpar, Joven Toro. Surgió la imagen mental de un lobezno que aullaba una y otra vez frente a la guarida, montando jaleo. *No es propio de los lobos.*

Saltador desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Perrin gruñó y dirigió la vista hacia el este, en la dirección donde percibía a los lobos. Salió en pos de ellos, esta vez con más precaución. No podía permitir que el lobo lo consumiera o acabaría como Noam, encerrado en una jaula y sin el menor vestigio de humanidad. ¿Por qué *Saltador* lo animaba a recorrer esa senda?

«No es propio de los lobos.» ¿Se había referido a las acusaciones o a lo que le estaba pasando a él?

El resto sabía cuándo finalizar la cacería, joven Toro, proyectó *Saltador* a lo lejos. *Fuiste el único al que hubo que parar.*

Estupefacto, Perrin se frenó en seco a la orilla del río. La cacería del venado blanco. De pronto, *Saltador* se encontró a su lado, junto al río.

—Esto comenzó al empezar a percibir a los lobos —proyectó Perrin—. La primera vez que perdí el control de mí mismo fue con esos Capas Blancas.

Saltador se tumbó y descansó la cabeza sobre las patas delanteras.

Sueles estar aquí con demasiada fuerza, transmitió el lobo. *Eso es lo que haces.*

Saltador ya lo había dicho lo mismo de vez en cuando, desde que conocía al lobo y el Sueño del Lobo. Pero, de repente, a Perrin se le ocurrió otro significado. Quizá se refería a la manera de estar en el Sueño del Lobo, pero quizás también se refería al mismo Perrin.

Había empezado a culpar a los lobos de lo que hacía, por su forma de ser al luchar, por su manera de enfocar la búsqueda de Faile. Pero ¿eran los lobos los causantes de eso? ¿O quizás era una parte de sí mismo? ¿Cabría la posibilidad de que fuera eso lo que ocasionó que se convirtiera en un Hermano Lobo, en primer lugar?

—¿Se puede correr a cuatro patas sin estar aquí con demasiada fuerza? —preguntó.

Claro que es posible, le trasmitió *Saltador*, que rió del mismo modo en que lo hacía el resto de la manada, como si Perrin acabara de descubrir la cosa más obvia del mundo. Tal vez lo fuera.

Quizá no era como los lobos porque él era un Hermano Lobo. Quizás él era un Hermano Lobo porque era como los lobos. No tenía que controlarlos a ellos. Tenía que controlarse a sí mismo.

—La manada, ¿cómo la alcanzo? ¿Moviéndome más rápido?

Esa es una manera. Otra es estar donde quieres estar.

Perrin frunció el entrecejo. Entonces cerró los ojos y pensó en la dirección hacia la que corrían los lobos, para adivinar dónde podían estar. Se produjo un cambio.

Al abrir los ojos, Perrin se encontró de pie en la ladera arenosa de una colina en la que crecían matas de cañuelas. A su derecha se elevaba una montaña enorme, cuya cúspide truncada de bordes aserrados daba la impresión de haber sido golpeada por la mano de un gigante.

Una manada de lobos salió de improviso del bosque. Muchos de ellos reían. ¡Joven Toro cazando cuando tendría que buscar el final! ¡Joven Toro buscando el final cuando tendría que disfrutar de la caza! Perrin sonrió e intentó no hacerse mala sangre por las risas a pesar de que, para ser sincero, se sentía igual que un día en que su primo Wil preparó un cubo de plumas mojadas para echárselo por encima.

Algo revoloteó en el aire: una pluma de pollo con los bordes húmedos. Perrin dio un respingo al comprobar que había más en el suelo, a su alrededor. Pestañeó, y las plumas desaparecieron. Los lobos olían a estar pasándolo en grande y enviaron imágenes de Joven Toro cubierto con plumas.

Si aquí te pierdes en sueños, Joven Toro, esos sueños se convierten en este sueño, proyectó Saltador.

Perrin se rascó la barba para reprimir la vergüenza. Ya había experimentado otras veces la naturaleza impredecible del Sueño del Lobo.

—*Saltador* —preguntó, volviéndose hacia el lobo—. Si quisiera, ¿hasta qué punto podría cambiar lo que me rodea?

¿Si quisieras?, respondió el lobo. *No tiene que ver con lo que quieres, Joven Toro, sino con lo que necesitas. Con lo que sabes.*

Perrin frunció el entrecejo. De vez en cuando, aún lo confundían los razonamientos del lobo.

De pronto, los otros lobos de la manada se giraron a una y miraron hacia el suroeste. Desaparecieron.

Han ido aquí. Saltador proyectó la imagen de una lejana hondonada con árboles y se preparó para seguirlos.

—*Saltador* —llamó Perrin acercándose al lobo—, ¿cómo lo sabes? Me refiero a donde han ido. ¿Te lo han dicho ellos?

No. Pero sé seguirlos.

—¿Cómo? —preguntó Perrin.

Es algo que siempre he sabido hacer, transmitió *Saltador*. *Al igual que caminar o saltar.*

—Sí, pero ¿cómo?

El lobo olía a confusión.

Es un efluvio, respondió al fin. Sin embargo, era mucho más complejo que un "efluvio". Era una sensación, una impresión y un efluvio, todo en uno.

—Ve a algún lugar —dijo Perrin—. Deja que intente seguirte.

Saltador desapareció. Perrin caminó hacia el lugar que había ocupado el lobo.

Huélelo, proyectó *Saltador* a lo lejos.

Pero estaba lo bastante cerca para trasmitir pensamientos. De manera instintiva, Perrin expandió la percepción y notó la presencia de docenas de lobos. Se quedó sorprendido por el gran número de ellos que había por la zona, en las laderas del Monte del Dragón. Perrin nunca había percibido tal cantidad en un mismo lugar. ¿Por qué estarían allí? ¿Era impresión suya o el cielo parecía más tormentoso en este lugar que en otras zonas del Sueño del Lobo?

No percibía a *Saltador*. De alguna manera, el lobo había cerrado la mente y evitaba así que localizara el lugar donde estaba. Perrin se concentró. "Huélelo", le había trasmitido *Saltador*. Olerlo, ¿cómo? Perrin cerró los ojos y dejó que la nariz le hiciera llegar los olores del entorno. Pinos piñoneros y savia, plumas de aves y hojas, cedro y sapino.

Y algo más... Sí, captaba otro olor. Un efluvio lejano, persistente, que parecía estar fuera de lugar allí. Muchos aromas eran iguales: la misma percepción de naturaleza fecunda, la misma abundancia de árboles. Pero ésos se mezclaban con el olor a moho y a piedra húmeda. El aire era diferente. Polen y flores.

Perrin apretó los párpados con fuerza al tiempo que hacía una profunda inspiración. De algún modo, reprodujo una imagen mental de esos efluvios. El proceso no se diferenciaba apenas de la forma en que un lobo proyectaba imágenes

traducidas a palabras.

Allí, pensó. Y se produjo un cambio.

Abrió los ojos. Se encontraba sentado en un afloramiento rocoso rodeado de pinos; estaba en la ladera del Monte del Dragón, a varias horas de marcha en ascenso de donde se hallaba antes. El afloramiento, cubierto de liquen, se proyectaba por encima de los árboles que se extendían mas abajo. Allí, en un lugar donde los rayos del sol llegaban a las flores, crecía un rodal de aromáticas violetas. Era agradable ver flores que no estaban mustias o a punto de morirse, aunque fuera en el Sueño del Lobo.

Ven. Sígueme, trasmitió *Saltador*.

Y desapareció.

Perrin cerró los ojos y olfateó. En esta ocasión el proceso resultó mas fácil. Roble y hierba, barro y humedad. Era como si cada lugar tuviera un olor específico propio.

Perrin sintió un cambio, abrió los ojos. Se hallaba agazapado en un campo aledaño a la calzada de Jehannah. Era el sitio donde la manada de *Danzarina del Roble* había estado antes y *Saltador* se movía de aquí para allá por la pradera, olisqueando con curiosidad. La manada había proseguido su marcha, pero todavía se encontraba cerca.

—¿Puedo hacer siempre eso? —le preguntó a *Saltador*—. ¿Oler hacia dónde fue un lobo en el sueño?

Cualquiera puede. Si sabe hacerlo como lo hace un lobo, respondió con esa mueca que era una sonrisa.

Perrin asintió con un cabeceo, pensativo.

Saltador atravesó la pradera a largas zancadas hasta donde se encontraba Perrin.

Hemos de practicar, Joven Toro. Aún eres un cachorro de patas cortas y suave pelambre. Tenemos que...

El lobo se quedó inmóvil de repente.

—¿Qué pasa?

Entonces se oyó el aullido de dolor de un lobo. Perrin giró sobre sí mismo. Era *Luz Matutina*. El aullido se cortó de golpe, y la mente de la loba se extinguió.

Saltador gruñó y en su olor se mezclaron pánico, rabia y pesadumbre.

—¿Qué ha sido eso? —demandó Perrin.

Nos están dando caza. ¡Muévete, Joven Toro! Tenemos que irnos.

Las mentes de los otros miembros de la manada se alejaron en un visto y no visto. Perrin gruñó. Cuando un lobo moría en el Sueño del Lobo, era para siempre. No más renacer ni correr con el hocico al viento. Sólo había un ser que cazaba los espíritus de los lobos.

Verdugo.

¡Joven Toro! ¡Hay que marcharse!, transmitió *Saltador*.

Perrin siguió gruñendo. *Luz Matutina* había proyectado un estallido final de sorpresa y dolor, su última visión del mundo. Perrin cerró los ojos y creó una imagen de aquella mezcolanza de sensaciones.

¡Joven Toro, no! Él...

Cambio. Perrin abrió los ojos de golpe y se encontró en un pequeño calvero, cercano a la zona donde su gente estaba acampada en el mundo real. Un hombre musculoso, de tez bronceada, cabello oscuro y ojos azules, se hallaba acuclillado en el centro del calvero, con el cadáver de un lobo a sus pies. Verdugo era un tipo de brazos gruesos y en su olor había un leve rastro inhumano, como de un hombre mezclado con piedra. Vestía ropas oscuras de cuero y lana negra. Mientras Perrin lo observaba, Verdugo empezó a desollar el cadáver.

Perrin cargó, y Verdugo alzó la vista, sorprendido. Se parecía a Lan de un modo casi siniestro, el rostro severo, todo ángulos y rasgos bien definidos. Perrin bramó y de repente se encontró con un martillo en las manos.

Verdugo desapareció en un abrir y cerrar de ojos, de forma que el martillo hendió el aire vacío. Perrin inhaló hondo. ¡Los olores estaban allí! Agua salada y madera mojada. Gaviotas y sus excrementos. Perrin hizo uso de su recién adquirida habilidad para lanzarse hacia aquella ubicación lejana.

Cambio.

Apareció en el muelle desierto de una ciudad que no reconoció. Verdugo se encontraba cerca, inspeccionando el arco que llevaba.

Perrin atacó. Verdugo alzó la cabeza con los ojos muy abiertos; olía a estupefacción. Levantó el arco con intención de parar la acometida, pero el golpe asestado por Perrin lo rompió.

Con un rugido, Perrin echó el arma hacia atrás y volvió a golpear, esta vez a la cabeza de Verdugo. Cosa extraña, el hombre sonrió y los azules ojos chispearon de regocijo. De repente olía a avidez. Ansioso por matar. Una espada apareció en la mano alzada y la giró para frenar el golpe de Perrin.

El martillo rebotó con demasiada fuerza, como si hubiese pegado en piedra, de forma que hizo trastabillar a Perrin. Verdugo alargó la mano y la puso contra el hombro de Perrin para, acto seguido, empujar.

Tenía una fuerza inmensa y el empujón lo lanzó hacia atrás por el muelle, pero la madera desapareció al tocarla con el cuerpo. Perrin pasó a través del aire y cayó al agua que había debajo. El grito que dio se convirtió en un gorgoteo mientras el oscuro líquido lo rodeaba.

Soltó el martillo e intentó nadar hacia arriba, pero se encontró con que la superficie, de forma inexplicable, se había convertido en hielo. De las profundidades ascendieron cuerdas serpenteantes que se le enroscaron en los brazos y tiraron de él hacia abajo. A través de la helada superficie del agua, vio una sombra que se movía:

Verdugo, que levantaba el arco reconstruido.

El hielo desapareció y el agua se separó, resbalando a raudales en torno a Perrin, que se encontró mirando una flecha apuntada de forma directa al corazón.

Verdugo disparó.

Perrin deseó estar fuera de allí.

Cambio. Se quedó sin aliento al chocar en la roca del afloramiento donde había estado con *Saltador*. Se puso de rodillas, chorreando agua del mar. Tosió con fuerza, echando algo de agua por la boca, y se enjugó la cara; el corazón le latía desbocado.

Saltador apareció a su lado, jadeante, oliendo a enfadado.

¡Estúpido cachorro! ¡Cachorro tonto! ¿Vas a cazar un león cuando te acaban de destetar?

Tiritando, Perrin se sentó. ¿Lo seguiría Verdugo? ¿Podría hacerlo? Conforme transcurrían los minutos sin que apareciera nadie, Perrin empezó a relajarse. El enfrentamiento con Verdugo había ocurrido con tal rapidez que parecía borroso. Esa fuerza... Era superior a la que podría tener cualquier hombre. Y el hielo, las cuerdas...

—Cambia las cosas —dijo—. Hizo que el muelle desapareciera debajo de mí, creó cuerdas que me sujetaron, apartó el agua para verme con claridad y hacer un buen disparo.

Es un león. Mata. Peligroso.

—Tengo que aprender. He de hacerle frente, *Saltador*.

Eres demasiado joven. Esas cosas están fuera de tu alcance.

—¿Demasiado joven? —Perrin se puso de pie—. ¡*Saltador*, casi tenemos encima la Gran Cacería!

El lobo se tendió en el suelo con la cabeza en las patas delanteras.

—Siempre me dices que soy demasiado joven. O que no sé lo que hago. Bien, pues, ¿qué sentido tiene enseñarme si no me dices cómo luchar contra hombres como Verdugo?

Veremos, proyectó *Saltador*. *Por esta noche hemos acabado. Vete.*

Perrin percibió en la idea transmitida por el lobo un poso de aflicción, así como una inflexión terminante. Esa noche, la manada de *Danzarina del Roble* y *Saltador* llorarían la pérdida de *Luz Matutina*.

Suspirando, Perrin se sentó con las piernas cruzadas. Se concentró y se las arregló para imitar las cosas que el lobo había hecho para echarlo de allí.

El sueño desapareció a su alrededor.

Despertó en el jergón de la oscura tienda, con Faile acurrucada a su lado.

Yació durante un rato mirando con fijeza el techo de lona. La oscuridad le recordaba el cielo tempestuoso del Sueño del Lobo. La posibilidad de dormirse parecía tan lejana como Caemlyn. Por fin —apartándose con cuidado de Faile— se levantó y se puso el pantalón y la camisa.

Fuera, el campamento estaba oscuro, pero para sus ojos había luz suficiente. Saludó con un cabeceo a Kenly Maerin y a Jaim Dowtry, los hombres de Dos Ríos que hacían guardia esa noche junto a su tienda.

—¿Qué hora es? —le preguntó a uno de ellos.

—Pasada la medianoche, lord Perrin —contestó Jaim.

Perrin gruñó. Relámpagos lejanos en lontananza. Echó a andar, y los hombres hicieron intención de seguirlo.

—No me pasará nada, no hace falta que vengáis —les dijo—. Vigilad la tienda. Lady Faile aún duerme.

La tienda se encontraba cerca del perímetro del campamento, en el lado occidental, al resguardo de la ladera de la colina; le gustaba porque le daba la sensación de estar un poco más en soledad. Aunque era tarde, pasó cerca de Gaul, que afilaba la lanza junto a un tronco caído. El alto Soldado de Piedra se puso de pie y empezó a seguirlo; Perrin no se opuso. Gaul tenía la sensación de que últimamente no cumplía como era debido el deber que se había impuesto de proteger a Perrin, y ahora ponía más empeño. A Perrin le parecía que, en realidad, el Aiel sólo buscaba una excusa para estar lejos de su tienda y del par de mujeres *gai'shain* que se habían instalado en ella.

Gaul mantuvo las distancias, cosa que complacía a Perrin. ¿Se sentían así los cabecillas? No era pues de extrañar que tantas naciones se enzarzaran en guerras unas contra otras. Sus dirigentes no tenían tiempo para pensar en sí mismos y, casi con toda seguridad, ¡atacaban para que la gente dejara de fastidiarlos!

A corta distancia, entró en un soto donde había un pequeño montón de leños. Dentón —su sirviente hasta que rescataran a Lamgwin— había fruncido el entrecejo cuando Perrin pidió que los dejaran allí para él. En otro tiempo un señor de segunda fila de Cairhien, Dentón se había negado a recobrar su posición y nadie había conseguido convencerlo de que cambiara de opinión.

Había un hacha. No con la mortífera hoja en forma de media luna que antaño había llevado a la batalla, sino una recia herramienta de leñador con una buena cabeza de acero y la madera del mango suavizada por el uso con manos sudorosas de trabajadores. Perrin se remangó, se escupió en las palmas y recogió el hacha. Era una agradable sensación sostener la sobada madera en las manos. Se la colocó en el hombro y puso de pie el primer leño delante de él; después retrocedió un paso y descargó el hacha.

Acertó a dar justo en el centro, y las astillas saltaron en el aire de la oscura noche. El leño cayó partido en dos trozos. A continuación dividió una de las dos mitades. Gaul se sentó junto a un árbol, sacó la lanza y siguió amolando la moharra. El chirrido deslizante de metal contra metal acompañó los golpes secos del hacha contra la madera.

Resultaba agradable. ¿Por qué sería que le costaba menos pensar mientras hacía un trabajo manual? Loial hablaba mucho de sentarse y pensar, pero él no se creía capaz de discurrir nada de esa forma.

Partió el siguiente leño con otro corte limpio del hacha. ¿Sería verdad? ¿Sería su propia naturaleza la responsable de su forma de actuar, y no los lobos? En Dos Ríos nunca se había comportado así. Cortó otro leño.

«Siempre se me dio bien centrar la atención.» Eso fue parte de lo que había impresionado a maese Luhhan, saber que darle un proyecto a Perrin era tener la seguridad de que trabajaría en él hasta que estuviera acabado.

Partió en dos mitades el leño.

A lo mejor los cambios que se habían operado en él eran el resultado de encontrarse con el mundo que había más allá de su comarca natal. Había culpado a los lobos de muchas cosas y había ido a *Saltador* con exigencias fuera de lo normal. Los lobos no eran estúpidos ni simples, pero no les interesaban cosas que a los humanos sí les preocupaban. Tenía que haber sido muy difícil para *Saltador* enseñarle de forma que él pudiera entender.

¿Qué le debía a él el lobo? *Saltador* había muerto durante aquella infausta noche, tanto tiempo atrás. La noche en que había matado a un hombre por primera vez, la noche en que por primera vez había perdido el control en un enfrentamiento. *Saltador* no le debía nada, y lo había salvado en varias ocasiones; de hecho, comprendió Perrin, la intervención de *Saltador* había servido para que no se perdiera a sí mismo en el lobo que llevaba dentro.

Descargó el hacha sobre un leño con un golpe oblicuo que lo tiró de lado. Lo colocó de nuevo y continuó la tarea, acompañado por el tranquilizador sonido de la piedra de amolar de Gaul. Partió el leño en dos.

Se centraba mucho en lo que hacía, tal vez demasiado. Eso era innegable.

Aunque, al mismo tiempo, si un hombre quería hacer algo, debía trabajar en un proyecto hasta haberlo acabado. Él había conocido hombres que parecían incapaces de acabar nada y sus granjas eran un desastre. Él no podría vivir así.

Tenía que haber un equilibrio. Había afirmado que las circunstancias lo habían arrastrado a un mundo repleto de problemas que lo superaban con creces. Había reiterado que era un hombre sencillo.

¿Y si se equivocaba? ¿Y si era un hombre complejo que en otros tiempos había llevado una vida sencilla? Después de todo, si era tan simple, ¿por qué se había enamorado de una mujer tan complicada?

Los leños partidos se iban amontonando. Perrin se agachó y agrupó los trozos de leña cortados en cuartos; la textura áspera de la madera veteada le raspaba los dedos. Dedos encallecidos; jamás sería un señor como esos seres exquisitos de Cairhien. Pero había otro tipo de señores, hombres como el padre de Faile. O como Lan, que

más parecía un arma que un hombre.

Se puso a apilar la leña. Disfrutaba liderando a los lobos en su sueño, pero los lobos no esperaban que uno los protegiera ni que los sustentara ni que hiciera leyes para ellos. No le gritaban a uno cuando sus seres queridos morían estando a su mando.

No era el liderazgo lo que le preocupaba, sino todo lo que conllevaba.

Percibió el olor de Elyas que se acercaba. Con ese efluvio margoso, de tierra natural, olía como un lobo. Casi.

—Trasnochas —dijo Elyas, al llegar cerca de él.

Perrin oyó los movimientos susurrantes de Gaul, que deslizaba la lanza en el estuche y después se retiraba con el silencio de un gorrión que levanta el vuelo. Se quedaría cerca, pero no escucharía lo que hablaran.

Perrin alzó los ojos al oscuro cielo y apoyó el hacha en el hombro.

—A veces estoy más despierto de noche que durante el día.

Elyas sonrió; aunque Perrin no lo vio, sí percibió el olor divertido.

—¿Alguna vez intentaste eludirlo, Elyas? —preguntó—. ¿No hacer caso de sus voces, fingir que nada había cambiado en ti?

—Sí, lo hice. —Elyas tenía la voz suave, de timbre bajo. Una voz que recordaba de algún modo la tierra en movimiento. Retumbos lejanos—. Quería evitarlo, pero entonces las Aes Sedai quisieron amansarme y tuve que huir.

—¿Echas de menos tu vida anterior?

Elyas se encogió de hombros; Perrin lo supo porque oyó el roce de la ropa entre sí.

—Ningún Guardián quiere abandonar su deber. A veces, otras cosas son más importantes o... En fin, quizá son más "imperativas". No lamento la elección que hice.

—Yo no puedo irme, Elyas. No lo haré.

—Dejé mi vida por los lobos, pero eso no significa que tú también tengas que hacerlo.

—Noam no tuvo más remedio.

—¿Que no tuvo más remedio? —repitió Elyas.

—Lo consumió. Dejó de ser humano.

Captó un olor a preocupación. Elyas no tenía respuesta a eso.

—¿Visitas a los lobos en tus sueños alguna vez, Elyas? ¿En un lugar donde los lobos muertos corren y vuelven a estar vivos?

Elyas lo miró.

—Ese sitio es peligroso, Perrin. Es otro mundo, aunque esté ligado de algún modo a éste. Las leyendas cuentan que las Aes Sedai del pasado podían ir allí.

—Y otras personas también —dijo Perrin al recordar a Verdugo.

—Ten cuidado en el sueño. Mantente alejado de él. —Ahora el olor de Elyas era receloso.

—¿Alguna vez tuviste problemas? ¿Te costó separarte del lobo?

—Solía pasarme.

—¿Pero ya no?

—Encontré el equilibrio —repuso Elyas.

—¿Cómo?

El hombre de más edad permaneció en silencio unos instantes.

—Ojalá lo supiera. Es algo que aprendí a hacer, Perrin. Algo que tu también tendrás que aprender.

«O acabaré como Noam.» Perrin buscó los dorados ojos de Elyas y luego asintió con la cabeza.

—Gracias —le dijo.

—¿Por el consejo?

—No. Por volver. Por mostrarme que uno de nosotros, al menos, es capaz de vivir con los lobos y no perderse a sí mismo.

—No hay de qué. Había olvidado que puede ser agradable estar entre gente, para variar. Aunque no sé cuánto me quedaré. Casi tenemos aquí la Última Cacería.

Perrin alzó de nuevo la vista al cielo.

—Así es. Transmíteles de mi parte a Tam y a los otros que he tomado una decisión. Los Capas Blancas han elegido un sitio para combatir. He resuelto seguir adelante y encontrarme con ellos mañana.

—De acuerdo —dijo Elyas—. Pero no hueles a querer hacerlo.

—Ha de hacerse, y no hay más que hablar.

Todos querían que fuera un señor, ¿verdad? Bien, pues, éste era el tipo de cosas que los señores hacían. Tomar decisiones que nadie quería tomar.

Aun así, seguía poniéndolo enfermo dar esa orden. Había tenido esa visión de unos lobos azuzando ovejas hacia una bestia. Tenía la impresión de que quizás era eso lo que estaba haciendo él, azuzar a los Capas Blancas hacia la destrucción. Desde luego, llevaban el color de la lana de las ovejas.

Mas ¿qué pensar de la visión de Faile y los otros, acercándose hacia un precipicio? Elyas se marchó dejándolo con el hacha todavía apoyada en el hombro. Se sentía como si en lugar de cortar leños hubiera estado troceando cuerpos.

CAPÍTULO 25

Regreso a Bandar Eban

Rand y Min no se hicieron notar cuando llegaron a Bandar Eban. El acceso se abría a un pequeño callejón vigilado por dos Doncellas —Lerian y Heidia— junto a Naeff, el alto Asha'man de mentón cuadrado.

Tras hacer un reconocimiento del callejón, las Doncellas se situaron en la bocacalle, desde donde echaron miradas recelosas a la ciudad. Rand, vestido con capa marrón, llegó hasta ellas y posó la mano en el hombro de Heidia para calmar a la esbelta mujer; al parecer, la ponía nerviosa que hubiera llevado una escolta tan reducida.

En el cielo, las nubes se abrieron sobre la ciudad y desaparecieron casi de inmediato debido a la llegada de Rand. Min alzó la vista y sintió el calor en la cara. El callejón olía muy mal —a basura y desperdicios—, pero una cálida brisa sopló y se llevó el hedor.

—Milord Dragón, esto no me gusta —manifestó Naeff—. Deberíais llevar más protección. Regresemos y reunamos...

—Todo saldrá bien, Naeff —lo tranquilizó Rand, que se volvió hacia Min y le ofreció la mano.

Ella la tomó y se puso a su lado. Naeff y las Doncellas tenían órdenes de seguirlos a cierta distancia para no llamar la atención.

Nada más salir a una de las muchas aceras entarimadas de la capital domani, Min se llevó una mano a la boca. Había pasado poco tiempo desde que Rand se había marchado. ¿Cómo había cambiado tanto la ciudad en tan breve intervalo?

La calle estaba abarrotada de gente sucia y enferma que se amontonaba contra las paredes, arrebujada en mantas. No quedaba sitio para caminar por las aceras de madera, por lo que Rand y ella tuvieron que meterse en el barro para continuar. La gente tosía y gemía, y Min se dio cuenta de que la fetidez no sólo se limitaba al callejón: toda la ciudad parecía apestar. En otro tiempo, de la mayoría de los edificios colgaban estandartes, pero ahora los habían arrancado con el propósito de utilizarlos para arroparse o para alimentar las lumbres.

Casi todos los edificios tenían las ventanas rotas y estaban abarrotados de refugiados. Conforme Rand y ella avanzaban, la gente de alrededor se giraba para mirarlos. Algunos deliraban. Otros parecían hambrientos. Y peligrosos. Muchos eran domani, pero también había bastantes con la piel más clara: refugiados del llano de Almoth, o de Saldaea, quizá. Al pasar delante de un grupo de jóvenes con pinta de perdonavidas que holgazaneaban a la entrada de un callejón, Min aflojó un cuchillo

que llevaba en la manga, para tenerlo al alcance de la mano. Tal vez Naeff tenía razón. La ciudad no daba la impresión de ser un lugar seguro.

—Caminé por Ebou Dar como ahora por aquí —dijo Rand en voz baja. De pronto, ella fue consciente de su dolor. Una culpabilidad aplastante que le hacía más daño que las heridas del costado—. En parte, fue eso lo que me hizo cambiar. La gente de Ebou Dar estaba feliz y bien alimentada. No tenía este aspecto. Los seanchan gobiernan mejor que yo.

—Rand, tú no eres responsable de esto —replicó Min—. No estabas aquí para...

El dolor de Rand se hizo mayor, y Min comprendió que se había equivocado al decir aquello.

—Precisamente —respondió con la misma suavidad—. No estaba aquí. Abandoné esta ciudad cuando vi que no podría utilizarla para lo que tenía proyectado. Lo olvidé, Min. Olvidé el propósito de todo esto. Qué razón tenía Tam. Un hombre debe saber por qué lucha.

Rand había enviado a su padre a Dos Ríos, acompañado por un Asha'man, con la misión de agrupar a la gente en una unidad y prepararla para la Última Batalla.

Rand dio un traspié. De pronto parecía muy cansado, y se sentó en una caja que había cerca. Un rapazuelo de piel cobriza los observaba con interés desde el umbral de una casa. Al otro lado de la calle, una calzada se bifurcaba de la vía principal. Allí no se apelotonaba nadie; unos hombres con pinta de matones y armados con porras custodiaban la entrada a la calle.

—Están creando bandas —susurró Rand, los hombros hundidos—. Los ricos contratan a los fuertes para que los protejan y alejen a aquellos que vienen en busca de su fortuna. Sólo que ahora no tiene nada que ver con el oro o las joyas, sino con la comida.

—Rand —le dijo Min, que se arrodilló junto a él—, no puedes...

—Sé que he de seguir adelante —la interrumpió—, pero es doloroso tomar conciencia de las cosas que he hecho, Min. Al convertirme en acero, me deshice de todas esas emociones. Y ahora, al permitirme sentirlas de nuevo, al reír de nuevo, también me he abierto a mis errores y ya no me son ajenos.

—Rand, veo brillar el sol a tu alrededor.

Rand la miró y luego alzó los ojos al cielo.

—No ese sol —susurró Min—. Es una visión. Veo nubes oscuras a las que aleja el calor del sol. Te veo a ti con una espada cegadoramente blanca en la mano, y la empuñas contra una espada negra asida por una oscuridad sin rostro. Veo árboles que florecen de nuevo y dan fruto. Veo un campo con la siembra abundante y saludable. —Min dudó—. Veo Dos Ríos, Rand. Veo una posada con la marca del Colmillo del Dragón incrustada en la puerta. Pero ya no es un símbolo de oscuridad y odio, sino de victoria y esperanza.

Él la miró.

Min vio algo por el rabillo del ojo. Se giró hacia la gente que se hallaba sentada en la calle y ahogó un grito. Todos tenían una imagen sobre ellos. Era un hecho excepcional ver aparecer tantas visiones —y todas a la vez— encima de las cabezas de los enfermos, los débiles y los desamparados.

—Veo un hacha plateada encima de la cabeza de ese hombre —continuó, señalando a un mendigo barbudo que estaba recostado contra la pared y con la barbilla hundida en el pecho—. Será un líder en la Última Batalla. Y esa taciturna mujer de ahí, acurrucada en las sombras, irá a la Torre Blanca y se convertirá en una Aes Sedai. Veo la Llama de Tar Valon junto a ella y sé lo que eso significa. ¿Ves a ese hombre de allí, con pinta de ser un simple matón? Le salvará la vida. Sé que no quiere, pero luchará. Todos ellos lo harán. ¡Lo veo!

Miró a Rand y le asió la mano.

—Serás fuerte, Rand. Serás tú el que conseguirá que ocurra eso. Vas a liderar a esta gente. Lo sé.

—¿Lo has visto en una visión?

Min negó con la cabeza.

—No hace falta. Confío en ti.

—Casi te maté —susurró Rand—. Cuando me miras, ves a un asesino. Sientes mi mano en tu garganta.

—¿Qué? ¡Claro que no! Rand, mírame a los ojos. Me sientes a través del vínculo. ¿Acaso percibes una sola pizca de duda o de miedo en mí?

Rand la miró a los ojos con toda la intensidad de que era capaz, pero ella no se amedrentó, porque sostener la mirada de este pastor era muy fácil. Entonces él se sentó más erguido.

—Oh, Min, ¿qué haría sin ti?

La joven resopló con sorna antes de responder:

—Te siguen reyes y jefes Aiel, así como Aes Sedai, Asha'man y *ta'veren*. Estoy convencida de que te arreglarías muy bien.

—No. Tú eres más imprescindible para mí que todos ellos juntos. Me recuerdas quién soy. Además, sabes pensar con más claridad que la mayoría de quienes se llaman a sí mismos mis consejeros. Si quisieras, serías una reina.

—Sólo te quiero a ti, pedazo de idiota.

—Gracias. —Rand vaciló antes de añadir—: Aunque creo que no echaría de menos que dejaras de dedicarme cumplidos como ése.

—La vida es dura, ¿verdad? —dijo Min con guasa.

Rand sonrió. Después se puso de pie y respiró hondo. La culpabilidad seguía ahí, pero bajo control, al igual que controlaba el dolor. Alrededor, los refugiados empezaban a animarse. Rand regresó junto al desdichado barbudo que Min le había

indicado antes; el hombre estaba sentado con los pies en el barro.

—Vos sois él —le dijo el hombre—. El Dragón Renacido.

—Sí —respondió Rand—. ¿Eras soldado?

—Yo... —La expresión en los ojos del hombre se tornó ausente, lejana—. En otra vida. Serví en la Guardia Real, antes de que el rey desapareciera, antes de que lady Chadmar aprovechara para ponerse al mando y nos disolviera.

La fatiga pareció desbordarse por los ojos del hombre mientras evocaba esos tiempos.

—Excelente —exclamó Rand—. Necesitamos reinstaurar el orden en esta ciudad, capitán.

—¿Capitán? —repitió el hombre—. Pero yo...

Entonces ladeó la cabeza, se levantó y se sacudió el polvo de la ropa. De pronto, fue como si un ligero aire militar irradiara de él a pesar de las ropas rasgadas y la barba enmarañada.

—Bien, supongo que tenéis razón. Pero no creo que sea fácil. La gente se muere de hambre.

—Yo me ocuparé de eso —dijo Rand—. Necesito que reúnas a tus hombres.

—No veo a muchos de los otros muchachos por aquí... No, aguardad. Ahí están Votabek y Redbord.

Llamó con un ademán a un par de los hombres en los que Min se había fijado al pasar. Los dos dudaron un momento, pero se acercaron.

—¿Durnham? —preguntó uno de ellos—. ¿Qué sucede?

—Ha llegado la hora de acabar con esta ausencia de ley en la ciudad —respondió Durnham—. Vamos a organizar las cosas, a hacer limpieza. El lord Dragón ha vuelto.

Uno de los hombres escupió al suelo. Era un hombre corpulento con el pelo moreno y rizado, piel domani y un bigote fino.

—Así se abrase. Nos abandonó. Yo... —El hombre enmudeció de golpe al ver a Rand.

—Lo siento —dijo Rand, mirándolo a los ojos—. Os fallé. No volverá a pasar.

El hombre miró a su compañero, y éste se encogió de hombros.

—Lain nunca nos va a pagar, así que es mejor ver qué podemos hacer aquí.

—Naeff —llamó Rand al Asha'man con un gesto de la mano. Tanto él como las Doncellas se acercaron desde donde habían estado observando—. Abre un acceso de vuelta a la Ciudadela. Quiero armas, armaduras y uniformes.

—De inmediato —respondió Naeff—. Haremos que los soldados traigan todo...

—No —lo interrumpió Rand—. Pasadlo a través del acceso al interior de este edificio. Yo os despejaré el sitio donde abrirlo. Pero ningún soldado tiene que venir. —Rand alzó la vista y miró la calle—. Bandar Eban ya ha sufrido bastante a manos de extranjeros. Hoy no verá la mano de un conquistador.

Min dio un paso atrás y observó maravillada. Los tres soldados entraron con presteza en el edificio y evacuaron a los pilluelos. Rand, al verlos, les pidió que le hicieran de mensajeros para llevar recados. Y respondieron. Todos respondían a Rand si se paraban a mirarlo.

Quizás otra persona habría pensado que se trataba de algún tipo de Compulsión, pero Min vio cómo les cambiaba la cara, cómo les brillaban los ojos al recuperar la esperanza. Vieron que en Rand había algo en lo que podían confiar. O, al menos, algo en lo que esperaban poder confiar.

Los tres soldados enviaron a unos cuantos mensajeros, chicos y chicas, a buscar a otros antiguos soldados. Naeff abrió el acceso. Al cabo de unos minutos, los tres soldados salían del edificio vestidos con corazas plateadas y un sencillo —pero limpio— uniforme de color verde. Los hombres se habían peinado la barba y el pelo, y habían encontrado algo de agua para lavarse la cara. Así, en un visto y no visto, dejaron de parecer unos pordioseros y se convirtieron en soldados. Olían un poco, ¡pero eran soldados, de todas todas!

La mujer en la que Min se había fijado antes —de la que sabía a ciencia cierta que tenía la capacidad de encauzar— se acercó a hablar con Rand. Tras un breve intercambio entre los dos, ella asintió y al poco rato había reunido a hombres y mujeres para llenar cubos de agua del pozo, Min frunció el entrecejo sin entenderlo, hasta que se pusieron a lavarles la cara y las manos a todos aquellos que se acercaban.

La gente empezó a congregarse alrededor. Algunos por curiosidad, otros con aire hostil y varios que seguían la corriente al resto, sin más. La mujer y su equipo se pusieron a examinarlos y a asignarles tareas: unos para buscar a heridos o enfermos; otros para enfundarse los uniformes y empuñar un arma. Una de las mujeres empezó a hablar con los arrapiezos para descubrir dónde estaban sus padres, si es que tenían.

Min se sentó en la caja que Rand había utilizado antes. En una hora, había una tropa formada por quinientos soldados a las órdenes del capitán Durnham y sus dos tenientes. Muchos de esos quinientos soldados no podían dejar de mirar con asombro el uniforme limpio y las corazas plateadas que llevaban.

Rand habló con muchos de ellos en persona, pidiéndoles perdón. Mientras hablaba con una mujer, la multitud que tenía detrás empezó a moverse nerviosa. Rand se dio la vuelta y vio a un hombre anciano que se acercaba, con la piel llagada por lesiones terribles. La gente mantenía las distancias con él.

—Naeff —llamó Rand.

—¿Milord?

—Trae Aes Sedai. Aquí hay gente que necesita Curación.

La mujer que había organizado a la gente para llenar los cubos de agua ayudó al anciano a moverse a un lado.

—Milord. —Durnham llegó junto a Rand a paso ligero.

Min se quedó boquiabierta. El hombre había encontrado una navaja en algún lugar y se había afeitado la barba, dejando a la vista un mentón de rasgos firmes. Se había dejado el típico bigote domani. Lo acompañaba una guardia de cuatro hombres.

—Vamos a necesitar más sitio, milord —informó el capitán—. El edificio que elegisteis está a rebosar, y más y más personas siguen llegando y tienen abarrotada la calle.

—¿Qué sugieres? —preguntó Rand.

—Los muelles —respondió Durnham—. Uno de los mercaderes de la ciudad se ha adueñado de ellos. Apuesto a que encontraremos algunos almacenes casi vacíos que podríamos utilizar. Antes almacenaban comida pero... Bueno, ya no queda.

—¿Y el mercader que tiene en su poder esa zona? —preguntó Rand.

—Nada que vos no podáis solucionar, milord.

Rand sonrió y le indicó con un ademán a Durnham que lo guiara hasta allí, tras la cual le tendió la mano a Min.

—Rand —dijo Min cogiéndole la mano—, van a necesitar comida.

—Sí —convino él. Miró en dirección sur, hacia los muelles cercanos—. La encontraremos allí.

—¿No se la habrán comido ya?

Rand no respondió. Se unieron a la recién creada guardia de la ciudad y se pusieron a la cabeza de la unidad vestida de verde y plata. Tras ellos iba una multitud de refugiados llenos de esperanza.

Los enormes muelles de Bandar Eban —que se contaban entre los más impresionantes del mundo— estaban situados al pie de la ciudad, en la rada con forma de media luna. Min se sorprendió al ver cuántos barcos fondeaban en ellos, la mayoría navíos de los Marinos.

«Claro —se dijo Min—. Rand hizo que trajeran comida a la ciudad. Pero se echó a perder. Cuando Rand abandonaba la ciudad, le informaron que toda la comida que había en esos barcos había sucumbido al contacto del Oscuro.»

Alguien había levantado barricadas en medio de la calzada. Las otras calles que llevaban a los muelles tenían parapetos similares. Detrás de la barricada, varios soldados uniformados miraban con nerviosismo a la fuerza que se acercaba.

—¡Alto ahí! —gritó una voz—. No nos...

Rand levantó una mano e hizo un gesto despreocupado. La barricada, hecha de muebles y tablones, empezó a temblar y luego se deslizó a un lado con el chirrido de maderas al rozar entre sí. Los hombres cobijados detrás gritaron al tiempo que se apartaban.

Rand dejó a un lado las barricadas tiradas en la calzada y avanzó. Min percibía la paz que había dentro de él. Un grupo de hombres harapientos, armados con porras, se encontraba en medio de la calle con los ojos desorbitados. Rand se dirigió a uno de

ellos.

—¿Quién impide a mi gente acceder a los muelles y acapara toda la comida para sí? Querría... hablar con esa persona.

—¿Milord Dragón? —preguntó una voz llena de sorpresa.

Min miró hacia donde había sonado la voz. Un hombre alto y delgado, vestido con una chaqueta roja de corte domani, se abría paso hacia ellos a trompicones. Su camisa había conocido tiempos mejores; ahora, en vez de impoluta y de calidad, estaba arrugada y sucia. Se notaba que el hombre se hallaba al borde de la extenuación.

«¿Cómo se llamaba? —pensó Min—. Iralin, eso es. El jefe de puerto.»

—¿Iralin? —llamó Rand—. ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué has hecho?

—¿Que qué he hecho yo? —demandó el hombre—. ¡Intentar evitar que toda la ciudad asaltara los barcos en busca de la comida echada a perder! Cualquier persona que la come, enferma y muere. Pero la gente no atiende a razones. Varios grupos intentaron entrar a la fuerza en los muelles en busca de la comida, así que decidí no permitir que provocaran su propia muerte al ingerirla.

La voz del hombre nunca había sonado tan enojada como ahora. Min lo recordaba como un hombre sosegado.

—Lady Chadmar huyó una hora después de que vos os marchasteis —continuó Iralin—, y los otros miembros del Consejo de Mercaderes no tardaron ni un día en hacer lo mismo. Esos malditos Marinos dicen que no se irán hasta que desembarquen la mercancía o hasta que les pague para hacer otro servicio. Así que me he dedicado a esperar que la ciudad se muera de hambre, o que coma esa comida y se muera, o que estalle otro disturbio de fuego y muerte. Eso es lo que he estado haciendo aquí. ¿Qué habéis estado haciendo vos, milord Dragón?

Rand cerró los ojos y suspiró. No se disculpó con Iralin como lo había hecho con otra gente. Quizá se había dado cuenta de que disculparse no serviría de nada.

Min asestó una mirada encolerizada a Iralin.

—Es mucho el peso que carga el lord Dragón a la espalda, mercader. No puede cuidar de todos y cada uno de...

—Está bien, Min —la interrumpió Rand. Le puso la mano en el brazo y abrió los ojos—. Es lo que me merezco. Iralin, antes de marcharme de la ciudad me dijisteis que la comida en esos barcos se había echado a perder. ¿Comprobasteis todos los barriles y sacos?

—Comprobé los suficientes —respondió el jefe de puerto, aún hostil—. Si uno abre cien sacos y encuentra lo mismo en todos ellos, se imagina cómo estará el resto. Mi mujer ha intentado discurrir un método para separar el grano malo del bueno. Si es que hay grano bueno.

Rand echó a andar hacia las naves. Iralin lo siguió, desconcertado quizá porque

Rand no le hubiera gritado. Min se unió a ellos. Rand se acercó a un sobrecargado navio de los Marinos que estaba amarrado al muelle. Un grupo de Marinos descansaba a bordo.

—Querría hablar con la Navegante —anunció Rand.

—Heme aquí —respondió una mujer con canas en el liso cabello negro; lucía tatuajes en la mano derecha—. Milis din Shalada Tres Estrellas.

—Hice un trato para que se hiciera llegar comida aquí —continuó Rand.

—Y ése no quiere que hagamos la entrega —respondió Milis, señalando con la cabeza a Iralin—. No nos deja descargar. Dice que, si lo hacemos, hará que sus arqueros nos disparen.

—No sería capaz de contener a la gente —se defendió Iralin—. He echo correr el rumor por la ciudad de que los Marinos retienen la comida a la fuerza.

—¿Veis lo que hemos de soportar por vos? —le dijo Milis a Rand—. Empiezo a cuestionarme el compromiso que acordamos, Rand al'Thor.

—¿Niegas que sea el *Coramoor*? —preguntó Rand sin dejar de mirarla a los ojos. Parecía que la mujer tenía problemas para desviarlos en otra dirección.

—No —dijo al final la Navegante—. No, supongo que no. Querréis subir a bordo del Cresta Blanca, supongo.

—Si se me permite.

—¡Arriba, pues!

Tras colocar la plancha, Rand subió a bordo con paso resuelto, seguido de Min, Naeff y las dos Doncellas. Tras un instante de vacilación, lo siguieron Iralin y el capitán con algunos de sus soldados.

Milis los condujo al centro de la cubierta, donde una trampilla y una escala llevaban a la bodega del barco. Rand bajó en primer lugar; al tener sólo una mano, lo hizo con movimientos torpes. Min fue la siguiente.

En la bodega, la luz entraba entre las ranuras de cubierta e iluminaba montones y montones de sacos de grano. El aire se notaba cargado y olía a polvo.

—Estaríamos encantados de deshacernos de esta carga —dijo con suavidad Milis, que había sido la tercera en bajar—. Está matando a las ratas.

—Quién hubiera dicho que eso no os agradaría —comentó Min.

—Un barco sin ratas es como un océano sin tormentas —respondió la Navegante —. Nos quejamos de ambas, pero mi tripulación murmura cada vez que encuentra un roedor muerto.

Cerca había varios sacos abiertos y tumbados, con el oscuro contenido desparramado por el suelo. Iralin había explicado que intentaban separar el grano bueno del malo, pero Min no veía grano bueno. Tan sólo grano arrugado y descolorido.

Rand se quedó mirando los sacos abiertos, mientras Iralin bajaba a la bodega. El

capitán Durnham y sus hombres fueron los últimos en bajar.

—Ya no hay nada que aguante mucho tiempo —dijo Iralin—. No es sólo el grano. La gente trajo consigo lo que había almacenado en sus granjas durante el invierno. También se pudrió. Vamos a morir, y ya está dicho todo. No vamos a llegar a la maldita Última Batalla. Nosotros...

—Paz, Iralin —lo interrumpió con suavidad Rand—. Las cosas no están tan mal como piensas.

Rand se acercó a un saco y tiró del cordón que lo cerraba. El saco cayo de lado y derramó en el suelo de la bodega granos dorados de cebada. No había ni una sola mancha de color negro. Daba la impresión de que esa cebada se hubiera recolectado hacía poco, todos y cada uno de los granos hinchados y llenos.

Milis reprimió un grito ahogado.

—¿Qué habéis hecho? —le preguntó a Rand.

—Nada. Sólo abristeis los sacos equivocados, eso es todo. El resto está en buenas condiciones.

—¿Que eso es todo? —repitió Iralin—. O sea, ¿ahora resulta que abrimos todos los sacos malos sin dar con uno solo que estuviera bien? Eso es ridículo.

—No es ridículo, sólo improbable —argumentó Rand, que posó la mano en el hombro del jefe de puerto—. Lo hiciste bien, Iralin. Siento haberte dejado en este aprieto. Te nombro miembro del Consejo de Mercaderes.

Iralin se quedó boquiabierto.

A su lado, el capitán Durnham abrió otro saco.

—Este está bien —dijo tras comprobarlo.

—Y éste —confirmó uno de sus hombres.

—Aquí hay patatas —dijo otro soldado junto a un barril—. Me parecen tan buenas como cualesquiera que haya comido antes. En realidad, tienen mejor pinta. No se han secado como cabría esperar de restos sobrantes del invierno pasado.

—Corred la voz —les dijo Rand a los soldados—. Reunid a vuestros hombres para empezar a distribuir las provisiones desde uno de los almacenes. Quiero este grano bien protegido con una guardia nutrida. Iralin actuó con gran acierto al prever que la gente podía asaltar los muelles. No entreguéis nada sin cocinar. Eso haría que la gente lo acaparara y traficara con ello. Necesitaremos calderos y lumbres para cocinar una parte. El resto, llevadlo a los almacenes. ¡Daos prisa!

—¡Sí, señor! —respondió el capitán Durnham.

—La gente que he reunido de momento os ayudará —dijo Rand—. No robarán el grano. Podéis confiar en ellos. Que descarguen los barcos y quemen el grano malo. Tendría que haber miles de sacos que aún estén en buenas condiciones. —Rand miró a Min—. Vamos, he de organizar a las Aes Sedai para las Curaciones.

Rand vaciló un instante al reparar en que Iralin seguía sin salir de su asombro.

—Lord Iralin, te nombro administrador de la ciudad por el momento. Durnham será tu comandante. Pronto dispondrás de suficientes tropas Para restablecer el orden.

—¿Administrador de la ciudad? —repitió Iralin—. ¿Podéis hacer eso?

Rand le sonrió.

—Alguien ha de desempeñar esa tarea. Y date prisa con el trabajo, porque hay mucho que hacer. Sólo puedo quedarme el tiempo justo para estabilizar las cosas. Un día o así.

Rand se dio media vuelta para subir por la escalera de mano.

—¿Un día? —exclamó Iralin, aún en la bodega con Min—. ¿Para que todo vuelva a ser estable? No conseguiremos hacerlo en este tiempo, ¿verdad?

—Creo que os sorprenderá, lord Iralin —respondió Min, mientras se asía a la escalera de mano para empezar a subir—. A mí me sorprende a diario.

CAPÍTULO 26

Parlamentar

A lomos de *Brioso*, Perrin se alejó del campamento al frente de un gran ejército. No enarbolaban estandartes de la cabeza de lobo. Que él supiera, se había acatado su orden de quemar esas insignias. Aunque ahora ya no estaba tan seguro de haber acertado al tomar tal decisión.

Había un olor raro en el aire. Olía a rancio, como una habitación que hubiera permanecido cerrada durante años. *Brioso* empezó a trotar por la calzada de Jehannah. Grady y Neald lo flanqueaban; olían a impaciencia.

—Neald, ¿seguro que estás listo? —preguntó Perrin a la par que hacía virar al ejército hacia el sureste.

—Me siento tan fuerte como de costumbre, milord —respondió Neald—. Lo bastante fuerte para acabar con unos cuantos Capas Blancas. Siempre he querido tener la ocasión de hacerlo.

—Sólo los necios buscan una oportunidad para matar —replicó Perrin.

—Sí, mi señor —contestó Neald—. Aunque tal vez debería mencionar...

—No es menester hablar de ello —interrumpió Grady.

—¿De qué? —preguntó Perrin.

—No tiene importancia, estoy seguro. —Grady parecía avergonzado.

—Dímelo, Grady —ordenó Perrin.

El Asháman entrado en años hizo una profunda inspiración antes de hablar.

—Esta mañana intentamos abrir un acceso para enviar de vuelta a los refugiados, pero no funcionó. También sucedió lo mismo un rato antes. El tejido se... deshizo.

Perrin frunció el entrecejo.

—¿Hay algún problema con los demás tejidos?

—No —respondió con presteza Neald.

—Como os dije, milord —añadió Grady—, estoy convencido de que funcionará cuando volvamos a intentarlo. Nos falta práctica, eso es todo.

No era probable que necesitaran Viajar para emprender la retirada en esta batalla; maniobra que, por otro lado, no sería viable con sólo dos Asha'man para un contingente tan numeroso. Aun así, no le gustaba perder esa posibilidad. Ojalá que no ocurriera lo mismo con los demás tejidos. Contaba con Grady y con Neald para trastocar y desbaratar la carga inicial de los Capas Blancas.

«Tal vez deberíamos volver», pensó, pero de inmediato desechó tal opción. No le gustaba haber tenido que tomar esta decisión; le revolvía el estómago la idea de una batalla, hombre contra hombre, cuando su verdadero enemigo era el Oscuro, pero no

le quedaba otra alternativa.

Siguieron adelante. Llevaba el martillo sujeto a la cintura; *Saltador* le había dado a entender que tanto daba martillo o hacha. Para los lobos no había diferencia entre un arma u otra.

Junto a él cabalgaban los soldados de la Guardia Alada de Mayene, que con sus brillantes corazas lacadas en rojo semejaban estilizados halcones listos para abatirse sobre la presa. Los soldados de Alliandre, erguida la cabeza y llenos de resolución, cabalgaban detrás como grandes rocas dispuestas a aplastar lo que se interpusiera a su paso. Los arqueros de Dos Ríos eran como robles jóvenes: flexibles, pero robustos. Los Aiel, veloces como serpientes y prestos a morder con los afilados colmillos; y las Sabias, que lo acompañaban a regañadientes, como nubarrones inestables que bullían con una energía imprevisible. No sabía si lucharían para él.

El resto de su ejército era menos imponente. Miles de hombres de distintas edades y experiencia —algunos mercenarios, otros refugiados de Malden—, mujeres que habían visto a las Doncellas y a las componentes de *Cha Faile* y habían insistido en entrenarse con los hombres. Perrin no se lo había impedido. La Última Batalla se acercaba. ¿Quién era él para poner obstáculos a quien quisiera luchar?

Se había planteado la posibilidad de prohibir a Faile que los acompañara, pero sabía muy bien el resultado que tendría hacer tal cosa. Sin embargo, la situó en la retaguardia, rodeada por Sabias y *Cha Faile*, además de ir acompañada por las Aes Sedai.

Aferró las riendas con fuerza al oír el sonido de las pisadas de los hombres en marcha. Muy pocos refugiados llevaban armadura. Arganda se había referido a ellos como "infantería ligera", pero Perrin tenía otra definición para esos hombres: "inocentes armados". ¿Por qué lo seguían? ¿Es que no se daban cuenta de que serían los primeros en caer?

Confiaban en él. ¡Así los abrasara la Luz, todos confiaban en él! Apoyó la mano en el martillo y percibió, mezclado en el aire húmedo, el olor a miedo y a nerviosismo. El ruido atronador de los cascos de los caballos y los pasos de los hombres le recordaba el oscuro cielo. Truenos sin relámpagos. Relámpagos sin truenos.

El campo de batalla se abría ante él, una amplia extensión de hierba verde con tropas vestidas de blanco alineadas en el extremo opuesto. Ese ejército de Capas Blancas vestía corazas plateadas perfectamente pulidas, con tabardos y capas de un color niveo puro. La pradera era un buen lugar para la batalla. También sería un buen lugar para tierras de cultivo.

«Para comprender algo, debes comprender las partes que lo componen y el propósito de cada una de ellas.»

¿Cuál había sido el propósito de su hacha de guerra? Matar. Para eso había sido

creada, sólo para eso le había servido.

Pero el martillo era diferente.

Perrin sofrenó de golpe a *Brioso*. Junto a él, los Asha'man se pararon y después toda la columna empezó a detenerse. Los grupos se iban aglomerando conforme aminoraban el paso. Las órdenes que se impartían reemplazaron el sonido de la marcha.

El aire se había calmado a pesar de que el cielo sobre sus cabezas seguía siendo amenazador. No era capaz de oler la hierba o los lejanos árboles, debido a la cantidad de polvo que habían levantado y el sudor de los hombres debajo de las armaduras. Los caballos resoplaban y algunas monturas empezaron a pastar mientras que otras se mostraban nerviosas al notar la tensión de sus jinetes.

—Milord, ¿sucede algo? —preguntó Grady.

El ejército de los Capas Blancas ya se había desplegado en formación de cuña invertida, con la caballería al frente. Esperaban con las lanzas en alto, prestos para bajarlas y derramar sangre.

—El hacha sólo mata —dijo Perrin—. Sin embargo, el martillo no sólo mata, también puede crear. Ésa es la diferencia.

De repente todo cobró sentido. Esa era la razón por la que había descartado el hacha: porque asi estaría en su mano escoger no tener que matar. No lo empujarían a tomar parte en aquello.

Perrin se giró hacia Gaul, quien se encontraba junto a varias Doncellas a corta distancia.

—Quiero aquí a las Aes Sedai y a las Sabias, ahora. —Perrin dudó antes de añadir—: Ordénaselo a las Aes Sedai, pero pídeselo a las Sabias, también ordena a los hombres de Dos Ríos que avancen.

Gaul asintió y salió disparado para llevar a cabo la tarea encomendada. Perrin les dio la espalda a los Capas Blancas. A pesar de todos sus defectos, los Capas Blancas se jactaban de tener honor. No atacarían hasta que las tropas enemigas hubieran ocupado sus posiciones.

El grupo formado por las Aes Sedai y las Sabias llegó junto a él, en vanguardia. Advirtió que Faile también se encontraba allí. Bueno, le había dicho que se quedara con las otras mujeres. Alargó la mano hacia su esposa, invitándola a que se pusiera a su lado. Los hombres de Dos Ríos llegaron por un flanco de su hueste.

—Gaul nos dijo que fuiste muy educado —le dijo Edarra a Perrin—. Eso significa que esperas algo de nosotras, algo que no querremos hacer.

Perrin sonrió.

—Deseo que me ayudéis a evitar esta batalla.

—¿No quieres danzar las lanzas? —preguntó Edarra—. Han llegado a mis oídos comentarios sobre lo que estos hombres vestidos de blanco han hecho en las tierras

húmedas. Creo que visten de blanco para ocultar la oscuridad que hay en su interior.

—Están desorientados —respondió Perrin—. Bueno, en realidad es más que eso. Por la Luz, son realmente frustrantes, pero no deberíamos enfrentarnos a ellos estando la Última Batalla tan próxima. Si peleamos entre nosotros, perderemos contra el Oscuro.

Edarra lanzó una carcajada.

—Me gustaría ver a alguien explicándole eso a los Shaido, Perrin Aybara. O, mejor aún, me habría gustado ver a alguien sugiriéndotelo a ti cuando los Shaido tenían en su poder a tu mujer.

—Los Shaido merecían morir, pero no estoy seguro de que los Capas Blancas lo merezcan —dijo Perrin—. Quizá bastaría con asustarlos. Quiero que vosotras y las Aes Sedai destruyáis la zona de pradera que hay delante de su ejército.

—Pides algo que no deberíais requerir, Aybara —respondió con aspereza Seonid —. No tomaremos parte en vuestra batalla —continuó la Verde con la misma voz, tajante y brusca, sin dejar de mirarlo a los ojos a pesar de su reducida talla.

—No tomaréis parte en ninguna batalla, sino todo lo contrario: la evitareis.

Seonid frunció el entrecejo.

—Me temo que vendría a ser lo mismo, en este caso. Si atacamos esa zona, sería utilizar el Poder como un arma. Podríamos herir a esos hombres por azar. Lo siento.

Perrin apretó los dientes pero no insistió. Era muy probable que bastara con las Sabias y los Asha'man. Se giró hacia la tropa de Dos Ríos.

—Tam, que los hombres encajen las flechas y se preparen para disparar una andanada.

Tam asintió y envió a un mensajero con la orden. Los hombres de Dos ríos se situaron en línea. La distancia que separaba los dos ejércitos los ponía fuera del alcance de la mayoría de los arqueros, pero un buen arco largo de Dos Ríos podría dar en el blanco.

Perrin hizo un gesto de asentimiento a las Sabias y después a los Asha'man. Antes de que hubiera ocasión de añadir algo más, la franja de terreno que había delante a los Capas Blancas estalló. Un temblor sacudió la pradera mientras el aire se llenaba de tierra. Grady y Neald hicieron avanzar a sus monturas.

Los caballos de los Capas Blancas se encabritaron y los soldados gritaron de terror. Un pequeño grupo de hombres situados delante del ejército no pareció inmutarse por las explosiones ni perdió el control de los animales. Debían de ser los oficiales al mando. Sí, Perrin alcanzó a divisar, gracias a su vista aguda, al capitán general de los Capas Blancas al frente.

La tierra explotó otra vez y salió disparada hacia el cielo para después caer como la lluvia sobre la profunda zanja que acababa de abrirse. Se notaba en los rostros de las Sabias el gesto de concentración asociado con el uso del Poder.

—¿Alguien sabe cómo hacer que la voz me suene más fuerte? —preguntó Perrin.

—Yo —respondió Grady—. Se lo vi hacer una vez al M'Hael.

—Bien —dijo Perrin. Se giró hacia Tam—. Cuando paren los encauzadores, haz que los hombres disparen un par de andanadas. Procurad acertar en la zanja.

Poco después cesaron las explosiones, y los hombres de Dos Ríos dispararon sus flechas. Las recias saetas dibujaron un arco en el cielo y, en cuestión de segundos, la grieta del suelo parecía un erizo. Perrin observaba al ejército Capa Blanca. La formación estaba rota, con las filas desordenadas.

El tintineo de armaduras —emparejado con la trápala de cascos— anunció la llegada de Arganda. Bajo el yelmo empenachado se advertía una dura expresión en los ojos del primer capitán de Ghealdan.

—¿Qué propósito tenía eso, si se me permite preguntarlo, lord Aybara? —Olía a hostilidad—. ¡Acabáis de descubrirles la ventaja que tenemos sobre ellos! De haberlos pillado desprevenidos, habríamos matado a millares, además de desbaratar su carga inicial.

—Sí —convino Perrin. Faile se adelantó para situarse junto a él, en el otro flanco —. Y lo saben. Mirad sus líneas, Arganda. Están preocupados. Ahora comprenden por lo que tendrán que pasar si cargan contra nosotros. Estando dispuesto a descubrirles este despliegue ofensivo como advertencia, ¿qué me habré dejado guardado en la manga?

—Pero eso era lo máximo que podemos hacer —apuntó Faile.

—Pero ellos no lo saben —repuso Perrin, sonriendo—. Sería una estupidez por nuestra parte revelar todo lo que tenemos en un despliegue intimidatorio.

Arganda mantuvo la boca cerrada, aunque saltaba a la vista que era justamente eso lo que pensaba. Era soldado hasta la médula. Un hacha. No había nada malo en ello, pero Perrin tenía que ser el martillo. Cuando él señalaba un objetivo, hombres como Arganda mataban.

—Grady, ¿me das potencia a la voz, por favor? —pidió—. Me gustaría que nuestro ejército oyera también lo que digo.

—No hay problema —contestó Grady.

Perrin respiró hondo antes de empezar a hablar.

—¡Soy Perrin Aybara! —retumbaron las palabras, atronadoras, a través de la pradera—. Soy amigo del Dragón Renacido y me encuentro aquí de servicio, en cumplimiento de sus órdenes. Me dirijo hacia la Última Batalla. Hace días me exigisteis que me reuniera con vos conforme a vuestras condiciones, lord capitán general. Ahora os pido que tengáis a bien acceder a mi petición de reuniros conmigo, aquí. ¡Si estáis decidido a matarme antes de que marche contra la Sombra, al menos haced el favor de darme una última oportunidad para impedir que hoy se derrame sangre!

Dicho esto, le hizo un gesto a Grady y el Asha'man soltó el tejido.

—¿Tenemos un pabellón que podamos instalar para sostener un parlamento?

—En el campamento, sí —contestó Faile.

—Si queréis, puedo intentar abrir un acceso —ofreció Neald al tiempo que se pasaba los nudillos por lo que él llamaba bigote y que llevaba encerado en las puntas.

—Adelante, inténtalo.

Neald se concentró, pero no ocurrió nada y el joven enrojeció hasta la raíz del cabello.

—No funciona. Ni el Viaje ni Rasar —informó.

—Comprendo. Bien, pues, enviemos un jinete al campamento. Supongo que no será difícil tener instalada la tienda aquí en cuestión de minutos. Ignoro si accederán a celebrar la reunión, pero quiero estar preparado por si acaso aceptan. Que vengan también Berelain y Alliandre, y tal vez alguien con bebida. Y que traigan las sillas y la mesa de mi tienda.

Se impartieron las órdenes oportunas, y un hombre de Dos Ríos —Robb Solter— partió a caballo con Doncellas corriendo detrás de él. Al parecer, los Capas Blancas estaban considerando su propuesta. Estupendo.

Arganda y casi todos los demás que tenía cerca se diseminaron para hacer correr la voz de lo que ocurría, a pesar de que era imposible que las tropas no hubieran oído su proclama.

Faile acercó su caballo junto a la de él. A juzgar por el olor, estaba intrigada.

—¿Qué? —preguntó Perrin.

—Hay algo que ha cambiado en ti e intento descifrar qué es.

—Estoy ganando tiempo —contestó—. Aún no he tomado ninguna decisión, pero no quiero matar a esos hombres. Todavía no. A menos que no me dejen otra opción.

—No cederán ni te darán cuartel, esposo. Ya te han juzgado.

—Veremos.

Perrin alzó la vista al cielo pensando en el extraño olor del aire y en el hecho de que no funcionara el tejido de Viajar de los Asha'man. Verdugo merodeaba por esa zona en el Sueño del Lobo y estaba esa pared de cristal. Se percibía algo maligno en el aire, y sus sentidos le producían una molesta sensación de hormigueo. «Estate alerta. Estate preparado», parecían decirle.

El martillo podía matar o crear. Aún ignoraba en cuál de las dos situaciones se encontraba, pero no tenía intención de golpear hasta saberlo.

Parado sobre su montura en la pradera que tendría que haber sido un campo de batalla, Galad contemplaba la zanja abierta en el suelo, acribillada con centenares de flechas.

Había estado preparado para las Aes Sedai. Una Aes Sedai no podía hacer daño a

nadie a menos que ella o su Guardián corrieran peligro, y Galad había dado órdenes específicas a los suyos de que no se enfrentaran a las Aes Sedai, ni se acercaran siquiera a ellas. Si los Hijos veían Aes Sedai, tenían que detenerse y hacer una inclinación con la cabeza al tiempo que bajaban el arma. Si sus hombres demostraban de forma inequívoca que no harían daño a las Aes Sedai, entonces las hermanas no participarían en la batalla.

Muchos de los Hijos no creían que eso fuera cierto. Calificaban de patrañas premeditadas lo que se contaba sobre los Tres Juramentos. No habían vivido en la Torre Blanca. A Galad no le gustaban la mayoría de las Aes Sedai y, desde luego, no confiaba en ellas, pero sabía que los Juramentos se llevaban a la práctica.

Los hombres se situaron de nuevo en línea, mascullando entre dientes. Galad alzó el visor de lentes para inspeccionar la primera línea de Aybara.

Hombres con chaquetas negras. Varias mujeres Aiel, entre ellas, una de ellas que había acudido con Aybara a su primer encuentro. Una encauzadora sin duda. Imaginó el suelo explotando bajo sus fuerzas lanzadas al ataque, levantando en el aire a la caballería; otros cayendo al foso mientras más rezagadas se quedaban atascadas en medio de la confusión y caian víctimas de aquellos impresionantes arcos largos.

Bornhald cabalgó hasta él con gesto furioso.

—No vamos a parlamentar con ellos, ¿verdad? —instó.

—Sí, creo que lo haremos. —Galad bajó el visor de lentes.

—¡Pero si ya nos reunimos con él! —protestó Bornhald—. Dijisteis que queríais verle los ojos como prueba de que era un Engendro de la Sombra, y los visteis. ¿Qué más necesitáis?

Byar, que en los últimos días actuaba a menudo como guardia de Galad, acercó a él su montura.

—No es de fiar, milord capitán general —dijo.

Galad señaló la profunda zanja con un gesto de la barbilla.

—Podría habernos destruido con ese ataque —contestó.

—Estoy de acuerdo con Byar —abundó Bornhald—. Quiere que salgáis a descubierto para mataros y desmoralizarnos.

—Es posible —admitió Galad.

Se volvió hacia el capitán Harnesh, que se encontraba cerca.

—Si muero —le dijo—, quiero que tomes el mando y cargues. Ataca sin dar cuartel. Revoco mi orden de evitar a las Aes Sedai. Matad a cualquiera que parezca estar encauzando. Haced de eso una prioridad. Es posible que no entendamos lo que ocurre aquí.

—¿Pero aun así vais a ir? —preguntó Bornhald.

—Sí —repuso.

Había permitido que Bornhald y Byar lo indujeran a entrar en batalla, pero ahora

se preguntaba si no se habría precipitado. Había visto esos ojos y había oído los testimonios de ambos Hijos, así como los de algunos de los que habían viajado con Aybara. Le había parecido obvio que atacar era lo que debía hacer.

Pero Aybara tenía razón: había acudido a reunirse con él cuando se lo había pedido. A lo mejor era un modo de evitar un derramamiento de sangre. Lo dudaba; pero, si existía una posibilidad, retrasar la batalla era lo indicado. Así de sencillo.

A Bornhald no le agradaba el rumbo que había tomado aquello. Era comprensible que estuviera furioso con el hombre que había matado a su padre, pero no podía permitir que la venganza guiara a los Hijos.

—Puedes venir conmigo —le dijo Galad, que taconeó su caballo para que se pusiera en marcha—. Eso también va por ti, Hijo Byar. Los capitanes deben permanecer aquí, repartidos entre los hombres, no sea que Aybara nos deje sin mandos.

Harnesh saludó y Bornhald se situó junto a Galad con desgana, al igual que Byar, en cuyos ojos ardía un fervor salvaje que igualaba la cólera de Bornhald. Los dos habían experimentado la derrota y la humillación a manos de ese Perrin Aybara. Galad también llevaba una guardia formada por cincuenta Hijos que cabalgaban en formación tras él.

Se había montado un pabellón para cuando llegaron al punto de encuentro. Era una estructura sencilla, de techo plano, con cuatro postes que mantenían tensa la lona gris pardusca. Debajo había una mesa cuadrada con dos sillas.

Aybara se encontraba sentado a un lado de la mesa, pero se puso de pie al ver acercarse a Galad. Ese día, el hombretón vestía una chaqueta verde y pantalón marrón —ambas prendas bien elaboradas, pero sencillas— y llevaba un martillo colgado a la cintura. El atuendo tenía un algo de térreo. No, ése no era un hombre de palacios, sino de campos y bosques. Un ser adaptado a la vida agreste que había sido encumbrado a la categoría de señor.

Un par de hombres se hallaban en la parte trasera del pabellón y sostenían los poderosos arcos largos de Dos Ríos. Se decía de los habitantes de esa comarca que eran granjeros y pastores independientes, de casta fuerte y antigua. Y habían elegido al tal Perrin Aybara para que los dirigiera.

Galad se dirigió hacia el pabellón, seguido de Byar y Bornhald, aunque los otros cincuenta Hijos permanecieron fuera, montados.

A diferencia del anterior encuentro, esta vez había Aes Sedai, al menos tres que Galad alcanzó a distinguir: una cairhienina de estatura baja; una mujer delgada de aspecto agradable, vestida con ropa sencilla; otra mujer robusta que, a juzgar por las numerosas trencillas, debía de ser de Tarabon. Se encontraban con el grupo de las Aiel que llevaban chales, y las protegía un puñado de Doncellas Lanceras. En fin, la presencia de esas Aiel daba credibilidad a la afirmación de que a Aybara lo había

enviado allí el Dragón Renacido.

Galad apoyó la mano en el pomo de la espada como al desgaire mientras recorría con la mirada a las demás personas presentes en el pabellón.

Y entonces se quedó petrificado. Una mujer increíblemente hermosa se hallaba detrás de la silla de Aybara. No, no era hermosa. Era bellísima. El lustroso cabello negro le caía por la espalda, reluciente. Llevaba un vestido rojo de un tejido lo bastante fino para realzar sus formas y con un profundo escote que dejaba a la vista parte del generoso busto.

Y los ojos, tan oscuros y con larguísimas y hermosas pestañas. Galad tuvo la impresión de que tiraban de él hacia sí. ¿Por qué no habría estado esa mujer la vez anterior?

—Parecéis sorprendido —dijo Aybara mientras se sentaba. Tenía un timbre de voz áspero—. La Principal está aquí siguiendo órdenes del lord ragón, igual que yo. ¿Acaso no os habéis fijado en la bandera de Mayene que ondea sobre mis fuerzas?

—Yo... —Galad cerró de golpe la boca e hizo una reverencia a la mujer.

¿Berelain sur Paendrag Paeron? Tenía fama de ser una belleza, pero de lo que había oído le hacía justicia. Apartó los ojos de ella merced a un gran esfuerzo y se obligó a sentarse enfrente de Aybara. Tenía que centrarse en su adversario.

Esos ojos dorados seguían siendo tan inquietantes como los recordaba. Costaba trabajo mirarlos. Sí, ese hombre sólo podía ser un Engendro de la Sombra. ¿Por qué seguían tantos a semejante ser? ¿Por qué lo seguía ella?

—Gracias por venir —dijo Aybara—. Nuestro último encuentro fue precipitado. Esta vez lo haremos como es debido. Debéis saber que la mujer que está a mi lado es Alliandre Maritha Kigarin, por la gracia de la Luz reina de Ghealdan y Defensora del Muro de Garen.

De modo que la mujer de cabello oscuro y porte majestuoso era la actual reina de Ghealdan. Claro que, con la agitación reinante allí en los últimos tiempos, era muy probable que hubiera media docena de personas reclamando el trono. Era bonita, pero quedaba eclipsada por Berelain. Aybara señaló con una inclinación de cabeza a una tercera mujer.

—Ella es Faile ni Bashere t Aybara, mi esposa y prima de la reina de Saldaea.

La esposa de Aybara miró a Galad con desconfianza. Sí, saltaba a la vista que era saldaenina, por la nariz. Bornhald y Byar no habían descubierto las conexiones de esa mujer con la realeza.

Dos gobernantes en la tienda y ambas detrás de Aybara. Galad se levantó de la silla e hizo una reverencia a Alliandre tan respetuosa como la que había dedicado a Berelain.

—Majestad.

—Sois muy caballeroso, lord capitán general —dijo Berelain—. Y esas

reverencias, muy elegantes. Decidme, ¿dónde recibisteis vuestro adiestramiento en el protocolo cortesano?

La voz de la Principal sonaba como música.

—En la corte de Andor, mi señora. Soy Galad Damodred, hijastro de la difunta reina Morgase y hermanastro de Elayne Trakand, la legítima reina.

—Vaya, iba siendo hora de que os pusiera nombre —intervino Perrin—. Ojalá me lo hubieseis dicho la última vez.

Berelain lo miró a los ojos y sonrió; parecía como si quisiera acercarse, pero se contuvo.

—Galad Damodred. Sí, me pareció reconocer algo en vuestro rostro. ¿Cómo está vuestra hermana?

—Confío en que goce de buena salud —repuso él—. Hace tiempo que no la veo.

—Elayne se encuentra bien —manifestó Aybara en tono brusco— Lo último que he sabido, y de eso sólo hace unos cuantos días, es que ha consolidado su pretensión al trono. No me sorprendería que se estuviera preparando para casarse con Rand a estas alturas. Si es que consigue apartarlo de sea cual sea el reino que esté conquistando.

Detrás de Galad se oyó una exclamación ahogada de Byar. ¿Aybara había pretendido insultarlo al insinuar una relación entre Elayne y el Dragón Renacido? Por desgracia, él conocía a su hermana demasiado bien. Era impulsiva y había mostrado una fascinación impropia por el joven al'Thor.

—Mi hermana es dueña de hacer lo que guste —dijo, sorprendido por la facilidad con que había contenido el enfado con ella y con el Dragón Renacido—. Estamos aquí para hablar de ti, Perrin Aybara, y de tu ejército.

Aybara se echó hacia adelante y puso las dos manos en la mesa.

—Ambos sabemos que esto no se trata de mi ejército —dijo.

—¿De qué, entonces? —preguntó Galad.

Aybara le sostuvo la mirada con aquellos antinaturales ojos suyos.

—De un par de Hijos de la Luz a los que maté hace dos años. Ahora, cada vez que me doy la vuelta, parece que hay un grupo de tus hombres pisándome los talones.

No era frecuente que un asesino hablara tan a las claras sobre lo que había hecho. Galad oyó a su espalda el rasposo sonido de una espada al deslizarse en la vaina, y levantó una mano.

—¡Hijo Bornhald! ¡Contrólate!

—¿Cómo que dos Hijos de la Luz, Engendro de la Sombra? —espetó Bornhald —. ¿Y qué pasa con mi padre?

—No tengo nada que ver con su muerte —repuso Aybara—. Geofram Bornhald pereció a manos de los seanchan, por desgracia. Para ser un Capa Blanca parecía un hombre razonable, aunque se proponía ahorcarme.

—Iba a hacerlo por los asesinatos que acabas de confesar —intervino Galad con sosiego al tiempo que asestaba una mirada seria a Bornhald, quien volvió a enfundar el arma con un golpe seco, aunque tenía el rostro congestionado.

—No fueron asesinatos. Ellos me atacaron y yo me defendí —repuso Aybara.

—No es eso lo que me han contado —repuso Galad. ¿Qué juego se traía entre manos ese hombre?—. Tengo un testimonio bajo juramento de que te ocultabas debajo de un saliente rocoso. Cuando te pidieron que salieras, apareciste de repente gritando y saltaste sobre ellos sin provocación.

—Oh, pero es que la hubo —argumentó Aybara—. Tus Capas Blancas mataron a alguien que estaba conmigo.

—¿La mujer que te acompañaba? —preguntó Galad—. Por lo que sé, ella escapó indemne.

Se había quedado estupefacto cuando Bornhald había mencionado el nombre de la mujer: Egwene al'Vere. Otra que parecía buscar compañías peligrosas.

—No me refiero a ella, sino a un amigo llamado *Saltador*. Y a continuación, a uno de sus compañeros. Eran lobos.

¡Ese hombre estaba dando más razones para condenarlo!

—¿Eres amigo de lobos, conocidos como criaturas de la Sombra?

—Los lobos no son partidarios del Oscuro —refutó Aybara—. Detestan a los Engendros de la Sombra tanto como cualquier hombre que conozco.

—¿Y cómo lo sabes?

Aybara no contestó, pero se notaba que había algo más. Byar afirmaba que ese hombre parecía capaz de dirigir a los lobos y correr con ellos como si él mismo fuera uno más. Ese testimonio era en parte lo que lo había persuadido de que la batalla era la única salida. Al parecer, las afirmaciones de Byar no eran exageraciones.

No obstante, aún no era necesario hacer hincapié en eso. Aybara había admitido el cargo por asesinato.

—No acepto la muerte de unos lobos como motivo para exonerarte de culpa —dijo—. Muchos cazadores matan lobos que atacan sus rebaños o amenazan sus vidas. Los Hijos no hicieron nada malo. En consecuencia, tu ataque contra ellos fue un asesinato injustificado.

—Hay mucho más mezclado en esto, pero dudo que fuera capaz de convencerte de ello —dijo Aybara.

—No se me puede convencer de algo que no es verdad —replicó Galad.

—Y tampoco me dejarás en paz.

—Lo que significa que nos encontramos en un punto muerto. Has confesado crímenes que yo, como servidor de la justicia, debo encargarme de que no queden impunes. No puedo dar media vuelta y marcharme. ¿Entiendes por qué presentía que parlamentar más no serviría de nada?

—¿Y si estuviera dispuesto a someterme a juicio? —preguntó Perrin.

La mujer de nariz prominente posó una mano en el hombro de su esposo. Él alzó la suya y la puso encima de la mano de la mujer, pero no apartó la vista de Galad.

—Si vienes y aceptas el castigo que te impongamos por lo que has hecho... —contestó.

Significaría su ejecución. A buen seguro que ese ser no se entregaría así porque sí.

Un grupo de criados había llegado y preparaba té en el fondo del pabellón. Té. En un parlamento de guerra. Era evidente que Aybara tenía poca experiencia en este tipo de cosas.

—No he dicho castigo —repuso éste con voz cortante—. Un juicio. Si se demuestra mi inocencia, seré libre y tú, el lord capitán general, ordenarás a tus hombres que dejen de perseguirme. Sobre todo Bornhald y el que está detrás de ti y que gruñe como un cachorro cuando ve un leopardo por primera vez.

—¿Y si se demuestra tu culpabilidad?

—Depende.

—¡No le hagáis caso, milord capitán general! —clamó Byar—. ¡Ya prometió entregarse a nosotros en una ocasión para después no cumplir su palabra!

—¡Eso no es cierto! —protestó Aybara—. ¡Fuisteis vosotros los que no cumplisteis vuestra parte del trato!

—Yo...

Galad dio un palmetazo en la mesa.

—Todo esto es inútil. No habrá juicio.

—¿Y por qué no? —demandó Aybara—. Hablas mucho de justicia, pero ¿me niegas la oportunidad de tener un proceso ecuánime?

—¿Y quién sería el juez? —preguntó Galad—. ¿Confiarías en mi dictamen?

—Por supuesto que no. Pero en el de Alliandre sí. Es una reina.

—Y tu aliada —respondió Galad—. Sin ánimo de ofenderla, pero me temo que te absolvería sin revisar las pruebas. Ni siquiera la Principal sería la persona adecuada... Aunque, por supuesto, me fiaría de su compromiso, pero me temo que mis hombres no lo harían.

¡Luz, qué hermosa era esa mujer! La miró un instante y vio que se sonrojaba al mirarlo. Fue un levísimo rubor, pero estaba seguro de haberlo visto. Y se sorprendió enrojeciendo también.

—Las Aes Sedai, entonces —propuso Aybara.

Galad apartó con esfuerzo los ojos de Berelain y dirigió una mirada cortante al hombre que tenía enfrente.

—Si crees que una sentencia dada por una de esas mujeres de la Torre Blanca satisfaría a mis hombres, es que no conoces apenas a los Hijos de la Luz, Perrin

Aybara.

Los ojos de su oponente se tornaron duros. Sí, eso lo sabía. Mala suerte. Un juicio habría sido un desenlace limpio para este asunto. Una criada se acercó a la mesa con dos tazas de té, pero estaban de más. El segundo parlamento había llegado a su fin.

—Entonces, tienes razón —dijo Aybara, que parecía frustrado—. Este encuentro no ha servido de nada.

—No. —Galad echó otra ojeada de soslayo a Berelain—. Para mí no ha sido inútil.

Sabía más sobre la capacidad guerrera de Aybara y eso le ayudaría en la batalla. Aparte de eso, había sido acertado retrasar el combate durante un poco de tiempo para asegurarse de que era necesario. Todavía quedaba mucha luz del día para que la lucha empezara.

Pero... ¿y esa mujer, la Principal? Se forzó a apartar los ojos de ella, aunque no le resultó nada fácil.

Acto seguido se puso de pie e hizo una reverencia a Alliandre y otra a Berelain, tras lo cual se dispuso a marchar.

Entonces oyó una exclamación ahogada. Cosa extraña, procedía de la criada que había llevado el té. Galad la miró.

Era Morgase.

Se quedó petrificado, paralizado por completo. Todos los maestros de espada que había tenido, uno tras otro, le habían enseñado que jamás debía permitir que la sorpresa lo dominara, pero en ese momento su meticuloso entrenamiento no le sirvió de nada. Era su madrastra. Ese cabello dorado rojizo con el que había jugado de niño. Esa cara, tan hermosa pero a la vez tan firme. Esos ojos. Eran sus ojos.

¿Un fantasma? Había oído contar cosas sobre manifestaciones de la perversidad del Oscuro haciendo que los muertos volvieran a la vida. Pero nadie más en el pabellón parecía inquieto y esa mujer era demasiado real. Vacilante, Galad alargó la mano y tocó la mejilla de la aparición. La piel estaba tibia.

—¡Galad! —dijo ella—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo...?

No acabó la frase porque él la envolvió en un abrazo, lo que provocó que quienes se encontraban alrededor, tanto de un bando como de otro, dieran un respingo de sorpresa. Ella también dio un brinco. ¡Estaba viva! ¿Cómo?

«Maté a Valda —pensó de inmediato—. Acabé con él por ser responsable de la muerte de mi madre. Que no está muerta. He cometido una mala acción.»

No. Valda merecía morir por abusar de Morgase. ¿O tampoco era verdad esa parte? Había hablado a los Hijos convencido de que lo era, pero también había estado seguro de que Morgase había muerto.

Ya aclararía eso después. Ahora tenía que dejar de ser causa de vergüenza ante sus propios hombres. Soltó a su madrastra, pero ella siguió asida de su brazo. Parecía

aturdida. Rara vez la había visto así.

Perrin Aybara se había puesto de pie y los observaba con el entrecejo fruncido.

—¿Conoces a Maighdin? —preguntó después.

—¿Maighdin? —preguntó Galad.

Entonces reparó en que Morgase llevaba un vestido sencillo y no lucía joyas. ¿Acaso se estaba haciendo pasar por una criada?

—Aybara, ésta es Morgase Trakand, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Cabeza Insigne de la casa Trakand. ¡Es tu soberana!

—Maighdin, ¿es eso cierto? —preguntó Aybara.

Morgase alzó la barbilla, erguida la cabeza, y lo miró a los ojos. ¿Cómo era posible que Aybara no hubiera visto en ella a una reina?

—Soy Morgase Trakand —afirmó—. Pero renuncié a mis derechos y abdiqué del trono en favor de Elayne. Con la Luz por testigo, jamás reclamaré la corona.

Galad asintió con la cabeza. Sí. Morgase debió de temer que Aybara la utilizara contra Andor.

—Te llevo a mi campamento, madre —dijo, sin quitarle ojo a Aybara Entonces podremos discutir el trato que este hombre te ha dado.

Ella se volvió a mirarlo con expresión impasible.

—¿Es eso una orden, Galad? —inquirió—. ¿Es que yo no tengo nada que decir al respecto?

Galad arrugó la frente, se agachó un poco y habló en un susurro:

—¿Es que retiene a más cautivos? ¿De qué amenaza se vale para ejercer poder sobre ti?

—Este hombre no es lo que crees, Galad —respondió ella con voz suave al tiempo que meneaba la cabeza en un gesto de negación—. Es un hombre rústico, y desde luego no me gusta lo que le está haciendo a Andor, pero no es partidario de la Sombra. Tengo más que temer de tus... asociados, que de Perrin Aybara.

Sí, ella tenía motivo para desconfiar de los Hijos. Un buen motivo.

—¿Querrás venir conmigo, mi señora? Prometo que podrás irte de mi campamento y regresar al de Aybara cuando gustes. A pesar de lo que quiera que padecieses por los Hijos en el pasado, ahora estarás a salvo con ellos. Te lo juro.

Morgase hizo una inclinación de cabeza.

—Un momento, Damodred —dijo Aybara.

Galad se volvió hacia él al tiempo que posaba la mano de nuevo en el pomo de la espada; no como una amenaza, sino como un recordatorio. Muchos de los presentes en el pabellón habían empezado a hablar en susurros.

—¿Sí? —preguntó.

—Querías un juez —respondió Aybara—. ¿Aceptarías a tu madre para ese cometido?

Galad no lo dudó ni un instante. Por supuesto que sí; había sido reina desde los dieciocho años y él la había visto procesar casos y emitir dictámenes. Era justa. Rigurosa, pero justa.

Mas ¿la aceptarían los otros Hijos? Había recibido instrucción de las Aes Sedai. La habían considerado una de ellas. Era un problema. Pero su arbitraje ofrecía una salida al conflicto. A lo mejor él podría convencerlos de que la vieran como era en realidad.

—La aceptaría —contestó—. Y, si respondiera por ella, mis hombres también consentirían.

—Bien. Entonces, yo también consiento en que lo sea.

Los dos se volvieron hacia Morgase, que, a pesar del sencillo vestido amarillo, a cada segundo que pasaba parecía más una reina.

—Perrin —empezó ella—, si actúo como tribunal no atemperaré ni acomodaré mis decisiones. Me acogiste cuando necesitábamos amparo, y por ello te estoy agradecida. Pero, si considero que has cometido un asesinato, no me echaré atrás y emitiré mi dictamen en consonancia con dicha conclusión.

—Con eso me basta —accedió Aybara, que parecía sincero.

—Milord capitán general —le susurró Byar al oído con un timbre exaltado—, ¡me temo que sea una farsa! No ha dicho que se someterá al castigo.

—No, no lo he dicho —intervino Aybara.

¿Cómo diantres había oído el apagado susurro?

—No tendría sentido que lo dijera —añadió Aybara—. Me tenéis por un Amigo Siniestro y un asesino. No aceptaríais mi palabra de someterme al dictamen a menos que estuviera bajo vuestra custodia.

—¿Veis? —exclamó Byar en voz más alta—. ¿Qué objeto tiene seguir con esto?

Cada vez más seguro de lo que había que hacer, Galad sostuvo la mirada de Aybara.

—Porque habría un juicio —contestó—. Y una justificación legal. Ahora me doy cuenta, Hijo Byar. Hemos de probar nuestras acusaciones o, en caso contrario, no somos mejores que Asunawa.

—¡Pero el juicio no será justo!

Galad se volvió hacia el soldado alto.

—¿Estás cuestionando la imparcialidad de mi madre? —espetó.

Byar se quedó de piedra; después negó con la cabeza.

—No, milord capitán general —corroboró en voz alta.

Galad se volvió hacia los que estaban al otro lado de la mesa.

—Pido a la reina Alliandre garantía de la legalidad del juicio que se celebrará en su reino —solicitó.

—Si lord Aybara lo requiere, lo haré.

En la voz de la soberana se notaba el malestar de quien se encuentra en una situación incómoda.

—Lo requiero, Alliandre —dijo Aybara—. Pero sólo si Damodred está de acuerdo en liberar a todos los míos que tiene retenidos. Que se quede con los suministros si quiere, pero que a ellos los deje marchar, como me prometió que haría la otra vez.

—De acuerdo —accedió Galad—. Eso tendrá lugar cuando empiece el juicio, lo prometo. ¿Cuándo nos reuniremos?

—Dame unos pocos días para hacer los preparativos —pidió Aybara.

—Bien, pues, será dentro de tres días. El juicio se celebrará aquí, en este pabellón, en este mismo lugar.

—Trae a tus testigos. Aquí estaré —dijo Aybara.

CAPÍTULO 27

Convocatoria de oposición

Sentada en su estudio, Egwene leía una carta.

No estoy en contra de cuestionar al lord Dragón. De hecho, cuanto más poder tiene un hombre, más necesario se hace su cuestionamiento. No obstante, debéis saber que no soy un hombre que dé su lealtad con facilidad y yo se la he entregado a él. Y no es por el trono que me proporcionó, sino por lo que ha hecho por Tear.

Sí, es cierto que su comportamiento se vuelve cada vez más impredecible. ¿Qué otra cosa cabía esperar del Dragón Renacido? Desmembrará el mundo. Eso lo sabíamos cuando aceptamos el compromiso de serle leales, al igual que un marinero a veces ha de serle leal al capitán que timonea su barco directo hacia los arrecifes de la costa. Cuando en mar abierto se prepara una tempestad innavegable, la costa es la única opción.

Con todo, vuestras palabras me han preocupado. La destrucción de los sellos no es algo que debamos acometer sin una previa y concienzuda consideración. El lord Dragón me encomendó la tarea de organizar un ejército, y lo he hecho. Si nos proporcionáis esos accesos que habéis prometido, llevaré algunas tropas a ese lugar de reunión, junto con los Grandes Señores y Señoras que nos son leales. Os aviso, sin embargo, que la presencia seanchan al oeste de mi reino sigue teniendo mucho peso en mis decisiones. Por ende, el grueso de mi ejército se quedará en Tear.

Gran Señor DARLIN SISNERA, Rey de Tear a las órdenes del Dragón Renacido, RAND AL'THOR

Egwene dio unos golpecitos con el dedo en la hoja de papel. Estaba impresionada; Darlin se había comprometido al plasmar sus palabras en papel, en vez de enviar a un mensajero con el texto memorizado. Si el mensajero caía en poder de las personas equivocadas, uno siempre tenía la opción de negar esas palabras. Culpar a un hombre de traición basándose en el testimonio de un mensajero no era fácil.

Las palabras en papel, sin embargo... Audaz. Al escribirlas, Darlin decía: «No me importa si el lord Dragón descubre lo que he escrito. Me atengo a ello.»

Aunque ¿dejar atrás el grueso de su ejército? No serviría. Egwene mojó la pluma en el tintero.

Rey Darlin, vuestra preocupación por vuestro reino es muy razonable, como lo es vuestra lealtad al hombre a quien seguís.

Sé que los seanchan representan un peligro para Tear, pero no olvidemos que el Oscuro —no los seanchan— es nuestra mayor preocupación en estos tiempos terribles. Quizás es fácil creerse a salvo de los trollocs cuando uno se encuentra tan lejos de los frentes de batalla, pero ¿cómo os sentiréis una vez que las barreras de Andor y Cairhien hayan caído? Cientos de millas os separan de los seanchan.

Egwene hizo una pausa. También eran cientos de millas las que separaban a los seanchan de Tar Valon y habían estado a punto de destruirla. Darlin no se equivocaba al temerlos y era un buen rey por considerar que representaban un peligro. Pero ella necesitaba su ejército en Campo de Merrilor. A lo mejor podía proponerle un modo de conciliar el temor por la seguridad de su reino y el servir de ayuda con Rand. Reanudó la redacción de la misiva.

Illian resiste de momento y os da un respiro al ser una barrera entre los seanchan y vos. Os proporcionaré accesos y os haré una promesa: si atacaran Tear, os facilitaré accesos para que podáis regresar de inmediato y defendáis vuestro reino.

Dudó un momento. Era más que posible que los seanchan tuvieran el tejido de Viajar a esas alturas. Nadie estaba a salvo de ellos, tanto si la distancia que los separaba era mucha como si era poca. Si decidían atacar Tear, incluso proporcionando accesos a Darlin para volver quizá no fuera suficiente para ayudarlos.

Sintió un escalofrío al recordar el tiempo pasado en poder de los seanchan, cautiva como una *damane*. Los detestaba, los odiaba con una intensidad que a veces la preocupaba. Pero el apoyo de Darlin era esencial para sus planes. Apretó los dientes y siguió escribiendo:

El Dragón Renacido ha de ver todas nuestras fuerzas reunidas y formadas contra sus intenciones temerarias. Si lo ve como un intento carente de entusiasmo, jamás lo disuadiremos de que no lleve a cabo su propósito. Por favor, venid con todas vuestras tropas.

Echó arena en la hoja y a continuación la dobló y la selló. Darlin y Elayne eran monarcas de dos de los reinos más poderosos. Ambos eran importantes para sus planes.

A continuación respondería a la carta de Gregorin Panar den Lushenos, de Illian. Todavía no le había dicho de forma directa que tenía a Mattin Stepaneos en la Torre Blanca, pero se lo había insinuado. También había hablado con el propio Mattin para

decirle que era libre de marcharse si lo deseaba. No adoptaría la costumbre de retener monarcas contra su voluntad.

Por desgracia, ahora Mattin temía por su vida si regresaba a Illian. Había estado ausente demasiado tiempo y consideraba que volver a Illian era como estar en manos del Dragón Renacido. Lo que probablemente era cierto. Qué tremendo embrollo.

Cada cosa a su tiempo. Gregorin, administrador de Illian, se mostraba muy indeciso en cuanto a apoyar su causa; daba la impresión de que Rand lo intimidaba más que a Darlin, y en su caso, los seanchan no eran un peligro lejano; se encontraban, como quien dice, llamando a las puertas de la capital.

Escribió una carta más firme a Gregorin y le hizo la misma promesa que a Darlin. A lo mejor conseguía pactar con él y dejar a Mattin fuera del asunto —algo que quizá deseaban los dos hombres, aunque mantendría a Gregorin en la ignorancia respecto al sentir de Mattin— a cambio de que llevara sus ejércitos hacia el norte.

Subjetivamente, comprendía lo que estaba haciendo: utilizar la proclamación de Rand como una almenara para reunir a los monarcas y ligarlos a la Torre Blanca. Acudirían para apoyar sus argumentos contra la ruptura de los sellos. Pero, al final, servirían a la humanidad en la Última Batalla.

Sonó un toque de nudillos en la puerta. Alzó la vista al tiempo que Silviana se asomaba y le mostraba una carta que llevaba en la mano. Estaba muy enrollada por haberla transportado una paloma.

—Tienes una expresión sombría —comentó Egwene.

—La invasión ha empezado —informó la Roja—. Torres de vigilancia a lo largo de la Frontera de la Llaga han enmudecido una tras una. Oleadas de trollocs avanzan bajo negros nubarrones que bullen. Kandor, Arafel y Saldaea están en guerra.

—¿Aguantan? —preguntó Egwene con una punzada de miedo.

—Sí, pero las noticias son inciertas y llegan con cuentagotas. Esta misiva, enviada por un informador en quien confío, asegura que no se ha visto un ataque tan masivo desde la Guerra de los Trollocs.

Egwene hizo una profunda inhalación antes de hablar.

—¿Y qué pasa en el desfiladero de Tarwin?

—No lo sé.

—Pues entérate. Di a Siuan que venga. Es posible que ella tenga más información. La red informativa del Azul es más extensa.

Siuan no lo sabría todo, desde luego, pero seguro que ya estaba metida en harina. Silviana asintió con un brusco cabeceo. Calló lo que era obvio: la información obtenida a través de la red del Azul era para uso de ese Ajah, no para que la Amyrlin se apropiara de ella. En fin, la Última Batalla estaba en puertas. Habría que hacer algunas concesiones.

Silviana cerró la puerta con suavidad, y Egwene tomó de nuevo la pluma para

terminar esa pesadez que era la larga carta a Gregorin. La interrumpió otra llamada a la puerta, esta vez mucho más apremiante. Silviana abría de golpe un segundo después.

—Madre, están reunidas. ¡Como dijisteis vos!

Egwene tuvo un acceso de irritación, pero soltó la pluma con aire sosegado y se puso de pie.

—En tal caso, vayamos allí —resolvió.

Salió del estudio a buen paso. En la antesala de la Guardiana pasó por delante de un par de Aceptadas: Nicola, que acababa de ascender, y Nissa. A Egwene le gustaría que las dos alcanzaran el chal antes de la Última Batalla. Eran jóvenes, pero fuertes en el Poder, e iban a hacer falta tantas hermanas como fuera posible; incluso alguien que, como Nicola, había demostrado tener tan mal criterio en el pasado.

Esas dos habían llevado la noticia sobre la Antecámara; novicias y Aceptadas se contaban entre las mujeres que le eran más fieles, pero a menudo las hermanas no las tomaban en cuenta. De momento se quedaron atrás, y Silviana y ella se dirigieron a toda prisa hacia la Antecámara.

—No me cabe en la cabeza que hayan sido capaces de intentar algo así —comentó en voz baja Silviana mientras caminaban.

—No es lo que piensas —supuso Egwene—. No intentan deponerme. Todavía está muy presente en su memoria la división.

—En ese caso, ¿por qué se reúnen sin vos?

—Hay formas de actuar contra la Amyrlin sin necesidad de deponerla.

Llevaba cierto tiempo esperando que ocurriera, pero eso no quitaba que se sintiera frustrada. Las Aes Sedai siempre serían Aes Sedai y eso no tenía remedio, por desgracia. Sólo era cuestión de tiempo que alguna decidiera hacer un intento para arrebatarle poder.

Llegaron a la Antecámara, y Egwene empujó las puertas para abrirlas y entró. Su aparición fue recibida con frías miradas Aes Sedai. No todos los bancos estaban ocupados, pero sí había dos tercios. Le sorprendió ver a tres Asentadas Rojas. ¿Qué pasaba con Pevara y Javindhra? Por lo visto, su larga ausencia en los últimos tiempos había impulsado a las Rojas a tomar medidas. Las ausentes habían sido reemplazadas por Raechin y Viria Connoral. Las gemelas eran las únicas hermanas carnales en la Torre, ahora que Vandene y Adeleas habían muerto. Una elección extraña, aunque no inesperada.

Tanto Romanda como Lelaine asistían a la asamblea y sostuvieron la mirada de Egwene sin alterarse. Qué raro verlas allí con tantas hermanas con quienes habían estado enfrentadas. Tener un enemigo común —ella— salvaba obstáculos y desavenencias. Tal vez tendría que haberle complacido constatar ese cambio.

Lelaine era la única Azul; asimismo, sólo había una Marrón: Takima, que parecía

sentirse mal. La Marrón de tez marfileña hurtaba la mirada a Egwene. Había dos Blancas, dos Amarillas —incluida Romanda—, dos Grises y tres Verdes. Al ver esto, Egwene apretó los dientes. El Verde era el Ajah que habría elegido, ¡pero era el que le causaba más sinsabores!

Egwene no les llamó la atención por reunirse sin estar ella; se limitó a pasar entre las presentes una vez que Silviana la anunció. Al llegar a la Sede Amyrlin, se volvió y se sentó en el solio, de espaldas al gran rosetón de la pared. Y permaneció en silencio.

—¿Y bien? —acabó por preguntar Romanda.

Con el canoso cabello recogido en un moño parecía una loba madre que estuviera encaramada en el saledizo de la pared de su cubil.

—¿No vais a decir nada, madre? —insistió la Amarilla.

—Como no me habéis informado de esta reunión, he de suponer que no queréis que hable, así que sólo he venido a escuchar —respondió Egwene.

Al parecer, sus palabras tuvieron como resultado hacer que se sintieran más incómodas. Silviana se acercó a Egwene para situarse junto a ella al tiempo que esgrimía una inequívoca expresión de desagrado.

—Bien, pues —dijo Rubinde—, creo que la siguiente en el orden de intervención es Saroiya.

La corpulenta Blanca era una de las Asentadas que habían abandonado la Torre cuando Elaida había sido elegida, pero también había causado muchos quebraderos de cabeza en Salidar. A Egwene no le sorprendía verla allí. La mujer se puso de pie sin mirar a Egwene de forma intencionada.

—Expondré mi testimonio. Durante los días de... incertidumbre en la Torre —con aquel término se refería a la división; a pocas hermanas les agradaba llamar por su nombre a ese suceso—, la Amyrlin hizo justo lo que Romanda ha indicado. Nos pilló por sorpresa cuando pidió una declaración de guerra.

»En la ley se contemplan disposiciones que otorgan a la Amyrlin un poder casi total cuando se declara la guerra de forma oficial. Al empujarnos a la guerra con Elaida, le dimos a la Amyrlin los medios para someter a la Antecámara a su arbitrio. —Miró en derredor a la asamblea, pero sin volverse hacia Egwene—. Mi opinión es que va a haber un nuevo intento de conseguir algo similar. Y eso ha de impedirse. La finalidad de la Antecámara es actuar como un contrapeso del poder de la Amyrlin.

La Blanca se sentó.

A decir verdad, oír las palabras de la Blanca fue un alivio para Egwene. Una nunca sabía a ciencia cierta qué intrigas se conocían en la Torre Blanca. Esa asamblea significaba que sus planes marchaban como había esperado y que sus enemigas —o, mejor, sus aliadas reacias— no se habían percatado de lo que estaba haciendo en realidad. Se hallaban atareadas en reaccionar a cosas que había realizado hacía meses.

Lo cual no quería decir que no fueran peligrosas. Pero cuando una persona se adelantaba a los problemas y los veía venir, se encontraba en condiciones de manejar la situación.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Magia, que miró de soslayo a Egwene—. Para ser prudentes, me refiero. Para asegurarnos de que la Antecámara de la Torre no tiene ningún tipo de limitación.

—No podemos declarar la guerra —intervino Lelaine con firmeza.

—¿Significa eso que hay que evitarlo? —inquirió Varilin—. ¿Se declara la guerra entre dos bandos de la Torre Blanca, pero no contra la Sombra?

—La guerra contra la Sombra ya se ha declarado —apuntó Takima, vacilante—. ¿Es necesaria una declaración oficial? ¿Nuestra existencia no es suficiente? Es más, ¿los Juramentos no dejan clara nuestra postura?

—Pero hemos de hacer una declaración —manifestó Romanda. Era la mayor entre las presentes, por lo que debía ser la encargada de dirigir la asamblea—. Algo que dé a conocer la posición de la Antecámara en cuanto a disuadir a la Amyrlin de hacer una imprudente llamada a la guerra.

Romanda no se mostraba azorada en absoluto por lo que estaba haciendo y la miró sin rebozo. No, ni Lelaine ni ella perdonarían con facilidad que hubiera elegido a una Roja como su Guardiana.

—Pero ¿cómo se da a conocer un mensaje así? —preguntó Andaya—. Quiero decir que cómo se hace. ¿Con un pronunciamiento de la Antecámara de que no habrá una declaración de guerra? ¿No sonaría ridículo?

Las mujeres se quedaron calladas. Egwene se sorprendió asintiendo con la cabeza, aunque no de forma específica a lo que se estaba diciendo. A ella la habían ascendido en circunstancias poco convencionales. Si se lo permitía, la Antecámara intentaría implantar la equiparación de su poder con el de la Sede Amyrlin. Las decisiones en la reunión de este día podrían significar un paso hacia tal fin. La fuerza de la Sede Amyrlin no había sido constante a lo largo de los siglos; una podía tener una libertad casi total para gobernar, mientras que otra se hallaba bajo el control de las Asentadas.

—Creo que la Antecámara actúa con sabiduría —dijo, eligiendo con mucho cuidado las palabras.

Las Asentadas se volvieron hacia ella. Algunas parecían aliviadas. Otras que la conocían mejor, sin embargo, la observaron con desconfianza. Eso le parecía bien. Mejor que la consideraran una amenaza que una chiquilla a la que podían intimidar. Esperaba que al final la respetaran como a su cabecilla; pero, habida cuenta del tiempo de que disponía, había un límite en lo que estaba en su mano hacer.

—La guerra entre dos bandos de la Torre era una clase de batalla diferente —prosiguió Egwene—. Era profunda e individualmente mi batalla, como Amyrlin,

porque esa división se originó a causa de la Sede Amyrlin.

»Pero la guerra contra la Sombra es más importante que cualquier persona —prosiguió—. Prevalece sobre vosotras, sobre mí y sobre la Torre Blanca. Es la guerra de toda vida y creación, desde el mendigo más desamparado hasta la reina más encumbrada.

Las Asentadas consideraron sus palabras en silencio. La primera en romperlo fue Romanda.

—¿Y en consecuencia no os opondríais a que la Antecámara se encargara del seguimiento de la guerra, dirigiendo los ejércitos del general Bryne y la Guardia de la Torre?

—Eso depende de cómo estuviera redactada la disposición —repuso Egwene.

Fuera, se oyó movimiento en el pasillo y Saerin entró en la Antecámara con premura, acompañada por Janya Frende. Lanzaron miradas fulminantes a Takima, que se encogió como un pájaro amenazado. Saerin y otras partidarias de Egwene habrían sido informadas de esta reunión justo después de que la propia Egwene recibiera la noticia. Romanda se aclaró la voz con un carraspeo antes de añadir:

—Tal vez deberíamos comprobar si hay algo en la Normativa de Guerra que pueda sernos de ayuda.

—Estoy convencida de que ya lo has estudiado a fondo, Romanda —dijo Egwene—. ¿Cuál es tu propuesta?

—Existe una disposición para que la Antecámara tome el control del seguimiento de un conflicto bélico —anunció Romanda.

—Eso requiere la aprobación de la Amyrlin —apuntó Egwene, un poco abstraída.

Si ésa era la baza de Romanda, entonces ¿cómo se proponía conseguir su beneplácito tras haberse reunido sin estar ella presente? Tal vez el plan de la Amarilla era otro.

—Sí, requeriría la aprobación de la Amyrlin —intervino Raechin. La Roja era una mujer alta, de cabello oscuro, a quien le gustaba peinarse con trencillas enroscadas en lo alto de la cabeza—. Pero dijisteis que os parecía sensato que tomáramos esta medida.

—Bueno, estar de acuerdo con la Antecámara es muy distinto de permitir una disposición que me aparte del funcionamiento cotidiano del ejército. ¿Qué mejor tarea para la Sede Amyrlin que ocuparse de la guerra?

—Por informes recibidos, os habéis estado dedicando a debatir con reyes y reinas —apuntó Lelaine—. Ésa es una excelente tarea para la Amyrlin.

—Entonces, ¿apoyarías esa disposición? —inquirió Egwene—. ¿Que la Antecámara se encargue del ejército mientras que a mí se me da autoridad para tratar con los monarcas del mundo?

—Yo... Sí, la apoyaría —aceptó Lelaine.

—Entonces, supongo que daría mi aprobación —dijo Egwene.

—¿Lo sometemos a votación? —se apresuró a proponer Romanda, como si estuviera a la que salta para aprovechar la oportunidad.

—Muy bien, ¿quién apoya la propuesta? —planteó Egwene.

Rubinde se puso de pie y la siguieron de inmediato Faiselle y Farnah, las otras Verdes. Raechin y su hermana se levantaron con rapidez, aunque Barasine observaba a Egwene con los ojos entrecerrados. Magia fue la siguiente en incorporarse, y Romanda se levantó con reticencia. Ferane se puso de pie despacio. Lelaine fue la siguiente, y Romanda y ella se fulminaron con la mirada.

Eso hacía un total de nueve. A Egwene el corazón le latía desbocado cuando miró a Takima. La mujer parecía muy alterada, como si intentara analizar el plan de Egwene. Otro tanto ocurría con Saroiya. La calculadora Blanca la examinaba mientras se daba tironcitos de la oreja. De repente, se le desorbitaron los ojos y abrió la boca para hablar.

En ese momento, Doesine y Yukiri llegaron y se internaron en la sala. Saerin se puso de pie de inmediato. La delgada Doesine miró a las mujeres que había a su alrededor.

—¿Qué propuesta estamos votando?

—Una importante —repuso Saerin.

—Ah, bien, entonces supongo que la apoyo.

—Y yo también —dijo Yukiri.

—Hay consenso simple, al parecer —anunció Saerin—. La Antecámara tiene autoridad sobre el ejército de la Torre Blanca, mientras que a la Amyrlin se le da autoridad para tratar con los monarcas del mundo y es la única responsable de dichos tratos.

—¡No! —gritó Saroiya, que se levantó de un brinco—. ¿Es que no os dais cuenta? ¡Él es rey! Tiene la Corona de Laurel. ¡Acabáis de entregar a la Amyrlin la responsabilidad de tratar en exclusiva con el Dragón Renacido!

Se hizo el silencio en la Antecámara.

—Bueno, seguro que ella... —empezó Romanda, que no terminó la frase cuando se volvió y se fijó en el sereno semblante de Egwene.

—Imagino que alguien debería pedir el consenso plenario —indicó Saerin con aspereza—. Pero ya os las habéis arreglado para ahorcaros de forma muy eficaz con la cuerda del simple.

Egwene se puso de pie.

—Dije en serio que las elecciones de la Antecámara eran sensatas, y nadie se ha ahorcado aquí. Es una decisión juiciosa por parte de la Antecámara ponerme a cargo de tratar con el Dragón Renacido. Necesitará una mano firme y conocida a la par. También habéis obrado con sensatez al ver que los detalles de dirigir el ejército me

ocupaban demasiado tiempo. Tendréis que elegir a alguien entre vosotras para que se ocupe de atender y aprobar todas las peticiones de suministros y todos los planes de reclutamiento del general Bryne. Os aseguro que hay multitud de ellos.

»Me complace que hayáis visto la necesidad de ayudar a la Amyrlin, si bien estoy muy disgustada por el hermetismo en la organización de esta asamblea. No intentes negar que la habéis organizado en secreto, Romanda. Te veo dispuesta a hacer objeciones. Si quieres hablar, ten presente que recurriré a los Tres Juramentos para exigirte una respuesta directa.

La Amarilla se tragó lo que iba a decir.

—¿Cómo es posible que no hayáis aprendido la necedad de actos como este? —continuó Egwene—. ¿Tan poca memoria tenéis?

Miró a las mujeres de una en una y tuvo la satisfacción de comprobar que a muchas de ellas se les agriaba el gesto.

—Ha llegado el momento de que se hagan algunos cambios. Propongo que no se celebren más reuniones de este tipo. Propongo que se incluya en las leyes escritas de la Torre que, si una Asentada abandona la Torre blanca, su Ajah debe designar una sustituta para que vote por ella en su ausencia. Propongo que se incluya en las leyes escritas de la Torre que no se puede convocar asambleas de la Antecámara a menos que todas las asentadas o sus sustitutas estén presentes o hayan avisado directamente que no pueden asistir a ella. Propongo que se deba informar a la Amyrlin de todas las asambleas de la Antecámara y darle un plazo de tiempo razonable para asistir si lo desea, salvo cuando no se la pueda localizar o se encuentre indispuesta por alguna razón.

—Unos cambios atrevidos, madre —manifestó Saerin—. Proponéis que se alteren tradiciones que llevan siglos establecidas.

—Tradiciones que, hasta el momento, sólo se han utilizado para maquinaciones, para calumniar y desprestigiar a alguien que no está presente y para fomentar la división —replicó Egwene—. Es hora de que se cierre esa laguna, Saerin. La última vez que se utilizó con éxito, el Ajah Negro nos manipuló para derribar a una Amyrlin, ascender a una necia en su lugar y dividir la Torre. ¿Sois conscientes de que Kandor, Saldaea y Arafel están siendo atacadas por incalculables hordas de Engendros de la Sombra?

Varias de las hermanas dejaron escapar una exclamación ahogada. Otras asintieron con la cabeza, incluida Lelaine. Así que la red de información del Azul seguía funcionando bien. Estupendo.

—Tenemos encima la Última Batalla —prosiguió Egwene—. No retiraré mi propuesta. O la apoyáis ahora o seréis recordadas por siempre jamás como aquellas que rehusaron. En el ocaso de una era, ¿no sois capaces de apoyar la apertura y la Luz? Por lo que más queráis, ¿no vais a colaborar para impedir que se celebre una

asamblea de la Antecámara sin que estéis presentes? ¿A cerrar toda posibilidad de que alguien os deje fuera a cualquiera de vosotras?

Las mujeres guardaron silencio. Una tras otra, las que estaban de pie se sentaron de nuevo a fin de estar preparadas para una nueva votación.

—¿Quién apoya mi propuesta? —preguntó Egwene.

Se pusieron de pie. Gracias a la Luz, se pusieron de pie, de una en una, despacio, de mala gana. Pero lo hicieron. Todas ellas.

Egwene soltó un profundo suspiro. Discutirían y maquinarían, pero sabían reconocer lo que era correcto cuando lo tenían delante. Compartían los mismos objetivos. Si disentían, era porque tenían distintos puntos de vista sobre cómo lograr la consecución de dichos fines. A veces era muy difícil recordarlo.

Con aspecto de estar conmocionadas por lo que habían hecho, las Asentadas convinieron en levantar la asamblea. Fuera, las hermanas habían empezado a congregarse, sorprendidas al saber que había asamblea de la Antecámara. Egwene saludó con un gesto de cabeza a Saerin y a sus otras partidarias y abandonó la cámara, acompañada por Silviana.

—Esa sí que ha sido una victoria —dijo la Guardiana una vez que se hallaron a solas. Parecía satisfecha—. Pero aun así habéis renunciado al control de vuestros ejércitos.

—Tenía que hacerlo. Podrían haberme quitado el mando en cualquier momento. De este modo, he conseguido algo a cambio.

—¿Autoridad sobre el Dragón Renacido?

—Sí, pero me refería más a cerrar esa laguna en la ley de la Torre. Mientras fuera posible que la Antecámara se reuniera en relativo secreto, mi autoridad, la autoridad de cualquier Amyrlin, podía soslayarse. Ahora, si quieren maquinar, tendrán que hacerlo en mi cara.

Silviana esbozó una extraña sonrisa.

—Sospecho que, si algo como lo de hoy es el resultado de esas maquinaciones, madre, serán más cautas en el futuro.

—Ésa es la idea. Aunque dudo que las Aes Sedai dejen de maquinar jamás. Pero de ningún modo puede permitírseles que pongan en riesgo la Última Batalla o al Dragón Renacido como si estuvieran jugando una partida de dados.

De vuelta en el estudio, encontraron a Nicola y Nissa esperando todavía.

—Bien hecho —les dijo Egwene—. Muy bien hecho. A decir verdad, estoy decidida a daros más responsabilidades. Id a la zona de Viaje y trasladaos a Caemlyn. La reina os estará esperando. Volved con los objetos que os entregue.

—Sí, madre —dijo Nicola sonriendo—. ¿Qué tiene que darnos?

—Ter'angreal —contestó Egwene—. Se utilizan para visitar el Mundo de los Sueños. Voy a empezar a entrenaros en su uso, a vosotras y a otras cuantas más. Sin

embargo, no los utilicéis sin mi expreso consentimiento. Haré que os acompañen unos soldados.

Con eso bastaría para mantenerlas a raya. Las dos Aceptadas hicieron una reverencia y se alejaron a toda prisa, excitadas. Silviana miró a Egwene.

—No les hicisteis jurar que no hablaran de esto. Son Aceptadas y se jactarán de que se las está entrenando con los *ter'angreal*.

—Confío en que sea así.

Silviana la miró con una ceja enarcada.

—No es mi intención dejar que las chicas sufran un percance —explicó Egwene —. De hecho, harán mucho menos en el *Tel'aran'rhiod* de lo que ellas creen por lo que acabo de decir. Rosil ha sido muy tolerante conmigo hasta ahora, pero nunca me permitirá que ponga en peligro a las Aceptadas. Esto sólo es para dar pie a ciertos rumores.

—¿Qué rumores?

—Gawyn espantó al asesino —contestó Egwene—. Hace días que no a habido ataques y supongo que debería darle las gracias por ello. Pero el asesino sigue suelto, escondido, y he visto hermanas Negras vigilándome en el *Tel'aran'rhiod*. Si no puedo capturarlas aquí, entonces lo haré allí. Pero antes necesito un modo de engañarlas para que crean que saben dónde encontrarnos.

—Siempre y cuando vuestro propósito sea que os encuentren a vos, y no a esas muchachas —dijo Silviana con voz serena aunque dura como el acero. Había sido Maestra de las Novicias.

Egwene se sorprendió torciendo el gesto al pensar en las cosas que habían esperado de ella como Aceptada. Sí, Silviana tenía razón. Tendría que llevar cuidado para no someter a Nicola y a Nissa a peligros similares. Ella había sobrevivido y ahora era más fuerte por eso, pero a las Aceptadas no había que hacerles pasar semejantes experiencias a menos que no quedara más remedio.

—Tendré cuidado —dijo—. Sólo las necesito para que se extienda el rumor de que tengo una reunión muy importante dentro de poco. Si preparo el trabajo preliminar como es debido, nuestro fantasma no podrá resistir la tentación de acercarse a escuchar.

—Un plan osado.

—Y esencial. —Egwene vaciló, con la mano en el picaporte—. Hablando de Gawyn, ¿has descubierto a qué lugar de la ciudad ha ido?

—De hecho, madre, hoy a primera hora he recibido una nota sobre este asunto. Parece ser que... En fin, él no está en la ciudad. Una de las hermanas que fue a entregar vuestros mensajes a la reina de Andor regresó con la noticia de que lo había visto allí.

Egwene gimió y cerró los ojos. «Este hombre va a acabar conmigo.»

—Decidle que regrese. Por irritante que pueda ser, voy a necesitarlo en los próximos días.

Egwene entró en el estudio para seguir con las cartas. Quedaba poco tiempo. Muy, muy poco tiempo.

CAPÍTULO 28

Anomalías

—¿Qué planeas, esposo? —preguntó Faile.

Se encontraban de vuelta en su tienda tras el parlamento con los Capas Blancas. Las decisiones que había tomado Perrin habían sido una sorpresa muy estimulante para ella, aunque también perturbadora. Él se quitó la capa, pensativo.

—Olfateé algo extraño en el aire, Faile. Algo que no había olido nunca —dijo Perrin. Vaciló y la miró de soslayo—. No hay lobos.

—¿No hay lobos? —se extrañó.

—No percibo a ninguno por aquí. Antes había algunos, pero ahora se han marchado —respondió Perrin.

—Dijiste que no les gustaba estar cerca de los humanos.

Su esposo se quitó la camisa dejando al aire el musculoso torso cubierto de rizoso vello.

—Hoy no hay apenas pájaros. En el monte bajo casi no hay animales. Así la Luz abrase ese cielo oscuro. ¿Es el causante de esto o se debe a otra cosa? —Suspiró y se sentó en el camastro de campaña.

—¿Vas a ir... allí? —le preguntó.

—Pasa algo malo —reiteró Perrin—, tengo que descubrir todo lo que pueda antes del juicio y tal vez encuentre respuestas en el Sueño del Lobo.

El juicio.

«Perrin, no me gusta esto».

—Estás enfadada por lo de Maighdin.

—Pues claro que estoy enfadada con ella —contestó.

Habían pasado juntas la dura experiencia de Malden, ¿y esa mujer no le había dicho que era la reina del puñetero Andor? Eso la dejaba a ella como una necia, como un fanfarrón de tres al cuarto que hiciera gala de su destreza con la espada delante de un maestro espadachín que iba de paso por su villorrio.

—Ignoraba si podía confiar en nosotros —razonó Perrin—. Al parecer huía de uno de los Renegados. Yo también habría fingido ser otra persona.

Lo fulminó con la mirada.

—No me mires así —le pidió su esposo—. No actuó de ese modo para hacerte quedar mal, Faile. Tenía sus razones. Déjalo estar.

Se sintió mejor al oírle hablar así; era muy agradable que él se mostrara firme e hiciera valer sus argumentos.

—En fin, me pregunto quién resultará ser Lini. ¿Alguna soberana seanchan? —

bromeó—. Y maese Gill, ¿el rey de Arad Doman disfrazado?

—Imagino que son sus acompañantes —contestó él con una sonrisa—. Al menos Gill es quien afirma ser. A Balwer le va a dar un patatús por no haberlos desenmascarado.

—Apuesto a que se lo imaginó —opinó Faile mientras se arrodillaba junto a él—. Perrin, hablaba en serio respecto a lo de este juicio. Estoy preocupada.

—No dejaré que me prendan —afirmó él—. Sólo dije que me sometería a un juicio y les daría la oportunidad de presentar pruebas.

—Entonces, ¿para qué todo esto?

—Me da más tiempo para pensar y quizás evite tener que matarlos. Su jefe, Damodred... Hay algo en él que huele mejor que muchos de los otros. No está exaltado por la cólera o el odio. Y así conseguiré que nos entreguen a los nuestros y que me permitan presentar mi defensa. Es satisfactorio que uno tenga la opción de dar su versión de los hechos. Tal vez eso es lo que he necesitado todo este tiempo.

—Bien, de acuerdo. Pero, en el futuro, te pido que consideres la idea de ponerme al corriente de lo que planeas, por favor —le pidió.

—Lo haré. —Perrin bostezó y se tendió boca arriba—. A decir verdad, la idea no se me ocurrió hasta el último momento.

Faile tuvo que morderse la lengua para no replicar. Al menos, algo bueno había salido de aquel parlamento. Había observado la reacción de Berelain cuando miró a Damodred. Rara vez había visto que los ojos de esa mujer resplandecieran con tanta viveza. A lo mejor podía sacar partido de ello.

Bajó la vista hacia su esposo, que ya roncaba con suavidad.

Perrin se encontró sentado con la espalda apoyada en algo duro y liso. El cielo del Sueño del Lobo, tan oscuro que casi resultaba siniestro, bullía sobre un bosque que era mezcla de abetos, robles y cedros.

Se puso de pie y se volvió para ver contra qué había estado recostado. Una enorme torre de acero se alzaba hacia el cielo turbulento. La construcción, demasiado recta y con muros que parecían ser una sola pieza de metal sin junturas, emanaba una sensación que era antinatural por completo.

Te dije que este sitio era malo, cachorro estúpido, transmitió *Saltador*, que apareció de repente sentado a su lado.

—Yo no he venido aquí por propia elección. Me desperté en este sitio —protestó Perrin.

Tienes la mente centrada en él. O lo está la mente de alguien con quien te sientes conectado, manifestó el lobo.

—Mat —dijo, sin comprender por qué lo sabía.

El remolino de colores no apareció; nunca lo veía en el Sueño del Lobo.

¿Otro cachorro tan tonto como tú?

—Puede que más.

Saltador olía a incredulidad, como si estuviera poco dispuesto a creer que tal cosa fuera posible.

Ven, proyectó el lobo gris. *Ha aparecido otra vez.*

—¿Qué ha...?

Saltador desapareció, y Perrin lo siguió, ceñudo. Ahora le resultó fácil captar el olor del lugar adonde el lobo había ido. Aparecieron en la calzada de Jehannah, y el extraño cristal violeta se hallaba de nuevo allí, partiendo en dos la vía y extendiéndose hacia lo alto y hacia ambos lados. Perrin se acercó a un árbol cuyas ramas desnudas parecían encontrarse atrapadas en el cristal, inmóviles. *Saltador* fue de un lado para otro, a corta distancia.

Ya hemos visto esta cosa antes. Hace mucho, mucho tiempo. Hace muchas vidas.

—¿Qué es?

Cosa de humanos.

La proyección del lobo incluía imágenes confusas: plataformas circulares voladoras que resplandecían, estructuras de acero de altura inconcebible. ¿Cosas de la Era de Leyenda? Para *Saltador* la utilidad de esas cosas era tan incomprensible como la de un carro tirado por un caballo o la de una vela.

Perrin bajó la vista hacia la calzada. No identificaba esa zona de Ghealdan; debía de hallarse más lejos, en dirección a Lugard. El muro había aparecido en un sitio diferente del de la vez anterior.

A Perrin se le ocurrió una idea y se alejó por la calzada con unos cuantos saltos bruscos y rápidos. A cien pasos de distancia miró hacia atrás y vio confirmadas sus sospechas. Ese cristal no era un muro, sino una gigantesca cúpula traslúcida, con un matiz violáceo, que parecía extenderse millas y millas.

Tan veloz que semejaba un manchón, *Saltador* llegó junto a él.

Tenemos que irnos.

—Él está aquí, ¿verdad? —preguntó.

Expandió la conciencia y percibió a *Danzarina del Roble*, *Chispas* y *Desvinculado* en las cercanías. Un poco más allá, dentro de la cúpula. Respondieron con rápidas proyecciones de caza y ser cazados.

—¿Por qué no huyen? —preguntó al lobo.

Saltador le transmitió sensación de confusión.

—Voy a reunirme con ellos —decidió al tiempo que se centraba en el deseo de avanzar.

No ocurrió nada.

Perrin sintió un pánico repentino que le estrujó las entrañas. ¿Qué ocurría allí? Lo intentó de nuevo, esta vez tratando de volver a la base de la cúpula.

Funcionó. Llegó en un visto y no visto al pie de la superficie con aspecto de cristal que se alzaba ante él como un farallón.

«Es por la cúpula —se dijo para sus adentros—. Me cierra el paso.» De repente comprendió la sensación de estar atrapados que los lobos le habían transmitido. No podían salir.

Entonces, ¿qué propósito tenía esa cúpula? ¿Atrapar lobos para que Verdugo los matara? Perrin gruñó mientras se acercaba a la superficie violeta. No podía traspasarla imaginándose a sí mismo allí, pero tal vez era capaz de atravesarla por otros medios más corrientes. Alzó una mano, pero vaciló. Ignoraba lo que haría esa superficie al entrar en contacto con ella.

Los lobos proyectaron imágenes de un hombre vestido de negro y cuero, con un rostro adusto, anguloso, y una sonrisa bailándole en los labios mientras disparaba flechas. Olía raro, tan raro... También olía a lobos muertos.

Perrin no podía dejarlos allí, del mismo modo que no habría dejado a maese Gill y a los otros en manos de los Capas Blancas. Furioso con Verdugo, rozó la superficie de la cúpula.

De repente notó que perdía fuerza en los músculos, como si se volvieran agua; las piernas no lo sostenían. Cayó al suelo dándose un buen batacazo. Uno de los pies seguía tocando la cúpula, pasaba a través de ella. Daba la impresión de que aquella bóveda no fuera sólida.

Los pulmones no le funcionaban; hinchar el pecho era muy difícil. Lo asaltó el pánico y se imaginó a sí mismo en cualquier otro sitio, pero no funcionó. ¡Estaba tan atrapado como los lobos!

Un borrón gris apareció junto a él y unos dientes lo asieron por el hombro. En el instante en que *Saltador* lo liberó del roce de la cúpula violeta, Perrin sintió que la fuerza volvía a él. Boqueó para inhalar aire.

Cachorro estúpido, transmitió el lobo.

¿Vas a abandonarlos? —preguntó con voz ronca.

Estúpido, pero no por escarbar en el agujero, sino por no esperarme por si salían avispones.

Saltador se giró hacia la cúpula.

Ayúdame si caigo, instruyó.

Se acercó a la superficie violácea y la rozó con la nariz. Dio un traspié, pero se enderezó y siguió despacio. Se desplomó al otro lado, pero el torso no dejó de moverse.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Perrin, incorporándose.

Yo soy yo mismo.

Le llegó una imagen de *Saltador* tal como se veía a sí mismo... Idéntico al que era. También, efluvios de fortaleza y estabilidad.

Por lo visto, el truco era tener un control absoluto de quién era uno mismo. Como muchas cosas en el Sueño del Lobo, la fuerza de la imagen mental que se tenía de sí mismo era más poderosa que la sustancia del propio mundo.

¡Venga!, proyectó el lobo. *Sé fuerte, atraviésalo.*

—Tengo una idea mejor —dijo Perrin.

Se puso de pie y cargó hacia adelante a todo correr. Golpeó la cúpula violeta y al instante se quedó desmadejado, pero el impulso lo condujo al otro lado, donde rodó por el suelo hasta pararse. Soltó un gemido al hacerse daño en el hombro y arañarse el brazo.

Cachorro estúpido. Tienes que aprender, transmitió *Saltador*.

—Ahora no es el momento. —Perrin se incorporó—. Tenemos que ayudar a los demás.

Flechas en el viento, gruesas, negras, mortíferas. La risa del cazador. El olor de un hombre echado a perder, rancio. El asesino se encontraba allí. *Saltador* y Perrin corrieron por la calzada, y Perrin descubrió que era capaz de incrementar la velocidad dentro de la cúpula. Con indecisión, intentó saltar hacia adelante con un pensamiento, y funcionó. Pero cuando trató de situarse fuera, no ocurrió nada. Pues la cúpula era una barrera. Dentro de ella se podía mover con libertad, pero no podía desplazarse fuera imaginándose a sí mismo en otra parte. Tenía que atravesar físicamente la pared de la cúpula si quería salir de ella.

Danzarina del Roble, *Desvinculado* y *Chispas* se encontraban más adelante. Y Verdugo también. Perrin gruñó... Un aluvión de proyecciones frenéticas lo inundó. Bosques oscuros. Verdugo. Qué alto les parecía a los lobos, un monstruo oscuro de rostro anguloso, como cincelado en una roca.

Sangre en la hierba. Dolor, rabia, terror, confusión. *Chispas* estaba herido. Los otros dos saltaban atrás y adelante, zahiriendo y distrayendo a Verdugo mientras *Chispas* se arrastraba hacia el borde de la cúpula.

Cuidado, Joven Toro. Este hombre caza bien. Se mueve casi como un lobo, aunque tiene algo de abominación, proyectó *Saltador*.

—Yo lo distraeré. Ve a ayudar a *Chispas*.

Tú tienes brazos. Tú lo llevas.

La proyección era algo más que eso, desde luego: la edad y la experiencia de *Saltador*, y él todavía un cachorro.

Perrin apretó los dientes, pero no discutió. El lobo tenía más experiencia que él. Se separaron y Perrin expandió la conciencia hacia *Chispas*, localizó dónde se encontraba —escondido en un pequeño soto— y se trasladó allí directamente.

El lobo de pelaje marrón oscuro tenía una flecha clavada en el muslo y gemía con suavidad mientras se arrastraba y dejaba un rastro de sangre. Perrin se arrodilló con rapidez y le extrajo la flecha. El lobo siguió emitiendo quedos gañidos; olía a miedo.

Perrin alzó la flecha. Olía a maldad. Asqueado, la arrojó a un lado y levantó al lobo en brazos.

Algo hizo crujir una ramita, cerca, y Perrin giró sobre sus talones. *Desvinculado* brincó entre dos árboles, emitiendo un efluvio de ansiedad. Los otros dos lobos conducían a Verdugo en dirección opuesta, alejándolo de allí.

Perrin se volvió y corrió hacia el borde más próximo de la cúpula llevando a *Chispas* en los brazos. No podía trasladarse directamente al borde de la pared porque no sabía dónde estaba.

Salió disparado entre los árboles, con el corazón latiéndole desbocado. En sus brazos, el lobo pareció recobrar fuerza al dejar atrás la flecha. Perrin corrió más deprisa, a una velocidad que parecía temeraria, moviéndose centenares de pasos con tal rapidez que era como un borrón en movimiento. La pared de la cúpula se aproximó y él se detuvo.

De pronto, Verdugo había aparecido delante de él, plantado en su camino y con una flecha encajada en la cuerda tensada del arco. Llevaba una capa negra que ondeaba a su alrededor; ya no sonreía y en los ojos tenía una expresión tormentosa. Disparó. Cambio. Perrin ni siquiera vio dónde daba la flecha. Apareció en el sitio por el que había entrado a la cúpula antes; allí era donde tendría que haber ido. Se lanzó contra el muro violeta y cayó al otro lado con violencia, de modo que *Chispas* salió dando tumbos.

El lobo soltó un gañido de dolor, mientras que él se daba un buen batacazo.

¡Joven Toro! Chispas proyectó una imagen de Verdugo, oscuro como un frente tormentoso, plantado justo al borde de la barrera, con el arco listo para disparar.

Perrin ni se molestó en mirar. Cambio. Apareció en las laderas del Monte del Dragón. Una vez allí, se incorporó de un brinco, en tensión, empuñado el martillo que había aparecido en su mano. Grupos de lobos en las cercanías le transmitieron un saludo. Perrin no hizo caso en ese momento.

Verdugo no lo siguió y, tras unos instantes muy tensos, *Saltador* apareció.

—¿Los otros han escapado? —le preguntó Perrin.

Están libres, transmitió. *Susurrante ha muerto.*

La imagen proyectada mostraba a la loba —desde el punto de vista de los otros miembros de la manada— al sur abatida unos instantes después de que la cúpula apareciera. *Chispas* había recibido el flechazo cuando la empujaba en el costado con el hocico, despavorido.

Perrin gruñó. Faltó poco para que saltara dentro para enfrentarse de nuevo a Verdugo, pero la admonición de *Saltador* lo frenó.

¡Demasiado pronto! ¡Tienes que aprender!

—No es sólo por él —dijo Perrin—. Necesito echar un vistazo a la zona que hay alrededor de mi campamento y del campamento de los Capas Blancas. Algo huele

raro allí, en el mundo de vigilia. He de ver si hay algo extraño por esa zona.

¿Extraño? El lobo proyectó la imagen de la cúpula.

—Es probable que haya una relación.

Era muy probable que las dos anomalías fueran algo más que una mera coincidencia.

Busca en otro momento. Verdugo es demasiado fuerte para ti.

Perrin hizo una profunda inhalación antes de contestar:

—A la larga, tendré que enfrentarme a él.

Pero ahora no.

—No —estuvo de acuerdo—. Ahora no. Ahora practicamos. —Se volvió hacia el lobo—. Como haremos todas las noches hasta que esté preparado.

Ituralde se dio la vuelta en el catre; tenía la nuca mojada de sudor. En Saldaea había hecho siempre un calor tan sofocante? Echaba de menos el hogar, las frescas brisas del océano en Bandar Eban.

Nada encajaba. ¿Por qué los Engendros de la Sombra no habían atacado? ¿Esperaban nuevas máquinas de asalto? ¿Recorrían los bosques para construirlas? ¿O los mandos se conformaban con el asedio? La ciudad estaba rodeada, pero ahora había suficientes trollocs ahí fuera para aplastarla.

Les había dado por tocar tambores. A todas horas. Pum, pum, pum, pum. Constante, como los latidos del corazón de un animal enorme, la mismísima Gran Serpiente enroscada alrededor de la ciudad.

Fuera empezaba a apuntar el alba. No se había ido a dormir hasta bien pasada la medianoche. Durhem —al mando de la guardia en el turno de la mañana— había ordenado que no lo molestaran hasta mediodía. Ituralde tenía la tienda en un hueco sombreado del patio de armas. Había querido instalarse cerca de la muralla y había rechazado una cama. Esa decisión había sido una necedad. Aunque un catre le había bastado tiempo atrás, ya no era tan joven. Se trasladaría al día siguiente.

«Y ahora, duerme», se dijo.

Pero no era tan sencillo. La acusación de que era un Juramentado del Dragón lo había hecho sentirse incómodo. En Arad Doman había luchado por su rey, alguien en quien había creído. Ahora combatía en un país extraño para un hombre con el que había estado sólo una vez. Todo por intuición.

Luz, qué calor hacía. El sudor le corría por las mejillas y le provocaba escozor en el cuello. No tendría que hacer tanto calor por la mañana temprano. No era natural. Y esos puñeteros tambores seguían tocando.

Suspiró y se levantó del catre, empapado de sudor. Le dolía la pierna. Hacía días que tenía molestias.

«Eres un hombre mayor, Rodel», se dijo para sus adentros.

Se quitó la sudada ropa interior y sacó otra muda limpia. Después metió las perneras del pantalón en las botas altas de montar. Una sencilla camisa blanca con botones negros fue lo siguiente, y a continuación la chaqueta gris que se abotonaba hasta el cuello.

Estaba sujetando la espada con la correa cuando oyó pasos precipitados fuera, seguidos de susurros. La conversación se tornó airada y salió de la tienda justo cuando alguien decía:

—¡Lord Ituralde querrá estar enterado!

—¿Enterado de qué? —preguntó.

Un joven mensajero discutía con sus guardias. Los tres giraron hacia él con aire apocado.

—Lo siento, milord —se disculpó Connel—. Nos dieron instrucciones de que os dejaran dormir.

—No hay un hombre que duerma con este calor a menos que sea medio lagarto, Connel —le dijo al guardia—. Muchacho, ¿qué es eso que querría saber?

—El capitán Yoeli se encuentra en la muralla, señor —informó el joven mensajero.

Ituralde conocía al muchacho; había estado con él casi desde el principio de esta campaña.

—Dijo que deberíais ir allí —concluyó.

Ituralde asintió con la cabeza y puso una mano en el brazo de Connel.

—Gracias por vigilar mi descanso, viejo amigo, pero estos huesos no son tan frágiles como crees.

Connel asintió en silencio, sonrojado. Después retrocedió y ocupó su puesto, mientras Ituralde cruzaba el patio. El sol había salido. Vio a muchos hombres de sus tropas en pie. Demasiados. Por lo visto no era el único al que le costaba conciliar el sueño.

En lo alto de la muralla lo recibió un panorama desalentador. En la tierra moribunda, millares y millares de trollocs acampados y hogueras encendidas. A Ituralde no le gustaba pensar de dónde procedía el combustible que alimentaba esas lumbres. Con suerte, todos los granjeros y aldeanos de los alrededores habían hecho caso al aviso de evacuación.

Aferrando con fuerza el muro de piedra, Yoeli se hallaba en las almenas junto a un hombre de negro. Deepe Bhadar era como el oficial de más rango entre los Asha'man que al'Thor le había dado, uno de los únicos tres que llevaban tanto el alfiler del dragón como el de la espada en los picos del cuello de la chaqueta. De rostro inmutable, el andoreño llevaba largo el negro cabello. Ituralde había oído a veces rezongar entre dientes a los hombres de chaqueta negra, pero no a Deepe. Parecía tener absoluto control sobre sí mismo.

Yoeli no dejaba de echar ojeadas de soslayo al Asha'man; Ituralde tampoco se sentía cómodo con hombres capaces de encauzar, pero eran una herramienta excelente y no le habían fallado. Prefería dejarse guiar por la experiencia que por los rumores.

—Lord Ituralde —dijo Deepe.

Los Asha'man nunca le hacían saludos a él, sólo a al'Thor.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras recorría con la mirada las hordas de trollocs. No le pareció que hubiera cambiado nada desde que se había ido a acostar.

—Vuestro hombre afirma ser capaz de "percibir" algo —informó Yoeli—. Ahí fuera.

—Tienen encauzadores, lord Ituralde —añadió Deepe—. Diría que son seis como poco, tal vez más. Hombres, puesto que noto el Poder que están manejando para llevar a cabo algo poderoso. Si fuerzo la vista y escudriño los campamentos más alejados, a veces me parece ver tejidos, pero quizá sea cosa de mi imaginación.

Ituralde masculló una maldición.

—Por eso han estado esperando —dijo después.

—¿A qué? —preguntó Yoeli.

—A que ahora, con sus propios Asha'man...

—No son Asha'man —se apresuró a rebatir Deepe con apasionamiento.

—Vale, de acuerdo. Con sus propios "encauzadores" están en posición de echar abajo esta muralla con tanta facilidad como si derribaran unos bloques de piedra amontonados, Yoeli. Ese mar de trollocs entrará en avalancha e invadirá las calles.

—No mientras yo aguante —dijo Deepe.

—Me gusta la determinación en un soldado, Deepe, pero tu aspecto es de estar tan exhausto como me siento yo.

Deepe le lanzó una mirada iracunda. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño, los dientes apretados y los músculos del cuello y de la cara atirantados. Sostuvo la mirada a Ituralde y después se forzó a respirar larga y profundamente.

—Tenéis razón —admitió—. Pero ninguno de nosotros puede hacer nada al respecto.

Sin más, alzó la mano y realizó algo que Ituralde no podía ver. Un destello de luz roja apareció sobre los dedos del hombre; era la señal que utilizaba para llamar a los otros a que se reunieran con él.

—Preparad a vuestros hombres, general, capitán —dijo acto seguido—. No tardará en ocurrir. Es imposible que sigan absorbiendo esa clase de Poder sin que haya... consecuencias.

Yoeli asintió con un cabeceo y se alejó presuroso. Ituralde asió el brazo de Deepe para atraer su atención.

—Vosotros, los Asha'man, sois un recurso demasiado importante para perderos —

dijo Ituralde—. El Dragón nos mandó venir aquí para ayudar, no para morir. Si esta ciudad cae, quiero que reúnas a los otros, así como tantos heridos como podáis llevaros, y os marchéis. ¿Entendido, soldado?

—A muchos de mis hombres no les va a gustar hacer eso —dijo Deepe.

—Pero tú sabes que es lo mejor que puede hacerse, ¿verdad?

—Sí —reconoció el otro hombre tras una breve vacilación—. Teneis razón, como tantas otras veces. —Bajó el tono de voz—. Plantar resistencia aquí es inútil, milord. Sea lo que sea que está ocurriendo ahí fuera, sera mortífero. Me exaspera sugerirlo, pero... lo que habéis dicho sobre mis Asha'man también es aplicable a vuestros hombres. Huyamos. —Esa última palabra la pronunció con amargura.

—Los saldaeninos no vendrían con nosotros.

—Lo sé.

Ituralde consideró la idea. Por fin sacudió la cabeza.

—Cada día que retrasemos aquí a esos monstruos significa mantenerlos lejos de mi país un día más. No. No puedo irme, Deepe. Éste sigue siendo el mejor sitio para luchar. Has visto lo bien fortificados que están esos edificios. Resistiremos dentro unos cuantos días, repartidos en grupos, manteniendo ocupado al ejército.

—En tal caso, mis Asha'man se quedarán a ayudar.

—Tienes tus órdenes, hijo. Obedécelas, ¿entendido?

Deepe cerró la boca con un chasquido; después, asintió con un brusco cabeceo.

—Reuniré...

Ituralde ya no oyó el resto. Hubo una explosión.

No la sintió llegar. Se encontraba de pie junto a Deepe en un momento y, al siguiente, se hallaba en el suelo del adarve, con todo cuanto lo rodeaba sumido en un extraño silencio. Tosió; la cabeza le estallaba de dolor y, al alzar una mano temblorosa hacia la cara, descubrió que estaba ensangrentada. Tenía algo en el ojo derecho, y le rabió de dolor cuando parpadeó. ¿Por qué todo había quedado tan silencioso?

Rodó sobre sí mismo, sacudido de nuevo por la tos y con el ojo derecho apretado con fuerza mientras que el otro le lloraba. La muralla acababa a unas pocas pulgadas de donde se encontraba él.

Soltó una exclamación ahogada. Un trozo enorme de la muralla norte había desaparecido, sin más. Gimió al volverse a mirar en dirección contraria. Deepe había estado de pie junto a él...

Vio al Asha'man tendido en el adarve, cerca, con la cabeza sangrándole. La pierna derecha del hombre terminaba en un irregular colgajo de carne y hueso roto allí donde tendría que haber estado la rodilla. Ituralde maldijo, se acercó a trompicones y se dejó caer de rodillas junto al hombre. La sangre se acumulaba en un charco debajo de Deepe, pero el Asha'man seguía sacudido por convulsiones. Estaba vivo.

«He de dar la alarma...»

¿Alarma? Esa explosión habría cumplido de sobra con la función de alertar a todos. Dentro de las murallas, los edificios habían quedado demolidos, aplastados por piedras que habían volado desde el agujero de la muralla, impulsadas por la explosión. Fuera, los trollocs avanzaban a grandes zancadas, cargados con balsas para salvar el foso.

Ituralde le quitó el cinturón al Asha'man y lo utilizó para ceñírselo en el muslo. Era todo cuanto se le ocurrió hacer. La cabeza todavía le palpitaba por la explosión.

«¡Luz, la ciudad está perdida! Perdida. Así, sin más.»

Unas manos lo ayudaron a levantarse. Miró en derredor, aturdido, Connel había sobrevivido a la explosión, aunque tenía la chaqueta hecha jirones. Apartó a Ituralde mientras un par de soldados levantaban a Deepe. Los siguientes minutos transcurrieron como si lo envolviera una bruma borrosa. Trastabilló mientras bajaba la escalera de la muralla y faltó poco para que se precipitara de cabeza a los adoquines de la calle que había quince pies más abajo. Sólo las fuertes manos de Connel evitaron que cayera. Y luego... ¿Una tienda? ¿Una tienda grande con los costados abiertos? Ituralde parpadeó. Un campo de batalla no tendría que estar tan silencioso.

Un frío helador lo recorrió de pies a cabeza. Gritó. Los sonidos lo acometieron por oídos y cerebro. Gritos, piedras rompiéndose, toque de trompetas, golpes de tambor. Hombres muriendo. Todo lo asaltó de golpe, como si le hubiesen arrancado tapones de los oídos.

Se sacudió, jadeante. Se encontraba en la tienda de heridos. Antail —el callado Asha'man de cabello ralo— se cernía sobre él. ¡Luz, qué exhausto se sentía! Era comprensible, ya que, al hecho de dormir pocas horas, se sumaba el desfallecimiento que entrañaba recibir la Curación. Mientras los sonidos de la batalla lo consumían, notó los párpados pesados, traicionándolo.

—Lord Ituralde —dijo Antail—, conozco un tejido que no os pondrá bien, pero que os hará sentir como si lo estuvieseis. Sin embargo, podría ser perjudicial. ¿Queréis que lo ejecute?

—Yo... —empezó. Masculló algo—. Lo...

—Qué puñetas —rezongó Antail.

Alargó las manos. Otra oleada de Poder recorrió a Ituralde de la cabeza a los pies. Era como si una escoba le pasara por encima barriendo a su paso toda fatiga y confusión, devolviéndole los sentidos y haciéndolo sentir como si hubiera descansado a pierna suelta toda una noche. El ojo derecho ya no le dolía.

Persistía algo, muy en el fondo: la extenuación hasta la médula. Pero podía hacer caso omiso de eso. Se sentó, inhaló y exhaló, y después miró a Antail.

—¡Vaya si es útil ese tejido, hijo! ¡Tendrías que haberme dicho antes que sabías

hacer esto!

—Es peligroso —repitió el Asha'man—. Más que la versión femenina, según me han dicho. Aunque, en ciertos aspectos, más eficaz. Estáis trocando un estado de alerta por un agotamiento más profundo después.

—Después ya no estaremos en medio de una ciudad que está cayendo en manos de los trollocs. La Luz lo quiera, al menos. ¿Y Deepe?

—Lo atendí primero —respondió Antail, que señaló con un ademan al Asha'man tendido en un catre cercano, con la ropa chamuscada y la cara manchada de sangre. La pierna derecha acababa en un muñón curado y parecía que el hombre respiraba, aunque seguía inconsciente.

—¡Connel! —llamó Ituralde.

—Milord —contestó el soldado, acercándose. Había encontrado un grupo de soldados para actuar como guardia personal.

—Inspeccionemos este estropicio —dijo mientras abandonaba la tienda de heridos en dirección al Palacio de Cordamora.

La ciudad era un caos; grupos de saldaeninos y domani corrían de un lado para otro, al tuntún. Connel, demostrando ser previsor, mandó un mensajero a buscar a Yoeli.

El palacio se hallaba cerca, justo delante de la puerta principal de la ciudad. El muro que lo rodeaba había resultado dañado con la explosión, pero el edificio en sí parecía encontrarse intacto, de una pieza. Ituralde lo había estado utilizando como puesto de mando. Los hombres esperarían encontrarlo allí. Entraron corriendo, con Connel encargado de llevar la espada de Ituralde; le habían cortado el cinturón en algún momento, para quitársela. Subieron al tercer piso y a continuación corrieron al balcón desde el que se contemplaba el sector afectado por la explosión.

Como se había temido, la ciudad estaba perdida. En la sección destruida de muralla se había organizado la defensa a manos de una masa variopinta de hombres reunidos a toda prisa. Una creciente oleada de trollocs arrojaba balsas al foso y algunos empezaban a cruzarlo, seguidos por Fados. Los hombres corrían por las calles, desorientados.

Si hubieran dispuesto de más tiempo para prepararse, habrían resistido, como le había dicho a Deepe. Ahora no.

«Luz, esta defensa ha sido una sucesión de desastres.»

—Reúne a los Asha'man —ordenó—. Y a cualquiera de mis oficiales que encuentres. Organizaremos a los hombres para una retirada a través de accesos.

—Sí, milord —contestó Connel.

—¡Ituralde, no! —Yoeli irrumpió en el balcón. Tenía el uniforme sucio y desgarrado.

—Habéis sobrevivido —exclamó Ituralde, aliviado—. Excelente. Mirad, vuestra

ciudad ya está perdida. Lo siento. Traed a vuestros soldados con nosotros y podemos...

—¡Mirad! —gritó Yoeli mientras tiraba de él hacia un lado del balcón y señalaba hacia el este.

Una gruesa columna de humo se alzaba a lo lejos. ¿Un pueblo que los trollocs habían incendiado?

—¡La almenara de la torre de vigilancia! —continuó Yoeli—. ¡Mi hermana ha visto que viene ayuda! Debemos resistir hasta que llegue.

—Yoeli —dijo en voz queda Ituralde, tras una fugaz vacilación—, si una fuerza viene hacia aquí, no puede ser lo bastante numerosa para detener esta horda de trollocs. Y eso, dando por sentado que no se trate de un ardid. Los Engendros de la Sombra ya han demostrado en el pasado que son listos.

—Dadnos unas pocas horas —pidió Yoeli—. Defended la ciudad conmigo y enviad exploradores a través de esos accesos vuestros para que comprueben si es cierto que una fuerza viene hacia aquí.

—¿Unas cuantas horas? —repitió Ituralde—. ¿Con ese agujero en la muralla? Nos enfrentamos a un número de tropas abrumadoramente superior, Yoeli.

—Por favor —suplicó el saldaenino—. ¿No sois uno de esos a los que llaman Gran Capitán? Demostradme lo que ese título significa, lord Rodel Ituralde.

Ituralde se volvió de nuevo hacia la muralla rota. Tras él, en la habitación, oía a sus oficiales reuniéndose. La línea defensiva en la muralla se estaba fragmentando. Ya no tardaría en caer.

—Demostrarme lo que ese título significa.

—Tal vez...

—Tymoth, ¿estás ahí? —llamó a voces.

Un hombre pelirrojo con chaqueta negra salió al balcón. Los Asha'man estarían a las órdenes de Tymoth ahora que Deepe había caído.

—Aquí estoy, lord Ituralde —saludó.

—Reúne a tus hombres —habló en tono de urgencia—. Id a esa brecha, y que los soldados que están allí se retiren. Quiero que los Asha'man contengan el asalto por ese agujero. Necesito media hora. Quiero que toda vuestra energía, todo lo que tengáis, se descargue sobre esos trollocs. ¿Me habéis oído? Todo lo que tengáis. Si sois capaces de encauzar lo suficiente para encender una vela cuando esto haya acabado, os arrancaré la piel.

—Señor, ¿y la retirada? —dijo el Asha'man.

—Deja a Antail en la tienda de Curación. Puede hacer un acceso lo bastante grande para que los Asha'man huyan. ¡Pero todos los demás a defender esa brecha!

Tymoth salió disparado.

—Yoeli —dijo Ituralde—, nuestro trabajo es reunir a vuestras fuerzas y conseguir

que los hombres dejen de correr por toda la ciudad como si... —Vaciló. Había estado a punto de decir «como si esto fuera el jodido Tarmon Gai'don». Maldición.

»¡Como si ya no hubiese mandos! —acabó—. Si queremos resistir, tendremos que estar organizados y ser disciplinados. Necesito a vuestras compañías de caballería formadas en el patio de armas dentro de diez minutos. Dad las órdenes.

—Sí, milord —repuso Yoeli con un saludo.

—Ah —añadió Ituralde, que se volvió hacia él—. Voy a necesitar un par de carretadas de leña menuda y tantos barriles de aceite como podáis conseguir. También a todos los soldados de nuestros dos ejércitos que tengan heridas en cara o brazos, pero que todavía puedan correr. Asimismo, conseguidme a todo aquel que siga en esta ciudad y que alguna vez haya usado un arco. ¡Moveos!

Casi una hora después, Ituralde se encontraba de pie con las manos a la espalda, esperando. Había dejado el balcón para observar desde una ventana a fin de no exponerse. Pero desde allí también tenía una buena vista de la batalla.

Fuera de palacio, el frente de los Asha'man empezaba a debilitarse por fin. Habían estado combatiendo durante casi una hora haciendo saltar por los aires oleada tras oleada de trollocs en una impresionante exhibición de Poder. Por fortuna, los encauzadores enemigos no habían aparecido. Tras aquella formidable demostración de Poder, con suerte se encontraban agotados y sin capacidad para encauzar.

Daba la impresión de que llegaba el crepúsculo debido a esas agobiantes nubes suspendidas en el cielo, así como las hordas de figuras que oscurecían las laderas de las colinas más allá de la ciudad. Los trollocs, menos mal, no tenían escalas ni torres de asedio. Se limitaban a atacar la brecha de la muralla —oleada tras oleada— fustigados por los Myrddraal.

Para entonces, algunos de los hombres de chaqueta negra se alejaban renqueantes de la brecha, exhaustos. Los últimos, unos pocos, lanzaron una andanada final de Fuego y Tierra saltando por el aire, tras lo cual fueron en pos de sus compañeros. Dejaron la brecha abierta de par en par y sin defensa, como se les había ordenado.

«Venga, venid», pensó Ituralde viendo que el humo empezaba a disiparse.

Los trollocs atisbaron con los ojos entrecerrados a través del humo y treparon por encima de los cadáveres de los que habían matado los Asha'man. Los Engendros de la Sombra se desplazaron a zancadas sobre pezuñas o gruesas zarpas. Algunos olisquearon el aire.

Al otro lado de la brecha, las calles estaban llenas de hombres situados de forma estratégica, hombres ensangrentados y heridos. Empezaron a chillar al ver entrar a los trollocs y echaron a correr, como se les había ordenado que hicieran. Probablemente ese terror no era fingido en lo más mínimo. La escena parecía ahora mucho más terrible, con los edificios cercanos ardiendo con lentitud, como si fuera a causa de la explosión, los tejados en llamas y el humo saliendo por las ventanas. Los trollocs

ignoraban que los tejados de pizarra se habían diseñado para que no ardieran y que, por ley, los edificios casi no tenían componentes de madera. Ituralde contuvo el aliento. Los trollocs entraron corriendo en la ciudad aullando y rugiendo, separándose en grupos al ver la oportunidad de perpetrar una degollina y saquear. La puerta que tenía Ituralde a la espalda se abrió de golpe, y Yoeli entró con precipitación.

—Las últimas filas se encuentran en posición. ¿Funciona?

Ituralde no respondió; la prueba estaba abajo. Los trollocs daban por ganada la batalla, ya que el despliegue de Poder de los Asha'man tenía todo el aire de ser la última acometida de resistencia y la ciudad parecía sumida en el caos. Todos los trollocs corrieron por las calles con ostensible júbilo. Hasta los Myrddraal que entraron detrás daban la impresión de sentirse relajados.

Los trollocs evitaron los edificios incendiados y el amurallado palacio y se internaron más en la ciudad en persecución de los soldados que huían por una ancha avenida, al este de la población. Los escombros amontonados a propósito en puntos estratégicos animaron a la mayoría de los Engendros de la Sombra a dirigirse por esa avenida.

—¿Aspiráis a ascender a general, capitán Yoeli? —preguntó en voz queda Ituralde.

—Las aspiraciones que tenga carecen de importancia —respondió el oficial—. Pero un hombre sin ganas de aprender sería un necio.

—Entonces, prestad atención a esta lección, hijo.

Allá abajo, las contraventanas se abrieron de golpe en edificios a lo largo de la avenida tomada por los trollocs. De repente, salieron arqueros a los balcones.

—Si alguna vez tenéis la impresión de que estáis haciendo lo que el enemigo espera que hagáis, entonces haced algo diferente —dijo Ituralde.

Las flechas volaron por el aire y murieron trollocs. Grandes ballestas que disparaban virotes casi tan grandes como lanzas apuntaron a los Fados y a muchos se los vio tendidos en la calle —sacudidos por convulsiones y sin saber que ya estaban muertos— mientras veintenas de trollocs vinculados a ellos se desplomaban en el suelo. Confusos, enfurecidos, los monstruos que seguían vivos se pusieron a bramar y a golpear las puertas de los edificios llenos de arqueros. No bien lo hicieron, empezó a oírse un retumbo atronador. Trápala de caballos. La flor y nata de la caballería de Yoeli cargaba por las calles, lanza en ristre. Arrollaron a los trollocs, masacrándolos.

La ciudad se convirtió en una gran emboscada. Nadie podría pedir una ventaja mayor que aquellos edificios, y las calles eran lo bastante anchas para permitir la carga de quienes conocían el trazado. Los trollocs pasaron de gritar de contento a chillar de dolor, y se pisotearon y gatearon unos sobre otros en su afán por escapar. Entraron en el patio de armas por el lienzo roto de la muralla.

Los jinetes saldaeninos llegaron a continuación, los cascos y los flancos de los

animales mojados con la nociva sangre de los monstruos caídos. En las ventanas de los edificios "en llamas" —el fuego creado con cuidado en cuartos separados y aislados por tabiques— aparecieron hombres y empezaron a disparar flechas al gran patio. Otros echaron lanzas nuevas a los jinetes que, reequipados, formaban en línea y cabalgaban contra los trollocs. Las flechas dejaron de caer y la caballería realizó una carga de barrido a través del patio.

Centenares de trollocs murieron. Tal vez miles. Los que no habían perecido en las emboscadas, huyeron por la brecha gateando y empujándose entre ellos. Muchos Myrddraal que no acabaron siendo blanco de los arqueros salieron por pies. Casi todos los Fados muertos —matar a uno podía significar acabar con docenas de trollocs vinculados a ellos— cayeron asaeteados por docenas de flechas.

—Daré la orden de agruparse y defender la brecha de nuevo —dijo Yoeli con entusiasmo.

—No —fue la rotunda respuesta de Ituralde.

—Pero...

—Luchar en la brecha no nos favorecerá en nada —afirmó Ituralde—. Dad orden a los hombres de que vayan a diferentes edificios y que los arqueros se aposten en otras posiciones. ¿Hay almacenes u otros edificios grandes en los que puedan ocultarse los jinetes? En ese caso, que se muevan allí, rápido. Y después, a esperar.

—No los cogeremos por sorpresa otra vez.

—No. Pero irán más despacio y con cautela. Si lanzamos ataques frontales contra ellos, perdemos. Si aguantamos y ganamos tiempo, vencemos. Es el único modo de salir de ésta, Yoeli. Sobrevivir hasta que llegue ayuda. Si es que viene.

Yoeli asintió con la cabeza.

—Con la siguiente trampa no mataremos tantos —adelantó Ituralde—. Pero los trollocs son cobardes por naturaleza. Saber que cualquier calle podría convertirse de repente en una trampa mortal los hará vacilar, y así ganaremos más tiempo de lo que conseguiríamos perdiendo a la mitad de nuestros hombres defendiendo la muralla.

—De acuerdo —convino Yoeli, que vaciló—. Pero... ¿Eso no significa que van por delante de nosotros? Esta fase del plan funcionará sólo si esperan que les tendamos emboscadas.

—Supongo que sí.

—¿Y no deberíamos hacer algo diferente? Dijisteis que, si teníamos un mínimo indicio de que el enemigo sabía lo que íbamos a hacer, deberíamos cambiar los planes.

—Le estáis dando muchas vueltas al asunto, hijo. Id y haced lo que he ordenado.

—Eh... Sí, milord. —Yoeli salió corriendo.

«Esta es la razón por la que nunca tendría que enseñar tácticas», pensó Ituralde. Resultaba difícil explicar a los estudiantes que había una regla que ganaba a todas las

demás: confiar siempre en el propio instinto. Los trollocs tendrían miedo. Él sacaría provecho de ello. Lo sacaría de cualquier cosa que le dejaran.

No quería pensar más tiempo de lo debido en esa regla, y es que temía que ya la había violado. Porque hasta la última brizna de su instinto le gritaba que tendría que haber abandonado esta ciudad hacía horas.

CAPÍTULO 29

Una sensación horrible

—¿Qué pensáis que trama Perrin? —preguntó Berelain mientras paseaba con Faile y Alliandre.

Faile no contestó. La tarde estaba avanzada y había una suave luz que irradiaba el lejano sol, oculto tras las nubes. Al cabo de poco incendiaría el horizonte mientras se metía para dar paso a la noche. Y al cabo de dos días Perrin se sometería a juicio. Sabía que lo había retrasado a propósito para ganar más tiempo a fin de que los Asha'man trabajaran en el extraño problema que había con los accesos.

El ejército iba creciendo, ya que cada vez llegaba más gente que quería unirse a ellos. Los exploradores informaban que la fuerza de los Capas Blancas también aumentaba. Más despacio, pero lo hacía. En tiempos como los que corrían, un ejército era símbolo de fuerza y —como mínimo— de comida.

Unos cuantos árboles dactiloraíz se hinchaban con el agua del arroyo que corría cerca del campamento de guerra de Perrin. Qué raros eran, con esas raices que se sumergían en el agua y los troncos como vidrio fundido que se hubiera ido estancando a medida que se solidificaba. En Saldaea no había nada parecido. Daba la impresión de que, si uno daba allí dos pasos en la dirección equivocada, podía acabar metido en un pantano.

—¿No me dais una respuesta? —preguntó Berelain. La mujer parecía abstraida los últimos días—. He estado pensando. Quizá sería acertado mandar un enviado especial al ejército de los Capas Blancas. ¿Creéis que Perrin me permitiría ir allí para hablar con ellos? A lo mejor podría presentar una apelación personal en su nombre.

No dejaba de insistir en lo mismo.

—No —contestó—. Sabéis que ya ha tomado una decisión respecto a este juicio, Berelain.

La Principal frunció los labios, pero no insistió más. Las tres reanudaron el paseo, acompañadas por diez Doncellas. En otro tiempo Faile habría protestado por semejante despliegue, pero eso había sido antes de que la sorprendieran y la raptaran de manera tan inesperada y con tanta facilidad.

A lo lejos vio un pequeño grupo de refugiados que abandonaba el campamento en dirección sureste, a campo traviesa. Antes de que el tejido de los accesos dejara de funcionar, habían trasladado ya unas diez mil personas a zonas rurales de Cairhien, todas ellas con instrucciones de no hacerse notar y guardar silencio. Perrin no quería que se conociera todavía su ubicación. Las mujeres no hablarían, claro, pero los hombres empezarían a darle a la lengua, como hacían siempre.

Pocos sabían que los accesos no funcionaban; Perrin le había dicho a la gente que necesitaban que los Asha'man estuvieran fuertes por si acaso al final había que luchar contra los Capas Blancas. En el fondo, esa justificación tenía mucho de verdad. Así y todo, algunos refugiados habían pedido permiso para marcharse a pie. A esos, Faile les había dado algo de oro o alguna joya de lo acopiado por Sevanna, tras lo cual se había despedido de ellos deseándoles lo mejor. Se sorprendió al ver que había tantos que querían regresar a unos hogares situados en tierras controladas por los seanchan.

A pesar de las personas que se habían marchado, el ejército de su esposo crecía de día en día. Faile y las otras dos mujeres pasaron junto a un grupo numeroso que practicaba con espadas. Los refugiados que habían decidido entrenarse ascendían a unos veinticinco mil. Realizaban las prácticas hasta bien avanzado el día, y Faile aún oía a Tam impartir órdenes a voz en cuello.

—En fin —continuó Berelain con sus divagaciones—. ¿Qué piensa hacer Perrin? ¿Por qué ha organizado este juicio? Eso es que quiere algo de los Capas Blancas.

Berelain rodeó un nudoso dactiloraíz. La Principal, como muchas otras personas, veía muchas más intenciones en las acciones de Perrin de las que había en realidad. A él le haría gracia si supiera las intrigas que le atribuían.

«Y ésta es la mujer que se jacta de entender a los hombres», pensó Faile. Perrin no era estúpido en absoluto y tampoco era el hombre sencillo que él afirmaba ser. Planeaba, reflexionaba y era concienzudo. Pero también era directo. Rotundo. Cuando decía algo, era en serio.

—Estoy de acuerdo con Berelain —intervino Alliandre—. Tendríamos que marcharnos y se acabó. O atacar a esos Capas Blancas.

Faile movió la cabeza en un gesto de negación.

—A Perrin le molesta que la gente crea que ha hecho algo que no debía. Mientras los Capas Blancas sigan insistiendo en que es un asesino, su nombre no quedará limpio.

Estaba siendo testarudo y estúpido, pero en esa actitud había nobleza. Siempre y cuando no lo mataran por ello. Aun así, lo amaba por tener ese sentido del honor. Hacerlo cambiar no sería prudente, por lo cual ella debía estar atenta para que otros no se aprovecharan de su forma de ser.

Como pasaba siempre cuando hablaban de los Capas Blancas, en los ojos de Berelain apareció una expresión extraña, y la Principal miró de soslayo —tal vez sin ser consciente de ello— hacia donde se hallaba acampado ese ejército. Luz. No iría a preguntar otra vez si podía ir a hablar con ellos, ¿verdad? Ya se había inventado una docena de razones diferentes por las que debería hacerlo.

Faile se fijó en un grupo numeroso de soldados que intentaban pasar inadvertidos mientras rondaban por el interior del campamento, avanzando al mismo paso que ellas y sus guardianas. Perrin quería que estuviera bien protegida.

—En cuanto a ese joven capitán general —comentó Alliandre como distraída—, tiene un aspecto impresionante con el uniforme blanco, ¿no os parece? Si se pasa por alto ese sol radiante de la capa, claro. Qué hombre tan guapo.

—¿Sí? —preguntó Berelain. Cosa sorprendente, un ligero rubor asomó a las mejillas de la Principal.

—Siempre oí comentar que el hijastro de Morgase era un hombre muy apuesto —añadió Alliandre—. Pero no me imaginaba que fuera tan... perfecto.

—Como una estatua de mármol —susurró Berelain—. Una reliquia de la Era de Leyenda. Algo perfecto dejado atrás. Para que lo adorásemos.

—No está mal —opinó Faile, que soltó un ligero resoplido desdeñoso— . Lo que soy yo, prefiero una cara barbuda.

No era mentira; le encantaba un rostro barbudo y Perrin era atractivo. Con esa vigorosa corpulencia tenía un "no sé qué" que resultaba en verdad atrayente. Pero Galad Damodred era... En fin, no le parecía justo compararlo con Perrin. Sería igual que comparar una vidriera de colores con una cómoda elaborada por un maestro carpintero. Ambos objetos eran excelentes ejemplos de un oficio y por ende no resultaba fácil inclinar la balanza a favor de uno o de otro. Aunque era cierto que el vitral resplandecía. Berelain parecía perdida en sus pensamientos. Desde luego, saltaba a la vista que estaba fascinada con Damodred. Qué poco tiempo había hecho falta para que ocurriera. Le había dicho a Berelain que encontrar a otro hombre en el que volcar sus atenciones sería una gran ayuda para acabar con los rumores, pero ¿el comandante Capa Blanca? ¿Es que esa mujer había perdido completamente el juicio?

—Bien, pues, ¿qué hacemos? —preguntó Alliandre cuando rodeaban el extremo meridional del campamento, a medio camino del punto en el que habían empezado a pasear.

—¿Respecto a los Capas Blancas? —preguntó a su vez Faile.

—Respecto a Maighdin —repuso Alliandre—. Mejor dicho, Morgase.

—No dejo de tener la sensación de que se aprovechó de mi benevolencia —comentó Faile—. Después de todo lo que pasamos juntas, ¿cómo no me dijo quién era?

—Parecéis decidida a darle poca credibilidad —comentó Berelain.

Faile no contestó. Había estado cavilando sobre lo que había dicho Perrin, y era muy probable que su esposo tuviera razón. No debería estar enfadada con Morgase. Si en verdad había estado huyendo de uno de los Renegados, era un milagro que siguiera viva. Además, ella también había mentido respecto a quién era cuando conoció a Perrin.

En realidad, su ira se debía a que Morgase iba a juzgar a Perrin. Más bien, porque se atrevía a juzgarlo. Maighdin, la doncella de la señora, podría sentirse agradecida, pero Morgase la reina vería a Perrin como un rival. ¿De verdad Morgase actuaría con

imparcialidad en este juicio o aprovecharía la oportunidad para desacreditar a un hombre que se había encumbrado a sí mismo a la posición de señor?

—Me siento como vos, mi señora —comentó Alliandre en voz queda.

—¿Cómo?

—Engañada —contestó Alliandre—. Maighdin era nuestra amiga. Creía conocerla.

—Cualquiera de vosotras dos habría actuado exactamente igual de encontraros en su situación —dijo Berelain—. ¿Por qué facilitar información si no es necesario hacerlo?

—Porque éramos amigas —repuso Alliandre—. Después de todo por lo que pasamos juntas, ahora resulta que es Morgase Trakand. No sólo una reina cualquiera, no. "La" reina. Esa mujer es una leyenda. Y estaba allí, con nosotras, sirviéndonos el té. No muy bien, dicho sea de paso.

—Debes admitir que iba mejorando en cuanto a eso —comentó Faile con aire pensativo.

Faile se llevó la mano a la garganta para tocar el cordón del que colgaba la piedra de Rolan. No lo llevaba todos los días, pero sí con bastante frecuencia. ¿Morgase había sido hipócrita todo ese tiempo que habían pasado prisioneras de los Shaido? ¿O, en cierto modo, había sido mas sincera? Sin títulos ya con los que cumplir o vivir de acuerdo con ellos, no estaba en la obligación de ser la "legendaria" Morgase Trakand. En semejantes circunstancias, ¿no era más normal que saliera a la luz el verdadero carácter de una persona?

Faile aferró el cordón. Morgase no aprovecharía el juicio para ir contra Perrin por despecho, pero juzgaría con imparcialidad. Lo cual significaba que ella debía estar preparada y tener dispuesta una...

Sonaron gritos cerca.

Faile reaccionó de inmediato girándose hacia el bosque. El instinto le hizo creer que habría Aiel surgiendo de los arbustos de un salto con intención de matar y capturar, y un intenso pánico se apoderó de ella durante un instante.

Pero los gritos procedían del interior del campamento. Maldijo mientras giraba sobre los talones, pero algo la tiró del cinturón. Bajó la vista con sobresalto y se encontró con que el cuchillo salía por sí mismo de la funda y volaba por el aire.

—¡Una burbuja maligna! —gritó Berelain, que trastabilló hacia un lado.

Faile se agachó y se tiró al suelo en el mismo momento en que el cuchillo daba un capirotazo en el aire, lanzado hacia su cabeza. Falló por muy poco. Al tiempo que se ponía en cuclillas, sufrió otro sobresalto al ver a Berelain haciendo frente a una daga, una que —por el desgarrón en la camisa de la mujer— parecía haberse abierto camino a través de una funda oculta dentro de la manga.

Más allá de Berelain, el campamento era un tumulto. Los refugiados que

practicaban a corta distancia se habían dispersado mientras espadas y lanzas descargaban golpes en el aire por sí mismas. Era como si todas las armas del campamento hubieran cobrado vida de repente y se hubieran alzado contra sus dueños.

Un movimiento. Faile se echó hacia un lado cuando su cuchillo se volvió de nuevo contra ella, pero una figura de pelo blanco y ropas de color pardo asió el arma en el aire y la sujetó con firmeza. Con los dientes apretados, Sulin rodó sobre sí misma sin soltar el arma hasta que logró desprenderla del aire y la estampó contra una piedra, con lo que la hoja se partió por el mango.

El cuchillo dejó de moverse. Sin embargo, las lanzas de Sulin se salieron de donde las llevaba sujetas a la espalda y giraron en el aire, con las moharras apuntadas hacia ella.

—¡Corred! —gritó la Doncella, que se giró e intentó hacer frente a las tres lanzas a la vez.

—¿Adonde? —espetó Faile, que se agachó y aferró una piedra del suelo—. Hay armas por todas partes.

Berelain se debatía con la daga. La había asido, pero el arma luchaba contra ella y le torcía los brazos a un lado y a otro. Por su parte, Alliandre se encontraba rodeada por tres cuchillos. ¡Luz! De repente, Faile se sintió afortunada porque ese día sólo llevaba uno encima.

Varias de las Doncellas cargaron para ayudar a Alliandre y arrojaron piedras contra los cuchillos al tiempo que esquivaban las arremetidas que las lanzas dirigían contra ellas. Berelain estaba sola.

Con los dientes apretados —considerándose casi una estúpida por ayudar a una mujer a la que detestaba—, Faile saltó y puso las manos sobre las de la Principal uniendo así sus fuerzas a las de la otra mujer. Juntas, desviaron el arma hacia un lado y luego hacia el suelo, donde podrían clavar la punta en la tierra. Lo hicieron y, cosa sorprendente por demás, la daga dejó de moverse.

Sin acabar de fiarse, Faile la soltó y después alzó la vista hacia la desmelenada Berelain. La Principal apretó la mano derecha contra la palma de la otra mano para cortar el flujo de sangre de un tajo que había recibido.

—Gracias —dijo, e hizo una ligera inclinación de cabeza a Faile.

—¿Qué la ha detenido? —preguntó Faile, todavía con el corazón latiéndole desbocado.

Por todo el campamento resonaban gritos, maldiciones, entrechocar de acero contra acero.

—¿La tierra? —sugirió Berelain, que se arrodilló en el suelo.

Faile hundió los dedos en la marga. Se dio la vuelta y notó, con alarma, que una de las Doncellas había caído, aunque otras habían derribado varias de las lanzas que

volaban. Faile arrojó el puñado de tierra a una que seguía agitándose en el aire.

En el instante en que la marga tocó la lanza, el arma cayó al suelo. Sulin lo vio y los ojos se le desorbitaron en el rostro velado. Soltó las piedras que había estado usando y lanzó hacia arriba un puñado de tierra, que se esparció por encima de su cabeza justo cuando una de las lanzas se dirigía hacia ella, directa al corazón.

La tierra la paró, y la lanza se precipitó al suelo. No muy lejos, los soldados que las habían estado siguiendo para protegerlas a las tres lo estaban pasando muy mal. Se habían situado en círculo, puestos en cuclillas, con expresión preocupada, y se valían de los escudos para interceptar las armas lanzadas contra ellos.

—¡Deprisa! —les dijo Faile a las Doncellas, a la par que hundía las manos en la marga—. ¡Haced correr la voz! ¡Que los demás sepan como parar las armas!

Arrojó la tierra a las dagas que amenazaban a Alliandre, consiguiendo que cayeran dos a la vez con un único lanzamiento, y luego echó a correr hacia los soldados que se encontraban en apuros.

—No tienes por qué disculparte, Galad —dijo Morgase con suavidad—. Era imposible que supieras lo que estaba pasando en la Fortaleza de la Luz. Te hallabas a muchas leguas de distancia.

Se encontraban sentados en la tienda del joven, con una silla enfrente de la otra y la luz de última hora de la tarde reflejada en las paredes de lona. Galad tenía las manos entrelazadas con fuerza ante sí y estaba echado hacia adelante. Tan pensativo... Morgase recordaba su primera impresión sobre él, largo tiempo atrás, cuando se había casado con su padre. El muchachito había formado parte del trato y, aunque ella lo había adoptado, siempre le había preocupado que se sintiera menos amado que sus hermanastros.

Galad había sido siempre tan solemne... Rápido en hacer notar cuando alguien hacía algo incorrecto. Pero, a diferencia de otros niños —en especial Elayne— jamás había utilizado lo que sabía como un arma. Tendría que haberse dado cuenta. Debería haber visto que se sentiría atraído hacia los Capas Blancas por su visión de un mundo que era blanco y negro. ¿Habría podido prepararlo mejor? Mostrarle que el mundo no era blanco y negro; ni siquiera era gris. Estaba tan lleno de colores que a veces no encajaba en ningún espectro de moralidad.

Él alzó la vista, todavía con las manos entrelazadas con fuerza y una expresión preocupada en los ojos.

—Cometí un error al acusar a Valda. Cuando fui a buscarlo, dije que exigía un Juicio de la Luz porque había abusado de ti y te había matado. La mitad de mi acusación era falsa. He hecho algo en lo que me equivoqué, al menos en parte. Con exclusión de ese hecho, me alegro de haberlo matado.

Morgase se quedó sin aliento. Se suponía que Valda era uno de los espadachines

vivos más diestros. ¿Y Galad lo había superado en un duelo? ¿Este joven? No, ya no era un joven. Galad había hecho elecciones y ella no estaba en condiciones de juzgarlo por eso. En cierto modo, las de él parecían más dignas de elogio que las suyas propias.

—Hiciste bien —dijo—. Valda era una serpiente. Tengo la seguridad de que estuvo detrás de la muerte de Niall. Galad, le has hecho un favor al mundo.

Él asintió con la cabeza.

—Merecía morir por lo que te hizo —reiteró él—. Pero de todas formas tendré que hacer público un comunicado oficial. —Se puso de pie y enlazó las manos a la espalda mientras caminaba; la vestidura blanca daba impresión de resplandecer con la luz—. Explicaré que mi acusación de asesinato era falsa, pero que aun así Valda merecía morir por los otros satueros cometidos. Graves delitos. —Se paró un momento—. Ojalá lo hubiera sabido.

—No habrías podido hacer nada, hijo. Mi cautividad fue culpa mía, por confiar en mis enemigos.

Galad desestimó eso último con un gesto de la mano.

—Si lo que has oído es cierto —manifestó—, no había posibilidad de resistirse a Gaebril. En cuanto a tu cautividad, no confiaste en tus enemigos. Fuiste traicionada, como todos nosotros, por Valda. Los Hijos jamás son enemigos de una persona que camina en la Luz.

—¿Y Perrin Aybara?

—Un Engendro de la Sombra.

—No, hijo. No me gustan algunas de las cosas que está haciendo, pero te aseguro que es un buen hombre.

—En ese caso, el juicio lo probará.

—Los hombres buenos pueden cometer errores. Si sigues adelante con esto, podría acabar de una forma que ninguno de nosotros desea.

Galad se paró de golpe y frunció el entrecejo.

—Madre, ¿estás insinuando que debería dejarlo marchar y que su crimen quede impune?

—Ven aquí —le pidió con un gesto—. Siéntate otra vez. Me estás mareando con tanto ir y venir.

Puede que hubiera ascendido al puesto de capitán general hacía poco tiempo, pero ya parecía encresparle aceptar una orden. Así y todo, se sentó.

Lo más extraño era que ella volvía a sentirse como una reina. Galad no la había visto en esos meses tan duros. Seguía pensando en ella como la Morgase de antaño, por lo cual, encontrándose con él, se sentía como la Morgase de antes. Casi.

Niall la había tenido prisionera, pero la había respetado, y ella había empezado a pensar que quizá también podría respetarlo a él. ¿Qué había pasado con el tablero en

que Niall y ella habían jugado a las guijas tan a menudo?

¿Acabaría Galad siendo un lord capitán general como Niall o tal vez uno mejor? La reina que alentaba en ella, la reina que había vuelto a despertar, deseaba hallar la forma de sacar a la superficie la luz que había en él y sofocar las sombras.

—Galad, ¿qué tienes pensado hacer? —preguntó.

—¿Respecto al juicio?

—No. Con tu ejército.

—Combatiremos en la Última Batalla.

—Admirable. Mas ¿eres consciente de lo que eso significa?

—Significa luchar junto al Dragón Renacido.

—Y las Aes Sedai.

—Podemos servir junto con las brujas durante un tiempo, si es por un bien mayor.

Morgase cerró los ojos y respiró hondo.

—Galad, fíjate en lo que dices. ¿Las llamas brujas? ¡Fuiste a entrenarte con su guardia, tal vez a convertirte en un Guardián!

—Sí.

Morgase abrió los ojos y lo miró. Parecía tan serio y cumplidor... Pero hasta el perro de presa más peligroso y sañudo cumplía con su obligación.

—¿Sabes lo que le hicieron a Elayne, madre? —preguntó.

—¿Te refieres a perderle el rastro, a no saber por dónde andaba?

Morgase todavía se ponía furiosa al pensar en ello.

—La enviaron con una misión —dijo, con la voz destilando desagrado—. Se negaron a permitirme verla, probablemente porque se encontraba ausente, corriendo peligro. La vi más adelante, fuera de la Torre.

—¿Dónde estaba? —inquirió Morgase con ansiedad.

—Aquí, en el sur. Mis hombres llaman brujas a las Aes Sedai. A veces me pregunto cuánto dista eso de ser verdad.

—Galad...

—No todas las mujeres que manejan el Poder Único son intrínsecamente perversas —explicó—. Esa es la tradición errónea de los Hijos. El camino de la Luz no hace tal afirmación; sólo dice que la tentación de utilizar el Poder Único puede corromper a la persona. Creo que las mujeres que ahora dirigen la Torre Blanca han dejado que sus intrigas y maquinaciones egoístas las cieguen.

Morgase asintió con la cabeza; no quería discutir ese punto. ¡Gracias a la Luz que Elaida no estaba allí para escuchar ese razonamiento!

—Sea como sea —continuó Galad—, combatiremos junto a ellas y el Dragón Renacido y ese Perrin Aybara si es preciso. La lucha contra la Sombra supera todas las demás discordias.

—Entonces, deja que nos unamos a esa lucha —dijo—. ¡Galad, olvídate de ese

juicio! Aybara tiene intención de disolver parte de su ejército y entregar el resto a al'Thor.

Él le sostuvo la mirada y después asintió con la cabeza.

—Sí. Ahora me doy cuenta de que el Entramado te ha conducido hasta mi. Viajaremos con vosotros. Después —hizo hincapié en la palabra— de que se haya celebrado el juicio.

Morgase suspiró.

—No hago esto por propia elección. —Galad se puso de pie otra vez— El mismo Aybara sugirió que se lo sometiera a juicio. La mala conciencia le pesa, y negarle esta oportunidad sería un error. Que demuestre su inocencia, a nosotros y a sí mismo. Entonces podremos continuar. —Vaciló, alargó la mano y tocó la espada enfundada en la blanca vaina que había encima de un baúl—. Y, si seguimos sin él, entonces descansará en la Luz habiendo pagado por sus crímenes.

—Galad, ¿sabes que Lini está entre la gente que apresasteis del campamento de Perrin?

—Debería haberse dado a conocer, haberse presentado ante mí. La habría dejado libre.

—Y, sin embargo, no lo hizo. He oído que casi has amenazado con ejecutar a los prisioneros si Perrin no aceptaba combatir. ¿Es eso cierto?

—La sangre de esas personas habría caído sobre su conciencia.

—¿La de Lini también, Galad?

—Yo... La habría visto entre los demás y la habría apartado para ponerla a salvo.

—Por lo tanto, habrías matado a los demás —dijo Morgase—. ¿Gente inocente que no había hecho nada malo ni desacertado más que dejarse arrastrar por Aybara?

—Las ejecuciones no se habrían llevado a cabo nunca. Sólo era una amenaza.

—Una mentira.

—¡Bah! ¿Con qué fin has sacado esta conversación, madre?

—Para ayudarte a pensar, hijo. Como debería haberte animado a hacer antes, en vez de abandonarte a tus ingenuas ilusiones. La vida no es tan simple como lanzar una moneda al aire para que salga cara o cruz. ¿Alguna vez te he hablado del juicio de Tham Felmley?

Galad, que parecía irritado, negó con la cabeza.

—Pues escucha. Era un albañil de renombre en Caemlyn. Fue acusado de matar a su hermano, muy al principio de mi reinado. Era lo bastante conocido y el caso era lo suficientemente importante para que lo juzgara yo en persona. Murió ahorcado.

—Un final adecuado para un asesino.

—Sí. Por desgracia, el verdadero asesino quedó libre. Uno de sus trabajadores había sido el autor del crimen. No se descubrió hasta dos años después, cuando ese hombre fue prendido por otro asesinato. Se rió de nosotros entonces, mientras lo

ahorcaban. Felmley era inocente del crimen por el que fue ajusticiado. El verdadero culpable, el asesino, había sido uno de los que lo acusaron durante el juicio.

Galad guardó silencio.

—Es la única vez que sé con certeza que ordené ahorcar a alguien por error. Así que, dime, Galad. ¿Debería ser ajusticiada por mi error de condenar a un hombre inocente?

—Hiciste todo lo posible para impartir justicia, madre.

—Pero sigue habiendo un hombre que murió ahorcado sin merecerlo.

Galad parecía preocupado.

—A los Hijos les gusta decir que la Luz los protege —continuó Morgase—, que los guía en su criterio y su juicio para conducir a la gente por la senda de la justicia. No es así como funciona, Galad. Valda, invocando la bendición de la Luz, fue capaz de hacer cosas horribles. Y yo, confiando en la ayuda de la Luz, condené a un hombre injustamente.

»Con esto no quiero decir que Aybara sea inocente. No tengo suficiente información en un sentido o en otro. Pero quiero que entiendas que, a veces, un buen hombre puede hacer algo inapropiado. En ocasiones es adecuado castigarlo, y en otras el castigo no beneficia a nadie. En ese caso, lo mejor que uno puede hacer es dejar que siga adelante y aprenda. Igual que yo he seguido aprendiendo tras juzgar tan mal un caso.

Galad tenía fruncido el entrecejo, y eso era bueno. Por fin, sacudió un poco la cabeza y el gesto del rostro se tornó sereno.

—Veremos cómo se desarrolla el juicio. Se...

—Milord capitán general —saludó un Capa Blanca, que apartó la lona de la entrada y accedió a la tienda. Era un tipo enjuto, de ojos hundidos y con oscuras ojeras—. Acaba de llegarnos una nota del campamento de ese ser, Aybara. Piden que se retrase un día el juicio.

—¿Con qué propósito? —demandó Galad, que se puso de pie.

—Un alboroto en el campamento, dicen —contestó el Capa Blanca—. Algo sobre heridos a los que se tiene que atender. Milord, es obvio que se trata de una estratagema. Un truco de alguna clase. Deberíamos atacarlos o, como mínimo, rechazar esa injustificada ampliación del plazo.

Galad vaciló, y miró a Morgase.

—No es una estratagema, hijo —afirmó—. Te lo prometo. Si Aybara dice que necesita más tiempo, no te miente.

—Bien, lo pensaré. —Galad hizo un ademán con la mano, despidiendo al mensajero—. Y también reflexionaré sobre todo lo que me has dicho, madre. Quizá disponer de un poco más de tiempo para pensar las cosas sería... de agradecer.

Los encauzadores dicen que están trabajando tan deprisa como es posible —explicó Gaul, que caminaba al lado de Perrin a través del campamento a fin de inspeccionar los distintos sectores—. Pero también han dicho que harán falta varios días para ocuparse de todo el mundo.

El sol se metía tras el horizonte, pero era muy probable que la noche fuera muy larga para muchos que atendían a los heridos. Había miles de afectados, aunque la mayoría de las heridas, por suerte, no eran graves.

Habían perdido a algunos. Demasiados, quizá tantos como habían perecido por los picotazos de las serpientes.

Perrin gruñó. El propio Gaul tenía un brazo en cabestrillo; había desviado sus lanzas, pero había estado a punto de morir por una de las flechas que llevaba en la aljaba. Ésa la había parado con el antebrazo. Cuando Perrin le había preguntado por la herida, Gaul se había echado a reír diciendo que hacía muchos años que no se hería a sí mismo con sus propias flechas. Humor Aiel. Se volvió a mirar a Aravine, que caminaba con ellos.

—¿Hemos tenido contestación de los Capas Blancas? —le preguntó.

—Sí. Pero nada específico. Su jefe dijo que "pensaría" si nos daba más tiempo.

—Bueno, no es él quien lo decidirá —contestó Perrin, encaminándose hacia el sector mayeniense del campamento para ver cómo estaba la gente de Berelain—. No voy a correr el riesgo de luchar en una batalla teniendo una cuarta parte de mis hombres heridos y a mis Asha'man muertos de cansancio por realizar Curaciones. El juicio empezará cuando yo lo diga, y si Damodred no está de acuerdo, puede seguir adelante si quiere y atacarnos.

Gaul mostró su conformidad con un gruñido. Llevaba las lanzas, pero Perrin se fijó en que las llevaba atadas en su sitio, pero con las correas más apretadas que de costumbre. Aravine sostenía un farol en la mano, aunque todavía no había hecho falta encenderlo. Ella también se había preparado para una larga noche.

—Infórmame cuando Tam y Elyas hayan regresado —le dijo a Gaul.

Perrin los había enviado por separado a visitar pueblos que había por las cercanías para comprobar si los habitantes —los que se habían quedado en ellos sin unirse al ejército— también habían sido víctimas de la burbuja maligna.

Berelain, que tenía vendada la mano, había recobrado la compostura. Se ocupó de darle ella en persona un informe sobre cuántos de sus soldados estaban heridos, así como los nombres de aquellos a los que había perdido. Sólo seis, en su campamento.

Perrin bostezó al dejar la tienda atrás y mandó a Aravine a comprobar la situación en el sector de las Aes Sedai. Gaul se había marchado al trote para echar una mano en el transporte de heridos, y Perrin se encontró solo caminando por el sendero que conducía al sector de Alliandre.

Su martillo no había intentado matarlo. Que él supiera, era la única arma de

cualquier persona que no había reaccionado a la burbuja maligna. ¿Qué significaría?

Meneó la cabeza con aire pensativo. Entonces vaciló e hizo un alto al oír que alguien se acercaba corriendo por el camino, en su dirección. Percibió el olor de Tam y se volvió para recibir al robusto hombre.

—Perrin, hijo —empezó Tam, falto de aliento por la carrera—. Acaba de pasar algo anómalo.

—¿La burbuja maligna alcanzó el pueblo? —preguntó, alarmado—— ¿Ha habido heridos?

—Oh, no. No es eso. En el pueblo no ha ocurrido nada. Ni siquiera se percataron de que pasaba algo malo. Esto es otra cosa distinta. —Tam olía raro. Preocupado, meditabundo.

—¿Qué? —preguntó, fruncido el entrecejo—. ¿Qué ha pasado?

—Yo... En fin, tengo que irme, hijo —anunció Tam—. Dejar el campamento. No sé cuándo volveré.

—¿Es por...?

—No tiene nada que ver con los Capas Blancas —se adelantó Tam—. Se me ha advertido que hable lo menos posible de esto, pero tiene que ver con Rand.

El torbellino de colores. Rand caminaba por los pasillos de la Ciudadela de Tear, sombría la expresión. Peligrosa.

—Perrin, creo que esto es algo que debo hacer. Tiene que ver con las Aes Sedai, y he de dejarte ahora. No puedo decir nada más. Me hicieron jurarlo.

Perrin lo miró a los ojos y en ellos vio sinceridad. Asintió con un cabeceo.

—De acuerdo, entonces. ¿Necesitas ayuda? ¿Alguien que te acompañe, dondequiera que vayas?

—No hará falta —contestó Tam.

Olía a sentirse azorado. ¿Qué pasaría?

—Intentaré conseguirte algo de ayuda, hijo —añadió Tam, que le puso una mano en el hombro—. Lo has hecho muy bien aquí. Estoy orgulloso de ti, y tu padre también lo estaría. Sigue así. Te veré en la Última Batalla, si no antes.

Perrin asintió con la cabeza, y Tam se marchó hacia su tienda a toda prisa, tal vez para recoger sus pertenencias.

No era cosa sencilla ofrecer un aspecto regio mientras la transportaban a una en unas andas por el adarve de la muralla de Caemlyn, pero Elayne hacía todo lo posible. A veces conseguir lo que una quería era más importante que mostrarse regia.

¡Reposo en cama! ¡A una reina! En fin, con tal de evitar que Melfane estuviera encima de ella, había jurado que no se pondría de pie. Pero no había dicho nada sobre quedarse en su dormitorio.

Cuatro hombres de la Guardia Real cargaban con la litera encima de los hombros.

Elayne iba sentada con seguridad, entre reposabrazos, y llevaba un atuendo carmesí, el cabello cepillado con esmero y la Corona de la Rosa de Andor ciñéndole la frente.

Hacía un día bochornoso, ya que había subido la temperatura mientras que el cielo seguía cubierto con oscuros nubarrones. Se permitió sentirse culpable un momento por hacer que esos pobres hombres, vestidos con uniforme, la llevaran cargada con aquel calor de principios de verano.

Pero esos hombres también combatirían en su nombre; podían aguantar un poco de bochorno. En cualquier caso, ¿cuántas veces tenían los hombres de la Guardia Real la oportunidad de llevar a hombros a su soberana?

Birgitte caminaba a un lado de las andas y el vínculo le transmitía que aquello le parecía jocoso. Elayne había temido que se opusiera a hacer esta excursión; ¡en cambio se había echado a reír! Birgitte debía de haber llegado a la conclusión de que las actividades de ese día —aunque molestarían a Melfane— no representaban un verdadero riesgo para ella ni para los bebés. Para la Guardiana, eso significaba una oportunidad de ver a Elayne llevada en andas por la ciudad dando una imagen ridicula.

Elayne torció el gesto. ¿Qué pensaría la gente? La reina transportada en andas en dirección a la muralla exterior. En fin, Elayne no estaba dispuesta a permitir que los rumores le impidieran ver la prueba en directo, y tampoco iba a dejarse intimidar por una matrona tirana.

Desde allí se disfrutaba de una vista estupenda. Los campos en dirección a Aringill se extendían a su izquierda, en tanto que la ciudad bullía de actividad a su derecha. Esos campos estaban demasiado pardos. Los informes procedentes de todo el reino eran calamitosos. Nueve de cada diez sembradíos se habían malogrado.

Los porteadores de Elayne la condujeron hasta la entrada a una de las torres albarranas y entonces se toparon con una traba. Los varales de las andas eran demasiado largos para girar en la escalera que conducía arriba; la demostración se iba a realizar en lo alto de esa torreta. Por suerte, había la alternativa de unos agarraderos más cortos para una contingencia de ese tipo. Quitaron los varales y asieron los agarraderos.

Mientras la transportaban escalera arriba, Elayne se distrajo pensando en Cairhien. Todas las casas nobles afirmaban estar aguardando con impaciencia su llegada para que ocupara el trono y, sin embargo, ninguna ofrecía algo más que un apoyo pasivo. El *Daes Dae'mar* estaba en plena vigencia, y la postura en cuanto al ascenso de Elayne —o su posible intento fallido— había empezado en el instante en que Rand mencionó su propósito de que el país fuera para ella.

En Cairhien, un centenar de vientos políticos soplaban siempre en cien direcciones diferentes. Elayne no disponía de tiempo para conocer todas las distintas facciones antes de ocupar el trono. Además, si se la veía tomando parte del juego

cabía la posibilidad de que la vieran también como alguien a quien derrotar. Tenía que hallar el modo de ocupar el Trono del Sol sin mezclarse demasiado en la política de las casas cairhieninas.

Las andas subieron en medio de crujidos y coronaron lo alto de la torreta. Aludra aguardaba arriba con uno de los prototipos de los dragones. El tubo de bronce era muy largo e iba instalado en un armazón de madera. No se trataba más que de una pieza para la exhibición. Un segundo dragón —éste operativo— se había situado en lo alto de la siguiente albarrana que había en la muralla. Se hallaba lo bastante lejos para que Elayne no corriera peligro si algo iba mal.

La esbelta tarabonesa no parecía parar mientes en el hecho de que estaba entregando un arma con potencial para cambiar el mundo a la reina de un país que no era el suyo; al parecer, lo único que Aludra deseaba era encontrar un modo de ajustar cuentas con los seanchan, o eso era lo que Mat le había explicado. Elayne había pasado ratos con esa mujer cuando viajaban en el espectáculo ambulante de Luca, pero aún no sabía con certeza hasta qué punto era de fiar. Por ello, había encargado a maese Norry que no la perdiera de vista.

Eso dando por hecho que los dragones funcionaran. Elayne echó otro vistazo a la gente que había abajo. Sólo entonces fue consciente de lo alto que estaba. ¡Luz!

«Estoy a salvo —se recordó para sus adentros—. La visión de Min.» Aunque ya no le decía eso a Birgitte. Y su intención era dejar de correr tantos riesgos. Pero lo de ese día no era tal riesgo. En realidad, no.

Desvió la vista antes de que el vértigo la dominara e inspeccionó el dragón con más detenimiento. Tenía la forma de una enorme campana de bronce, aunque más largo y más estrecho. Como un inmenso jarrón puesto de lado. Elayne había recibido unas cuantas cartas de los airados campaneros. Aludra insistía en que sus órdenes se siguieran al pie de la letra y los había obligado a refundir el tubo tres veces.

La noche antes, a altas horas, un crujido muy fuerte retumbó en la ciudad, como si un muro de piedra se hubiera derrumbado en alguna parte o como si hubiera caído un rayo. Esa mañana Elayne había recibido una nota de Aludra.

«La primera prueba con éxito. Reunios conmigo hoy en la muralla de la ciudad para una demostración», ponía en el papel.

—Majestad —saludó Aludra—. Os encontráis bien, ¿verdad?

—Pronto lo estaré, Aludra —respondió, procurando mantener la dignidad—. ¿Está preparado el dragón?

—Lo está.

La antigua Iluminadora llevaba un largo vestido de color marrón, y el negro y ondulado cabello suelto le llegaba a la cintura. ¿Por qué no se había peinado con trencillas? Las joyas no parecían interesarle y Elayne nunca la había visto lucir ninguna. Con ella se encontraba un grupo de cinco hombres de la Compañía de la

Mano Roja de Mat. Uno empuñaba lo que parecía ser una especie de cepillo deshollinador, otro aguantaba en las manos una esfera de metal y un tercero cargaba con un pequeño barril de madera.

Elayne vio un grupo similar en la siguiente torre. Allí, alguien alzó el sombrero en el aire y la saludó. Por lo visto, Mat quería ver la demostración en la torre del dragón operativo. Qué hombre tan temerario. ¿Y si esa cosa explotaba como una flor nocturna?

—Bien, en ese caso, empezaremos con la demostración —dijo Aludra—. Estos hombres os mostraran lo que se hace en la otra torre. —Vaciló un momento y observó con atención a Elayne—. Majestad, creo que deberíamos alzaros un poco para que podáis ver toda la demostración.

Unos minutos después, habían localizado unas cajas pequeñas que colocaron debajo de las andas para darle más altura a fin de que viera por encima de las almenas de la muralla. Al parecer habían construido algo en la ladera de una colina lejana, aunque estaba demasiado lejos para que Elayne alcanzara a distinguir qué era. Aludra sacó varios visores de lentes y ofreció uno a Elayne y otro a Birgitte.

Elayne se llevó el visor al ojo. Maniquíes vestidos. Aludra había colocado cincuenta en filas, en la ladera de la colina. ¡Luz! ¿De dónde habría sacado tantos? Sin duda, pronto le llegarían unas cartas prolijas de modistas de toda la ciudad.

Mat había prometido que esto merecería casi cualquier coste. Claro que de Mat podía esperarse todo. No era precisamente la persona más digna de confianza de los alrededores.

«Pues no ha sido él quien dejó en poder de la Sombra un *ter'angreal* de inestimable valor», se recordó para sus adentros. Torció el gesto. En el bolsillo llevaba otra réplica de la cabeza de zorro, una de las tres que había creado hasta el momento. Ya que estaba confinada en la cama, al menos aprovecharía el tiempo. Sería mucho menos frustrante si pudiera encauzar como era debido.

Las tres réplicas de los medallones de la cabeza de zorro funcionaban igual que la primera que le habían quitado. No podía encauzar si llevaba una encima, y un tejido poderoso las superaba. En verdad necesitaba el original otra vez para estudiarlo más a fondo.

—Como veis, majestad —dijo Aludra en voz ceremoniosa, como si no estuviera acostumbrada a hacer demostraciones—, hemos intentado recrear las condiciones en las que podrían utilizarse los dragones.

«Salvo que en lugar de tener enfrente cincuenta maniquíes, tendremos a cien mil trollocs», pensó Elayne.

—Deberíais mirar hacia la siguiente albarrana —sugirió Aludra, que señaló en aquella dirección.

Elayne movió el visor para observar a la siguiente torre de la muralla. Allí vio a

cinco miembros de la Compañía, vestidos de uniforme, esperando junto al otro dragón. Mat se había asomado a la boca del tubo para mirar.

—Estos hombres están entrenados un poco con los dragones —continuó Aludra —. Pero aún no tienen la eficacia que me gustaría. Servirán de momento, ¿sí?

Elayne bajó el visor cuando los hombres echaron hacia atrás el tubo que era copia del dragón —estaba montado sobre un juego de ruedas— y lo hicieron girar un poco hacia arriba, al cielo. Uno le echó dentro un poco de polvo negro que había en el barrilete de madera, y a continuación otro embutió una especie de rollo o pegote de algún material. Hecho esto, el hombre que sostenía el largo palo lo metió por el tubo, con fuerza. Pero no era un deshollinador, sino una especie de herramienta que usaba para comprimirlo todo.

—Se parece al polvo negro que hay dentro de una flor nocturna —dijo Birgitte. La mujer parecía preocupada.

Aludra lanzó una mirada a la Guardiana.

—¿Y cómo sabéis lo que hay dentro de una flor nocturna, Merian? —inquirió—. Sois consciente de lo peligroso que es abrir una de ellas, ¿verdad?

Birgitte se encogió de hombros. Aludra se puso ceñuda; pero, al no obtener respuesta, hizo una profunda inhalación y se tranquilizó.

—El artefacto es seguro por completo. Hemos instalado lejos el otro dragón para que haga el disparo a fin de que no haya peligro, ¿de acuerdo? Pero, de todos modos, no se corre ningún peligro. La fundición de las piezas es buena, y mis cálculos, perfectos.

—Elayne, a pesar de todo creo que sería mejor que viéramos la demostración desde el adarve de la muralla —sugirió Birgitte—. Aunque éste que hay aquí no se vaya a disparar.

—¿Después de todo lo que he pasado para llegar aquí arriba? —dijo Elayne—. No, gracias. Aludra, podéis continuar.

Hizo caso omiso del enojo de Birgitte. ¿De verdad creía Aludra que podría alcanzar a aquellos maniquíes con la esfera de hierro? Había una gran distancia y la esfera era tan pequeña... Apenas un poco más ancha que la mano de un hombre extendida, del meñique al pulgar. ¿Habría dedicado tanto esfuerzo para tener a cambio algo que funcionaría peor que una catapulta? Ese dragón parecía preparado para lanzar la esfera más lejos, pero las grandes piedras arrojadas por una catapulta eran muchísimo más grandes.

Los hombres acabaron. El otro soldado tocó con una pequeña antorcha la mecha que salía de la esfera y metió ésta en el tubo; a continuación giraron entre todos el tubo para que apuntase directamente hacia afuera.

—¿Veis? —dijo Aludra, mientras daba palmaditas al dragón—. Es mejor con tres hombres. Cuatro para más seguridad, por si cae uno. Hasta uno podría ocuparse de

realizar todo el trabajo, pero sería muy lento.

Los hombres retrocedieron al tiempo que Aludra sacaba una bandera roja y la levantaba en el aire para hacer una señal al otro equipo situado en la siguiente torreta. Elayne los enfocó con el visor. Uno sostenía una antorcha pequeña. Mat observaba con expresión de curiosidad.

Aludra bajó la bandera, y el soldado tocó con la antorcha encendida el costado del dragón.

El sonido de la explosión que siguió fue tan fuerte que hizo dar un brinco a Elayne. El retumbo era tan seco como el del trueno, y a lo lejos oyó como un eco de la explosión. Se llevó la mano al pecho y entonces se acordó de inhalar aire.

Una zona de la ladera de la montaña estalló en una inmensa rociada de tierra y polvo. ¡El suelo parecía temblar! Era como si una Aes Sedai hubiese desgarrado la tierra con un tejido, pero allí no se había utilizado en absoluto el Poder Único.

Aludra parecía desilusionada. Elayne se llevó al ojo el visor de lentes. El proyectil había fallado sus buenos veinte pasos del lugar donde estaban los maniquíes, pero había abierto un agujero en el suelo de cinco pies de ancho. ¿Había explotado la bola como una flor nocturna para causar ese efecto? Este artefacto no era sólo una catapulta o un trabuquete mejorados; era algo más. Algo capaz de aplastar una esfera de hierro contra el suelo con tanta fuerza que abriera un agujero y después, quizá, explotaba asimismo.

¡Diantre, podría llenar toda una muralla con esos dragones! Con todos disparando a la vez...

Aludra alzó de nuevo la bandera; Elayne observó con el visor a los hombres que en la siguiente torre limpiaban el tubo y lo recargaban. Mat se tapaba los oídos con las manos y dirigió una sonrisa a Elayne. Ese hombre tendría que haber presenciado la demostración desde esta otra torre. El proceso de recargar llevó muy poco tiempo, quizá tres minutos. ¿Y Aludra decía que quería que se realizara más deprisa?

La mujer escribió una nota con una serie de órdenes y la mandó con un mensajero a los hombres de la otra torreta. Los soldados cambiaron un poco la posición del dragón. Entonces Aludra agitó la bandera; Elayne se preparó para la siguiente explosión, pero aun así dio un brinco cuando se produjo.

Esta vez, el disparo fue certero y dio justo en el centro de las filas de maniquíes. Los restos fragmentados saltaron en el aire. El impacto destruyó cinco o seis y derribó a una docena o más.

Con la habilidad de disparar cada dos minutos, de llegar a tan largo alcance y de sembrar semejante destrucción, esas armas serían mortíferas. Quizá tanto como las *damane*. Birgitte seguía mirando por el visor y, aunque la mujer mantenía impasible el semblante, Elayne percibía el asombro que sentía.

—¿Os complace el arma? —preguntó Aludra.

—Me complace, Aludra —respondió Elayne con una sonrisa—. Me complace muchísimo. Los recursos de toda la ciudad son vuestros, los recursos de todo Andor. Hay unos cuantos campaneros más en el reino —refirió a la Iluminadora—. Pero debéis guardar en secreto los planos y los diseños. Mandaré unos guardias con vos. No podemos permitirnos el lujo de que alguno de los campaneros se plantee el beneficio que le reportaría abandonar el país y vender información a nuestros enemigos.

—Mientras no les llegue a los seanchan, no me importa —respondió la mujer.

—Pero a mí sí —manifestó Elayne—. Y seré yo quien se ocupe de que estos artefactos se utilicen adecuadamente. Tendréis que jurarme que se guardará el secreto, Aludra.

La mujer suspiró, pero lo hizo. Elayne tenía intención de usar los dragones sólo contra los trollocs y los seanchan, pero se sentiría mucho más segura respecto a su país sabiendo que tenía esas armas a su disposición.

Sonrió al considerarlo y le resultó difícil controlar el entusiasmo. Por fin, Birgitte bajó el visor. Parecía... solemne.

—¿Qué pasa? —preguntó Elayne mientras los guardias examinaban por turno con su visor la devastación. Percibía en ella una especie de indigestión. ¿Habría comido algo en malas condiciones en el almuerzo?

—El mundo acaba de cambiar, Elayne —contestó Birgitte a la par que movía la cabeza y la larga trenza se mecía un poco—. Es un cambio enorme y tengo la horrible sensación de que esto sólo es el principio.

CAPÍTULO 30

Los hombres sueñan aquí

—Estos Capas Blancas son un grupo de tipos reservados, mi señora, pero siguen siendo hombres —comentó Lacile con una sonrisa jactanciosa—. Hombres que no han visto a una mujer hace tiempo, creo. Eso siempre les hace perder el poco cerebro que tienen.

Sosteniendo un farol ante sí, Faile recorría las hileras de caballos estacados bajo el cielo oscuro. Perrin dormía; se había retirado temprano estos últimos días para entrar en el Sueño del Lobo. Los Capas Blancas habían accedido a regañadientes a retrasar el juicio, pero Perrin no había preparado nada todavía sobre lo que iba a hablar allí. Él había rezongado que ya sabía lo que tenía que decir. Conociéndolo, se limitaría a contar a Morgase lo que había pasado, con sinceridad y directo, como siempre.

Lacile y Selande caminaban con ella, una a cada lado. Otros miembros de *Cha Faile* iban detrás a fin de asegurarse de que nadie se acercaba lo suficiente para oír lo que hablaban.

—Creo que los Capas Blancas sabían que estábamos allí para espiarlos —opinó Selande.

La mujer, baja y de piel muy blanca, llevaba la mano posada en la espada. Esa postura ya no parecía tan forzada como tiempo atrás; Selande se había tomado muy en serio el entrenamiento con el arma.

—No, dudo que lo hayan adivinado —replicó Lacile.

Ésta seguía llevando una sencilla blusa de color avellana y una falda de un tono marrón más oscuro. Selande había vuelto al pantalón y la espada nada más regresar —aún tenía un corte en el brazo, donde esa espada la había herido al intentar matarla—, pero Lacile parecía estar saboreando cada momento de ir vestida con falda.

—Casi no dijeron nada de interés —adujo Selande.

—Sí, pero creo que sólo se debe a que tienen por costumbre actuar así —fue la réplica de Lacile—. La disculpa que dimos para ver cómo se encontraban Maighdin y los demás era razonable, mi señora. Así pudimos entregar vuestra nota y después sostener una pequeña charla con los hombres. Les sonsaqué lo suficiente para conseguir algo.

Faile enarcó una ceja, aunque Lacile guardó silencio cuando pasaron cerca de un caballerizo que trabajaba hasta tarde almohazando a uno de los caballos.

—Los Capas Blancas respetan a Galad —continuó Lacile cuando estuvieron a una distancia prudente para que el mozo no la oyera—. Aunque algunos rezongan

sobre las cosas que les ha estado diciendo.

—¿Qué cosas?

—Quiere que se alíen con las Aes Sedai para la Última Batalla —explicó Lacile.

—Cualquiera te habría dicho que les desagrada esa idea —manifestó Selande—. ¡Son Capas Blancas!

—Sí —convino Faile—, pero eso implica que el tal Galad es más razonable que sus hombres. Un dato útil, Lacile.

La joven se puso hinchada y se atusó el cabello corto en un gesto de aparente recato y echó hacia atrás las cintas rojas que llevaba atadas. Había tomado por costumbre ponerse cintas —el doble ahora— desde la cautividad en el campamento Shaido.

Un poco más adelante, una figura desgarbada apareció entre dos de los caballos. Llevaba un poblado bigote al estilo tarabonés y, a pesar de su juventud, tenía el aire de quien ha visto mucho en su vida. Era Dannil Lewin, el joven a cuyas órdenes estaban los hombres de Dos Ríos ahora que Tam había decidido marcharse de forma tan misteriosa. Quisiera la Luz que Tam se encontrara a salvo, dondequiera que hubiese ido.

—Vaya, Dannil —dijo Faile—, qué extraña coincidencia verte por aquí.

—¿Coincidencia? —repitió el joven, que se rascó la cabeza. Sostenía el arco en una mano, como un bastón, aunque no dejaba de echarle ojeadas recelosas. Ahora un montón de gente actuaba así con sus armas—. Me pedisteis que viniera aquí.

—A pesar de todo, ha de ser una coincidencia en caso de que alguien te pregunte —señaló Faile—. Sobre todo si ese alguien es mi marido.

—No me gusta ocultarle cosas a lord Perrin —manifestó Dannil, que se puso a caminar a su lado.

—¿Y prefieres correr el riesgo de que lo decapite un grupo de fanáticos Capas Blancas?

—No. Ni ninguno de los hombres.

—¿Has hecho, pues, lo que te pedí?

Dannil asintió con un cabeceo y añadió:

—Hablé con Grady y Neald. Aunque lord Perrin ya les había ordenado que se quedaran cerca, los tres hemos charlado un rato. Grady dijo que tendrá preparados tejidos de Aire con los que agarrará a lord Perrin y lo sacará de allí si las cosas se ponen feas, con Neald cubriendo la retirada. He hablado con los hombres de Dos Ríos. Un grupo de arqueros subidos a los árboles estará preparado para crear una maniobra de distracción.

Faile asintió en silencio. Por suerte, ninguno de los dos Asha'man había salido herido en la burbuja maligna. Ambos llevaban un cuchillo; pero, según los informes, miraron las armas que flotaban en el aire y luego, como si tal cosa, movieron las

manos y las hicieron caer con un estampido. Cuando los mensajeros de la noticia del truco de Faile con la tierra llegaron al sector del campamento donde se encontraban los Asha'man, encontraron mucho menos caos en esa zona, con Grady y Neald caminando a través del campamento y derribando armas dondequiera que las veían.

En parte, la razón para demorar el juicio era ocuparse de la Curación. Pero otra no menos importante era que Perrin quería dar tiempo a los herreros y artesanos del campamento para que hicieran armas que reemplazaran las que la gente había perdido, por si acaso el juicio desembocaba en una batalla. Y Faile estaba cada vez más convencida de que sería así.

—Lord Perrin no querrá que lo saquen de la lucha —comentó Dannil—. No le hará ni pizca de gracia.

—Esa tienda podría convertirse en una trampa mortal —argumentó Faile—. Perrin puede dirigir la batalla si gusta, pero desde una posición más segura. Lo sacaréis de allí.

Dannil suspiró, pero asintió con la cabeza antes de hacerlo de viva voz:

—Sí, mi señora.

Perrin estaba aprendiendo a no temer a Joven Toro.

Paso a paso, aprendía a encontrar el equilibrio. El lobo, cuando se necesitaba al lobo; el hombre, cuando se necesitaba al hombre. Se dejaba arrastrar a la caza, pero mantenía a Faile —su hogar— presente en la mente. Caminaba por el filo de la espada, pero con cada paso dado crecía la seguridad en sí mismo.

Ese día cazaba a *Saltador*, una presa trapacera y avezada. Pero Joven Toro aprendía deprisa, y tener la mente de un hombre le daba ventaja. Estaba capacitado para pensar como algo, o alguien, que no era.

¿Habría sido así como había empezado Noam? ¿Adonde conducía ese camino de comprensión? En ello aún había un secreto, un secreto que Joven Toro tenía que descubrir por sí mismo.

No podía fallar. Debía aprender. Tenía la impresión de que —de algún modo— cuanta más seguridad en sí mismo adquiría en el Sueño del Lobo, más cómodo se sentía consigo mismo en el mundo de vigilia.

Joven Toro iba a la carga a través de un bosque desconocido. No; era una jungla con enredaderas colgantes y frondosos helechos. La maleza era tan espesa que hasta una rata habría tenido problemas para introducirse a través de ella. Pero Joven Toro "ordenó" que el mundo se abriera ante él. Las enredaderas se apartaron. Los arbustos se doblaron. Los helechos se replegaron como madres retirando a sus hijos del paso de un caballo a galope.

Captó un atisbo de *Saltador* brincando más adelante. Su presa desapareció. Joven Toro no redujo la velocidad y, cargando a través de ese punto, captó el olor del

destino al que había ido *Saltador*. Cambio. Joven Toro se encontró en una llanura abierta, sin árboles y el suelo cubierto con maleza desconocida. Su presa era poco más que una serie de borrones relampagueantes a lo lejos. Joven Toro la siguió avanzando cientos de pasos con cada salto.

En cuestión de segundos, se aproximaron a una planicie. Su presa corrió directamente hacia arriba por la cara casi vertical de la plataforma rocosa. Joven Toro la siguió sin hacer caso de lo que era "lógico". Corrió con el suelo muy, muy abajo, a su espalda, y con la nariz apuntada hacia el mar agitado de negros nubarrones. Salvó a saltos las grietas de la roca y cruzó una falla rebotando entre ambas paredes para después llegar a lo alto de la planicie.

Saltador atacó. Joven Toro estaba preparado. Rodó sobre sí mismo y se incorporó sobre las cuatro extremidades mientras su presa, saltando por encima de su cabeza, pasaba por el borde del precipicio, pero a continuación desaparecía en un abrir y cerrar de ojos y volvía a aparecer de pie al borde del despeñadero.

Joven Toro se convirtió en Perrin, que sostenía un martillo de madera suave. Cosas así eran posibles en el Sueño del Lobo; de ese modo, si acertaba a dar en el blanco con el martillo no le hacía daño.

Perrin golpeó, y el aire chasqueó a causa de la velocidad de su movimiento. Pero *Saltador* era igual de rápido y lo esquivó; acto seguido, rodó sobre si mismo y le saltó a la espalda enseñando los relucientes colmillos, Perrin gruñó. Cambio. Apareció a unos cuantos pies de distancia, de pie.

Los dientes de *Saltador* mordieron el aire con un chasquido, y Perrin arremetió de nuevo con el martillo.

Pronto, una niebla espesa rodeó a *Saltador*. El martillo se descargó atravesándola y golpeó en el suelo. Rebotó. Perrin maldijo y giró sobre sí mismo con rapidez. En la niebla no veía, no captaba el olor de *Saltador*.

Una sombra se movió en la bruma y Perrin se lanzó sobre ella, pero sólo era un remolino de aire. Se giró de nuevo y vio sombras moviéndose a su alrededor. Formas de lobos, hombres y otros seres que no lograba ver.

Haz tuyo el mundo, Joven Toro, proyectó el lobo.

Perrin se centró y pensó en aire seco. El olor a cerrado del polvo. Así debería ser el aire en un paisaje árido como aquél.

No. Como debería ser el aire, no. ¡Como era el aire! Su mente, su voluntad, sus sentimientos chocaron contra algo. Empujó a través de ello.

La niebla desapareció, evaporada por el calor. *Saltador* se encontraba sentado en los cuartos traseros a corta distancia.

Bien. Aprendes, transmitió.

El lobo miró hacia un lado, en dirección norte, al parecer distraído por algo. Y desapareció.

Perrin captó su olor y lo siguió hasta la calzada de Jehannah. *Saltador* corría a lo largo del exterior de la extraña cúpula violeta. Con frecuencia saltaban de vuelta a ese sitio para ver si la cúpula desaparecía. Hasta ahora, no había ocurrido tal cosa.

Perrin reanudó la persecución. ¿El propósito de la cúpula sería atrapar lobos en su interior? Pero, de ser así, ¿por qué Verdugo no instalaba su trampa en el Monte del Dragón, donde —por alguna razón— se habían congregado tantos lobos?

Quizá la finalidad de la cúpula era otra. Perrin memorizó unas cuantas formaciones rocosas peculiares a lo largo del perímetro de la cúpula y después siguió a *Saltador* hasta un saliente rocoso de poca altura. El lobo se bajó de un salto y desapareció en el aire de repente; Perrin fue tras él.

Captó el olor del destino de *Saltador* en el aire, a mitad de camino entre el saliente y el suelo, y se dirigió hacia allí, en pleno salto. Apareció a unos dos pies por encima de una rutilante extensión azul. Sorprendido, cayó al agua con un fuerte chapoteo.

Soltó el martillo y nadó con brazadas frenéticas. *Saltador* estaba encima del agua y lo miraba con una desaprobadora expresión lobuna.

Mal. Todavía necesitas aprender, criticó el lobo.

Perrin tosió y escupió agua.

El mar se tornó tempestuoso, pero *Saltador* seguía sentado tranquilamente en las encrespadas olas. De nuevo miró hacia el norte, pero después volvió los ojos hacia Perrin.

El agua te angustia, Joven Toro.

—Sólo me sorprendí —se justificó, nadando con fuerza.

¿Por qué?

—¡Porque no me esperaba esto!

¿Y por qué esperar algo? Cuando sigues a otro, es posible que acabes en cualquier sitio.

—Lo sé.

Perrin escupió una bocanada de agua. Apretó los dientes y después se imaginó de pie en el agua, como *Saltador*. Gracias a la Luz, se alzó sobre el mar y se quedó erguido sobre la superficie. Era una sensación extraña notar bajo él las ondulaciones del agua.

Así no vencerás a Verdugo, proyectó el lobo.

—Entonces, seguiré aprendiendo.

Queda poco tiempo.

—Aprenderé más deprisa.

¿Puedes?

—No queda otra opción.

Podrías elegir no luchar contra él.

Perrin movió la cabeza en un gesto enérgico de negación.

—¿Huimos de nuestra presa? Si lo hacemos, será la presa la que nos dé caza a nosotros. Me enfrentaré a él y tengo que estar preparado.

Hay un modo. El lobo olía a preocupación.

—Haré lo que sea preciso.

Sígueme.

Saltador desapareció y Perrin captó un olor inesperado: basura y barro, madera ardiendo y carbón. Gente.

Cambio. Perrin se encontró en el tejado de un edificio en Caemlyn. Sólo había estado una vez en esa ciudad y fue una visita breve. Ver la hermosa Ciudad Interior frente a él —edificios antiguos, cúpulas y torres en lo alto de la colina como pinos majestuosos en la cumbre de una montaña coronada— lo hizo pararse. Se encontraba cerca de la muralla antigua, detrás de la cual se extendía la Ciudad Nueva.

Saltador estaba sentado a su lado y contemplaba la hermosa ciudad. Gran parte de ésta, según se decía, era obra de los Ogier, y Perrin no lo ponía en duda ante la maravillosa belleza de sus construcciones. Se decía que Tar Valon era más grandiosa que Caemlyn. Creer posible tal cosa no resultaba fácil.

—¿Por qué hemos venido a esta ciudad? —preguntó.

Los hombres sueñan aquí, contestó el lobo.

En el mundo real, lo hacían. Aquí, el lugar estaba desierto. Había luz suficiente para ser de día a pesar de las nubes tormentosas que cubrían el cielo, y Perrin tuvo la sensación de que las calles deberían estar abarrotadas gente. Mujeres yendo y viniendo al mercado. Nobles a caballo. Carretas cargadas de barriles de cerveza y sacos de grano. Niños correteando, rateros buscando un posible objetivo, trabajadores reemplazando adoquines del pavimento, afanosos vendedores ambulantes ofreciendo empanadas de carne a todos ellos.

En cambio, había vislumbres. Sombras. Un pañuelo caído en la calle. Puertas que estaban abiertas en cierto momento y al siguiente, cerradas. Una herradura asomando en el barro de un callejón. Era como si se hubieran llevado de repente a todos, secuestrados por Fados o por algún monstruo salido del relato tenebroso de un bardo.

Abajo apareció una mujer durante unos segundos. Llevaba un precioso vestido verde y dorado. Contempló la calle con ojos vidriosos y entonces desapareció. La gente aparecía de vez en cuando en el Sueño del Lobo. Perrin suponía que debía pasarles cuando estaban dormidos, como parte de sus sueños naturales.

Este sitio no es un lugar sólo de lobos. Es un sitio de todos, dijo *Saltador*.

—¿De todos? —preguntó Perrin, que se sentó en las tejas.

Todas las almas conocen este sitio. Vienen aquí cuando lo buscan.

—Cuando sueñan.

Sí. El lobo se tendió a su lado. *Los sueños-espanto de los hombres son fuertes.*

Muy fuertes. A veces, esos sueños terribles vienen aquí.

La proyección era un lobo enorme, grande como un edificio, que derribaba a golpes a lobos mucho más pequeños que intentaban morderlo. En *Saltador* se percibía un efluvio de terror y muerte, como... En una pesadilla.

Perrin asintió despacio con la cabeza.

Muchos lobos han quedado atrapados en los tormentos de esos sueños-terror. Aparecen con más frecuencia en donde los humanos caminan, aunque los sueños viven sin aquellos que los crearon.

El lobo miró a Perrin.

Cazar en los sueños-terror te enseñará a tener fortaleza. Pero podrías morir. Es muy peligroso.

—Ya no tengo tiempo para elegir estar a salvo —contestó Perrin—. Hagámoslo.

Saltador no le preguntó si estaba seguro. Saltó a la calle y Perrin lo siguió, cayendo con suavidad en el pavimento. El lobo empezó a correr a largas zancadas calle abajo, así que él se puso al trote.

—¿Cómo los encontramos?

Olfatea miedo. Terror, proyectó *Saltador*.

Perrin cerró los ojos e hizo una profunda inhalación. Cuando las puertas se abrían un instante y se cerraban, en el Sueño del Lobo podía oler cosas un momento y después no quedaba rastro. Patatas de invierno rancias. Estiércol de un caballo que había pasado. Un pastel horneandose.

Cuando abría los ojos, no veía ninguna de esas cosas. En realidad no estaban allí, pero "casi". Podrían haber estado.

Allí, dijo el lobo, que desapareció. Perrin fue tras él y apareció a su lado en la boca de un angosto callejón. Dentro estaba demasiado negro para que la oscuridad fuera natural.

Entra, instruyó *Saltador*. *No permanecerás mucho tiempo la primera vez. Iré a buscarte. Recuerda que no es. Recuerda que es falso.*

Preocupado, pero decidido, Perrin entró en el callejón. Las paredes a ambos lados eran negras, como si estuvieran pintadas. Sólo que... Eran demasiado oscuras para que fuera pintura. ¿Era un puñado de hierba lo que había pisado? En lo alto, el cielo había dejado de bullir y le pareció que se veían estrellas atisbando el mundo. Una luna pálida, demasiado grande, apareció en el cielo medio oculta tras las nubes. Irradiaba un brillo frío, como hielo.

Ya no estaba en la ciudad. Dio media vuelta, alarmado, y se encontraba en un bosque. Los árboles tenían troncos gruesos y pertenecían a especies que no le resultaban conocidas. Las ramas estaban peladas, con la corteza de un color gris desvaído; parecían huesos bajo la fantasmagórica luz que llegaba de arriba.

¡Tenía que volver a la ciudad! Salir de ese horrible lugar. Se dio la vuelta.

Algo surgió de repente en la noche, y Perrin se volvió hacia allí.

—¿Quién va? —gritó.

Una mujer irrumpió de la oscuridad corriendo a trompicones. Llevaba una vestidura amplia de color blanco, poco más que una camisola, y el largo cabello, de color negro, ondeaba tras ella. Lo vio y se paró en seco; después dio media vuelta e hizo intención de correr en otra dirección.

Perrin la atajó, la asió de la mano y tiró de ella hacia atrás. La mujer forcejeó, y aplastó y hundió el blando suelo margoso con los pies al intentar escabullirse. Jadeaba. Inhalar, exhalar. Inhalar, exhalar. Olía a desesperación.

—¡He de saber por dónde se sale! —gritó Perrin—. Hemos de regresar a la ciudad.

La mujer le sostuvo la mirada.

—Él viene —susurró.

Consiguió soltar la mano de la de él, echó a correr y desapareció en la noche, mientras la oscuridad la envolvía como un sudario. Perrin dio un paso con la mano extendida.

Oyó algo a su espalda. Se volvió despacio y se encontró con algo enorme. Una sombra que se alzaba imponente, amenazadora, y absorbía la luz de la luna. Esa cosa parecía privarlo de la respiración, absorberle la propia vida y la voluntad.

La cosa se hizo más alta. Más que los árboles, un monstruo gigantesco con brazos gruesos como barriles, la cara y el cuerpo desdibujados en las sombras. Abrió unos ojos de un color rojo intenso, como dos enormes carbones encendidos que cobraran vida.

«¡Tengo que luchar contra eso!», pensó Perrin, y el martillo apareció en su mano. Dio un paso adelante, pero luego lo pensó mejor. ¡Luz! Esa cosa era inmensa. No podía luchar contra ese horror, no en un espacio abierto, como en el que se encontraba. Necesitaba encontrar un escondrijo.

Dio media vuelta y echó a correr a través del bosque hostil. La cosa lo siguió. Perrin oía cómo chascaba ramas y sentía temblar la tierra con las pisadas. Un poco más adelante vio a la mujer; la fina vestidura blanca la había frenado al engancharse en una rama, pero ella la soltó de un tirón y siguió corriendo.

El monstruo se acercaba, amenazador. ¡Lo alcanzaría, lo consumiría, lo destruiría! Le gritó a la mujer y extendió los brazos hacia ella. La mujer miró hacia atrás por encima del hombro y tropezó.

Perrin masculló una maldición. Llegó junto a ella a trompicones para ayudarla a levantarse. ¡Pero esa cosa estaba muy cerca!

Entonces, habría que luchar. El corazón le golpeaba en el pecho y latía tan deprisa como un pájaro carpintero picoteando un pino. Con las manos sudorosas, se volvió asiendo el martillo para afrontar a la horrible cosa que había detrás. Se interpuso entre

ese monstruo y la mujer.

La cosa se irguió y se hizo más grande mientras aquellos ojos rojos relucían llameantes. ¡Luz! Él no podía luchar contra eso, ¿verdad? Necesitaba alguna clase de ventaja.

—¿Qué es eso? —le preguntó a la mujer, desesperado—. ¿Por qué nos persigue?

—Es él —musitó la mujer—. El Dragón Renacido.

Perrin se quedó paralizado. El Dragón Renacido. Pero... Pero el Dragón Renacido era Rand.

«Es una pesadilla —se recordó a sí mismo—. Nada de esto es real. ¡No debo dejarme atrapar en ella!»

El suelo tembló, como si gimiera. Notaba el calor de los ojos del monstruo. Un ruido atropellado sonó a su espalda cuando la mujer se levantó y echó a correr, dejándolo solo.

Perrin se puso de pie; las piernas le temblaban y el instinto le gritaba que huyera. Pero no. Y tampoco debía luchar contra eso. No debía aceptar que aquello era real.

Un lobo aulló y entonces apareció en el claro de un brinco. Fue como si *Saltador* hiciera retroceder a la oscuridad. El monstruo se agachó hacia él y alargó la gigantesca mano para aplastarlo.

Esto era un callejón.

En Caemlyn.

No era real.

¡No lo era!

La oscuridad que los rodeaba se desvaneció. La inmensa criatura de sombras se deformó en el aire como un trozo de tela que se estirara. La luna desapareció. Un trozo de tierra —la pisoteada y sucia de un callejón apareció bajo los pies de ambos.

Entonces, con un chasquido, el sueño se evaporó. Perrin se encontró de nuevo en la sucia callejuela, con *Saltador* a su lado y sin el menor indicio del bosque ni de la horrenda criatura que alguien había imaginado como el Dragón Renacido.

Perrin exhaló muy despacio. Le goteaba sudor de la frente y alzó la mano para limpiárselo, aunque de inmediato deseó en cambio que se disipara.

Saltador desapareció y Perrin lo siguió para encontrarse de nuevo en el mismo tejado de antes. Se sentó. El mero hecho de recordar esa sombra le producía un escalofrío.

—Parecía tan real... —dijo—. Una parte de mí sabía que era una pesadilla, pero no podía resistir el impulso de luchar o de huir. Cuando hacía cualquiera de las dos cosas, la criatura se volvía más fuerte, ¿verdad?

Sí. No debes creer lo que ves.

Perrin asintió con un cabeceo.

—Había una mujer allí —explicó—. ¿Tampoco era real? ¿Era parte del sueño?

Sí.

—A lo mejor era la que lo soñó, la que tuvo la pesadilla original y se quedó atrapada en ella aquí, en el Sueño del Lobo.

Los humanos que sueñan no permanecen mucho tiempo en este lugar, transmitió *Saltador.* Para él, ahí acababa ese tema de conversación. *Eres fuerte, Joven Toro. Lo hiciste bien.* Olía a estar orgulloso.

—Fue una ayuda cuando la mujer llamó a esa cosa el Dragón Renacido. Eso me demostró que no era real. Me ayudó a creer que no lo era.

Lo hiciste bien, cachorro tonto, repitió el lobo. *A lo mejor puedes aprender.*

—Sólo si sigo practicando. Tenemos que hacer eso otra vez. ¿Puedes encontrar otro?

Si. Siempre hay pesadillas cuando tu especie anda cerca. Siempre, fue la respuesta de *Saltador*.

El lobo , sin embargo, miró hacia el norte otra vez. Perrin había pensado que lo que lo había distraído antes eran los sueños, pero no parecía que se debiera a eso.

—¿Qué pasa ahí arriba? —preguntó—. ¿Por qué no dejas de mirar?

Ya proyectó el lobo.

—¿El qué?

La Última Cacería. Empieza. O no.

Perrin arrugó la frente y se puso de pie.

—¿Quieres decir ahora mismo?

La decisión se tomará. Pronto.

—¿Qué decisión?

Las proyecciones de *Saltador* eran confusas, y él no acertaba a descifrarlas. Luz y oscuridad, un vacío y fuego, frialdad y un calor terrible, espantoso. Todo ello mezclado con lobos aullando, llamando, prestando fuerza.

Ven. Saltador se levantó y miró hacia el norte.

Desapareció y él lo siguió. Cambio. Perrin apareció en la falda del Monte del Dragón, junto a una afloración rocosa.

—Luz —musitó Perrin, que miraba hacia arriba sobrecogido.

La tormenta que se había estado preparando durante meses había alcanzado el punto crítico. Un agitado cúmulo de tempestuosos nubarrones dominaba el cielo y cubría la cima de la montaña. Giraba despacio en el aire cual un enorme vórtice de negrura y descargaba relámpagos que saltaban a las nubes que había por encima. En otras partes del Sueño del Lobo las nubes eran tormentosas, aunque lejanas. Aquí la sensación era de inmediatez.

Aquello era... el punto de convergencia de algo. Perrin lo sentía. A menudo, el Sueño del Lobo reflejaba cosas del mundo real de forma extraña o inesperada.

Saltador se hallaba plantado en el afloramiento. Perrin percibía lobos por toda la

falda del Monte del Dragón; y en un número que era mayor incluso del que había en la zona no hacía mucho.

Esperan. La Última Cacería llega, proyectó *Saltador*.

Cuando Perrin expandió la mente, descubrió que se acercaban otras manadas que aún estaban lejos, pero que se dirigían hacia la montaña. Perrin alzó la vista para contemplar el monstruoso pico. La tumba del Dragón, Lews Therin. Era un monumento a su locura, un monumento tanto a su fracaso como a su éxito. A su orgullo y a su propia inmolación.

—Los lobos. ¿Se reúnen para la Última Cacería? —preguntó Perrin.

Sí. Si tiene lugar.

Perrin se volvió hacia el lobo para mirarlo.

—Acabas de decir que ocurriría: La Última Cacería llega.

Ha de hacerse una elección, Joven Toro. Un camino conduce hacia el Monte del Dragón. El otro camino no conduce a la Última Cacería.

—Ya, pero ¿a qué conduce, entonces?

A nada.

Perrin abrió la boca para insistir, pero entonces toda la fuerza de la proyección de *Saltador* le llegó de golpe. "Nada" para el lobo significaba una guarida vacía porque los tramperos se habían llevado a todos los cachorros. Una noche sin estrellas. La luna apagándose. El olor a sangre añeja, enranciada, seca, deshecha en escamillas dispersas al viento.

Perrin cerró la boca. El cielo siguió bullendo con esa negra tormenta. La olfateaba en el aire, en el olor a árboles rotos y a tierra triturada, a campos anegados y a chispas de rayos. Como le ocurría muy a menudo, sobre todo últimamente, esos efluvios parecían contrastar con el mundo que lo rodeaba. Uno de sus sentidos le advertía que se hallaba en el mismo centro de una catástrofe, mientras que para los demás todo iba bien.

—¿Y por qué no hacemos esa elección de una vez?

No depende de nosotros, Joven Toro.

Perrin tenía la impresión de que las nubes lo arrastraban hacia lo alto. A su pesar, empezó a subir pendiente arriba. *Saltador* lo acompañó a largas zancadas.

Es peligroso ir allí, Joven Toro.

—Lo sé —contestó.

Pero no podía pararse. Por el contrario, aceleró el paso y dejó atrás árboles, rocas, grupos de lobos que observaban. Subieron y subieron los dos, Perrin y *Saltador*, subieron hasta que los árboles empezaron a ralear y el terreno a estar cubierto de escarcha y hielo.

Por fin, se acercaron a la masa nubosa. Parecía niebla negra agitada por corrientes de aire y que asimismo giraba sobre sí. Perrin vaciló al llegar al perímetro, pero

después se internó en ella. Fue como entrar en una pesadilla. El viento sopló con violencia de repente, mientras la atmósfera zumbaba con energía. Hojas, tierra y grava volaban en la tempestad, y Perrin tuvo que levantar un brazo para protegerse la cara.

«No», pensó.

Una pequeña burbuja de aire encalmado surgió a su alrededor. La tempestad seguía aullando a unas pulgadas de su cara, y Perrin hubo de hacer un esfuerzo para no dejarse arrastrar de nuevo hacia ella. Esa tormenta no era una pesadilla ni un sueño; era algo más vasto, algo más... real. En esta ocasión, era él quien introducía un elemento ajeno al entorno con la burbuja de seguridad.

Siguió adelante y poco después dejaba en la nieve el rastro de su paso. *Saltador* avanzaba contra el viento de forma que también aminoraba sus efectos sobre él. Era más fuerte que Perrin en ese sentido; en realidad, Perrin estaba pasando apuros para conseguir que la burbuja siguiera activa.

Mucho se temía que sin esa protección la tormenta lo levantaría en sus remolinos y lo lanzaría al aire. Vio grandes ramas que pasaban volando e incluso algunos árboles pequeños.

Saltador disminuyó el ritmo y después se sentó en la nieve. Miró hacia arriba, al pico.

No puedo quedarme. Éste no es mi sitio, transmitió. *Lo comprendo.*

El lobo desapareció, pero él siguió adelante. Habría sido incapaz de explicar qué lo impulsaba, pero sabía que hacía falta que estuviera allí para ser testigo de algo. Alguien lo necesitaba. Caminó durante lo que se le antojaron horas, centrado por completo en sólo dos cosas: mantenerse aislado del vendaval y poner un pie delante de otro, dar paso tras paso.

La tempestad se fue haciendo más y más violenta. Llegó a tal punto que Perrin no fue capaz de aislarse de ella por completo, sólo de lo peor. Dejó atrás el borde irregular por donde se había resquebrajado el pico de la montaña y caminó a lo largo de la cornisa —con un precipicio a ambos lados— encorvado para resistir las ráfagas. El viento empezó a tironearle de las ropas, y Perrin tuvo que entrecerrar los ojos para protegerlos del polvo y de la nieve que arrastraba el aire.

Pero no cejó y siguió adelante, ascendiendo con afán hacia la cumbre que se alzaba más allá, elevándose por encima de la boca abierta en la ladera por una explosión. Sabía que allí arriba encontraría lo que buscaba. Ese horrible torbellino era la reacción del Sueño del Lobo a algo grande, algo terrible. En este lugar, a veces las cosas eran más reales que en el mundo de vigilia. El sueño reflejaba una tempestad porque algo muy importante estaba teniendo lugar, y a Perrin le preocupaba que fuera algo terrible.

Siguió adelante abriéndose paso a través de la nieve, trepando por paredes

rocosas, dejándose la piel de los dedos pegada en el hielo que cubría las piedras. Pero se había entrenado bien durante las últimas semanas. Salvó de un salto abismos que no tendría que haber podido cruzar y subió a rocas que deberían haber sido demasiado altas para él.

Una figura se erguía en el punto más elevado de la quebrada cúspide, al borde aserrado del cráter. Perrin no dejó de avanzar. Alguien tenía que ver aquello. Alguien tenía que estar allí cuando ocurriera.

Por fin, Perrin se encaramó a una gran roca y se encontró a una docena de pasos de la cumbre. Ahora distinguía a la figura. El hombre se hallaba en el mismo centro del vórtice del viento, mirando hacia el este, inmóvil. Veía la imagen tenue y translúcida, un reflejo del mundo real. Como una sombra. Perrin jamás había visto nada semejante.

Era Rand, por supuesto. Perrin había sabido desde el principio que sería él. Se aferró a la roca con una mano hecha un guiñapo y tiró de la capa con la otra para arrebujarse con ella; esa capa la había creado en una de las caras de varios precipicios atrás. Parpadeó para aliviar los ojos enrojecidos y miró hacia arriba. Tuvo que volcar casi toda la concentración en repeler algunas ráfagas para que no lo arrojaran al torbellino de la tormenta.

De pronto, brilló el destello de un relámpago seguido por el retumbo del trueno; era la primera vez que sonaba uno desde que Perrin había empezado a escalar. Ese relámpago empezó a trazar un arco que formó una cúpula alrededor de la cumbre de la montaña e iluminó el rostro de Rand. Ese rostro impasible, duro como la propia piedra. ¿Dónde estaban las curvas de esa cara? ¿Cuándo había adquirido tantas aristas y ángulos? Y esos ojos. ¡Parecían de mármol!

Las violentas ráfagas de aire no hacían mella en las ropas de Rand, que colgaban con una inmovilidad anómala, como si en realidad él fuera una estatua. Una tallada en piedra. Lo único que se le movía era el cabello rojizo, que el viento sacudía y revolvía.

Perrin se aferró a la roca con desesperación mientras el aire helado parecía clavarle pinchos en las mejillas; tenía las manos y los pies tan insensibles que apenas los sentía, y la barba erizada y rígida por la nieve y el polvo de hielo. Algo negro empezó a girar alrededor de Rand. Algo que no formaba parte de la tormenta; era como si la propia noche manara de él. De aquella negrura crecieron unos zarcillos a partir de la piel de Rand, semejantes a manos diminutas que se retorcían y se enroscaban a su alrededor. Era como si el propio mal hubiera cobrado vida.

—¡Rand! —llamó Perrin a voz en cuello—. ¡Lucha contra ello! ¡Rand!

El viento se llevó sus palabras; de todos modos, Perrin dudaba que Rand hubiera podido oírlo. La oscuridad siguió manando como brea líquida que se filtrara por los poros de Rand para crear un miasma de alquitrán alrededor del Dragón Renacido. En

cuestión de segundos, Perrin apenas veía a Rand a través de la negrura. Lo envolvió, lo aisló, lo confinó. El Dragón Renacido había desaparecido. Sólo quedaba el mal.

—Rand, por favor... —susurró Perrin.

Y entonces, en el corazón de la negrura, desde el centro de la barabúnda y la tempestad, un finísimo resquicio de luz se abrió paso a través del mal. Como la luz de la llamita de una vela en una noche muy oscura. La luz irradió hacia arriba, hacia el lejano cielo, como un faro. ¡Tan débil!

La tempestad la zarandeó. Los vientos soplaron, aullaron y clamaron. Un rayo se descargó en lo alto del rocoso pico, hizo saltar fragmentos de roca y cuarteó el suelo. La negrura onduló y palpitó.

Pero la luz siguió brillando.

Una red de grietas apareció por la parte inferior del caparazón de negrura perversa, con la luz brillando en el interior. Apareció otra fractura, y otra más. Dentro había algo fuerte, algo brillante, algo rutilante.

El caparazón explotó, se volatilizó y liberó una columna de luz tan intensa, tan increíble, que Perrin creyó que le consumiría los ojos en las cuencas. Pero aun así siguió mirando sin alzar el brazo para tapar u ocultar la imagen esplendorosa que tenía ante él. Rand se erguía dentro de esa boca abierta como si gritara al cielo. La columna amarilla dorada salió disparada hacia arriba, y fue como si la tormenta se estremeciera mientras el propio cielo ondulaba.

La tempestad desapareció.

Aquella columna de luz ardiente se convirtió en un rayo de sol que se derramaba hacia el suelo e iluminaba el pico del Monte del Dragón. Perrin soltó los dedos agarrotados en la roca sin dejar de contemplar maravillado a Rand, erguido en medio de la luz. Era como si hubiese transcurrido mucho, muchísimo tiempo desde que Perrin no veía un rayo de pura luz del sol.

Los lobos empezaron a aullar. Era un aullido de triunfo, de gloria y de victoria. Perrin alzó la cabeza y también aulló, convertido durante un instante en Joven Toro. Sentía que el rayo de sol se ensanchaba y se extendía sobre el pico, de forma que poco después lo bañaba en una calidez que desterró el gélido helor. Apenas fue consciente de que la imagen de Rand desaparecía, porque dejó allí esa luz dorada del sol.

Alrededor de Perrin aparecieron de repente lobos, a mitad de un salto. Exultantes, siguieron aullando y brincando unos contra otros, danzando bajo la luz del sol a medida que se iba extendiendo sobre ellos. Ladraron y chillaron y levantaron rociadas de nieve al brincar. *Saltador* se encontraba entre ellos y dio un gran salto en el aire con el que pasó por encima de Perrin.

¡La Última Cacería empieza, Joven Toro! Vivimos. ¡Vivimos!, gritó.

Perrin se volvió hacia el sitio donde Rand había estado de pie. Si aquella

oscuridad se hubiese apoderado de él...

Pero no lo había hecho. Sonrió de oreja a oreja.

—¡La Última Cacería ha llegado! —gritó a los lobos—. ¡Que dé comienzo!

Ellos respondieron con aullidos en señal de conformidad, unos aullidos tan fuertes como la tormenta que bramaba hacía sólo unos instantes.

CAPÍTULO 31

En el vacío

Mat se echó a coleto el resto del vino y degustó el dulce y fresco sabor. Bajó la copa e hizo una tirada con cinco dados, que rodaron por el suelo de madera de la taberna golpeando unos contra otros.

El aire estaba cargado, repleto de sonidos, de maldiciones, de aromas. Humo, licores fuertes, un filete al que se le había echado demasiada pimienta, tanta que casi ni se percibiría el gusto de la carne. Quizás era lo mejor que podía pasar. Incluso en Caemlyn, la carne se estropeaba cuando menos se lo esperaba uno.

Los hombres pestilentes que se encontraban alrededor de Mat observaron la tirada y la caída de los dados. Uno de ellos apestaba a ajo; otro, a sudor; un tercero, a curtiduría. Tenían el pelo pringoso y los dedos mugrientos, pero su dinero era bueno. Ese estilo de jugar se llamaba Escupitajo de Koronko y procedía de Shienar.

Mat desconocía las reglas.

—Cinco unos —dijo el hombre que atufaba a ajo. El tipo se llamaba Kittle, y parecía inquieto—. Esa tirada pierde.

—No, no pierde —replicó Mat con voz suave.

No importaba que no conociera las reglas. Sabía que había ganado; lo notaba. La suerte no lo había abandonado. Y eso era bueno, porque esa noche la necesitaba.

El hombre que olía a curtiduría se llevó la mano al cinturón, donde llevaba metido un cuchillo de aspecto espeluznante. El tipo se llamaba Talabartero y tenía un mentón que podría haberse utilizado como piedra amoladera para afilar espadas.

—Me pareció oírte decir que no conocías este juego, amigo —dijo.

—Y no lo conozco, "amigo" —contestó Mat—. Pero esa tirada gana. ¿Será necesario preguntar en la sala para ver si algún otro parroquiano puede confirmarlo?

Los tres hombres intercambiaron una mirada, sombría la expresión. Mat se puso de pie. La posada tenía las paredes oscuras por el humo de las pipas que los clientes habían fumado dentro de la sala durante muchos años, y los cristales de las ventanas —aunque eran de buena calidad— se habían puesto opacos con el humo y la suciedad. Era una tradición que no se limpiaran nunca. El cartel que colgaba fuera tenía pintada una rueda de carreta, y el nombre oficial del establecimiento era La Rueda Polvorienta, aunque todo el mundo la conocía por La Rueda Chismosa. Era el mejor sitio de Caemlyn para ponerse al día en cuanto a rumores. La mayoría eran falsos, pero por eso mismo resultaba más divertido.

Casi todos los parroquianos bebían cerveza, pero Mat se había aficionado al buen vino tinto en los últimos tiempos.

—¿Quiere un poco más, maese Quermes? —preguntó Kati, la camarera.

Era una belleza de cabello negro como la noche y una sonrisa tan grande que casi llegaba a mitad de camino de Cairhien. Se había pasado toda la velada coqueteando con él. Y no hizo caso cuando le dijo que estaba casado. Ni siquiera le había sonreído a esa chica. En fin, no demasiado. Y no se acercaba ni de lejos a su mejor sonrisa. Pero que había algunas mujeres que no sabían ver cuándo una cosa era verdad, ni siquiera si se lo escribían en la frente, era un hecho.

Le hizo un gesto con la mano para que se marchara. Una sola copa esa noche, para que le diera ánimos. Que lo asparan si no necesitaba un poco de coraje. Con resignación, se desanudó el pañuelo atado al cuello y lo dejó suelto sobre los hombros. Sacó el medallón de cabeza de zorro —¡Luz, qué sensación tan agradable llevarlo puesto otra vez!— y lo dejó colgando por encima de la ropa. Esa noche se había puesto la chaqueta nueva, en rojo y plata, que Thom le había comprado.

A continuación asió la *ashandarei* que tenía apoyada en la pared y, retirando la funda de paño para dejar a la vista la hoja, se la puso al hombro.

—Eh —llamó en voz alta—, ¿alguien presente en este jodido sitio conoce las reglas del Escupitajo de Koronko?

Los tres hombres con los que había estado jugando a los dados miraron con atención el arma; el tercero, Snelle, se puso de pie con los pulgares metidos en la pretina del pantalón, de forma que echó hacia atrás la chaqueta para que se viera la espada corta que llevaba a la cintura.

Al principio, la mayoría de los parroquianos no hizo caso a Mat. La sala resonaba con las conversaciones sobre el ejército fronterizo que había pasado cerca, sobre el embarazo de la reina, sobre el Dragón Renacido, sobre muertes misteriosas y otras no tanto. Todos tenían algún rumor que compartir. Algunos parroquianos vestían poco más que andrajos, pero otros lucían ropas de primera calidad. Nobles y plebeyos —así como cualquier otra clase que hubiera entre una y otra— frecuentaban La Rueda Chismosa.

Unos hombres que estaban en el mostrador echaron una ojeada a Mat a causa del exabrupto. Uno de ellos vaciló y parpadeó. Mat bajó la mano hacia la mesa que había al lado, donde había dejado el sombrero negro de ala ancha, lo levantó por la copa y se lo puso. El hombre dio con el codo a sus compañeros. El hombre sudoroso y calvo con el que había jugado Mat se llevó los dedos al mentón y se lo frotó con gesto pensativo, como si intentara recordar algo.

—Por lo visto nadie te contesta, "amigo" —dijo Snelle con una sonrisa—. Supongo que tendrás que fiarte de nosotros. No deberías haber tirado sin preguntar antes las reglas. Ahora tienes que pagar o...

Rittle abrió los ojos de par en par, se puso de pie con precipitación y agarró a su amigo por el brazo. Se inclinó hacia él y le susurró algo. Snelle bajó la vista al

medallón de cabeza de zorro. Después la alzó y se encontró con los ojos de Mat, que le sostuvo la mirada.

Éste asintió con la cabeza.

—Disculpad —dijo Rittle, que se alejó tan deprisa que trompicó.

Los otros dos lo siguieron de inmediato y dejaron en el suelo dados y monedas.

Mat se agachó con aire despreocupado, recogió las monedas y las echó a la bolsa del dinero. Dejó los dados. Estaban cargados para que casi siempre salieran treses. Había conseguido descubrirlo gracias a unas pocas y rápidas tiradas antes de poner monedas para apostar.

El runrún de susurros se propagó por la sala de la posada con la rapidez de un enjambre de hormigas cubriendo un cadáver. Se oyó el ruido de sillas deslizándose hacia atrás. El ritmo de las conversaciones cambió, algunas para cesar por completo y otras para hacerse apremiantes. Mat se levantó para marcharse. La gente se quitó de en medio con rapidez para dejarle paso.

Mat soltó una corona de oro en el mostrador y después saludó a Hatch, el posadero, tocándose el ala del sombrero. El hombre se encontraba detrás del mostrador, con su esposa al lado, y enjugaba un vaso con el paño. La mujer era guapa, pero Hatch guardaba una tranca especial para atizar a los patosos que se quedaban mirándola más de la cuenta. Por lo cual, Mat sólo la miró un instante.

Después se quitó de un tirón el pañuelo negro que le colgaba a un lado y lo dejó tirado en el suelo. De todos modos, ahora tenía un agujero. Abrió la puerta de la posada a la noche y, en el momento en que lo hizo, los dados dejaron de rodar dentro de su cabeza.

Había llegado el momento de poner manos a la obra.

Salió a la calle. Había pasado toda la velada con la cara destapada y estaba convencido de que lo habían reconocido unas cuantas veces, casi siempre hombres que se habían escabullido hacia la oscura calle sin decir nada. Mientras bajaba el porche delantero de la posada, la gente se apelotonó en las ventanas y en el vano de la puerta.

Mat procuró desechar la sensación de que todos aquellos ojos eran cuchillos que se le clavaban en la espalda. Luz, se sentía como si estuviera colgando otra vez del nudo corredizo de una soga. Alzó la mano y se tanteó la cicatriz del cuello. Hacía mucho tiempo que no iba por ahí con la garganta al descubierto. Ni siquiera con Tylin solía quitarse el pañuelo.

Esa noche, sin embargo, iba a bailar con la Dama de las Sombras. Ató el medallón a la *ashandarei*, sujetándolo de forma que el medallón descansara contra la parte plana de la cuchilla, con uno de los bordes sobresaliendo por la punta. Sería difícil de usar —tendría que golpear con la parte plana la mayoría de las veces para que el medallón tocara carne—, pero así tenía mucho más alcance que moviendo el

medallón con la mano.

Puesto ya en su sitio el medallón, eligió una dirección y echó a andar. Se hallaba en la Ciudad Nueva, un sitio lleno de edificios construidos por hombres, en contraste con las delicadas obras Ogier de cualquier otra parte de Caemlyn. Esos edificios estaban bien construidos, pero eran estrechos y formaban hileras, demasiado cerca unos de otros.

El primer grupo intentó matarlo antes de llegar una calle más allá de La Rueda Chismosa. Eran cuatro. Cuando cargaron contra él, un grupo de sombras surgió de repente de un callejón aledaño, con Talmanes a la cabeza. Mat se volvió con rapidez hacia los asesinos, que se habían parado en seco cuando sus soldados se unieron a él. Los matones pusieron pies en polvorosa y Mat hizo un gesto de asentimiento a Talmanes.

Los hombres de la Compañía desaparecieron de nuevo en las sombras, y Mat reanudó la marcha. Caminaba despacio, con la *ashandarei* al hombro. Sus hombres tenían órdenes de mantener las distancias a menos que lo atacaran.

Resultó que necesitó su ayuda otras tres veces en el transcurso de una hora, todas ellas para ahuyentar a un grupo numeroso de matones. La última vez, la Compañía y él tuvieron un enfrentamiento con los asesinos. Los matones no estaban a la altura de unos soldados entrenados, ni siquiera contando con la ventaja de encontrarse en las oscuras calles que eran su hogar. El intercambio acabó con cinco de los asaltantes muertos y un herido entre sus hombres. Mat mandó a Harvell de vuelta con uno o dos guardias.

Se iba haciendo tarde. A Mat empezaba a preocuparle la posibilidad de tener que repetir la misma maniobra a la noche siguiente, pero entonces se fijó en alguien apostado en la calle un poco más adelante. Los adoquines del pavimento estaban mojados por el relente que había caído antes, y el fino arco de la luna se reflejaba en ellos.

Mat se paró y bajó el arma al costado. No distinguía detalles de la figura, pero la postura...

—¿Te propones emboscarme? —preguntó el *gholam* con sorna—. ¿Con tus hombres, que se desgarran, se espachurran y mueren con tanta facilidad, casi con tocarlos?

—Estoy harto de que me des caza —replicó en voz alta.

—¿Y por eso vienes a entregarte? Qué amable por hacerme ese regalo.

—Claro. —Mat sostuvo la *ashandarei* en horizontal, y la cabeza de zorro aferrada a la hoja reflejó la luz de la luna—. Pero ten cuidado con los filos aguzados.

El ser se deslizó hacia adelante, y los hombres de Mat encendieron linternas y las dejaron en el suelo, tras lo cual retrocedieron y unos cuantos salieron corriendo para entregar mensajes. Tenían órdenes estrictas de no interferir. A buen seguro que esa

noche habrían de esforzarse para cumplir la promesa hecha.

Mat se plantó en medio de la calle y esperó al *gholam*. Sólo un héroe cargaba contra una bestia como aquélla, y él no era un jodido héroe. Y sus hombres estarían tratando de alejar a cualquiera que hubiera por las calles en un intento de mantener la zona vacía, a fin de que nadie ahuyentara al *gholam*. Eso no era un acto de heroísmo, aunque sí podría haber sido una estupidez.

Los gráciles movimientos del *gholam* proyectaron sombras en la calle con la luz de las linternas. Mat lo recibió con una arremetida de la *ashandarei*, pero el ser se desplazó hacia un lado y lo esquivó con facilidad. ¡Maldición, pero qué rápida era esa cosa! El *gholam* arremetió y, con el cuchillo que blandía, golpeó la parte delantera de la *ashandarei*.

Mat apartó de forma brusca la lanza para evitar que el monstruo cortara la atadura que sujetaba el medallón en la punta. El ser se movió con rapidez alrededor de Mat, que giró sobre sí mismo sin salir del círculo de linternas. Había elegido una calle relativamente ancha porque todavía recordaba con un escalofrío el día en el callejón de Ebou Dar, cuando el *gholam* casi lo había sorprendido en un cuerpo a cuerpo.

El ser se deslizó hacia adelante otra vez, y Mat fintó de forma que lo atrajo hacia sí. Estuvo a punto de cometer un error de cálculo, pero torció la *ashandarei* a tiempo de golpear al *gholam* con la parte plana de la hoja. El medallón emitió un siseo al tocar el brazo del *gholam*.

El monstruo maldijo y retrocedió. La titilante luz de las linternas cayó sobre los rasgos del ser, dejando zonas a oscuras y otras iluminadas. Estaba sonriendo de nuevo a pesar del humillo que le salía del brazo. A Mat le había parecido antes que el rostro del *gholam* era corriente, que no llamaba la atención, pero bajo esa luz trémula —y con esa sonrisa— las facciones adquirieron un aspecto aterrador. La luz volvía los trazos más angulosos y, al reflejarse en los ojos, les daba la apariencia de diminutas llamas amarillas consumidas por la oscuridad de las cuencas.

De día, anodino, y un espanto de noche. Esa cosa había asesinado a Tylin cuando la mujer yacía indefensa. Mat apretó los dientes y atacó.

Era una soberana estupidez. El *gholam* lo superaba en velocidad, y él ignoraba si la cabeza de zorro lo mataría o no. Pero atacó de todas formas. Atacó por Tylin, por los hombres que había perdido a manos de ese espanto. Atacó porque no había más remedio que hacerlo. Cuando uno quería comprobar de verdad la valía de un hombre, tenía que acorralarlo y obligarlo a luchar a vida o muerte.

Y ahora él se encontraba acorralado. Hostigado y machacado. Sabía que esa cosa acabaría dando con él o, peor aún, que encontraría a Tuon o a Olver. Era la clase de situación en la que cualquier hombre sensato habría huido. Pero él era un puñetero idiota. ¿Quedarse en la ciudad a causa de un juramento hecho a una Aes Sedai? En fin, si tenía que morir, lo haría con un arma en la mano.

Mat se convirtió en un torbellino de acero y madera que gritaba a la par que atacaba. De hecho, el *gholam*, al parecer sorprendido, retrocedió. Mat descargó la *ashandarei* en la mano del monstruo y la carne se quemó; a continuación giró sobre sí mismo y, con un golpe, lo desarmó. El ser se apartó de un salto, pero Mat se abalanzó contra él y metió el extremo romo del asta de la lanza entre las piernas del *gholam*.

El monstruo perdió el equilibrio. Era muy ágil y casi se recuperó, pero se fue al suelo. Se incorporaba con un impulso cuando Mat le golpeó con la moharra de la *ashandarei* en el talón. Faltó poco para que le cortara el tendón, y si ese monstruo hubiese sido humano, se habría desplomado. En cambio, cayó de pie sin hacer siquiera un gesto de dolor y no sangró por el corte.

Giró sobre sí mismo y lanzó a Mat un zarpazo con aquellos dedos semejantes a garras. Mat se vio obligado a recular a trompicones a la par que blandía la *ashandarei* para mantenerlo a raya. El ser lo miró, sonriente.

Entonces, de forma inexplicable, dio media vuelta y echó a correr.

Mat barbotó una maldición. ¿Lo habría asustado algo? Pero no, no huía. ¡Iba por sus hombres!

—¡Retirada! —les gritó Mat—. ¡Atrás! Así te abrases, maldito monstruo. ¡Aquí estoy! ¡Lucha conmigo!

Los miembros de la Compañía se dispersaron siguiendo sus órdenes, aunque Talmanes se quedó atrás con una expresión sombría. El *gholam* se echó a reír, pero no persiguió a los soldados, sino que dio una patada a la primera linterna con el resultado de que la apagó. Corrió alrededor del círculo y las pateó una tras otra, de modo que la calle se fue poniendo cada vez más oscura.

«¡Maldito bastardo!», maldijo Mat para sus adentros mientras corría tras el ser. ¡Si conseguía apagarlas todas, con el cielo nublado como estaba tendría que luchar a ciegas con él!

Pasando por alto de forma manifiesta su propia seguridad, Talmanes saltó hacia adelante, recogió de un manotazo su linterna para protegerla y luego huyó calle abajo, seguido por el *gholam*.

Mat soltó otra maldición y fue tras ellos. Talmanes llevaba bastante ventaja, pero el *gholam* era muy, muy rápido. Casi lo había alcanzado cuando Talmanes se desvió con un movimiento brusco hacia un lado y retrocedió hacia los escalones de un edificio cercano. El monstruo se lanzó hacia él, y Talmanes dio un trompicón mientras Mat corría hacia los dos con todas sus fuerzas.

La linterna resbaló de los dedos de Talmanes y salpicó de aceite el frente del edificio. La seca madera se prendió y las lenguas de fuego prendieron en el aceite, se extendieron ondulantes por encima e iluminaron al *gholam*. El ser saltó sobre Talmanes.

Mat le arrojó la *ashandarei*.

La lanza de hoja ancha no estaba pensada como arma arrojadiza, pero Mat no tenía a mano un cuchillo. Apuntó a la cabeza del *gholam*, cosa que nadie habría adivinado habida cuenta de que falló el blanco por mucho. Por suerte, el arma se inclinó en el aire y pasó entre las piernas del monstruo.

El ser trompicó y cayó de forma estrepitosa en los adoquines. Talmanes reculó a gatas para alejarse de los escalones y del edificio que ardía en llamas.

«Bendita sea mi suerte», se dijo Mat.

El *gholam* se puso de pie e hizo intención de dirigirse hacia Talmanes, pero entonces miró al suelo para ver en qué había tropezado. A continuación miró a Mat con una sonrisa perversa, la mitad del rostro alumbrado por las llamas del edificio. El ser recogió la lanza —con el medallón de cabeza de zorro todavía atado a la punta— y la arrojó hacia un lado. El arma atravesó una ventana rompiendo los cristales y se coló en el edificio incendiado.

Empezaron a encenderse lámparas dentro, como si los que vivían allí se ubieran dado cuenta en ese momento de que había una lucha a la puerta de su casa. Talmanes alzó los ojos hacia Mat y éste le sostuvo la mirada. El cairhienino se lanzó contra la puerta del edificio y entró a la fuerza. El *gholam* se volvió hacia Mat a contraluz de las llamas, que eran cada vez más intensas y se propagaban con rapidez. A Mat le dio un vuelco el corazón cuando el monstruo se abalanzó sobre él con una rapidez antinatural.

Con dedos sudorosos, Mat rebuscó en los bolsillos. Justo antes de que el *gholam* le cayera encima —con las manos extendidas para agarrarlo por el cuello— Mat sacó de un tirón una cosa en cada mano y arremetió con fuerza hacia adelante, de forma que golpeó las palmas del *gholam* con los objetos que sostenía. Sonó un fuerte siseo que a Mat le recordó el de la carne al ponerla en una parrilla, y el *gholam* chilló de dolor. Trastabilló, desorbitados los ojos al mirar a Mat que sostenía un medallón de cabeza de zorro en cada mano.

Lanzándolos como si diera un latigazo —los medallones estaban sujetos a una cadena larga y gruesa— los hizo girar en el aire. La luz del fuego arrancó destellos de las cabezas de zorro, que parecieron relucir cuando Mat, usando una de ellas a guisa de látigo, alcanzó al *gholam* en el brazo. El ser aulló y retrocedió otro paso.

—¿Cómo? —demandó—. ¡Cómo!

—Ni yo mismo lo sé bien.

Elayne había dicho que las copias no eran perfectas, pero al parecer cumplían su cometido más que bien. Mientras hicieran daño al *gholam*, a él lo traían sin cuidado sus otros poderes. Sonrió mientras giraba en el aire el segundo medallón.

—Supongo que es cuestión de suerte —dijo.

El *gholam* le asestó una mirada tremebunda antes de subir a trompicones los peldaños que llevaban al edificio en llamas. Entró con rapidez, quizá con intención de

huir, pero Mat no estaba dispuesto a dejarlo escapar; no esta vez. Cargó escalera arriba y cruzó a través del vano de la puerta en llamas; adelantó una mano cuando Talmanes le lanzó la *ashandarei* desde un pasillo lateral.

Mat atrapó el arma al vuelo y se dejó los medallones envueltos alrededor de los antebrazos con las cadenas. El vestíbulo ya era pasto del fuego y el calor que llegaba de los laterales y de arriba era muy intenso. El humo se extendía por el techo. Talmanes tosió y se llevó un pañuelo a la boca.

El *gholam* se volvió hacia Mat, gruñó y se lanzó al ataque. Mat le hizo frente en medio del amplio vestíbulo, levantó la *ashandarei* y paró las garras que eran las manos del *gholam*. El asta de la lanza se había chamuscado al estar en el fuego y la madera ardía despacio por la punta, que dejo un rastro de humo en el aire. Mat atacó a más no poder, girando la *ashandarei* de modo que el extremo del asta iba creando un remolino de humo a su alrededor. El *gholam* intentó golpearlo, pero Mat soltó una mano de la lanza y arrojó uno de los medallones como si fuese un cuchillo; alcanzó al ser en la cara. El monstruo aulló y reculó a trompicones con el rostro quemado y echando humo. Mat avanzó y con el extremo del asta de la lanza golpeó el medallón cuando rebotaba en el suelo, logrando lanzarlo hacia arriba y acertando a dar de nuevo al ser.

Siguió lanzando tajos con la *ashandarei* y varios dedos del ser volaron por el aire. Sí, cierto, no sangraba y tampoco parecía sentir dolor por heridas normales, pero eso lo frenaría un poco.

El *gholam* se recobró y siseó, con los ojos desorbitados por la rabia. Ahora ya no sonreía. Se abalanzó sobre él con una velocidad increíble, pero Mat giró y cortó la camisa del ser, dejándole el pecho al aire. Entonces dio un latigazo con el segundo medallón y alcanzó al *gholam* al tiempo que el ser le daba un zarpazo en el brazo que le abrió surcos en la piel, y la sangre salpicó la pared.

Mat soltó un gruñido de dolor. El *gholam* aulló al contacto del medallón y reculó a trompicones internándose en el vestíbulo en llamas. Mat sudaba por el calor y por el tremendo esfuerzo. No podía luchar contra ese ser. No durante mucho más tiempo. Pero eso no importaba. Siguió presionando, girando la lanza a tal velocidad que semejaba un borrón en el aire. Descargó contra el *gholam* la parte plana de la hoja, con el medallón atado a la punta. Cuando el ser se recobró, le lanzó el segundo medallón a la cara, obligándolo a agacharse, y entonces golpeó con el tercer medallón hacia arriba, para darle en el cuello.

Dejó zarcillos de humo en el aire al girar la *ashandarei*, de nuevo sujeta con las dos manos. El extremo del asta estaba rojo, ardiendo sin llama. Mat se sorprendió a sí mismo gritando en la Antigua Lengua:

—¡Aldival, alkiserai, al mashi! «¡Por la Luz, la gloria y el amor!»

El *gholam* reculó un paso y gruñó al oír su exclamación. Echó una ojeada hacia

atrás, como si hubiera sentido algo a su espalda, pero el ataque de Mat atrajo de nuevo su atención.

—¡Tai'daishar! «¡La genuina estirpe de la batalla!»

Mat obligó al ser a desviarse hacia una puerta abierta al fondo del vestíbulo. La habitación que había más allá estaba completamente a oscuras. La luz de las llamas no se reflejaba en las paredes de dentro.

—Carai an manshimaya Tylin. Carai an manshimaya Nalesean. ¡Carai an manshimaya ayend'an! «Que mi arma honre a Tylin. Que mi arma honre a Nalesean. Que mi arma honre a los caídos.»

El grito de venganza.

El *gholam* retrocedió hacia la habitación oscura y pisó un suelo de color blanquecino como el hueso; bajó la vista hacia el piso.

Haciendo una profunda inhalación, Mat atravesó el vano de un salto con un último arranque de energía y, con el extremo ardiente del asta de la *ashandarei*, asestó un golpe fortísimo en la sien del monstruo. Un surtidor de chispas y ceniza saltó alrededor del rostro del *gholam*. El ser maldijo y trastabilló hacia la derecha.

Y allí casi pisó fuera del borde de una plataforma suspendida sobre un inmenso vacío. El *gholam*, con una pierna en vilo encima de la oscuridad, lanzó un gruñido rabioso mientras agitaba los brazos con frenesí para mantener el equilibrio.

Visto desde ese lado, el vano de la entrada a la habitación estaba rodeado por una intensa luz blanca que irradiaba de los bordes de un acceso creado para Rasar.

—No sé si puedes morir —susurró Mat—. Pero quiera la Luz que no.

Alzó un pie y propinó un patadón al ser en la espalda que lo lanzó fuera de la plataforma, a la oscuridad inmensurable del vacío. El *gholam* cayó retorciéndose en el aire y mirando hacia arriba con el semblante contraído en una mueca de espanto.

—Ojalá que no puedas morir —deseó Mat—, porque voy a disfrutar con la idea de que estarás cayendo a través de esa oscuridad por siempre jamás, jodido bastardo nacido de las heces de una cabra.

Mat escupió por el borde y la saliva un poco teñida de sangre cayó detrás del *gholam*. Ambos desaparecieron en la negrura sin fondo.

Sumeko se acercó a él. La fornida Allegada tenía el cabello negro y largo, así como ese aire de mujer a la que no le gusta que le den órdenes. Casi todas las mujeres lo tenían. Había permanecido escondida a un lado del acceso, donde nadie la vería desde el vestíbulo. Debía quedarse allí para mantener la plataforma blanca, la cual tenía forma de un libro enorme. Lo miró con una ceja enarcada.

—Gracias por el acceso —le dijo Mat.

Después se puso al hombro la *ashandarei*, que todavía soltaba un hililllo de humo por la punta del asta. La Allegada había creado el acceso dentro de palacio y lo había utilizado para trasladarse a este punto y abrir el acceso al vestíbulo. Habían confiado

en que, de ese modo, el *gholam* no percibiría la presencia de una mujer encauzando, ya que había realizado el tejido en palacio.

Sumeko resopló con aire desdeñoso. Los dos cruzaron el acceso y entraron en el edificio. Varios soldados de la Compañía se afanaban en apagar el incendio. El acceso desapareció, y Talmanes se acercó presuroso a Mat acompañado por otra de las Allegadas, Julanya.

—¿Seguro que la oscuridad no tiene fin? —preguntó Mat.

Julanya era una mujer bonita y metida en carnes que habría cabido bien en las rodillas de Mat. El que tuviera blanco el cabello no mermaba en absoluto su atractivo.

—Que nosotras sepamos, no —contestó Sumeko—. Faltó poco para que todo esto desembocara en una pifia, Matrim Cauthon. A ese ser no pareció sorprenderlo el acceso, pero de todos modos creo que lo percibió.

—Aun así, logré hacerlo recular hasta la plataforma —argumentó Mat.

—Por los pelos. Debiste dejar que nosotras nos ocupásemos de él.

—No habría funcionado.

Mat aceptó un pañuelo mojado que le tendía Talmanes. Sumeko le miró el brazo herido, pero Mat no pidió la Curación. Esos tajos se curarían solos sin dar problemas. Hasta podrían dejar una buena cicatriz. Las cicatrices impresionaban a muchas mujeres, siempre y cuando no fueran en la cara. ¿Qué opinión tendría Tuon sobre eso?

—El orgullo de los hombres —respondió Sumeko con otro resoplido desdeñoso —. No olvides que también hemos perdido a algunas de las nuestras a manos de ese monstruo.

—Y me alegro de haber ayudado a que tuvieseis vuestra revancha —le contestó Mat.

Sonrió a la mujer, pero sabía que ella tenía razón, que había faltado poco para que el plan saliera mal. Y estaba convencido de que el *gholam* había percibido a la Allegada más allá del hueco de la puerta cuando se estaba acercando a él. Menos mal que, por suerte, ese ser no había considerado que una encauzadora representara un peligro.

Talmanes le devolvió los dos medallones caídos, y Mat se los guardó. A continuación desató el que llevaba sujeto en la punta de la *ashandarei* y volvió a colgárselo al cuello. Las Allegadas contemplaban los medallones con un ansia voraz. En fin, que siguieran mirándolos así cuanto quisieran. Su intención era dar uno a Olver y el otro a Tuon, una vez que la hubiera encontrado.

El capitán Guybon, segundo al mando de Birgitte, entró en la casa.

—¿El monstruo ha muerto?

—No, pero el resultado le anda lo bastante cerca para un contrato de la corona.

—¿Contrato de la corona? —inquirió Guybon, ceñudo—. Le pedisteis ayuda a la

reina para esta misión, que no se ha llevado a cabo por un acuerdo contractual.

—En realidad —intervino Talmanes, que se aclaró la garganta—, acabamos de librar a la ciudad de un asesino que, según el último recuento, ha dado muerte a casi una docena de súbditos de la reina. Tenemos derecho a percibir una prima por combate, infiero.

El cairhienino lo dijo con absoluta seriedad, impertérrito. Bendito fuera.

—Tiene razón, puñetas —remachó Mat. Lo fuera de combate al *gholam* y que encima les pagaran por hacerse el no va más. Tanto como disfrutar de un día soleado, para variar.

Le echó el pañuelo a Guybon y se alejó dejando atrás a las Allegadas, que se cruzaron de brazos y lo vieron marchar con cara de enojo. ¿Por qué razón una mujer se enfadaba con un hombre a pesar de haber hecho exactamente lo que había dicho que haría y haber arriesgado incluso el cuello en el proceso?

—Lamento lo del incendio, Mat —se disculpó Talmanes—. No era mi intención tirar la linterna así. Sé que mi cometido era atraer al *gholam* dentro del edificio.

—Salió bien —lo tranquilizó Mat, que examinó el extremo del mango de la *ashandarei*. El daño era mínimo.

No habían sabido de antemano dónde lo atacaría —o si lo atacaría— el *gholam*, pero Guybon había hecho bien su tarea al sacar a todo el mundo de los edificios aledaños y después elegir un callejón en el que las Allegadas abrirían el acceso. Después, había enviado a un soldado de la Compañía para informar a Talmanes dónde tenían que ir.

En fin, la idea de Elayne y Birgitte respecto al acceso había funcionado, aunque no hubiera sido como ellas tenían planeado. Pero era mucho mejor que lo que se le había ocurrido a él; su única idea había sido tratar de meterle al *gholam* a la fuerza uno de esos medallones por el gaznate.

—Vayamos a recoger a Setalle y a Olver a su posada y volvamos al campamento —dijo—. De momento se acabaron las emociones. Ya iba siendo hora.

CAPÍTULO 32

Una tormenta de Luz

La ciudad de Maradon estaba ardiendo. Columnas de humo serpenteadas, virulentas, salían de docenas de edificios. La urbe planeada con tanto esmero impedía que los incendios se propagaran con demasiada rapidez, pero no los contenía por completo. El ser humano y la yesca siempre iban de la mano.

Ituralde se hallaba agazapado en el interior de un edificio en ruinas, con escombros a la izquierda y un grupo reducido de saldaeninos a la derecha. Había abandonado el palacio temprano porque los Engendros de la Sombra habían irrumpido en él. Lo había dejado atiborrado con todo el aceite que había conseguido encontrar y después los Asha'man le habían prendido fuego, con lo que mataron centenares de trollocs y Fados que habían quedado atrapados dentro.

Echó un vistazo por la ventana de su escondrijo actual. Habría jurado que había visto un trozo de cielo despejado a través de ella, pero la nube de humo y ceniza que flotaba en el aire impedía ver nada con claridad. Un edificio aledaño ardía con tal intensidad que Ituralde sentía el calor a través de la piedra.

Se valió del humo y del fuego. En un campo de batalla se podía sacar tacticas cualquier cosa. En este caso, una vez que Yoeli hubo aceptado que la ciudad estaba perdida, habían dejado de defenderla y ahora la utilizaban como zona de combate.

Las calles creaban un laberinto en el que Ituralde —con ayuda de los saldaeninos — se desenvolvía bien, y sus enemigos no. Cada tejado era una eminencia que proporcionaba la ventaja de la altura; cada callejón, una ruta de huida secreta; cada plaza abierta, una trampa potencial.

Los trollocs y sus comandantes habían cometido un error: daban por sentado que Ituralde quería proteger la ciudad. Pues se confundían. Lo único que le interesaba a él era hacerles todo el daño posible. Así pues, utilizó las presunciones de sus enemigos en su contra. Sí, tenían un ejército grande, pero cualquier hombre que alguna vez hubiera intentado matar ratas sabía que el tamaño del martillo no importaba mientras las ratas supieran esconderse.

Un grupo irresoluto de monstruos avanzaba con desgana por la calle ennegrecida en la que se hallaba el escondrijo de Ituralde. Los trollocs intercambiaron chasquidos y ululatos con precaución. Algunos olisqueaban el aire, pero el humo menguaba su agudeza olfativa, así que se les pasó por alto la presencia de Ituralde y su pequeño grupo dentro del edificio frente al que pasaban.

Al otro extremo de la calle repicaron cascos de caballos. Los trollocs se echaron a gritar y varios de ellos se adelantaron a toda prisa para colocar unas espeluznantes

lanzas armadas de lengüetas con el extremo del asta apoyado en los adoquines. Una carga contra eso sería el fin de la caballería. Los trollocs aprendían a actuar con más precaución.

Pero no acababan de aprender del todo. Cuando la caballería apareció a la vista, resultó ser un hombre que conducía un grupo de caballos heridos y exhaustos. Una maniobra de distracción.

—Ahora —dijo Ituralde.

Los arqueros que estaban con él se incorporaron y empezaron a disparar a los trollocs a través de las ventanas. Murieron muchos; otros se volvieron y cargaron.

Y, desde una calle lateral, una carga de caballería —con los cascos de los caballos envueltos en trapos para amortiguar el ruido— salió a galope, su avance encubierto por el ruido más fuerte de la trápala de los caballos que actuaban como distracción. Los jinetes saldaeninos atravesaron las filas de trollocs arrollando y matando.

Los arqueros jalearon con alegría y empuñaron espadas y hachas para rematar a los trollocs heridos. En ese grupo no iba ningún Fado, gracias a la Luz. Ituralde se puso de pie; se había atado un pañuelo mojado sobre nariz y boca para protegerse del humo. El agotamiento —que el tejido de Poder había enterrado en lo más profundo de su ser— empezaba a salir paso a paso. Le preocupaba desmayarse cuando resurgiera del todo. Eso no era bueno para mantener alta la moral.

«No —pensó—. Esconderse entre el humo mientras el hogar arde. Sabiendo que los trollocs lo van acorralando a uno poco a poco... Eso sí que no es bueno para mantener alta la moral.»

Sus hombres acabaron con el pelotón de trollocs y después se desplazaron deprisa hacia otro edificio preestablecido en el que se ocultarían. Ituralde tenía unos treinta arqueros y una compañía de caballería a la que movía entre otros cinco grupos independientes de combatientes variopintos, como el que dirigía él. Ordenó a sus hombres con un ademán que volvieran a esconderse, mientras los exploradores regresaban con información. Incluso con esos exploradores era difícil sacar conclusiones acertadas sobre el panorama general en una ciudad grande. Tenía alguna noción vaga en cuanto al lugar donde se hallaba la resistencia más fuerte en un momento u otro, y enviaba las órdenes que podía dar, pero la batalla se extendía a lo largo y a lo ancho de un área demasiado extensa para ser capaz de coordinar la lucha en conjunto con eficacia. Confiaba en que Yoeli estuviera a salvo.

Obedeciendo sus órdenes, los Asha'man se habían marchado, escapando a través del minúsculo acceso que Antail había hecho, sólo lo bastante amplio para atravesarlo a gatas. Desde su partida —ya hacía horas de eso— no había habido señales de los "rescatadores" que supuestamente iban a llegar, fueran quienes fuesen. Antes de que los Asha'man se marcharan, había mandado un explorador a través de un acceso hasta la cadena de colinas a la que se había enviado a los Jinetes de Retaguardia para que

vigilaran. Lo único que encontró el explorador fue un campamento vacío y los fuegos sin vigilar.

Antes de reunirse con sus hombres dentro del nuevo escondrijo, Ituralde dejó el pañuelo —ahora manchado de hollín— en el picaporte de la puerta para que los exploradores supieran dónde localizarlo. Acababa de entrar cuando se paró de golpe al oír algo fuera.

—Chitón —ordenó a los hombres, que acallaron el tintineo de sus armaduras.

Sonido de pisadas. Muchas. Debía de ser un grupo de trollocs, desde luego, porque sus tropas tenían órdenes de moverse sin hacer ruido. Hizo un gesto con la cabeza a sus hombres y levantó seis dedos. Plan número seis. Se escondieron y aguardaron con la esperanza de que los monstruos pasaran de largo. Si no lo hacían —si se retrasaban o empezaban a registrar los edificios vecinos—, el equipo irrumpiría en la calle y les dispararía una andanada.

Era el plan más arriesgado. Sus hombres estaban cansados y había mandado la caballería a otro de sus grupos de defensores. Pero mejor atacar que ser descubiertos y que los rodearan.

Ituralde se deslizó hacia la ventana a escondidas y se puso a escuchar, esperando, respirando despacio. Luz, qué cansado se sentía. El grupo avanzó y dobló la esquina de la calle, marcando el paso. Eso era extraño. Los trollocs no marchaban a paso regular.

—Milord, no se oyen pezuñas —susurró uno de sus hombres.

Ituralde se quedó muy quieto. El hombre tenía razón. El agotamiento lo estaba volviendo estúpido.

«Ése es un ejército de centenares», pensó. Se puso de pie y, tosiendo a pesar suyo, abrió la puerta y salió a la calle.

Un soplo de aire corrió calle abajo al tiempo que sus hombres se amontonaban detrás de él. El viento despejó el humo un instante y dejó a la vista una numerosa tropa de infantería equipada con armaduras plateadas y armadas con picas. Durante un instante tuvo la impresión de que fueran fantasmas que resplandecían en una fantasmagórica luz dorada que brillaba en lo alto, la de un sol que llevaba meses sin ver.

Los recién llegados empezaron a llamarlos cuando los vieron a sus hombres y a él, y dos de los oficiales corrieron en su dirección. Eran saldaeninos.

—¿Dónde se encuentra vuestro comandante? —preguntó uno—. El hombre llamado Rodel Ituralde.

—Yo... —Lo interrumpió la tos—. Yo soy Ituralde. ¿Y tú quien eres?

—Gracias a la Luz —exclamó uno de los hombres, que se volvió hacia los demás —. ¡Id a dar la noticia a lord Bashere! ¡Lo hemos encontrado!

Ituralde parpadeó y se volvió para mirar a sus mugrientos hombres, las caras

renegridas por el hollín. No pocos llevaban un brazo en cabestrillo. Había empezado con doscientos. Ahora eran cincuenta. Deberían estar celebrándolo, pero la mayoría se sentó en el suelo y cerró los ojos. El propio Ituralde se sorprendió a sí mismo al romper a reír.

—¿Ahora? ¿El Dragón manda ayuda ahora?

Se tambaleó, se sentó en el suelo y alzó los ojos hacia el cegador cielo. Se estaba riendo y no podía parar. Poco después las lágrimas le corrían por las mejillas.

Sí, allí arriba brillaba el sol.

Ituralde había recobrado en parte la compostura para cuando las tropas lo condujeron hacia el sector bien defendido de la ciudad. Allí el humo era mucho menos espeso. Por lo visto, las tropas de al'Thor —a las órdenes de Davram Bashere — habían recuperado casi toda Maradon. O lo que quedaba de la ciudad. Y habían estado apagando fuegos.

Qué extraño era ver tropas con armaduras brillantes, uniformes pulcros, caras limpias. Habían entrado con un gran número de Asha'man y Aes Sedai, así como un ejército que —de momento— había sido suficiente para hacer retroceder a los Engendros de la Sombra hacia las fortificaciones de la vertiente de la colina, por encima del río. Los hombres de al'Thor lo condujeron a un edificio alto en el interior de la ciudad. Ahora que el palacio había ardido y estaba destruido en su mayor parte, parecía que habían elegido ese edificio como puesto de mando.

Ituralde llevaba semanas batallando en una guerra agotadora que consumía recursos y vidas. Las tropas de al'Thor parecían demasiado limpias. Así que sus hombres habían estado muriendo mientras esos otros se aseaban, dormían y comían platos calientes?

«Basta. Déjalo ya», se exhortó. Entró en el edificio. Era muy fácil culpar a otros cuando una batalla iba mal. Esos hombres no tenían la culpa de haber llevado una vida más fácil que la que ellos habían tenido de un tiempo a esta parte.

Subió los escalones con esfuerzo, deseando para sus adentros que lo dejaran en paz. Una buena noche de sueño, poder asearse y entonces estaría en condiciones de reunirse con Bashere. Pero no, eso no tenía sentido. La batalla no había acabado y los hombres de al'Thor necesitarían información. Lo que pasaba era que la cabeza empezaba a fallarle porque el cerebro le funcionaba muy despacio.

Llegó al piso alto y siguió a los soldados de Bashere hasta un cuarto que había a la derecha. El mariscal se encontraba allí, con las manos enlazadas a la espalda; vestía un peto bruñido, aunque sin el yelmo a juego, un par de pantalones verde oliva con las perneras metidas en las botas altas hasta la rodilla, y lucía uno de esos enormes bigotes saldaeninos. El hombre se volvió y se sobresaltó al verlo.

—¡Luz! ¡Parecéis la encarnación de la propia muerte! —Se volvió hacia los soldados—. ¡Debería estar en la tienda de Curación! ¡Que alguien vaya a buscar a un

Asha'man!

—Estoy bien —dijo Ituralde, que hizo un esfuerzo para dar un timbre severo a su voz—. Me siento mejor de lo que aparento por mi aspecto, os lo aseguro.

Los soldados dudaron y miraron a Bashere.

—De acuerdo —dijo el saldaenino—. Por lo menos traedle una silla y algo para que se limpie la cara. Pobre, tendríamos que haber llegado hace días.

Fuera, Ituralde oía los sonidos de una batalla lejana. Bashere había elegido un edificio alto desde el que podía supervisar el combate. Los soldados le llevaron una silla y —pese a sus deseos de mostrarse fuerte ante un oficial de su mismo rango— Ituralde se sentó con un suspiro.

Bajó la vista y se sorprendió al ver lo sucias que tenía las manos, como si hubiera estado limpiando un fogón. No era de extrañar que tuviera la cara cubierta de hollín, con churretones de sudor y, probablemente, toda con sangre seca. Tenía la ropa hecha jirones a raíz de la explosión que había destruido la muralla, por no hablar del vendaje puesto con precipitación en el brazo.

—Vuestra defensa de esta ciudad sólo puede calificarse de asombrosa, lord Ituralde —empezó Bashere.

Había un timbre de formalidad en la voz del mariscal. Saldaea y Arad Doman no eran enemigas, pero dos naciones fuertes no podían compartir frontera sin que surgieran periodos de animosidad.

—El número de trollocs muertos comparado con los efectivos con los que contabais... —continuó Bashere—. Y con una brecha de ese tamaño en la muralla... Permitidme que os confiese que estoy impresionado. —El tono del mariscal implicaba que semejante cumplido no lo hacía así como así.

—¿Qué se sabe de Yoeli? —preguntó Ituralde.

La expresión de Bashere se tornó severa.

—Mis hombres encontraron un grupo pequeño defendiendo su cadáver. Murió con valentía, aunque me sorprendió saber que las tropas estaban a sus órdenes y encontrar a Torkumen, primo lejano mío y presunto cabecilla de la ciudad, encerrado en sus aposentos y abandonado donde los trollocs podrían haberlo encontrado.

—Yoeli era un buen hombre —replicó Ituralde con tirantez—. Entre los más arrojados que he tenido el honor de conocer. Me salvó la vida, condujo a mis hombres a la ciudad en contra de las órdenes de Torkumen. Su pérdida es una vergüenza inaudita. Una vergüenza inaudita. Sin Yoeli, Maradon no estaría en pie ahora.

—En cualquier caso apenas se sostiene en pie —repuso Bashere con sequedad.

Ituralde vaciló. «Es tío de la reina y esta ciudad seguramente es su hogar.»

Los dos se miraron, como viejos lobos líderes de manadas rivales. Tanteándose con mucha prudencia.

—Lamento vuestra pérdida —dijo Ituralde.

—Si la ciudad sigue en pie también es gracias a vos —dijo Bashere— No estoy enfadado, general. Entristecido sí, pero no enfadado. Aceptare vuestra palabra en favor de Yoeli. Para ser franco, nunca me ha gustado Torkumen. De momento, lo he dejado en la habitación en la que lo encontré. Con vida, menos mal, aunque tendré que escuchar truenos y clamores de la reina por lo que se le ha hecho. Siempre ha sentido afecto por él. ¡Bah! Por lo general, su criterio es mejor.

Bashere había señalado con la cabeza hacia un lado al referirse a Torkumen y —con un sobresalto— Ituralde cayó en la cuenta de que conocía el edificio. Ésta era la casa de Torkumen, a la que Yoeli lo había llevado el primer día de su estancia en la ciudad. Tenía sentido elegir ese edificio como puesto de mando; se encontraba lo bastante cerca de la muralla norte para tener buena vista del exterior, pero lo bastante lejos de la explosión para haber escapado sin daños, a diferencia del edificio de la Cámara del Consejo.

Bueno, pues, Torkumen habría tenido bien merecido que los trollocs lo hubieran pillado. Ituralde se recostó en el respaldo y cerró los ojos mientras Bashere consultaba con sus oficiales. El mariscal era competente, eso saltaba a la vista. No había tardado en dejar limpia la ciudad de Engendros de la Sombra; una vez que los trollocs se dieron cuenta de que había una fuerza mucho más grande contra la que combatir, habían abandonado Maradon. Ituralde podía sentirse orgulloso de que, en parte, su tenacidad era lo que los había inducido a poner pies en polvorosa tan pronto.

Ituralde siguió escuchando. La mayoría de las tropas de Bashere habían entrado en la ciudad a través de accesos después de enviar a un explorador para encontrar sitios seguros donde abrirlos. Luchar en las calles no le serviría a Bashere como le había servido a él; la táctica de emboscada y retirada había estado destinada a causar todo el daño posible antes de morir. Era una táctica perdedora.

Los trollocs se habían retirado a las fortificaciones, pero no se quedarían allí mucho tiempo. Sentado y con los ojos cerrados, debatiéndose para permanecer despierto, Ituralde oyó a Bashere y a sus capitanes llegar a la misma conclusión a la que había llegado él días atrás: Maradon estaba perdida. Los Engendros de la Sombra esperarían la llegada de la noche y entonces volverían a entrar en tropel.

Después de todo lo ocurrido, ¿iban a huir, sin más? ¿Después de que Yoeli hubiera muerto por conservar la ciudad? ¿Después de que a Rajabi lo matara un Draghkar? ¿Después de que Ankaer y Rossin hubieran caído en las escaramuzas dentro de las murallas? ¿Después de que, tras tanto derramamiento de sangre, vieran que por fin llegaba ayuda, sólo para que resultara que tanto sacrificio había sido inútil?

—Quizá podríamos expulsarlos de la cima de esa colina —sugirió uno de los hombres de Bashere—. Despejar las fortificaciones.

No parecía muy optimista.

—No —intervino Ituralde, que abrió los ojos con esfuerzo—, tuve en nuestro poder esa colina durante semanas contra una fuerza muy superior. Vuestra gente las ha construido bien y el problema con las fortificaciones bien construidas es que el enemigo puede emplearlas contra uno. Perderéis hombres atacando allí. Muchísimos.

El silencio se adueñó de la estancia.

—Nos marchamos, pues —decidió Bashere—. Naeff, nos harán falta accesos.

—Sí, lord Bashere.

De rostro cuadrado y constitución delgada, el hombre que había contestado llevaba la chaqueta y el alfiler del dragón de un Asha'man.

—Malain, reúne la caballería y organízala fuera; haz que parezca que vamos a intentar un asalto a las fortificaciones. Eso los mantendrá anhelantes y a la espera. Evacuaremos a los heridos y después haremos que la caballería cargue en dirección contraria al interior...

—¡Por la Luz y mi esperanza de renacimiento! —exclamó de pronto una voz.

Todo el mundo en la estancia se volvió, estupefacto; ése no era el tipo de juramento que uno oía a diario.

Un joven soldado se hallaba junto a la ventana y oteaba el exterior con un visor de lentes. Bashere barbotó una maldición y corrió hacia la ventana; los demás se apelotonaron en derredor y algunos sacaron asimismo visores de lentes.

«¿Y ahora qué pasa» pensó Ituralde, que se levantó de la silla a pesar de la fatiga y fue deprisa hacia allí—. ¿Qué se les habrá ocurrido ahora? ¿Más Draghkar? ¿Sabuesos del Oscuro?”

Atisbó por la ventana y alguien le tendió un visor de lentes. Se lo llevó al ojo y, como había imaginado, el edificio se encontraba a bastante altura para tener una buena panorámica por encima de la muralla de la ciudad y ver la franja de la muerte y el campo que se extendía más allá.

Las posiciones más descollantes en lo alto de la colina estaban repletas de cuervos. A través del visor, vio trollocs que tapaban por completo las zonas altas, ocupando el campamento de arriba, las torres y las fortificaciones.

Más allá de la colina, penetrando por el paso, se movía un ejército impresionante, muchas veces más numeroso que el que había asaltado Maradon. La oleada de monstruos parecía interminable.

—Tenemos que irnos —anunció Bashere mientras bajaba el visor— De inmediato.

—¡Luz! —musitó Ituralde—. Si esa fuerza nos desborda, no habrá nada en Saldaea, Andor o Arad Doman capaz de contenerla. Por favor, decidme que el lord Dragón firmó la paz con los seanchan, como prometió.

—En eso, como en tantas otras cosas, he fracasado —dijo una voz sosegada a sus espaldas.

Ituralde giró sobre sus talones con rapidez al tiempo que bajaba el visor de lentes. Un hombre alto, de cabello rojizo, entró en la habitación, y apesar de los rasgos familiares, a Ituralde le dio la impresión de que no lo había visto nunca.

Rand al'Thor había cambiado. El Dragón Renacido mostraba la misma seguridad en sí mismo. Misma postura erguida, recta la espalda, la misma actitud de esperar obediencia. Y, sin embargo, al mismo tiempo, todo en él parecía diferente. La forma de estar, en la que ya no había la más leve desconfianza. El modo de observarlo a él con preocupación.

Esos ojos, fríos e impávidos, lo habían convencido en una ocasión de que siguiera a ese hombre. Pero los ojos también habían cambiado. Antes no había visto sabiduría en ellos.

«No seas majadero —se reprendió para sus adentros—. Uno no sabe si un hombre es sabio por mirarlo a los ojos.»

Y, sin embargo, lo sabía.

Rodel Ituralde —se dirigió a él al'Thor, que avanzó y le puso la mano en el brazo—, os dejé a ti y a tus hombres desamparados y superados por el enemigo. Perdóname, por favor.

—La decisión la tomé yo —contestó. Cosa extraña, se sentía menos cansado que hacía sólo unos instantes.

—He inspeccionado a tus hombres —añadió al'Thor—. Quedan tan pocos y están tan vapuleados y castigados... ¿Cómo conseguiste retener la ciudad? Lo que has hecho es milagroso.

—Hago lo que tiene que hacerse.

—Debes de haber perdido a muchos amigos.

—Yo... Sí. —¿Qué otra cosa iba a contestar? Desestimar lo ocurrido como si no tuviera importancia sería deshonrar a los que habían dado la vida—. Wakeda cayó hoy. Rajabi... En fin, lo atrapó un Draghkar. Ankaer sobrevivió hasta esta tarde. No llegué a saber por qué esa trompeta tocó un poco antes. Rossin había ido a investigar. También ha muerto.

—Tenemos que salir de la ciudad —intervino Bashere en tono urgente—. Lo siento. Maradon está perdida.

—No —lo contradijo al'Thor con suavidad—. La Sombra no se apoderará de esta ciudad. No después de lo que esos hombres hicieron por conservarla. No lo permitiré.

—Un parecer que os honra, pero no... —dijo Bashere, que dejó la frase sin acabar cuando al'Thor lo miró.

Esos ojos. Qué intensidad en ellos. Casi como si ardieran.

—No ocuparán esta ciudad, Bashere —repitió al'Thor, en cuya voz tranquila sonó un asomo de enojo. Movió la mano hacia un lado y un acceso hendió el aire. El ruido de tambores y gritos de trollocs sonó de repente mucho más próximo—. Estoy harto

de permitirle que haga daño a los míos. Ordena que se retiren tus soldados.

Dicho esto, al'Thor cruzó el acceso. Un par de Doncellas Aiel entraron a toda prisa en la estancia, y él mantuvo abierto el acceso el tiempo Justo para que lo cruzaran de un salto en pos de él, tras lo cual dejó que desapareciera.

Bashere se había quedado pasmado, casi boquiabierto.

—¡Maldito hombre! —masculló por fin, dirigiéndose de nuevo hacia la ventana—. ¡Creía que no volvería a hacer este tipo de cosas nunca más!

Ituralde se reunió con Bashere, se llevó el visor al ojo y atisbó a través de la gran brecha de la muralla. Fuera, al'Thor caminaba a través del terreno pisoteado, con el capote de anchas mangas de color marrón ondeando tras él y seguido por las dos Doncellas.

A Ituralde le pareció oír el sonido de los gritos y ululatos de los trollocs. Los tambores redoblaron. Veían a tres personas solas.

Los trollocs se lanzaron en tropel hacia ellos, cargando a través del campo de batalla. A centenares. A miles. Ituralde soltó un grito ahogado mientras Bashere musitaba una oración.

Al'Thor alzó la mano y después la empujó —con la palma hacia adelante— en dirección a la marea de Engendros de la Sombra.

Y éstos empezaron a morir.

Empezó con oleadas de fuego muy semejantes a las que utilizaban los Asha'man, sólo que éstas eran mucho más grandes. Las llamas abrían horribles surcos entre los trollocs cual mortíferas guadañas. Seguían el relieve del terreno, fluyendo colina arriba, hundiéndose en las zanjas y llenándolas de fuego candente, abrasando, destruyendo.

Nubes de Draghkar que volaban en círculo por el cielo se zambulleron hacia al'Thor. Sobre él, el aire se tornó azul y agujas de hielo salieron lanzadas hacia arriba en una rociada que hendió el aire como flechas disparadas por toda una unidad de arqueros. Las bestias emitieron chillidos inhumanos de dolor y los cadáveres se precipitaron al suelo.

Explosiones de luz y Poder salieron del Dragón Renacido, que era igual que un ejército completo de encauzadores. Los Engendros de la Sombra perecían a millares. Surgieron Puertas de la Muerte en mitad de las hordas, cada una de las cuales mató a centenares.

El Asha'man Naeff, que se encontraba al lado de Bashere, jadeaba.

—Jamás había visto tantos tejidos simultáneos —susurró—. Ni siquiera puedo seguirlos. El Dragón es una tormenta. ¡Una tormenta de Luz y raudales de Poder!

Empezaron a formarse nubes que giraron por encima de la ciudad. El viento cobró velocidad, aulló, y comenzaron a caer rayos. Estampidos de truenos ahogaron el sonido de los tambores mientras los trollocs trataban en vano de llegar hasta

al'Thor trepando por encima de los cadáveres de sus semejantes. Las blancas nubes arremolinadas chocaron con la agitada tempestad de nubarrones negros, entremezclándose. Los vientos giraron en torno a al'Thor, sacudiéndole el capote de mangas.

El propio al'Thor parecía resplandecer. ¿Sería el reflejo de las guadañas de fuego o tal vez el estallido de los relámpagos? Al'Thor parecía más brillante que todos ellos, con la mano alzada contra los Engendros de la Sombra. Sus Doncellas se habían agazapado —casi pegadas al suelo— a ambos lados de él, con la vista al frente y los hombros en contra del fortísimo viento.

Nubes que giraban unas sobre otras crearon embudos suspendidos sobre las hordas trollocs y barrieron el área de la parte alta de la colina, absorbiendo a los monstruos en sus remolinos. Grandes trombas se alzaron a su paso, pero eran de carne y fuego, no de agua. Los monstruos se precipitaron como una horrenda lluvia sobre los que quedaban en tierra. Ituralde contemplaba el despliegue sobrecogido, notando que se le ponía de punta el vello de los brazos y el pelo en la cabeza. Había una extraña energía en el propio aire.

Sonó un grito en el edificio, muy cerca, en una de las estancias aledañas. Ituralde no dejó de mirar a través de la ventana. Tenía que contemplar ese maravilloso y terrible momento de destrucción y Poder.

Se desbarataron oleadas de trollocs, el ritmo de los tambores flaqueó. Legiones enteras de monstruos dieron media vuelta y huyeron cuesta arriba trompicando unos con otros, poniendo pies en polvorosa de vuelta a la Llaga. Algunos aguantaron firmes, demasiado furiosos o demasiado intimidados por aquellos que los dirigían o demasiado estúpidos para pensar en escapar. La tempestad de destrucción pareció llegar a su apogeo con estallidos de luz que se descargaban al compás del ululato del viento, del vibrante zumbido de oleadas de fuego, del tintineo de las agujas de hielo.

Era una obra maestra. Una obra maestra terrible, destructora, maravillosa. Al'Thor alzó la mano hacia el cielo. Los vientos giraron con más velocidad, las descargas de las chispas eléctricas cobraron intensidad, los fuegos se hicieron más abrasadores. Los trollocs chillaban, gemían, aullaban. Ituralde se descubrió a sí mismo temblando.

Entonces, al'Thor cerró el puño y todo acabó.

Los últimos trollocs arrastrados por el viento hacia las alturas cayeron del cielo como hojas abandonadas por una brisa fugaz. El silencio se adueñó de todo. Las llamas se consumieron, las nubes negras y blancas se despejaron y dejaron un cielo azul.

Al Thor bajó la mano. El campo que se extendía ante él se hallaba cubierto de cadáveres apilados unos sobre otros. Decenas de miles de trollocs muertos ardían lentamente. Justo delante de al'Thor, un cúmulo de cuerpos de anchura formaba un caballón de cinco pies de alto, una montonera de cuerpos que casi había llegado hasta

él.

¿Cuánto tiempo había pasado? Ituralde se dio cuenta de que era incapaz de calcularlo, aunque, por la posición del sol, como poco había transcurrido una hora. Tal vez más. Y le habían parecido segundos. Al'thor giró sobre sus talones para alejarse de allí. Las Doncellas se posaron sobre las piernas temblorosas y lo siguieron a trompicones.

—¿Qué era ese grito de antes? —preguntó Naeff—. El que sonó tan cerca, dentro del edificio. ¿Lo oísteis?

Pensativo, Ituralde arrugó la frente. Sí, ¿qué había sido eso? Cruzó la habitación seguido por unos cuantos, incluidos Bashere y varios de sus oficiales. No obstante, muchos otros permanecieron contemplando el campo purificado con hielo y fuego. Era extraño, pero Ituralde no había visto que hubiera una sola torre derribada en lo alto de la colina. Era como si, de algún modo, los ataques de al'Thor sólo hubieran afectado a los Engendros de la Sombra. ¿De verdad un hombre podía ser tan preciso?

El pasillo estaba vacío, pero Ituralde creía saber ahora de dónde había partido el grito. Se encaminó hacia la puerta de lord Torkumen; Bashere la abrió y entró en la habitación.

Parecía no haber nadie en ella. Ituralde sintió una punzada de temor. ¿Habría escapado ese hombre? Desenvainó la espada.

No. Acurrucada en un rincón, junto al lecho, había una figura vestida con finas ropas que estaban arrugadas y con el jubón manchado de sangre. Ituralde bajó el arma. Lord Torkumen no tenía ojos. Al parecer, se los había sacado con el cañón de la pluma de escribir; el cálamo ensangrentado se encontraba tirado en el suelo, a su lado.

La ventana se había roto y Bashere se asomó por el hueco.

—Lady Torkumen está ahí abajo.

—Saltó —susurró Torkumen mientras se arañaba las cuencas vacías con los dedos llenos de sangre. Hablaba como si estuviera ido—. Esa luz... Esa terrible luz.

Ituralde miró a Bashere.

—No podía mirarla —farfulló Torkumen—. ¡No podía! ¿Dónde está tu protección, Gran Señor? ¿Dónde tus ejércitos para hacer pedazos, tus espadas para dar muerte? Esa luz me devora la mente como ratas dándose un festín con un cadáver. Me abrasa las ideas. Me mata. Esa luz me mata.

—Se ha vuelto loco —dijo Bashere con voz sombría; se arrodilló junto al hombre —. Es una suerte mejor que la que se merece, a juzgar por sus balbuceos. ¡Luz! Mi propio primo un Amigo Siniestro. ¡Y con la ciudad bajo su control!

—¿De qué habla? —preguntó uno de los hombres de Bashere— ¿Una luz? Es imposible que haya visto la batalla. Ninguna de estas ventanas da a la colina.

—No creo que se refiera a la batalla, Vogeler —dijo Bashere—. Salgamos de

aquí. Sospecho que el lord Dragón se encontrará muy cansado. Quiero ocuparme de que se le dé la atención requerida.

«Esto es, sí», pensó Min mientras daba golpecitos con el dedo en la página— Estaba sentada en el alféizar de una ventana, en la Ciudadela de Tear, disfrutando de la brisa. E intentando no pensar en Rand. No se encontraba herido, pero sus emociones eran fortísimas. Cólera. Había albergado la esperanza de que jamás volvería a estar tan furioso.

Desestimó la preocupación; tenía trabajo que hacer. ¿Estaría siguiendo el hilo equivocado? ¿Estaría interpretando mal las cosas? Releyó la línea. *La Luz resiste ante las fauces del vacío infinito, y todo cuanto él es puede serle arrebatado.*

Sus reflexiones se cortaron de golpe al ver aparecer una luz en el cuarto que había al otro lado del pasillo. Soltó el libro y se bajó al suelo de un salto. Rand estaba de repente muy cerca, lo notaba a través del vínculo.

Dos Doncellas vigilaban la puerta del cuarto al otro lado del pasillo, más que nada para evitar que la gente entrara y resultara herida con los accesos. El que se había abierto ahora se comunicaba con un lugar que olía a humo. Rand lo cruzó tambaleándose y Min corrió hacia él. Estaba exhausto, con los ojos enrojecidos, el rostro demacrado. Suspirando, se apoyó en ella y permitió que lo condujera hasta un sillón.

—¿Qué ha pasado? —demandó Min a Evasni, la Doncella que entró a continuación.

Era una mujer larguirucha, con el cabello pelirrojo corto a excepción de una cola en la parte posterior de la cabeza, como lo llevaban casi todas las Doncellas.

—El *Car'a'carn* está bien —dijo la Aiel—. Aunque es como un joven que corre alrededor del campamento una vuelta más que todos los demás, sólo para demostrar que puede.

—Hoy ha obtenido mucho *ji* —argumentó Ifeyina, la otra Doncella, casi con acaloramiento y con voz solemne.

Rand suspiró y se recostó en el respaldo del sillón. Bashere apareció por el acceso y las botas sonaron al pisar las baldosas de piedra. Min oyó llamadas desde abajo; a través de un acceso más grande estaban pasando a un grupo de soldados heridos. Los patios de la Ciudadela bullían de actividad con las Aes Sedai que corrían a ocuparse de la Curación de los hombres ensangrentados y sucios de hollín.

Después de Bashere llegó un domani enjuto de mediana edad: Rodel Ituralde. Su aspecto era terrible, con sangre seca en el rostro mugriento, la ropa desgarrada y un vendaje desmañado en un brazo. Rand no parecía estar herido y tenía la ropa limpia, aunque seguía empeñado en llevar ese viejo capote de mangas anchas de color marrón. Pero, Luz, qué agotado estaba.

—Rand. —Min se arrodilló a su lado—. Rand, ¿te encuentras bien?

—Me enfurecí —respondió él en voz queda—. Creía que eso ya lo había superado.

Min tuvo un escalofrío.

—No era una ira terrible, como antes —añadió Rand—. No era la cólera destructiva, a pesar de que causé destrucción. En Maradon vi lo que les habían hecho a los hombres que me siguen. Vi Luz en ellos, Min. Desafiando al Oscuro por larga que sea su sombra. Viviremos, parecía clamar ese desafío. Amaremos y tendremos esperanza.

»Y lo vi intentando destruir eso con todas sus fuerzas. Él sabía que si conseguía quebrantarlos sería una victoria significativa. Algo mucho más importante que Maradon. Quebrantar el espíritu de los hombres... Eso es lo que ansia. Golpeó con mucha más dureza de la que habría utilizado porque quería quebrantar mi espíritu. —El tono de voz se hizo más quedo y más suave; abrió los ojos y la miró—. Y por eso me enfrenté a él.

—Lo que hicisteis fue asombroso —intervino Bashere, que se había quedado de pie al lado de Min, cruzado de brazos—. Sin embargo, ¿os dejasteis arrastrar por él a ese enfrentamiento?

Rand movió la cabeza en un gesto de negación.

—Tenía motivos para sentirme encolerizado, Bashere. ¿No te das cuenta? Antes intentaba mantenerle oculto todo. Era un error. Tengo que sentir. He de sentir en mí el dolor, las muertes y las pérdidas de estas gentes. He de aferrarme a esas cosas para saber por qué estoy luchando. A veces necesito el vacío, pero eso no hace que la ira sea menos parte de mí.

Parecía cobrar más seguridad con cada palabra que pronunciaba, y Min asintió con la cabeza.

—En fin, salvasteis la ciudad —dijo Bashere.

—No tan pronto como tendría que haberlo hecho —contestó Rand, y Min percibió su pesar—. Y lo que hoy he hecho aún puede resultar un error.

—¿Por qué? —inquirió Min con el entrecejo fruncido.

—Faltó poco para que llegáramos a un enfrentamiento entre los dos. Eso ha de ocurrir en Shayol Ghul y en el momento apropiado. No puedo permitirme el lujo de dejarlo que me provoque. Bashere tiene razón. Y tampoco me puedo permitir que los hombres den por sentado que siempre estará a mi alcance intervenir para salvarlos.

—Es posible —admitió Bashere—. Pero hoy lo habéis hecho...

—No debo intervenir en esta guerra, Bashere —respondió Rand, que sacudió la cabeza en un gesto negativo—. La batalla de hoy me ha agotado más allá de lo que debí permitirme. Si mis enemigos cayeran sobre mi ahora, estaría acabado. Aparte de que no puedo luchar en más de un sitio a la vez. Lo que está por venir será más

espectacular que eso. Más espectacular y más terrible de lo que ningún hombre esperaría aguantar. Os organizaré, pero tengo que dejaros. La guerra será vuestra.

Guardó silencio. Flinn cruzó el acceso y luego dejó que se cerrara.

—Ahora he de descansar —susurró Rand—. Mañana me reuniré con tu sobrina y con los otros fronterizos, Bashere. Ignoro lo que me exigirán, pero ellos han de regresar a sus puestos. Si Saldaea se encontraba en semejante situación con uno de los grandes capitanes dirigiendo la defensa, no quiero imaginar lo que estarán sufriendo las otras naciones fronterizas.

Min lo ayudó a levantarse del sillón.

—Rand, Cadsuane ha regresado y ha traído a alguien —le dijo en voz baja.

—Llévame con ella —dijo tras una fugaz vacilación.

—No tendría que haberlo mencionado —se recriminó Min, que torció el gesto—. Deberías descansar.

—Lo haré, no te preocupes.

A pesar de todo, Min aún percibía lo exhausto que estaba, pero no discutió. Salieron del cuarto.

—Rodel Ituralde —llamó Rand, que se paró en la puerta—. Si haces el favor de acompañarme... No hay nada que compense el honor que has demostrado, pero tengo algo que sí puedo darte.

El canoso domani asintió y los siguió. Min ayudó a Rand a caminar por el pasillo, muy preocupada. ¿Tenía que exigirse tanto a sí mismo?

«Por desgracia, sí.»

Rand al'Thor era el Dragón Renacido. Lo harían derramar hasta la última gota de sangre, lo exprimirían, lo consumirían antes de que todo acabara. Casi bastaba para que una mujer renunciara a intentarlo.

—Rand... —empezó.

Ituralde y varias Doncellas caminaban detrás de los dos. Menos mal que el cuarto de Cadsuane no estaba lejos.

—Estaré bien, lo prometo —le aseguró él—. ¿Hay algo nuevo sobre tus investigaciones?

Esa pregunta, por desgracia, le recordó a Min una preocupación más.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué se llama a *Callandor* tan a menudo "esa temible arma" o "la espada de perdición" en las profecías?

—Es un *sa'angreal* muy poderoso —contestó él—. ¿Quizás es por la destrucción que puede causar?

—Quizá.

—Pero tú crees que es por algo más —adivinó Rand.

—Hay una frase en la Profecía Jendai. Ojalá supiéramos más de esas Predicciones. Sea como sea, dice: «y la Espada lo atará a dos».

—Dos mujeres —dijo Rand—. He de formar un círculo con dos mujeres para controlarla.

Ella torció el gesto.

—¿Qué? —preguntó Rand—. Más vale que lo digas de una vez, Min. Tengo que saberlo.

—Hay otra frase, de *El Ciclo Karaethon*. Sea como sea, creo que el defecto de *Callandor* podría estar más allá de lo que suponemos. Creo que podría... Rand, creo que podría debilitarte, dejarte inerme a un ataque si la utilizas.

—Entonces, quizás es así como me matarán.

—No te van a matar —lo contradijo Min.

—Yo...

—Sobrevivirás a todo esto, pastor —insistió—. Me encargaré de ello.

Él sonrió. Qué cansado se le notaba.

—Casi estoy por creer que lo harás, Min. Quizá no es en torno a mí que se pliega el Entramado, sino en torno a ti.

Se volvió y llamó a una puerta del pasillo.

La hoja de madera se abrió una rendija, y Merise atisbó por ella. Miró a Rand de arriba abajo.

—Casi no te tienes de pie, al'Thor —dijo.

—Muy cierto —respondió él—. ¿Está aquí Cadsuane Sedai?

—Ha hecho lo que le pediste —contestó Merise—. Y yo diría que ha sido muy transigente, si se tiene en cuenta que tú...

—Deja que pase, Merise —ordenó la voz de Cadsuane desde dentro.

Merise vaciló; después asestó a Rand una mirada encolerizada y abrió de par en par la puerta. Cadsuane se había sentado en una silla y hablaba con un hombre mayor de largo cabello gris que le caía suelto sobre los hombros. Tenía una nariz ganchuda y vestía ropas regias.

Rand se apartó a un lado. Detrás de ellos, alguien soltó una exclamación ahogada. Rodel Ituralde se había quedado plantado en la puerta con gesto de estupefacción, y el hombre que estaba en el cuarto se giró hacia él. Tenía unos ojos afables y la tez cobriza.

—¡Mi señor! —gritó Ituralde, que avanzó presuroso y después hincó una rodilla en tierra—. ¡Estáis vivo!

Min sintió una arrobadora sensación de felicidad en Rand. Parecía que Ituralde sollozaba. Rand retrocedió.

—Ven, vayamos a mis aposentos y descansemos.

—El rey de Arad Doman. ¿Dónde lo ha encontrado Cadsuane? —quiso saber Min —. ¿Cómo lo sabías?

—Una persona amiga me confió un secreto —respondió Rand— La Torre Blanca

había puesto bajo su custodia a Mattin Stepaneos para "protegerlo". Bien, pues, no había que discurrir mucho para plantearse la posibilidad de que hubieran hecho lo mismo con otros monarcas. Y si enviaron hermanas a Arad Doman para apresarlo hace meses, antes de que cualquiera de ellas supiera crear accesos, podrían haber quedado atrapados con las nevadas en el viaje de vuelta. —Parecía muy aliviado.— Graendal nunca lo tuvo en su poder. No lo maté, Min. Un inocente que daba por hecho que había matado, sigue vivo. Ya es algo. Un algo pequeño, pero reconforta.

Lo ayudó a caminar el resto de camino hasta sus aposentos, satisfecha —de momento— con compartir su cálida sensación de gozo y alivio.

CAPÍTULO 33

Una buena sopa

La sopa que probó Siuan estaba increíblemente rica.

Enarcó una ceja y tomó otra cucharada. Era sencilla —caldo, verduras y trocitos de pollo—, pero cuando casi toda la comida sabía rancia en el mejor de los casos, esa sopa le parecía una maravilla. Probó un poco del panecillo. ¿Sin gorgojos? ¡Delicioso!

Nynaeve se había quedado callada, con el cuenco humeante delante de ella. Recién ascendida, había prestado los Juramentos a primera hora de la mañana y ahora se encontraban en el estudio de la Amyrlin, con las contraventanas abiertas a la dorada luz del sol que se derramaba sobre las alfombras nuevas de color verde y oro.

En silencio, Siuan se recriminó por dejar que el sabor de la sopa la distrajera. El informe de Nynaeve exigía que se le prestara mucha atención. Había hablado del tiempo que había pasado con Rand al'Thor y, en especial, de sucesos tales como la limpieza del *Saidin*. Era lo que había contado un Asha'man que había visitado el campamento durante la división y ella había sido escéptica, pero ahora era imposible negarlo.

—En fin —dijo la Amyrlin—, me satisface mucho esta explicación más extensa, Nynaeve. Aunque el hecho de que el *Saidin* esté limpio no hace menos inquietante la posibilidad de considerar que Asha'man y Aes Sedai se vinculen unos a otros. Ojalá Rand hubiera estado dispuesto a cambiar impresiones conmigo sobre eso durante nuestro encuentro.

Habló con sosiego, aunque Siuan sabía que contemplaba el hecho de que los hombres vinculasen mujeres con tanta complacencia como lo haría un capitán con un fuego en la bodega de su barco.

—Lo supongo —repuso Nynaeve, que curvó las comisuras de los labios hacia abajo—. Si sirve de algo, Rand no veía con buenos ojos que los hombres vincularan mujeres.

—Que le pareciera bien o mal no viene al caso —repuso Egwene—. Es responsable de los Asha'man y de sus actos.

—¿Del mismo modo que las Aes Sedai que lo encadenaron y lo golpearon son responsabilidad vuestra, madre? —preguntó Nynaeve.

—Heredada de Elaida, tal vez —repuso Egwene, que estrechó los ojos, aunque apenas una pizca.

«Tenía razón al querer traer de vuelta a Nynaeve —pensó Siuan mientras tomaba otra cucharada de sopa—. Se pone de parte de él con tanta frecuencia que empieza a

ser preocupante.»

Nynaeve suspiró y cogió la cuchara para empezar con la sopa.

—No lo he dicho con ánimo de desafiaros, madre. Sólo quiero poner de manifiesto lo que él piensa. ¡Luz! No apruebo muchas cosas que ha hecho, sobre todo últimamente, pero sí entiendo cómo ha llegado a ese punto.

—Sin embargo ha cambiado —manifestó Siuan, pensativa—. Tú misma lo has dicho.

—Sí. Según los Aiel, ha hecho lo que ellos llaman "abrazar la muerte.”

—Yo también les he oído decir eso —confirmó Egwene—. Pero lo miré a los ojos y percibí que algo más había cambiado en él, algo inexplicable. El hombre que vi...

—¿No parecía el mismo que destruyó Refugio de Natrin? —Siuan se estremeció al pensar en aquel suceso.

—Al hombre que vi no le haría falta destruir un sitio así —concretó Egwene—. Los que estuvieran dentro del palacio lo seguirían, sin más. Plegados a su voluntad. Por ser quien es.

Las tres se quedaron calladas. Egwene movió la cabeza en un gesto de negación y tomó una cucharada de sopa. Hizo una pausa y sonrió.

—Vaya, pues la sopa está buena. Quizá las cosas no marchan tan mal como pensaba.

—Los ingredientes han llegado de Caemlyn —apuntó Nynaeve—. Oí que lo comentaban las chicas que sirven hoy la mesa.

—Ah.

De nuevo se hizo el silencio.

—Madre —lo rompió Siuan, que eligió con cuidado las palabras—, las mujeres siguen inquietas por las muertes habidas en la Torre.

—Es cierto, madre —convino Nynaeve—. Las hermanas se miran unas a otras con desconfianza, lo cual me preocupa.

—Tendríais que haber visto cómo era antes, durante el mandato de Elaida —respondió Egwene.

—Pues si era peor que ahora, me alegro de no haber estado aquí —opinó Nynaeve, que bajó los ojos hacia su anillo de la Gran Serpiente.

Era algo que hacía con frecuencia en las últimas horas, igual que un pescador que pilota una chalupa nueva y a menudo echa ojeadas a los muelles, sonriente. A pesar de sus protestas afirmando que era Aes Sedai y de que llevaba puesto ese anillo hacía mucho tiempo, saltaba a la vista que estaba satisfecha de haber superado la prueba y de haber prestado los Juramentos.

—Era horrible —continuó Egwene—. Y no estoy dispuesta a que volvamos a lo mismo. Siuan, el plan ha de ponerse en marcha.

Siuan torció el gesto.

—He estado enseñando a las otras, pero no creo que sea una buena idea, madre —manifestó—. Casi no están preparadas.

—¿De qué se trata? —quiso saber Nynaeve.

—De Aes Sedai a las que se ha elegido con cuidado y a quienes se ha entregado *ter'angreal* del sueño —explicó Egwene—. Siuan les está enseñando cómo funciona el *Tel'aran'rhiod*.

—Madre, ese sitio es peligroso.

Egwene sorbió otro poco de sopa antes de contestar.

—Creo que eso lo sé mejor que la mayoría. Pero es necesario. Hemos de atraer a los asesinos a un enfrentamiento con un buen señuelo. Prepararé una reunión "secreta" en el Mundo de los Sueños con las Aes Sedai que me son más leales, y quizá dejemos pistas de que otras personas importantes asistirán también a esa reunión. Siuan, ¿te has puesto en contacto con las Detectoras de Vientos?

—Sí. Aunque quieren saber qué les daréis a cambio de que accedan a reunirse con vos.

—El préstamo de los *ter'angreal* del sueño será más que suficiente —fue la seca respuesta de Egwene—. No todo tiene que ser un trato.

—Para los Marinos lo es por regla general —comentó Nynaeve—. Pero eso es aparte. ¿Vais a llevar a esa reunión nada menos que a las Detectoras de Vientos para engatusar a Mesaana?

—No exactamente. Me reuniré con ellas al mismo tiempo, en otro sitio. Y también con algunas Sabias. Será suficiente para dar una pista a Mesaana que la haga desear de verdad espiarnos ese día en el *Tel'aran'rhiod*. Eso, dando por sentado que cuenta con espías que vigilan a los otros grupos de encauzadoras.

»Siuan y tú mantendréis una reunión en la Antecámara de la Torre, si bien sólo será un señuelo para conseguir que Mesaana o sus seguidoras salgan de su escondite. Con salvaguardias, así como algunas hermanas vigilando desde escondrijos, podremos capturarlas. Siuan me mandará llamar tan pronto como salte la trampa.

—Es un buen plan, salvo por un detalle —comentó Nynaeve con la frente arrugada—. No me gusta que os pongáis en peligro, madre. Dejad que sea yo la que dirija esta lucha. Sé cómo hacerlo.

Egwene observó a Nynaeve, y Siuan entrevió en parte a la verdadera Egwene. Reflexiva. Osada, pero cerebral. También advirtió la fatiga de la joven Amyrlin, el peso de la responsabilidad. Siuan conocía bien esa sensación.

—Reconozco que tu preocupación es lógica —dijo Egwene—. Desde que las compinches de Elaida me capturaron a las afueras de Tar Valon, me he preguntado si no me estaré involucrando demasiado, si no me estaré exponiendo en exceso.

—Exactamente —corroboró Nynaeve.

—No obstante, eso no cambia el hecho de que, de todas nosotras, sea yo la que

tiene más experiencia en el *Tel'aran'rhiod*. Las dos sois muy diestras, cierto, pero yo os supero. Por lo cual, en este caso no soy sólo la cabecilla de las Aes Sedai, sino una herramienta que la Torre Blanca debe utilizar. —Vaciló un instante antes de seguir—. He soñado esto, Nynaeve. Si no derrotamos a Mesaana aquí, es posible que todo se pierda. Mejor dicho, todo se perderá. No es el momento de reservarnos ninguna de nuestras herramientas, por valiosa que sea.

Nynaeve se llevó la mano a la trenza, pero ahora sólo le llegaba al hombro, cosa que le hizo apretar los dientes.

—Es posible que tengáis razón, pero no me gusta —protestó.

—Las caminantes de sueños Aiel —apuntó Siuan—. Madre, habéis dicho que os reuniréis con ellas. ¿No querrían ayudaros en esto? Me sentiría mucho más tranquila en cuanto a que tengáis que luchar si supiera que ellas están cerca para echaros una mano si fuera menester.

—Sí, es una buena sugerencia —convino Egwene—. Me pondré en contacto con ellas antes de reunirnos y se lo plantearé, por si acaso.

—Madre, quizá Rand... —empezó Nynaeve.

—Éste es un asunto de la Torre, Nynaeve —la interrumpió Egwene—. Nos las arreglaremos.

—De acuerdo.

—Bien, pues, vamos a pensar la mejor forma de propagar los rumores adecuados para que Mesaana no pueda resistir la tentación de venir a escuchar lo que hablamos...

Perrin se zambulló en la pesadilla. El aire se plegó a su alrededor y las casas de la ciudad —en esta ocasión del estilo cairhienino de techos planos— desaparecieron. La calzada se tornó blanda bajo sus pies, como barro, que a continuación pasó a ser líquido. Se hundió con un chapoteo en el océano.

«¿Agua otra vez?», pensó con desagrado. En el cielo restallaban relámpagos de un rojo intenso que teñían olas con un matiz sanguinolento. Cada estallido dejaba entrever criaturas borrosas que se movían por debajo de las olas. Seres inmensos, malignos, sinuosos, envueltos en la convulsa luz roja de los relámpagos. La gente se aferraba a los restos del naufragio que antes había sido un barco, gritaba de terror y llamaba a sus seres queridos. Hombres tendidos en tablones rotos, mujeres que intentaban mantener a sus bebés por encima del agua mientras las enormes olas rompían sobre ellas, cadáveres que se balanceaban arriba y abajo como sacos de grano. Las criaturas que pululaban debajo de las olas atacaron, atraparon a gente y la arrastraron a las profundidades entre chapoteos de aletas y centelleo de dientes afilados como cuchillas. El agua se tiñó enseguida de rojo que no se debía a la luz de los relámpagos.

Quienquiera que hubiese soñado esta pesadilla en particular tenía imaginación muy retorcida. Perrin se negó a dejarse arrastrar a ella. Reprimió el miedo y no nadó hacia una de aquellas tablas. «No es real. No es real. No es real.» A despecho de ser consciente de ello, una parte de su ser sabía que iba a morir en esas aguas. Esas terribles, sangrientas aguas. Los gemidos de los otros lo acometieron, y Perrin ansió con todas sus fuerzas ayudarlos. No eran reales, lo sabía. Sólo eran ficciones. Pero qué difícil era resistirse. Perrin empezó a elevarse por encima del agua al tiempo que las olas convertían de nuevo en suelo. Pero entonces gritó cuando algo le rozó la pierna. Un fortísimo relámpago desgarró el aire. A su lado, una mujer se hundió bajo las olas, arrastrada por unas fauces invisibles. Aterrado. Perrin se encontró de repente en el agua de nuevo, flotando en un sitio distinto por completo, con un brazo echado por encima de una madera del naufragio.

Eso ocurría a veces. Si vacilaba un segundo, si veía la pesadilla algo real, ésta lo arrastraba hacia sí y lo integraba para que encajara en el terrible mosaico. Algo se movió en el agua, cerca; con un sobresalto Perrin se alejó chapoteando. Una de las olas lo alzó en el aire. «No es real. No es real. No es real.» Qué fría estaba el agua. De nuevo, algo le rozó la pierna. Gritó y se atragantó con un buche de agua salada. «NO ES REAL!»

Se encontraba en Cairhien, a leguas del océano. En una calle de ciudad, con duros adoquines debajo. El olor a pan horneado que llegaba de una tahona cercana. La calle bordeada de jóvenes fresnos de tronco fino. Con un fuerte grito, se aferró a esa certeza del mismo modo que los que estaban a su alrededor se asían a los restos del naufragio. Apretó los puños mientras se centraba en la realidad.

Debajo de él había adoquines, no olas. Ni agua. Ni dientes ni aletas. Despacio, se alzó por encima del océano una vez más. Dio un paso y plantó el pie en una superficie que notó firme bajo la bota. Otro paso. Y se encontró en un pequeño círculo de piedras flotantes. Algo enorme emergió de las aguas a su izquierda, una bestia gigantesca, en parte pez y en parte monstruo, con una boca tan grande que un hombre podría entrar en ella caminando sin agacharse. Los dientes, tan largos como una mano de Perrin, brillaban y goteaban sangre. No era real.

El ser explotó en una rociada de espuma que salpicó a Perrin, pero se secó enseguida. A su alrededor, la pesadilla se plegó, presionada por una burbuja de realidad que emanaba de él. Oscuridad, olas frías, gente que gritaba, todo ello se escurrió como pintura húmeda.

No había relámpagos; no veía los destellos a través de los párpados. No había truenos; no oía los estampidos. No había olas; en medio de un Cairhien rodeado de tierra firme, no.

Perrin abrió los ojos de golpe; la pesadilla se hizo añicos y se desvaneció como una fina capa de escarcha expuesta al sol de primavera. Los edificios reaparecieron,

la calle retornó, las olas se retiraron. El cielo volvió a la negra perturbación de la tempestad. Los relámpagos eran brillantes y el blanco fulguraba en ellos, pero no había truenos.

Saltador se encontraba sentado en la calle, a corta distancia. Perrin caminó hacia el lobo. Podría haber llegado a su lado de un salto, claro, pero no le gustaba la idea de hacerlo todo con demasiada facilidad. Sabía que eso haría mella en él cuando regresara al mundo real.

Te haces fuerte, Joven Toro, proyectó con aprobación *Saltador*.

—Todavía me cuesta demasiado —se quejó. Miró hacia atrás—. Cada vez que entro, tardo varios minutos en recobrar el control. He de ser más rápido. En un combate con Verdugo, unos pocos minutos bien pueden significar la eternidad.

Él no será tan formidable como lo que acabas de ver.

—Pero sí lo bastante —arguyó Perrin—. Ha tenido años para aprender a controlar el Sueño del Lobo. Yo acabo de empezar.

Sus palabras hicieron reír al lobo.

Joven Toro, empezaste la primera vez que viniste aquí.

—Sí, pero sólo hace unas pocas semanas que me entreno.

Saltador no dejaba de reír. En cierto modo, tenía razón. Él había pasado dos años preparándose, visitando el Sueño del Lobo por la noche. Pero aun así necesitaba aprender todo lo que pudiera. Para ser sincero, se alegraba por los días de aplazamiento del juicio. Pero no podía retrasarlo demasiado. Tenían encima la Última Cacería. Muchos lobos ya corrían hacia el norte; Perrin los sentía pasar trotando hacia la Llaga, a las Tierras Fronterizas. Se desplazaban tanto en el mundo real como en el Sueño del Lobo, pero los que iban por aquí no se valían del "cambio" para ir allí directamente. Corrían en manadas. Notaba que *Saltador* anhelaba unirse a ellos. Sin embargo, se quedaba atrás, como hacían algunos otros.

—Vamos, busquemos otra pesadilla —dijo Perrin.

El jardín florecía en el Pretil de la Rosa. Era increíble. Muy pocas plantas habían echado flor en aquel terrible verano, y las que lo habían hecho se habían marchitado. Pero el Pretil de la Rosa florecía; intensas explosiones rojas zigzagueaban y se enredaban alrededor del enrejado del jardín. Insectos voraces zumbaban de flor en flor, como si todas las abejas de la ciudad hubieran acudido allí a alimentarse.

Gawyn guardaba las distancias con los insectos, pero el aroma de las rosas era tan penetrante que se sentía sumergido en él por completo. Tenía el convencimiento de que llevaría ese olor impregnado en la ropa durante horas después de haber abandonado el jardín.

Elayne hablaba con varias consejeras cerca de uno de los bancos que había junto a un pequeño estanque cubierto de nenúfares. Se le empezaba a notar el embarazo, y

ella estaba radiante. El cabello dorado reflejaba la luz del sol como la superficie de un espejo; en comparación, la Rosa de la Corona de Andor que le ceñía la cabeza casi parecía sencilla.

En los últimos días era habitual que tuviera muchas cosas que hacer. Recibía informes —transmitidos casi en susurros— sobre las armas que estaba construyendo, las que ella creía que podrían ser tan eficaces y destructivas como *damane* cautivas.

Por lo que él había oído comentar, los campaneros instalados en Caemlyn habían estado trabajando sin parar día y noche. La ciudad bullía de actividad con los preparativos para la guerra que Andor tendría que afrontar pronto. Su hermana estaba tan ocupada que sólo contadas veces pasaban un rato juntos, pero él se alegraba de que pudiera dedicarle tiempo, aunque fuera poco.

Cuando lo vio acercarse al grupo, Elayne le sonrió e hizo un gesto con la mano a sus ayudantes para que se retiraran hasta nueva orden. Le salió al paso y le dio un beso cariñoso en la mejilla.

—Pareces pensativo.

—Una dolencia persistente que me aqueja de un tiempo a esta parte.

—La misma dolencia persistente que de un tiempo a esta parte también me aqueja a mí.

—Si tienes que seguir con...

—No, he de hablar contigo. —Lo agarró del brazo—. Y me han dicho que dar un paseo por los jardines una vez al día es bueno para mi estado.

Gawyn sonrió y aspiró el aroma de las rosas y de la tierra húmeda que rodeaba el estanque. Los olores de la vida. Alzó la vista al cielo mientras paseaban.

—No puedo creer cuánto tiempo llevamos disfrutando del sol. Casi estaba convencido de que esa penumbra perpetua era anómala.

—Oh, y es muy probable que lo sea —respondió ella con despreocupación—. Hace una semana, el manto de nubes se abrió encima de Caemlyn, pero ha persistido en el resto del país.

—¿Y eso por qué?

—Por Rand —respondió su hermana con una sonrisa—. Por algo que hizo. Estuvo en lo alto del Monte del Dragón, creo. Y entonces...

De pronto, el día le pareció más sombrío a Gawyn.

—Otra vez al'Thor —espetó—. Incluso aquí me persigue.

—¿Incluso aquí? —repitió ella, con sorna—. Creo que fue en estos jardines donde lo conocimos.

Gawyn no respondió a eso. Miró hacia el norte y examinó el cielo en aquella dirección. Ominosos nubarrones oscuros se cernían allí.

—Es el padre, ¿verdad? —preguntó a su hermana.

—Si lo fuera, entonces lo prudente sería ocultar ese hecho, ¿no te parece? —le

contestó sin alterarse—. Los hijos del Dragón Renacido se convertirían en blancos que abatir.

Gawyn se sintió enfermo. Lo había sospechado en el mismo momento en que descubrió que su hermana estaba embarazada.

—Así me abrase, Elayne. ¿Cómo pudiste? ¡Después de lo que le hizo a nuestra madre!

—No le hizo nada —rebatió ella—. Puedo traer un montón de testigos que te lo confirmarán, Gawyn. Madre desapareció antes de que Rand liberara Caemlyn. —Una expresión de cariño le asomaba a los ojos cada vez que hablaba de él—. Está pasando por un cambio, lo noto, siento su evolución. Limpiándose. Aleja las nubes negras y hace que las rosas florezcan.

Gawyn enarcó una ceja. ¿Su hermana creía que las rosas florecían por alThor? En fin, a veces el amor hacía que una persona pensara cosas raras, y cuando el hombre en cuestión era el Dragón Renacido, quizás era de esperar cierta irracionalidad.

Se acercaron al pequeño embarcadero del estanque. Recordaba haber nadado allí de pequeño una vez y después recibir una reprimenda por hacerlo. No de su madre, sino de Galad, aunque ella le había echado una mirada severa, descontenta. Jamás le había contado a nadie que si estaba nadando en el estanque era porque Elayne lo había tirado al agua.

—Nunca se te olvidará eso, ¿verdad? —preguntó su hermana.

—¿El qué?

—Pensabas en esa vez que resbalaste y te caíste al estanque durante la reunión de madre con la casa Farah.

—¿Que me resbalé? ¡Me empujaste tú!

—Yo no hice tal cosa —negó ella con gazmoñería—. Estabas alardeando, balanceándote en los postes.

—Y tú zarandeaste el embarcadero.

—Pisé en él —refutó Elayne—. Con fuerza. Soy una persona vigorosa. Tengo un paso muy enérgico.

—Un paso muy... ¡Eso es una mentira manifiesta!

—No, me limito a exponer la verdad de forma creativa. Ahora soy una Aes Sedai, y ése es un talento que tenemos. Bien, entonces, ¿vas a llevarme remando por el estanque o no?

—Que te... ¿Que te lleve remando? ¿Cuándo ha salido eso a relucir?

—Ahora mismo. ¿Es que no me estabas escuchando?

Gawyn meneó la cabeza con gesto de pasmo.

—Vale, de acuerdo —accedió.

Detrás de ellos, varias mujeres de la guardia ocuparon posiciones. Siempre se encontraban cerca, a menudo dirigidas por una mujer alta que se creía la viva imagen

de Birgitte, la heroína de los relatos. Bien pensado, quizás era cierto que se parecía a ella; en cualquier caso, atendía por ese nombre y servía como capitán general.

A las mujeres de la guardia se les unió un grupo creciente de ayudantes y mensajeros. La Última Batalla era inminente, y Andor se preparaba; por desgracia, muchos de esos preparativos requerían la atención personal de Elayne. No obstante, Gawyn había oído un curioso rumor. Al parecer, a su hermana la habían subido en andas al adarve de la muralla hacía más o menos una semana. Hasta el momento, no había conseguido que le contestara si tal cosa era cierta o no.

Saludó con la mano a Birgitte, que le dirigió una mirada ceñuda al ver que conducía a Elayne hacia el pequeño bote de remos que había en el estanque.

—Prometo que no la tiraré al agua —gritó Gawyn, tras lo cual, añadió entre dientes—: Aunque quizá reme con "energía" y vuelque el bote.

—Oh, cállate —dijo Elayne, que se acomodó en la barquita— El agua del estanque no les haría bien a los bebés.

—Y a propósito de eso —comentó Gawyn, que empujó el bote pàra apartarlo del embarcadero y luego subió a él, lo que provocó que se bamboleara de forma peligrosa hasta que se sentó—. ¿No tendrías que estar paseando porque es bueno para tu "estado"?

—Le diré a Melfane que tuve que aprovechar la oportunidad de reformar al bribón de mi hermano. Uno puede salir bien parado de todo tipo de cosas si le suelta una buena reprimenda a alguien.

—¿Y es eso lo que va a hacer? ¿Reprenderme?

—No ha de ser así por fuerza. —Habló con voz severa. Gawyn armó los remos y los metió en el agua.

El estanque no era grande, apenas lo suficiente para justificar que hubiera un bote, pero era relajante surcar el agua en medio de mariposas y zapateros, a los que llamaban aclara-aguas de pequeños.

—Gawyn, ¿por qué has venido a Caemlyn?

—Es mi hogar. ¿Por qué no iba a venir aquí?

—Estuve preocupada por ti durante el asedio. Me habría sido de gran ayuda contar contigo en la lucha, pero te mantuviste alejado.

—¡Ya te lo he explicado, Elayne! Estaba enredado en cosas políticas de la Torre Blanca, además de que nos quedamos aislados por las nieves invernales. Me duele no haber podido ayudarte, pero esas mujeres me tenían bien pillado.

—Soy una de "esas mujeres", ¿sabes? —Alzó la mano en la que lucía el anillo de la Gran Serpiente.

—Tú eres distinta. En cualquier caso, tienes razón. Tendría que haber estado aquí. Pero no sé qué más disculpas esperas que te dé.

—No espero que te disculpes. Oh, Gawyn, no te estaba reprendiendo. Aunque no

me cabe duda de que me habría venido bien tu ayuda, nos las arreglamos bien. También me preocupaba que te vieras atrapado en la disyuntiva de defender la Torre o proteger a Egwene. Al parecer eso también se ha resuelto. Así pues, te lo pregunto de nuevo. ¿Por qué has venido ahora? ¿Es que Egwene no te necesita?

—Parece ser que no.

Gawyn bogó hacia atrás, a una zona de la orilla donde crecía un inmenso sauce llorón cuyas ramas colgaban sobre el agua como trenzas. Alzó los remos antes de llegar a esas ramas, y el bote se quedó parado.

—En fin, no voy a entrometerme en eso... Al menos, no lo haré de momento —continuó Elayne—. Siempre eres bienvenido aquí, Gawyn. Te nombraría capitán general si me lo pidieras, pero no creo que sea eso lo que quieres.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, casi todo el tiempo que llevas en Caemlyn has estado vagando como un alma en pena por los jardines.

—No he hecho eso en absoluto. Lo que hacía era reflexionar.

—Oh, sí. Veo que tú también has aprendido a usar la creatividad para decir la verdad.

Él resopló con suavidad.

—Gawyn, no has estado con ninguno de tus amigos ni tus conocidos de palacio. No has hecho intención de ocupar tu puesto en la corte como príncipe o capitán general. En lugar de ello, te has limitado a... reflexionar.

Gawyn miró al otro lado del estanque.

—No he pasado tiempo con los demás porque lo único que quieren saber es por qué no estaba aquí durante el asedio. No dejan de preguntarme cuándo voy a ocupar el puesto que me corresponde y desempeñar mi cometido, dirigiendo tu ejército.

—No pasa nada, Gawyn, no tienes que ser capitán general y, si no queda más remedio, yo puedo seguir adelante aunque mi Primer Príncipe de la Espada se halle ausente. Aunque he de admitir que Birgitte está muy molesta contigo porque no desempeñas la tarea de capitán general.

—¿Es por eso por lo que me lanza esas miradas coléricas?

—Sí. Pero se las arreglará. De hecho, realiza muy bien su trabajo. Y, si hay alguien a quien yo querría que protegieses, sería a Egwene. Se lo merece.

—¿Y si he decidido que no quiero hacerlo?

Elayne le puso la mano en el brazo. El rostro de su hermana, enmarcado por el dorado cabello que ceñía esa corona a juego, tenía una expresión preocupada.

—Oh, Gawyn, ¿qué te ha pasado?

—Egwene cree que estaba demasiado acostumbrado a tener éxito y que no he sabido cómo reaccionar cuando las cosas han empezado a irme mal —contestó mientras movía la cabeza a uno y otro lado.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que me ha venido bien estar aquí —confesó él con un profundo suspiro.

Algunas mujeres paseaban por el sendero que discurría alrededor del estanque; a la cabeza iba una mujer de cabello pelirrojo surcado de hebras blancas. Dimana era una especie de estudiante fracasada de la Torre Blanca. Gawyn no estaba muy seguro respecto a lo que eran las Allegadas ni a su relación con Elayne.

—Volver aquí me ha hecho recordar mi vida de antes. En especial, ha sido liberador para mí no encontrarme al servicio de las Aes Sedai. Durante un tiempo tuve el convencimiento de que necesitaba estar con Egwene. Cuando dejé a los Cachorros para unirme a ella, me pareció la mejor elección que había hecho en mi vida. Sin embargo, ella actúa como si no me necesitara para nada. Tan volcada está en ser fuerte, en ser la Amyrlin, que no hay lugar para alguien que no se doblegue a todos sus deseos.

—Dudo que las cosas estén tan mal como dices, Gawyn. Egwene... En fin, tiene que ofrecer una imagen fuerte debido a su juventud y a la forma en que fue ascendida. Pero no es arrogante. No más de lo necesario.

Elayne metió los dedos en el agua y asustó a un carpín dorado.

—Ha habido momentos en que me he sentido igual que ella debe de sentirse ahora —reconoció en voz baja—. Dices que quiere a alguien servil que no le lleve la contraria, pero, en mi opinión, lo que quiere de verdad, lo que en realidad necesita, es alguien en quien confiar por completo. Alguien a quien pueda encargar tareas y después no tener que preocuparse sobre cómo las llevará a cabo. Cuenta con recursos formidables: riqueza, tropas, fortificaciones, criados... Pero ella sólo es una, y si todo requiere su atención personal es como si no tuviera recursos en absoluto.

—Yo...

—Afirmas que la amas. Me has dicho que estás dedicado a ella, que morirías por ella. Bueno, pues, Egwene tiene ejércitos en los que abundan ese tipo de personas, igual que yo. Lo realmente extraordinario es tener a alguien que haga lo que digo. O, mejor aún, que haga lo que sabe que le pediría que hiciera si tuviera ocasión.

—No sé si podría ser ese hombre —contestó Gawyn.

—¿Por qué no? De entre todos los hombres dispuestos a apoyar a una mujer con poder, habría apostado por ti.

—Con Egwene es diferente. No sé explicar el porqué.

—Bien, pues, si quieres casarte con una Amyrlin, entonces habrás de hacer esta elección.

Su hermana estaba en lo cierto. Y lo hacía sentirse frustrado, pero tenía razón.

—Dejemos este tema —pidió—. Me he dado cuenta de que la conversación se ha desviado de al'Thor.

—Porque no hay nada más que hablar sobre él.

—Tienes que mantenerte alejada de él, Elayne, es peligroso.

—El *Saidin* está limpio —contestó ella al tiempo que desestimaba ese tema con un ademán.

—Es lo que él afirmaría, claro.

—Lo odias. Lo noto en tu voz. Esto no tiene nada que ver con madre, ¿no es cierto?

Gawyn vaciló. Su hermana se estaba haciendo muy diestra en cambiar el tema de una conversación. ¿Era por la reina que había en ella o por la Aes Sedai? Estuvo a punto de remar de vuelta al embarcadero, pero ésta era Elayne. Luz, qué agradable resultaba hablar con alguien que lo comprendiera de verdad.

—¿Que por qué odio a al'Thor, dices? Bueno, está la muerte de madre. Pero no es sólo por ella. Detesto en lo que se ha convertido.

—¿En el Dragón Renacido?

—En un tirano.

—Eso no lo sabes, Gawyn.

—Es un pastor. ¿Qué derecho tiene a derrocar tronos, a cambiar el mundo como lo hace?

—Sobre todo mientras tú estabas confinado en un pueblo, ¿verdad? —Le había contado gran parte de lo que le había ocurrido en los últimos meses—. Mientras él conquistaba naciones, tú te viste obligado a matar a tus amigos, y después tu Amyrlin te alejó y te envió a tu muerte.

—Exacto.

—Así que son celos —concluyó Elayne en voz queda.

—No, qué tontería. Yo...

—¿Y qué harías, Gawyn? —preguntó su hermana—. ¿Lo retarías a duelo?

—Quizá.

—Y si por casualidad vencieras y lo atravesaras con tu espada como has dicho que te gustaría hacer, ¿nos condenarías a todos por satisfacer tu arrebato?

No supo qué responder a eso.

—Eso no son sólo celos, Gawyn —continuó Elayne, que le quitó los remos—. Es egoísmo. En este momento no podemos permitirnos el lujo de ser estrechos de miras, de no tener visión de futuro.

A pesar de las protestas de Gawyn, Elayne empezó a remar hacia el embarcadero.

—¿Y todo eso lo dice una mujer que ha hecho batidas y atacado a mujeres del Ajah Negro? —inquirió. Su hermana se sonrojó. Gawyn advirtió que Elayne habría preferido que no se hubiera enterado de ese suceso.

—Era necesario —dijo Elayne—. Y, además, hablé en plural, de los dos. Tú y yo tenemos ese problema. Birgitte no deja de repetirme que he de aprender a actuar con más mesura. En fin, tú también tendrás que aprender la misma lección, por bien de

Egwene. Y ella te necesita, Gawyn. Puede que no sea consciente de ello, puede que esté convencida de que ha de cargar con el peso del mundo ella sola, pero se equivoca.

El bote rozó contra el embarcadero. Elayne desarmó los remos y extendió una mano. Gawyn salió del bote y después la ayudó a pasar al embarcadero. Ella le apretó la mano con cariño.

—Tú sabrás arreglarlo —le dijo Elayne—. Te libero de la responsabilidad de ser mi capitán general. De momento no designaré a otro Primer Príncipe de la Espada y puedes conservar el título estando en reserva, con tus obligaciones suspendidas de manera temporal. Siempre y cuando aparezcas de forma esporádica en algún acto oficial, no tienes que preocuparte de que se requieran tus servicios para nada más. Lo haré público de inmediato, citando que debes ocuparte de otras tareas relativas al advenimiento de la Última Batalla.

—Yo... Gracias —dijo, si bien no estaba del todo convencido de que se sintiera agradecido. Todo aquello le sonaba muy parecido a la insistencia de Egwene de que no tenía que vigilar su puerta. Elayne le apretó la mano de nuevo y después se dirigió hacia sus ayudantes. Gawyn la vio hablar con ellos en voz reposada.

Cada día que pasaba parecía más regia; era como contemplar una rosa mientras florecía. Ojalá hubiera estado en Caemlyn para presenciar el proceso desde el principio. Se sorprendió a sí mismo sonriendo mientras reanudaba el paseo a lo largo del Pretil de la Rosa. Era difícil que sus pesares arraigaran en él después de recibir una dosis del optimismo innato de Elayne. Sólo su hermana era capaz de llamar envidioso a un hombre y conseguir que se lo tomara a bien.

Pasó entre vaharadas de perfume, sintiendo el sol en la nuca. Llegó a la zona donde Galad y él jugaban de pequeños, y evocó a su madre paseando por esos jardines con Bryne. Recordó sus prudentes enseñanzas cuando cometía algún desliz, y las sonrisas que le dirigía cuando actuaba como debería hacerlo un príncipe. Esas sonrisas eran como si saliera el sol. Este lugar era ella. Seguía viva en Caemlyn, en Elayne —que cada vez se parecía más a su madre—, en la seguridad y la fortaleza del pueblo de Andor.

Se detuvo junto al estanque, en el mismo sitio donde Galad lo había salvado de morir ahogado siendo niño. Quizás Elayne tenía razón. Quizás al'Thor no tenía nada que ver con la muerte de Morgase. Y, si lo tuviera, él nunca podría probarlo. Pero eso daba igual. Rand al'Thor ya estaba condenado a morir en la Última Batalla, así que ¿por qué seguir odiando a ese hombre?

—Tiene razón —susurró mientras observaba los movimientos de los avispones que zumbaban sobre la superficie del agua—. Se acabó, al'Thor. A partir de ahora, me traes sin cuidado.

Fue como si le quitaran un enorme peso de encima, y soltó un largo suspiro. Sólo

ahora que Elayne lo había eximido, era consciente de la culpabilidad enorme que había sentido por estar ausente de Andor. Eso también había desaparecido. Había llegado el momento de centrarse en Egwene.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el cuchillo del asesino; lo sostuvo a la luz del sol y examinó las gemas rojas. Tenía el deber de proteger a Egwene. Y, suponiendo que se pusiera a lanzarle improperios, que lo odiara y lo exiliara, ¿acaso los castigos no merecerían la pena si a cambio lograba mantenerla con vida?

—Por la tumba de mi madre —exclamó una voz en tono agudo a su espalda—. ¿Dónde conseguisteis eso?

Gawyn giró sobre sí mismo con rapidez y se encontró con las mujeres en las que se había fijado un rato antes, paradas en el camino. Dimana iba a la cabeza; el cabello surcado de canas, el rostro con arrugas alrededor de los ojos. ¿Pues no se suponía que manejar el Poder retardaba esos signos de envejecimiento?

Había otras dos mujeres con ella. Una era una joven regordeta de cabello negro y la otra era corpulenta y de mediana edad. La joven era quien había hablado; tenía los ojos, de expresión inocente, muy abiertos. Y parecía aterrada.

—¿A qué te refieres, Marille? —preguntó Dimana.

—Ese cuchillo. —Marille señaló la mano de Gawyn—. ¡Marine ha visto uno igual antes!

—"He visto" —la corrigió Dimana—. Eres una persona, no una cosa.

—Sí, Dimana. Muchas disculpas, Dimana. Marille... eh... Yo no cometeré el error otra vez, Dimana.

Gawyn enarcó una ceja. ¿Qué le pasaba a esa chica?

—Disculpadla, milord —intervino la Allegada—. Marille ha pasado mucho tiempo como *damane* y tiene dificultades para adaptarse.

—¿Eres seanchan? —preguntó Gawyn. «Por supuesto. Tendría que haber notado el acento.»

Marille asintió con un vigoroso cabeceo. Una antigua *damane*. Gawyn sintió un escalofrío. A esa mujer la habían entrenado para matar con el Poder.

La tercera mujer permanecía callada y observaba todo con curiosidad. No parecía tan servil, ni mucho menos.

—Deberíamos seguir paseando —dijo Dimana—. No le conviene ver cosas que le recuerden Seanchan. Vamos, Marille. Eso no es más que un trofeo que lord Trakand ganó en una batalla, imagino.

—No, esperad —pidió Gawyn, que alzó una mano—. ¿Has reconocido esta arma?

Marille miró a Dimana, como si le pidiera permiso para contestar. La Allegada asintió con gesto sufrido.

—Es un puñal sanguinario, milord —respondió la joven—. No lo ganasteis en

batalla, porque los hombres no derrotan a los Puñales Sanguinarios. Son imparables. Sólo caen cuando su propia sangre se vuelve contra ellos.

Gawyn frunció el entrecejo. ¿Pero de qué hablaba esa chica?

—Es decir, que esta arma es seanchan, ¿verdad?

—Sí, milord. La llevan los Puñales Sanguinarios.

—Creí oírte decir que esto era un puñal sanguinario.

—Lo es, pero también lo es el que lo empuña. Envueltos en la noche enviados por voluntad de la emperatriz, así viva para siempre, para caer sobre sus enemigos y morir en su nombre y con gloria. —La joven agachó más los ojos—. Marille habla demasiado. Ella lo siente.

—"Yo" lo siento —corrigió Dimana con un atisbo de exasperación en el timbre de la voz.

—Yo lo siento —repitió Marille.

—Así que esos... Puñales Sanguinarios —continuó Gawyn— ¿son asesinos seanchan?

Se le puso el vello de punta. ¿Habrían dejado atrás tropas suicidas para matar Aes Sedai? Sí. Tenía sentido. El asesino no era uno de los Renegados.

—Sí, milord —confirmó Marille—. Vi uno de esos puñales colgado en el cuarto de los alojamientos de mi señora. Había pertenecido a su hermano, que lo había llevado con honor hasta que su sangre se volvió contra él.

—¿Su propia familia?

—No, su sangre. —Marille se encogió un poco más.

—Háblame de ellos —ordenó Gawyn en tono de urgencia.

—Envueltos en la noche, enviados por voluntad de la emperatriz, así viva para siempre, para caer sobre sus enemigos y morir en... —se puso a recitar de nuevo la antigua *damane*.

—Sí, sí, eso ya lo has dicho —la interrumpió Gawyn—. ¿Qué métodos utilizan? ¿Cómo se camuflan tan bien? ¿Qué sabes sobre la forma en que esos asesinos atacan?

Con cada pregunta, Marille se encogía más y más, hasta que rompió a llorar.

—¡Lord Trakand, conteneos! —intervino Dimana.

—Marille no sabe mucho —sollozó la *damane*—. Marille lo siente. Por favor, castigadla por no escuchar mejor.

Gawyn se echó hacia atrás. Los seanchan trataban a sus *damane* peor que si fueran animales. A Marille no le habrían explicado nada específico en cuanto a lo que los Puñales Sanguinarios tenían orden de hacer.

—¿Dónde encontrasteis a estas *damane*? —le preguntó a Dimana—. ¿Se capturó a algún soldado seanchan? He de hablar con uno; a ser posible, un oficial.

Dimana frunció los labios.

—Estas mujeres fueron capturadas en Altara y sólo nos enviaron a las *damane* —

respondió luego.

—Dimana, ¿y qué tal si habla con la *sul'dam*? —sugirió la otra mujer, que no tenía acento seanchan—. Kaisea pertenecía a la Sangre baja.

—Kaisea no... —Dimana frunció el entrecejo—. No es de fiar —concluyó.

—Por favor, esto podría salvar vidas —insistió Gawyn.

—De acuerdo —accedió Dimana—. Esperad aquí. Iré a buscarla.

Se dirigió al palacio llevándose con ella a las dos mujeres a su cargo, y Gawyn se quedó esperando, impaciente.

Al cabo de unos minutos, Dimana regresó seguida de una mujer alta que llevaba un vestido de color gris claro, sin cinturón ni bordados, y el largo cabello negro peinado en una trenza. Parecía decidida a mantenerse justo un paso por detrás de Dimana, hecho que molestaba a la Allegada, quien procuraba no perder de vista a la otra mujer.

Llegaron donde se encontraba Gawyn, y la *sul'dam* —quién lo habría imaginado— se arrodilló y se postró en el suelo con la frente tocando la tierra del paseo. Realizó la reverencia con una suave elegancia; por alguna razón, a Gawyn le produjo la impresión de que se estaba mofando de él.

—Lord Trakand, ésta es Kaisea —presentó Dimana a la mujer—. O al menos, es el nombre por el que insiste que se la llame ahora.

—Kaisea es una buena servidora —habló la mujer con sosiego.

—Ponte de pie —ordenó Gawyn—. ¿Qué haces ahí?

—A Kaisea le han dicho que sois hermano de la reina; sois de la Sangre de este reino y yo soy una humilde *damane*.

—¿Damane? Eres una *sul'dam*.

—Ya no —manifestó la mujer—. Debo ser atada a la correa, gran señor. ¿Os ocuparéis de que lo hagan? Kaisea es peligrosa.

Dimana señaló con la cabeza hacia un lado para indicarle a Gawyn que deberían hablar en privado. Gawyn se alejó unos cuantos pasos más por el Pretil de la Rosa para hacer un aparte con la Allegada, dejando atrás a Kaisea, postrada en el suelo.

—¿Es una *sul'dam* o una *damane*? —preguntó Gawyn.

—Todas las *sul'dam* están capacitadas para encauzar y se les puede enseñar —explicó Dimana—. Elayne opina que ese hecho minará toda la cultura del pueblo seanchan una vez que salga a la luz. Muchas rehúsan admitir que ven los tejidos, pero unas cuantas han sido sinceras con nosotras. Y todas sin excepción han insistido en que se las debe hacer *damane*. —Señaló de nuevo a Kaisea con un movimiento de cabeza.

»Ésta es la que nos está dando más problemas. Creemos que está aprendiendo los tejidos para así ser capaz de provocar un "accidente" de forma deliberada y usar contra nosotras nuestro razonamiento: si hace algo violento con el Poder Único,

afirmará que nos hemos equivocado al dejarla libre.

¿Así que tenían una mujer a la que se podía entrenar para matar con el Poder Único, sin prestar los Tres Juramentos vinculantes y que estaba decidida a demostrar que era peligrosa? Gawyn tuvo un escalofrío.

—Le damos pequeñas dosis de horcaria la mayoría de los días —informó Dimana —. No os he contado esto para preocuparos, sino para preveniros de que no os fiéis, porque lo que diga o haga quizá no sea cierto.

—Gracias —dijo Gawyn con un leve cabeceo. Dimana y él regresaron hasta donde la *sul'dam* seguía postrada en el suelo.

—¿Cómo puede serviros Kaisea, gran señor? —dijo la mujer. Su modo de actuar parecía una parodia del sometimiento de Marille. Lo que Gawyn había interpretado como mofa al principio no lo era en absoluto, sino el esfuerzo deficiente de una persona de alta cuna por imitar a otra de baja estirpe.

—¿Has visto alguna vez uno de éstos? —preguntó Gawyn, como sin darle importancia, mientras sacaba el puñal sanguinario. Al verlo, Kaisea dio un grito ahogado.

—¿Dónde lo encontrasteis? ¿Quién os lo dio? —Se encogió casi de inmediato al darse cuenta de que había sobrepasado los límites del papel asumido.

—Un asesino intentó matarme con él —contestó Gawyn—. Luchamos y él escapó.

—Eso es imposible, gran señor —manifestó la seanchan, más controlada la voz ahora.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si hubieseis luchado con uno de los Puñales Sanguinarios, gran señor, estaríais muerto. Son los asesinos más expertos de todo el imperio. Luchan de forma despiadada, con la mayor crueldad posible porque ellos ya están muertos.

—Tropas suicidas —musitó Gawyn con un cabeceo de comprensión—. ¿Tienes más información sobre ellos?

El rostro de Kaisea reflejó un creciente conflicto interno.

—¿Y si me ocupo de que seas atada a la correa? ¿Me responderías entonces? —sugirió Gawyn.

—¡Milord! ¡La reina no lo permitirá jamás! —protestó Dimana.

—Se lo pediré. No puedo prometer que serás atada a la correa, Kaisea, ¡pero sí te prometo que intercederé con la reina por ti.

—Sois poderoso y fuerte, gran señor. Y muy sabio —respondió la seanchan—. Si lo hacéis, Kaisea os lo explicará.

Dimana asestó una mirada feroz a Gawyn.

—Habla —ordenó él a la *sul'dam*.

—Los Puñales Sanguinarios no viven mucho tiempo —empezó—. Una vez que

les ha sido encomendada una misión, no abandonaran sin concluirla. La emperatriz, así viva para siempre, les otorga recursos, unos anillos *ter'angreal* que los convierten en grandes guerreros.

—Les difumina las formas cuando están cerca de sombras —adivinó Gawyn.

—Sí —admitió Kaisea, sorprendida porque lo supiera—. Son imbatibles. Pero, al final, su propia sangre los mata.

—¿Su propia sangre?

—Utilizar esos anillos los envenena. Una vez que se les ha encomendadado una tarea, a menudo no duran más de unas pocas semanas. Con mucho, sobreviven un mes.

—De modo que sólo hay que esperar a que perezcan —comentó Gawyn mientras contemplaba el puñal con aire preocupado. Sus palabras provocaron la risa en Kaisea.

—Eso no es así. Antes de morir se ocuparán de cumplir con su cometido.

—Éste mata personas poco a poco —explicó Gawyn—. Una cada pocos días. Hasta ahora, a un puñado.

—Tanteos —dijo Kaisea—. Azuza para descubrir puntos débiles fuertes, aprende dónde atacar sin ser visto. Si sólo han muerto unas cuantas personas, entonces es que aún no habéis visto a los Puñales Sanguinarios actuar a pleno rendimiento. No dejan un "puñado" de muertos, sino docenas.

—A menos que lo detenga —objetó Gawyn—. ¿Cuál es su punto débil

—¿Punto débil? —Kaisea se echó a reír otra vez—. Gran señor, ¿no os he dicho ya que son la elite de los guerreros en Seanchan, mejorados y ayudados por el favor de la emperatriz, así viva para siempre?

—Estupendo. ¿Y para qué más sirve el *ter'angreal*, entonces? ¿Ayuda al asesino cuando está en sombras? ¿Cómo puedo interrumpir su funcionamiento? ¿Quizá con un número mayor de antorchas?

—No puede haber luz sin sombra, gran señor —respondió la mujer—. Cread más luz y crearéis más sombras.

—Tiene que haber un modo.

—Kaisea está segura de que, si lo hay, gran señor, lo encontraréis. —En la voz de la seanchan había un dejo ufano, petulante—. Si Kaiséa puede haceros una sugerencia, gran señor... Daos por afortunado de haber sobrevivido en una lucha con un Puñal Sanguinario. No debíais de ser uno de sus verdaderos objetivos, pero sería prudente que os ocultaseis hasta que haya transcurrido un mes. Permitid que la emperatriz, así viva para siempre, vea cumplida su voluntad y agradeced que los augurios os hayan dado aviso para que escapéis y viváis.

—Basta ya —dijo Dimana—. Confío en que hayáis obtenido lo que queríais, lord Trakand, ¿verdad?

—Sí, gracias —respondió Gawyn, tan preocupado que casi ni se dio cuenta de

que Kaisea se incorporaba y la Allegada conducía a la mujer a su cargo de vuelta a palacio. *Daos por afortunado de haber sobrevivido... No debíais de ser uno de sus verdaderos objetivos...* Gawyn estudió el arma arrojadiza que tenía en las manos. El objetivo Egwene, desde luego. ¿Por qué, si no, iban los seanchan a emplear un arma tan poderosa? Quizá creían que su muerte acabaría con la Torre Blanca.

Tenía que poner sobre aviso a Egwene. Aunque provocara su enfado, aunque hiciera caso omiso de lo que ella quería, tenía que llevarle esa información. Podría salvarle la vida. Seguía parado en el mismo sitio —planteándose cómo abordar el asunto con Egwene— cuando una criada con uniforme rojo y blanco se acercó a él.

—Milord Gawyn —dijo mientras le tendía una bandeja en la que había una carta sellada.

—¿Qué es? —preguntó, aunque recogió la carta y utilizó el puñal sanguinario para abrirla por un extremo.

—Viene de Tar Valon —respondió la criada, que le hizo una reverencia—. La ha traído un mensajero a través de un acceso. Gawyn desdobló el grueso papel e identificó la letra de Silviana. Empezó a leer:

> Gawyn Trakand:
>
> La Amyrlin se sintió muy contrariada cuando se enteró de vuestra partida. En ningún momento se os dio instrucciones de que abandonaseis la ciudad. Me ha pedido que os envíe esta misiva manifestando que habéis dispuesto de tiempo sobrado para haraganear en Caemlyn. Vuestra presencia se requiere en Tar Valon y debéis regresar cuanto antes.

Leída la breve misiva, Gawyn la leyó de nuevo. Egwene le había gritado por echar a perder sus planes, sólo le había faltado echarlo de la Torre, ¿y estaba "contrariada" al enterarse de que se había ido de la ciudad? ¿Y qué esperaba que hiciera? Casi se echó a reír.

—Milord, ¿queréis enviar respuesta? —preguntó la criada. En la bandeja había papel y pluma—. El mensajero dio a entender que se esperaba que la hubiera.

—Dile que entregue esto.

Gawyn echó el puñal sanguinario en la bandeja. De pronto estaba tan furioso que se le borró de la mente la idea de regresar. ¡Condenada mujer!

—Y que le comunique —añadió tras pensar un momento— que el asesino es seanchan y lleva encima un *ter'angreal* especial que lo hace casi invisible en las sombras. Que mejor será que enciendan más luces. Los anteriores asesinatos sólo fueron pruebas para tantear nuestras defensas. El verdadero objetivo es ella. Ella. Que recalque que el asesino es muy, muy peligroso, pero no es la persona de la que ella sospechaba. Si necesita pruebas, que venga y hable con alguna de las seanchan que están aquí, en Caemlyn.

La criada parecía perpleja, pero al ver que él no añadía nada más, se retiró. Gawyn trató de aplacar la ira. No volvería; ahora no. Porque parecería que regresaba arrastrándose, obedeciendo su orden. Tenía sus "trampas y planes cuidadosamente preparados". Había dicho que no lo necesitaba. Por lo tanto, tendría que pasar sin él durante un tiempo.

CAPÍTULO 34

El juicio

—Quiero a los exploradores fuera, patrullando —ordenó Perrin en tono enérgico —. Incluso durante el juicio.

—A las Doncellas no les va a gustar, Perrin Aybara —dijo Sulin—. Si por patrullar se arriesgan a perder la ocasión de danzar las lanzas, no.

—Pues lo harán, de todos modos —reiteró Perrin sin dejar de caminar a través del campamento, con Dannil y Gaul al lado. Detrás iban Azi al'Thone y Wil al'Seen, sus dos escoltas de ese día. Sulin observó a Perrin y después asintió con la cabeza.

—Así se hará. —Dicho esto, se alejó.

—Lord Perrin, ¿de qué va todo esto? —preguntó Dannil, que olía a estar nervioso.

—Aún no lo sé. Hay algo raro en el viento —contestó. Dannil frunció la frente en un gesto de perplejidad.

En fin, Perrin también estaba desconcertado. Confuso y, al mismo tiempo, cada vez más seguro, lo cual parecía una contradicción, pero era verdad. Había mucho ajetreo en el campamento, con los ejércitos reuniéndose para hacer frente a los Capas Blancas si era menester. Y no el ejército, sino "los" ejércitos, porque había muchas divisiones entre ellos. Arganda y Gallenne empujándose para ocupar una posición; los hombres de Dos Ríos resentidos con las nuevas tropas de mercenarios; los otrora refugiados machacados entre unos y otros. Y, ni que decir tiene, los Aiel distantes y haciendo lo que les daba la gana.

«Voy a disolver el ejército —se dijo—. Total, ¿qué más da?»

Sin embargo la idea lo incomodaba. Era una forma indisciplinada de dirigir un campamento. En cualquier caso, la gente casi se había recuperado de la última burbuja maligna. Lo más probable era que ninguno de ellos volviera a mirar sus armas con los mismos ojos, pero los heridos habían recibido la Curación y los encauzadores estaban descansados. A los Capas Blancas no les había hecho gracia el retraso, que se había prolongado más de lo que sin duda esperaban. Pero él había necesitado tiempo por varias razones.

—Dannil, presumo que mi esposa te ha mezclado en sus enredos por protegerme.

—¿Cómo...? —empezó Dannil, sobresaltado.

—Necesita tener sus secretos —dijo Perrin—. La mitad se me pasan por alto, pero éste era tan claro como la luz del día. No le gusta nada este juicio ¿Qué te ha mandado que hagas? ¿Alguna maniobra con los Asha'man para ponerme fuera de peligro?

—Algo por el estilo, milord —admitió Dannil.

—Me marcharé si las cosas se ponen feas, pero no os vayáis a precipitar. No permitiré que esto desemboque en un baño de sangre porque uno de los Capas Blancas suelte una maldición a destiempo. Esperad a mi señal, ¿entendido?

—Sí, milord. —Dannil olía a resignada docilidad. Perrin necesitaba acabar de una vez por todas con todo aquel asunto de dirigir y dar órdenes. Quitárselo de encima para siempre. Y tenía que ser ya, porque en los últimos cinco días había empezado a parecerle natural.

«Y sólo soy un...» No acabó la frase para sus adentros. ¿Sólo qué? ¿Un herrero? ¿Podía afirmar tal cosa a esas alturas? ¿Qué era él?

Un poco más adelante vio a Neald sentado en un tocón, cerca de la zona de Viaje. Siguiendo sus órdenes, durante los últimos días el soldado Asha'man y Gaul habían explorado en varias direcciones para comprobar si los accesos funcionaban si uno se alejaba lo suficiente del campamento. Y, en efecto, resultó que sí, aunque había que alejarse cuatro horas para escapar del efecto. Ni Neald ni Gaul habían notado ningún tipo de cambio aparte de que el tejido para abrir accesos volvía a funcionar. No había ninguna barrera ni indicación visible a este lado; pero, si la deducción de Perrin no estaba errada, el área donde los accesos no funcionaban coincidía exactamente con la zona cubierta por la cúpula en el Sueño del Lobo.

Tal era el propósito de la cúpula y la razón por la que Verdugo la usaba. No se trataba de dar caza a los lobos, aunque a buen seguro que esa otra actividad la llevaba a cabo con placer. En esa área había algo que originaba la existencia de la cúpula y también los problemas que tenían los Asháman.

—Neald —dijo Perrin, que se acercó al Asháman—, ¿la última salida para explorar ha ido bien?

—Sí, milord.

—Cuando Grady y tú me hablasteis por primera vez de que los tejidos no funcionaban dijisteis que ya os había ocurrido antes. ¿Cuándo fue eso?

—Cuando intentamos abrir el acceso para rescatar al grupo de exploradores de Cairhien —contestó Neald—. Cuando lo intentamos al principio los tejidos se deshicieron, pero esperamos un poco y volvimos a intentarlo. Entonces sí funcionó.

«Eso fue justo después de que viera la cúpula por primera vez —pensó Perrin—. Apareció durante un breve intervalo de tiempo y después desapareció. Verdugo debía de estar probándola.»

—Milord. —Neald se acercó a él. Era un hombre presumido, un figurín, pero había respondido bien cuando Perrin lo necesitó.

—¿Qué ocurre?

—Creo que alguien nos está tendiendo una trampa —respondió en voz baja—. Y que planea atraparnos en ella. He enviado a otros a buscar lo que está causando esto;

probablemente es algún tipo de objeto de Poder Único.

Le preocupaba que pudiera estar oculto en el Sueño del Lobo. ¿Sería posible que algo colocado allí surtiera efecto en el mundo real?

—Bien, dime, ¿estás seguro de que no puedes en absoluto crear accesos? —le preguntó al Asha'man—. ¿Ni siquiera a otros puntos próximos, dentro del área afectada?

Neald negó con la cabeza. «Es decir, que a este lado las reglas son diferentes. O, al menos, son distintas para el Viaje de lo que son para desplazarse en el Sueño del Lobo.»

—Neald, ¿dijiste que con los accesos más grandes, usando un círculo, podríais desplazar a todo el ejército a través de ellos en unas pocas horas?

—Hemos estado practicando, sí —afirmó Neald, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Tenemos que estar preparados para esa eventualidad.

Perrin miró al cielo. Todavía percibía esa "anomalía" en el aire. Como un tenue olor a estancamiento, a ranciedad.

—Milord, estaremos preparados. Pero, si no podemos crear accesos, entonces dará lo mismo. Sin embargo, podríamos desplazar el ejército hasta ese punto más allá de la barrera y escapar desde allí.

Por desgracia, Perrin sospechaba que eso no serviría de nada. *Saltador* había descrito la cúpula como una cosa de un remoto pasado. Lo cual significaba que había muchas posibilidades de que Verdugo estuviera colaborando con los Renegados. O que él mismo fuera uno de ellos. Eso no se le había ocurrido a Perrin planteárselo. En cualquier caso, los que hubieran planeado esta trampa estarían observando, y si su ejército intentaba escapar, el enemigo haría saltar la trampa o quizá desplazaría la cúpula.

Algo parecido habían hecho los Renegados cuando habían embaucado a los Shaido con unas cajas. Además, estaba lo de su retrato dibujado y repartido por doquier. ¿Sería todo parte de la trampa que estaban tendiéndole? Peligros. Multitud de peligros acosándolo.

«Bueno, ¿y qué esperabas? —se dijo para sus adentros—. Es el Tarmon Gai'don.»

—Ojalá volviera Elyas —dijo. Lo había enviado en una misión especial de exploración—. Vosotros estad preparados, Neald. Dannil, sería buena idea que transmitieras a tus hombres las advertencias que te he hecho. No quiero que surjan percances imprevistos.

Dannil y Neald se fueron por caminos separados, y Perrin se dirigió hacia las hileras de caballos estacados, en busca de *Brioso*. Gaul, silencioso como el viento, se situó a su lado.

«Alguien me está cerrando el lazo de la trampa despacio, pulgada a pulgada,

alrededor de la pierna», pensó. Casi con seguridad esperaría a que luchara contra los Capas Blancas. Después, su ejército estaría debilitado y herido. Presas fáciles. Le dio un escalofrío al comprender que si hubiera librado la batalla con Damodred antes, la trampa podría haber saltado justo entonces. De repente, el juicio cobró una trascendencia enorme. Tenía que hallar el modo de frustrar esa batalla hasta que pudiera entrar una vez más en el Sueño del Lobo. Allí quizá lograría encontrar la forma de destruir la cúpula y liberar a los suyos.

—Has cambiado, Perrin Aybara —dijo Gaul.

—¿A qué te refieres? —preguntó Perrin, asiendo las riendas que le tendía un mozo de cuadra para subir a *Brioso*.

—Es un buen cambio ver que dejas de protestar por ser jefe. Es mejor verte disfrutar dirigiendo —contestó Gaul.

—He dejado de protestar porque tengo mejores cosas que hacer. Y no disfruto teniendo el mando. Lo hago porque he de hacerlo.

Gaul asintió con la cabeza, como si pensara que Perrin estaba de acuerdo con él. «Aiel», gruñó para sus adentros Perrin; subió a la silla de montar.

—Vámonos. La columna se ha puesto en marcha —dijo en voz alta.

—Que se pongan a ello —le dijo Faile a Aravine—. El ejército parte ya.

Aravine hizo una reverencia y fue a transmitir la orden a los refugiados. Faile no estaba segura de lo que el día iba a depararles, pero quería que los que se quedaban atrás levantaran el campamento y estuvieran preparados para emprender la marcha, por si acaso. Aravine se alejaba cuando Faile reparó en que Aldin, el tenedor de libros, se reunía con la mujer.

Últimamente la visitaba muy a menudo; a lo mejor por fin había desistido de conquistar a Arrela. Faile se dirigió hacia su tienda a buen paso. En el camino se cruzó con Flinn Barstere, Jon Gaelin y Marek Cormer, que comprobaban las cuerdas de los arcos y las plumas de las flechas. Los tres alzaron la mirada hacia ella y saludaron. En los ojos de los hombres se adivinaba una expresión de alivio, lo cual era buena señal. Tiempo atrás, esos hombres parecían avergonzados cuando la veían, como si se sintieran incómodos por el modo en que Perrin, en apariencia, había coqueteado con Berelain durante su ausencia. Que Berelain y ella pasaran juntas algunos ratos, así como la denuncia oficial de los rumores por parte de la Principal, estaban dando el resultado apetecido en cuanto a convencer al campamento de que no había ocurrido nada inapropiado.

Resultaba por demás interesante que una de las cosas que más había influido en la opinión de la gente hubiera sido el hecho de que ella le salvara la vida a Berelain durante la burbuja maligna. Debido a ese suceso daban por sentado que no había resentimiento entre las dos. Desde luego, no le había salvado la vida, sólo la había

ayudado. Pero los rumores decían otra cosa, y Faile se sentía complacida de que esta vez les fueran favorables a Perrin y a ella, para variar.

Llegó a la tienda y se apresuró a asearse en la palangana con un paño mojado. Se echó un poco de perfume y después se puso su vestido más bonito, de un intenso color gris verdoso, con dibujos de enredaderas bordados a lo ancho del corpiño y alrededor del repulgo. Por último se examinó en el espejo. Bien. No se notaba la ansiedad que sentía. Perrin saldría con bien de aquello. Lo haría.

Se metió varios cuchillos en el cinturón y otros cuantos dentro de las mangas del vestido. Fuera, un mozo de cuadras le llevó a *Albor*. Montó; aún echaba de menos a *Golondrina*, a la que habían matado los Shaido. Incluso su mejor vestido llevaba falda pantalón para cabalgar; no se pondría otro tipo de ropa estando en camino. Su madre le había enseñado que no había nada que acabara antes con la credibilidad de una mujer ante los soldados que montar a lo amazona. Y, si ocurría lo inimaginable y Perrin caía, quizá tendría que ponerse al mando de las fuerzas.

Trotó al frente del ejército que se estaba agrupando. Perrin se encontraba allí, montado a caballo. ¡Cómo osaba exhibir una expresión tan paciente!

Faile disimuló el enojo. Había un tiempo para la tempestad y un tiempo para una brisa suave. Ya le había dejado claro a Perrin —de forma vehemente— lo que pensaba sobre ese juicio. De momento, era preciso que la vieran apoyándolo. Cabalgó hasta ponerse al lado de su esposo mientras las Aes Sedai situadas detrás; iban a pie, como las Sabias. No se veía a las Doncellas por ninguna parte. ¿Dónde estarían? Debía de ser algo importante para que se perdieran el juicio. Para Sulin y las demás proteger a Perrin era una tarea encomendada por su *Car'a'carn*, y para ellas sería un grave asunto de *toh* si Perrin caía.

Recorriendo con la vista el campamento, se fijó en dos *gai'shain* vestidas con las ropas blancas y con la capucha echada que se acercaban presurosas a la primera línea de las tropas. Gaul, que se hallaba junto al caballo de Perrin, se puso ceñudo. Una de las figuras le hizo una reverencia mientras le tendía unas cuantas lanzas.

—Recién afiladas —dijo Chiad.

—Y flechas con las plumas recién cambiadas —añadió Bain.

—Ya tengo flechas y lanzas —replicó Gaul.

—Sí —dijeron las mujeres, que se arrodillaron delante de él, todavía ofreciéndole las armas.

—¿Qué? —inquirió Gaul.

—Sólo nos preocupamos por tu seguridad —contestó Bain—. Después de todo, esas armas las has preparado tú.

Habló con seriedad, sin el menor asomo de mofa o doblez. Sin embargo, las propias palabras rayaban en el desaire. Gaul se echó a reír. Aceptó las armas que le ofrecían y entregó las suyas a las mujeres. A pesar de los problemas de ese día, Faile

se sorprendió a sí misma sonriendo. Las relaciones Aiel eran de una complejidad tortuosa: lo que debería haber complacido a Gaul respecto a sus *gai'shain*, a menudo parecía causarle frustración, mientras que lo que tendría que haberle hecho sentirse insultado, lo aceptaba con buen humor.

Mientras Bain y Chiad se retiraban, Faile observó el ejército que se estaba reuniendo. Iba todo el mundo, no sólo oficiales o fuerzas en representación del resto del ejército. La mayoría no podría presenciar el juicio pero su presencia era necesaria. Por si acaso. Faile se acercó a su esposo.

—Estás preocupado por algo —le dijo.

—El mundo contiene la respiración, Faile.

—¿Qué quieres decir?

—La Última Cacería ya está aquí. —Movió la cabeza—. Rand esta en peligro. Lo está más que ninguno de nosotros. Y no puedo ir con él. Aún no.

—Perrin, lo que dices no tiene sentido. ¿Cómo puedes saber que Rand está en peligro?

—Porque lo veo. Cada vez que se menciona su nombre o cada vez que pienso en él, surge una visión ante mis ojos.

Faile parpadeó.

Perrin se volvió hacia ella, con los dorados ojos pensativos.

—Estoy conectado con él. Rand... tira de mí, ¿comprendes? En cualquier caso, me prometí que sería claro contigo respecto a este tipo de cosas. —Vaciló un momento antes de proseguir—. Mis ejércitos están aquí y alguien los está conduciendo como un rebaño, Faile. Como ovejas que llevan al matadero.

De repente recordó su visión del Sueño del Lobo. Ovejas corriendo delante de lobos. Había creído ser uno de esos lobos, pero ¿no se equivocaría? ¡Luz! Se había equivocado con eso. Ahora sabía lo que significaba.

—Lo siento en el aire —dijo—. El problema con los accesos está relacionado con algo que ocurre en el Sueño del Lobo. Alguien quiere que no podamos escapar de este sitio.

Una fría brisa, extraña con el calor de mediodía, pasó sobre ellos.

—¿Estás seguro? —preguntó Faile.

—Sí, por extraño que esto pueda parecer, lo estoy.

—¿Y ahí es donde están las Doncellas? ¿Explorando?

—Alguien quiere tendernos una trampa y atacarnos. Es lo que tiene más sentido: dejar que combatamos con los Capas Blancas y después acabar con los que sobrevivan. Pero eso requeriría un ejército del que no hay ninguna señal. Sólo nosotros y los Capas Blancas. Tengo a Elyas buscando indicios de una puerta a los Atajos por la zona, pero todavía no ha encontrado nada. Así que quizá no pase nada y lo que ocurre es que yo me asusto de mi propia sombra.

—En estos tiempos, esposo, es muy probable que las sombras muerdan. Confío en tu instinto.

Ella miró y después sonrió de oreja a oreja.

—Gracias —dijo.

—Bien, pues, ¿qué hacemos?

—Ir a ese juicio y hacer lo que sea con tal de no entrar en batalla con los Capas Blancas. Entonces, esta noche, veré si puedo parar lo que impide que se abran accesos. La solución no es cabalgar lo bastante lejos para huir de ello; esa cosa dentro de la que estamos encerrados se puede trasladar. La vi en dos sitios distintos. Tendré que destruirla de algún modo, y después escaparemos.

Ella asintió con la cabeza, y Perrin dio la orden de ponerse en marcha. Aunque la fuerza que iba detrás aún parecía caótica —como una cuerda enredada—, el ejército empezó a moverse y, al separarse los diferentes grupos, el aparente enredo se desenmarañó.

Recorrieron el corto tramo, calzada de Jehannah adelante, y se aproximaron al campo donde estaba instalado el pabellón. Los Capas Blancas se encontraban allí; en formación. Al parecer ellos también habían llevado a todo su ejército. Iba a ser una tarde de mucha tensión.

Gaul corría al lado del caballo de Perrin y no parecía preocupado ni se había velado el rostro. Faile sabía que el Aiel consideraba honorable que Perrin acudiera al juicio. Perrin podía defenderse o admitir que tenía *toh* y aceptar el veredicto. Un Aiel acudiría voluntariamente a su ejecución para cumplir con su *toh*.

Cabalgaron hacia el pabellón. Se había colocado un sillón sobre una plataforma baja, en el lado norte, de espaldas al lejano bosque de cedros. Morgase se encontraba sentada en ese sillón; su aspecto era el de una reina de la cabeza a los pies, con un atuendo rojo y oro que Galad debía de haber encontrado para ella.

«¿Cómo es posible que haya podido tomarla por una simple doncella de una dama?», se reprochó Faile. Se habían colocado sillas delante de Morgase, y los Capas Blancas ocupaban la mitad. Galad estaba de pie junto al improvisado asiento de juez. Cada mechón del cabello, en su sitio; el uniforme sin mácula; la capa cayendo en pliegues a la espalda.

Faile miró hacia un lado y pilló a Berelain con la mirada prendida en Galad, sonrojada; casi parecía... ávida. En ningún momento había renunciado a sus intentos de convencer a Perrin para que le permitiera ir a hacer las paces con los Capas Blancas.

—Galad Damodred —dijo Perrin, que desmontó delante del pabellón. Faile desmontó también y caminó a su lado—. Quiero que me prometas una cosa antes de que esto empiece.

—¿Y qué promesa es ésa? —respondió el joven comandante desde dentro de la

tienda abierta por los costados.

—Jura que no permitirás que esto acabe en una batalla.

—Podría prometerlo; pero, por supuesto, tendrías que prometerme tu a su vez que no vas a huir si la sentencia fuera condenatoria.

Perrin guardó silencio y apoyó la mano en el martillo.

—Ya veo. No estás dispuesto a prometerlo —dijo Galad—. Te di esta oportunidad porque mi madre me ha persuadido de que debemos dejarte hablar en tu defensa. Pero antes prefiero morir que permitir que un hombre que ha asesinado Hijos se vaya sin ponerle obstáculos. Si no quieres que esto desemboque en una batalla, Perrin Aybara, entonces presenta bien tu defensa. O eso, o acepta el castigo.

Faile miró a su esposo; tenía el entrecejo fruncido. Daba la impresión de que iba a hacer la promesa requerida, y Faile le puso la mano en el brazo.

—Debería hacerlo —le dijo él en voz baja—. ¿Cómo va a estar un hombre por encima de la ley, Faile? Maté a esos tipos en Andor cuando Morgase era reina. Debería atenerme a su fallo.

—¿Y tu deber con la gente de tu ejército? —le preguntó—. ¿Y tu deber para con Rand y la Última Batalla? ¿Y tu deber conmigo?

Perrin vaciló y después asintió con la cabeza.

—Tienes razón—. Después, en voz más alta, añadió—: Empecemos con esto.

Perrin entró en el pabellón, seguido de inmediato por Neald, Dannil y Grady. La presencia de esos hombres hacía que se sintiera un cobarde; la actitud de los tres y de Faile ponía de manifiesto que no estaban dispuestos a permitir que lo prendieran. ¿Qué era un juicio si él no se sometía al fallo? Una mera parodia. Los Capas Blancas observaban en tensión, con los oficiales de pie a la sombra del pabellón y el ejército en atención. Por las apariencias, no tenían intención de retirarse durante el proceso. La respuesta del ejército de Perrin —más numeroso, pero menos ordenado— fue quedarse en el lado opuesto a los Capas Blancas, a la expectativa. Perrin hizo un gesto con la cabeza, y Rowan Hurn se alejó para comprobar que Galad había liberado a los cautivos.

Perrin caminó hasta la cabecera del pabellón y se paró delante de la tarima donde descansaba el sillón de Morgase; Faile se puso a su lado. Había sillas para ellos y se sentaron junto al estrado de Morgase, unos cuantos pasos a su izquierda. A su derecha, la gente reunida para presenciar el juicio. A su espalda, su ejército. Faile olía a recelo.

Entraron otras personas y ocuparon las sillas; Berelain y Alliandre se instalaron con sus guardias, cerca de él; las Aes Sedai y las Sabias se pusieron detrás, contrarias a tomar asiento. Las últimas sillas las ocuparon unos cuantos hombres de Dos Ríos y algunos de los otrora refugiados de más rango. Los oficiales Capas Blancas, con

Bornhald y Byar delante, estaban sentados enfrente, de cara a Faile y Perrin.

En total había unas treinta sillas que casi con seguridad procedían de las carretas de suministros de Perrin, de las que se habían apropiado los Capas Blancas.

—Perrin —empezó Morgase desde su asiento—, ¿estás seguro de querer seguir adelante con esto?

—Lo estoy.

—Muy bien —dijo, el gesto impasible, aunque olía a sentirse indecisa—. Doy comienzo a este juicio de manera oficial. El acusado es Perrin Aybara, conocido por Perrin Ojos Dorados. —Vaciló antes de añadir—: Señor de Dos Ríos. Galad, puedes presentar los cargos.

—Son tres —dijo Galad, que se puso de pie—. Los dos primeros son por el asesinato del Hijo Lathin y el asesinato de Hijo Yamwick. Aybara también está acusado de ser Amigo Siniestro y de conducir a los trollocs hasta Dos Ríos.

Se alzaron rumores iracundos entre los hombres de Dos Ríos al pronunciar el último cargo. Los trollocs habían matado a la familia de Perrin.

—El último cargo no se puede sustentar aún, ya que a mis hombres se los obligó a abandonar Dos Ríos antes de que obtuvieran pruebas. En cuanto a los dos primeros cargos, Aybara ya ha admitido su culpabilidad.

—¿Es cierto eso, lord Aybara? —preguntó Morgase.

—En cuanto a si maté a esos hombres, sí —respondió Perrin—. Pero no fue un asesinato.

—En tal caso, será esa diferenciación de los planteamientos lo que juzgará este tribunal —anunció Morgase con solemnidad—. Empecemos con el sumario.

Morgase era una persona distinta por completo de Maighdin. ¿Sería así como la gente esperaba que él actuara cuando acudían a pedirle que arbitrara un conflicto? Tenía que admitir que Morgase daba al procedimiento la formalidad requerida. Después de todo, el juicio se celebraba en una tienda de campaña grande, en medio del campo, con el sillón del tribunal encaramado encima de lo que parecía ser un pequeño montón de cajas tapadas con una alfombrilla.

—Galad, que tus hombres relaten su versión de lo ocurrido —ordenó Morgase.

Galad hizo una seña con la cabeza a Byar, que se puso de pie, así como otro Capa Blanca —un hombre joven con el cráneo pelado del todo— que se adelantó para unirse a él. Bornhald permaneció sentado.

—Excelencia —dijo Byar—, el hecho ocurrió hace unos dos años, en primavera. Una primavera inusualmente fría, según recuerdo. Volvíamos de ocuparnos de un asunto importante siguiendo órdenes del capitán general, y cruzábamos la agreste zona central de Andor. Íbamos a acampar para pasar la noche en un stedding Ogier abandonado, al pie de lo que otrora fue una enorme estatua. La clase de sitio que cualquiera presumiría que era seguro.

Perrin recordaba esa noche. Se encontraba al borde de un estanque de agua limpia; soplaba un frío viento del este que le agitaba la capa. Recordaba el sol hundiéndose en silencio por el oeste. Recordaba contemplar con fijeza la superficie del estanque, rizada por el aire, a la luz evanescente del ocaso, sosteniendo el hacha en las manos. La maldita hacha. Debería haberla arrojado al agua en aquel momento, pero Elyas lo había persuadido de que debía conservarla.

—Cuando llegamos —prosiguió Byar—, descubrimos que allí había estado acampado alguien hacía poco. Eso nos preocupó; hay muy poca gente que conozca la existencia del stedding. Llegamos a la conclusión, por haber sólo un agujero de fogata, de que los misteriosos viajeros no eran muchos.

Hablaba con voz precisa, describiendo la escena de forma metódica.

Pero no era así como Perrin recordaba aquella noche, no. Recordaba el siseo de las llamas y las chispas saltando con violencia en el aire cuando Elyas vertió el contenido del hervidor de té en la lumbre. Recordaba una proyección urgente de los lobos que le llegó a la mente, aturdiéndolo.

El recelo de los lobos ocasionó que le resultara difícil separarse de ellos.

Recordaba el olor a miedo de Egwene, la forma atropellada con que él ensilló a Bela y apretó la cincha. Y recordaba a cientos de hombres que irradiaban un olor dañino. Como el de los Capas Blancas que había en el pabellón ahora. Como un perro rabioso que lanzaría dentelladas a cualquier cosa que tuviera a su alcance.

—El capitán estaba preocupado —continuó Byar.

Era obvio que evitaba mencionar el nombre del capitán, tal vez para no alterar a Bornhald. El joven Capa Blanca permanecía inmóvil, casi sin pestañear, sin apartar los ojos de Byar, como si temiera ser incapaz de controlarse si miraba a Perrin.

—Pensamos que quizás el campamento lo habían utilizado bandidos. ¿Quién más apagaría una hoguera y desaparecería porque se acercaban otros viajeros? Y fue entonces cuando vimos al primer lobo.

Escondidos, respirando entre jadeos, con Egwene agazapada a su lado en la oscuridad. El olor del humo de la fogata prendido en la ropa de ambos. La respiración de Bela en la oscuridad. Los confines protectores de una inmensa mano de piedra, la de la estatua de Artur Hawkwing, que se había quebrado largo tiempo atrás.

Moteado, furioso y preocupado. Imágenes de hombres de blanco con antorchas encendidas. Viento, correr entre los árboles.

—El capitán creía que los lobos eran una mala señal. Todo el mundo sabe que sirven al Oscuro. Nos mandó a explorar. Mi grupo buscó por el este, por las formaciones rocosas y los fragmentos de la gigantesca estatua rota.

Dolor. Hombres que gritaban.

Perrin, ¿bailarás conmigo el Día Solar, si hemos regresado a casa para entonces?

—Los lobos nos atacaron —continuó Byar, cuya voz se endureció—. Era

evidente que no eran animales corrientes. Demasiada coordinación en sus ataques. Parecía haberlos a docenas, moviéndose entre las sombras. Y entre ellos había hombres que golpeaban y mataban a nuestras monturas.

Perrin lo había presenciado con dos tipos de pares de ojos. Los suyos, desde la alta posición de la mano de piedra, y los de los lobos, que lo único que querían era que los dejaran en paz. Poco antes habían salido malparados por el ataque de una bandada numerosísima de cuervos. Lo que intentaban era ahuyentar a los hombres. Asustarlos.

Cuánto miedo. Tanto el de los hombres como el de los lobos. Era lo que había prevalecido esa noche, lo que había controlado a ambos bandos. Recordaba haber luchado para seguir siendo él mismo, confuso, aturdido por las proyecciones.

—Fue una noche muy larga —dijo Byar, ahora en voz más baja, aunque rebosante de rabia—. Pasamos por una ladera que tenía una enorme roca plana en lo alto del promontorio y el Hijo Lathin dijo que creía haber visto algo en las sombras, allá arriba. Nos paramos y sostuvimos las antorchas en alto. Vimos las patas de un caballo debajo del saliente rocoso. Le hice un gesto de asentimiento a Lathin, que se adelantó para ordenar a quienquiera que estuviera allí que bajara para identificarse.

»Bien, pues, ese hombre, Aybara, salió de la oscuridad con una joven. Empuñaba un hacha de aspecto peligroso y se dirigió con calma hacia Lathin, haciendo caso omiso de la lanza que le apuntaba al pecho. Y entonces...

Y entonces los lobos entraron en liza. Fue la primera vez que le ocurrió aquello. Las proyecciones de los lobos eran tan fuertes que Perrin dejó de ser él mismo. Recordaba apretar la garganta de Lathin con los dientes, sentir la cálida sangre al desbordársele en la boca, como si hubiese mordido una fruta. Ese recuerdo era de Saltador, pero no podía separarse a sí mismo del lobo durante los instantes de esa lucha.

—¿Y entonces? —apremió Morgase.

—Y entonces hubo una lucha —contestó Byar—. Los lobos salieron de un salto de las sombras y Aybara nos atacó. No se movía como un hombre, sino como una bestia, y gruñía. Lo redujimos y matamos a uno de los lobos, pero no logramos hacerlo antes de que Aybara se las arreglara para matar a dos de los Hijos.

Byar se sentó. Morgase no hizo preguntas y se volvió hacia el otro Capa Blanca que se encontraba junto a Byar.

—Tengo poco más que añadir —dijo el hombre—. Estaba allí y recuerdo lo ocurrido exactamente igual. Quiero señalar que cuando prendimos a Aybara ya se lo juzgó culpable. Ibamos a...

—Esa sentencia no le concierne a este tribunal —lo interrumpió Morgase con frialdad.

—Bien, pues, permitid que mi voz sea el testimonio de un segundo testigo. Yo

también lo presencié todo. —El Capa Blanca calvo se sentó.

—Podéis hablar —invitó Morgase, que se había vuelto hacia Perrin.

Perrin se puso de pie muy despacio.

—Lo que esos dos hombres han contado es verdad, Excelencia. Así fue como ocurrió, más o menos —manifestó.

—¿Más o menos? —inquirió Morgase.

—Lo ha relatado casi como ocurrió.

—El veredicto de vuestra culpabilidad o inocencia depende de ese "casi" del testimonio del testigo, lord Aybara. Es un matiz por el que se os juzgará, lo que inclinará el fiel de la balanza.

—Sí, es cierto —admitió Perrin, que asintió con la cabeza—. Decidme una cosa, Excelencia. Cuando juzgáis a alguien así, ¿tratáis de comprender las diferentes partes del todo?

—¿Qué? —preguntó ella, con el entrecejo fruncido.

—Mi maestro, el hombre que me instruyó en el oficio de herrero, me enseñó una lección muy importante: para crear algo, tienes que entenderlo, y para entender algo, tienes que saber de qué está hecho.

Una fresca brisa sopló a través del pabellón y agitó las capas. Era muy acorde con los quedos sonidos de la pradera: hombres con armadura que se rebullían, caballos que pateaban el suelo, toses y algunos cuchicheos aislados que surgían conforme se transmitía lo que él decía por las filas de hombres.

—He descubierto algo recientemente —continuó Perrin—. Los hombres están hechos de un montón de partes diferentes. Lo que son depende de la situación en que se los pone. Estoy involucrado en la muerte de esos dos hombres; pero, para entenderlo, tenéis que entender las partes de las que estoy hecho.

Buscó los ojos de Galad. El joven capitán general permanecía erguido, recta la espalda, las manos enlazadas atrás. Ojalá hubiera podido captar a qué olía. Perrin volvió la atención hacia Morgase.

—Puedo hablar con los lobos. Oigo sus voces dentro de mi cabeza. Sé que parece la admisión de un demente, pero sospecho que a mucha gente de mi campamento no le sorprenderá. Con el tiempo, podría probároslo con la cooperación de algunos lobos de la zona.

—Eso no será necesario —dijo Morgase.

Olía a temor. Los susurros en los ejércitos subieron de tono. Captó el olor de Faile. Preocupación.

—Es algo para lo que tengo capacidad —continuó—. Es una parte de mí, igual que lo es saber forjar el hierro. Igual que lo es liderar hombres. Si vais a juzgarme y a dictar sentencia por ello, deberíais comprenderlo.

—Estás cavando tu propia tumba, Aybara —dijo Bornhald, que se puso de pie

para señalarlo—. ¡Nuestro capitán general dijo que no podía probar que eras un Amigo Siniestro y tú mismo has resuelto el caso a nuestro favor!

—Esto no me convierte en Amigo Siniestro.

—Es propósito de este tribunal no juzgar tal alegación —dijo Morgase con firmeza—. Se decidirá la culpabilidad de Aybara en las muertes de esos dos hombres y nada más. Podéis sentaros, Hijo Bornhald.

El aludido obedeció con gesto iracundo.

—Aún he de oír lo que tenéis que alegar en vuestra defensa, lord Aybara —manifestó Morgase.

—La razón de que os haya dicho qué soy, lo que hago, es para demostrar que los lobos son amigos míos. —Respiró hondo antes de continuar—. Esa noche en Andor... fue terrible, como ha explicado Byar. Estábamos asustados, todos nosotros. Los Capas Blancas tenían miedo de los lobos, los lobos lo tenían del fuego y de los gestos amenazadores que los hombres hacían, y yo estaba simple y llanamente aterrado del mundo que me rodeaba. Nunca había salido de Dos Ríos y no entendía por qué oía a los lobos dentro de mi cabeza.

»En fin, todo esto no es una excusa ni es mi intención que lo sea. Maté a esos hombres, pero ellos atacaron a mis amigos. Cuando los hombres fueron a cazar pieles de lobos, los lobos se defendieron. —Hizo un alto. Tenían que oír toda la verdad—. Para ser sincero, Excelencia, no era dueño de mí mismo. Estaba dispuesto a entregarme, pero con las voces de los lobos en mi cabeza... Sentí su dolor. Y entonces los Capas Blancas mataron a un buen amigo, y tuve que luchar. Haría lo mismo para proteger a un granjero acosado por soldados.

—¡Eres una criatura de la Sombra! —gritó Bornhald, que volvió a levantarse—. ¡Tus mentiras son un insulto para los muertos!

Perrin se volvió hacia el hombre y le sostuvo la mirada. El silencio se adueñó de la tienda, y Perrin olió la tensión que había en el aire.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que algunos hombres son diferentes de ti, Bornhald? ¿Alguna vez has intentado imaginar lo que sentirías si fueras otra persona? Si pudieras ver a través de estos ojos míos, el mundo te parecería un lugar distinto.

Bornhald abrió la boca, quizá para barbotar otro insulto, pero se lamió los labios como si se le hubieran quedado secos.

—Mataste a mi padre —afirmó por último.

—Se había hecho sonar el Cuerno de Valere —dijo Perrin—. El Dragón Renacido combatía con Ishamael en el cielo. Los ejércitos de los descendientes de Artur Hawkwing habían regresado a aquellas costas para dominar el continente. Sí, yo estaba en Falme. Cabalgué a la batalla al lado de los héroes del Cuerno, al lado del mismísimo Hawkwing, y luché contra los seanchan. Luché en el mismo bando que tu padre, Bornhald. Dije que era un buen hombre, y lo repito. Cargó con bravura. Murió

con bravura.

Los presentes estaban tan inmóviles que parecían estatuas. No se movía ni una sola persona. Bornhald abrió la boca para objetar de nuevo, pero la cerró.

—Te juro por la Luz y mi esperanza de salvación y renacimiento que no maté a tu padre ni tuve nada que ver con su muerte.

Bornhald lo miró a los ojos y pareció estar atribulado.

—No lo escuches, Dain —intervino Byar. Su efluvio era fuerte, mucho más que cualquier otro de los que estaban en el pabellón. Frenético. Como carne podrida—. Mató a tu padre.

Galad permanecía inmóvil, observando el intercambio.

—Nunca he entendido cómo sabíais eso, Hijo Byar —dijo entonces—. ¿Qué viste? Tal vez tendría que ser esto lo que habríamos de clarificar en el juicio que estamos celebrando.

—No es lo que vi, milord capitán, sino lo que sé —repuso Byar—. ¡Cómo, si no, podría explicarse que él sobreviviera mientras que la legión no lo hizo! Tu padre era un guerrero valiente, Bornhald. ¡Jamás habría caído ante los seanchan!

—Eso es una necedad —dijo Galad—. Los seanchan nos han derrotado una y otra vez. Incluso un buen guerrero puede caer en batalla.

—Vi a Ojos Dorados allí —replicó Byar, gesticulando para señalar a Perrin—. ¡Luchando junto con las apariciones fantasmales! ¡Criaturas malignas!

—Los héroes del Cuerno, Byar —puntualizó Perrin—. ¿Es que no eres capaz de entender que luchábamos en el mismo bando que vosotros?

—Eso es lo que parecía que hacías —replicó el otro hombre, enloquecido—. Igual que parecía que defendías a la gente de Dos Ríos. ¡Pero yo vi tus intenciones, vi cómo eras en realidad, Engendro de la Sombra! ¡Te descubrí en el instante en que te vi!

—¿Y fue por eso por lo que me dijiste que huyera? —preguntó Perrin en voz queda—. Cuando estaba confinado en la tienda de lord Bornhald, a raíz de mi captura. Me diste una roca con cantos afilados para que cortara las ataduras y me dijiste que si huía nadie me perseguiría.

Byar se quedó paralizado. Parecía haber olvidado tal episodio hasta ese momento.

—Querías que intentara huir para poder matarme —continuó Perrin—. Deseabas vernos muertos a Egwene y a mí. Lo deseabas con todas tus fuerzas.

—¿Es eso cierto, Hijo Byar? —preguntó Galad.

—Por sup... Por supuesto que no. Yo... —balbuceó.

De repente giró sobre sus talones y miró a Morgase, sentada en la sencilla tribuna.

—¡No es a mí a quien se está enjuiciando, sino a él! Ya habéis oído la versión de ambas partes. ¿Qué vais a responder? ¡Juzgad, mujer!

—No deberías hablar así a mi madre —advirtió Galad sin alzar la voz.

Mantenía el semblante impasible, pero Perrin percibía en él un efluvio peligroso. Bornhald, que parecía muy atribulado, se sentó y apoyó la cabeza en la mano.

—No, está bien —dijo Morgase—. Tiene razón. Estamos juzgando a Perrin Aybara.

Apartó la mirada de Byar para posarla en Perrin, que se la sostuvo con tranquilidad. Morgase olía... como si sintiera curiosidad sobre algo.

—Lord Aybara, ¿creéis haber dicho cuanto habíais de decir en vuestro descargo?

—Luché para proteger a mis amigos y protegerme a mí mismo —respondió Perrin—. Los Capas Blancas no tenían autoridad para actuar como lo hicieron, dándonos órdenes, amenazándonos. Imagino que conocéis tan bien como cualquiera su reputación. Teníamos buenas razones para recelar de ellos y desobedecer sus órdenes. No fue un asesinato. Sólo me defendí.

—De acuerdo —asintió Morgase con la cabeza—. Entonces, daré mi veredicto.

—¿Y qué pasa con otras personas que hablen a favor de Perrin? —demandó Faile, que se puso de pie.

—Eso no será necesario, lady Faile —repuso Morgase—. Que yo sepa, la única persona que también estaba presente y a la que podríamos preguntar sería Egwene al'Vere, que no parece encontrarse a una distancia razonable del lugar de la celebración de este juicio.

—Pero...

—Basta —la interrumpió Morgase, cuya voz se tornó fría—. Podríamos tener a una docena de Hijos que lo calificaran de Amigo Siniestro y a dos docenas de sus seguidores alabando sus virtudes. Ni unos ni otros serían testigos válidos para esta causa. Hablamos de hechos específicos acaecidos en un día específico.

Faile guardó silencio, aunque su olor proclamaba que estaba furiosa.

Enlazó el brazo al de Perrin, sin volver a sentarse. Y él se sintió... pesaroso. Había expuesto la verdad, pero no estaba satisfecho.

No había querido matar a esos Capas Blancas, pero lo había hecho.

Y lo había ejecutado cegado por el frenesí, descontrolado. Podría culpar a los lobos, podría culpar a los Capas Blancas, pero la pura verdad era que había perdido el control. Cuando se despertó al día siguiente apenas recordaba lo que había hecho.

—Sabes mi veredicto, Perrin. Lo veo en tus ojos —dijo Morgase.

—Haced lo que tengáis que hacer —dijo él.

—Perrin Aybara, te declaro culpable.

—¡No! —gritó Faile—. ¡Cómo os atrevéis! ¡Os acogió y os tomó bajo su protección!

Perrin le puso una mano en el hombro a su mujer. Había notado que, en un acto reflejo, había llevado la mano a la manga en busca de los cuchillos que guardaba allí.

—Esto no tiene nada que ver con lo que opino personalmente de Perrin —dijo

Morgase—. Éste es un juicio según la ley andoreña. Bien, pues, la ley es muy clara. Perrin pudo sentir que los lobos eran sus amigos, y es cierto que la ley establece que el perro o el ganado de un hombre tienen su valor. Matarlos es ilegal, pero matar a un hombre en represalia lo es más. Puedo citar los códigos de la ley si lo deseáis.

El pabellón estaba en silencio. Neald se había incorporado a medias de la silla, pero Perrin lo miró a los ojos e hizo un gesto negativo con la cabeza. Las Aes Sedai y las Sabias mantenían el gesto impasible. Berelain parecía resignada, y la rubia Alliandre se había llevado una mano a la boca.

Dannil y Azi al'Thone se acercaron a Perrin y a Faile, y Perrin no los obligó a retroceder.

—¿Qué importa eso? —demandó Byar—. ¡No va a acatar la condena!

Otros Capas Blancas se pusieron de pie, y en esta ocasión Perrin no consiguió que volvieran a sentarse todos los que se levantaron en su lado.

—Todavía no he dictado sentencia —puntualizó Morgase con sequedad.

—¿Y qué otra sentencia puede haber? —inquirió Byar—. Dijisteis que es culpable.

—Sí, aunque creo que hay otras circunstancias relevantes para la sentencia.

Seguía teniendo el gesto duro y olía a determinación. ¿Qué estaba haciendo?

—La fuerza de los Capas Blancas era un grupo militar no autorizado dentro de las fronteras de mi reino —continuó Morgase—. A la luz de tal hecho, aunque declare culpable a Perrin de matar a vuestros hombres, dicto que el incidente queda sujeto al protocolo Kainec.

—¿Es ese protocolo la ley por la que se rigen los mercenarios? —preguntó Galad.

—En efecto.

—¿Qué es eso? —quiso saber Perrin, y Galad se volvió hacia él.

—Ha dictaminado que nuestro pleito fue una contienda entre grupos mercenarios desocupados. Esencialmente, la resolución declara que no hay inocentes en el enfrentamiento y, en consecuencia, no se te acusa de asesinato. En cambio, has matado de forma ilegal.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Dannil, fruncido el entrecejo.

—Una que es semántica —contestó Galad, que seguía con las manos enlazadas a la espalda. Perrin percibió que el efluvio del joven capitán general era de curiosidad —. Sí, es un buen dictamen, madre, pero el castigo sigue siendo la muerte, creo.

—Puede serlo —respondió Morgase—. El código de ese protocolo es mucho más indulgente, dependiendo de las circunstancias.

—Entonces, ¿cuál es vuestro fallo? —preguntó Perrin.

—Yo no lo dictaré —contestó Morgase—. Galad, tú eres el comandante de los hombres que murieron o, al menos, el que tenemos a nuestra disposición. Te paso a ti la responsabilidad de dictar sentencia. Yo he dado la resolución y las interpretaciones

legales. Tú decides el castigo.

Las miradas de Galad y Perrin se trabaron a través del pabellón.

—Entiendo —dijo Galad—. Una extraña elección, Excelencia. Aybara, he de preguntártelo otra vez. ¿Te someterás a las decisiones de este juicio cuya celebración tú mismo sugeriste? ¿O todo esto habrá de resolverse con un conflicto armado?

A su lado, Faile se puso tensa. Perrin oía a su ejército moviéndose detrás de él; los hombres soltaban los fiadores que sujetaban las espadas en las vainas mientras intercambiaban murmullos, y entre ellos se corrió la voz como un sordo zumbido.

«Lord Perrin declarado culpable. Van a intentar prenderlo. No se lo permitiremos, ¿verdad que no?»

Los efluvios acres a miedo y a cólera se mezclaron en el pabellón, con ambos bandos intercambiando miradas furibundas. Y, por encima de todo eso, Perrin olía esa... iniquidad que flotaba en el aire.

«¿Voy a seguir huyendo? —pensó—. ¿Acosado por lo que ocurrió aquel día?» Con los *ta'veren* no existían las coincidencias. ¿Por qué el Entramado lo había conducido hasta allí para que se enfrentara a las pesadillas del pasado?

—Me someteré a él, Damodred —dijo.

—¿Qué? —exclamó Faile.

—Pero —añadió Perrin, que levantó un dedo— sólo si prometes retrasar el cumplimiento de ese castigo hasta después de que haya cumplido con mi deber en la Última Batalla.

—¿Dices que aceptarás la sentencia después de la Última Batalla? —inquirió Bornhald, con un dejo de perplejidad—. ¿Después de lo que puede ser el fin del propio mundo? ¿Después de que hayas tenido tiempo de huir y, quizá, de traicionarnos? ¿Qué clase de promesa es ésa?

—La única que puedo hacer —repuso Perrin—. Ignoro lo que nos depara el futuro o si tendremos un futuro. Pero estamos luchando para sobrevivir. Quizá para que el mismo mundo sobreviva. Ante algo así, el resto de los intereses y preocupaciones son cosas secundarias. Ése es el único modo en que me someteré a una sentencia.

—¿Y quién nos asegura que mantendrás tu palabra? —preguntó Galad—. Mis hombres te llaman Engendro de la Sombra.

—Me he presentado aquí, ¿verdad?

—Porque teníamos cautivos a los tuyos.

—Ah. ¿Y es que a un Engendro de la Sombra le importaría eso un comino? —preguntó Perrin.

Galad vaciló.

—Lo juro por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento —repitió Perrin—. Lo juro por mi amor a Faile y por el nombre de mi padre. Tendrás tu

oportunidad, Galad Damodred. Si tú y yo sobrevivimos hasta el final de lo que se avecina, me someteré a tu autoridad.

Galad lo estudió con intensidad y después asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo.

—¡No! —gritó Byar—. ¡Es un desatino!

—Nos marchamos, Hijo Byar —ordenó Galad, que se encaminó hacia el costado abierto del pabellón—. He tomado una decisión. Madre, ¿me acompañas?

—Lo lamento, Galad, pero no —contestó Morgase—. Aybara regresa a Andor y he de ir con él.

—Como gustes. —Galad echó a andar de nuevo.

—Espera —pidió Perrin—. No has dicho cuál será el castigo que dictarás una vez que me ponga en tus manos.

—No, no lo he dicho —respondió Galad sin dejar de caminar.

CAPÍTULO 35

Lo correcto

—Has entendido lo que tenéis que hacer? —preguntó Egwene.

Siuan asintió con la cabeza. Las dos se dirigían hacia los aposentos de la Amyrlin en la Torre Blanca.

—Si aparecen, no os dejéis arrastrar a una pelea —añadió Egwene.

—No somos unas crías, madre —repuso Siuan con sequedad.

—No, sois Aes Sedai, lo cual significa que se os da igual de mal seguir instrucciones.

Siuan le lanzó una mirada adusta y Egwene lamentó lo que había dicho, porque no venía a cuento. Tenía los nervios de punta e hizo un esfuerzo para recobrar la calma.

Había probado con varios señuelos para engatusar a Mesaana y hacerla salir de su escondrijo; pero, de momento, la Renegada no había mordido el anzuelo, ni siquiera lo había rozado. Egwene habría jurado que casi "sentía" a esa mujer observándola en el *Tel'aran'rhiod*. Yukiri y su grupo habían llegado a un punto muerto.

Albergaba la esperanza de que la reunión de esa noche cambiara las cosas. Tenían que atraerla. Casi no le quedaba tiempo; los monarcas a los que había persuadido de que la secundaran ya se habían puesto en movimiento, y las fuerzas de Rand se estaban agrupando.

Esta noche. Tenía que ocurrir esta noche.

—Ve —ordenó—. Habla con las otras. No quiero que haya ningún error estúpido.

—Sí, madre —rezongó Siuan, que empezó a alejarse.

—Siuan —llamó Egwene.

La antigua Amyrlin se paró.

—Ve con cuidado esta noche. No quiero perderte —dijo Egwene.

A menudo, Siuan reaccionaba con brusquedad a ese tipo de consideración, pero en esta ocasión sonrió. Egwene sacudió la cabeza y se dirigió a paso vivo a sus aposentos, donde encontró a Silviana esperando.

—¿Y Gawyn? —le preguntó a la Guardiana.

—No ha habido noticias suyas —contestó Silviana—. Esta tarde envié un mensajero, pero no ha regresado. Sospecho que Gawyn demora la respuesta para hacerse valer.

—Lo que pasa es que es muy terco —comentó Egwene.

Se sentía indefensa sin él, lo cual era sorprendente por lo demás. Le había ordenado con toda claridad que no se acercara a su puerta, ¿y ahora se preocupaba

porque no estuviera allí?

—Duplica la guardia, Silviana, y asegúrate de que haya soldados apostados cerca de mis aposentos. Si saltan las salvaguardias que pondré, meterán mucho ruido.

—Sí, madre.

—Y envía a Gawyn otro mensaje. Uno redactado con un poco más de cortesía. Pídele que vuelva, no se lo ordenes.

Conociendo la opinión que tenía Silviana de Gawyn, Egwene estaba segura de que la primera carta había sido brusca.

Dicho esto, Egwene respiró hondo, entró en sus aposentos, comprobó las salvaguardias y se preparó para dormir.

"No debería sentirme tan exhausto —pensó Perrin mientras bajaba de la silla de *Brioso*—. Lo único que he hecho ha sido hablar.”

Ese juicio era como cargar con un peso muerto. Y por lo visto producía el mismo efecto en todo el ejército. Perrin había observado a los hombres mientras cabalgaban de regreso al campamento. Morgase también iba con ellos, sola. Faile no le había quitado la vista de encima a la mujer en todo el camino, oliendo a cólera, pero sin pronunciar palabra, mientras que Alliandre y Berelain habían mantenido las distancias.

Morgase lo había condenado, pero, para ser sincero, no le importaba mucho. Él había neutralizado la amenaza de los Capas Blancas; ahora tenía que conducir a los suyos a un lugar seguro. Morgase atravesó el campamento a caballo buscando a Lini y a maese Gill. Habían llegado sanos y salvos con todos los demás cautivos, como Galad Damodred había prometido. Lo sorprendente era que el capitán general también había devuelto los suministros y las carretas.

Así pues, el juicio era una victoria, aunque sus hombres no parecían verlo del mismo modo. Los soldados se dividieron en grupos que se dispersaron por el campamento. Casi no se oían conversaciones.

Gaul, que estaba a su lado, meneó la cabeza.

—Dos puntas plateadas —dijo el Aiel.

—¿Qué es eso? —preguntó Perrin, que tendió las riendas de *Brioso* a un mozo de cuadra.

—Un dicho. —Gaul miró al cielo—. Dos puntas de plata. Dos veces hemos ido a la batalla y no hemos encontrado enemigos. Una vez más, y nuestro honor disminuirá.

—Mejor no encontrar enemigos, Gaul —adujo Perrin—. Mejor no derramar sangre.

—No digo que quiera que el sueño acabe, Perrin Aybara —repuso riendo el Aiel —. Pero mira a tus hombres. Ellos sienten lo que yo digo en voz alta. No se debe

danzar las lanzas sin un propósito, pero tampoco se puede pedir con demasiada frecuencia que los hombres se preparen para morir y después no darles ocasión de combatir contra nadie.

—Lo haré tantas veces como lo crea oportuno si con ello evito una batalla —rezongó Perrin—. Yo...

Sonaron los cascos de un caballo, y el viento le trajo el aroma de Faile cuando se volvió hacia allí.

—En efecto, Perrin Aybara, una batalla evitada. Y otra en puertas —dijo Gaul—. Que encuentres agua y sombra.

El Aiel se marchó al trote justo cuando Faile desmontaba. Perrin respiró hondo.

—Muy bien, esposo, vas a explicarme qué diantres crees que estás haciendo —empezó Faile antes de llegar donde se encontraba él—. ¿Vas a permitir que ese hombre te imponga el castigo? ¡No tenía la impresión de haberme casado con un necio!

—¡No soy necio, mujer! —le replicó a voz en cuello—. No dejas de repetirme que he de dirigir a la gente. ¡Bien, pues, hoy he seguido tu consejo!

—Lo seguiste, sí. Y tomaste una mala decisión.

—¡No había ninguna decisión que fuera buena!

—Podrías haber dejado que nos enfrentáramos a ellos.

—Se proponen combatir en la Última Batalla —dijo Perrin—. Cada Capa Blanca que hubiésemos matado habría sido un hombre menos para luchar contra el Oscuro. Mis hombres, los Capas Blancas, yo... ¡Ninguno de nosotros tiene importancia en comparación con lo que se avecina! Tienen que seguir vivos, al igual que nosotros. ¡Y éste es el único modo!

Luz, qué mal se sentía por gritarle a su mujer. Sin embargo, resultó que los gritos atemperaron el genio a Faile. Lo más chocante fue que los soldados que se encontraban cerca empezaron a asentir con la cabeza, como si no se hubiesen dado cuenta de la verdad hasta que él la proclamó a voces.

—Quiero que te encargues de dirigir la retirada —le dijo a Faile—. La trampa no ha saltado todavía, pero tengo un comecome que crece con cada segundo que pasa. Algo o alguien nos vigila. Nos han privado de los accesos y se proponen vernos muertos. Ahora saben que no habrá combate con los Capas Blancas, lo que significa que atacarán pronto. Puede que esta noche o, si tenemos suerte, quizá lo retrasarán hasta mañana por la mañana.

—Esta discusión no se ha acabado todavía —lo previno Faile.

—Lo hecho, hecho está. No mires atrás.

—De acuerdo.

Todavía olía a enfadada y aún había un brillo fiero en esos hermosos ojos oscuros, pero su esposa supo contenerse.

—Voy a entrar en el Sueño del Lobo. —Miró hacia el borde del campamento, donde tenían su tienda—. O logro destruir esa cúpula o encuentro un modo de obligar a Verdugo a revelar cómo conseguir que Viajar vuelva a funcionar. Prepara a la gente para la marcha y que los Asha'man prueben a crear un acceso a intervalos, contando cien entre un intento y el siguiente. En cuanto funcione, saca a los nuestros de aquí.

—¿Dónde? ¿A Jehannah?

—Demasiado cerca —contestó Perrin, haciendo un gesto de negación—. Cabe la posibilidad de que el enemigo esté vigilando allí. A Andor. Llévalos a Caemlyn. Bien pensado, no. A Puente Blanco. Mantengámonos lejos de cualquier sitio al que esperarían que fuésemos. Además, no quiero aparecer con un ejército a la puerta de Elayne hasta que se lo haya advertido.

—Buen plan —estuvo de acuerdo Faile—. Si temes que se produzca un ataque, deberíamos mover el campamento de seguidores en primer lugar, en vez de desplazar al ejército a través de accesos y quedarnos desprotegidos.

—Sí, cierto —convino Perrin—. Pero que se pongan en marcha tan pronto como los accesos empiecen a funcionar otra vez.

—¿Y si no tienes éxito? —Faile empezaba a mostrar determinación.

Asustada, pero decidida.

—Si no he conseguido restablecer los accesos dentro de una hora, que emprendan camino hacia el punto del perímetro que descubrió Neald, donde funciona el Viaje. No creo que sirva de mucho, porque Verdugo se limitará a desplazar la cúpula para mantenerla sobre nosotros, pero se puede intentar.

Faile asintió con la cabeza, si bien olía a incertidumbre.

—Lo malo es que nos pillaría en marcha, en lugar de acampados, y sería mucho más fácil emboscarnos.

—Lo sé. Por eso no debo fracasar. Tengo que lograrlo.

Ella lo abrazó, con la cabeza apoyada en el pecho. Qué olor tan maravilloso. A Faile. Ésa era para él la definición de maravilloso.

—Has dicho que es más fuerte que tú —susurró su esposa.

—En efecto.

—¿Puedo hacer algo que te ayude a enfrentarte a él? —preguntó en voz queda.

—Si los proteges mientras estoy ausente, será una gran ayuda.

—¿Y qué pasa si te mata estando allí?

Perrin no contestó.

—¿No hay otra forma de hacerlo? —preguntó Faile.

La apartó un poco para mirarla.

—Faile, estoy bastante seguro de que él es lord Luc. Huelen diferente, pero también hay algo similar en ambos. Y, cuando herí a Verdugo en el Sueño del Lobo, Luc tenía la misma herida.

—¿Y se supone que eso me ayudará a sentirme mejor? —inquirió ella, que torció el gesto.

—Todo está volviendo al punto de partida. Acabamos con Malden y nos encontramos a tiro de piedra de los soldados Capas Blancas que quedan, con Byar y Bornhald entre ellos. Verdugo aparece de nuevo en el Sueño del Lobo. El hombre del que te hablé, Noam, el que estaba encerrado en una jaula, ¿recuerdas dónde lo encontré?

—Me contaste que ibais siguiendo la pista a Rand. A través de...

—Ghealdan —acabó Perrin por ella—. Ocurrió a menos de una semana de viaje a caballo desde aquí.

—Una extraña coincidencia, pero...

—No existen las coincidencias, Faile. Conmigo no. Estoy aquí por una razón, y él está aquí por una razón. He de afrontar este asunto.

Ella asintió con la cabeza; Perrin le soltó la mano y se encaminó hacia la tienda. Para que entrara en el Sueño del Lobo, las Sabias le habían dado una infúsión que lo haría dormir.

Había llegado el momento.

—¿Por qué lo habéis dejado marchar? —espetó Byar.

El hombre apretaba la empuñadura de la espada con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. El aire le agitaba la capa, que ondeaba a su espalda. Él, Bornhald y Galad caminaban por el centro de su campamento.

—Hice lo correcto —repuso Galad.

—¡Dejarlo libre no era lo correcto! —argumentó Byar—. No creeréis que va a...

—Hijo Byar —lo interrumpió Galad sin alzar la voz—. Tu actitud empieza a rayar en la insubordinación y eso me preocupa. A ti también debería preocuparte.

Byar cerró la boca y no dijo nada más, aunque Galad se daba cuenta de que le costaba trabajo y tenía que morderse la lengua para no hablar.

Detrás de Byar, Bornhald caminaba en silencio con aspecto de estar muy alterado.

—Creo que Aybara cumplirá su juramento —añadió Galad—. Y, si no lo hace, ahora tengo base jurídica para apresarlo y exigir su castigo. No es la solución ideal, pero lo que dijo tenía sentido. Creo que tenemos la Última Batalla a las puertas y, de ser así, es hora de que todos nos unamos contra la Sombra.

—Con todo mi respeto, milord capitán general, ese hombre es de la Sombra —replicó Byar, que consiguió controlar el tono de voz—. No luchará a nuestro lado, sino contra nosotros.

—Si eso es cierto, aún tendremos la ocasión de enfrentarnos a él en el campo de batalla. He tomado una decisión, Hijo Byar.

Harnesh salió al encuentro de los tres y saludó. Galad respondió con una ligera

inclinación de cabeza.

—Hijo Harnesh, da la orden de batir tiendas —le indicó Galad.

—¿A esta hora avanzada del día, mi capitán general? —se extrañó el hombre.

—Sí. Emprenderemos la marcha de noche y pondremos distancia entre Aybara y nosotros, por si acaso. Que se queden algunos exploradores para tener la certeza de que no va a seguirnos. Nos dirigimos a Lugard, donde reclutaremos gente y nos reabasteceremos, tras lo cual proseguiremos viaje a Andor.

—Sí, mi capitán general —respondió Harnesh.

Galad se volvió hacia Byar una vez que Harnesh se hubo marchado. El esquelético hombre —con una peligrosa expresión de resentimiento en los ojos hundidos— saludó y después se alejó a zancadas. Galad se paró en medio de las tiendas blancas, con las manos enlazadas a la espalda, y observó que los mensajeros transmitían sus órdenes por todo el campamento.

—Estás muy callado, Hijo Bornhald —dijo al cabo de unos instantes—. ¿Lo que he hecho te ha disgustado tanto como al Hijo Byar?

—No lo sé. Llevaba mucho tiempo convencido de que Aybara había matado a mi padre y, sin embargo, al ver cómo actúa Jaret, al recordar su descripción de los hechos... No hay evidencia. Me frustra admitirlo, Galad, pero no tengo pruebas. Sin embargo, sí mató a Lathin y a Yamwick. Mató Hijos, así que es un Amigo Siniestro.

—Yo también maté a uno de los Hijos. Y me acusaron de ser Amigo Siniestro por ello —adujo Galad.

—Eso es diferente.

Había algo que conturbaba a Bornhald, algo que se callaba.

—Sí, eso es cierto —dijo Galad—. No es que esté en contra de que Aybara tenga que recibir un castigo, pero los acontecimientos del día me han perturbado de un modo extraño.

Meneó la cabeza. Hallar respuestas debería ser fácil. Lo correcto siempre le llegaba a la mente. No obstante, cada vez que pensaba que había aprovechado la ocasión en cuanto al procedimiento correcto respecto a Aybara, le surgían inquietudes nada gratas. Le pareció oír de nuevo lo que le había dicho su madre...

La vida no es tan simple como lanzar una moneda al aire... Cara o cruz... Tus ingenuas ilusiones...

No le gustaba esa sensación. Ni pizca.

Perrin hizo una profunda inhalación. Las flores estaban abiertas en el Sueño del Lobo, aun cuando el cielo tempestuoso se agitaba plateado, negro y dorado. Qué incongruentes resultaban los olores... Pastel de cerezas horneándose. Excremento de caballo. Aceite y grasa. Jabón. Fuego de lumbre. Especias. Tomillo. Agrimonia. Un centenar de otras hierbas que no conocía.

Muy pocas encajaban en la pradera donde se encontraba. A propósito, no había aparecido en el lugar donde se hallaba el campamento en el Sueño del Lobo, porque eso lo habría situado muy cerca de Verdugo; demasiado.

Los aromas eran efímeros. Se desvanecían con excesiva rapidez, como si en realidad no hubieran estado nunca allí.

Saltador, proyectó.

Aquí estoy, Joven Toro. El lobo apareció a su lado.

—Huele raro.

Los efluvios se mezclan, transmitió el lobo. *Como las aguas de un millar de arroyos. No es natural. No es bueno. Este sitio empieza a quebrarse.*

Perrin asintió en silencio. Cambio. Apareció metido hasta la rodilla en cadillos marchitos, pegado al borde exterior de la cúpula. *Saltador* apareció a su derecha, y las plantas secas crujieron al moverse el lobo entre ellas.

La cúpula se elevaba ante él, ominosa y antinatural. El viento agitaba las plantas secas y mecía las ramas. Los relámpagos destellaban en el cielo sin hacer ruido.

Él está aquí, proyectó el lobo. *Siempre.*

Perrin asintió con la cabeza. ¿Entraría Verdugo en el Sueño del Lobo de la misma forma que él? ¿Y el hecho de pasar tiempo allí lo dejaba tan cansado como le pasaba a él? Al parecer, ese hombre no salía nunca de la zona que abarcaba la cúpula.

Sin duda lo hacía porque protegía algo. En el Sueño del Lobo tenía que haber una forma de desactivar la cúpula.

Joven Toro, aquí estamos. La proyección venía de *Danzarina del Roble,* que se acercaba con su manada, ahora compuesta sólo por tres miembros:

Chispas, *Desvinculado* y ella, *Danzarina*. Habían decidido ir allí en lugar de unirse a los lobos que marchaban hacia el norte.

Los tres aparecieron detrás de *Saltador*. Perrin los miró y transmitió su preocupación.

Esto será peligroso. Pueden morir lobos.

La proyección de la respuesta que le enviaban fue insistente.

Verdugo debe caer por lo que ha hecho. Juntos somos fuertes. Joven Toro no debería ir solo a dar caza a una presa tan peligrosa.

Asintió con un cabeceo en señal de conformidad y dejó que el martillo le apareciera en la mano. Después, juntos, se acercaron a la cúpula. Perrin accedió al interior con una zancada lenta, resuelta. Se negó a sentir debilidad. Era fuerte. La cúpula sólo era aire. Creyó que el mundo era como él deseaba que fuera.

Tropezó, pero entró en el interior de la cúpula. El paisaje daba la impresión de ser un poco más oscuro a ese lado. Arboles más viejos, con la corteza más deslucida; la marchita manzanilla hedionda, de un verde grisáceo más oscuro o ya marrón. *Saltador* y la manada atravesaron la cúpula y se situaron a su alrededor.

Iremos hacia el centro, proyectó Perrin. *Si existe algo secreto que descubrir, lo más probable es que se encuentre allí.*

Avanzaron despacio a través de matorrales y pequeñas arboledas. Perrin impuso su voluntad sobre el área que los rodeaba, y las hojas dejaron de crujir al pisarlas y las ramas no hicieron ruido al rozarlas. Eso era lo natural. Era como las cosas debían ser. Y, en consecuencia, lo eran.

Habría un largo trecho hasta el centro, por lo cual Perrin empezó a saltar hacia adelante. No con saltos ni con zancadas; se limitó a dejar de estar en un sitio para aparecer en otro diferente, sin más. Encubrió su efluvio, a pesar de que Verdugo no era un lobo.

«Ésa ha de ser mi ventaja —pensó conforme se aproximaban más y más al centro —. Él tiene más experiencia que yo, pero yo tengo al lobo que hay dentro de mí. Este lugar es nuestro sueño. Él es el intruso, el invasor. Por mucha habilidad que tenga, no es uno de nosotros.»

«Y por eso venceré.»

Perrin olió algo, una creciente maldad en el aire. Los lobos y él ascendieron despacio por una alta ladera, con cautela, y después atisbaron por una hendidura que había en la piedra. Un soto de árboles añosos se alzaba un poco más allá, a unos cincuenta pasos. Perrin miró hacia arriba y juzgó que debía de encontrarse muy cerca del centro de la cúpula. Con la forma de desplazamiento de "cambio" que utilizaban los lobos, habían recorrido horas de camino en unos pocos minutos.

Ahí está, tiene que ser eso, proyectó Perrin, que miró a *Saltador*. El efluvio del lobo estaba enmascarado, pero él había llegado a conocer a los lobos lo bastante bien para captar la preocupación de *Saltador* por la forma en que doblaba un poco las patas delanteras.

Algo cambió.

Perrin no oyó nada, no olió nada, pero sintió algo, un levísimo temblor en el suelo.

¡Huid!, transmitió al tiempo que desaparecía. Reapareció unos diez pasos más allá y vio que una flecha chocaba con la ladera, justo en el sitio donde se encontraba un instante antes. La saeta partió una piedra grande y se hundió en la roca y en la tierra hasta el penacho de negras plumas.

Verdugo se hallaba agazapado y se volvió a mirarlo a través de la corta distancia. Los ojos del hombre parecían negros del todo, y tenía el rostro cuadrado envuelto en sombras; el cuerpo musculoso, alto, denotaba peligro. Como era habitual en él, esbozaba una sonrisa. En realidad, una mueca de desprecio. Vestía pantalón de cuero y una camisa de color verde oscuro, con los antebrazos al aire. Y, sujeto en la mano, el aterrador arco de madera negra. No llevaba aljaba; creaba las flechas a medida que las necesitaba.

Perrin le sostuvo la mirada y avanzó un paso, como desafiándolo. Lo distrajo lo suficiente para que los lobos atacaran por detrás.

Verdugo chilló y giró sobre sí mismo en el momento en que *Desvinculado* chocaba contra él. Perrin llegó allí en un abrir y cerrar de ojos y descargó el martillo. Verdugo desapareció y el martillo golpeó en la tierra, pero Perrin captó un leve efluvio del lugar al que había huido.

«¿Aquí?» Era el mismo olor del sitio donde él se hallaba. Alarmado, alzó los ojos y se encontró con Verdugo suspendido en el aire, justo encima de él, apuntándolo con una flecha.

«El viento —pensó Perrin—. ¡Qué fuerte sopla!»

La flecha salió disparada, pero un repentino golpe de aire la desvió hacia un lado. Se hundió en la tierra al lado de Perrin, que ni siquiera parpadeó y, alzando las manos, apareció en ellas su propio arco, tensa ya la cuerda y la flecha apuntando al blanco.

A Verdugo se le desorbitaron los ojos y Perrin disparó. Verdugo desapareció, reapareció en el suelo a corta distancia, y... *Saltador* se lanzó sobre él desde arriba, de forma que lo tiró al suelo. Verdugo maldijo con un sonido gutural y volvió a desaparecer.

Aquí, proyecto *Saltador*, que indicó una ladera.

Perrin se encontró allí al instante, martillo en mano, y la manada con él. Verdugo enarboló una espada en una mano y un cuchillo en la otra en respuesta al ataque de Perrin y los cuatro lobos.

Perrin golpeó primero, impulsando el martillo con un rugido. Entonces Verdugo se hundió en el suelo como si fuera líquido, y consiguió quedar más abajo del arco trazado por el martillo. Acto seguido arremetió con el cuchillo hacia adelante y atravesó el pecho de *Danzarina del Roble*, del que brotó una salpicadura de sangre escarlata, para luego oscilar hacia un lado y cruzar con una cuchillada la cara de *Chispas*.

Danzarina del Roble ni siquiera tuvo tiempo de aullar; se desplomó en el suelo, y Verdugo desapareció cuando Perrin giraba de nuevo el martillo contra él. Gimoteando, *Chispas* proyectó un intenso dolor y pánico antes de desvanecerse. Él viviría, pero *Danzarina del Roble* estaba muerta.

El olor de Verdugo fue otra vez del mismo sitio, y Perrin giró sobre sí mismo para golpear con el martillo la espada con la que Verdugo intentaba atravesarlo desde atrás. De nuevo, la expresión sorprendida de Verdugo. El hombre enseñó los dientes y reculó sin quitar ojo a los dos lobos restantes, *Saltador* y *Desvinculado*. El brazo de Verdugo sangraba allí donde *Saltador* lo había mordido.

—¿Cómo has creado la cúpula, Verdugo? —dijo Perrin—. Enséñamelo y márchate. Dejaré que te vayas.

—Palabras atrevidas para un cachorro que acaba de verme matar a uno de su manada —replicó con un gruñido el hombre.

Desvinculado aulló de rabia y saltó hacia él, mientras Perrin atacaba al mismo tiempo, pero el suelo bajo ellos se sacudió y tembló.

«No», pensó Perrin. De nuevo pisó tierra firme, pero *Desvinculado* se precipitó al suelo.

Verdugo arremetió y Perrin levantó el martillo a fin de parar el ataque, pero el arma de Verdugo se volvió humo y pasó a través del mango para después solidificarse de nuevo al otro lado. Con un gañido, Perrin intentó retroceder, pero la hoja lo alcanzó en el pecho, cortó la camisa y le dejó una cuchillada a todo lo ancho del torso. El dolor fue abrasador.

Perrin dio un respingo y trastabilló hacia atrás. Verdugo se lanzó hacia él, pero algo chocó contra el hombre desde arriba: *Saltador*. De nuevo, el lobo gris tiró a Verdugo al suelo a la par que gruñía y lanzaba dentelladas.

El hombre maldijo y se lo quitó de encima con una patada que lanzó al lobo volando por el aire, gimiendo de dolor, a veinte pies de distancia.

Al lado, *Desvinculado* había logrado que la tierra dejara de retumbar, pero se había herido la pata.

Perrin se sacudió de encima el dolor. Verdugo era muy fuerte en el control de este mundo. Cada vez que arremetía con el martillo, tenía sensación de torpeza, de lentitud, como si el propio aire fuera espeso.

Recordó cómo había sonreído Verdugo al matar a *Danzarina del Roble*, y se adelantó, encolerizado. Verdugo se había incorporado y retrocedía ladera abajo, hacia los árboles. Perrin fue tras él sin hacer caso de la herida. No era tan grave como para detenerlo, aunque imaginó un vendaje sobre ella, así como la camisa remendada y tirante contra el pecho para restañar la sangre.

Entró en los árboles justo detrás de Verdugo. Las ramas se entrecruzaron por encima y las enredaderas lo zamarrearon desde las sombras oscurecidas. Perrin ni siquiera se molestó en apartarlas. Las enredaderas no se movían así. No podían tocarlo. Y, en efecto, tan pronto como se aproximaron, se pusieron mustias y colgaron inmóviles.

Verdugo maldijo, y entonces empezó a desplazarse con vertiginosos pasos, dejando tras de sí un borrón. Perrin lo siguió incrementando asimismo su velocidad.

Después, sin hacerlo de forma consciente, tomó la decisión de ponerse a cuatro patas, pero en un instante lo había hecho y perseguía a Verdugo como si cazara al ciervo blanco.

Verdugo era veloz, pero sólo era un hombre. Joven Toro era parte de la propia tierra, de los árboles, de la maleza, de las piedras, de los ríos... Se desplazó por el bosque como una brisa que sopla a través de una hoyada, manteniendo el paso de

Verdugo, acortando distancias. Cada tronco en el camino del hombre era un obstáculo, pero para Joven Toro era sólo una parte del camino.

Joven Toro saltó hacia los lados, plantando las zarpas en troncos e impulsándose al volverse. Voló por encima de piedras y rocas, saltó de una a la siguiente, dejando tras de sí un borrón en el aire.

Verdugo olía a miedo por primera vez. Desapareció, pero Joven Toro lo siguió y apareció en el campo donde el ejército estaba acampado, debajo de la sombra de la larga espada de piedra. Verdugo miró hacia atrás y maldijo antes de volver a desaparecer.

Joven Toro fue detrás. Al lugar donde los Capas Blancas tenían el campamento.

Y en lo alto de una pequeña meseta.

Y dentro de una caverna excavada en la vertiente de una colina.

Y en mitad de un pequeño lago. Joven Toro corrió por la superficie con ligereza.

A todos los sitios a los que fue Verdugo, él lo siguió, acercándose un poco más cada vez. No había tiempo para espadas, martillos ni arcos. Era una cacería y en esta ocasión Joven Toro era el cazador. El...

Saltó en mitad de un campo, y Verdugo no se encontraba allí. Olió adonde había ido el hombre, sin embargo. Lo siguió y apareció en otra parte del mismo campo. Había olores de sitios por doquier. ¿Qué pasaba?

Perrin se frenó y las botas chirriaron contra el suelo. Giró sobre sí mismo, desconcertado. Verdugo debía de haber saltado con rapidez a varios puntos diferentes del campo para confundir el rastro. Perrin intentó determinar cuál de ellos seguir, pero todos se debilitaban y entremezclaban.

—¡Maldito sea! —masculló.

Joven Toro, le llegó una proyección.

«*Chispas*.» El lobo había recibido una herida, pero no había huido, como Perrin había dado por hecho. El lobo le transmitió la imagen de una fina vara de plata de dos palmos de altura que sobresalía del suelo en medio de matojos de manzanilla hedionda.

Perrin sonrió y se transportó allí. El lobo herido, todavía sangrando por la cuchillada, yacía junto al objeto. Saltaba a la vista que era alguna clase de *ter'angreal*. Daba la impresión de estar hecho con docenas y docenas de filamentos metálicos entretejidos, como una trenza. Tenía unos dos palmos de largo y estaba clavado por la punta en la suave marga.

Perrin lo sacó del suelo. La cúpula no se desvaneció. Le dio la vuelta a la vara en la mano, sin saber qué hacer para que desapareciera la barrera violeta. Deseó que esa especie de estaca metálica extraña se transformara en un palo, y se quedó pasmado cuando sintió rechazada la idea. De hecho, el objeto parecía empujarle la mente, apartarla de sí.

Está aquí, en su realidad, proyectó *Chispas*. La proyección intentaba transmitir algo sobre que el objeto era, de algún modo, más real que la mayoría de las cosas que había en el Sueño del Lobo.

Perrin no tenía tiempo de plantearse la incógnita. Su prioridad era desplazar la cúpula, si podía, lejos de donde su gente se hallaba acampada.

Se trasladó al borde de la barrera, en el mismo sitio por donde había entrado.

Tal como había esperado que ocurriera, el centro de la cúpula se desplazó con él. Ahora Perrin seguía en el sitio por donde había entrado, pero el borde de la cúpula había cambiado de posición y el centro estaba encima de donde se hallaba él. La cúpula seguía dominando el cielo, extendiéndose a lo lejos en todas direcciones.

Joven Toro, proyectó *Chispas*. *Estoy libre. La alteración ha desaparecido.*

Márchate, transmitió Perrin. *Me llevaré esto y me libraré de ello. Que cada uno de vosotros vaya en una dirección diferente y aúlle. Confundid a Verdugo.*

Los lobos respondieron. Una parte de Perrin, el cazador que llevaba dentro de él, se sentía frustrado por no haber conseguido derrotar al hombre de forma directa. Pero esto era más importante.

Intentó que hubiera un "cambio" para trasladarse a algún lugar lejano, pero no funcionó. Al parecer, aunque tuviera en su poder el *ter'angreal*, seguía sujeto a las reglas de la cúpula.

De modo que, en lugar de eso, se desplazó tan lejos como le fue posible. Neald había dicho que había unas cuatro leguas desde el campamento hasta el perímetro, así que Perrin se trasladó hasta esa marca, en dirección norte, y después lo hizo una vez más, y otra más. La enorme cúpula se desplazaba con él, el centro justo por encima de Perrin, en todo momento.

Se llevaría la estaca metálica a un lugar seguro, a uno donde Verdugo no pudiera dar con ella.

CAPÍTULO 36

Una invitación

Egwene apareció en el *Tel'aran'rhiod* luciendo un vestido de un blanco niveo, pespuntado y recamado con hilo dorado, y adornado con minúsculos fragmentos de obsidiana —pulidos pero informes— cosidos con oro a lo largo del borde del corpiño. Un vestido muy poco práctico, cosa que allí carecía de importancia.

Se encontraba en sus aposentos, donde había querido aparecer, y se trasladó al vestíbulo que hacía de antesala al sector del Ajah Amarillo.

Nynaeve la esperaba allí, cruzada de brazos y ataviada con un vestido mucho más cómodo y práctico, en color tostado y marrón.

—Quiero que tengas mucho cuidado —advirtió Egwene—. Eres la única aquí que se ha enfrentado cara a cara con una de las Renegadas y también tienes más experiencia en el *Tel'aran'rhiod* que las otras. Si aparece Mesaana, habrás de ser tú la que dirija el ataque.

—Creo que puedo apañármelas —respondió Nynaeve, con un atisbo de sonrisa que le curvó hacia arriba la comisura de los labios.

Sí, seguro que se las apañaría. Lo difícil de conseguir habría sido que se abstuviera de atacar. Egwene asintió con la cabeza, y Nynaeve desapareció.

La antigua Zahori se quedaría escondida cerca de la Antecámara de la Torre, atenta a la aparición de Mesaana o de hermanas Negras que se aproximaran para espiar lo que se hablaba en la reunión ficticia que se suponía se celebraba allí. Egwene volvió a desplazarse a otro lugar de la ciudad, una estancia donde la verdadera reunión tendría lugar entre las Sabias, las Detectoras de Vientos y ella.

Tar Valon tenía varias salas de reunión que se utilizaban para representaciones musicales o para asambleas. Esta, llamada Pasaje del Músico, era perfecta para su propósito. Las paredes estaban revestidas de forma esmerada con paneles de madera de cedro que se habían tallado a semejanza de un bosque. Las sillas —dispuestas en círculo, de cara al podio central— eran a juego, de madera cantada Ogier, cada cual un objeto único y bello. El techo abovedado tenía incrustaciones de mármol tallado para que parecieran estrellas en el cielo. La ornamentación era extraordinaria; hermosa, sin resultar recargada.

Las Sabias —Amys, Bair y Melaine, ésta con el vientre muy hinchado por el avanzado estado de gestación— ya habían llegado. El anfiteatro tenía una plataforma elevada a lo largo de un costado, donde las Sabias podrían sentarse con comodidad en el suelo, pero sin que las miraran desde arriba las que estuvieran sentadas en sillas.

Leane, Yukiri y Seaine ocupaban sillas colocadas enfrente de las Sabias: las tres

llevaban una copia del *ter'angreal* del sueño hecha por Elayne, y su apariencia era brumosa, insustancial. Elayne también tendría que haber estado allí, pero había prevenido a Egwene de que tal vez tendría problemas a la hora de encauzar Poder suficiente para entrar en el *Tel'aran'rhiod*.

Las Aes Sedai y las Sabias se examinaban entre sí con una hostilidad palpable. Las primeras consideraban a las segundas unas espontáneas mal entrenadas; a su vez, las Sabias pensaban que las Aes Sedai estaban pagadas de sí mismas.

Al llegar Egwene, un grupo de mujeres de piel oscura y cabello negro apareció en el centro de la sala. Las Detectoras de Vientos miraron en derredor con desconfianza. Siuan le había explicado —por su experiencia durante el tiempo en que había pasado enseñando a las Detectoras— que el pueblo de los Marinos tenía leyendas sobre el *Tel'aran'rhiod* y los peligros de ese lugar. Lo cual no había impedido que esas mujeres aprendieran todo lo que les había sido posible sobre el Mundo de los Sueños en el instante en que descubrieron que era real, no un mito.

Al frente de las Detectoras de Vientos había una mujer alta y esbelta, de ojos rasgados y largo cuello, con numerosos medallones en una fina cadena que iba desde la nariz hasta la oreja izquierda. Debía de ser Shielyn.

Una de las que le había nombrado Nynaeve. De las otras tres Detectoras una era una mujer de aire altivo, con algunos mechones blancos entremezclados con el pelo negro. Ésa tenía que ser Renaile, de acuerdo con las cartas que habían enviado y las informaciones de Nynaeve. Por dichos datos, Egwene había llegado a la conclusión de que sería ella la de mayor rango, pero actuaba como si estuviera subordinada a las otras.

¿Habría perdido su puesto como Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos?

—Bienvenidas —las saludó—. Por favor, sentaos.

—Permaneceremos de pie —repuso Shielyn. Había tensión en su voz.

—¿Quiénes son estas otras, Egwene al'Vere? —preguntó Amys—. Las niñas no deben visitar el *Tel'aran'rhiod*. No es el cubil abandonado de un tejón de la arena para entrar a explorarlo.

—¿Niñas? —preguntó Shielyn.

—Aquí lo sois, mujer de las tierras húmedas.

—Amys, por favor —intervino Egwene—. Les he dejado unos *ter'angreal* para que vinieran. Era necesario.

—Podríamos habernos reunido fuera del Mundo de los Sueños —dijo Bair—. Elegir un campo de batalla para vernos habría sido más seguro.

En realidad, las Detectoras estaban muy poco familiarizadas con el funcionamiento del *Tel'aran'rhiod*. Los llamativos atuendos cambiaban de color con frecuencia; de hecho, mientras Egwene las miraba, la blusa de Renaile desapareció por completo. Egwene se sorprendió a sí misma al enrojecer, aunque Elayne había

mencionado que, cuando se encontraban en alta mar, los Marinos —hombres y mujeres— trabajaban sin llevar encima ni una puntada de la cintura para arriba. La blusa reapareció un instante después. Las joyas también daban la impresión de estar en un constante flujo.

—Existen razones para que haya hecho lo que he hecho, Amys —explicó Egwene, que se adelantó y se sentó—. A Shielyn din Sabura Aguas Nocturnas y sus hermanas se las ha informado de los peligros de este lugar y se han hecho responsables de su propia seguridad.

—Algo así como dar un tizón encendido y una barrica de aceite a un niño, y afirmar que se ha hecho responsable de su propia seguridad —rezongó Melaine.

—¿Hemos de soportar este rifirrafe, madre? —preguntó Yukiri.

Egwene hizo una respiración profunda para sosegarse.

—Por favor, sois líderes de vuestros diferentes pueblos, mujeres con reputación de gran sabiduría y perspicacia. ¿No podemos, al menos, ser civilizadas unas con otras? —Se volvió hacia las mujeres de los Marinos—. Detectora de Vientos Shielyn, has aceptado mi invitación. Espero que ahora no rechacéis mi hospitalidad y me hagáis el desaire de quedaros de pie durante toda la reunión, ¿verdad?

La mujer vaciló. Había en ella un aire altanero; las recientes interacciones entre Aes Sedai y Detectoras la habían vuelto atrevida. Egwene contuvo un acceso de cólera; no le gustaban los detalles del trato respecto al Cuenco de los Vientos. Nynaeve y Elayne deberían haber tenido mejor criterio. Ellas...

No. Elayne y Nynaeve habían hecho cuanto estaba en su mano, y en aquel momento se habían encontrado sometidas a una tensión fuera de lo normal. Además, se decía que pactar con el pueblo de los Marinos era sólo un poco menos arriesgado que hacerlo con el propio Oscuro.

Por fin, Shielyn asintió con un brusco cabeceo, aunque la blusa cambió de color varias veces mientras se lo planteaba, quedando por último en carmesí; las joyas no dejaban de aparecer y desaparecer.

—De acuerdo. Estamos en deuda contigo por el regalo de este lugar aceptamos tu hospitalidad.

Se sentó en una silla, separada de Egwene y de las otras Aes Sedai, igual hicieron las otras que iban con ella.

Egwene soltó un quedo suspiro de alivio e hizo aparecer varias mesas auxiliares con tazas de té caliente y fragante. Las Detectoras se sobresaltaron, aunque las Sabias ni pestañearon. Por el contrario, Amys alargó la mano para asir su taza y cambió el té de pétalos de rosa por otra infusión de un color bastante más oscuro.

—Quizás ahora querrás explicarnos el propósito de esta reunión —dijo Bair, que bebió un sorbo de té.

Las mujeres de los Marinos no cogieron sus tazas, a pesar de que las Aes Sedai

empezaron a beber de las suyas.

—Nosotras ya lo hemos deducido —intervino Shielyn—. Este encuentro era inevitable, aunque quisieran los vientos que no lo fuera.

—Bien, pues, habla —invitó Yukiri—. ¿De qué se trata?

Shielyn centró la atención en Egwene.

—Durante muchas estaciones y mareas hemos ocultado la naturaleza de nuestras Detectoras de Vientos a las Aes Sedai. La Torre Blanca inhala pero no exhala... Cuando algo entra en ella, no se le permite salir nunca. Ahora que sabéis lo que somos, nos queréis, porque no soportáis la idea de que haya encauzadoras que no estén bajo vuestro control.

Las Aes Sedai fruncieron el entrecejo, y Egwene pilló a Melaine asintiendo con la cabeza en un gesto de avenencia. Lo que la mujer había dicho era muy cierto, aunque sólo en parte. Si comprendieran lo útil que era el entrenamiento de la Torre Blanca y lo importante que era para la gente saber que había un lugar en el que se ocupaban de las encauzadoras y las instruían.

Sin embargo, ese razonamiento le sonaba hueco. El pueblo de los Marinos tenía sus propias tradiciones y hacía un buen uso de sus encauzadoras sin la intervención de la Torre Blanca. A diferencia de Nynaeve y Elayne, Egwene no había pasado mucho tiempo con esas mujeres, pero había recibido informes detallados. Las Detectoras de Vientos eran inexpertas con muchos tejidos, pero su destreza con tejidos específicos —en especial los dimanados del Poder del Aire— estaba mucho más desarrollada que la de las Aes Sedai.

Estas mujeres merecían la verdad. ¿O acaso no era eso lo que representaban la Torre Blanca y los Tres Juramentos?

—Tienes razón, Shielyn din Sabura Aguas Nocturnas —admitió—. Y tu pueblo quizás haya estado acertado en mantener ocultos sus talentos a las Aes Sedai.

Yukiri dio un respingo, una reacción contraria por completo a la impasibilidad Aes Sedai. Shielyn se quedó paralizada mientras los medallones de la cadena que le unía la nariz y la oreja tintineaban. La blusa cambió a un color azul.

—¿Qué?

—Que quizá fue un acierto —respondió Egwene—. No se me ocurriría cuestionar a posteriori a las Amyrlin que me han precedido, pero hay que plantear un debate. Tal vez nosotras hayamos sido demasiado radicales en cuanto a controlar a las mujeres capaces de manejar el Poder Único. Es obvio que las Detectoras de Vientos han realizado un buen trabajo en su instrucción. Yo diría incluso que la Torre Blanca podría aprender mucho de vosotras.

Shielyn se echó hacia atrás en la silla y estudió el rostro de Egwene.

Ésta le sostuvo la mirada sin que su expresión sosegada se alterara lo más mínimo.

«Comprueba que estoy decidida —pensó—. Comprueba que hablo en serio. Que no es adulación. Soy Aes Sedai. Lo que digo es verdad.»

—En fin —habló Shielyn—. Tal vez podríamos hacer un trato que nos permitiera entrenar a vuestras mujeres.

—Albergaba la esperanza de que vieses la ventaja de hacerlo —dijo Egwene, sonriendo.

A un lado, las otras tres Aes Sedai la miraron con cierta hostilidad.

Bueno, acabarían por entenderlo. El mejor modo de empezar sacando ventaja a la parte contraria era despertar sus expectativas para que bajara la guardia.

—Y, sin embargo, reconocéis que hay cosas que la Torre Blanca sabe y vosotras no —comentó Egwene—. De lo contrario, no habríais hecho todo lo posible para conseguir que nuestras mujeres entrenaran a vuestras Detectoras de Vientos.

—No rescindiremos ese acuerdo —se apresuró a aclarar Shielyn. La blusa se tornó de un tono amarillo claro.

—Oh, no esperaba en absoluto que lo hicieseis. Está bien que ahora tengáis maestras Aes Sedai. Quienes acordaron ese trato con vosotras lograron algo inesperado.

Palabras ciertas, de la primera a la última. No obstante, la forma en que lo dijo daba a entender algo más: que ella, Egwene, había deseado que se enviaran Aes Sedai a los barcos de los Marinos. El ceño de Shielyn se arrugó más, y la mujer se sentó apoyada en el respaldo. Egwene confiaba en que considerara si la grandiosa victoria de su pueblo con el Cuenco de los Vientos no habría sido un objetivo planeado desde el principio por la Torre.

—Si acaso —continuó—, creo que el acuerdo previo no era lo bastante ambicioso. —Se volvió hacia las Sabias—. Amys, ¿no coincides conmigo en que las Aes Sedai saben tejidos que las Sabias desconocen?

—Sería absurdo no admitir la experiencia Aes Sedai en esa disciplina —fue la cautelosa respuesta de Amys—. Dedican mucho tiempo a practicar sus tejidos. Pero nosotras sabemos cosas que ellas ignoran.

—Cierto —convino Egwene—. Durante el tiempo que pasé instruyéndome a las órdenes de las Sabias, aprendí más sobre el liderazgo del que asimilé durante mi estancia en la Torre Blanca. También me disteis un entrenamiento muy útil en el *Tel'aran'rhiod* y con el Talento del Sueño.

—Muy bien, vamos, suéltalo de una vez —intervino Bair—. Desde que empezamos esta conversación hemos estado cazando un lagarto cojo de tres patas y azuzándolo con un palo para ver si camina un poco más.

—Necesitamos compartir lo que sabe cada uno de nuestros grupos —dijo Egwene —. Nosotras, las encauzadoras, tenemos que formar una alianza.

—A las órdenes de la Torre Blanca, imagino —dijo Shielyn.

—Lo único que digo es que es de sentido común compartir y aprender de las otras. Sabias, os mandaría Aceptadas de la Torre Blanca que irían a instruirse con vosotras. Sería muy útil sobre todo que las entrenaseis en el dominio del *Tel'aran'rhiod*.

Era poco probable que entre las Aes Sedai hubiera otra Soñadora como ella, ya que ese Talento era muy inusual. Pero no había que perder la esperanza. Pese a ello, sería ventajoso tener algunas hermanas entrenadas en el Tel'aran rhiod, aun cuando tuvieran que acceder a él con *ter'angreal* —Detectoras de Vientos —continuó Egwene—. También enviaría mujeres con vosotras, en especial a las que son diestras con el Aire, para que aprendan a llamar a los vientos como vosotras.

—La vida de una aprendiza de Detectora de Vientos no es fácil —dijo Shielyn—. Creo que vuestras mujeres la encontrarían muy diferente de la vida muelle en la Torre Blanca.

El trasero de Egwene todavía recordaba el dolor de su vida "muelle" en la Torre Blanca.

—No pongo en duda que será todo un reto —respondió—, pero tampoco dudo de que sería muy útil por ese mismo motivo.

—Bueno, supongo que podría arreglarse —dijo Shielyn, que volvió a echarse hacia adelante, con aire anhelante—. Tendría que haber un pago, por supuesto.

—Uno equivalente —apuntó Egwene—. Permitiéndoos que enviéis algunas de vuestras aprendizas a la Torre Blanca a entrenarse con nosotras.

—Ya os enviamos mujeres.

Egwene resopló con suavidad.

—Sacrificios simbólicos enviados para que no empezáramos a sospechar de la existencia de las Detectoras de Vientos —dijo luego—. A menudo, vuestras mujeres se aislan o se vuelven renuentes. Haré que esa práctica termine. No hay razón para privar a vuestro pueblo de potenciales Detectoras.

—Bien, ¿y cuál sería la diferencia? —quiso saber Shielyn.

—A las mujeres que enviaseis se les permitiría regresar con vosotros después de acabar el entrenamiento. Sabias, también aceptaría aprendizas Aiel en la Torre. No a regañadientes ni para convertirse en Aes Sedai, sino para entrenarse y aprender nuestros métodos. Ellas también podrían regresar, si así lo desearan, una vez que hubieran terminado.

—Tendría que ser algo más que eso —dijo Amys—. Me preocupa lo que ocurriría con unas mujeres que se acostumbraran demasiado a las comodidades de las tierras húmedas.

—Digo yo que no querríais forzarlas a... —empezó Egwene.

—Seguirían siendo aprendices de Sabia, Egwene al'Vere —la interrumpió Bair—. Niñas que tendrían que completar su aprendizaje. Y eso es suponiendo que

accediéramos a este plan. Hay algo en él que me remueve el estómago, como cuando ingieres demasiada comida después de un día de ayuno.

—Si permitimos que las Aes Sedai les echen el gancho a nuestras aprendizas, no se desligarían así como así —opinó Melaine.

—¿Y quieres que se desliguen? —inquirió Egwene—. ¿Ves lo que tenéis en mí, Melaine? Una Sede Amyrlin a la que entrenaron las Aiel. ¿Qué sacrificio merecería la pena para que tu pueblo tuviera más como yo? ¿Aes Sedai que entendieran el *ji'e'toh* y la Tierra de los Tres Pliegues, que respetaran a las Sabias en lugar de verlas como rivales o espontáneas?

Las tres Aiel se echaron hacia atrás ante tales razonamientos e intercambiaron una mirada, conturbadas.

—¿Y qué dices tú, Shielyn? —preguntó Egwene—. ¿Merecería la pena que tu pueblo tuviera una Sede Amyrlin que, habiéndose entrenado con vosotras, os considerara amigas y respetara vuestras costumbres?

—Eso sería muy valioso —admitió Shielyn—. Suponiendo que las mujeres que nos envíes tengan mejor temperamento que las que hemos visto hasta ahora. Aún no he conocido una Aes Sedai a la que no le venga nada mal estar colgada del palo mayor unos cuantos días.

—Eso es porque insistís en pedir Aes Sedai que ya están hechas a sus costumbres —repuso Egwene—. En cambio, si os enviáramos Aceptadas, serían mucho más flexibles.

—¿En cambio? —saltó de inmediato Shielyn—. Éste no es el trato que estamos discutiendo.

—Podría serlo. Si permitimos que encauzadoras de los Marinos regresen con vosotros en lugar de requerir que se queden en la Torre, ya no tendréis tanta necesidad de contar con maestras Aes Sedai.

—Éste ha de ser un trato distinto —insistió Shielyn, que negó con la cabeza—. Y no será uno que se haga a la ligera. Las Aes Sedai son sinuosas, como la serpiente de esos anillos que lleváis.

—¿Y si ofrezco incluir el *ter'angreal* del sueño que os he prestado?

Shielyn se echó una ojeada a la mano en la que —en el mundo real— tendría aferrada una pequeña placa, una placa que —tocándola con un hililllo de Energía— permitía a una mujer entrar en el *Tel'aran'rhiod*. Egwene no les había dado los *ter'angreal* que permitían entrar sin necesidad de encauzar, desde luego. Ésos eran más versátiles y, en consecuencia, más poderosos. Mejor mantenerlos en secreto.

—En el *Tel'aran'rhiod* una puede ir a cualquier sitio, puede reunirse con quienes están lejos sin necesidad de Viajar hasta allí, puede descubrir lo oculto y puede conferenciar en secreto.

—Ésa es una sugerencia peligrosa, Egwene al'Vere —reconvino Amys con gesto

severo—. Dejarlas sueltas así sería como dejar a un grupo de niñas de las tierras húmedas correr a su antojo por la Tierra de los Tres Pliegues.

—No puedes acaparar este sitio para ti, Amys —dijo Egwene.

—No somos tan egoístas —replicó la Sabia—. Estoy refiriéndome a su seguridad.

—Entonces, quizá, lo mejor sería que el pueblo de los Marinos enviara algunas de sus aprendizas a entrenarse con las Sabias... Y tal vez vosotras podríais enviar algunas de las vuestras con las Detectoras.

—¿Para vivir en barcos? —dijo Melaine, espantada.

—¿Qué mejor modo de domeñar vuestro miedo al agua?

—No le tenemos miedo —espetó Amys—. La respetamos. Vosotros, los habitantes de las tierras húmedas... —Siempre hablaba de barcos como quien habla de un león enjaulado.

—De todos modos. —Egwene se volvió hacia las Detectoras—. Los *ter'angreal* podrían ser vuestros si llegamos a un trato.

—Ya nos has dado éstos —dijo Shielyn.

—Os los prestamos, Shielyn, y eso lo dejó bien claro la mujer que os los llevó.

—¿Y nos los darías de forma permanente? —preguntó la Detectora—. ¿Sin esa tontería de que todos los *ter'angreal* pertenecen a la Torre Blanca?

—Es importante que exista una regla que impida que los *ter'angreal* queden en manos de quienes los descubren —dijo Egwene—. Eso nos permite retirar objetos potencialmente peligrosos a un necio mercader o a un granjero. Pero estaría dispuesta a hacer una excepción formal para las Detectoras de Vientos y las Sabias.

—Así que las columnas de cristal... —empezó Amys—. Me he preguntado si las Aes Sedai tratarían alguna vez de reclamarlas para sí.

—Dudo que eso pueda llegar a pasar —contestó Egwene—. Pero también sospecho que los Aiel se tranquilizarían si proclamáramos de manera oficial que esos *ter'angreal*, así como otros que poseéis, os pertenecen y que las hermanas no pueden reclamarlos.

Eso les dio que pensar a las Sabias.

—Todavía encuentro extraño este acuerdo —comentó Bair—. ¿Aiel entrenadas en la Torre Blanca, pero sin convertirse en Aes Sedai? Las cosas nunca han sido así.

—El mundo está cambiando, Bair —respondió con suavidad Egwene—. Allá, en Campo de Emond, había una pequeña parcela con bonitas flores cultivadas, las campanillas de Emond, cerca de un arroyo. A mi padre le gustaba pasear por allí y le entusiasmaba su belleza. Pero entonces, cuando se construyó el puente nuevo, la gente empezó a atajar por la parcela para llegar a él.

»Durante años, mi padre trató de impedir que cruzaran por allí poniendo pequeñas cercas, letreros... No funcionó nada. Y entonces se le ocurrió construir un sendero bonito con piedras de río a través del plantío, y cultivar las flores a los lados. Después

de eso, la gente dejó de pisar las flores.

»Cuando llega un cambio, las personas podemos gritar e intentar forzar las cosas para que todo siga igual. Pero por lo general esos esfuerzos son en vano. Sin embargo, si uno encarrila los cambios, éstos pueden trabajar a tu favor. Igual que el Poder nos sirve, pero sólo después de rendirnos a él.

Egwene hizo una pausa para mirar a las mujeres de una en una.

—Nuestros tres grupos deberían haber empezado a colaborar hace mucho tiempo —continuó luego—. La Última Batalla se nos echa encima y el Dragón Renacido amenaza con liberar al Oscuro. Por si eso fuera poco, tenemos otro enemigo común, uno que considera que Aes Sedai, Detectoras de Vientos y Sabias por igual son grupos a los que hay que destruir.

—Los seanchan —dedujo Melaine.

Renaile, sentada detrás de las Detectoras, ahogó una exclamación al oír esa palabra. Sus ropas cambiaron y apareció vestida con armadura y con una espada en la mano. Todo desapareció al instante.

—Sí —dijo Egwene—. Juntas, somos lo bastante fuertes para combatirlos. Por separado...

—Tenemos que estudiar este trato —anunció Shielyn. Egwene percibió el soplo del viento a través de la sala; lo más probable es que lo hubiera creado una de las Detectoras de forma involuntaria—. Volveremos a reunirnos y quizás lleguemos a un compromiso. De ser así, las condiciones serían que nosotras enviaríamos dos aprendizas al año y vosotras nos enviaríais otras dos de las vuestras.

—Que no sean las más débiles —puntualizó Egwene—. Quiero tener a las más prometedoras.

—¿Y vosotras haríais lo mismo? —inquirió Shielyn.

—Sí —confirmó Egwene.

Era un comienzo. Casi con toda seguridad, querrían aumentar el número una vez que el plan hubiera demostrado su eficacia. Pero al principio no presionaría más en ese aspecto.

—¿Y nosotras? —preguntó Amys—. ¿Somos parte de este "trato", como lo llamáis?

—Dos Aceptadas —contestó Egwene—. A cambio de dos aprendizas. Se instruirán durante un período no inferior a seis meses, pero no superior a los dos años. Una vez que nuestras mujeres se encuentren entre vosotras, se las considerará vuestras aprendizas y tendrían que cumplir vuestras reglas. Y viceversa. —Vaciló antes de añadir—: Al final de su entrenamiento, todas las aprendizas y Aceptadas habrán de regresar con sus correspondientes grupos durante un año al menos. Después, si las vuestras deciden que quieren ser Aes Sedai, podrán regresar para que se tenga en cuenta su petición. Lo mismo reza para las Aceptadas que hayan estado

con vosotras, si desean unirse a las Sabias.

Bair asintió con la cabeza, el gesto pensativo.

—Quizás habrá mujeres que, como tú misma, al entender nuestros métodos y costumbres los consideren superiores —dijo la anciana Sabia—. Es una lástima que te perdiéramos.

—Mi sitio estaba en otra parte —contestó Egwene.

—¿Querréis aceptar también eso con nosotras? —preguntó Shielyn a las Sabias —. ¿Acordaríamos realizar este trato, dos por dos, en condiciones similares?

—Si se acuerda el trato, lo haremos también con vosotras —dijo Bair, tras intercambiar una mirada con las otras Sabias—: Pero antes hemos de hablar de este asunto con el resto de Sabias.

—¿Y qué hay de los *ter'angreal*? —se interesó Shielyn, que se volvió hacia Egwene.

—Serían vuestros. —Empezó Egwene, que añadió—: A cambio, dejaríais libres de regresar con nosotras a las hermanas que os entrenan y nosotras nos ocuparíamos de que regresara con los suyos cualquier encauzadora de los Marinos que se encuentre en la Torre en la actualidad. Todo esto habrá que someterlo a la aprobación de vuestra gente, y yo habré de presentarlo a la Antecámara de la Torre.

Ni que decir tiene que, como Amyrlin, sus decretos eran ley. No obstante, si la Antecámara ponía obstáculos esa ley acabaría pasando sin pena ni gloria. En esto tendría que obtener su apoyo. Y lo quería, sobre todo teniendo en cuenta su postura respecto a que la Antecámara debería trabajar más con ella y dejar de reunirse en secreto.

Estaba razonablemente segura de que lograría obtener su aprobación a esta propuesta, sin embargo. A las Aes Sedai no les gustaría renunciar a los *ter'angreal*, pero tampoco les había hecho gracia el trato que se había hecho con el pueblo de los Marinos respecto al Cuenco de los Vientos. Para quitarse eso de en medio, casi renunciarían a cualquier cosa.

—Sabía que tratarías de poner fin a que las hermanas nos entrenaran —apuntó Shielyn con aire de suficiencia.

—¿Y a quiénes prefieres tener? ¿Mujeres que se cuentan entre nuestros miembros más débiles y que ven su servicio como un castigo? ¿O, en cambio, a vuestras propias mujeres que han aprendido lo mejor que podemos ofrecerles y que regresarían a compartirlo con alegría?

De todos modos, Egwene había estado tentada de limitarse a enviar Aes Sedai del pueblo de los Marinos para cumplir con el trato; le parecía un apropiado efugio de la situación, uno que las Detectoras tendrían bien merecido.

No obstante, con suerte, este nuevo trato reemplazaría el anterior. De todos modos tenía la sensación de que iba a perder a las hermanas del pueblo de los Marinos, al

menos las que anhelaban regresar con los suyos.

El mundo estaba cambiando y ahora la existencia de las Detectoras de Vientos no era un secreto, por lo que las viejas costumbres no tenían por qué mantenerse.

—Lo hablaremos —dijo Shielyn, que hizo un gesto con la cabeza a las otras y todas desaparecieron de la sala. Desde luego, aprendían rápido.

—Ésta es una danza peligrosa, Egwene al'Vere —dijo Amys, que se levantó y se ajustó el chal—. Hubo un tiempo en que los Aiel se habrían sentido honrados de servir a las Aes Sedai. Ese tiempo quedó atrás.

—Las mujeres que creíais que encontraríais no eran más que una quimera, Amys —contestó Egwene—. A menudo la vida real es más decepcionante que los sueños, pero al menos cuando encontráis honor en el mundo real sabéis que no es una fantasía.

La Sabia asintió a sus palabras con un cabeceo.

—Seguramente aceptaremos este trato —dijo luego—. Necesitamos saber lo que las Aes Sedai pueden enseñarnos.

—Elegiremos a nuestras mujeres más fuertes —añadió Bair—. Aquellas que no se corromperán por la lenidad de las tierras húmedas.

No había crítica en las palabras de Bair. A su entender, calificar de "blandos" a los habitantes de las tierras húmedas no era un insulto.

—Este trabajo que estás haciendo es bueno, siempre y cuando no te propongas atarnos con cinchos de acero —comentó Amys.

«No, no os ataré con cinchos de acero, Amys —pensó Egwene—. Por el contrario, utilizaré lazos.»

—Bien, ¿nos necesitabas hoy para algo más? —preguntó Bair—. ¿No mencionaste una batalla...?

—Sí. O eso espero.

No había llegado ningún aviso, lo cual significaba que Nynaeve y Siuan no habían descubierto a nadie espiando. ¿Habría fracasado su estratagema?

Las Sabias asintieron con la cabeza y se apartaron a un lado para conferenciar en voz baja. Egwene se volvió hacia las Aes Sedai, y Yukiri se puso de pie.

—Esto no me gusta, madre —dijo en voz baja, al tiempo que echaba ojeadas a las Sabias—. No creo que la Antecámara esté de acuerdo con ello. Muchas son inflexibles en cuanto a que todos los objetos del Poder Único deberían pertenecernos.

—La Antecámara lo comprenderá —contestó Egwene—. Ya hemos devuelto el Cuenco de los Vientos a las mujeres de los Marinos y, ahora que Elayne ha redescubierto el método de crear *ter'angreal*, sólo es cuestión de tiempo que haya tantos que no podremos seguirles el rastro a todos.

—Pero Elayne es una Aes Sedai, madre —dijo Seaine, que se levantó de la silla con gesto preocupado—. Sin duda sabréis mantenerla a raya.

—Puede ser —respondió Egwene con suavidad—. Pero ¿no os choca que después de todos estos años sean tantos los Talentos que están resurgiendo, que se estén haciendo tantos descubrimientos? Mi capacidad de Soñar, los *ter'angreal* de Elayne, la Predicción. Talentos poco comunes que reaparecen a montones. Una era llega a su fin y el mundo está cambiando. Dudo que el Talento revelado en Elayne sea un caso aislado. ¿Y si a una de las Sabias o de las Detectoras se le manifiesta?

Las otras tres permanecieron sentadas en silencio, preocupadas.

—Aun así no está bien claudicar, madre —dijo por último Yukiri— Aunque con esfuerzo, podríamos tener bajo control a las Sabias y a las Detectoras de Vientos.

—¿Y los Asha'man? —inquirió Egwene en voz queda, incapaz de reprimir un atisbo de incomodidad en la voz—. ¿Seguiremos insistiendo en que todos los *angreal* y *sa'angreal* creados para hombres nos pertenecen, aunque seamos incapaces de utilizarlos? ¿Y si hay Asha'man que aprenden a crear objetos de Poder? ¿Los obligaremos a entregarnos todos los que creen para guardarlos nosotras? Lo que es más, ¿estaríamos en condiciones de hacer cumplir tal norma?

—Yo... —vaciló Yukiri.

—Tiene razón, Yukiri —intervino Leane mientras meneaba la cabeza—. Luz, vaya si la tiene.

—El mundo como era ya no puede seguir siendo nuestro —manifestó Egwene casi en un susurro para que las Sabias no oyeran lo que decía—. ¿Acaso lo ha sido alguna vez? La Torre Negra vincula Aes Sedai, los Aiel ya no nos respetan, las Detectoras de Vientos nos han ocultado a sus mejores encauzadoras durante siglos y cada vez son más beligerantes. Si intentamos aferrarnos con demasiada fuerza a todo eso, acabaremos siendo tiranas o necias, dependiendo del éxito que tuviéramos en conseguirlo. No me gusta ninguno de esos dos calificativos.

»Las guiaremos, Yukiri. Debemos convertirnos en una fuente hacia la que se vuelvan esas encauzadoras, todas ellas. Eso lo conseguiremos sin apretar demasiado, trayendo a sus mujeres para adiestrarse con nosotras y enviando a nuestras Aceptadas más capacitadas a convertirse en expertas en las cosas que ellas saben hacer mejor.

—¿Y si estuvieran diciendo ahora eso mismo? —susurró Leane, echando una ojeada a las Sabias que hablaban en voz muy baja al otro extremo de la sala—. ¿Y si intentan ganarnos por la mano como nosotras pensamos hacer con ellas?

—Entonces tendremos que jugar mejor —repuso Egwene—. De momento, todo esto es secundario. Necesitamos estar unidas contra la Sombra y contra los seanchan. Tenemos que...

Con aspecto de sentirse rendida y el vestido chamuscado por un lado, Siuan apareció en la sala.

—¡Madre! ¡Os necesitamos!

—¿La batalla ha empezado? —inquirió Egwene en tono urgente.

Al otro lado, las Sabias alzaron la cabeza hacia ellas.

—Sí —contestó Siuan, jadeando—. Ocurrió de inmediato. Madre, no vinieron a oír a escondidas. ¡Atacaron, sin más!

Cubriendo leguas con cada paso que daba, Perrin se desplazó como un rayo a través del paisaje. Necesitaba llevar esa especie de estaca metálica lejos de Verdugo. ¿Quizás al océano? Podría... Una flecha silbó en el aire y le hizo un corte en el hombro. Perrin maldijo y giró sobre sí mismo. Se hallaba en una elevada pendiente rocosa. Verdugo estaba más abajo que él, con la cuerda del arco pegada al rostro anguloso y los ojos oscuros relucientes de cólera. Disparó otra flecha.

«Una pared», pensó Perrin, invocando un muro de ladrillos delante de él. La flecha se clavó varias pulgadas en los ladrillos, pero se detuvo. De inmediato, Perrin se desplazó de lugar, aunque no podía ir lejos; no mientras arrastrara consigo la cúpula.

Se desvió y, en lugar de ir directo hacia el norte, se dirigió hacia el este. Dudaba que fuera capaz de conseguir librarse de Verdugo; a buen seguro ese hombre veía desplazarse la cúpula, una referencia suficiente para que se hiciera una idea de dónde andaba él.

¿Qué hacer? Había pensado en arrojar la estaca metálica al océano pero si Verdugo lo seguía sólo tendría que recuperarla. Perrin se concentró en moverse lo más deprisa posible, cubriendo leguas de segundo en segundo. ¿Podría dejar atrás a su enemigo? El paisaje pasaba junto a él en un borrón: montañas, bosques, lagos, praderas...

Justo cuando pensaba que quizás había logrado poner tierra por medio, una figura apareció a su lado y arremetió con una espada, el golpe dirigido al cuello de Perrin. Este se agachó, esquivando por poco el ataque, y enarboló el martillo con un gruñido, pero Verdugo desapareció.

Perrin se detuvo allí mismo, frustrado. Verdugo podía moverse más deprisa que él y podía meterse en la cúpula adelantándose a ella y esperando a que se moviera por encima de él. Desde allí, estaba en posición de saltar sobre Perrin y atacar.

«No puedo dejarlo atrás», comprendió Perrin. La única forma de estar seguro, de proteger a Faile y a los demás, era matar a Verdugo. En caso contrario, ese hombre recuperaría la estaca metálica de dondequiera que la dejara y después volvería para atrapar a los suyos.

Miró a su alrededor para orientarse. Se encontraba en una ladera arbolada y divisaba el Monte del Dragón al norte de su posición. Miró hacia el este y vio la punta de una enorme estructura asomando por encima de los árboles: la Torre Blanca. Situarse en la ciudad de Tar Valon podría darle cierta ventaja, hacer que le resultara más fácil esconderse en cualquiera de los muchos edificios o callejones.

Saltó en aquella dirección llevando consigo la estaca, y la cúpula que creaba desplazándose con él cuando se movía. A la postre, iba a ser cuestión de luchar.

CAPÍTULO 37

Oscuridad en la Torre

Gawyn estaba sentado en un banco de los jardines del palacio de Caemlyn. Habían pasado varias horas desde que había despedido al mensajero de Egwene. La luna, en fase creciente avanzada pero sin llegar a llena, se cernía en el cielo. De vez en cuando pasaban por allí criados para ver si necesitaba algo. Parecían preocupados por él.

Sólo quería contemplar el cielo despejado. Habían pasado semanas desde la última vez que había tenido ocasión de hacerlo. Empezaba a bajar la temperatura, pero no se puso la chaqueta que tenía colgada en el respaldo del banco. Se estaba bien al aire libre; un aire que, de algún modo, era diferente estando el cielo encapotado.

Con la última luz del ocaso apagándose, las estrellas titilaban como niños vacilantes que se asomaban, ahora que el bullicio de las horas diurnas se había apaciguado. Era maravilloso volver a contemplarlas. Gawyn hizo una profunda inhalación.

Elayne tenía razón. Gran parte de su odio por al'Thor se debía a la frustración. Tal vez a los celos. Al'Thor desempeñaba un papel más próximo al que Gawyn habría querido elegir para sí: dirigir naciones, mandar ejércitos. Considerando sus vidas, ¿quién había ocupado el papel de príncipe y quién el de un pastor perdido?

Tal vez se había resistido a las exigencias de Egwene porque lo que él quería era dirigir, ser el que llevara a cabo los actos heroicos. Si se convertía en Guardián, tendría que apartarse a un lado y ayudarla en su empresa de cambiar el mundo. Había honor en mantener con vida a alguien importante. Un gran honor. ¿Cuál era el propósito de realizar grandes actos?

¿El reconocimiento que conllevaba o la vida mejor que originaban?

Hacerse a un lado. Había admirado a hombres como Sleete por su disposición para hacerlo, pero nunca los había entendido. En realidad, no.

«No puedo dejar que lo haga sola —pensó—. He de ayudarla. Desde su sombra.»

Porque la amaba. Pero también porque era lo mejor. Si dos bardos intentaban tocar canciones distintas al mismo tiempo, lo único que hacían era ruido. Pero si uno daba un paso atrás para incorporar armonía a la melodía del otro, entonces la belleza podría superar a la que cualquiera de los dos conseguiría por sí solo.

Y en ese momento, por fin, lo entendió. Se puso de pie. No podía ir a Egwene como un príncipe; tenía que hacerlo como su Guardián. Tenía que vigilarla, servirle, protegerla. Encargarse de que se cumplieran sus deseos.

Había llegado la hora de volver.

Se puso la chaqueta y echó a andar por el sendero hacia palacio. Las serenatas al aire libre de varias ranas del estanque se cortaron de golpe, seguidas por chapoteos, cuando pasó cerca y entró en el edificio. Había un largo paseo hasta los aposentos de su hermana. Estaría despierta; desde hacía un tiempo, le costaba conciliar el sueño. Durante los últimos días los dos habían disfrutado con la conversación y una taza de té caliente antes de ir a acostarse. Al llegar a la puerta, sin embargo, Birgitte le salió al paso.

La mujer le asestó otra mirada furibunda. Sí, era evidente que no le gustaba verse obligada a actuar como capitán general en su lugar. Ahora se daba cuenta Gawyn. Se sintió un poco incómodo dando un paso hacia ella. La mujer alzó una mano.

—Esta noche no, principito.

—Me marcho a la Torre Blanca —dijo— Me gustaría despedirme.

Dio otro paso, pero Birgitte le plantó la mano en el pecho y lo empujó hacia atrás, sin violencia.

—Pues marchaos mañana.

Faltó poco para que Gawyn llevara la mano a la espada, pero se contuvo. ¡Luz! Había habido un tiempo en que no reaccionaba a todo de esa forma. Se había convertido en un necio.

—Pregúntale si puede recibirme, por favor —pidió con cortesía.

—Tengo órdenes. Además, no podría hablar con vos. Está dormida.

—Estoy seguro de que le gustaría que la despertara para despedirme.

—No es esa clase de sueño —contestó Birgitte, que suspiró—. Tiene que ver con asuntos de Aes Sedai. Id a dormir. Lo más probable es que por la mañana vuestra hermana tenga noticias de Egwene para vos.

Gawyn frunció el entrecejo. ¿Cómo iba a...?

«Los sueños —comprendió—. Eso es a lo que las Aes Sedai se referían al decir que Egwene las entrenaba para caminar en sueños.»

—Es decir, ¿que Egwene estará durmiendo también?

—Maldita sea —masculló Birgitte—. Seguro que ya he dicho más de lo que debía. Id a vuestros aposentos.

Gawyn se alejó, pero no fue a sus habitaciones.

«El asesino esperará a sorprenderla en un momento de flaqueza, porque ha buscado los puntos débiles», pensó. Le vinieron a la mente las palabras de la *sul'dam*:

Si sólo han muerto unas cuantas personas, entonces es que aún no habéis visto a los Puñales Sanguinarios actuar a pleno rendimiento. No dejan un "puñado" de muertos, sino docenas.

Un momento de flaqueza...

Se alejó a toda prisa de los aposentos de Elayne y fue corriendo por los pasillos de palacio hasta la habitación de Viajar que Elayne había preparado. Por suerte, una

Allegada se encontraba de guardia allí, con los ojos cansados, pero a la espera por si surgía un caso de emergencia y había que enviar mensajeros. Gawyn no recordaba haber visto a la mujer de cabello oscuro, pero ella sí lo reconoció.

Bostezó y abrió un acceso a su requerimiento. Gawyn lo cruzó a toda prisa y apareció en la zona de Viaje de la Torre Blanca. El acceso se cerró de golpe a su espalda y Gawyn pegó un brinco y giró sobre sus talones a la par que maldecía. ¡La Allegada lo había cerrado casi sin darle tiempo a pasar!

¿Por qué había soltado el tejido de forma tan brusca, tan peligrosa? Una fracción de segundo antes, y le habría cortado el pie o habría pasado algo peor.

No había tiempo para eso. Se dio la vuelta y siguió corriendo.

Egwene, las tres Aes Sedai y las Sabias aparecieron en un cuarto situado en la base de la Torre, donde un grupo de mujeres ansiosas esperaban. Era un puesto de guardia que Egwene había destinado para que sirviera como punto en el que reagruparse si había retirada.

—¡Informad! —demandó Egwene.

—Shevan y Carlinya han muerto, madre —comunicó Saerin con aire sombrío. La Marrón jadeaba.

—Maldición, ¿qué ha pasado?

—Estábamos en mitad de nuestra reunión de señuelo, discutiendo sobre una falsa maniobra para llevar la paz a Arad Doman, como ordenasteis, y entonces...

—Fuego —intervino Morvrin, temblorosa—. Explosiones a través de las paredes, mujeres encauzando, varias con un Poder increíble. Vi a Alviarin. A otras también.

—Nynaeve aún sigue allí arriba —añadió Brendas.

—Qué mujer tan testaruda —rezongó Egwene, que miró a las tres Sabias. Éstas asintieron con la cabeza—. Sacad a Brendas del sueño —dijo, y se volvió hacia la Blanca de ojos fríos—. Cuando despiertes, ve a despertar a las otras que se encuentran aquí para que estén fuera de peligro. Déjanos a Nynaeve, a Siuan, a Leane y a mí.

—Sí, madre —contestó Brendas.

Amys hizo algo que tuvo por resultado que la forma de la Blanca se desdibujara hasta desaparecer.

—Todas las demás —continuó Egwene—, id a un lugar seguro. Lejos de la ciudad.

—Muy bien, madre —dijo Saerin, que sin embargo no se movió del sitio.

—¿Qué ocurre? —inquirió Egwene.

—Yo... No puedo irme. —Saerin frunció el entrecejo—. Pasa algo raro.

—Tonterías —barbotó Bair—. Eso es...

—Bair —dijo Amys—, no puedo desplazarme. Algo va mal, muy mal.

—El cielo está violeta —dijo Yukiri, que se había asomado a un ventanuco—. ¡Luz! Parece una cúpula que cubre la Torre y la ciudad. ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Aquí pasa algo muy raro —dijo Bair—. Deberíamos despertarnos.

Amys desapareció de repente, lo cual hizo dar un respingo a Egwene.

Al momento estaba de vuelta.

—He podido regresar al sitio donde estábamos antes, pero no puedo salir de la ciudad. Esto no me gusta, Egwene al'Vere.

Egwene intentó desplazarse a Cairhien. No funcionó. Se asomó a la ventana, preocupada pero resuelta. Sí, arriba había algo violeta.

—Despertad si tenéis que hacerlo —les dijo a las Sabias—. Yo lucharé. Una Depravada de la Sombra se halla aquí, escondida.

Las Sabias guardaron silencio.

—Iremos contigo —anunció Melaine por fin.

—Bien, las demás, alejaos de aquí. Id al Pasaje del Músico y quedaos allí hasta que despertéis. Melaine, Amys, Bair, Leane, nosotras vamos a un nivel más alto de la Torre, a un cuarto con paneles de madera y una cama con dosel de cuatro columnas y colgaduras de gasa. Es mi dormitorio.

Las Sabias asintieron en silencio, y Egwene se desplazó allí. Había una lámpara en la mesilla; en el *Tel'aran'rhiod* no lucía la llama, pero ella sí la había dejado encendida en el mundo real. Las Sabias y Leane aparecieron a su alrededor. Las colgaduras de gasa del lecho de Egwene se movieron con la brisa creada por la aparición de las mujeres.

La Torre se sacudió, señal de que la lucha continuaba.

—Vamos a la caza de enemigas peligrosas que conocen este mundo mejor que vosotras. Tened cuidado —advirtió Egwene.

—Descuida —contestó Bair—. Tengo entendido que los Depravados de la Sombra se tienen por los amos de este lugar. Bien, pues, eso está por ver.

—Leane, ¿podrás arreglártelas sola? —preguntó Egwene.

Había estado tentada de ordenarle que se fuera, pero ella y Siuan habían pasado bastante tiempo en el *Tel'aran'rhiod*. En realidad, tenía más experiencia que la mayoría.

—Procuraré no llamar mucho la atención sobre mí, madre —prometió—. Pero es de esperar que sean más que nosotras. Me necesitáis.

—De acuerdo.

Las cuatro mujeres desaparecieron en un visto y no visto. ¿Por qué no podían abandonar la Torre? Era inquietante, pero también útil. Significaba que estaban atrapadas allí, pero, con suerte, también lo estaría Mesaana.

Cinco palomas levantaron el vuelo, espantadas, desde la cornisa del tejado. Perrin

giró con rapidez sobre sí mismo, al tiempo que le llegaba un peculiar olor a piedra. Verdugo estaba detrás.

El hombre de mirada dura alzó la vista hacia las aves que huían.

—¿Tuyas? —preguntó.

—Para que me pusieran sobre aviso —repuso Perrin—. Imaginé que verías cualquier otro tipo de señal.

—Muy listo.

Detrás del hombre se extendía una magnífica ciudad. Perrin había creído imposible que cualquier urbe pudiera ser tan grandiosa como Caemlyn, pero, de haberla, sería Tar Valon. Toda la ciudad era una obra de arte; casi todos los edificios estaban embellecidos con arcos, chapiteles esbeltos como agujas, tallas, ornamentos... Hasta los adoquines parecían estar dispuestos de forma artística.

Los ojos de Verdugo bajaron en un rápido vistazo al cinturón de Perrin, donde éste había guardado el *ter'angreal*, metido en una bolsa creada para ese fin. La punta, de filamentos plateados retorcidos entre sí en una compleja trenza, asomaba por la boca de la bolsa. Perrin también había intentado destruirlo imaginando que ocurría tal cosa, pero el pensamiento rebotó, rechazado por el *ter'angreal*. Los golpes con el martillo ni siquiera habían logrado doblarlo. Fuera lo que fuese aquel objeto, había sido construido para resistir ese tipo de ataques.

—Te has vuelto más diestro —dijo Verdugo—. Debí matarte hace meses.

—Creo que lo intentaste —replicó Perrin a la par que enarboló el martillo para apoyarlo sobre el hombro—. ¿Quién eres en realidad?

—Un hombre de dos mundos, Perrin Aybara. Uno que pertenece a ambos. He de recobrar el clavo de sueños.

—Da un paso más y lo destruiré —amenazó Perrin.

Verdugo resopló con sorna y avanzó.

—No tienes fuerza para hacerlo, chico —dijo—. Ni siquiera yo la tengo.

El hombre desvió fugazmente la vista, en un gesto inconsciente, más allá de Perrin. ¿Hacia qué?

«El Monte del Dragón —adivinó Perrin—. Le ha debido preocupar que viniera hacia aquí para arrojarlo al cráter.»

¿Era eso, pues, una indicación de la forma en que podría destruir el *ter'angreal*. ¿O la intención de Verdugo era embaucarlo para que cometiera un error?

—No me hagas perder más tiempo, chico —advirtió Verdugo, que de pronto empuñaba espada y cuchillo en las manos al tiempo que daba otro paso—. Hoy ya he matado cuatro lobos. Dame el clavo de sueños.

¿A cuatro? Pero si sólo había matado uno, que él hubiera visto. «Está intentando aguijonearme», pensó.

—¿Crees que voy a tragarme que no me matarías si te lo entregara? —replicó—.

Si te lo doy, lo volverías a clavar en Ghealdan. Sabes que te seguiría hasta allí. —Sacudió la cabeza—. Uno de los dos ha de morir, y no hay más que hablar.

Verdugo vaciló un instante, pero luego sonrió.

—Luc te odia, ¿sabes? Te odia con todas sus fuerzas —comentó.

—Ah, ¿y tú no?

—No más de lo que un lobo odia al ciervo.

—Pero tú no eres un lobo —dijo Perrin con un quedo gruñido, a lo que Verdugo respondió encogiéndose de hombros.

—Entonces, acabemos con esto de una vez. —Y se abalanzó sobre él.

Gawyn entró a la carga en la Torre Blanca, sin darles casi tiempo de salvar a los hombres que estaban de guardia. Pasó a todo correr por delante de lámparas de pie, la mitad de ellas apagadas para no gastar tanto aceite.

Llegaba a una rampa que subía hacia los otros niveles cuando oyó pasos a su espalda.

Desenvainó la espada, que siseó al extraerla de la funda, y giró sobre sí mismo con rapidez. Mazone y Celark se pararon en seco. Los antiguos Cachorros eran ahora guardias de la Torre uniformados. ¿Intentarían detenerlo? A saber qué órdenes habría dado Egwene.

Los dos hombres saludaron.

—¿Qué hacéis, muchachos? —preguntó Gawyn.

—Señor —contestó Celark, en cuyo rostro descarnado creaba sombras la luz titilante de las lámparas—, si uno ve a un oficial pasar corriendo con la expresión que tenéis vos, no pregunta si necesita ayuda. ¡Lo sigue, sin más!

—Vamos —indicó Gawyn con una sonrisa.

Subió por la rampa corriendo, seguido por los dos hombres, todos con las espadas prestas.

Los aposentos de Egwene estaban en un nivel alto, y Gawyn tenía el pulso acelerado y respiraba con cierta dificultad cuando llegaron a él. Avanzaron con premura por los pasillos; entonces Gawyn levantó una mano y observó con atención los cercanos recovecos en sombras. ¿Alguno de ellos era lo bastante profundo para ocultar a un Puñal Sanguinario?

No puede haber luz sin sombra...

Se asomó por la esquina para ver la puerta de Egwene; Gawyn se encontraba más o menos en la misma posición en la que había estado la vez que había echado a perder los planes de Egwene. ¿Estaría haciendo lo mismo ahora? Los dos guardias se mantenían cerca, detrás de él, a la espera de sus órdenes.

Sí. Iba a hacer lo mismo que había hecho antes. Y, sin embargo, algo había cambiado. Se encargaría de que estuviera protegida para que realizara grandes cosas.

Estaría a su sombra y se sentiría orgulloso. Haría lo que ella le pidiera, pero... La mantendría a salvo, pasara lo que pasara.

Porque eso era lo que un Guardián hacía.

Se deslizó hacia adelante e hizo una seña a sus hombres para que lo siguieran. La oscuridad en aquel recoveco sombrío no parecía "repeler" su atención como había ocurrido la última vez. Buena señal. Se paró junto a la puerta y tanteó el picaporte con cuidado. No estaba cerrado con llave.

Respiró hondo y se coló dentro.

No saltaron alarmas, no lo apresaron trampas para levantarlo en vilo, no se encendieron lámparas en las paredes. Al oír un leve ruido miró hacia arriba. Una doncella de la Torre se hallaba suspendida en el aire, debatiéndose, con los ojos desorbitados y la boca amordazada por un flujo de Aire.

Gawyn maldijo, atravesó la estancia a toda prisa y abrió de golpe la puerta del dormitorio de Egwene. El lecho, situado en la pared del fondo, tenía colgaduras de gasa blanca y una lámpara ardía en la mesita de noche. Gawyn cruzó el cuarto y apartó las colgaduras. ¿Estaba dormida o estaba...?

Alargó la mano hacia el cuello, pero un sonido casi imperceptible, a su espalda, lo hizo girar sobre sí mismo como un rayo con la espada alzada y logró parar el golpe dirigido a su espalda. Dos borrones de oscuridad, no uno, saltaron de las sombras. Echó una ojeada fugaz a Egwene; no había sangre, pero ignoraba si la joven respiraba o no. ¿Su entrada había interrumpido a tiempo a los asesinos?

No había tiempo para comprobarlo. Adoptó la pose de *Flores de manzano al viento* y se puso a gritar. Sus hombres aparecieron en la puerta y se quedaron parados allí, estupefactos.

—¡Id a buscar ayuda! —ordenó—. ¡Id!

El guardia de piel oscura, Mazone, se dio media vuelta para cumplir la orden, mientras que Celark, con gesto decidido, se adelantó para unirse a la lucha.

Los Puñales Sanguinarios se desplazaban con movimientos ondulantes.

Gawyn se las ingenió para pasar a *El gato sobre la arena ardiente* a fin de tantearlos, pero las dos arremetidas sólo dieron en el aire. Los ojos ya le habían empezado a doler por el esfuerzo de seguir los movimientos de las figuras.

Celark atacó desde atrás, pero con tan poco resultado como Gawyn.

Este apretó los dientes mientras combatía de espaldas a la cama. Tenía que mantenerlos lejos de Egwene el tiempo suficiente para que llegara ayuda. Si podía...

Ambas figuras se giraron de repente y atacaron a la vez a Celark. El hombre apenas tuvo tiempo para maldecir antes de que una espada lo alcanzara en el cuello y la sangre brotara a chorros. Gawyn volvió a gritar y ensayó *El lagarto en el espino* arremetiendo contra la espalda de los asesinos.

De nuevo, falló los golpes. Parecía como si no hubiese llegado por un pelo.

Celark se desplomó en el suelo con un gorgoteo; la luz de la lámpara se reflejó en la sangre, pero Gawyn no podía avanzar para defenderlo. Si lo hacía, dejaría desprotegida a Egwene.

Uno de los asesinos se volvió hacia él mientras el otro decapitaba a Celark con un tajo que —a pesar de las sombras— se parecía mucho a *El río socava la orilla*. Gawyn dio un paso atrás procurando que los ojos no se le fueran hacia el hombre caído. Defender. ¡Sólo tenía que defender hasta que llegara ayuda! Se desplazó centímetro a centímetro hacia un lado.

Los seanchan se mostraban cautelosos; sabían que había luchado contra uno de ellos antes. Pero la ventaja de ser dos era enorme. Gawyn no las tenía todas consigo sobre su capacidad de aguantar contra ambos.

«Pues claro que aguantarás —se increpó—. Si tú caes, Egwene morirá.»

¿Había visto como un parpadeo en la antesala? ¿Vendría ayuda ya? Sintió una oleada de esperanza y se desplazó otro poco hacia un lado. Desde allí alcanzó a ver el cuerpo de Mazone tendido en el suelo, ensangrentado.

Una tercera figura oscura se deslizó dentro del dormitorio y cerró la puerta tras de sí, echando la llave. Ése era el motivo de que los otros dos se hubiesen mostrado un tanto remisos. Querían esperar hasta que llegara su aliado.

Los tres atacaron a un tiempo.

Perrin dejó salir al lobo.

Por una vez, no le preocupó lo que le hiciera a él. Se permitió "ser", y mientras luchaba el mundo pareció que se volvía apropiado a su alrededor.

Quizás era porque se sometía a su voluntad.

Joven Toro saltó desde un tejado de Tar Valon impulsado en el aire por las poderosas patas traseras y con la bolsa del *ter'angreal* ceñida al lomo. Se elevó por encima de la calle y aterrizó en un tejado de mármol blanco con grupos de estatuas repartidas por el borde. Rodó sobre sí mismo y se incorporó como un hombre, con el *ter'angreal* atado a la cintura y el martillo meciéndose en la mano.

Verdugo desapareció justo cuando el martillo golpeaba y reapareció al lado de Perrin, el cual desapareció cuando Verdugo arremetía con la espada y reapareció a la izquierda. Fueron atrás y adelante, girando uno en torno al otro, cada cual desapareciendo para reaparecer de nuevo al momento, bregando para asestar un golpe.

Perrin rompió el ciclo desplazándose junto a una de las grandes estatuas del tejado, un general de aspecto pomposo. Descargó el martillo contra ella incrementando la fuerza del impacto. Fragmentos de la estatua salieron disparados hacia Verdugo. El asesino de lobos apareció, creyendo que encontraría a Perrin a su lado. En cambio, una lluvia de piedras y polvo cayó sobre él.

Verdugo chilló cuando las lascas le cortaron la piel. De inmediato, la capa se tornó fuerte como acero en el que se reflejaban trozos de piedra que salieron rebotados con violencia. Todo el edificio empezó a temblar.

Perrin maldijo y saltó justo en el momento en que el techo se desplomaba.

Perrin surcó el aire convirtiéndose en un lobo antes de caer en un tejado cercano. Verdugo apareció delante de él con el arco tensado. Joven Toro gruñó imaginándose un golpe de viento, pero Verdugo no disparó.

Se quedó inmóvil como si...

Como si fuera una estatua.

Perrin maldijo y giró sobre sí mismo al tiempo que una flecha le pasaba rozando la cintura, fallando por muy poco. El verdadero Verdugo se hallaba a corta distancia; desapareció dejando atrás la estatua increíblemente detallada que había creado para distraerlo.

Perrin hizo una profunda inhalación y provocó que el sudor le desapareciera de la frente. Verdugo podía atacarlo desde cualquier dirección.

Colocó un muro a su espalda y recorrió con la mirada el tejado, con cuidado. La cúpula se sacudió por encima de su cabeza. Se había acostumbrado a que ocurriera eso, ya que se movía con él.

Pero él no se estaba moviendo.

Bajó la vista a la cintura, lleno de pánico. La bolsa había desaparecido; la flecha disparada por Verdugo había cortado las ataduras. Perrin se lanzó hacia el borde del tejado. Allá abajo, Verdugo corría por la calle con la bolsa en la mano.

Un lobo saltó desde un callejón y chocó contra Verdugo, arrojándolo al suelo. *Saltador*.

Perrin apareció allí al instante, atacando. Verdugo maldijo y desapareció de debajo del lobo y reapareció al final de la calle. Empezó a huir dejando tras de sí un borrón.

Perrin fue tras él y *Saltador* se unió a la persecución.

¿Cómo me has encontrado?, transmitió Perrin.

Sois dos cachorros tontos, proyectó el lobo. *Muy ruidosos. Como gatos enzarzados. Fáciles de encontrar.*

No le había enseñado a *Saltador* dónde iba a propósito. Después de ver morir a *Danzarina del Roble*... En fin, que ésta era su lucha. Ahora que el *ter'angreal* se hallaba lejos de Ghealdan y su gente estaría huyendo, no quería arriesgarse a que otros lobos perdieran la vida.

Pero *Saltador* no iba a marcharse porque él se lo dijera, así que, con otro gruñido, Perrin salió disparado en pos de Verdugo, con el lobo a su lado.

Egwene estaba agazapada junto a la pared del pasillo, jadeante, con el sudor

perlándole la frente. Enfrente, goterones de piedra fundida se enfriaban tras la explosión de fuego.

El pasillo se sumió en el silencio. Unas cuantas lámparas titilaron de forma fugaz en la pared. A través de una ventana se divisaba el cielo purpúreo en lo alto, entre la Torre y las oscuras nubes. Llevaba luchando lo que le parecían horas, aunque lo más probable es que sólo hubieran pasado quince minutos. Había perdido el rastro de las Sabias.

Empezó a moverse con sigilo, valiéndose del tejido contra escuchas a escondidas para que no se oyeran las pisadas, hasta que llegó a la esquina y se asomó. Oscuridad en ambas direcciones. Avanzó sigilosa, con cuidado, pero resuelta. La Torre era su dominio. Se sentía invadida, tanto como cuando habían atacado los seanchan. Sin embargo, esta lucha había resultado ser muy diferente. En la otra, el enemigo se había mostrado osado, fácil de localizar.

Una luz débil apareció por debajo de la puerta que había más adelante.

Egwene se desplazó al interior de la habitación al tiempo que preparaba tejidos. Dentro había dos mujeres hablando en susurros, y una sostenía un globo de luz. Evanellein y Mestra, dos de las hermanas Negras que habían huido de la Torre Blanca.

Egwene lanzó una bola de fuego que destruyó a Mestra en un estallido abrasador. Evanellein chilló, y Egwene usó un truco que Nynaeve le había enseñado: imaginó a Evanellein estúpida, incapaz de pensar, incapaz de reaccionar.

Los ojos de la mujer se tornaron vidriosos y la boca se le abrió. El pensamiento era más rápido que los tejidos. Egwene titubeó. Y ahora ¿qué?

¿Matarla mientras se hallaba indefensa? La mera idea hizo que se le revolviera el estómago.

«Podría capturarla. Ir y...»

Alguien apareció en el cuarto. La recién llegada vestía de negro, un ropaje magnífico con adornos plateados. La oscuridad se arremolinaba en torno a la mujer cual cintas de paño negro al tiempo que los vuelos de la falda ondeaban. El efecto era antinatural e impresionante, posible sólo allí, en el *Tel'aran'rhiod*.

Egwene miró a los ojos a la mujer. Grandes y azules, la cara angulosa, con el cabello negro cortado a la altura de la barbilla. Había poder en aquellos ojos, y Egwene supo de inmediato a quién se estaba enfrentando.

¿Por qué luchar? Ella no podía...

Sintió que empezaba a pensar de otra forma, que la aceptación entraba en su mente. Luchó contra ello con un ataque de pánico y, en un momento de lucidez, se desplazó a otro lugar.

Y apareció en su dormitorio; se llevó la mano a la cabeza y se sentó en la cama. Luz, qué fuerte era esa mujer.

Algo sonó a su lado y alguien apareció en el cuarto. Egwene se incorporó de un brinco mientras preparaba tejidos. Era Nynaeve, con los ojos desorbitados por la ira. La mujer adelantó las manos, creando tejidos, pero se frenó de golpe al verla.

—A los jardines —dijo Egwene, sin fiarse de la seguridad de sus aposentos. No debería haber ido allí; Mesaana conocería ese sitio.

Nynaeve asintió y Egwene desapareció para aparecer al instante en el jardín inferior de la Torre. La extraña cúpula violeta se extendía por encima. ¿Qué sería eso y cómo lo habría llevado allí Mesaana? Nynaeve apareció un instante después.

—Siguen allí arriba —susurró Nynaeve—. Acabo de ver a Alviarin.

—Y yo a Mesaana —dijo Egwene—. Casi me atrapó.

—¡Luz! ¿Estáis bien?

Egwene asintió con la cabeza.

—Mestra ha muerto —informó a Nynaeve—. También vi a Evanellein.

—Allí arriba está todo negro como una tumba ——siguió Nynaeve en un susurro —. Creo que lo han hecho a propósito. Siuan y Leane se encuentran bien; las vi hace poco, sin despegarse la una de la otra. Un momento antes me las arreglé para alcanzar a Notori con un chorro de fuego. Ha muerto.

—Bien. El Ajah Negro robó diecinueve *ter'angreal*. Eso podría darnos una estimación de contra cuántas hermanas Negras tenemos que luchar.

Esas mujeres las superaban con creces en número a Siuan, Nynaeve, Leane, las tres Sabias y ella, pero las mujeres del Ajah Negro no parecían tener mucha experiencia en el *Tel'aran'rhiod*.

—¿Has visto a las Sabias?

—Están allí arriba. —Nynaeve torció el gesto—. Daba la impresión de que estuvieran disfrutando con esto.

—Y disfrutan, no te quepa duda —dijo Egwene—. Quiero que tú y yo vayamos juntas. Apareceremos en las intersecciones, espalda contra espalda, y buscaremos deprisa señales de luz o de gente. Si ves a una Negra, ataca. Si alguien te ve, di "vamos" y volveremos aquí.

Nynaeve asintió con un cabeceo.

—La primera intersección es la que se encuentra enfrente de mis aposentos —indicó Egwene—. El pasillo del lado sur. Lo llenaré de luz, y tú estáte preparada. Desde allí, saltaremos al siguiente pasillo, junto a la puerta que da a la rampa de los criados. Y a continuación el siguiente en línea.

Nynaeve asintió con otro brusco cabeceo.

El mundo parpadeó alrededor de Egwene, que apareció en el pasillo y de inmediato pensó en ese lugar iluminado, imponiendo su voluntad. La luz inundó todo el espacio. Una mujer de cara redonda estaba agazapada cerca de la pared, vestida de blanco. Era Sedore, otra de las hermanas Negras.

La mujer giró sobre sí con gesto enfadado mientras los tejidos surgían a su alrededor. Egwene trabajó más deprisa y creó una columna de fuego justo antes de que Sedore tuviera tiempo de lanzar la suya. No hubo tejido por parte de Egwene, sólo fuego.

Egwene vio que la Negra abría mucho los ojos cuando el fuego rugió a su alrededor. Sedore chilló, pero el grito se cortó de golpe cuando el calor consumió a la mujer. El cadáver abrasado se desmoronó en el suelo, ardiendo sin llama. Egwene soltó un suspiro de alivio.

—¿Alguien por tu lado? —preguntó.

—No. ¿A quién habéis dado?

—A Sedore.

—¿En serio? —dijo Nynaeve, que se volvió hacia ella.

Esa mujer había sido una Asentada del Amarillo.

—Vamos al siguiente pasillo —indicó Egwene con una sonrisa.

Saltaron allí y repitieron la estrategia llenando el pasillo de luz. No había nadie, así que se desplazaron de nuevo. Los dos pasillos siguientes también estaban desiertos. Egwene estaba a punto de marcharse cuando una voz masculló:

—Muchacha estúpida. Tu pauta es obvia.

—¿Dónde...? —Egwene giró sobre sí misma con rapidez.

No dijo más al ver a Bair. La anciana Sabia había cambiado la ropa e incluso la propia piel para que fueran acordes con las paredes blancas y las baldosas. Agazapada en un recoveco, era prácticamente invisible.

—No tendrías que... —empezó Bair.

La pared que había cerca explotó hacia afuera y los fragmentos de piedra salieron despedidos. Al otro lado había seis mujeres que las atacaron con tejidos de Fuego.

Por lo visto, el momento de moverse a escondidas había terminado.

Perrin pasó por encima del muro que rodeaba el recinto de la Torre Blanca y cayó al otro lado con fuerza. Las cosas fuera de lugar en el Sueño del Lobo seguían presentes; ahora no sólo percibía olores raros, sino que también oía sonidos extraños. Retumbos dentro de la Torre.

Saltó en pos de Verdugo, que cruzaba el jardín para después correr por la Torre pared arriba. Perrin fue tras él, corriendo en el aire. Verdugo iba un poco más adelante, con la bolsa del *ter'angreal* atada a la cintura.

Perrin creó un arco largo, lo tensó y, parándose en seco, de pie en la pared de la Torre, disparó. Pero el asesino de lobos saltó y después cayó a través de una ventana de la Torre. La flecha le pasó por encima de la cabeza.

Perrin se coló también por la ventana y a continuación se agazapó; *Saltador* entró a continuación, dejando un borrón tras de sí. Habían entrado en un dormitorio con

colgaduras de brocado azul. La puerta se cerró de golpe y Perrin cargó detrás de Verdugo. Ni se molestó en abrir la puerta; la destrozó con el martillo.

Verdugo corría pasillo abajo.

Síguelo, le proyectó al lobo. *Yo le saldré al paso por el otro lado.*

Saltador corrió tras el hombre mientras Perrin se dirigía hacia la derecha para después cortar por otro pasillo. Se movía deprisa y las paredes pasaban veloces a los lados.

Pasó por delante de un pasillo lateral que parecía estar lleno de gente.

Le sorprendió tanto que se paró de golpe, y el pasillo dio bandazos a su alrededor.

Eran Aes Sedai, nada menos, y estaban luchando. Chorros de fuego que volaban de un lado a otro iluminaban el pasillo. Los ruidos que había oído antes no eran imaginarios. Y le pareció que... Sí.

—¿Egwene? —preguntó.

La joven se encontraba pegada a una pared cercana y miraba con fijeza pasillo abajo. Al hablar él, giró sobre sí mismo mientras alzaba las manos.

Sintió que algo lo asía, como un soplo de aire, pero su mente reaccionó al instante y lo empujó, apartándolo de él.

Egwene dio un respingo al comprobar que no lo había apresado. Perrin avanzó un paso.

—Egwene, no deberías estar aquí. Este sitio es peligroso.

—¿Perrin? —dijo ella con incredulidad.

—No sé cómo has llegado aquí, pero tienes que irte, por favor.

—¿Cómo has inutilizado mi tejido? —demandó—. ¿Y qué haces aquí?

—¿Has estado con Rand? Dime dónde se encuentra.

Con qué autoridad hablaba ahora. Casi parecía una persona diferente, décadas mayor que la muchacha que él recordaba. Perrin abrió la boca para contestar, pero Egwene se adelantó.

—No tengo tiempo para esto —dijo—. Lo siento, Perrin. Volveré a buscarte.

Alzó la mano y él notó que algo cambiaba a su alrededor. Aparecieron cuerdas que lo ataban.

Bajó la vista hacia ellas, divertido. Las cuerdas se soltaron en el instante en que pensó que estaban demasiado flojas.

Egwene parpadeó al verlas caer al suelo.

—¿Cómo...?

Alguien irrumpió desde un cuarto cercano, una mujer alta, de cuello esbelto, con el cabello muy negro y ataviada con un lustroso vestido blanco. Levantando las manos, la mujer sonrió y una luz apareció ante ella.

Perrin no necesitaba saber lo que hacía. Era un lobo; era el que dirigía este lugar. Los tejidos eran irrelevantes. Imaginó que el ataque de la mujer no lo alcanzaba;

sabía que sería así.

Una barra de luz blanca salió disparada de las manos de la mujer. Perrin alzó una mano delante de Egwene y de sí mismo. La luz se desvaneció, como si la parara con la palma.

Egwene se volvió, y la pared que se alzaba cerca de la mujer estalló. Le llovieron encima escombros de piedra, y un trozo grande le dio en la cabeza con una fuerza tan brutal que la derribó al suelo. Luz, lo más probable es que estuviera muerta, después de un impacto así.

Egwene olía a asombro. Se volvió hacia él.

—¿Fuego compacto? ¿Has parado fuego compacto? Nada debería poder hacer eso.

—Sólo es un tejido —contestó Perrin, que proyectó la mente en busca de *Saltador*. ¿Dónde estaría Verdugo?

—No es sólo un tejido, Perrin, es...

—Lo siento, Egwene. Hablaré contigo después. Ten cuidado en este sitio. Es probable que ya sepas que has de ser prudente, pero aun así... Esto es más peligroso de lo que imaginas.

Se volvió y echó a correr, dejando a Egwene balbuciendo algo. Al parecer se las había arreglado para llegar a Aes Sedai. Eso estaba bien; se lo merecía.

¡*Saltador*!, transmitió. *¿Dónde estás?*

La única respuesta fue una repentina, aterradora, proyección de dolor.

Gawyn luchaba a vida o muerte contra las tres sombras de oscuridad y acero.

Lo presionaban al máximo de su habilidad y lo habían herido media docena de veces en brazos y piernas. Recurrió a *El ciclón ruge* para defender los órganos vitales. Por los pelos.

Gotas de su sangre manchaban las colgaduras de gasa del lecho de Egwene. Si sus oponentes ya la habían matado, entonces estaban haciendo una buena exhibición de seguir amenazando su vida.

A cada instante que pasaba se sentía más cansado y más debilitado. Las botas dejaban huellas rojas cuando daba un paso. No sentía dolor. Las paradas se iban lentificando, y los asesinos acabarían con él en cualquier momento. No llegaba ayuda, aunque se había quedado ronco de gritar.

«¡Necio! —pensó—. ¡Antes de correr derecho hacia el peligro tendrías que haberte parado a pensar!» Debería haber alertado a toda la Torre.

La única razón de que estuviera vivo era porque los tres adversarios actuaban con precaución, agotándolo. Cuando él hubiera caído, esa *sul'dam* había pronosticado que se lanzarían a una espiral de violencia por toda la Torre Blanca, arrasándolo todo. Pillarían por completo desprevenidas a las Aes Sedai. Esa noche podía originarse un

desastre mucho mayor que el causado en el primer ataque seanchan.

Los tres se adelantaron.

«¡No!», pensó Gawyn mientras uno de ellos amagaba con *El río socava la orilla*. Saltó hacia adelante, hurtando el cuerpo entre dos cuchillas y blandiendo su arma. Lo sorprendente fue que consiguió golpear a alguno de ellos y una voz gritó en el dormitorio. La sangre salpicó por el suelo mientras una forma oscura caía.

Los otros dos mascullaron maldiciones y se esfumó toda pretensión de desgastarlo. Arremetieron contra él con las armas destellando en medio de una oscura neblina. Exhausto, Gawyn recibió otro tajo en el hombro y la sangre resbaló por el brazo debajo de la chaqueta.

Sombras. ¿Cómo podía esperar nadie que uno luchara contra sombras? ¡Era imposible!

«Donde hay luz, tiene que haber sombra...», pensó.

Entonces se le ocurrió una idea desesperada. Con un grito, saltó hacia un lado y sacó de un tirón una almohada de la cama de Egwene. Las cuchillas cortaron el aire a su alrededor, mientras Gawyn giraba y, golpeando con la almohada en la lámpara de aceite, la apagaba.

El dormitorio se sumió en la oscuridad. Sin luz. Sin sombras.

Paridad.

La oscuridad lo igualaba todo, y de noche no había color. No veía la sangre que le corría por los brazos, no veía las negras sombras de sus enemigos ni la blancura del lecho de Egwene. Pero sí oía moverse a los asesinos.

Enarboló la espada para lanzar un ataque desesperado con *El colibrí besa la madreselva*, presintiendo hacia dónde se moverían los Puñales Sanguinarios. Ya no lo distraían las figuras nebulosas y la hoja dio en el blanco, hundiéndose en carne.

Se revolvió y liberó de un tirón el arma. El silencio se adueñó del dormitorio a excepción del golpe del hombre al que había alcanzado. Gawyn contuvo la respiración, aturdido por el fuerte golpeteo de los latidos del corazón en los oídos. ¿Dónde estaba el último asesino?

Por debajo de la puerta no se colaba luz de la antesala; Celark había caído a la entrada y el cuerpo la tapaba.

Gawyn temblaba ahora; había perdido demasiada sangre. Si tuviera algo que arrojar a un lado para crear una distracción... Pero no. Cualquier movimiento produciría roce en la ropa y revelaría su posición.

Así pues, apretando los dientes, dio un golpe suave con el pie y alzó la espada para protegerse el cuello, rogando a la Luz que el ataque llegara bajo.

Y así fue, hundiéndose en un profundo tajo en el costado de Gawyn.

Lo recibió con un gruñido, pero de inmediato arremetió con todas las fuerzas que le quedaban. La espada silbó en el aire y, con un seco y conciso impulso, cortó con

precisión. Lo siguió un golpe seco; la cabeza decapitada llegó hasta la pared dando brincos, y a continuación se oyó el ruido de un cuerpo al desplomarse en el suelo.

Gawyn se derrumbó contra la cama mientras la sangre le salía a borbotones del costado. Estaba a punto de perder el conocimiento, aunque en la negrura del dormitorio no supo si la vista se le nublaba o no.

Tanteó hacia donde recordaba haber visto que Egwene tenía la mano, pero la debilidad le impidió encontrarla.

Un instante después, caía tendido en el suelo. Su último pensamiento fue que aún no sabía si ella estaba muerta o no.

—Insigne Señora —dijo Katerine, arrodillada delante de Mesaana—, no encontramos el objeto que habéis descrito. La mitad de nuestras mujeres lo busca mientras la otra mitad lucha contra esas despreciables larvas que resisten. ¡Pero no está por ninguna parte!

Mesaana se cruzó de brazos, considerando la situación. Con indiferencia, azotó la espalda de Katerine con filamentos de Aire. El fracaso debía tener su castigo siempre. Actuar de forma consecuente era la clave de todo tipo de entrenamiento.

La Torre Blanca retumbaba allá arriba, aunque allí se encontraban a salvo. Había impuesto su voluntad en esa zona creando un nuevo cuarto debajo de los sótanos, excavado en la roca. Era obvio que las pequeñas que luchaban arriba se consideraban expertas en este lugar, pero eran lo que eran, unas pequeñas. Ella había entrado en el *Tel'aran'rhiod* durante un siglo antes de su encarcelamiento.

La Torre retumbó otra vez. Se planteó la situación con detenimiento.

A saber cómo, las Aes Sedai habían encontrado un clavo de sueños.

¿Cómo habrían localizado semejante tesoro? Mesaana estaba interesada en apoderarse de ese objeto de Poder casi tanto como lo estaba en dominar a la pequeña Amyrlin, Egwene al'Vere. Tener al alcance la capacidad de impedir accesos en tu refugio... En fin, que era una herramienta vital, sobre todo cuando decidiera actuar contra los otros Elegidos. Era más eficaz que las salvaguardias y servía para proteger los sueños de uno de cualquier intrusión, así como para impedir todo tipo de Viaje hacia adentro y hacia afuera del área, a excepción de los que tuvieran permiso.

Sin embargo, con el clavo de sueños instalado allí, ella tampoco podía desplazar la batalla con las pequeñas de arriba a una ubicación más a propósito, seleccionada con cuidado. Exasperante. Pero no, no se dejaría arrastrar por las emociones respecto a la situación actual.

—Vuelve arriba y concentraos en capturar a esa Egwene al'Vere —le ordenó a Katerine—. Ella sabrá dónde se halla el objeto.

Sí, ahora era evidente para ella. Obtendría dos victorias con una única maniobra.

—Sí... Insigne Señora...

Katerine aún se encogía por los azotes de Aire que le golpeaban en la espalda. Oh, sí. Mesaana hizo un gesto brusco con la mano que deshizo el tejido. Entonces se le ocurrió una idea.

—Espera aquí un momento —le dijo a la Negra—. Voy a colocarte un tejido...

Perrin apareció en la cúspide de la Torre Blanca.

Verdugo sujetaba a *Saltador* por el pescuezo. El lobo tenía una flecha clavada en el costado, y la sangre le resbalaba por la pata y goteaba por la zarpa.

El viento sopló a través de la estructura y esparció la sangre sobre las piedras.

—¡*Saltador*!

Perrin dio un paso hacia ellos. Todavía percibía la mente del lobo, aunque muy débil.

Verdugo lo alzó en vilo con facilidad y enarboló un cuchillo.

—No, ya tienes lo que quieres —dijo Perrin—. Vete.

—¿Y qué fue lo que dijiste antes? ¿Eso de que sabías dónde iría y me seguirías? A este lado, es muy fácil localizar el clavo de sueños.

Con actitud indiferente, lanzó al lobo por encima del antepecho de piedra.

—¡NO! —bramó Perrin.

Saltó hacia el borde, pero Verdugo apareció junto a él, lo agarró y levantó el cuchillo. Con el impulso, ambos rebotaron contra el antepecho y a Perrin el estómago le dio un vuelco al caer al vacío.

Intentó deshacerse de Verdugo, pero éste lo tenía bien sujeto y procuraba con todas sus fuerzas no soltarlo. Se sacudieron un instante, pero siguieron cayendo.

Verdugo era tan fuerte... Olía mal, como a rancio y a sangre de lobo.

El cuchillo le buscó la garganta, y lo único que fue capaz de hacer Perrin fue alzar el brazo para parar el golpe mientras pensaba que la camisa era dura como el acero.

Verdugo apretó más. Perrin tuvo un instante de debilidad al sentir la herida del pecho palpitándole mientras se precipitaban hacia el suelo. El cuchillo hendió la manga de Perrin y se hundió en el antebrazo.

Perrin gritó. Qué fuerte era el silbido del viento. Sólo habían pasado segundos. Verdugo sacó el cuchillo.

«¡*Saltador*!»

Perrin rugió y pateó a Verdugo, apartándolo de sí, rota la presa. Con el brazo ardiéndole, Perrin giró en el aire. El suelo salía a su encuentro a toda velocidad. Deseó estar en otro sitio y apareció justo debajo de *Saltador*, agarró al lobo un instante antes de que se estrellara contra el suelo.

Las rodillas se le doblaron y el suelo se resquebrajó a su alrededor. Pero consiguió bajar a *Saltador* sin daño.

Una flecha de plumas negra llegó silbando desde arriba y atravesó la espalda de

Saltador de parte a parte y se hundió en el muslo de Perrin, que estaba en cuclillas debajo del lobo.

Perrin gritó al sentir su propio dolor mezclado con la repentina oleada de sufrimiento del lobo. La mente de *Saltador* se apagaba.

—¡No! —gritó, con lágrimas en los ojos.

Joven Toro... proyectó el lobo.

Perrin intentó desplazarse a otro sitio, pero tenía la mente ofuscada.

No tardaría en llegar otra flecha. Se las ingenió para rodar sobre sí mismo y quitarse de la trayectoria del astil, que golpeó en el suelo, pero la pierna no le respondía, y *Saltador* pesaba tanto... Se agachó y soltó al lobo, haciéndolo rodar sobre sí mismo.

Verdugo aterrizó a corta distancia, con el horrendo arco negro en la mano.

—Adiós, Aybara. —Verdugo tensó el arco largo—. Parece que al final hoy mataré cinco lobos.

Perrin miró la flecha. Todo estaba borroso.

«No puedo abandonar a Faile. No puedo abandonar a *Saltador*.»

«¡Y no los abandonaré!»

Verdugo disparó la flecha y Perrin, desesperado, se imaginó fuerte, no desfallecido. Sintió el corazón sano y fuerte de nuevo, llenando de energía las venas. Gritó, de forma que se aclaró la cabeza lo suficiente para lograr desaparecer y reaparecer detrás de Verdugo.

Arremetió con el martillo.

Verdugo se dio media vuelta con despreocupación y paró el golpe con el brazo, que era increíblemente fuerte. Perrin cayó sobre una rodilla, todavía con el dolor de la pierna presente. Ahogó un grito de dolor.

—No sabes curarte —dijo Verdugo—. Hay modos de hacerlo, pero el simple hecho de imaginarte en buenas condiciones físicas no funciona. No obstante, sí parece que has conseguido recobrar el flujo sanguíneo, que es muy útil.

Perrin olió algo. Terror. ¿Era suyo?

No, no. Era "allí". Detrás de Verdugo se había abierto una puerta a la Torre Blanca, y dentro había negrura. No sombra, sino negrura. Perrin había practicado lo suficiente con *Saltador* para identificar lo que era.

Una pesadilla.

Verdugo abría la boca para decir algo cuando Perrin, rugiendo, se lanzó con todo su peso hacia adelante y chocó contra el hombre. El dolor en la pierna fue horrendo.

Los dos se precipitaron en la negrura de la pesadilla.

CAPÍTULO 38

Heridas

Chorros de fuego surcaban los oscuros pasillos de la Torre Blanca y dejaban estelas de humo, densas y acres, que se enroscaban en el aire. La gente gritaba, chillaba y maldecía. Las paredes se sacudían cuando los impactos las alcanzaban; esquirlas y fragmentos de piedra pulverizaban tejidos de Aire creados como protección.

«Allí.» Egwene localizó un sitio desde el que varias hermanas Negras arrojaban fuego hacia el pasillo. Entre ellas se encontraba Evanellein.

Egwene se desplazó dentro del cuarto contiguo a la habitación donde estaban esas mujeres; las oía al otro lado de la pared. Abrió las manos y lanzó una fortísima explosión de Tierra y Fuego contra la pared, que estalló hacia afuera.

Las mujeres escondidas al otro lado se tambalearon y cayeron; Evanellein se desplomó, ensangrentada. La otra fue lo bastante rápida para desplazarse a otro sitio.

Egwene se acercó para comprobar si Evanellein estaba muerta. Lo estaba, y Egwene asintió con satisfacción. Esa mujer era una de las que más ansiaba encontrar. Ojalá tuviera la suerte de rastrear a Katerine o a Alviarin.

Alguien encauzó. Detrás de ella. Egwene se zambulló al suelo justo cuando un chorro de Fuego pasó rozándole la cabeza. Era Mesaana, con la ropa negra ondeando a su alrededor. Egwene apretó los dientes y se desplazó a otro lugar. No se atrevía a enfrentarse a la Renegada en una lucha directa.

Apareció en un almacén, no muy lejos de donde se encontraba antes, y entonces trastabilló cuando una explosión sacudió la zona. Con un movimiento de la mano hizo una ventana en la puerta y vio pasar a Amys lanzada a la carga. La Sabia vestía *cadin'sor* y empuñaba lanzas. Tenía un hombro ennegrecido y le sangraba. Otra explosión estalló cerca de ella, pero Egwene desapareció. Ese último estallido había calentado el aire del pasillo como un horno, a la vez que deshacía la ventana que había creado, y la había obligado a retroceder.

El análisis de Saerin había sido correcto. A pesar de la lucha encarnizada, Mesaana no había huido ni se había escondido, como habría hecho Moghedien. Tal vez se sentía segura de sí misma. O quizás estaba asustada; lo más probable es que necesitara la muerte de la Amyrlin para presentar una victoria al Oscuro.

Egwene respiró hondo y se preparó para volver a la lucha, pero vaciló al recordar la aparición de Perrin. Había actuado como si ella fuera una novicia. ¿Cómo se había vuelto tan firme y tan seguro de sí mismo? A Egwene no le habían sorprendido tanto las cosas que había hecho como que hubiera sido él quien las hacía.

Su aparición era una lección. Tenía que ser más cuidadosa en cuanto a confiar en sus tejidos. Bair no tenía capacidad para encauzar, pero era más eficaz que las otras Sabias. Sin embargo, parecía que para ciertas cosas los tejidos eran mejor. Hacer volar una pared hacia afuera, por ejemplo, le había parecido más fácil con tejidos que imaginándolo, cuando imponer su voluntad contra una superficie tan grande y tan gruesa podría resultar peliagudo.

Era Aes Sedai y era una Soñadora. Tenía que hacer uso de ambas cosas. Con precaución, se trasladó de nuevo al cuarto en el que había visto a Mesaana. Estaba desierto, aunque la pared seguía en ruinas. Sonaron explosiones a la derecha y Egwene se asomó. Bolas de fuego surcaban el aire de un lado a otro en aquella dirección, y se veían los tejidos.

Egwene se desplazó detrás de uno de los grupos combatientes y creó un grueso cilindro de vidrio a su alrededor para protegerse. En esa zona la Torre tenía las paredes dañadas, con tramos derrumbados y otros candentes. Egwene atisbo una figura encorvada, vestida de azul, junto a un montón de escombros.

«¿Nicola? —pensó Egwene, colérica—. ¿Cómo ha llegado aquí? ¡Creía que ahora podía confiar en que tendría más sentido común!»

Esa muchacha tonta debía de haber conseguido un *ter'angreal* del sueño alguna de las otras que se habían despertado. Egwene se preparó para desplazarse allí y ordenar a la chica que se fuera, pero de repente el suelo saltó en pedazos bajo los pies de Nicola a causa de una llameante explosión. La chica chilló al salir lanzada por el aire, mientras a su alrededor se esparcían trozos de piedra al rojo vivo.

Con un grito, Egwene se trasladó allí mientras imaginaba un resistente muro de piedra debajo de Nicola. La chica, ensangrentada y con una expresión vacía en los ojos, cayó en él. Egwene barbotó una maldición y se arrodilló a su lado. Nicola no respiraba.

—¡No! —exclamó Egwene.

—¡Egwene al'Vere! ¡Cuidado! —gritó la voz de Melaine.

Alarmada, se volvió al tiempo que surgía un grueso muro de granito junto a ella; la piedra detuvo varios chorros de fuego que habían llegado de atrás. Melaine apareció junto a Egwene vestida de negro, incluso con la piel de color oscuro. Había estado oculta en las sombras del pasillo.

—Este sitio se está volviendo demasiado peligroso para ti —dijo la Sabia—. Déjanoslo a nosotras.

Egwene bajó la vista, y el cuerpo de Nicola desapareció.

«¡Muchacha tonta!» Se asomó por un lado del muro y vio a dos hermanas Negras —Alviarin y Ramola— espalda contra espalda y lanzando tejidos destructivos en distintas direcciones. Había un cuarto detrás de ellas. Egwene podía repetir lo que había hecho ya en varias ocasiones: saltar dentro de cuarto, destruir la pared y

golpearlas a las dos...

Muchacha estúpida. Tu pauta es obvia, volvió a oír las palabras de Bair.

Eso era lo que Mesaana quería que hiciera. Las dos hermanas Negras eran un señuelo.

Egwene se trasladó a la habitación, pero apareció dentro con la espalda contra la pared. Vació la mente y esperó, tensa.

Mesaana se presentó igual que había hecho antes, con esa ropa negra arremolinada que resultaba impresionante, pero también un tanto absurda. Requería estar pendiente de ella para mantenerla así. Egwene miró a los ojos a la sorprendida mujer y vio los tejidos que la Renegada había preparado.

«Ésos no me darán», pensó, segura de sí misma.

La Torre Blanca era suya. Mesaana y sus secuaces la habían invadido y matado a Nicola, a Shevan y a Carlinya.

Los tejidos salieron disparados, pero se doblaron alrededor de Egwene. Al instante, Egwene vestía la ropa de Sabia: blusa blanca, falda marrón, chal en los hombros. Imaginó una lanza en la mano —una lanza Aiel— y la arrojó con un movimiento preciso.

La lanza atravesó los tejidos de Fuego y Aire, deshaciéndolos, y despues chocó contra algo duro: un muro de Aire situado delante de Mesaana. Egwene se negó a aceptarlo. Ese muro no pertenecía a este lugar. No existía.

La lanza, inmóvil en el aire, de repente reanudó el vuelo y alcanzo a Mesaana en el cuello. La mujer abrió los ojos de par en par y se desplomó hacia atrás, mientras la sangre brotaba a chorros de la herida. Las negras tiras arremolinadas a su alrededor desaparecieron por completo, al igual que el vestido. De modo que se trataba de un tejido... El rostro de Mesaana se transformó en el de...

¿Katerine? Egwene frunció el entrecejo. ¿Mesaana había sido Katerine todo el tiempo? Pero la Aes Sedai era Negra y había huido de la Torre. No se había quedado y eso significaba que...

«¡Oh, no! Me la han jugado —pensó—. Katerine era un...»

En ese momento, Egwene sintió que algo se cerraba, ciñéndole el cuello. Algo frío y metálico, algo familiar y aterrador. La Fuente la abandonó al instante porque ya no tenía permiso para abrazarla.

Giró sobre sí misma, horrorizada. Una mujer con el oscuro cabello cortado a la altura de la barbilla y los ojos de un color azul intenso se encontraba junto a ella. No tenía un aspecto muy impresionante, pero era muy fuerte en el Poder. Y en la muñeca llevaba un brazalete conectado por una correa a la banda que le rodeaba el cuello a Egwene.

Un *a'dam.*

—Excelente —se congratuló Mesaana—. Qué chiquilla más indómita eres.

Chasqueó la lengua con desaprobación. En un instante, se desplazó a otro sitio llevando a Egwene consigo. Era una estancia sin ventanas que parecía estar cortada en la roca. Ni siquiera había puerta.

Alviarin aguardaba allí, con un vestido blanco y rojo. La mujer se arrodilló de inmediato ante Mesaana, aunque antes lanzó una mirada satisfecha a Egwene.

Ésta apenas se dio cuenta. Estaba petrificada, asaltada por una oleada de pensamientos aterradores. ¡Atrapada otra vez! No lo soportaba. Moriría antes que permitirlo. Por la mente le pasaron imágenes como destellos. Atrapada en una habitación, sin poder moverse más que unos pocos pies sin que el *a'dam* la doblegara. Tratada como un animal, con una sensación creciente de que al final se desmoronaría, que acabaría convirtiéndose exactamente en lo que querían que fuera.

Oh, Luz. No volvería a pasar por aquello. Otra vez no.

—Diles a las de arriba que se retiren —le decía Mesaana a Alviarin con voz sosegada, aunque Egwene apenas captó las palabras—. Son unas necias y su actuación aquí ha sido patética. Recibirán su castigo.

Así era como Nynaeve y Elayne habían capturado a Moghedien. La mantuvieron cautiva, obligada a hacer lo que le exigían. ¡Y ella correría la misma suerte! De hecho, era probable que Mesaana usara con ella la Compulsión. La Torre Blanca estaría en sus manos por completo, a disposición de los Renegados.

Las emociones la embargaron y se sorprendió aferrando el collar con frenesí; su reacción se ganó una mirada divertida de Mesaana mientras Alviarin desaparecía para transmitir la orden recibida.

Aquello no podía estar pasando. Era una pesadilla. Un...

«Eres Aes Sedai», le susurró una queda voz interior que, a pesar de la suavidad, pronunció con firmeza las palabras. Éstas penetraron en lo más profundo de su ser. La voz era más fuerte que el terror y la desesperación.

—Y ahora hablaremos del clavo de sueños —dijo Mesaana—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

«Una Aes Sedai es serenidad, una Aes Sedai es control, sea cual sea la situación.»

Egwene aflojó las manos del collar y las bajó. No se había sometido a la prueba y no tenía intención de hacerlo. Pero, si lo hubiese hecho y se hubiera visto abocada a afrontar una situación como ésta, ¿se habría desmoronado? ¿Habría demostrado no ser digna de llevar la estola que demandaba para sí?

—No quieres hablar, por lo que veo —dijo Mesaana—. Bien, eso puede cambiar gracias a estos *a'dam*. Qué artefactos tan maravillosos. Semirhage fue encantadoramente adorable por llamar mi atención sobre ellos, aunque lo hiciera por casualidad. Lástima que muriera antes de tener la oportunidad de ponerle uno al cuello.

El dolor recorrió el cuerpo de Egwene como una descarga, como si tuviera fuego

debajo de la piel. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Pero ya había sufrido dolor antes y se había reído mientras la golpeaban. Ya había estado cautiva, en la propia Torre Blanca, y la cautividad no la había detenido.

«¡Pero esto es diferente! —La mayor parte de ella estaba aterrada—. ¡Esto es un *a'dam*! ¡No podré soportarlo!»

«Una Aes Sedai debe hacerlo —le respondió la parte sosegada que había en ella —. Una Aes Sedai puede sufrir todo tipo de cosas, pues sólo entonces es cuando se puede llamar en verdad sierva de todos.»

—Veamos —continuó Mesaana—. Dime dónde has escondido el artefacto.

Egwene controló el miedo. No era fácil. ¡Luz, cuánto costaba! Pero lo logró. El semblante adquirió una expresión serena. Arrastró el *a'dam* impidiéndole ejercer control sobre ella.

Mesaana vaciló, fruncido el entrecejo. Sacudió la correa, y más dolor fluyó al cuerpo de Egwene, que lo hizo desaparecer.

—Se me ocurre, Mesaana, que Moghedien cometió un error —dijo con tranquilidad—. Ella aceptó el *a'dam*.

—¿De qué estás...?

—En este lugar, un *a'dam* es tan irrelevante como los tejidos que veda —la interrumpió Egwene—. Sólo es un objeto de metal. Y sólo detiene a quien acepta que lo haga.

El *a'dam* se desabrochó y se le soltó del cuello. Mesaana lo vio caer al suelo con un tintineo metálico. El semblante de la Renegada cobró serenidad y después frialdad cuando alzó la vista hacia Egwene. Lo impresionante era que no se asustó; se cruzó de brazos con gesto impasible.

—De modo que has practicado aquí.

Egwene le sostuvo la mirada.

—Pero sigues siendo una chiquilla —añadió Mesaana—. ¿Crees que puedes vencerme? He caminado por el *Tel'aran'rhiod* más tiempo del que podrías imaginar. Tienes... ¿cuántos? ¿Veinte años?

—Soy la Amyrlin.

—Una Amyrlin de chiquillas.

—La Amyrlin de esta Torre que ha resistido durante miles de años —respondió Egwene—. Miles de años de caos y desastres. Por el contrario, la mayor parte de tu vida la has vivido en tiempos de paz, no de conflictos. Qué curioso que te consideres tan fuerte cuando gran parte de tu vida ha sido tan fácil.

—¿Fácil? ¡Qué sabrás tú! —replicó Mesaana.

Ninguna de las dos desvió la vista. Egwene sintió que algo la presionaba, como había ocurrido antes: la voluntad de Mesaana exigiéndole sometimiento, súplica. Un intento de utilizar el *Tel'aran'rhiod* para cambiar el modo de pensar de Egwene.

Mesaana era fuerte, pero la fortaleza en este mundo era cuestión de perspectiva. La voluntad de la Renegada la presionaba, pero ella había derrotado al *a'dam*, así que también resistiría este nuevo ataque a su libre albedrío.

—Te doblegarás —musitó Mesaana.

—Te equivocas —contestó Egwene, tensa la voz—. Esto no tiene nada que ver conmigo. Egwene al'Vere será una niña, pero la Amyrlin no lo es. Puede que yo sea joven, pero la Sede es antigua.

Ninguna de las dos mujeres desvió la mirada, y Egwene empezó a "empujar" a su vez, a "exigir" que Mesaana se inclinara ante ella, ante la Amyrlin. El aire empezó a ponerse cargado alrededor de las dos y, cuando Egwene lo respiró, tuvo la sensación de que, de algún modo, era denso.

—La edad es irrelevante —añadió—. Hasta cierto punto, hasta la experiencia es irrelevante. Lo que cuenta en este lugar es la esencia de una persona, lo que es. La Amyrlin es la Torre Blanca, y la Torre Blanca no se doblegará. Te desafía, Mesaana. A ti y a tus mentiras.

Dos mujeres. Las miradas trabadas. Egwene dejó de respirar. No le hacía falta respirar. Todo se enfocaba en Mesaana. El sudor le resbaló por las sienes, cada músculo del cuerpo se le puso tenso mientras oponía resistencia y empujaba a su vez contra la voluntad de Mesaana.

Ella sabía que esa mujer, ese ser, era un insecto insignificante contra una gigantesca montaña. La montaña no se movería. De hecho, si se la empujaba con demasiado empeño, entonces...

Algo se rompió en la estancia sin hacer ruido.

Egwene respiró con un jadeo cuando el aire recuperó la normalidad. Mesaana se desplomó como una muñeca de trapo. Cayó al suelo con los ojos abiertos y un hilillo de saliva deslizándose por la comisura de los labios.

Egwene se sentó; estaba mareada, sin resuello. Miró a un lado, donde yacía el *a'dam* descartado. El objeto desapareció. Entonces echó una ojeada a Mesaana, que yacía hecha un ovillo. La respiración todavía hacía subir y bajar el pecho de la Renegada, pero los ojos de la mujer miraban sin ver.

Egwene permaneció sentada unos larguísimos instantes para recuperarse antes de ponerse de pie y abrazar la Fuente. Tejió filamentos de Aire para levantar a la inerte Mesaana, que seguía sin reaccionar, tras lo cual desplazó a la otra mujer y a sí misma de vuelta a los niveles altos de la Torre.

Las mujeres se volvieron hacia ella con sobresalto. El pasillo estaba sembrado de cascotes, pero todas las encauzadoras que vio eran de su bando. Las Sabias, que se giraron hacia ella. Nynaeve, que rebuscaba algo entre los escombros. Siuan y Leane, esta última señalada con varios cortes ennegrecidos en la cara, aunque en buenas condiciones físicas, al parecer.

—Madre —exclamó Siuan con alivio—. Habíamos temido que...

—¿Quién es ésa? —preguntó Melaine.

La Sabia se acercó a Mesaana, que flotaba en los tejidos de Aire, desmadejada, y con una expresión vacía en los ojos. De pronto, la mujer se puso a hacer ruiditos, como una criatura, mientras observaba un poco de fuego que se iba consumiendo en los restos de un tapiz.

—Es Mesaana —contestó Egwene con cansancio.

Melaine se volvió hacia ella con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—¡Luz! —exclamó Leane—. ¿Qué le habéis hecho?

—Ya he visto algo así hace tiempo —intervino Bair, que examinaba a la mujer—. Sammana, una Soñadora Sabia de mi juventud, se topó con algo en el sueño que le destruyó la mente. —Titubeó antes de añadir—: Se pasó el resto de su vida en el mundo de vigilia babeando, además de que había que cambiarle la ropa interior. No volvió a hablar, salvo palabras como las de un bebé que apenas sabe caminar.

—Quizás ha llegado el momento de dejar de pensar en ti como una aprendiza, Egwene al'Vere —dijo Amys.

Nynaeve estaba puesta en jarras, impresionada pero sin soltar la Fuente. En el sueño volvía a tener la trenza tan larga como antes.

—Las demás se han ido —comentó.

—Mesaana les ordenó que huyeran —dijo Egwene.

—No habrán llegado muy lejos, porque la cúpula sigue aquí —informó Siuan.

—Sí, pero es hora de poner fin a esta batalla —respondió Bair—. El enemigo ha caído derrotado. Volveremos a hablar, Egwene al'Vere.

—Estoy de acuerdo en ambas cosas —contestó Egwene al tiempo que asentía con la cabeza—. Bair, Amys, Melaine, gracias por vuestra valiosísima ayuda. Habéis ganado mucho *ji* y por ello estoy en deuda con vosotras.

Melaine miró a la Renegada mientras Egwene se disponía a salir del sueño.

—Creo que somos nosotras, y el propio mundo, quienes estamos en deuda contigo, Egwene al'Vere —dijo la Sabia.

Las otras asintieron con la cabeza y, cuando Egwene desaparecía del *Tel'aran'rhiod*, oyó musitar a Bair:

—Qué lástima que no quisiera regresar con nosotras.

Perrin corría entre una multitud de gente aterrorizada, en una ciudad en llamas. Tar Valon. ¡En llamas! Hasta las piedras quemaban, y el cielo tenía un intenso color rojo. El suelo se estremecía como un venado herido que patea mientras el leopardo le muerde la garganta. Perrin dio un traspié al abrirse ante él un abismo por el que salían llamaradas que le chamuscaron el vello de los brazos.

La gente chilló cuando algunas personas se precipitaron a la espantosa falla y se

consumieron en el fuego. De repente el suelo quedó sembrado de cuerpos. A su derecha, un bello edificio con ventanas en arco empezó a derretirse al licuarse la piedra, mientras la lava se filtraba entre los sillares y rezumaba por agujeros y resquicios.

Perrin se puso de pie. «No es real.»

—¡El Tarmon Gai'don! —gritaba la gente—. ¡Es la Última Batalla! ¡El fin! ¡Luz, es el fin!

Perrin trastabilló y se aupó apoyándose en un trozo de roca para ponerse de pie. Le dolía el brazo y los dedos carecían de fuerza para sujetar algo, pero la peor herida era la de la pierna, donde le había dado la flecha. Tenía el pantalón y la chaqueta manchados de sangre y el efluvio de su propio terror era muy intenso.

Sabía que esa pesadilla no era real y, sin embargo, ¿cómo desentenderse del espanto que era? Hacia el oeste, el Monte del Dragón había entrado en erupción y violentas columnas de humo se alzaban hacia el cielo. Toda la montaña parecía estar en llamas, con ríos rojos que descendían por las laderas; Perrin la sentía estremecerse, moribunda. Los edificios se resquemaban, se sacudían, se derretían, se hacían añicos. La gente moría aplastada por piedras o abrasada.

No. No se dejaría arrastrar hacia ese horror. El suelo a su alrededor pasó de ser adoquines agrietados a baldosas intactas; era la entrada de la servidumbre de la Torre Blanca. Perrin se obligó a ponerse de pie y creó un bastón para que lo ayudara a caminar, renqueante.

No disipó la pesadilla; tenía que encontrar a Verdugo. En aquel lugar horrible, Perrin quizá podría sacarle algo de ventaja. Verdugo tenía mucha práctica en el *Tel'aran'rhiod*, tanta que quizás había sabido evitar las pesadillas hasta el momento. A lo mejor, con un poco de suerte, ésta lo había pillado por sorpresa y lo había absorbido.

De mala gana, hizo flaquear su resolución y dejó que la pesadilla lo arrastrara hacia ella. Verdugo debía de estar cerca. Perrin avanzó a trompicones por la calle, aunque se mantuvo alejado del edificio por el que rebosaba la lava por las ventanas. Le costaba un gran esfuerzo de voluntad no sucumbir a los gritos de horror y de dolor. A las llamadas de auxilio.

«Allí», pensó al llegar a un callejón. Verdugo estaba dentro, gacha la cabeza y con una mano plantada en la pared. El suelo al lado del hombre acababa en una falla por la que corría un río de lava. La gente se aferraba al borde de la grieta, chillando, pero Verdugo no prestaba atención. Allí donde tocaba la pared con la mano, el ladrillo encalado se transformaba en la piedra gris del interior de la Torre Blanca.

El *ter'angreal* todavía colgaba de la cintura de Verdugo. Perrin tenía que actuar con rapidez.

«La pared se está derritiendo por el calor», pensó, centrado en el muro que se

alzaba junto a Verdugo. Allí era más sencillo cambiar las cosas, porque era recrear el mundo creado por la pesadilla.

Verdugo maldijo y apartó con brusquedad la mano de la pared, que había empezado a ponerse al rojo vivo. El suelo bajo los pies del hombre retumbó, y Verdugo abrió los ojos en un gesto de alarma. Giró sobre sí mismo cuando se abrió una fisura a su lado, proyectada hasta allí por Perrin. En ese momento, Perrin comprendió que Verdugo había creído —durante una fracción de segundo— que la pesadilla era cierta; el hombre se apartó de la falla y alzó una mano para protegerse del calor que irradiaba del fondo, creyéndolo real.

Verdugo desapareció en un visto y no visto y reapareció al lado de los que colgaban suspendidos al borde de la falla. La pesadilla lo incorporó, lo absorbió, sometiéndolo a sus caprichos y haciéndolo interpretar un papel en sus terrores. Casi arrastró también a Perrin, que sintió que vacilaba, a punto de reaccionar al calor. Pero no. *Saltador* se moría. ¡No podía fallarle!

Se imaginó a sí mismo como si fuese otro, Azi al'Thone, uno de los hombres de Dos Ríos, y cambió su atuendo por ropa semejante a la que había visto por la calle, un chaleco, una camisa blanca y un pantalón más elegante de lo que cualquier hombre habría llevado si estuviera trabajando en Campo de Emond. Hacer eso casi lo superó. El corazón le latía más deprisa, y trastabilló cuando el suelo tembló. Si se dejaba atrapar por completo en la pesadilla, acabaría como Verdugo.

«No», pensó, e hizo un esfuerzo para aferrarse al recuerdo de Faile que guardaba en el corazón. Su hogar. Puede que las facciones de su rostro cambiaran, que el mundo se estremeciera, pero en ella seguía estando su hogar.

Corrió hasta el borde de la fisura y, al recibir la vaharada de calor que salía por ella, actuó como si fuera parte de la pesadilla. Gritó aterrado y se agachó para ayudar a la gente que estaba a punto de caer. Aunque tendió las manos hacia otra persona, Verdugo maldijo y se asió a su brazo, valiéndose de él para impulsarse hacia arriba.

Cuando pasó a su lado, Perrin aferró el *ter'angreal*. Verdugo gateó por encima de él para llegar a la relativa seguridad del callejón. Con disimulo, Perrin hizo aparecer un puñal en la otra mano.

—Así me abrase —gruñó Verdugo—. Odio estas cosas.

Alrededor de ambos, el piso de la zona cambió de golpe a baldosas. Perrin se puso de pie apoyándose en un bastón para guardar el equilibrio e intentó aparentar terror, cosa nada difícil de conseguir. Echó a andar con torpeza y pasó delante de Verdugo. En ese momento, el hombre de rasgos duros bajó la vista y vio el *ter'angreal* sujeto entre los dedos de Perrin, junto con el bastón.

Abrió los ojos como platos, sorprendido. Perrin arremetió con la otra mano y clavó el cuchillo en el estómago de Verdugo. El hombre chilló y dio un bandazo hacia atrás, llevándose la mano al estómago. Los dedos se le tiñeron de sangre.

Verdugo apretó los dientes. La pesadilla se plegó a su alrededor. Se rompería en cualquier momento. Verdugo, cuyos ojos ardían en cólera, se puso erguido y bajó la mano ensangrentada.

Perrin apenas se sostenía de pie, ni siquiera con la ayuda del bastón. Estaba muy malherido. El suelo tembló. Una grieta se abrió en el suelo a su lado, y expulsó vapor caliente y lava, como...

Perrin dio un respingo. "Como el Monte del Dragón." Bajó la vista hacia el terangreal que tenía en la mano.

Los sueños-espanto de los hombres son fuertes, evocó de nuevo las palabras de *Saltador* en su mente. Muy fuertes...

Verdugo se dirigía hacia él y, apretando los dientes, Perrin arrojó el *ter'angreal* al río de lava.

—¡No! —chilló Verdugo, haciendo que la realidad lo rodeara de nuevo.

La pesadilla se deshizo y los últimos vestigios se desvanecieron. Perrin se encontró arrodillado en el frío suelo de baldosas de un pequeño vestíbulo.

Tirado en el suelo, a corta distancia a su derecha, había un pegote de metal fundido. Perrin sonrió.

Como Verdugo, el *ter'angreal* se encontraba allí procedente del mundo real. Y, como una persona, podía romperse y destruirse en este otro mundo. Allá, en lo alto, la cúpula violeta había desaparecido.

Verdugo gruñó de rabia, se adelantó y propinó una patada a Perrin en el estómago. El dolor de la herida del pecho fue abrasador. Le asestó otra patada y Perrin empezó a sentirse muy mareado.

Vete, Joven Toro, proyectó *Saltador* con un hilo de voz. *Huye.*

¡No puedo abandonarte!

Y, sin embargo... yo tengo que dejarte.

—¡No!

Ya has encontrado la respuesta que perseguías. Busca a Desvinculado. Él te... explicará... esa respuesta.

Perrin parpadeó a través de las lágrimas al tiempo que recibía otra patada. Gritó con rabia cuando la proyección de *Saltador* —tan reconfortante, tan familiar— se apagó en su mente.

Muerto.

Perrin gritó angustiado. Quebrada la voz y con los ojos anegados en lágrimas, ejerció su voluntad para salir del Sueño del Lobo y alejarse. Huyendo como un perfecto cobarde.

Egwene despertó con un suspiro. Todavía con los ojos cerrados, hizo una inhalación profunda. La batalla con Mesaana le había provocado una gran tensión

mental y, por supuesto, un dolor de cabeza insoportable. Había faltado muy poco para que saliera derrotada en esa ocasión. Sus planes habían funcionado, pero el peso de lo ocurrido la había dejado pensativa, incluso un poco abatida.

Con todo, había sido una gran victoria. Tendría que registrar la Torre Blanca hasta dar con la mujer que, al despertar, tuviera la mente de una criatura. De algún modo, sabía que eso no era algo de lo que Mesaana fuera a recuperarse. Lo había sabido incluso antes de que Bair contara el caso de aquella mujer Aiel.

Egwene abrió los ojos a una habitación confortablemente oscura e hizo planes para reunir a la Antecámara y explicar por qué Shevan y Carlinya no volverían a despertarse. Dedicó unos instantes a lamentar su pérdida mientras se sentaba en el lecho. Y Nicola, siempre tratando de ir más deprisa de lo que debería. No tendría que haberse encontrado allí. Era...

Se quedó en suspenso. ¿Qué era ese olor? ¿No había dejado la lámpara encendida en la mesilla? Debía de haberse apagado. Egwene abrazó la Fuente y tejió una esfera de luz para dejarla suspendida por encima de la mano. Se quedó estupefacta con la escena que la luz le reveló.

Las cortinas translúcidas del lecho estaba salpicadas de sangre y cinco cuerpos yacían en el suelo. Tres vestían de negro. Otro era un joven desconocido, con el tabardo de la Guardia de la Torre. El último vestía un elegante atuendo, pantalón y chaqueta en blanco y rojo.

«¡Gawyn!»

Egwene saltó de la cama y se arrodilló junto a él. El dolor de cabeza quedó olvidado. La respiración de Gawyn era superficial; en el costado tenía una herida enorme. Egwene unió Tierra, Energía y Aire en un tejido de Curación, pero distaba mucho de ser diestra en ese campo. Trabajó con ahínco, acometida por el pánico. Gawyn recobró un poco el color, y las heridas empezaron a cerrarse, pero la capacidad de Egwene no cubría ni de lejos lo que era necesario hacer.

—¡Socorro! —gritó— ¡La Amyrlin necesita ayuda!

Gawyn rebulló y parpadeó, entreabriendo los ojos.

—Egwene —susurró.

—Calla, Gawyn. Vas a ponerte bien. ¡Ayuda! ¡Ayuda a la Amyrlin!

—No dejaste... bastantes luces encendidas —murmuró.

—¿Qué?

—El mensaje que te envié...

—No me llegó ningún mensaje. No hables ahora. ¡Socorro!

—No hay nadie cerca. Ya grité yo. Las lámparas... menos mal que... que no te... —Esbozó una sonrisa, aturdido—. Te quiero.

—Quédate quieto —dijo ella. ¡Luz! Estaba llorando.

—Pero los asesinos... No era tu Renegada —masculló él—. Yo tenía razón.

Y la tenía, en efecto. ¿De dónde eran esos negros uniformes desconocidos? ¿Del ejército seanchan?

«Ahora estaría muerta», comprendió. Si Gawyn no hubiera acabado con esos asesinos, la habrían matado mientras dormía y habría desaparecido del *Tel'aran'rhiod*. Y no habría destruido a Mesaana.

De repente se sintió como una estúpida, y la placentera sensación de victoria se evaporó por completo.

—Lo siento. Lamento haberte desobedecido —dijo Gawyn, que cerró los ojos. Estaba empeorando.

—No te preocupes, Gawyn —contestó, parpadeando para librarse de las lágrimas—. Voy a vincularte ahora. Es la única forma.

El le asió el brazo apretando un poco más.

—No. No a menos que... quieras...

—Tonto. —Preparó los tejidos—. Pues claro que quiero que seas mi Guardián. Siempre lo he deseado.

—Júralo.

—Lo juro. Juro que quiero que seas mi Guardián y mi esposo. —Puso la mano en la frente de Gawyn y colocó el tejido—. Te amo.

Él dio un respingo. De repente, Egwene sintió las emociones y el dolor de él como si fueran algo propio. A cambio, supo que Gawyn percibía la verdad de lo que le había dicho.

Perrin abrió los ojos y respiró hondo. Estaba llorando. ¿La gente lloraba mientras dormía cuando tenía sueños normales?

—Bendita sea la Luz —dijo Faile.

Perrin abrió los ojos y la vio arrodillada junto a él, así como a alguien más. ¿Masuri?

La Aes Sedai le sostuvo la cabeza entre las manos, y Perrin sintió el frío helador de la Curación recorrerlo de pies a cabeza. Las heridas de la pierna y del pecho se cerraron.

—Ibamos a Curarte mientras dormías —explicó Faile, mientras acunaba la cabeza de su esposo en el regazo—. Pero Edarra nos lo impidió.

—No debe hacerse eso. De todos modos, tampoco habría funcionado.

Ésa era la voz de la Sabia. Perrin la oía moverse por la tienda, por alguna parte. Parpadeó. Descansaba tumbado en su yacija. Fuera estaba oscuro.

—Ha pasado más de una hora —dijo—. Deberíais haberos marchado a estas alturas.

—Chitón —dijo Faile—. Los accesos funcionan otra vez y casi todo el mundo se ha desplazado a través de ellos. Sólo quedan unos pocos miles de soldados, Aiel y

hombres de Dos Ríos en su mayoría. ¿Creías que iban a marcharse sin ti, que yo me marcharía sin ti?

Perrin se sentó y se limpió la frente, que tenía sudorosa. Intentó hacer desaparecer el sudor, como en el Sueño del Lobo. No lo logró, por supuesto. Edarra se hallaba de pie en la pared opuesta de la tienda, detras de él. Lo observaba con una mirada evaluadora. Perrin se giró hacia su esposa.

—Debemos irnos —dijo, la voz enronquecida—. Verdugo no trabajaría solo. Tiene que haber una trampa, probablemente un ejército. Alguien con un ejército. Podrían lanzar un ataque en cualquier momento.

—¿Puedes ponerte de pie? —le preguntó Faile.

—Sí.

Estaba débil, pero se las arregló con ayuda de Faile. El faldón de la entrada susurró, y Chiad entró con un odre. Perrin lo aceptó, agradecido, y bebió. Le apagó la sed, pero la congoja aún ardía dentro de él. «*Saltador*». Bajó el odre. En el Sueño del Lobo la muerte era definitiva. ¿Dónde iría el espíritu de *Saltador*!

«He de seguir adelante —pensó—. Poner a salvo a los míos.» Se dirigió hacia la entrada de la tienda; las piernas le respondían un poco mejor ahora.

—Veo tu pesar, esposo —susurró Faile, que caminaba a su lado, con la mano en el brazo de él—. ¿Qué ha ocurrido?

—He perdido a un amigo —respondió en voz muy baja—. Por segunda vez.

—¿*Saltador*?—Faile olía a miedo.

—Sí.

—Oh, Perrin, cómo lo siento.

La voz de su esposa traslucía compasión. Salieron de la tienda, que era la única que quedaba en la pradera en la que antes acampaban sus ejércitos. En la hierba amarilla y parda se veían aún marcadas las huellas de las tiendas, los senderos señalados en el barro en un gran dibujo de zigzags. Era como un trazado para levantar una ciudad, con sectores delimitados para edificios y líneas tiradas que se convertirían en calzadas. Pero ahora casi no había gente.

El retumbante cielo estaba oscuro, y Chiad sostenía un farol para iluminar la hierba delante de ellos. Varios grupos de soldados esperaban, entre ellos, las Doncellas, que alzaron las lanzas bien alto cuando lo vieron y después las golpearon contra los escudos, en señal de aprobación.

Los hombres de Dos Ríos también se encontraban allí, e iban agrupándose a medida que se corría la voz. ¿Hasta qué punto podrían imaginar lo que había hecho él esa noche? Los hombres de Dos Ríos vitorearon, y Perrin los saludó con la cabeza, aunque estaba tenso. La singularidad seguía allí, en el aire. Había dado por sentado que el clavo de sueños era el responsable de ello, pero por lo visto se había equivocado. El aire olía a la Llaga.

Los Asha'man se hallaban en lo que había sido el centro del campamento. Se volvieron cuando oyeron llegar a Perrin y saludaron llevándose la mano al pecho. Parecían estar en buenas condiciones físicas, a pesar de acabar de trasladar a casi todo el campamento.

—Sacadnos de aquí, muchachos —les dijo Perrin—. No quiero pasar ni un minuto más en este lugar.

—Sí, milord —respondió Grady con ansiedad.

Una expresión concentrada asomó al semblante del Asha'man, y un acceso pequeño se abrió cerca de él.

—Pasad —ordenó Perrin con un ademán a los hombres de Dos Ríos.

Los hombres cruzaron a paso rápido. Las Doncellas y Gaul esperaron con él, como también lo hizo Elyas.

«Luz —pensó mientras recorría con la mirada la pradera donde habían estado acampados—. Me siento como un ratón al que observara un halcón.»

—Supongo que podrías darnos un poco de luz —le pidió a Neald, que permanecía de pie junto al acceso.

El Asha'man ladeó la cabeza, y unas cuantas esferas de luz aparecieron a su alrededor. Después se elevaron en el aire y se dispersaron por la pradera.

Aparte del lugar ocupado antes por el campamento, no iluminaron nada más. Las últimas tropas cruzaron por fin el acceso. Tras ellos fueron Perrin y Faile, Gaul, Elyas y las Doncellas. Cerrando la marcha, los encauzadores pasaron juntos a través del agujero.

El aire al otro lado del acceso era frío y tenía un agradable olor a limpio. Perrin no había sido consciente de lo mucho que lo había incomodado el efluvio del mal. Se llenó los pulmones con una profunda inhalación. Se encontraban en una elevación, a cierta distancia de una mancha de luces junto al río; aquello debía de ser Puente Blanco.

Sus tropas lo jalearon cuando salió por el acceso. El enorme campamento estaba instalado casi por completo, con los puestos de guardia distribuidos. El acceso se había abierto en un área espaciosa marcada con postes, cerca de la parte trasera del perímetro.

Habían escapado. El precio había sido alto, pero habían escapado.

Graendal se recostó en el sillón. Los cojines de cuero estaban rellenos con plumón de polluelos de kallir, ave que en la era actual sólo se criaba en Shara, pero ella casi ni reparaba en semejante lujo.

El servidor —uno que Moridin le había prestado— se encontraba ante ella, reclinado en una rodilla. Había una expresión tormentosa en los ojos del hombre apenas agachados. Lo tenía controlado, pero a duras penas. Sabía que era único,

irreemplazable.

También sabía que su fracaso recaería sobre ella. Graendal no sudaba. Mantenía el autocontrol lo bastante para que no le ocurriera tal cosa. Los postigos de la ventana en la estancia amplia, de baldosas rojas, se abrieron de golpe y un viento frío del mar penetró en la habitación y apagó varias lámparas. De las mechas se elevaron en el aire sinuosos hilillos de humo. Ella no fracasaría.

—De todos modos, prepara las cosas para que salte la trampa —ordenó.

—Pero... —empezó el servidor.

—Hazlo. Y no repliques a uno de los Elegidos, perro.

Él bajó los ojos, aunque en ellos aún alentaba un destello rebelde.

No tenía importancia. Todavía le quedaba una herramienta, una que había situado con gran cuidado. Una que había preparado para un momento como éste.

Había que actuar con mucho tiento. Aybara era un *ta'veren*, y uno lo bastante fuerte como para tenerle miedo. Flechas disparadas de lejos fallarían el blanco, e incluso en un momento de apacible contemplación también estaría alerta y huiría.

Graendal necesitaba una tormenta y a él en el centro. Entonces, el afilado acero se descargaría.

«Esto no ha acabado aún, Herrero Caído. Ni muchísimo menos.»

CAPÍTULO 39

En la tierra de los tres pliegues

Aviendha volvía a sentirse bien.

Había una perfección tranquilizadora en la Tierra de los Tres Pliegues. Los habitantes de las tierras húmedas encontraban monótono el paisaje de colores uniformes, pero para Aviendha esas tonalidades eran preciosas. Sencillos marrones y tostados, familiares y fiables, no como las tierras húmedas, donde tanto el paisaje como el tiempo cambiaban cada vez que uno se daba la vuelta.

Aviendha corría en la oscuridad progresiva de la noche inminente, cada zancada dada sobre tierra polvorienta. Por primera vez desde hacía muchos meses, estaba sola. En las tierras húmedas siempre tenía la sensación de que la observaba algún enemigo al que ella no veía ni podía atacar.

No es que la Tierra de los Tres Pliegues fuera un sitio más seguro. Todo lo contrario. En aquel trozo sombrío, debajo de los arbustos nadra, se hallaba el cubil de una serpiente letal. Si uno pasaba rozando las espinosas ramas, la serpiente lo picaría; había visto morir a cinco hombres de esas mordeduras. El cubil sólo era uno de los muchos peligros por los que había pasado a lo largo de la carrera hacia Rhuidean. Pero todos eran peligros comprensibles. Podía verlos, calibrarlos y evitarlos. Si moría por la picadura de una serpiente o perecía por el calor del territorio, sería por su culpa.

Siempre era preferible enfrentarse a un enemigo o un peligro que uno veía que temer el que se escondía tras los semblantes de mentirosos habitantes de las tierras húmedas.

Siguió corriendo a pesar de que la luz iba menguando. Era agradable sudar otra vez. La gente no sudaba lo suficiente en las tierras húmedas; a lo mejor por eso eran tan raros. En lugar de dejar que el sol los calentara, buscaban algo que los refrescara. En lugar de ir a una tienda de vapor para asearse como era debido, se sumergían en agua. Imposible que tal cosa fuera saludable.

No quería mentirse a sí misma. Ella había participado de esos lujos y había llegado a disfrutar con los baños y los elegantes vestidos que Elayne la obligaba a ponerse. Uno debía conocer sus debilidades antes de estar en condiciones de superarlas. Ahora, mientras corría por el territorio suavemente inclinado de la Tierra de los Tres Pliegues, había recuperado la perspectiva.

Por fin aflojó el paso. Por tentador que fuera viajar en la oscuridad y dormir durante el calor de las horas diurnas, hacerlo no era aconsejable. Un traspié en la oscuridad podía significar la muerte. Recogió con rapidez algunos arbustos *tak* secos

y trozos de corteza de *ina'ta*, tras lo cual se preparó un campamento junto a una gran roca.

Poco después tenía encendida una lumbre, y la luz anaranjada se reflejaba en la roca que se erguía sobre ella, imponente. Horas antes había cazado un pequeño vergonzoso, un animalito parecido al armadillo, y lo desenroscó, lo desolló y lo clavó en un espetón.

Se acomodó para contemplar el fuego crepitante y oler la carne que se asaba. Sí, se alegraba de no haber Viajado directamente a Rhuidean y emplear un poco de tiempo —por valioso que fuera— en correr por la Tierra de los Tres Pliegues. La ayudaba a ver lo que había sido y en lo que se había convertido. Aviendha la Doncella ya no existía. Había abrazado su camino como una Sabia, y eso le había devuelto el honor. De nuevo tenía un propósito. Como Sabia, estaba en su mano conducir a los suyos a través de unos tiempos tan difíciles que los pondrían a prueba.

Una vez que todo eso hubiera acabado, su pueblo tendría que regresar a la Tierra de los Tres Pliegues. Cada día que pasaban en las tierras húmedas se volvían más débiles; ella misma era un ejemplo excelente. Allí se había vuelto blanda. ¿Y quién no se volvería cómodo en un sitio así? Habría que abandonarlo. Pronto.

Sonriendo, se recostó en la piedra para cerrar los ojos un momento y dejar que el cansancio del día se disipara. Ahora veía su futuro con mucha más claridad. Tenía que visitar Rhuidean, pasar entre las columnas de cristal y después regresar y reclamar la parte que le correspondía en el corazón de Rand. Lucharía en la Última Batalla. Ayudaría a preservar el resto de los Aiel que sobrevivieran y después los conduciría a casa, que era donde estaba su sitio.

Sonó un ruido más allá de la luz de la lumbre del campamento.

Aviendha abrió los ojos y se puso de pie de un salto al tiempo que abrazaba la Fuente. Una parte de sí se sentía complacida por buscar de forma instintiva el Poder Único, en lugar de unas lanzas que ya no tenía a su alcance. Tejió una esfera de luz.

Había una mujer en la oscuridad, cerca, vestida con ropas Aiel. No un *cadin'sor* ni el atuendo de una Sabia, sino la ropa normal: falda oscura, blusa de color tostado y un chal, así como un pañuelo sobre el cabello que empezaba a encanecer. Era de mediana edad y no llevaba armas. No se movió.

Aviendha miró a un lado y a otro. ¿Sería una emboscada? ¿O esa mujer era un espectro? ¿Uno de los muertos que caminaban? ¿Por qué no la había oído acercarse?

—Saludos, Sabia —dijo la mujer, que inclinó la cabeza—. ¿Puedo compartir el agua contigo? Viajo lejos y vi tu fogata.

La mujer tenía la piel arrugada y no era encauzadora; eso lo captó sin problemas Aviendha.

—Aún no soy una Sabia —respondió, recelosa—. Ahora estoy de camino a mi segunda visita a Rhuidean.

—En ese caso, pronto encontrarás mucho honor —comentó la mujer—. Me llamo Nakomi, y prometo que no quiero hacerte daño, pequeña.

De repente, Aviendha se sintió como una tonta. La mujer se había acercado sin llevar armas enarboladas. Ella se había distraído, absorta en sus pensamientos, por eso no había oído llegar a Nakomi.

—No faltaba más, por favor.

—Gracias —dijo Nakomi.

La mujer entró en el círculo de luz y dejó su hatillo cerca de la pequeña fogata. Chasqueó la lengua y después sacó unas pocas ramitas del fardo para avivar el fuego. Asimismo, sacó un cacharro para el té.

—¿Puedo usar un poco de esa agua?

Aviendha le pasó el odre. No tenía apenas agua para que le durara los días que le faltaban para llegar a Rhuidean, pero sería una ofensa no acceder a la petición después de haberle ofrecido compartir el campamento.

Nakomi tomó el odre y llenó el recipiente, que a continuación coloco al lado del fuego para que se calentara.

—Es un inesperado placer encontrarse en el camino con alguien que se dirige a Rhuidean —comentó Nakomi mientras rebuscaba en el hatillo—. Dime, ¿ha sido largo el aprendizaje?

—Demasiado. Aunque sobre todo se ha debido a mi empecinamiento.

—Ah. Tienes un aire de guerrera, pequeña. Dime, ¿eres de los que se fueron hacia el oeste? ¿Los que se unieron al denominado el *Car'a'carn*?

—Es el *Car'a'carn* —afirmó Aviendha con énfasis.

—No he dicho que no lo sea —respondió Nakomi, divertida al parecer por su reacción. Sacó unas hojas de té y otras hierbas aromáticas.

Cierto, la mujer no lo había negado. Aviendha hizo girar al vergonzoso en el espetón, y el estómago le sonó. También tendría que compartir la comida con la mujer.

—Si me permites preguntarte una cosa —continuó Nakomi—, ¿qué opinión tienes del *Car'a'carn*?

«Lo amo», pensó de inmediato Aviendha, pero eso no podía decirlo.

—Creo que tiene mucho honor. Y, aunque es ignorante en cuanto a las costumbres y los modales correctos, está aprendiendo.

—Entonces, ¿es que has pasado tiempo con él?

—Algo —respondió, pero, para ser más sincera, añadió—: Más que la mayoría.

—Es un habitante de las tierras húmedas —comentó Nakomi, pensativa—. Y *Car'a'carn*. Dime, ¿las tierras húmedas son tan magníficas como cuentan muchos? ¿Hay ríos tan anchos que uno no alcanza a ver la otra orilla, plantas tan llenas de agua que revientan cuando las estrujas?

—Las tierras húmedas no son magníficas. Son peligrosas. Nos vuelven débiles.

Nakomi frunció el entrecejo.

«¿Quién es esta mujer?» No era inusitado encontrar Aiel viajando por el Yermo; hasta los niños aprendían a protegerse a sí mismos. Pero ¿no debería Nakomi estar viajando con amigos o con familiares? No llevaba ropa de Sabia, pero había algo en ella que...

La mujer removió el té y después recolocó el vergonzoso, poniéndolo sobre las brasas para que se cocinara de forma más uniforme. Del fardo sacó unas cuantas raíces de tierrahonda. La madre de Aviendha solía cocinarlas a menudo. Nakomi las metió en una cajita de cerámica para asar, que colocó entre las brasas. Aviendha no se había dado cuenta de que la fogata se hubiera puesto tan fuerte. ¿De dónde habían salido todas esas ascuas?

—Pareces estar inquieta —dijo Nakomi—. No es mi intención cuestionar a una aprendiza de Sabia, pero veo preocupación en tus ojos.

Aviendha reprimió una mueca. Habría preferido haber estado a solas. Y, sin embargo, había invitado a esa mujer a compartir su agua y su sombra.

—Estoy preocupada por nuestro pueblo. Se avecinan tiempos peligrosos.

—La Última Batalla —musitó Nakomi—. Eso de lo que hablan los habitantes de las tierras húmedas.

—Sí. Y me preocupa algo que va más allá de eso. Las tierras húmedas, que corrompen a nuestra gente, que la vuelven blanda.

—Pero las tierras húmedas son parte de nuestro destino, ¿no es así? Las cosas que cuentan que el *Car'a'carn* ha revelado... Nos vinculan con esas tierras húmedas de formas muy curiosas. Eso dando por hecho que sean ciertas.

—Él no mentiría sobre eso —contestó Aviendha.

En la oscura noche, pasaron graznando y aleteando unos ratoneros. La historia del pueblo Aiel —todo lo que Rand al'Thor había revelado— todavía era causa de sufrimiento para muchos de los suyos. En Rhuidean, Aviendha vería dentro de poco esa historia por sí misma: que los Aiel habían roto sus juramentos. Mucho tiempo atrás, el pueblo de Aviendha había seguido la Filosofía de la Hoja, pero después la había abandonado.

—Interesantes pensamientos evocas, aprendiza —dijo Nakomi mientras servía el té—. Aquí nuestra tierra se llama la Tierra de los Tres Pliegues. Tres Pliegues por las tres cosas que nos hizo. Creó la piedra de molde en la que nos formó y dio carácter. Puso a prueba nuestro valor. Nos castigó por nuestro pecado.

—La Tierra de los Tres Pliegues nos hace fuertes y, por ende, al abandonarla nos volvemos débiles.

—Pero, si tuvimos que venir aquí para que se nos diera un carácter fuerte —argumentó Nakomi—, ¿no sugiere eso que las pruebas que debíamos afrontar en las

tierras húmedas eran tan peligrosas como la propia Tierra de los Tres Pliegues? ¿Tan peligrosas y difíciles que tuvimos que venir aquí para prepararnos a fin de superarlas? —La mujer meneó la cabeza en un gesto de negación—. Ah, pero no debería discutir con una Sabia, ni siquiera con una aprendiza. Tengo *toh* contigo.

—No hay *toh* por hablar con buen juicio —contestó Aviendha—. Dime, Nakomi, ¿hacia dónde viajas? ¿A qué septiar perteneces?

—Me encuentro muy lejos de mi techo —contestó la mujer con aire melancólico —. Y, sin embargo, no está lejos en absoluto. Quizá lo está de mí. No puedo contestar tu pregunta, aprendiza, porque no me corresponde a mí desvelar tal verdad.

Aviendha frunció el entrecejo. ¿Qué clase de respuesta era ésa?

—Me parece que, al romper nuestros antiguos juramentos de no caer en la violencia, nuestro pueblo ha incurrido en un gran *toh*.

—Sí —convino Aviendha.

¿Y qué hacía uno cuando su pueblo al completo había hecho algo tan terrible? Llegar a esa conclusión era lo que había provocado que a tantos Aiel los hubiera aquejado el marasmo. Se habían despojado de las lanzas, desechándolas, o se habían negado a quitarse las blancas ropas de *gai'shain* dando así a entender que su pueblo tenía tanto *toh* que jamás podría cumplir con esa obligación.

Pero se equivocaban. El *toh* Aiel podía cumplirse; tenía que cumplirse. Ése era el propósito de servir al *Car'a'carn*, el representante de aquellos a quienes los Aiel habían prestado sus juramentos al principio.

—Cumpliremos con nuestro *toh* combatiendo en la Última Batalla —dijo Aviendha.

En consecuencia, los Aiel recobrarían el honor. Una vez que se cumplía con el *toh*, aquello quedaba atrás, se olvidaba. Recordar a alguien una falta por la que ya había pagado era arrogante. Así acabarían de cumplir con su deuda. Regresarían y ya no volverían a sentir vergüenza por lo que había ocurrido en el pasado. Aviendha asintió para sus adentros.

—De modo que —añadió Nakomi mientras le tendía una taza de té— la Tierra de los Tres Pliegues fue nuestro castigo. Vinimos aquí para crecer a fin de ser capaces de cumplir nuestro *toh*.

—Sí —contestó Aviendha. Para ella estaba muy claro.

—Por lo que, una vez que hayamos combatido para el *Car'a'carn*, habremos cumplido con ese *toh*. Y, en consecuencia, no habrá razón para que sigamos recibiendo un castigo. Si eso es correcto, entonces ¿por qué habríamos de regresar a esta tierra? ¿No sería tanto como buscar más castigo una vez que el *toh* se ha cumplido?

Aviendha se quedó parada. No, eso era una estupidez. No quería discutir de ese tema con Nakomi, pero los Aiel "pertenecían" a la Tierra de los Tres Pliegues.

—El Pueblo del Dragón —dijo Nakomi mientras sorbía té—. Eso es lo que somos. Servir al Dragón era la razón que había detrás de todo cuanto hicimos. Nuestras costumbres, nuestras incursiones unos contra otros, nuestro duro entrenamiento... Nuestro estilo de vida —acabó, poniendo énfasis en lo último.

—Sí —admitió de nuevo Aviendha.

—Y, por lo tanto, una vez que el Cegador de la Vista haya sido derrotado, ¿qué nos quedará? Tal vez éste es el motivo por el que tantos se negaron a seguir al *Car'a'carn*. Porque les preocupaba lo que significaba. ¿Por qué seguir con las viejas costumbres? ¿Cómo encontramos honor en atacarnos y matarnos unos a otros, si ya no nos estaríamos preparando para una tarea tan importante? ¿Por qué incrementar nuestra dureza? ¿Por el mero hecho de ser duros?

—Yo...

—Lo siento —la interrumpió Nakomi—. Otra vez me he puesto a divagar. Me temo que soy propensa a hacerlo. Venga, comamos.

Aviendha sufrió un sobresalto. Era imposible que las raíces se hubieran hecho ya. Sin embargo, Nakomi las sacó y olían de maravilla. Cortó el vergonzoso y sacó un par de platos de estaño del hatillo. Aderezó las raíces y la carne y después le pasó uno de los platos a Aviendha.

Esta probó la comida, sin tenerlas todas consigo. Estaba deliciosa. Más aun maravillosa. Mejor que muchos festines que había tomado en elegantes Palacios, allá en las tierras húmedas. Miró el plato, sin salir de su asombro.

—Si me disculpas... Tengo que ir a humedecer el campo —dijo Nakomi, sonriente. Se puso de pie y se internó en la oscuridad.

Aviendha comió en silencio, alterada por lo que allí se había hablado. ¿Acaso esa comida maravillosa —cocinada sobre una fogata y hecha con ingredientes sencillos — no demostraba que el lujo de las tierras húmedas era superfluo?

Sin embargo, ¿qué objetivo tenían los Aiel ahora? Si no era el *Car'a'carn* por lo que esperaban, ¿qué harían? Luchar, sí. ¿Y después? ¿Seguir matándose unos a otros en incursiones? ¿Con qué fin?

Acabó de comer y se quedó pensativa largo rato. Demasiado. Nakomi no había vuelto. Preocupada, Aviendha fue a buscarla, pero no halló el menor rastro de la mujer.

Tras regresar junto a la fogata, Aviendha reparó en que el fardo y el plato de Nakomi habían desaparecido. Esperó un rato, pero la mujer no regresó.

Finalmente, Aviendha se fue a dormir, intranquila.

CAPÍTULO 40

Creación

Perrin se encontraba sentado en un tocón, solo, con los ojos cerrados y la cara alzada hacia el oscuro cielo. El campamento estaba instalado, el acceso cerrado y los informes repasados. Por fin, Perrin tenía tiempo para descansar.

Y eso era peligroso. Descansar le daba la posibilidad de pensar, pensar le traía recuerdos y los recuerdos, dolor.

Captaba el olor del mundo en el aire. Capas de efluvios que se entremezclaban entre sí; por ejemplo, los del campamento que se levantaba a su alrededor: gente sudorosa, especias para la comida, jabones para la limpieza, heces de caballo, emociones. O los de las colinas que los rodeaban: agujas de pino secas, cieno junto un arroyo, el cadáver de un animal muerto. O los del mundo más allá: las motas del polvo de una lejana calzada, un rodal de espliego que, de alguna manera, sobrevivía en un mundo moribundo.

No había polen. No había lobos. Ambas ausencias constituían un terrible presagio para Perrin.

Se sentía físicamente enfermo, con ganas de vomitar, como si tuviera el estómago repleto del agua lodosa de un pantano, de musgo putrefacto y de pedazos de escarabajos muertos. Quería gritar. Quería encontrar a Verdugo y matarlo, golpearle la cara con los puños hasta que la tuviera cubierta de sangre por completo.

Pisadas; alguien se acercaba. Faile.

—Perrin —lo llamó—. ¿Quieres que hablemos?

Perrin abrió los ojos. Debería estar llorando, gritando. Sin embargo, se sentía tan frío... Frío y furioso, dos cosas que no iban parejas en su carácter.

Los faldones de su tienda —levantada no muy lejos de allí— se agitaron con el viento. Gaul se hallaba recostado en un ejemplar joven de cedro, a corta distancia. Se oía un suave repiqueteo en la noche, a lo lejos; el del martillo de un herrador que trabajaba hasta tarde.

—Fracasé, Faile —susurró Perrin.

—Te hiciste con el *ter'angreal* —le respondió ella al tiempo que se arrodillaba a su lado—. Salvaste a la gente.

—Y, aun así, Verdugo nos venció —contestó Perrin con amargura—. Una manada de cinco... El esfuerzo en conjunto de cinco de nosotros y no fue suficiente para enfrentarnos a él.

Perrin se había sentido de la misma manera cuando se enteró de que su familia había muerto a manos de los trollocs. ¿Cuántos más iba a arrebatarle la Sombra antes

de que esto terminara? *Saltador* debería haber estado a salvo en el Sueño del Lobo.

Cachorro estúpido, cachorro estúpido.

¿En verdad habría sido una trampa para su ejército? El propósito del clavo de sueños de Verdugo podría haber sido otro diferente por completo. Una mera coincidencia.

No hay coincidencias con los ta'veren...

Necesitaba encontrar algo que hacer con su ira y su dolor. Se puso de pie, dio media vuelta y se asombró del número de lumbres que aún brillaban en el campamento. Un grupo de personas esperaba cerca, aunque se hallaba lo bastante lejos para no haber reconocido a cada uno por su efluvio. Alliandre vestía un atuendo dorado, en tanto que Berelain iba de azul. Las dos estaban sentadas en unos taburetes junto a una pequeña mesa de viaje de madera, sobre la que había un farol. Elyas se había sentado en una roca que había al lado y se dedicaba a afilar su cuchillo. Una docena de hombres de Dos Ríos —entre ellos Wil al'Seen, Jon Ayellan y Grayor Frenn— se apiñaban alrededor de una lumbre sin quitarle ojo a Perrin. Incluso Arganda y Gallenne se encontraban ahí y conversaban en voz baja.

—Deberían estar descansando —rezongó Perrin.

—Están preocupados por ti —dijo Faile. Ella también olía a preocupación—. Asimismo les preocupa que los mandes de vuelta, ahora que los accesos vuelven a funcionar.

—Necios —susurró Perrin—. Necios por seguirme. Por no esconderse.

—¿De verdad es eso lo que quieres que hagan? —preguntó Faile enfadada—. ¿Que se escondan en algún lugar mientras se lucha la Última Batalla? ¿No fuiste tú quien dijo que todos los hombres iban a hacer falta?

Ella estaba en lo cierto. Se iba a necesitar a todos los hombres. Se dio cuenta de que, en parte, su frustración se debía a que no sabía de qué había escapado. Había huido, sí, pero ¿de qué? ¿Por qué había muerto *Saltador*? No saber cuál era el plan del enemigo hacía que se sintiera ciego.

Se alejó del tocón y se dirigió hacia donde Arganda y Gallenne charlaban.

—Traedme el mapa —ordenó—. El de la calzada de Jehannah.

Arganda llamó a Hirshanin y le dijo dónde ir a buscarlo. Acto seguido, Hirshanin se alejó corriendo. Perrin echó a andar por el campamento en dirección al herrador que seguía trabajando, al golpeteo de metal contra metal. Era como si el sonido lo atrajera hacia sí. Los olores se arremolinaban a su alrededor mientras el cielo seguía retumbando en lo alto.

Los demás lo siguieron. Faile, Berelain y Alliandre, los hombres de Dos Ríos, Elyas, Gaul. El grupo creció al unirse a ellos otros hombres de Dos Ríos. Nadie hablaba. Perrin no les prestó la menor atención hasta que llegó junto a Aemin, que trabajaba en un yunque al lado de una de las fraguas tiradas por caballos que había en

el campamento. El fuego ardía con una luz rojiza.

Hirshanin, con el mapa, los alcanzó al tiempo que llegaban. Perrin lo desenrolló y lo sujetó frente a él. Aemin dejó de trabajar; el herrero olía a curiosidad.

—Arganda, Gallenne —llamó Perrin—. Decidme, si tuvierais que tender una emboscada a una fuerza numerosa que avanzara hacia Lugard por esta calzada, ¿cuál sería el mejor lugar?

—Aquí —respondió sin dudar Arganda, que señaló un lugar a varias horas de distancia de donde habían estado acampados—. Fijaos, la calzada se desvía para seguir el lecho seco de un antiguo río. Cualquier ejército que pasara por ahí, estaría expuesto a una emboscada. Se lo podría atacar desde las alturas de los cerros, aquí y aquí.

—Así es —convino Gallenne, que asintió con la cabeza—. Se considera un lugar excelente para que acampe un ejército, en la base de la colina, ahí, donde tuerce la calzada. Sin embargo, si alguien ocupa esas posiciones altas con intención de haceros daño, es probable que no despertaseis por la mañana.

Arganda asintió a su vez con otro cabeceo.

El antiguo lecho del río se había convertido en un camino, amplio y llano, que discurría hacia el sur y el oeste. Los altos de los cerros al norte de la calzada eran llanos, un terreno apropiado para desplegar un ejército.

—¿Qué es esto? —preguntó Perrin mientras señalaba con el dedo unas marcas al sur de la calzada.

—Antiguas ruinas sin importancia —respondió Arganda—. Están tan degradadas por la erosión que no proporcionarían cobertura. En realidad, no son más que unos pedruscos cubiertos de musgo.

Perrin asintió. Algo empezaba a encajarle en la cabeza.

—¿Grady y Neald duermen? —preguntó.

—No —respondió Berelain—. Dijeron que querían estar despiertos, por si acaso. Creo que vuestro estado de ánimo los ha intranquilizado.

—Haced que vengan —dijo Perrin sin dirigirse a nadie en particular—. Uno de ellos tiene que ir a observar el ejército de los Capas Blancas. Recuerdo que alguien me dijo que habían levantado el campamento.

Perrin no esperó a ver si seguían su orden o no; se encaminó hacia la fragua y le puso la mano en el hombro al herrero.

—Ve a dormir, Aemin. Necesito trabajar un rato. Herraduras, ¿verdad?

El hombre asintió en silencio, con gesto de perplejidad. Perrin se puso el delantal y los guantes de herrero, y Aemin se marchó. Perrin sacó su propio martillo, el que le habían dado en Tear. Un objeto que se había usado para matar, pero que hacía mucho tiempo que no se utilizaba para crear.

El martillo podía ser un arma o una herramienta. Perrin tenía la capacidad de

escoger, al igual que la tenían todos los que lo seguían. *Saltador* pudo escoger, y el lobo hizo su elección y arriesgó en defensa de la Luz más de lo que ningún humano entendería jamás. A excepción de Perrin.

Perrin utilizó las tenazas para sacar de las ascuas un trozo pequeño de metal y lo puso en el yunque. Levantó el brazo y empezó a golpearlo con el martillo.

Había pasado mucho tiempo desde que había estado trabajando en una forja. De hecho, el último trabajo sustancial que recordaba haber realizado fue en Tear, en aquel tranquilo día, cuando dejó a un lado sus responsabilidades durante un rato y trabajó en aquella fragua.

Hay mucho de lobo en ti, esposo mío, le había dicho Faile, refiriéndose a lo centrado que estaba en lo que hacía. Eso era un rasgo de los lobos; sabían el pasado y el futuro y, sin embargo, mantenían la atención centrada en la caza. ¿Sería él capaz de hacer lo mismo? ¿Se permitiría dejar que el lobo lo reemplazara cuando fuera necesario y, aun así, mantener el equilibrio en otras partes de su vida?

El trabajo, el golpeteo rítmico del martillo en el metal, empezó a absorberlo. Fue aplanando el trozo de hierro, que volvía a meter en las ascuas de vez en cuando para sacar otro, trabajando así en varias herraduras a la vez. Cerca tenía las medidas de los tamaños que hacían falta. Poco a poco, fue curvando el metal contra el borde del yunque, dándole forma. Los brazos empezaron a sudarle y el rostro se le puso caliente con el fuego y el trabajo.

Neald y Grady llegaron, junto con las Sabias y Masuri. Mientras trabajaba, Perrin advirtió que mandaban a Sulin a través de un acceso para que vigilara los movimientos de los Capas Blancas. Poco después volvía Sulin, pero retrasó darle el informe puesto que él estaba ocupado con su trabajo.

Perrin levantó una herradura y después frunció el entrecejo. Esto no era un trabajo lo bastante difícil. Relajante, sí, pero ese día deseaba hacer algo que fuera un reto mayor. Sentía la necesidad de crear algo que sirviera para contrarrestar la destrucción que había visto en el mundo; una destrucción a la que él había contribuido. Había varios trozos de acero en bruto apilados junto a la forja, un material más fino que el que se utilizaba para las herraduras. A buen seguro estaba allí para forjar espadas para les antiguos refugiados.

Perrin recogió varios de esos trozos de acero y los metió en las ascuas. Esta forja no era tan buena como aquellas en las que estaba acostumbrado a trabajar; a pesar de contar con fuelles y tres barriles para templar, el viento enfriaba el metal y las ascuas no se ponían tan calientes como le habría gustado. Observó el conjunto con insatisfacción.

—Podría ayudaros con eso, lord Perrin —dijo a su lado Neald—. A calentar el metal, si queréis.

Perrin lo miró y luego asintió con un cabeceo. Sacó un trozo de acero,

sosteniéndolo con las tenazas.

—Lo quiero de un bonito color amarillo anaranjado. Pero no tan caliente que se ponga al rojo blanco, ojo.

Neald hizo un gesto de asentimiento, y Perrin apoyó la barra de acero en el yunque, asió el martillo y empezó de nuevo a golpear. Neald siguió a su lado, concentrado.

Perrin se sumergió en el trabajo, olvidándose de todo cuanto lo rodeaba. Forjar el acero. Todo lo demás se desvaneció. El golpeteo rítmico del martillo en el metal, como el latido de su corazón. Ese metal rielando con un brillo trémulo, cálido y peligroso. Con ese enfoque, llegó la lucidez. El mundo se resquebrajaba un poco más cada día. Necesitaba ayuda, ahora mismo. Cuando algo se rompía, uno no podía unirlo de nuevo.

—Neald —oyó la voz de Grady, que tenía un tono urgente, pero distante para Perrin—. Neald, ¿qué haces?

—No lo sé. Pero me da una buena sensación —le contestó Neald—. La de hacer algo correcto.

Perrin siguió golpeando más y más fuerte. Dobló el metal, aplanó las piezas unas contra otras. Era maravilloso la forma en que el Asha'man lo mantenía exactamente a la temperatura correcta. Eso liberó a Perrin de la necesidad de depender sólo de unos pocos instantes de temperatura perfecta entre caldeos.

El metal parecía fluir, casi como si cobrara forma por voluntad propia. ¿Qué estaba creando? Sacó otros dos trozos del fuego y empezó a alternar el trabajo con los tres. El primero —y más grande— lo dobló sobre sí mismo, moldeándolo, utilizando el proceso conocido como compactaron con el que iba incrementando el contorno. Lo transformó en una gran bola y después añadió más acero hasta que alcanzó un tamaño casi tan grande como una cabeza humana. Extrajo el segundo trozo, haciéndolo largo y fino, y después lo enrolló en una barra delgada. El último, la pieza más pequeña, lo aplanó.

Inhalaba y exhalaba como si los pulmones fuesen un fuelle. El sudor era como las aguas del temple. Los brazos, como el yunque. Él era la forja.

—Sabias, necesito un círculo —pidió Neald en tono urgente—. Ya. ¡No discutáis! ¡Lo necesito!

Con los golpes de Perrin empezaron a volar chispas en el aire. Con cada martillazo, las rociadas se hacían más grandes. Perrin sintió que algo de sí mismo se filtraba al acero, como si cada golpe instilara en el metal su propia fuerza, sus sentimientos. Preocupaciones y esperanzas fluyeron desde él al interior de las tres piezas aún sin elaborar.

El mundo se moría. No podía salvarlo. Eso era trabajo de Rand. Él sólo quería volver a su vida sencilla, ¿verdad?

No, no. Él quería a Faile, quería la complejidad. Quería la vida. No podía esconderse, como tampoco podían esconderse quienes lo seguían.

No quería su lealtad, pero la tenía. ¿Cómo se sentiría si cualquier otra persona se pusiera al mando y después los condujera a la muerte?

Golpe tras golpe. Rociadas de chispas. Demasiadas, como si estuviera golpeando contra un cubo de líquido fundido. Las chispas saltaban en el aire, estallaban desde su martillo, volaban tan alto como las copas de los árboles y se esparcían en un radio de decenas de pasos. Los que observaban se echaron hacia atrás, todos excepto el Asha'man y las Sabias, que se habían agrupado alrededor de Neald.

«No quiero dirigirlos —pensó—. Pero, si no lo hago yo, ¿quién lo hará? Si los abandono y caen, será culpa mía.»

Perrin vio entonces lo que estaba creando, lo que había intentado crear desde el principio. Trabajó el pedazo más grande dándole forma de ladrillo. La pieza larga se convirtió en una barra del grosor de tres dedos. La pieza plana pasó a ser una abrazadera de tope, una pieza de metal para rodear la cabeza y unirla al mango.

Un martillo. Estaba creando un martillo. Y éstas eran las partes.

Ahora lo entendía. Se volcó en su tarea. Golpe tras golpe. Qué fuerte sonaban. Cada uno de ellos parecía sacudir el suelo a su alrededor, haciendo que las tiendas traquetearan. Perrin se sentía exultante. Sabía lo que estaba haciendo. Por fin sabía lo que estaba haciendo.

No había pedido ser un cabecilla, pero ¿eso lo eximía de responsabilidad? La gente lo necesitaba. El mundo lo necesitaba. Y, con una comprensión que se enfrió en su interior como roca fundida que adopta una forma, se dio cuenta de que deseaba liderar.

Si tenía que haber un señor para esas personas, quería serlo él. Porque encargarse de ello uno mismo era la única forma de estar seguro de que se hacía bien.

Utilizó el cincel y el horadador para hacer un agujero por el centro de la cabeza del martillo; después asió el mango y, alzándolo a la altura de su cabeza, lo insertó de un golpe en su sitio. Tomó la abrazadera y colocó el martillo encima, tras lo cual le dio forma. Un poco antes, ese proceso se había cebado en su ira, pero ahora parecía sacar a la luz su resolución, su determinación.

El metal era algo vivo. Todos los herreros lo sabían. Una vez que uno lo calentaba, mientras lo trabajaba, el metal tenía vida. Tomó su martillo y el cincel y empezó a configurar contornos, surcos, modificaciones. Saltaban las chispas, el golpeteo del martillo sonaba más fuerte, como un repique de campanas. Usó el cincel en un pequeño trozo de acero para crear un cuño con una figura y después lo colocó en la parte superior del martillo.

Con un bramido, levantó el viejo martillo una última vez por encima de la cabeza y golpeó en el nuevo, troquelando así el adorno en el costado de la cabeza del

martillo nuevo: un lobo dando un salto.

Perrin bajó las herramientas. En el yunque —todavía refulgente con un calor interno— yacía un martillo bellísimo. Un trabajo que excedía cualquiera de las cosas que había creado en toda su vida o que hubiera creído ser capaz de crear. Tenía una cabeza gruesa, poderosa, como la de un mazo o una marra, pero con la mocheta cuadrangular y la peña achatada, rectangular y deprimida. La herramienta de un herrero. Medía cuatro pies de largo, puede que más, un tamaño enorme para un martillo de ese tipo.

El mango era todo de acero, algo que él nunca había visto en un martillo. Perrin lo levantó; podía hacerlo con una mano, pero por muy poco. Era pesado. Sólido.

La decoración consistía en un dibujo de cuadrículas, con un lobo en pleno salto troquelado en una de las caras laterales. Parecía *Saltador*. Perrin lo tocó con el pulgar encallecido, y el material se apagó. Todavía estaba caliente al tacto, pero no lo quemó.

Se dio la vuelta para echar una ojeada y se quedó sorprendido por la cantidad de gente que lo observaba, una multitud. Los hombres de Dos Ríos se hallaban delante, con Jori Congar, Azi al'Thone y Wil al'Seen a la cabeza de unos centenares más. Ghealdanos, cairhieninos, andoreños, mayenienses... En silencio, atentos, mirándolo de hito en hito. El suelo alrededor de Perrin estaba ennegrecido por las chispas que habían caído; goterones de metal plateado se esparcían como un sol rutilante, irradiando hacia afuera a partir de donde se encontraba él.

Neald cayó de rodillas, jadeante, con la cara cubierta de sudor. Grady y las mujeres se sentaron con aspecto de estar exhaustos. Las seis Sabias al completo habían participado en el círculo. ¿Qué habían hecho?

Él también se sentía extenuado, como si toda su fuerza y todas sus emociones se hubieran fundido en el corazón del metal. Pero no podía descansar.

—Wil, hace unas semanas te di la orden de que quemaras los estandartes de la cabeza de lobo. ¿Obedeciste? ¿Los quemaste todos?

Wil al'Seen lo miró a los ojos y después bajó la vista, avergonzado.

—Lord Perrin, lo intenté, pero... Luz, no fui capaz de hacerlo. Guardé uno. El que ayudé a coser.

—Ve por él, Wil —ordenó Perrin con una voz que sonaba acerada.

Wil echó a correr; olía a asustado. Regresó enseguida con una tela doblada, blanca, con el borde en rojo. Perrin la cogió y la sostuvo en una mano, con reverencia, y en la otra, el martillo. Miró a la multitud. Faile se encontraba allí; tenía las manos enlazadas ante sí y olía a esperanza. Ella veía dentro de él. Lo sabía.

—He procurado mandaros de vuelta a casa —anunció a la multitud—. Pero no quisisteis marcharos. Tengo defectos y vosotros debéis de saberlo. Si vamos a la guerra, me será imposible protegeros a todos. Cometeré errores.

Recorrió con la vista la multitud y miró a los ojos a quienes se encontraban allí. Todos ellos, cada hombre y cada mujer a quienes miró, asintieron en silencio. Ni remordimientos ni pesadumbres ni vacilaciones. Sólo asintieron. Perrin hizo una profunda inhalación.

—Si es lo que deseáis, aceptaré vuestro juramento de lealtad. Os lideraré.

Prorrumpieron en vítores. Fue un enorme rugido de excitación y enardecimiento.

—¡Ojos Dorados! ¡Ojos Dorados el lobo! ¡La Última Batalla! *¡Tai'shar Manetheren!*

—¡Wil! —gritó Perrin, que levantó el estandarte—. Iza esta enseña bien alto. Y no la arríes hasta que la Última Batalla se haya ganado. Marcharé bajo la insignia del lobo. Todos los demás, despertad al campamento, que todos los soldados se preparen para la lucha. ¡Esta noche tenemos otra tarea!

El joven tomó la bandera y la desdobló, ayudado por Jori y Azi, de forma que no rozara el suelo. Después la alzaron en alto y corrieron a buscar el asta. El grupo se deshizo, los hombres corrieron en una u otra dirección mientras emplazaban a todos a voces.

Perrin tomó a Faile de la mano cuando su mujer se acercó a él. Olía a satisfacción.

—Entonces, ¿problema resuelto? —preguntó ella.

—Se acabaron las protestas —prometió Perrin—. No me gusta, pero tampoco me gusta matar. Haré lo que tenga que hacerse.

Bajó la vista al yunque, ennegrecido por su trabajo de forja. Encima descansaba el antiguo martillo, ahora desgastado y mellado. Le apenaba dejarlo, pero había tomado una decisión.

—¿Qué fue lo que hiciste, Neald? —le preguntó al Asha'man.

El hombre todavía estaba pálido y se incorporó a trompicones. Perrin levantó el martillo nuevo para mostrarle el magnífico trabajo.

—No lo sé, milord. Simplemente... En fin, fue como dije. Percibía una buena sensación, algo que era correcto. Vi lo que tenía que hacer, cómo poner los tejidos dentro del propio metal. Un metal que parecía atraerlos hacia sí, como un océano asimilando el agua de un río.

Enrojeció, como si le pareciera un modo estúpido de expresarse.

—Parece apropiado —dijo Perrin—. Hay que darle un nombre a este martillo. ¿Tienes conocimientos de la Antigua Lengua?

—No, milord.

Perrin contempló el lobo acuñado en una de las caras.

—¿Alguien sabe cómo se dice "el que remonta el vuelo"?

—Yo... Yo no...

—*Mah'alleinir* —dijo Berelain, que salió de la posición desde la que había estado

observando para adelantar un paso.

—*Mah'alleinir*— repitió Perrin—. Suena bien. Sulin, ¿qué hay de los Capas Blancas?

—Han acampado, Perrin Aybara —respondió la Doncella.

—Muéstramelo. —Indicó el mapa de Arganda.

Sulin señaló el lugar. Era un terreno en la falda de una colina, y más allá de la cara norte se alzaban unos cerros. La calzada discurría desde el noreste y rodeaba los cerros por el sur siguiendo el antiguo lecho fluvial, para después girar hacia el sur al llegar junto al campamento instalado al pie de la colina. Desde ahí, la calzada llevaba a Lugard. Era un lugar perfecto para acampar, ya que estaba resguardado del viento por dos lados. Pero también era el sitio perfecto para una emboscada. El mismo que habían señalado Arganda y Gallenne.

Estudió la calzada y el campamento sin dejar de pensar en lo que había ocurrido en las últimas semanas.

—Nos encontramos con viajeros... Dijeron que, hacia el norte, el barrizal era casi completamente infranqueable con carros y carretas...

Un rebaño de ovejas, corriendo delante de la manada hacia las fauces de una bestia. Faile y los otros dirigiéndose hacia un precipicio. ¡Luz!

—Grady, Neald —llamó Perrin—, necesito otro acceso. ¿Estáis en condiciones?

—Eso creo —respondió Neald—. Dadnos unos minutos para recuperar el aliento.

—Muy bien. Abridlo ahí —dijo Perrin señalando el terreno elevado por encima del campamento de los Capas Blancas—. ¡Gaul! —Como siempre, el Aiel andaba cerca. Llegó en un par de zancadas—. Quiero que hables con Dannil, Arganda y Gallenne. Quiero que todo el ejército cruce el acceso lo más rápido posible, pero sin hacer ruido. Nos moveremos con tanto sigilo como sea capaz de hacerlo un ejército de este tamaño.

Gaul asintió y se alejó corriendo. Gallenne seguía por las inmediaciones; fue el primero con el que habló Gaul. Faile observaba a Perrin; olía a curiosidad y un poco a inquietud.

—¿Qué te traes entre manos, esposo?

—Ya es hora de que me ponga al mando —respondió Perrin.

Miró su antiguo martillo y tocó el mango con los dedos una última vez. Después, se cargó *Mah'alleinir* al hombro y se alejó pisando las gotas de acero endurecido que crujían bajo sus pies.

La herramienta que acababa de abandonar era el martillo de un simple herrero. Ese otro hombre siempre sería parte de él, pero ya no podía permitirse que mandara él.

A partir de ese momento, llevaría el martillo de un líder. Un martillo digno de un rey.

Faile pasó los dedos por el yunque mientras Perrin se alejaba sin dejar de dar órdenes para la preparación del ejército.

¿Se habría dado cuenta del aspecto que tenía en medio de esa lluvia de chispas, con cada golpe de martillo haciendo que el acero que tenía ante sí palpitase y llamease lleno de vida? Los ojos dorados le habían brillado con tanta intensidad como el acero, y cada golpe de martillo había sido casi ensordecedor.

—Hacía siglos que este mundo no era testigo de la creación de un arma forjada con el Poder —dijo Berelain.

Casi todos los demás se habían ido para cumplir las órdenes de Perrin. Sólo quedaban ellas dos y Gallenne, que se acariciaba el mentón mientras estudiaba el mapa.

—Es un Talento poderoso el que el joven acaba de desplegar —siguió la Principal —. Y será muy útil. El ejército de Perrin contará con cuchillas forjadas con el Poder, que las reforzará.

—Es un proceso que parece agotador —respondió Faile—. Incluso si Neald fuera capaz de repetir lo que hizo, dudo que tengamos tiempo de forjar muchas armas.

—Cada ventaja, por pequeña que sea, cuenta —contestó Berelain — El ejército que ha "forjado" vuestro esposo es algo increíble. Su naturaleza *ta'veren* está de por medio. Perrin reúne hombres, y esos hombres aprenden con una velocidad y una pericia increíbles.

—Quizá —dijo Faile mientras caminaba despacio alrededor del yunque sin dejar de mirar a Berelain quien, a su vez, hacía lo mismo por el lado opuesto. ¿A qué jugaba ahora la Principal?

—Entonces, debemos hablar con él —le dijo Berelain—. Convencerlo de que no siga adelante con la decisión que ha tomado.

—¿Qué decisión? —preguntó Faile, con sincero desconcierto.

Berelain se detuvo. Algo hacía que los ojos le brillaran. Parecía estar tensa.

«Está preocupada. Muy preocupada por algo», pensó Faile.

—Lord Perrin no debe atacar a los Capas Blancas —dijo Berelain—. Por favor, debéis ayudarme a persuadirlo.

—No va a atacarlos —respondió Faile. Estaba bastante segura de ello.

—Les va a tender una emboscada perfecta —replicó Berelain—. Los Asha'man para encauzar el Poder Único, los arqueros de Dos Ríos para disparar desde la cima al campamento de los Hijos y la caballería para cabalgar ladera abajo y barrerlos después. —Berelain vaciló antes de añadir con aire afligido:

»Les ha tendido una trampa. Les dijo que si Damodred y él sobrevivían a la Última Batalla, se sometería a su fallo. Pero Perrin va a asegurarse de que los Capas Blancas no lleguen a la Última Batalla. De esa manera no quebrantará su juramento,

pero también evitará entregarse.

—Nunca haría eso, Berelain —afirmó Faile mientras negaba con la cabeza.

—¿Estáis segura? ¿Completamente segura?

Faile titubeó. Perrin había cambiado de un tiempo a esta parte. La mayoría de esos cambios habían sido para bien, como la decisión de aceptar el liderazgo por fin. Y la emboscada de la que hablaba Berelain tenía sentido. Perfecta y sin piedad.

Pero no era honorable. Era ruin. Perrin no lo haría, a pesar de lo mucho que hubiera cambiado. Faile estaba segura de ello.

—Sí, lo estoy —respondió—. Prometer tal cosa a Galad Damodred para luego masacrar a los Capas Blancas de esa manera... Eso le rompería el corazón a Perrin. Él no es así. Eso no va a pasar.

—Espero que estéis en lo cierto —contestó Berelain—. Albergué la esperanza de poder llegar a algún tipo de acuerdo con su capitán general antes de marcharnos...

¡Por la Luz, un Capa Blanca! ¿No podría haber escogido a cualquier noble del campamento en el que volcar sus atenciones? ¿Uno que no estuviera casado? Sin darse cuenta, las siguientes palabras salieron de la boca de Faile:

—No se os da bien escoger a los hombres, ¿verdad, Berelain?

La Principal se volvió hacia ella con los ojos desorbitados, ya fuera por la conmoción o por la ira.

—¿Acaso Perrin fue una mala elección?

—Un mal partido para vos —respondió Faile, que resopló con desdén—. Lo habéis demostrado esta noche con lo que pensáis que es capaz de hacer.

—Que no fuera un buen partido para mí es irrelevante. Me fue prometido.

—¿Por quién?

—Por el Dragón Renacido —contestó Berelain.

—¿Cómo?

—Me presenté ante el Dragón Renacido en la Ciudadela de Tear —explicó la Principal—. Pero él no quiso tener nada conmigo. Incluso se enfadó con mis insinuaciones. Entonces me di cuenta de que el Dragón Renacido tenía la intención de casarse con una mujer de más alta cuna, probablemente Elayne Trakand. Tiene lógica. No puede tomar todos los reinos con la espada. Algunos tendrían que doblegarse a través de alianzas. Andor es un país muy poderoso y está gobernado por una mujer. Controlarlo a través de un matrimonio tendría sus ventajas.

—Perrin me ha comentado que Rand no piensa así, Berelain —dijo Faile—. No es tan calculador. Por lo que sé de él, yo también pienso que el Dragón Renacido es como dice Perrin.

—Y también decís lo mismo de vuestro esposo. ¿Queréis hacerme creer que son así de simples, sin una pizca de inteligencia?

—Yo no dije eso.

—Pero usáis las mismas afirmaciones de siempre. Qué aburrimiento. Bien, pues, me di cuenta de lo que el lord Dragón insinuaba, así que dirigí mis atenciones hacia uno de sus colaboradores allegados. Tal vez él no me lo "prometiera". He escogido mal mis palabras. Pero supe que se sentiría satisfecho de que me uniera a uno de sus amigos y aliados más cercanos. De hecho, presumo que era lo que quería que hiciera. Después de todo, fue el lord Dragón quien nos eligió a Perrin y a mí para esta misión. No obstante, no podía decir abiertamente lo que deseaba, para no ofender a Perrin.

Faile vaciló. Por una parte, lo que decía Berelain era una estupidez supina; pero, por otra, ella era capaz de comprender lo que la mujer podía haber entendido. O quizá, lo que había querido entender. Para Berelain, entrometerse entre un marido y su esposa no era nada inmoral. No era más que una maniobra política. Y, por lógica, probablemente a Rand le tendría que haber interesado vincularse con algunas naciones a través de los matrimonios de las personas más cercanas a él.

Sin embargo, tal visión no cambiaba el hecho de que ni él ni Perrin enfocaban de esa manera los asuntos del corazón.

—He renunciado a Perrin —continuó Berelain—. Me reafirmo en lo que os prometí. Pero eso me deja en una posición difícil. Llevo tiempo pensando que la única esperanza de que Mayene mantenga su independencia en los años venideros es estar ligada de algún modo al Dragón Renacido.

—Un matrimonio se basa en más cosas que las ventajas políticas que se puedan sacar de él.

—Aun así, esas ventajas son tan claras que no deben desdeñarse.

—¿Un Capa Blanca?

—Es el hermanastro de la Reina de Andor —respondió Berelain; un leve rubor tiñó las mejillas de la mujer—. Si en verdad el Dragón Renacido tiene intención de casarse con Elayne Trakand, eso me proporcionaría un vínculo con él.

Pero había algo más, y Faile lo notaba por la manera en que Berelain actuaba, en cómo le cambiaba la cara cuando hablaba de Galad Damodred. Pero si la Principal quería racionalizarlo bajo un prisma de motivación política, ella no era quién para disuadirla, siempre y cuando sirviera de ayuda para que dejara de interesarle Perrin.

—He hecho lo que me pedisteis —siguió Berelain—. Ahora os pido vuestra ayuda. Si se viera que tiene intención de atacar a los Capas Blancas, por favor, ayudadme a intentar disuadirlo. Juntas, quizá, podríamos conseguirlo.

—De acuerdo —accedió Faile.

Perrin cabalgaba a la cabeza de un ejército que se sentía unido por primera vez. La bandera de Mayene, la de Ghealdan, las de las casas nobles entre los refugiados. Incluso había algunas banderas confeccionadas por los chicos, que representaban las diferentes zonas de la comarca de Dos Ríos. Pero sobre todas ellas ondeaba la cabeza

de lobo.

Lord Perrin. Nunca iba a acostumbrarse a ello, pero quizás era lo mejor que podía pasar.

Condujo a *Brioso* a un lado del acceso abierto para ver cruzar las tropas, que lo saludaban al pasar. Llevaban antorchas para iluminar el camino. Con un poco de suerte, los encauzadores podrían iluminar el campo de batalla más tarde.

Un hombre se acercó a *Brioso*. Perrin percibió el olor a pieles de animales, a marga y a sangre de conejo. Elyas había ido a cazar mientras esperaba que se preparara el ejército. Sólo un buen cazador podía atrapar conejos de noche. Elyas decía que era un gran desafío.

—En cierta ocasión me comentaste algo, Elyas —empezó Perrin—. Me dijiste que, si alguna vez me gustaba el hacha, la tirase.

—Sí que te lo dije.

—Creo que eso también se puede aplicar al liderazgo. Los hombres que no quieren ningún título, al parecer son quienes los consiguen. Mientras siga pensando igual, creo que puedo hacerlo bien.

Elyas rió entre dientes.

—La bandera no tiene mala pinta, colgada ahí.

—Encaja conmigo. Siempre lo ha hecho. Por el contrario, soy yo quien no siempre ha encajado con ella.

—Menudos pensamientos filosóficos... para un herrero.

—Tal vez. —Perrin sacó del bolsillo el rompecabezas de herrero que había encontrado en Malden. Aún no había logrado separar las piezas—. ¿No te parece raro que se piense que los herreros son unos tipos sencillos y después sean ellos los que hacen estos condenados rompecabezas, tan difíciles de resolver?

—Nunca se me había ocurrido. Así que ¿eres uno de nosotros? ¿Por fin?

—No —respondió Perrin, que volvió a guardar el rompecabezas—. Yo soy quien soy. Por fin.

A ciencia cierta, no sabía qué había cambiado en él, pero quizás el hecho de pensar demasiado en ello había sido el problema, para empezar. Sabía que había encontrado el punto de equilibrio. No acabaría como Noam, el hombre que se había perdido en el lobo. Con eso le bastaba.

Perrin y Elyas se quedaron allí un rato viendo pasar al ejército. Esos accesos de mayor tamaño hacían que Viajar fuera más fácil. Todos los hombres y mujeres que iban a luchar no tardaron ni una hora en cruzar. Los hombres saludaban a Perrin. Olían a orgullo. No les asustaba la conexión que tenía con los lobos. De hecho, parecía que estaban más relajados después de saber los detalles específicos. Antes, había rumores. Incógnitas. Pero ahora se sentían cómodos con la verdad. Y orgullosos. Su señor no era un tipo cualquiera. Era alguien especial.

—Tengo que irme, Perrin —anunció Elyas—. Esta noche, si puedo.

—Lo sé. Ha empezado la Última Cacería. Ve con ellos, Elyas. Nos veremos en el norte.

El antiguo Guardián entrado en años le puso una mano en el hombro.

—Si no volvemos a vernos aquí, tal vez nos veamos en el Sueño, amigo mío.

—Esto es el Sueño —contestó Perrin con una sonrisa—. Y volveremos a vernos. Te encontraré si estás con los lobos. Buena cacería, Diente Largo.

—Buena cacería, Joven Toro.

Elyas desapareció en la oscuridad sin apenas hacer ruido.

Perrin se llevó la mano al cálido martillo que le colgaba de la cintura. Había pensado que la responsabilidad sería otro peso más para cargar a la espalda; pero, ahora que la había aceptado, de hecho se sentía más ligero.

Perrin Aybara sólo era un hombre, pero Perrin Ojos Dorados era un símbolo creado por la gente que lo seguía. Perrin no tenía ninguna opción al respecto. Lo único que estaba en su mano hacer era guiarlos lo mejor posible. Si no lo hacía, el símbolo no desaparecería, pero la gente perdería la fe en él. Como le había pasado al pobre Aram.

«Lo siento, amigo mío. Tú eres a quien más le fallé», pensó. No tenía sentido mirar atrás; eso ya no tenía remedio. Debía seguir adelante y hacerlo mejor.

—Soy Perrin Ojos Dorados, el hombre que habla con los lobos —dijo—. Supongo que no está nada mal ser esa persona.

Taconeó a *Brioso* y cruzó el acceso. Por desgracia, Perrin Ojos Dorados tenía que matar esa noche.

Galad se despertó con el susurro de los faldones de su tienda al abrirse. Ahuyentó los últimos vestigios del sueño —una tontería: él, cenando con una bella mujer de pelo oscuro, labios perfectos y ojos astutos— y alargó la mano hacia la espada.

—¡Galad! —llamó una voz, la de Trom.

—¿Qué sucede? —preguntó Galad, sin retirar la mano de la espada.

—Tenías razón —contestó Trom.

—¿Sobre qué?

—El ejército de Aybara ha regresado. ¡Galad, se han posicionado en los cerros que hay por encima de nosotros! Los vimos de casualidad. Nuestros hombres vigilaban la calzada, según tus órdenes.

Galad masculló una maldición. Se sentó y cogió la ropa.

—¿Y cómo han subido ahí sin que los hayamos visto?

—Poderes oscuros, Galad. Byar tenía razón. Ya viste con qué rapidez levantaron su campamento.

Hacía una hora que los exploradores habían regresado. Habían encontrado el

campamento de Aybara vacío, una imagen inquietante, como si antes hubiera estado habitado por fantasmas. Nadie los había visto partir siguiendo la calzada.

Y ahora eso. Galad empezó a vestirse con rapidez.

—Despertad a los hombres. A ver si podéis hacerlo sin meter ruido. Fuiste prudente al venir sin luz, porque eso podría haber alertado al enemigo. Que los hombres se pongan la armadura dentro de las tiendas.

—Sí, mi capitán general —respondió Trom. El frufrú de los faldones lo acompañó al irse.

Galad se vestía tan rápido como podía.

«Pero ¿qué he hecho?»

Desde el principio había confiado en que las decisiones tomadas habían sido las correctas y, sin embargo, lo habían conducido a esto. Aybara en posición de ataque y ellos, sus hombres, dormidos. Desde el regreso de Morgase, Galad había visto cómo se desmoronaba su mundo. Ya no tenía tan claro qué era lo correcto, no como lo había sido antaño. El futuro parecía azaroso.

«Deberíamos rendirnos —pensó, mientras se sujetaba la capa sobre la coraza—. No. Los Hijos de la Luz no se rinden nunca ante los Amigos Siniestros. ¿Cómo he podido pensar semejante cosa?»

Tenían que morir luchando. ¿Qué conseguirían con eso? ¿El fin de los Hijos, muertos antes de la Última Batalla?

Los faldones de la tienda se abrieron de nuevo. Galad tenía la espada desenvainada, lista para atacar.

—Galad —dijo Byar—, nos has condenado.

No había ni un ápice de respeto en la voz. La acusación puso a Galad nervioso.

—Los que caminan en la Luz no son responsables de las acciones de aquellos que siguen a la Sombra. —Una cita de Lothair Mantelar—. He actuado con honor.

—Deberías haber atacado en lugar de acceder a ese ridículo "juicio".

—Nos habrían destrozado. Tenían Aes Sedai, Aiel, hombres que encauzan, más soldados que nosotros y poderes que no llegamos a entender.

—¡La Luz nos habría protegido! —exclamó Byar.

—Y, si eso es cierto, nos protegerá ahora —respondió Galad, recuperada y fortalecida la confianza.

—No —contestó Byar. Su voz no era más que un susurro iracundo—. Nosotros mismos nos hemos abocado a esto. Si caemos, es porque nos lo merecemos.

Abandonó la tienda con el sonido de los faldones al cerrarse.

Galad se quedó parado un momento y después envainó la espada. Las recriminaciones y el arrepentimiento tendrían que esperar. Tenía que encontrar la manera de sobrevivir a esa noche... Si es que la había.

«Contrarrestar su celada con una propia —pensó—. Que los hombres se queden

en las tiendas hasta que empiece el ataque, luego sorprender a Aybara saliendo todos a la vez y...»

No. Aybara empezaría con las flechas, haciendo que cayera una lluvia mortal sobre las tiendas. Ésa era la mejor manera de sacar provecho de su posición elevada y de sus arqueros de largo alcance.

Lo mejor que podía hacer era que sus hombres se pusieran la armadura y luego dar una señal y que abandonaran las tiendas, todos a la vez, y se dirigieran a sus monturas. Los amadicienses podían formar un muro de picas a los pies de los cerros. Quizás Aybara intentaría cargar colina abajo, pero los piqueros podrían desbaratar esa maniobra.

Los arqueros aún seguían siendo un problema. Los escudos les serían útiles. Un poco. Hizo una profunda inspiración y salió a la noche a impartir órdenes.

—Una vez que empiece la batalla —dijo Perrin—, quiero que vosotras tres os retiréis a un lugar seguro. No os voy a enviar de vuelta a Andor. Sé que no os marcharíais. Pero no quiero que participéis en la batalla. Quedaos detrás de las líneas de batalla, con las tropas de retaguardia.

Faile le echó una ojeada. Perrin estaba montado a caballo, con la vista puesta al frente. Se encontraban en lo alto de los cerros y la última tropa de su ejército cruzó el acceso abierto a sus espaldas. Jori Congar sostenía entreabierta una linterna sorda para Perrin. Así había un poco de luz en esa zona.

—Como vos digáis, milord —respondió con suavidad Berelain.

—Entonces, os pediré que lo juréis —continuó Perrin, sin dejar de mirar al frente —. A Alliandre y a ti, Berelain. Faile, a ti te lo ruego. Espero que aceptes.

—Os lo juro, milord —prometió Alliandre.

La voz de Perrin denotaba tanta... resolución. Eso le preocupaba a Faile. ¿Podría Berelain estar en lo cierto? ¿Iba a atacar a los Capas Blancas? La forma de reaccionar de esos hombres, su modo de actuar, era imprevisible, por mucho que proclamaran que querían luchar en la Última Batalla. Podían causar más mal que bien. Aparte de eso, Alliandre era vasalla de Perrin y los Capas Blancas se encontraban en sus tierras. ¿Quién sabía el daño que podían causar antes de abandonarlas? Y además estaba el futuro castigo de Galad, que pendía como una espada sobre la cabeza de Perrin.

—Mi señor —dijo Berelain con voz preocupada—. Por favor, no lo hagáis.

—Sólo hago lo que tengo que hacer —respondió Perrin, que oteaba la calzada que llevaba hacia Jehannah.

Los Capas Blancas no se encontraban en esa dirección, sino al sur de la posición de Perrin.

—Perrin —dijo Faile, echando una ojeada a Berelain—, ¿qué te propones...?

De repente, apareció un hombre de entre las sombras, sin hacer el más mínimo

ruido a pesar de la maleza seca.

—Perrin Aybara, los Capas Blancas saben que estamos aquí —dijo Gaul.

—¿Estás seguro? —preguntó Perrin, que no parecía estar alarmado lo más mínimo.

—Intentan que no nos demos cuenta —confirmó Gaul—, pero los he visto. Las Doncellas afirman lo mismo. Se preparan para danzar: los mozos están destrabando los caballos y los guardias se mueven de tienda en tienda.

Perrin asintió e hizo avanzar a *Brioso* a través de la maleza hasta llegar al borde de la cumbre llana de los cerros. Faile fue tras él con *Albor* —seguida por Berelain, que no se apartaba de su lado— y se situó detrás de su esposo.

La pendiente que bajaba hasta el antiguo lecho fluvial que flanqueaba la calzada era empinada. La carretera discurría recta desde Jehannah hasta llegar al pie de esos cerros. Allí era donde giraba y enfilaba hasta Lugard. En esa curva estaba la hondonada resguardada en la falda de la colina, donde los Capas Blancas habían levantado sus círculos de tiendas.

Las nubes eran finas y permitían que la pálida luz de la luna bañara la tierra de un color blanco plateado. Una niebla baja, densa, se desplazaba por el suelo, en especial por el antiguo lecho de río. Perrin escudriñaba el paraje; nada obstaculizaba su visión de la calzada en las dos direcciones. De pronto, se oyeron unos gritos abajo mientras los Capas Blancas abandonaban las tiendas y corrían hacia las monturas. Se empezaron a encender antorchas.

—¡Arqueros, avanzad! —bramó Perrin. Los hombres de Dos Ríos se situaron al borde de la ladera—. ¡Infantería! ¡En posición, detrás de los arqueros! —gritó—. Arganda, al flanco izquierdo. Gallenne, al derecho. Os llamaré si necesito que hagáis un barrido.

»Muchachos, mantened una formación cerrada —dijo, girándose hacia los soldados de a pie, que en su mayoría eran refugiados—. El escudo arriba y el brazo de la lanza flexionado. ¡Arqueros, preparados!

Faile notó que empezaba a sudar. Eso estaba mal. Seguro que Perrin no iba a...

Seguía sin mirar a los Capas Blancas que había debajo él, sino que dirigía la vista al lecho del río que había al otro lado, quizás a unas cien yardas o más de distancia de los cerros, cuya pendiente pronunciada se debía a la erosión causada por el antiguo río. Perrin observaba como si hubiera algo que el resto de ellos no pudiera ver. Y, quizás, era así, con esos ojos dorados suyos.

—Milord —llamó Berelain, haciendo avanzar su caballo al lado del de Perrin. La voz de la mujer sonaba desesperada—. Si tenéis que atacar, ¿podríais perdonar la vida del comandante de los Capas Blancas? Puede ser de utilidad por razones políticas.

—Pero ¿de qué hablas? —se extrañó Perrin—. La única razón por la que estoy

aquí es para que Damodred siga con vida.

—¿Que vos... qué?

—¡Milord! —exclamó Grady acercándose al galope—. ¡Alguien encauza!

—¿Qué es eso de allí? —gritó Jori Congar señalando con el dedo—. Hay algo entre la niebla. Es...

Faile entrecerró los ojos. Allí, justo por debajo del ejército, en el lecho del antiguo río, unas figuras empezaron a aparecer como si salieran del suelo. Seres deformes con cabeza y cuerpo de animales y que blandían armas escalofriantes; eran grandes, tanto que Perrin les llegaría al pecho. Moviéndose entre ellos, se veían unas figuras estilizadas y sin ojos, vestidas de negro.

La niebla se abría a su paso y se arremolinaba a su alrededor, deshaciéndose en jirones a medida que avanzaban. Los monstruos seguían apareciendo. Docenas de ellos. Cientos. Miles.

Todo un ejército de trollocs y Myrddraal.

—¡Grady, Neald! —tronó Perrin—. ¡Luz!

Esferas brillantes de color blanco aparecieron y se quedaron colgadas en el aire. Más y más trollocs surgían de la niebla, como si germinaran de ella, pero la luz los aturulló. Alzaron la vista y entornaron los ojos al tiempo que se los protegían con la mano.

Perrin gruñó.

—¿Qué, os gusta? No nos esperaban. Pensaban que los Capas Blancas serían pan comido. —Perrin se dio media vuelta y miró a sus sorprendidas tropas—. Muy bien, muchachos, ¿queríais seguirme hasta la Última Batalla? ¡Ahora mismo vamos a catar un bocado de lo que nos espera! ¡Arqueros, disparad! ¡Enviemos a esos Engendros de la Sombra de vuelta al agujero del que salieron!

Levantó el martillo que acababa de forjar y la batalla empezó.

CAPÍTULO 41

Un aliado inesperado

Galad corría con el escudo levantado. Bornhald se unió a él, también con el escudo en alto, y dejó caer la linterna cuando aparecieron en el cielo esas luces antinaturales. Ninguno de ellos habló. La lluvia de flechas empezaría en unos instantes.

Llegaron a la hilera de estacas para atar los caballos, donde un par de mozos nerviosos les entregaron las riendas de sus monturas. Galad tuvo que bajar el escudo para montar a lomos de *Tenaz* y se sintió terriblemente expuesto. Volvió grupas y levantó el escudo de nuevo. Se oyó el característico tañido de las cuerdas de los arcos en la distancia y los chasquidos de las flechas que se rompían al clavarse en el suelo.

Ninguna cayó cerca de ellos.

Galad titubeó. Las luces que colgaban en el cielo hacían que la noche estuviera tan iluminada como con luna llena. Incluso más.

—¿Qué pasa? —dijo Bornhald. Su caballo rebullía inquieto bajo él— ¿Han fallado? Esas flechas están cayendo bien lejos de nuestro campamento.

—¡Trollocs! —El grito provenía del campamento—. Miles de ellos, por la calzada.

—¡Monstruos! —gritó un amadiciense—. ¡Monstruos de la Sombra. Luz, ¿son reales?

Galad miró a Bornhald. Se lanzaron al galope por el campamento seguidos por figuras que vestían capas niveas y otearon la calzada.

Una carnicería.

Andanadas de flechas caían del cielo y se clavaban en la hueste de Engendros de la Sombra. Las criaturas aullaban y chillaban. Algunos monstruos intentaban correr hacia el campamento de Galad, y otros, subir por la ladera hasta los arqueros. De repente, los trollocs salieron despedidos por el aire; la tierra se alzó a sus pies y empezó a caer fuego desde el cielo. Los encauzadores de Aybara habían entrado en combate.

Galad se hizo una imagen de la situación.

—Infantería, formad una barrera de escudos a este lado del campamento —gritó —. Ballesteros, a esas ruinas de ahí. ¡Dividid las legiones en ocho compañías de caballería y preparaos para cargar! ¡Arqueros, listos!

Principalmente, los Hijos eran una fuerza de caballería. Las compañías cargarían contra los trollocs en oleadas, una a una; luego se retirarían hacia la protección que ofrecía la barrera de escudos defensiva de la infantería. Los ballesteros debilitarían

las líneas trollocs antes de que la caballería pesada los ensartara con las lanzas, y los arqueros les proporcionarían cobertura mientras regresaban hacia las defensas.

La orden se pasó con rapidez, los Hijos se movían con mayor eficiencia que los amadicienses. Bornhald asintió. Era una maniobra más bien defensiva, pero era la que tenía más sentido... Al menos hasta que Galad consiguiera discurrir qué ocurría.

Un ruido de cascos anunció la llegada a galope de Byar. El caballo se encabritó, y Byar los miró con los ojos desorbitados.

—¿Trollocs? Cómo... ¡Es Aybara! ¡Ha traído un ejército de Engendros de la Sombra!

—Si es así, los está destrozando.

Byar acercó la montura.

—Igual que en Dos Ríos. Dain, ¿te acuerdas de lo que hizo? Primero atacan los trollocs y luego viene Aybara para la defensa. Y así gana apoyos.

—¿Y qué sentido tendría? —preguntó Bornhald.

—Engañarnos.

—¿Matando el mismo número de trollocs que los seguidores que podría conseguir? —Bornhald frunció el entrecejo—. No... No tiene sentido. Si Aybara puede estar al frente de miles de trollocs, ¿para qué nos necesita?

—Porque tiene la mente enferma, retorcida —replicó Byar—. Si no tuvo nada que ver con la aparición de los trollocs, ¿cómo es que llegaron a la vez?

Galad tuvo que admitir que había algo de cierto en esa última afirmación.

—De momento —empezó Galad—, nos proporciona el tiempo que necesitamos para formar. Bornhald, Byar, ayudadme a pasar las órdenes.

—Quiero que los jinetes estén listos para cargar en cuanto los ballesteros también lo estén. —Galad vaciló antes de añadir—: Pero hacedles saber a los hombres que no deben dejar expuesto nuestro flanco a Aybara. Que varios piqueros se coloquen junto a las laderas de esa colina. Por si acaso.

Los trollocs gritaban y caían bajo las flechas. Aun así, no paraban de salir y muchas de las bestias no morían hasta que habían recibido varios flechazos. Los Engendros de la Sombra se preparaban para subir por la ladera hacia las fuerzas de Perrin. Si lo conseguían, los retendría durante un tiempo con la infantería y luego se retiraría para que la caballería barriese lo que hubiera por delante de ellos.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó con suavidad Faile.

Perrin la miró.

—Es hora de que vosotras tres os vayáis a la retaguardia.

Perrin miró a Berelain; la Principal, montada en su caballo, había palidecido, como si la visión de los trollocs la hubiera trastornado. Sin embargo, él sabía que la mujer estaba hecha de otra pasta, que no tenía nada de pusilánime. ¿Por qué olía a

estar tan preocupada?

—Me iré, pero antes quiero que me respondas —contestó Faile.

—Tenía sentido —dijo Perrin—. El propósito de esa cúpula era evitar que utilizáramos los accesos y fuéramos directos a Andor, nos alentaba a seguir por la calzada. Ya nos pareció extraño que maese Gill desobedeciera una orden y tomase otra ruta, pero lo hizo. Estaba convencido de que el camino hacia el norte era intransitable porque así se lo contaron unos viajeros que venían de allí. Sospecho que eran añagazas de nuestros enemigos para que tomáramos esta dirección.

»Nos han conducido como a ganado todo el tiempo. Lo que esperaban no era que nos enfrentáramos a los Capas Blancas, sino que nos dirigiéramos hacia Lugard lo más rápido posible. Si hubiéramos intentado ir a campo traviesa, me juego lo que sea a que algo nos habría obligado a volver atrás. Por encima de todo querían que fuésemos directos a su emboscada. Lo más seguro es que el ejército de Damodred no formara parte del plan. No son más que una china en el zapato.

—Pero, los trollocs. ¿De dónde...?

—Creo que debe de haber un Portal de Piedra. Sabía que iba a ocurrir algún tipo de ataque, pero no sabía cómo. Pensé que podrían ser Draghkar desde el cielo o alguna puerta a los Atajos que se nos había pasado por alto. Pero esas ruinas que me indicó Arganda parecían un buen lugar para que hubiera un Portal de Piedra. Debe de estar sepultado, hundido bajo el lecho del río cuando éste cambió de curso. Los trollocs no salen del suelo. Creo que aparecen por el Portal.

»Era una trampa. De haber podido, nos habrían atacado antes, pero los Capas Blancas se entrometieron. Tenían que esperar a que nos ocupásemos de ellos. Pero entonces nos marchamos. Así que...

—Atacan a Damodred y a sus hombres —concluyó por él Faile—. Después de haber preparado la trampa, al menos querían causar daño a aquellos con los que podrían enfrentarse en el futuro.

—Sospecho que uno de los Renegados está detrás de esto —dijo Perrin, que miró a Grady.

—¿Uno de los Renegados? —inquirió Alliandre con voz destemplada—. ¡No podemos luchar contra uno de los Renegados!

Perrin se quedó mirándola.

—Cuando te uniste a mí, ¿a qué creías que te estabas comprometiendo, Alliandre? Luchamos por el Dragón Renacido en el Tarmon Gai'don, nada menos. Antes o después, tendremos que vérnoslas con los Renegados.

La cara de la reina palideció pero asintió con la cabeza; un gesto que la honraba.

—¡Grady! —llamó Perrin. El Asha'man no había dejado de provocar explosiones entre las filas trollocs—. ¿Aún notas que encauzan?

—Sólo alguna vez que otra, milord —contestó el Asha'man—. Quienesquiera que

sean, no tienen una fuerza espectacular con el Poder. Y tampoco se suman al combate. Creo que deben de hacer algo para transportar a los trollocs. Salen aquí con pelotones y vuelven de inmediato para traer más.

—Estate atento. A ver si logras acabar con quienquiera que sea.

—Sí, milord —respondió Grady y saludó.

Que un Renegado no trajera a los trollocs él mismo no quería decir que esto no fuera obra de uno de ellos, tan sólo que no se había involucrado personalmente.

—Retiraos las tres —ordenó Perrin a Faile, Berelain y Alliandre al tiempo que sopesaba el martillo.

Los trollocs habían empezado a cargar colina arriba. Muchos caían por las flechas, pero eran tantos que algunos no tardarían en llegar a la cima. Había llegado el momento de luchar.

—No sabes cuántos son, esposo mío —le dijo con suavidad Faile—. No dejan de venir. ¿Y si desbordan nuestras líneas?

—Si las cosas van mal, nos retiraremos a través de los accesos. Pero no voy a dejar que acaben con los Capas Blancas sin luchar. No voy a dejar un solo hombre en manos de los trollocs, ni siquiera a ellos. No nos ayudaron en Dos Ríos cuando nos atacaron. Bien, pues, yo no voy a hacer lo mismo que ellos. Y no hay más que hablar.

De pronto, Faile se inclinó para besarlo.

—Gracias —le dijo a Perrin.

—¿Por qué?

—Por ser el hombre que eres —respondió.

Faile hizo dar media vuelta a su montura y guió hacia la retaguardia a las otras dos mujeres.

Perrin meneó la cabeza. Había pensado que tendría que recurrir a Grady para que la maniatara con Aire y se la llevara de ahí. Se giró para afrontar la oleada trolloc que se acercaba. Los hombres de Dos Ríos no les estaban poniendo nada fácil la subida. No obstante, las flechas se acababan.

Perrin levantó *Mah'alleinir*. Una parte de él se entristeció por tener que bañar el arma en sangre al poco tiempo de haberla forjado pero, en general, estaba satisfecho. Esos trollocs y quienes los dirigían eran los responsables de la muerte de *Saltador*.

Un pelotón de trollocs empezó a aparecer en la cima de los cerros seguido por un Fado que, a su vez, estaba dirigido por otro Fado que asía una espada negra. Perrin soltó un rugido y cargó, con el martillo en alto.

Galad maldijo e hizo maniobrar a *Tenaz* para descargar un tajo contra el cuello de un trolloc con cabeza de oso. Un fétido chorro de sangre oscura y espesa salió a borbotones de la herida. No obstante, esas bestias eran condenadamente difíciles de matar. Galad había oído contar cosas, se había entrenado con hombres que habían

luchado contra los Engendros de la Sombra. Aun así, le sorprendía su resistencia.

Tuvo que golpear tres veces más a la criatura antes de que cayera desplomada. El brazo le dolía. El refinamiento no tenía cabida a la hora de enfrentarse a estos monstruos. Utilizaba poses de lucha a caballo, pero, a menudo, la que fuera más directa y mortífera. *El leñador deshoja la rama*, *Arco de luna* y *Golpe de pedernal*.

Las cosas no les iban muy bien a sus hombres. Estaban encajonados y ya no había sitio para los jinetes y sus lanzas. Las cargas habían funcionado durante un tiempo, pero la caballería pesada se había visto obligada a retirarse detrás de la infantería y la presión del combate empujaba a todas las tropas hacia el este. Los amadicienses se veían desbordados y el ímpetu del combate imposibilitaba nuevas cargas a caballo. Lo único que podía hacer la caballería de los Hijos era descargar tajos a diestro y siniestro en un intento de conservar la vida.

Galad hizo girar a *Tenaz*, pero dos trollocs saltaron hacia él gruñendo. Se ocupó de uno al instante asestándole un tajo al cuello con *La garza atrapa al pez plateado*, pero la criatura se desmoronó sobre *Tenaz* y provocó que el caballo trastabillase. La otra bestia asestó un violento tajo al cuello de la montura y la abatió.

Galad apenas tuvo tiempo de saltar de la silla y caer al suelo hecho un ovillo. *Tenaz*, desplomado en tierra, agitaba las patas de forma convulsa mientras la sangre le brotaba del cuello y manchaba la espalda de blanco pelaje. Galad rodó con la espada pegada al costado pero había apoyado mal los pies al caer. Se había torcido el tobillo.

Hizo caso omiso del dolor y levantó la espada a tiempo para desviar el aguzado gancho que descargaba sobre él un monstruo de pelaje marrón y nueve pies de altura que apestaba a muerte. Galad perdió de nuevo el equilibrio al parar el golpe.

—¡Galad!

Figuras vestidas de blanco chocaron con los trollocs. La sangre hedionda brotó en rociadas. Algunos Hijos cayeron al suelo, pero el resto logró que los trollocs se retiraran. Bornhald se mantenía de pie, jadeante, con el escudo mellado y manchado por la oscura sangre. Lo acompañaban cuatro hombres; otros dos habían caído.

—Gracias —les dijo Galad—. ¿Y vuestras monturas?

—Muertas. Deben de tener órdenes de ir por los caballos —respondió Bornhald.

—No quieren que escapemos —argüyó Galad—. O que carguemos de nuevo.

Recorrió con la mirada la línea de soldados hostigados por los trollocs. Era un caos. Cualquiera creería que veinte mil hombres conformaban un gran ejército, pero no paraban de llegar oleada tras oleada de trollocs. Se estaba abriendo una brecha en la sección norte de la línea de los Hijos, y los trollocs incrementaron la presión en ese punto con un movimiento de pinza para rodear a las fuerzas de Galad. Los aislarían por el norte y por el sur y los aplastarían contra la colina. ¡Luz!

—¡Reforzad la línea de infantería del norte! —gritó Galad.

Echó a correr en esa dirección tan rápido como pudo. El tobillo le molestaba pero

aún podía correr. Los hombres se unieron a él. La ropa que llevaban ya no era blanca.

Galad sabía que la mayoría de los generales, como Gareth Bryne, no luchaban en primera línea. Eran demasiado importantes para eso y se los necesitaba para organizar la lucha. Quizás era lo que tendría que haber hecho él. Todo se desmoronaba.

Sus hombres eran buenos. Duros. Pero no tenían experiencia para luchar contra los trollocs. En ese momento, mientras cargaba por el suelo enfangado bajo una noche oscura iluminada por luces que flotaban en el aire, Galad se dio cuenta de la poca experiencia que tenía la mayoría de sus hombres. Había algunos veteranos pero, en general, los Hijos sólo se habían enfrentado a bandidos sin disciplina y milicias ciudadanas.

Los trollocs eran harina de otro costal. Esos monstruos que aullaban, gruñían y ululaban luchaban con frenesí. Lo que les faltaba en disciplina militar, lo compensaban con fuerza y ferocidad. Y hambre. Los Myrddraal que había entre las filas de la horda se bastaban por sí solos para abrir una brecha en una formación. Los soldados de Galad cedían terreno.

—¡Aguantad! —bramó Galad. Llegó a la brecha que se abría en la línea. Bornhald y unos cincuenta hombres más lo seguían. No eran suficientes—. ¡Somos Hijos de la Luz! ¡No cedemos ante la Sombra!

Pero no funcionó. Al ver el desarrollo de aquel desastre, todo el marco de sus convicciones empezó a quebrarse. A los Hijos de la Luz no los protegía su bondad. Caían en ringleras, como la mies bajo la guadaña. Y, lo que era peor, muchos no luchaban gallardamente ni aguantaban la posición con bizarría, sino que gritaban y huían presos del terror. Podía entender ese proceder en los amadicienses, pero había un montón de Hijos que no se comportaba mejor.

No eran cobardes. No eran malos soldados. Eran hombres, simplemente. Como cualquier otro. No era así como se suponía que tenía que ser.

Se oyó el ruido ensordecedor de otra carga de Gallenne con sus hombres. Colisionaron contra la línea de trollocs e hicieron que muchos cayeran rodando ladera abajo.

Perrin hizo añicos la cabeza de un trolloc con *Mah'alleinir*. La fuerza del golpe lanzó a la criatura hacia un lado y, por extraño que pudiera parecer, la piel de la bestia chisporroteó y salió humo allí donde la había tocado el martillo. Eso pasaba con cada golpe que propinaba, como si el contacto de *Mah'alleinir* los quemara; Perrin sólo notaba un calor agradable proveniente del martillo.

La carga de Gallenne logró abrir brecha en las filas de los trollocs y las separó en dos unidades. Por desgracia, había tantos cadáveres en el suelo que dificultaban las nuevas cargas de sus lanceros. Gallenne se retiró y su lugar lo ocupó un contingente de hombres de Dos Ríos que dispararon flechas a los trollocs y los derribaron en

oleadas de muerte, entre alaridos, aullidos y hedores.

Perrin hizo recular a *Brioso* y, al momento, soldados de infantería formaron a su alrededor. Había perdido muy pocos hombres frente a los trollocs. No obstante, una sola baja ya le parecía demasiado.

Arganda se acercó al trote. En algún momento, había perdido el penacho que adornaba el yelmo, pero sonreía de oreja a oreja.

—Pocas veces he tenido una batalla tan satisfactoria como ésta. Enemigos que matar sin sentir ni una pizca de compasión. Un terreno perfecto y una posición defendible. ¡Arqueros de ensueño y Asha'man para cerrar las brechas! Me he ocupado de casi dos docenas de esas bestias yo solo. Aunque sólo sea por este día, Aybara, me alegro de haberos seguido.

Perrin asintió con la cabeza. Sin embargo, no apuntó que una de las razones por las que la batalla resultaba fácil era porque los trollocs estaban centrados en los Capas Blancas. Esos seres eran una cosa monstruosa y asquerosa con una vena de egoísmo muy desarrollada. ¿Cargar colina arriba mientras les caían encima bolas de fuego y flechas para tratar de hacerse con el control de un terreno defendido por dos contingentes de caballería al completo? Mejor cargar contra el enemigo más débil; además, estratégicamente, era el movimiento lógico. Siempre que hubiera dos frentes, concentrarse primero en la batalla más fácil.

El propósito de los trollocs era acorralar a los Capas Blancas contra la ladera de la colina lo antes posible, y para conseguirlo se lanzaban en tropel sobre ellos sin dejarles terreno para las cargas de caballería y los separaban en grupos más pequeños. Quienquiera que estuviera al frente de ese ataque sabía de tácticas. No se trataba de un plan pensado por los trollocs.

—¡Lord Perrin! —La voz de Jori Congar se oyó por encima del griterío de los trollocs. El hombre llegó junto a *Brioso* a trompicones—. Me ordenasteis que observase y os dijera cómo les iba. Bueno, pues, quizá querríais echar una ojeada.

Perrin hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Levantó el puño y luego lo descargó en el aire, como dando un tajo. Grady y Neald estaban detrás de él, en una formación rocosa desde la que divisaban toda la calzada. Su orden principal era acabar con todos los Myrddraal que viesen. Perrin quería mantener alejados de las cimas de los cerros a tantos como le fuera posible. Acabar con un Fado utilizando una espada o un hacha podía costar docenas de vidas. Mejor hacerlo con Fuego y a distancia. Además, a veces la muerte de un Myrddraal conllevaba la de los trollocs que estuvieran vinculados a él.

Los Asha'man, las Aes Sedai y las Sabias vieron la señal de Perrin y lanzaron un ataque masivo sobre los trollocs con chorros de fuego que les salían disparados de las manos y rayos que se descargaban desde el cielo. Hicieron retroceder a los Engendros de la Sombra ladera abajo. Los soldados de infantería de Perrin aprovecharon para

descansar aunque fuera durante unos instantes.

Perrin acercó a *Brioso* al borde de la ladera para echar una ojeada hacia el sur, sosteniendo a *Mah'alleinir* pegado a la pierna. Abajo, a las fuerzas de Damodred les iba peor de lo que había temido Perrin. Los trollocs habían abierto una brecha en las líneas y casi habían dividido en dos las tropas de los Capas Blancas. Los monstruos también avanzaban por los flancos y los tenían rodeados. Galad y los Capas Blancas luchaban en tres frentes, acorralados contra la falda de la colina. Muchas de sus unidades de caballería se encontraban separadas de la fuerza principal.

Gallenne se acercó de nuevo a Perrin.

—Siguen apareciendo trollocs. Por el momento, unas cincuenta mil bestias, diría yo. Los Asha'man afirman que sólo han percibido a un encauzador, pero no combate.

—El que esté al frente de los Engendros de la Sombra no querrá poner en peligro a sus encauzadores —supuso Perrin—. No mientras defendamos esta posición elevada. Dejarán que los trollocs hagan tanto daño como les sea posible, para ver si consiguen imponerse. Entonces, si lo logran, aparecerán los encauzadores.

Gallenne asintió en silencio.

—Los hombres de Damodred están en apuros —dijo Perrin.

—Sí —afirmó Gallenne—. Nos desplegasteis en una buena posición para apoyarlos, pero por lo visto no somos suficientes.

—Habrá que echarles una mano —dijo Perrin, resuelto. Señaló a los Capas Blancas—. Los trollocs los están rodeando, encajonándolos contra la colina. Podríamos cargar ladera abajo y así sorprender a las bestias, romper sus filas y abrir un pasillo para que los hombres de Damodred puedan subir a esta posición.

—Con vuestro permiso, milord, pero he de preguntaros una cosa —dijo Gallenne con el ceño fruncido—. ¿Pensáis que les debéis algo? No voy a negar que me habría pesado venir aquí para atacarlos, aunque habría visto la lógica de tal maniobra. Pero no veo ninguna razón para ayudarlos.

—Es lo correcto —gruñó Perrin.

—Eso se podría discutir —contestó Gallenne, negando con la cabeza protegida por el yelmo—. Luchar contra trollocs y Fados es magnífico. Cada uno que caiga aquí, será uno menos contra el que luchar en la Ultima Batalla. Nuestros hombres adquieren experiencia al enfrentarse a ellos y pueden aprender a controlar el miedo. Pero esta ladera es inclinada y traicionera. Si intentáis bajar a galope hasta Damodred, podríamos dar al traste con nuestra ventaja.

—Voy a ir de todos modos —reiteró Perrin—. Jori, reúne a los hombres de Dos Ríos y a los Asha'man. Necesitaré que debiliten a los trollocs antes de caer sobre ellos.

Perrin bajó de nuevo la vista hacia la calzada. Los recuerdos de Dos Ríos le inundaban la mente. Sangre. Muerte. *Mah'alleinir* se calentó entre sus dedos.

—No voy a dejárselos a los trollocs, Gallenne. Aunque sean Capas Blancas. ¿Te unirás a mí?

—Sois un hombre extraño, Aybara. —Gallenne titubeó—. Y con verdadero honor. Sí, lo haré.

—Bien. Jori, ponte en marcha. Tenemos que llegar hasta Damodred antes de que su formación se rompa.

Una especie de onda de choque se propagó por la masa de trollocs. Galad, asida la espada en los dedos sudorosos, se quedó desconcertado. Le dolía todo el cuerpo y a su alrededor se oían quejidos; unos, los de los trollocs moribundos, guturales e inhumanos, y otros, lastimosos, aquellos provenientes de los hombres caídos. Los Hijos que estaban junto a él aguantaban. A duras penas.

Era una noche oscura, incluso con aquellas luces. Era como luchar contra pesadillas. Pero si los Hijos de la Luz no eran capaces de hacer frente a la oscuridad, ¿quién podría?

Los trollocs empezaron a aullar más fuerte. Los que había en primera línea se giraron y empezaron a hablar entre ellos en una lengua burda y llena de gruñidos que le provocó repugnancia y lo hizo retroceder. ¿Los trollocs podían hablar? No tenía constancia de ello. ¿Qué había desviado la atención de los monstruos?

Y entonces lo vio. Una lluvia de flechas cayó del cielo y se clavó entre las filas de los trollocs cercanos. Los hombres de Dos Ríos acababan de hacer gala de su reputación. Galad no había imaginado jamás que nadie fuera capaz de disparar de esa manera, pero ni una sola flecha cayó sobre los Hijos. Esos arqueros eran certeros.

Los trollocs gritaron y aullaron.

Y entonces, desde lo alto de los cerros, mil jinetes cargaron. Fogonazos de luz empezaron a aparecer a su alrededor; el fuego caía desde las alturas y trazaba unos arcos que parecían lanzas de un color rojo dorado que iluminaba a los jinetes de armadura plateada.

Una maniobra increíble. El desnivel era pronunciado y podría haber causado que los caballos tropezaran y cayeran, cosa que habría convertido a esos soldados en un inútil amasijo de cuerpos. Pero no cayeron. Galoparon con seguridad, sin vacilación, con las lanzas brillando. Y delante de ellos cabalgaba un hombretón con barba y un gran martillo enarbolado: Perrin Aybara en persona. Otro hombre, justo detrás de él, portaba un estandarte que ondeaba al viento. La cabeza de lobo roja.

A su pesar, Galad bajó el escudo, pasmado por el espectáculo. Aybara daba la impresión de estar en llamas debido a las lenguas de fuego que lo rodeaban. Galad alcanzó a ver los ojos grandes y dorados. Esos sí que eran como llamas.

La caballería impactó contra las líneas de trollocs que hostigaban al ejercito de Galad. Aybara gritó. El alarido se oyó por encima del pandemónium y, entonces,

empezó a golpear a los trollocs con el martillo sin piedad, a izquierda y derecha, sin descanso. El ataque hizo que los trollocs retrocedieran.

—¡Al ataque! —gritó Galad—. ¡Avanzad, atacad! ¡Empujadlos hacia la caballería!

Galad cargó hacia el norte, en dirección a la ladera de los cerros, con Bornhald a su lado. Cerca de ellos, Trom logró reunir lo que quedaba de la legión de Galad y condujo de vuelta a los hombres para que atacaran a los trollocs que se enfrentaban a Aybara.

La lucha se volvía más caótica por momentos. Galad luchaba con furia. Por increíble que pudiera parecer, todo el ejército de Aybara bajó en tropel por la ladera abandonando el terreno elevado para caer sobre los trollocs. Decenas de miles de hombres que gritaban:

—¡Ojos Dorados! ¡Ojos Dorados!

El empuje del combate hizo que Galad y Bornhald quedaran en medio de las filas de los trollocs. Los monstruos intentaban alejarse a toda costa de Aybara y corrían en todas direcciones. Los hombres cercanos a Galad y Bornhald se encontraron de pronto luchando por mantenerse con vida. Galad acabó con un trolloc mediante *La cinta en el aire*. Acto seguido, se giró para enfrentarse a un mastodonte de diez pies de alto con cara de carnero. Los cuernos se enroscaban a ambos lados de la enorme cara cuadrada, pero los ojos eran humanos, al igual que el mentón.

Galad se agachó cuando la bestia se abalanzó sobre él con un burdo machado, y luego la atravesó con la espada. La criatura chilló y Bornhald aprovechó para propinarle un tajo en los corvejones desde uno de los flancos.

Galad dio un salto atrás y chilló. El tobillo torcido le falló al final, cuando se le quedó atascado en una grieta. Galad oyó un crujido terrible al caer.

El monstruo moribundo se desplomó sobre él, inmovilizándolo contra el suelo. El dolor le recorrió toda la pierna, pero lo pasó por alto. Dejando la espada en el suelo, intentó quitarse de encima el cadáver. Bornhald esquivó —entre maldiciones— a un trolloc que tenía hocico de verraco. Los gruñidos que emitía resultaban horripilantes.

Galad movió el peso del maloliente cadáver a un lado y vio hombres vestidos de blanco. Trom y Byar luchaban desesperadamente para llegar junto a él. Había muchísimos trollocs y casi todos los Hijos que estaban más cerca de él yacían sin vida en el suelo.

Galad recogió la espada al mismo tiempo que una figura montada irrumpía entre la oscuridad y los trollocs que tenía al norte. Aybara. Se acercó a Galad y, con un terrible golpe del enorme martillo, hizo volar en el aire a un trolloc con cara de jabalí. La criatura se estrelló contra el suelo. Aybara desmontó de un salto a la par que Bornhald llegaba a trompicones para ayudar a Galad a levantarse.

—¿Estás herido? —le preguntó Aybara.

—El tobillo.

—Sube al caballo —contestó Aybara.

Galad no protestó. Era la única opción lógica. Sin embargo, que Bornhald lo ayudara a montar le hizo sentir vergüenza. Los hombres de Aybara habían tomado posiciones a su alrededor y hacían que los trollocs se retiraran. Ahora que el ejército de Aybara se había unido a la batalla, los hombres de Galad recobraban el ánimo.

Bajar a galope por la ladera había sido una maniobra arriesgada; pero, una vez que Galad se colocó a horcajadas sobre la montura de Aybara, vio que la jugada había tenido éxito. La enorme carga había destrozado a los trollocs y había grupos que ya se batían en retirada. Las lenguas de fuego que seguían cayendo desde las alturas abrasaban a los Myrddraal y provocaban la muerte de los pelotones de trollocs vinculados a ellos.

Aún quedaba mucha batalla por delante, pero las tornas habían cambiado. Las tropas de Aybara lograron establecer un perímetro de seguridad alrededor de su líder —y, por extensión, también de Galad— para así poder planificar la siguiente fase del ataque.

Galad miró a Aybara, que a su vez sopesaba a los trollocs con los ojos entrecerrados.

—Supongo que piensas que, por el hecho de haberme salvado, tendría que cambiar mi decisión acerca del juicio —dijo Galad.

—Sería lo suyo —murmuró Aybara.

Galad enarcó una ceja. No era la respuesta que había esperado oír.

—Mis hombres encuentran sospechoso que aparecieses un poco antes que los trollocs.

—Bien, pues, que piensen lo que quieran —respondió Aybara—. Dudo que nada de lo que diga los haga cambiar de parecer. En cierto modo, esto es culpa mía. Los trollocs estaban aquí para acabar conmigo. Me fui antes de que pudieran emboscarme. Date por contento de que no os haya dejado a su merced. Vosotros, los Capas Blancas, me habéis causado casi tanto dolor como lo han hecho esas bestias.

Por extraño que pareciera, Galad se dio cuenta de que estaba sonriendo. Este Perrin Aybara no tenía pelos en la lengua. Poco más podía pedir un hombre de un aliado.

«Entonces, ¿somos aliados? —pensó Galad. Saludó con la cabeza a Trom y Byar, que se acercaban—. De momento, tal vez.» Confiaba en Aybara. Sí, quizás había personas en el mundo que llevarían a cabo un plan tan intrincado como ése para ganarse el favor de Galad. Valda era de esa calaña.

Pero Aybara no. Era un hombre directo, sincero. Si hubiera querido quitarse de en medio a los Hijos, los habría matado y habría seguido su camino.

—Que así sea, Aybara —habló Galad—. Voy a pronunciar tu castigo aquí, esta

noche, ahora.

Perrin frunció el entrecejo y dejó de prestar atención a las líneas de batalla.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Considero que, como castigo, pagarás el precio de sangre a las familias de los Hijos muertos, una suma de quinientas coronas. También te ordeno que luches en la Última Batalla con todas las fuerzas que puedas reunir. Haz esto y te consideraré limpio de culpa.

Era un momento extraño para emitir la sentencia, pero ya había tomado una decisión. Seguirían luchando y quizás uno cayera. Galad quería que Aybara supiera su castigo, por si acaso.

Aybara se quedó mirándolo y luego asintió.

—Me parece justo, Galad Damodred —dijo Perrin Aybara tendiéndole la mano.

—¡Criatura de la oscuridad!

Alguien se movió por detrás de Aybara. Una silueta que desenvainaba la espada. Se oyó un siseo, se vio destello del metal. Los ojos de Byar estaban poseídos por un fulgor iracundo. Se había situado justo donde atravesaría a Aybara por la espalda.

Aybara se giró hacia él y Galad levantó la espada. Pero ambos reaccionaron con demasiada lentitud.

El golpe de Jaret Byar, sin embargo, no se descargó. El enjuto hombre permaneció de pie, con el arma en alto, quieto, mientras le manaba un hililllo de sangre por la comisura de los labios. Cayó de hinojos y luego se desplomó de bruces en el suelo, a los pies de Aybara.

Bornhald estaba de pie detrás de Byar con una mirada de terror en los ojos desorbitados. Bornhald bajó la mirada a su espada.

—Yo... No era lo correcto, atravesar a un hombre por la espalda después de que nos había salvado. No...

Dejó caer la espada y retrocedió a trompicones del cuerpo sin vida de Byar.

—Hiciste lo correcto, Hijo Bornhald —dijo Galad con pesar. Meneó la cabeza—. Era un buen oficial. Desagradable a veces, quizá, pero también era valiente. Me apena haberlo perdido.

Aybara miró a su alrededor, como para comprobar si había otros Hijos que quisieran matarlo.

—Desde el principio, ése buscaba una excusa para verme muerto.

Con el odio aún reflejado en los ojos, Bornhald miró a Aybara. Luego recogió la espada, la limpió y la envainó con un golpe seco. Se alejó hacia la zona adonde se había llevado a los heridos. El sector en que se encontraban Aybara y Galad era cada vez más seguro. Habían hecho retroceder a los trollocs y las líneas de combate, conformadas por los hombres de Aybara y los Hijos que quedaban en pie, se habían reforzado.

—Y ése aún cree que maté a su padre.

—No —negó Galad—. Pienso que ya cree que no lo hiciste. Pero te ha odiado durante largo tiempo, lord Aybara, y ha llamado amigo a Byar desde mucho antes. —Meneó la cabeza—. Matar a un amigo. A veces duele hacer lo correcto.

Aybara soltó un gruñido.

—Deberías ir con los heridos —dijo Aybara levantando el martillo con la vista posada en el lugar donde el combate era más encarnizado.

—Puedo luchar si me dejas el caballo.

—Bien, pues, ¿qué hacemos hablando? —Aybara lo sopesó con la mirada—. Aunque me quedaré junto a ti por si acaso me da la impresión de que vas a caerte de la silla.

—Gracias.

—Me gusta mi caballo.

Con una sonrisa, Galad puso al animal junto a Perrin y los dos se unieron al combate.

CAPÍTULO 42

Más fuerte que la sangre

Una vez más, Gawyn estaba sentado en la pequeña habitación sin decorar de los aposentos de Egwene. Se sentía exhausto, cosa que no era de extrañar si se tenía en cuenta por todo lo que había pasado, Curaciones incluidas.

Toda su atención se hallaba puesta en esa nueva percepción que había en su interior, ese maravilloso florecimiento en lo más recóndito de la mente, ese vínculo con Egwene y sus emociones. La conexión era asombrosa, y también un alivio. Al sentirla, sabía que estaba viva.

Gracias a la recién adquirida capacidad de notar que se acercaba, se puso de pie antes de que la puerta se abriera.

—Gawyn —dijo Egwene al entrar en la habitación—, no deberías estar de pie en tu estado. Por favor, siéntate.

—Me encuentro bien —respondió. No obstante, obedeció y volvio a sentarse.

Egwene acercó el otro taburete y lo puso enfrente de él. Se mostraba serena, pero Gawyn notaba que seguía abrumada por los sucesos acaecidos durante la noche. Los sirvientes estaban ocupados limpiando las manchas de sangre y sacando los cadáveres, mientras Chubai tenía a toda la Torre en estado de alerta, comprobando el paradero de todas y cada una de las hermanas. Había habido otro asesino; esta vez, una mujer. Tuvieron que perder la vida dos soldados y un Guardián para acabar con ella.

Sí, percibía la tempestad emocional detrás del aquel gesto sosegado. Durante los pasados meses, Gawyn había empezado a pensar que quizá las Aes Sedai aprendían a no sentir nada en absoluto. El vínculo le demostró que se equivocaba. Egwene sí sentía emociones, sólo que no las dejaba traslucir en el rostro.

Al mirarla a la cara y sentir la tormenta desatada en su interior, Gawyn supo apreciar —por primera vez— la relación entre Gaidin y Aes Sedai desde otro punto de vista. Los Guardianes no eran unos meros guardaespaldas. Eran las personas —las únicas personas— que veían la verdad de lo que pasaba dentro de una Aes Sedai. No importaba cuán experta pudiera ser una hermana a la hora de guardar la compostura, el Guardián sabía que sólo era una fachada.

—¿Encontrasteis a Mesaana? —preguntó Gawyn.

—Sí, aunque nos costó dar con ella. Se hacía pasar por una Aes Sedai llamada Danelle, del Ajah Marrón. La encontramos en su habitación. Balbuceaba como un bebé y ya se había ensuciado encima. No sé qué haremos con ella.

—Danelle. No la conocía.

—Era una mujer muy reservada —contestó Egwene—. Mesaana la escogería por esa misma razón.

Se quedaron callados unos instantes.

—Bueno, dime —rompió el silencio Egwene—. ¿Cómo te sientes?

—Ya sabes cómo me siento —respondió Gawyn con sinceridad.

—Era una manera de empezar una conversación.

—Me siento de maravilla —contestó Gawyn con una sonrisa—. Estoy encantado. Y en paz. E intranquilo y preocupado y ansioso. Como tú.

—Tenemos que hacer algo respecto a los seanchan.

—Estoy de acuerdo, pero eso no es lo que te preocupa, sino que te desobedeciera. Aun así, sabes que hice lo correcto.

—No me desobedeciste —contestó Egwene—. Te dije que regresaras.

—Pero aún seguía en pie la prohibición de que vigilase tus aposentos. Podría haber trastornado tus planes al causar un alboroto y espantar a los asesinos.

—Sí —respondió Egwene, cuyas emociones se volvieron más desasosegadas—. Pero, en cambio, me salvaste la vida.

—¿Cómo entraron? ¿No tendrías que haberte despertado cuando la doncella hizo saltar las alarmas?

Egwene negó con la cabeza.

—Estaba muy sumida en el sueño, luchando contra Mesaana. Había apostado Guardias de la Torre cerca, para que oyeran las alarmas. Se han encontrado sus cadáveres. Es como si los asesinos contaran con que saliera corriendo. Por lo visto, el plan era que uno de ellos se escondiera en la antesala para matarme después de que hubiese capturado a los otros dos. —Hizo un mohín—. Podría haber funcionado. Yo me esperaba hermanas del Ajah Negro o incluso un Hombre Gris.

—Te envié un aviso.

—También hemos encontrado muerto al mensajero. —Egwene lo miró—. Actuaste de forma correcta esta noche pero, aun así, el tema me preocupa.

—Lo resolveremos, ya verás —afirmó Gawin—. Déjame protegerte, Egwene, te obedeceré en todo lo demás. Te lo prometo.

Egwene titubeó, pero enseguida asintió con la cabeza.

—En fin —dijo—, tengo que ir a hablar con las Asentadas en la Antecámara. Ya estarán a punto de derribar la puerta de mis aposentos para exigir respuestas.

Gawyn notó que, para sus adentros, Egwene seguía mohína.

—Quizá serviría de algo decirles que mi vuelta era parte del plan.

—Y lo era —corroboró Egwene—. Aunque la coordinación no estaba prevista. —Egwene vaciló—. Cuando supe la forma en que Silviana había redactado mi petición, me preocupó que no volvieras jamás.

—Y no iba a hacerlo.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Tenía que aprender a obedecer. Es algo que nunca se me ha dado bien.

Egwene asintió con la cabeza, como si lo comprendiera.

—Haré que traigan una cama a esta habitación. Siempre tuve previsto que ésta fuera la habitación de mi Guardián.

Gawyn sonrió. ¿Dormir en otra habitación? En el fondo, una parte de ella seguía siendo la respetable hija de un posadero apegada a las tradiciones. Egwene se sonrojó al captar lo que pensaba.

—¿Por qué no nos casamos? —preguntó Gawyn—. Aquí mismo, hoy. Luz, Egwene, tú eres la Amyrlin y tu palabra es ley en Tar Valon. Pronuncia las palabras rituales de los votos y estaremos casados.

Egwene palideció. Era chocante lo mucho que algo así podía inquietarla esta noche. Gawyn sintió una punzada de ansiedad. Había dicho que lo quería. ¿Acaso no deseaba...?

No, él percibía sus emociones. Ella lo quería. Entonces, ¿por qué?

—Gawyn —empezó Egwene con un dejo de consternación—, ¿crees que podría volver a mirar a la cara a mis padres si me caso sin que ellos lo sepan? ¡Luz, al menos tendremos que enviar a alguien a buscarlos! Y ¿que pasa con Elayne? ¿Te casarías sin decirle nada?

Una sonrisa iluminó el rostro de Gawyn.

—Tienes razón, por supuesto. Me pondré en contacto con ellos.

—Yo podría...

—Egwene, eres la Sede Amyrlin. El peso del mundo recae en tus hombros. Deja que yo me ocupe de los preparativos.

—De acuerdo.

Egwene salió de la habitación. Silviana, que la estaba esperando, dedicó a Gawyn una de sus miradas ceñudas. Egwene ordenó a unos sirvientes que le llevaran una cama y, acto seguido, ella y la Guardiana de las Crónicas se fueron, escoltadas por un par de soldados de Chubai.

A Gawyn le habría gustado ir con ella. Aún podría haber más asesinos al acecho. Por desgracia, Egwene tenía razón al decirle que se fuera a dormir. Le costaba aguantar de pie, le flaqueaban las piernas. Entonces se dio cuenta de que en la habitación contigua había una hilera de cuerpos cubiertos con sábanas. No los iban a retirar hasta que las hermanas tuvieran ocasión de echarles un vistazo. Desenmascarar a Mesaana y comprobar si había otros asesinos había tenido prioridad hasta el momento.

Apretando los dientes, Gawyn se esforzó para llegar junto a los cuerpos y levantar la sábana. Vio las caras sin vida de Mazone y Celark; en el caso de este último, con la cabeza separada del cuerpo decapitado. Era un cuadro lamentable.

—Lo hicisteis bien, soldados —dijo Gawyn—. Me ocuparé de que vuestras familias sepan que salvasteis la vida de la Amyrlin.

Lo enfurecía haber perdido unos hombres tan válidos.

«Así la Luz abrase a esos seanchan —pensó—. Egwene está en lo cierto. Tenemos que hacer algo.» Desvió la mirada hacia un lado de la habitación, donde los cadáveres de los tres asesinos yacían bajo otras sábanas de las que sobresalían zapatillas de color negro. Eran dos mujeres y un hombre.

«Me pregunto...» Gawyn cruzó la habitación hacia los cuerpos de los seanchan. Los guardias lo miraron cuando levantó las sábanas pero no le dijeron nada.

Distinguió los *ter'angreal* con facilidad pues le habían dicho lo que tenia que buscar. De lo contrario... Eran unos anillos de piedra de color negro; los llevaban en el dedo corazón de la mano derecha. Los anillos tenían forma de una enredadera con espinas. Por lo que parecía, ninguna de las Aes Sedai se había dado cuenta de lo que eran. Al menos, de momento.

Gawyn les quitó los tres anillos y se los guardó en el bolsillo.

Lan percibió algo, una clara diferencia en el nudo de emociones que existia en el fondo de su mente. Se había acostumbrado a no hacer caso de ellas ni de la mujer a la que representaban.

Pero de un tiempo a esta parte esas emociones habían cambiado. Cada vez estaba más seguro de que Nynaeve había conseguido su vínculo. Podía identificarla por la manera en que ella sentía. ¿Cómo no iba uno a reconocer ese sentimiento, mezcla de pasión y bondad? Era... extraordinario.

Desde lo alto de la colina contempló con atención la calzada que descendía con giros sinuosos por la ladera antes de dirigirse en línea recta hacia una fortificación inconfundible: Torres de la Muralla de Plata. El enorme recinto fortificado marcaba la frontera entre Kandor y Arafel; en realidad, eran dos y estaban construidos en las paredes verticales —uno a cada lado— del angosto paso de Firchon, que semejaba un cañón. Eran realmente impresionantes, como las dos hojas de una puerta colosal.

Atravesar el paso significaba recorrer una distancia considerable entre dos muros de piedra repletos de aspilleras; una obra pensada para detener a cualquier ejército que marchara en una u otra dirección.

Oh, sí, todos los hombres fronterizos eran aliados, pero, aun así, los arafelinos no hacían ascos a tener una bonita fortaleza para bloquear el camino que llevaba a Shol Arbela.

Delante de la fortificación acampaban miles de personas que se concentraban en grupos más pequeños. La bandera de Malkier —la Grulla Dorada— ondeaba por encima de algunos de ellos. Sobre otros lo hacían las banderas de Kandor o Arafel.

—¿Quién de vosotros ha roto su juramento? —preguntó Lan, que se giró en la

silla para mirar la caravana.

Los hombres menearon la cabeza en un gesto de negación.

—No había necesidad de romperlo —respondió Andere—. ¿Qué otra ruta ibais a tomar? ¿A campo traviesa por las Tierras Fracturadas? ¿Por las Colinas Truncadas? O veníamos por aquí o no íbamos por ningún lado. Lo sabían. Y por eso han esperado aquí.

Lan gruñó. Era probable que tuviera razón.

—Somos una caravana —dijo en voz alta—. ¡Recordadlo! Y si alguien os pregunta, podéis admitir que sois malkieri, decir que esperáis a vuestro rey. Todo eso es verdad. Pero no digáis que lo habéis encontrado.

Los hombres parecían preocupados, pero ninguno protestó. Lan se puso a la cabeza de la caravana compuesta por veinte carretas, caballos de guerra y sirvientes.

Esto era lo que siempre había temido que pasara. Recobrar Malkier era imposible. Morirían, no importaba cuán grande fuera su ejército. ¿Atacar la Llaga? Una idea ridicula.

No podía pedirles algo así. No podía permitirles que lo intentaran. Mientras descendía por la ladera, se reafirmó en su idea. Esos hombres valientes que ondeaban las banderas... Deberían unirse a las fuerzas shienarianas y luchar en una batalla que tuviera sentido. Él no sacrificaría sus vidas así.

La muerte es más liviana que una pluma...

Rakim había repetido esa máxima más de una vez durante este viaje, como echándoselo en cara. El hombre había combatido a las órdenes de Lan décadas atrás, durante la Guerra de Aiel.

El deber más pesado que una montaña.

Él no huía de su deber. Por el contrario, iba a su encuentro. Pero, de todos modos, ver los campamentos al llegar al final de la cuesta lo conmovió profundamente. Siguió cabalgando. Los hombres que esperaban vestían ropas sencillas de soldado y el *hadori* ceñido a la cabeza; las mujeres lucían el *ki'sain* en la frente. Algunos de los hombres llevaban chaquetas con la Corona Dorada en los hombros, la insignia de la guardia real de Malkier. Sólo aquellos cuyos padres o abuelos hubieran servido en la guardia se pondrían esa prenda.

La visión habría hecho llorar a Bukama. Había pensado que el pueblo malkieri como tal se había extinguido, que había quedado roto, destruido, absorbido por otras naciones. Sin embargo, ahí estaban, reunidos al mínimo indicio, al más ligero rumor de llamada a las armas. Muchos eran mayores, pues Lan era un bebé cuando su reino había sucumbido. Cualquiera que hubiera sido adulto en esos días tendría que ser entre septuagenario y octogenario. Tendrían el cabello cano, pero seguían siendo guerreros y habían traído a sus hijos y a sus nietos.

—*¡Tai'shar Malkier!* —gritó un hombre al paso de la comitiva de Lan.

El grito se multiplicó por una docena, dos docenas al ver que Lan lucía el *hadori*. Ninguno pareció reconocer quién era en realidad. Pensaban que había acudido por la misma razón que ellos.

«La Última Batalla se acerca —pensó Lan—. ¿Debo negarles el derecho de luchar junto a mí?”

Sí, debía hacerlo. Era mejor cruzar el campamento sin que nadie se diera cuenta o lo reconociera. Mantuvo la mirada al frente, la mano en el pomo de la espada, la boca cerrada. Pero cada grito de *«Tai'shar Malkier»* lo hacía erguirse más, lo fortalecía más y lo empujaba a seguir adelante.

Los portones entre las dos fortalezas permanecían abiertos, aunque los soldados registraban a todos los hombres que los cruzaban. Lan frenó a *Mandarb*, y su gente se detuvo detrás de él. ¿Los arafelinos tendrían órdenes de estar pendientes por si aparecía? Mas ¿qué otra opción le quedaba, aparte de seguir adelante? Tardaría semanas en rodear el paso. La caravana esperó hasta que llegó su turno de cruzar las puertas.

—¿Vuestro propósito? —le preguntó un arafelino uniformado y con el pelo trenzado.

—Viajamos a Fal Moran —respondió Lan—. Para la Última Batalla.

—¿No vais a quedaros a esperar aquí junto a los demás? —inquirió el guardia mientras señalaba con un gesto de la mano a los malkieri reunidos—. ¿No vais a esperar a vuestro rey?

—Yo no tengo rey —dijo Lan sin levantar la voz.

El soldado asintió con lentitud mientras se frotaba la barbilla. Con un gesto indicó a otros soldados que inspeccionaran la mercancía que había en las carretas.

—Tendrás que pagar el impuesto sobre lo que llevas.

—Mi intención es entregárselo a los shienarianos para que luchen en la Última Batalla, sin pedirles pago alguno —respondió Lan.

El guardia enarcó la ceja.

—Os lo juro —continuó Lan con suavidad, sin dejar de mirar al hombre a los ojos.

—Ningún impuesto, entonces. *Tai'shar Malkier*, amigo mío.

—Tai'shar Arafel.

Lan espoleó a su caballo. No le gustaba cruzar entre las plateadas murallas de las fortificaciones, pues tenía la impresión de que mil arqueros le estaban apuntando. Si los arafelinos se veían obligados a retirarse hasta este punto, los trollocs no iban a pasar por allí con facilidad. Ya había ocurrido alguna vez y las murallas siempre habían resistido, como en los tiempos de Yakobin el Impertérrito.

Lan contuvo la respiración durante casi todo el trayecto. Dio gracias para sus adentros cuando salió al otro lado del paso y taconeó a *Mandarb* para llegar a la

calzada que se dirigía hacia el nordeste.

—¿Al’Lan Mandragoran? —gritó una voz que sonaba lejana.

Lan se quedó inmóvil. La voz provenía de algún lugar en lo alto. Se giró en la silla y escudriñó la mitad de la fortaleza que quedaba a la izquierda. Una cabeza asomaba por una ventana.

—¡Bendita sea la Luz! ¡Sois vos! —siguió la voz. La cabeza desapareció en el interior de la fortaleza.

Lan se sintió tentado de partir a toda prisa, pero comprendió que, si lo hacía, esa persona se ocuparía de avisar a los demás. Por lo tanto, esperó. Al cabo, una persona salió corriendo por una de las puertas de la fortaleza. Era un muchacho que aún no se había convertido en un hombre, un adolescente vestido de rojo, con una capa de un vivo color azul. Lan lo reconoció: Kaisel Noramaga, el nieto de la reina de Kandor.

—Lord Mandragoran —dijo el joven sin dejar de correr hacia él— ¡Vinisteis! ¡Cuando me enteré de que se había izado la Grulla Dorada, yo...!

—No la he izado, príncipe Kaisel. Mi plan era cabalgar solo.

—Claro. Me gustaría cabalgar solo a vuestro lado. ¿Tengo vuestro permiso?

—No es una decisión atinada, alteza —respondió Lan—. Vuestra abuela se encuentra en el sur y supongo que vuestro padre actúa de regente en Kandor. Deberíais estar con él. ¿Qué hacéis aquí?

—El príncipe Kendral me invitó —respondió Kaisel—. Y mi padre me animó a venir. ¡Los dos tenemos pensado cabalgar con vos!

—¿También Kendral? —preguntó Lan, consternado. ¿También el nieto del rey de Arafel?—. ¡Vuestro lugar está con vuestro pueblo!

—Nuestros antepasados hicieron un juramento —respondió el joven— El juramento de proteger, de defender. Ese juramento es más fuerte que la sangre, lord Mandragoran. Más fuerte que la voluntad o el albedrío. Vuestra esposa nos dijo que os esperásemos aquí. También nos advirtió que intentaríais pasar sin tan siquiera saludarnos.

—¿Y cómo supisteis que era yo? —preguntó Lan, que hacía un esfuerzo para contener la ira.

—Por vuestro caballo —respondió Kaisel, señalando con la cabeza a *Mandarb*—. Vuestra esposa nos dijo que intentaríais disfrazaros, pero que no os desharíais de vuestra montura.

«Así se abrase esa mujer», pensó Lan al escuchar la llamada que se repetía por la fortaleza. Había sido más hábil que él y lo había superado tácticamente.

«Condenada Nynaeve. Y, a la vez, la Luz la bendiga.» Intentó transmitir un sentimiento de amor y frustración a través del vínculo que los unía.

Luego, con un profundo suspiro, se dio por vencido.

—La Grulla Dorada vuela hacia el Tarmon Gai'don —dijo casi en un susurro Lan

—. Que todo hombre y mujer que lo desee se agrupe bajo ella y luche.

Cerró los ojos a medida que la llamada crecía de intensidad. No tardó en convertirse en vítores.

Y, luego, en un clamor.

CAPÍTULO 43

Un poco de té

—Y esos Asha'man afirman que están limpios de la infección? —preguntó Galad mientras Perrin Aybara y él se abrían paso a través de las secuelas de la batalla.

—Así es —contestó Perrin—. Y me siento inclinado a creerles. ¿Por qué iban a mentir?

—Quizá porque los aqueja la locura —repuso Galad, que enarcó una ceja.

Perrin asintió con la cabeza. El tal Perrin Aybara era un hombre interesante. A menudo, otros replicaban de forma iracunda cuando él decía lo que pensaba, pero empezaba a darse cuenta de que no tenía que reprimirse con Perrin. Ese hombre respondía bien a la sinceridad. De ser un Amigo Siniestro o un Engendro de la Sombra, lo sería de una clase muy rara.

El horizonte empezaba a clarear. Luz, ¿ya había pasado la noche? El suelo estaba sembrado de cadáveres, en su mayoría de trollocs. El hedor a carne y pelaje quemados resultaba nauseabundo al mezclarse con el de la sangre y el barro. Galad se sentía exhausto.

Había permitido que una Aes Sedai lo Curara. «Una vez que has comprometido tus tropas de reserva, no tiene sentido retener a los exploradores», como le gustaba repetir a Gareth Bryne. Si iba a dejar que las Aes Sedai salvaran a sus hombres, ¿por qué no aceptar la Curación? Hubo un tiempo en que aceptar la Curación Aes Sedai ni de lejos le molestaba tanto como ahora.

—Quizá —dijo Perrin—. Tal vez los Asha'man están locos y la infección no ha desaparecido. Pero me han servido bien y creo que se han ganado a pulso que confíe en ellos, al menos hasta que me demuestren lo contrario. Es más que probable que tus hombres y tú les debáis la vida a Grady y a Neald.

—Y tienen mi agradecimiento por ello —contestó mientras pasaba por encima de un gigantesco trolloc con hocico de oso—. Aunque pocos de mis hombres expresarán ese reconocimiento. Aún no saben bien qué pensar sobre tu intervención aquí, Aybara.

—¿Aún creen que os tendí una trampa?

—Es posible. Pero, o eres un Amigo Siniestro de extraordinaria astucia, o en realidad hiciste lo que dices: acudir a salvar a mis hombres a despecho del trato que te hemos dado. En tal caso, eres un hombre de honor. Creo que, dejándonos morir, habrías tenido una vida mucho más tranquila.

—No. Hacen falta todas las espadas para la Última Batalla, Galad. Todas.

Galad gruñó y se arrodilló al lado de un soldado con capa roja; le dio la vuelta. La

capa no era roja, sino blanca, empapada de sangre. Ranún Sinah no vería la Última Batalla. Galad le cerró los ojos al joven y elevó una plegaria por él a la Luz, en voz baja.

—Bien, pues, ¿qué pasa ahora con los tuyos y contigo? —preguntó Perrin.

—Seguiremos adelante. —Galad se incorporó—. Hacia el norte, a mis posesiones de Andor, para prepararnos.

—Podríais... —Perrin enmudeció del golpe. Entonces dio media vuelta y corrió a través del campo de batalla.

Galad fue tras él. Perrin llegó a una montonera de trollocs y se puso a apartar cadáveres. Galad oyó un débil ruido. Un gemido. Ayudó a Perrin a retirar una bestia con cabeza de halcón y los ojos —demasiado humanos— abiertos, sin vida.

Debajo del trolloc, un joven miró hacia arriba, parpadeando. Era Jerum Ñus, uno de los Hijos.

—Oh, Luz —gimió el muchacho con voz enronquecida—. Duele. Creía que había muerto. Muerto...

Tenía en el costado un enorme tajo. Perrin se arrodilló con rapidez, levantó la cabeza al muchacho y le dio de beber agua mientras Galad sacaba un vendaje de la bolsa que llevaba y lo usaba para fajar la herida. Era un mal corte. El desdichado joven moriría, sin lugar a dudas. Se...

«No —comprendió Galad—. Tenemos Aes Sedai.» Le costaba trabajo pensar así.

Jerum lloraba de gozo, aferrado al brazo de Perrin. El muchacho parecía sumido en un estupor delirante. Miraba a Perrin como si no le importara lo más mínimo esos ojos dorados.

—Bebe, muchacho —dijo Perrin en voz consoladora. Con afabilidad—. No pasa nada. Te pondrás bien.

—Es como si hubiese estado gritando durante horas —dijo el joven— Pero estaba tan débil... Y los tenía encima. ¿Cómo... me encontrasteis?

—Tengo buen oído —contestó Perrin.

Le hizo un gesto a Galad y, entre los dos, levantaron al joven, Perrin sujetándolo por debajo de los brazos, y Galad por las piernas. Lo llevaron con cuidado a través del campo de batalla. El muchacho seguía murmurando, casi rozando la inconsciencia.

A un lado del campo de batalla, las Aes Sedai y las Sabias estaban curando a los heridos. Cuando Galad y Perrin llegaron, una Sabia de cabello claro —una mujer que no parecía ni un día mayor que Galad, pero que hablaba con la autoridad de una anciana matrona— se acercó a ellos con premura. Se puso a reprenderlos por mover al muchacho, a la vez que alargaba la mano para tocarle la cabeza.

—¿Das permiso, Galad Damodred? —preguntó—. Éste ya no está en condiciones de hablar por sí mismo.

Galad había insistido en que a todos los Hijos se les diera la opción de negarse a recibir la Curación, fuera cual fuera la gravedad de las heridas que sufrieran. A las Aes Sedai y las Sabias no les había hecho ninguna gracia, pero Perrin había repetido la orden. Por lo visto a él le hacían caso, lo cual resultaba extraño. Galad casi no conocía a ninguna Aes Sedai que hiciera caso de las órdenes de ningún hombre, o respetara siquiera sus opiniones.

—Sí, Cúralo —accedió Galad.

La Sabia se centró en su trabajo. La mayoría de los Hijos habían rechazado la Curación, aunque algunos habían cambiado de opinión después de que el propio Galad la aceptara. La respiración del joven se hizo más regular, las heridas se cerraron. La Sabia no lo curó del todo, sólo lo suficiente para que sobreviviera al día. Cuando la mujer abrió los ojos, parecía demacrada, como si estuviera aún más cansada de lo que se sentía Galad.

Los encauzadores habían combatido toda la noche, tras lo cual se habían puesto con las Curaciones. Galad y Perrin regresaron al campo de batalla. No eran los únicos que buscaban heridos, por supuesto. El mismo Perrin podría haber regresado al campamento para descansar, pero no lo había hecho.

—Puedo ofrecerte otra opción —dijo Perrin, que retomó la conversación que mantenían antes de recoger al joven—. En vez de dejaros aquí, en Ghealdan, a semanas de viaje de vuestro destino, podría situaros en Andor esta misma noche.

—Mis hombres no se fían de ese Viaje.

—Irían si se lo ordenas. Me has contado que combatiréis junto a las Aes Sedai. Bien, pues, no veo qué diferencia hay entre eso y esto. Veníos conmigo.

—Entonces, ¿nos dejarías que nos uniéramos a vosotros?

—Claro —contestó Perrin al tiempo que asentía con la cabeza—. Sin embargo, tendrías que hacerme una promesa.

—¿Qué clase de promesa?

—Seré franco contigo, Galad. No creo que nos quede mucho tiempo. Unas pocas semanas, a lo sumo. Bien, pues, imagino que os necesitaremos, pero a Rand no le gustará la idea de tener Capas Blancas sin supervisión en el frente de batalla. Así pues, quiero que prometas que me aceptarás como tu comandante hasta que la lucha haya terminado.

Galad vaciló. Faltaba poco para que amaneciera; de hecho, era posible que ya hubiera despuntado el día tras aquellas nubes.

—¿Te das cuenta de la propuesta tan audaz que me haces? Que el lord capitán general de los Hijos de la Luz obedeciera órdenes de cualquier comandante que no perteneciera a los Hijos ya sería algo extraordinario. Pero de ti, un hombre al que acabo de someter a juicio por el cargo de asesinato. Un hombre que la mayoría de los Hijos están convencidos de que es un Amigo Siniestro...

Perrin se paró y se volvió hacia él.

—Si vienes conmigo ahora, tienes asegurado que estarás en la Última Batalla. Sin mí, ¿quién sabe lo que ocurrirá?

—Dijiste que se necesitaban todas las armas —replicó Galad—. ¿Nos dejarías atrás?

—Sí. Si no cuento con ese juramento, lo haré. Aunque Rand en persona podría venir a buscaros. Conmigo, ya sabes lo que puedes esperar. Seré justo con vosotros. Todo lo que pido es que tus hombres cumplan con las normas y después que luchen donde se les diga cuando llegue la batalla. Con Rand... En fin, a mí puedes decirme que no. A él te será mucho más difícil decírselo. Y, cuando acabes diciendo «sí», dudo que el resultado te guste ni la mitad que este arreglo.

—Eres un hombre con un tremendo poder de persuasión, Perrin Aybara —contestó Galad, fruncido el entrecejo.

—¿Tenemos un trato, pues? —Perrin le tendió la mano.

Galad se la estrechó. No fue el ultimátum lo que lo impulsó a aceptar, sino recordar la voz de Perrin cuando había encontrado a Jerum herido. Su compasión... Ningún Amigo Siniestro podría fingir ese sentimiento.

—Tienes mi palabra de aceptarte como comandante militar hasta el final de la Última Batalla —prometió Galad.

De repente, se sintió más débil que antes, soltó un suspiro y se sentó en una piedra que había cerca.

—Y tú tienes mi palabra de que me ocuparé de que a tus hombres se los trate como a los demás —dijo Perrin a su vez—. Siéntate y descansa un poco mientras yo busco por esa zona de allí. El desfallecimiento se te pasará enseguida.

—¿Desfallecimiento?

Perrin asintió con la cabeza.

—Sé lo que es estar atrapado en las necesidades de un *ta'veren*. Luz vaya si lo sé. —Miró a Galad—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué hemos acabado aquí, en el mismo sitio?

—Mis hombres y yo supusimos que era porque la Luz te había puesto en nuestro camino para que pudiéramos castigarte —contestó.

Perrin movió la cabeza en un gesto de negación.

—No fue por eso, ni mucho menos. Lo cierto, Galad, es que por lo visto yo os necesitaba, y es por eso por lo que acabasteis llegando aquí.

Dicho lo cual, echó a andar y lo dejó allí sentado.

Alliandre dobló el vendaje con cuidado y después se lo pasó a un *gai'shain* que esperaba. El hombre tenía los dedos gruesos y encallecidos, y la cara le quedaba oculta bajo la capucha del ropaje blanco. Podría tratarse de Niagen, el Sin Hermanos

al que Lacile había echado el ojo. Eso aún le molestaba a Faile, aunque Alliandre no acababa de entender el porqué. Un Aiel probablemente le iría bien a Lacile.

Alliandre empezó a enrollar otro vendaje. Se encontraba sentada con otras mujeres en un pequeño claro próximo al campo de batalla, rodeado por grupos de cipreses y otros árboles de copas ralas. Todo estaba tranquilo a excepción de los gemidos de los heridos.

Cortó otra tira de tela. Era de una camisa, pero ahora serviría para vendajes. Tampoco se perdía mucho; no había sido una camisa buena, por su aspecto.

—¿La batalla ha acabado? —preguntó Berelain en voz baja.

Ella y Faile trabajaban cerca de Alliandre, sentadas en taburetes una enfrente de la otra mientras cortaban.

—Sí, eso parece —contestó Faile.

Las dos se quedaron calladas. Alliandre enarcó una ceja, pero no dijo ni una palabra. Algo pasaba entre esas dos. ¿Por qué habían empezado de repente a fingir que eran estupendas amigas? La pantomima parecía haber engañado a casi todos los hombres del campamento, pero Alliandre se daba cuenta de la verdad por el modo en que apretaban los labios cuando se veían. La tensión se había atenuado después de que Faile le salvara la vida a Berelain, pero no había desaparecido por completo.

—Tenías razón sobre él —comentó Berelain.

—Pareces sorprendida.

—No suelo equivocarme en lo tocante a los hombres.

—Mi esposo no es como otros hombres. Se... —Faile enmudeció de golpe y miró hacia Alliandre con los ojos entornados.

«Maldita sea», pensó Alliandre. Se había sentado demasiado lejos, lo que la obligaba a girarse un poco y esforzarse para escuchar la conversación, lo cual resultaba sospechoso.

Las otras dos mujeres guardaron silencio de nuevo, y Alliandre alzó una mano como para examinarse las uñas.

«Sí —pensó—. No me toméis en cuenta. Me da igual. Sólo soy una mujer superada por la situación, que intenta salir a flote.» Faile y Berelain no pensaban eso, desde luego, de la misma manera que los hombres de Dos Ríos nunca habían creído en realidad que Perrin había sido infiel. Si se les hacía que se pararan a pensar de verdad en ello, llegaban a la conclusión de que lo que había pasado tenía que ser otra cosa.

Pero había otros factores como las supersticiones y los prejuicios, más arraigados que simples ideas. Lo que las otras dos pensaban sobre ella y lo que percibían de forma instintiva eran dos cosas distintas. Además, lo cierto es que la situación la había superado y luchaba para mantenerse a flote.

Lo mejor era conocer qué puntos fuertes tenía uno.

Alliandre reanudó su tarea de cortar tiras de vendajes. Faile y Berelain habían insistido en quedarse para ayudar y ella no podía irse, claro. Sobre todo si esas dos actuaban de un modo tan puñeteramente fascinante en los últimos tiempos. Aparte de que no le importaba trabajar. Comparado con la cautividad a manos de los Aiel, aquello resultaba en verdad placentero. Por desgracia, las dos no retomaron la conversación. De hecho, Berelain se puso de pie con aire frustrado y echó a andar hacia el otro lado del claro.

Alliandre sintió prácticamente el helor que irradiaba la mujer. Berelain se paró donde otras personas enrollaban tiras de tela. Alliandre se levantó y llevó el taburete, las tijeras y las telas junto a Faile.

—Creo que nunca la había visto tan alterada —comentó.

—No le gusta equivocarse —respondió Faile, que hizo una profunda inhalación y después movió la cabeza—. Ve el mundo como una red de verdades a medias e inferencias, y atribuye motivaciones complejas incluso a los hombres más sencillos. Supongo que eso hace que sea muy buena en política cortesana, pero yo no querría vivir así.

—Es muy lista —opinó Alliandre—. Es verdad que percibe cosas, Faile. Entiende el mundo. Lo que pasa es que tiene unos cuantos puntos flacos, como casi todo el mundo.

Faile asintió con gesto abstraído antes de comentar:

—Lo que más pena me da es que, a despecho de todo esto, no creo que jamás haya estado enamorada de Perrin. Lo perseguía por diversión, para sacar ventajas políticas y por Mayene. Al final, era más un reto que otra cosa. Puede que le tenga cariño, pero nada más. Quizá la habría comprendido si sus artimañas hubiesen sido por amor.

Tras aquello, Alliandre guardó silencio y se dedicó a cortar vendas. Recogió una bonita camisa de seda azul del montón. ¡A buen seguro que podría sacarse más partido de esa prenda que unas vendas! La metió entre otras dos y las apartó a un lado, como si fuese un montón que pensaba cortar.

Poco después, Perrin entró en el claro seguido de algunos trabajadores con las ropas manchadas de sangre. Fue de inmediato hacia Faile, se sentó en la banqueta donde antes había estado Berelain y soltó el maravilloso martillo en la hierba, a su lado. Parecía extenuado. Faile le llevó algo de beber y después le frotó el hombro.

Alliandre se disculpó y los dejó solos a los dos. Se encaminó hacia donde se encontraba Berelain, de pie al borde del claro. La Principal estaba tomándose una taza de té que se había servido de la olla que había en la lumbre; al verla acercarse la miró de soslayo.

Alliandre se sirvió también una taza de té y sopló un poco.

—Están hechos el uno para el otro, Berelain —dijo—. No puedo decir que

lamente este resultado.

—Todas las relaciones merecen que se les plantee un desafío —repuso la Principal—. Y si ella hubiese muerto en Malden, algo que no era difícil que ocurriera, él habría necesitado a otra persona. Tampoco es que haya sido una gran pérdida para mí tener que renunciar a Perrin Aybara. Me habría gustado tener una conexión con el Dragón Renacido a través de él, pero ya saldrán otras oportunidades.

Parecía menos frustrada de lo que estaba hacía unos minutos. De hecho, parecía ser otra vez la mujer calculadora de siempre.

Alliandre sonrió. «Qué lista es», pensó. Faile necesitaba ver a su rival derrotada por completo para así estar segura de que la amenaza había quedado atrás. Ésa era la razón de que Berelain dejara traslucir parte de su frustración, más de lo que habría hecho en cualquier otro momento.

—Entonces —empezó Alliandre, tras dar un sorbo de té—, ¿el matrimonio para vos no es más que un cálculo? ¿Las ventajas que se obtienen con él?

—También está el gozo de la caza, la emoción del juego.

—¿Y el amor?

—El amor es para quienes no han de gobernar —manifestó Berelain—. Una mujer vale mucho más que su habilidad para arreglar una buena boda, pero yo debo cuidar de Mayene. Si entramos en la Última Batalla sin que tenga asegurado un esposo, eso pondrá en peligro la sucesión. Y, cuando Mayene tiene una crisis de sucesión, Tear no tarda en querer hacer valer sus derechos e intentar imponerlos. El romanticismo es una distracción inasequible para...

De repente dejó de hablar y le cambió la expresión. ¿Qué pasaba ahora? Con la frente fruncida, Alliandre se volvió para mirar hacia atrás y entonces vio la causa.

Galad Damodred acababa de entrar en el claro.

Tenía sangre en el uniforme blanco y aspecto de estar exhausto. Con todo, se mantenía erguido, la espalda recta y el rostro limpio. Casi parecía demasiado hermoso para ser humano, con ese rostro perfectamente varonil y esa figura delgada y gallarda. ¡Y esos ojos! Como profundos estanques de agua limpia. Daba la impresión de que resplandeciera.

—Eh... ¿Qué estaba diciendo? —preguntó Berelain sin quitar los ojos de Damodred.

—¿Que no hay sitio para el romanticismo en la vida de un dirigente?

—Sí —contestó la Principal con aire distraído—. No es razonable en absoluto.

—En absoluto.

—Yo... —empezó Berelain.

Entonces vio que Damodred se encaminaba hacia ellas y enmudeció en el momento en que se encontraron los ojos de ambos.

Alliandre reprimió una sonrisa mientras Damodred se acercaba a las dos a través

del claro. El hombre ejecutó dos reverencias perfectas, una a cada una de ellas, aunque apenas si reparó en Alliandre.

—Mi... señora Principal —empezó—. Lord Aybara dice que cuando iba a empezar la batalla abogasteis por mí.

—Fui una necia —contestó Berelain—. Creía que os iba a atacar.

—Si temer tal cosa lo convierte en necio a uno, entonces ya somos dos los que estamos juntos en eso —argumentó Damodred—. Estaba convencido de que mis hombres y yo caeríamos sin remedio ante Aybara.

Ella le sonrió. Con qué rapidez parecía haber olvidado todo lo que acababa de decir hacía unos segundos.

—¿Os apetece un poco de té? —ofreció Damodred, que habló con un poco de precipitación mientras se acercaba a las tazas que había colocadas sobre un paño, cerca de la lumbre.

—Lo estoy tomando —le hizo notar Berelain.

—¿Un poco más, entonces? —preguntó él, que se agachó sobre una rodilla y sirvió té en una taza. —Eh...

Damodred se incorporó con la taza en la mano y sólo entonces vio que ella ya tenía una.

—Hay que cortar más vendas —dijo Berelain—. Quizá podríais ayudarnos.

—Sí, quizá —contestó él, que le tendió a Alliandre la taza en la que había servido té.

Berelain —sin apartar los ojos de los del hombre— también se la tendió con aire de no ser consciente de lo que hacía.

Alliandre sonrió de oreja a oreja —sosteniendo ahora tres tazas en las manos— mientras los dos se dirigían hacia en montón de prendas preparadas para cortar en tiras. Aquello podía tener un buen final, vaya que sí. Como mínimo, sacaría a esos condenados Capas Blancas de su reino.

Regresó hacia donde Faile y Perrin estaban sentados. En el camino, sacó la blusa de seda azul del montón de tela que había dejado a un lado para cortar.

Resultaría un ceñidor precioso en verdad.

CAPÍTULO 44

Una petición equívoca

Morgase salió de su tienda situada en una ladera y contempló Andor. Puente Blanco se extendía allá abajo, felizmente familiar, aunque se apreciaba que había crecido. Con las últimas reservas almacenadas en invierno echándose a perder, la vida en las granjas iba de mal en peor, así que la gente emigraba a las ciudades.

El paisaje tendría que haber sido verde. Por el contrario, incluso la hierba amarillenta se estaba muriendo y mostraba cicatrices marrones. De seguir así, todo el campo se convertiría en otro Yermo dentro de poco. Cómo anhelaba tomar medidas, hacer algo. Ese era su reino. O lo había sido antaño.

Dejó atrás la tienda y fue a buscar a maese Gill. En el camino se cruzó con Faile, que hablaba de nuevo con el intendente. Morgase saludó con una leve inclinación de cabeza, un gesto deferente. Faile respondió de igual modo. Ahora se abría una brecha entre las dos. A Morgase le habría gustado que no fuera así. Las otras y ella habían compartido un pedacito de sus vidas en el que la esperanza era más débil que la llama de una vela. Había sido Faile la que la había animado a usar el Poder Único —estrujando hasta la última pizca de su patética capacidad— para hacer señales pidiendo ayuda mientras se encontraban atrapadas.

El campamento ya estaba instalado casi del todo y, cosa sorprendente, los Capas Blancas se habían unido a ellos, aunque Perrin aún no había decidido qué iba a hacer. O al menos, si había tomado una decisión, no la compartía con ella.

Caminó hacia las filas de carretas dejando atrás herradores y mozos de cuadra que buscaban los mejores pastos, a gente que discutía en el descargadero de provisiones, a soldados que abrían a regañadientes fosas para desperdicios. Todo el mundo tenía su sitio, algo de lo que ocuparse, excepto ella. Los criados retrocedían, amagando una reverencia, inseguros de cómo tratarla. No era una reina, pero tampoco era una noble cualquiera. Y, desde luego, ya no era una criada.

Aunque el tiempo que había pasado con Galad le había recordado lo que era ser una gobernante, se sentía agradecida por lo que había aprendido siendo Maighdin. No había sido tan malo como había temido; había ciertas ventajas en ser la doncella de una noble. La camaradería de los otros criados, la libertad de las cargas del liderazgo, el tiempo pasado con Tallanvor...

Esa vida no era la suya. Había llegado el momento de acabar con el disimulo.

Por fin encontró a Basel Gill guardando paquetes y fardos en el carro, con Lini supervisándolo y Lamgwin y Breane ayudando. Faile había liberado a Breane y a Lamgwin de su servicio para que la sirvieran a ella. Morgase había guardado silencio

sobre la gentileza de Faile al devolverle sus criados.

Tallanvor no estaba por allí. Bien, pues, ella ya no podía fantasear con ese hombre como una muchachita. Tenía que regresar a Caemlyn para ayudar a Elayne.

—Majest... —empezó maese Gill, haciendo una reverencia, pero vaciló—. Quiero decir, mi señora. Disculpadme.

—Tranquilizaos, maese Gill. Yo misma tengo problemas para recordar quién soy.

—¿Estás segura de querer seguir adelante con esto? —Lini cruzó los delgados brazos.

—Sí. Nuestro deber es regresar a Caemlyn y ofrecer a Elayne la ayuda que podamos darle.

—Si tú lo dices —contestó Lini—. Lo que soy yo, creo que cualquiera que permite que haya dos gallos adultos en un corral se merece los follones que se organizan.

—Tomo nota —dijo Morgase, que enarcó una ceja—. Pero creo que descubrirás que soy capaz de ayudar sin usurpar autoridad a Elayne.

Lini se encogió de hombros.

La verdad es que la anciana tenía razón; Morgase habría de ir con mucho cuidado. Quedarse en la capital durante demasiado tiempo podría arrojar una sombra sobre Elayne. Pero si había algo que Morgase había aprendido de los meses que había sido Maighdin, era que la gente necesitaba hacer algo productivo, incluso si era algo tan sencillo como aprender a servir el té. Ella tenía aptitudes de las que Elayne podría sacar provecho en los peligrosos tiempos que se avecinaban. Sin embargo, si empezaba a eclipsar a su hija, abandonaría Caemlyn e iría a sus posesiones del oeste.

Los otros trabajaban con rapidez cargando el carro, y Morgase tuvo que cruzar los brazos para contener el deseo de ayudar. Había cierta satisfacción en el hecho de saber cuidar de uno mismo. Mientras esperaba, notó que alguien venía a caballo por el camino de Puente Blanco. Tallanvor. ¿Qué había estado haciendo en la ciudad? Al verla, se acercó.

—Mi señora —saludó con una reverencia y una expresión deferente en el rostro cuadrado y descarnado.

—¿Has visitado la ciudad? ¿Recibiste permiso de lord Aybara?

Perrin no quería que hubiera problemas por producirse un repentino aluvión de soldados y refugiados a la ciudad.

—Mi señora, tengo familia aquí —contestó Tallanvor mientras desmontaba. Hablaba con voz formal y ceremoniosa—. Me pareció prudente investigar la información descubierta por los exploradores de lord Aybara.

—¿De veras, teniente de la guardia Tallanvor? —inquirió Morgase.

Si él era capaz de comportarse con tanta formalidad, entonces ella también podía hacerlo. Lini, que pasaba con un montón de ropas de cama para guardar, soltó un

sonoro resoplido al oír el tono de Morgase.

—Sí, mi señora —contestó Tallanvor—. Mi señora... Si se me permite hacer una sugerencia...

—Habla.

—Según los informes, vuestra hija todavía os cree muerta. Estoy seguro de que, si hablamos con lord Aybara, él ordenará a sus Asha'man que abran un acceso para que regresemos a Caemlyn.

—Una interesante sugerencia —dijo con circunspección y sin hacer caso de la sonrisa burlona de Lini, que volvía sobre sus pasos tras dejar el bulto de ropa.

—Mi señora, ¿podría hablaros en privado? —preguntó Tallanvor, que miró de reojo a Lini.

Morgase asintió con un cabeceo y se dirigió hacia el perímetro del campamento, seguida por Tallanvor. Tras poner una corta distancia entre los otros y ellos, Morgase se volvió hacia Tallanvor.

—¿Y bien?

—Mi señora —empezó él en voz baja—. La corte andoreña se enterará de que estáis viva, ahora que todo el campamento de Aybara lo sabe. Si no os presentáis y explicáis que habéis renunciado al trono, los rumores de vuestra supervivencia podrían socavar la autoridad de Elayne.

Morgase no contestó nada.

—Si es cierto que se avecina la Última Batalla, no podemos permitirnos... —prosiguió Tallanvor.

—Oh, calla —lo interrumpió con brusquedad—. He dado a Lini y a los otros la orden de preparar el equipaje. ¿Es que no has visto lo que estábamos haciendo?

Tallanvor se sonrojó al fijarse en que Gill echaba un baúl al carro y lo colocaba bien.

—Perdón por mi atrevimiento. Con vuestro permiso, mi señora.

Tallanvor saludó con una inclinación de cabeza e hizo intención de marcharse.

—¿Tenemos que comportarnos con tanta formalidad entre nosotros, Tallanvor?

—La ficción ha acabado, mi señora.

Tallanvor se alejó, y Morgase lo siguió con la mirada mientras sentía el corazón en un puño. ¡Maldito hombre y su cabezonería! ¡Maldito Galad! Su aparición le había hecho recordar su orgullo, sus deberes reales.

Para ella no era bueno tener esposo. Eso lo había aprendido con Taringail. A pesar de la estabilidad que había traído su matrimonio con él, todas y cada una de las ventajas habían llegado parejas con una amenaza a su trono. Por eso nunca había hecho a Bryne ni a Thom su consorte oficial, y lo ocurrido con Gaebril ponía de manifiesto que ella había tenido razón en preocuparse en ese sentido.

Cualquier hombre con el que se uniera en matrimonio podría ser una amenaza

potencial para Elayne, así como para Andor. Sus hijos, si tuviera alguno, se convertirían en rivales de los de Elayne. Ella no podía permitirse el lujo de amar.

Tallanvor se paró a corta distancia, y Morgase contuvo la respiración. Él se dio la vuelta y desanduvo sus pasos. Desenvainó la espada e, inclinándose, hincó una rodilla en tierra y dejó el arma con gesto reverente a los pies de Morgase, entre malas hierbas y maleza.

—Me equivoqué cuando amenacé con marcharme —dijo en voz baja—. Me sentía dolido, y el dolor vuelve estúpido a un hombre. Sabéis que siempre estaré aquí, Morgase. Os lo prometí antes y lo dije en serio. Hoy en día me siento como un biteme en un mundo de águilas. Pero tengo mi espada y mi corazón, y ambos os pertenecen. Para siempre.

Dicho esto se puso de pie para marcharse.

—Tallanvor —empezó Morgase, casi en un susurro—. Nunca me lo has preguntado, ¿sabes? Si te aceptaría, me refiero.

—No puedo poneros en esa posición. Sería obligaros a hacer lo que ambos sabemos que debéis hacer, ahora que se ha descubierto quién sois.

—¿Y qué es lo que debo hacer?

—Rechazarme —barbotó; saltaba a la vista que empezaba a encolerizarse—. Por el bien de Andor.

—¿Y debo? —preguntó—. No dejo de repetírmelo, Tallanvor, pero sigo cuestionándolo.

—¿De qué os serviría yo como esposo? —preguntó él—. Como mínimo, deberíais casaros para ayudar a Elayne a asegurar la lealtad de alguna de las facciones a las que ofendisteis.

—Y así iría al matrimonio sin amor —dijo—. Otra vez. ¿Cuántas veces he de sacrificar mi corazón por Andor?

—Tantas como sean necesarias, imagino.

Qué amargura destilaba su voz. Cómo apretaba los puños. No porque estuviera enfadado con ella, sino con la situación. Siempre había sido un hombre tan apasionado...

Morgase vaciló, pero después movió la cabeza.

—No —dijo—. Otra vez, no. Tallanvor, mira ese cielo. Has visto las cosas que caminan por el mundo, has sentido caer sobre nosotros las maldiciones del Oscuro. No son tiempos en los que vivir sin esperanza. Sin amor.

—¿Y qué hay del deber?

—El deber puede ponerse en la puñetera fila a esperar. Ya se ha llevado una buena parte de mí. Todo el mundo se ha llevado una parte mía, Tallanvor. Todos, excepto el hombre a quien quiero.

Pasó por encima de la espada, que seguía tendida entre los abrojos, y no fue capaz

de contenerse. En un visto y no visto, lo estaba besando.

—Está bien, vosotros dos —se oyó una voz severa tras ellos—. Vamos a ver a lord Aybara ahora mismo.

Morgase se apartó. Era Lini.

—¿Qué? —inquirió Morgase mientras intentaba recobrar cierta compostura.

—Vais a casaros —aseveró Lini—. Aunque tenga que llevaros de la oreja.

—Quien debe tomar esa decisión soy yo —replicó Morgase—. Perrin ya intentó que...

—Yo no soy él —la interrumpió Lini—. Lo mejor es que se haga antes de volver con Elayne. Una vez que estés en Caemlyn, surgirán complicaciones.

Se volvió hacia Gill, que cargaba el baúl en el carro.

—¡Y tú! Baja las cosa de mi señora.

—Pero, Lini, nos vamos a Caemlyn —protestó Morgase.

—Con que nos vayamos mañana será suficiente, pequeña. Esta noche, estarás de celebración. —Los miró a los dos—. Y, hasta que se haya celebrado el matrimonio, no me parece seguro dejaros solos a los dos.

Morgase se puso colorada.

—Lini, ¡que ya no tengo dieciocho años!

—No, cuando los tenías te casaste como era debido. ¿Voy a tener que agarraros de la oreja?

—Yo... —empezó Morgase.

—Ya vamos, Lini —dijo Tallanvor.

Morgase le asestó una mirada furibunda.

—¿Qué? —preguntó él, fruncido el entrecejo.

—No lo has preguntado.

Tallanvor sonrió y la estrechó contra sí.

—Morgase Trakand, ¿quieres ser mi esposa?

—Sí. Y ahora, vayamos a buscar a Perrin.

Perrin tiró de la rama del roble, que se partió soltando polvillo de madera en el aire. Al levantar la rama, del extremo cayó más serrín en la hierba marchita.

—Ocurrió anoche, milord —dijo Kevlyn Torr, que sostenía los guantes en la mano—. Toda esta zona del bosque, seca y muerta en una noche. Casi un centenar de árboles, calculo.

Perrin soltó la rama y se sacudió las manos.

—No es peor de lo que hemos visto con anterioridad.

—Pero...

—No te preocupes por esto —lo interrumpió Perrin—. Manda hombres para que recojan esta leña para las lumbres; creo que debe de arder muy bien.

Kevlyn asintió con la cabeza y se alejó a buen paso. Otros leñadores iban dando golpecitos a los árboles con aire inquieto. Ya era malo de por sí que robles, fresnos, olmos y nogales murieran de la noche a la mañana. Pero ¿que murieran y luego se secaran como si llevaran muertos años? Eso era en verdad inquietante. Sin embargo, lo mejor era tomárselo con calma e impedir que los hombres empezaran a asustarse.

Perrin regresó a pie hasta el campamento. A lo lejos se oía el repique de los yunques. Habían traído materias primas, hasta el último trozo de hierro o acero que pudieron conseguir en Puente Blanco. La gente estaba deseosa de conseguir comida a cambio, y Perrin había obtenido cinco forjas con hombres para moverlas e instalarlas, así como martillos, otras herramientas y carbón.

Quizás había salvado de morir de hambre a gente de la ciudad. Al menos durante un tiempo.

Los herreros seguían martilleando. Esperaba no estar exigiendo demasiado a Neald y a los otros. Armas forjadas con Poder darían a los suyos una ventaja crucial. Neald no había sido capaz de descifrar con exactitud qué había hecho para ayudarlo a forjar *Mah'alleinir*, pero a Perrin no le sorprendió que no pudiera. Esa noche había sido única. Pensando en *Saltador*, posó la mano en el arma y percibió el tenue calor que irradiaba.

Ahora bien, Neald sí había descifrado cómo forjar hojas que no se rompieran y que el filo no se embotara. Cuanto más practicaba, más agudos eran los filos que lograba crear. Los Aiel ya habían pedido esos filos para sus lanzas, y Perrin le había ordenado a Neald que se ocupara de sus armas primero. Estaba en deuda con ellos y era lo menos que podía hacer a cambio.

En la zona de Viaje, a un lado del enorme y crecientemente atrincherado campamento, Grady formaba un círculo con Annoura y Masuri para mantener abierto un acceso. Este era el último grupo de personas no combatientes que deseaban marcharse, el que se dirigía a Caemlyn. Entre ellos, enviaba un mensajero a Elayne. Tendría que reunirse con ella enseguida; no sabía si debía estar preocupado o no. El tiempo lo diría.

Algunos otros regresaban a través del acceso, trayendo consigo carros de comida comprados en Caemlyn, donde todavía podían conseguirse víveres. Por fin, vio a Faile dirigiéndose hacia él a través del campamento. Alzó una mano para atraer su atención y la llamó con un gesto. Sabía que había estado en la tienda del intendente.

—¿Todo va bien con Bavin? —le preguntó cuando Faile llegó a su lado.

—Todo bien.

—Llevo tiempo ya con intención de decirte una cosa... —Perrin se frotó el mentón, vacilante—. Creo que no es muy honrado que digamos.

—Bien, estaré pendiente y no le quitaré ojo —contestó; olía a regocijo.

—Berelain pasa más tiempo ahora con los Capas Blancas —comentó Perrin—.

Parece que ha puesto los ojos en Damodred. Me ha dejado en paz por completo.

—¿Sí? No me digas.

—Sí. Y publicó esa proclamación en que condenaba los rumores sobre ella y yo. Luz, es que parecía que la gente lo creía de verdad. ¡Estaba preocupado por si lo entendían como una señal de desesperación!

Faile olía a satisfecha. Perrin le puso la mano en el hombro.

—No sé qué hiciste, pero gracias —le dijo.

—¿Sabes la diferencia entre un azor y un halcón, Perrin?

—Pues, no muy bien. De hecho, casi todo el mundo llama «halcón» a los dos. En el tamaño, sobre todo, supongo —dijo—. Y también la envergadura de alas. El halcón tiene un aspecto más semejante a una flecha.

—El halcón es un volador más ágil. Mata con el pico y puede volar con rapidez. El azor es más lento y más fuerte; se distingue por conseguir presas que se desplazan por el suelo. Le gusta matar con las garras, atacando desde arriba.

—De acuerdo —dijo Perrin—. Pero ¿significa eso que si ambos ven un conejo en el campo, al azor se le dará mejor atraparlo?

—Eso es exactamente lo que significa. El azor es mejor cazando al conejo. Pero ¿sabes? —Faile sonrió con picardía—, el halcón es mejor cazando al azor. ¿Has enviado el mensajero a Elayne?

Mujeres. Nunca conseguía entender sus razonamientos. Por una vez, sin embargo, esa incapacidad le pareció muy conveniente.

—Sí. Con suerte, podremos reunirnos con ella pronto.

—Ya se habla por el campamento respecto a quién irá contigo.

—¿Y por qué se habla de eso? Serás tú quien me acompañe. Eres la que mejor sabrá cómo tratar con Elayne, aunque tener al lado a Alliandre tampoco estaría de más.

—¿Y Berelain?

—Que se quede en el campamento. Vigilando las cosas. Ya fue la última vez.

El efluvio a satisfacción de Faile se hizo más intenso.

—Deberíamos... —empezó su mujer, pero enmudeció y frunció el entrecejo—. Vaya, al parecer, la última hoja cayó por fin.

—¿Qué? —preguntó Perrin al tiempo que se daba la vuelta.

Faile miraba a un grupo que se dirigía hacia ellos. La anciana Lini, y detrás de ella caminaban Morgase y Tallanvor, que se miraban el uno al otro como una pareja que acaba de pasar junta su primer Bel Tine.

—Creía que a ella no le gustaba —dijo Perrin—. O, si le gustaba, que no iba a casarse con él de todos modos.

—Se cambia de parecer mucho más rápido que de sentimientos —comentó Faile.

Ahora olía un poco a estar enfadada, aunque lo controlaba. No había perdonado

del todo a Morgase, pero ya no se mostraba abiertamente hostil con ella.

—Perrin Aybara —dijo Morgase—, eres lo más parecido a un señor que tenemos en este campamento, aparte de mi hijastro. Pero no seria correcto que un hijo casara a su madre, así que supongo que tendrás que hacerlo tú. Este hombre ha pedido mi mano. ¿Querrás llevar a cabo la ceremonia para unirnos en matrimonio?

—Tenéis un modo un tanto sesgado de pedir las cosas, Morgase —contestó.

La mujer lo observó con los ojos entrecerrados. Y Faile lo miró y también olió a enfado. Perrin suspiró. Por mucho que entre ellas se pelearan, no perdían ocasión de caer sobre un hombre por decir lo que no debía, aunque fuera verdad. No obstante, Morgase se tranquilizó.

—Lo lamento. No era mi intención menospreciar tu autoridad.

—No importa —contestó Perrin—. Supongo que tenéis razones para cuestionarla.

—No —dijo Morgase, que se puso erguida. Luz, podía parecer una reina cuando quería. ¿Cómo se le había pasado eso por alto antes?—. Eres un señor, Perrin Aybara. Tus actos lo ponen de manifiesto. Dos Ríos es afortunado de tenerte y, tal vez, el reino de Andor también. Siempre y cuando sigas siendo parte de él.

—Esa es mi intención —prometió Perrin.

—Bien, pues, si tú me haces este favor —continuó Morgase, mirando a Tallanvor —, entonces estaré dispuesta a interceder por ti ante Elayne. Se puede llegar a arreglos, y los títulos, me refiero a los legales, se pueden otorgar.

—Aceptaremos vuestra oferta de interceder por nosotros —intervino Faile, que se apresuró a hablar antes de que Perrin pudiera hacerlo—. Pero decidiremos con Su Majestad si el otorgamiento de títulos es lo más... adecuado en este momento.

Perrin la miró. No estaría considerando todavía la escisión de Dos Ríos para convertirlo en un reino, ¿verdad? Nunca lo habían discutido con términos tan claros, pero sí que Faile lo había animado a usar la bandera de Manetheren. Bien, pues, eso tendría que hablarse.

A corta distancia vio a Galad Damodred que se dirigía hacia ellos con Berelain —como siempre en los últimos días— a su lado. Por lo visto Morgase había enviado un mensajero a buscarlo. Galad se estaba guardando algo en el bolsillo. Parecía una carta pequeña, sellada con cera roja. ¿De dónde había sacado eso? Parecía preocupado, aunque su expresión se suavizó al llegar. No se mostró sorprendido por la noticia del matrimonio; hizo un saludo con la cabeza a Perrin y le dio un abrazo a su madre, tras lo cual saludó a Tallanvor con expresión adusta, pero cordial.

—¿Qué clase de ceremonia os gustaría? —preguntó Perrin a Morgase— Yo sólo conozco la de Dos Ríos.

—Creo que con hacernos las promesas ante ti será suficiente —dijo Morgase—. Soy lo bastante mayor para estar harta de ceremonias.

—Me parece correcto —manifestó Perrin.

Galad se apartó a un lado, y Morgase y Tallanvor enlazaron las manos.

—Martyn Tallanvor —dijo ella—, me has dado más de lo que merezco desde mucho antes de que supiera que me lo dabas. Has manifestado que el amor de un simple soldado no es nada ante la dignidad de una reina, pero yo digo que a un hombre no se lo mide por su título, sino por su alma.

»He visto tu valentía, tu dedicación, tu lealtad y tu amor. He visto el corazón de un príncipe dentro de ti, el corazón de un hombre que permanecería fiel mientras centenares a su alrededor fallarían. Juro que te amo. Y, ante la Luz, juro que no te abandonaré. Juro cuidarte y tenerte para siempre como mi esposo.

Berelain sacó un pañuelo y se enjugó los rabillos de los ojos. En fin, las mujeres siempre lloraban con cosas como las bodas. Aunque él... En fin, que también se notaba algo turbios los ojos. Quizás era por la luz del sol.

—Morgase Trakand —empezó Tallanvor—, me enamoré de ti por la forma en que tratabas como reina a quienes estaban a tu alrededor. Veía a una mujer que se tomaba el deber no sólo con responsabilidad, sino con pasión. Incluso cuando no me distinguías de cualquiera de los otros guardias, me tratabas con amabilidad y respeto. Tratabas así a todos tus subditos.

»Te amo por tu bondad, por tu inteligencia, por tu fuerza de voluntad y tu determinación. Ni siquiera uno de los Renegados pudo quebrantarte; escapaste de él cuando creía que te tenía controlada por completo. El más terrible de los tiranos no pudo quebrantarte, ni siquiera cuando te tenía en la palma de la mano. Los Shaido no pudieron quebrantarte. En tu lugar, cualquier otra mujer estaría llena de odio si hubiera tenido que pasar por lo que tú has pasado. Pero tú... Tú has crecido más y más hasta convertirte en una persona digna de admiración, de aprecio y de respeto.

»Juro que te amo. Y, ante la Luz, juro que nunca, nunca jamás, te abandonaré. Juro cuidarte y tenerte para siempre como mi esposa. Lo juro, Morgase, aunque una parte de mí aún no cree que esto pueda estar ocurriendo de verdad.

Y entonces se quedaron así, mirándose a los ojos, como si Perrin no estuviera allí delante; así que tosió.

—Bien, pues, que así sea. Sois marido y mujer.

¿Debería darles algún consejo? ¿Y qué iba a aconsejar él a Morgase Trakand, una reina con hijos de su misma edad? Se encogió de hombros.

—Podéis iros, pues.

A su lado, Faile olía a regocijo y un poquito a estar descontenta. Lini resopló con desdén por su actuación, pero condujo a Morgase y a Tallanvor de vuelta a su tienda. Galad lo saludó con un gesto de cabeza, y Berelain hizo una reverencia. Los dos se alejaron, Berelain comentando lo repentino de lo ocurrido.

—Tendrás que mejorar en esto —dijo Faile con una sonrisa.

—Querían una ceremonia sencilla.

—Todo el mundo dice eso —contestó Faile—. Pero puedes mostrar un aire de autoridad aunque el proceso sea breve. Ya hablaremos de ello. La próxima vez lo harás mucho mejor.

¿La próxima vez? Perrin meneó la cabeza en tanto que Faile se daba media vuelta y se dirigía hacia el campamento.

—¿Adonde vas? —preguntó Perrin.

—A ver a Bavin. He de requisar algunos barriles de cerveza.

—¿Para qué?

—Para la celebración —respondió Faile, mirando hacia atrás—. Una ceremonia se puede acortar si hace falta, pero en la celebración no debe escatimarse. —Miró hacia arriba—. Sobre todo en unos tiempos como los que corren.

Perrin la siguió con la mirada hasta que desapareció en el bullicio del enorme campamento. Soldados, granjeros, artesanos, Aiel, Capas Blancas, refugiados... Casi unas setenta mil almas, a pesar de los que habían caído en batalla. ¿Cómo había acabado al frente de semejante fuerza? Antes de salir de Dos Ríos, jamás había visto más de mil personas juntas en un mismo sitio.

La parte más numerosa era el grupo de antiguos mercenarios y refugiados que se habían entrenado con Tam y Dannil. La Guardia del Lobo, se llamaban a sí mismos, fuera lo que fuese lo que se suponía que significaba eso. Echó a andar hacia los carros de provisiones para comprobarlos, pero algo pequeño lo golpeó con suavidad en la cabeza, por detrás.

Se quedó muy quieto y después giró sobre sus talones; escudriñó el bosque que tenía detrás. A la derecha, todo estaba marrón y muerto; a la izquierda, el dosel de los árboles raleaba. No vio a nadie.

«¿Me he esforzado en exceso? —se preguntó mientras se frotaba la cabeza y echaba a andar—. Imaginar cosas así...”

Otro golpecito en la cabeza, por detrás. Giró con rapidez sobre sí mismo y captó algo que caía a la hierba. Fruncido el entrecejo, se arrodilló y lo recogió. Una bellota. Otra lo golpeó en la frente. Había llegado del bosque.

Perrin gruñó y se dirigió hacia los árboles. ¿Alguno de los contados niños que había en el campamento? Un poco más adelante había un gran roble; el tronco era grueso, lo bastante ancho para que alguien se escondiera detrás. Plantó la mano en el martillo y avanzó centímetro a centímetro. El árbol estaba a favor del viento y no le llegaba el olor de... Una mano apareció de repente detrás del tronco, sosteniendo un saco marrón.

—He atrapado un tejón —dijo una voz familiar—. ¿Quieres que lo suelte en el Prado del pueblo?

Perrin se quedó pasmado unos instantes, pero después prorrumpió en una estruendosa carcajada. Rodeó el tronco del árbol y se encontró con un hombre vestido

con chaqueta roja de cuello alto adornada con hilos de oro y elegante pantalón marrón; estaba sentado en las raíces que asomaban por encima de la tierra, y el saco que sostenía cerca de los tobillos se retorcía. Mat masticaba con aire despreocupado una larga tira de cecina. Llevaba puesto un sombrero negro de ala ancha. Un asta negra con una hoja ancha en la punta descansaba apoyada en el árbol, junto a él. ¿De dónde había sacado una ropa tan elegante? ¿No se había quejado en cierta ocasión de que Rand llevaba atuendos como ése?

—¡Mat! —empezó, casi demasiado pasmado para hablar—. ¿Qué haces aquí?

—Cazar tejones —contestó Mat, que sacudió el saco otra vez—. Jodidamente difícil de conseguirlo, ¿sabes? Sobre todo con tan poco tiempo para prepararlo.

El saco rebulló y Perrin oyó un tenue gruñido en el interior. De hecho, el olfato le revelaba que dentro de ese saco había algo vivo.

—¿De verdad has cazado uno?

—Bueno, llámame nostálgico si quieres.

Perrin no sabía si regañar a Mat o reír con él... Esa mezcla especial de emociones era normal cuando Mat andaba cerca. Los colores, por suerte, no aparecieron ahora que estaban juntos. Luz, qué confuso habría sido eso. Sin embargo, Perrin sentía una especie de... cohesión, de que era lo adecuado.

Su amigo sonrió, dejó el saco a un lado y se puso de pie, ofreciéndole la mano. Perrin la tomó, pero tiró de Mat y lo estrechó en un cordial abrazo.

—Luz, Mat. ¡Parece que hace una eternidad!

—Toda una vida. Puede que dos. He perdido la cuenta. Sea como sea, Caemlyn bulle con rumores de tu llegada. Pensé que la única forma de transmitirte unas palabras de bienvenida era colarme por ese acceso y encontrarte antes que los demás.

Mat recogió la lanza y se la apoyó en el hombro, con la hoja hacia atrás.

—¿En qué has estado metido? —dijo Perrin—. ¿Dónde has andado? ¿Está Thom contigo? ¿Y qué me dices de Nynaeve?

—Cuántas preguntas. ¿Hasta qué punto es seguro tu campamento?

—Tanto como cualquier otro sitio.

—Pues no es lo bastante seguro. —Mat adoptó un gesto serio— Mira, Perrin, tenemos a unos tipos muy peligrosos pisándonos los talones. Vine porque quería ponerte sobre aviso a fin de que tomes más medidas de precaución. Los asesinos darán contigo en cualquier momento y será mejor que estés preparado para esa contingencia. Tenemos que ponernos al día, pero no quiero hacerlo aquí.

—¿Dónde, pues?

—Reúnete conmigo en una posada llamada El Gentío Feliz, en Caemlyn. Ah, y si no te importa, me gustaría que me prestaras a uno de esos tipos de chaqueta negra que tienes. Te lo devolvería en un periquete. Necesito un acceso.

—¿Con qué propósito?

—Te lo explicaré, pero después.

Mat se tocó el sombrero y echó a correr de vuelta al acceso que todavía estaba abierto a Caemlyn.

—Va en serio, Perrin —dijo, volviéndose y corriendo hacia atrás unos instantes —. Ten mucho cuidado.

Sin más, se metió entre unos cuantos refugiados y cruzó el acceso. ¿Cómo había conseguido colarse delante de Grady? ¡Luz! Perrin sacudió la cabeza para sus adentros y después se inclinó para desatar el saco y soltar al pobre tejón que Mat había capturado.

CAPÍTULO 45

Una reunión

Elayne se despertó en la cama, con cara de sueño.

—¿Egwene? —llamó, desorientada—. ¿Qué...?

Los últimos retazos del sueño se disolvieron como miel consumida por té caliente, pero las palabras de Egwene se mantuvieron firmes en la mente de Elayne.

La serpiente ha caído, había proyectado Egwene. *El regreso de tu hermano fue providencial*.

Elayne se sentó, invadida por una profunda sensación de alivio. Había pasado toda la noche tratando de encauzar lo suficiente para conseguir que su *ter'angreal* del sueño funcionara, pero sin resultado. Cuando se enteró de que Birgitte había impedido el paso a Gawyn —mientras ella se hallaba dentro, furiosa e incapaz de acudir al encuentro con Egwene— se había puesto frenética.

En fin, por lo visto Mesaana había sido derrotada. ¿Y qué querría decir con eso de su hermano? Sonrió. Tal vez Egwene y él habían resuelto sus problemas.

La luz del día se colaba a través de las cortinas. Se recostó en el cabecero y disfrutó de la intensa calidez que le llegaba a través del vínculo con Rand. Luz, qué sensación tan maravillosa. En el momento en que había empezado a sentirla, el manto de nubes que envolvía Andor se había roto.

Había pasado casi una semana desde la demostración de los dragones y había puesto a todos los campaneros del reino a trabajar en el proyecto. En la actualidad, se oía un ruido constante en Caemlyn, el de las reiteradas descargas de los disparos cuando los miembros de la Compañía se entrenaban con las armas en las colinas, a las afueras de la ciudad. Hasta ahora, sólo había dejado unas pocas unidades para entrenamiento; los diferentes equipos se turnaban para practicar con ellas. Reuniría el mayor número posible en secreto, en un almacén dentro de Caemlyn, para mayor seguridad.

De nuevo se acordó de la proyección del sueño. Estaba ansiosa de saber detalles específicos. En fin, a buen seguro que Egwene enviaría un mensajero por un acceso, con el tiempo. La puerta se entreabrió una rendija y Melfane se asomó.

—Majestad —llamó la mujer baja, de cara redonda—, ¿va todo bien? Me pareció oír un grito de dolor.

Desde que le había levantado la prescripción de que permaneciera en cama, la matrona había decidido dormir en la antesala del dormitorio para tenerla a su cuidado.

—Ha sido una exclamación de alegría, Melfane —contestó—. De bienvenida a la

maravillosa mañana que nos viene a visitar.

Melfane frunció el entrecejo. Elayne trataba de mostrarse alegre y animosa cuando la mujer andaba cerca a fin de persuadirla de que más reposo en cama era innecesario, pero quizás eso último había sido un poco exagerado. No podía permitirse dar la impresión de esforzarse en aparentar que se sentía alegre. Aunque lo estuviera. Qué mujer tan insufrible.

La matrona entró y abrió las cortinas ya que, según había explicado, la luz del sol era conveniente para una mujer embarazada. Ultimamente, parte del tratamiento había sido sentarse en la cama con las sábanas y la colcha retiradas para que la luz primaveral le cociera la piel como si estuviera en un horno. Mientras Melfane realizaba sus tareas, Elayne sintió un ligero movimiento dentro del vientre.

—¡Oh! Otra vez. ¡Dan patadas, Melfane! ¡Ven y pon la mano!

—Aún no podría notarlo, majestad. Hasta que no sean más fuertes, no podré.

Inició la rutina diaria auscultando los latidos del corazón de Elayne y a continuación los de los bebés. Melfane todavía no estaba convencida de que fueran dos. Después, examinó y dio golpecitos a Elayne, realizando todas esas pruebas de su lista secreta de cosas molestas y embarazosas que hacer a las preñadas.

Por fin, puesta en jarras, Melfane observó a Elayne mientras ésta se quitaba el camisón.

—Creo que habéis hecho demasiados esfuerzos este último tiempo —dijo—. Quiero que os toméis en serio que debéis descansar como es debido. La hija de mi prima Tess tuvo un hijo hace menos de dos años y la criatura nació casi incapaz de respirar. Gracias a la Luz, el bebé sobrevivió, pero la madre se había pasado muchas horas trabajando en los campos hasta el día antes del nacimiento, y sin tomar las comidas pertinentes. ¡Imaginaos! Debéis cuidaros, majestad. Los bebés os lo agradecerán.

Elayne asintió con la cabeza, ya más tranquila.

—¡Un momento! —exclamó, sentándose más incorporada—. ¿Has dicho «bebés»?

—Sí. —Melfane fue hacia la puerta—. Hay dos corazones latiendo dentro de vuestro vientre, tan seguro como que yo tengo dos brazos. Ignoro cómo lo sabíais.

—¡Oíste dos corazones! —exclamó Elayne, alborozada.

—Sí, dos, tan seguro como que hay sol.

Melfane meneó la cabeza y se marchó, aunque envió a Naris y Sephanie para que la vistieran y le cepillaran el cabello.

Elayne soportó el proceso en un estado de embobamiento. ¡Melfane decía que eran dos! La sonrisa no se le borraba de la cara.

Una hora más tarde, se instalaba en la pequeña sala de estar con todas las ventanas abiertas para que entrara la luz del sol y un vaso de leche de cabra en la

mano. El larguirucho maese Norry —con los ralos mechones de pelo sobresaliendo por detrás de las orejas, el rostro alargado y macilento— entró con el cartapacio de piel debajo del brazo. Lo acompañaba Dyelin, que por lo general no asistía a las reuniones matinales. Elayne la miró y enarcó una ceja.

—Tengo la información que pediste, Elayne —anunció Dyelin mientras se servía un poco de té. El de esa mañana era de camemoro—. ¿Es cierto que Melfane ha oído latir más de un corazón?

—Ya lo creo que sí.

—Mis plácemes, majestad —dijo maese Norry.

El hombre abrió el cartapacio y se puso a ordenar los papeles en la mesa alta y estrecha que había cerca del sillón de Elayne. El jefe amanuense rara vez se sentaba en su presencia. Dyelin ocupó otro de los cómodos sillones que había junto a la chimenea.

¿Qué información le había pedido a Dyelin? Elayne no recordaba nada específico. Eso la distrajo mientras Norry repasaba los informes diarios sobre los distintos ejércitos situados en la zona. Había una lista de altercados entre grupos de mercenarios.

También habló sobre problemas de abastecimiento. A despecho de los accesos que abrían las Allegadas a las tierras de Rand en el sur, en busca de víveres, y a pesar de los depósitos de reservas hallados de forma sorprendente en la ciudad, en Caemlyn empezaba a faltar comida.

—Por último, en cuanto a nuestras... eh... invitadas —dijo Norry—, han llegado mensajeros con las respuestas esperadas.

Ninguna de las tres casas a las que pertenecían las nobles prisioneras podía pagar el rescate. Antaño, las propiedades de Arawn, Sarand y Marne se contaban entre las más productivas y extensas de Andor, pero ahora estaban arruinadas, con los cofres vacíos y los campos improductivos. Y Elayne había dejado a dos de esas casas sin liderazgo. ¡Luz, qué desastre!

Norry continuó. Talmanes le había enviado una carta accediendo a su petición de desplazar varias unidades de soldados de la Compañía de la Mano Roja a Cairhien. Elayne ordenó a Norry que le enviara un despacho con su sello autorizando a los soldados a «prestar ayuda para restablecer el orden». Eso, por supuesto, era una tontería. No había orden que restablecer; pero, si por fin decidía ocupar el Trono del Sol, iba a necesitar hacer algunas maniobras preliminares en esa dirección.

—Eso es sobre lo que quiero hablar, Elayne —intervino Dyelin mientras Norry empezaba a recoger sus papeles y a colocarlos de uno en uno, con meticuloso cuidado.

Que la Luz las librara si una de esas preciosas páginas se rompía o se manchaba.

—La situación en Cairhien es... compleja —apuntó Dyelin.

—¿Y cuándo no? —preguntó Elayne con un suspiro—. ¿Tienes información sobre el actual panorama político de allí?

—Turbulento —respondió Dyelin de forma escueta—. Tenemos que hablar respecto a cómo vas a organizar el mantenimiento de dos reinos, uno de ellos en ausencia.

—Disponemos de accesos —argumentó Elayne.

—Cierto. Pero tú tienes que encontrar una forma de ocupar el Trono del Sol sin que parezca que Andor está subsumiendo Cairhien. La nobleza de allí podría aceptarte como su reina, pero sólo si el trato es equiparable al que reciben las casas andoreñas. De otro modo, las intrigas crecerán como levadura en un cuenco de agua caliente en el instante en que te ausentes del reino.

—Pero si serán tratados como sus iguales —argüyó Elayne.

—No lo verán así si entras allí con tus ejércitos —refutó Dyelin—. El pueblo cairhienino es orgulloso. La idea de vivir conquistados bajo la corona de Andor...

—Ahora viven bajo el poder de Rand.

—Con el debido respeto, Elayne. Él es el Dragón Renacido. Tú no.

Elayne frunció el entrecejo, pero ¿cómo argumentar contra ese razonamiento? Maese Norry se aclaró la garganta.

—Majestad, el consejo de lady Dyelin no se basa en simples especulaciones. Yo... Esto... he oído cosas. En vista de vuestros intereses en Cairhien, claro.

Norry estaba mejorando en cuanto a reunir informadores. ¡Al final acabaría teniéndolo como jefe de espías!

—Majestad —continuó el jefe amanuense, bajando la voz—, corren rumores de que iréis enseguida a ocupar el Trono del Sol. Y ya se habla de rebelión contra vos. Mera especulación, estoy seguro, pero...

—Los cairhieninos pueden considerar a Rand al'Thor como un emperador —intervino Dyelin—. No como un rey forastero. Ahí radica la diferencia.

—Bien, pues, no hay necesidad de desplazar ejércitos para ocupar el Trono del Sol —dijo Elayne, pensativa.

—Yo no... estaría tan seguro de eso, majestad —dijo Norry—. Los rumores proliferan, hay un buen caldo de cultivo. Al parecer, tan pronto como el lord Dragón anunció que el trono sería vuestro, algunos elementos del reino empezaron a trabajar con mucha sutileza para impedir que tal cosa ocurra. Debido a dichos rumores, a mucha gente le preocupa que arrebatéis los títulos cairhieninos a la nobleza y se los otorguéis a los andoreños. Otros afirman que relegaréis a cualquier cairhienino a ser un ciudadano de segunda clase.

—Tonterías —protestó Elayne—. ¡Eso es simplemente ridículo!

—Por supuesto —convino Norry—. Pero hay muchos rumores. Rumores que tienden a... esto... crecer como correhuelas. Calan en la gente con fuerza.

Elayne apretó los dientes. El mundo se estaba convirtiendo con rapidez en un sitio en el que se hacía necesario crear alianzas firmes, bien consolidadas con vínculos, tanto de sangre como de papel, y ella tenía una oportunidad de unir Cairhien y Andor mejor que la que había tenido cualquier reina en generaciones.

—¿Se sabe quiénes han empezado a lanzar los rumores?

—Eso es muy difícil de verificar, mi señora —contestó Norry.

—¿Quién tiene la probabilidad de beneficiarse más con ellos? —inquirió—. Eso sería lo primero que deberíamos buscar para dar con la fuente.

Norry echó una ojeada a Dyelin.

—Gran cantidad de personas podrían beneficiarse —contestó Dyelin, que movía el té con la cuchara—. Supongo que aquellas con mayor posibilidad de ocupar el trono serían las más beneficiadas.

—Las que se opusieron a Rand —dedujo Elayne.

—Tal vez. O tal vez no. Los elementos rebeldes más fuertes recibieron mucha atención del Dragón, y muchos de ellos acabaron ganados para su causa o vencidos. De modo que quizás habríamos de sospechar de sus aliados, aquellos en los que más confía o que le profesan una mayor fidelidad. Después de todo, hablamos de Cairhien.

El *Daes Dae'mar*. Sí, tendría sentido que los aliados de Rand se opusieran a que ella ascendiera al trono. Aquellos a los que Rand había dado un trato de mayor privilegio serían los favoritos al trono si ella resultaba ser incompetente para el puesto. Sin embargo, esas mismas personas también habrían menoscabado sus posibilidades al profesar lealtad a un cabecilla extranjero.

—En mi opinión —empezó Elayne, pensativa—, los que están en mejor posición para ascender al trono son los que están a mitad de camino. Alguien que no se opuso a Rand y, por ende, no despertó su ira. Pero también alguien que no lo apoyaba de forma incondicional, alguien a quien se consideraría un patriota que puede aceptar, de mala gana, ocupar el trono una vez que yo haya fracasado. —Los miró a los dos—. Conseguid los nombres de cualquiera que haya ganado en influencia de forma notable de un tiempo a esta parte, un noble o una dama al que se le pueda aplicar ese criterio.

Dyelin y maese Norry asintieron con un cabeceo. Al final, lo más probable era que ella misma tuviera que crear una red más fuerte de informadores, ya que ninguno de esos dos valía en realidad para dirigirla. Norry resultaba demasiado obvio, aparte de que ya tenía mucho trabajo con sus obligaciones. Dyelin era... En fin, Elayne no sabía bien cómo describir a Dyelin.

Le debía mucho, porque Dyelin parecía haber asumido el papel de actuar como sustituta de su madre. La voz de la experiencia y la sabiduría. Pero, al final, Dyelin tendría que retroceder unos pasos. Ninguna de las dos podía permitir que se diera

pábulo a la idea de que Dyelin era el verdadero poder detrás del trono.

¡Pero, Luz! ¿Qué habría hecho sin esa mujer? Elayne tuvo que reprimir una repentina oleada de emoción. Pero qué puñetas, ¿cuándo iba a superar esos altibajos emocionales? ¡Una reina no podía permitirse el lujo de que la viesen llorar por cualquier tontería!

Se enjugó los ojos, y Dyelin, con gran prudencia, no dijo nada.

—A la larga, esto será para bien —aseguró con firmeza Elayne a fin de distraer la atención de sus ojos traicioneros—. Pero sigue preocupándome lo de la invasión.

Dyelin no hizo ningún comentario al respecto. Ella no creía que Chesmal se hubiera referido a una invasión específica de Andor; pensaba que la hermana Negra se refería a la invasión trolloc de las Tierras Fronterizas. Birgitte se había tomado ese tema muy en serio y había incrementado el numero de soldados en las fronteras andoreñas. Con todo, a Elayne le encantaría tener Cairhien bajo su control; si los trollocs se proponían invadir Andor, su otro reino mancomunado sería una de las vías que podrían utilizar.

Antes de que la conversación avanzara más, la puerta del pasillo se abrió y Elayne habría pegado un brinco, alarmada, de no haber percibido antes que se trataba de Birgitte. La Guardiana nunca llamaba a la puerta. Entró en la sala llevando una espada —a regañadientes— y las negras botas, altas hasta la rodilla, por encima del pantalón. Lo extraño era que la seguían dos figuras con capa y el rostro cubierto por las capuchas. Norry retrocedió, llevándose una mano al pecho ante semejante irregularidad. Todo el mundo sabía que Elayne no recibía visitas en la salita de estar. Si Birgitte llevaba a alguien allí...

—¿Mat? —conjeturó Elayne.

—En absoluto —contestó una voz firme y clara.

La figura más alta de las dos se retiró la capucha dejando a la vista un rostro masculino bellísimo. Tenía el mentón cuadrado y unos ojos de mirada intensa que Elayne recordaba bien de su infancia, sobre todo de cuando él se daba cuenta de que había hecho algo mal.

—Galad —dijo, sorprendida por el cálido afecto que sentía por su medio hermano. Se puso de pie, tendiéndole las manos. Se había pasado casi toda su infancia frustrada con él por una u otra razón, pero era muy grato volver a verlo vivo y en buen estado de salud—. ¿Dónde te habías metido?

—Buscando la verdad —contestó Galad, que le hizo una reverencia impecable, aunque no se acercó a tomarla de las manos. Se irguió y miró a la persona que tenía a lado—. Y encontré lo que no esperaba. Ármate de valor, hermana.

Elayne frunció el entrecejo un instante mientras la figura más baja se retiraba la capucha. Su madre.

Elayne soltó un grito ahogado. ¡Era ella! Esa cara, ese cabello dorado. Esos ojos

que la habían mirado de niña tan a menudo, juzgándola, calibrándola... No sólo como unos padres valorarían a su hija, sino como una reina valoraría a su sucesora. Elayne sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho. Su madre. Su madre estaba viva.

Morgase estaba viva. La reina seguía viva.

Morgase la miró a los ojos y entonces —cosa extraña— bajó la vista.

—Majestad —dijo al tiempo que hacía una reverencia, todavía cerca de la puerta.

Elayne controló los pensamientos, dominó el pánico. Era reina o habría sido reina o... ¡Luz! Había ocupado el trono y era, al menos, la heredera. ¿Pero ahora su propia madre regresaba de entre los puñeteros muertos?

—Por favor, siéntate —se sorprendió diciendo, indicando con un gesto el sillón que había al lado de Dyelin.

Le vino bien ver que Dyelin no reaccionaba a la impresión mejor que ella. La noble se encontraba sentada y apretaba de forma convulsa la taza de té, blancos los nudillos y los ojos desorbitados.

—Gracias, majestad —dijo Morgase, que avanzó mientras Galad se acercaba a ella y ponía una mano en el hombro de Elayne con gesto reconfortante. Después se acercó una silla que había al otro lado del cuarto.

El tono de Morgase era más reservado de lo que Elayne recordaba. ¿Y por qué seguía dirigiéndose a ella con el título de reina? La reina había entrado a escondidas, con la capucha echada. Elayne miró a su madre y fue encajando las piezas mientras se sentaba.

—Renunciaste al trono, ¿verdad?

Morgase asintió con gesto majestuoso.

—Oh, gracias a la Luz —dijo Dyelin, que soltó la respiración que había estado conteniendo y se llevó la mano al pecho—. Sin ánimo de ofender, Morgase. ¡Pero, por un momento, imaginé una guerra de Trakand contra Trakand!

—No se habría llegado a eso —intervino Elayne, a la vez que su madre decía algo similar. De nuevo se encontraron los ojos de ambas y Elayne se permitió sonreír—. Habríamos encontrado un... arreglo razonable. Éste valdrá. Aunque de verdad siento curiosidad por las circunstancias de lo ocurrido.

—Los Hijos de la Luz me tuvieron prisionera, Elayne —dijo Morgase—. El viejo Pedron Niall era un caballero en muchos aspectos, pero su sucesor no. No podía permitir que me utilizaran contra Andor.

—Malditos Capas Blancas —masculló Elayne entre dientes.

Luz, ¿así que habían dicho la verdad cuando afirmaban tener a Morgase en su poder?

Galad la miró y enarcó una ceja. Colocó la silla que había movido y se quitó la capa, dejando a la vista el níveo uniforme blanco que llevaba debajo, con el sol radiante en el pecho.

—Oh, sí, es cierto —dijo Elayne, exasperada—. Casi lo había olvidado. A propósito.

—Los Hijos tenían respuestas, Elayne. —Galad se sentó.

Luz, qué frustrante era. ¡Se alegraba de verlo, pero era frustrante!

—No quiero hablar de ello —se opuso Elayne—. ¿Cuántos Capas Blancas han venido contigo?

—He venido a Andor acompañado por la totalidad de la fuerza de los Hijos —contestó Galad, que puso énfasis en el nombre de la asociación—. Soy su capitán general.

Elayne parpadeó y después miró a Morgase. Su madre asintió con la cabeza.

—Bien —dijo Elayne—. Ya veo que hay mucho de lo que hemos de ponernos al día.

Galad se lo tomó como una petición —su hermanastro podía ser muy literal— y empezó a explicar cómo había llegado a su posición actual. Lo hizo con todo detalle y, de vez en cuando, Elayne echaba ojeadas a su madre. La expresión de Morgase resultaba indescifrable.

Una vez que él hubo concluido, le preguntó a su vez sobre la Guerra de Sucesión. A menudo, conversar con Galad era un intercambio de información más formal que familiar. Hubo un tiempo en que eso la hacía sentirse frustrada, pero en esta ocasión se dio cuenta de que —a su pesar— lo cierto era que lo había echado de menos. Así que escuchó con cariño.

Al rato, la conversación empezó a decaer. Había más cosas de las que Elayne quería tratar con él, pero se moría de ganas de hablar con su madre.

—Galad, me gustaría disfrutar de una larga charla —dijo—. ¿Te apetecería compartir una cena temprana esta noche? Hasta entonces, puedes tomar algún refrigerio en tus antiguos aposentos.

—Me parece muy bien —accedió, y se puso de pie.

—Dyelin, maese Norry. El hecho de que mi madre siga viva nos llevará a ciertos... asuntos de estado delicados. Tendremos que hacer pública su abdicación de manera oficial, y cuanto antes. Maese Norry, dejo en vuestras manos la confección de los documentos oficiales. Dyelin, por favor, informa de la nueva a mis principales aliados para que no los pille por sorpresa.

Dyelin asintió con la cabeza y miró a Morgase. La noble no era una de las personas a quienes la anterior soberana había avergonzado durante el tiempo en que estuvo bajo la influencia de Rahvin, pero sin duda había oído contar cosas. Ella, Galad y maese Norry se marcharon. Morgase miró a Birgitte en cuanto la puerta se cerró; la Guardiana era la única persona que había en la salita aparte de madre e hija.

—Confío en ella como en una hermana, madre —la tranquilizó Elayne—. A veces una hermana mayor insufrible, pero hermana en cualquier caso.

Morgase sonrió, se levantó y, tomando a Elayne de las manos, la atrajo hacia sí y la estrechó en un abrazo.

—Ah, hija mía —dijo, con lágrimas en los ojos—. ¡Fíjate lo que has conseguido! ¡Reina por tus propios méritos!

—Me instruíste bien, madre. —Elayne se echó hacia atrás—. ¡Y eres abuela! ¡O lo serás pronto!

Morgase frunció el entrecejo y bajó la vista para mirarle el abdomen.

—Sí, es lo que me pareció al mirarte. ¿Quién...?

—Rand —contestó, con un repentino rubor en las mejillas—, aunque no lo sabe casi nadie y prefiero que siga siendo así.

—Rand al'Thor... —dijo Morgase; se le cambió el semblante—. Ese...

—Madre —se adelantó Elayne, que asió la mano de su madre—. Es un buen hombre y lo amo. Lo que has oído son exageraciones o rumores resentidos.

—Pero, Elayne, es... ¡Es un hombre que encauza, el Dragón Renacido!

—Sigue siendo un hombre —contestó; sentía ese nudo de emociones en el fondo de la mente, tan cálido—. Sólo un hombre, a pesar de todo cuanto se le exige.

Morgase apretó los labios hasta que formaron una fina línea.

—Me reservaré la opinión. Aunque, en cierto modo, aún creo que debería haber arrojado a ese chico a las mazmorras de palacio en el momento en que lo encontramos ocultándose en el jardín. Te advierto que ni siquiera entonces me gustó cómo te miraba.

Elayne sonrió y después señaló los sillones. Morgase se sentó y, en esta ocasión, Elayne lo hizo en el sillón de al lado, sin soltar las manos a su madre. Birgitte estaba de pie, apoyada en la pared del fondo y con una pierna doblada de manera que tenía plantada la suela de la bota en el revestimiento de madera.

—¿Qué? —preguntó Elayne.

—Nada —contestó Birgitte—. Está bien veros actuar como madre e hija o, al menos, de mujer a mujer, en lugar de miraros la una a la otra como si fueseis dos postes.

—Elayne es reina —replicó Morgase, altiva—. Su vida le pertenece a su pueblo, y mi llegada amenazaba con desestabilizar su sucesión.

—Todavía podría enturbiar las cosas, madre —apuntó Elayne—. Tu aparición podría reabrir heridas.

—Tendré que pedir disculpas. Tal vez ofrecer algún tipo de reparación. —Hubo una corta vacilación antes de proseguir—. He intentado permanecer apartada, hija. Sería mejor que quienes me odian siguieran creyéndome muerta, pero...

—No —se apresuró a interrumpirla Elayne, que le apretó las manos— Así es mejor. Sólo que tendremos que abordarlo con cuidado y habilidad.

—Haces que me sienta orgullosa —manifestó Morgase con una sonrisa—. Serás

una gran reina.

Elayne tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír de oreja a oreja. Su madre nunca había sido muy dada a hacer cumplidos.

—Pero, dime, antes de seguir adelante —pidió Morgase, ahora más vacilante la voz—. He oído informes de que Gaebril era...

—Rahvin —atajó Elayne, asintiendo con la cabeza—. Es cierto, madre.

—Lo odio por lo que hizo. Lo veo utilizándome, aguijoneando los corazones y la lealtad de mis más queridos amigos. Y, sin embargo, hay una parte de mí que anhela verlo, por irracional que sea.

—Utilizó la Compulsión contigo —reflexionó Elayne—. No hay otra explicación. Habría que ver si alguien de la Torre Blanca puede Curarlo.

—Fuera lo que fuese, ahora se ha debilitado mucho y puedo controlarlo —dijo Morgase, que negó con la cabeza—. Además, he encontrado a otro hombre a quien entregar mi afecto.

Elayne frunció el entrecejo.

—Te lo explicaré en otro momento —aseguró Morgase—. Ni siquiera yo estoy segura de entenderlo. Antes hemos de decidir qué hacer con mi regreso.

—Eso es sencillo. ¡Lo celebramos!

—Sí, pero...

—Pero nada, madre. ¡Has vuelto con nosotros! La ciudad, el reino entero, lo celebrará. —Titubeó un instante—. Y después, encontraremos una función importante que puedas desempeñar.

—Algo que me tenga ocupada fuera de la capital, y así no arrojaré sombras inoportunas.

—Pero una actividad que sea importante, no vaya a dar la impresión de que es una maniobra para quitarte de en medio y retirarte. —Elayne torció el gesto—. Quizá podríamos ponerte al mando de la comarca occidental del reino. No estoy muy contenta con los informes de lo que está ocurriendo allí.

—¿En Dos Ríos? —preguntó Morgase—. ¿Y lord Perrin Aybara?

Elayne asintió con un cabeceo.

—Perrin es un tipo interesante —dijo Morgase, pensativa—. Sí, quizá pueda ayudarte con eso. Ya tenemos una especie de entendimiento.

Elayne enarcó una ceja.

—A él le debo mi regreso a ti, sana y salva. Es un hombre honrado, y además honorable. Pero también un rebelde a despecho de sus buenas intenciones. No lo vas a tener nada fácil con ese hombre si os enzarzáis.

—Preferiría evitarlo —dijo Elayne con mal gesto.

La forma más fácil de resolver el problema sería encontrarlo y ejecutarlo; por supuesto, ella no caería en eso. Aun cuando los informes la habían hecho rabiar tanto

que casi deseó ser capaz de hacerlo.

—Bueno, en cierto modo, empezaremos ahora a ocuparnos del asunto —sonrió Morgase—. Te ayudará oír lo que me ha ocurrido. Ah, por cierto, Lini está bien. No sé si te ha preocupado su seguridad o no.

—Para ser sincera, no —admitió Elayne con una punzada de remordimiento—. Siempre tuve la impresión de que ni el derrumbamiento del Monte del Dragón podría hacer daño a Lini.

Morgase sonrió y a continuación empezó a relatar su historia. Elayne escuchó con asombro y no poca emoción. Su madre estaba viva. Bendita fuera la Luz porque, aunque tantas cosas habían ido mal últimamente, una al menos había tenido un desenlace feliz.

De noche, en la Tierra de los Tres Pliegues reinaba el silencio y la tranquilidad. Casi todos los animales estaban activos en el crepúsculo y al amanecer, sin el abrasador calor ni el frío helador.

Aviendha se hallaba sentada en un pequeño afloramiento rocoso, con las piernas dobladas debajo y contemplando Rhuidean, en las tierras de los Jenn Aiel, el clan que no lo era. Otrora, Rhuidean había estado envuelta en brumas protectoras. Eso había sido antes de que Rand llegara allí. Había roto la ciudad de tres formas trascendentes y muy inquietantes.

La primera era la más sencilla. Rand había hecho desaparecer la niebla. La ciudad se había despojado de su bóveda protectora como un *algai'd'siswai* que desvela el rostro. Ignoraba qué había hecho Rand para provocar esa transformación; dudaba de que él mismo lo supiera. Pero, al dejar expuesta la ciudad, la había cambiado para siempre.

La segunda forma en que Rand había roto Rhuidean era llevando agua allí. Un gran lago se extendía junto a la ciudad y la fantasmal luz de la luna que se filtraba entre las nubes hacía brillar las aguas. La gente llamaba al lago *Tsodrelle'Aman*. Lágrimas del Dragón, aunque debería haberse llamado Lágrimas de los Aiel. Rand al'Thor no había imaginado cuánto dolor ocasionarían las cosas que reveló. Así era él. A menudo, sus actos eran así de inocentes.

La tercera forma en que Rand había roto la ciudad era la más profunda. Aviendha no había empezado a captarlo hasta hacía poco. Las palabras de Nakomi la preocupaban, la inquietaban. Habían despertado en ella sombras de evocaciones, cosas de futuros potenciales que Aviendha había visto en los anillos durante su primera visita a Rhuidean, pero que su mente era incapaz de recordar, al menos de forma voluntaria.

Le preocupaba que Rhuidean dejara de tener importancia muy pronto. Antes, el propósito principal de la ciudad había sido mostrar a Sabias y jefes de clan el pasado

secreto de su pueblo. Prepararlos para el día en que sirvieran al Dragón. Ese día había llegado. Así pues, ¿quién visitaría ahora Rhuidean? Mandar a los cabecillas Aiel a través de las columnas de cristal sería recordarles el *toh* que ya estaban cumpliendo.

Eso incomodaba a Aviendha hasta el punto de sentirlo como un picor debajo de la piel. No quería aceptar esas preguntas, deseaba seguir con la adición. Pero no podía quitárselas de la cabeza.

Rand causaba tantos problemas... Aun así, lo amaba. Lo quería por su ignorancia, en cierto modo, porque eso le permitía aprender. Y lo amaba por su absurdo afán de proteger a quienes no querían protección.

Sobre todo, lo amaba por su deseo de ser fuerte. Aviendha siempre había deseado serlo. Aprender el camino de la lanza. Luchar y ganar *ji*. Ser la mejor. Ahora lo percibía, muy lejos de ella. Eran tan semejantes en eso...

Los pies le dolían de correr; se los había frotado con la savia de una *segade*, pero aún sentía en ellos un dolor intenso. Había dejado las botas en la piedra, a su lado, junto con las excelentes medias de lana que Elayne le había dado.

Estaba cansada y sedienta. Esa noche ayunaría y meditaría; después rellenaría el odre en el lago antes de entrar en Rhuidean al día siguiente. Esa noche se quedaría sentada y reflexionaría, preparándose.

La vida de los Aiel estaba cambiando. Se necesitaba fortaleza para aceptar el cambio cuando no podía evitarse. Si un dominio sufría daños durante un asalto y uno lo reconstruía, nunca conseguía rehacerlo exactamente igual que antes. Uno podía correr el albur de solucionar problemas, como una puerta que chirriaba al moverla el viento, o una zona desnivelada del suelo. Pero querer hacerlo igual que antes, punto por punto, era una necedad.

A la larga, tal vez había que reconsiderar las tradiciones, como viajar a Rhuidean e incluso vivir en la Tierra de los Tres Pliegues. Pero, de momento, los Aiel no podían vivir en las tierras húmedas. Estaba la Última Batalla. Y también los seanchan, que habían capturado a muchos Aiel y habían hecho *damane* a Sabias; eso no debía permitirse. Y la Torre Blanca seguía dando por sentado que todas las Sabias Aiel que encauzaban eran espontáneas. Habría que hacer algo respecto a eso.

¿Y en cuanto a sí misma? Cuanto más pensaba en ello, más consciente era de que no podría volver a su antiguo estilo de vida. Tenía que estar con Rand. Si él sobrevivía a la Última Batalla —y Aviendha se proponía luchar con todas sus fuerzas para asegurarse de que fuera así—, seguiría siendo un rey de las tierras húmedas. Y también estaba Elayne. Ellas dos iban a ser hermanas conyugales, pero Elayne jamás abandonaría Andor. ¿Esperaría que Rand se quedara con ella? ¿Significaría eso que Aviendha también tendría que vivir allí?

Un arreglo muy problemático, tanto para sí misma como para su pueblo. Las tradiciones no se mantenían sólo porque fueran tradiciones. La fortaleza no era tal sin

tener un propósito o una orientación.

Observó Rhuidean, un grandioso lugar de piedra y majestuosidad. Casi todas las ciudades le desagradaban con su corrupta suciedad, pero Rhuidean era diferente. Techos abovedados, monolitos y torres a medio acabar, sectores con viviendas planeados con cuidado. En las fuentes ahora fluía el agua, aunque un amplio sector conservaba marcas de la lucha que Rand había sostenido allí. Las familias que vivían en ella habían limpiado muchas cosas; eran Aiel que no habían ido a la guerra.

No habría tiendas ni discusiones en las calles ni asesinatos en los callejones. Puede que a Rhuidean se la hubiera privado de significado, pero continuaría siendo un lugar de paz.

«Seguiré adelante —decidió—. Pasaré a través de las columnas de cristal.» Quizá sus recelos eran ciertos y el paso a través de ellas habría perdido significado, pero sentía verdadera curiosidad por ver lo que las otras habían contemplado. Además, para una persona era importante conocer el pasado si quería entender el futuro.

Las Sabias y los jefes de clan habían visitado ese lugar durante siglos. Regresaban con conocimientos. Quizá la ciudad le mostraría qué hacer con su pueblo y con su propio corazón.

CAPÍTULO 46

Trabajando el cuero

Androl sacó del agua humeante el trozo ovalado de cuero, que se había oscurecido y abarquillado. Se movió deprisa, sosteniéndolo entre los dedos callosos. Ahora el cuero era elástico y flexible.

Se sentó en su banco, sobre el que se derramaba un rectángulo de luz que pasaba a través de la ventana, a su derecha. Envolvió el cuero alrededor de una gruesa vara de madera, de unas dos pulgadas de diámetro, y a continuación abrió agujeros alrededor de los bordes.

El siguiente paso fue coser el cuero a otra pieza que había preparado con anterioridad. Una buena costura alrededor de los bordes evitaría que se ajara. Un montón de curtidores eran descuidados con las costuras. Él no. Las costuras eran lo que la gente veía primero; destacaban como pintura en una pared.

Mientras trabajaba, el cuero se secó y perdió parte de su elasticidad, pero aún era bastante maleable. Hizo las puntadas con precisión, iguales. Remató las últimas con fuerza y usó los cabos para atar el cuero alrededor de la vara de madera; ya los cortaría una vez que el cuero se secara.

Acabada la costura, añadió algunos adornos. Un nombre a través de la parte superior, valiéndose del martillo de madera y tachuelas con diseño de letras para ponerlas en su sitio. Después les llegó el turno a los símbolos de la Espada y el Dragón; él mismo había fabricado esos moldes basados en los alfileres que llevaban los Asha'man.

En la parte inferior, usando las tachuelas de letras más pequeñas, estampó las palabras: «Defender. Guardar. Proteger.» Conforme el cuero se iba secando, sacó el tinte y la gamuza para colorear cuidadosamente las letras y los dibujos a fin de darles contraste.

Esa clase de trabajo resultaba relajante, en especial considerando que su vida estaba muy relacionada con la destrucción en los últimos tiempos. Era consciente de que tenía que ser así. Para empezar, había ido a la Torre Negra sabiendo lo que significaba ir allí. Con todo, era agradable crear algo.

Dejó a un lado la pieza para que se secara mientras trabajaba en unas cinchas de silla. Las midió con las marcas hechas en un lado de la mesa y después alargó la mano hacia el tranchete guardado en el cinturón de herramientas que tenía colgado en el costado de la mesa y que había hecho él mismo. Le molestó descubrir que el tranchete no estaba en su sitio.

«Maldito sea el día en que se corrió la voz de que tenía una buena herramienta

para cortar», pensó. A pesar de las supuestas reglas estrictas de Taim para la Torre Negra, la anarquía había aumentado de forma alarmante. Infracciones graves se castigaban con dureza, pero las pequeñas —como colarse en el taller de un hombre y tomar «prestado» su tranchete— se pasaban por alto. Sobre todo si quien se lo llevaba era uno de los validos del M'Hael.

Androl suspiró. Su cuchillo del cinturón estaba en el taller de Cuellar, esperando turno para que lo afilara.

«En fin —pensó—, Taim no deja de repetirnos que busquemos excusas para encauzar...» Androl vació la mente de emociones y después asió la Fuente. Ya habían pasado meses desde que había dejado de costarle trabajo hacerlo; al principio, sólo era capaz de encauzar cuando sostenía una correa de cuero. El M'Hael le había quitado esa necesidad a la fuerza, y no había sido un proceso agradable.

El *Saidin* fluyó en su interior, dulce, poderoso, hermoso. Se quedó sentado unos largos instantes, disfrutando de ello. La infección había desaparecido. Qué maravilla. Cerró los ojos e hizo una profunda inhalación.

¿Cómo sería absorber tanto Poder como los otros? A veces anhelaba tener esa capacidad. Sabía que era débil, el más débil de los Dedicados en la Torre Negra. Quizá tanto que nunca deberían haberlo promocionado de su rango de soldado. Logain había acudido al lord Dragón con esa petición y había conseguido que le concediera la promoción, contra el deseo expreso de Taim.

Androl abrió los ojos y entonces sostuvo en alto la cincha y tejió un minúsculo acceso, de sólo una pulgada de ancho. Irrumpió brillante ante él y sesgó en dos la cincha. Sonrió y después dejó que desapareciera para enseguida repetir el proceso.

Había quien decía que Logain había forzado su promoción con el único propósito de utilizarlo como un aguijonazo a la autoridad de Taim. Pero Logain había dicho que era el increíble talento de Androl para crear accesos lo que le había hecho merecer el título de Dedicado. Logain era un hombre duro, resquebrajado por los bordes como una vieja vaina en la que no se ha hecho un buen trabajo de esmaltado. Pero, mientras que la vaina albergaría una espada mortífera, Logain era honrado. Un buen hombre, bajo esas marcas de desgaste.

Androl acabó por fin con las cinchas. Se volvió y cortó los cabos que sujetaban en su sitio la pieza ovalada de cuero. Esta conservó la forma, y Androl la sostuvo bajo la luz del sol para examinar las costuras. El cuero se había quedado duro, pero sin llegar a ser quebradizo. Le encajaba bien en el antebrazo; sí, el ahormado era bueno.

Asintió para sus adentros. Uno de los trucos de la vida era prestar atención a los pequeños detalles. Centrarse, hacer bien las cosas pequeñas. Todas las puntadas estaban bien ajustadas en el protector de brazo, así que no se deshilacharían ni se partirían. Eso podía significar la diferencia entre que un arquero fuera capaz de aguantar a lo largo de una andanada o que tuviera que dejar el arco a un lado.

Un arquero no ganaría una batalla, pero las cosas pequeñas se acumulaban, una sobre otra, hasta que se convertían en cosas grandes. Acabó el protector de brazo fijándole unos cuantos cordones de cuero en la parte exterior, para así poder sujetarlo en el brazo como era debido.

Retiró la chaqueta negra del respaldo de la silla. El alfiler de la espada plateada en el cuello alto brilló con el sol de la ventana mientras se abrochaba los botones. Se miró en el reflejo del cristal para asegurarse de que la chaqueta estaba bien recta. Las cosas pequeñas eran importantes. Los segundos eran pequeños, pero si uno amontonaba los suficientes, uno sobre otro, se convertían en la vida de un hombre.

Se colocó el protector en el brazo y después abrió la puerta de su pequeño taller y salió a las afueras del pueblo de la Torre Negra. En esa zona, agrupaciones de edificios de dos pisos se distribuían de manera muy parecida a cualquier villa de Andor. Tejados de doble vertiente hechos de bálago; paredes rectas de madera, así como también algunas de piedra o de ladrillo. Una doble línea de casas se extendía a lo largo del centro del pueblo. Si sólo se miraba esos edificios, uno podría creer que paseaba por Nueva Braem o Grafenval.

Por supuesto, para imaginarlo era preciso pasar por alto a los hombres de chaquetas negras. Estaban por todas partes haciendo recados para el M'Hael o dirigiéndose a las prácticas o trabajando en los cimientos de la estructura de la Torre Negra. El lugar seguía siendo una obra en marcha. Un grupo de soldados —que no llevaban el alfiler de la espada ni el rojo y dorado del dragón— utilizaban el Poder para perforar un gran foso en el suelo, junto a la calzada. Se había decidido que el pueblo necesitaba un canal.

Androl distinguía los tejidos —de Tierra en su mayoría— girando alrededor de los soldados. En la Torre Negra uno hacía con el Poder todo lo que pudiera hacerse. Siempre entrenándose, como hombres que levantan piedras para incrementar la fuerza. Luz, cómo apretaban Logain y Taim a esos chicos.

Androl salió a la calzada recién cubierta de grava. Gran parte de esa gravilla tenía derretidos los bordes por donde se la había hecho estallar. Habían traído enormes piedras —a través de accesos, con tejidos de Aire— y después las habían hecho añicos con tejidos explosivos. Había sido como estar en zona de guerra, piedras que estallaban, esquirlas que saltaban. Con el Poder y ese tipo de entrenamiento, los Asha'man serían capaces de reducir a escombros las murallas de las ciudades.

Siguió caminando. La Torre Negra era un lugar de vistas chocantes, y la grava fundida no era la más insólita. Y tampoco lo eran los soldados que desgarraban el suelo, siguiendo el cuidadoso proyecto realizado por Androl. En los últimos tiempos, lo más extraño que se veía eran los niños. Corrían y jugaban, saltaban al foso que los soldados trabajadores iban dejando atrás, se deslizaban por los costados de tierra del foso y después gateaban con esfuerzo para salir de él en tropel.

Niños. Jugando en los agujeros abiertos con explosiones de *Saidin*. El mundo estaba cambiando. La abuela de Androl —tan anciana que había perdido todos los dientes— le había relatado cuentos de hombres encauzadores para asustarlo y que se fuera a acostar las noches en que intentaba escabullirse fuera a contar estrellas. La oscuridad exterior no le daba miedo y tampoco las historias de trollocs y Fados. Pero las de hombres que podían encauzar... Esas sí que lo aterraban.

Ahora se encontraba allí, un hombre de mediana edad, de repente asustado de la oscuridad pero por completo en paz con los hombres que encauzaban. Caminó calzada adelante, sintiendo el crujido de la grava bajo las botas. Los niños subieron gateando del foso y se arremolinaron a su alrededor. Sacó un puñado de confites que había adquirido en su última misión como explorador.

—Dos para cada uno —dijo con seriedad cuando las sucias manos infantiles se lanzaron sobre los dulces—. Y nada de empujar, ojito.

Las manos fueron a las bocas y los niños inclinaron la cabeza para darle las gracias llamándole «maese Genhald» antes de alejarse disparados, de vuelta a sus juegos. No regresaron a la zanja, sino que inventaron un juego nuevo y echaron a correr hacia los campos del este.

Androl se sacudió las manos, sonriente. Los niños se adaptaban con tanta facilidad... Ante ellos, siglos de tradición, de terror y superstición se derretían como la mantequilla que se ha dejado demasiado tiempo al sol. Pero era bueno que hubieran elegido alejarse de la zanja. El Poder Único podía actuar de forma impredecible.

No. Eso no era correcto. El *Saidin* era predecible, pero los hombres que lo manejaban... En fin, que eso era otra historia.

Los soldados dejaron de trabajar y fueron a reunirse con él. No era un Asha'man de pleno derecho y no estaba prescrito el saludo a un Dedicado, pero sí le mostraban respeto. Demasiado. No sabía muy bien por qué tenían esa deferencia con él. No era un gran hombre, sobre todo allí, en la Torre Negra.

Con todo, lo saludaban con una inclinación de cabeza al pasar ante ellos. La mayoría de esos hombres eran los que habían reclutado en Dos Ríos. Muchachos y hombres robustos, anhelantes, aunque muchos eran unos jovenzuelos. La mitad ni siquiera necesitaba afeitarse más de una vez a la semana. Androl se acercó a ellos e inspeccionó el trabajo, observando la línea de cuerda tirante que él había atado a pequeñas estacas. Asintió en un gesto de aprobación.

—El ángulo está bien, muchachos —dijo—. Pero mantened las paredes más rectas, si podéis.

—Sí, maese Genhald —dijo el que dirigía el equipo.

Se llamaba Jaim Torfinn, y era un joven larguirucho con el cabello de color castaño pardusco. Seguía asiendo el Poder; ese rugiente río era tan tentador... Raro

era el hombre que lo soltaba sin experimentar una sensación de pérdida.

El M'Hael los animaba a mantenerlo asido; según él, de ese modo aprendían a controlarlo. Pero Androl ya había experimentado sensaciones tentadoras semejantes al *Saidin*, como la exultación en la batalla, la intoxicación de bebidas extrañas de las Islas de los Marinos o la arrebatadora alegría de la victoria. Un hombre podía verse arrastrado por esas sensaciones y perder el control de sí mismo para siempre, olvidando quién era. Y el *Saidin* era más embriagador que todo cuanto había experimentado.

No compartió con Taim sus reservas en ese asunto. Él no era quien para sermonear al M'Hael.

—Veamos, os enseñaré lo que quiero decir con «rectas».

Respiró hondo, desechó todo sentimiento y buscó el vacío. Usaba un viejo truco de soldado para hacerlo; se lo había enseñado su primer instructor con la espada, el viejo manco Garfin, cuyo fuerte acento illiano de zona rural resultaba casi incomprensible. Por supuesto, al propio Androl le habían dicho que tenía un ligero acento tarabonés. Lo había perdido bastante con el paso del tiempo, pues hacía años que no había vuelto a casa.

Dentro de la nada —del vacío— Androl percibía la rugiente fuerza que era el *Saidin*. Lo asió como un hombre agarraría el cuello de un caballo que corriera desbocado con la esperanza de lograr dirigirlo hasta cierto punto, pero más que nada procurando que no lo desmontara.

El *Saidin* era poderoso. Sí, más poderoso que cualquier bebida alcohólica. Hacía que el mundo fuera más hermoso, más exuberante. Al asir ese terrible Poder, Androl se sentía como si hubiese vuelto a la vida dejando atrás la seca vaina de su anterior yo. Amenazaba con arrastrarlo en sus vertiginosas corrientes.

Trabajó con rapidez tejiendo un pequeño hilillo de Tierra —lo mejor que era capaz de conseguir, porque la Tierra era donde su debilidad era mayor— y con sumo cuidado rebajó los costados del canal.

—Si dejáis que sobresalga demasiado —explicó mientras trabajaba—, entonces el agua que fluya por el canal se embarrará al arrastrar la tierra de los lados. Cuanto más firmes y más rectas estén las paredes del canal, mejor. ¿Veis?

Los soldados asintieron en silencio. El sudor les perlaba la faz y tenían la frente y las mejillas salpicadas de barro. Pero las chaquetas negras estaban impolutas, sobre todo las mangas. Se podía juzgar el respeto que un hombre le tenía a su uniforme por la diferencia de que usara o no las mangas para enjugarse la frente si hacía calor, como ocurría ese día. Los chicos de Dos Ríos utilizaban pañuelo.

Ni que decir tiene que los Asha'man más avanzados rara vez sudaban lo más mínimo. Estos chicos tendrían que hacer más prácticas para conseguirlo al tiempo que estaban muy concentrados.

—Pues eso es —dijo Androl, que se incorporó y los observó, tras lo cual posó la mano en el hombro de Jaim—. Chicos, estáis haciendo un gran trabajo. En Dos Ríos se educa bien a los hombres.

Esas palabras alegraron a los muchachos. Era una suerte tenerlos, sobre todo si se los comparaba con la clase de tipos que Taim reclutaba de un tiempo a esta parte. Los exploradores del M'Hael decían que aceptaban a todos los que encontraban, pero entonces ¿por qué la mayoría de los que traían tenían una actitud tan colérica, tan inquietante?

—Maese Genhald... —llamó uno de los hombres.

—Dime, Trost.

—¿Habéis...? ¿Sabéis algo de maese Logain? —preguntó el soldado.

Los otros esperaron la respuesta con aire esperanzado, pero Androl meneó la cabeza en un gesto de negación.

—No ha vuelto de su expedición, pero seguro que regresará pronto —contestó, animoso.

Los muchachos asintieron con un cabeceo, aunque Androl notaba que empezaban a estar preocupados. Y con razón. Él ya hacía semanas que lo estaba. De hecho, desde que Logain había partido en plena noche. ¿Adonde habría ido? ¿Y por qué se había llevado a Donalo, Mezar y Welyn, tres de los Dedicados más fuertes que le eran leales?

Y ahora, con esas Aes Sedai acampadas fuera, enviadas —se suponía— con autorización del Dragón para vincular Asha'man. Al enterarse, Taim había esbozado ese asomo de sonrisa que nunca se le reflejaba en los ojos y les había dicho que el grupo de la Torre Blanca tenía preferencia para elegir antes, ya que había llegado primero. Las otras esperaban, con impaciencia.

—El M'Hael... —empezó uno de los hombres de Dos Ríos, con una expresión que se tornó crecientemente sombría—. Él se...

—Mantened la cabeza fría —lo interrumpió Androl—, y no creéis problemas. Aún no. Esperaremos a que llegue Logain.

Los hombres suspiraron, pero accedieron con un cabeceo. Distraído por la conversación, Androl casi no se había dado cuenta de que las sombras cercanas habían empezado a deslizarse hacia él. Sombras de hombres que el sol alargaba. Sombras dentro del canal. Sombras de rocas y hendiduras en el suelo. Con lentitud, tortuosas, se dirigieron hacia él. Androl se armó de valor, pero no logró disipar el pánico. Ése era un terror que podía experimentar a despecho de estar en el vacío.

Llegaban siempre que asía el *Saidin* durante mucho tiempo. Lo soltó de inmediato y las sombras, reacias, se deslizaron de vuelta a su sitio.

Los chicos de Dos Ríos lo observaban con una expresión de malestar plasmada en la cara. ¿Le veían alguna vena de locura en los ojos? Nadie hablaba de las...

irregularidades que afectaban a los hombres de la Torre Negra. Era algo que no se mencionaba, punto. Igual que no se hablaba de los trapos sucios de la familia.

El *Saidin* estaba limpio de infección, así que esos muchachos nunca tendrían que sentir las cosas que él sentía. Con el tiempo, los que habían estado en la Torre desde antes de la limpieza acabarían siendo rarezas, excepciones. Luz, pero no entendía por qué la gente le prestaba atención y le hacía caso. ¿Débil con el Poder y, además, chiflado?

Lo peor era que él sabía —muy dentro de sí, en lo más hondo de su ser— que esas sombras eran reales. Nada de una locura elucubrada por su mente. Eran reales y lo destruirían si llegaban hasta él. Eran reales. Tenían que serlo.

«Oh, Luz —pensó, apretando los dientes—. Cualquiera de las dos opciones es aterradora. O estoy loco o la propia oscuridad desea acabar conmigo.”

Por eso ya no podía dormir por las noches sin acurrucarse de miedo.

A veces se pasaba horas asido a la Fuente sin ver las sombras. Otras veces, bastaban unos minutos para que aparecieran. Hizo una profunda inhalación.

—Está bien —dijo satisfecho porque, al menos, la voz le sonaba firme—. Será mejor que volváis al trabajo. Continuad esa pendiente en el ángulo correcto, ojo, o nos encontraremos metidos en un buen lío si el agua se desborda del canal e inunda esta zona.

Los hombres asintieron, y Androl se marchó atajando a través del pueblo. Cerca del centro se hallaban los barracones para los soldados —cinco edificios grandes de gruesos sillares—, así como una docena de edificios más pequeños para los Dedicados. De momento, ese pequeño pueblo era la Torre Negra, pero eso cambiaría. Cerca de allí se estaba construyendo una torre de verdad y ya se habían excavado los cimientos.

Imaginaba cómo sería ese lugar algún día. Una vez había trabajado con un maestro arquitecto, un oficio más de la docena de diferentes aprendizajes que había realizado en una vida que a veces se le antojaba demasiado larga. Sí, lo veía en su mente. Una torre imponente de piedra negra, construida con el Poder. Fuerte, sólida. El cuerpo principal lo formarían estructuras cuadradas como cubos, rematadas con almenas.

Este pueblo crecería hasta convertirse en una ciudad, después en una gran urbe tan vasta como Tar Valon. Las calles se habían construido para permitir el paso de varias carretas a la vez. Se estaban levantando planos y proyectando nuevos sectores; todo lo cual revelaba visión de futuro y planificación. Las propias calles susurraban el destino de la Torre Negra.

Androl echó a andar por un sendero a través de la hierba y la maleza. Estampidos y chasquidos lejanos resonaban a través de las llanuras como el sonido de un látigo al golpear. Cada hombre tenía sus propias razones para ir allí. Venganza, curiosidad,

desesperación, ansia de poder... ¿Cuál era la suya? ¿Las cuatro, tal vez?

Dejó atrás el pueblo y por fin rodeó una hilera de árboles y salió al campo de prácticas, un pequeño cañón entre dos colinas. Unos hombres situados en fila encauzaban Fuego y Tierra. Había que allanar las colinas para obtener terreno de labranza. Una buena oportunidad para practicar.

Casi todos esos hombres eran Dedicados. Los tejidos giraban en el aire y eran mucho más diestros y poderosos que los que habían utilizado los chicos de Dos Ríos. Éstos eran estilizados, como víboras que siseaban o flechas disparadas. Las piedras explotaban, y rociadas de polvo saltaban en el aire. Los estallidos se realizaban con un desarrollo imprevisible a fin de confundir y desorientar al enemigo. Androl imaginaba a un grupo de caballería descendiendo a galope por esa cuesta sólo para verse sorprendido por la tierra que explotaba. Un único Dedicado podría acabar con docenas de jinetes en cuestión de segundos.

Androl advirtió con desagrado que los hombres que trabajaban formaban dos grupos. La Torre empezaba a dividirse, a partirse. A los leales de Logain los daban de lado, los condenaban al ostracismo. A la derecha, Canler, Emarin y Nalaam trabajaban concentrados, volcados en su tarea, junto con Jonneth Dowtry, el soldado más diestro entre los chicos de Dos Ríos. A la izquierda, unos cuantos protegidos de Taim se reían entre ellos. Sus tejidos eran más alocados, pero también mucho más destructivos. Coteren estaba arrellanado, con la espalda apoyada en un frondoso árbol del hule, y supervisaba las prácticas.

Los que las realizaban hicieron un descanso y llamaron a un chico del pueblo para que les llevara agua. Androl se acercó, y Arlen Nalaam fue el primero que lo vio; sonrió de oreja a oreja y lo saludó con la mano. El domani lucía un fino bigote. Cumpliría pronto los treinta, aunque a veces actuaba como si fuera mucho más joven. Androl aún estaba resentido porque una vez Nalaam le había puesto savia en las botas.

—¡Androl! —llamó Nalaam—. ¡Ven a decirles a estos patanes incultos lo que es un tolondro retashino!

—¿Un tolondro retashino? Es una bebida. Una mezcla de aguamiel y leche de oveja. Repugnante.

Nalaam miró a los otros con aire enorgullecido. No llevaba ningún alfiler en la chaqueta porque sólo era un soldado, pero tendría que haber pasado al siguiente nivel a esas alturas.

—¿Ya estás presumiendo otra vez de tus viajes, Nalaam? —preguntó Androl mientras desanudaba el protector de brazo de cuero.

—Los domani nos movemos por el mundo —contestó el joven—. Ya sabes, con la clase de trabajo que hace mi padre, espiando para la corona...

—La semana pasada dijiste que tu padre era mercader —dijo Canler.

El hombre fornido era el mayor del grupo; tenía el cabello canoso y la cara curtida por los muchos días pasados al sol.

—Y lo es. ¡Una tapadera para su ocupación como espía!

—¿No son las mujeres domani las mercaderes en Arad Doman? —inquirió Jonneth, que se frotó el mentón.

Era un hombre grande y tranquilo, de cara redonda. Toda su familia —los hermanos, los padres y el abuelo Buel— se habían trasladado al pueblo en vez de dejar que fuera solo.

—Bueno, ellas son las mejores —admitió Nalaam—, y mi madre no es una excepción. Pero nosotros, los hombres, también sabemos un par de cosas. Además, desde que mi madre se metió en lo de infiltrarse en los Tuatha'an, mi padre tuvo que ocuparse de los negocios.

—Oh, venga ya, eso es ridículo —protestó Canler, ceñudo—. ¿Para qué querría nadie infiltrarse en un montón de gitanos?

—Para descubrir sus recetas secretas —respondió Nalaam—. Se dice que un gitano es capaz de cocinar un puchero de estofado tan delicioso que te hace abandonar tu hogar y a los tuyos para viajar con ellos. Es cierto, yo mismo lo he probado y tuve que estar atado en un cobertizo durante tres días, hasta que se me pasó el efecto.

Canler resopló con desdén. Sin embargo, al cabo de unos instantes, el granjero comentó:

—Entonces... ¿Encontró la receta o no?

Nalaam se lanzó a contar otra historia que Canler y Jonneth escucharon con mucha atención. Emarin permanecía a un lado, mirándolos con aire divertido; él era el otro soldado del grupo, sin alfileres en el cuello. Era un hombre mayor, de cabello ralo y arrugas en los ojos. Llevaba la corta barba blanca recortada a pico.

El distinguido hombre era todo un enigma; había llegado con Logain un día y no había contado nada sobre su pasado. Tenía un porte elegante y una forma de hablar muy delicada. Era un noble, de eso no cabía duda. Pero, a diferencia de casi todos los otros que había en la Torre Negra, Emarin no intentaba imponer su supuesta autoridad. Muchos nobles tardaban semanas en aprender que, una vez que uno se unía a la Torre Negra, el rango que ostentaba fuera no significaba nada. Eso los volvía hoscos e irascibles, pero Emarin se había amoldado de inmediato a la vida en la Torre.

Hacía falta ser un noble con verdadera dignidad para obedecer las órdenes de un plebeyo que tenía la mitad de sus años sin protestar. Emarin dio un sorbo de agua del criado que la servía, le dio las gracias al chico y después se acercó a Androl. Hizo un gesto con la cabeza señalando a Nalaam, que seguía hablándoles a los otros.

—Ése tiene alma de juglar.

—Ajá. Quizá podría aprovecharlo para ganar un dinero extra —dijo Androl—. Todavía me debe un par de calcetines nuevos.

—¡Y tú, amigo mío, tienes alma de amanuense! —dijo Emarin riendo— Jamás se te olvida nada, ¿verdad?

Androl se encogió de hombros.

—¿Cómo sabías lo que era un tolondro retashino? Me considero una persona bastante erudita en esas materias y, sin embargo, nunca había oído hablar de esa bebida.

—Una vez tomé una copa. Por una apuesta.

—Sí, pero ¿dónde?

—En Retash, por supuesto.

—¡Pero eso está a leguas de la costa, en un grupo de islas que ni siquiera los Marinos visitan!

Androl volvió a encogerse de hombros. Miró a los lacayos de Taim.

Un chico del pueblo les había llevado una cesta de comida de parte de Taim, aunque el M'Hael afirmaba que él no caía en el favoritismo. Si Androl preguntaba, descubriría que se suponía que también había mandado a un chico con comida para los otros. Sólo que ese chico se había perdido o lo había olvidado o había cometido cualquier otro error inocente. Taim haría azotar a alguien y las cosas no cambiarían.

—Esta división resulta preocupante, amigo mío —comentó Emarin en voz baja —. ¿Cómo vamos a luchar por el lord Dragón si no somos capaces de vivir en paz entre nosotros mismos?

Androl meneó la cabeza.

—Dicen que hace semanas que ningún hombre que goce del favor de Logain ha conseguido el alfiler del dragón —continuó Emarin—. Hay muchos, como el propio Nalaam, que debería llevar el alfiler de la espada desde hace mucho tiempo, pero les ha sido denegado de forma reiterada por el M'Hael. Una casa cuyos miembros se pelean por tener autoridad nunca representará un peligro para otras casas.

—Sabias palabras, mas ¿qué deberíamos hacer? ¿Qué podemos hacer? Taim es el M'Hael, y Logain no ha regresado todavía.

—Quizá podríamos mandar a alguien a buscarlo —sugirió Emarin—. O tal vez tú podrías tranquilizar a los otros. Me temo que hay algunos que están a punto de saltar y si estalla una pelea no me cabe duda de quién se llevará la peor parte de los castigos de Taim.

—Cierto. —Androl frunció el entrecejo—. Pero ¿por qué yo? A ti se te da mucho mejor hablar que a mí, Emarin.

El otro hombre soltó una risita divertida.

—Sí, pero Logain confía en ti, Androl. Y los otros cuentan contigo.

«Pues no deberían», pensó Androl.

—Veremos qué se me ocurre —dijo en voz alta.

Nalaam parecía dispuesto a lanzarse a contar otra historia; pero, antes de que empezara, Androl hizo un gesto a Jonneth con el protector de brazo.

—Vi que el que tienes está todo agrietado. Prueba con éste.

El semblante de Jonneth se animó con una gran sonrisa cuando cogio el protector de brazo.

—¡Eres increíble, Androl! —exclamó—. No pensé que se hubiera fijado nadie en eso. Es una tontería, lo sé, pero...

La sonrisa se le ensanchó de oreja a oreja y corrió hacia un árbol cercano junto al que había cosas del equipamiento de los hombres, incluido su arco. A los hombres de Dos Ríos les gustaba tenerlos a mano.

Jonneth regresó poniendo la cuerda al arco, tras lo cual se colocó el protector de brazo.

—¡Se acopla que es una maravilla! —afirmó.

Androl se sorprendió a sí mismo esbozando una sonrisa. Las cosas pequeñas podían significar muchísimo.

Jonneth apuntó y disparó una flecha, el astil salió impulsado en el aire y la cuerda del arco golpeó el protector con un ruido seco. La flecha remontó el vuelo, muy alto, y se clavó en un árbol de la colina, a sus buenos doscientos pasos de distancia. Canler silbó.

—Jamás había visto algo parecido a esos arcos vuestros, Jonneth —dijo el antiguo granjero—. En toda mi vida.

Ambos eran andoreños, aunque Canler procedía de una ciudad mucho más cercana a Caemlyn.

Jonneth estudió su disparo de forma crítica, después apuntó otra vez, con las plumas de la flecha contra la mejilla, y disparó. La saeta voló con precisión y se clavó en el mismo árbol. Androl calculó que entre las dos había menos de dos palmos de distancia. Canler volvió a silbar.

—Mi padre se entrenó con uno de ésos —comentó Nalaam—. Aprendió el arte de un hombre de Dos Ríos a quien rescató de morir ahogado en Illian. Se quedó la cuerda de recuerdo.

Canler enarcó una ceja, pero a la vez pareció quedarse enganchado en la historia. Androl se limitó a soltar una risita al tiempo que meneaba la cabeza.

—¿Te importa si lo intento, Jonneth? Soy bastante bueno con un arco teariano, que suelen ser un poco más largos que la mayoría.

—Claro —contestó el desgarbado hombre, que desató el protector de brazo y se lo tendió, junto con el arco.

Androl se puso el protector y alzó el arco. Era de tejo negro y la cuerda no tenía tanta elasticidad como él estaba acostumbrado. Jonneth le tendió una flecha y Androl

imitó la forma de tensar y apoyar en la mejilla del chico.

—¡Luz! —exclamó, por el esfuerzo de mantener la cuerda tensa—. Esos brazos tuyos son engañosamente pequeños, Jonneth. ¿Cómo te las arreglas para apuntar? ¡Yo casi no puedo ni sostenerlo sin que deje de moverse!

Jonneth rió mientras a Androl le temblaban los brazos; por fin disparo, incapaz de mantener la cuerda tensa ni un instante más. La flecha se clavó en el suelo, lejos del blanco. Le tendió el arco a Jonneth.

—Ha sido un tiro bastante aceptable, Androl —dijo el de Dos Ríos—. Un montón de hombres ni siquiera son capaces de tensar la cuerda. ¡Dame diez años y conseguiré que dispares igual que alguien nacido en Dos Ríos!

—Me quedaré con los arcos cortos de momento —respondió Androl—. Nunca podrías disparar un monstruo como ése si vas montado a caballo.

—¡No me haría falta! —dijo Jonneth.

—¿Y si te persiguieran?

—Si fueran cinco o menos, los derribaría a todos con mi arco antes de que llegaran hasta mí. Si fueran más de cinco, entonces, ¿qué iba a conseguir disparándoles? Lo que debería hacer sería correr como si me persiguiera el Oscuro en persona.

Los otros hombres rieron, aunque Androl sorprendió a Emarin observándolo con interés. A buen seguro, se estaba preguntando cómo sabía disparar un arco mientras montaba a caballo. Ese noble era un tipo muy perspicaz. Androl pensó que tendría que ir con cuidado.

—¿Y esto qué es? —preguntó una voz—. ¿Intentas aprender a disparar un arco, paje? ¿Es así como puedes defenderte en realidad?

Androl apretó los dientes y se volvió mientras Coteren se acercaba sin prisa. Era un tipo corpulento, de cabello negro y grasiento que llevaba largo y suelto. Enmarcaba una cara de rasgos toscos y mejillas orondas. La mirada era intensa y peligrosa. Sonreía. La sonrisa de un gato que ha encontrado un roedor con el que jugar.

Sin decir palabra, Androl se desató el protector de brazo y se lo tendió a Jonneth. Coteren era Asha'man y amigo personal del M'Hael, además de ser —con mucho— el que tenía el rango más alto de los presentes.

—El M'Hael sabrá de esto —dijo—. No hacéis caso de las lecciones. ¡No necesitáis flechas ni arcos, pudiendo matar con el Poder!

—Claro que hacemos caso a las lecciones —replicó Nalaam con obstinación.

—Ten cuidado, muchacho —advirtió Androl—. Guarda silencio.

Coteren se echó a reír.

—Haced caso al paje, chicos. El M'Hael también tendrá información de tu insolencia. —Desvió los ojos hacia Androl y ordenó—. Ase la Fuente.

Androl obedeció, aunque de mala gana. Sintió fluir en su interior la dulzura del *Saidin* y echó una ojeada nerviosa hacia los lados. Ni rastro de las sombras.

—Qué patético —dijo Coteren—. Destruye esa roca de allí.

Era demasiado grande para su capacidad, pero ya se las había visto con matones antes y Coteren era uno de la peor clase, peligroso, uno con poder y autoridad. Lo más aconsejable era ir con cuidado. La vergüenza era un castigo mínimo, y eso era algo que pocos matones comprendían.

Androl ejecutó el tejido requerido de Fuego y Tierra y golpeó con él la enorme piedra. El fino flujo contenía casi todo el Poder que su capacidad le permitía absorber, aunque sólo consiguió arrancar unas pocas lascas a la gran roca.

Coteren rió con ganas, al igual que el grupo de Dedicados que comían debajo de un árbol cercano.

—¡Pero qué puñetas, mira que eres inútil! —gritó Coteren—. ¡Olvida lo que dije antes, paje! ¡Necesitas ese arco!

Androl soltó el Poder Único. Coteren ya había conseguido lo que quería y se había reído; estaría satisfecho. Por desgracia, Androl notó que los hombres asían la Fuente detrás de él. Jonneth, Canler y Nalaam adelantaron un paso para situarse junto a él, todos ellos henchidos de Poder y rebosantes de ira.

Los hombres que comían se pusieron de pie, todos asiendo asimismo la Fuente. Eran el doble que los amigos de Androl. Coteren esbozó una sonrisa burlona, y Androl miró a Canler y a los otros.

—Vamos, chicos —dijo al tiempo que levantaba una mano—. El Asha'man Coteren sólo cumplía las órdenes que le da el M'Hael. Intenta irritarme para que así me esfuerce más.

Los dos grupos vacilaron; la intensidad de las miradas trabadas rivalizaba con el Poder que asían. Entonces, Jonneth soltó la Fuente, lo cual llevó a que Nalaam hiciera otro tanto y, por fin, el ceñudo Canler también la soltó. Coteren se echó a reír.

—Esto no me gusta —masculló Canler mientras su grupo se alejaba. Echó una ojeada hacia atrás—. No me gusta ni pizca. ¿Por qué nos frenaste, Androl?

—Porque nos habrían hecho papilla antes de que pestañearas, Canler —espetó—. ¡Por la Luz, hombre! Mi capacidad de encauzar vale menos que un guisante, y Emarin no lleva aquí ni un mes. Jonneth aprende deprisa, pero todos sabemos que en realidad no ha luchado con el Poder nunca, cuando, por el contrario, la mitad de los hombres de Coteren participaron en una batalla con el lord Dragón. ¿De verdad crees que Nalaam y tú podríais, virtualmente sin más ayuda, enfrentaros a diez hombres?

Canler seguía encrespado, rezongando, pero no alargó la controversia.

—*Makashak Na famalashten morkase* —masculló Nalaam—, *¡delf takaksaki mere!*

Luego se echó a reír con una mirada alocada. No era un lenguaje que Androl

conociera; tampoco era la Antigua Lengua, de eso estaba seguro. Lo más probable era que no fuera un lenguaje en absoluto.

Ninguno de los otros dijo nada. De vez en cuando, Nalaam chachareaba consigo mismo entre dientes en esa jerigonza. Si le preguntaban, él aseguraba que había hablado con palabras normales y corrientes. La repentina y desatinada expresión pareció consternar en gran medida a Emarin y Jonneth. Nunca habían visto volverse locos a amigos y matar a quienes había a su alrededor. Quisiera la Luz que ahora ya no tuvieran que verlo jamás. Pensara lo que pensara Androl en cuanto a que el lord Dragón los hubiera dejados solos, la limpieza del *Saidin* merecía la redención de al'Thor. Encauzar ahora no era peligroso.

O, al menos, era menos peligroso que antes. Encauzar nunca sería seguro, sobre todo ahora, que Taim los presionaba tanto.

—Más y más gente está recibiendo esas jodidas clases personales de Taim —masculló Nalaam mientras se encaminaban hacia la sombra de los árboles—. El éxito de Nensen ha despertado la impaciencia y la ansiedad en los hombres. Hemos perdido una docena o más de hombres que se han pasado al bando de Taim durante las últimas semanas. Dentro de poco no quedará nadie de nuestro bando aquí. Me da miedo hablar con la mitad de los hombres con los que antes tenía confianza.

—Norley es de fiar —comentó Canler—. Evin y Hardlin también.

—Una lista muy corta —dijo Nalaam—. Demasiado.

—Los hombres de Dos Ríos están con nosotros, sin excepción —indicó Jonneth.

Todos miraron a Androl. Éste echó una ojeada a los lacayos de Taim, que volvían a reír entre ellos.

—¿Qué pasa, Androl? —preguntó Nalaam—. ¿No vas a reprendernos por hablar así?

—¿Así, cómo? —Androl volvió la vista hacia ellos.

—Así, como si se tratara de nosotros contra ellos.

—Chicos, no quería que acabaseis muertos o encarcelados, pero eso no significa que no vea el problema. Sí, ya lo creo que aquí hay un problema. Y se está fraguando como una tormenta.

—Los hombres que reciben las clases privadas de Taim aprenden demasiado rápido —opinó Nalaam—. Nensen apenas tenía fuerza para que se lo considerara Dedicado hace poco tiempo. Ahora ya es Asha'man. Algo raro ocurre aquí. Y esas Aes Sedai. ¿Por qué Taim accedió a que nos vinculen? Sabes que ha protegido a todos sus favoritos al impedir que las Aes Sedai escojan a ninguno de los que lucen el alfiler del dragón. Así me abrase, pero no sé qué haré si una de ellas me elige. No pienso dejar que nadie me ate a una cuerda Aes Sedai.

Se alzaron varios murmullos respecto a ese asunto.

—Los hombres de Taim propagan rumores sobre las recién llegadas —comentó

Jonneth en voz baja—. Hablan sobre el lord Dragón, que esta empujando a buenos hombres a volverse traidores. Dicen que nos ha abandonado y que se ha vuelto loco. El M'Hael no quiere que esos rumores apunten hacia él, pero así me abrase si no ha sido él la fuente de donde han surgido.

—A lo mejor tiene razón —dijo Canler. Los otros le lanzaron una mirada penetrante y el hombre de tez curtida se puso ceñudo—. No digo que vaya a pasarme al bando de Taim, pero ¿qué ha hecho por nosotros el lord Dragón? Es como si se hubiese olvidado de este sitio. A lo mejor es cierto que se ha vuelto loco.

—No lo está —intervino Emarin al tiempo que negaba con la cabeza—. Lo conocí justo antes de venir aquí.

Los otros lo miraron, sorprendidos.

—Me impresionó —añadió Emarin—. Joven, pero con una voluntad imponente. Confío en él. ¡Luz! Apenas cambié unas palabras con él media docena de veces, pero confío en él.

Los otros asintieron con lentos cabeceos.

—Así me abrase —dijo Canler—. Supongo que con eso me vale. ¡Pero querría que hiciera caso de lo que le decimos! Oí a Logain maldecir porque el lord Dragón no le hace caso cuando le advierte sobre Taim.

—¿Y si le presentamos pruebas? —propuso Jonneth—. ¿Y si encontrásemos alguna cosa que demostrara que Taim trama algo y sus intenciones no son buenas?

—A Nensen le pasa algo raro —repitió Nalaam—. Y a ese tal Kash. Para empezar, ¿de dónde vino y cómo se hizo tan poderoso tan deprisa? ¿Y si cuando regrese Logain tuviéramos información para él o incluso se la lleváramos directamente al lord Dragón?

El grupo se volvió hacia Androl. ¿Por qué lo miraban a él, que era el más débil de todos? Lo único que era capaz de hacer eran accesos. De ahí venía el apodo que usaba Coteren: paje. Para lo único que valía era para despachar mensajes y llevar a la gente a sitios.

Pero los otros lo miraban. Por una razón u otra, lo miraban.

—Vale, está bien —dijo por fin—. Veamos qué podemos descubrir. Que Evin, Hardlin y Norley entren también en esto, pero no se lo digáis a nadie más, ni siquiera a los otros muchachos de Dos Ríos. No saquéis de quicio a Taim ni a sus hombres, pero si descubrís algo, venid a contármelo. Y ya veré si encuentro una forma de ponerme en contacto con Logain o, al menos, de enterarme adonde fue.

Todos asintieron en silencio, sombrío el gesto.

«Que la Luz nos proteja si nos equivocamos —pensó Androl, que echó otra ojeada a los favoritos de Taim—. Y que la Luz nos asista, con más motivo, si tenemos razón.»

CAPÍTULO 47

Aula de adiestramiento

Faile estaba montada en *Albor*, impaciente, e intentó no rebullir mientras la línea luminosa del acceso hendía el aire. Una pradera pardusca se extendía al otro lado; Gaul y las Doncellas se deslizaron de inmediato a través del agujero para explorar.

—¿Seguro que no quieres venir? —le preguntó Perrin a Galad, que se encontraba cerca y observaba la comitiva con los brazos enlazados a la espalda.

—No —respondió Galad—. Durante la cena que compartí con Elayne ya nos pusimos al día.

—Como gustes.

Perrin se volvió hacia Faile y señaló hacia el acceso. Ella taconeó a *Albor* para que se pusiera en movimiento. Por fin había llegado el momento de encontrarse cara a cara con la reina de Andor, y tenía que hacer un esfuerzo para controlar el nerviosismo. Perrin cruzó el acceso con ella; al otro lado, Caemlyn se alzaba cerca, una gran urbe coronada por torres acabadas en punta y estandartes en rojo y blanco, con el palacio en el centro, imponente. La Baja Caemlyn, que se extendía extramuros, era en si misma una ciudad en expansión.

La comitiva de Perrin los siguió a los dos a través del acceso; se había planeado con mucho cuidado para ofrecer una imagen impresionante, pero no hostil. Alliandre iba con un centenar de guardias. Doscientos arqueros de Dos Ríos, con los arcos largos sin encordar y asidos como si fuesen varas. Cien representantes de la Guardia del Lobo, incluido un numeroso contingente de la nobleza cairhienina de segunda fila, con las franjas de colores en los uniformes confeccionados con tela comprada en Puente Blanco. Y, por supuesto, Gaul y las Doncellas.

Grady era el último. Vestía una chaqueta negra planchada con esmero y el alfiler de Dedicado bruñido y reluciente en el cuello alto. De inmediato miró hacia el oeste, hacia la Torre Negra. Había intentado abrir un acceso allí unas horas antes, cuando Perrin le había dado permiso. No funcionó, cosa que preocupó a Perrin. Tenía la intención de investigarlo enseguida, esa noche o, todo lo más, al día siguiente por la noche.

Gaul y las Doncellas formaron alrededor de Perrin y Faile, y la comitiva descendió hacia la calzada, con Arganda y un pelotón de la Guardia del Lobo adelantándose a caballo para anunciarlos. El resto avanzó por la calzada con paso regio. El rápido crecimiento de Caemlyn era peor incluso que el de Puente Blanco. Varios ejércitos acampaban cerca de la Baja Caemlyn. Casi con toda seguridad, tropas a sueldo de los distintos nobles que habían respaldado el ascenso de Elayne al

trono.

Allí había una llamativa irregularidad: el cielo sobre Caemlyn y su entorno estaba despejado. El manto de nubes era tan generalizado en todas partes que Faile dio un respingo al verlo. Las nubes formaban un círculo abierto por encima de la ciudad, un círculo de una regularidad inquietante. Arganda y los hombres de la Guardia del Lobo regresaron.

—Nos recibirán, mi señor, mi señora —anunció.

Faile y Perrin cabalgaron en silencio calzada adelante, seguidos por la comitiva. Habían hablado sobre el inminente encuentro docenas de veces, de modo que ya no tenían nada más que decir al respecto. Perrin, con muy buen criterio, había delegado en ella las negociaciones diplomáticas. El mundo no podía permitirse una guerra entre Andor y Dos Ríos. Ahora no.

Al cruzar las puertas de la ciudad, Perrin y los Aiel incrementaron el estado de alerta, y Faile soportó en silencio aquel exceso protector. ¿Cuándo iba a olvidarse el episodio de su secuestro a manos de los Shaido? A veces, daba la impresión de que Perrin fuese reacio a dejarla ir a las letrinas sin llevar cuatro docenas de guardias.

Ya en intramuros, las calles estaban atestadas de gente, los edificios y los mercados abarrotados. La basura empezaba a amontonarse y un número espantoso de golfillos se movía entre la multitud. Había pregoneros —quizas algunos al servicio de mercaderes— voceando que corrían tiempos turbulentos, a la vez que animaban a la gente a hacer acopio de provisiones. La gente de Perrin había comprado comida allí, pero era cara; dentro de poco, Elayne tendría que subvencionarla, si es que no lo había hecho ya. ¿Cubrirían las necesidades las reservas de los almacenes reales?

Pasaron a través de la Ciudad Nueva, entraron en la Ciudad Interior y ascendieron por la colina hasta el palacio. A las puertas del recinto y delante de los impolutos muros, la Guardia Real estaba formada en posición de firme, con los tabardos en rojo y blanco y los bruñidos petos y cotas de malla.

Una vez pasadas las puertas, desmontaron. Una fuerza de cien soldados siguió adelante con Perrin y Faile y entró en palacio; la conformaban todos los Aiel y una guardia de honor más reducida de cada contingente. Los pasillos de palacio eran anchos, pero con tanta gente alrededor Faile se sentía agobiada. El camino por el que los conducían a Perrin y ella hacia el salón del trono era distinto del que Faile había recorrido tiempo atrás. ¿Por qué no iban por el camino más corto?

Pocas cosas parecían haber cambiado en palacio desde que Rand lo gobernaba. Ahora no había Aiel, salvo por los que Perrin llevaba consigo. La misma alfombra roja y estrecha se extendía por el centro del pasillo; las mismas urnas en los rincones; los mismos espejos en las paredes para crear la ilusión de un espacio más grande.

Una estructura como aquélla podía permanecer inalterable durante siglos, sin prestar apenas atención a aquellos cuyos pies pisaban las alfombras o cuyas

posaderas calentaban el trono. En el transcurso de un año, ese palacio había conocido a varios dirigentes: Morgase, uno de los Renegados, el Dragón Renacido y, por último, Elayne.

De hecho, al doblar la esquina hacia la sala del trono, Faile casi esperaba encontrar a Rand instalado en el Trono del Dragón con aquella extraña lanza partida apoyada en el doblez del brazo, y un brillo de locura en los ojos. Sin embargo, el Trono del Dragón había desaparecido y, de nuevo, el Trono del León acogía a su reina. Rand había retirado ese solio y lo había protegido como una flor que intentara ofrecer a un futuro amor.

La reina era una versión joven de su madre. Cierto, el rostro de Elayne tenía ángulos más delicados que los de Morgase, pero el cabello era del mismo color dorado rojizo y poseía la misma belleza extraordinaria. Era alta y se le notaba la preñez en el abdomen y en el busto.

El salón del trono se hallaba adornado como correspondía, con molduras de madera dorada y esbeltas columnas en los rincones que seguramente sólo eran ornamentales. Elayne tenía mejor iluminada la estancia que Rand, y las lámparas de pie ardían con brillantez. La propia Morgase se encontraba al pie del trono, a la derecha, y ocho miembros de la Guardia Real estaban situados a la izquierda. Algunos nobles de segunda fila se alineaban a los lados del salón y observaban con mucha atención.

Elayne se echó hacia adelante en el trono cuando Perrin, Faile y los otros entraron. Faile hizo una reverencia agachándose, por supuesto, y Perrin hizo otra inclinando la cabeza. No mucho, pero no dejaba de ser una reverencia. Según habían acordado, Alliandre hizo una reverencia más marcada que la de Faile. Eso hizo que Elayne se quedara pensativa.

El propósito oficial de la visita era una distinción concedida por la corona, un modo de agradecer a Perrin y a Faile que hubieran llevado de vuelta a Morgase. Eso sólo era una simulación, desde luego. La verdadera razón del encuentro era hablar del futuro de Dos Ríos. Pero ése era un tema tan delicado que no debía sacarse a colación en el acto de forma directa, al menos al principio. El mero hecho de mencionar el objetivo era revelar demasiado a la parte contraria.

—Que quede constancia —empezó Elayne— de que el trono os da la bienvenida, lady Zarina ni Bashere t'Aybara, reina Alliandre Maritha Kigarin, Perrin Aybara. —Sin título para él—. Que se proclame nuestra gratitud personal por devolvernos a nuestra madre. Vuestra diligencia en este asunto os ha granjeado el más profundo agradecimiento de la corona.

—Gracias, majestad —respondió Perrin con su habitual brusquedad.

Faile había hablado con él largo y tendido respecto a que no tratara de prescindir de la formalidad ni de la ceremonia.

—Proclamaremos un día festivo por el regreso de nuestra madre sana y salva —continuó Elayne—. Y por la... restitución de su debido estatus.

Bien, pues, esa pausa significaba que a Elayne no le había gustado enterarse de que a su madre se la había tratado como a una sirvienta. Tendría que comprender que Perrin y ella ignoraban con quién trataban, pero, aun así, una reina podía sentir indignación ante semejante contingencia. Era una ventaja que, tal vez, planeaba utilizar.

Quizá Faile veía más de lo que había en los comentarios, pero no podía evitarlo. En muchos sentidos, ser una dama de la nobleza era muy semejante a ser un mercader, y ella se había preparado para desempeñar bien ambos papeles.

—Por último —añadió Elayne—, llegamos al propósito de nuestro encuentro. Lady Bashere, maese Aybara. ¿Hay algún favor que os gustaría pedir a cambio del regalo que le habéis hecho a Andor?

Perrin apoyó la mano en el martillo y después miró a Faile con gesto interrogante. Era evidente que Elayne esperaba que le pidieran que lo nombrara lord de manera formal. O, tal vez, que pidieran tolerancia por hacerse pasar por tal, junto con un perdón formal. Cualquiera de las dos posibilidades podría ser un resultado de la conversación.

Faile estuvo tentada de pedir lo primero. Sería una respuesta sencilla. Pero, quizá, sencilla en demasía; había cosas que Faile tenía que saber antes de seguir adelante.

—Majestad —sugirió con sumo cuidado—, ¿podríamos hablar de ese favor en un entorno más íntimo?

Elayne lo meditó un poco; unos larguísimos segundos que parecieron una eternidad.

—De acuerdo —accedió—. Mi sala de recibir está preparada.

Faile asintió con la cabeza, y un criado abrió una puerta pequeña que había en la pared izquierda de la sala del trono. Perrin caminó hacia allí, pero entonces alzó una mano en dirección a Gaul, Sulin y Arganda.

—Esperad aquí. —Vaciló y miró a Grady—. Tú también.

A ninguno de ellos les gustó la orden, pero obedecieron. Se les había advertido que podría darse esta situación.

Faile controló el nerviosismo; no le hacía gracia dejar atrás al Asha'man, que era su mejor medio de huida. Sobre todo porque, sin lugar a dudas, Elayne tendría apostados espías y guardias ocultos en la sala y listos para aparecer al instante, en cuanto las cosas se torcieran y hubiera peligro. A Faile le habría gustado tener una protección similar, pero hacerse acompañar por un encauzador varón para hablar con la reina... En fin, las cosas se hacían como tenían que hacerse. Estaban en territorio de Elayne.

Faile hizo una profunda inhalación y se dirigió con Perrin, Alliandre y Morgase

hacia el pequeño cuarto anexo al trono.

Elayne entró e hizo un gesto con la mano. El anillo de la Gran Serpiente que llevaba en el dedo relució con la luz de las lámparas. Faile casi había olvidado que era Aes Sedai. Tal vez no había guardias acechando cerca para prestar ayuda si hacía falta; una mujer con capacidad para encauzar era tan peligrosa como una docena de soldados.

¿Habría que dar pábulo a lo que se cuchicheaba sobre la identidad del padre de los bebés de Elayne? Desde luego, los rumores que apuntaban a ese necio de la guardia entraban en la categoría de lo inverosímil; casi con toda seguridad sólo eran embelecos para crear confusión. ¿De verdad sería Rand el padre?

Morgase entró detrás de Elayne; llevaba un vestido sobrio a pesar de ser de un color rojo intenso. Se sentó al lado de su hija y observó con atención, en silencio.

—Bien —empezó Elayne—, explicadme por qué no debería ejecutaros a ambos por traidores.

Faile parpadeó, sorprendida. Por su parte, Perrin resopló antes de responder:

—No creo que Rand tuviera muy buena opinión de esa medida.

—Yo no estoy en deuda con él —replicó Elayne—. ¿Esperáis que crea que él estuvo detrás de esa maniobra de seducir a mis súbditos y autoproclamaros rey?

—Tenéis atrasada la información de algunos hechos, majestad —manifestó Faile, irritada—. Perrin jamás se autoproclamó rey.

—Oh, vaya. ¿Y tampoco enarbolo la bandera de Manetheren, según mis informadores me cuentan que hizo? —increpó Elayne.

—Eso sí lo hice —contestó Perrin—. Pero también la retiré por decisión propia.

—Vaya, eso ya es algo —espetó Elayne—. Puede que no os nombraseis rey, pero izar esa bandera fue lo mismo, esencialmente. Oh, sentaos todos.

Hizo un gesto con la mano, y una bandeja que había en una mesa apartada se alzó en el aire y flotó hasta donde se encontraba ella. En la bandeja había copas y una jarra de vino, así como una tetera y tazas.

«De modo que utilizando el Poder Único —pensó Faile—. Es un recordatorio de su fuerza.» Uno muy poco sutil, por cierto.

—Con todo, haré lo que sea mejor para mi reino, cueste lo que cueste —añadió Elayne.

—Dudo que desestabilizar Dos Ríos fuera lo mejor para vuestro reino —intervino Alliandre—. Ejecutar a su líder provocaría que estallara una rebelión en la comarca.

—En lo que a mí respecta, ya existe una rebelión —contestó Elayne mientras servía tazas de té.

—Hemos venido de forma pacífica —dijo Faile—. Algo que no harían unos rebeldes.

Elayne bebió un poco de té primero, como era costumbre, para demostrar que no

estaba envenenado.

—A mis enviados a Dos Ríos los echaron, y vuestra gente de allí me envió un mensaje, y cito textualmente: «Las tierras de lord Perrin Ojos Dorados rehusan pagar vuestros impuestos andoreños. *¡Tai'shar Manetheren!*”

Alliandre se puso pálida. Perrin soltó un quedo gemido que sonó un poco como un gruñido. Faile tomó su taza y bebió un poco de infusión; era de menta con camemoro y estaba buena. La gente de Dos Ríos tenía arrestos, de eso no cabía duda.

—Vivimos tiempos apasionados, majestad —dijo Faile—. Seguro que sois consciente de lo que le preocupa al pueblo, y Dos Ríos no ha sido muchas veces una prioridad para vuestro trono.

—Eso es quedarse corto —añadió Perrin con un resoplido—. La mayoría de nosotros crecimos sin saber que formábamos parte de Andor. Nos pasabais por alto.

—Eso era porque la comarca no se había alzado en rebelión. —Elayne dio otro sorbo de té.

—La rebelión no es la única causa por la que el pueblo necesita que le preste atención la soberana que lo tiene por su súbdito —argumentó Perrin—. No sé si estaréis enterada, pero el año pasado nos enfrentamos a trollocs con nuestros propios medios, sin tener ni pizca de ayuda por parte de la corona. Seguro que nos habríais ayudado si lo hubieseis sabido, pero el hecho de que cerca de allí no haya tropas, o al menos ninguna con capacidad para saber el peligro que corríamos, demuestra algo.

Elayne vaciló.

—Dos Ríos ha redescubierto su historia —abundó Faile con mucho tiento—. La comarca no podía quedarse estancada para siempre, sobre todo ante la inminencia del Tarmon Gai'don. Ni después de cobijar al Dragón Renacido durante su infancia. Una parte de mí se pregunta si Manetheren tenía que caer, si Dos Ríos debía surgir, para proporcionar un lugar en el que se criara Rand al'Thor. Entre granjeros descendientes de un linaje de reyes. Y con su misma obstinación.

—Lo cual hace más importante que frene cuanto antes lo que está pasando allí —replicó Elayne, que puso énfasis en la inmediatez de la acción—. Os ofrecí un favor para que pudieseis pedir perdón. Os perdono, y me encargaré de enviar tropas para que la gente de Dos Ríos esté protegida. Aceptad esto y todos podremos retomar la vida como debería ser.

—Eso no va a ser posible —contestó con suavidad Perrin—. Dos Ríos tendrá señores ahora. Me opuse durante un tiempo. Y vos podéis intentarlo también, pero eso no cambiará nada.

—Tal vez. Pero reconoceros a vos sería aceptar que un hombre puede reclamar, sin más, un título dentro de mi reino y después conservarlo con obstinación gracias a reunir un ejército. Eso sentaría un mal precedente, Perrin. Creo que no sois consciente de la difícil situación en la que me habéis puesto.

—Nos las arreglaremos —repuso Perrin en ese tono obstinado que utilizaba cuando no iba a dar su brazo a torcer—. No voy a renunciar.

—Esa actitud no es el mejor modo para persuadirme de que aceptaréis mi autoridad —espetó Elayne.

«Mal, muy mal», pensó Faile, que abrió la boca para intervenir de inmediato. Un enfrentamiento en ese momento no les haría ningún bien.

Sin embargo, antes de que tuviera ocasión de decir algo, otra voz se adelantó:

—Hija —habló Morgase en tono suave, y bebió té—, si tienes intención de bailar con un *ta'veren*, asegúrate antes de que te sabes los pasos. He viajado con este hombre y he visto que el mundo se plegaba a su alrededor; he visto enemigos implacables convertirse en sus aliados. Luchar contra el Entramado es como intentar mover una montaña con una cuchara.

Elayne vaciló, sin apartar los ojos de su madre.

—Por favor, perdona si me he excedido —continuó Morgase—. Pero, Elayne, prometí a estas dos personas que hablaría en su favor. Te adelanté que lo haría. Andor es fuerte, pero me temo que podría romperse contra este hombre. No quiere tu trono, lo prometo, y Dos Ríos necesita la supervisión de alguien. ¿Es que sería tan terrible dejar que tengan al hombre que ellos mismos han elegido?

Se hizo el silencio en la pequeña estancia. Elayne miró a Perrin para formarse un juicio sobre él, para tratar de medir sus fuerzas. Faile contuvo la respiración.

—De acuerdo —dijo por fin Elayne—. Es de suponer que habéis venido con peticiones. Oigámoslas para saber si podemos hacer algo al respecto.

—No os traemos peticiones, sino una oferta —dijo Faile.

Elayne enarcó una ceja.

—Vuestra madre tiene razón —continuó Faile—. Perrin no desea vuestro trono.

—Lo que los dos queráis puede ser irrelevante una vez que a vuestra gente se le meta una idea entre ceja y ceja.

—La gente quiere a mi esposo, majestad —afirmó Faile, que meneó la cabeza—. Lo respetan. Harán lo que les diga que hagan. Podemos reprimir las ideas sobre el resurgimiento de Manetheren, y lo haremos.

—¿Y por qué ibais a hacer tal cosa? Sé la rapidez con la que crece Dos Ríos con esos refugiados que llegan a través de las montañas. Con la llegada de la Última Batalla pueden surgir o caer naciones. No hay razón para que renunciéis a la oportunidad de crear vuestro propio reino.

—De hecho, tenemos una muy buena razón —la contradijo Faile—. Andor es una nación poderosa y próspera. Es posible que las ciudades de Dos Ríos estén creciendo con rapidez, pero sólo ahora la gente empieza a querer un señor. En el fondo, siguen siendo granjeros. No ansian la gloria; quieren que sus cosechas salgan adelante. —Faile hizo una breve pausa antes de proseguir—. Quizá tengáis razón, quizá se

produzca otro Desmembramiento, pero ésa es razón de más para tener aliados. Nadie desea una guerra civil en Andor, y menos la gente de Dos Ríos.

—¿Qué proponéis, pues? —preguntó Elayne.

—En realidad, nada que ya no exista —contestó Faile—. Dadle a Perrin un título oficial, hacedlo Gran Señor de Dos Ríos.

—¿Y a qué os referís con «Gran Señor»?

—Tendrá un rango superior a otras casas nobles de Andor, pero a las órdenes de la reina.

—Dudo mucho que a las otras casas les guste eso —opinó Elayne—. ¿Y qué pasa con los impuestos?

—Dos Ríos quedará exento —repuso Faile que, al ver que la expresión de Elayne se avinagraba, añadió con rapidez—: Majestad, el trono ha pasado por alto Dos Ríos durante generaciones, sin darles protección contra los bandidos, ni enviar trabajadores para mejorar las calzadas, ni proporcionándoles nada parecido a magistrados o mediadores.

—No lo necesitaban —manifestó Elayne—. Se gobernaban bien a sí mismos.

No dijo que la gente de Dos Ríos probablemente habría echado con cajas destempladas a recaudadores, magistrados o mediadores enviados por la reina, pero Faile vio que Elayne lo sabía.

—Bien, pues, no hace falta cambiar nada —dijo Faile—. Dos Ríos seguirá gobernándose.

—Podríais negociar con ellos transacciones comerciales libres de aranceles —intervino Alliandre.

—Algo que ya tenemos —contestó Elayne.

—Así que nada cambia —repitió Faile—. Excepto que ganáis una provincia poderosa en el oeste. Perrin, como vuestro aliado y vasallo, aceptará dirigir tropas en vuestra defensa. También llamará a las armas a sus monarcas vasallos con el mismo fin.

Elayne miró a Alliandre. Lo más probable era que, a través de Morgase, hubiese llegado a su conocimiento el juramento prestado por Alliandre, pero también querría oírlo por sí misma.

—Juré lealtad a lord Perrin —corroboró Alliandre—. Ghealdan llevaba mucho tiempo sin tener aliados fuertes y mi intención era cambiar esa situación.

—Majestad. —Faile se echó hacia adelante, con la taza en las manos—. Perrin pasó varias semanas con algunos oficiales seanchan. Han creado un gran pacto de naciones aliadas bajo una única bandera. Rand al'Thor, aunque podáis confiar en él como amigo, ha hecho lo mismo. Tear, Illian y, quizás ahora, Arad Doman, están bajo su gobierno. En la actualidad, las naciones se unen en vez de dividirse, y Andor parece empequeñecer de hora en hora.

—Esa es la razón de que yo hiciera lo que hice —recalcó Alliandre.

Más bien, según lo veía Faile, Alliandre había quedado atrapada en la influencia *ta'veren* de Perrin. No había habido mucha premeditación en lo ocurrido. Sin embargo, quizás Alliandre lo entendía de otro modo.

—Majestad —continuó Faile—, en nuestra propuesta hay muchas ventajas. A través de mi matrimonio con Perrin, adquirís un vínculo con Saldaea. A través de los juramentos de Alliandre, lo obtenéis con Ghealdan. Berelain también sigue a Perrin y a menudo ha mencionado su deseo de encontrar aliados fuertes para Mayene. Si habláramos con ella, imagino que accedería de buen grado a sellar una alianza con nosotros. Podríamos crear nuestro propio pacto. Cinco naciones, si contáis a Dos Ríos como una. Seis si subís al Trono del Sol, como dicen los rumores que haréis. No somos los países más poderosos, pero muchos son más fuertes que uno. Y estaríais a la cabeza de todos nosotros.

En el semblante de Elayne casi había desaparecido todo rastro de hostilidad.

—Saldaea. ¿Qué puesto ocupáis en la línea sucesoria?

—Segundo —admitió Faile, cosa que Elayne sabría ya, sin duda.

Perrin rebulló en la silla. Faile sabía que a su esposo aún le desasosegaba ese hecho; en fin, tendría que acostumbrarse a ello.

—Demasiado próxima al trono —comentó Elayne—. ¿Y si acabáis sentada en el solio de Saldaea? De ese modo, podría perder Dos Ríos en favor de otro reino.

—Eso es fácil de arreglar —intervino Alliandre—. Si Faile llegara a ocuparlo, entonces uno de los hijos que tenga con Perrin continuaría como Gran Señor de Dos Ríos, y el otro subiría al trono de Saldaea. Que quede acordado por escrito y estaréis protegida.

—Ese arreglo lo aceptaría —afirmó Elayne.

—Por mí no hay problema con hacerlo así —contestó Faile, que miró a Perrin.

—De acuerdo, supongo —dijo él.

—Me gustaría tener a uno de ellos —propuso Elayne, pensativa—. Uno de vuestros hijos, quiero decir. Para emparentarlo con la línea real andoreña. Si Dos Ríos lo va a gobernar un señor con tanto poder como le otorgaría este tratado, entonces me encantaría que hubiera lazos de sangre con el trono.

—Eso no puedo prometerlo —dijo Perrin—. Mis hijos tomarán sus propias decisiones.

—Así ocurre a veces entre la nobleza —manifestó Elayne—. Sería poco habitual, pero no insólito, que unos niños estuvieran prometidos desde el nacimiento.

—En Dos Ríos no se hará así —reiteró Perrin, obstinado—. Nunca.

—Podríamos ofrecer la intención de favorecer ese propósito, majestad —dijo Faile, que se encogió de hombros.

Elayne vaciló un momento, pero después asintió con la cabeza.

—Acepto el ofrecimiento. Pero a las otras casas no les va a gustar lo del «Gran Señor». Tendría que haber un modo de salvar este escollo...

—Entrega Dos Ríos al Dragón Renacido —propuso Morgase.

—Sí. —A Elayne le brillaron los ojos—. Eso funcionaría. Si le entrego la comarca a él como su sede en Andor...

Faile abrió la boca, pero Elayne se adelantó e impidió que hablara con un gesto de la mano.

—Esto no es negociable. Voy a tener que encontrar la forma de convencer al resto de las casas de que está justificado que entregue tanta autonomía a Dos Ríos. Si las tierras se otorgan al Dragón Renacido, dándole un título en Andor y haciendo de Dos Ríos su sede, entonces tendrá sentido que vuestra casa reciba un trato diferente.

»Las casas nobles de Andor lo aceptarán, ya que Dos Ríos es el lugar de origen de Rand, y Andor está en deuda con él. Haremos que designe al linaje de Perrin para la administración de la comarca. En lugar de capitular ante rebeldes dentro de mis fronteras, esta decisión se entenderá como que doy mi beneplácito al Dragón Renacido, el hombre a quien amo, para que ascienda de rango a su buen amigo. Eso también nos permitiría ganar terreno contra el pacto Illian-Tear que habéis mencionado, los cuales, de forma indefectible, reivindicarán que sus vínculos con Rand les dan derecho de conquista.

Elayne se quedó pensativa y empezó a dar golpecitos en la taza con los dedos.

—Eso parece razonable —dijo Perrin, que asintió con la cabeza—. Administrador de Dos Ríos. Me gusta cómo suena.

—Sí, bueno —dijo Faile—. Supongo que está acordado, entonces.

—Los impuestos —dijo Elayne, como si no hubiese oído nada—. Los pondréis en un depósito que administrará Perrin y su linaje con la condición de que, si el Dragón regresa alguna vez, podrá disponer de ellos. Sí. Eso nos da una excusa legal para vuestra exención de impuestos. Por supuesto, Perrin tendrá autoridad para utilizar sumas de esos fondos con el fin de mejorar Dos Ríos. Calzadas, almacenes de víveres, defensas...

Elayne miró a Faile y entonces sonrió. Dio un sorbo de té.

—Empiezo a pensar que era una buena idea no ejecutaros.

—Es un verdadero alivio —convino Alliandre con una sonrisa. Como la parte menos poderosa de la unión, ganaría mucho con esas alianzas.

—Majestad... —empezó Faile.

—Llámame Elayne —dijo mientras servía una copa de vino a Faile.

—Como gustes, Elayne. —Faile sonrió, dejó a un lado la infusión y después aceptó el vino—. Tengo que preguntarlo. ¿Sabes qué está pasando con el Dragón Renacido?

—Ese insensato, cabeza de chorlito —rezongó Elayne mientras meneaba la

cabeza—. Ese puñetero hombre ha conseguido sulfurar a Egwene.

—¿A Egwene? —preguntó Perrin.

—Sí, por fin es Amyrlin —contestó Elayne, como si tal cosa fuera algo inevitable.

Perrin asintió con un cabeceo, aunque Faile se quedó estupefacta. ¿Cómo había ocurrido eso y por qué a Perrin no le extrañaba?

—¿Adonde ha ido y qué ha hecho? —preguntó su esposo.

—Dice que va a romper los restantes sellos de la prisión del Oscuro —contestó Elayne, ceñuda—. Tendremos que impedírselo, por supuesto. Es un plan absurdo. Tú podrías ayudar en eso. Egwene está reuniendo una fuerza para persuadirlo.

—Creo que podría ser de ayuda, sí —dijo Perrin.

—¿Sabes dónde se encuentra ahora? —preguntó Faile.

Perrin tenía una idea bastante aproximada merced a sus visiones, pero ella quería descubrir lo que sabía Elayne.

—En qué lugar se halla ahora lo ignoro —contestó ésta—. Pero sé dónde va a estar...

Fortuona Athaem Devi Paendrag, dirigente del Glorioso Imperio Seanchan, entró en su aula de adiestramiento. Iba ataviada con un magnífico vestido de tela dorada, confeccionado al estilo de la más alta moda imperial. La falda se dividía por delante justo por encima de las rodillas y era tan larga que hacían falta cinco *da'covale* para llevar los lados y la cola.

Lucía un tocado muy vistoso de seda dorada y carmesí, con hermosas alas sedosas que imitaban las de un búho alzando el vuelo, y en los brazos brillaban trece brazaletes, cada uno con una combinación de gemas diferente. Colgado al cuello, un largo collar de reluciente cuarzo. Había oído un búho por encima de su ventana esa noche, y el ave no había huido cuando ella se había asomado. Era un augurio que indicaba que debía ser muy prudente, que en los próximos días habría de tomar decisiones importantes. La respuesta apropiada a tal auspicio era llevar joyas con un simbolismo poderoso.

Cuando entró en el aula, los que se encontraban dentro se postraron. Sólo la Guardia de la Muerte —hombres con armaduras de color rojo sangre y verde oscuro — estaba exenta; hicieron una reverencia, pero mantuvieron los ojos altos, atentos a cualquier atisbo de peligro.

En la gran aula no había ventanas. Al fondo se veían hileras de piezas de cerámica apiladas; un lugar donde las *damane* practicaban tejidos de destrucción. El suelo estaba cubierto de alfombrillas tejidas donde las *damane* contumaces caían al suelo retorciéndose de dolor. No era conveniente dañarlas físicamente; las *damane* se encontraban entre las herramientas más importantes que el imperio tenía, más

valiosas que los caballos o los *raken*. No se destruía a una bestia porque aprendiera despacio; se la castigaba hasta que aprendía.

Fortuona cruzó el aula hasta donde se había instalado un trono imperial apropiado. Por lo general acudía allí a fin de observar los procedimientos para hacer trabajar a las *damane* o para quebrantarlas. Eso la relajaba. El trono estaba sobre una pequeña plataforma; subió los escalones, seguida por el frufrú de la cola del vestido que sujetaban las *da'covale*. Se volvió de cara a los presentes y permitió que las criadas arreglaran el vestido. La tomaron por los brazos y la ayudaron a sentarse en el trono, de forma que los vuelos de la dorada falda se extendieran por la parte delantera de la plataforma como un tapiz.

Esa falda llevaba escritos con puntadas los lemas de poder imperial. «La emperatriz ES Seanchan.» «La emperatriz VIVIRA para siempre.» «A la emperatriz se le DEBE obediencia.» Sentada allí era como un estandarte viviente del poderío del imperio.

Selucia ocupó su posición en los escalones inferiores de la plataforma. Hecho esto, los cortesanos se incorporaron. Las *damane*, por supuesto, permanecieron de rodillas. Había diez y tenían la cabeza agachada; sus *sul'dam* sostenían las correas y —en unos pocos casos— les daban palmaditas afectuosas en la cabeza.

El rey Beslan entró. Se había afeitado casi toda la cabeza, dejando sólo una oscura franja de pelo en lo alto, y llevaba esmaltadas siete uñas de los dedos de las manos. Una más que cualquiera de la Sangre a este lado del océano, excepto la propia Fortuona. Todavía se vestía con ropas altarenesas —uniforme verde y blanco— en lugar de atavíos seanchan, pero Fortuona no lo había presionado en ese sentido.

Que ella supiera, Beslan no había hecho ningún plan para que la asesinaran desde su ascensión al trono. Asombroso. Cualquier seanchan habría empezado a intrigar de inmediato. Algunos habrían probado con el asesinato; otros habrían decidido limitarse a hacer planes, aunque sin dejar de darle su apoyo. No obstante, todos habrían considerado la idea de matarla.

Muchos a este lado del océano pensaban de forma distinta. Jamás lo habría creído de no ser por el tiempo que había pasado con Matrim. Obviamente, ésa era una de las razones por las que Fortuona había tenido que ir con él. Ojalá hubiese sabido interpretar los augurios antes.

A Beslan se le unieron el capitán general Lunal Galgan y unos cuantos miembros de la Sangre baja. Galgan era un tipo de hombros anchos, con una cresta de cabello blanco en lo alto de la cabeza. Los otros miembros de la Sangre le mostraban deferencia, pues sabían que gozaba de su favor. Si las cosas iban bien aquí y con la reclamación de Seanchan, tenía muchas probabilidades de que lo ascendiera a la familia imperial. Después de todo, haría falta cubrir de nuevo los rangos de la familia una vez que Fortuona regresara y restaurara el orden. Con toda seguridad, muchos

habrían caído asesinados o ejecutados. Galgan era un aliado muy valioso. No sólo se había opuesto sin tapujos a Suroth, sino que había sugerido el asalto a la Torre Blanca, una maniobra que había salido bien. Sumamente bien.

Melitene, la *der'sul'dam* de Fortuona, se adelantó e hizo otra reverencia. La corpulenta mujer, de cabello canoso, conducía a una *damane* de cabello castaño oscuro que tenía los ojos inyectados de sangre. Al parecer, lloraba con frecuencia.

Melitene tuvo la decencia de mostrarse avergonzada por lo del llanto e hizo una reverencia más. Fortuona eligió no darse por enterada del desagradable comportamiento de la *damane*. Ésta era una buena captura, a pesar de su mal humor.

Fortuona hizo una serie de gestos a Selucia, indicándole lo que tenía que decir. La mujer observó con ojos penetrantes; llevaba la mitad de la cabeza cubierta con tela, a la espera de que el cabello le creciera, mientras que la otra mitad la llevaba afeitada. Con el tiempo, Fortuona tendría que elegir otra Voz, ya que Selucia era ahora su Palabra de la Verdad.

—Muéstranos qué sabe hacer esta mujer —dijo Selucia, dando Voz a las palabras que Fortuona le había indicado.

Melitene dio unas palmaditas a la *damane* en la cabeza.

—Suffa mostrará a la emperatriz, así viva para siempre, el Poder de hender el aire.

—Por favor —dijo Suffa, mirando a Fortuona con gesto suplicante—. Por favor, escuchadme. Soy la Sede Amyrlin.

Melitene ahogó una exclamación, y los ojos de Suffa se desorbitaron al sentir la descarga de dolor a través del *a'dam*. Aun así, la *damane* continuó hablando:

—¡Puedo ofrecer una gran recompensa, poderosa emperatriz! Si me dejáis volver, os entregaré a diez mujeres a cambio. ¡A veinte! Las más poderosas que tenga la Torre. Yo...

Enmudeció de golpe y después cayó al suelo lanzando gemidos.

Melitene sudaba. Miró a Selucia y habló deprisa, con nerviosismo:

—Por favor, explicad a la emperatriz de todos, así viva para siempre, que bajo los ojos al haber perdido prestigio por no saber entrenar a esta *damane* de forma apropiada. Suffa es obstinada hasta la saciedad, a despecho de su rapidez para echarse a llorar y ofrecer a otras en su lugar.

Fortuona permaneció impasible un instante, dejando que Melitene sudara. Por fin, hizo unos signos para que Selucia contestara.

—La emperatriz no está disgustada contigo —dio Voz Selucia a las palabras de Fortuona—. Todas estas *marath'damane* que se llaman a sí mismas Aes Sedai han demostrado ser obstinadas.

—Por favor, expresad mi gratitud a la Altísima Señora —pidió Melitene, más relajada—. Si le place a La que Mira a lo Alto, conseguiré que Suffa lo haga, aunque

podría haber más arranques emocionales.

—Puedes proseguir —dio Voz Selucia.

Melitene se arrodilló junto a Suffa y, al principio, le habló con dureza, pero a continuación lo hizo con voz reconfortante. Era muy hábil en el trabajo con antiguas *marath'damane*. Ni que decir tiene que Fortuona también se consideraba buena con las *damane*. Disfrutaba quebrantando *marath'damane* tanto como su hermano Halvate había disfrutado entrenando *grolm* salvajes. Siempre creyó que era una lástima que lo asesinaran. Era el único hermano con el que se había encariñado.

Por fin, Suffa se incorporó sobre las rodillas, y Fortuona se echó hacia adelante, con curiosidad. Suffa inclinó la cabeza, y una línea de luz pura y brillante hendió el aire delante de ella. Esa línea giró hacia los lados a partir de un eje central y abrió un agujero justo enfrente del trono de Fortuona. Al otro lado susurraban árboles, y Fortuona contuvo el aliento al ver una rapaz de cabeza blanca que alzaba el vuelo y se alejaba como un rayo del portal. Un augurio de gran poder. Selucia, por lo general imperturbable, dio un respingo, aunque Fortuona no habría sabido decir si era a causa del portal o por el augurio.

Logró disimular la sorpresa. Así que era verdad. Viajar no era un mito ni un rumor. Era real. Esto cambiaba todo lo relacionado con la guerra.

Beslan se adelantó con aire vacilante y se inclinó ante ella. Fortuona les hizo una seña a Galgan y a él para que se acercaran hasta donde pudieran ver el claro del bosque a través de la abertura. Beslan se quedó mirando de hito en hito, boquiabierto.

Galgan enlazó las manos a la espalda. Era un tipo curioso. Se había reunido con asesinos en la ciudad y había preguntado lo que costaría que Fortuona muriera. Después, había hecho ejecutar a todos los hombres que le habían dado un precio. Una maniobra muy sutil pensada para demostrar que debería considerarlo una amenaza, ya que no le daba miedo mantener contacto con asesinos. Sin embargo, también era una clara señal de lealtad. Era como si le dijera: «Por ahora os sirvo, pero observo y soy ambicioso.»

En muchos sentidos, la cuidadosa maniobra del hombre le resultaba más reconfortante que la aparente lealtad a toda prueba de Beslan. En el primer caso, tenía ocasión de anticiparse. En el segundo... En fin, que aún no estaba segura de qué opinión le merecía. ¿Sería Matrim igual de leal? ¿Cómo sería tener un Príncipe de los Cuervos contra el que no tuviera que conspirar? Casi parecía una fantasía, como los cuentos que se relataba a los niños plebeyos para que soñaran con un matrimonio imposible.

—¡Esto es increíble! —manifestó Beslan—. Altísima Señora, con esta habilidad...

Su posición lo convertía en una de las pocas personas que podían dirigirse a ella de forma directa.

—La emperatriz desea saber —lo interrumpió Selucia dando Voz al lenguaje de

señas de Fortuona— si cualquiera de las *marath'damane* capturadas ha hablado del arma.

—Decidle a la insigne emperatriz, ojalá viva para siempre, que no —respondió Melitene en tono preocupado—. Y, si se me permite ser tan osada, creo que no mienten. Por lo visto esa explosión fuera de la ciudad fue un accidente aislado, el resultado de algún *ter'angreal* desconocido al que se dio un uso imprudente. Tal vez no hay ningún arma.

Cabía esa posibilidad, sí. Fortuona ya había empezado a dudar de la validez de esos rumores. La explosión había sucedido antes de que Fortuona hubiese llegado a Ebou Dar y los detalles eran confusos. Quizá todo aquello había sido un complot de Suroth o sus enemigos.

—Capitán general —dio Voz Selucia—, la Altísima Señora desea saber qué haríais con un Poder tal como es esta habilidad de Viajar.

—Eso depende —respondió Galgan, que se frotó el mentón—. ¿Qué alcance tiene? ¿De qué tamaño puede hacerse? ¿Podrían llevarlo a cabo todas las *damane*? Si le place a la Altísima Señora, hablaré con la *damane* y obtendré esas respuestas.

—A la emperatriz le place —dio Voz Selucia.

—Esto es preocupante —opinó Beslan—. Podrían atacar por detrás de nuestras líneas de batalla. Podrían abrir un portal como éste en los mismísimos aposentos de la emperatriz, así viva para siempre. Con esto... Todo lo que sabemos sobre el arte de la guerra cambiará.

Los miembros de la Guardia de la Muerte rebulleron, señal de un gran malestar. Sólo Furyk Karede no se movió. Si acaso, su expresión se tornó más dura. Fortuona sabía que el oficial no tardaría en sugerir una ubicación nueva y rotatoria para sus aposentos.

Fortuona reflexionó unos instantes sin apartar la vista de la hendidura en el aire. Esa hendidura en la mismísima realidad. Después, en contra de la tradición, se puso de pie en la plataforma. Por suerte, Beslan se encontraba allí, alguien a quien hablar de forma directa y, de ese modo, que los otros oyeran sus órdenes.

—Según los informes —anunció Fortuona—, quedan todavía cientos de *marath'damane* en el lugar llamado la Torre Blanca. Ellas son la clave para reconquistar Seanchan, la clave para conservar esta tierra, y la llave para preparar la Última Batalla. El Dragón Renacido servirá al Trono de Cristal.

»Se nos ha proporcionado una forma de preparar un asalto. Que se informe al capitán general que ha de reunir a sus mejores soldados. Quiero que se traiga de vuelta a la ciudad a todas y cada una de las *damane* que controlamos. Les enseñaremos este método del Viaje y entonces caeremos sobre la Torre Blanca con toda nuestra fuerza. Antes les propinamos sólo un pinchazo. Ahora les daremos a conocer el peso de nuestra espada. Todas las *marath'damane* deben ser atadas a la

correa.

De nuevo se sentó y el silencio se adueñó del aula. Era poco común que la emperatriz hiciera ese tipo de anuncios en persona, pero éstos eran unos tiempos para la osadía.

—No debéis permitir que esto se propague —le dijo Selucia, firme la voz.

Ahora hablaba en su papel de Palabra de la Verdad. Sí, habría que elegir a otra para ser la Voz de la emperatriz.

—Seríais una necia si permitís que el enemigo sepa con seguridad que disponemos ya de este Viaje —concluyó Selucia.

Fortuona respiró hondo. Sí, tenía razón. Se aseguraría de que todos los presentes en el aula mantuvieran el secreto. Pero una vez que hubieran ocupado la Torre Blanca, se hablaría en el mundo entero de su proclamación como emperatriz y se interpretarían los augurios de su victoria aparecidos en el cielo.

«Tendremos que atacar pronto», indicó Selucia con signos de los dedos.

«Sí. Nuestro ataque previo las habrá puesto en alerta», respondió de igual forma.

«Entonces, nuestro próximo movimiento habrá de ser decisivo —señaló Selucia —. ¡Imaginaos! Llevar a miles de soldados a la Torre Blanca a través de un cuarto oculto en los sótanos. ¡Atacar con la fuerza de un millar de martillos contra un millar de yunques!» Fortuona asintió con la cabeza.

La Torre Blanca estaba condenada.

—No creo que haya mucho más que decir, Perrin —concluyó Thom, y se repantingó en el sillón.

Thom fumaba en una pipa de boquilla larga y el humo del tabaco subía en espirales hacia el techo. Era una noche cálida y no había fuego encendido en la chimenea. Encima de la mesa, unas cuantas velas, un poco de pan, quesos y una jarra de cerveza.

Perrin dio una chupada a su pipa. En el cuarto sólo estaban Thom, Mat y él. Gaul y Grady esperaban fuera, en el salón de la taberna. Mat lo había maldecido por llevar a esos dos; un Aiel y un Asha'man llamaban mucho la atención. Pero Perrin se sentía más seguro con esos dos que con una compañía completa de soldados.

Había compartido su historia con Mat y Thom primero; habló de Malden, del Profeta, de Alliandre y de Galad. A continuación, ellos le habían contado sus experiencias. Perrin estaba impresionado de que a los tres les hubiesen ocurrido tantas cosas desde que se habrían separado.

—Así que emperatriz de los seanchan, ¿eh? —dijo Perrin con la mirada prendida en los culebreos del humo en lo alto del cuarto en penumbra.

—La Hija de las Nueve Lunas —lo rectificó Mat—. Es diferente.

—Y estás casado —añadió Perrin con una sonrisa—. Matrim Cauthon casado.

—No tendrías por qué haber compartido esa parte, ¿sabes? —le dijo Mat a Thom.

—Oh, te aseguro que sí.

—Para ser un juglar, te has dejado fuera la mayoría de los actos heroicos que he llevado a cabo —protestó Mat—. Menos mal que has mencionado el sombrero.

Perrin sonrió, satisfecho. No había sido consciente de lo mucho que había echado en falta sentarse con amigos para pasar un rato charlando. Al otro lado de la ventana colgaba un letrero de madera tallada por el que goteaba la lluvia. Representaba caras con sombreros raros y sonrisas exageradas. El Gentío Feliz. Sin duda habría una historia detrás de ese nombre.

Los tres se hallaban en un comedor reservado que había pagado Mat. Habían pasado tres de los grandes sillones de la chimenea de la posada. No se acoplaban bien en la mesa, pero eran cómodos. Mat se recostó en el respaldo y plantó los pies encima del tablero. Tomó un pedazo de queso de leche de oveja, mordió un trozo y después empezó a mecerse en el sillón.

—¿Sabes, Mat? —dijo Perrin—. Me parece que tu esposa esperará que te enseñen modales en la mesa.

—Oh, me han enseñado —repuso Mat—. Lo que pasa es que nunca aprendo.

—Me gustaría conocerla.

—Es una criatura interesante —comentó Thom.

—Interesante —repitió Mat—. Ajá. —Parecía melancólico—. En fin, ya has oído un montón de cosas sobre lo que nos ha ocurrido, Perrin. Esa puñetera Marrón nos trajo aquí y hace más de dos semanas que no le veo el pelo.

—¿Puedes enseñarme esa nota? —preguntó Perrin.

Mat se toqueteó varios bolsillos y después sacó un trozo pequeño de papel, doblado y sellado con cera roja. Lo echó en la mesa. Las esquinas estaban dobladas y el papel, mugriento, pero no se había abierto. Matrim Cauthon era un hombre de palabra, al menos cuando uno conseguía arrancarle una promesa.

Perrin levantó la nota. Tenía un tenue olor a perfume. Le dio la vuelta y después la arrimó a una vela.

—Eso no funciona —dijo Mat.

—Entonces, ¿qué crees tú que dice?

—Ni idea. Jodida Aes Sedai loca. Quiero decir que todas son raras, pero es que Verin está mal de la azotea. Imagino que no habrás tenido noticias de ella, ¿verdad?

—No.

—Espero que se encuentre bien —dijo Mat—. Parecía preocuparle que pudiera ocurrirle algo. —Tomó la nota y dio golpecitos en la mesa con ella.

—¿Vas a abrirla?

Mat negó con la cabeza.

—La abriré cuando regrese. He...

Sonó una llamada en la puerta y después se abrió una rendija por la que asomó el posadero, un hombre joven llamado Denezel. Era alto, de rostro descarnado y llevaba la cabeza afeitada. Al hombre sólo le faltaba ser un Juramentado del Dragón, por lo que Perrin había visto; llegaba incluso a tener colgado en el salón de la posada un retrato de Rand hecho por encargo. El parecido era notable.

—Mis disculpas, maese Quermes —dijo Denezel—, pero el hombre de maese Dorado insiste en hablar con él.

—Está bien —dijo Perrin.

Grady asomó el curtido rostro por la puerta, y Denezel se retiró.

—Eh, Grady —saludó Mat, que agitó la mano—. ¿Has hecho volar por los aires a alguien interesante últimamente?

El Asha'man de piel atezada frunció la frente y miró a Perrin.

—Milord, lady Faile me pidió que os avisara cuando fuera medianoche.

Mat soltó un fuerte silbido.

—Vaya, por esto es por lo que dejé a mi esposa en otro reino —dijo.

El gesto ceñudo del Asha'man se acentuó.

—Gracias, Grady —dijo Perrin con un suspiro—. No me había dado cuenta de la hora que era. Nos iremos enseguida.

El hombre asintió con la cabeza y se marchó.

—Maldita sea —rezongó Mat—. ¿Es que ese tipo no sabe sonreír? El puñetero cielo ya es bastante deprimente por sí solo para que gente como él intente imitarlo.

—Bueno, hijo, lo que pasa es que algunos no le ven la gracia al mundo de un tiempo a esta parte —comentó Thom.

—Tonterías. Tiene gracia a raudales. Todo el jodido mundo se ha divertido a modo conmigo en los últimos tiempos. Toma nota de lo que te digo, Perrin. Con esos dibujos nuestros rodando por ahí, tienes que ir con mucho cuidado. Sin llamar la atención.

—No sé cómo —repuso Perrin—. Tengo un ejército que dirigir y gente de la que ocuparme.

—Me parece que no te tomas en serio la advertencia de Verin, muchacho —manifestó Thom, que meneó la cabeza—. ¿Alguna vez habéis oído hablar de un pueblo llamado los banath?

—No —contestó Perrin, que miró a Mat.

—Eran unos salvajes que deambulaban por lo que ahora llamamos el llano de Almoth —dijo Thom—. Conozco un par de buenas canciones sobre ellos. Veréis, eran varias tribus y siempre pintaban de rojo la piel de su jefe para que destacara.

—Menudos idiotas —masculló Mat, que mordió otro trozo de queso— ¿Pintar de rojo al jefe? ¡Eso lo convertiría en un blanco para todos los soldados que hubiera en el campo de batalla!

—De eso se trataba —aclaró Thom—. Era un desafío, ¿comprendéis? ¿De qué otro modo, si no, lo habrían identificado sus enemigos para así poner a prueba su pericia luchando contra él?

—Yo habría pintado de rojo a unos cuantos soldados como señuelo para apartar de mí su atención —comentó Mat tras soltar un resoplido desdeñoso—. Entonces haría que mis arqueros emplumaran con flechas a su jefe mientras todos intentaban dar caza a los tipos que creían que dirigían mi ejército.

—De hecho —añadió Thom, tras dar un trago de cerveza—, eso fue exactamente lo que Guillem Carta de Sangre hizo durante su primera y última batalla contra ellos. *El Cantar de los Cien Días*. Brillante maniobra. Me sorprende que no hayáis oído ese canto épico... El significado es poco claro, y la batalla tuvo lugar hace tanto tiempo que la mayor parte de los libros de historia ni siquiera la mencionan.

Por alguna razón, el comentario hizo que Mat oliera a nerviosismo.

—¿Quieres decir que nos estamos convirtiendo en blancos? —preguntó Perrin.

—Lo que digo es que a vosotros, chicos, cada vez os cuesta más trabajo pasar inadvertidos. Dondequiera que vayáis, los estandartes proclamaban vuestra llegada. La gente habla de vosotros. Casi estoy convencido de que si habéis sobrevivido tanto tiempo es sólo porque los Renegados no sabían dónde dar con vosotros.

Perrin asintió con la cabeza al recordar la trampa en la que habían estado a punto de caer su ejército y él. Era de esperar que con la noche llegaran asesinos.

—Bien, pues, ¿qué debería hacer? —preguntó.

—Mat ha estado durmiendo en una tienda distinta cada noche —repuso Thom—. A veces, incluso en la ciudad. Tú deberías intentar algo parecido. Grady sabe abrir accesos, ¿verdad? ¿Por qué no le pides que prepare uno en el centro de tu tienda cada noche? Escabúllete por él y duerme en cualquier otro sitio, y después vuelves por la mañana del mismo modo. Todos pensarán que duermes en la tienda. Si atacan asesinos, no te encontrarán allí.

Pensativo, Perrin asintió con un lento cabeceo.

—Mejor aún —dijo—, podría dejar cinco o seis Aiel dentro, en alerta y a la espera.

—Perrin, eso es muy, pero que muy artero —comentó Mat con una sonrisa—. Has cambiado para mejor, amigo mío.

—Viniendo de ti, procuraré aceptar eso como un cumplido. —Hizo una pausa antes de añadir—: No será fácil.

Thom soltó una risita divertida.

—Pero Mat tiene razón. Has cambiado. ¿Qué ha sido del muchacho inseguro, de conversación sosegada, al que ayudé a escapar de Dos Ríos?

—Que pasó por el fuego de la fragua —respondió con suavidad.

Thom asintió con la cabeza, pillando su comentario, al parecer.

—¿Y tú, Mat? —preguntó Perrin—. ¿Puedo ayudarte de alguna forma? ¿Tal vez facilitarte el Viaje entre tiendas?

—No, no. No me pasará nada.

—¿Cómo piensas protegerte?

—Con ingenio y sentido común.

—Ah, bien. ¿Planeas encontrarlos, entonces? Pues, ya iba siendo hora.

Mat resopló al oír el comentario socarrón de su amigo.

—¿Qué le pasa a todo el mundo últimamente que duda de mi buen juicio y mi ingenio? —preguntó—. Estaré bien, creedme. Recordadme que os hable de la noche en que comprendí por primera vez que podía ganar en cualquier juego de dados que quisiera. Es una buena historia. Tiene que ver con caerse de puentes. O de un puente, al menos.

—Podrías contárnosla ahora —sugirió Perrin.

—No es un buen momento para eso. En fin, no tiene importancia. Verás, es que me marcho dentro de poco.

El efluvio de Thom delató que estaba excitado.

—Perrin, nos proporcionarás un acceso, ¿verdad? —preguntó Mat—. Detesto dejar a la Compañía. Los chicos estarán desconsolados sin mí, pero al menos tendrán esos dragones con los que hacer volar cosas.

—Pero ¿adonde vais? —quiso saber Perrin.

—Supongo que debería explicártelo. Ésa era la razón de reunirnos contigo, aparte de las charlas amistosas y todo lo demás. —Mat se echó hacia adelante—. Perrin, Moraine está viva.

—¡¿Qué?!

—Es cierto —insistió Mat—. O, al menos, creemos que lo es. Escribió una carta a Thom en la que afirmaba que había sabido por anticipado que lucharía con Lanfear y que... Bueno, sea como sea, está esa torre al oeste de aquí, en el río Arinelle. Es de metal y no...

—La Torre de Ghenjei. Sí, la conozco —dijo con suavidad Perrin.

—¿De veras? —Mat parpadeó, desconcertado—. Así me abrase. ¿Cuando te has convertido en un erudito?

—He oído hablar de ella, nada más. Mat, ese sitio es muy peligroso.

—Sí, bueno, pues Moraine está dentro. Capturada. Me propongo rescatarla. Tengo que vencer a las serpientes y los zorros, esos jodidos tramposos...

—¿Serpientes y zorros? —repitió Perrin.

Thom asintió con la cabeza antes de explicar:

—El juego de niños se llama así por esos seres que viven en la torre. O eso creemos.

—Yo los he visto —afirmó Mat—. Y... En fin, no hay tiempo ahora para hablar de

ello.

—Si vais a rescatarla, tal vez podría acompañaros yo —se ofreció Perrin—. O, al menos, enviar a uno de los Asha'man.

—Acepto con mucho gusto lo del acceso, pero no puedes venir, Perrin. Moraine lo explica en su carta —aclaró Mat—. Sólo pueden ir tres y ya sé quiénes han de ser. —Vaciló un instante—. Olver me va a matar por no llevarlo, ¿sabes?

—Mat, lo que dices no tiene sentido. —Perrin meneó la cabeza.

—En ese caso, te contaré toda la historia —suspiró Mat, que echó una ojeada a la jarra de cerveza—. Vamos a necesitar más de eso y más vale que le adviertas a Grady que aún tardarás un rato...

CAPÍTULO 48

Cerca de Avendesora

Aviendha dio un último paso y se encontró fuera del bosque de columnas de cristal. Hizo una profunda inhalación y después miró hacia atrás, al camino que había tomado.

La plaza central de Rhuidean era un lugar impresionante. Suaves baldosas blancas cubrían toda la explanada a excepción del centro exacto. Allí se erguía un árbol enorme cuyas ramas se extendían como brazos alzados hacia el sol para abrazarlo. El inmenso ejemplar poseía una perfección que Aviendha era incapaz de explicar. Tenía una simetría natural, sin que faltara ninguna rama, sin huecos en la frondosa copa. Sobre todo la impresionaba porque la última vez que lo había visto estaba quemado y ennegrecido.

En un mundo donde otras plantas morían sin explicación, este árbol se había sanado y había reverdecido más deprisa de lo que sería posible. Se oía el relajante susurro de las hojas mecidas por el viento, y las nudosas raíces asomaban a través de la tierra como los añosos dedos de un respetado y sabio anciano. Ver el árbol le despertó el deseo de sentarse y disfrutar de aquel instante de paz, sin más.

Sentía como si ese ejemplar fuese el modelo ideal de evolución de todos los demás árboles. En la leyenda se lo llamaba *Avendesora*. El Árbol de la Vida.

A un lado se alzaban las columnas de cristal. Había docenas —puede que centenares— y formaban círculos concéntricos. Estilizadas, se elevaban muy alto hacia el cielo. Lo que *Avendesora* tenía de puramente natural —incluso de summum de lo natural—, lo tenían de antinatural esas columnas. Eran tan finas y tan altas que, por lógica, cualquier golpe de viento tendría que echarlas abajo. No es que fueran aberrantes, sino artificiales, sin más.

Cuando había entrado en la plaza por primera vez días atrás, había visto *gai'shain* vestidos de blanco que recogían con cuidado las hojas caídas y las ramitas. Se habían retirado nada más verla. ¿Sería ella la primera que pasaba a través de las columnas de cristal desde la transformación de Rhuidean? Su propio clan no había mandado a nadie, y estaba segura de que se habría enterado si los otros lo hubieran hecho.

Lo cual sólo dejaba a los Shaido, pero ellos habían rechazado las revelaciones de Rand sobre el pasado de los Aiel. Aviendha sospechaba que si cualquier Shaido hubiese entrado, no habría podido soportar lo que allí se mostraba. Habría llegado al centro de las columnas de cristal para no regresar jamás.

A ella no le había pasado eso. Había sobrevivido. De hecho, todo lo que había visto no la había sorprendido, porque lo esperaba y casi había sido decepcionante.

Suspiró y se dirigió hacia el tronco de *Avendesora* para después alzar la vista hacia el entramado de ramas.

Tiempo atrás, esa plaza se encontraba atestada de *ter'angreal*, allí era donde Rand descubrió las llaves de acceso que había utilizado para limpiar el *Saidin*. La abundancia de *ter'angreal* ya era historia; Moraine había reclamado muchos objetos para la Torre Blanca, y los Aiel que vivían allí debían de haberse llevado el resto. Sólo quedaban tres cosas: el árbol, las columnas y los tres aros por los que las mujeres pasaban en su primera visita allí, el viaje que las convertía en aprendizas de Sabia.

Recordaba cosas de su paso por aquellos aros que le habían mostrado su vida; sus muchas vidas posibles. En realidad, sólo guardaba en la memoria fragmentos y partes. Y su certeza de que querría a Rand, de que tendría hermanas conyugales. Incluido en ese conocimiento estaba la impresión de que regresaría allí, a Rhuidean. Lo había sabido, aunque el simple hecho de entrar en esa plaza había reavivado algunos de esos recuerdos en su mente.

Se sentó con las piernas cruzadas entre dos de las inmensas raíces del árbol. La suave brisa era relajante, el aire seco y familiar; el olor polvoriento de la Tierra de los Tres Pliegues le recordaba su infancia.

El viaje a través de las columnas había sido envolvente, desde luego. Había esperado ver los orígenes de los Aiel y, quizá, el día en que los Aiel como pueblo, decidieron empuñar las lanzas y luchar. Había esperado una noble decisión en la que el honor superaba el estilo de vida inferior dictado por la Filosofía de la Hoja.

Se había sorprendido al ver lo trivial —casi fortuito— que había sido el verdadero incidente. Nada de decisiones grandiosas; sólo un hombre que no estaba dispuesto a dejar que asesinaran a su familia. Había honor en querer defender a otros, pero no había abordado esa decisión con honor.

Apoyó la cabeza en el tronco del árbol. Los Aiel merecían el castigo en la Tierra de los Tres Pliegues y tenían *toh* —como pueblo— con las Aes Sedai. Había visto todo lo que esperaba ver, pero muchas de las cosas que había esperado descubrir no habían aparecido. Los Aiel seguirían visitando ese lugar durante siglos, igual que lo habían hecho durante siglos. Y todos ellos descubrirían algo que ahora era de dominio público.

Eso la desazonaba muchísimo.

Miró hacia arriba para ver oscilar las ramas con la brisa; varias hojas se desprendieron y cayeron hacia ella arrastradas por el viento. Una le rozó la cara antes de posarse en el chal.

Pasar entre las columnas de cristal ya no era un desafío. En su origen, ese *ter'angreal* servía para someterse a una prueba. ¿Sería capaz un posible jefe de afrontar y aceptar el secreto más siniestro de los Aiel? Como Doncella, Aviendha se

había sometido a una prueba física de resistencia y fortaleza. Convertirse en Sabia probaba a una mujer emocional y mentalmente. Rhuidean era la culminación de ese proceso, la prueba última de la resistencia mental de una persona. Pero había dejado de serlo.

Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que respetar la tradición sólo porque sí era una estupidez. Las buenas tradiciones —las fuertes tradiciones Aiel— enseñaban la disciplina del *ji'e'toh*, los métodos de supervivencia.

Aviendha suspiró y se puso de pie. El bosque de columnas le recordaba los chorrillos de agua congelada que había visto durante el invierno en las tierras húmedas. Carámbanos, había dicho Elayne que se llamaban. Estas emergían del suelo y apuntaban al cielo, objetos de belleza y Poder. Era triste ser testigo de su declive a la irrelevancia.

Se le ocurrió una idea. Antes de partir de Caemlyn, Elayne y ella habían hecho un descubrimiento asombroso. Aviendha había manifestado un Talento en el Poder Único: la capacidad de identificar *ter'angreal*. ¿Sabría determinar con exactitud lo que hacían las columnas de cristal? Era imposible que se hubiesen creado de forma específica para los Aiel, ¿verdad? Casi todos los objetos de gran Poder como éste provenían de tiempos remotos. Las columnas se habrían creado durante la Era de Leyenda y posteriormente se habrían adaptado al propósito de mostrar a los Aiel su verdadero pasado.

Había tantas cosas que ignoraban de los *ter'angreal*... ¿Los antiguos Aes Sedai los entendían de verdad, del mismo modo que ella entendía con exactitud cómo funcionaba un arco o una lanza? ¿O las cosas que creaban los dejaban perplejos incluso a ellos? El Poder Único era tan extraordinario, tan misterioso, que incluso ejecutar tejidos conocidos hacía que se sintiera como una niña.

Se acercó a la columna de cristal más próxima con cuidado de no pasar dentro del círculo. Si tocaba una de las varillas quizá su Talento le permitiría interpretar algo sobre ellas. Era peligroso experimentar con *ter'angreal*, pero ya había superado su desafío y estaba ilesa.

Alargó la mano con incertidumbre y rozó con los dedos la superficie resbaladiza, cristalina. Tenía más o menos un pie de grosor. Cerró los ojos e intentó descifrar la función de las columnas.

Percibió el poderoso halo del cristal. Era mucho más fuerte que el de cualquiera de los *ter'angreal* que habían manipulado Elayne y ella. De hecho, daba la impresión de que las columnas estuvieran... vivas de algún modo. Era casi como si percibiera una conciencia en ellas.

La sacudió un escalofrío. ¿Era ella la que tocaba la columna o la columna la tocaba a ella?

Trató de interpretar el *ter'angreal* como había hecho con otros, pero éste era

vasto. Inconcebible, como el propio Poder Único. Inhaló con brusquedad, desorientada por el «peso» de lo que sentía. Era como si de repente hubiese caído en un foso profundo, oscuro.

Abrió los ojos de golpe y retiró la mano, que le temblaba. Esto estaba más allá de sus posibilidades. Era un insecto que intentaba calcular el tamaño y la masa de una montaña. Respiró hondo para tranquilizarse y después meneó la cabeza. Allí ya no quedaba nada más que ella pudiera hacer.

Se apartó de las columnas de cristal y dio un paso...

Era Malidra y tenía dieciocho años, pero estaba tan flaca que parecía una chica mucho más joven. Avanzó en la oscuridad. Con cuidado. Sin hacer ruido. Era peligroso acercarse tanto a los Hacedores de Luz. El hambre la azuzó para que avanzara un poco más. Siempre la aguijoneaba.

Hacía frío esa noche y se encontraba en un paraje desértico. Malidra había oído contar historias sobre un sitio que había más allá de las lejanas montañas, un lugar donde la tierra era verde y la comida crecía por doquier. Ella no creía esas mentiras. Las montañas eran meras líneas en el cielo, dientes irregulares. ¿Quién iba a escalar algo tan alto?

A lo mejor los Hacedores de Luz podían. Venían de esa dirección, por lo general. Su campamento se hallaba un poco más adelante, reluciendo en la oscuridad. Ese fulgor era demasiado regular para tratarse de fuego.

Provenía de las esferas que llevaban consigo. Avanzó poco a poco, agazapada, con los pies descalzos y las manos manchados de polvo. Había unos cuantos hombres y mujeres del Pueblo con ella; tenían las caras mugrientas, el cabello grasiento, y los hombres llevaban la barba enmarañada.

Las ropas eran una mezcolanza de pantalones andrajosos y prendas que quizás habían sido camisas en algún momento. Cualquier cosa era buena para protegerse del sol durante el día, porque el sol podía matar. Y lo hacía. Malidra era la última de cuatro hermanas, dos muertas por el sol y el hambre, y otra por la picadura de una serpiente.

Pero Malidra sobrevivía; angustiada, pero sobrevivía. El mejor modo de conseguirlo era seguir a los Hacedores de Luz. Era peligroso, pero su cerebro rara vez percibía ya el peligro. Eso era lo que pasaba cuando prácticamente todo en derredor podía acabar con uno.

Malidra pasó junto a un arbusto y observó a los guardias de los Hacedores de Luz, dos centinelas que sostenían las largas armas con aspecto de varas. Malidra había encontrado una de esas armas una vez, en un hombre muerto, pero no había conseguido que el arma hiciera nada. Los Hacedores de Luz tenían magia, la misma que creaba su comida y su luz. La magia que los mantenía calientes en el crudo frío

de la noche.

Los dos hombres vestían ropas raras. Pantalones que se ajustaban demasiado bien, chaquetas repletas de bolsillos y con brillantes trocitos de metal. Los dos llevaban sombrero, aunque uno lo tenía colgando a la espalda, sujeto al cuello con una fina tira de cuero. Los hombres charlaban. No llevaban barba, como los hombres del Pueblo. Y el color del pelo era más oscuro.

Uno de los otros miembros del Pueblo —una mujer— se acercó demasiado y Malidra le chistó. La mujer le respondió asestándole una mirada colérica, pero se apartó. Malidra se quedó al borde del círculo luminoso. Los Hacedores de Luz no la verían allí. Tenían unos extraños globos oculares que relucían y echaban a perder su visión nocturna.

Rodeó la enorme carreta. No había caballos. Sólo la carreta, que era lo bastante grande para albergar a doce personas. Se movía de forma mágica durante las horas diurnas, desplazándose sobre ruedas que eran casi igual de altas que Malidra. Había oído contar —en el lenguaje quedo, titubeante del Pueblo— que en el este los Hacedores de Luz estaban haciendo un enorme camino que pasaría directamente a través del Yermo. Lo hacían colocando extrañas piezas de metal. Eran demasiado grandes para levantarlas haciendo palanca, aunque Jorshem le había enseñado un clavo grande que había encontrado. Lo utilizaba para rebañar la carne de los huesos.

Hacía bastante tiempo que no comía bien; desde que se las habían arreglado para matar a aquel mercader mientras dormía, hacía dos años. Aun recordaba ese festín, hurgando en sus provisiones, comiendo hasta que el estómago le dolió. Qué sensación tan extraña. Maravillosa y dolorosa.

La mayoría de los Hacedores de Luz tenían demasiado cuidado para que ella tuviera posibilidad de matarlos mientras dormían. Y no osaba hacerles frente cuando estaban despiertos. Tenían capacidad para hacer que alguien como ella desapareciera con una mirada.

Nerviosa, seguida por un par de miembros del Pueblo, acabó de rodear la carreta y se acercó a la parte trasera. Como era de esperar, los Hacedores de Luz habían tirado allí algunas sobras de su comida. Se deslizó con rapidez y empezó a remover los desechos. Había algunos recortes de carne, tiras de grasa. Se apoderó de ellos con ansiedad —apretándolos contra sí antes de que los otros los vieran— y se los metió en la boca en un puñado. Notó arena entre los dientes, pero la carne era comida. Con precipitación, revolvió un poco más en los desperdicios.

Una luz intensa brilló encima de ella. Se quedó petrificada, con la mano a mitad de camino de la boca. Los otros dos miembros del Pueblo chillaron y se alejaron a la carrera. Intentó hacer lo mismo, pero tropezó. Sonó una especie de silbido —el sonido de una de las armas de los Hacedores de Luz— y algo la golpeó en la espalda. Era como si le hubiesen dado con una piedra pequeña.

Se desplomó al sentir un repentino e intenso dolor. La luz se apagó un poco; parpadeó para enfocar los ojos aun cuando sentía que la vida se le escapaba y se le derramaba por encima de las manos.

—Te lo dije —habló una voz.

Dos sombras se movieron delante de la luz. ¡Tenía que correr! Intentó levantarse, pero lo único que consiguió fue agitarse con debilidad.

—Pero qué puñetas, Flern —rezongó una segunda voz. Una silueta se arrodilló a su lado—. Pobre. Casi es una niña. No iba hacer daño a nadie.

—¿Que no? —resopló con desdén el tal Flern—. He visto a estos seres intentar degollar a un hombre dormido. Sólo por los desperdicios. Jodidas alimañas.

La otra sombra la miró y ella atisbo un rostro severo. Ojos rutilantes. Como estrellas. El hombre suspiró y se puso de pie.

—La próxima vez enterramos la basura —dijo.

Regresó hacia la luz. El segundo hombre, Flern, se quedó observándola. ¿Era eso su sangre? Pringándole las manos, cálida, como agua que ha estado al sol mucho tiempo.

La muerte no la sorprendió. En cierto modo, la había estado esperando a lo largo de la casi totalidad de sus dieciocho años.

—Jodidos Aiel —oyó decir a Flern mientras la vista se le apagaba.

Aviendha pisó las losas de la plaza de Rhuidean y parpadeó, conmocionada. El sol había cambiado allá en lo alto. Habían transcurrido horas.

¿Qué había ocurrido? La experiencia había sido tan real, como las visiones de los primeros tiempos de su pueblo. Pero no le encontraba sentido. ¿Acaso había retrocedido aún más en la historia? Eso parecía la Era de Leyenda. Las extrañas máquinas, las ropas, las armas... Pero aquello era el Yermo.

Recordaba con claridad ser Malidra. Recordaba años de hambre, de rebuscar en la basura, de odio —y de miedo— por los Hacedores de Luz. Recordaba su muerte. El terror, atrapada y sangrando. Esa sangre cálida en las manos...

Se llevó una a la frente, mareada, perturbada. No por la muerte. Todo el mundo despertaba del sueño y, aunque no le daba la bienvenida, tampoco la temía. No, lo espantoso de la visión había sido la absoluta falta de honor que había presenciado. ¿Matar hombres de noche por su comida? ¿Rebuscar carne medio masticada y llena de arena en la basura? ¿Vestida con harapos? ¡Más que persona había sido un animal!

Mejor morir. Imposible que los Aiel procedieran de unas raíces así, largo tiempo atrás. Los Aiel en la Era de Leyenda habían sido sirvientes pacíficos, respetados. ¿Cómo iban a empezar como un pueblo que rebuscaba en la basura, como carroñeros?

Tal vez sólo era un grupo pequeño de Aiel. O tal vez el hombre se había equivocado. Era difícil sacar conclusiones de una única visión. ¿Por qué se le había

mostrado?

Dio un paso vacilante que la apartó de las columnas de cristal y no ocurrió nada. No más visiones. Desasosegada, echó a andar hacia la plaza.

Entonces aflojó el paso.

Titubeante, dio media vuelta. Silenciosas, solitarias, las columnas se alzaban bajo la luz menguante del ocaso, dando la impresión de zumbar con una energía oculta, desconocida.

¿Habría algo más?

La experiencia vivida parecía tan desconectada de las que había visto con anterioridad... Si pasaba de nuevo a través de las columnas, ¿se repetiría lo que había visto antes? O tal vez... ¿Habría cambiado algo con su Talento?

En los siglos transcurridos desde la fundación de Rhuidean, esas columnas habían mostrado a los Aiel lo que tenían que saber sobre sí mismos. Las Aes Sedai lo habían establecido así, ¿verdad? ¿O se habían limitado a colocar el *ter'angreal* y dejar que hiciera lo que quisiera, sabiendo que otorgaría conocimiento?

Aviendha oyó susurrar las hojas del árbol. Esas columnas eran un desafío, tan cierto como un guerrero enemigo empuñando sus lanzas. Si volvía a pasar entre ellas cabía la posibilidad de que no volviera a salir nunca; nadie atravesaba ese *ter'angreal* una segunda vez. Estaba prohibido. Un viaje a través de los aros y uno a través de las columnas.

Pero ella había ido allí en busca de conocimiento. Y no se marcharía sin obtenerlo. Giró sobre sus talones y —tras hacer una profunda inhalación— se acercó a las columnas.

Después, dio un paso adelante.

Se llamaba Norlesh y sostenía a su hijo pequeño contra el pecho. Un viento seco le sacudía el chal. Su bebé, Garlvan, se puso a lloriquear, pero ella lo calmó mientras su esposo hablaba con los forasteros.

Había un pueblo de esa gente a corta distancia, unas chozas construidas contra las estribaciones de las montañas. Vestían ropas teñidas, pantalones de corte raro y camisas abotonadas. Habían ido allí en busca del mineral. ¿Cómo podían ser tan valiosas unas piedras para que vivieran a este lado de las montañas, lejos de su legendaria tierra de agua y comida? ¿Lejos de sus edificios, donde la luz brillaba sin velas, y de sus carretas que se movían sin caballos?

El chal le resbaló de los hombros y ella se lo colocó bien. Necesitaba uno nuevo; estaba harapiento y ya no le quedaba más hilo para zurcirlo o ponerle remiendos. Garlvan lloriqueaba en sus brazos y su hija Meise —aparte del bebé, la única que sobrevivía—, se aferraba a su falda. Hacía meses que Meise no hablaba; no lo hacía desde que su hermano mayor había muerto de frío.

—Por favor —dijo su esposo, Metalan, a los forasteros.

Eran tres, dos hombres y una mujer, todos vestidos con pantalón. Gente de rasgos recios, no como los otros extranjeros de delicadas facciones y sedas demasiado elegantes, que a veces se hacían llamar los Iluminados. Estos tres eran más corrientes.

—Por favor, mi familia... —repitió Metalan.

Era un buen hombre. O lo había sido antaño, cuando estaba fuerte y en forma. Ahora parecía un reflejo grotesco de sí mismo, con las mejillas hundidas. Los azules ojos —otrora animados, vivos— miraban con aire ausente gran parte del tiempo. Tenía el gesto atormentado. Esa expresión se debía a ver morir a tres de sus hijos en un período de dieciocho meses. Aunque Metalan le sacaba la cabeza a cualquiera de los forasteros, parecía arrastrarse ante ellos.

El forastero que mandaba —un hombre de barba espesa y ojos grandes y sinceros — meneó la cabeza. Le devolvió a Metalan el saco lleno de piedras.

—La Emperatriz del Cuervo, así respire siempre, lo prohibe. Nada de tratos con los Aiel. Podrían quitarnos la carta de privilegio por hablar con vosotros.

—No tenemos comida —dijo Metalan—. Mis hijos están hambrientos. Estas piedras contienen metal. Sé de qué tipo buscáis. He pasado semanas recogiéndolas. Dadnos un poco de comida. Algo. Por favor.

—Lo siento, amigo —dijo el jefe de los forasteros—. No merece la pena buscarse problemas con los Cuervos. Sigue tu camino. No queremos que haya un incidente.

Varios forasteros se acercaban por detrás; uno llevaba un hacha y otros dos, varas silbantes.

Su esposo se desmoronó. Días de viaje y semanas de buscar las piedras. Para nada. Se dio la vuelta y se dirigió hacia ella. En lontananza, el sol empezaba a meterse. Cuando Metalan llegó donde esperaban, Meise y ella se pusieron a su lado y se alejaron del campamento de los forasteros.

Meise se puso a gimotear, pero ninguno de los dos tenía fuerza ni voluntad de llevarla a cuestas. Alrededor de una hora de camino del campamento de los forasteros, su esposo encontró un hueco en un saliente rocoso. Se acomodaron en la oquedad, sin encender fuego. No había nada que quemar.

Norlesh tenía ganas de llorar, pero... Sentir algo parecía más difícil cada día.

—Qué hambre tengo —susurró.

—Atraparé algo por la mañana —dijo su esposo, que contemplaba las estrellas.

—No hemos cazado nada hace días.

Él no contestó.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella en un susurro—. No hemos sido capaces de conservar un hogar para nuestro pueblo desde los tiempos de mi abuela Tava. Si nos agrupamos, nos atacan. Si deambulamos por el Yermo, morimos. No quieren comerciar con nosotros. No nos dejan cruzar las montañas. ¿Qué vamos a hacer?

La respuesta de su esposo fue tenderse en el suelo, dándole la espalda.

Entonces se le desbordaron las lágrimas, en silencio, con debilidad. Le resbalaron por las mejillas mientras se abría la blusa para dar de mamar a Garlvan, aunque ya no le quedaba leche para la criatura.

El bebé no se movió. No se le enganchó al pecho. Norlesh alzó el cuerpecillo y se dio cuenta de que el niño ya no respiraba. En algún momento, durante la caminata hacia la oquedad de la roca, había muerto sin que ella lo notara.

Lo más aterrador fue lo difícil que le resultó experimentar un mínimo atisbo de pena por esa muerte.

El pie de Aviendha tocó las baldosas. A su alrededor, el bosque de columnas de cristal relucía con los colores del arco iris. Era como encontrarse en medio de una exhibición de los Iluminadores. El sol se encontraba alto en el cielo; cosa sorprendente, el manto de nubes había desaparecido.

Quería marcharse de la plaza para siempre. Se había preparado para afrontar el conocimiento de que antaño los Aiel regían sus vidas conforme a la Filosofía de la Hoja. No era una revelación muy perturbadora. Pronto cumplirían con su *toh*.

Pero ¿esto? ¿Esos infelices dispersos y quebrantados? ¿Gente que no se defendía, que suplicaba, que no sabía cómo sobrevivir en su territorio? Saber que aquellos seres eran sus antepasados le producía una vergüenza casi insoportable. Menos mal que Rand al'Thor no había revelado este otro pasado a los Aiel.

¿Podía huir? ¿Alejarse corriendo de la plaza y no ver nada más? Si aquello empeoraba, la vergüenza la superaría. Por desgracia, sabía que, una vez que había empezado, sólo había una salida.

Rechinando los dientes, dio un paso al frente.

Era Tava, tenía catorce años y gritaba en medio de la noche mientras salía corriendo de su casa en llamas. Todo el valle —en realidad un cañón con laderas a pico— era pasto del fuego. Les habían prendido fuego a todos los edificios del dominio en ciernes. Criaturas de pesadilla de cuello sinuoso y anchas alas sobrevolaban el cañón en la noche; llevaban jinetes con arcos, lanzas y unas extrañas armas nuevas que hacían un sonido, como un siseo, cuando las disparaban.

Tava gritó y buscó a su familia, pero el dominio era un caos donde reinaba la confusión. Unos cuantos guerreros Aiel resistían, pero todo aquel que alzaba una lanza caía unos segundos después, muerto por una flecha o por uno de los disparos invisibles de las armas nuevas.

Un Aiel cayó delante de ella y el cadáver rodó por el suelo. Era un guerrero llamado Tadvishm, un Soldado de Piedra. Esa era una de las pocas asociaciones que todavía conservaban una identidad. La mayoría de los guerreros ya no tenían asociación; se hacían hermanos y hermanas de quienesquiera que fuesen con los que

estuvieran acampados. De todos modos, en los campamentos también los dispersaban demasiado a menudo.

Ese dominio tendría que haber sido diferente, secreto, en lo más profundo del Yermo. ¿Cómo los habían encontrado sus enemigos?

Un niño de dos años lloraba. Corrió hacia él y lo alzó con rapidez de donde yacía, cerca de las llamas. Las casas ardían. La madera se había conseguido rebuscando con gran dificultad en las montañas que se alzaban en la frontera oriental del Yermo.

Sostuvo al pequeño contra sí y corrió hacia los recovecos más profundos del cañón. ¿Dónde estaba su padre? Con un sonido repentino y silbante, una de aquellas criaturas de pesadilla aterrizó delante de ella y el golpe de aire le agitó la falda. Un aterrador guerrero se erguía sentado a lomos de la criatura, con un casco que semejaba la cabeza de un insecto con mandíbulas punzantes y aserradas como pinzas. Bajó la vara silbante hacia ella; Tava gritó aterrada, acurrucándose y abrazando al pequeño que chillaba, y cerró los ojos.

El sonido silbante no se produjo. Al oír un gruñido y un inesperado chillido de la bestia serpentina, alzó la vista y vio a una figura forcejando con el forastero. El resplandor del fuego le reveló el rostro de su padre, afeitado tal como dictaban las viejas tradiciones. La bestia en la que luchaban los dos hombres se tambaleó y los arrojó a ambos al suelo.

Unos instantes después, su padre se puso de pie empuñando la espada del invasor, con la hoja manchada de un líquido oscuro. El invasor no se movió, y tras ellos la bestia levantó el vuelo lanzando una especie de berrido. Tava miró hacia arriba y vio que el animal seguía al resto de su manada. Los invasores se retiraban dejando atrás un grupo de gente desmoralizada y casas incendiadas.

Bajó la vista de nuevo. La escena la horrorizó; muchos cadáveres, a docenas, yacían tendidos en el suelo, desangrándose. El invasor al que su padre había matado parecía ser el único enemigo que había caído.

—¡Traed arena! —gritó Rowahn, su padre—. ¡Apagad las llamas!

Alto, incluso para un hombre Aiel, con un llamativo cabello pelirrojo, vestía las ropas marrones y pardas, con botas atadas debajo de las rodillas. Ese atuendo lo identificaba como un Aiel y, en consecuencia, muchos ya no lo llevaban. Ser identificado como Aiel significaba la muerte.

Su padre había heredado esas ropas de su abuelo, así como un mandato: «Seguir las viejas costumbres. Recordar el *ji'e'toh*. Luchar y conservar el honor.» Aunque sólo llevaba en el dominio unos pocos días, los otros le hicieron caso cuando gritó que apagaran el fuego. Tava le devolvió el niño a la madre agradecida y después ayudó a acarrear arena y tierra.

Unas horas más tarde, un pueblo cansado y ensangrentado se reunió en el centro del cañón y contempló con ojos apagados las ruinas de lo que habían construido

durante meses de duro trabajo y que había quedado arrasado en una noche. Su padre aún llevaba la espada. La utilizaba para dirigir a la gente; algunos de los viejos decían que una espada traía mala suerte, pero ¿por qué decían eso? No era más que un arma.

—Tenemos que reconstruirlo —dijo su padre mientras contemplaba las ruinas.

—¿Reconstruirlo? —repitió un hombre manchado de hollín— ¡El granero fue lo primero que ardió! ¡No hay comida!

—Sobreviviremos —repuso su padre—. Podemos adentrarnos más en el Yermo.

—¡Ya no queda adonde ir! —dijo otro hombre—. ¡El Imperio del Cuervo ha mandado aviso a los Lejanos y ahora nos dan caza en la frontera oriental!

—¡Nos encuentran dondequiera que nos agrupemos! —gritó otro.

—¡Es un castigo! —manifestó su padre—. ¡Pero debemos sobreponernos!

Los otros lo miraron y después, de dos en dos o en pequeños grupos, empezaron a alejarse.

—Esperad —gritó su padre, que alzó la mano—. ¡Debemos mantenernos juntos, seguir luchando! El clan...

—No somos un clan —afirmó un hombre demacrado—. Puedo sobrevivir mejor solo. Se acabó el luchar. Nos derrotan cuando luchamos.

Su padre bajó la espada de forma que la punta tocó el suelo. Tava se acercó a su lado, preocupada al ver que los otros se alejaban perdiéndose en la noche. El aire aún estaba cargado de humo; los Aiel se convirtieron en sombras que se fundieron con la oscuridad, como remolinos de polvo levantados por el aire. Ni siquiera se quedaron a enterrar a sus muertos.

Su padre inclinó la cabeza y tiró la espada al suelo cubierto de ceniza.

Había lágrimas en los ojos de Aviendha. No era vergonzoso llorar por esa tragedia. Había temido la verdad y ya no podía negarla.

Esos jinetes eran seanchan montados en *raken*. El Imperio del Cuervo, los Hacedores de Luz de su primera visión, eran los seanchan... Y no habían existido como tal hasta la mitad de la era actual, cuando los ejércitos de Artur Hawkwing habían cruzado el océano.

No había presenciado el pasado remoto de su pueblo. Lo que había visto era su futuro.

La primera vez que había pasado entre las columnas, cada paso la había llevado más hacia atrás, trasladándola a través del tiempo hacia la Era de Leyenda. Al parecer, esta vez las visiones habían empezado en un punto lejano del futuro y habían retrocedido hacia el presente, saltando hacia atrás una o dos generaciones en cada visión.

Con las lágrimas surcándole las mejillas, dio el siguiente paso.

CAPÍTULO 49

En la Corte del Sol

Era Ladalin, Sabia de los Taardad Aiel. En ese momento deseó haber aprendido a encauzar. Era un pensamiento vergonzoso ansiar un talento que uno no tenía, pero no podía evitarlo.

Estaba sentada en la tienda, compungida, arrepentida. Si hubiese sido capaz de manejar el Poder Único, quizás habría podido hacer más para ayudar a los heridos. Se habría mantenido joven para liderar a su clan y, tal vez, los huesos no le dolerían tanto. Envejecer era frustrante cuando había tantas cosas que hacer.

Las paredes de lona de la tienda susurraron cuando los restantes jefes de clan se acomodaron dentro. Sólo había otra Sabia en el grupo, Mora, de los Goshien Aiel. Tampoco encauzaba. Los seanchan mostraban un empeño especial en capturar o matar a cualquier Aiel —hombre o mujer— en el que se relevase el menor atisbo de aptitud con el Poder Único.

Era un grupo digno de lástima el que estaba reunido en la tienda. Un joven soldado manco entró con un brasero caliente y lo puso en el centro, tras lo cual se retiró. La madre de Ladalin le había hablado de los tiempos en que aún había *gai'shain* que se ocupaban de ese tipo de tareas. ¿De verdad había habido Aiel, hombres o Doncellas, que no fueran necesarios para luchar en la guerra contra los seanchan?

Ladalin alargó las manos —de aspecto sarmentoso debido a la edad— para calentárselas en el brasero. De joven había empuñado una lanza, como casi todas las mujeres antes de casarse. ¿Cómo iba a quedarse atrás una Aiel cuando los seanchan utilizaban mujeres soldados y sus *damane* con tanta eficacia?

Había oído contar historias de los tiempos de su madre y de su abuela, pero le parecían increíbles. La guerra era lo único que Ladalin había conocido. Sus primeros recuerdos de pequeña eran los ataques en Almoth. Había pasado su juventud adiestrándose y había combatido en las batallas centradas alrededor de la tierra que se había llamado Tear.

Ladalin se había casado y había tenido hijos, pero sin dejar de dedicarse en cuerpo y alma al conflicto. Aiel o seanchan. Ambos pueblos sabían que, con el tiempo, sólo perduraría uno de los dos.

Y cada vez parecía más previsible que sería el Aiel el que se vería obligado a marcharse. Esa era otra diferencia entre los tiempos de su madre y los actuales. Su madre no hablaba de derrotas, mientras que la vida de Ladalin estaba repleta de hitos de repliegues y retiradas.

Los demás parecían absortos en sus pensamientos. Tres jefes de clan y dos Sabias; eran los que quedaban del Consejo de los Veintidós. El viento de las tierras altas se colaba en la tienda por los faldones de la entrada y le helaba la espalda. Tamaav fue el último en llegar. El hombre parecía tan viejo como ella se sentía; tenía la cara marcada de cicatrices y había perdido el ojo izquierdo en una batalla. Se sentó en el desnudo suelo de piedra. Los Aiel ya no transportaban alfombrillas ni cojines; sólo podían acarrear lo indispensable.

—La Torre Blanca ha caído —anunció—. Mis exploradores me han dado la noticia hace menos de una hora, y me fío de la veracidad de su información.

Siempre había sido un hombre directo que no se andaba con contemplaciones, así como un buen amigo de su esposo, que había caído el año pasado.

—En tal caso, con ella se ha perdido nuestra última esperanza —dijo Takai, el jefe de clan más joven. Era el tercer jefe de los Miagoma en tres años.

—No digas eso. Siempre queda esperanza —manifestó Ladalin.

—Nos han ido empujando haciéndonos retroceder hasta estas malditas montañas —replicó Takai—. Ya no queda nadie de los Shiande ni de los Daryne. Eso nos deja con cinco clanes, y uno de ellos está disperso y quebrantado. Nos han derrotado, Ladalin.

Tamaav suspiró. Ladalin le habría puesto una guirnalda nupcial a los pies si los tiempos hubieran sido otros y los años, menos. Su clan necesitaba un jefe. Su hijo todavía esperaba convertirse en uno, pero con la reciente ocupación de Rhuidean por los seanchan, los clanes no sabían bien como elegir nuevos líderes.

—Debemos retirarnos a la Tierra de los Tres Pliegues —sugirió Mora con aquella voz suave y afectuosa de matrona—. Y hacer penitencia por nuestros pecados.

—¿Qué pecados? —espetó Takai.

—El Dragón quería que hubiera paz —replicó ella.

—¡El Dragón nos abandonó! —repuso Takai—. Me niego a seguir respetando el recuerdo de un hombre al que mis abuelos apenas conocían. No juramos seguir su estúpido pacto. Nosotros...

—Sosiégate, Takai —intervino Jorshem, el tercer jefe de clan, un hombre pequeño de rasgos aguileños que tenía sangre andoreña a través del linaje de su abuelo—. Ahora sólo la Tierra de los Tres Pliegues nos ofrece algo de esperanza. La guerra contra los Cuervos se ha perdido.

El silencio se adueñó de la tienda.

—Dijeron que nos darían caza —les recordó Takai—. Cuando exigieron la rendición, nos advirtieron que no nos replegáramos. Lo sabéis. Dijeron que destruirían cualquier lugar donde se juntaran tres Aiel.

—No nos rendiremos —afirmó Ladalin con firmeza. Con más de la que sentía, para ser sincera.

—Rendirnos nos convertiría en *gai'shain* —abundó Tamaav.

Utilizaban ese término para indicar a alguien que no tenía honor, aunque no era ése el significado que le daba la madre de Ladalin.

—Ladalin, ¿qué aconsejas tú? —preguntó Tamaav.

Los otros cuatro la miraron. Ella pertenecía a la estirpe del Dragón, una de los pocos que aún vivían. A los otros tres linajes los habían exterminado.

—Si nos convertimos en esclavos de los seanchan, los Aiel como pueblo habrán perecido —manifestó—. No podemos vencer, de modo que habremos de replegarnos. Regresaremos a la Tierra de los Tres Pliegues para darnos tiempo a fin de reforzar nuestras filas. Tal vez nuestros hijos puedan luchar donde nosotros no hemos sabido hacerlo.

De nuevo guardaron silencio. Todos sabían que sus palabras eran optimistas en el mejor de los casos. Después de décadas de guerra, los Aiel sólo eran una mínima parte de los que habían sido antaño.

La eficacia de las encauzadoras seanchan era brutal. Aunque las Sabias y los Sangre de Dragón usaban el Poder Único en la batalla, no era suficiente. ¡Esos malditos *a'dam*! Cada encauzador que los Aiel perdían al ser capturado, con el tiempo acababa convirtiéndose en un arma contra ellos.

El verdadero punto de inflexión en la guerra había sido la incorporación de las otras naciones. A partir de ahí, los seanchan se habían apoderado de pueblos de las tierras húmedas, tras lo cual depuraban y seleccionaban los mejores encauzadores para sus filas. Los Cuervos eran imparables; ahora que Tar Valon había caído, todos los reinos de las tierras húmedas eran subditos de los seanchan. Sólo la Torre Negra seguía luchando, aunque los Asha'man lo hacían en la clandestinidad, ya que su fortaleza había caído años atrás.

Los Aiel no luchaban así. No había honor en ello. Aunque, ¿qué importaba ahora el honor? ¿Después de que las muertes se contaran por cientos de miles? ¿Después de que quemaran Cairhien y arrasaran Illian? Hacía veinte años que los seanchan habían obtenido las máquinas de guerra andoreñas. Los Aiel llevaban dando tumbos hacia la derrota durante décadas; el hecho de que hubieran durado tanto daba testimonio de su naturaleza tenaz.

—Esto es culpa suya —dijo Takai, todavía con gesto hosco. El *Car'a'carn* podría habernos conducido a la gloria, pero nos abandonó.

—¿Culpa suya? —repitió Ladalin comprendiendo, quizá por primera vez, por qué esa afirmación era errónea—. No. Los Aiel son responsables de sí mismos. Esto es culpa nuestra, no de mi antepasado. Hemos olvidado quiénes somos y no tenemos honor.

—El honor nos lo arrebataron —dijo Takai, que suspiró y se puso de pie—. El Pueblo del Dragón, nada menos. ¿Qué tiene de bueno ser su pueblo? Nos moldearon

para ser lanzas, según las leyendas, forjadas en la Tierra de los Tres Pliegues. Nos utilizó y después nos tiró. ¿Qué va a hacer una lanza desechada aparte de ir a la guerra?

«Sí, ¿qué?», pensó Ladalin. El Dragón había exigido que hubiera paz, convencido de que eso traería la felicidad a los Aiel. Pero ¿cómo podían ser felices cuando los seanchan, así los maldijera la Luz, estaban allí? El odio que tenía a los invasores estaba profundamente arraigado.

Tal vez ese odio era lo que había destruido a los Aiel. Oyó el aullido del viento cuando Takai salió de la tienda. Al día siguiente los Aiel regresarían a la Tierra de los Tres Pliegues. Si no aceptaban la paz por voluntad propia, al parecer tendrían que aceptarla a la fuerza.

Aviendha avanzó otro paso. Casi había llegado al centro de las columnas y la luz fragmentada cintilaba a su alrededor.

Ahora las lágrimas le corrían por las mejillas, incontenibles. Se sentía como una niña. Ser Ladalin había sido peor que las otras, porque en ella Aviendha había visto un atisbo de los usos Aiel, aunque corrompidos, como si fuese una burla. La mujer había pensado en la guerra asociándola con el honor, pero no había entendido qué era el honor. ¿Sin *gai'shain*? ¿Replegarse? No se había hecho mención del *toh*. Aquello era la batalla desprovista por completo de verdadero propósito.

¿Por qué luchar? Para Ladalin había sido por odio a los seanchan. Había guerra porque siempre la había habido.

¿Cómo? ¿Cómo habían llegado a eso los Aiel?

Aviendha dio otro paso adelante.

Era Oncala, Doncella Lancera. Con el tiempo renunciaría a la lanza y se casaría, igual que habían hecho su madre y la madre de su madre antes que ella. Pero ahora era tiempo de luchar.

Caminaba por las calles de Caemlyn, con su media hermana llevando el Estandarte del Dragón para anunciar su linaje. Junto a ella caminaba el hombre por quien —casi con seguridad— renunciaría a las lanzas. Hehyal, un Corredor del Alba, había matado a más seanchan que cualquier otro de su asociación y por ello había obtenido mucho *ji*. Había recibido permiso para viajar a Rhuidean el año anterior a fin de convertirse en jefe de clan.

Rhuidean. La ciudad estaba sitiada por los seanchan. Oncala resopló con desdén. Los seanchan carecían de honor. Se les había dicho que Rhuidean era un lugar de paz. Los Aiel no atacaban el palacio de Ebou Dar, así que los seanchan no deberían atacar Rhuidean.

Eran sabandijas. Resultaba un constante motivo de frustración que, después de décadas de guerra, las líneas de batalla permanecieran casi igual a como estaban

después de que su antepasado fuera a Shayol Ghul.

Hehyal y ella iban acompañados por dos mil lanzas como guardia de honor. La reina Talana sabía de su llegada, por lo que las blancas puertas del palacio andoreño se encontraban abiertas. Hehyal indicó con un gesto de la mano a cincuenta lanzas preseleccionadas que los siguieran por los elegantes pasillos. La opulencia abundaba allí, en palacio. Cada tapiz, cada jarrón, cada marco dorado le parecía un insulto a Oncala. Cuarenta años de guerra, y Andor seguía intacto. A salvo gracias a la protección que la defensa Aiel les proporcionaba.

Bien, pues, Andor se enteraría. Los Aiel se habían hecho más fuertes con las luchas. Antaño, su valentía era legendaria. ¡Ahora era mayor! Cuando los Aiel hubiesen destruido a los seanchan, el mundo descubriría lo que los Aiel habían aprendido. Los dirigentes de las tierras húmedas desearían haber sido más generosos.

Las puertas del salón del trono estaban abiertas; Oncala y Hehyal entraron dejando atrás la escolta. El Estandarte del Dragón también ondeaba allí, un recordatorio de que el linaje real andoreño también era de la estirpe del *Car'a'carn*. Razón de más para que Oncala los odiara. La nobleza andoreña se tenía por sus iguales.

La reina Talana era una mujer de mediana edad con un lustroso cabello pelirrojo. No era muy guapa, pero sí muy majestuosa. Hablaba en voz baja con uno de sus consejeros y les hizo un gesto con la mano para que esperaran. Un insulto deliberado. Oncala estaba que echaba humo.

Por fin les indicó que se acercaran al Trono del León. El hermano de Talana, su protector, se hallaba detrás de ella con el atuendo cortesano —chaleco y chaqueta— y la mano posada en la espada. Oncala podría haberlo matado sin apenas empezar a sudar.

—Ah, de nuevo los Taardad Aiel —dijo la reina Talana—. ¿Todavía llevas la lanza, Oncala?

Oncala se cruzó de brazos, pero no dijo nada. Sabía que no se le daba bien tratar con la gente. Cuando hablaba, los insultos eran más frecuentes de lo aconsejable, así que dejó que el jefe de clan tomara la iniciativa.

—Imagino que estáis aquí para pedir ayuda otra vez —dijo Talana.

Hehyal enrojeció y, por un instante, Oncala deseó no haber dejado fuera la lanza.

—Tenemos algo para vos —dijo Hehyal, que sacó un portafolio de cuero y se lo tendió a uno de los guardias de la reina.

El hombre lo abrió y examinó los papeles que había dentro. Otro insulto. ¿Es que tenían que tratarlos como si fuesen asesinos? A Oncala no le gustaba la reina, cierto, pero su familia y la de Talana se habían jurado lealtad debido a que sus abuelas habían sido primeras hermanas.

El soldado le tendió los papeles a la reina. Talana los examinó a fondo y el gesto

se le fue tornando preocupado y pensativo.

Como les ocurría a casi todos los dirigentes comprometidos con la Paz del Dragón, a Talana le preocupaban los seanchan. Las técnicas y la habilidad desarrolladas por el Imperio del Cuervo en el uso del Poder Único iban en aumento. Hasta ese momento, los Aiel los habían contenido en un punto muerto. ¿Qué pasaría si los seanchan ganaban? ¿Cumplirían sus juramentos?

¿Hasta dónde eran de fiar los seanchan? Los espías de Hehyal habían dedicado mucho tiempo en la última década a plantear esa misma pregunta en las principales cortes del mundo. Era un hombre sabio. Aun antes de que se convirtiera en jefe, se había dado cuenta de que esta guerra no se ganaría sólo con los Aiel. Necesitaban a esos pusilánimes habitantes de las tierras húmedas.

Y ésa era la razón definitiva por la que Oncala los odiaba.

—¿Dónde habéis conseguido esto? —preguntó Talana.

—En el palacio seanchan —respondió Hehyal—. No tendrían que haber atacado Rhuidean. Por honor, eso nos permitía una acción recíproca, aunque nuestro ataque se llevó a cabo en silencio para recobrar estos documentos. Hacía mucho que sospechaba dónde estaban, y sólo mi honor de no irrumpir en el palacio sagrado seanchan me había frenado.

—¿Estás seguro de que son auténticos? —El gesto de Talana se había endurecido.

—¿Dudáis de mí? —preguntó Hehyal a su vez.

La reina Talana meneó la cabeza con aire preocupado. Sabía que los Aiel no mentían.

—Hemos sido pacientes con vos —añadió Hehyal—. Hemos venido aquí y hemos explicado lo que ocurrirá si no logramos contener a los seanchan.

—La Paz del Dragón...

—¿Qué les importa a ellos el Dragón? —preguntó Hehyal—. Son invasores que lo obligaron a inclinarse ante su emperatriz. La consideran superior a él. No mantendrán promesas hechas a un inferior.

La reina Talana bajó la vista de nuevo a los papeles. Los documentos eran planes seanchan para atacar Andor, junto con un detallado complot para asesinar a la reina. Más abajo, había planes similares para ocuparse de los dirigentes de Tear, de Dos Ríos y de Illian.

—Debo disponer de tiempo para consultar con mis consejeros —dijo Talana.

«La tenemos», pensó Oncala con una sonrisa. Sabía cuál sería la reacción de la reina. El truco había sido conseguir que se planteara entrar en acción.

Hehyal asintió con la cabeza y los dos se retiraron. Oncala tuvo que reprimirse para no ponerse a gritar de gozo por la victoria obtenida. Si Andor entraba en guerra, las otras naciones también lo harían, sobre todo las incluidas en el Pacto de los Grifos y en el de la Corte del Sol. Contaban con la reina andoreña para tomar decisiones, del

mismo modo que los otros Aiel contaban con Oncala. El linaje de Rand al'Thor tenía mucho peso.

—¿Es correcto lo que hacemos? —preguntó Hehyal mientras caminaban con su escolta de lanzas rodeándolos para impedir que hubiera cerca oídos intrusos.

—Lo planeaste tú —contestó Oncala con un sobresalto.

Fruncido el entrecejo, él asintió con la cabeza.

Nada de lo que le había dicho a la reina era falso. Su honor permanecía sin tacha. No obstante, Hehyal había dejado fuera una de las hojas que habían descubierto. La que explicaba que las otras eran planes preventivos.

La descripción de las fuerzas militares de Andor, las sugerencias de cómo utilizar accesos y dragones para atacar Caemlyn, el mismo complot de asesinar a la reina Talana... se habían desarrollado por si llegaba el caso de que Andor entrara en guerra. Estaban pensados como un estudio preventivo de un enemigo en potencia, no como un verdadero plan de ataque.

Virtualmente era lo mismo, dada la condición de serpientes de los seanchan. Con el tiempo se apoderarían de Andor y, para entonces, los Aiel podrían no encontrarse en posición de ayudar. Si la guerra iba mal, su pueblo se marcharía a la Tierra de los Tres Pliegues y dejaría que los seanchan conquistaran a los estúpidos habitantes de las tierras húmedas. A los seanchan les sería imposible luchar con ellos en su tierra.

A la reina Talana le convenía entrar en guerra ahora. Por su propio bien, era mejor que nunca viera la otra hoja.

—Hecho está —dijo Hehyal—. Ahora ya no hay lugar para cuestionarlo.

Oncala asintió con un cabeceo. Los seanchan caerían, y los Aiel ocuparían el lugar que les correspondía. La sangre del Dragón Renacido corría por sus venas. Ella se merecía gobernar.

No sería el Imperio del Cuervo el que se alzaría con la victoria al final de todo esto, sino el Imperio del Dragón.

—No quiero seguir —dijo Aviendha al desierto bosque de cristal.

La brisa se había calmado y su comentario se perdió en el silencio. Las lágrimas habían marcado el polvo a sus pies, como gotas de lluvia.

—Esa... criatura no tenía honor —dijo—. Nos destruyó.

Lo peor de todo era que la mujer —Oncala— había pensado en la madre de su madre. Su abuela. En la mente de Oncala ese parentesco iba unido a un rostro. Y Aviendha lo había reconocido.

Era el suyo.

Encogiéndose, cerrando los ojos, avanzó otro paso para entrar en el centro mismo de las radiantes columnas.

Era Padra, hija del Dragón Renacido, orgullosa Doncella Lancera. Sacó de un

tirón el arma del cuello de un seanchan moribundo y después vio que los demás huían a través del acceso.

«Así la Luz maldiga a quien enseñó el Viaje a los seanchan —pensó—. Por toscos que sean sus tejidos.»

Estaba convencida de que ninguna persona viva comprendía el Poder Único como lo entendían sus hermanos y ella. Había tenido capacidad para encauzar desde que era una niña, igual que sus hermanos, tanto los chicos como las chicas. Para ellos constituía algo natural, y todos los otros que encauzaban le parecían desmañados en comparación.

Sin embargo, tenía cuidado de no expresar en voz alta esas ideas. Ni a las Aes Sedai ni a las Sabias les gustaba que les recordaran sus deficiencias. No obstante, era cierto que las tenían.

Padra se reunió con sus hermanas de lanza. Dejaban a una de las suyas tendida en la hierba, muerta, y Padra lamentó su pérdida. Tarra, de los Taardad Aiel. Se la recordaría. Pero el honor era de ellas, porque habían acabado con ocho soldados seanchan.

Tejió un acceso; en su caso, aparecía con la misma rapidez con que lo pensaba. Abrazaba el Poder Único de forma continua, incluso mientras dormía. Ignoraba lo que era no tener ese reconfortante caudal de Poder en el fondo de la mente, presto para brotar. Otros decían que les daba miedo que los consumiera, pero ¿cómo podía ocurrir tal cosa? El *Saidar* formaba parte de ella, como un brazo o una pierna. ¿Cómo podía consumirse uno con su propia carne, sus huesos o su sangre?

El acceso conducía al campamento Aiel ubicado en la tierra llamada Arad Doman. No era una ciudad, pues los Aiel no tenían ciudades, pero sí un campamento muy extenso y no se había movido de allí hacía casi una década. Padra echó a andar por la hierba; los Aiel vestidos con *cadin'sor* le mostraban deferencia. Sus hermanos y ella, como hijos del Dragón, se habían convertido en algo... especial para los Aiel.

Nada de nobles ni señores, un concepto que la sacaba de quicio. Pero eran más que un *algai'd'siswai* normal y corriente. Los jefes de clan les pedían consejo a sus hermanos y a ella, y las Sabias sentían un gran interés por ellos. Le permitían encauzar, aunque no fuera una de ellas. Para Padra, no encauzar era tan impensable como dejar de respirar.

Despidió con un ademán a sus hermanas de lanza y se dirigió hacia la tienda de Ronam. El jefe de clan —hijo de Rhuarc— querría oír su informe. Había un grupo de hombres sentados en la alfombra, todos ellos jefes de clan. Sus hermanos también estaban sentados allí.

—Ah, Padra —dijo Ronam—. Has vuelto.

—Puedo venir en otro momento, Ronam —ofreció.

—No, tu presencia es necesaria en esta reunión. Siéntate y comparte mi sombra.

Padra inclinó la cabeza por el honor que le hacía, y se acomodó entre Alarch y Janduin, sus hermanos. Aunque los hermanos eran cuatrillizos, no se parecían en nada. Alarch había heredado más rasgos de la ascendencia de las tierras húmedas, y tenía el cabello oscuro, mientras que Janduin era rubio y alto. Junto a él se hallaba Marinna, su hermana, de cuerpo menudo y cara redonda.

—He de informar que la patrulla seanchan se encontraba donde imaginábamos —le dijo Padra a Ronam—. Trabamos combate con ellos.

Sonaron murmullos incómodos ante esa noticia.

—No va contra la Paz del Dragón que entren en Arad Doman —adujo Tavalad, jefe de clan de los Goshien Aiel.

—Ni es un atropello por nuestra parte matarlos por acercarse demasiado, jefe de clan —replicó Padra—. Los Aiel no están obligados a cumplir la Paz del Dragón. Si los seanchan quieren exponerse a inspeccionar nuestro campamento, han de saber que corren un riesgo.

Algunos de los otros —más de los que Padra habría imaginado— asintieron con la cabeza en conformidad con su comentario. Ella echó una ojeada a Janduin, que enarcó una ceja. De forma disimulada, levantó dos dedos, lo que significaba que dos seanchan habían muerto a sus manos. Le habría gustado tomarlos prisioneros, pero los seanchan no merecían convertirse en *gai'shain*. Además de ser terribles como tal. Mejor ahorrarles la vergüenza matándolos.

—Deberíamos hablar del asunto por el que estamos aquí —intervino Alalved, jefe de los Tomanelle Aiel.

Padra hizo una cuenta rápida. Los once jefes estaban presentes o tenían representación, incluidos aquellos entre los que había enemistad. Una reunión como la de ese día no se veía desde hacía años, desde que su padre se estaba preparando para la Última Batalla.

—¿Y de qué hemos venido a hablar? —preguntó uno de los otros.

—El descontento de las lanzas aumenta —dijo Alalved al tiempo que meneaba la cabeza—. Los Aiel no están hechos para engordar en unas tierras exuberantes, plantando y recogiendo cosechas. Somos guerreros.

—El Dragón pidió la paz —apuntó Tavalad.

—El Dragón pidió a otros que hubiera paz —replicó Alalved—. Excluyó a los Aiel.

—Eso es cierto —convino Darvin, jefe de los Reyn.

—Entonces, ¿volvemos a atacarnos unos a otros después de tantos años de haber dejado a un lado las rencillas de sangre que nos enfrentaban? —preguntó Ronam con voz sosegada.

Era un gran jefe de clan, muy semejante a como lo había sido Rhuarc. Prudente, pero sin miedo a la batalla.

—¿Qué sentido tendría? —preguntó Shedren, jefe de los Daryne Aiel.

Otros asintieron con un cabeceo, pero eso planteaba un problema mayor, uno del que su madre había hablado a menudo. ¿Qué significaba ser Aiel, ahora que su deber para con el pasado se había cumplido y el *toh* de un pueblo había quedado limpio?

—¿Cuánto podemos esperar sabiendo que tienen mujeres Aiel cautivas con esos brazaletes que usan? —intervino Alalved—. ¡Han pasado años y siguen negándose a cualquier oferta de pago o trueques! Responden a nuestra buena educación con grosería e insultos.

—No estamos hechos para suplicar —apuntó el viejo Bruan—. Dentro de poco los Aiel se habrán convertido en habitantes de las tierras húmedas cebados con leche.

Todos asintieron en silencio a esas palabras. El sabio Bruan había sobrevivido a la Última Batalla.

—Ojalá la emperatriz seanchan... —empezó Ronam, pero no acabó la frase y meneó la cabeza.

Padra sabía lo que estaba pensando. La anterior emperatriz, la que gobernaba en tiempos de la Última Batalla, estaba considerada como una mujer de honor por el padre de Ronam. Casi se había alcanzado un entendimiento con ella, o eso se contaba, pero habían pasado muchos años desde su mandato.

—Sea como sea —continuó Ronam—, las lanzas chocan; nuestro pueblo lucha cuando se enfrenta. Es nuestra naturaleza. Si los seanchan no atienden a razones, entonces, ¿qué motivo tenemos para dejarlos en paz?

—De todos modos, este pacto pacificador del Dragón no durará mucho —predijo Alalved—. Las escaramuzas entre naciones son corrientes, aunque nadie hable de ellas. El *Car'a'carn* exigió un juramento a los monarcas, pero no hay medidas para llevarlo a la práctica. Con muchos habitantes de las tierras húmedas no es fácil hacer que cumplan su palabra, y me temo que los seanchan los devorarán mientras se pelean entre sí.

Hubo muchos asentimientos de cabeza. Sólo Darvin y Tavalad no parecían convencidos.

Padra contuvo la respiración. Sabían que esto se avecinaba. Las escaramuzas con los seanchan, el descontento de los clanes. Ella había imaginado este día, pero también lo temía. Su madre había obtenido mucho *ji* en batalla, pero ella había tenido pocas ocasiones de probar su valía.

Una guerra con los seanchan... La perspectiva fue como un soplo tonificante que la reanimó. Sin embargo, también significaba muchas muertes.

—¿Qué dicen a esto los hijos del Dragón? —preguntó Ronam al tiempo que los miraba a los cuatro.

Aún le resultaba raro que esos hombres mayores buscaran su opinión. Tanteó la grata presencia del *Saidar* en el fondo de la mente y sacó fuerzas de él. ¿Qué haría si

le faltara?

—Yo digo que debemos exigir el regreso de los nuestros retenidos por los seanchan —opinó Marinna. Se estaba preparando para ser Sabia.

Alarch parecía indeciso y miró a Janduin. A menudo dejaba que su hermano hablara por él.

—Los Aiel han de tener un propósito —asintió Janduin—. Tal como estamos ahora, somos inútiles, y nosotros no hicimos la promesa de no atacar. Es un testimonio de nuestra paciencia y de respeto a mi padre que hayamos esperado tanto tiempo. —Dirigió la mirada hacia Padra.

—Son nuestros enemigos —dijo ella.

Uno tras otro, los hombres reunidos en la tienda asintieron en silencio. Así, sin más, esa decisión tomada como si fuese algo sencillo ponía fin a años de espera...

—Id con vuestros clanes y preparadlos. —Ronam se puso de pie.

Padra permaneció sentada mientras los demás se despedían, algunos con gesto sombrío, otros, emocionados. Diecisiete años era demasiado tiempo para que los Aiel estuvieran sin batallar.

Poco después, la tienda se quedaba vacía a excepción de Padra, que siguió sentada con la vista prendida en la alfombra. Guerra. Estaba excitada, pero otra parte de ella se sentía melancólica. Tenía la sensación de haber puesto a los clanes en una senda que los cambiaría para siempre.

—Padra... —llamó una voz.

Giró la cabeza y vio a Ronam de pie en la entrada de la tienda. Sonrojándose, se puso de pie. Aunque tenía diez años más que ella, era un hombre muy atractivo. Nunca renunciaría a la lanza, por supuesto, pero si lo hiciera...

—Pareces preocupada.

—Sólo estaba pensando.

—¿Sobre los seanchan?

—Sobre mi padre.

—Ah. —Ronam asintió con un cabeceo—. Recuerdo la primera vez que llegó al dominio Peñas Frías. Yo era muy pequeño.

—¿Y qué te pareció?

—Era un hombre impresionante —contestó Ronam.

—¿Nada más?

—Lo siento, Padra —dijo—, pero apenas pasé tiempo con él. Mi camino me llevó en otra dirección. Sin embargo, oí contar cosas de él a mi padre.

Ella ladeó la cabeza. Ronam se dio media vuelta y miró la verde yerba del exterior a través de los faldones abiertos de la tienda.

—Mi padre decía que Rand al'Thor era un hombre inteligente y un gran líder, pero que no sabía qué hacer con los Aiel. Recuerdo oírle decir que, cuando el

Car'a'carn se encontraba en el Yermo, daba la sensación de que se sentía fuera de lugar. Como si lo hiciéramos sentirse incómodo. —Ronam sacudió la cabeza—. Había planes para todos los demás, pero a los Aiel se nos dejó sin objetivo ni propósito, a la deriva.

—Algunos dicen que deberíamos haber regresado a la Tierra de los Tres Pliegues —comentó ella.

—No. Eso nos habría destruido. Nuestros padres no sabían nada de caballos de vapor ni de tubos dragón. Si los Aiel hubiesen regresado al Yermo, habríamos acabado siendo irrelevantes. El mundo nos habría pasado de largo y habríamos desaparecido como pueblo.

—Pero ¿la guerra es una decisión correcta? —preguntó Padra.

—No lo sé. Somos Aiel. Es lo que sabemos hacer —respondió Ronam en voz queda.

Padra asintió en silencio; ahora se sentía más segura.

Los Aiel irían a la guerra de nuevo. Y habría mucho honor en ello.

Aviendha parpadeó. El cielo estaba oscuro.

Se sentía exhausta, mentalmente agotada, el corazón partido, como si con cada latido sangrara y se debilitara. Se sentó en el centro de las columnas a las que empezaba a envolver la oscuridad. Sus... hijos. Recordaba los rostros de su primera visita a Rhuidean. Esto otro no lo había visto. No que ella recordara, al menos.

—¿Está destinado a ocurrir así? —preguntó—. ¿Podemos cambiarlo?

No hubo respuesta, desde luego.

Se había quedado sin lágrimas. ¿Cómo reaccionaba uno al ser testigo de la total destrucción —no, de la total decadencia— de su pueblo? Cada paso les había parecido lógico a quienes lo habían dado, pero todos ellos habían conducido a los Aiel hacia su fin.

¿Por qué debía alguien tener visiones tan horribles? Ojalá no hubiese entrado jamás en el bosque de columnas por segunda vez. ¿Tenía ella la culpa de lo que estaba por venir? Era su estirpe la que condenaba a su pueblo.

Lo de ahora era diferente por completo de los acontecimientos que había visto cuando había pasado por los aros durante su primera visita a Rhuidean. Aquellas visiones eran posibilidades. Las de este día parecían más reales. Casi tenía la certeza de que lo que había experimentado no era simplemente una de muchas posibilidades. Lo que había visto ocurriría. Paso a paso, el honor de los suyos se disiparía hasta evaporarse. Paso a paso, los Aiel pasarían de ser un pueblo orgulloso a convertirse en criaturas miserables.

Tenía que haber algo más. Furiosa, se puso de pie y dio otro paso. No ocurrió nada. Recorrió todo el camino de vuelta hasta el borde de las columnas y después se volvió hacia ellas, colérica.

—Mostradme más —exigió—. ¡Enseñadme qué hice para causar esto! ¡Es mi estirpe la que nos condujo al desastre! ¿Qué papel desempeño yo en ello? ¿Cuál es mi intervención en todo esto?

De nuevo entró en las columnas.

Nada. Como si estuvieran muertas. Alargó la mano y tocó una, pero no había vida en ella. Ni zumbido, ni sensación de Poder. Cerró los ojos y una lágrima más se desbordó por el rabillo de cada ojo. Las lágrimas resbalaron por las mejillas dejando un hililllo de humedad fría.

—¿Puedo cambiarlo? —preguntó.

«Si no puedo —pensó—, ¿me impedirá eso intentarlo?”

Era una respuesta sencilla. No. No podría vivir sin hacer algo para evitar ese destino. Había ido a Rhuidean buscando conocimiento. Bien, pues, lo había recibido. Más de lo que habría deseado. En demasía.

Abrió los ojos y los dientes le rechinaron. Los Aiel asumían la responsabilidad de sus actos. Los Aiel luchaban. Los Aiel representaban el honor. Si era sólo ella la que sabía los terrores que les aguardaban en el futuro, entonces su deber —como Sabia— era actuar. Salvaría a los suyos.

Salió de las columnas y echó a correr. Tenía que regresar para consultar con las otras Sabias. Pero antes necesitaba sosiego; fuera de allí, en la quietud de la Tierra de los Tres Pliegues. Y tiempo para pensar.

CAPÍTULO 50

Escoger enemigos

Nerviosa, sentada con las manos en el regazo, Elayne oía los lejanos estallidos. Había elegido la sala del trono de forma deliberada, en lugar de una sala de audiencias, menos formal. Ese día necesitaba que la vieran como a una reina.

La sala del trono era imponente, con las majestuosas columnas y la espléndida decoración. A ambos lados de la estancia, en una larga hilera doble que sólo se interrumpía allí donde se erguían las columnas, ardían lámparas de pie doradas. Delante de esas columnas montaban guardia unos hombres vestidos de rojo y blanco, con brillantes corazas bruñidas. Las columnas de mármol combinaban bien con la gruesa alfombra de color escarlata y el dorado León de Andor bordado en el centro; era el camino que conducía hasta Elayne, engalanada con la Corona de la Rosa. En lugar de seguir las nuevas modas que habían llegado a la corte, su vestido era de corte tradicional, con mangas anchas y los puños diseñados para caer por debajo de la mano hasta acabar en un pico bordado en oro.

En cuanto al estilo, lo mismo se aplicaba al corpiño, con el escote a la altura justa para ser recatado pero, a la vez, lo bastante bajo para recordarles a todos que era una mujer. Una mujer todavía soltera. Su madre se había casado con un noble de Cairhien casi al inicio de su reinado. Habría quienes se preguntarían si ella iba a hacer lo mismo a fin de cimentar su poder en Cairhien.

Se oyó otro estallido. El ruido de los disparos de los dragones se estaba convirtiendo en algo habitual. No era tan fuerte como el sonido de un trueno, sino algo más apagado, más regular.

A Elayne le habían enseñado a ocultar el nerviosismo. Primero sus tutores y más adelante las Aes Sedai. A pesar de lo que algunos pensaban, Elayne Trakand sabía controlar el genio cuando tenía que hacerlo. No alzó las manos del regazo e hizo un esfuerzo para permanecer callada. Dar señales de nerviosismo sería peor que exteriorizar ira.

Dyelin estaba sentada en un sillón cerca del trono. La dorada cabellera de la majestuosa mujer le caía suelta sobre los hombros. Bordaba en silencio en la tela tensada en un bastidor. Dyelin afirmaba que la relajaba tener las manos ocupadas mientras pensaba. La madre de Elayne no se hallaba presente. Su presencia habría resultado ser una gran distracción.

Elayne no podía permitirse el mismo lujo que Dyelin. Tenía que ofrecer una imagen de liderazgo y, por desgracia, el liderazgo solía requerir estar sentada en el trono, con la mirada al frente, proyectando decisión y control durante la espera. A

buen seguro que la demostración habría acabado ya a esas alturas, ¿verdad?

Otro estampido. Quizá no.

Oía la queda charla en la sala de audiencias contigua a la sala del trono. Se había enviado una invitación de la corona a las Cabezas Insignes que aún seguían en Caemlyn, a fin de hablar de los requisitos de saneamiento para la gente que se encontraba en extramuros. La reunión tendría lugar a las cinco en punto, pero en las invitaciones se había insinuado que llegaran dos horas antes.

La redacción del mensaje dejaba entrever lo obvio: Elayne iba a hacer algo importante ese día, y por ello invitaba a las Cabezas Insignes a llegar pronto para que así oyeran ese algo «por casualidad», con el consentimiento real. No se descuidó su comodidad; en la sala de audiencias se servían bebidas, platillos de carne y fruta. Casi con toda seguridad, esa charla sosegada versaba sobre qué iba a revelarles.

Si lo supieran...

Elayne mantuvo las manos en el regazo, y Dyelin —que seguía bordando— chasqueó la lengua y deshizo una puntada mal dada.

Tras una espera casi insufrible, el sonido de los dragones cesó y Elayne sintió que Birgitte regresaba a palacio. Enviarla con el grupo era la mejor manera de saber cuándo regresaban. Ese día hacía falta cuidar la coordinación con rigor. Elayne inspiró y expulsó el aire para calmar los nervios. Sí. Con toda seguridad, Birgitte ya estaba en palacio.

Elayne hizo una señal con la cabeza al capitán Guybon. Era el momento de traer a las prisioneras.

Un grupo de guardias, al frente de tres mujeres, entró en la sala poco después. A pesar de la cautividad, la llorosa Arymilla seguía metida en carnes. Y era guapa; o lo habría sido si hubiera vestido cualquier otra cosa que no fueran harapos. Tenía los grandes ojos marrones desorbitados por el terror, como si pensara que Elayne había decidido ejecutarla.

Elenia se comportaba con más decoro. Al igual que a las otras mujeres, la habían despojado de su lujoso vestido y ahora llevaba uno harapiento, pero se había lavado la cara y se había recogido el pelo dorado en un moño bien arreglado. Elayne no hacía pasar hambre a sus prisioneras, y tampoco las maltrataba. Eran sus enemigas, sí, pero no habían traicionado a Andor.

Pensativa, Elenia observó a Elayne con un gesto calculador en la cara vulpina. ¿Sabría dónde se había escondido el ejército de su marido? Esas fuerzas eran como un cuchillo escondido; casi lo sentía a la espalda. Ninguno de los exploradores había sido capaz de dar con su paradero. ¡Luz! Problemas y más problemas.

La tercera prisionera era Naean Arawn, una mujer delgada y pálida cuyo cabello negro había perdido bastante el aspecto lustroso durante su cautividad. Esa mujer parecía haberse quebrantado antes de que Elayne la tomara prisionera, y mantenía la

distancia con las otras dos.

Los guardias hicieron avanzar a empujones a las tres mujeres y las obligaron a arrodillarse al pie del estrado donde estaba el trono. Los nobles de Cairhien regresaban por el pasillo conversando con gran bullicio después de la demostración con los dragones. Supondrían que habían visto por casualidad la escena dispuesta por Elayne.

—La corona saluda a Naean Arawn, a Elenia Sarand y a Arymilla Marne —declamó Elayne en voz alta, acallando así las conversaciones entre los nobles andoreños en la sala de audiencias y las de los cairhieninos que se acercaban por el pasillo.

De las tres prisioneras, sólo Elenia tuvo el valor de levantar la vista. Elayne la miró fijamente con una mirada pétrea hasta que la mujer se sonrojó antes de bajar la vista. Dyelin había dejado a un lado sus labores y observaba con atención.

—La corona ha pensado largo y tendido sobre vosotras tres —continuó Elayne—. Vuestra desacertada guerra contra la casa Trakand os ha dejado sin recursos, en la miseria, y vuestros vástagos o herederos han rechazado todas las peticiones de rescate. Vuestras propias casas os han abandonado.

Esta última frase resonó en la gran sala del trono. Las prisioneras se acobardaron más aún.

—Y esto plantea un dilema a la corona —prosiguió Elayne—. Vuestra perturbadora existencia nos exaspera. Quizás otras reinas habrían dejado que os pudrieseis en prisión, pero yo creo que eso hiede a indecisión. Viviríais de mis recursos y provocaríais que algunos conspiraran para liberaros.

La sala se quedó en silencio a excepción de la respiración agitada de las prisioneras.

—Esta corona no es dada a la indecisión —manifestó Elayne—. En el día de hoy, se despoja de todos los títulos y posesiones a las casas Sarand, Marne y Arawn, y sus tierras pasan a la Corona como castigo por sus delitos.

Elenia ahogó un grito al tiempo que levantaba la vista. Arymilla gimoteó y se encogió más sobre la alfombra roja con el león en el centro. Naean no reaccionó, como si estuviera ida.

De inmediato se alzó un murmullo en la sala de audiencias. Esto era peor que una ejecución. Cuando se ejecutaba a un noble, al menos se lo ejecutaba con sus títulos. Por así decirlo, una ejecución era el reconocimiento a un enemigo digno. El título y sus posesiones pasaban a su heredero y la casa sobrevivía.

Pero esto... Esto era algo que pocas reinas habrían hecho jamás.

Si Elayne confiscaba sus tierras y su fortuna para el trono, las otras casas nobles se unirían en su contra. Le resultaba fácil imaginar las conversaciones en la pequeña sala aledaña. Los cimientos de su poder se tambaleaban. Cabía la posibilidad de que

sus aliados, aquellos que habían permanecido a su lado durante el sitio y que podrían haber sido ejecutados de haber perdido la guerra, empezaran a plantearse ciertas decisiones.

Era mejor no perder tiempo. Elayne gesticuló con la mano, y los guardias obligaron a las prisioneras a ponerse de pie y las llevaron hacia un lado de la sala. Incluso Elenia, que siempre se mostraba desafiante, parecía anonadada. A decir verdad, la sentencia era como una pena de muerte, pues se suicidarían tan pronto como tuvieran ocasión antes que hacer frente a sus casas.

Birgitte sabía lo que tenía que hacer y entró en la sala con el variopinto grupo de nobles de Cairhien. Los habían invitado a ver una demostración de la nueva arma de Andor para «defenderse de la Sombra». Bertome Saighan y Lorstrum Aesnan eran los hombres más importantes del grupo.

Bertome era un hombre bajo con cierto atractivo, aunque a Elayne no le gustaba la manera en que los cairhieninos se afeitaban y empolvaban un trozo del nacimiento del pelo en la frente. Llevaba un cuchillo largo colgado de la cintura, ya que las espadas estaban prohibidas en presencia de la reina; parecía preocupado por el tratamiento que Elayne había dado a las prisioneras. Y con razón. Su prima, Colavaere, había recibido un castigo similar a manos de Rand, si bien la condena no se había extendido a toda la familia. Ella había preferido ahorcarse antes que afrontar la vergüenza.

A la muerte de Colavaere, Bertome había heredado su posición. A pesar de que había tenido mucho cuidado de no poner reparos en público al gobierno de Rand, las fuentes de Elayne lo habían identificado como uno de sus mayores críticos en Cairhien; a puertas cerradas, claro.

Lorstrum Aesnan entró en la sala con las manos enlazadas a la espalda. Era un tipo delgado, tranquilo y con tendencia a menospreciar a todos los demás. Como el resto del grupo, vestía ropa oscura y una chaqueta cruzada con bandas de los colores de su casa, al estilo cairhienino. El ascenso a su posición actual había ocurrido después de que Rand se ausentara de Cairhien. Los tiempos revueltos propiciaban progresiones rápidas. Con todo, ese hombre no se había precipitado a la hora de pronunciarse contra Rand, aunque tampoco lo había hecho a su favor. Quedarse en terreno neutral sin tomar partido le daba poder, y corrían rumores de que se planteaba la idea de apoderarse del trono.

Aparte de esos dos, los otros cairhieninos presentes eran una pequeña representación de la clase noble del país. Ailil Riatin no era la cabeza de su casa; pero, desde que había desaparecido su hermano —desaparición que cada vez tenía más visos de ser un asesinato—, ella había asumido el control. Los Riatin constituían una casa poderosa. La mujer, de mediana edad y delgada, era alta para ser cairhienina; llevaba un vestido azul oscuro con las bandas de colores de su casa y la

falda acampanada por los aros de la enagua. No hacía mucho que su familia había ocupado el Trono del Sol, si bien había sido durante un periodo de tiempo relativamente corto. Se sabía que era una de las partidarias de Elayne más elocuentes y entusiastas.

Lord y lady Osiellin, lord y lady Chuliandred, lord y lady Hamarashle y lord Mavabwin se habían agrupado detrás de los nobles de más importancia. Formaban un conjunto de cabellos bien peinados y frentes empolvadas, las mujeres con vestidos amplios y los hombres con pantalón y chaqueta de mangas rematadas con encaje en los puños. Todos entraban en la categoría de la nobleza de segunda fila y, casi con absoluta seguridad, todos —por una u otra razón— representarían un obstáculo en el camino de Elayne.

—Milores, damas —se dirigió a ellos Elayne, nombrando a cada casa por turno—. ¿Habéis disfrutado de la demostración de Andor?

—Así es, majestad, mucho —respondió el larguirucho Lorstrum con una grácil inclinación de cabeza—. Esas armas son... fascinantes.

Por supuesto, buscaba recabar información. Elayne bendijo a sus tutores por insistir en que entendiera el Juego de las Casas.

—Todos sabemos que la Última Batalla se acerca con rapidez —dijo Elayne—. Pensé que sería mejor que Cairhien supiera la fuerza de su mayor y más próximo aliado. En un futuro próximo, habrá ocasiones en que tendremos que confiar el uno del otro.

—Cierto, majestad —convino Lorstrum.

—Majestad —intervino el bajo Bertome, que dio un paso al frente y se cruzó de brazos—, os aseguro que Cairhien se regocija de la fuerza y la estabilidad de Andor.

Elayne se quedó mirándolo. ¿Acaso le estaba ofreciendo apoyo? No; a juzgar por las apariencias, también buscaba información. Se estaría preguntando si Elayne iba a proclamarse candidata al Trono del Sol. Sus intenciones ya tendrían que ser obvias para entonces, porque enviar soldados de la Compañía a la ciudad había sido un movimiento obvio. Casi demasiado obvio para la sutileza de los cairhieninos.

—Ojalá Cairhien gozara de una estabilidad parecida —dijo Elayne eligiendo las palabras con cuidado.

Varios de los presentes asintieron, sin duda con la esperanza de que tuviera la intención de ofrecer el trono a alguno de ellos. Si Andor respaldase a cualquiera de ellos, eso garantizaría la victoria a la persona elegida. Y a su vez haría que tuviera a un rey o reina a su favor.

Otros habrían urdido tal estratagema. Ella no. El Trono del Sol sería suyo.

—La ascensión a un trono es un asunto muy delicado —argüyó Lorstrum—. En el pasado, ha resultado ser... peligroso. Ése es el motivo de que mucha gente se muestre vacilante.

—Oh, sin lugar a dudas. No envidio la incertidumbre que ha reinado en Cairhien en los últimos meses. —Había llegado el momento. Elayne respiró hondo—. Si se tiene en cuenta el poder de Andor, se podría pensar que éste es el momento más propicio para forjar alianzas firmes. De hecho, hace poco que el trono ha adquirido varios predios, unas heredades de no poca importancia, y acabo de caer en la cuenta de que no hay nadie que administre esas propiedades.

Se hizo el silencio. Los susurros en la sala contigua cesaron. ¿Habrían escuchado bien? ¿Elayne estaba ofreciendo tierras de Andor a la nobleza de otra nación?

Elayne reprimió una sonrisa. Poco a poco, varios de ellos se dieron cuenta de a qué se refería. Lorstrum sonrió de manera taimada y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza casi imperceptible.

—Cairhien y Andor han compartido lazos de hermandad desde hace mucho tiempo —continuó Elayne, como si se le hubiera acabado de ocurrir esa idea—. Nuestros lores se han unido en matrimonio con vuestras damas, al igual que nuestras damas los han hecho con vuestros lores. Compartimos lazos de sangre y afecto comunes. Creo que la sabiduría de algunos lores de Cairhien sería un gran complemento para mi corte e incluso tal vez para instruirme sobre la herencia cultural de la familia de mi padre.

Elayne miró a Lorstrum a los ojos. ¿Mordería el anzuelo? Sus tierras en Cairhien eran pequeñas y su influencia grande, pero sólo de momento, y eso podía dar un vuelco. Las posesiones que había confiscado a las tres prisioneras se contaban entre las más codiciables de su reino.

Lorstrum tenía que morderlo. Si ocupaba el trono de Cairhien a la fuerza, el pueblo y los nobles se rebelarían contra ella; cosa que, si sus sospechas eran ciertas se debía en gran medida a las maniobras de Lorstrum.

Pero ¿y si otorgaba tierras andoreñas a algunos nobles de Cairhien? ¿Y si creaba múltiples lazos entre los dos reinos? ¿Y si demostraba que no los iba a desposeer de sus títulos sino que, por el contrario, estaba dispuesta a entregar unos feudos mayores a algunos de ellos? ¿Sería suficiente para demostrar que no quería apropiarse de las tierras de la nobleza de Cairhien para así dársela a su propia gente? ¿Calmaría de ese modo sus recelos?

Lorstrum le sostuvo la mirada.

—Veo un gran potencial en forjar alianzas.

Bertome asintió en un gesto de comprensión.

—También soy de la opinión de que eso es factible.

Por supuesto, ninguno de los dos cedería sus tierras en Cairhien. Su interés se limitaba a obtener posesiones en Andor. Ricas posesiones.

El resto de los nobles se miraron los unos a los otros. Lady Osiellin y lord Mavabwin fueron los dos primeros en comprender lo que pasaba. Hablaron a la vez

para ofrecer su alianza.

Procurando contener la ansiedad que le aceleraba los latidos del corazón, Elayne se recostó en el respaldo del trono.

—Sólo me queda una heredad más que otorgar —dijo—. Supongo que podría dividirla.

También le daría una parte a Ailil para congraciarse con ella y recompensarla por su apoyo. Era el momento de pasar a la segunda parte de su plan.

—Lady Sarand —llamó Elayne en voz alta.

Elenia, con su vestido harapiento, avanzó hasta ella.

—La corona no carece de clemencia —dijo Elayne—. Andor no os puede perdonar por todo el dolor y el sufrimiento que habéis causado. Pero a otros países no les atañen tales recuerdos. Decidme, si la corona os brindara otra oportunidad en unas tierras nuevas, ¿la aprovecharíais?

—¿Nuevas tierras, majestad? —preguntó Elenia—. ¿De qué tierras habláis?

—La unificación entre Andor y Cairhien ofrecería muchas oportunidades —explicó Elayne—. Quizás habéis oído hablar de la alianza de la corona con Ghealdan, así como de la reciente reactivación en las comarcas occidentales del reino. Éste es un momento de grandes oportunidades. Si encontrara un lugar en Cairhien para vos y vuestro esposo donde establecer de nuevo vuestra casa, ¿aceptaríais mi oferta?

—Yo... Desde luego que lo consideraría, majestad —respondió Elenia, con un dejo de renovada esperanza.

Elayne miró a los nobles cairhieninos.

—Para que eso fuera así —empezó Elayne—, necesitaría autoridad para hablar también en nombre de Cairhien, no sólo de Andor. ¿Cuánto tiempo creéis que se necesita para resolver esta situación?

—Devolvedme a mi patria a través de uno de esos extraños accesos y dadme una hora —respondió Lorstrum.

—Yo sólo necesito media hora, alteza —interrumpió Bertome con la mirada clavada en Lorstrum.

—Una hora. —Elayne levantó las manos—. Preparadlo bien.

—De acuerdo —empezó Birgitte cuando se cerró la puerta de la pequeña sala—. En nombre de la jodida mano izquierda del Oscuro, ¿qué acaba de pasar ahí fuera?

Elayne tomó asiento. ¡Había funcionado! O, al menos, daba la impresión de que iba a hacerlo. El sillón aterciopelado era de agradecer después de la rigidez del Trono del León. Dyelin se sentó a su derecha y Morgase, a su izquierda.

—Lo que acaba de pasar —dijo Morgase— es que mi hija es una persona brillante.

Elayne sonrió, agradecida. Birgitte, por lo contrario, frunció el entrecejo. Elayne

percibía la confusión de la mujer. No había nadie más en la sala, sólo ellas cuatro; tendrían que esperar una hora para ver los verdaderos resultados de la maniobra de Elayne.

—Vale, así que has otorgado un montón de tierras andoreñas a los nobles de Cairhien —insistió Birgitte.

—Un soborno —respondió Dyelin. No parecía estar tan convencida como Morgase—. Una maniobra inteligente, majestad, pero peligrosa.

—¿Peligrosa? —preguntó Birgitte—. ¡No fastidiéis! ¿Alguien puede explicar a la idiota de una servidora cómo va a ser eso una maniobra brillante o inteligente? ¡Pues ni que Elayne acabase de inventar el soborno!

—Ha sido mucho más que un regalo —explicó Morgase. Por extraño que pudiera parecer, comenzó a servir té a las demás. Elayne no recordaba haber visto a su madre hacer tal cosa jamás—. El mayor obstáculo que había entre Elayne y Cairhien era que se la viera como una conquistadora.

—Sí, ¿y...? —replicó Birgitte.

—Y ha creado lazos entre los dos reinos —contestó Dyelin al tiempo que aceptaba la taza de té negro de Tremalking que le ofrecía Morgase—. Al otorgar a ese grupo tierras en Andor, se demuestra que Elayne no va a relegar o a empobrecer a la nobleza de Cairhien.

—Y, además de lo expuesto —concluyó Morgase—, de ese modo Elayne no será un caso excepcional. Si se hubiese limitado a ocupar el trono, se habría apoderado de sus tierras y sería la única persona que tendría posesiones en ambos reinos. En cambio, ahora será una de tantos.

—Pero sigue siendo peligroso —argüyó Dyelin—. Lorstrum no accedió por el soborno.

—¿Ah, no? —preguntó Birgitte con el entrecejo fruncido—. ¿Entonces...?

—Tiene razón —dijo Elayne y dio un sorbo de su taza de té—. Accedió porque vio la oportunidad que le brindaba de hacerse con los dos tronos.

La sala se sumió en un silencio sepulcral.

—¡Qué jodienda! —soltó Birgitte.

Dyelin asintió.

—Te has creado unos enemigos que podrían derrocarte, Elayne —le dijo—. Si te ocurriese algo, es muy probable que cualquiera de esos dos, Lorstrum o Bertome, intentara apoderarse de los dos reinos.

—Cuento con ello —respondió Elayne—. Ahora mismo, son los nobles con mayor poder de Cairhien, sobre todo porque Dobraine aún no ha regresado de dondequiera que se lo llevara Rand. Con ellos dos apoyando la idea de tener un monarca común, tenemos la posibilidad de conseguir mi propósito.

—Sólo te apoyarán porque ven la posibilidad de erigirse ellos soberanos de los

dos reinos —dijo Dyelin.

—Mejor escoger a tus enemigos que desconocer a quién te enfrentas —contestó Elayne—. Básicamente, he limitado el número de competidores. Vieron los dragones y eso ha despertado la envidia en ellos. Les ofrecí no sólo la oportunidad de tener acceso a esas armas, sino que además les he duplicado su riqueza. Para colmo, les he dado la esperanza de que tal vez, algún día, ellos también podrían ser nombrados rey.

—En ese caso, intentarán asesinarte —replicó con sequedad Birgitte.

—Quizá. —Fue la respuesta de Elayne—. O tal vez buscarán desacreditarme. Pero aún tardaran. Unos diez años, supongo. Si lo hicieran ahora, se arriesgarían a que las dos naciones volvieran a separarse. No, primero buscarán establecerse y disfrutar de su riqueza. Sólo actuarán una vez que estén convencidos de que la situación es estable y de que yo he bajado la guardia. Por suerte, que sean dos me permitirá provocar un enfrentamiento entre ellos. Pero por el momento he ganado dos aliados poderosos que, por encima de todas las cosas, desean que me haga con el Trono del Sol. Me entregarán la corona ellos mismos.

—¿Qué hay de las prisioneras? —inquirió Dyelin—. ¿Elenia y las otras dos? ¿De verdad tienes la intención de buscarles otro feudo?

—Sí. En realidad, el trato que han recibido es más que benévolo. No sólo la corona asume sus deudas, sino que les da la oportunidad de empezar de cero en Cairhien, si es que todo esto tiene éxito. Será beneficioso que la nobleza de Andor reciba tierras en Cairhien, aunque lo más probable es que tengan que ser de mi realengo.

—Vas a estar rodeada de enemigos —dijo Birgitte, meneando la cabeza.

—Como de costumbre —respondió Elayne—. Por suerte, te tengo a ti para que me guardes, ¿verdad?

Sonrió a la Guardiana, pero sabía que Birgitte notaba a través del vínculo que estaba nerviosa. Iba a ser una hora de espera muy larga.

CAPÍTULO 51

Una prueba

A Min se le erizó el vello de la nuca al asir la espada de cristal. *Callandor*. Había oído contar relatos de esta espada desde que era una niña, historias fantásticas de la lejana Tear y de la extraña Espada que no es una Espada. Pero en ese momento ella la sostenía en las manos.

Era mucho más ligera de lo que había imaginado. La hoja cristalina absorbía la luz de las lámparas y jugaba con ella. Daba la impresión de que rielaba en exceso. Incluso cuando ella estaba inmóvil, la luz en el interior de la espada titilaba. El cristal era suave. Y cálido. Casi daba la sensación de estar vivo.

Rand se hallaba enfrente de ella, con la vista puesta en la espada. Se encontraban en sus aposentos de la Ciudadela de Tear, acompañados por Cadsuane, Narishma, Merise, Naeff y dos Doncellas.

Rand alargó la mano para tocar el arma. Min lo miró, y una visión cobró vida encima de él. Una espada brillante, *Callandor*, asida por una mano negra. Min sofocó un grito.

—¿Qué has visto? —le preguntó con suavidad Rand.

—*Callandor*, asida por un puño. La mano parecía estar hecha de ónice.

—¿Tienes idea de lo que significa?

Min negó con la cabeza.

—Deberíamos volver a guardarla —advirtió Cadsuane.

La Aes Sedai estaba de pie, con la espalda bien recta y cruzada de brazos. Lucía un vestido marrón y verde, unos colores terrosos que suavizaban los adornos prendidos en el cabello canoso. Chascó la lengua.

—Sacar ahora ese objeto es una imprudencia, chico —añadió.

—Tomo nota de tus objeciones —replicó Rand.

Acto seguido retiró el *sa'angreal* de las manos de Min y lo deslizó en una vaina que llevaba sujeta a la espalda. Al costado, metida en la vaina pintada con los dragones en rojo y dorado, llevaba colgada de nuevo la antiquísima espada. Había dicho que la consideraba una especie de símbolo que para él representaba el pasado, mientras que, en cierto sentido, *Callandor* representaba el futuro.

—Rand. —Min le asió el brazo—. Mi investigación... Recuerda que todo apunta a que *Callandor* tiene un defecto mayor aún que el que ya hemos descubierto. Esa visión refuerza lo que ya te he comentado con anterioridad. Me preocupa que la utilicen contra ti.

—Sospecho que así será —convino Rand—. Todo cuanto hay en este mundo se

ha utilizado en mi contra. Narishma, abre un acceso, por favor. Ya hemos hecho esperar a esos fronterizos bastante tiempo.

El Asha'man asintió y sonaron las campanillas que llevaba trenzadas en el cabello. Rand se volvió hacia el otro encauzador.

—Naeff, ¿aún no hemos recibido respuesta de la Torre Negra?

—No, milord —respondió el Asha'man alto.

—Me ha sido imposible Viajar allí —dijo Rand—. Eso entraña que hay un gran problema, mayor de lo que me temía. Utiliza este tejido; hará que cambies de aspecto. Viaja a un lugar que esté a un día de distancia a caballo de la Torre Negra. Ve allí y métete a hurtadillas, a ver qué puedes descubrir. Y préstales ayuda, si es posible. Cuando des con Logain y aquellos que le son leales, transmíteles un mensaje de mi parte.

—¿Qué mensaje, milord?

—Diles... —empezó Rand; parecía distante—. Diles que me equivoqué. Diles que no somos armas. Somos hombres. Tal vez eso sirva de algo. Y ve con cuidado, podría ser peligroso. Después, vuelve a informarme. Tendré que arreglar cosas en la Torre Negra, pero no sería de extrañar que allí me diera de bruces con una trampa más peligrosa que las que he logrado evitar hasta el momento. Problemas... Tantos problemas que necesitan solución. Y yo sólo soy uno. Ve en mi lugar, Naeff, por ahora. Necesito información.

—Yo... Sí, milord.

El Asha'man parecía confuso, pero abandonó la habitación para obedecer las órdenes recibidas.

Rand respiró hondo y se frotó el muñón del brazo izquierdo.

—Vamos.

—¿Estás seguro de que no quieres que nos acompañe más gente, Rand? —preguntó Min.

—Sí, lo estoy. Cadsuane, estáte preparada para abrir un acceso y sacarnos de allí si llega el caso.

—Vamos a Far Madding, chico —respondió Cadsuane—. Seguro que no habrás olvidado que es imposible tocar la Fuente mientras estamos en la ciudad, ¿verdad?

Rand sonrió.

—Pero tú luces una red paralis completa en el pelo, la cual incluye un Pozo. Estoy convencido de que mantienes la reserva al máximo, y eso bastará para abrir un solo acceso.

El rostro de Cadsuane se tornó inexpresivo.

—Jamás he oído mencionar algo llamado red paralis.

—Cadsuane Sedai —dijo Rand sin alzar la voz—, tu red tiene algunos adornos que no reconozco. Supongo que será una creación que data de después del

Desmembramiento. Pero yo estuve presente cuando se diseñaron las primeras y llevé puesta la versión masculina original.

Se hizo el silencio en la habitación.

—Bueno, chico —dijo, al fin, Cadsuane—, tú...

—¿Alguna vez vas a dejar de tratarme con esa afectación, Cadsuane Sedai? —preguntó Rand—. ¿Por qué sigues llamándome «chico»? Ya no me molesta, pero resulta extraño. El día que morí en la Era de Leyenda tenía más de cuatrocientos años. Supongo que debes de ser varias décadas más joven que yo, por lo menos. Mi comportamiento contigo es respetuoso. Tal vez lo correcto sería que me dieses el mismo trato. Si lo deseas, puedes llamarme Rand Sedai. Que yo sepa, soy el único Aes Sedai vivo que fue ascendido como es debido y que nunca se pasó a la Sombra.

Cadsuane palideció de manera notable. La sonrisa de Rand se tornó amable.

—Querías venir a bailar con el Dragón Renacido, Cadsuane. Soy lo que tengo que ser. Estate tranquila. Te enfrentas a Renegados, pero a tu lado tienes a uno que es tan antiguo como ellos. —Apartó la vista de Cadsuane, y en sus ojos apareció una expresión ausente—. En fin, ojalá tener muchos años fuera indicio de ser muy sabio. Un deseo tan fácil de conseguir como que el Oscuro nos deje en paz.

Rand tomó a Min por el brazo y juntos atravesaron el acceso de Narishma. Al otro lado, un pequeño grupo de Doncellas aguardaba en un claro rodeado de árboles, vigilando los caballos. Min montó. Advirtió el gesto reservado de Cadsuane. Y hacía bien. Cuando Rand hablaba de esa manera, Min se sentía más preocupada de lo que quería admitir.

Abandonaron la pequeña arboleda y se dirigieron hacia Far Madding, una impresionante ciudad construida en una isla que se alzaba en medio de un lago. Y alrededor de éste se levantaba el campamento de un gran ejército con cientos de estandartes al viento.

—Siempre ha sido una ciudad importante, ¿sabes? —le dijo Rand, que cabalgaba a su lado, abismada la mirada—. El Guardián es más moderno, pero la ciudad existía desde mucho antes. Aren Deshar, Aren Mador, Far Madding. Aren Deshar, una espina que siempre tuvimos clavada en el costado. El enclave de los Incastar, aquellos con miedo al progreso, con miedo a las maravillas. Al final resultó que hacían bien, que había motivos para tener miedo. Ojalá hubiera hecho caso a Gilgame...

—Rand... —dijo Min con un hilo de voz, aunque lo sacó de su ensueño.

—¿Sí?

—¿Es verdad lo que has dicho? ¿Tienes cuatrocientos años?

—Estoy cerca de los cuatrocientos cincuenta, supongo. ¿Los años que he vivido en esta era se suman a los anteriores? —La miró—. Estás preocupada, ¿verdad? ¿Te inquieta que ya no sea yo, el hombre al que conociste, el pastor cabeza hueca?

—Tienes todo eso en tu mente... ¡Tanto pasado, tantas vivencias!

—Son sólo recuerdos —respondió Rand.

—Pero también eres él. Hablas como si fueras la persona que intentó sellar la Perforación. Como si hubieras conocido personalmente a los Renegados.

Rand cabalgó en silencio durante un tiempo.

—Sí, supongo que soy él, Min, aunque no te has dado cuenta de una cosa. Puede que yo, Rand, sea Lews ahora. Siempre lo he sido. Pero, asimismo, Lews siempre ha sido Rand. No voy a cambiar sólo porque haya recordado que... era el mismo. Yo soy yo y siempre lo he sido.

—Lews Therin estaba loco.

—Al final —respondió Rand—. Y sí, también cometió errores. Yo cometí errores. Me volví arrogante, me pudo la desesperación. Pero esta vez hay una diferencia. Una diferencia muy grande.

—¿Cuál es?

—Que esta vez me criaron mejor —respondió con una sonrisa.

Min se dio cuenta de que ella también sonreía.

—Min, tú me conoces. Te prometo que ahora me siento más yo mismo de lo que me he sentido durante meses. Más incluso de lo que me sentí siendo Lews Therin, si es que hay algo de lógica en lo que digo. Es por Tam, por la gente que he tenido a mi alrededor. Perrin, Nynaeve, Mat, Aviendha, Elayne, Moraine y tú. Él ha intentado quebrantarme con todas sus mañas, Min, y creo que, si yo hubiera sido el mismo que fui antaño, lo habría conseguido.

Cabalgaron a través de la pradera que se extendía alrededor de Far Madding. Al igual que en cualquier otro sitio, el color verde se había esfumado dejando sólo tonos amarillos y pardos. E iba de mal en peor.

«Finge que está hibernando —se dijo Min para sus adentros—. Pero la tierra no está muerta. Espera a que pase el invierno.”

Un invierno de tormentas y guerra.

Narishma, que cabalgaba detrás de ella, ahogó una exclamación. Min se giró sobre la silla para mirarlo. El gesto del Asha'man se había vuelto pétreo. A juzgar por ese rictus, debían de haber entrado en el radio de acción del Guardián. Rand no mostró ninguna señal de haberse percatado. Tampoco parecía tener problemas con los mareos a la hora de encauzar, lo que era un gran alivio. ¿O sólo lo fingía?

Min centró la mente en la tarea que tenían entre manos. Los ejércitos de las Tierras Fronterizas no habían dado en ningún momento una explicación de por qué habían desafiado la tradición y la lógica al marchar hacia el sur en busca de Rand. Se los necesitaba con desesperación. La intervención de Rand en Maradon había salvado lo que quedaba de la ciudad, pero eso se repetía a lo largo de toda la frontera con la Llaga...

Un grupo de veinte soldados interceptó a la comitiva de Rand mucho antes de que llegara a las inmediaciones del ejército. Llevaban las lanzas en alto y en ellas ondeaban unos banderines largos y estrechos y de color rojo como la sangre. Rand se detuvo y dejó que se acercaran ellos.

—Rand al'Thor —llamó un hombre—, venimos en representación de la Coalición de la Frontera. Os proporcionaremos escolta.

Rand asintió y la comitiva reemprendió la marcha. Esta vez, con escolta.

—No se han dirigido a ti como lord Dragón —le susurró Min.

Rand respondió con un cabeceo, pensativo. Quizá los fronterizos no creían que él fuera el Dragón Renacido.

—No te muestres arrogante con ellos, Rand al'Thor —advirtió Cadsuane, que había puesto su caballo a la altura del de Rand—. Pero tampoco te amedrentes. La gente de las Tierras Fronterizas suele reaccionar a la firmeza cuando la ve.

Vaya, Cadsuane había llamado a Rand por su nombre en lugar de «chico». Un cambio con visos de victoria; Min no pudo reprimir una sonrisa.

—Tendré preparado el acceso —continuó Cadsuane en voz queda—, pero será muy pequeño. Con el Pozo sólo lograré abrirlo de un tamaño que tendremos que pasar arrastrándonos por él. No habría que llegar a esos extremos. Esa gente luchará por ti. Querrá luchar por ti. Sólo una estupidez mayúscula lo impediría.

—Hay algo más, Cadsuane Sedai —respondió Rand, también en voz muy baja—. Por alguna razón, vinieron al sur. Es una prueba y no sé la manera de afrontarla... Pero aprecio tu consejo.

Cadsuane asintió con la cabeza.

Al cabo, Min alcanzó a ver una hilera de gente que esperaba al frente del ejército, miles de soldados en formación. Había saldaeninos, con las piernas arqueadas; shienarianos, con el típico mechón de pelo en la coronilla y la cabeza afeitada; arafelinos, cada soldado con dos espadas cruzadas a la espalda; y kandoreses con las barbas bifurcadas.

El grupo de cabeza no montaba a caballo, sino que esperaba de pie y estaba formado por dos hombres y dos mujeres que vestían ropas de calidad. Cada cual acompañado por una mujer que, sin lugar a dudas, era Aes Sedai, y alguno tenía uno o dos sirvientes detrás.

—La primera mujer de ese grupo es la reina Ethenielle —susurró Cadsuane—. Es severa, sí, pero justa. Tiene fama de injerirse en los asuntos de los reinos del sur, así que sospecho que los demás dejarán que tome la iniciativa hoy. El hombre apuesto que está junto a ella es Paitar Nachiman, rey de Arafel.

—¿Apuesto? —preguntó Min, sin dejar de mirar al rey arafelino entrado en años y afectado por la calvicie—. ¿Él?

—Depende del punto de vista de cada cual, muchacha —le respondió Cadsuane

sin alterarse—. En otro tiempo era famoso por su cara y en la actualidad aún lo es por su espada. A su lado está el rey Easar Togita, de Shienar.

—Parece muy triste —comentó Rand—. ¿A quién ha perdido?

Min frunció el entrecejo. A ella no le parecía que estuviera triste en especial. Solemne, quizás.

—Es un fronterizo —manifestó Cadsuane—. Ha luchado contra los trollocs toda su vida. Habrá perdido a más de una persona querida, supongo. Su mujer murió hace unos años. Dicen que tiene alma de poeta, pero es un hombre austero. Si consiguieras ganarte su respeto, sería muy importante.

—Entonces, la última es Tenobia —dijo Rand acariciándose el mentón—. Ojalá Bashere estuviera con nosotros.

Bashere le había dicho a Rand que presentarse ante Tenobia sería como echar más leña al fuego, y Rand había prestado oídos al criterio del mariscal.

—Tenobia es un fuego sin control —siguió Cadsuane—. Joven, impertinente y temeraria. No dejes que te arrastre a una discusión.

Rand asintió en silencio.

—¿Min? —preguntó.

—Tenobia tiene una lanza cernida sobre la cabeza. Ensangrentada, pero brillante a la luz. Ethenielle se desposará pronto. Sé que es así por las palomas blancas. Planea hacer algo peligroso hoy, de modo que ten cuidado. Los otros dos tienen varias espadas, escudos y flechas cernidos sobre ellos. Ambos lucharán pronto.

—¿En la Última Batalla? —preguntó Rand.

—No lo sé —admitió Min—. Podría ser aquí, hoy.

La escolta los llevó ante los cuatro monarcas. Rand desmontó y palmeó el cuello de *Tai'daishar* al tiempo que el caballo resoplaba. Min iba a desmontar, al igual que Narishma, pero Rand los atajó con un gesto de la mano.

—Condenado necio —murmuró Cadsuane al lado de Min con una voz tan queda que nadie más lo oyó—. Me pide que esté preparada para sacarlo de aquí, ¿y ahora nos deja atrás?

—Lo más probable es que se refiriera a que me sacarais a mí de aquí —susurró Min a su vez—. Conociéndolo, está más preocupado por mi seguridad que por la suya. —Hizo una pausa—. Condenado necio.

Cadsuane le echó una ojeada y esbozó una sonrisa antes de volver a mirar a Rand.

Rand caminó hacia los monarcas y se detuvo ante ellos. Levantó los brazos y los abrió a los costados, como si les preguntase qué era lo que querían de él.

Ethenielle fue la primera en hablar, tal como Cadsuane había previsto. Era una mujer rolliza que llevaba el oscuro cabello recogido en la nuca de forma que le dejaba la cara despejada. Se acercó a Rand acompañada por un hombre que portaba en el antebrazo una espada envainada, con la empuñadura apuntando hacia la reina.

Cerca, las Doncellas avanzaron para situarse junto a Rand sin apenas hacer ruido. Como de costumbre, daban por supuesto que la orden de quedarse atrás no les atañía.

Ethenielle alzó la mano y le cruzó la cara a Rand.

Narishma barbotó una maldición. Las Doncellas se cubrieron con los velos y sacaron las lanzas. Min taconeó su montura y atravesó la línea de guardias.

—¡Alto! —gritó Rand alzando la mano. Buscó a las Doncellas con la mirada.

Min detuvo a su yegua y le dio unas palmadas en el cuello para tranquilizarla; estaba muy nerviosa, como era de esperar. Las Doncellas se retiraron, aunque no las tenían todas consigo. Cadsuane aprovechó la confusión para avanzar con su caballo hasta donde estaba Min.

Rand dirigió de nuevo la vista hacia la reina y se frotó la mejilla.

—Espero que ésta sea una forma tradicional de saludar en Kandor, majestad.

La mujer enarcó una ceja e hizo un ademán con la mano. El rey Easar de Shienar se acercó y asestó un revés a Rand en la boca, con el dorso de la mano; la fuerza del golpe hizo que Rand se tambaleara.

Rand se puso erguido y otra vez tuvo que hacer un gesto a las Doncellas para que se quedaran atrás. Miró a Easar a los ojos. Un hilillo de sangre le resbaló por la barbilla. El rey shienariano se quedó mirándolo durante unos instantes, tras lo cual asintió con la cabeza y se retiró.

Tenobia vino a continuación y le dio una bofetada a Rand con la mano izquierda, un golpe tan fuerte que resonó en el aire. Min sintió una repentina punzada de dolor proveniente de Rand. Después, Tenobia sacudió la mano.

El último fue el rey Paitar. El arafelino, entrado en años y con unos pocos mechones ralos de pelo, se acercó con las manos a la espalda, pensativo. Llegó junto a Rand y, con los dedos, enjugó la sangre que Rand tenía en la mejilla; a continuación, le atizó un revés tan violento que Rand cayó de hinojos mientras le salía una rociada de sangre de la boca.

Min no pudo quedarse al margen ni un segundo más.

—¡Rand! —gritó al tiempo que desmontaba y corría a su lado. Se acercó a él y lo sostuvo mientras fulminaba con la mirada a los monarcas—. ¿Cómo osáis? ¡Vino a vosotros en paz!

—¿En paz? —respondió Paitar—. No, jovencita, no vino a este mundo en paz. Lo ha sumido en el miedo, el caos y la destrucción.

—Tal como anunciaron las profecías que haría —intervino Cadsuane acercándose a Min, que ayudaba a Rand a ponerse de pie—. Le echáis a la espalda todo el peso de una era. Uno no contrata a un hombre para que reconstruya su casa y luego le echa en cara que tenga que derribar una pared para hacer el trabajo.

—Eso presupondría que es el Dragón Renacido. —Tenobia se cruzó de brazos—. Nosotros...

Enmudeció cuando Rand, ya de pie, desenvainó *Callandor* y la hoja brillante salió de la funda con un sonido chirriante. Rand sostuvo el arma ante sí.

—¿Negáis la evidencia, reina Tenobia, Escudo del Norte y Espada de la Frontera de la Llaga, Cabeza Insigne de la casa Kazadi? ¿Veis esta arma y aun así me tacháis de falso dragón?

La intervención de Rand hizo que guardara silencio. Situado a un lado, Easar asintió con la cabeza. Detrás de ellos, las filas de soldados contemplaban en silencio la escena, con lanzas, picas y escudos en alto. Como si saludaran. O como si se preparasen para atacar. Min alzó la vista y distinguió las vagas siluetas de las personas que habían subido a las murallas de Far Madding para observar.

—Procedamos —aprestó Easar—. Ethenielle...

—De acuerdo —respondió la mujer—. Escuchadme con atención, Rand al'Thor. Aunque demostréis ser el Dragón Renacido, hay muchas cosas de las que tenéis que dar cuenta.

—Os podéis cobrar ese precio con mi piel, Ethenielle —respondió Rand sin levantar la voz; volvió a envainar a *Callandor*—. Pero sólo después de que el Oscuro tenga su cita conmigo.

—Rand al'Thor —dijo Paitar—, quiero haceros una pregunta. Vuestra respuesta determinará cómo acabará el día de hoy.

—¿Qué tipo de pregunta? —inquirió Cadsuane.

—Cadsuane, por favor —atajó Rand, alzando la mano—. Lord Paitar, lo veo en vuestros ojos. Sabéis que soy el Dragón Renacido. ¿Es necesaria esa pregunta?

—Es vital, lord al'Thor —respondió el rey de Arafel—. Es lo que nos trajo hasta aquí a pesar de que mis aliados no lo supieran cuando partimos. Yo siempre os he tenido por el Dragón Renacido. Por esa razón, mi búsqueda ha sido aún más vital.

Min frunció el entrecejo. El monarca se llevó la mano a la empuñadura de la espada, como si se preparara para atacar. Las Doncellas se pusieron aún más alerta. Con sobresalto, Min se dio cuenta de que el rey Paitar estaba cerca de Rand. Demasiado cerca.

«Puede desenvainar y descargar la espada contra el cuello de Rand en un abrir y cerrar de ojos —se dijo—. Paitar se ha situado en una posición que le permite atacar.»

Sin embargo, Rand no apartó la mirada de los ojos del monarca.

—Preguntadme.

—¿Cómo murió Tellindal Tirraso?

—¿Quién? —preguntó Min, que miró a Cadsuane.

La Aes Sedai negó con la cabeza, desconcertada.

—¿Cómo sabéis ese nombre? —demandó Rand.

—Responded a la pregunta —dijo Easar, con la mano en la empuñadura y el cuerpo tenso.

Alrededor del grupo, las tropas se aprestaron.

—Era una escribiente que vivió en la Era de Leyenda —respondió Rand—. Cuando Demandred vino por mí tras constituir los Ochenta y Uno... Tellindal cayó en el combate... Unos rayos desde el cielo... Su sangre en mis manos... ¡¿Cómo sabéis ese nombre?!

Ethenielle miró a Easar, luego a Tenobia y por último a Paitar. Este asintió con la cabeza, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro que parecía de alivio. Apartó la mano de la empuñadura de la espada.

—Rand al'Thor —comenzó Ethenielle—, Dragón Renacido, ¿seríais tan amable de sentaros a hablar con nosotros? Responderemos a todas vuestras preguntas.

—¿Por qué nunca he oído hablar de esta mal llamada profecía? —preguntó Cadsuane.

—Porque su naturaleza requería secretismo —respondió Paitar.

Todos estaban sentados en cojines dentro de una gran tienda situada en el centro del campamento del ejército fronterizo. Estar rodeada así le producía comezón a Cadsuane, pero ese chico necio —siempre sería un chico necio, sin importar la edad que tuviera— parecía estar completamente tranquilo.

Había trece Aes Sedai esperando en el exterior de la tienda al no ser ésta lo bastante grande para dar cabida a todos. Trece. Pero al'Thor ni pestañeó. ¿Qué hombre capaz de encauzar se sentaría rodeado de trece Aes Sedai y no empezaría a sudar?

«El chico ha cambiado —se dijo para sus adentros—. No vas a tener más remedio que aceptarlo.» Aunque eso no quería decir que no fuera a necesitarla más. Los hombres se volvían demasiado confiados. Tras unos pocos éxitos, tropezaría con sus propios pies y se daría de bruces con una situación apurada.

Pero... En fin, que estaba orgullosa de él. A regañadientes, pero orgullosa. Un poco.

—La profecía proviene de un Aes Sedai de mi estirpe —continuó Paitar; el hombre de cara cuadrada dio un sorbo de la pequeña taza de té—. Mi ancestro, Reo Myershi, era el único que la conocía y ordenó que las frases se preservaran y se transmitieran de monarca en monarca para cuando llegara este día.

—Decídmelas, por favor —pidió Rand.

—«¡Lo veo ante vosotros! —citó Paitar—. A él, el que vive muchas vidas, el que da muerte, el que levanta montañas. Romperá lo que tiene que romper, pero antes se yergue ante nuestro rey. ¡Lo haréis sangrar! Medid su dominio de sí mismo. ¡Que hable! ¿Cómo murió la caída? Tellindal Tirraso, muerta por la mano de aquél, de la oscuridad que sobrevino el día después de la luz. Debéis preguntarle. Conoced vuestro destino. Si no respondiera...»

La voz de Paitar se fue apagando hasta enmudecer.

—¿Qué? —preguntó Min.

—«Si no respondiera, entonces estáis condenados —siguió Paitar—. Poned fin a su vida sin demora para que los últimos días sufran el azote de la tormenta. Para que la Luz no se consuma a manos de aquel que tiene que protegerla. Lo veo. Y lloro.»

—Entonces, vinisteis a asesinarlo —apuntó Cadsuane.

—A ponerlo a prueba —contestó Tenobia—. O eso fue lo que decidimos una vez que Paitar nos habló de la profecía.

—No sabéis lo cerca que habéis estado de perecer —replicó Rand con suavidad —. Si hubiera acudido a vuestro llamamiento un poco antes, habría contestado vuestras bofetadas con fuego compacto.

—¿Dentro del radio del Guardián? —Tenobia resopló con desdén.

—El Guardián impide entrar en contacto con el Poder Único —susurró Rand—. Sólo con el Poder Único.

«¿Qué querrá decir con eso?», se preguntó Cadsuane, fruncido el entrecejo.

—Sabíamos bien el riesgo que corríamos —contestó Ethenielle con un dejo de orgullo en la voz—. Exigí el derecho a abofetearos la primera. Nuestros ejércitos tenían orden de atacar si caíamos.

—Mi familia ha analizado las palabras de la profecía cientos y cientos de veces —explicó Paitar—. El significado parecía claro. Nuestro cometido era poner a prueba al Dragón Renacido, verificar si debíamos permitir que estuviera presente en la Última Batalla.

—Hace sólo un mes no habría tenido esos recuerdos para responderos —dijo Rand—. Fue una táctica estúpida, jugársela a cara o cruz. Si me hubierais matado, entonces todo estaría perdido.

—Era un riesgo —respondió Paitar sin alterar la voz—. Quizás hubiera surgido otro para ocupar vuestro lugar.

—No —negó Rand—. Esta profecía es como todas las demás. Una declaración de lo que podría ocurrir, no una recomendación.

—Yo lo veo de manera diferente, Rand al'Thor —contestó Paitar—. Y los demás estuvieron de acuerdo conmigo.

—Quiero dejar claro que yo no vine al sur por la profecía —apuntó Ethenielle—. Mi objetivo era ver si podía aportar algo de sentido común a este mundo. Y entonces... —La mujer se estremeció.

—¿Qué pasó? —preguntó Cadsuane.

Sorbió por primera vez el té. Tenía buen gusto. Últimamente, el té solía saber bien estando cerca al'Thor.

—Las tormentas —respondió Tenobia—. Las nieves nos dejaron atascados. Además, ha sido más difícil dar con vos de lo que esperábamos. Esos accesos...

¿Podéis enseñárselos a nuestras Aes Sedai?

—Haré que se instruya a vuestras Aes Sedai a cambio de una promesa —dijo Rand—. Me juraréis lealtad. Os necesito.

—Nosotros somos soberanos —replicó Tenobia—. No voy a doblar la cerviz con tanta facilidad como mi tío. Y tenemos que hablar de eso, por cierto.

—Nuestros juramentos son para con las tierras que protegemos —dijo Easar.

—Como queráis. —Rand se levantó—. Ya os di un ultimátum una vez, aunque me expresé mal y lo siento. Pero sigo siendo vuestra única posibilidad de llegar a la Última Batalla. Sin mí, os quedaréis aquí, a cientos de leguas de las tierras que jurasteis proteger. —Saludó con la cabeza a modo de despedida a cada uno de los monarcas mientras ayudaba a Min a ponerse en pie—. Mañana me reuniré con los otros dirigentes del mundo. Después, iré a Shayol Ghul y romperé los últimos sellos de la prisión del Oscuro. Que tengáis un buen día.

Cadsuane no se levantó. Sorbió un poco más de té. Los cuatro monarcas parecían no dar crédito a lo que habían escuchado. Bien, el chico había adquirido un cierto talento para el dramatismo.

—¡Esperad! —barbotó por fin Paitar poniéndose en pie también—. ¿Que vais a hacer qué?

Rand se volvió hacia él.

—Voy a destruir los sellos, lord Paitar. Voy a «romper lo que tengo que romper», como bien anunciaba vuestra profecía. No podéis detenerme, y menos cuando vuestras palabras prueban que lo haré. Hace poco, ayudé a evitar que Maradon sucumbiera. Pero anduvo muy cerca la cosa, Tenobia. Las murallas están destrozadas y tus hombres ensangrentados. Con ayuda, pude salvarla. Por poco. Vuestros reinos os necesitan. Por lo tanto, tenéis dos opciones: jurarme lealtad o quedaros sentados aquí y que el resto del mundo luche en vuestro lugar.

Cadsuane sorbió de la taza de té. Quizás eso había sido excederse un poco más de la cuenta.

—Os dejo para que meditéis mi oferta —dijo Rand—. Puedo daros una hora para ello. Aunque, antes de que empecéis, ¿podríais hacer llamar a una persona de mi parte? Hay un hombre en vuestro ejército llamado Hurin. Querría disculparme con él.

Los monarcas seguían sin salir de su asombro. Cadsuane se levantó para ir a hablar con las hermanas que aguardaban en el exterior de la tienda. Conocía a unas cuantas y necesitaba saber qué impresión le daban las otras. No estaba preocupada por lo que decidirían los reyes de las Tierras Fronterizas. Al'Thor se los había metido en el bolsillo.

«Otro ejército bajo su estandarte. No creí que lo lograra con éste.» Sólo un día más y todo empezaría. ¡Luz, ojalá estuvieran todos preparados!.

CAPÍTULO 52

Botas

Elayne se acomodó en la silla de *Riela*. La yegua —uno de los mejores ejemplares que había en los establos reales— pertenecía a una excelente cuadra de la raza saldaenina y tenía el pelaje y la crin de un color blanco reluciente. Incluso la silla de montar era lujosa, con el selecto cuero ribeteado en colores dorado y rojo vino. Era el tipo de silla de montar que se utilizaba para los desfiles.

Birgitte montaba sobre *Prometedor*, un enorme castrado pardo que también era uno de los caballos más veloces de los establos. La Guardiana había elegido los caballos personalmente. Por lo visto, sospechaba que tendrían que huir.

Birgitte llevaba una de las copias del medallón de cabeza de zorro creadas por Elayne, aunque la forma era diferente: un disco plateado de escaso grosor y una rosa en el haz.

Elayne llevaba otra copia envuelta en tela, dentro del bolsillo. Había intentado hacer otro *ter'angreal* esa mañana, pero se le había derretido. Por un pelo no le prendió fuego a su ayudante de cámara. Sin el medallón original para copiar, le costaba horrores. Su sueño de armar a todos los miembros de la Guardia Real con un medallón cada vez le parecía mas impracticable. A no ser que, de alguna manera, pudiera convencer a Mat para que volviera a dejarle el medallón original.

Su guardia de honor, montada ya a caballo, se situó en formación alrededor de Birgitte y de ella en la plaza de la Reina. Sólo llevaba una escolta de cien soldados: en el círculo exterior, setenta y cinco hombres y en el interior, veinticinco mujeres, todos ellos miembros de la Guardia Real. Era una fuerza reducida pero, de haberse salido con la suya, habría ido sin escolta. No podía permitirse que la vieran como una conquistadora.

—No me gusta —dijo Birgitte.

—Últimamente no te gusta nada —replicó Elayne—. Te lo juro, cada día te vuelves más quisquillosa.

—Porque tú te vuelves más insensata cada día.

—Oh, venga ya. Esto no es ni de lejos lo más insensato que he hecho.

—Sólo porque te has puesto el listón muy alto, Elayne.

—No pasará nada —respondió; miró al sur.

—¿Por qué no dejas de mirar en esa dirección?

—Por Rand —respondió Elayne. Sintió la calidez de nuevo que se extendía desde ese nudo de emociones que tenía en la mente—. Se está preparando para algo. Está inquieto. Y a la vez tranquilo. —¡Luz! Pero qué desconcertante resultaba ese hombre

a veces.

La reunión se iba a celebrar al día siguiente, si la fecha original aún seguía en vigor. Egwene estaba en lo cierto: romper los sellos sería una insensatez. Pero Rand entraría en razón.

Alise se acercó cabalgando a ella, acompañada por tres Allegadas. Sarasia, una mujer rolliza con aire de abuela; Kema, de piel oscura y cabello negro entretejido en tres trenzas; y la remilgada Nashia, de cara juvenil y con un vestido ancho que más parecía un saco.

Las cuatro se situaron al lado de Elayne. Sólo dos de ellas eran bastante fuertes en el Poder para abrir un acceso; muchas de las Allegadas eran más débiles que la mayoría de Aes Sedai. Pero con ellas dos sería suficiente, llegado el caso de que Elayne tuviera problemas para abrazar la Fuente.

—¿Podéis hacer algo para evitar que la alcancen flechas en caso de que hubiera arqueros apostados? —preguntó Birgitte—. ¿Algún tipo de tejido?

Alise ladeó la cabeza con gesto pensativo.

—Sé uno que podría servir, pero nunca lo he probado —respondió.

Otra de las Allegadas se encargó de abrir un acceso a una pradera de yerba marrón y llena de matojos a las afueras de Cairhien, donde esperaba un ejército mucho más numeroso vestido con coraza y el típico yelmo acampanado de los cairhieninos. No era muy difícil dar con los oficiales debido al uniforme oscuro con franjas de los colores de la casa a la que servían, así como por los *con* que llevaban a la espalda y sobresalían por encima de las cabezas.

Alto y de cara afilada, Lorstrum esperaba a caballo al frente de su ejército, que vestía de color verde oscuro con cuchilladas escarlata. Bertome estaba al otro lado. Daba la impresión de que contaban con el mismo número de efectivos, unos cinco mil hombres cada uno. Las otras cuatro casas habían reunido tropas de menor tamaño.

—Si querían capturarte, se lo estás sirviendo en bandeja —comentó Birgitte con tono grave.

—No hay modo de lograr mi propósito y estar a salvo a la vez... A no ser que me esconda en palacio y envíe a mis tropas. Eso conllevaría la rebelión de Cairhien y el riesgo de una caída de Andor. —Miró a la Guardiana fijamente y añadió—: Ahora soy reina, Birgitte. No podrás evitar que me acechen peligros, al igual que no podrías proteger a un soldado en un campo de batalla.

Birgitte asintió.

—No te separes de mí ni de Guybon —aconsejó la Guardiana.

El capitán Guybon se acercó montado en un castrado pinto. Con Birgitte a un lado y el capitán al otro —los dos montados en caballos más altos que el de ella— un supuesto asesino lo tendría complicado para hacer blanco sin antes dar a alguno de

sus amigos.

Y así sería el resto de su vida. Taconeó a *Riela*, y sus tropas cruzaron el acceso a suelo cairhienino. Los señores y damas nobles que esperaban al otro lado del acceso le dedicaron una reverencia desde las monturas, mucho más marcada que las que le habían hecho en la sala del trono. El espectáculo había empezado.

La ciudad se alzaba un poco más adelante, con las murallas aún ennegrecidas a causa de los incendios que habían estallado durante la batalla contra los Shaido. Elayne notó la tensión de Birgitte una vez que se cerró el acceso a sus espaldas. Las Allegadas que la rodeaban asieron la Fuente, y Alise ejecutó un tejido desconocido para Elayne que colocó alrededor del círculo interior de guardias, de forma que se creó en el aire un torbellino pequeño, pero vertiginoso.

La ansiedad de Birgitte era contagiosa, y Elayne se dio cuenta de que sujetaba las riendas con fuerza mientras *Riela* avanzaba. El ambiente era más seco en Cairhien y estaba un poco más cargado de polvo. El cielo aparecía encapotado.

Las tropas de Cairhien formaron alrededor del pequeño grupo de soldados andoreños vestidos de blanco y rojo. La mayoría de las tropas cairhieninas iban a pie, aunque también había tropas de caballería pesada, las monturas protegidas con bardas brillantes y los jinetes con largas lanzas apuntadas hacia el cielo. Todos marchaban en una formación perfecta para protegerla. O para mantenerla cautiva.

Lorstrum condujo a su semental zaino junto al círculo exterior de guardias. Guybon miró a Elayne y ella asintió, de modo que el capitan dejó que el noble se acercara.

—La ciudad está alborotada, majestad —anunció Lorstrum. Birgitte se mantenía entre la montura de Elayne y la del noble cairhienino—. Hay... rumores desafortunados en lo referente a vuestra ascensión al trono.

«Que con toda probabilidad iniciaste tú antes de que decidieras apoyarme», pensó Elayne.

—No se alzarán contra vos, ¿verdad? —le preguntó Elayne.

—Espero que no —respondió Lorstrum dedicándole una larga mirada.

El hombre lucía un gorro de color verde oscuro y vestía casaca negra que le llegaba a las rodillas, adornada con franjas horizontales del color de su casa a lo largo de la prenda. En definitiva, era el tipo de ropas que se utilizaría para acudir a un baile, lo cual proyectaba un aire de confianza. Su ejército no ocupaba la ciudad, sino que acompañaba a la nueva reina en una comitiva real.

—No es probable que haya resistencia armada. Tan sólo quería advertiros —concluyó Lorstrum.

Acto seguido, el noble le dedicó un respetuoso saludo con la cabeza. Sabía que ella lo estaba manipulando, y lo aceptaba. En los años venideros, tendría que estar atenta y no quitar ojo de encima a lord Lorstrum.

Cairhien era una ciudad de formas cúbicas, toda ella líneas rectas y torres fortificadas. A pesar de que parte del diseño arquitectónico resultaba bello, no era en absoluto comparable a Caemlyn o Tar Valon. Entraron a Cairhien a través de la puerta norte, con el río Alguenya a su derecha.

En el interior, la multitud esperaba. Lorstrum y los demás habían hecho un buen trabajo. Se oyeron vítores que, casi con toda seguridad, los lanzaban algunos cortesanos colocados en lugares estratégicos, aunque los vítores se multiplicaron cuando Elayne se adentró en la ciudad. Eso la sorprendió. Había esperado una reacción hostil. Y sí, también había algo de eso, la típica basura lanzada desde las últimas filas de la multitud; asimismo, oyó algunos abucheos e insultos. Pero, en general, el pueblo parecía estar contento.

Mientras cabalgaba por la ancha avenida bordeada por los edificios rectangulares tan típicos en Cairhien, se le ocurrió que tal vez la gente había esperado un suceso como ése y habían hablado de ello. Se habrían difundido historias, algunas hostiles, como las que le había comentado Norry. Pero ahora, bien pensado, le parecían más un indicio de preocupación que de hostilidad. Cairhien llevaba mucho tiempo sin tener un monarca. Su rey había muerto sin que se supiera a manos de quién, y parecía que el lord Dragón se había desentendido de ellos.

La confianza de Elayne se acrecentaba por momentos. Cairhien era una ciudad herida, como demostraban las ruinas quemadas de Extramuros y los adoquines que se habían arrancado para lanzarlos por las almenas. Para colmo, la ciudad nunca se había recuperado por completo de la Guerra de Aiel, y las inacabadas Torres Infinitas —de diseño simétrico, aunque con apariencia de encontrarse en un deplorable estado de abandono— eran la prueba.

El maldito Juego de las Casas era casi tan pernicioso como el azote de la guerra. ¿Sería ella capaz de cambiar ese aspecto de Cairhien? La gente que la rodeaba parecía esperanzada, como si fuese consciente del desastre en que se había convertido su nación. Bien era cierto que antes renunciaría un Aiel a sus lanzas que los cairhieninos a dejar de lado las intrigas, pero, quizás, ella podría inculcarles una lealtad mayor para con el país y el trono. Siempre que tuvieran un trono merecedor de tal lealtad.

El Palacio del Sol se levantaba justo en el centro de la ciudad y, como el resto de la urbe, era cuadrado y angular. No obstante, eso le otorgaba un aire de fuerza imponente. Era un edificio enorme a pesar del ala derrumbada allí donde había tenido lugar el atentado contra la vida de Rand.

La mayoría de los nobles esperaba en las inmediaciones de palacio, de pie en los escalones alfombrados o delante de ornamentados carruajes. Las mujeres lucían vestidos de gala con enaguas de aros, los hombres chaquetas impecables en colores oscuros y tocados con gorros planos. El semblante de la mayoría denotaba

escepticismo, y el de otros, asombro.

Elayne miró a Birgitte y le sonrió, satisfecha.

—Funciona. Nadie esperaba que un ejército cairhienino me escoltara a palacio.

Birgitte no respondió. Aún seguía tensa y era muy probable que siguiera estándolo hasta que no se encontraran de vuelta en Caemlyn.

Dos mujeres esperaban al pie de la escalinata. Una de ellas era una mujer guapa, con campanillas trenzadas en el pelo, y la otra tenía el pelo rizado y una cara que no la identificaba como Aes Sedai a pesar de que había alcanzado el chal hacía años. Su nombre era Sashalle Anderly, y el de la primera mujer —que sí tenía el rostro intemporal de Aes Sedai— era Samitsu Tamagowa. Por lo que los informadores de Elayne habían sacado en limpio, esas dos eran lo más parecido a un gobernante que había en la ciudad en ausencia de Rand. Había intercambiado correspondencia con ambas y tenía la impresión de que Sashalle entendía increíblemente bien la manera de pensar de los cairhieninos. Le había ofrecido la ciudad a Elayne, pero dando a entender que comprendía que serle ofrecida y que fuera tomada eran dos cosas diferentes. Sashalle se adelantó.

—Majestad —saludó—, sabed que el lord Dragón os concede el derecho de reclamar esta tierra y os entrega de forma oficial el control que ejercía sobre ella. Por consiguiente, el puesto de administrador de la nación queda derogado. Que gobernéis con sabiduría y paz.

Elayne asintió en silencio con aire majestuoso desde la yegua que montaba. Sin embargo, por dentro hervía de rabia. Ya había dicho que no le importaba que Rand le hubiera prestado ayuda para conseguir el trono, pero que se lo restregaran por las narices era otra cosa bien distinta. Sashalle daba la impresión de tomarse su puesto muy en serio, si bien, por lo que Elayne había descubierto, se había arrogado más potestades de las debidas.

Tanto Elayne como su comitiva desmontaron. ¿De verdad habría pensado Rand que entregarle el trono así como así sería coser y cantar? Él había pasado tiempo suficiente en Cairhien para saber cómo pensaban y maquinaban sus habitantes. Que una Aes Sedai hiciera tal proclamación no habría sido suficiente en absoluto. En cambio, estar respaldada por nobles poderosos sí que bastaría.

Subieron los escalones y entraron en palacio. Aquellos nobles que la apoyaban se hicieron acompañar por una guardia reducida de cincuenta hombres. Elayne entró con todo su séquito. El lugar estaba abarrotado, pero no tenía intención de dejar atrás a nadie.

Los pasillos del interior eran rectos, con techos a pico y adornos en dorado. El símbolo del Sol Naciente engalanaba cada puerta. Había hornacinas en las paredes para exponer objetos de valor, pero muchas estaban vacías ya que los Aiel habían tomado su quinto del palacio.

Al llegar a las puertas del Gran Salón del Sol, tanto los hombres como las mujeres de la Guardia Real de Andor formaron en fila a lo largo del pasillo. Elayne respiró hondo y entró en el salón del trono con un grupo de diez personas. Unas columnas de mármol con vetas azules se elevaban hasta el techo a ambos lados; el Trono del Sol descansaba al fondo de la gran sala, sobre un estrado también de mármol azul.

El trono estaba hecho con madera dorada con pan de oro, pero, en contra de lo que cabría esperar, no era ostentoso. Tal vez fuera ésa la razón por la que Laman decidiera construirse un nuevo trono utilizando la madera de *Avendoraldera*. Elayne subió al estrado y luego se dio la vuelta para ver entrar a los nobles cairhieninos. En primer lugar lo hicieron los que la apoyaban y tras ellos, el resto, ordenados por rango según los complicados dictados del *Daes Dae'mar*. Esa precedencia podía cambiar de la noche a la mañana, por no decir de una hora para otra.

Birgitte miró a todos los presentes conforme entraban, pero los cairhieninos eran un dechado de corrección. Ninguno de ellos había mostrado el menor indicio de audacia como Ellorien había hecho en Andor. Esa mujer era una patriota por mucho que continuara estando en desacuerdo con Elayne, lo cual resultaba frustrante. En cambio, en Cairhien nadie actuaba de ese modo.

Una vez que todo el mundo hubo ocupado sus posiciones, Elayne respiró hondo. Había pensado en pronunciar un discurso, pero su madre le había enseñado que algunas veces una acción contundente valía más que mil palabras, por buenas que éstos fueran. Así pues, Elayne dio un paso hacia el trono para sentarse.

Birgitte la asió por el brazo, deteniéndola.

Elayne le dedicó una mirada inquisitiva, pero la Guardiana no apartaba la vista del trono.

—Un momento. —Birgitte se agachó.

Los nobles empezaron a murmurar entre ellos; Lorstrum se adelantó hasta llegar a Elayne.

—Majestad...

—Birgitte —dijo Elayne, sonrojada—, ¿es esto necesario?

Sin hacerle el menor caso, Birgitte palpó con los dedos el cojín del trono. ¡Luz! ¿Estaba dispuesta Birgitte a ridiculizarla a la más mínima ocasión? De verdad que...

—¡Ajá! —exclamó la Guardiana, arrancando algo del cojín mullido.

Elayne dio un respingo y se acercó al trono, con Lorstrum y Bertome a su lado. Birgitte sostenía en los dedos una pequeña aguja con la punta ennegrecida.

—Estaba oculta en el cojín —dijo.

El semblante de Elayne se tornó pálido.

—Era el único sitio donde sabían con seguridad que te sentarías, Elayne —dijo en voz queda Birgitte, que se arrodilló y empezó a buscar otras trampas.

El rostro de Lorstrum se encendió.

—Encontraré a los responsables, majestad —prometió en voz baja. Una voz peligrosa—. Conocerán mi ira.

—No lo harán sin antes conocer la mía —prometió a su vez el fornido Bertome, sin apartar la vista de la aguja.

—Aunque me inclino a pensar que era un intento de asesinato contra el lord Dragón, majestad —comentó Lorstrum en voz alta, para que los reunidos lo oyeran —. Nadie se atrevería a quitarle la vida a nuestra amada hermana de Andor.

—Bueno es saberlo —respondió Elayne mirándolo.

Su expresión dejaba patente a todo el mundo que ella le seguía el juego para salvar las apariencias y que él quedara en buen lugar. Puesto que era su principal partidario, la ignominia por el intento de asesinato habría recaído sobre el noble.

Lorstrum tendría que pagar por haber accedido a seguirle el juego. El noble agachó los ojos un momento en un gesto de comprensión. Luz, ¡cómo odiaba ese juego! Pero iba a jugar e iba a hacerlo bien.

—¿Todo en orden? —le preguntó a Birgitte.

La Guardiana se pasó la mano por la barbilla.

—Sólo hay una manera de saberlo —dijo.

Acto seguido, se dejó caer sobre el cojín con fuerza y de forma brusca. Más de uno de los presentes dejó escapar un grito ahogado, y Lorstrum se puso más pálido.

—No es muy cómodo que digamos... —opinó Birgitte, inclinándose a un lado primero y luego recostándose en la madera del respaldo—. Me esperaba que el trono de un monarca estuviera más acolchado. Ya sabes, con lo delicados que son sus traseros y todo lo demás.

—¡Birgitte! —musitó Elayne, que notó que se sonrojaba—. ¡No puedes sentarte en el Trono del Sol!

—Soy tu guardia personal —replicó Birgitte—. Puedo probar tu comida si quiero, puedo entrar en una habitación antes que tú y me puedo sentar en tu sillón si creo que así voy a protegerte, ¡puñetas! —Birgitte sonrió de oreja a oreja—. Además —añadió en voz más baja—, siempre me he preguntado qué se sentiría al sentarse en un trono.

La Guardiana se levantó del solio, todavía cautelosa, pero asimismo satisfecha. Elayne se giró hacia los nobles de Cairhien.

—Lleváis mucho tiempo esperando este momento —empezó—. Algunos de vosotros no estaréis contentos, pero tened presente que por mis venas corre sangre cairhienina. Esta alianza hará que nuestras dos naciones sean importantes. No demando vuestra confianza, pero os exijo obediencia. —Titubeó un momento y entonces añadió—: Y recordad que así lo desea el Dragón Renacido.

Vio que lo habían entendido. Rand ya había conquistado la ciudad una vez, aunque su intención había sido librarlos del dominio de los Shaido. No serían tan necios para obligarlo a volver y conquistarla de nuevo. Una reina utilizaba las

herramientas que tenía a mano. Había tomado Andor por sí sola; dejaría que Rand la ayudara con Cairhien.

Entonces se sentó. Un simple gesto, pero que desde luego tendría repercusiones muy importantes.

—Reunid vuestras tropas y las guardias al servicio de vuestras casas —ordenó a los nobles—. Marcharéis codo con codo con las fuerzas de Andor y cruzaréis los accesos hacia un lugar llamado Campo de Merrilor. Allí nos reuniremos con el Dragón Renacido.

Los nobles parecían anonadados. ¿Llegaba, ocupaba el trono y les ordenaba reunir sus ejércitos y abandonar la ciudad en un mismo día? Elayne sonrió. Lo mejor era actuar con rapidez y firmeza. Así sentaría un precedente en cuanto a obedecerla. Y abordaría la tarea de prepararlos para la Última Batalla.

Los nobles empezaron a cuchichear, pero los atajó.

—También quiero que reunáis a todos los hombres de este reino capaces de sostener una espada y los reclutéis en el ejército real. No tendremos mucho tiempo para entrenarlos, pero vamos a necesitar a todos los hombres en el Tarmon Gai'don. Y no rechacéis a ninguna mujer que quiera luchar. Mandad llamar a todos los campaneros que haya en la ciudad. Tengo que reunirme con ellos dentro de una hora.

—Pero, majestad, el banquete de la coronación... —empezó Bertome.

—Ya celebraremos ese banquete cuando hayamos ganado la Última Batalla y los hijos de Cairhien estén a salvo —lo interrumpió Elayne. Tenía que distraerlos de sus intrigas, darles trabajo y mantenerlos ocupados, a ser posible—. ¡Vamos! Imaginad que tenéis la Última Batalla a las puertas y que empieza mañana.

Porque, tal vez, podría ser así.

Sonriente, Mat se apoyó en un árbol muerto para contemplar el campamento. Respiró hondo y soltó el aire despacio, disfrutando el increíble alivio de saber que ya no lo perseguía nadie. Había olvidado la grata sensación de tener esa certeza, una sensación mucho mejor que la de tener a un par de bonitas camareras sentadas una en cada rodilla. Vale, de acuerdo; una sensación mejor que tener a una camarera.

Un campamento militar a primera hora de la noche era uno de los lugares más acogedores que había en el mundo, incluso estando medio vacío tras la marcha de los hombres a Cairhien. El sol se había puesto y algunos muchachos de los que se habían quedado en el campamento ya estaban acostados. Pero los que hacían turno de tarde al día siguiente no tenían motivos para irse a dormir tan pronto.

Una docena de lumbres ardían repartidas por el campamento, y alrededor se hallaban reunidos los hombres para compartir relatos de hazañas, de mujeres dejadas atrás o de rumores de lugares lejanos. Las lenguas de las llamas danzaban, mientras los soldados reían sentados en troncos o en piedras. De vez en cuando, alguno

hurgaba las ascuas con una rama y hacía saltar en el aire pequeñas chispas, en tanto que sus amigos cantaban *Venid, doncellas* o *Los sauces caídos a mediodía*.

Los hombres de la Compañía procedían de un sinfín de naciones, pero su verdadera casa era ese campamento. Mat, con el sombrero calado y la *ashandarei* al hombro, echó a andar. Se había comprado un pañuelo nuevo para el cuello. Una cosa era que la gente supiera que tenía esa cicatriz y otra bien distinta alardear de ella como si fuera uno de los portentos de Luca.

El pañuelo que había escogido en esta ocasión era de color rojo en memoria de Tylin y de todos los que habían caído a manos del *gholam*. Durante un instante —uno muy breve— había estado tentado de elegirlo rosa.

Mat sonrió. A pesar de que se oían varias canciones alrededor de las lumbres, nadie cantaba muy alto y en el campamento reinaba una saludable calma, que no silencio. El silencio nunca era bueno. Odiaba el silencio porque le hacía preguntarse quién se estaría tomando tantas molestias para sorprenderlo por la espalda. No, esto era calma: hombres que roncaban, el crepitar del fuego, las canciones, el crujido de la hierba alta bajo los pies de los soldados que se hallaban de guardia. Ruidos tranquilos de hombres que disfrutaban de la vida.

Mat se volvió hacia la tienda, que estaba a oscuras, y se sentó ante la mesa que había fuera, llena de papeles. Dentro no quedaba mucho sitio y tampoco quería despertar a Olver.

La tienda de campaña de Mat susurró con el viento. La escena resultaba extraña, sí. Una elegante mesa de roble colocada encima de lo que parecía un rodal de cadillos, con la silla a un lado y un pichel de sidra caliente con especias en el suelo, junto a Mat. Varias piedras que él mismo había recogido hacían las veces de pisapapeles; todo ello iluminado por la luz titilante de una única vela.

Él no debería tener montones de informes. Tendría que estar sentado junto a una de esas lumbres cantando *Bailar con la Dama de las Sombras*; había reconocido las estrofas de esa canción, coreada por los muchachos en una hoguera cercana.

Documentos. En fin, había accedido a trabajar con Elayne y para ese tipo de trabajo se necesitaban documentos. Y también hacían falta para la selección de los hombres que se encargarían de los dragones; y para los suministros e informes disciplinarios; y para todo tipo de tonterías. También había otros documentos —pocos— que había recibido de manos de su real majestad. Eran informes de los espías de Elayne que Mat deseaba hojear, informes sobre los seanchan.

La mayoría de las noticias no eran nuevas para él. Gracias al acceso de Verin, Mat había viajado a Caemlyn mucho más rápido que un gran número de rumores. Pero Elayne también podía abrir sus propios accesos, y algunas de las noticias que provenían de Tear e Illian eran recientes. Se hablaba de una nueva emperatriz seanchan. Al final, Tuon se había coronado o lo que fuera que hicieran los seanchan

para elegir a un nuevo líder.

Eso lo hizo sonreír. ¡Luz, esos seanchan no sabían la que les iba a caer encima! Seguro que pensaban que sí, pero Tuon iba a sorprenderlos; oh, si, tan seguro como que el cielo era azul. Bueno, de un tiempo a esta parte el cielo siempre estaba plomizo.

También había rumores de que los Marinos se habían aliado a los seanchan. Mat no hizo caso de esa información. El número de naves de los Marinos que los seanchan habían capturado era tan grande que podría dar esa impresión, pero no era cierto. Se hablaba de Rand en algunas páginas, aunque la información era poco específica y aún menos fiable.

Malditos colores. Vio a Rand sentado en el interior de una tienda, hablando con gente. A lo mejor sí que se encontraba en Arad Doman, pero no podía estar en dos sitios a la vez, en Arad Doman y luchando en las Tierras Fronterizas, ¿verdad que no? Otro rumor decía que Rand había asesinado a la reina Tylin. ¿A qué jodidos idiotas se les había ocurrido semejante idea?

Enseguida dejó a un lado los informes sobre Rand. Odiaba tener que desechar los malditos colores una y otra vez. Por lo menos, Rand no estaba en cueros esta vez.

La última página era curiosa. ¿Lobos que corrían en manadas enormes, que se reunían en claros y que aullaban al unísono? ¿Cielos que brillaban rojos por la noche? ¿El ganado puesto en fila y mirando hacia el norte en silencio? ¿Huellas de ejércitos de Engendros de la Sombra en medio de los campos?

Tenían toda la pinta de ser rumores que pasaba de boca en boca, de una aldeana charlatana a otra, hasta llegar a oídos de los informadores de Elayne.

Mat terminó de leer la hoja y luego, sin pensar en ello, se dio cuenta de que había sacado la carta de Verin del bolsillo. La carta, aún lacrada, estaba cada vez más arrugada y sucia, pero no la había abierto. Resistirse a la tentación de abrirla le parecía que era lo más difícil que había hecho jamás.

—Vaya, qué estampa tan extraña —dijo una voz de mujer.

Mat levantó la vista y vio que Setalle se dirigía hacia él. Llevaba un vestido marrón con lazadas a través del generoso busto. Pero él no se lo miró ni una sola vez, qué va.

—¿Os gusta mi cubil? —preguntó Mat.

Dejó a un lado la carta y puso el último informe de los espías encima de uno de los montones, al lado de una serie de bocetos para un nuevo tipo de ballesta que había estado dibujando basándose en las que había comprado Talmanes. El viento amagó con hacer volar los papeles y, como no tenía más piedras para ese montón, se quitó una de las botas y la puso encima.

—¿Vuestro cubil? —respondió Setalle con un dejo divertido.

—Por supuesto —contestó Mat, rascándose la planta del pie por encima del

calcetín—. Si deseáis reuniros conmigo, tendréis que acordar una cita con mi mayordomo.

—¿Mayordomo?

—Sí, ese tocón que hay ahí. —Mat señaló con la cabeza—. El pequeño no. El grande, al que le crece musgo encima.

La mujer enarcó una ceja.

—Es bastante competente —añadió Mat—. Casi nunca deja pasar a nadie a quien yo no quiera ver.

—Sois un personaje interesante, Matrim Cauthon —dijo Setalle al tiempo que se sentaba sobre el tocón más grande.

Su vestido era de corte ebudariano: la falda recogida a un lado con puntadas para mostrar unas enaguas de colores tan vivos que hasta asustarían a un gitano.

—¿Queríais algo en concreto? —preguntó Mat—. ¿O sólo os habéis dejado caer por aquí para sentaros en la cabeza de mi mayordomo?

—He oído que hoy habéis ido de nuevo a palacio. ¿Es verdad que conocéis a la reina?

Mat se encogió de hombros.

—Elayne es una chica bastante bonita. Sí que lo es, de eso no hay duda.

—Ya no me escandalizáis, Matrim Cauthon —apuntó Setalle—. Me he dado cuenta de que buscáis provocar esa reacción con las cosas que decís.

¿Sería cierto?

—Digo lo que pienso, señora Anan. ¿Por qué os interesa si conozco a la reina o no?

—Sería una pieza más del rompecabezas que sois —respondió Setalle—. Hoy recibí una carta de Joline.

—¿Y qué quería de vos?

—No gran cosa. Sólo quería avisar que habían llegado a salvo a Tar Valon.

—Debéis de haber leído mal.

Setalle entrecerró los ojos y le lanzó una mirada de reproche.

—Joline Sedai os respeta, maese Cauthon. Suele hablar bien de vos y de cómo la rescatasteis, y no sólo a ella, sino también a las otras dos. Además, pregunta por vos en la carta.

Mat parpadeó sorprendido.

—¿De verdad? ¿Y dijo ese tipo de cosas?

Setalle asintió.

—Así me abrase —maldijo Mat—. Casi me arrepiento de haberle teñido la boca de azul. Quién habría imaginado que pensaba de ese modo si tenemos en cuenta cómo me trataba.

—Si se le dicen ese tipo de cosas a un hombre, se infla la opinión que tiene de sí

mismo. Y, en cuanto a la forma en que os trataba, cualquiera se habría dado cuenta de que os respetaba.

—Esa mujer es una Aes Sedai —murmuró Mat—. Trata a todo el mundo como si fuera poco más que barro pegado a las botas. Barro que hay que quitar para que no las estropee.

Setalle le asestó una mirada feroz. Tenía un aire señorial, en parte por ser abuela, en parte por haber sido una cortesana y en parte por ser una posadera que no toleraba ningún tipo de tonterías.

—Lo siento —se disculpó Mat—. Algunas Aes Sedai no son tan malas como otras. No pretendía ofenderos.

—Tomaré vuestras palabras como un cumplido —aceptó Setalle—. Aunque yo no soy una Aes Sedai.

Mat se encogió de hombros; encontró una bonita y pequeña piedra a sus pies y la utilizó para reemplazar la bota encima del montón de papeles. Las lluvias de los últimos días ya habían pasado y habían dejado un ambiente más fresco.

—Sé que dijisteis que no os dolió pero... —empezó Mat—, ¿qué se siente al perder eso?

La mujer frunció los labios.

—¿Cuál es la comida más deliciosa que habéis probado, maese Cauthon? Lo que comeríais por encima de cualquier otra cosa.

—Las tartas de mi madre —respondió de inmediato Mat.

—Bueno, pues, es algo así —dijo Setalle—. Es saber que solíais disfrutar de esas tartas todos los días y que ahora ya no las habrá para vos. Vuestros amigos pueden comer tantas como quieran. Os duele y los envidiáis pero, a la vez, estáis contento. Al menos alguien puede disfrutar de lo que vos no podéis.

Mat asintió despacio con la cabeza.

—¿Por qué odiáis tanto a las Aes Sedai, maese Cauthon? —le preguntó la mujer.

—No las odio —contestó Mat—. Así me abrase, pero no las odio. No obstante, a veces parece imposible que un hombre haga dos cosas sin que una mujer quiera que haga una de ellas de forma diferente, y que se olvide por completo de la otra.

—Nadie os obliga a acatar sus consejos, e incluso os aseguro que la mayoría de las veces vos mismo admitiríais que es una buena recomendación.

Mat se encogió de hombros otra vez.

—A veces un hombre sólo quiere hacer lo que quiere sin que nadie le diga por qué está mal hacerlo o cuál es su problema. Nada más.

—¿Y eso tampoco tiene nada que ver con vuestro... peculiar punto de vista respecto a los nobles? A fin de cuentas, la mayoría de las Aes Sedai se desenvuelven como si lo fueran.

—No tengo nada en contra de los nobles. —Mat le dio unos tirones a la chaqueta

para ponérsela bien—. Lo que pasa es que no me gusta ser uno de ellos.

—¿Y a qué se debe ese rechazo?

Mat se quedó pensativo durante un momento. ¿A qué se debía? Se miró el pie descalzo y se puso la bota.

—Por las botas.

—¿Las botas? —inquirió Setalle, desconcertada.

—Sí, las botas —repitió Mat, asintiendo con la cabeza a la par que se ataba los cordones—. Todo se resume en las botas.

—Pero...

Mat tiró de los cordones para apretarlos y continuó:

—Veréis, un gran número de hombres no tiene que preguntarse qué botas se va a poner. Son los hombres más pobres que hay. Si le preguntáis a uno de esos: «Eh, Mop, ¿qué botas vas a llevar hoy?»; su respuesta es sencilla: «Bueno, Mat, sólo tengo un par, así que supongo que será ése.» —Mat vaciló un momento antes de seguir—. Bueno, imagino que eso no os lo dirían a vos, ya que no sois yo y todo eso. Ya sabéis, que no os llamarían Mat.

—Comprendo —respondió Setalle, de nuevo con un dejo divertido.

—Bueno, es igual. A lo que iba. Para la gente que tiene un poco de dinero, la pregunta sobre qué botas llevará se vuelve un poco más complicada. Veréis, la gente normal, hombres como yo... —Mat miró a la mujer—. Porque yo soy un hombre de tipo medio, no os confundáis.

—Por supuesto que lo sois.

—Claro que sí, puñetas —dijo Mat que terminó de atarse la bota y se sentó derecho—. Un hombre de tipo medio puede que tenga tres pares de botas. El tercer mejor par lo utiliza para cuando trabaja en algo desagradable. A lo mejor le rozan un poco después de dar unos cuantos pasos, o quizá tienen algún agujero, pero todavía le sirven para ir de aquí para allá. Y no le importa si se pringan de estiércol cuando anda por el establo.

—Sí, entiendo.

—Luego viene el segundo mejor par de botas —continuó Mat—. Ésas son las de todos los días. Las que uno lleva cuando va a cenar con los vecinos. En mi caso, son las botas con las que entraría en batalla. Son unas buenas botas con las que se camina seguro y no importa que la gente lo vea cuando las lleva puestas ni nada por el estilo.

—¿Y el mejor par de botas? —preguntó Setalle—. ¿Las lleváis cuando asistís a un evento social, como un baile o una cena con el dignatario local?

—¿Bailes? ¿Dignatarios? Así me parta un rayo, mujer. Y yo que pensaba que erais una posadera.

El rostro de Setalle se tiñó con un leve rubor.

—Los hombres corrientes no asistimos a bailes —continuó Mat—. Pero, si

tuviésemos que ir, imagino que nos pondríamos el segundo par. Si son lo bastante buenas para visitar a la anciana Hembrew que vive en la casa de al lado, entonces también lo son para pisar los pies a cualquier mujer tan tonta que quiera bailar con nosotros, puñetas.

—Entonces, ¿para qué sirven las mejores botas?

—Para caminar —contestó Mat—. Cualquier granjero sabe lo valiosas que son unas buenas botas cuando se tiene que recorrer a pie un buen trecho.

Setalle se quedó pensativa.

—De acuerdo —dijo luego—. ¿Y qué tiene esto que ver con ser un noble?

—Todo —respondió Mat—. ¿No lo veis? Si uno es un hombre de tipo medio, sabe qué clase de botas ha de utilizar en cada momento. Un hombre puede estar al tanto de tres pares de botas. La vida es simple cuando uno sólo tiene tres pares de botas. Pero los nobles... Talmanes me contó que tenía cuarenta pares en casa. Cuarenta. ¿Os lo podéis imaginar?

La mujer sonrió con regocijo.

—Cuarenta pares —repitió Mat, meneando la cabeza—. Cuarenta malditos pares. Y no son del mismo tipo, ojo. Hay un par de botas para cada vestimenta y una docena de pares de diferentes estilos que irían bien con la mitad de la ropa que uno tiene. Hay botas para reyes, botas para grandes señores y botas para la gente normal. Botas para invierno y botas para verano, botas para días lluviosos y botas para los que no llueve. Maldita sea, pero si incluso hay calzado que sólo se usa para ir al baño. ¡Lopin se solía quejar porque yo no tenía un par para ir al excusado por la noche!

—Entiendo... Así que usáis la metáfora de las botas en lugar de hablar de las responsabilidades y las decisiones que se endosan a la aristocracia al asumir el liderazgo de complejas posiciones políticas y sociales.

—Una metáfora... —Mat frunció el entrecejo—. Rayos y centellas, mujer. ¡No era ninguna metáfora de nada! Sólo hablaba de botas.

Setalle meneó la cabeza.

—Sois un hombre sabio, Matrim Cauthon, aunque poco convencional.

—Lo hago lo mejor que sé —respondió Mat al tiempo que alargaba la mano hacia el pichel de sidra—. Me refiero a ser poco convencional.

Sirvió una copa y se la tendió a Setalle. La mujer la aceptó y dio un sorbo.

—Os dejaré con vuestras distracciones, maese Cauthon —dijo poniéndose en pie —. ¿Habéis hecho algún progreso con ese acceso para mí...?

—Elayne me dijo que lo tendríais pronto. En un día o dos. Cuando vuelva del encargo que tengo que hacer con Thom y Noal, me ocuparé de ello.

La mujer hizo un gesto de asentimiento al comprender a lo que se refería. Si Mat no regresaba de ese «encargo», ella tendría que ocuparse de Olver. Se dio media vuelta y se marchó.

Mat esperó a que la mujer se hubiera alejado para beber un trago de sidra del propio pichel. Había bebido así toda la noche, pero había pensado que lo mejor sería que ella no lo supiera. Era una de esas cosas que si las mujeres no sabían, mejor.

Volvió a concentrarse en los informes, pero no tardó en ponerse a pensar en la Torre de Ghenjei y en esos condenados zorros y serpientes. Los comentarios de Birgitte habían sido esclarecedores, pero no muy alentadores, que se dijera. ¿Dos meses? ¿Había pasado dos meses deambulando por esos corredores? Eso era como un enorme tazón de malestar echando humo y servido como gachas para cenar. Además, ella había llevado fuego, música y hierro. Así pues, lo de romper las reglas no era una idea original en absoluto.

Tampoco le extrañaba mucho. Casi con toda certeza, cuando la Luz había creado al primer hombre y ese hombre había puesto la primera regla, seguro que había otro que buscaba ya la manera de romperla. La gente como Elayne hacía leyes para que se acomodaran a sus necesidades, y la gente como Mat siempre encontraba la forma de sortear esas reglas estúpidas.

Por desgracia, ni siquiera Birgitte —una de los legendarios Héroes del Cuerno— había sido capaz de derrotar a los alfinios y elfinios. Eso era preocupante.

Bien, Mat tenía algo que ella no había tenido: su suerte. Pensativo, apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Uno de sus soldados, Clintock, pasó por allí y lo saludó. Los Brazos Rojos comprobaban cada media hora que todo iba bien por su tienda. Aún no habían superado la vergüenza de haber dejado que el *gholam* se colara en el campamento.

Sacó una vez más la carta de Verin y la palpó. Las puntas arrugadas, las manchas de suciedad en lo que había sido una hoja de papel de color blanco. Dio unos golpecitos con la carta en el tablero.

Luego, la echó encima de la mesa. No, no iba a abrirla. Tampoco lo haría cuando regresara. Y punto final. Nunca sabría qué había escrito en la carta; y le importaba un bledo.

Se levantó y fue en busca de Thom y Noal. Al día siguiente saldrían hacia la Torre de Ghenjei.

CAPÍTULO 53

Accesos

Pevara se guardó mucho de hablar mientras caminaba a través del pueblo de la Torre Negra junto a Javindhra y Mazrim Taim.

Había actividad por doquier, aunque así era siempre en la Torre Negra. Los soldados derribaban árboles a corta distancia, y los Dedicados los descortezaban y a continuación cortaban los troncos en maderos con chorros comprimidos de Aire. El camino estaba cubierto de serrín; con un escalofrío, Pevara comprendió que los montones de tablones apilados allí cerca los habían cortado los Asha'man casi con toda seguridad.

¡Luz! Sabía de antemano lo que iba a encontrar allí, pero asumirlo era mucho más difícil de lo que había imaginado.

—¿Veis? —dijo Taim, que caminaba con una mano cerrada a la espalda, los dedos muy apretados. Con la otra señaló hacia una parte alejada de inconclusa muralla de piedra negra—. Puestos de guardia separados a intervalos de cuarenta pies y con dos Asháman en lo alto de cada uno de ellos. —Sonrió con satisfacción—. Este enclave será inexpugnable.

—Ya lo creo —convino Javindhra—. Impresionante —añadió en un tono sin inflexiones, desinteresado—. Pero del tema que deseo hablar con vos es si podríamos elegir hombres con el alfiler de Dragón en...

—¿Otra vez? —inquirió Taim.

El tal Taim Mazrim tenía fuego en los ojos. Era un hombre alto, de cabello negro, con los altos pómulos característicos de los saldaeninos. Sonrió. O esbozó una mueca que era lo más parecido a una sonrisa, un gesto que jamás se le reflejaba en los ojos. Le daba un aire... depredador.

—Ya he dado a conocer mi voluntad —prosiguió—. Y, sin embargo, seguís insistiendo. No. Sólo soldados y Dedicados.

—Como ordenéis —respondió Javindhra—. Seguiremos sometiendo a consideración este asunto.

—¿Después de semanas y aún lo estáis considerando? En fin, no es que quiera cuestionar a unas Aes Sedai, ni mucho menos. Me trae sin cuidado lo que hagáis, pero las mujeres que están fuera afirman pertenecer también a la Torre Blanca. ¿No queréis invitarlas a reunirse con vosotras?

Pevara reprimió un escalofrío. Ese hombre siempre daba la impresión de saber demasiado e insinuaba que, en efecto, estaba muy al corriente de la política interior de la Torre Blanca.

—No será necesario —repuso con frialdad.

—Como gustéis. Tendréis que hacer la elección pronto. Las otras se están impacientando, y al'Thor les ha dado permiso para vincular a mis hombres. Mis evasivas no van a frenarlas indefinidamente.

—Son rebeldes. No tenéis por qué hacerles caso.

—Rebeldes —repitió Taim—, con una fuerza muy superior a la vuestra. ¿Cuántas sois? ¿Seis mujeres? ¡Por la forma en que habláis cualquiera pensaría que os proponéis vincular a toda la Torre Negra!

—Quizá deberíamos hacerlo —respondió con voz sosegada Pevara—. A nosotras no nos pusieron ningún límite.

Taim la miró, y Pevara experimentó la clara sensación de que la observaba un lobo mientras decidía si sería una buena comida. Rechazó la idea. Ella era Aes Sedai, no una presa fácil. Con todo, no pudo evitar recordar que, en efecto, sólo eran seis dentro de un campamento lleno de centenares de hombres que encauzaban.

—Una vez vi un cormorán que se estaba muriendo en los muelles de la ciudad de Illian —comentó Taim—. El ave se asfixiaba porque había intentado tragarse dos peces al mismo tiempo.

—¿Ayudasteis al pobre animal? —preguntó Javindhra.

—Los necios se ahogan siempre cuando quieren tragar más de lo que pueden, Aes Sedai —contestó Taim—. ¿Qué me importaba a mí eso? Disfruté de una buena cena esa noche. Carne del ave y también pescado. He de irme, pero antes os prevengo que, ahora que dispongo de un perímetro defendible, debéis avisarme si queréis salir de él.

—¿Os proponéis controlar las entradas y salidas con tanto rigor? —le preguntó Pevara.

—El mundo se está convirtiendo en un sitio peligroso —respondió él con suavidad—. He de pensar en lo que mis hombres necesitan.

Pevara ya había reparado en el modo en que Taim se ocupaba de lo que «necesitaban» sus hombres. Un grupo de jóvenes soldados pasó cerca y todos saludaron a Taim. Dos de los chicos tenía moretones en el rostro, uno de ellos con un ojo cerrado por la hinchazón. A los Asha'man se les propinaban palizas brutales por cometer errores en el entrenamiento y no se permitía aliviarlos con la Curación.

A las Aes Sedai no les habían tocado ni un pelo. De hecho, la deferencia que les mostraban rayaba en la mofa.

Taim hizo una leve inclinación de cabeza y después se alejó con paso majestuoso para reunirse con dos de sus Asha'man que esperaban cerca, junto a la herrería. De inmediato se pusieron a hablar en voz baja.

—Esto no me gusta —dijo Pevara tan pronto como los hombres se hallaron lejos. Quizás habló con demasiada precipitación, lo que dejaba traslucir su preocupación, pero ese sitio le ponía los nervios de punta—. No sería de extrañar que nuestra misión

se convirtiera en un desastre. Empiezo a pensar que deberíamos hacer lo que manifesté al principio: vincular a unos cuantos Dedicados cada una y regresar a la Torre Blanca. Nuestra misión no fue en ningún momento clausurar la Torre Negra, sino tener acceso a los Asha'man y obtener información sobre ellos.

—Y es lo que estamos haciendo —respondió Javindhra—. He aprendido muchas cosas en estas últimas semanas. ¿Qué has hecho tú?

Pevara no aceptó el desafío que implicaba el tono de la otra mujer. ¿Por qué tenía que llevarle siempre la contraria? Tenía el mando del equipo y las otras delegarían en ella la responsabilidad de tomar decisiones. Lo cual no significaba que siempre lo hicieran de buen grado.

—Hemos tenido oportunidad de vivir una experiencia interesante —continuó Javindhra, que recorrió con la mirada el recinto de la Torre—. Y creo que al final acabará claudicando a la petición de entregarnos Asha'man de alto rango.

Pevara frunció el entrecejo. Era imposible que Javindhra creyera tal cosa, a pesar de lo inflexible que Taim se había mostrado. Sí, cierto, ella había cedido a la sugerencia de permanecer un poco más en la Torre Negra para descubrir su fúncionamiento y pedir a Taim que les permitiera acceder a los Asha'man de mayor rango. Pero ahora era evidente que Taim no condescendería a hacerlo. Javindhra tenía que ver que era así.

Por desgracia, de un tiempo a esta parte le costaba mucho entender a Javindhra. Al principio, parecía contraria a viajar a la Torre Negra y sólo había accedido a formar parte de la misión porque la Altísima se lo había ordenado. No obstante, ahora exponía razones para seguir allí.

—Javindhra —empezó Pevara, que se acercó a la otra mujer—, ya has oído lo que ha dicho ese hombre. Ahora tenemos que pedirle permiso para salir. Este sitio se está convirtiendo en una jaula.

—Creo que no corremos peligro —opinó Javindhra, que hizo un gesto desestimando las palabras de Pevara—. El ignora que tenemos el tejido del Viaje.

—Que nosotras sepamos —puntualizó Pevara.

—Si lo ordenas, estoy segura de que las otras se marcharán, pero yo tengo intención de seguir aquí y aprovechar la oportunidad de aprender cosas.

Pevara hizo una profunda inhalación. ¡Qué mujer tan insufrible! No estaría planteándose llegar al extremo de no hacerle caso y pasar por alto su posición como cabecilla del grupo, después de que la Altísima la designara a ella para ese puesto, ¿verdad? Luz, qué imprevisible se estaba volviendo esa mujer.

Se separaron sin decir nada más. Pevara giró sobre sus talones y desanduvo el camino mientras hacía un esfuerzo para refrenar la ira. ¡Esa última frase había sido casi una declaración de clara rebeldía! Bien, pues, si quería desobedecer y quedarse, que lo hiciera. Había llegado el momento de regresar a la Torre Blanca.

Hombres con chaquetas negras caminaban por todas partes. Muchos inclinaban la cabeza con aquella mueca obsequiosa en exceso de fingido respeto. Las semanas que llevaba allí no habían servido en absoluto para que se sintiera más cómoda teniendo a esos hombres cerca. Tomaría a unos cuantos como Guardianes. A tres. Podría manejar a tres, ¿verdad?

Esas expresiones sombrías que recordaban la mirada del verdugo esperando que se acercara el siguiente cuello en la fila y se inclinara ante él. La forma en que algunos de esos hombres mascullaban entre dientes para sí o se asustaban hasta de su propia sombra o ladeaban la cabeza con aire de aturdimiento... También ella estaba al borde de la locura; le ponían la piel de gallina, como si la tuviera cubierta de orugas. Apretó el paso sin poder remediarlo.

«No —pensó—, no puedo dejar a Javindhra aquí. No sin intentarlo al menos una vez más.» Se lo explicaría a las otras y les daría la orden de partir. Entonces les pediría —a Tarna en primer lugar— que intentaran hacer entrar en razón a Javindhra. A buen seguro que entre todas la convencerían.

Llegó a las cabañas donde estaban alojadas. Adrede, no miró hacia la hilera de pequeños edificios donde las Aes Sedai vinculadas tenían su hogar. Había oído decir lo que algunas de ellas hacían para conseguir controlar a sus Asha'man utilizando... diversos métodos. Eso también le ponía la piel de gallina. Si bien era del parecer de que la mayoría de las Rojas tenían una opinión demasiado rigurosa sobre los hombres, lo que hacían esas mujeres era cruzar la línea a tontas y a locas.

Entró en su cabaña y allí encontró a Tarna sentada ante el escritorio, escribiendo una carta. Las Aes Sedai tenían que compartir las cabañas y Pevara había elegido expresamente a esa mujer porque, si bien ella era la cabecilla del grupo, Tarna era la Guardiana de las Crónicas. La concordia de esa expedición en particular era muy delicada debido a la influencia de muchas de sus componentes y a la diversidad de opiniones.

La pasada noche, Tarna se había mostrado de acuerdo en que era hora de marcharse. Colaboraría con ella para convencer a Javindhra.

—Taim ha cerrado la Torre Negra —informó Pevara con sosiego mientras se sentaba en su cama de la pequeña estancia circular—. Ahora necesitamos su permiso para marcharnos. Lo dijo de improviso, como sin darle importancia y como si no lo hubiera hecho en realidad para retenernos. Como si fuese una regla general de la que ha olvidado hacer una excepción con nosotras.

—Lo más probable es que sólo sea eso —contestó Tarna—. Seguro que no tiene importancia.

Pevara se quedó parada. ¿Qué? Volvió a intentarlo.

—Javindhra sigue con la idea irracional de que ese hombre cambiará de opinión y nos permitirá vincular Asha'man de alto rango. Ha llegado el momento de que

vinculemos Dedicados y nos marchemos, pero ha insinuado que ella se quedará aquí sin tener en cuenta mis intenciones. Quiero que hables con ella.

—De hecho —contestó Tarna sin dejar de escribir—, he estado pensando en lo que hablamos anoche. Quizá me precipité. Aquí hay mucho que investigar y descubrir, y está el asunto de las rebeldes acampadas ahí fuera. Si nos marchamos, vincularán Asha'man, algo que no debe permitirse.

La mujer alzó la vista, y Pevara se quedó helada. Había algo diferente en los ojos de Tarna, algo helado. Siempre había sido una persona fría, pero esto era peor.

Tarna sonrió, una mueca que parecía por completo fuera de lugar en su rostro. Como la sonrisa en los labios de un cadáver. Reanudó la redacción de la carta.

«Aquí pasa algo muy, pero que muy malo», pensó Pevara.

—Sí, bien, es posible que tengas razón —se encontró diciendo en voz alta. Movía la boca pero la cabeza le daba vueltas—. Después de todo, esta expedición fue idea tuya. Pensaré un poco más sobre todo esto. Si me disculpas...

Tarna hizo un gesto ambiguo con la mano, y Pevara se puso de pie. Los años como Aes Sedai la ayudaron a actuar de forma que no trasluciera su preocupación. Salió de la cabaña y después se encaminó hacia el este, a lo largo del muro inacabado. Sí, había puestos de guardia situados a intervalos regulares. A primera hora de la mañana no había vigilantes en ellos.

Ahora sí; y eran encauzadores. Uno de esos hombres podía matarla antes de que tuviera ocasión de responder a una agresión. No veía los tejidos y tampoco podía atacar primero debido a los Juramentos.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia una pequeña arboleda, un sitio destinado a ser un jardín. Dentro, se sentó en un tocón y respiró hondo. La frialdad —casi la ausencia de vida— que había visto en los ojos de Tarna todavía le producía escalofríos.

Había recibido órdenes de la Altísima de no correr el riesgo de abrir accesos a menos que la situación fuera desesperada; en su opinión, ésta lo era. Abrazó la Fuente y realizó el tejido requerido.

Se deshizo en el instante en que lo completó. No se formó ningún acceso. Con los ojos desorbitados, volvió a intentarlo, pero con el mismo resultado. Probó con otros tejidos y funcionaron; pero, cada vez que intentaba abrir un acceso, fracasaba.

El frío que se había apoderado de ella se tornó en escarcha. Estaba atrapada.

Todas lo estaban.

Perrin y Mat se estrecharon la mano.

—Buena suerte, amigo mío —dijo Perrin.

Mat sonrió y tiró del borde de la ancha ala del sombrero.

—¿Suerte? —repitió—. Confío en que todo se reduzca a tener suerte. Eso se me da bien.

Mat cargaba al hombro un fardo voluminoso, al igual que el hombre huesudo y sarmentoso al que Mat había presentado como Noal. Además de un fardo similar al de ellos, Thom llevaba el arpa a la espalda. Perrin aún no tenía muy claro qué llevaban en esos bultos. Mat planeaba pasar sólo unos días dentro de la torre, así que no había necesidad de cargar con muchos víveres.

El reducido grupo se encontraba en la zona de Viaje situada fuera del campamento de Perrin. Detrás de ellos, la gente gritaba y hablaba mientras levantaba el campamento. Nadie tenía la más vaga idea de lo importante que podía ser ese día. Moraine. Moraine estaba viva.

«Luz, que así sea.»

—¿Seguro que no puedo hacer nada para convencerte de que llevéis más ayuda? —preguntó.

Mat negó con la cabeza, en silencio.

—Lo siento —dijo luego—. Estas cosas... En fin, que suelen ser muy particulares. La nota era clara. Sólo podemos entrar tres; de lo contrario, fracasaremos. Si aun así fracasamos... Bueno, pues, supongo que entonces será culpa suya, ¿verdad?

—Tened cuidado. —Perrin frunció el entrecejo—. Espero disfrutar de otro pellizco del tabaco de tu bolsa en la posada de maese Denezel a vuestro regreso, Thom.

—Cuenta con ello —dijo el juglar.

Estrechó la mano que le tendía Perrin, sonriente y con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Qué? —preguntó Perrin.

—¿Es que todos los chicos granjeros que conozco se habrán convertido en nobles para cuando todo esto haya acabado? —dijo Thom riendo mientras se colocaba mejor el fardo en la espalda.

—Yo no soy un noble —protestó Mat.

—¿De veras, Príncipe de los Cuervos?

—La gente puede llamarme lo que quiera. —Mat se caló más el sombrero—. Eso no significa que sea uno de ellos.

—En realidad, es... —empezó Thom.

—Abre el acceso para que nos pongamos en marcha de una vez —pidió Mat—. Se acabaron las tonterías.

Perrin hizo un gesto a Grady con la cabeza. Una línea de luz sinuosa hendió el aire y abrió un acceso que se asomaba a la ancha y lenta corriente de un río.

—Esto es lo más cerca que puede abrirlo —dijo Perrin—. Al menos, sin tener una descripción mejor del sitio.

—Servirá —contestó Mat, que asomó la cabeza por el acceso—. ¿Nos abrirás uno para volver?

—A mediodía todos los días —repuso Grady repitiendo las órdenes que Perrin le había dado—. En ese mismo punto. —Sonrió—. Tened cuidado para que no os corte los dedos de los pies cuando aparezca, maese Cauthon.

—Haré todo lo posible. Llevamos juntos mucho tiempo y les tengo cariño.

Respiró hondo y cruzó el acceso. El silencioso Noal, que olía a determinación, lo siguió. Aquel tipo era un hueso más duro de roer de lo que aparentaba. Thom saludó a Perrin con un cabeceo que hizo que se le moviera el bigote, y saltó al otro lado. Era ágil, a pesar de que aún tenía la pierna agarrotada desde el enfrentamiento con el Fado, dos años atrás.

«Que la Luz os guíe», pidió Perrin para sus adentros y levantó la mano para despedirlos.

Los siguió con la mirada mientras caminaban a lo largo de la ribera del río.

Moraine. Tendría que avisar a Rand. Los colores se arremolinaron ante sus ojos y le mostraron a Rand hablando con un grupo de fronterizos. Pero... no. No debía decírselo hasta tener la certeza de que estaba viva. De lo contrario, sería una crueldad, así como una invitación a que Rand se inmiscuyera en la misión de Mat.

Perrin se dio la vuelta al tiempo que el acceso se cerraba. Al plantar el pie sintió una leve punzada en la pierna donde la flecha de Verdugo se le había clavado. Le habían Curado la herida y, que él supiera, la Curación había sido completa. No quedaba rastro de la herida, pero la pierna... Era como si recordara el daño sufrido, de todos modos. Era como una sombra, algo muy tenue, casi imperceptible.

Faile se acercó a él con gesto de curiosidad. Gaul la acompañaba, y Perrin sonrió al fijarse en la forma en que el Aiel echaba ojeadas hacia atrás a Bain y Chiad. Una llevaba las lanzas del guerrero, y la otra, el arco. Por lo visto, para que él no tuviera que cargar con las armas.

—¿Me he perdido la despedida? —preguntó su esposa.

—Como era tu intención, ¿no?

Ella aspiró por la nariz de forma sonora.

—Matrim Cauthon es una mala influencia. Me sorprende que no te haya arrastrado a otra taberna antes de marcharse.

Lo divertido fue que los colores aparecieron y le mostraron a Mat —que acababa de irse— caminando a lo largo del río.

—No es tan mala influencia como crees —lo defendió—. ¿Estamos listos?

—Aravine ha organizado a todo el mundo y los tiene en movimiento. Calculo que estaremos listos para partir antes de una hora.

Resultó que su estimación era buena. Alrededor de media hora más tarde, Perrin se hallaba de pie a un lado de un enorme acceso que hendía el aire, creado por Grady y Neald coligados con las Aes Sedai y Edarra. Nadie había cuestionado la decisión de Perrin de marcharse. Si Rand se dirigía a ese lugar llamado Campo de Merrilor,

entonces era allí donde él quería estar. Donde tenía que estar.

El paisaje al otro lado del acceso era más accidentado que el sur de Andor. Había menos árboles y más praderas. A lo lejos se veían unas ruinas. El área abierta que se extendía ante ellos estaba repleta de tiendas, estandartes y campamentos. Por lo visto la coalición de Egwene se había reunido.

Grady se asomó y después soltó un suave silbido.

—¿Cuánta gente hay ahí? —preguntó.

—Aquéllas son las Lunas Crecientes de Tear —dijo Perrin, señalando hacia un estandarte. Apuntó hacia otro—. Y aquél con nueve abejas doradas es el de Illian. Han acampado en lados opuestos del campo.

—Un gran número de casas cairhieninas —comentó Faile, contemplando el panorama—. Y no pocos Aiel... Pero no hay banderas de las Tierras Fronterizas.

—Jamás había visto tantas tropas en un sitio —dijo Grady.

«Está ocurriendo de verdad —pensó Perrin con el corazón latiéndole deprisa. El Tarmon Gai'don.»

—¿Crees que serán suficientes para detener a Rand? —preguntó Faile—. ¿Para ayudarnos a impedir que rompa los sellos?

—¿Ayudarnos? —repitió Perrin.

—Le dijiste a Elayne que irías a Campo de Merrilor porque Egwene lo había pedido —argumentó su esposa.

—Oh, sí, le dije que tenía que estar aquí, pero jamás dije que fuera a ponerme de parte de Egwene. Confío en Rand, Faile, y a mí me parece correcto que tenga que romper los sellos. Es como hacer una espada. Por lo general, uno no quiere forjarla con los trozos de otra arma rota y estropeada. Buscas acero nuevo para hacerla. En lugar de recomponer los viejos sellos poniéndoles parches, tendrá que hacerlos nuevos.

—Tal vez. Pero esta situación va a ser como caminar por una cuerda muy, muy floja, al haber tantos ejércitos en un mismo sitio. Si unos apoyan a Rand y otros a la Torre Blanca...

Nadie ganaría si se enfrentaban unos contra otros. En fin, tendría que asegurarse de que tal cosa no ocurriera. Las tropas ya estaban agrupadas en columnas para cruzar el acceso y Perrin se volvió hacia los hombres.

—El Dragón Renacido nos envió a buscar un enemigo —bramó—. Volvemos junto a él trayendo aliados. ¡Adelante, a la Última Batalla!

Sólo los que estaban delante lo oyeron, pero lanzaron vítores y transmitieron sus palabras al resto. Rand o Elayne habrían hecho un discurso mucho más enardecedor, pero él era diferente y haría las cosas a su manera.

—Aravine —llamó a la rellenita amadiciense—, adelántate y ten cuidado de que nadie se pelee por el sitio en el que instalar los campamentos.

—Sí, lord Ojos Dorados.

—De momento que se coloquen apartados de los otros ejércitos —indicó Perrin al tiempo que señalaba—. Sulin y Gaul elegirán un buen lugar. Haz correr la voz por nuestros ejércitos mientras nos instalamos. No hay que relacionarse ni enzarzarse con ninguna de esas otras fuerzas. ¡No dejes que nadie se aparte y se desplace hacia el sur! Ya no estamos en territorio agreste y no quiero recibir quejas de los lugareños por ocasionarles perjuicios en sus granjas.

—Sí, milord —contestó la mujer.

No le había preguntado a Aravine por qué no se había unido a uno de los grupos a los que habían enviado de regreso a Amadicia. Pero casi con toda seguridad se debía a los seanchan. Que esa mujer era una noble saltaba a la vista, a pesar de que casi no hablaba de su pasado. Perrin se alegraba de poder contar con ella. Como administradora del campamento, actuaba de enlace entre los distintos bandos que componían su ejército.

La Guardia del Lobo había encabezado la marcha antes, así que hicieron lo mismo a través del acceso. La larga columna empezó a moverse y Perrin dio unos cuantos pasos en sentido contrario, hacia atrás, a fin de impartir órdenes que en su mayoría eran para recalcar su deseo de que no hubiera problemas con los lugareños ni con los otros ejércitos acampados. Se paró al llegar al grupo de los Capas Blancas, que esperaban su turno. Berelain cabalgaba de nuevo junto a Galad; parecían enfrascados en una conversación deferente. Luz, esa mujer había pasado con Galad casi todas las horas de vigilia durante los últimos días.

Perrin no había puesto juntos a los Capas Blancas y los mayenienses; sin embargo, por lo visto habían acabado así de algún modo. Al empezar a moverse, los Capas Blancas de Galad marcharon en una columna perfecta de cuatro en fondo, los blancos tabardos adornados con el sol radiante. Perrin aún tenía una reacción visceral semejante al pánico cada vez que los veía, pero lo sorprendente era que apenas habían causado problemas desde el juicio.

La Guardia Alada de Mayene cabalgaba al lado —Gallenne casi pegado a Berelain— con las lanzas en alto. En las astas ondeaban banderolas rojas, y los petos y los yelmos se habían bruñido a la perfección. Era como si fueran a tomar parte en un desfile. Y quizás era así. Si uno cabalgaba a la Última Batalla, lo hacía sosteniendo bien alto la lanza y con la armadura reluciente.

Perrin siguió adelante. El ejército de Alliandre venía a continuación, con la caballería pesada cabalgando en una formación compacta de ocho jinetes en fondo y Arganda a la cabeza. Éste bramó una orden al ver a Perrin, y la serpentina columna de soldados giró y saludó.

Perrin respondió de igual forma. Le había preguntado a Alliandre, quien le había indicado que era la respuesta apropiada. Ella cabalgaba al lado de Arganda, montada

a asentadillas, y lucía un liviano vestido de color granate con ribetes dorados. Un atuendo nada práctico para cabalgar, pero no estarían montados mucho tiempo. Trescientos pasos; que equivalían a otras tantas leguas.

Perrin advirtió la satisfacción de la mujer cuando saludó a sus soldados. Le complacía verlo actuar en su papel de líder de la coalición. De hecho, muchos en el campamento reaccionaban del mismo modo. Quizás antes habían percibido lo mucho que le incomodaba esa posición como cabecilla. ¿Cómo se las arreglaba la gente para advertirlo sin ser capaz de oler las emociones?

—Lord Perrin —saludó Alliandre cuando se cruzaron, haciendo una especie de balanceo con la cabeza que era el equivalente a una reverencia a caballo—, ¿no deberíais ir montado?

—Me gusta caminar.

—Un cabecilla a caballo da una imagen más autoritaria.

—He decidido dirigir esta agrupación de fuerzas, Alliandre, pero lo haré a mi modo. Eso incluye caminar cuando quiera hacerlo.

Se encontraban sólo a unos cuantos pasos del acceso y, para esa distancia, las piernas para desplazarse eran más que suficiente para él.

—Por supuesto, milord.

—Una vez que estemos instalados, quiero que envíes a unos cuantos hombres de regreso a Jehannah para que recluten gente, que reúnan a los guardias locales que tengas y que los traigan aquí. Vamos a necesitar a todos los que consigamos reunir, y quiero que se entrenen tanto como sea posible antes de que la guerra estalle.

—De acuerdo, milord.

—También he enviado gente a Mayene —informó Perrin—. Y Tam está reuniendo a toda la gente que pueda de Dos Ríos.

Luz, cómo le gustaría poder dejarlos atrás, en sus granjas, para vivir en paz mientras la tormenta bramaba en otra parte. Pero éste era de verdad el final. Lo notaba. Perder esta batalla significaba perderlo todo. El mundo. El propio Entramado. Ante algo así, reclutaría muchachitos apenas capaces de blandir una espada y abuelos que les costara trabajo andar. Se le revolvía el estómago de tener que admitirlo, pero era verdad.

Continuó columna abajo y dio varias órdenes a otros cuantos grupos. Estaba terminando con el último, cuando reparó en que un puñado de hombres de Dos Ríos pasaba por allí. Uno de ellos, Azi, portaba la bandera de la cabeza de lobo. Jori Congar se quedó atrás, se detuvo e hizo señas a los otros tres para que siguieran adelante, tras lo cual trotó hacia él. ¿Pasaría algo?

—Lord Perrin. —Jori, alto y desgarbado, se plantó erguido como una zancuda posada en una pata—. Yo...

—¿Y bien? Vamos, suéltalo —apremió Perrin.

—Quería disculparme —repuso Jori de forma atropellada.

—¿Por qué?

—Por ciertas cosas que dije. —Jori apartó la vista—. Me refiero a cosas estúpidas. Fue después de que caísteis enfermo, ¿sabéis?, cuando os llevaron a la tienda de la Principal y... En fin, yo...

—No te preocupes, Jori. Lo comprendo.

Jori alzó los ojos, sonriente.

—Es un placer estar aquí con vos, lord Perrin. Un verdadero placer. Os seguiremos a cualquier parte, los otros y yo.

Sin más, Jori saludó y echó a correr. Perrin se rascó la barba mientras lo seguía con la mirada. Jori era uno de la buena docena de hombres de Dos Ríos que se habían acercado a él en los últimos días para disculparse. Al parecer, todos se sentían culpables por propagar rumores sobre Berelain y él, aunque ninguno de ellos lo había dicho tan a las claras.

Bendita Faile, por hacer lo que quiera que hubiese hecho.

Tras haberse ocupado de todos, Perrin hizo una profunda inhalación, echó a andar columna arriba y cruzó el acceso.

«Ven deprisa, Rand —pensó mientras el remolino de colores surgía en su visión—. Está empezando, lo noto.»

Mat se había parado —con Thom a su izquierda y Noal a su derecha— y miraba hacia la torre que se asomaba entre las copas de los árboles, un poco más adelante. Un regato cantarín, afluente del cercano Arinelle, gorgoteaba cerca de ellos. Una llanada herbosa se extendía a su espalda y, más allá, el caudaloso río.

¿Había pasado por allí antes? Eran tantos los recuerdos fragmentados que tenía de esa época... Y, sin embargo, la torre permanecía clara en su mente, divisada a lo lejos. Ni siquiera la oscuridad de Shadar Logoth había sido capaz de arrancarle esa imagen de la memoria.

La torre parecía ser de puro metal, con el sólido acero reluciendo a la tenue luz del sol encapotado, y Mat sintió una terrible frialdad entre los omóplatos. Muchos viajeros a lo largo del río la tenían por algún tipo de reliquia de la Era de Leyenda. ¿Qué otra conclusión iba uno a sacar de una columna de acero que se elevaba por encima del bosque y que, en apariencia, estaba deshabitada? Era tan anómala y parecía tan fuera de lugar como los retorcidos marcos de piedra roja. Ésos hacían que los ojos le bizquearan a uno si los miraba con fijeza.

La quietud del bosque allí era excesiva; todo se hallaba en silencio a excepción de las pisadas de los tres. Noal llevaba un bastón largo, más alto que él. ¿De dónde lo habría sacado? Tenía ese aspecto suave, pulido, de la madera que lleva más años siendo bastón de caminar que los pasados antes como rama de árbol. Noal también se

había puesto un par de pantalones de color azul oscuro, casi negro, así como una camisa de un estilo raro, desconocido para Mat. Los hombros eran más rígidos que los tipos de corte que él solía ver. Asimismo, la chaqueta era más larga; le llegaba casi hasta las rodillas. Iba abotonada en la cintura y después se separaba en las piernas. Un estilo muy raro, vaya que sí. El viejo nunca respondía a las preguntas que le hacían sobre su pasado.

Thom había optado por sus ropas de juglar. Era muy grato verlo así otra vez, en lugar de los atavíos llenos de adornos de un bardo de corte. La capa de parches multicolores, la sencilla camisa atada con lazadas por delante, las ajustadas calzas metidas por dentro de las botas. Cuando le preguntó el porqué de esa elección, Thom se había encogido de hombros antes de responder:

—Parece como si tuviera que llevar esto si voy a verla.

Con «verla» se refería a Moraine. Mas ¿qué le habrían hecho las serpientes y los zorros a la Aes Sedai? Hacía tanto tiempo... Pero que lo asparan si dejaba pasar aunque sólo fuera una hora más. El había escogido ropa de color verde apagado y pardo terroso, así como una capa marrón oscuro. Llevaba el fardo cargado al hombro y la *ashandarei* en la mano. Había practicado con el nuevo regatón de hierro acoplado a la punta del astil, y le había gustado.

Los elfinios le habían dado el arma. Bien, pues, si se atrevían a interponerse entre Moraine y él, entonces iban enterarse de lo que era capaz de hacer con su regalo. Vaya si se iban a enterar, puñetas.

Los tres se acercaron a la torre. No parecía que hubiera una sola abertura por ningún sitio en los doscientos pies que tenía de altura. Ni una ventana, ni una junta, ni un arañazo. Mat miró hacia arriba y se sintió desorientado mientras recorría con la vista aquel enorme fuste reluciente que se elevaba hacia el distante cielo gris. ¿No reflejaba demasiada luz?

Lo sacudió un escalofrío y se volvió hacia Thom para asentir con un brusco cabeceo.

Tras una breve vacilación, Thom desenvainó un cuchillo de bronce que llevaba colgado al cinturón y adelantó un paso para tocar con la punta en la torre. Con gesto resuelto, deslizó el cuchillo de forma que trazó un triángulo invertido del ancho de la palma de una mano. El metal chirrió contra el metal, pero no dejó ni rastro. Thom acabó trazando una línea ondulante a través del centro, como se hacía al empezar una partida de serpientes y zorros.

Todo se quedó en silencio. Mat miró a Thom.

—¿Lo has hecho bien?

—Eso creo. Pero ¿cómo sabemos qué es «bien»? Ese juego ha pasado de generación en generación durante...

Enmudeció cuando una fina línea de luz apareció en la pared de la torre. Mat

pegó un brinco hacia atrás y enarboló la lanza. Las líneas brillantes formaron un triángulo en consonancia con el que Thom había trazado y después —veloz como un único aleteo de una polilla— el acero del centro del triángulo desapareció.

Noal contempló el tamaño del agujero.

—Un poco pequeño para colarse por él, ¿no? —Se acercó a la brecha triangular y se asomó—. Nada al otro lado, salvo oscuridad.

Thom bajó la vista al cuchillo.

—Imagino que el triángulo es de hecho una puerta. Eso es lo que se dibuja cuando uno empieza a jugar. ¿Intento hacer otro más grande?

—Supongo que sí —contestó Mat—. A menos que el *gholam* te enseñara cómo deslizarte a través de un hueco del tamaño de un puño.

—No es menester ser desagradable —respondió Thom.

Acto seguido, utilizó el cuchillo para dibujar otro triángulo alrededor del primero, éste lo bastante grande para entrar por él. Acabó con el trazado de la línea ondulante.

Mat empezó a contar. Le dio tiempo a llegar a siete para que las líneas brillantes aparecieran. El acero comprendido entre ellas se desvaneció dejando abierto un corredor triangular que conducía dentro de la torre, cuyo interior parecía ser acero sólido.

—La Luz me abrase —susurró Noal.

El corredor desaparecía en la oscuridad, dando la impresión de que la luz del sol fuese reacia a penetrar en la abertura, aunque a buen seguro sólo se trataba de una ilusión óptica.

—Y así empezamos el juego que no podemos ganar —dijo Thom mientras envainaba de nuevo el cuchillo.

—Valor para fortalecer —susurró Noal mientras daba un paso adelante alzando una linterna de llamita titilante—. Fuego para cegar. Música para aturdir. Hierro para encadenar.

—Y Matrim Cauthon —añadió Mat— para equilibrar las jodidas probabilidades.

Sin más, traspasó el umbral. Hubo un destello blanco, brillante, cegador. Mat maldijo y apretó los ojos a la par que bajaba la *ashandarei* en lo que confiaba diera la impresión de ser una pose amenazadora. Parpadeó, y la blancura desapareció. Se encontraba en el centro de una estancia amplia; detrás de él, una abertura en forma de triángulo invertido —de un negro puro hecho de cordones o filamentos retorcidos que en algunos sitios parecían de metal y en otros, de madera— se sostenía derecha sin ningún apoyo.

La estancia también era negra, de forma cuadrangular. Volutas de vapor blanco salían desde agujeros dispuestos en los cuatro vértices; esa neblina irradiaba una luz blanca. Cuatro pasillos partían de la estancia, cada cual en una dirección.

La cámara no era exactamente cuadrada. Cada lado tenía una longitud distinta,

aunque por muy poco, de modo que la confluencia en los vértices resultaba extraña. ¡Y ese vapor! Emitía un hedor sulfúreo que inducía a respirar por la boca. Las paredes del color del ónice no eran de piedra, sino de un material reflectante, como las escamas de un pez enorme. El vapor se acumulaba en el techo y el tenue brillo difundía una luz suave.

¡Así se abrasara! Aquello no era igual que el primer sitio que había visitado, con las espirales enroscadas y los umbrales circulares, pero tampoco como el segundo, con las estancias en forma de estrella y las líneas que emitían un resplandor amarillo. ¿Dónde se encontraban? ¿En qué se habían metido? Giró sobre sí mismo, nervioso.

Thom entró a trompicones en la habitación y parpadeó, aturdido. Mat soltó el fardo y asió al juglar por el brazo. Noal llegó a continuación. El huesudo hombre guardó el equilibrio, pero era evidente que estaba cegado porque sostenía la linterna ante sí, a la defensiva.

Los dos parpadearon y a Noal le lloraron los ojos, pero por fin se orientaron y echaron una ojeada en derredor. La estancia, así como los pasillos que partían en cuatro direcciones opuestas, se hallaban vacíos.

—Esto no se parece a lo que nos describiste, Mat —dijo Thom.

La voz levantó un débil eco, aunque los sonidos parecían distorsionarse de forma inquietante. Casi como susurros que les respondieran. El efecto hizo que a Mat se le erizara el vello de la nuca.

—Lo sé —contestó mientras sacaba una antorcha del fardo—. Este sitio no tiene sentido. Al menos, las historias coinciden en eso. Toma, enciende esto, Noal.

Thom sacó una antorcha de su fardo y Noal las encendió las dos con la linterna. Tenían mixtos de Aludra, pero Mat quería reservarlos. Había temido que, dentro de la torre, las llamas se apagaran después de prenderlas, pero ardían con regularidad y fuerza. Eso lo animó en cierta medida.

—Bien, pues, ¿dónde están? —preguntó Thom, que empezó a recorrer el perímetro de la estancia negra.

—Nunca están cuando uno entra —contestó Mat, que alzó la antorcha para examinar la pared. ¿Era eso escritura esculpida en la aparente piedra que no lo era? La desconocida grafía era tan fina y delicada que apenas se veía—. Pero no bajes la guardia. Pueden aparecer detrás de ti con más rapidez que un posadero al oír el tintineo de monedas en el bolsillo de un parroquiano.

Noal examinó la abertura triangular por la que habían entrado.

—¿Crees que podríamos utilizar esto para salir?

Se asemejaba al *ter'angreal* de piedra por el que Mat había pasado la vez anterior, sólo que con una forma diferente.

—Eso espero —contestó.

—Quizá deberíamos intentarlo —propuso Noal.

Mat asintió con la cabeza. No le gustaba separarse, pero necesitaban saber si eso era un camino de vuelta o no. Noal lo cruzó con actitud decidida. Desapareció.

Mat contuvo la respiración unos segundos que le parecieron largos, pero el hombre mayor no reapareció. ¿Sería un truco? ¿Estaría esa puerta ahí para...?

Noal entró dando trompicones a través del triángulo. Thom dejó la antorcha en el suelo y corrió hacia él para ayudarlo. Noal se recobró con más rapidez que la vez anterior y parpadeó para librarse de la momentánea ceguera.

—Se cerró y me dejó fuera —explicó—. Tuve que trazar otro triángulo para volver a entrar.

—Al menos sabemos que hay un modo de salir —comentó Thom.

«Eso, dando por hecho que los jodidos alfinios y elfinios no lo cambien de sitio», pensó Mat al recordar su anterior visita, la que había acabado con él ahorcado en un árbol. Aquella vez, la ubicación de las habitaciones y los corredores había variado de forma misteriosa, en un desafío absoluto a lo todo lo establecido.

—¿Os habéis fijado en eso? —dijo Thom.

Mat bajó la lanza a la defensiva, y Noal empuñó una espada corta de hierro en un visto y no visto. Thom señalaba la antorcha que ardía mal donde la había dejado en el suelo, junto a uno de los conductos por los que salía el vapor brillante.

La blanca emanación se «apartaba» de las llamas, como si soplara una brisa. Sólo que ningún tipo de brisa podía hacer que el vapor se moviera de un modo tan anómalo, curvándose alrededor del fuego, como un bucle. Thom se agachó y recogió la antorcha; después la aproximó al chorro de vapor, que se apartó de las llamas. Thom metió la antorcha directamente en la columna de vapor, la cual se dividió, rodeó las llamas y volvió a unirse en un solo chorro una vez que las dejó atrás.

Thom miró a los otros.

—A mí no me preguntes —dijo Mat, ceñudo—. Ya he dicho que este sitio es disparatado. Si eso es lo más raro que vemos aquí, me dejo crecer un bigote murandiano. Venga, en marcha.

Mat se dirigió hacia uno de los pasillos y echó a andar por él. Los otros dos se dieron prisa en alcanzarlo. El vapor brillaba en el techo y bañaba el pasillo con su luminosidad lechosa. El suelo era de baldosas triangulares encajadas entre sí, las cuales —de nuevo— tenían el inquietante aspecto de escamas. El corredor, ancho y largo, se perdía en la oscuridad, a lo lejos.

—Y pensar que todo esto se halla oculto en una simple torre —dijo Noal, que levantó la linterna.

—Dudo que sigamos en la torre —comentó Mat.

Más adelante vislumbró un cuadrante en el costado de la pared, una especie de ventana. Estaba alta, tanto que no parecía su sitio natural.

—Entonces, ¿dónde...?

Noal enmudeció al llegar a la ventana, que era un cuadrilátero descentrado. A través de ella se veía un paisaje que parecía irreal. Se encontraban a varios pisos de altura en una especie de torre ahusada, pero lo que se divisaba fuera no era Andor, ni mucho menos.

La ventana se asomaba a un dosel de densa vegetación que era demasiado amarillenta. Mat reconoció los árboles de hojas finas como encaje y los de copa que parecía una sombrilla de ramas lacias, aunque la otra vez los había visto desde abajo. Los árboles semejantes a helechos con las hojas en forma de inmenso abanico también le resultaban familiares, aunque de ésos ahora colgaban frutos de un profundo color negro. Los enormes frutos hacían que las hojas se doblaran por el peso.

—El aventador tenga piedad —susurró Noal, una frase que Mat no había oído en su vida.

El pasmo de Noal estaba más que justificado; Mat recordó que mientras miraba ese bosque por primera vez había comprendido que el marco retorcido no lo había conducido a otro lugar, sino que lo había llevado a otro mundo distinto.

Mat echó una ojeada al exterior. ¿Divisaría las tres altas torres ahusadas que había visto en la primera visita? No parecía que estuvieran por allí, aunque en este sitio podía ocurrir que al pasar por delante de la siguiente ventana contemplaran una escena distinta por completo. Puede que...

Se paró y miró con atención por la ventana. Se veía una torre ahusada a la izquierda. Y entonces lo comprendió: se encontraba en una de las tres torres que había oteado a lo lejos durante la primera visita.

Reprimió un escalofrío y dio la espalda a la ventana. Al menos sabía con certeza que estaba en el mismo sitio. ¿Significaba eso que el mundo de alfinios y elfinios era el mismo? Ojalá fuera así. Moraine había caído a través del segundo marco retorcido de piedra roja, lo que significaba que, casi con toda seguridad, la habían apresado los elfinios, los zorros.

Ésos eran los que lo habían colgado a él; al menos las serpientes sólo lo habían echado de su reino sin darle respuestas útiles. Les tenía inquina, pero los zorros... ¡Ellos se habían negado a contestar a sus preguntas y en cambio le habían dado esos puñeteros recuerdos!

Sus dos compañeros y él continuaron pasillo adelante, acompañados por el sonido de sus pisadas en el pavimento. Poco después, Mat empezó a tener la sensación de que los estaban observando. Era algo que ya había experimentado antes, en las otras visitas. Miró hacia atrás y captó un atisbo de movimiento allá, a lo lejos.

Giró sobre sus talones, preparado para tirar la antorcha y luchar con la *ashandarei*, pero no vio nada. Los otros dos se quedaron quietos y miraron en derredor, nerviosos. Mat siguió adelante, azorado, aunque se sintió mejor cuando,

poco después, Thom hizo lo mismo que él. El juglar llegó incluso a arrojar un cuchillo a un borrón oscuro de la pared.

El arma de hierro golpeó la superficie con un ruido seco y metálico. El apagado tintineo resonó en el pasillo y el eco se oyó mucho tiempo.

—Lo siento —se disculpó Thom.

—No pasa nada —dijo Mat.

—Nos están observando, ¿no es así? —preguntó Noal.

Hablaba en voz baja y un tanto nerviosa. ¡Luz! Mat se sentía como si en cualquier momento fuera a dar un brinco tal que se saldría de las botas y echaría a correr dejándolas atrás. Comparado con eso, Noal parecía sereno.

—Sospecho que sí —respondió.

Unos segundos después llegaban al final de larguísimo pasillo. Allí entraron en una cámara que era idéntica a la primera, salvo que no había portal en el centro. También contaba con cuatro salidas a corredores que se perdían en la oscura lejanía.

Se encaminaron en otra dirección memorizando el rumbo que iban tomando, sin dejar de sentir en la espalda el roce de unos ojos invisibles. Las pisadas se hicieron más precipitadas a medida que recorrían el pasillo y entraban en otra cámara. Era exactamente igual que la anterior.

—Desorientarse en un sitio como éste es fácil —comentó Noal.

El hombre mayor abrió su fardo y sacó una hoja de papel y un carboncillo. Marcó tres puntos en el papel y a continuación los conectó con líneas para representar los corredores y las estancias por las que habían pasado.

—Todo es cuestión de dibujar un buen mapa. Un buen mapa significa la diferencia entre la vida y la muerte; sé de lo que hablo, creedme.

Mat giró sobre sí mismo y miró en la dirección de la que venían. Una parte de su ser deseaba seguir adelante, sin mirar atrás, pero tenía que saber.

—Vamos —dijo, y empezó a desandar el camino.

Thom y Noal intercambiaron una mirada, pero de nuevo apretaron el paso para alcanzarlo. Les llevó su buena media hora desandar el camino de vuelta a la primera estancia, en la que debería estar el umbral. La encontraron vacía. Esas columnas de vapor se alzaban en las esquinas, igual que ocurría en las otras dos en las que habían estado.

—¡Imposible! —dijo Noal—. ¡Hemos vuelto sobre nuestros pasos con exactitud!

A lo lejos —apagada, casi inaudible— Mat oyó una risa. Una risa sibilante, peligrosa. Maliciosa. Se le heló la sangre.

—Thom —dijo—, ¿conoces un relato sobre Birgitte Arco de Plata y su visita a la Torre de Ghenjei?

—¿Birgitte? —repitió el juglar, que alzó la vista. Él y Noal estaban inspeccionando el suelo; parecían convencidos de que el umbral debía de haber

desaparecido en alguna clase de trampilla oculta—. No, no conozco esa historia.

—¿Y la de una mujer atrapada durante dos meses en un laberinto de corredores, dentro de una fortaleza?

—¿Dos meses? —se extrañó Thom—. Bueno, no. Pero existe el relato de Elmiaray los Ojos Lóbregos. La mujer pasó cien días deambulando por un laberinto en busca de la tristemente célebre fuente curativa de Sund para salvar la vida de su amante.

Sí, debía de ser ésa. La historia había perdurado; cambiada en la forma, como les ocurría a muchas de ellas.

—No salió de allí, ¿verdad que no?

—No. Murió al final, a sólo dos pasos de la fuente, pero separada de ella por un muro. La oía burbujear; fue el último sonido que oyó antes de morir de sed.

El juglar miró a su alrededor con inquietud, como inseguro de querer compartir un relato así en aquel lugar. Preocupado, Mat meneó la cabeza. Así se abrasara, pero, ¡cómo odiaba a esos zorros! Tenía que haber una forma de...

—Habéis roto el pacto —dijo una voz suave.

Mat giró sobre sus talones con rapidez y los otros dos barbotaron una maldición mientras se incorporaban y echaban mano a las armas. En el pasillo que tenían detrás había una figura. Era uno de los seres que Mat recordaba, puede que incluso fuese el mismo con el que se había encontrado la vez anterior. En el pálido cuero cabelludo le crecía pelo rojizo, muy corto y de punta, y las orejas, pegadas al cráneo, se afinaban ligeramente en punta por la parte de arriba. Era nervudo y alto, con los hombros demasiado anchos en proporción con la cintura. Llevaba unas correas blancas que le cruzaban el torso —Mat seguía sin querer conjeturar con qué estarían hechas—, así como una faldilla negra que le llegaba a las rodillas.

Lo más llamativo era el rostro: ojos demasiado grandes y casi sin color salvo un leve matiz en el iris, mandíbula estrecha y facciones angulosas. Zorrunas. Era uno de los elfinios, señores de aquel reino.

Había acudido a jugar con los roedores.

—No hay pacto para entrar por este umbral —respondió Mat, que procuró no delatar nerviosismo en la voz—. Así que podemos traer lo que nos dé la gana, puñetas.

—No tener acuerdo es peligroso —advirtió el elfinio con voz suave—. Para vosotros. Por suerte, puedo llevaros donde deseéis.

—Bien, pues, hazlo —respondió Mat.

—Dejad el hierro —dijo el elfinio—. Los instrumentos de música. El fuego.

—Jamás —se negó Mat.

Despacio, con parsimonia, los enormes ojos del elfinio parpadearon. Después, el ser avanzó con pisadas leves, sin hacer apenas ruido. Mat alzó la *ashandarei*, pero el

elfinio no hizo ningún movimiento que pareciera amenazador, sino que se deslizó alrededor de los tres mientras preguntaba en tono melifluo:

—Oh, vamos. ¿Es que no podemos hablar con cortesía? Habéis venido a nuestro reino buscando algo. Tenemos poder para concederos lo que deseáis, lo que necesitáis. ¿Por qué no demostráis vuestra buena fe? Dejad atrás los útiles de hacer fuego, sólo eso, y prometo conduciros durante un tiempo.

La voz resultaba hipnótica, relajante. Lo que decía tenía sentido. ¿Para qué necesitaban fuego? Había luz de sobra con esa niebla. Era...

—Thom, música —pidió Mat.

—¿Qué? —preguntó el juglar, con un ligero estremecimiento.

—Toca algo. Lo que sea, da igual.

Thom sacó la flauta y el elfinio estrechó los ojos. Thom empezó a tocar una canción conocida, *El viento que agita el sauce*. La intención de Mat era tranquilizar al elfinio, quizá conseguir que se descuidara, pero la melodía pareció que lo ayudaba a él a disipar el velo que le nublaba la mente.

—Esto no es necesario —dijo el elfinio, que le lanzó una mirada fulminante a Thom.

—Sí que lo es —lo contradijo Mat—. Y no vamos a dejar el jodido fuego. No a menos que prometas llevarnos todo el camino hasta la cámara central y nos devuelvas a Moraine.

—No puedo pactar ese acuerdo —dijo el ser, sin dejar de caminar alrededor de ellos.

Mat se giró para seguirlo con la mirada, sin darle la espalda.

—Que venga alguien que pueda hacerlo.

—Imposible —repuso el elfinio—. Escuchad, el fuego no hace falta. Os conduciré hasta la mitad del camino que lleva a la estancia central, la Cámara de Acuerdos, si dejáis ese terrible fuego. Nos ofende. Sólo queremos que se cumplan vuestros deseos.

Era evidente que el ser intentaba adormecerlos otra vez, pero había perdido la cadencia de la voz, en oposición con la melodía de Thom. Mat lo observó y después se puso a cantar con la música de la flauta. No tenía una voz maravillosa, pero tampoco era terrible. El elfinio bostezó y a continuación se acomodó en el suelo, junto a la pared, y cerró los ojos. Se quedó dormido en cuestión de segundos.

Thom apartó la flauta de los labios; parecía impresionado.

—Bien hecho —susurró Noal—. No tenía idea de que dominaras la Antigua Lengua con tanta fluidez.

Mat vaciló; ni siquiera se había dado cuenta de haberla utilizado.

—Tengo muy olvidada la Antigua Lengua —continuó Noal, que se frotó el mentón—, pero entendí bastantes cosas. El problema es que seguimos sin saber cómo

movernos por este sitio. ¿Cómo nos orientaremos sin que uno de ellos nos guíe?

Tenía razón. Birgitte había deambulado de un sitio para otro durante meses sin alcanzar la meta, que se encontraba a unos pasos de distancia. La cámara en la que Mat se había reunido con los cabecillas elfinios... Ella había dicho que, una vez que uno estaba allí, tenían que pactar contigo. Ésa debía de ser la Cámara de Acuerdos que el elfinio había mencionado.

Pobre Moraine. Había llegado a través de uno de los marcos de piedra roja; tendría que haber estado protegida por el pacto que los elfinios tenían con las antiguas Aes Sedai, fuera cual fuese pero ese marco se había destruido. Sin vuelta atrás. Sin salida.

Cuando él había estado allí la primera vez, habían elogiado que se le ocurriera pedir salir de allí. Aunque todavía rezongaba contra los elfinios por no responder sus preguntas, ahora entendía que no era eso lo que ellos hacían. A los alfinios se les hacían preguntas; los elfinios concedían peticiones. Pero tergiversaban esas peticiones y, a cambio, tomaban lo que querían. De forma involuntaria, él había pedido llenar los vacíos que tenía en la memoria, un modo de librarse de las Aes Sedai y del Poder Único, y salir de aquel sitio.

Si Moraine no sabía eso y no había pedido salir como había hecho él... O si había pedido volver a través del marco, ignorante de que se había destruido...

Él había pedido salir y se lo habían concedido, pero no recordaba cómo había ocurrido. Todo se había tornado negro, y había vuelto en sí colgando de la *ashandarei*, que estaba suspendida entre dos ramas.

Mat sacó algo de un bolsillo y lo aferró con fuerza en el puño.

—Los elfinios y alfinios van y vienen por aquí de algún modo —susurró—. Por fuerza tiene que haber un camino correcto.

—Un camino —dijo Noal—. Cuatro posibilidades, seguidas por cuatro más, seguidas por otras cuatro... ¡Las probabilidades en nuestra contra son incalculables!

—Probabilidades —repitió Mat al tiempo que alzaba la mano. La abrió y dejó a la vista un par de dados—. ¿Y qué me importan a mí las probabilidades?

Sus dos compañeros contemplaron los dados de marfil y después volvieron a mirarlo a la cara. Mat percibió que su suerte volvía.

—Doce puntos máximos. Tres por cada salida. Si saco un uno, un dos o un tres, vamos rectos. Cuatro, cinco o seis, nos dirigimos a la derecha, y así sucesivamente.

—Pero Mat —susurró Noal, que echó una ojeada al elfinio dormido—. Las tiradas no serán iguales. No es posible que saques un uno, por ejemplo, y es mucho más probable que un siete...

—No lo entiendes, Noal —lo interrumpió Mat mientras tiraba dados al suelo; saltaron y repicaron sobre las baldosas semejantes a escamas sonando como el castañeteo de dientes—. No importa qué es más o menos probable. Cuando yo estoy

presente, no.

Los dados se pararon. Uno de ellos se enganchó en una ranura entre dos baldosas y se quedó inmóvil en un equilibrio inestable, con uno de los picos en el aire. El otro cayó marcando un punto.

—¿Qué opinas sobre eso, Noal? —preguntó Thom—. Parece que, después de todo, puede salir hasta un uno.

—Diantre, sí que es digno de verse —respondió el hombre mayor, que se frotó la barbilla.

Mat asió la *ashandarei*, recogió los dados y echó a andar hacia el pasillo que había en línea recta. Los otros lo siguieron y dejaron atrás al elfinio dormido.

En la siguiente intersección, Mat hizo otra tirada y salió un nueve.

—¿Volver por donde hemos venido? —se extrañó Thom—. Eso es...

—Es lo que vamos a hacer —lo atajó Mat, que giró sobre sus talones y desanduvo el camino.

En la otra estancia, el elfinio dormido había desaparecido.

—A lo mejor lo han despertado —sugirió Noal.

—O quizás es otra sala distinta por completo —dijo Mat, que volvió a tirar los dados.

Otro nueve. Estaba de espaldas al pasillo por el que habían llegado, de modo que un nueve significaba dar otra vez la vuelta.

—Los alfinios y los elfinios tienen sus reglas —comentó Mat, que giró y corrió pasillo adelante, con los otros dos pisándole los talones—. Y este lugar tiene reglas.

—Las reglas han de tener lógica, Mat —contestó Noal.

—Han de ser coherentes —afirmó Mat—. Pero no han de seguir nuestra lógica. ¿Por qué iban a hacerlo?

Para él eso tenía sentido. Corrieron durante un tiempo, ya que el pasillo por el que iban parecía ser mucho más largo que los anteriores. Mat empezaba a resollar cuando llegaron a la siguiente sala. De nuevo tiró los dados, pero imaginaba lo que iba a salir: nueve. Otra vez de vuelta a la primera estancia.

—¡Mira, esto es absurdo! —protestó Noal mientras daban la vuelta y desandaban el camino—. ¡Así nunca llegaremos a ninguna parte!

Mat no le hizo caso y siguió corriendo. Poco después se acercaron de nuevo a la primera sala.

—Mat, ¿podemos al menos...? —empezó Noal en tono suplicante.

El hombre enmudeció cuando entraron en tropel en la primera cámara. Sólo que no era la primera cámara. Esta sala era enorme, con el suelo blanco y unas gruesas columnas negras que se elevaban hacia un techo que no alcanzaban a ver.

El brillante vapor blanco que se acumulaba en lo alto del pasillo por el que habían llegado fluyó hacia la sala y ascendió hacia la negrura, como una catarata invertida.

Aunque el suelo y las columnas parecían de cristal, Mat sabía que tenían un tacto áspero como piedra. La cámara estaba iluminada por el tenue resplandor que emitían las acanaladuras de cada columna estriada y que punteaban su forma ahusada.

—Mat, muchacho, esto es una locura. —Thom le dio una palmada en el hombro—. Y funciona. De algún modo.

—Justo lo que cabía esperar de mí —respondió mientras tiraba un poco del ala del sombrero—. He estado ya en esta cámara y vamos por buen camino. Si Moraine sigue viva, ha de encontrarse en algún lugar más allá de este punto.

CAPÍTULO 54

La luz del mundo

Con la antorcha en alto, Thom inspeccionó las enormes columnas negras estriadas cuyos salientes amarillos emitían un tenue resplandor. Esas líneas proporcionaban una luz enfermiza a toda la cámara y le daban al juglar un aspecto demacrado, macilento.

A Mat le vino a la memoria el hedor a cerrado, a rancio, de aquel lugar; y, ahora que sabía lo que buscaba, también identificó otro olor: el tufo almizclado de la guarida de un animal, del cubil de un depredador.

Cinco pasillos partían desde la cámara en forma de estrella, uno en cada vértice interior de la figura geométrica. Recordaba haber avanzado por uno de ellos, pero ¿acaso no había una única salida la última vez?

—Me pregunto hasta dónde llegarán estas columnas —dijo Thom mientras estrechaba los ojos y levantaba la antorcha.

Mat asió la *ashandarei* con más fuerza porque las palmas de las manos le sudaban. Habían entrado en la guarida de los zorros; se palpó el medallón. Los elfinios no habían utilizado el Poder Único con él, pero poseerían algún tipo de conocimientos sobre éste, ¿o no? Los Ogier no podían encauzar, así que... A lo mejor los elfinios tampoco.

Se oyeron sonidos apagados, como roces, que procedían de los rincones de la cámara; las sombras cambiaron de posición, se movieron. Ahí estaban los elfinios, en la oscuridad.

—Thom, deberías tocar algo más —dijo Mat.

El juglar no se opuso y, con la mirada prendida en la oscuridad, se llevó la flauta a los labios y empezó a tocar. La melodía sonaba solitaria en la inmensa estancia.

—Mat —llamó Noal, que se había arrodillado cerca del centro de la sala—, ven a ver esto.

—Lo sé, Noal. Parece vidrio, pero tiene el tacto de la piedra.

—No, no es eso —respondió Noal—. Aquí hay algo.

Mat fue hacia Noal y miró por encima de él. Thom también se acercó a echar una ojeada sin dejar de tocar. Noal iluminaba con la antorcha un montón de escoria derretida que había en el suelo, quizás del tamaño de un pequeño arcón; era de color negro, aunque más intenso y menos lustroso que el negro de las columnas.

—¿Qué crees que era? —preguntó Noal—. ¿Alguna trampilla?

—No, no es eso —musitó Mat.

Thom y Noal lo miraron.

—Es el marco —continuó, con el estómago revuelto—. El marco de piedra roja. Cuando lo crucé, estaba en el centro de una sala, justo donde está eso. Cuando se fundió en el otro lado...

—También se fundió en éste —acabó por él Noal.

Los tres se quedaron mirándolo. La melodía de la flauta sonaba evocadora e inquietante.

—Bueno, ya sabíamos de antemano que no iba a haber salida. Tendremos que negociar el precio para que nos dejen marchar —dijo Mat.

«Y me aseguraré de que no me ahorquen esta vez, maldita sea», añadió para sus adentros.

—¿Los dados nos mostrarán el camino? —preguntó Noal, poniéndose en pie.

—No veo por qué no —contestó Mat.

Palpó los dados que llevaba en uno de los bolsillos de la chaqueta, pero no los sacó. Se dio media vuelta y escrutó las profundidades de la cámara. Algunas de las sombras parecían haberse sosegado con la música de Thom, pero había otras que aún rebullían. El aire estaba cargado de una agitación electrizante.

—Mat... —llamó Thom.

—¡Sabíais que volvería! —gritó Mat. No hubo eco. ¡Luz! ¿Cuánta altura tendría esa cámara?—. Sabíais que vendría de nuevo a vuestros dominios, ¿verdad? Sabíais que más tarde o más temprano me tendríais.

Thom bajó la flauta, perplejo.

—¡Vamos! ¡Mostraos! —continuó Mat—. Os oigo rebullir y respirar.

—Mat —empezó a decir el juglar, poniéndole una mano en el hombro:—, no es posible que supieran que ibas a regresar. Moraine no estaba segura de que vendrías.

—¿Alguna vez has visto cómo llevan las reses al matadero, Thom? —preguntó Mat sin quitar ojo a la oscuridad.

El juglar vaciló un momento antes de negar con la cabeza.

—Cada cual tiene su método —continuó Mat—, pero... El ganado percibe que algo no va bien, ¿sabes? Huele la sangre. El pánico se apodera de las reses y se niegan a entrar en el matadero. ¿Sabes cómo se solventa ese problema?

—¿Es preciso que hablemos de este tema ahora, Mat?

—Se los hace pasar por el matadero varias veces cuando está limpio y el olor no es tan fuerte. Se los deja pasar y escapar, ¿comprendes? Así piensan que es un sitio seguro. —Miró a Thom—. Sabían que iba a volver. Sabían que iba a sobrevivir al ahorcamiento. Saben cosas, Thom. Que me aspen, pero las saben.

—Saldremos de aquí, Mat —respondió Thom—. Podemos hacerlo. Moraine lo vio.

—Y tanto que lo haremos, puñetas —asintió Mat con un contundente cabeceo—. Están jugando a un juego, Thom. Yo gano en los juegos. —Mat se sacó los dados del

bolsillo.

«Bueno, suelo ganar la mayoría de las veces.”

—Bienvenido, hijo de las batallas —susurró de pronto una voz a su espalda.

Mat giró sobre sí mismo a la par que barbotaba una maldición y escudriñaba la cámara.

—¡Ahí! —exclamó Noal mientras señalaba con el bastón.

Iluminada a medias por la luz amarillenta, había una figura junto a una de las columnas. Era otro elfinio, éste más alto y con las facciones del rostro más angulosas. La luz de la antorcha se reflejaba con un brillo anaranjado en los ojos de aquel ser.

—Os puedo conducir adonde deseáis ir... —dijo el elfinio con una voz áspera y seca, alzando un brazo para protegerse los ojos del brillo de las antorchas—. A cambio de un precio.

—Thom, música.

El juglar empezó a tocar de nuevo.

—Uno de vosotros ya ha intentado que nos deshiciéramos de nuestros utensilios —replicó Mat y, acto seguido, sacó una antorcha de la bolsa que llevaba al hombro y la acercó a Noal para encenderla en la linterna—. No va a funcionar.

El elfinio se echó hacia atrás para esquivar el fulgor de la nueva antorcha encendida mientras emitía un quedo gruñido.

—Venís aquí a negociar pero, aun así, nos provocáis —dijo el ser—. No hemos hecho nada para merecer este trato.

Mat se quitó el pañuelo que le tapaba el cuello.

—¿Que no habéis hecho nada? —espetó.

El elfinio no respondió, si bien se alejó un poco para adentrarse en una zona más oscura, entre las columnas. La luz amarilla de las líneas apenas le iluminaba ahora el rostro, un rostro demasiado anguloso.

—Entonces, ¿por qué quieres hablar con nosotros, hijo de las batallas, si no estás dispuesto a negociar? —susurró el ser desde las sombras.

—No, no habrá ninguna negociación hasta que lleguemos al gran salón, a la Cámara de Acuerdos.

Ese era el único lugar en el que estarían obligados a cumplir lo que pactaran. ¿No era eso lo que Birgitte había dicho? Aunque, bien pensado, ella también se había guiado por fábulas y cuentos de vieja.

Thom, que seguía tocando, miraba a uno y otro lado con rapidez para no perder de vista a las sombras. Noal empezó a tocar los pequeños címbalos que se había atado a las perneras del pantalón haciéndolos sonar al ritmo de la música de Thom. No obstante, las sombras bullían sin parar.

—Vuestras... atenciones no van a aletargarnos, hijo de las batallas —dijo una voz detrás de ellos.

Mat se dio la vuelta y aprestó el arma. Vio a otro de esos seres —una hembra— de pie entre las sombras. Tenía una cresta de color rojo que le caía por la espalda y dos tiras de piel curtida le cruzaban en aspa el torso, de forma que le cubrían los senos. Los labios rojos esbozaban una sonrisa.

—Somos los antiguos, o casi. Somos los guerreros del postrer sinsabor. Somos los conocedores de secretos.

—Siéntete orgulloso, hijo de las batallas —dijo otra voz.

Mat giró de nuevo sobre sus talones; el sudor le perlaba la frente. La hembra se desvaneció entre las sombras, pero otro elfinio salió a la luz. Asía un largo y siniestro cuchillo de bronce con un grabado de rosas entrecruzadas a lo largo de la hoja, ésta rematada con espinas que sobresalían cerca de la guarda de la mano.

—Has atraído a los más competentes de entre los nuestros. Serás... saboreado con exhaustividad.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Mat.

Pero el delgado elfinio de mirada peligrosa retrocedió hacia las sombras y desapareció. Demasiado rápido, como si la oscuridad lo hubiera absorbido.

Se alzaron otros susurros entre las sombras que se solapaban entre si. Aparecían caras salidas de la oscuridad con los inhumanos ojos muy abiertos y los labios curvados en una sonrisa que dejaba a la vista los dientes afilados.

¡Luz! Había docenas de elfinios en la estancia. Se movían de un lado a otro, irrumpían en la luz y saltaban de vuelta a las sombras, algunos con indolencia y otros rebosantes de energía, pero todos parecían peligrosos.

—¿Accederás a negociar? —preguntó uno.

—Entras sin avenirte al pacto. Peligroso —dijo otro.

—Hijo de las batallas.

—¡El sabor!

—Sentid su miedo.

—Ven con nosotros. Renuncia a esa terrible luz que llevas.

—Hay que alcanzar un acuerdo. Esperaremos.

—Pacientes somos. Siempre pacientes.

—¡El sabor!

—¡Basta ya! —bramó Mat—. ¡No habrá ningún acuerdo hasta que no lleguemos al centro!

—Mat —dijo Thom junto a él; el juglar había bajando la flauta—. Me parece que la música ya no funciona.

Mat asintió con brusquedad. Necesitaba que Thom empuñara las armas. El juglar guardó la flauta y sacó los cuchillos, en tanto que Mat, haciendo oídos sordos a las voces que susurraban, lanzaba los dados al suelo.

Mientras rodaban, una silueta se zambulló hacia él desde la oscuridad que había

junto a la columna más cercana. Mat maldijo y bajó la *ashandarei* para golpear al elfinio que avanzaba a cuatro patas. Pero la cuchilla pasó a través de la criatura como si estuviera hecha de humo.

¿Sería una ilusión óptica? ¿Los ojos le jugaban una mala pasada? La breve vacilación de Mat fue suficiente para que otra criatura se apoderase de los dados y se alejara de un salto de vuelta a las sombras.

Algo brilló en el aire. La daga de Thom, certera, acertó al ser en el hombro y, en esta ocasión, el arma hendió y se clavó en la carne del elfinio. Un chorro de sangre oscura manó de la herida.

«¡Hierro!», pensó Mat mientras se maldecía por su estupidez. Le dio la vuelta a la *ashandarei* para utilizar el regatón de hierro. Lo sacudió un escalofrío al ver que el suelo empezaba a humear allí donde había caído la sangre del elfinio. Era un vapor blanco, como el de las otras salas, sólo que en este vaho había figuras que surgían de forma fugaz y gritaban antes de desvanecerse. Semejaban caras contraídas en un rictus crispado.

¡Así se abrasaran! Mat no podía permitirse que lo distrajeran. Tenía otros dados y llevó la mano al bolsillo para sacarlos, pero un elfinio saltó desde las sombras con intención de arrebatarle la chaqueta.

Mat giró el arma y golpeó al zorro macho en la cara con el regatón. Oyó el crujido del hueso y lanzó a la criatura hacia un lado como si fuera un haz de ramas.

Siseos y gruñidos sonaban todo en derredor. Ojos que reflejaban la luz de las antorchas rebullían en la oscuridad. Los elfinios se movían bajo el manto de la oscuridad que rodeaba a Mat y a los otros. Mat masculló una maldición y dio un paso hacia el lugar donde había caído el elfinio.

—¡Mat! —gritó Thom, agarrándolo por el puño de la chaqueta—. No podemos enfrentarnos a eso.

Mat vaciló. Parecía que el hedor de antes, el tufo a alimañas, era más intenso. Las sombras se movían todo en derredor, ahora a un ritmo más frenético, y los susurros de rabia se mezclaban con agudos aullidos de llamada.

—Controlan la oscuridad —dijo Noal, poniéndose espalda contra espalda con Mat y Thom, como precaución—. Esas luces amarillas son para distraernos. En los muros hay huecos abiertos y recovecos protegidos. Es una artimaña.

Mat sentía en el pulso el ritmo acelerado del corazón. ¿Una artimaña? No, no era sólo un truco. Había algo extraño en la manera en que esas criaturas se movían en las sombras.

—Así se abrasen —maldijo.

Con un movimiento del brazo se liberó de la mano de Thom, pero no avanzó hacia las sombras.

—Caballeros, preparad las armas... —advirtió Noal.

Mat echó una mirada atrás por encima del hombro. A su espalda, una partida de elfinios salió de las sombras, dispuesta a caer sobre ellos. Se trataba de una oleada doble: al frente iba un grupo de elfinios que corría a cuatro patas, delante de un segundo grupo que portaba aquellos siniestros cuchillos de bronce.

Era como si las sombras que había al fondo de la estancia se extendieran con los elfinios para cernirse sobre sus compañeros y él. El corazón le latió aún más rápido.

Los ojos de los elfinios brillaban; el grupo que iba a cuatro patas cargó. Mat arremetió con el arma en el momento en que los tuvo a su alcance, pero entonces los seres se separaron y se zambulleron hacia los lados, esquivándolo. Una maniobra de distracción.

«¡Por detrás!», pensó Mat, alarmado. Otro grupo de elfinios surgió de las sombras por la retaguardia.

Se volvió y blandió el arma, pero los elfinios dieron un salto atrás antes de que los alcanzara. ¡Luz! Estaban por todas partes. Las sombras eran un hervidero y los elfinios se acercaban lo bastante para resultar peligrosos, aunque después se retiraban en el último momento.

Thom sacó un par de dagas y las lanzó. Noal empuñaba la espada corta mientras movía la antorcha que sostenía con la otra mano, y en el suelo, a los pies, tenía el bastón. Una de las dagas de Thom surcó el aire en busca de un cuerpo donde clavarse, pero falló y se perdió en la oscuridad.

—¡No desperdicies los cuchillos! —exclamó Mat—. ¡Malditos hijos de cabra! ¡Intentan que te quedes sin armas, Thom!

—¡Pero nos están hostigando! —replicó Noal—. Al final caerán sobre nosotros y nos barrerán. ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Por qué pasillo? —preguntó Thom con urgencia antes de mascullar un improperio.

Un par de elfinios habían salido de las sombras empuñando lanzas con moharra de bronce. Los seres atacaron y provocaron que Mat, Thom y Noal cedieran terreno.

No había tiempo para dados y, de todos modos, se los arrebatarían cuando los tirara. Mat abrió su fardo de un tirón y sacó una flor nocturna.

—Cuando esto estalle, giraré sobre mí mismo como una peonza con los ojos cerrados.

—¿Qué? —preguntó Thom.

—¡Ya me ha funcionado antes! —respondió Mat.

Prendió la mecha de la flor nocturna y la lanzó entre las sombras tan lejos como le fue posible. A los cinco segundos, un estallido ensordecedor sacudió la sala. Los tres cerraron los ojos y apartaron la vista de la explosión, pero el destello era tan intenso que lo notaron a través de los párpados.

Los elfinios gritaron de dolor, y Mat escuchó el tintineo de las armas al caer al

suelo. Seguro que las habían soltado para protegerse los ojos con las manos.

—¡Allá vamos! —gritó Mat, y empezó a girar.

—¡Esto es una maldita locura! —exclamó Thom.

Mat no paró, atento a percibir una señal. ¿Dónde estaba su suerte?

—¡Por ahí! —dijo, y señaló con la mano en una dirección aleatoria.

Abrió los ojos a tiempo de saltar por encima de la oscura figura de un elfinio hecho un ovillo en el suelo. Thom y Noal lo siguieron. Mat los condujo directamente a la oscuridad y siguió adelante hasta casi perder de vista a sus amigos. Sólo veía las líneas amarillas.

«¡Rayos y centellas! —pensó—. Que no me falle la suerte ahora...»

Aparecieron en un pasillo de cinco lados, donde se desvaneció la oscuridad que los rodeaba. Desde la sala no habían visto ese pasillo, pero ahí estaba.

Thom gritó de alegría.

—¡Mat, pastor cabeza de chorlito! ¡Por esto dejaré que toques mi arpa!

—No quiero tocar tu jodida arpa —respondió Mat echando una mirada por encima del hombro—. Pero me puedes invitar a unas cervezas cuando salgamos de aquí.

Mat oyó gritos y chillidos provenientes de la oscura sala. Ya había utilizado uno de sus trucos y ahora no pillaría por sorpresa a los elfinios con las flores nocturnas.

«Birgitte, tenías razón —pensó Mat—. Lo más seguro es que pasaras varias veces por delante del pasillo por el que tenías que ir sin saber que estaba a unos pocos pies de distancia.”

Nunca elijas la carta que un hombre quiere que elijas, rezaba el dicho. El tendría que haberse dado cuenta de eso, pues era uno de los timos más viejos del mundo. El grupo apretó el paso y siguió avanzando. Cruzaron vanos pentagonales que llevaban a enormes salas en forma de estrella. Thom y Noal prestaban atención a las salas, pero Mat no. El seguía corriendo, siempre adelante, en línea recta. Esa era la dirección que le había indicado su suerte.

Algo había cambiado desde la última vez que había estado allí. No había polvo en el suelo en el que dejar huellas. ¿Acaso sabían que iba a ir y habían utilizado el polvo para confundirlo? ¿O, por el contrario, habían limpiado el suelo esta vez al saber que quizá tendrían visitantes? En un sitio como ése, a saber cuál era la respuesta.

Ya llevaban bastante tiempo en marcha. ¿O hacía poco? Allí se perdía la noción del tiempo. Parecía que hubiesen corrido durante horas, pero a la vez tenía la impresión de que sólo llevaban unos segundos de carrera.

Y de pronto, apareciendo con la rapidez de una víbora que atacara, un vano surgió ante de ellos. Unos instantes antes no estaba allí delante. El cerco del vano era de madera y tenía tallas complejas, un diseño imposible de parras entrelazadas que parecían dar media vuelta engarzándose entre sí, sin lógica alguna. Los tres se

frenaron en seco.

—¡Un espejo! —exclamó Noal—. No es la primera vez que me topo con algo así. Los espejos se utilizan para enmascarar las cosas —explicó con nerviosismo.

¿Dónde puñetas escondía uno espejos en un maldito túnel recto?

Pero habían llegado al sitio correcto. Mat lo olía; el hedor de los elfinios era más intenso allí. Con actitud decidida, cruzó el umbral.

La cámara que había más allá era tal como la recordaba. No había columnas, aunque era evidente que la estancia tenía forma de estrella. Ocho puntas y un solo acceso. Las brillantes líneas amarillas corrían a lo largo de las aristas de la sala, y ocho pedestales vacíos se erguían negros y ominosos, uno en cada punta.

Era exactamente igual. Salvo por la mujer que flotaba en el centro.

Cubierta sólo por una tenue bruma blanca que bullía y brillaba a su alrededor, los detalles de la figura femenina quedaban desdibujados, que no ocultos. La mujer tenía los ojos cerrados y el oscuro cabello —ondulado, aunque ya no en perfectos bucles— ondeaba como si soplara viento de abajo arriba. Las manos descansaban encima del estómago, y en la muñeca izquierda lucía un extraño brazalete de un material que parecía marfil envejecido.

Moraine.

A Mat lo asaltó un cúmulo de emociones: inquietud, frustración, preocupación, sobrecogimiento. Era ella quien había empezado todo aquello. A veces la había odiado, aunque también le debía la vida. Ella había sido la primera en entrometerse, en tirar de él de aquí para allí. Sin embargo —analizándolo de forma retrospectiva— suponía que Moraine había sido la más sincera de todos los que lo habían utilizado. Sin disculparse, sin doblegarse. Pero de forma desinteresada.

Se había volcado en proteger a tres muchachos necios, todos ellos ignorantes de lo que el mundo iba a exigirles. Había decidido ponerlos a salvo. Tal vez prepararlos un poco, tanto si querían como si no.

Porque lo necesitaban.

Luz, qué claros le parecían ahora los motivos de Moraine. Lo cual no significaba que mermara su enfado con ella; aunque sí lo hacía sentirse agradecido. ¡Maldición, qué batiburrillo de emociones! Esos condenados zorros... ¡Cómo osaban tenerla así! ¿Estaría viva?

Thom y Noal la miraban de hito en hito; Noal con gesto solemne, Thom con incredulidad. Así que Mat se adelantó para liberar a Moraine. Empero, tan pronto como tocó la neblina con las manos sintió un dolor abrasador. Gritó y se apartó mientras las sacudía.

—Puñetas, cómo quema —barbotó—. Se... —Enmudeció al ver que Thom se adelantaba—. Thom, no... —empezó a advertirle.

—No me importa —dijo el juglar.

Se aproximó a la niebla y alargó las manos mientras las ropas empezaban a humear y los ojos le lloraban de dolor. Ni siquiera pestañeó. Se metió en aquella bruma y, asiendo a Moraine, tiró de ella y la liberó. La Aes Sedai cayó en sus brazos como un peso muerto, pero el envejecido juglar todavía era fuerte y ella parecía tan frágil que no debía de pesar mucho.

¡Luz! Mat había olvidado lo menuda que era; debía de sacarle una cabeza. Thom se arrodilló, se quitó la capa de juglar y la envolvió en ella. Moraine no abrió los ojos.

—¿Está...? —empezó Noal.

—Está viva —respondió Thom en voz queda—. Siento el latido de su corazón.

Le quitó el brazalete del brazo. Tenía la forma de un hombre doblado hacia atrás, con las muñecas atadas a los tobillos y vestido con ropas extrañas.

—Parece algún tipo de *ter'angreal*—dijo Thom, que se lo guardó en el bolsillo de la capa—. Yo...

—Es un *angreal* —proclamó una voz—. Con poder suficiente para ser casi un *sa'angreal*. Puede ser parte de su precio, si deseáis pagarlo.

Mat giró sobre sus talones con rapidez. Los pedestales se encontraban ahora ocupados por elfinios, cuatro varones y cuatro hembras. Los ocho vestían largas faldas de color blanco, en vez de negro. Ellas se cubrían el torso con blusas, mientras que los varones sólo llevaban unas correas cruzadas, unas correas hechas con un espeluznante material de color blanquecino que parecía piel. Y no de animal.

—Cuidado con lo que habláis —advirtió Mat a Thom y a Noal, procurando contener la inquietud—. Cualquier cosa que digáis, la usarán para someteros a un compromiso afirmando que ése era vuestro deseo. No pidáis nada.

Los otros dos guardaron silencio. Thom sostenía a Moraine contra sí y Noal, con el fardo al hombro, asía la antorcha y el bastón con aire cauteloso.

—Esta es la gran sala —dijo Mat a los elfinios—, la llamada Cámara de Acuerdos. Estáis obligados por el pacto a cumplir los que hagáis aquí.

—El acuerdo se ha cumplido —dijo uno de los elfinios varones; sonrió y dejó a la vista los dientes afilados.

Los otros elfinios se echaron hacia adelante e hicieron una profunda inhalación, como si oliesen algo. O como si... absorbieran algo de sus dos compañeros y de él. Birgitte le había dicho que se alimentaban de emociones.

—¿De qué acuerdo hablas? —espetó Mat al tiempo que echaba una ojeada a los pedestales—. Así os abraséis, ¿qué acuerdo?

—Un precio ha de pagarse —dijo uno.

—Lo que se pida ha de concederse —dijo otro.

—Un sacrificio ha de hacerse.

Eso último lo dijo una de las hembras, que esbozó una sonrisa más amplia que la de sus compañeros. También tenía los dientes afilados.

—Quiero que vuelva a aparecer la puerta de salida como parte del acuerdo —puntualizó Mat—. La quiero donde estaba antes y abierta de nuevo. Y no he acabado con la jodida negociación, así que no deis por hecho que esto es lo único que voy a pedir, puñetas.

—Se reabrirá —dijo un elfinio.

Los demás se echaron hacia adelante otra vez. Percibían su desesperación; varios de ellos parecían descontentos.

«No esperaban que llegásemos aquí —comprendió Mat—. No les hace gracia correr el riesgo de perdernos.»

—Quiero que la dejéis abierta hasta que hayamos salido —continuó— Nada de bloquearla ni hacerla desaparecer cuando lleguemos. Y quiero que se llegue a ella de forma directa, nada de ir de una sala a otra. Un camino directo. Y vosotros, jodidos zorros, no podéis dejarnos inconscientes ni intentar matarnos ni nada por el estilo.

Eso no les gustó nada; Mat sorprendió a varios con gesto ceñudo. Bien. Así se darían cuenta de que no negociaban con un crío.

—Nos vamos —dijo Mat—. Y nos la llevamos.

—Esas peticiones son caras —argumentó uno de los elfinios—. ¿Qué pagarás para que te sean concedidas?

—El precio ya quedó fijado —susurró otro desde atrás.

Y así era, en efecto. De algún modo, Mat lo sabía. Una parte de él lo había sabido desde la primera vez que había leído aquella carta. Si no hubiese hablado con los alfinios aquella primera vez, ¿habría ocurrido algo de todo esto? Lo más probable es que él hubiese muerto. Tenían que decirle la verdad.

Le habían advertido que llegaría el momento de pagar un precio. Por la vida. Por Moraine. Y tendría que pagarlo. En ese momento comprendió que lo haría, porque sabía que las consecuencias de no hacerlo serían terribles. No sólo para Thom ni sólo para Moraine ni sólo para él mismo. Por lo que le habían predicho, el destino del propio mundo dependía de ese momento.

«Mira que soy tonto —pensó—. Después de todo, quizá sea un héroe.» ¿Acaso no era eso lo máximo?

—Lo pagaré —anunció—. Renunciaré a la mitad de la luz del mundo.

«Para salvar al mundo.»

—¡Hecho! —anunció uno de los elfinios varones.

Los ocho seres saltaron de los pedestales todos a una y lo rodearon en un círculo que fueron estrechando —cual el nudo corredizo de una horca— con la expeditiva rapidez y la agilidad de un depredador.

—¡Mat! —gritó Thom; el juglar se esforzó en sujetar a la inconsciente Moraine mientras buscaba uno de sus cuchillos.

Mat alzó una mano para frenarlos a él y a Noal.

—Esto ha de hacerse —dijo, alejándose unos cuantos pasos de sus amigos.

Los elfinios pasaron junto a ellos sin dedicarles siquiera una ojeada. Los tachones de oro de las correas que cruzaban el torso de los elfinios varones brillaban con la luz amarilla. Los ocho seres sonreían de oreja a oreja.

Noal enarboló la espada.

—¡No! —gritó Mat—. No rompas este acuerdo. ¡Si lo haces, todos moriremos aquí!

Los elfinios se acercaron a él en un apretado círculo, y Mat intentó mirarlos a todos a la vez mientras el corazón le latía desaforado, más y más deprisa. De nuevo lo olisquearon, inhalando con fruición, disfrutando de lo que quiera que absorbieran de él.

—Hacedlo, así os abraséis —bramó Mat—. Pero sabed que esto es lo último que tendréis de mí. Escaparé de vuestra torre y encontraré el modo de liberar mi mente de vosotros para siempre. No me tendréis. Matrim Cauthon no es vuestro jodido títere.

—Veremos —gruñó uno de los elfinios varones, con los ojos desbordantes de deseo.

La mano del ser se disparó hacia adelante, y la tenue luz amarilla brilló en las uñas afiladas, que se hundieron en la cuenca del ojo izquierdo de Mat y después arrancaron el globo ocular con un ruido seco que sonó a succión.

Mat lanzó un alarido. ¡Luz, qué dolor! Más que cualquier herida recibida en batalla, más que cualquier insulto o palabra mordaz. Era como si el ser hubiese hundido esas garras exageradas hasta el fondo de su mente y de su alma.

Cayó de rodillas y la lanza repicó en el suelo cuando se llevó las manos a la cara. Notó la serosidad de un humor acuso en la mejilla y volvió a gritar cuando los dedos tocaron el agujero vacío donde antes tenía el ojo.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó con toda el alma, aullando de dolor.

Los elfinios observaban con aquellas horrendas caras casi humanas, los ojos entornados en un gesto de éxtasis, como si se nutrieran de algo que salía de Mat y flotaba hacia arriba. Un vaho casi invisible, rojo y blanco.

—¡El sabor! —exclamó un elfinio.

—¡Cuánto tiempo! —chilló otro.

—¡Cómo se enrosca a su alrededor! —clamó el que le había arrancado el ojo—. ¡Cómo gira! ¡Aromas de sangre en el aire! ¡Y el jugador se convierte en el centro de todo ello! ¡Estoy saboreando el mismísimo destino!

Mat aulló. El sombrero cayó hacia atrás cuando miró la oscuridad de allá arriba con el ojo que le quedaba, anegado en lágrimas. ¡La cuenca vacía abrasaba! ¡Le ardía! Al gritar notó que la sangre y la serosidad secas en la cara se deshacían en finas escamillas. Los elfinios tomaban bocanas de aire, inhalaban con ansiedad, como si estuviesen ebrios.

Mat soltó un último grito y después cerró los puños con fuerza y apretó los dientes, aunque no pudo evitar que un gemido ahogado —un gemido de rabia y de dolor— le saliera de lo más profundo de la garganta. Uno de los elfinios varones se desplomó, como embargado por la emoción; era el que le había quitado el ojo y ahora lo asía entre las manos, rodeándolo. Los otros se apartaron a trompicones y se dirigieron hacia los pedestales o las paredes de la cámara para apoyarse en ellos.

Noal corrió junto a Mat y Thom fue detrás con más cuidado, sin soltar a Moraine.

—¡Mat! —llamó Noal.

Con los dientes apretados para no gritar de dolor, Mat se obligó a echar la mano hacia atrás para recoger el sombrero caído en el suelo blanco. No iba a dejarlo allí, así se abrasara. Era un sombrero jodidamente bueno. Se puso de pie, tambaleándose.

—El ojo, Mat... —farfulló Thom.

—No importa —contestó.

«Así me abrasen, por idiota. Un jodido idiota cabeza hueca.» Era tal el sufrimiento que casi era incapaz de pensar.

El otro ojo parpadeó haciendo que corrieran lágrimas de dolor. En verdad parecía que hubiese perdido la mitad de la luz del mundo. Era como mirar a través de una ventana con uno de los postigos cerrados. A despecho del abrasador dolor en la cuenca izquierda vacía, tenía la sensación de que podría abrir ese ojo.

Pero tal cosa era imposible. Ya no lo tenía. Y ninguna Aes Sedai podría restituírselo con el Poder por mucha fuerza que tuviera.

Se caló el sombrero haciendo caso omiso del dolor en un alarde desafiante. Tiró del ala hacia la izquierda, bajándola para ocultar la cuenca ocular vacía, y después se agachó para recoger la *ashandarei*; se tambaleó un poco, pero se las arregló.

—Tendría que haber sido yo quien pagara, no tú, Mat —dijo Thom con amargura —. Tú ni siquiera querías venir.

—Fui yo quien tomó la decisión —respondió—. De todos modos, tenía que hacerlo. Fue una de las respuestas que me dieron los alfinios la primera vez que entré en su mundo. Tendría que renunciar a la mitad de la luz del mundo para salvar el mundo. Jodidas serpientes.

—¿Para salvar el mundo? —repitió Thom.

El juglar contempló el semblante sosegado de Moraine, a la que había arropado con su capa de parches multicolores tras soltar el fardo en el suelo.

—Ella aún tiene que hacer algo —contestó Mat; el dolor se le empezaba a pasar. En fin, más o menos—. La necesitamos, Thom. Que me aspen si no tiene algo que ver con Rand. Sea como sea, esto tenía que ocurrir.

—¿Y si no hubiese sido así? —preguntó Thom—. Ella decía que había visto...

—No importa —lo atajó Mat, que se dio la vuelta hacia la salida.

Los elfinios aún estaban desmadejados, embargados con las sensaciones.

¡Cualquiera pensaría que habían sido ellos los que habían perdido un ojo, a juzgar por esas expresiones! Mat se echó el fardo al hombro y dejó el de Thom donde estaba, tirado en el suelo. No podía cargar con dos si tenía que luchar.

—Ahora sí que he visto algo digno de contar —dijo Noal mientras recorría la estancia y a sus ocupantes con la mirada—. Algo que no había visto ningún hombre, te lo aseguro. ¿Los matamos?

—Ni hablar —contestó Mat al tiempo que negaba con la cabeza—. A lo mejor al matarlos se rompe el acuerdo —razonó.

—¿Lo cumplirán ellos? —quiso saber Thom.

—Si encuentran un modo de soslayarlo, no —contestó Mat, que volvió a torcer el gesto. ¡Luz, cómo le dolía la cabeza! En fin, no iba a quedarse allí sentado para llorar como si hubiese perdido a su potro preferido—. Vámonos.

Abandonaron la gran sala, con Noal encargado de llevar la antorcha encendida; el hombre mayor había dejado atrás el bastón, de mala gana, para poder empuñar la espada corta.

Esta vez no había vanos en el pasillo, y Mat oyó que Noal rezongaba a costa de eso, pero era lógico: había exigido un camino de vuelta recto, directo. Los elfinios eran mentirosos y trapaceros, si bien lo eran al estilo Aes Sedai. En esta ocasión había planteado las peticiones con mucho cuidado, en lugar de barbotar lo primero que se le viniera a la boca.

Siguieron andando pasillo adelante durante un largo rato. Noal se iba poniendo más y más nervioso; Mat continuaba caminando, marcando el paso al ritmo de las dolorosas palpitaciones que sentía en el cráneo. ¿En qué cambiaría su forma de combatir el hecho de faltarle un ojo? Habría de poner más atención por el lado izquierdo. También tendría problemas para calcular las distancias. De hecho, estaba notándolo en ese momento, ya que le costaba muchísimo trabajo juzgar la distancia con el suelo y las paredes.

Thom asía a Moraine contra el pecho, como un avaro aferrando su bolsa de oro. Por cierto, ¿qué significaba Moraine para él? Había dado por sentado que Thom se había metido en esto por la misma razón que él, porque sabía que tenía que hacerse. Esa ternura en el rostro del juglar no era lo que Mat había esperado ver.

El pasillo terminó de repente en una entrada pentagonal. La sala que había al otro lado parecía ser la que tenía el montón de escoria fundida en el suelo. Ni rastro de la lucha de antes, ni gota de sangre en el suelo.

Mat respiró hondo y cruzó el umbral. Se puso en tensión al ver que había elfinios allí, agazapados o de pie en las sombras, emitiendo siseos y gruñidos. No se movieron, no atacaron, aunque algunos lanzaron ladridos sordos. Las sombras acentuaban su aspecto vulpino. Si Mat miraba directamente a cualquiera de ellos, casi

podía confundirlo con un hombre o una mujer corriente, pero el modo en que se movían en la oscuridad, a veces a cuatro patas... Ningún hombre caminaba así, con la tensa ansiedad de un depredador encadenado. Como un sabueso feroz, separado de uno por una valla, rabioso, deseoso de saltarte a la garganta.

Pero se atuvieron al acuerdo. Ninguno atacó, y Mat empezó a sentirse muy satisfecho de sí mismo una vez que llegaron al otro extremo de la sala. Los había derrotado. La vez anterior se habían llevado la mejor parte, pero se debía a que habían luchado como cobardes, zurrando a modo a un hombre que no sabía que el combate había empezado.

Esta vez él estaba preparado. Les había demostrado que Matrim Cauthon no era tonto.

Recorrieron un corredor donde el trémulo vapor blanco flotaba en el techo. El suelo estaba hecho con esos triángulos acoplados, curvados por los lados como escamas. Mat empezó a respirar más tranquilo al entrar en una de las salas en las que salía vapor por las esquinas, aunque la cuenca del ojo todavía le dolía como a un caballo recién castrado le dolerían las partes bajas.

Se detuvo justo en el centro de la sala, pero enseguida siguió adelante. Había exigido un camino directo y eso era lo que tendría. Nada de ir atrás y adelante esta vez.

—¡Rayos y centellas! —maldijo al caer en la cuenta de algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Thom, que alzó la vista hacia él, alarmado.

—Mis dados —contestó—. Tendría que haber incluido en el acuerdo que me devolvieran mis dados.

—Pero descubrimos que no los necesitabas para guiarnos.

—No es por eso —rezongó Mat—. Me gustaban esos dados.

Se dio otro tirón del ala del sombrero y lo caló un poco más mientras observaba el pasillo que tenía ante sí. ¿Era aquello que veía un movimiento? ¿A lo lejos, sus buenas doce estancias más allá? No, debía de ser una ilusión óptica debida a las sombras y al ondeante vapor.

—Mat —dijo Noal—, he mencionado que la Antigua Lengua ya no se me da tan bien como antaño, pero creo que entendí lo que decías, el acuerdo que hiciste.

—¿Sí? —contestó Mat, sin prestar apenas atención.

¿Había hablado otra vez en la Antigua Lengua? Así se abrasara. ¿Qué diantres era aquello, al final del largo pasillo?

—Bueno, pues, como parte del acuerdo, dijiste algo así como «vosotros, zorros, no podéis dejarnos inconscientes ni intentar matarnos ni nada por el estilo».

—Sí, claro que lo dije.

—Dijiste «zorros», Mat —reiteró Noal—. Los zorros no pueden hacernos nada.

—Y nos han dejado pasar.

—Pero ¿y los otros? —inquirió el hombre mayor—. Los alfinios. Si los elfinios no pueden hacernos daño, ¿incluye eso que los alfinios también nos dejen en paz?

Las sombras a lo lejos del corredor se concretaron en figuras que portaban largas y sinuosas espadas de bronce con hojas curvas. Figuras altas, de cabello liso y negro, vestidas con capas de tela amarilla. A docenas. Se movían con una gracilidad fuera de lo normal, con los ojos fijos al frente. Ojos con pupilas que eran aberturas verticales.

«¡Rayos y centellas!»

—¡Corred! —gritó a sus compañeros.

—¿En qué dirección? —preguntó Noal, alarmado.

—¡En cualquiera! ¡Siempre que sea lejos de ellos!.

CAPÍTULO 55

El que queda atrás

Un atronador estampido sacudió los pasillos e hizo que toda la estructura retumbara. Mat trastabilló y se apoyó en la pared para mantener el equilibrio mientras una rociada de humo y esquirlas de piedra salía disparada por el vano que había detrás de ellos.

Asomó la cabeza por el hueco y miró el pasillo mientras Thom y Noal corrían hacia allí, el juglar con Moraine en brazos. Noal había tirado la antorcha para ponerse a tocar un tambor con el que intentaba aturdir a los alfinios. Su maniobra no había funcionado, por lo que Mat había recurrido a los cilindros explosivos y a las flores de medianoche.

¡Luz, vaya si eran mortíferos esos cilindros! Vio esparcidos por el pasillo cadáveres de alfinios que habían caído, con la reluciente piel desgarrada y arrancada de cuajo en tanto que de la sangre salía un vapor de aspecto siniestro. Otros salían de vanos y nichos, abriéndose paso a través del humo. Se erguían sobre dos piernas, pero más que andar parecía que se deslizaran, ondulando atrás y adelante por el pasillo, mientras los siseos sonaban más y más furiosos.

Con el corazón latiéndole desbocado, Mat echó a correr en pos de Thom y Noal.

—¿Aún nos siguen? —gritó el hombre mayor.

—¿Tú qué crees? —Mat los alcanzó—. ¡Luz, pero qué rápidas son esas serpientes!

Mat y sus dos compañeros irrumpieron en otra estancia idéntica a todas las demás. Paredes cuadrangulares un tanto desequilibradas, vapor que salía de las esquinas, suelo de baldosas negras en forma de triángulo. No había una abertura triangular en el centro por la que salir. Maldición.

Sosteniendo la *ashandarei* en las manos sudorosas, Mat echó un vistazo a los otros tres pasillos. No podían recurrir a la misma treta de antes, yendo y viniendo entre las dos mismas salas porque tenían a los alfinios pisándoles los talones. No había más remedio que fiarse de su suerte. Se preparó para girar sobre sí mismo y...

—¡Tenemos que seguir! —chilló Noal. Se había parado junto al umbral y brincaba de forma alternativa en uno y otro pie, con ansiedad—. ¡Mat! Si esas serpientes nos atrapan...

Mat oía los furiosos siseos a su espalda, como la corriente impetuosa de un río. Eligió una dirección y echó a correr.

—¡Lanza otro cilindro! —dijo Thom.

—¡Ése era el último! —contestó Mat—. Y sólo nos quedan tres flores nocturnas.

—Qué ligero parecía su fardo.

—Pues la música no funciona con ellos —comentó Noal, que se desprendió del tambor—. Están demasiado furiosos.

Barbotando una maldición, Mat prendió la mecha de una flor nocturna con un mixto y la arrojó por encima del hombro. Los tres entraron con ímpetu en otra sala y después siguieron recto a través del vano que había enfrente.

—No sé por dónde ir, muchacho —dijo Thom. ¡Cómo jadeaba!—. Estamos perdidos.

—¡He ido eligiendo la dirección al azar!

—Sólo que no puedes ir hacia atrás —le recordó el juglar—. ¡Lo más probable es que sea ésa la dirección que la suerte quiere que tomemos!

La flor nocturna explotó y el estallido resonó levantando eco en los pasillos. Pero ni de lejos era tan potente como el de los cilindros. Mat se arriesgó a echar una ojeada hacia atrás y vio humo y chispas flotando en el túnel. El fuego retrasó a los alfinios, pero enseguida los miembros más osados de la partida reptaron a través del humo.

—Quizá podamos negociar —dijo Thom, jadeando.

—¡Creo que están demasiado furiosos! —opinó Noal.

—Mat, mencionaste que sabían lo de tu ojo, que respondieron una pregunta sobre eso.

—Me dijeron que renunciaría a la jodida mitad de la luz del mundo —contestó Mat, todavía con un dolor de cabeza espantoso—. No quería saberlo, pero ellos me lo dijeron de todas formas.

—¿Y qué más dijeron? —preguntó el juglar—. ¿Algo que pudiera darnos una pista? ¿Cómo saliste la última vez?

—Me echaron.

Los otros y él irrumpieron en otra sala —también sin portal al exterior— y a continuación salieron por el vano que había a la izquierda. Lo que Thom había dicho era cierto. Casi con toda seguridad tendrían que retroceder, ¡pero no podían con aquel enjambre de víboras persiguiéndolos a tan corta distancia!

—Me echaron por el marco de acceso al mundo de los alfinios —repuso Mat, notando que el aire empezaba a faltarle—. Conduce al sótano de la Ciudadela de Tear.

—¡Entonces, quizá podamos encontrarlo! —propuso Thom—. Utiliza tu suerte, Mat. Consigue que nos conduzca a los dominios de los alfinios.

A lo mejor funcionaba.

—De acuerdo —accedió y cerró el ojo antes de girar sobre sí mismo.

Después señaló en una dirección y abrió el ojo. Apuntaba directamente a la partida de alfinios que avanzaba hacia ellos zigzagueando pasillo adelante.

—¡Maldita sea! —barbotó Mat.

Dio media vuelta y, eligiendo al azar otro pasillo, echó a correr para alejarse de allí.

Thom lo siguió, pero se lo notaba extenuado. Él podía ocuparse de cargar con Moraine durante un rato, pero el juglar estaría tan cansado que no se encontraría en condiciones de luchar. Los alfinios los agotarían hasta la extenuación, como habían hecho con Birgitte siglos atrás.

En la siguiente sala, Thom hizo un alto, tambaleándose, y se inclinó, aunque sin soltar a Moraine. Como todas las otras estancias, ésta tenía cuatro salidas, pero la única que contaba era la que conducía directamente hacia los alfinios. La que no podían tomar.

—En este juego nunca se gana —dijo Thom, jadeando—. Aunque hagamos trampas, no se gana.

—Thom... —llamó en tono urgente Mat.

Le tendió la *ashandarei* al juglar y después se hizo cargo de Moraine. Qué poco pesaba. Por suerte, claro, o de otro modo Thom no habría aguantado tanto tiempo.

Noal los miró y después echó un vistazo hacia el pasillo. En cuestión de segundos los alfinios caerían sobre ellos. El hombre mayor se volvió hacia Mat y lo miró a la cara.

—Dame tu fardo. Voy a necesitar esas flores nocturnas —dijo.

—Pero...

—¡No discutas! —espetó Noal.

Se acercó como un rayo y sacó una de las flores nocturnas. Tenía una mecha muy corta. La encendió y la arrojó al corredor. Los alfinios estaban lo bastante cerca para que Mat alcanzara a oír los gritos y siseos de los seres al ver el fuego de artificio.

Se produjo la explosión y por la boca del pasillo salieron volando chispas y pavesas que iluminaron la oscura sala. Esas chispas llegaron cerca de una de las columnas de vapor que ascendía hacia el techo y el vaho se apartó con brusquedad para esquivar las llamas. En el aire surgió de repente un intenso olor a humo y a azufre.

—Dame el fardo, Mat. ¡Venga! —pidió Noal.

Luz, qué pinchazos le daba la cuenca vacía otra vez. Y los oídos todavía le pitaban por la explosión.

—¿Qué puñetas haces? —contestó Mat con recelo, mientras Noal asía el fardo y sacaba la última flor nocturna.

—Ya lo ves, Mat. Necesitamos más tiempo. Tenéis que sacar ventaja suficiente a esas víboras para que podáis retroceder unas cuantas veces y dejar que tu suerte os ayude a salir con bien de ésta.

Noal señaló con un gesto de la cabeza hacia uno de los pasillos.

—Estos corredores son estrechos. Un buen cuello de botella. Un hombre podría

plantarse ahí y sólo tendría que luchar contra uno o dos a la vez. Quizás aguantaría unos cuantos minutos.

—¡Noal! —exclamó Thom, con la respiración resollante. El juglar apoyaba las manos en las rodillas, cerca de la *ashandarei* de Mat, que había recostado contra la pared—. No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. —El hombre mayor se dirigió hacia el corredor tras el cual se reagrupaban los alfinios—. Thom, tú no estás en condiciones de luchar. Mat, tu suerte es la que puede dar con la salida. Ninguno de los dos puede quedarse, pero yo sí.

—No habrá camino de vuelta para ti —advirtió Mat en tono sombrío—. Tan pronto como volvamos sobre nuestros pasos, este jodido lugar nos conducirá a cualquier otra parte.

Noal lo miró fijamente, con un gesto firme en el ajado rostro.

—Lo sé. Es el precio, Mat. Sabíamos que este sitio exigiría uno a cambio. Bien, pues, he visto un montón de cosas y he hecho muchas más. Me he servido bien de este cuerpo, un poco más de la cuenta. Y éste es un sitio tan bueno como otro cualquiera para darle descanso.

Mat se incorporó y levantó a Moraine, tras lo cual hizo una respetuosa inclinación de cabeza a Noal.

—Vamos, Thom.

—Pero...

—¡Vamos! —bramó Mat, que salió disparado hacia una de las otras salidas.

Thom vaciló y, tras mascullar una maldición, fue tras él llevando la antorcha de Mat en una mano y la *ashandarei* en la otra. Noal entró en el pasillo que tenía a la espalda y sopesó la espada corta. Un poco más allá, unas sombras se movían entre el humo.

—Mat —llamó el hombre mayor, girando la cabeza hacia atrás.

Mat hizo una seña a Thom para que siguiera adelante y miró hacia el otro pasillo.

—Si alguna vez te encuentras con un malkieri, dile que Jain el Galopador murió con la cabeza bien alta.

—Lo haré, Jain —prometió Mat—. Que la Luz te guarde.

Noal se volvió de nuevo para hacer frente a los alfinios, y Mat lo dejó atrás. Sonó otro estampido cuando explotó la última flor nocturna, y entonces Mat oyó la voz de Noal resonar en el pasillo con el eco del grito de batalla lanzado por el hombre. Fue un grito lanzado en un lenguaje que Mat no había oído nunca.

Thom y él entraron en otra cámara. El juglar lloraba, pero Mat contuvo las lágrimas. Noal moriría con honor. Hubo un tiempo en que él había considerado estúpido dicho concepto, pues ¿de qué servía el honor si uno estaba muerto? Pero guardaba muchos recuerdos de soldados —y había pasado mucho tiempo con hombres que luchaban y sangraban por ese honor— para ahora restar credibilidad a

tales ideas.

Cerró los ojos y giró sobre sí mismo; el peso de Moraine casi lo desequilibró. Eligió una dirección y se encontró señalando el camino de vuelta por donde había llegado. Cargó corredor adelante, seguido por Thom.

Cuando llegaron al final del pasillo, no salieron a la sala donde habían dejado a Noal. Esta sala era circular y estaba llena de columnas espirales de color amarillo, a semejanza de enormes enredaderas que se enroscaran en torno a un espacio hueco en forma de cilindro. Unas lámparas, también enroscadas entre sí, sostenían esferas blancas que bañaban la estancia con una luz tenue, mientras que las baldosas del suelo creaban un dibujo de franjas blancas y amarillas que partían del centro en forma de espirales. Un olor penetrante a piel seca de serpiente cargaba el aire.

«Tú no eres un héroe, Matrim Cauthon —pensó mientras echaba una ojeada hacia atrás—. Ese hombre que has dejado atrás, él sí que lo es. Que la Luz brille sobre ti, Noal.»

—¿Y ahora qué? —preguntó Thom.

El juglar parecía haber recobrado un poco las fuerzas, así que Mat le tendió de nuevo a Moraine y asió su lanza. Sólo había dos salidas en esa estancia, la que tenían a la espalda y la que había justo enfrente, al otro lado de la sala. No obstante, Mat cerró el ojo y giró sobre sí mismo. La suerte señaló el acceso opuesto a aquel por el que habían llegado.

Entraron por él. Las ventanas de ese pasillo se asomaban a la espesura y ahora se encontraban en pleno corazón del boscaje, a nivel del suelo. Alguna vez que otra, Mat atisbaba aquellas tres torres ahusadas. El lugar donde habían estado hacía poco, el sitio donde Noal sangraba.

—Aquí es donde obtuviste esas respuestas, ¿verdad? —preguntó Thom.

Mat asintió con un cabeceo.

—¿Crees que yo podría conseguirlas también? —inquirió el juglar—. Tres preguntas. Cualesquiera respuestas que uno quiere que...

—No las quieres —contestó Mat, que tiró hacia abajo del ala del sombrero—. Créeme, no las querrías. No son respuestas. Son advertencias. Promesas. Nosotros...

Se frenó de repente, y Thom se detuvo a su lado. En los brazos del juglar, Moraine, que empezaba a rebullir, soltó un suave quejido, todavía con los ojos cerrados. Pero no era ése el motivo por el que Mat se había quedado paralizado.

Desde donde se encontraba, Mat alcanzaba a ver otra estancia circular y amarilla, un poco más adelante. Justo en el centro de esa sala se alzaba un marco de piedra roja. O lo que quedaba de él.

Mat soltó una imprecación y echó a correr. El suelo estaba sembrado de fragmentos de piedra rojiza. Mat gimió y, dejando caer la lanza, recogió unos cuantos pedazos y los sostuvo ante sí. Algo había hecho añicos el marco, un golpe dado con

una potencia descomunal.

Cerca de la entrada a la sala, Thom cayó de hinojos sin soltar a Moraine, que seguía moviéndose. El juglar parecía exhausto. Ninguno de los dos tenía ya el fardo; Mat se lo había dado a Noal y Thom lo había dejado atrás. Y esa estancia era un callejón sin salida, sin otras puertas.

—¡Así se abrase este sitio! —gritó Mat, despojándose del sombrero con violencia y mirando hacia la extensa, inconmensurable oscuridad en lo alto—. ¡Así os abraséis todos, zorros y serpientes! Así el Oscuro os lleve del primero al último. Tenéis mi ojo, tenéis a Noal. ¡Es un precio más que suficiente para vosotros! ¡Un precio demasiado alto! ¡Ni siquiera os basta la vida del jodido Jain el Galopador para apaciguar vuestra ansia, monstruos!

Las palabras resonaron y se extinguieron sin recibir respuesta. El viejo juglar apretó los ojos con fuerza. Parecía derrotado, desolado, hundido. Tenía las mangas de la chaqueta quemadas y las manos rojas y con ampollas de cuando había liberado a Moraine.

Mat miró en derredor, desesperado. Hizo un intento de girar sobre si mismo con el ojo cerrado. Cuando lo abrió, señalaba al centro de la sala. Al marco roto.

Fue entonces cuando sintió que la esperanza sucumbía dentro de él.

—Fue un buen intento, muchacho —dijo Thom—. Lo hicimos bien. Mejor de lo que cualquiera habría esperado.

—No me rendiré —contestó Mat mientras trataba de superar esa sensación aplastante que notaba dentro—. Volveremos sobre nuestros pasos, encontraremos el camino de vuelta al lugar que hay entre alfinios y elfinios. El acuerdo decía que tenían que dejar abierto el portal. Lo tomaremos y saldremos de aquí, Thom. Que me aspen si me muero aquí dentro. Todavía me debes un par de jarras de cerveza.

Thom abrió los ojos y sonrió, pero no se puso de pie. Sacudió la cabeza de forma que los largos bigotes se mecieron, y bajó la vista hacia Moraine. En ese momento, la mujer parpadeó y abrió los ojos.

—Thom —susurró, sonriente—. Me pareció oír tu voz.

Luz, la voz de la mujer hizo retroceder a Mat a tiempos mejores. Eras atrás. Ella lo miró.

—Y Mat. Querido Matrim. Sabía que vendríais a buscarme. Los dos. Ojalá no lo hubieseis hecho, pero sabía que lo haríais...

—Descansa, Moraine —le susurró Thom—. Saldremos de aquí en dos rasgueos de arpa.

Mat la miró allí tendida, indefensa.

—Así me abrase. ¡No voy a permitir que esto acabe así!

—Vienen hacia aquí, muchacho —advirtió Thom—. Los oigo.

Mat se volvió para mirar a través del vano. Vio aquello que Thom había oído: los

alfinios se deslizaban por el pasillo, sinuosos y mortíferos. Sonreían, y Mat distinguía los incisivos afilados como colmillos en el centro de esas muecas. Habrían pasado por humanos, de no ser por los dientes. Y por esos ojos antinaturales de pupilas verticales. Se deslizaban, escurridizos. Terribles, ansiosos.

—No —susurró Mat—. Tiene que haber una forma.

«Piensa —se exhortó—. Mat, no seas necio. Tiene que haber una salida. ¿Cómo escapaste la última vez?» Eso mismo le había preguntado Noal. Pero eso no servía de nada.

Thom, con aire desesperado, se quitó el arpa de la espalda y empezó a tocarla. Mat reconoció la melodía: *Dulces susurros del mañana*. Una música doliente que se tocaba por los caídos. Era muy hermosa.

Cosa sorprendente, la música pareció sosegar a los alfinios. Se movieron más despacio y los que iban al frente empezaron a balancearse al ritmo de la melodía mientras caminaban. Lo sabían. Thom tocaba por su propio funeral.

—No sé cómo salí la última vez —susurró Mat entre dientes—. Estaba inconsciente. Al volver en mí estaba colgado de una cuerda. Rand la cortó y me bajó.

Se llevó la mano a la cicatriz. Las respuestas originales de los alfinios no le revelaban nada. Sabía lo de la Hija de las Nueve Lunas, sabía lo de renunciar a la mitad de la luz del mundo, sabía lo de Rhuidean. Todo cobraba sentido. Sin vacíos. Sin preguntas.

Salvo...

«¿Qué te dieron los elfinios?»

Si me fuera dado escoger, llenaría esos vacíos, evocó sin quitar la vista de los alfinios.

Los seres se deslizaron hacia adelante, con esas telas amarillas que les envolvían el cuerpo. La música de Thom flotaba en el aire y levantaba ecos. Los alfinios se acercaban con pasos lentos, regulares. Sabían que tenían a sus presas seguras.

Los dos alfinios que iban a la cabeza blandían brillantes espadas de bronce que goteaban sangre. Pobre Noal. Thom empezó a cantar:

—«Oh, qué largos se le hacían los días a un hombre, mientras recorría a largos pasos una tierra destrozada.»

Mat escuchó y los recuerdos surgieron en su mente. La voz de Thom lo llevó a unos tiempos muy lejanos. Tiempos de sus propios recuerdos, de los recuerdos de otros. Tiempos en los que había muerto y tiempos en los que había vivido, tiempos en los que había luchado y en los que había vencido.

—Quiero llenar esos vacíos... —musitó para sí—. Eso fue lo que dije. Los elfinios me complacieron dándome recuerdos que no eran míos.

Moraine había vuelto a cerrar los ojos, pero sonreía como si escuchara la música de Thom. Mat había pensado que el juglar tocaba para los alfinios, pero ahora se

preguntó si no lo estaría haciendo para Moraine. Una última y melancólica canción por un rescate frustrado.

—«Navegó hasta donde un hombre podía bogar, y nunca quiso el miedo perder» —entonó Thom con voz sonora, hermosa.

—Quiero llenar esos vacíos —repitió Mat—, y me dieron recuerdos. Ése fue mi primer deseo concedido.

—«Porque el miedo de un hombre es imponderable. ¡Lo mantiene a salvo y lo hace ser osado!»

—Pedí algo más, sin darme cuenta —susurró Mat—. Dije que quería librarme de las Aes Sedai y del Poder. Me dieron el medallón para tener eso. Otro deseo cumplido.

—«No dejes que el miedo te impida luchar, ¡porque el miedo te hace seguir con vida!»

—Y... Y pedí otra cosa más. Dije que quería perderlos de vista y regresar a Rhuidean. Los elfinios me concedieron todo lo que pedí. Los recuerdos llenaron mis vacíos. El medallón me libró del Poder. Y...

¿Y qué? Lo enviaron de vuelta a Rhuidean para morir ahorcado. Pero morir colgado era un precio, no una respuesta a sus peticiones.

—«¡Recorreré esa calzada derruida, y soportaré una pesada carga!» —siguió Thom, alzando la voz.

—Me dieron algo más —susurró Mat, que bajó la vista a la *ashandarei* que tenía en las manos a la par que los alfinios empezaban a sisear con mas fuerza.

Así queda escrito el trato; así se cierra el acuerdo.

Estaba inscrito en el arma. La hoja tenía dos cuervos cincelados, el astil llevaba grabadas frases en la Antigua Lengua.

La mente es la flecha del tiempo; jamás se borra el recuerdo.

¿Por qué le habían dado la lanza? En ningún momento se había preguntado por qué la tenía. Pero él no había pedido un arma.

Lo que se pidió se ha dado. El precio queda pagado.

«No, yo no pedí un arma. Pedí salir de allí.»

«Y me dieron esto.»

—«Así pues, venid a mí con vuestras atroces patrañas. ¡Soy un hombre de palabra y os sostendré la mirada!» —acabó con voz fuerte Thom la última estrofa de la canción.

Mat giró la *ashandarei* y arremetió contra la pared. La punta se hundió en el material que no era piedra. Alrededor de la cuchilla se filtró luz y se esparció como sangre que manara de una vena cortada. Mat gritó y amplió el corte en horizontal. Intensas ondas de luz salieron a chorros de la pared.

Bajó la *ashandarei* en ángulo, abriendo una raja. Desde el vértice, impulsó el

arma hacia arriba, hacia el lado contrario de la línea horizontal, de modo que cortó un triángulo invertido de gran tamaño, luminoso. La luz pareció crear un sonido vibrante al pasar sobre él. Los alfinios habían llegado a la entrada que había cerca de Thom, pero sisearon y dieron un respingo, apartándose de la intensa luminosidad.

Mat acabó trazando una línea ondulada en el centro del triángulo. Apenas podía ver de lo intensa que era la luz. La sección de la pared que tenía delante se desplomó, descubriendo un blanco pasillo reluciente que parecía estar cortado en acero macizo.

—Vaya, así me... —farfulló Thom, que se puso de pie.

Los alfinios gritaron su ira con voces agudas. Entraron en la sala con un brazo levantado para protegerse los ojos y la espada empuñada en la otra mano.

—¡Salid! —bramó Mat, que giró sobre sí mismo para hacer frente a los seres. Alzó la *ashandarei* y usó la punta del astil para asestar un golpe en la cara a un alfinio —. ¡Id!

Thom alzó a Moraine en brazos y después echó una mirada a Mat.

—¡Id! —repitió Mat, que destrozó el brazo a otro alfinio de un golpe.

Thom saltó por el hueco del triángulo y desapareció. Sonriendo, Mat giró entre los alfinios con su *ashandarei* golpeando piernas, brazos, cabezas. Había muchos, pero parecían aturdidos por la luz en su frenesí por llegar hasta él. A medida que derribaba a los primeros, los otros empezaron a tropezar. Los seres se convirtieron en una masa de piernas y brazos sinuosos que se retorcían, de voces que siseaban y gruñían de rabia. Varios de los que había detrás trataban de trepar por encima del montón de cuerpos para llegar hasta él.

Mat retrocedió y se tocó el ala del sombrero mirando a los seres.

—Pues por lo visto sí que se puede ganar este juego, después de todo —dijo—. Decidles a los zorros que estoy sumamente complacido con esta llave que me dieron. Y también que todos vosotros podéis iros al fondo de un abismo de fuego y cenizas y pudriros en él, pedazos de mierda restregada en el culo de un cerdo. Que tengáis un jodido y magnífico día.

Sujetándose el sombrero, saltó a través de la abertura.

Y todo fue un cegador destello blanco.

CAPÍTULO 56

Algo anda mal

Egwene oyó una suave llamada en el poste que había fuera de la tienda.

—Adelante —invitó sin dejar de revisar los documentos que tenía encima del escritorio.

Gawyn entró. Ya no vestía ropas lujosas, sino pantalón marrón y camisa de un tono más claro del mismo color. Una capa de Guardián le colgaba de los hombros y le permitía mimetizarse con el entorno. En cuanto a ella, llevaba un regio vestido verde y azul.

Se oyó el frufrú de la capa cuando Gawyn se sentó junto al escritorio.

—El ejército de Elayne está cruzando el acceso. Nos ha hecho saber que viene de camino a nuestro campamento.

—Excelente —respondió Egwene.

Gawyn asintió con un cabeceo, pero algo lo perturbaba. Qué útil resultaba ese núcleo de emociones otorgado por el vínculo. Si hubiera sabido antes la profunda adoración que sentía por ella, lo habría vinculado semanas atrás.

—¿Qué sucede? —preguntó Egwene, dejando a un lado los informes.

—Aybara. No ha respondido a la invitación de reunirse contigo.

—Elayne ya comentó que podría ser problemático.

—Creo que se pondrá de parte de al'Thor —dijo Gawyn—. El hecho de que haya instalado su campamento alejado de todos los demás resulta revelador. Envió mensajeros a los Aiel y a los tearianos nada más llegar. Ha reunido un ejército numeroso, Egwene. Enorme. Hay incluso Capas Blancas.

—Bueno, si es así, no es probable que se ponga de parte de al'Thor —contestó Egwene.

—Y tampoco del nuestro —respondió Gawyn—. Egwene... Galad lidera las tropas de los Capas Blancas.

—¿Tu hermano?

—Sí. —Gawyn meneó la cabeza—. Tantos ejércitos, tantos juramentos de fidelidad. Se contraponen unos con otros, habrá roces. Aybara y su ejército podrían ser la chispa que nos hiciera estallar como fuegos de artificio.

—La situación mejorará una vez que Elayne se haya instalado —dijo Egwene.

—Egwene, y ¿qué pasa si al'Thor no se presenta? ¿Y si ha montado esto para distraer a todo el mundo de lo que sea que se trae entre manos?

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó—. Ya ha demostrado que no se lo puede encontrar si no quiere. —Egwene negó con la cabeza—. Gawyn, él sabe que no

debería romper esos sellos. Al menos, una parte de él lo sabe. Quizá fue por eso por lo que me lo contó, para que reuniera apoyos en contra de tal idea a fin de razonar con él y hacerle olvidar tal propósito.

Gawyn asintió en silencio, sin quejarse ni discutir. Era increíble el cambio que había dado. Seguía siendo tan pasional como siempre, sí, pero menos impetuoso. Desde la noche del ataque de los asesinos, hacía lo que le decía. No actuaba como un sirviente, sino como un compañero consagrado a lograr que se hiciera lo que ella quería.

Era algo increíble. Y también importante, pues la Antecámara de la Torre parecía decidida a revocar el acuerdo en cuanto a que fuese ella la responsable de las negociaciones con Rand. Bajó la vista al montón de documentos, entre los cuales había bastantes cartas de «asesoramiento» de algunas Asentadas.

Pero al menos le habían escrito, en lugar de actuar a espaldas de ella. Eso era bueno y, por lo tanto, no podía dejar de tomarlas en cuenta. Tenía que conseguir que siguieran convencidas de que lo mejor era trabajar juntas, codo con codo. Al mismo tiempo, no debía dejarles creer que se iba a amedrentar con un par de gritos. ¡Qué equilibrio tan frágil!

—Bien, entonces salgamos al encuentro de tu hermana.

Gawyn se levantó y se movió con donosura hacia la entrada de la tienda. Llevaba colgada al cuello una cadena con tres anillos que tintinearon al caminar. Tendría que volver a preguntarle de dónde los había sacado, pues, cosa extraña, se había mostrado reservado en lo tocante a ellos. Gawyn sujetó los faldones de la tienda y ella salió.

En el exterior, el sol de última hora de la tarde se ocultaba tras unas nubes plomizas. Los soldados de Bryne trabajaban con ahínco para levantar una empalizada. El número de efectivos del ejército liderado por el general había aumentado en las últimas semanas, y sus tropas dominaban la parte oriental de la extensa pradera rodeada de bosques a la que antaño se conocía como Merrilor. Las ruinas de la fortaleza que se había alzado en aquel campo yacían esparcidas por la zona norte, cubiertas de musgo y casi completamente tapadas por las correhuelas.

Egwene había instalado su tienda en un montículo desde el que se divisaban los ejércitos acampados en la pradera.

—¿Ese de ahí es nuevo? —preguntó Egwene mientras señalaba un pequeño contingente que había acampado cerca de las ruinas.

—Sí, no han llegado bajo ningún estandarte —respondió Gawyn—. Casi todos son granjeros, no un verdadero ejército. La mayoría de ellos no llevan espadas, sino aventadores, hachas de tala, bastones de combate. Supongo que al'Thor les mandó venir. Empezaron a llegar ayer.

—Curioso —contestó Egwene.

Era una hueste variopinta, sin dos tiendas iguales y poco conocimiento de cómo

instalar un campamento militar. Sin embargo, rondaban los diez mil hombres.

—Que los exploradores no los pierdan de vista —instruyó a Gawyn, que asintió con la cabeza.

Egwene se dio la vuelta y se fijó en la comitiva que llegaba a través de varios accesos y montaba el campamento no muy lejos de su posición. El León de Andor ondeaba al aire y los soldados marchaban en filas ordenadas. Una comitiva en rojo y blanco se separó del grueso del ejército y avanzó hacia el campamento de Egwene portando el estandarte real.

Gawyn y ella avanzaron a través de la hierba amarillenta para reunirse con Elayne. A decir verdad, la reina de Andor se lo había tomado con calma, ya que llegaba sólo un día antes de la fecha indicada por Rand. Aun así había venido, al igual que lo habían hecho otros soberanos. Los Aiel habían acompañado a Darlin desde Tear y la persuasión utilizada en sus cartas a Gregorin, el administrador de Illian, había resultado suficiente para que trajera también un amplio contingente de tropas que acampaban en el lado occidental de la pradera.

Según los informes, los cairhieninos marchaban bajo la bandera de Elayne y cruzaban los accesos junto a los andoreños. También los acompañaba un buen número de hombres de la Compañía de la Mano Roja.

Egwene había enviado a una mujer que dominaba el Talento del Viaje con una propuesta al rey Roedran de Murandy, pero no estaba segura de que el monarca acudiera a la cita. No obstante, incluso sin él, un número considerable de las naciones del mundo se hallaban representadas en la pradera, sobre todo después de ver las banderas de Ghealdan y de Mayene ondeando entre el ejército de Perrin. Tendría que ponerse en contacto con sus dos líderes y ver si conseguía que pensaran igual que ella. Si eso no funcionaba, seguramente la oposición que había reunido bastaría para convencer a Rand de que cambiara de planes. Quisiera la Luz que fuera suficiente, porque no quería pensar lo que ocurriría si Rand no le dejaba otra salida y la forzaba a actuar.

Egwene comenzó a bajar por el camino, respondiendo al leve movimiento de cabeza que le hacían las hermanas, a las inclinaciones de las Aceptadas, al saludo marcial de los soldados y a las reverencias de los criados. Rand tendría que...

—No puede ser verdad —exclamó Gawyn que se paró en seco, de sopetón.

—Gawyn —dijo Egwene, extrañada—, ¿qué te...?

Pero el joven salió disparado montículo abajo. Egwene lo siguió con la mirada, descontenta. Aún le quedaba algo de su disposición impulsiva. ¿Por qué se había alterado así, tan de repente? No era preocupación, eso lo notaba a través del vínculo. Era desconcierto. Echó a andar en pos de él tan deprisa como le permitía el decoro. La comitiva de Elayne se había detenido en la hierba muerta.

Gawyn se había arrodillado allí, delante de una persona. Era una mujer de

mediana edad y cabello rubio rojizo que se encontraba de pie junto a una sonriente Elayne, ésta montada aún a caballo.

«¡Ah!», exclamó para sus adentros Egwene. La noche anterior sus espías le habían informado de un rumor, pero quería confirmarlo antes de comentárselo a Gawyn.

Morgase Trakand estaba viva.

Egwene permaneció alejada, de momento. Una vez que se acercara, Elayne tendría que besarle el anillo y toda la comitiva le dedicaría reverencias. Eso estropearía el momento a Gawyn. Mientras esperaba, las nubes que cubrían el cielo empezaron a abrirse.

De pronto, los nubarrones negros se retiraron y el cielo se despejó y se convirtió en un vasto espacio de color azul intenso e impoluto. Elayne abrió los ojos de par en par y se giró encima del caballo para mirar hacia el campamento de Perrin.

«Ya ha llegado, pues —se dijo Egwene—. El momento de calma, el breve instante de paz que precede a la tormenta destructora.»

—Inténtalo tú, Emarin —dijo Androl.

Se había reunido con un pequeño grupo dentro de una arboleda cercana a los límites del recinto de la Torre Negra.

El majestuoso hombre se concentró, asió el Poder Único y los hilos surgieron a su alrededor. Era un hombre extraordinariamente habilidoso, si se consideraba el poco tiempo de práctica que llevaba, y urdió a la perfección los hilos del tejido para abrir un acceso.

Pero en lugar de abrirse un agujero en el aire, el tejido se deshizo y desapareció. Emarin se dio la vuelta para mirar al resto del grupo. El sudor le caía por el rostro.

—Realizar ese tejido me ha costado más que de costumbre —dijo.

—¿Por qué no funcionará? —preguntó Evin.

La cara del joven estaba roja de rabia, como si el problema con los accesos fuera un insulto.

Androl negó con la cabeza, cruzado de brazos. Los árboles se movieron con el viento, las hojas temblaron y muchas cayeron al suelo. Hojas de un color marrón otoñal. Eso lo ponía nervioso. Tiempo atrás, durante uno de sus viajes, había pasado una temporada trabajando los campos, con lo que había adquirido el sexto sentido del granjero para saber lo que era normal y lo que no lo era respecto a la naturaleza.

—Prueba otra vez, Androl —pidió Evin—. Se te dan bien los accesos.

Androl miró a sus tres compañeros, Emarin, Evin y Canler, este último un granjero andoreño entrado en años. Canler tenía el entrecejo fruncido aunque, por un motivo u otro, Canler siempre estaba ceñudo.

Androl cerró los ojos y acalló las emociones para abrazar el vacío. El *Saidin*, vida

y Poder, brillaba allí, y Androl lo asió bebiendo de él. Abrió los ojos a un mundo mucho más brillante. ¿Se podían calificar las plantas marchitas de enfermizas y vitales al mismo tiempo? Una extraña yuxtaposición que sólo podía darse con el *Saidin*.

Androl se concentró. Tejer un acceso le resultaba más fácil que cualquier otro tejido, no entendía por qué. Era incapaz de hacer estallar la piedra más pequeña pero, en cambio, sí podía abrir accesos lo bastante grandes para que los cruzaran carromatos. Para Logain era algo impresionante; para Taim, imposible.

Androl hizo acopio de toda su fuerza con el Poder para realizar el tejido. Entendía los accesos; tenían su lógica. Quizá se debía a la afición innata que sentía por los viajes, por descubrir nuevos lugares, nuevas artes.

El tejido se urdió. No notó ninguna de las dificultades que había mencionado Emarin. Sin embargo, en lugar de aparecer en el aire la familiar hendidura de luz, el tejido empezó a deshilarse. Androl intentó que no se deshiciera y volvió a tejer los hilos. Por un momento, dio la impresión de que iba a funcionar, pero los hilos se le escaparon y se evaporaron. El acceso no llegó a formarse.

—Los otros tejidos que he probado funcionan —dijo Evin al tiempo que creaba una bola de luz—. Todos y cada uno de ellos.

—Sólo pasa con los accesos —gruñó Canler.

—Es como... —dijo Emarin—. Como si algo quisiera retenernos aquí. En la Torre Negra.

—Probad a tejerlos desde otro lugar dentro del perímetro —concluyó Androl—. Pero aseguraos de que no os ve ninguno de los leales a Taim. Haced como si tomaseis medidas para nuevas construcciones, como él ha ordenado.

Los hombres asintieron y se alejaron hacia el este. Androl abandonó el claro y se dirigió al camino. Norley, un cairhienino bajo y metido en carnes, lo esperaba allí. El hombre lo saludó y se acercó a él. Se encontraron a mitad de camino. Norley sonreía de una manera tan bonachona y encantadora que nadie sospecharía que lo estaba espiando, y con eso había contado Androl al ponerlo a trabajar.

—¿Hablaste con Mezar? —preguntó Androl mientras echaban a andar.

—Lo hice —respondió Norley—. Almorcé con él.

Norley dejó de hablar y saludó con la mano a Mishraile cuando pasaron junto a él. El hombre de cabello dorado supervisaba las prácticas de tejidos de un grupo de soldados y les dio la espalda con desdén.

—¿Y bien? —preguntó Androl, tenso.

—Pues no es el verdadero Mezar —contestó Norley—. Vamos, que tiene la cara de Mezar, pero no es él. Se lo noto en los ojos. El problema es que, sea lo que sea en lo que se ha convertido, esa cosa tiene los recuerdos de Mezar. Incluso habla como él, pero hay algo raro en su sonrisa. Pero que muy raro.

—Tiene que ser él, Norley —insistió Androl, con un estremecimiento.

—Pues no lo es. Te lo aseguro.

—Pero...

—No lo es —reiteró el hombre fornido.

Androl respiró hondo. Cuando Mezar había regresado unos pocos días atrás explicando que Logain estaba bien y que la situación con Taim se resolvería en breve, Androl había empezado a albergar esperanzas de que hubiera una manera de salir de aquel embrollo. Pero había notado que algo no encajaba en el hombre. Además de esa sospecha, el M'hael había hecho un gran alarde de aceptar a Mezar como Asha'man pleno, a pesar de que lo hubiera ascendido el Dragón. Y ahora Mezar, que había sido un seguidor acérrimo de Logain, pasaba el rato con Coteren y otros lacayos de Taim.

—La cosa se está poniendo fea, Androl —dijo en voz baja Norley sin dejar de sonreír y saludar a otro grupo de hombres que practicaban— Opino que es hora de que nos marchemos de aquí, aunque vaya contra las normas.

—Jamás lograríamos traspasar esos puestos de guarda —respondió Androl—. Taim tampoco deja que se marchen las Aes Sedai. Ya te habrás enterado del follón que esa rolliza montó en las puertas el otro día. Taim redobla la guardia por la noche y los accesos no funcionan.

—Bien, pues, algo tendremos que hacer, ¿no? Quiero decir que... ¿Y si han cazado a Logain? Entonces, ¿qué?

—Pues... —empezó Androl. «No lo sé», pensó—. Ve a hablar con los leales a Logain. Haré que nos instalen en el mismo barracón, a ellos y a sus familias. Le diremos al M'hael que queremos dejar más espacio para los nuevos reclutas. Y montaremos guardia por la noche.

—Se va a notar demasiado. Será muy obvio.

—La división ya lo es —respondió Androl—. Vamos, hazlo.

—Sin falta. ¿Y qué vas a hacer tú?

Androl respiró hondo.

—Voy a ver si puedo encontrar aliados.

Norley se desvió hacia la izquierda, pero Androl siguió por el camino a su paso por el pueblo. De un tiempo a esta parte, le daba la impresión de que había menos gente que le demostraba respeto. O bien estaban muy asustados para hacerlo o se habían unido a los partidarios de Taim.

Grupos de hombres vestidos con chaquetas negras lo observaban, cruzados de brazos. Androl procuró reprimir un escalofrío. Mientras andaba, vio a Mezar —con pelo cano en las sienes y la piel cobriza de los domani— en uno de esos grupos de lacayos. El hombre le dedicó una sonrisa; Mezar nunca había sido muy dado a sonreír. Le respondió con un gesto de la cabeza a modo de saludo y sus miradas se encontraron.

Y entonces vio lo mismo que Norley. Había algo extraño en esos ojos, algo aberrante, como si no estuvieran del todo vivos. No parecía un hombre, sino un burdo remedo. Una sombra embutida en un cuerpo humano.

«La Luz nos ampare a todos», se dijo para sus adentros Androl, que aceleró el paso. Llegó a la zona sur del pueblo, a un grupo de pequeñas cabañas con paredes de madera blanqueada y tejados de bálago que hacía falta renovar.

Androl titubeó mientras se acercaba. ¿Pero qué era lo que hacía? En esas cabañas estaban instaladas las mujeres del Ajah Rojo. Decían que habían ido a vincular Asha'man, pero aún no lo habían hecho. Saltaba a la vista que era una patraña. Quizás habían viajado hasta allí para descubrir una manera de amansarlos a todos.

Si ése era el caso, al menos podía estar seguro de que no iban a ponerse de parte de Taim. «Cuando le ves el gaznate a un escualo, un calabozo pirata no te parece tan malo.» Androl había oído ese dicho mientras trabajaba en un barco de pesca, en el sur. Respiró hondo y llamó a la puerta.

La rolliza Roja abrió. Tenía ese rostro intemporal de Aes Sedai. No era joven, no, pero tampoco vieja. La mujer se quedó mirándolo.

—He oído que deseáis abandonar la Torre Negra —dijo Androl. Esperaba estar acertado al hacer aquello.

—¿Ha cambiado de parecer vuestro M'hael? —preguntó esperanzada la mujer. De hecho, sonrió. Algo extraño para una Aes Sedai.

—No —respondió—. Por lo que sé, aún os prohibe partir.

—¿Entonces...? —preguntó la mujer frunciendo el entrecejo.

—No sois la única que desea abandonar este lugar, Aes Sedai —dijo Androl en voz baja.

La mujer lo miró y el semblante asumió una expresión de perfecta calma.

«No me cree.» Resultaba extraño que la mera ausencia de emoción trasmitiera un significado. Desesperado, dio un paso al frente y apoyó la mano en el marco de la puerta.

—Aquí está pasando algo muy extraño. Peor de lo que podáis imaginar. Antaño, hace mucho tiempo, los hombres y las mujeres que encauzaban el Poder Único trabajaban codo con codo. Por eso eran más fuertes. Por favor, tenéis que escucharme.

Ella se quedó inmóvil un instante y luego abrió del todo la puerta.

—Pasad, rápido. Tarna, la mujer con la que comparto la cabaña, no está. Hemos de haber acabado antes de que regrese.

Androl pasó. Ignoraba si se estaba metiendo en el calabozo de un barco pirata o en el gaznate de un escualo. Pero no tenía otra opción.

CAPÍTULO 57

Conejo para cenar

Cegado por el destello de la luz, Mat cayó y fue a dar con sus huesos en un suelo irregular. Maldiciendo, se apoyó en la *ashandarei* para levantarse de la mullida tierra. Olía a follaje, a marga, a madera en proceso de putrefacción. Los insectos zumbaban cobijados en la sombra.

El blanquecino resplandor desapareció y vio que se encontraba en el exterior de la Torre de Ghenjei. Había tenido el pálpito de que reaparecería en Rhuidean, aunque, al parecer, la lanza lo había llevado de vuelta al mundo en el mismo lugar por el que salió. Thom estaba sentado en el suelo y sostenía a Moraine, que parpadeaba y miraba a su alrededor.

Mat se giró hacia la torre y señaló con el dedo hacia arriba.

—¡Sé que estáis mirando! —exclamó, entusiasmado. Lo había conseguido. ¡Había salido de allí con vida, maldita sea!—. Os he vencido, pedazo de mamones. ¡Yo, Matrim Cauthon, he sobrevivido a vuestras trampas! ¡Ja, ja! —Levantó la *ashandarei* por encima de la cabeza—. ¡Y vosotros me disteis la llave para salir! ¡Rumiadlo en la comida y ojalá os sepa más amargo que la hiél, malditos bastardos mentirosos!

Sonriente, hincó la lanza en el suelo por el regatón al tiempo que asentía con la cabeza. Nadie se la jugaba a Matrim Cauthon. Le habían mentido, le habían dicho unas profecías imprecisas y lo habían amenazado. ¡Y encima lo habían ahorcado! Pero, al final, él había salido vencedor.

—¿Quién era la otra persona —preguntó Moraine con voz queda a su espalda—, el hombre que no conocía?

—No logró salir —respondió sombrío Thom.

La respuesta enturbió el buen estado de ánimo de Mat. Habían pagado un precio por la victoria, un precio terrible. Y pensar que durante todo este tiempo había viajado con una leyenda viva...

—Era un amigo —continuó Thom.

—Era un gran hombre —añadió Mat, dándose la vuelta y desclavando la *ashandarei* del suelo—. Cuando escribas la canción de todo esto, asegúrate de dejar claro que él fue el héroe.

Thom lo miró y después asintió con aire de complicidad.

—Sí, el mundo querrá saber qué le pasó a ese hombre.

¡Luz! Ahora que lo pensaba, Thom no se había sorprendido ni lo más mínimo cuando se descubrió que Noam era Jain el Galopador. Thom lo sabía. ¿Cuándo se

había dado cuenta? ¿Por qué no le había comentado nada? Menudo amigo era Thom. Mat meneó la cabeza.

—Bueno, de una u otra manera, hemos salido —dijo luego—. Pero, Thom, la próxima vez que quiera ocuparme de una maldita negociación, acércate por la espalda y golpéame en la cabeza con algo grande, pesado y contundente. A partir de ahí, encárgate tú de negociar.

—Te tomo la palabra.

—Alejémonos un poco. No quiero tener esa jodida torre irguiéndose amenazadora sobre mí.

—Sí —convino Moraine—. Podríamos decir que se alimentan de emociones. Aunque yo no lo llamaría «alimentarse» de las emociones, sino más bien «deleitarse» con ellas. No las necesitan para sobrevivir, pero los complacen sobremanera.

Descansaban en un claro rodeado de árboles a poca distancia de la torre, cerca de la pradera que se extendía junto al Arinelle. Las pobladas copas de los árboles refrescaban el ambiente e impedían ver el imponente fuste de acero.

Mat estaba sentado en una piedra llena de musgo, en tanto que Thom encendía una lumbre. Llevaba unos cuantos mixtos de Aludra y una bolsita con té en el bolsillo, aunque no tenían un cacharro para hervir el agua.

Sentada en el suelo, Moraine aún se arrebujaba con la capa de Thom, recostada en un tronco caído. Mantenía la capa cerrada desde dentro, de forma que la envolvía por completo a excepción del rostro y los bucles oscuros. Parecía más mujer de lo que Mat recordaba. En su memoria, era como una estatua. Siempre inexpresiva, el semblante como piedra pulida y los ojos como topacios marrón oscuro.

Pero ahí estaba ahora, pálida la tez aunque con las mejillas encendidas y los bucles enmarcándole la cara con naturalidad. Resultaría atractiva si no fuera por el rostro intemporal de Aes Sedai. Sin embargo, esa cara traslucía las emociones mucho más de lo que él recordaba, como una mirada de cariño cuando observaba a Thom, o un ligero estremecimiento cuando hablaba del tiempo pasado en la torre.

Moraine miró a Mat con aquellos ojos apreciativos, tan suyos. Sí, era la misma Moraine. Discreta, sin decir una palabra más alta que otra. Lo cual, por alguna razón, la hacía parecer más fuerte.

Thom soplaba una llama vacilante que soltó una voluta de humo antes de apagarse. Sería que la madera estaba demasiado húmeda. Thom masculló entre dientes.

—No pasa nada, Thom —dijo Moraine en voz queda—. Estoy bien.

—No pienso dejar que te resfríes tras rescatarte de ese lugar —replicó Thom.

El juglar sacó un mixto pero, de pronto, una chispa prendió y el fuego creció mientras consumía la yesca húmeda.

Mat miró a Moraine. La mujer tenía un gesto de intensa concentración.

—Oh —dijo Thom y, acto seguido, rió entre dientes—. Lo había olvidado. O casi...

—Eso es todo lo que puedo hacer ahora yo sola —explicó Moraine e hizo un mohín.

¡Luz! ¿Desde cuándo hacía muecas Moraine? Siempre había sido demasiado distinguida para eso, ¿verdad? ¿Acaso no la recordaba bien?

Moraine. ¡Estaba hablando con la condenada Moraine! A pesar de que había entrado en la torre con el propósito de liberarla, le parecía increíble que estuviera hablando con ella. Era como hablar con...

Bueno, pues, como con Birgitte Arco de Plata o Jain el Galopador. Mat sonrió mientras meneaba la cabeza. ¡Qué mundo más extraño y qué extraño lugar ocupaba él en ese mundo!

—¿Qué has querido decir, Moraine? —preguntó Thom. Alimentaba el fuego con algunas ramitas—. Me refiero a que eso es todo lo que puedes hacer.

—Los alfinios y los elfinios saborean y se deleitan con las emociones fuertes —comenzó a explicar Moraine con voz calmada—. Por algún motivo, los *ta'veren* les resultan incluso más embriagadores. Pero también disfrutan con otras cosas.

Thom se quedó mirándola, arrugado el entrecejo.

—Mi Poder, Thom —añadió Moraine—. Los oía aullar y sisear entre ellos mientras se alimentaban de él. Alfinios y elfinios por turno. Por lo que parece, no es habitual que tengan una Aes Sedai con la que disfrutar. Mientras exprimían mi capacidad de encauzar, se alimentaban de dos modos: con mi tristeza por lo que estaba perdiendo y con el Poder en sí mismo. Mi capacidad de encauzar se ha reducido muchísimo.

»Afirmaban que habían matado a Lanfear al agotar su capacidad con demasiada voracidad, aunque creo que lo decían para acobardarme. Una de las veces que me despertaron vi a un hombre. Dijo que yo no era la que buscaba. —Titubeó un instante y se estremeció—. A veces llegué a desear que aceleraran el proceso de agotarme y acabaran con mi vida.

El pequeño campamento se sumió en el silencio, roto sólo por el crepitar del fuego. Thom miraba a Moraine con gesto de impotencia.

—No te muestres tan apesadumbrado, Thom Merrilin —rompió el silencio Moraine con una sonrisa en los labios—. He sufrido lo indecible, pero todo el mundo pasa por momentos de desesperación alguna vez. Sabía que vendrías.

Moraine soltó una mano de la capa —con lo que reveló un hombro pálido y la clavícula— y se la tendió a Thom. El juglar dudó, pero la tomó y la apretó entre la suya.

Moraine miró entonces a Mat.

—Y tú, Matrim Cauthon. Ya no eres un simple chico de campo. ¿Te duele mucho la herida?

Mat se encogió de hombros.

—Te la Curaría si pudiera —siguió Moraine—. Pero, aunque fuera tan poderosa como antes, no podría devolverte el ojo.

La Aes Sedai bajó la vista y soltó la mano de Thom, pero sostuvo el brazo en alto.

—¿Tienes el *ter'angreal*? —le preguntó.

—¡Ah, sí! —exclamó Thom al tiempo que sacaba la extraña pulsera del bolsillo y se la ponía en el brazo a la mujer.

—Con esto tendré la suficiente fuerza para hacer que desaparezca el dolor —dijo Moraine—. Me la pusieron para que pudiera absorber más Poder y hacer más suculenta su alimentación. De hecho, fue una de mis tres peticiones. No me di cuenta de que acabarían utilizándolo contra mí.

—¿Os concedieron las tres peticiones? —preguntó Mat con el entrecejo fruncido.

—Pasé a través del *ter'angreal*—apuntó Moraine—. El antiguo pacto seguía teniendo validez para ambas partes, aunque con el marco de piedra destruido no había una forma fácil de salir. Supe por... sucesos anteriores que no lograría escapar a no ser que vinieseis a buscarme, sin importar mis peticiones ni el modo en que las expresase. Así que las utilicé para sacar el máximo provecho.

—¿Y qué pedisteis? —preguntó Mat—. Además del *angreal*.

La Aes Sedai sonrió.

—Por el momento, eso es algo que guardaré en secreto. Te estoy muy agradecida, joven Matrim. Por mi vida.

—Entonces, estamos en paz —respondió Mat—. Vos salvasteis la mía en Dos Ríos. Que me aspen si no la he vivido al máximo desde entonces.

—¿Y la herida?

—No duele tanto. —En realidad le palpitaba de dolor y era muy, pero que muy intenso—. No hace falta que gastéis energía en ello.

—Aún te da miedo el Poder Único, por lo que veo.

—¿Miedo? —repitió, encrespado.

—Me inclino a pensar que tienes buenas razones para abrigar ese recelo. —Moraine apartó la vista de él—. Pero, ve con cuidado. A veces, las cosas más desagradables que nos suceden son para bien.

Sí, era la misma Moraine, siempre a vueltas con las moralejas y los consejos. Quizás estaba en su derecho de aleccionarlo sobre el sufrimiento tras lo que ella había pasado. ¡Luz! Había sabido de antemano lo que iba a ocurrir y ¿aun así se abalanzó sobre Lanfear para cruzar el marco? Tal vez el héroe de aquella aventura no era él. Y quizás tampoco lo era Noam.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Thom acomodándose en un tronco. El calor del

fuego era una grata sensación.

—Debo encontrar a Rand —dijo Moraine—. Necesitará mi ayuda. Confío en que le haya ido bien durante mi ausencia, ¿verdad?

—No sabría deciros —respondió Mat—. Está medio loco y ha logrado que medio mundo esté a la greña con el otro medio.

Apareció el remolino de colores: Rand comía junto a Min. Ahuyentó la imagen. Moraine enarcó una ceja.

—Pero ha logrado dirigir hacia la Última Batalla a casi todo el mundo —reconoció Mat—. Y Verin afirma que logró limpiar la mácula del *Saidin*.

—Por la Luz bendita —susurró Moraine—. ¿Cómo?

—No lo sé.

—Eso lo cambia todo —dijo Moraine con una sonrisa de oreja a oreja—. Ha arreglado lo que antaño malogró. «Mediante el Dragón nos llegó el dolor y mediante el Dragón la herida se sanó.»

—Mat no para de repetir que tendríamos que hacer una fiesta o algo para celebrarlo —dijo Thom—. Aunque quizá sólo busca una buena excusa para emborracharse.

—No te equivocas —respondió Mat—. En cualquier caso, Rand ha estado ocupado. Elayne me ha comentado que va a celebrar algún tipo de reunión en breve con los monarcas que lo siguen.

—Entonces, ¿Elayne es reina?

—Y tanto que lo es. Rahvin mató a su madre —respondió Mat.

—Eso me dijiste.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Hace una vida, Matrim —respondió Moraine con una sonrisa.

—Vaya. Bueno, Rand acabó con él. Algo es algo.

—¿Qué hay de los otros Renegados? —preguntó Moraine.

—No sé nada.

—Mat también ha estado demasiado ocupado para seguirles el rastro —interrumpió Thom—. Ha empleado tiempo en casarse con la emperatriz de Seanchan.

—¿Que has hecho qué? —Moraine parpadeó sorprendida.

—Ocurrió de forma casual —respondió Mat sin resultar demasiado convincente, mientras hundía los hombros.

—¿Quieres decir que casarte con la emperatriz seanchan fue algo que hiciste sin querer?

—Tienen unas costumbres muy extrañas —respondió Mat calándose el sombrero—. Son gente rara.

Tuvo que hacer un esfuerzo para soltar una risita.

—*Ta'veren* —dijo Moraine.

De alguna manera, sabía que Moraine lo iba a decir. Luz. En fin, era agradable tenerla de vuelta. Mat se sorprendió por la intensidad de esa emoción. ¿Quién lo habría dicho? Sentir afecto por una Aes Sedai, ¿él?

—Ya veo que aún os quedan muchas historias que contarme —dijo Moraine—. Pero ahora tenemos que ir a reunirnos con Rand.

Mat también había sabido que Moraine iba a intentar asumir el control.

—Id vos, Moraine. Yo tengo cosas que hacer en Caemlyn. No quiero discutir ni nada por el estilo, pero así están las cosas. También tendríais que venir vos. No creo que haya nadie mejor que Elayne para ayudaros con Rand.

Malditos colores. Como si no fuera bastante haberse quedado tuerto, encima tenía que aguantar esas condenadas imágenes cada vez que pensaba en Rand...

«¡Así se abrasen esas visiones!»

Moraine enarcó la ceja otra vez al verlo menear la cabeza, y Mat se sonrojó. Seguro que pensaba que le estaba dando un ataque.

—Ya veremos, Matrim —respondió Moraine.

La Aes Sedai miró a Thom. El juglar estaba de pie y sostenía la bolsa de té. Mat se inclinaba a pensar que Thom iba a hervir el agua con sus propias manos a fin de que Moraine pudiera tomar un poco de té caliente. Thom la miró a su vez y ella le tendió la mano de nuevo.

—Mi querido Thom —empezó Moraine—, desearía tomarte por esposo, si tú quieres tomarme por esposa.

—¿QUEEEE? —Mat se incorporó de un brinco y se llevó la mano a la frente, con lo que faltó poco para que se le cayera el sombrero—. ¿Qué es lo que acabáis de decir?

—Chitón, Mat —lo atajó Thom sin tomar la mano que le ofrecía ella—. Ya sabes, Moraine, que nunca me han gustado mucho las mujeres capaces de encauzar el Poder Único. Sabes que eso me frenó en el pasado.

—No tengo mucho Poder ahora, querido Thom. Sin el *angreal*, no tendría fuerza suficiente para ser ascendida a Aceptada en la Torre Blanca. Me desharé de él, si así lo deseas.

Sacó la otra mano de debajo de la capa, abandonando todo vestigio de pudor, y se quitó el *angreal*.

—No, Moraine —respondió Thom, que se arrodilló y le tomó las manos—. No voy a despojarte de nada.

—Pero con él seré muy fuerte. Más de lo que era antes de que me capturasen.

—Que así sea, pues —respondió Thom y le puso la pulsera en la muñeca—. Me desposaré contigo ahora, si lo deseas.

Ella sonrió de oreja a oreja. Mat, que había contemplado la escena sin salir de su estupor, pareció reaccionar.

—¿Y quién puñetas os va a casar? —los interrumpió—. Porque como me llamo Mat que no voy a ser yo. Os aviso de antemano.

Los dos se quedaron mirándolo, Thom con desaprobación y Moraine con un esbozo de sonrisa.

—Ahora comprendo por qué la mujer seanchan tuvo que hacerte suyo, Mat —comentó la Aes Sedai—. Tienes un don especial para el romanticismo.

—Yo sólo... —Mat se quitó el sombrero y lo sujetó con torpeza mientras desviaba la mirada de la pareja y la volvía a mirar una y otra vez—. Yo... ¡Que me aspen! ¿Cómo se me ha pasado esto por alto? ¡Estuve con vosotros dos casi todo el tiempo que pasasteis juntos! ¿Desde cuándo sentís esa atracción el uno por el otro?

—No observabas con atención —dijo Thom. Acto seguido, volvió la vista hacia Moraine—. Supongo que querrás que sea también tu Guardián.

—A estas alturas, mi anterior Gaidin debe de pertenecer ya a otra mujer —respondió ella con una sonrisa—. Eso espero, al menos.

—El puesto es mío, entonces —respondió Thom—. Aunque tendrás que explicarle a Elayne que el bardo de su corte resulta que ahora es el Guardián de otra. —Thom titubeó—. ¿Crees que harán esas capas que cambian de color con alguno que otro parche en ellas?

—Así me... ¡Vosotros dos os habéis vuelto locos de remate! —afirmó Mat—. Thom, ¿no me dijiste una vez que los dos sitios en los que peor llevabas vivir eran Tar Valon y Caemlyn? ¡Ahora vas y te lanzas de cabeza a hacer algo con lo que acabarás viviendo en una u otra ciudad!

—Las cosas cambian —contestó Thom, encogiéndose de hombros.

—Nunca he pasado mucho tiempo en Tar Valon —dijo Moraine—. Creo que vamos a disfrutar viajando juntos, Thom Merrilin. Si es que sobrevivimos a los meses venideros. —Miró a Mat—. No deberías desdeñar el vínculo de Guardián tan alegremente, Mat. Los beneficios que confiere resultarán de gran ayuda para los hombres en los tiempos que corren.

—Quizá sea verdad, pero no me veréis atrapado en eso, puñetas. —Mat se puso de nuevo el sombrero—. Sin ánimo de ofender, Moraine. Os aprecio mucho, pero ¿estar vinculado a una mujer? Eso no le pasará a Matrim Cauthon.

—¿De verdad? —preguntó Thom con un dejo de sorpresa—. ¿Al final no habíamos llegado a la conclusión de que tu Tuon sería capaz de encauzar si se decidiera a aprender?

Mat se quedó petrificado. Maldición. Thom tenía razón, pero si encauzaba, se convertiría en una *marath'damane*. Y Tuon no haría algo semejante. No tenía que preocuparse por ello. ¿O sí?

Debía de haber torcido el gesto mientras lo pensaba, porque Thom se echó a reír y Moraine sonrió de nuevo. Sin embargo, la nueva pareja perdió enseguida interés en

divertirse a su costa y se puso a hablar en voz baja. El cariño que se reflejaba en los ojos de ambos era verdadero. Se amaban. ¡Y cómo! No podía creer que se le hubiese pasado por alto una cosa así. ¿A él? Se sentía como el simplón que lleva un puerco a una carrera de caballos.

Mat se escabulló del claro para que tuvieran intimidad y fue a inspeccionar el área donde se suponía que se abriría el acceso. Más valía que fuera así. No tenían comida y a él no le apetecía ponerse a hacer señas para que un barco parase y los llevara por el río el largo trayecto de vuelta a Caemlyn.

Era un corto paseo hasta la orilla del Arinelle a través de la pradera. Cuando llegó al río, levantó un pequeño túmulo de piedras en memoria de Noal y, una vez que hubo acabado, saludó tocándose el sombrero. Luego se sentó a pensar mientras dejaba pasar un rato.

Moraine estaba a salvo. Él había sobrevivido, aunque la maldita cuenca ocular le dolía a rabiar. Todavía no tenía claro si los alfinios y los elfinios aún lo mantenían atado a un compromiso o no, pero había entrado en su guarida y había salido ileso. En fin, casi.

Había perdido un ojo. Esa lesión, ¿cómo se reflejaría en su habilidad para el combate? Era lo que más le preocupaba. De cara a los demás aparentaba una actitud animosa, pero por dentro estaba temblando. ¿Que iba a pensar Tuon de un marido tuerto? ¿Un marido que quizás ni siquiera sería capaz de defenderse a sí mismo?

Sacó un cuchillo y le dio vueltas en el aire. Luego, siguiendo un impulso, lo lanzó hacia atrás sin mirar. Oyó un débil chillido, se volvió y vio un conejo tendido en el suelo, atravesado por el cuchillo que había lanzado al tuntún.

Mat sonrió y anduvo hacia la orilla. Allí se fijó en algo que se había quedado atascado entre dos grandes piedras del río, junto a la ribera. Resultó ser una olla volcada boca abajo, con el fondo de cobre. A pesar de que tenía un par de abolladuras en los lados, apenas se había utilizado. Se le había debido de caer a un viajero mientras caminaba por la orilla, río arriba.

Sí, tal vez no le sería fácil calcular las distancias y tampoco vería tan bien como antes. Pero, a decir verdad, la suerte funcionaba mejor si uno no la buscaba.

Con una ancha sonrisa, recogió el conejo que pensaba preparar para la cena y sacó la olla del río.

Después de todo, Moraine tomaría un poco de té.

EPÍLOGO

Y después

Con prisas, Graendal reunía todo lo que necesitaba de su nuevo palacete. Del escritorio tomó el pequeño regraz que Mesaana le había entregado a cambio de información. Tenía la forma de un pequeño cuchillo de marfil tallado. Había perdido el anillo de oro en el ataque de al'Thor.

Lo metió en el fardo y luego cogió un fajo de papeles que tenía sobre la cama. Nombres de contactos, informadores... Todo lo que había sido capaz de recordar de lo destruido en Refugio de Natrin.

Fuera, las olas golpeaban contra las rocas. Aún no había amanecido. Habían pasado pocos minutos desde que el último instrumento del que se servía le había fallado. Aybara había sobrevivido a la batalla. ¡Se suponía que tendría que haber funcionado!

Se encontraba en una elegante casa solariega, a pocas leguas de Ebou Dar. Ahora, con Semirhage muerta, había empezado a colocar sus propios hilos alrededor de la nueva emperatriz de apariencia infantil. Sin embargo, de momento tenía que abandonar esas estratagemas.

Perrin Aybara había escapado. No salía de su asombro. Uno detrás de otro había puesto en práctica, los planes perfectos que había ideado, y luego... Aybara había logrado escapar. ¿Cómo? La profecía... En ella se decía...

«Ese estúpido de Isam —pensó mientras metía más documentos en el fardo—. ¡Y ese idiota de Capa Blanca!» Sudaba. No tendría que estar sudando.

Metió en el fardo unos cuantos *ter'angreal* que había en el escritorio y luego revolvió el armario para buscar más mudas. Él podía encontrarla en cualquier lugar del mundo, pero quizás en uno de los mundos reflejos de los Portales de Piedra... Sí, ahí su influencia no sería...

Con los brazos cargados de seda, Graendal se dio la vuelta y se quedó petrificada. En la habitación había una figura, alta como un pilar adornado con negras ropas. No tenía ojos. Los labios del color de la muerte sonreían.

Tirando la ropa a un lado, Graendal se dejó caer de rodillas. El sudor le resbaló por la sien hasta la mejilla.

—Graendal —dijo el alto Myrddraal con una voz terrible, como los susurros de un hombre moribundo—. Has fallado, Graendal.

Shaidar Haran. Qué mal cariz tenía aquello.

—Yo... —empezó a hablar Graendal pasándose la lengua por los labios secos. ¿Cómo darle la vuelta al fracaso para convertirlo en una victoria?—. Todo sigue de

acuerdo con lo planeado. Es una mera...

—Sé lo que esconde tu corazón, Graendal. Puedo paladear tu terror.

Graendal cerró con fuerza los ojos.

—Mesaana ha caído —susurró Shaidar Haran—. Tres Elegidos perdidos por tu culpa. Tus planes y estrategias se reducen a un encadenamiento de fracasos en un entramado de incompetencia.

—¡No he tenido nada que ver con la caída de Mesaana!

—¿Nada? Graendal, el clavo de sueños estaba allí. Los que lucharon junto a Mesaana han dicho que intentaron huir para atraer a las Aes Sedai al lugar donde harían saltar la trampa. No tendrían que haber luchado en la Torre Blanca. Pero no pudieron Viajar. Por tu culpa.

—Isam...

—Una herramienta que se te entregó. El fracaso es tuyo, Graendal.

Se pasó la lengua por los labios de nuevo. Se le había secado toda la boca. Tenía que haber alguna manera de salir de aquel brete.

—Tengo un plan mejor, más audaz. Te quedarás impresionado. Al'Thor cree que he muerto así que puedo...

—No.

Una voz tan queda, pero tan terrible. Graendal se dio cuenta de que no podía hablar. Algo la había dejado sin voz.

—No —repitió Shaidar Haran—. Esa oportunidad se le ha dado a otra persona. Pero no vas a caer en el olvido, Graendal.

Graendal levantó la vista, esperanzada. Esos labios sin vida se torcieron en una amplia sonrisa, la mirada sin ojos se clavó en ella. Una terrible sensación de desaliento la embargó.

—No —dijo Shaidar Haran—. No voy a olvidarte, como tampoco tu olvidarás lo que viene a continuación.

Con los ojos desorbitados, Graendal gritó mientras el Myrddraal se abalanzaba sobre ella.

Un trueno retumbó en el cielo. La hierba que había alrededor de Perrin oscilaba como si se estremeciera; se hallaba cubierta de motas negras, al igual que en el mundo de vigilia. Incluso el Sueño del Lobo se moría.

Percibía el aire cargado de aromas que estaban fuera de lugar: un incendio que ardía, la sangre que se secaba, el cuerpo sin vida de una bestia que no lograba reconocer, huevos que se pudrían...

«No —se dijo—. Esto no va a suceder.»

Hizo acopio de voluntad y deseó que esos efluvios desaparecieran. Y lo hicieron, remplazados por aromas estivales. Hierba, erizos, escarabajos, musgo, ratones,

palomas de alas azules, pinzones púrpuras. Todos aparecieron y cobraron vida en torno a él.

Perrin apretó los dientes; se convirtió en el epicentro de la realidad que se expandía. Las motas negras desaparecieron de las plantas. En lo alto, las nubes ondularon y se abrieron. Los rayos de sol se derramaron sobre la tierra. Los truenos se calmaron.

«Y *Saltador* vive —pensó Perrin—. ¡Vive! Huelo su pelaje, oigo su trote por la hierba.”

Como si cobrase forma de la niebla, un lobo apareció ante él. Su pelaje era gris plateado, entrecano por los años vividos. Perrin estaba exultante con su poder. Era real.

Y entonces se fijó en los ojos del lobo. Carentes de vida.

El efluvio se tornó rancio, malo.

Perrin sudaba por la tensión de estar tan concentrado. Algo en su interior se desajustó. Había entrado en el Sueño del Lobo con mucha fuerza, y tratar de controlar por completo ese lugar era como intentar retener a un lobo en una caja.

Gritó y cayó de hinojos. La forma de niebla que no era *Saltador* se desvaneció con un soplo de aire y las nubes reaparecieron de golpe. Los relámpagos restallaron en el cielo y las motas negras inundaron de nuevo la vegetación. También regresaron los otros efluvios.

El sudor le resbaló por la frente. Arrodillado en el suelo, se apoyó con una mano en la punzante hierba marrón y negra. Estaba muy seca, demasiado.

Perrin pensó en Faile dormida en el interior de la tienda que compartían allí, en Campo de Merrilor. Ella era su hogar. Aún quedaba mucho por hacer. Tal como había dicho que haría, Rand había llegado. Mañana se las vería con Egwene. Pensar en el mundo real lo afianzaba a la tierra y le impedía sumergirse en el Sueño del Lobo con demasiada fuerza.

Se puso en pie. Podía hacer muchas cosas en este lugar, pero había límites. Siempre los había.

Busca a Desvinculado. El te explicará esa respuesta.

Esa había sido la última proyección de *Saltador*. ¿Qué había querido decir? *Saltador* le había asegurado que ya había encontrado la respuesta que perseguía. Y, aun así, ¿*Desvinculado* se la explicaría? Esa proyección había estado cargada de dolor, de pérdida, de satisfacción por ver que Perrin aceptaba al lobo que había en él. Una última imagen de un lobo que saltaba orgulloso al interior de la oscuridad, con el pelaje brillante y un efluvio de resolución.

Perrin se imaginó en la calzada de Jehannah. *Desvinculado* solía rondar por allí con los que quedaban de la manada. Perrin proyectó la mente y lo encontró: un joven macho de pelaje marrón y constitución flaca. A modo de burla, *Desvinculado*

proyectó una imagen en la que Perrin era un toro y arrollaba a un ciervo. El resto de la manada había dejado de gastarle esa broma, pero *Desvinculado* aún le sacaba punta.

Desvinculado, Saltador me dijo que te necesitaba, transmitió Perrin.

El lobo desapareció.

Perrin dio un respingo y luego saltó al lugar donde había estado el lobo, la cima de un risco que se alzaba a varias leguas de la calzada. Captó un ligero efluvio del lugar de destino del lobo y fue hacia allí. Un campo abierto, con un establo muy deteriorado que se veía a lo lejos.

¡*Desvinculado*!, transmitió Perrin.

El lobo se agazapó en un cercano montón de maleza.

No. No. La proyección de *Desvinculado* transmitía miedo e ira.

Pero ¿qué he hecho?

El lobo salió disparado, dejando un borrón tras de sí. Perrin soltó un gruñido y, poniéndose a cuatro patas, se convirtió en un lobo. Joven Toro echó a correr. El viento le rugía en las orejas; obligó al viento que se abriera delante de él para así incrementar la velocidad.

Desvinculado intentó desaparecer, pero Joven Toro no cejó en la persecución y aparecieron en medio del océano. Trotó por encima de las olas, el agua firme bajo las zarpas, y siguió a *Desvinculado* sin perder el paso.

Desvinculado proyectó una rápida serie de imágenes. Bosques, ciudades, campos. Una imagen de Perrin, que lo miraba desde el otro lado de una jaula de madera.

Perrin se frenó en seco y adoptó de nuevo su forma humana. Se quedó de pie sobre las olas encrespadas y empezó a elevarse poco a poco en el aire. «¿Qué?» Esa imagen mostraba una versión más joven de Perrin, con Moraine a su lado. ¿Cómo podía *Desvinculado* saber...?

Y, de repente, Perrin lo comprendió. *Desvinculado* siempre rondaba por Ghealdan en el Sueño del Lobo.

Noam, envió al lobo, ahora lejano.

Notó una reacción de sorpresa y luego la mente del lobo desapareció. Perrin saltó al lugar donde había estado *Desvinculado* y olió una pequeña aldea. Un granero. Una jaula.

Perrin apareció allí. *Desvinculado* estaba tumbado en el suelo, entre dos casas, y lo miraba. A pesar de que Perrin sospechaba la verdad, *Desvinculado* no se distinguía de otros lobos. No obstante, el animal que tenía delante no era un lobo. Era un hombre.

—*Desvinculado* —dijo Perrin, que se agachó con una rodilla en tierra para poder mirar al lobo a los ojos—. Noam, ¿te acuerdas de mí?

Claro. Eres Joven Toro.

—Me refiero a si te acuerdas de antes, cuando nos encontramos en el mundo de vigilia. Me has enviado una imagen de entonces.

Noam abrió la boca y un hueso apareció entre las fauces, un fémur grande que aún tenía algo de carne pegada a él. El lobo se recostó y se puso a roer el hueso.

Eres Joven Toro, replicó, obstinado.

—¿Te acuerdas de la jaula, Noam? —preguntó con suavidad Perrin al tiempo que proyectaba una imagen, la de un hombre vestido con sucios harapos, encerrado en una jaula de madera improvisada por su familia.

Noam se quedó quieto y su imagen titiló por unos breves instantes convirtiéndose en la imagen de un hombre. Sin embargo, la imagen del lobo volvió de inmediato, y el animal soltó un quedo y peligroso gruñido.

—No saco a relucir recuerdos de malos momentos para que te enfades —dijo Perrin—. Yo... Verás, soy como tú.

Yo soy un lobo.

—Sí —convino Perrin—. Pero no siempre.

Siempre.

—No —repuso Perrin con tono firme—. Hubo un tiempo en que fuiste como yo. Que creas lo contrario no implica que sea cierto.

Aquí sí, Joven Toro. Aquí sí, proyectó Noam.

Tenía razón. ¿Por qué insistía en ese asunto? Porque *Saltador* le había mandado ir allí. Pero ¿por qué iba a tener la respuesta *Desvinculado*? Verlo, descubrir quién era, había tenido por resultado que sus miedos afloraran otra vez. Había conseguido estar en paz consigo mismo y, aun así, se hallaba delante de un hombre que se había perdido por completo en el lobo.

Eso era lo que lo había aterrado, lo que se había interpuesto entre los lobos y él. Ahora que lo había superado, ¿*Saltador* lo enviaba a hablar con *Desvinculado*?

El lobo olió su desconcierto y el hueso desapareció. *Desvinculado* recostó la cabeza sobre las patas delanteras y alzó la vista hacia él.

Noam, casi perdido el juicio, sólo había pensado en huir y en matar. Se había convertido en un peligro para todos los que lo rodeaban. Pero ahora no tenía tales pensamientos, sino que parecía encontrarse en paz. Cuando habían liberado a Noam, Perrin había temido que el hombre muriera pronto, pero estaba vivo y, en apariencia, bien. Vivo, al menos. Perrin no podía juzgar el bienestar de un hombre por la apariencia que tenía en el Sueño del Lobo.

No obstante, la mente de *Desvinculado* se hallaba ahora en mucho mejor estado. Perrin frunció el entrecejo. Moraine le había dicho que no había nada que recordara a Noam, el hombre, en la mente de la criatura.

—*Desvinculado,* ¿qué opinas del mundo de los hombres?

Una rápida sucesión de imágenes acometió a Perrin de inmediato. Dolor. Tristeza.

Cosechas que se echaban a perder. Dolor. Un hombre, grande y recio, medio borracho, golpeando a una bonita mujer. Dolor. Un fuego. Miedo, tristeza. Dolor.

Perrin dio un traspié. *Desvinculado* seguía proyectando imágenes. Una detrás de otra. Una tumba. Otra tumba más pequeña junto a la primera, como para un niño. El fuego ardía, crecía. Un hombre. Perrin reconoció al hermano de Noam y, a pesar de que cuando se habían visto no parecía peligroso, estaba fuera de sí.

Era un torrente de imágenes incontenible, desmedido. Perrin aulló. Un lamento por la vida que había llevado Noam, un canto fúnebre de tristeza y dolor. No era de extrañar que ese hombre hubiera escogido la vida del lobo.

La sucesión de imágenes cesó, y *Desvinculado* apartó la mirada. Perrin se dio cuenta de que boqueaba para poder respirar.

Es un regalo, proyectó el lobo.

—¡Luz! Fue una elección, ¿verdad? —murmuró Perrin—. Escogiste al lobo de forma intencionada.

Desvinculado cerró los ojos.

—Siempre creí que, si no tenía cuidado, me perdería en él —dijo Perrin.

El lobo es paz, proyectó *Desvinculado.*

—Sí. —Perrin posó la mano en la cabeza del lobo—. Ahora lo entiendo.

Ese era el equilibrio para *Desvinculado,* diferente del equilibrio para Elyas, diferente del equilibrio que él había encontrado para sí. Lo comprendía. Eso no quería decir que no fuera peligroso perder el control, pero era la última pieza que necesitaba para entenderlo. La última pieza para entenderse a sí mismo.

Gracias, proyectó Perrin.

La imagen de Joven Toro, el lobo, y de Perrin, el hombre, uno junto al otro, encima de una colina, el efluvio de ambos, el mismo. Proyectó esa imagen hacia el exterior con tanta fuerza como le fue posible. A *Desvinculado,* a los lobos cercanos, a cualquiera que quisiera escucharlo.

Gracias.

—*Dovie'andi se tovya sagain* —recitó Olver a la par que lanzaba los dados, que rodaron por el suelo de tela de la tienda.

Olver sonrió al ver la tirada: todos puntos negros, nada de líneas onduladas ni de triángulos. Una tirada redonda, la verdad.

Olver movió su ficha sobre el paño que era el tablero del juego de serpientes y zorros que su padre le había hecho. Era doloroso ver ese tablero, pues le recordaba a su progenitor. Sin embargo, apretaba los labios para que nadie se diera cuenta. Los guerreros no lloraban. Además, un día encontraría al Shaido que había matado a su padre. Y entonces se vengaría.

Eso era lo que hacía un hombre cuando se convertía en guerrero. Suponía que

Mat lo ayudaría, una vez que hubiera acabado con ese asunto de la Última Batalla. Para entonces, Mat le debería unas cuantas y no sólo por todo el tiempo que él hubiera pasado como su mensajero personal, sino también por la información que le había dado sobre las serpientes y los zorros.

Talmanes se hallaba a su lado, sentado en una silla. El estoico hombre leía un libro y prestaba poca atención al juego. Lo de ahora no se parecía en nada a jugar con Noal o Thom, pero Talmanes no había ido allí a jugar con él, sino a cuidarlo.

Mat no quería que supiera que habían ido a la Torre de Ghenjei sin llevarlo con ellos. Bueno, pues, él no era tonto y sabía lo que sucedía. Tampoco estaba enfadado; no mucho. Noal era una buena elección y si el grupo de Mat sólo podía estar formado por tres personas, bien... Noal lucharía mejor que él. Que hubiese ido Noal tenía su lógica.

Pero la próxima vez sería él, Olver, quien escogería, y más le valía a Mat portarse bien para entonces o quien se quedaría atrás iba a ser él.

—Te toca, Talmanes —dijo.

Talmanes masculló entre dientes, alargó la mano hacia los dados y realizó su tirada sin perder de vista el libro. Era un buen tipo, aunque un poco estirado. Olver nunca se iría con un hombre como él a pasar una buena noche de tragos y a la caza de camareras tan pronto como tuviera edad para ir a beber y a cazar camareras. Imaginaba que eso sería al año siguiente o dentro de dos, como mucho.

Olver movió las serpientes y los zorros y cogió los dados para realizar su siguiente tirada. Lo tenía todo planeado. Había un montón de Shaido ahí fuera y no tenía ni idea de cómo encontrar al que había matado a sus padres. Pero los alfinios respondían preguntas. Se lo había oído decir a Mat. Así que él iba a conseguir sus respuestas y luego buscaría al hombre. Tan fácil como montar a caballo. Sólo tenía que entrenarse con la Compañía antes para, de ese modo, saber luchar bien y hacer lo que tenía que hacerse.

Lanzó los dados. Otra tirada redonda; libre acceso. Sonriendo, Olver contó y movió su ficha hacia el centro del tablero, ensimismado, soñando con el día en que llevaría a cabo su venganza, como debía.

Movió la ficha una línea más. Entonces se quedó paralizado.

Su ficha estaba en la casilla central.

—¡He ganado! —exclamó.

Talmanes levantó la vista y la pipa le colgó floja entre los labios. Ladeó la cabeza y miró el tablero de hito en hito.

—Así me abrasen —murmuró—. Tenemos que haber contado mal o...

—¿Contado mal?

—Quiero decir... —Talmanes parecía pasmado—. No puedes ganar. No se puede ganar a este juego. Es imposible.

Qué tontería. ¿Por qué iba a jugar a ese juego si no se podía ganar? Olver sonrió mirando el tablero. Las serpientes y los zorros estaban a una tirada de darle alcance y hacer que perdiera. Pero, esta vez, había logrado llegar al círculo exterior y volver a casa. Había ganado.

Menos mal. ¡Había empezado a pensar que nunca lo conseguiría!

Olver se levantó y estiró las piernas. Talmanes se levantó de la silla y se puso en cuclillas enfrente del tablero mientras se rascaba la cabeza. El humo salía de la cazoleta de la pipa y subía en perezosas espirales.

—Espero que Mat vuelva pronto —dijo Olver.

—Seguro que sí —respondió Talmanes—. La encomienda de Su Majestad no lo ocupará mucho más.

Ésa era la mentira que le habían contado. Que Mat, Thom y Noal habían partido en una misión secreta para la reina. Pues bien, ésa era otra razón por la que Mat iba a deberle unas cuantas. De verdad que algunas veces Mat se comportaba con muchos remilgos, como si él no pudiera cuidar de sí mismo.

Olver meneó la cabeza y se acercó a un extremo de la tienda, donde había un montón de documentos de Mat a la espera de su regreso. Allí, entre un par de hojas, Olver vio algo interesante, algo rojo como sangre. Alargó la mano y entresacó del montón una carta manoseada y lacrada con un pegote de cera.

Olver frunció el entrecejo y dio la vuelta a la pequeña misiva. Había visto que Mat la llevaba encima casi siempre. ¿Por qué no la habría abierto? Eso era de mala educación de todas todas. Setalle había sudado para enseñarle modales y, aunque muchas de las cosas que decía no tenían ni pies ni cabeza y él sólo asentía con un cabeceo para que la mujer lo dejara acurrucarse contra ella, estaba seguro de que uno tenía que abrir las cartas que le enviaban y luego responderlas con amabilidad.

Le dio la vuelta a la carta de nuevo. Se encogió de hombros y rompió el sello. A fin de cuentas, era el mensajero personal de Mat. No era de extrañar que a Mat se le olvidara a veces alguna cosa, así que tenía la obligación de cuidar de él. Además, ahora que había muerto Lopin, Mat iba a requerir mucha más atención. Esa era una de las razones por las que seguía con la Compañía. A saber qué haría Mat sin él.

Desplegó la hoja y sacó un trozo pequeño y tieso de papel que había dentro. Frunció el ceño mientras trataba de entender lo que ponía. Había mejorado mucho con la lectura —en gran medida gracias a Setalle—, pero algunas palabras aún se le resistían. Se rascó la cabeza.

—Talmanes —llamó—, creo que tendrías que leer esto.

—¿El qué? —preguntó el hombre, levantando la vista del tablero—. ¡Diantres, Olver! ¿Qué has hecho? Esa carta no tenía que abrirse.

El hombre se puso de pie y avanzó a zancadas para quitarle el papel de las manos.

—Pero... —empezó Olver.

—Lord Mat no la abrió —respondió Talmanes—. Sabía que si lo hacía nos veríamos enredados en asuntos de la Torre Blanca. ¡Esperó todas estas semanas! Y ahora, mira lo que has hecho. A ver si podemos volver a meter el papel dentro...

—Talmanes, creo que es importante —insistió Olver. Talmanes dudó y, durante un instante, dio la impresión de estar debatiéndose entre leer o no la carta, pero después la sostuvo de modo que le diera más la luz. La leyó con rapidez, como si fuera un chico que robase algo de comida del carro de un vendedor callejero y se lo metiera en la boca para que no lo descubrieran.

El noble masculló una maldición entre dientes. Leyó la carta otra vez y entonces maldijo de nuevo, más alto esta vez. Cogió su espada, que antes había dejado a un lado de la tienda, y salió al exterior a toda prisa dejando la carta tirada en el suelo.

Olver volvió a leerla deletreando y leyendo en voz alta las palabras que no había entendido la primera vez.

Matrim,

Si estás leyendo esta carta, entonces he muerto. Tenía previsto regresar y liberarte del juramento ese mismo día. Sin embargo, la tarea que me propongo emprender conlleva ciertos riesgos y hay muchas posibilidades de que no sobreviva. Por ello quiero asegurarme de haber dejado a alguien capaz de ocuparse de llevar a cabo esta tarea.

Por suerte, creo que, si hay algo en lo que no me equivoco, es que te puede la curiosidad, por lo que imagino que habrás esperado unos pocos días antes de abrir esta carta, que es tiempo de sobra para que yo haya regresado... si lo hago. Por lo tanto, si no he vuelto, la tarea recae sobre ti.

Hay una puerta a los Atajos en Caemlyn. La tienen vigilada y parapetada. Por ende, piensan que está bien guardada. Se equivocan.

Un enorme ejército de Engendros de la Sombra avanza por los Atajos hacia Caemlyn. No sé con exactitud cuándo salieron, pero deberías tener tiempo suficiente para detenerlos. Habla con la reina y convéncela para que destruya la puerta. Se puede hacer. Levantar un muro no servirá. Si no podéis destruirla, entonces la reina tiene que reunir a todos sus efectivos para proteger la ciudad.

Si fracasaras en esta tarea, temo que Caemlyn caerá antes de que acabe este mes.

Cordialmente,

Verin Mathwin

Olver se frotó la barbilla. ¿Qué era una puerta de los Atajos? Creía recordar que tanto Mat como Thom lo habían mencionado. Abandonó la tienda sin soltar la carta.

Talmanes se encontraba justo a la salida de la tienda. Miraba hacia el este, hacia Caemlyn. Un humo rojizo flotaba en el horizonte y la ciudad estaba envuelta en un brillo mucho más intenso que otras noches.

—La luz se apiade de nosotros —susurró el noble—. Fuego. La ciudad está en llamas. —Sacudió la cabeza para librarse del embotamiento y dio la alarma—. ¡A las armas! ¡Trollocs en Caemlyn! ¡La ciudad está en guerra! ¡Soldados, a las armas! ¡Así me abrase, tenemos que entrar en la ciudad y hacernos con esos dragones! ¡Si caen en manos de la Sombra seremos todos hombres muertos!

Con los ojos abiertos como platos, Olver bajó el brazo que sostenía la carta. ¿Trollocs? ¿En Caemlyn? Sería como los Shaido en Cairhien, sólo que peor.

Entró corriendo en la tienda de Mat y trompicó con la alfombra. Se dejó caer sobre las rodillas junto a su jergón y comenzó a tirar de la costura lateral para romper las puntadas. La lana que había en el interior asomó por la abertura. Metió la mano en el interior, rebuscó, y sacó un cuchillo grande que guardaba allí. Estaba metido en una funda de cuero. Se lo había escamoteado a uno de los oficiales de intendencia de la Compañía, Bergevin, cuando el hombre no lo estaba mirando.

Después de Cairhien, Olver juró que nunca más quedaría como un cobarde. Asió el cuchillo con las dos manos, blancos los nudillos de tanto apretar, y salió de la tienda.

Había llegado el momento de luchar.

Barriga tropezó al pasar a trancas y barrancas por encima del tronco de un árbol caído. La sangre que le manaba de la frente goteaba en el suelo, y las ortigas cubiertas de motas negras parecían absorberlas como si se alimentaran de su vida. Se llevó una mano temblorosa a la frente. La venda estaba empapada por completo.

«No hay tiempo para hacer un alto. ¡No hay tiempo!» Hizo un esfuerzo para ponerse en pie y siguió avanzando con dificultad por encima de los culantros marrones. Intentaba no fijarse en las motas negras de las plantas. La Llaga. Había entrado en la Llaga. Pero ¿qué otra alternativa tenía? Los trollocs arrasaban el sur y todas las torres habían caído. Incluso Kandor había caído.

Barriga tropezó de nuevo y cayó al suelo. Dejó escapar un gemido y rodó sobre sí mismo, jadeante. Se encontraba en una depresión entre dos colinas, al norte de la Torre Heeth. Lo que había sido un atuendo elegante —chaqueta y chaleco de terciopelo de buena calidad— se había reducido a harapos manchados de sangre. Barriga apestaba a humo y cuando cerraba los ojos veía a los trollocs arrasando su caravana y acabando con la vida de sus sirvientes y soldados.

Todos habían perecido. Thum, Yang... Ambos muertos. Luz, todos habían muerto.

Barriga se estremeció. ¿Cómo había acabado en esa situación? Él era un comerciante, nada más.

«Tendría que haber hecho caso a Rebek», pensó.

A su espalda, el humo se elevaba desde la Torre Heeth. Allí era adonde se dirigía con su caravana. ¿Cómo podía estar pasando aquello?

Tenía que seguir andando. Hacia el este. Hacia Arafel. Los otros reinos de las Tierras Fronterizas no habrían caído también, ¿verdad?

Subió por la ladera de una colina aferrándose con las manos a las pequeñas y enroscadas correhuelas que semejaban gusanos entre sus dedos. La cabeza se le iba embotando por momentos, pero logró llegar a la cima. Todo le daba vueltas y se desplomó; notó que la sangre se filtraba a través de la venda.

Algo se movió delante de él. Parpadeó. En el cielo, las nubes eran de tormenta. Al frente, tres figuras vestidas de negro y marrón se acercaban a él con movimientos gráciles. ¡Myrddraal!

No. Pestañeó de nuevo para quitarse las lágrimas y la sangre de los ojos. No, no eran Myrddraal. Eran hombres con la cara cubierta por un velo rojo. Andaban agazapados, escudriñando el terreno, y portaban unas lanzas a la espalda.

—¡Bendita sea la Luz! —susurró Barriga—. Son Aiel.

Se encontraba en Andor cuando Rand al'Thor había llegado al país. Todo el mundo sabía que los Aiel seguían al Dragón Renacido. Los había dominado.

«¡Estoy a salvo!»

Uno de los Aiel se acercó a Barriga. ¿Por qué llevaba un velo rojo? Eso era extraño. Los ojos oscuros del Aiel eran vidriosos y duros. El Aiel se bajó el velo y reveló un rostro sonriente.

El hombre se había limado los dientes hasta dejarlos acabados en punta. La sonrisa se le ensanchó mientras desenfundaba un cuchillo que llevaba al cinto.

Barriga tartamudeó mientras contemplaba la terrorífica dentadura y el brillo regocijado en los ojos del hombre al acercarse para matarlo. Esos no eran Aiel. Eran otra cosa.

Una cosa terrible.

En su sueño, Rand al'Thor, el Dragón Renacido, estaba sentado en un apacible silencio, inhalando el aire fresco. Nubes blancas flotaban con delicadeza a su alrededor y la condensación le acariciaba la piel.

Su trono para esa noche era una roca plana en la ladera de una montaña. A través de las nubes, observó un estrecho valle que había abajo. No se hallaba en ningún sitio del mundo real. Ni siquiera era el Mundo de los Sueños, ese lugar donde había combatido con Renegados y de cuya peligrosidad le habían advertido.

No. Se encontraba en uno de sus sueños normales. Ahora era capaz de

controlarlos. Era un lugar en el que podía hallar paz para pensar, protegido por las salvaguardas mientras su cuerpo dormía junto a Min en el nuevo campamento de Campo de Merrilor, rodeados por los fronterizos. Egwene también estaba ahí y había reunido ejércitos, pero él se había preparado para tal contingencia. Había contado con ello.

Por la mañana escucharían sus peticiones. No tenían nada que ver con romper o no los sellos; eso iba a hacerlo de todos modos, por mucho que dijera Egwene. No, serían las peticiones que impondría a los monarcas del mundo a cambio de ir a Shayol Ghul a enfrentarse con el Oscuro.

No sabía a ciencia cierta lo que haría si rehusaban, aunque no iba a serles nada fácil negarse. A veces resultaba útil tener fama de ser irracional.

Respiró hondo, con tranquilidad. Allí, en sus sueños, las colinas estaban verdes, como las recordaba. En ese valle sin nombre, al amparo de las Montañas de la Niebla, había empezado un viaje. No había sido el primero y tampoco sería el último, pero, quizá, sí el más importante. Y también uno de los más dolorosos, sin lugar a dudas.

—Y ahora he vuelto —susurró Rand—. He cambiado de nuevo. Un hombre siempre está cambiando.

Se sentía completo al haber regresado allí, al lugar en el que por primera vez se había enfrentado al asesino que llevaba dentro, al lugar en el que por primera vez había intentado alejarse de aquellos que tendría que haber mantenido junto a él. Cerró los ojos y disfrutó de la tranquilidad. La calma. La armonía.

A lo lejos, se oyó un grito de dolor.

Rand abrió los ojos. ¿Qué había sido aquello? Se levantó y escudriñó todo en derredor. Él había creado ese lugar protegido y seguro dentro de su mente. Era imposible que...

El grito se oyó otra vez. Distante. Frunció el entrecejo y levantó la mano. El paisaje que había a su alrededor se desvaneció para convertirse en niebla, y Rand se encontró en medio de la negrura.

«Allí», pensó.

Se encontraba en un largo pasillo revestido con oscuros paneles de madera. Al ponerse a andar, los pasos levantaron ecos en el pasillo. Ese grito había perturbado su paz. Alguien sufría, alguien lo necesitaba.

Rand echó a correr y llegó a una puerta que había al final del pasillo. La puerta, de color rojizo, era de una madera nudosa y arrugada que recordaba las gruesas raíces de un árbol ancestral. Rand alargó la mano hacia el pomo —otra raíz— y abrió la puerta de un tirón.

La vasta habitación que había al otro lado de la puerta estaba sumida en la más absoluta oscuridad, como una profunda cueva bajo tierra. La habitación parecía absorber y extinguir todo resquicio de luz. La voz que gritaba provenía del interior.

Los gritos sonaban débiles, como si la oscuridad los ahogara.

Rand entró en la habitación, y la oscuridad lo engulló. Le dio la impresión de que le arrebataba la vida que había en él, como cien sanguijuelas chupándole la sangre que le corría por las venas. Siguió avanzando. No discernía de qué dirección provenían los gritos, así que decidió seguir tanteando a lo largo de las paredes, que al tacto parecían huesos suaves, pero con alguna que otra fisura.

La habitación era circular, como si se encontrara metido dentro de una enorme calavera. «¡Allí!»

Había una luz muy tenue un poco más adelante, una única vela en el suelo que iluminaba el piso de mármol negro. Rand corrió hacia la luz. Sí, también había una figura acurrucada contra la pared, que tenía el color blanquecino de los huesos. Era una mujer de pelo plateado, vestida con una fina prenda blanca.

La mujer sollozaba y se estremecía, sacudida por los temblores. Rand se arrodilló junto a ella, y la llama de la vela titiló por su movimiento. ¿Cómo había llegado esa mujer a su sueño? ¿Era real o una creación de su mente? Posó la mano en el hombro de la mujer.

Ella lo miró; la cara era una máscara de dolor, con los ojos enrojecidos y las lágrimas resbalándole por la barbilla.

—Por favor —suplicó la mujer—. Por favor, me tiene.

—¿Quién eres? —preguntó Rand.

—Ya sabes quién soy —susurró la mujer, que le asió la mano y la apretó—. Lo siento. Lo siento mucho. Me tiene. Cada noche me desgarra el alma. Oh, por favor. Quiero que termine. —La mujer rompió a llorar sin rebozo.

—No te conozco —respondió Rand—. Yo...

Esos ojos. Esos ojos preciosos, terribles. Rand ahogó un grito y le soltó la mano. El rostro sería diferente, pero conocía esa alma.

—¿Mierin? Estás muerta. ¡Te vi morir!

La mujer negó con la cabeza.

—¡Ojalá hubiera muerto! ¡Ojalá fuera así! Por favor, me machaca los huesos, los quiebra como si fueran ramas pequeñas y después deja que esté al borde de la muerte antes de Curarme lo justo para mantenerme con vida. Él...

La mujer dejó de hablar y empezó a sufrir sacudidas.

—¿Qué pasa?

Los ojos se le desorbitaron, y la mujer se volvió con brusquedad hacia la pared.

—¡No! ¡Ya viene! —gritó—. La Sombra que hay en la mente de todos los hombres, el asesino de la verdad. ¡No!

Se dio la vuelta de nuevo y alargó los brazos hacia Rand, pero algo la arrastró hacia atrás. La pared se rompió, y la mujer se precipitó en la oscuridad.

Rand saltó hacia adelante para intentar cogerla, pero era demasiado tarde.

Alcanzó a ver a la mujer durante un instante antes de que desapareciera en la negrura.

Se quedó paralizado mirando el abismo. Buscó la calma, pero no logró hallarla. En cambio, sintió odio, preocupación y —como una víbora en celo— deseo. Esa mujer había sido Mierin Eronaile, una a la que había llamado tiempo atrás lady Selene.

Una mujer a quien casi todo el mundo conocía por el nombre que ella misma había adoptado: Lanfear.

Un viento seco y recio fustigó la cara de Lan mientras éste observaba el paisaje corrompido. El desfiladero de Tarwin era un paso ancho, rocoso y sembrado de aserradas cortaderas de la Llaga. Antaño, ese lugar había formado parte de Malkier. Estaba en casa otra vez. Una última vez.

Masas ingentes de trollocs se agrupaban al otro lado del desfiladero. Decenas de miles. O, más bien, cientos de miles. Debían de superar por diez el número de efectivos que Lan había logrado reunir en su marcha por las Tierras Fronterizas. Lo normal habría sido esperar la acometida a este lado del desfiladero, como habían hecho otros hombres antes, pero él no podía hacer tal cosa.

Había ido a atacar, a cabalgar en nombre de Malkier.

Andere avanzó con su caballo y se colocó a la izquierda de Lan, mientras el joven Kaisel de Kandor se situaba a la derecha. Lan percibió la lejana sensación que lo había confortado y dado fuerza en los últimos días. El vínculo había cambiado. Las emociones habían cambiado.

Sentía a Nynaeve, tan maravillosa, comprensiva y apasionada, en el fondo de la mente. Debería haber estado afligido al saber que ahora sería ella quien sufriría cuando él muriese, en lugar de otra persona. Sin embargo, esa sensación de cercanía, de una cercanía final, le daba fuerzas.

El viento se le antojaba demasiado seco. Estaba cargado de olor a tierra y polvo, y le secaba los ojos, por lo que tenía que parpadear para humedecerlos.

—Como tenía que ser —dijo Kaisel.

—¿El qué? —preguntó Lan.

—Que ataquemos aquí.

—Sí —respondió Lan.

—Quizás —añadió Kaisel—. Pero es bizarro, pues le demuestra a la Sombra que no vamos a escondernos, que no vamos a acobardarnos. Ésta es vuestra tierra, lord Mandragoran.

«Mi tierra», repitió Lan para sus adentros. Sí, lo era. Hizo que *Mandarb* avanzara.

—¡Soy al'Lan Mandragoran! —bramó—. ¡Señor de las Siete Torres, Defensor de la Muralla de los Fuegos Precursores, Portador de la Espada de los Mil Lagos! ¡Antaño me llamaban *Aan'allein*, pero reniego de ese título porque ya no estoy solo!

¡Que me tema la Sombra! Que me tema y me conozca. He vuelto a recuperar lo que me pertenece. Puede que sea un rey sin tierra. ¡Pero soy un rey!

Lanzó un grito al tiempo que levantaba la espada. Un griterío rugió en las filas de su ejército. Lan envió un último pero intensísimo sentimiento de amor a Nynaeve mientras taconeaba a *Mandarb* para lanzarse a galope.

Sus hombres, todos montados a caballo, cargaron detrás de él. Una carga formada por kandoreses, arafelinos, shienarianos, saldaeninos... Pero la mayoría de los jinetes eran malkieri. A Lan no le habría sorprendido descubrir que había atraído a todos los súbditos de su antiguo reino que aún estaban capacitados para empuñar un arma.

Cabalgaron entre gritos blandiendo las espadas, las lanzas en ristre. Los cascos de los caballos se convirtieron en truenos y las voces en olas que rompían contra las rocas. Y su orgullo brillaba más que el sol de justicia que caía sobre ellos. Eran doce mil hombres. Y cargaron contra una fuerza de al menos ciento cincuenta mil.

«Se recordará este día con honor —pensó Lan, mientras galopaba—. Como la Ultima Carga de la Grulla Dorada. El fin de los malkieri.» Y el final había llegado. Lo afrontarían con las espadas en alto.

Y acontecerá en el mundo que la prisión del Altísimo se debilitará, y flojearán las extremidades de aquellos que la crearon. Y, de nuevo, Su glorioso manto extinguirá el Entramado de todas las cosas y el Gran Señor abatirá Su mano para reclamar lo que es Suyo. Las naciones rebeldes serán arrasadas y sus hijos llorarán. No habrá nadie salvo Él y aquellos que han vuelto los ojos hacia Su majestad.

Y el día en que el Bufón Tuerto viaje a los salones de duelo y que el Primero entre los Indeseables alce la mano para liberar a Aquel que Destruirá, los últimos días del orgullo del Herrero Caído llegarán. Que el Lobo Roto, aquel a quien la muerte ha conocido, caiga y sea consumido por las Torres de Medianoche, que su destrucción infunda miedo y tristeza en el corazón de los hombres y haga flaquear su voluntad.

Y entonces llegará el Señor del Ocaso. Tomará nuestros ojos, pues nuestras almas se postrarán ante Él. Tomará nuestra piel, pues se servirá de nuestra carne. Tomará nuestros labios, pues sólo a Él loaremos. El Señor del Ocaso se enfrentará al Paladín Quebrantado y derramará su sangre para traernos la tan hermosa oscuridad. Que empiecen los lamentos, oh, seguidores de la Sombra. ¡Suplicad vuestra destrucción!

de *Las Profecías de la Sombra*

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha del fin de la Guerra de los Cien Años arbitrariamente decidida—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Ahondamiento: 1) La capacidad de usar el Poder Único para diagnosticar condiciones físicas y enfermedades. 2) La habilidad de hallar depósitos de minerales metalíferos con el Poder Único. El hecho de que ésta sea una habilidad perdida por las Aes Sedai mucho tiempo atrás puede explicar que el nombre se haya relacionado con otra facultad.

alfinios: Una raza de seres con apariencia humana pero de características similares a las serpientes y que ofrecen respuestas ciertas a tres preguntas. Sea cual sea la pregunta, las respuestas siempre son correctas, si bien con frecuencia las dan de una forma que no queda claro. Las preguntas sobre la Sombra pueden resultar extremadamente peligrosas. Su verdadera localización se desconoce, pero se los puede visitar pasando a través de un *ter'angreal* que antaño estaba en posesión de Mayene, pero que en años recientes se guardaba en la Ciudadela de Tear. También es posible llegar hasta ellos entrando por la Torre de Ghenjei. Hablan en la Antigua Lengua, mencionan pactos y acuerdos, y preguntan si aquellos que entran llevan hierro, instrumentos de música o artefactos con los que se puede hacer fuego. (Véanse elfinios—, serpientes y zorros.)

Altísima: Título que ostenta la cabeza del Ajah Rojo. Dicha posición la ocupa en la actualidad Tsutama Rath.

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la

actualidad sufre los estragos de una guerra civil, además de las que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido. Su capital es Bandar Eban, a la que se han desplazado numerosos refugiados y donde hay escasez de alimentos. En Arad Doman, a aquellos que descienden de la nobleza que fundó el país se los conoce como «del linaje», lo que los distingue de los que ascendieron a la nobleza con posterioridad. El monarca (rey o reina) lo elige un consejo de las cabezas de los gremios de mercaderes (el Consejo de Mercaderes), que casi siempre son mujeres. El soberano debe pertenecer a la clase noble, no a la de los mercaderes, y su elección es de por vida. Legalmente, el monarca tiene absoluta autoridad, pero se lo puede destronar con los votos de los tres cuartos del Consejo. El actual dirigente es el rey Alsalam Saeed Almadar, Señor de Almadar, Cabeza Insigne de la casa Almadar.

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua, «Guardián» o «Guardianes», pero siempre con el significado de un defensor de la justicia y la verdad. 2) El nombre dado tanto al colectivo de hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, cerca de Caemlyn, en Andor, a fin de aprender a encauzar, como a uno de sus rangos. Su entrenamiento se centra en los distintos modos de utilizar el Poder Único como arma; una vez que han aprendido a asir el *Saidin* —la mitad masculina de la Fuente —, se les exige realizar todo tipo de tareas y trabajos con el Poder, lo que implica otro cambio con respecto a las normas de la Torre Blanca. A un hombre que acaba de enrolarse se lo llama «soldado» y lleva una chaqueta negra, de cuello alto, al estilo andoreño. Al ser ascendido a «Dedicado» se adquiere el derecho de lucir un alfiler de plata, denominado «espada», en el pico del cuello. La promoción a Asha'man otorga el derecho a llevar la insignia del «dragón», el alfiler esmaltado en dorado y rojo, en el pico contrario. Aunque muchas mujeres, incluidas las esposas, huyen cuando descubren que sus compañeros pueden encauzar, un número considerable de los hombres de la Torre Negra están casados y utilizan una versión del vínculo de los Guardianes con sus Aes Sedai a fin de crear un nexo con sus esposas. Este mismo vínculo, alterado para compeler a la obediencia, se ha usado también para vincular Aes Sedai capturadas. A algunos Asha'man los han vinculado Aes Sedai, si bien es el vínculo tradicional de Guardián el que se utiliza. A los Asha'man los dirige Mazrim Taim, que se ha designado a sí mismo M'Hael, título que en la Antigua Lengua significa «líder».

Avendesora: En la Antigua Lengua, «Árbol de la Vida». Se encuentra en Rhuidean.

Balwer, Sebban: Otrora secretario de Pedron Niall oficialmente, aunque en secreto era su jefe de espías. Ayudó a Morgase a escapar de los seanchan en Amador por sus propios motivos y ahora trabaja como secretario de Perrin t'Bashere Aybara y de Faile ni Bashere t'Aybara. No obstante, sus cometidos se han ampliado, y ahora

dirige las actividades del *Cha Faile* al tiempo que actúa como jefe de espías para Perrin, si bien éste no ve a Balwer como tal. (Véase *Cha Faile*.)

Brazos Rojos, los: Soldados de la Compañía de la Mano Roja a quienes se ha elegido para realizar una tarea policial de forma temporal a fin de evitar que otros soldados de la Compañía ocasionen problemas o daños en una ciudad o un pueblo. Llamados así porque, mientras realizan su tarea, llevan unos brazaletes anchos de color rojo que les cubren las mangas desde el puño hasta el codo. Por lo general se los escoge entre los hombres más veteranos y dignos de confianza. Ya que cualesquiera daños ocasionados han de pagarlos los Brazos Rojos que estén de servicio, éstos se esfuerzan para que reinen la paz y el orden. (Véase *Shen an Calhar*.)

Buscadores, los: O, más formalmente, los Buscadores de la Verdad, es una organización policial y de inteligencia perteneciente al trono imperial seanchan. Aunque la mayoría son *da'covale* y propiedad de la familia imperial, tienen poderes casi ilimitados. Incluso pueden arrestar a un miembro de la Sangre por no responder a sus preguntas o no cooperar plenamente con ellos, y son los propios Buscadores quienes definen el nivel de cooperación requerido, sólo sujeto a modificación por la propia emperatriz. Sus informes los envían a Manos Menores, quienes los controlan a ellos y a los Escuchadores. Casi todos los Buscadores son de la opinión de que las Manos no dan curso a tanta información como deberían. A diferencia de los Escuchadores, ellos sí desempeñan un papel activo en la organización. Los Buscadores que son *da'covale* llevan un tatuaje en cada hombro con un cuervo y una torre. A diferencia de los Guardias de la Muerte, los Buscadores no gustan de mostrar sus cuervos, en parte porque hacerlo implica revelar quiénes y qué son. (Véase Escuchadores.)

Cabeza del Gran Consejo de las Trece: Título que ostenta la cabeza del Ajah Negro. Dicha posición la ocupa en la actualidad Alviarin Freidhen.

Calendario. Una semana tiene diez días, y un mes, veintiocho; el año consta de trece meses. Varios festivos no forman parte de ningún mes, entre ellos el Día Solar (el más largo del año), la Fiesta de Acción de Gracias (celebración cuatrienal, en el equinoccio de primavera), y el Día de la Salvación de las Almas, también llamado Día de Todas las Animas (fiesta decenal, en el equinoccio de otoño). Aunque los meses tienen nombre —Taisham, Jumara, Saban, Aine, Adar, Saven, Amadaine, Tammaz, Maigdhal, Choren, Shaldine, Nesan y Danu— rara vez se utilizan salvo en documentos oficiales y por los funcionarios. Para la mayoría de la gente es suficiente regirse por las estaciones.

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal que estuvo guardada en la Ciudadela de Tear. Es un poderoso *sa'angreal* para ser utilizado por un varón. Se sabe que tiene dos defectos: carece del

regulador que hace seguro el uso de un *sa'angreal* y acrecienta la infección. Se sospecha que hay más defectos de fabricación.

capitán general: Rango militar de algunos ejércitos. En Andor lo ostenta el cabecilla de la Guardia Real. Esta posición la ocupa actualmente lady Birgitte Trahelion.

Capitán General. Título que ostenta la cabeza del Ajah Verde. Dicha posición la ocupa actualmente Adelorna Bastine.

Cha Faile: 1) En la Antigua Lengua, «Garra de Halcón». 2) Nombre adoptado por los jóvenes cairhieninos y tearianos que intentan seguir el *ji'e'toh*. Han jurado lealtad a Faile ni Bashere t Aybara y secretamente actúan como sus exploradores y espías. Desde que los Shaido capturaron a Faile, realizan sus actividades bajo la dirección de Sebban Balwer. (Véase Balwer, Sebban.) Charin, Jain: Véase Galopador, Jain el.

Compañía de la Mano Roja: Véase *Shen an Calhar*.

Consejo delAjah Marrón: Al Ajah Marrón lo encabeza un consejo, en lugar de una Aes Sedai. La cabeza actual del consejo es Jesse Bilal. Se desconoce la identidad de los otros miembros del consejo.

Consolidación, la: Cuando los ejércitos enviados por Artur Hawkwing a las órdenes de su hijo Luthair desembarcaron en Seanchan, se encontraron con un mosaico cambiante de numerosísimas naciones que guerreaban frecuentemente entre sí y que a menudo estaban regidas por Aes Sedai. Sin existir un equivalente de la Torre Blanca, las Aes Sedai actuaban en favor de sus propios intereses y poderío valiéndose del Poder Único. Formaban pequeños grupos e intrigaban constantemente unas contra otras. En gran parte, esas continuas maquinaciones en provecho propio y las resultantes guerras entre las miles de naciones fue lo que permitió a los ejércitos del este del Océano Aricio iniciar la conquista de todo un continente y que sus descendientes finalizaran dicha tarea. Esa conquista, en cuyo transcurso los descendientes de los ejércitos originales se convirtieron en seanchan a medida que conquistaban a los oriundos, se prolongó más de novecientos años y se la conoce como la Consolidación. (Véase Torres de Medianoche).

cuendillar: Una sustancia supuestamente indestructible creada durante la Era de Leyenda. Absorbe cualquier fuerza conocida —incluido el Poder Único— que intente romperla, lo que incrementa su dureza. Aunque se creía que los conocimientos para crearla se habían perdido para siempre, han empezado a correr rumores sobre objetos nuevos fabricados con ella. También se la conoce como piedra del corazón.

da'covale: 1) En la Antigua Lengua, «el que es posesión» o «persona que es propiedad». 2) Entre los seanchan, término utilizado a menudo, junto con el de «propiedad», para «esclavos». La esclavitud tiene una historia larga e inusitada entre los seanchan, ya que hay esclavos con posibilidad de ascender a posiciones de gran poder y autoridad, incluso sobre aquellos que son libres. También puede ocurrir lo

contrario, que a alguien situado en una posición de mucho poder se lo degrade a *da'covale*. (Véase *so'jhin*) der'morat: 1) En la Antigua Lengua, «maestro adiestrador». 2) Entre los seanchan el término se aplica para indicar a un adiestrador eminente y experto en una de las disciplinas exóticas, alguien que entrena a otros, por ejemplo, el der'*morat'raken*. Los der'morat pueden disfrutar de una posición social muy importante, y la más elevada la ostentan las *der'sul'dam*, adiestradoras de *sul'dam*, que se equiparan con oficiales militares de alto rango. (Véase morat.) dragón: Una nueva arma muy potente que lanza cargas explosivas a gran distancia con las que se causan graves daños al enemigo.

dragón, huevos de: Nombre dado a las cargas explosivas lanzadas por los dragones.

elfinios: Una raza de seres con apariencia humana pero de características similares a los zorros y que conceden tres deseos, aunque a cambio hay que pagar un precio. Si la persona que hace la petición no negocia ese precio, los elfinios deciden cuál será. El más común en esas circunstancias es la muerte, pero aun así cumplirán con su parte del trato, si bien la forma en la que lo llevan a cabo rara vez coincide con lo que espera el peticionario. Su verdadera localización se desconoce, pero se los podía visitar pasando a través de un *ter'angreal* que otrora estaba ubicado en Rhuidean. Moraine Damodred llevó ese *ter'angreal* a Cairhien, donde se destruyó. También es posible llegar hasta ellos entrando por la Torre de Ghenjei. Al igual que los alfinios, hacen las mismas preguntas respecto al fuego, el hierro y los instrumentos musicales. (Véanse alfinios—, serpientes y zorros.)

Escuchadores: Organización de inteligencia seanchan. Casi cualquier persona del cuerpo de servicio de un noble, mercader o banquero puede ser un Escuchador, incluidos los da 'covale alguna que otra vez, aunque casi nunca los *so'jhin*. No participan de forma activa, sino que se limitan a observar, escuchar e informar. Esos informes se envían a Manos Menores, que los controlan tanto a ellos como a los Buscadores y que deciden qué ha de pasarse a los Buscadores para que emprendan las acciones pertinentes. (Véanse Buscadores; Mano)

Fel, Herid: Autor de *Razón y sinrazón*, entre otros libros. Fel era estudiante (y profesor) de historia y filosofía en la Academia de Cairhien. Se lo encontró muerto en su estudio, desgarrado en pedazos.

Galopador, Jain el: Un héroe de las tierras norteñas que viajó a muchos países y participó en muchas aventuras. Capturó a Cowin Corazón Leal y lo llevó ante la justicia real. Fue autor de varios libros, así como protagonista de libros y relatos. Desapareció el año 981 NE, tras regresar de una incursión a la Gran Llaga que, a decir de algunos, lo había llevado hasta el mismo Shayol Ghul.

Graendal: Una de las Renegadas. Conocida antaño como Kamarile Maradim Nindar, una renombrada asceta, fue la segunda de los Renegados que decidió servir al

Oscuro. Asesina implacable, es responsable de las muertes de Aran'gar y de Asmodean, así como de la destrucción de Mesaana. Su situación actual es incierta.

Grulla Dorada, la: El estandarte de Malkier, la desaparecida nación de las Tierras Fronterizas.

Guardia Alada, la: Guardia personal de la Principal de Mayene y unidad militar de élite de ese país. Los miembros de la Guardia Alada llevan un reluciente peto rojo, yelmo del mismo color y de forma acampanada, que por la parte posterior baja hasta la nuca, y lanza adornada con cintas asimismo rojas. El yelmo de los oficiales tiene labradas unas alas en los laterales, y unas finas plumas denotan el rango.

Guardia Real, la: La unidad militar de élite de Andor. En tiempos de paz la Guardia es responsable de hacer respetar la ley de la reina y guardar el orden. El uniforme de la Guardia Real se compone de almilla roja, cota de malla y peto bruñido, brillante capa roja y yelmo cónico, con la visera de barras. Los oficiales de alto rango lucen nudos de graduación en las hombreras y llevan espuelas doradas en forma de cabeza de león. Una reciente incorporación a la Guardia Real es la escolta personal de la heredera del trono, compuesta enteramente por mujeres desde el arresto de su antiguo capitán, Doilin Mellar. Estas mujeres de la Guardia visten un uniforme mucho más trabajado que sus homólogos varones, lo que incluye sombrero de ala ancha con plumas blancas, peto y yelmo lacados en rojo y bordeados en blanco, y fajín orlado con puntilla en el que va bordado el León Blanco de Andor.

Guardias de la Muerte: La unidad militar de élite del imperio seanchan, formada tanto por humanos como por Ogier. Todos los integrantes humanos de los Guardias de la Muerte son *da'covale*, nacidos esclavos, y se los elige a temprana edad para servir a la emperatriz, de quien son propiedad. Fanáticamente leales y ferozmente orgullosos, a menudo exhiben los cuervos tatuados en sus hombros, la marca de un *da'covale* de la emperatriz. A los miembros Ogier se los conoce como Jardineros, y no son *da'covale*. A pesar de ello, los Jardineros son tan fanáticamente leales como los Guardias de la Muerte humanos, e incluso más temidos. Humanos u Ogier, los Guardias de la Muerte no sólo están dispuestos a morir por la emperatriz y la familia imperial, sino que creen que sus vidas le pertenecen a la emperatriz para que ésta disponga de ellas a su arbitrio. Los yelmos y las armaduras de su unidad van lacados en verde oscuro (tan oscuro que con frecuencia se confunde con el negro) y rojo sangre, y los escudos, en negro; sus lanzas, espadas, hachas y alabardas llevan borlas también negras. (Véase *da'covale*.)

hadori: Cordón de cuero trenzado que los malkieri se ceñían a la frente para sujetarse el pelo hacia atrás. Hasta que Malkier sucumbió a la Llaga, era tradición que todos los varones adultos malkieri llevasen el pelo largo hasta los hombros y sujeto con el *hadori*. Al igual que la entrega de la espada, la autorización para llevar el *hadori* marcaba la transición a la edad adulta para los jóvenes de Malkier simbolizaba

los deberes y las obligaciones inherentes a esa nueva etapa, como también su relación con el reino. (Véase *ki'sain*.)

Hanlon, Daved: Un Amigo Siniestro, también conocido como Doilin Mellar, al que se capturó junto a lady Shiaine, Chesmal Emry, Eldrith Jhondar, Temaile Kinderode, Falion Bhoda y Marillin Gemalphin.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Consideran Amigos Siniestros a las Aes Sedai y sus simpatizantes. Conocidos despectivamente como Capas Blancas —nombre que ellos mismos detestan— anteriormente estaban acuartelados en Amador, capital de Amadicia, pero se vieron obligados a huir cuando los seanchan conquistaron la ciudad. Galad Damodred pasó a ser el capitán general de los Hijos después de batirse en duelo con Elmon Valda y matarlo por abusar de su madrastra, Morgase. La muerte de Valda provocó un cisma en la organización, con lo que ahora Galad lidera una facción y Rhadam Asunawa, el Inquisidor Supremo de la Mano de la Luz, la otra. Su emblema es un dorado sol radiante sobre fondo blanco. (Véase interrogadores.)

Iluminadores, Corporación de: Una organización que mantiene el secreto del proceso de fabricación de fuegos artificiales tan celosamente que llega al extremo de matar para salvaguardarlo. El nombre de la Corporación proviene de los grandes espectáculos, llamados iluminaciones, que proporcionan a los gobernantes y en ocasiones a los grandes señores. También venden cohetes de menor lucimiento para uso de otros ciudadanos, pero con severas advertencias respecto a las desastrosas consecuencias que pueden derivarse del intento de conocer lo que hay en su interior. Otrora, la Corporación tenía casas capitulares en Cairhien y Tanchico, pero las dos han sido destruidas. Además, los miembros de la Corporación en Tanchico presentaron resistencia a la invasión de los seanchan, y a los supervivientes se los hizo *da'covale*, de modo que la Corporación ha dejado de existir. Sin embargo, todavía quedan algunos Iluminadores fuera del dominio seanchan y trabajan con el propósito de que no se olvide la Corporación. (Véase *da'covale*).

Imfaral: Situada al noroeste de Seandar, es la sexta ciudad más importante por extensión de Seanchan. En ella se encuentran las Torres de Medianoche. (Véase Torres de Medianoche.)

interrogadores: Una orden de los Hijos de la Luz que se autodenomina la Mano de la Luz —les desagrada profundamente que los llamen interrogadores—, cuyo

cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan normalmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. En ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre.

ki'sain: Pequeña marca en forma de punto que las mujeres malkieri se pintaban en la frente todas las mañanas como promesa de consagrar o haber consagrado a sus hijos a la lucha contra la Sombra. Esta promesa no conllevaba por fuerza que tuvieran que convertirse en soldados, sino que combatirían a la Sombra de cualquier manera posible, día tras día. Como el *hadori* con los hombres, el ki'sain también se consideraba un símbolo que relacionaba a las mujeres con Malkier, con los lazos que las unían con otros malkieri y con la transición a la edad adulta. Según el color del ki'sain se sabía el estado civil de la mujer: azul, para las solteras; rojo, para las casadas; blanco, para las viudas. Al morir, se marcaba la frente de la difunta con los tres colores, sin importar si había llegado a casarse o no. (Véase *hadori*.)

Legión del Dragón, la: Una gran unidad militar de infantería que ha jurado lealtad al Dragón Renacido y ha sido entrenada por Davram Bashere de acuerdo con unas pautas ideadas por él mismo y por Mat Cauthon, las cuales difieren radicalmente de las empleadas de manera habitual por los soldados de a pie. Aunque muchos de sus integrantes acuden por propia iniciativa, un gran número de hombres de la Legión es recogido por grupos de reclutamiento procedentes de la Torre Negra, quienes primero reúnen a todos los varones de una zona que desean seguir al Dragón Renacido y, sólo después de conducirlos a través de accesos próximos a Caemlyn, comprueban a cuáles de ellos se les puede enseñar a encauzar. A los restantes, la mayoría con gran diferencia, se los envía a los campamentos de entrenamiento de Bashere. En la actualidad, la Legión del Dragón se prepara para la Última Batalla.

marath'damane: En la Antigua Lengua, «Las que Deben Atarse con Correa» y también «alguien que debe atarse con correa». Término utilizado por los seanchan para designar a las mujeres capaces de encauzar, pero a las que aún no se les ha puesto el collar de *damane*.

marca: Véase medidas de superficie.

medidas de longitud : 1 pulgada = 3 cm; 3,33 pulgadas = 1 mano (10 cm); 3 manos = 1 pie (30 cm); 3 pies = 1 paso (91 cm); 2 pasos = 1 espán (1,8 m); 1.000 espanes = 1 milla (1,8 km); 4 millas = 1 legua (7,3 km).

medidas de superficie*: 1) tierra: 1 ribete = 20 pasos x 10 pasos (200 pasos cuadrados); 1 cordón = 20 pasos x 50 pasos (1.000 pasos cuadrados); 1 acra = 100 pasos x 100 pasos (10.000 pasos cuadrados); 1 cuerda = 100 pasos x 1.000 pasos

(100.000 pasos cuadrados); 1 marca = 1.000 pasos x 1.000 pasos (1/4 de milla cuadrada). 2) tela: 1 paso = 1 paso y 1 mano x 1 paso y 1 mano.

Mellar, Doilin: Véase Hanlon, Daved.

moneda: Tras muchos siglos de comercio, los tipos de moneda son los mismos en todos los países: coronas (la mayor en tamaño), marcos y peniques. Las coronas y los marcos se pueden acuñar en oro o en plata, mientras que los peniques pueden ser de plata o de cobre; a un penique de esta última aleación se lo llama a menudo un «cobre», simplemente. Dependiendo de las naciones, sin embargo, estas monedas son de distintos tamaños y pesos. Incluso en una misma nación se han acuñado monedas de distintos tamaños y pesos por diferentes gobernantes. A causa del comercio, las monedas de muchos países se encuentran casi en cualquier parte. Por esa razón, banqueros, prestamistas y mercaderes utilizan balanzas para determinar el valor de cualesquiera monedas. Se pesan incluso grandes cantidades de monedas por dicho motivo.

Las monedas de más peso son las que se acuñan en Andor y Tar Valon, y en esos dos lugares los valores relativos son: 10 peniques de cobre = 1 céntimo de plata; 100 peniques de plata = 1 marco de plata; 10 marcos de plata = 1 corona de plata; 10 coronas de plata = 1 marco de oro; 10 marcos de oro = 1 corona de oro. En contraste, en Altara, donde las monedas más grandes contienen menos oro o plata, los valores relativos son: 10 peniques de cobre = 1 penique de plata; 21 peniques de plata = 1 marco de plata; 20 marcos de plata = 1 corona de plata; 20 coronas de plata = 1 marco de oro; 30 marcos de oro = 1 corona de oro.

El único papel moneda son las «cartas de valores» que extienden los banqueros, que garantizan a su presentación la entrega de cierta cantidad de oro o plata. A causa de la gran distancia entre ciudades, el tiempo que hace falta para viajar de unas a otras y las dificultades para hacer transacciones a larga distancia, una carta de valores se acepta al cien por cien de su valor en una población próxima al banco que la ha expedido, pero es posible que en una ciudad más lejana sólo se acepte a un valor más bajo. Por lo general, una persona pudiente que va a hacer un largo viaje llevará una o más cartas de valores para cambiarlas por dinero cuando lo necesite. Las cartas de valores sólo las suelen aceptar banqueros o mercaderes, y nunca se utilizan en tiendas y otros establecimientos.

Moraine Damodred: Una Aes Sedai cairhienina del Ajah Azul presuntamente muerta desde hace tiempo. Sin embargo, Thom Merrilin reveló haber recibido una carta que parece ser de ella. Dicha misiva se reproduce a continuación:

Mi querido Thom:

Habría querido escribirte muchas palabras, palabras salidas del corazón, pero he escrito éstas porque sabía que debía hacerlo y ahora apenas queda tiempo.

Hay muchas cosas que no te puedo decir a no ser que quiera provocar el desastre, pero las que sí puedo, te las contaré. Pon mucha atención a lo que voy a decirte. Dentro de poco bajaré a los muelles y allí me enfrentaré a Lanfear. ¿Que cómo lo sé? Ese secreto les pertenece a otros. Baste decir que lo sé y dejo que esa precognición sirva de prueba para todo lo demás que voy a decir.

Cuando recibas esto te dirán que he muerto. Todos lo creerán. No estoy muerta, y es posible que viva hasta la edad que tenía designada. También puede ser que tú y Mat Cauthon y otra persona, un hombre que no conozco, intentéis rescatarme. Y digo «puede ser» porque es posible que no lo hagas o no puedas hacerlo, o porque Mat podría rehusar. No me profesa el mismo afecto que tú pareces sentir, y tiene sus razones para ello que cree que son buenas. Si lo intentas, sólo debéis ser tú, Mat y el otro hombre. Que seáis más significará la muerte para todos. Que seáis menos significará la muerte para todos. Incluso si vienes sólo con Mat y con el otro también hay posibilidad de que se produzca la muerte. Os he visto intentarlo y morir, a uno o a dos o a los tres. Me he visto a mí misma morir en ese intento. Nos he visto a todos sobrevivir y morir como cautivos.

Si de todos modos decidís realizar el intento, el joven Mat sabe cómo encontrarme, pero aun así no debes mostrarle esta carta antes de que te pregunte por ella. Eso es de la máxima importancia. No debe saber nada de lo que pone en la carta hasta que pregunte. Los acontecimientos han de sucederse conforme a unas pautas, cueste lo que cueste.

Si vuelves a ver a Lan, dile que todo esto es para bien. Su destino sigue otro camino distinto del mío. Le deseo toda la felicidad con Nynaeve.

Una última cosa. Recuerda que sabes jugar a serpientes y zorros. Recuerda y presta atención.

Es la hora, y he de hacer lo que debo hacer.

Que la Luz te ilumine y te otorgue alegría, mi querido Thom, nos volvamos a ver o no.

Moraine

Morat: En la Antigua Lengua, «adiestrador». Entre los seanchan se utiliza para designar a los que adiestran y se encargan de disciplinas exóticas, por ejemplo, el *morat'raken*, un adiestrador o jinete de *raken*, también llamado de manera informal «volador». (Véase der'morat.) núcleo: Unidad básica de organización —de hecho, una célula— en el Ajah Negro. El núcleo consta de tres hermanas que se conocen entre sí; cada miembro de un núcleo conoce a una hermana Negra perteneciente a otro, pero que es desconocida para las restantes dos de su núcleo.

Primera Agregada: Título que ostenta la cabeza del Ajah Gris. Dicha posición la

ocupa actualmente Serancha Colvine.

Profeta, el: O, más formalmente, el Profeta del lord Dragón. Antaño conocido como Masema Dagar, un soldado shienariano que tuvo una revelación y decidió que había sido llamado a difundir la nueva del renacimiento del Dragón. Creía que nada —¡absolutamente nada!— era más importante que reconocer al Dragón Renacido como la Luz hecha carne y que había que estar preparado para cuando éste llamara a la acción; a tal fin, él y sus seguidores utilizaban cualquier medio para obligar a otros a entonar las alabanzas del Dragón Renacido. Los que se negaban estaban marcados para morir, y los que tardaban en aceptarlo podían encontrarse con sus hogares y negocios convertidos en cenizas y ellos mismos, azotados. Renunció a cualquier otro nombre que no fuera el de Profeta, y desató el caos en gran parte de Ghealdan y Amadicia, de las cuales controlaba zonas extensas; no obstante, tras su marcha, los seanchan restablecieron el orden en Amadicia, y la Cámara Alta de la Corona lo hizo en Ghealdan. Se reunió con Perrin Aybara, a quien Rand había enviado a buscarlo, y, por razones desconocidas, se quedó con él aunque ello retrasara su marcha para acudir al emplazamiento del Dragón Renacido. Lo siguieron hombres y mujeres de la peor calaña; si no eran así cuando los atrajo su carisma, lo fueron después a causa de su influencia. Muerto en extrañas circunstancias.

Puñales Sanguinarios: Una división de élite de soldados seanchan. A cada uno se le entrega un *ter'angreal* que aumenta su fuerza y velocidad y lo envuelve en oscuridad. El *ter'angreal* se activa poniendo una gota de la sangre del Puñal Sanguinario sobre el anillo, que, una vez activado, consume lentamente la vida del portador. La muerte se produce al cabo de unos días.

Razonadora Mayor: Título que ostenta la cabeza del Ajah Blanco. Dicha posición la ocupa Ferane Neheran.

Renegados, los: Nombre dado a trece poderosos Aes Sedai (tanto hombres como mujeres), los cuales se incorporaron a las filas de la Sombra durante la Era de Leyenda y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse la Perforación en su prisión. Aunque durante mucho tiempo se ha creído que sólo ellos abandonaron la Luz durante la Guerra de la Sombra, de hecho hubo otros que lo hicieron también; esos trece son únicamente los de más alto rango entre ellos. El número de los Renegados (que se designan a sí mismos «los Elegidos») se ha reducido en cierto modo desde que despertaron hasta el momento actual. A algunos de los que perecieron se los ha reencarnado en cuerpos nuevos.

Saldaea: Una nación de las Tierras Fronterizas cuya capital es Maradon. El palacio real lleva por nombre Cordamora (o, lo que es lo mismo, «corazón del pueblo» en la Antigua Lengua). Es una monarquía hereditaria que puede gobernar un rey o una reina, indistintamente. La Cámara Alta de la Corona, también conocida como Consejo de los Lores, aconseja y asiste al monarca en la administración de la

nación. El cónyuge del monarca de Saldaea no es un mero consorte, sino que casi es un corregente. En la actualidad, Saldaea está gobernada por Su Preclara Majestad Tenobia si Bashere Kazadi, Reina de Saldaea, Defensora de la Luz, Escudo del Norte y Espada de la Frontera de la Llaga, Cabeza Insigne de la casa Kazadi, señora de Shahanyi, Asnelle, Kunwar y Ganai. Su heredero y mariscal de sus ejércitos es su tío Davram Bashere, quien, sin embargo, lleva ausente de su puesto hace un tiempo.

Seandar: La capital imperial de Seanchan, localizada al nordeste del continente Seanchan. También es la urbe más grande del imperio. Tras la muerte de la emperatriz Radhanan, se sumió en la anarquía.

Selectora Mayor: Título que ostenta la cabeza del Ajah Azul. No se sabe quién ocupa dicha posición en la actualidad, aunque se sospecha que es Lelaine Akashi.

serpientes y zorros: Juego que les encanta a los niños hasta que maduran lo suficiente para comprender que nunca se puede ganar sin romper las reglas. Se juega en un tablero que tiene una red de líneas con flechas que indican la dirección. Hay diez fichas que llevan pintados triángulos para representar a los zorros, y otras diez con líneas onduladas que representan a las serpientes. El juego empieza diciendo un jugador: «Valor para fortalecer, fuego para cegar, música para aturdir, hierro para encadenar» y entretanto traza con la mano en el aire un triángulo con una línea sinuosa que lo atraviesa. Se tiran dados para determinar los movimientos de jugadores y de serpientes y zorros. Si una serpiente o un zorro cae sobre una ficha de un jugador, éste queda fuera de la partida; y, mientras se cumplan las reglas, eso es algo que ocurre siempre. (Véanse alfinios; elfinios.)

Shara: Tierra misteriosa situada al este del Yermo de Aiel y origen de la producción de seda y marfil, entre otros productos de comercio. Protegida tanto por su inhóspita orografía como por murallas construidas por el hombre, poco se sabe sobre Shara, ya que sus gentes se esfuerzan en mantener en secreto su cultura. Los sharaníes niegan que la Guerra de los Trollocs los afectara, a pesar de que los Aiel afirman lo contrario. También niegan tener conocimiento del intento de invasión de Artur Hawkwing, a despecho de la versión de los Marinos como testigos oculares. La poca información que se ha filtrado revela que los sharaníes están gobernados por un monarca absoluto llamado Sh'boan si es mujer y Sh'botay si es varón. El monarca gobierna como único dirigente exactamente durante siete años y después muere. El gobierno pasa a manos de su pareja, que entonces escoge un nuevo compañero o compañera y reina hasta que muere al cabo de siete años. Esta pauta ha permanecido virtualmente inalterada desde los tiempos del Desmembramiento. La gente cree que las muertes son simplemente la «Voluntad del Entramado».

En Shara hay encauzadores, conocidos como Ayyad, a los que les tatúan la cara al nacer. Las mujeres Ayyad hacen cumplir estrictamente las leyes relativas a los de su clase. El ayuntamiento entre Ayyad y no Ayyad está penalizado con la muerte para el

segundo, y también para el Ayyad si se demuestra que éste forzó al otro. Si hay un hijo de esta unión se lo abandona a la inclemencia de los elementos para que muera. A los varones Ayyad se los considera simples reproductores para las mujeres Ayyad. A la edad de veintiún años —o antes si dan señales de empezar a encauzar— las Ayyad los matan e incineran los cadáveres. Supuestamente las Ayyad sólo encauzarán si se lo ordena el monarca reinante. Por costumbre, hay mujeres Ayyad que no se separan de la Sh'boan o del Sh'botay en ningún momento.

Ni siquiera se sabe con seguridad el nombre de esta tierra. Se sabe que los nativos la llaman por muchos nombres distintos, entre ellos Shamara, Co'dansin, Tomaka, Kigali y Shibouya.

Shen an Calhar: En la Antigua Lengua, «Compañía de la Mano Roja». 1) Un grupo legendario de héroes autores de grandes hazañas y que finalmente murieron defendiendo Manetheren cuando dicha nación fue destruida durante la Guerra de los Trollocs. 2) Una unidad militar formada casi de manera fortuita por Mat Cauthon y organizada conforme al estilo de las fuerzas de combate existentes durante lo que se considera el auge de las artes marciales, en los tiempos de Artur Hawkwing y los siglos inmediatamente precedentes.

Sisnera, Darlin: Un Gran Señor de Tear que otrora se alzó en rebelión contra Rand al'Thor. Después de ejercer como Administrador del Dragón Renacido en Tear durante un breve periodo, fue elegido primer rey de Tear.

so'jhin: La traducción que más se ajusta a esta locución de la Antigua Lengua sería «lo alto entre lo bajo», aunque algunos la interpretan con el significado de «tanto el cielo como el valle» entre otras cuantas posibilidades. So'jhin es el término que los seanchan utilizan para designar a los sirvientes hereditarios de alto rango. Estos son *da'covale*, o propiedad, si bien ocupan posiciones de considerable autoridad y a menudo de poder. Incluso la Sangre procede con gran tiento con los *so'jhin* de la familia imperial, a los que la propia emperatriz les habla como a iguales. (Véase *da'covale*.)

Sucesión: En general, cuando una casa sucede a otra en el trono. En Andor este término se utiliza normalmente para referirse a la lucha por el trono que se desencadenó a la muerte de Mordrellen. La desaparición de Tigraine había dejado la casa Mantear sin una heredera del trono, y transcurrieron dos años antes de que Morgase, de la casa Trakand, ocupara el solio. Fuera de Andor, a este conflicto se lo conoce como la Tercera Guerra de Sucesión de Andor.

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio. En otros tiempos un país con gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores. En decadencia y debilitada por los estragos de una guerra civil y las contiendas entabladas contra Arad Doman y los partidarios del Dragón Renacido, era una «fruta madura» a la llegada de

los seanchan, que ahora ejercen un férreo control sobre esta nación ocupada. Destruyeron la casa capitular que tenía la Corporación de los Iluminadores y a casi todos sus miembros los hicieron *da'covale*. La mayoría de los taraboneses parecen estar agradecidos de que los seanchan hayan restablecido el orden, y puesto que les permiten seguir adelante con sus vidas sin apenas interferir, no desean entablar más batallas para intentar expulsar a los seanchan de su nación. No obstante, hay algunos nobles y soldados que se mantienen fuera de la esfera de influencia seanchan y que están luchando para recuperar su tierra.

Tejedora Mayor: Título que ostenta la cabeza del Ajah Amarillo. Dicha posición la ocupa Suana Dragand en la actualidad.

Tocón, el: Asamblea pública de los Ogier presidida por el Consejo de Mayores de un *stedding*, aunque cualquier Ogier adulto puede hablar o elegir a un letrado para que lo represente. Estas asambleas suelen celebrarse en el tocón más grande de un *stedding* y en ocasiones duran varios años. Cuando surge un problema que afecta a todos los Ogier, se convoca el Gran Tocón y a él acuden Ogier de todos los *steddings* para deliberar sobre el asunto en cuestión. Los *steddings* se turnan para ser el anfitrión que acoge la celebración del Gran Tocón.

Torre de los Cuervos, la: La prisión central imperial de Seanchan. Situada en la capital, Seandar, sirve de cuartel general a los Buscadores de la Verdad. En su interior, se encarcela, interroga y ejecuta a miembros de la Sangre, aunque tanto el interrogatorio como la ejecución deben realizarse sin derramar una gota de su sangre. (Véase Buscadores.)

Torres de Medianoche, las: Trece fortalezas de mármol negro sin pulir situadas en Imfaral, Seanchan. Durante la Consolidación de Seanchan fueron el centro del poder militar, y allí tuvo lugar la última batalla de dicha Consolidación, que aupó a los descendientes de Hawkwing al poder. Desde entonces permanecen deshabitadas. Cuenta la leyenda que, en tiempos de extrema necesidad, la familia imperial regresará a las Torres de Medianoche para «rectificar los yerros». (Véase Consolidación.)

unidades de peso : 10 onzas = 1 libra; 10 libras = 1 estón; 1 estón = 5 kg; 10 estones = 1 quintal (50 kg); 1 quintal métrico = 100 kg; 10 quintales métricos = 1 tonelada.